STEVEN ERIKSON

POLVO DE SUEÑOS

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS - IX

Lectulandia

En el continente Letherii, el ejército exiliado malazano, comandado por la consejera Tavore, comienza la marcha hacia los eriales del este para combatir por una causa desconocida contra un enemigo que jamás ha sido visto. El destino que aguarda a los Cazahuesos es por demás incierto. Nada saben del enemigo y la única arma que merece ser empuñada es el coraje.

En la guerra todos pierden, y esta certeza se percibe en la mirada de cualquier soldado en cualquier mundo. Los destinos jamás son sencillos. Las verdades nunca son nítidas ni claras. El último gran ejército del Imperio de Malaz busca una batalla final en nombre de la redención, pero quedan por responder algunas preguntas, más allá de los eriales: ¿Puede una gesta ser heroica si no hay nadie para presenciarla? ¿Puede aquello que no se contempla cambiar el mundo para siempre?

Lectulandia

Steven Erikson

Polvo de sueños

Malaz: El libro de los caídos - 9

ePub r1.0
Watcher 31.05.2019

Título original: *Dust of Dreams*
Steven Erikson, 2009
Traducción: Alexander Páez García
Ilustración de portada: Alejandro Colucci
Mapa: Neil Gower
Colección NOVA nº 299

Editor digital: Watcher
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Hace diez años recibí el apoyo de alguien totalmente inesperado, de un escritor al que respetaba y admiraba. La amistad que nació de aquel momento es para mí un gran tesoro. Con amor y gratitud dedico esta novela a Stephen R. Donaldson.

Presentación

¿Cuáles son las razones por las que una obra de fantasía logra atrapar la imaginación de un lector? ¿Qué combinación de elementos convierten una novela fantástica en una experiencia inolvidable, una marca indeleble en la mente de sus lectores? ¿Cómo consigue una serie de libros elevarse hasta el podio de las sagas que arrastran a miles de lectores y los convierten en meros yonquis literarios deseosos de nuevas dosis de aventura, emoción, sufrimiento o épica?

Ojalá tuviera respuestas para todas estas espinosas cuestiones. Pero después de mucho tiempo dedicado a leer, disfrutar, discutir y reseñar (lo mejor que puedo) las obras de este género literario, solo tengo claro que son muy pocos los libros que pueden enorgullecerse de despertar esa llamarada interior de gozo, esa chispa mágica del embrujo de la fantasía con mayúsculas. Y es por eso que la decalogía Malaz: el Libro de los Caídos de Steven Erikson siempre tendrá un hueco tan importante en mi corazón lector.

Después de leer y releer estas diez extensas novelas, de devorar sus miles de páginas una y otra vez acompañando en sus desvelos y afanes a soldados, ladrones, hechiceras, magos, guerreros, emperatrices y Ascendientes, tengo claro que pocas sagas de la fantasía moderna pueden igualarse con la obra creada por este osado canadiense. Aunque apenas han pasado siete años desde que su creador la completara, todo un tiempo récord para una saga de esta extensión, no cabe duda de que *Malaz* se ha ganado un

lugar más que merecido en el podio de las obras inolvidables del género.

Y eso a pesar de que el *Libro de los Caídos* es tan difícilmente definible como clasificable. Tiene el encanto heroico de la *Ilíada* de Homero mezclada con el descarnado realismo de *La Compañía Negra* de Glenn Cook, es una arrebatadora fusión de historia y filosofía capaz de complacer tanto nuestro lado más adulto como de entretener al niño que todavía tenemos dentro. Es una imparable aventura épica con las dosis adecuadas de emoción, humor, dolor y alegría, una fantasía sorprendente surgida de los juegos de rol que desborda magia, mucha magia. Es todo eso y mucho más.

¿Quién de entre los malazanos, nosotros, los lectores que seguimos aquí ocho libros después, no recuerda su primer acercamiento a la saga? Todos lo tenemos grabado a fuego en nuestra memoria, y es que hay que reconocer que el inicio de la decalogía de Erikson alcanza otro nivel en cuanto a experiencia indeleble se refiere. Es difícil no rememorar con cierta añoranza cómo fue esa primera lectura de *Los jardines de la Luna* y lo que sentimos al vernos lanzados, sin paracaídas ni compasión, a sus páginas.

En mi caso fue gracias a una edición de bolsillo, de letra apretada, que me encontré por primera vez con esa presentación que nos hace ser testigos, en las almenas de una añeja fortaleza, de la conversación entre un veterano guerrero cansado de una vida entera dedicada al combate y un joven niño que solo sueña con convertirse en soldado. Mientras a sus pies el fuego consume un arrabal de una ciudad llamada Malaz, el veterano soldado masculla como respuesta a los sueños del niño un seco «ya crecerás» cargado de pesimismo, realismo y madurez, pero que su joven interlocutor no es capaz de captar en toda su profundidad.

Pero el lector sí que lo percibe, el que pasea sus ojos por las páginas de la novela conecta con la sensación de algo mucho más profundo, y entonces se da cuenta (quizá de una forma inconsciente todavía) de que está a punto de iniciar un viaje al corazón de la fantasía épica más rabiosa y potente. Y al mismo tiempo una fantasía con los pies bien anclados en el suelo y la realidad, una fantasía cubierta de una densa pátina de historia que soporta sobre sus espaldas el peso de decenas de civilizaciones y culturas previas.

Solo con esas primeras páginas del prólogo uno ya capta la inmensidad de lo que se avecina con Malaz: el Libro de los Caídos, de la atrevida propuesta de las diez novelas de Erikson hacia el lector curtido y criado en la fantasía épica. Es cierto que la lectura de *Los jardines de la Luna* es toda una prueba de fuego, que *Las puertas de la Casa de la Muerte* tampoco es un viaje de placer, y que ni siquiera bien entrado *Memorias de hielo* uno logra abarcar toda la magnitud del tapiz desplegado antes sus ojos. Pero precisamente es esa sensación de la maravilla constante lo que queremos, lo que buscamos una y otra vez en la fantasía moderna, y que cuesta tanto alcanzar en su plenitud.

Por eso lo que seduce al lector desde la exigente lectura de la primera entrega del *Libro de los Caídos* (y conforme la saga nos arrastra tocho tras tocho de épica fantástica) es el grandioso trasfondo en el que todo transcurre. Su poderosa ambientación y su rica historia previa funcionan como un abigarrado y realista telón de fondo para su impresionante galería de personajes. Por muy desesperante que se vuelva en ocasiones la sensación de andar perdido en un escenario mayor que no se comprende del todo, de avanzar entre insinuaciones de algo que se oculta entre bambalinas para nuestro desconcierto, el universo fantástico presentado por

Erikson es tan asombroso, tan complejo y tan consistente que soporta toda la atención desmedida del lector.

Esto es algo de lo que tuvieron que ser conscientes sus propios creadores desde la misma génesis de su universo compartido. Aunque en un principio el mundo de Malaz nació como escenario donde el joven Steven Erikson (por aquel entonces todavía solo Steven Rune Lundin) y su amigo de universidad Ian Cameron Esslemont pudieran jugar sus partidas de rol, muy pronto quedó claro que el escenario, la ambientación y los personajes se quedaban cortos solo para eso. Aquella densa y abigarrada historia creada por estos dos canadienses y cimentada sobre sus numerosas lecturas de fantasía, sus interminables partidas de Dungeons & Dragons y sus amplios conocimientos de arqueología y antropología, daba para mucho más. ¡Y vaya si daba!

Su ambición juvenil los llevó a convertir su mundo privado en la ambientación para un guion cinematográfico. Cuando trataron de venderlo a diversas productoras canadienses se estrellaron de forma inmisericorde contra un muro de rechazos («¡En Canadá no hacemos cosas así!», les respondieron para desestimar su proyecto, algo no muy diferente de lo que les habría ocurrido si fueran españoles). Pero fue gracias a esto que ambos amigos decidieron aprovechar el exuberante universo malazano para convertirlo en las novelas de fantasía épica que todos conocemos, embarcándose Erikson en la creación de la impresionante decalogía Malaz: el Libro de los Caídos y Esslemont en la no menos ambiciosa *Malaz el Imperio*. Por los huevos del Embozado, nunca podremos estar lo suficientemente agradecidos al desinterés de esos productores cinematográficos y al tesón de los dos amigos canadienses.

Desde entonces la ambición y el asombro constante son las banderas que ondean sobre este universo literario en continua ebullición. Las diversas novelas de Malaz han construido a su alrededor un rico y multifacético entramado donde la historia es un denso tapiz que se ha desarrollado durante milenios y milenios, del que dejan buena constancia la multitud de ruinas y restos que pueblan su geografía. Mientras el lector avanza en la odisea del *Libro de los Caídos* es consciente de cómo las civilizaciones han surgido y caído en diversos continentes, de como multitud de razas y culturas se solapan, se enfrentan o se fusionan, o es testigo de la lucha de los reinos y los imperios por su supervivencia mientras se siente apabullado por la existencia de una magia poderosa y deslumbrante. Una magia que se convierte en la piedra angular de la misma existencia de Malaz, donde los diversos Ascendientes y los secretos que ocultan las Sendas mágicas son elementos clave en un drama de proporciones homéricas que pone en riesgo la existencia de mortales e inmortales por igual.

Al mismo tiempo, las novelas de la saga nos ofrecen un sugestivo reflejo de nuestra historia y lo que significa ser humano. Solo un antropólogo con una visión tan lúcida de la realidad como Erikson podría diseccionar con tanta habilidad las costuras de la existencia humana y los ciclos históricos. Y por eso resulta tan fascinante que sea *Malaz* (una obra de género fantástico, al que algunos críticos cortos de miras todavía se empeñarán en tildar de pura evasión o de literatura menor) la que logre presentar reflexiones tan acertadas sobre temas tan diversos como el capitalismo, el radicalismo religioso, la guerra, el totalitarismo o la intolerancia, por citar solo un puñado.

En su *Libro de los Caídos* Erikson examina con ojo crítico muchos de los peligros que pueblan nuestro mundo real, pero manteniendo un optimismo, siempre realista, respecto

de la humanidad. El escritor canadiense deja brillar un rayo de esperanza al exaltar valores tan escasos y valiosos como el compañerismo o la compasión. Sin duda, un raro espécimen de autor en una época dominada por una fantasía oscura que en ocasiones parece más preocupada en mostrar la brutalidad porque sí que en explorar su corazón más profundo, sus razones últimas. *Malaz* sí que se molesta en escarbar en busca de esas preguntas incómodas, y el lector no puede por menos que sentirse agradecido por esa honestidad.

Reflexionaba al comienzo sobre cuáles son los elementos que convierten una novela de fantasía en una obra inolvidable. Es cierto que el complejo entramado histórico, cultural y mágico creado por Erikson para *Malaz* resulta de un atractivo infalible para el lector veterano en los mundos fantásticos, pero me atrevería a decir que su mayor punto fuerte es otro. Lo que de verdad logra establecer una conexión directa con el corazón del lector son, como no podía ser de otra manera, sus personajes.

El *Libro de los Caídos* nos presenta una extensa galería de protagonistas de todo género, raza, cultura y condición: de ladrones callejeros a dioses ancestrales, de humildes hechiceras a bárbaros guerreros, de sacerdotes descreídos a temerarios zapadores,... Cada nueva novela de la saga añade multitud de nombres al complejo entramado tejido por Erikson, pero todos ellos gozan de la misma seña de identidad: son profundamente humanos. Sin importar si son dioses o mortales, si son heroicos soldados o miserables canallas, todos ellos nos muestran sus flaquezas y debilidades, sus sueños y animadversiones. Desnudan su alma ante nosotros y acabamos identificándonos con unos u otros. Solo así se entiende que Erikson consiga que sintamos una simpatía inusitada por un guerrero no-muerto con milenios de existencia que es poco más que un cadáver

andante, al tiempo que despierta nuestra aversión más profunda por el comportamiento execrable de otros seres humanos. El Libro de los Caídos nos atrapa porque es una narración que pone el énfasis en lo que nos hace humanos, en sentimientos que todos podemos compartir o comprender: amistad, compasión, sacrificio, empatía, odio, venganza, heroísmo, amor, redención,...

Es gracias a todo esto que aquí seguimos todos, ocho libros y más de siete mil páginas después. Hay que reconocer que los lectores de *Malaz* tenemos algo de masoquistas, y que el estilo de Erikson nos pone. Solo así se entiende que estemos aquí pidiendo más. Por suerte para nosotros, el universo malazano sigue creciendo año a año, en lo que parece una especie de competición cariñosa entre Erikson y Esslemont, esos dos amigos empeñados en poblar las librerías con nuevas entregas en forma de precuelas o secuelas de sus sagas principales.

En un mundo literario donde algunas sagas se estancan durante años haciendo desesperar a sus lectores a la espera de nuevas novelas, Malaz es una «rara avis» que siempre tiene listas nuevas dosis para el lector que desea disfrutar más, o explorar nuevas facetas y nuevos periodos de su extensa historia. Sin ir más lejos, mientras escribo estas líneas Erikson ya está inmerso en la creación de una nueva trilogía que será una secuela directa de este Libro de los Caídos. Los malazanos podemos estar tranquilos, porque nuestro mundo fantástico está en unas manos constantes y fiables, que disfrutan escribiendo sus historias tanto como nosotros leyéndolas.

Pero ya es hora de que vaya terminado. «Demasiadas palabras», como diría Karsa Orlong, y todos sabemos que es mejor hacer caso de la tosca sabiduría del toblakai. En realidad todo esto lo conocéis tan bien como yo, y si habéis tenido la suficiente paciencia de leer estas líneas es porque

esta impresionante saga forma parte de vuestra vida y seguro que ocupa un hueco imborrable en vuestros corazones. Y ahora por fin tenéis en vuestras manos *Polvo de sueños*, esos sueños que nos han acompañado durante mucho tiempo y sobre los que ahora vais a caminar página tras página. Así que sentaos cómodamente, acunando en vuestras manos esta nueva bestia de más mil páginas, y preparaos para degustar con deleite (y atención, siempre con mucha atención a los detalles) cada uno de sus párrafos. Ha sido un largo camino, una larga espera, pero como sabéis bien, Malaz siempre recompensa con creces la paciencia de su lector.

Aquí están de vuelta algunos de esos personajes que nos han acompañado por un largo (y difícil, muy difícil) camino, otros nuevos llegan ahora para que los podamos conocer; antiguos misterios van a encontrar respuesta mientras otros nuevos secretos surgirán a nuestro paso. Preparad las ballestas de combate, aseguraos de tener cerca un par de malditos y algún fullero. Ya sabéis cómo juega Erikson sus cartas, cómo cocina a fuego lento sus historias colocando con cuidado pieza tras pieza, urdiendo con cuidado el tapiz hasta alcanzar el gran clímax final. Preparaos para disfrutar y sufrir, para sorprenderos y enfadaros, para esbozar sonrisas de placer y dejar que las lágrimas escapen de vuestros ojos. Esto es Malaz: el Libro de los Caídos. Pero sobre todo disfrutad del viaje, disfrutad la aventura. Y larga vida a Malaz.

DANIEL GARRIDO, creador del blog
El caballero del árbol sonriente

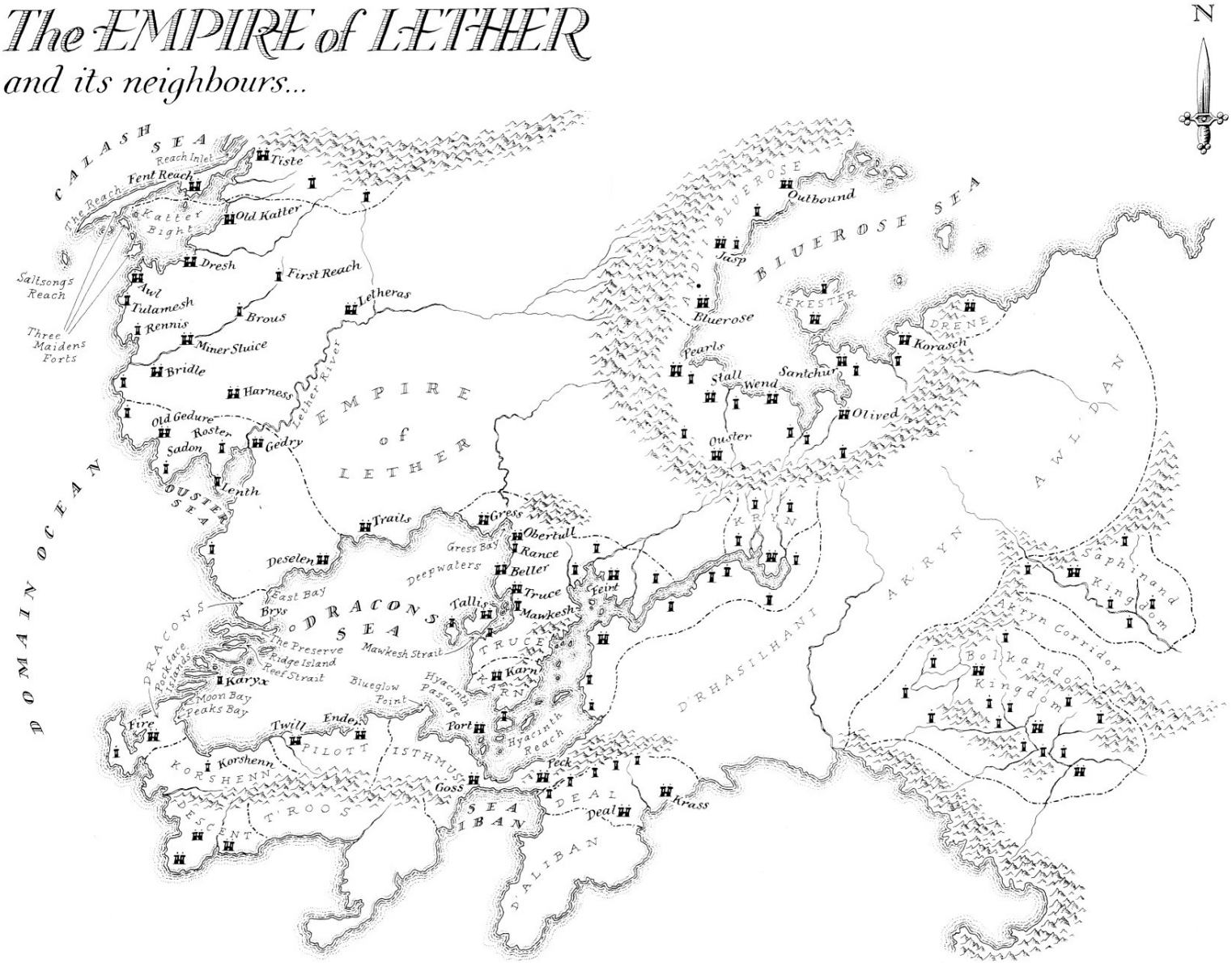
Nota del autor

Está claro que se me conoce por escribir tochos que podrían sujetar puertas, la conclusión de Malaz: El Libro de los Caídos siempre iba a necesitar, en mi mente, algo más de lo que la tecnología moderna de edición podría lograr. Hasta la fecha he evitado escribir *cliffhangers*, principalmente porque como lector siempre me ha resultado molesto la espera para descubrir qué ocurre. Ay, *Polvo de sueños* es la primera mitad de una novela en dos tomos que concluirá con *El Dios Tullido*. Por lo tanto, si buscas conclusiones a varios arcos argumentales, no los encontrarás aquí. Además, ten en cuenta que no hay epílogo y que, estructuralmente, *Polvo de sueños* no sigue el arco tradicional de una novela. Todo lo que puedo pedirte es que, por favor, tengas paciencia. Sé que puedes: al fin y al cabo, has esperado todo este tiempo, ¿no es así?

Steven Erikson
Victoria, B.C.

The EMPIRE of LETHER

and its neighbours...



Dramatis Personae

Los malazanos

Consejera Tavore
Mago supremo Ben el Rápido
Puño Keneb
Puño Blistig
Capitana Lostara Yil
Banaschar
Capitán Generoso
Capitana Skanarow
Capitán Faradan Sort
Capitán Ruthan Gudd
Capitán Rápido
Capitán Incluso Ron
Teniente Poros
Peccado
Larva

Los escuadrones

Sargento Violín
Cabo Chapapote
Koryk
Sonrisas

Botella
Corabb Bhilan Thenu’alas
Sepia
Sargento Gesler
Cabo Tormenta
Narizcorta
Destello de Ingenio
Cachipolla
Sargento
Sargento Cordón
Cabo Casco
Cojo
Ebron
Crujido (Jambadar Tronco)
Sargento Hellian
Cabo
Cabo Pejiguero
Cabo Sinaliento
Balgrid
Quizás
Sargento Bálsamo
Cabo Oloramuerto
Rebanagaznates
Contramano
Sargento Thom Tissy
Tulipán
Chorrogaviota
Sargento Urb
Cabo Reem
Masan Gilani
Lametazo de Sal
Sargento Sinter
Cabo Pravalak Borde
Miel

Correa Ponche
Bajío
Miratrás
Sargento Badan Gruk
Cabo Fruncido
Roce
Nep Surco
Reliko
Inmenso Vacío
Sargento Remilgo
Cabo Besadónde
Mulvan Pavor
Neller
Muertecalavera
Sacaprimero

Setomuerto
Alquimista Bavedicto
Sargento Alborada
Sargento Mosqueta
Cabo Mantequitas
Cabo Garrafones
Sargento Ojoflaco
Cabo Costilla
Bulto

Los khundryl

Caudillo Hiel
Hanavat (esposa de Hiel)
Jarabb
Sidab
Hanab

Kastia
Yelk
Ganap
Rafala
Shelemasa
Vedith

Los perecederos yelmos grises

Espada mortal Krughava
Yunque del escudo Tanakalian
Destriant Run’Thurvian

Los bolkando

Canciller Rava
Conquistador Avalt
Princesa Felast
Reina Abrastal
Hethry
Gaedis

Los letherii

Rey Tehol
Reina Janath
Canciller Bicho
Ceda Bicho
Tesorero Bicho

Preda Norlo Trumb
Fifid
Spanserd
Seren Pedac
Yan Tovis (Crepúsculo)
Yedan Derryg (la Guardia)
Sargento Tropo
Harlest Eberict
Brys Beddict
Atri-ceda Aranoche
Shurq Elalle
Shorgen Kaban
Ublala Pung
Bruja Tirón
Bruja Chapoteo
Sucinta
Piedad
Rucket
Urso Hoobutt
Pinosel
Explorador Henar Vyrgulf
Cabo lancero Odenid
Cabo Ginast

Los barghastianos

Caudillo Onos Toolan
Hetan
Stavi
Storii
Comandante Stolmen
Sekara la Vil

Brujo Cafal
Talamandas
Strahl
Bakal
Comandante Maral Eb
Zaravow
Benden Ledag
Tajopiel Ralata
Hessanrala
Setoc de los Lobos
Kamz’tryld
Talt
Bedit
Riggis
Sagal
Kashat
Spax
Toc el Joven
Sathand Gril
Balamit
Jayviss
Hega
Krin
Yedin
Corit
Estaral
Faranda
Spultatha

Los akrynnai

Cetro Irkullas

Gavat
Ildas
Inthalas
Sagant

Los forkrul assail

Inquisidora Tajo
Hermana Desdén
Hermano Sagaz
Hermana Condena

La serpiente

Rutt
Held
Badalle
Visto
Saddic
Brayderal

Imass

Onrack
Kilava
Ulshun Pral

T’lan imass

Lera Epar
Kalt Urmanal
Rystalle Ev
Brolos Haran
Ilm Absinos
Ulag Togtil
Nom Kala
Inistral Ovan
Kebralle Korish
Thenik el Fragmentado
Urugal el Tejido
Beroke Suavevoz
Kahlb el Cazador silencioso
Halad el Gigante

Los jaghut

Varandas
Haut
Suvalas
Burrugast
Gedoran
Gathros
Sanad

K’chain che’malle

Matrona Gunth’an Acyl
Centinela j’an Bre’nigan
Cazador k’ell Sag’Churok

Hija Única Gunth Mach
Cazador k’ell Kor Thuran
Cazador k’ell Rythok
Asesino shi’gal Gu’Rull
Sulkit
Destriant Kalyth (Elan)

Otros

Silchas Ruina
Rud Elalle
Telorast
Cuajo
El Errante (Errastas)
Nudillos (Sechul Lath)
Kilmandaros
Reposo
Mael
Olar Ethil
Udinaas
Icarium Robavida
Draconus
Ryadd Eleis

Sheb
Taxilian
Veed
Asane
Aliento
Último
Nappet
Rautos

Sandalath Drukorlat
Withal
Mape
Corteza
Pule
Torcido
Cucaracha
Cartógrafo
Mappo Runt
Rezongo
Amby
Vahído
Preciosa Dedal

Prólogo

Llanura Elan, oeste de Kolanse

Hubo luz, y después hubo calor.

Se arrodilló, tomó con cuidado cada frágil pliegue con las manos, asegurándose de que cada doblez era perfecta, de que ni una pequeña parte del bebé quedaba expuesta al sol. Le puso la capucha hasta que no quedó nada más que un hueco del tamaño de un puño por donde asomaba la carita, los rasgos de la pequeña eran borrones grises en la oscuridad, y entonces él la levantó con cuidado y la acunó con el brazo izquierdo. No había dificultad alguna en ello.

Habían acampado cerca del único árbol que había en cualquier dirección, pero no bajo este. Era un árbol gamleh, y los gamleh estaban enfadados con la gente. Durante el crepúsculo de la noche anterior, las ramas habían estado repletas de hojas grises ondeantes, por lo menos hasta que se acercaron. Por la mañana las ramas estaban peladas.

De cara al oeste, Rutt estaba de pie sosteniendo a la bebé que había llamado Held. La hierba carecía de colores. En algunos lugares había sido rasgada por el viento seco, viento que había arrancado la tierra alrededor de las raíces y había expuesto los pálidos bulbos, para que las plantas se marchitaran y murieran. Cuando ya no había polvo ni bulbos, a veces quedaba la grava. Otras veces tan solo era lecho de roca, negro y retorcido. Los elan de la llanura perdían su cabello, pero era algo que Badalle hubiera dicho, sus ojos verdes fijos en las palabras de su cabeza. No cabía

duda de que ella tenía un don, pero Rutt sabía que algunos dones eran maldiciones disfrazadas.

Badalle se acercó, los brazos quemados por el sol eran tan delgados como cuellos de cigüeña, las manos colgaban a los lados cubiertas de polvo, parecían sobredimensionadas en comparación a los flacuchos muslos. Sopló para espantar a las moscas que le mordisqueaban la boca y entonó:

«Rutt sujeta a Held
La cubre con cuidado
Por la mañana
Y después se alza...».

—Badalle —saludó él. Sabía que ella no había terminado el poema, pero también sabía que no tenía prisa alguna—, todavía estamos vivos.

Ella asintió. Estas breves palabras se habían convertido en un ritual entre ellos, aunque el ritual nunca había perdido los tintes de sorpresa, el leve recelo. Los quiebrahuesos habían sido especialmente duros con ellos la pasada noche, pero las buenas noticias era que quizás habían dejado a los Padres atrás.

Rutt reacomodó al bebé que había llamado Held en su brazo, y salió renqueante por los pies hinchados. Al oeste, hacia el corazón de los elan.

No necesitaba mirar atrás para ver que los demás le seguían. Aquellos que podían. Los quiebrahuesos vendrían a por los demás. No había pedido ser la cabeza de la serpiente. No había pedido nada, pero era el más alto y puede que el mayor. Quizá tenía trece, o quizá catorce.

Tras él, Badalle recitó:

«Y comienza a andar
Aquella mañana
Con Held en sus brazos

Y la cola retorcida
Serpentea hacia fuera
Como una lengua
Del sol.
Necesitas la lengua
Más larga
Cuando buscas
Agua
Como le gusta hacer al sol...».

Badalle lo observó un rato, vio cómo los otros seguían su estela. Se uniría a la serpiente retorcida muy pronto. Sopló las moscas, pero no tardaron en volver, apelotonándose alrededor de las llagas que le cubrían los labios, dando saltitos para chupar las comisuras de los ojos. Ella había sido hermosa, con aquellos ojos verdes y el largo cabello de mechones dorados. Pero la belleza consiguió sonrisas por un tiempo limitado. *Cuando la alacena queda vacía, la belleza se difumina*.

—Y las moscas —susurró—, trazan patrones de sufrimiento. Y el sufrimiento es horrendo.

Observó a Rutt. Era la cabeza de la serpiente. También era los colmillos, pero aquel detalle se lo reservaba para sí misma, su broma privada.

La serpiente había olvidado cómo comer.

Había estado entre los que habían llegado del sur, de las casas semejantes a cáscaras vacías de Korbanse, Krosis y Kanros. Incluso las islas de Otpelas. Algunos, como ella, habían caminado por toda la costa del Mar Pelasiar, y después hasta el límite de Stet al oeste, que antaño había sido un gran bosque, y allí descubrieron la ruta de madera, Senda Tocón la llamaban en ocasiones. Árboles talados a ras para dejar círculos planos, acumulados en larguísimas filas. Otros niños habían llegado de la propia Stet, habían seguido el antiguo lecho de rocas del arroyo, avanzando a través de la grisácea masa de árboles caídos y podridos y arbustos

enfermos. Había señales que alertaban de que Stet había sido un bosque acorde a su antiguo nombre, Bosque Stet, pero Badalle no estaba convencida del todo. Todo lo que alcanzaba a ver era un erial, destrozado y maltratado. No quedaban árboles en pie por ninguna parte. La llamaban SendaTocón, pero en otros tiempos había sido la Senda del Bosque, era una broma demasiado privada.

Quedaba claro que alguien había requerido una gran cantidad de árboles para construir la carretera, así que quizá sí que hubo un bosque aquí. Aunque ahora ya no estaba.

En el extremo norte de Stet, de cara a la llanura Elan, había llegado otra columna de niños, y un día más tarde otra se les unió, del norte, desde Kolanse, y a la cabeza de esta viajaba Rutt. Cargaba con Held. Alto, hombros, codos, rodillas y tobillos protuberantes y la piel que los cubría flácida y tensa. Tenía unos ojos grandes y luminosos. Todavía conservaba todos los dientes, y cuando llegó la mañana, cada mañana, estaba allí, a la cabeza. Los colmillos, y el resto se limitaba a seguirlo.

Todos creían que él sabía adónde iban, pero no le preguntaron, ya que la creencia era más importante que la verdad, la cual era que él estaba tan perdido como el resto.

«Todo el día Rutt sujeta a Held
Y la mantiene
En su sombra.
Es difícil
No amar a Rutt
Pero Held no
Y nadie ama a Held
Excepto Rutt».

Visto provenía de Okan. Cuando los muertos de hambre y los huesudos Inquisidores llegaron a la ciudad su madre lo azuzó a que saliera corriendo, agarrado de la mano de su

hermana dos años mayor que él, y habían huido por las calles entre edificios en llamas y gritos que inundaban la noche y los muertos de hambre entraban a golpes en las casas, sacaban a la gente a la calle y les hacían cosas horribles, mientras que los huesudos lo observaban y decían que era necesario, todo lo que aquí sucedía era necesario.

Arrancaron a su hermana de sus manos, y fue su grito el que todavía sonaba en su cráneo. Cada noche desde entonces le había afligido durante el periodo completo de sueño, desde el instante en que caía rendido por el cansancio hasta que se despertaba ante el pálido rostro del amanecer.

Corrió durante lo que le pareció una eternidad, al oeste y lo más lejos posible de los muertos de hambre. Comió lo que encontró, le empujaba la sed, y cuando puso tierra entre él y los muertos de hambre los quiebrahuesos aparecieron. Enormes manadas de perros demacrados con ojos enrojecidos y sin miedo a nada. Y entonces los Padres, cubiertos de negro de la cabeza a los pies, caían sobre los andrajosos campamentos junto a los caminos y secuestraban niños. En una ocasión, él y unos cuantos más se cruzaron con uno de sus antiguos almacenes nocturnos y vieron con sus propios ojos los huesecillos astillados y manchados de azul y gris entre los rescoldos de la hoguera apagada, entonces comprendieron lo que los Padres les hacían a los niños que se llevaban.

Visto recordó la primera vez que vio el Bosque Stet, una hilera de colinas peladas repletas de tocones hechos trizas, raíces que le recordaron a una de las fosas comunes que rodeaban la ciudad que fue su hogar y que abandonó antes de que la última pieza de ganado fuera sacrificada. Y en aquel instante, observó lo que había sido un bosque y se dio cuenta de que el mundo estaba muerto. No quedaba nada y no había lugar alguno al que ir.

Y aun así siguió adelante, ahora uno más entre lo que debían de ser decenas de miles, puede que incluso más, una carretera de niños que se medía a leguas de longitud, y por todos aquellos que habían muerto en el camino, otros les habían reemplazado. Jamás hubiera imaginado que existían tantos niños. Eran como un enorme rebaño, el último gran rebaño, la única fuente de alimento para los últimos cazadores desesperados.

Visto tenía catorce años. Todavía no había comenzado a dar el estirón, y ahora ya no lo daría jamás. Su tripa estaba abotargada y dura como una piedra, sobresalía de tal forma que su columna se doblaba profundamente por encima de la cadera. Caminaba como una embarazada, los pies abiertos, los huesos doloridos. Estaba lleno de parásitos satra, los gusanos en el interior de su cuerpo nadaban sin fin y engordaban con cada día que pasaba. Cuando estuvieran listos (pronto) brotarían de él. De las fosas nasales, de los lagrimales, de los oídos, del ombligo, del pene y del ano y de la boca. Y para los testigos parecerá que se desinfla, la piel se arrugará y se derrumbará en ondulantes pliegues a lo largo de su cuerpo. Será como si, en un instante, se transformara en un viejo. Y entonces morirá.

Visto estaba casi impaciente por que ocurriera. Esperaba que los quiebrahuesos se comieran su cuerpo y con él los huevos que los parásitos satra habían dejado en este, para que de este modo, murieran. Mejor aún, Padres. Pero no eran tan estúpidos, estaba seguro de ello, así que no tocarían su cuerpo. Una lástima.

La serpiente dejaba atrás el Bosque Stet y el camino de madera que dio paso a una polvorienta ruta comercial repleta de baches, que se internaba en los elan. Por lo tanto, moriría en la llanura, y su espíritu escaparía de aquella cosa encogida que era su cuerpo, y emprendería el largo viaje de

vuelta a casa. A encontrar a su hermana. A encontrar a su madre.

Su espíritu ya estaba cansado, cansadísimo de caminar.

Al final del día, Badalle se obligó a trepar un antiguo túmulo elan con el vetusto árbol en el otro extremo (las hojas grises ondeaban) desde donde podía darse la vuelta, mirar hacia el este, y ver tan lejos como alcanzara la vista, el camino que habían recorrido aquel interminable día. Más allá de la masa del campamento desparramado, vio una ondulante línea de cuerpos que se extendía hasta el horizonte. Había sido un día especialmente malo, demasiado calor, demasiado seco, la única poza de agua era un nauseabundo lodazal de barro envenenado infestado de cadáveres putrefactos de insectos que sabía a pescado muerto.

Ella se levantó y miró durante un buen rato la ondulante longitud de la serpiente. Aquellos que habían caído por el camino no eran apartados, se limitaban a pisar o a tropezar con los cuerpos, y ahora la ruta era una carretera de carne y hueso, ondeantes mechones de pelo y, esto lo sabía ella, ojos que miraban con fijeza. La Serpiente de las Costillas. Chal Managal en el idioma de los elan.

Sopló las moscas de los labios.

Y recitó otro poema.

«Esta mañana
Vimos un árbol
De hojas grisáceas
Y cuando nos acercamos
Las hojas desaparecieron.

Al mediodía el chico sin nombre
Sin nariz
Cayó y no se movió
Y descendieron las hojas

A alimentarse.

Al anochecer otro árbol
Trémulas hojas grises
Preparándose para la noche
Al llegar la mañana
Volarán de nuevo».

Ampelas enraizado, las Tierras Yermas.

La maquinaria estaba cubierta de polvo grasiento que resplandecía en la oscuridad con el leve brillo de la linterna que se deslizó por encima, creó movimiento donde no había alguno, la ilusión del silencioso descenso, como las escamas reptilianas que parecían, como siempre, cruelmente apropiadas. Respiraba con dificultad al mismo tiempo que se apresuraba por el estrecho pasillo, se agachaba de vez en cuando para evitar los gruesos cables negros que colgaban del techo. Le picaba la nariz y la garganta por el aire estancado de un fétido y hediondo olor metálico. Rodeada por las entrañas expuestas de Raíz, se sintió asediada por el incognoscible e ilimitado misterio del nefasto arcano. Y aun así había convertido estos túneles oscuros y abandonados en su caza preferida, conocedora de sostener motivaciones autorrecriminatorias que la habían guiado hasta tales elecciones.

La Raíz atraía a los perdidos, y Kalyth estaba, sin duda alguna, perdida. No es que no pudiera encontrar el camino entre los infinitos y retorcidos pasillos, o a través de la vasta cámara de silenciosas máquinas congeladas, esquivó los pozos del suelo sobre los cuales jamás se habían instalado losas, y se apartó del caos de metal y cables desparramados de paredes sin paneles. No, conocía la zona tras meses de deambular por ella. Aquella maldición de perplejidad desesperanzadora e indefensión pertenecía a su espíritu. No

era quien querían que fuera, y nada que dijera podría convencerles de lo contrario.

Había nacido en una tribu de la llanura Elan. Había crecido hasta la edad adulta allí, de niña a chica, de chica a mujer, y no hubo nada que la señalara, nada que la identificara como única, o con un don de talentos inesperados. Se casó un mes después de tener la primera sangre. Había dado a luz a tres niños. Casi había amado a su marido, y había aprendido a vivir con aquella leve decepción constante, mientras que la belleza de la juventud daba paso a una maternidad agotadora. Era cierto que había vivido una vida idéntica a la de su propia madre, por lo que había visto con claridad (sin uso de talento especial alguno) el camino de su vida por delante, la pérdida de la flexibilidad, profundas líneas cubriéndole la tez, los pechos caídos, la miserable debilidad de la vejiga. Y algún día se descubriría incapaz de caminar, y la tribu la abandonaría donde fuera. Para que muriera en soledad, ya que morir siempre era algo solitario, como debe ser. Los elan tenían más cabeza que los sedentarios de Kolanse, con sus criptas y los tesoros sepultados para los muertos, con los sirvientes familiares y los consejeros degollados en los pasillos del sepulcro, sirvientes más allá de la propia vida, sirvientes para toda la eternidad.

Todo el mundo moría en soledad, al fin y al cabo. Una certeza muy simple. Una verdad que nadie tenía que temer. Los espíritus aguardaban antes de juzgar a un alma, esperaban a que esa alma (en la soledad de la muerte) se juzgara a sí misma, sobre la vida que había vivido, y si extraía paz de ello entonces los espíritus mostrarían clemencia. Si el tormento cabalgaba la Yegua Salvaje, por qué sabían pues los espíritus cómo igualarlo. Cuando el alma se encontraba a sí misma, al fin y al cabo, era imposible mentir. Los argumentos embaucadores que

resuenan con mentiras, la frágil debilidad demasiado obvia como para ignorarla.

Había sido una buena vida. Lejos de ser perfecta, pero tampoco infeliz. Una vida que se podría definir como satisfactoria, e incluso el resultado se demostraba informe y falto de significado.

No había sido ninguna bruja. No había tenido el aliento de un chamán, por lo tanto jamás sería Jinete del Caballo Moteado. Y cuando el final de esa vida había llegado para ella y los suyos, en una mañana de horror y violencia, todo lo que demostró entonces fue un maldito egoísmo; al negarse a morir, al huir de todo lo que había conocido.

Esto no eran virtudes.

No disponía de virtudes.

Alcanzó la escalera central en espiral (cada paso demasiado liviano, demasiado amplio para zancadas humanas) y salió disparada, el aliento se volvía más superficial y rápido debido al esfuerzo a medida que ascendía nivel tras nivel, hacia arriba y fuera de Raíz, e internándose en las cámaras más profundas de Sustento, donde hacía uso de la rampa de contrapeso que la elevaba con una plataforma vertical a través de inquietos grupúsculos de hongos, los rediles apelotonados de orthen y grishol, que se detenían entre chirridos y escalofríos en la base del nivel del Vientre. Aquí, la cacofonía de la juventud la asoló, los chillidos siseantes de dolor mientras se llevaban a cabo las espantosas cirugías (así como los destinos se decretaban en sabores amargos) y, al haber alcanzado cierta medida con su paso, se apresuró a ascender más allá de los niveles de terrible rabia, el hedor de los residuos y el pánico que brotaba como aceite sobre cuero reblandecido entre siluetas que se retorcían por todas partes. Siluetas que se preocupó de evitar mirar, se dio prisa a llevarse las manos a los oídos.

De Vientre a Corazón, donde ahora cruzaba entre figuras gigantescas que no le prestaban atención, y por cuyos caminos tenía que agacharse y esquivar por temor a que la pisaran con las pezuñas engarfiadas. Soldados ve'gath montaban guardia junto a la rampa central. La doblaban en altura y parecían la vasta maquinaria de la Raíz que había en lo profundo vestidos con aquellas armaduras arcanas. Visores de rejilla decorados ocultaban las caras excepto los colmillos que sobresalían de los hocicos, y la línea de las mandíbulas que les daba unas sonrisas espantosas, como si el propósito implícito de su nacimiento les encantara. Más incluso que los j'an o los k'ell, los verdaderos soldados de los k'chain che'malle asustaban a Kalyth hasta lo más profundo de su ser. La matrona los producía en grandísimas cantidades.

No había necesidad de más pruebas, la guerra se cernía.

El hecho de que los ve'gath provocaran un intenso dolor en la matrona, cada embestida para salir convertida en un chorro de sangre y un fluido acre, se había convertido en algo irrelevante. La necesidad, como bien sabía Kalyth, era la maestra más cruel de todas.

Ninguno de los soldados que montaban guardia bloquearon su paso al entrar. La piedra plana que pisaba estaba repleta de pequeños agujeros pensados para que las garras encontraran sujeción y a través de los cuales el aire fresco soplaba a su alrededor. El descenso de la temperatura ambiental en la rampa era obvio que servía de algún modo para calmar el miedo instintivo que experimentaban los k'chain ante la transmisión de gritos y gemidos que subían de los niveles del Corazón hasta los Ojos, la Guarida Interior, Nido Acyl y hogar de la propia matrona. Aunque al cruzar la rampa ella sola la presión del mecanismo era menos pronunciada, escuchó poco más que el aire que soplaba y que la desorientaba con una sensación de caída a pesar de

que ella corría rampa arriba, y el sudor en las extremidades y en las cejas se enfrió rápidamente. Temblaba cuando la rampa se detuvo ante la base del nivel de los Ojos.

Centinelas j’an observaron su llegada desde los pies de la escalera que formaba una media espiral que conducía al Nido. Como con los ve’gath, estos parecían bastante indiferentes a su presencia. Sin duda estaban alertados de que había sido llamada, pero incluso así no la verían como una amenaza, aunque hubieran sido criados por la matrona para proteger. Kalyth no solo era inofensiva; era inútil.

El aire caliente y hediondo la golpeó, la envolvió como una tela húmeda mientras ella se acercaba a las escaleras y comenzó la extraña subida hacia la guarida de la matrona.

En el otro extremo un solo centinela montaba guardia. De por lo menos un millar de años de edad, Bre’nigan era flaco y alto, más alto incluso que un ve’gath, y sus escamas de varias capas de grosor lucían una pátina plateada que convertía a la criatura en algo fantasmal, como si fuera tallado de mica blanqueada por el sol. Ni pupila ni iris eran visibles en la hendidura de los ojos, tan solo un amarillo pálido que se confundía con las cataratas. Sospechaba que el guardaespaldas era ciego, pero lo cierto es que era imposible de saberlo de cierto, ya que cuando Bre’nigan se movía, el j’an mostraba una perfecta seguridad y una elegancia líquida. La espada larga y ligeramente curvada colgaba a través de un anillo de latón en la cintura (un anillo medio incrustado en la piel de la criatura) era tan larga como alta era Kalyth, la hoja desprendía un tono como de cerámica magenta, aunque el preciso filo resplandecía plateado.

Saludó a Bre’nigan con un ligero movimiento de cabeza que no obtuvo respuesta alguna, y después pasó de largo al centinela.

Kalyth había esperado (no, había rezado), pero cuando fijó la mirada sobre los dos k’chain que estaban de pie junto a la matrona y vio que no iban acompañados los ánimos se fueron al traste. La desesperación la invadió con la amenaza de consumirla. Luchó para introducir aliento en su pecho.

Tras los recién llegados y enorme sobre el dais elevado, Gunth’an Acyl, la matrona, emanaba agonía en oleadas. Era inmutable y no había cambiado, pero ahora Kalyth sentía de la gigantesca reina una corriente amarga de… algo.

Desbalanceada, distraída, Kalyth discernió entonces el estado de los dos k’chain che’malle, las horrendas heridas medio sanadas, la caótica madeja de cicatrices en los costados, cuellos y caderas. Las dos criaturas parecían hambrientas, como si hubieran sido llevadas a extremos de privación y violencia, y ella sintió un calambre como respuesta en el corazón.

Pero aquella empatía fue efímera. La verdad era esta: el cazador k’ell Sag’Churok y la Hija Única Gunth Mach habían fracasado.

La matrona habló en la mente de Kalyth, aunque no era un discurso al uso, sino la irrevocable imposición de conocimiento y significado.

Destriant Kalyth, un error en la elección. Seguimos rotos. Sigo rota. No puedes remediarlo, sola no, no puedes arreglarlo.

Ni el conocimiento ni el significado eran regalos para Kalyth. Podía sentir la demencia de Gunth’an Acyl escondida en aquellas palabras. La matrona estaba, sin duda alguna, loca. La misma locura que había pasado a sus hijos, y a la propia Kalyth. No había persuasión posible.

Era muy probable que Gunth’an Acyl comprendiera las convicciones de Kalyth, la creencia de que la matrona estaba loca, pero esto tampoco marcaba diferencia alguna.

En la antigua reina no había nada más que dolor y el tormento de la desesperada necesidad.

Destriant Kalyth, deben intentarlo de nuevo. Lo que está roto debe ser reparado.

Kalyth no creía que Sag'Churok y la Hija Única pudieran sobrevivir a otra misión. Y esa era otra verdad que fracasó en persuadir la imperativa necesidad de Acyl.

Destriant Kalyth, debes acompañar esta búsqueda. Los k'chain che'malle no pueden ver el reconocimiento.

Y así, al fin, habían alcanzado lo que ella había sabido que era inevitable, a pesar de la esperanza, los rezos.

—No puedo —susurró.

Debes. Los guardianes han sido escogidos. K'ell Sag'Churok, Rythok, Kor Thuran. Shi'gal Gu'Rull. Hija Única Gunth Mach.

—No puedo —repitió Kalyth—. No tengo… talento alguno. No soy una destriant. Estoy ligada a lo que sea que una destriant necesite. No puedo encontrar una espada mortal, matrona. Ni un yunque del escudo. Lo lamento.

El enorme reptil cambió el punto de apoyo, el sonido como de rocas asentándose en grava. Unos ojos centelleantes se fijaron en Kalyth, irradiaban oleadas de desaprobación.

Te he escogido a ti, Destriant Kalyth. Son mis hijos los que están ciegos. El fracaso es suyo, y mío. Hemos fracasado en cada guerra. Soy la última matrona. El enemigo me persigue. El enemigo me destruirá. Los tuyos prosperan en este mundo, ni siquiera mis hijos ignoran esta certeza. Entre los tuyos debo encontrar nuevos campeones. Mi destriant debe encontrarlos. Mi destriant se marcha al amanecer.

Kalyth no contestó, sabía que cualquier respuesta sería vana. Tras un instante se inclinó y se marchó del Nido con paso débil, como si estuviera ebria.

Un shi’gal los acompañaría. El significado de esto era claro. No habría fracaso en esta ocasión. Fracasar implicaba recibir el descontento de la matrona. Su juicio. Tres cazadores k’ell y la Hija Única, y la propia Kalyth. Si fallaban… tendrían la ira de un asesino shi’gal, y no sobrevivirían mucho tiempo.

Al llegar el amanecer, de esto estaba segura, comenzaría su último viaje.

En las Tierras Yermas, a buscar campeones que ni siquiera existían.

Y esto, comprendió ella, era la penitencia impuesta sobre su alma. Debía sufrir por su cobardía. *Tendría que haber muerto con el resto. Con mi marido. Mis hijos. No debería haber huido. Ahora debo pagar por mi egoísmo*.

La única clemencia era esta, cuando el juicio final llegara, sería rápido. Ni siquiera sentiría, mucho menos vería, el golpe fatal del shi’gal. Una matrona jamás producía más de tres asesinos a la vez, y su gusto era anatema, de forma que prevenía cualquier tipo de alianza. Y si uno de ellos decidía que la matrona debía ser eliminada, los otros dos, por su propia naturaleza, se opondrían. Además, cada shi’gal protegía a la matrona de los demás. Enviar a uno con la Búsqueda era un riesgo enorme, ya que ahora solo quedaban dos asesinos para defenderla.

Más pruebas de la locura de la matrona. Ponerse en peligro, al mismo tiempo que enviaba a su Hija Única (la única hija con potencial para criar) no tenía sentido alguno.

Pero Kalyth estaba aterrada de ponerse en marcha rumbo a su propia muerte. ¿Qué le importaban estas aterradoras criaturas? Si la guerra tenía que llegar, que llegara. Que los misteriosos enemigos descendieran sobre Ampelas enraizado y el resto de enraizados, y acabara con todos y cada uno de los k’chain che’malle. El mundo no los echaría en falta.

Es más, ella conocía la extinción. *La verdadera maldición es cuando eres la última de tu especie*. Sí, comprendía tal destino, y conocía la verdadera profundidad de la soledad. No, no ese jueguecito irrisorio, vacío y autocompasivo que practicaba la gente. Sino la cruel comprensión de la soledad sin cura, sin esperanza o salvación.

Sí, todo el mundo moría solo. Y quizá se escuchen lamentos. Quizás arrepentimiento. Pero esto no era nada comparado con lo que sentía el último de una raza. Ya que no había forma alguna de evitar un fracaso evidente. Fracaso absoluto y demoledor. El fracaso de una propia raza, cerniéndose desde todos los frentes, atrapando los últimos hombros sobre los que desplomar toda la carga, un peso que una sola alma no puede soportar.

Kalyth había recibido una especie de don residual con el lenguaje de los k’chain che’malle, y ahora la torturaba. Su mente había despertado, más allá de lo que había conocido en su vida previa. El conocimiento no era una bendición; la conciencia era una enfermedad que contaminaba el espíritu. Podía sacarse los ojos de las cuencas y todavía vería demasiado.

¿Los chamanes de su tribu sintieron tal culpa demoledora, cuando supieron que el final llegaba? Recordó la desolación en sus ojos, y entendió de modos que no había entendido con anterioridad, en la vida que había vivido. No, no podía hacer nada más que maldecir las bendiciones mortales de estos k’chain che’malle. Maldecirlos con todo su corazón, con todo su odio.

Kalyth inició el descenso. Necesitaba la guarida que proporcionaba la Raíz; necesitaba la maquinaria decrépita rodeándola, el goteo de los aceites viscosos y el hediondo aire viciado. El mundo estaba roto. Era la última de los elan, y ahora su única tarea restante en esta tierra era contemplar la aniquilación de la última matrona de los k’chain

che’malle. ¿Existía satisfacción en ello? En caso de que la hubiera, era una satisfacción malvada, convirtiéndolo en algo más atractivo.

Entre su gente, la muerte había llegado aleteando a través del rostro del sol poniente. Un oscuro presagio raído en el cielo. Ella sería aquella visión pavorosa, el jirón de la luna asesinada. Atraída por la tierra, como todas las cosas al final.

Todo es cierto.

Contemplad la desolación en mis ojos.

Shi’gal Gu’Rull estaba de pie sobre la Frente, los vientos nocturnos soplaban con fuerza alrededor de su esbelta y alta figura. Era el mayor de los asesinos shi’gal, había luchado y vencido a siete shi’gal durante su servicio a Acyl. Había sobrevivido sesenta y un siglos de vida, de crecimiento, y era el doble de alto que un cazador k’ell adulto. A diferencia de los cazadores (con el sabor de la mortandad súbita al final de los diez siglos) los shi’gal no sufrían de aquella imperfección. Podían, en potencia, sobrevivir a la propia matrona.

Engendrado en astucia, Gu’Rull no se engañaba con la salud mental de la madre Acyl. La incómoda conjetura sobre las estructuras divinas de la fe no encajaban con ella y los k’chain che’malle. La matrona buscaba adoradores humanos, sirvientes humanos, pero los humanos eran demasiado frágiles, demasiado débiles para suponer verdadero valor. La mujer Kalyth era prueba más que suficiente de ello, a pesar del sabor de perspicacia que Acyl le había otorgado; perspicacia que debería haber traído consigo certeza y fuerza, pero que una mente débil había retorcido para formar nuevos instrumentos de autorrecriminación y autocompasión.

El sabor se desvanecería durante la Búsqueda, ya que la sangre veloz de Kalyth disolvería el don de Acyl sin posibilidad de reponerlo cada día. La destriant volvería a su inteligencia innata, y esta era bastante exigua. Para Gu'Rull ya era bastante inútil. Y en cuanto a esta misión sin sentido se convertiría en una carga, un lastre.

Mejor acabar con ella lo antes posible, pero ay, la orden de madre no permitía tal acción. La destriant debía escoger una espada mortal y un yunque del escudo entre los suyos.

Sag'Churok había recordado el fracaso de su primera selección. La acumulación de imperfecciones que había supuesto el primer elegido: Mascararroja de Lezna. Gu'Rull no creía que la destriant fuera a conseguir a alguien mejor. Puede que los humanos hubieran prosperado en aquel mundo, pero lo habían hecho igual que lo harían los orthen salvajes, por simple virtud de engendrar sin medida. No tenían más talentos.

El shi'gal alzó el hocico en escorzo y abrió las fosas nasales para absorber el aroma del aire fresco de la noche. El viento soplaba del este y, como de costumbre, apestaba a muerte.

Gu'Rull había saqueado los patéticos recuerdos de la destriant, y por lo tanto sabía que ninguna salvación vendría del este, en las llanuras conocidas como Elan. Sag'Churok y Gunth Mach habían puesto rumbo al oeste, hacia Lezna'dan, y allí también habían descubierto fracaso. El norte estaba prohibido, el reino sin vida de hielo, mares atormentados y frío cortante.

Por lo tanto, debían poner rumbo sur.

El shi'gal no había salido de Ampelas enraizado en ocho siglos. En aquel corto periodo de tiempo, lo más probable era que muy poco hubiera cambiado en la región que los humanos conocían como Tierras Yermas. De todas formas, una avanzadilla de exploradores era una táctica sensata.

Con esto en mente, Gu’Rull desplegó aquellas alas que tenía desde hacía un mes, las extendió para que las plumas escamadas pudieran aplanarse y converger bajo la presión del viento.

Y entonces el asesino se dejó caer por el borde de la Frente, con las alas chasqueando en su máxima extensión. Se escuchó la canción del vuelo, un silbido grave, parecido a un gemido, ya que, para el shi’gal, la música era libertad.

Dejó Ampelas enraizado. Había pasado tanto tiempo desde que Gu’Rull sintió algo como esta… euforia.

Los dos ojos nuevos bajo la línea de su mandíbula se abrieron por primera vez y toda aquella visión, del cielo encima y la tierra debajo, confundió por un instante al asesino, pero tras un rato Gu’Rull fue capaz de imponer la separación necesaria para que las vistas tuvieran su propia separación al crear un amplísimo panorama del mundo que tenía delante.

Los nuevos sabores de Acyl eran ambiciosos, sí, brillantes incluso. ¿Tal creatividad estaba implícita en la locura? Quizás.

¿Aquella posibilidad había encendido la chispa de la esperanza en Gu’Rull? No. La esperanza no era posible.

El asesino surcó la noche por encima de un paisaje maldito y sin vida. Como la esquirla de una luna asesinada.

Las Tierras Yermas

No estaba solo. No recordaba haber estado solo jamás. Es más, la noción era imposible, y eso lo entendía. Por lo que sabía era incorpóreo, y poseía el pintoresco privilegio de ser capaz de moverse de un compañero a otro casi a voluntad. Si iban a morir, o conseguían de algún modo repelerlo, es decir si creía que iba a cesar de existir. Él quería vivir, flotar

en la eufórica maravilla de sus amigos, su bizarra y desestructurada familia.

Atravesaron una espesura desolada y solitaria, un lugar de roca quebrada, dunas de arena gris formadas por el viento, laderas de vidrio volcánico que comenzaba y terminaba con indiferencia aleatoria. Colinas y riscos que habían colisionado en caprichosa confusión y ni un solo árbol que rompiera el ondulante horizonte. Arriba, el sol era un ojo borroso que iluminaba un camino a través de las finas nubes. El aire era cálido, el viento, incesante.

El único alimento que el grupo había logrado encontrar provenía de las extrañas plagas de roedores escamados. La fibrosa carne sabía a polvo. Y de una cría enorme de rhinazan que tenía marsupios bajo las alas repletos de agua lechosa. Día y noche las poliñeras les asediaban, esperaban que alguno cayera y no se levantara, pero esto no parecía probable. Pasó de una persona a otra y pudo sentir su resolución innata, la inquebrantable resistencia.

Ay, tal fortaleza no podía prevenir aquella letanía infinita de miseria que parecía ser el centro de la conversación.

—Qué desperdicio —dijo Sheb, mientras se rascaba la barba—. Cava unos pozos, amontona piedras para hacer casas y tiendas y todo eso. Y tendrás algo que valga la pena. La tierra baldía es inútil. Qué ganas de que llegue el día en que se aproveche todo lo que hay sobre la superficie del mundo. Ciudades una sobre la otra…

—No habría granjas —contestó Último, pero como siempre era una objeción tímida, reticente—. Sin granjas, nadie comería…

—No seas imbécil —espetó Sheb—. Por supuesto que habría granjas. Tan solo no existiría toda esta tierra inservible, donde nada vive más que malditas ratas. Ratas en la tierra, ratas en el aire y bichos, y huesos… ¿te puedes creer todos los huesos que hay?

—Pero yo…

—Cállate, Último —dijo Sheb—. A ver si, para variar, dices algo útil.

Asane habló entonces con su frágil y temblorosa voz:

—No os peléis, por favor. Ya es bastante horrible sin vosotros chinchándoos, Sheb…

—Cuidado, bruja, tú eres la siguiente.

—¿Te apetece intentarlo, Sheb? —preguntó Nappet. Él escupió—. Me lo imaginaba. Solo hablas, Sheb, y nada más. Una noche de estas, cuando estés dormido, te cortaré la lengua y se la echaré a las putas poliñeras. ¿Quién se quejaría? ¿Asane? ¿Aliento? ¿Último? ¿Taxilian? ¿Rautos? Nadie, Sheb, nos pondríamos a bailar.

—A mí no me metáis en esto —dijo Rautos—. Ya sufrí toda una vida cuando vivía con mi mujer, sobra decir que no la echo de menos.

—Ya estamos de nuevo, Rautos —espetó Aliento—. Mi mujer esto, mi mujer lo otro. Estoy harta de oírte hablar de tu mujer. No está aquí, ¿a que no? Seguro que la ahogaste en tu lujosa fuente, la sujetaste así, con fuerza, y viste cómo se le hinchaban los ojos, abría la boca y gritaba bajo el agua. La observaste y sonreíste, es lo que hiciste. Yo no me olvido, no puedo, fue horrible. Eres un asesino, Rautos.

—Ya está de nuevo —dijo Sheb—, la que habla sobre ahogar, otra vez.

—Podría cortarle también la lengua a ella —sugirió Nappet, con una sonrisa—. También la de Rautos. Y se acaban las gilipolleces sobre ahogar o mujeres o quejas. El resto no me molestáis. Último, tú no dices nada y cuando lo haces no sacas de quicio a nadie. Asane, tú sobre todo sabes cuándo mantener el pico cerrado. Y Taxilian apenas dice nada de todos modos. Tan solo nosotros, y eso sería…

—Veo algo —interrumpió Rautos.

Sintió que la atención de los compañeros cambiaba, se centraban, y vio un leve borrón en el horizonte, algo que se alzaba hacia el cielo, demasiado estrecho para ser una montaña, se elevaba como un diente.

—Quiero verlo —informó Taxilian.

—Mierda —dijo Nappet—, no queda otra.

El resto asintió en silencio. Llevaban caminando una eternidad, y los argumentos sobre el destino al que debían llegar se habían marchitado. Ninguno tenía respuestas, ninguno sabía dónde estaban.

Así que pusieron rumbo a la lejana y misteriosa construcción.

A él esto le parecía bien, estaba de acuerdo en acompañarles, y se dio cuenta de que compartía la curiosidad de Taxilian que ganaba fuerza a cada instante que pasaba, tanto que podría superar sin dificultad los miedos de Asane y las obsesiones que plagaban al resto: el ahogamiento de Aliento, el matrimonio miserable de Rautos, la vida tímida y sin sentido de Último, el odio de Sheb, y el deleite de Nappet con la violencia. Todas las conversaciones se apagaron y dejaron paso a nada más que el crujido y los golpeteos de los pies descalzos sobre el agreste terreno, eso y el gemido grave del viento incesante.

Muy arriba un enjambre de poliñeras rastreaba a una figura solitaria que deambulaba por las Tierras Yermas. Habían sido atraídas por el sonido de las voces, aunque descubrieron tan solo a esta única y delgada figura. La piel de un verde polvoriento, los colmillos sobresaliendo de la boca. Cargaba una espada y el resto del cuerpo desnudo. Un caminante en soledad, que hablaba con siete voces, que se conocía con siete nombres. Era muchos, pero era uno. Todos estaban perdidos, incluido él.

Las poliñeras ansiaban que muriera. Pero habían pasado semanas. Meses. Por ahora solo ansiaban.

Había patrones que exigían atención. Aunque los elementos quedaban desarticulados, en zarcillos flotantes, en manchas de negro líquido, como salpicaduras que nadaran en su campo de visión. Pero por lo menos ahora podía ver, que ya era algo. El trapo podrido se había caído de sus ojos, arrastrado por corrientes que no podía sentir.

La clave para desentrañarlo todo estaría en los patrones. Él estaba seguro de ello. Si pudiera dibujarlos juntos, podría comprender; sabría todo lo que necesitaba saber. Sería capaz de dar un sentido a las visiones que le rasgaban.

El extraño lagarto bípedo cubierto de una armadura de negro reluciente, con una cola cortísima, de pie sobre unas rocas, mientras que ríos de sangre se precipitaban por los lados. Sus ojos inhumanos fijos, sin parpadear, en la fuente de toda aquella sangre: un dragón, clavado en una celosía de enormes tablones de madera, los pinchos oxidados goteaban por la condensación. La criatura exudaba sufrimiento, una muerte denegada, una vida transformada en una eternidad de dolor. Y del lagarto de pie surgía satisfacción en la cruel penumbra.

En otro lado, dos lobos parecían observarle desde un risco erosionado cubierto de hierba y restos de huesos. En guardia, intranquilos, como si midieran a su rival. Tras ellos, la lluvia caía desde unos gruesos nubarrones. Se dio la vuelta, como si no le importara lo más mínimo la mirada de los animales, y comenzó a caminar a través de la llanura desnuda. En la distancia, dólmenes brotaban del suelo como arañazos, agrupados sin ningún orden, y aun así todos parecían iguales. Quizás es que eran estatuas. Se acercó, torció el gesto ante aquellas siluetas, rodeadas por un

extraño grupo de encapuchados agachados que le daban la espalda y las colas enrolladas. El suelo sobre el que se agachaban resplandecía como si estuviera cubierto de diamantes o vidrio aplastado.

Se acercó a los silenciosos e inmóviles centinelas, y justo antes de alcanzar al más cercano una sombra se cernió sobre él y el aire se heló de pronto. Exaltado, se detuvo y miró hacia arriba.

Nada más que estrellas, flotaban como vertidas de un frasco, como motas de polvo en un charco que se vacía lentamente. Suaves voces que se apagaban, que le rozaban la frente como copos de nieve, derritiéndose al instante, todo significado perdido. Razonamientos en el Abismo, pero no comprendió ninguno de estos. Mantener la vista alzada implicaba tambalearse, sin equilibrio, y sintió que los pies se despegaban del suelo y flotaba. Se dio la vuelta, y miró hacia abajo.

Más estrellas, pero estas emergían de una docena de furiosos soles de fuego verde, cortaban el negro tejido del espacio y se filtraban fisuras de luz. Cuanto más se acercaban, más enormes se hacían, cegándole por completo. La tormenta de voces se convirtió en un clamor, y lo que antes sintió como copos de nieve que se derretían en su frente, ahora ardían como fuego.

Si pudiera juntar todos esos fragmentos, reconstruir el mosaico, y por ende comprender la verdad de los patrones. Si pudiera…

Espirales. Sí, eso son. El movimiento no engaña, el movimiento revela la forma que hay debajo.

Espirales, en rizos de pelaje.

Tatuajes, miradlos, ¡miradlos!

Todos a la vez, los tatuajes se pusieron alerta, se conocía a sí mismo.

Soy Heboric Manos Fantasmales. Destriant de un dios caído. Le veo…

Te veo, Fener.

La forma, tan gigantesca, tan perdida. Incapaz de moverse.

Su dios estaba atrapado, y, como Heboric, era testigo mudo de cómo abrasadores mundos jade se acercaban. Él y su dios estaban en su camino, y eran fuerzas que no podían hacerse a un lado. No existía escudo alguno que pudiera proteger lo que estaba por llegar.

Al Abismo le importamos bien poco. El Abismo llega para dar su sentencia, ante la cual no podemos oponernos.

Fener, te he condenado. Y tú, antiguo dios, me has condenado a mí.

Sí, ya no me arrepiento. Ya que es así como debe ser. Al fin y al cabo, la guerra no conoce otro idioma. En la guerra invitamos a nuestra propia destrucción. En la guerra castigamos a nuestros hijos con un legado de sangre roto.

Ahora lo comprendía. Los dioses de la guerra y lo que significaban, lo que su existencia significaba. Y al mirar aquellos soles de jade que se acercaban implacables, le sobrecogió la futilidad que se escondía tras toda aquella arrogancia, la arrogancia estúpida.

Obsérvanos ondear los estandartes de odio.

Observa adónde nos llevan.

Había comenzado una guerra final. Enfrentar a un enemigo contra el cual no había defensa posible. Ni palabras ni hazañas podían engañar a este preciso árbitro. Inmune a las mentiras, indiferente a las excusas y a los insulsos discursos sobre la necesidad, sobre sopesar dos males y la simplista rectitud de escoger el menos dañino. Y sí, eran argumentos que escuchaba, vacíos como el éter por el que habían viajado.

Somos grandes en el paraíso. Y nos llamaron dioses de la guerra, para cernir la destrucción sobre nosotros mismos, nuestro mundo, la propia tierra, el aire, el agua, la innumerable vida. No, nada de sorpresa, nada de desconcierto inocente. Veo con mis propios ojos el Abismo. Veo con mis propios ojos, y debo hablar con su voz.

Contemplad, amigos míos, pues yo soy la justicia.

Y cuando al fin nos encontremos, no os gustará lo que hallaréis.

Y si la ironía se despierta en vosotros al final, contempladme llorar con lágrimas de jade y contestar con una sonrisa.

Si tenéis el coraje.

¿Lo tenéis, amigos míos, el coraje?

LIBRO PRIMERO

El mar no sueña contigo

Andaré el camino siempre andado
un paso por delante de ti
y un paso por detrás
me ahogaré en el polvo que alzas
y chillaré en tu rostro
todo sabe igual
incluso cuando finges lo contrario

Pero aquí en el camino siempre andado
los viejos rejuvenecerán
podemos suspirar como reyes
como emperatrices en carretas
resplandecientes en riquezas imaginarias.

Andaré el camino siempre andado
aunque me queda poco tiempo
como si las estrellas estuvieran
en la palma de mis manos
como si regaran los placeres
chispas del sol
que descienden despacio y se posan

Para hacer este camino siempre andado
tras de ti, tras de mí
entre cada paso dado, el paso por llegar
alza la vista, mira arriba
antes de que me marche

Cuentacuentos
Fasstan de Kolanse

Capítulo 1

La miseria abyecta no reside en lo que muestra la sábana, sino en lo que esconde.

Rey Tehol el Único de Lether

La guerra había llegado a los terrenos descuidados y enmarañados de la torre muerta Azath en la ciudad de Letheras. La invasión de la plaga de lagartos había sucedido desde la orilla del río. Al descubrir una plétora de extraños insectos habían comenzado el frenesí de alimentarse.

La especie más extraña entre los bichos arcanos era un escarabajo bicéfalo. Cuatro lagartos espiaban a la criatura y se acercaron, rodeándola. El insecto notó amenazas desde dos lados y se giró un poco, con cuidado, y descubrió dos nuevas amenazas, por lo que decidió encogerse y hacerse el muerto.

No funcionó. Uno de los lagartos, una especie trepaparedes con una ancha boca y ojos dorados moteados, se lanzó hacia delante y se tragó al bicho.

Esta escena sucedía en la tierra, una matanza terrible, una carrera hacia la extinción. El destino, esta noche, no era amable con los bichos bicéfalos.

Aunque no todas las presas eran indefensas como pudiera parecer. El rol de la víctima en la naturaleza es efímero, y aquel que se alimenta puede alimentar a otros en el eterno drama de la supervivencia.

Un búho solitario, con la panza llena de lagartos, era el único testigo de la súbita oleada de muertes retorcidas sobre la tierra castigada, ya que de las bocas de los lagartos moribundos surgían siluetas grotescas. La extinción de los

escarabajos bicéfalos parecía no ser una amenaza tan inminente como unos momentos antes.

Pero los búhos, una de las aves más inteligentes, no se preocupan por tales lecciones. Este observaba con los ojos bien abiertos. Hasta que sintió una extraña sensación en el estómago, suficiente como para distraerle de la matanza de abajo. No pensó en los lagartos que se había comido. No pensó, ni siquiera en retrospectiva, en los intentos vagos que algunos de ellos habían demostrado al quedar atrapados en sus garras.

Al búho le tocó una larga noche de regurgitar. Ya que era de inteligencia limitada, decidió que a partir de entonces los lagartos quedaban fuera de su menú.

El mundo ofrece enseñanzas de formas sutiles o, si es necesario, crueles y directas, para que incluso los temas más densos se entiendan. Si fracasaban, morían. Para los más listos, claro, la incomprensión era inexcusable.

Una noche cálida en Letheras. La piedra goteaba sudor. Los canales parecían viscosos, inmóviles, la superficie lisa y opaca con remolinos de polvo y basura. Los insectos revoloteaban sobre las aguas como si buscaran sus reflejos, pero esta pátina suave no devolvía nada, se tragaba todas las estrellas, devoraba las brillantes antorchas de las patrullas callejeras, por lo que los insectos iban de aquí para allá sin cesar, como si estuvieran enloquecidos por la fiebre.

Bajo el puente, sobre unos escalones de piedra enterrados en la oscuridad, los grillos se arrastraban como gotitas de aceite, brillantes, hinchados, con tan mala suerte que estaban justo debajo de las pisadas de dos figuras que se acercaron y acurrucaron en la penumbra.

—No habrá entrado —dijo uno de ellos con un susurro ronco—. El agua apesta, y mira, no hay ondulaciones, no hay

nada. Se ha esfumado por la otra orilla, en algún lugar de mercado nocturno donde pueda perderse con facilidad.

—Perderse —gruñó la otra, una mujer que alzó la daga en una mano enguantada mientras examinaba el filo—, claro que sí. Como si pudiera perderse. Como si pudiéramos alguno.

—¿No crees que puede haberse escondido como nosotros?

—No ha tenido tiempo. Ha huido. Ha salido por patas. Ha entrado en pánico.

—Parecía pánico, ¿no? —asintió su compañero, para después negar con la cabeza—. Nunca había visto algo tan… decepcionante.

La mujer enfundó la daga.

—Lo sacarán a flote. Nos lo volveremos a cruzar, y entonces saltamos sobre él.

—Que estúpido, se cree que se va a escapar.

Tras unos instantes, Sonrisas desenfundó la daga de nuevo y observó el filo.

Tras ella, Rebanagaznates hizo un mohín, pero no dijo nada.

Botella se puso derecho e hizo un gesto a Koryk para que se acercara, entonces observó, entretenido, cómo el seti mestizo de anchos hombros se abría paso entre la muchedumbre a codazos, y dejaba tras de sí una miríada de miradas de odio y maldiciones cuchicheadas. Había poco riesgo de meterse en líos, claro, ya que estaba claro que el jodido extranjero iba en busca de eso mismo, y los instintos compartidos por todo el mundo precavían de meterse con Koryk.

Una lástima. Sería algo digno de ver. Botella sonrió para sí mismo. Una masa de tenderos letherii iracundos cayendo

sobre el amenazador bárbaro, aporreándole contra el suelo con pedazos de pan y hortalizas bulbosas.

Pero de nuevo, aquellas distracciones no sucederían. No por ahora, de todos modos, cuando habían localizado a su presa, con Chapapote y Corabb rodeando la taberna para cubrir el callejón que hacía de cuello de botella, y Quizás y Masan Gilani en el tejado, en caso de que el objetivo se pusiera creativo.

Koryk llegó, todo sudado, con el ceño fruncido y serrando los dientes.

—Miserables mierdas —murmuró—. ¿Qué pasa con esta lujuria de gastar monedas? Los mercados son una estupidez.

—Mantienen a la gente feliz —contestó Botella—, y si no felices, pues… saciados por un tiempo. Que al fin y al cabo tienen la misma función.

—¿Y esa es?

—Que no se metan en líos. Líos de esos que alborotan —añadió, al observar la frente llena de nudos de Koryk y la mirada penetrante—. De los que llegan cuando la gente tiene tiempo para pensar, pensar de verdad, quiero decir. Cuando comienzan a darse cuenta del pedazo de mierdaca que es todo esto.

—Parece uno de esos discursos del rey, me dan sueño, como tú ahora, Botella. Y bien, ¿dónde está exactamente?

—Una de mis ratas está agachada a los pies de una barandilla…

—¿Cuál?

—Bebé Sonrisas. Es la mejor para esto. En cualquier caso, tiene los ojillos fijos en él. Está en una mesa en la esquina, justo bajo la ventana cerrada. Pero no parece el tipo de persona que pudiera trepar hasta ella. En fin —concluyó Botella—, está arrinconado.

El ceño de Koryk se arrugó todavía más.

—Demasiado fácil, ¿no?

Botella se rascó la barba incipiente, cambió el peso de un pie al otro, y suspiró.

—Sí, demasiado fácil.

—Aquí vienen Bálsamo y Gesler.

Los dos sargentos llegaron.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Bálsamo, con los ojos bien abiertos.

Gesler dijo:

—Está de bajón otra vez, no le hagáis caso. Nos espera una pelea, imagino. Una fea. No caerá fácil.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Koryk.

—Tormenta va delante. Hará que salte. Si se va por la puerta trasera tus amigos se lo cargarán. Lo mismo si va para arriba. Yo supongo que rodeará a Tormenta e intentará salir por la puerta principal. Es lo que yo haría. Tormenta es grandote y da miedo, pero no es rápido. Y contamos con eso. Los cuatro estaremos esperando al bastardo. Acabaremos con él. Y Tormenta vendrá detrás para sujetar la puerta y evitar cualquier retirada.

—Parece que está nervioso y de mal humor —dijo Botella —. Avisad a Tormenta, puede que le plante cara.

—A la que escuchemos cualquier ruido entramos —añadió Gesler.

El sargento de cabello rubio se alejó para informar a Tormenta. Bálsamo estaba de pie junto a Koryk, desconcertado.

La gente entraba y salía de la taberna como si fuera un burdel de poca monta. Tormenta apareció, le sacaba un buen trecho de estatura a todo el mundo, la tez roja y la cara todavía más rojiza, como si toda su cara estuviera en llamas. Soltó la correa de la espada al acercarse con paso firme hacia la puerta. Al verle, la gente se apartaba. Se cruzó con un cliente en el umbral, cogió al tipo de la camisa y le apartó de un empujón. El pobre idiota soltó un gritito

cuando cayó de cara contra el empedrado a menos de tres pasos de tres malazanos, donde se retorció y se llevó las manos a la barbilla ensangrentada.

Tormenta entró en la taberna y Gesler llegó, pisó al ciudadano caído, y siseó:

—¡A la puerta, todos, ahora!

Botella dejó que Koryk fuera delante y esperó a Bálsamo, que había salido caminando hacia otro lado. Gesler le dio un tirón. Si iba a tener lugar una riña, Botella prefería dejar el trabajo sucio a los demás. Al fin y al cabo él había hecho su trabajo al rastrear y localizar la presa.

El caos estalló en la taberna, muebles destrozados, gritos de sorpresa y chillidos de terror. Entonces algo hizo ¡bum! Y de pronto un humo blanco brotaba de la puerta de entrada. Más muebles astillados, un ruido atronador y una figura salió corriendo a través del humo.

Un codo impactó con fuerza en la mandíbula de Koryk y este cayó como un árbol talado.

Gesler se agachó para esquivar un puñetazo, justo a tiempo para que un rodillazo le diera de pleno, el ruido del golpe fue como el de dos cocos estrellándose. La pierna del objetivo giró, llevándose consigo al resto del hombre en una pirueta, mientras que Gesler se alejaba para sentarse sobre el empedrado con los ojos llorosos.

Con un chillido Bálsamo dio un paso atrás y echó mano de su espada corta (Botella dio un salto adelante para sujetar el brazo del sargento) cuando el objetivo pasó de largo, corría a toda velocidad pero con paso errático dirección al puente.

Tormenta salió entre bandazos de la taberna, la nariz sangraba.

—¿No lo habéis atrapado? Malditos imbéciles, ¡mirad mi cara! ¡Esto a cambio de nada!

Otros clientes salieron apartando al enorme falari, entre toses y ojos llorosos.

Gesler se erguía, tambaleante, sacudió la cabeza.

—Vamos —farfulló—, tras él, y esperemos que Rebanagaznates y Sonrisas puedan entretenerle un rato.

Chapapote y Corabb aparecieron y observaron la escena.

—Corabb —dijo Chapapote—, quédate con Koryk e intenta rodearle. —Y se unió a Botella, Gesler, Tormenta y Bálsamo en la persecución de su objetivo.

Bálsamo lanzó una mirada a Botella.

—¡Podría haberle alcanzado!

—Necesitamos al pobre diablo vivo, imbécil —espetó Botella. El sargento puso un gesto de sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Fíjate en eso —siseó Rebanagaznates—. ¡Ahí viene!

—Y también cojea bastante —apuntó Sonrisas, que volvió a desenfundar la daga—. Vamos por ambos flancos y vamos a por los tobillos.

—Buena idea.

—Rebanagaznates fue por la izquierda, Sonrisas por la derecha, y se agacharon a ambos lados del extremo del puente. Escucharon el crujido de las pisadas del fugitivo cojo al alcanzar la arcada del puente, cada vez más cerca. De la esquina de la calle del mercado, al otro lado, los gritos inundaban el aire. La refriega en el puente se aceleraba.

En el momento justo, cuando el objetivo alcanzó el otro extremo y ponía pie sobre el empedrado de la calle, los dos marines malazanos salieron de sus escondrijos, y se abalanzaron sobre las piernas del fugitivo.

Los tres cayeron en un guiñapo.

Unos instantes después, entre el rugido de maldiciones, borrón de extremidades y golpes frenéticos, el resto de los

cazadores llegó, y al fin consiguieron inmovilizar a la presa. Botella se acercó para observar de cerca el rostro amoratado de su víctima.

—En serio, sargento, tenías que saber que era inútil.

Violín le miró.

—¡Mira lo que le has hecho a mi nariz! —exclamó Tormenta, cogió uno de los brazos de Violín y valoró romperlo en dos.

—Ha usado un ahumador en la taberna, ¿no? —preguntó Botella—. Menudo desperdicio.

—Pagaréis por esto —dijo Violín—. No tenéis ni idea…

—Probablemente tenga razón —sugirió Gesler—. Y bien, Viol, ¿tenemos que sujetarte aquí para siempre, o vendrás con nosotros sin causar problemas? Lo que la consejera quiere, la consejera consigue.

—Es fácil para ti —siseó Violín—. Mira a Botella. ¿Parece feliz?

Botella torció el gesto.

—No, no estoy feliz, pero las órdenes son órdenes, sargento. No puedes esfumarte y ya.

—Ojalá hubiera traído uno o dos afiladores —dijo Violín—, me hubieran venido de perlas. Está bien, podéis dejar que me levante. Creo que me he fastidiado la rodilla. Gesler, tienes una mandíbula de granito, ¿lo sabías?

—Y me deja un perfil estupendo —contestó él.

—¿Estábamos persiguiendo a Violín? —preguntó de pronto Bálsamo—. Dioses, ¿se ha amotinado o algo?

Rebanagaznates le dio un golpecito en el hombro.

—Todo solucionado, sargento. La consejera quiere hablar con él, nada más.

Botella entrecerró los ojos. *Nada más. Claro, eso es todo. No puedo esperar para verlo*.

Pusieron a Violín de pie, y fueron inteligentes de sujetar al tipo mientras volvían a las barracas.

Gris y fantasmal, la alargada silueta colgaba sobre el dintel por encima de la puerta muerta Azath. Parecía sin vida, pero desde luego no era así.

—Podríamos tirarle piedras —sugirió Peccado—. Duermen de noche, ¿no?

—Suele ser así —respondió Larva.

—Quizá si no hacemos ruido.

—Quizá.

Peccado se movió intranquila.

—¿Piedras?

—Si le das se despertará, y entonces saldrá como un enjambre negro.

—Siempre he odiado las avispas. Desde que tengo memoria. Quizá me picaron, ¿qué crees tú?

—¿A quién no han picado? —dijo Larva, y se encogió de hombros.

—Podría prenderle fuego y ya.

—Nada de hechicería, Peccado, no aquí.

—Creo recordar que dijiste que la casa estaba muerta.

—Lo está… creo. Pero quizás el jardín no.

Ella echó un vistazo alrededor.

—Aquí han cavado no hace mucho.

—¿Algún día hablarás con alguien además de conmigo? —preguntó Larva.

—No. —Aquella sola palabra era absoluta, inmutable, y no invitaba a desarrollar discusión alguna sobre el tema.

Él la miró.

—Sabes qué está pasando esta noche, ¿verdad?

—Me da igual. No voy a acercarme a esa cosa.

—No importa.

—Puede que, si nos escondemos en la casa, no nos alcance.

—Puede —asintió Larva—. Pero dudo que la baraja funcione así.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no lo sé. Tan solo que el tío Keneb me dijo que Violín habló sobre mí la última vez, y yo, por aquel entonces, estaba saltando al mar. No estaba en la cabina. Pero él lo supo, sabía con total exactitud qué estaba haciendo.

—¿Qué estabas haciendo?

—Había ido a buscar a los nachts.

—¿Y cómo sabías dónde estaban? No te entiendo, Larva. Y de todos modos, ¿para qué los quieres? Lo único que hacen es seguir a Asimismo a todos lados.

—Cuando no están cazando lagartitos —contestó Larva, con una sonrisa.

Pero Peccado no estaba de humor para distracciones tontas.

—Te miro y pienso… *Mockra*.

Larva no respondió a aquello. En cambio, se arrastró por el sendero de piedras desiguales, con los ojos fijos en el nido de avispas.

Peccado lo siguió.

—¿Eres lo que vendrás, no?

Él soltó una risita.

—¿Y tú no?

Alcanzaron el umbral y se detuvieron.

—¿Crees que está cerrada?

—Chsss.

Larva se agachó y flanqueó el enorme nido por debajo. Cuando lo pasó, se levantó muy despacio y acercó la mano al picaporte. Se deshizo en su mano con un leve estallido arenoso. Larva miró a Peccado, pero no dijo nada. Se giró hacia la puerta y le dio un leve empujón.

La sensación fue parecida a haber metido los dedos en agua. Cayó más polvo al suelo.

Larva alzó ambas manos y empujó la puerta.

La barrera se desintegró en nubes y frágiles astillas. El metal crujió en el suelo, justo debajo, y un instante después una brisa se tragó las nubes.

Larva dio un paso por encima de la madera podrida y se desvaneció en la penumbra que había más allá.

Un momento después, Peccado lo siguió, agachándose y con paso rápido.

Bajo la sombra de un árbol casi muerto en la tierra de Azath, el teniente Poros gruñó. Supuso que tendría que haberlos llamado de vuelta, pero para llevarlo a cabo habría revelado su presencia, aunque nunca podía estar seguro cuando se trataba de las órdenes del capitán Generoso. Diseñadas y entregadas con cierta vaguedad hecha a propósito, como hojas pochas que cubren un agujero repleto de pinchos. Sospechaba que se suponía que tenía que mantener cierto subterfugio mientras seguía a los dos enanos.

Además, había hecho algunos descubrimientos. Peccado no era, ni de lejos, muda. Tan solo una vaca tozuda. Qué sorpresón. Y le gustaba Larva, qué bonito (bonito como la savia de un árbol, ramitas y bichos atrapados incluidos). Cómo era posible que hiciera que un adulto se derritiera, y después se colara por el desagüe de la sentimentalidad donde los niños jugaban y, de vez en cuando, se salían con la suya.

Bueno, la diferencia era que Poros tenía una gran memoria. Recordaba con gran detalle su propia niñez, y de haber podido volver atrás, a su propio pasado, le habría dado una buena colleja a aquel niñato. Y después habría contemplado la expresión confundida, de dolor, y habría

dicho algo como: «Acostúmbrate, pequeño Poros. Algún día conocerás a un hombre llamado Generoso…».

En cualquier caso, los ratones se habían escurrido en la Casa de Azath. Quizá se ocuparía de ellos ahí dentro, y así conseguir una conclusión satisfactoria a aquel encargo. Un gigante, pies de diez mil años de antigüedad, pisaban una, dos veces. Plas, plaf, como bayas, Larva, una mancha, Peccado, un borrón.

¡Dioses, no, me culparán a mí! Gruñó y salió tras ellos.

Visto en retrospectiva, supuso que recordaría aquel puto nido de avispas. Al fin y al cabo, debería haber captado su atención cuando se lanzaba a la puerta. En cambio se estrelló en su frente.

Una ráfaga espontánea de zumbidos rabiosos, el nido se balanceaba de adelante hacia atrás, golpeó su cabeza una vez más.

Reconocimiento, comprensión, y después, bastante apropiado para la situación, pánico cegador.

Poros dio media vuelta y echó a correr.

Mil o más avispas negras enfurecidas le acompañaron.

Seis picaduras podrían derribar a un caballo. Él aulló cuando sintió la primera llamarada en la nuca. Y después otra vez, cuando otra picadura hizo efecto, en esta ocasión en la oreja derecha.

Hizo aspavientos con los brazos. Había un canal en algún sitio ahí delante, recordó que habían cruzado un puente, a la izquierda.

Otra explosión de agonía, en esta ocasión en el dorso de la mano derecha.

¡Nada de canales! ¡Necesito un sanador, cuanto antes!

Ya no podía escuchar zumbido alguno, pero lo que veía ante él había comenzado a inclinarse, la oscuridad se derramaba desde las sombras y la luz de las linternas en las

ventanas era un borrón estridente y doloroso para su vista. Las piernas tampoco le respondían bien.

Ahí, las barracas malazanas.

Olor a Muerto. O Ebron.

Tropezándose, le costaba fijar la vista en la puerta del recinto. Intentó gritar a los dos soldados que montaban guardia, pero tenía la lengua hinchada y le llenaba toda la boca. Le costaba respirar. Correr…

Se le acababa el tiempo…

—¿Quién era?

Larva volvió del pasillo y negó con la cabeza.

—Alguien. Despertó a las avispas.

Estaban de pie en una especie de cámara, un hogar de piedra cubría toda una pared, con una silla acolchada a cada lado. Había contenedores y cofres apilados junto a otras dos paredes, y en frente de la última, opuesta a la chimenea fría, había un sofá florido, y encima un tapiz descolorido. Todo aquello eran poco más que siluetas difusas en la penumbra.

—Necesitamos una vela o una linterna —dijo Peccado—. Ya que… —añadió con un tono de voz acusado— no puedo usar hechizos…

—Seguro que puedes —repuso Larva—, ya que no estamos cerca del jardín. No hay nadie aquí, ninguna… presencia, quiero decir. Está muerta del todo.

Con un gesto triunfante Peccado despertó las ascuas en el hogar, aunque las llamas que ardían con vida eran extrañamente chillonas, formadas por tirabuzones verdes y azulados.

—Te resulta demasiado fácil —dijo Larva—. Ni siquiera he sentido una senda.

Ella no respondió y se acercó caminando hasta el tapiz.

Larva la siguió.

El tapiz mostraba una escena de batalla, algo bastante común. Parecía que los héroes solo existían en medio de la muerte. Apenas diferenciados en el tejido borroso, una especie de reptiles con armaduras guerreaban contra los tiste edur y los tiste andii. El cielo cubierto de humo estaba repleto de montañas flotantes (la mayoría ardía) y dragones, y algunas de aquellas bestias parecían gigantescas, cinco, seis veces el tamaño de otros y eso que estaban a más distancia. El fuego dominaba la escena, fragmentos de las fortalezas aéreas se rompían y caían en medio de la masa de bandos enfrentados. Por todas partes había matanza y destrozo.

—Bonito —murmuró Peccado.

—Miremos en la torre —sugirió Larva. Todos los fuegos de la escena le recordaban a Y'Ghatan y la imagen de Peccado caminando entre las llamas. Ella podría haberse metido en medio de esta antiquísima batalla. Le daba miedo mirar demasiado cerca por si la reconocía en el tapiz, entre los cientos de figuras inquietas, con expresión feliz en su rostro de redondos mofletes, los ojos oscuros saciados y resplandecientes.

Marcharon hacia la torre cuadrada.

Volvieron a la penumbra del pasillo una vez más, donde Larva se detuvo para que sus ojos se ajustaran. Un instante después unas llamas verdes surgieron como lenguas de fuego de la cámara que acababan de abandonar, serpenteaban por el suelo de piedra, acercándose.

Iluminada por el resplandor fantasmal, Peccado sonrió.

El fuego les siguió desde las escaleras de losas de piedra hasta el extremo superior, exento por completo de muebles. Bajo una ventana cerrada y cubierta de telarañas yacía tirado un cadáver disecado. Tiras de piel como cuero mantenían la carcasa unida, Larva se fijó en la extrañeza de las extremidades de aquella cosa, las articulaciones de más

en las rodillas, codos, cadera y tobillos. El propio esternón parecía tener una coyuntura hacia la mitad, así como las prominentes clavículas.

Se acercó para echar un vistazo de cerca. La cara estaba aplanada, los ángulos donde las mejillas se perfilaban hacia atrás estaban afilados, casi hasta los oídos. Cada hueso que pudo ver parecía diseñado para doblarse o desplomarse. No solo las mejillas sino la mandíbula y los puentes de las cejas. Era una cara que en vida, sospechaba Larva, podría poner una gran cantidad de extrañas expresiones. Muchas más que un rostro humano.

La piel estaba blanqueada, no tenía pelo y Larva sabía que si tocaba el cadáver se desharía en polvo.

—Forkrul assail —susurró.

Peccado se colocó junto a él.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes nada de todo esto?

—En el tapiz de ahí —dijo—, esos lagartos. Creo que eran k'chain che'malle. —La miró y se encogió de hombros—. Esta Casa Azath no murió —continuó—, tan solo… se marchó.

—¿Se marchó? ¿Cómo?

—Pues se alejó caminando, creo yo.

—¡Pero si tú no sabes nada! ¿Cómo puedes afirmar cosas así?

—Me la juego a que Ben el Rápido también lo sabe.

—¿Sabe qué? —siseó, exasperada.

—Esto. La verdad.

—Larva…

Él la miró a los ojos, observó la furia en sus ojos.

—Tú, yo, los azath. Todo está cambiando, Peccado. Todo. Todo está cambiando.

Las pequeñas manos se cerraron en puños a los lados. Las llamas que danzaban en el suelo empedrado saltaron al

marco de la puerta de la cámara entre chasquidos y chispazos.

Larva resopló.

—El modo en que le haces hablar…

—También puede gritar, Larva.

Él asintió.

—Con un grito tan potente que podría partir el mundo, Peccado.

—Lo haría, y lo sabes —dijo ella con una vehemencia súbita—, solo para comprobar qué puedo hacer. Lo que yo soy capaz de hacer.

—¿Qué te detiene?

Ella sonrió al darse la vuelta.

—Que tú quizá gritarías de vuelta.

Tehol el Único, rey de Lether, entró en la sala y, con los brazos estirados a ambos lados, dio una vuelta. Entonces sonrió, radiante, a Bicho.

—¿Qué te parece?

El sirviente sujetaba una olla de bronce en las magulladas y maltratadas manos.

—¿Ha dado clases de danza?

—¡No, fíjate en mi sábana! Mi querida esposa ha comenzado a bordarla. Mira, fíjate en el dobladillo, encima de la rodilla izquierda.

Bicho se inclinó un poco hacia delante.

—Ah, ya veo. Muy bonito.

—¿Muy bonito?

—Bueno, no acabo de entender qué se supone que ha de ser.

—Yo tampoco. —Hizo una pausa—. No es demasiado buena, ¿no?

—No, se le da fatal. Por supuesto, es una académica.

—Exacto —asintió Tehol.

—Al fin y al cabo —dijo Bicho—, si fuera buena cosiendo o con algo parecido…

—¿Jamás se habría dedicado a la erudición?

—Así en términos generales, las personas a las que se les da mal todo terminan convirtiéndose en académicos.

—Eso mismo pienso yo, Bicho. Aunque debo preguntar, ¿qué tiene de malo?

—¿Malo?

—Nos conocemos desde hace mucho —dijo Tehol—. Mis sentidos están pulidos a la perfección para reconocer incluso los cambios más sutiles en tu estado de ánimo. Tengo algunos talentos que reconozco, aunque fuera toda modestia, dispongo de una habilidad excepcional para interpretarte.

—Bueno —suspiró Bicho—, estoy impresionado. ¿Cómo has descubierto que estoy molesto?

—¿Sin contar que has mancillado a mi esposa, quieres decir?

—Sí, además de eso.

Tehol hizo un gesto con la cabeza hacia la olla que Bicho cargaba, este miró hacia abajo y descubrió que ya no había olla alguna, tan solo un pedazo retorcido de metal. Volvió a suspirar y lo dejó caer al suelo. El golpe hizo eco en la sala.

—Son los detalles sutiles —dijo Tehol, mientras suavizaba las dobleces en la Sábana Real—. Algo que vale la pena decirle a mi mujer… como si fuera algo casual, claro, de pasada. Muy de pasada, como si no tuviera importancia alguna, ya que ella estará armada con peligrosas agujas hechas con espinas.

—Los malazanos —comenzó Bicho—. O, mejor dicho, un malazano. Con una versión de las Losas en las manos sudorosas. Una versión potente, y este hombre no es un charlatán. Es un adepto. Aterrador.

—¿Y va a invocar las Losas?

—Cartas de madera. El resto del mundo ha superado las Losas, señor. Lo llaman la Baraja de Dragones.

—¿Dragones? ¿Qué dragones?

—No pregunte.

—Bueno, ¿existe algún lugar donde puedas, esto, esconderte, oh desdichado y miserable dios ancestral?

Bicho puso cara mustia.

—No lo creo. Aunque no soy el único problema. Está el Errante.

—¿Todavía está aquí? No ha sido visto en meses…

—La baraja supone una amenaza para él. Puede que se resista a su revelación. Puede que haga algo… precipitado.

—Hmmm. Los malazanos son nuestros invitados, y de hecho, si están en peligro, nos corresponde protegerlos o, en caso de fracasar en esta tarea, avisarles. Si eso no funciona, siempre podemos salir corriendo.

—Sí, señor, eso sería prudente.

—¿Salir corriendo?

—No, un aviso.

—Enviaré a Brys.

—Pobre Brys.

—A ver, no es mi culpa, ¿no? Pobre Brys, justo. Ya era hora de que se ganara su título, sea cual sea, que ahora mismo no lo recuerdo. Es esa mente burocrática que me da tanta rabia. Se oculta en la oscuridad de su oficina. Un peón sin rostro, que se ocupa de esquivarnos y de evitar cualquier responsabilidad que llama a su puerta. Sí, estoy harto del tipo, hermano o no…

—Señor, usted puso a Brys a cargo del ejército.

—¿Sí? Claro que sí. ¡Veamos cómo se esconde ahora!

—Le está esperando en la sala del trono.

—Bueno, no es estúpido. Sabe reconocer cuándo está arrinconado.

—Rucket también está aquí —informó Bicho—, con una petición del gremio de los Cazarratas.

—¿Una petición? ¿Para qué, más ratas? Ponte en pie, viejo amigo, ha llegado la hora de conocer a nuestro público. Todo esto de la regencia es un incordio. Espectáculos, desfiles, decenas de miles de adoradores…

—No ha tenido espectáculos ni paradas, señor.

—Y aun así me adoran.

Bicho se alzó y precedió al rey Tehol a través de la cámara, por la puerta y a la sala del trono.

Las únicas personas que esperaban eran Brys, Rucket y la reina Janath. Tehol se acercó a Bicho cuando subieron al estrado.

—¿Ves a Rucket? ¿Ves la adoración? ¿Qué te dije?

El rey se sentó en el trono, sonrió a la reina que ya estaba sentada en un trono igual al suyo a la izquierda, y se recostó estirando las piernas.

—No hagas eso, hermano —advirtió Brys—. La vista desde aquí…

Tehol se estiró.

—Uy, más regio.

—Sobre eso —dijo Rucket.

—Observo con alivio que has perdido incontables piedras de peso, Rucket. Muy favorecedor. ¿Sobre qué?

—Eso sobre la adoración que le has susurrado a Bicho.

—Creía tener entendido que venías con una petición.

—Quiero acostarme contigo. Quiero que le seas infiel a tu mujer, Tehol. Conmigo.

—¿Esa es tu petición?

—¿Qué tiene de malo?

La reina Janath habló.

—No puede ser infidelidad. La infidelidad sería a mis espaldas. Engaño, mentira, traición. Por casualidades de la vida estoy sentada aquí mismo, Rucket.

—Exactamente —respondió esta—, hagámoslo sin todos esos detalles serios. Amor libre para todos. —Sonrió a Tehol —. En concreto para ti y para mí, señor. Bueno, no libre del todo, ya que espero que me pagues la cena.

—No puedo —respondió Tehol—. Nadie quiere mi dinero, ahora que de hecho puedo tenerlo, ¿y no es así siempre? Es más, ¿un flirteo público con el rey? ¿Qué tipo de ejemplo sería ese?

—Vistes una sábana —señaló Rucket—. ¿Qué tipo de ejemplo es ese?

—Uno de gran compostura, claro.

Ella alzó las cejas.

—Muchos verían tu gran compostura con pavor, señor. Pero yo —añadió con una amplia sonrisa—, no.

—Dioses —suspiró Janath, masajeándose la frente.

—¿Qué petición es esta? —exigió Tehol—. No has venido en nombre del gremio Cazarratas, ¿no?

—De hecho, sí. Para cimentar nuestros lazos. Como todo el mundo sabe, el sexo es el pegamento que mantiene a la sociedad unida, por lo que imaginé que…

—¿Sexo? ¿Pegamento? —Tehol se inclinó en la silla—. Ahora tengo curiosidad. Pero dejémoslo por ahora. Bicho, prepara una proclamación. El rey deberá tener relaciones sexuales con todas y cada una de las mujeres poderosas de la ciudad, teniendo en cuenta que se pueda comprobar definitivamente que son mujeres. Necesitaremos un aparato para medir, que los Ingenieros Reales se pongan a ello.

—¿Por qué dejarlo en mujeres poderosas? —preguntó Janath a su marido—. No te olvides del poder que reside en un hogar. ¿Y qué hay de una proclamación similar para la reina?

Bicho dijo:

—Había una tribu donde el cacique y su mujer tenían el privilegio de encamar a novios y novias la noche antes del

matrimonio.

—¿En serio?

—No, señor —admitió Bicho—. Me lo acabo de inventar.

—Puedo redactarlo en nuestra historia si quieres —dijo Janath, con un entusiasmo apenas disimulado.

Tehol torció el gesto.

—Mi esposa se vuelve indecorosa.

—Tan solo arrojo mi moneda en este cofre del tesoro de sórdida idiotez, querido. Rucket, tú y yo tenemos que sentarnos y tener una pequeña conversación.

—Nunca hablo con la otra mujer —exclamó Rucket, tensándose todavía más con la barbilla bien alta.

Tehol aplaudió.

—Bueno, ¡otra reunión concluida! ¿Qué hacemos ahora? Yo creo que irme a la cama. —Y entonces, con una rápida mirada a Janath—: En compañía de mi queridísima esposa, claro.

—Todavía ni hemos cenado, esposo.

—¡Cena en la cama! Podemos invitar a… nada, borra eso.

Brys dio un paso adelante.

—Sobre el ejército.

—Vaya, siempre ejército arriba, ejército abajo contigo. Pide más botas.

—Tan solo necesito más dinero.

—Bicho, dale más dinero.

—¿Cuánto, señor?

—Lo que sea que necesite para las botas y lo demás.

—No son botas —dijo Brys—. Es entrenamiento.

—¿Van a entrenar sin botas? Extraordinario.

—Quiero hacer uso de estos malazanos que se han establecido en la ciudad. Estos «marines». Y sus tácticas. Quiero reinventar el ejército letherii. Quiero contratar sargentos malazanos.

—¿Y a la consejera le parece aceptable?

—Así es. Sus soldados se aburren y eso no es bueno.

—Imagino que no. ¿Sabemos cuándo se marchan?

Brys frunció el entrecejo.

—¿Me lo pregunta a mí? ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Ah, entonces la orden del día queda programada para la próxima reunión.

—¿Debo informar a la consejera? —preguntó Bicho.

Tehol se frotó la barbilla y después asintió.

—Sí, sería prudente, Bicho. Muy audaz. Bien hecho.

—¿Y mi petición qué? —exigió Rucket—. ¡Me he vestido elegante y todo!

—La valoraré.

—Bien. ¿Qué te parece un beso real mientras?

Tehol se removió en el trono.

—¿Le ocurre algo a tu gran compostura, esposo? Está claro que sabe mejor que tú que mi paciencia tiene límites.

—Bueno —repuso Rucket—, ¿y un abrazo real?

—Tengo una idea —dijo Bicho—, sube los impuestos. Para los gremios.

—Está bien —espetó Rucket—, me marchó. Otra petición rechazada por el rey. De este modo la muchedumbre se vuelve más inquieta.

—¿Qué muchedumbre? —preguntó Tehol.

—La que voy a reunir.

—No te atreverás.

—Una mujer rechazada, señor, es algo peligroso.

—Ah, bésala y abrázala, esposo. Apartaré la vista.

Tehol se puso de pie, y volvió a sentarse deprisa.

—En un ratito —dijo sin aliento.

—Los modales reales adquieren un nuevo significado —intervino Bicho. Pero Rucket sonreía.

—Me lo tomaré como un detalle prometedor.

—¿Y la muchedumbre? —preguntó Bicho.

—Se ha dispersado como por arte de magia en un suspiro ensoñador, oh canciller, o lo que seas.

—Soy los ingenieros reales, sí, todos ellos. Ah, y el tesorero.

—Y el portaescupideras —añadió Tehol.

El resto torció el gesto.

Bicho puso mala cara y miró a Tehol.

—Me lo estaba pasando bastante bien hasta que ha dicho eso.

—¿Algo va mal? —preguntó Brys.

—Ah, hermano —dijo Tehol—, necesitamos enviarte a la consejera. Con una advertencia.

—¿Hummm?

—¿Bicho?

—Te acompañaré afuera, Brys.

Cuando los dos se marcharon, Tehol miró a Janath, después a Rucket, y se fijó en que ambas todavía tenían un mohín en el rostro.

—¿Qué?

—¿Algo que debamos saber? —preguntó Janath.

—Eso —añadió Rucket—, en nombre del gremio Cazarratas, quiero decir.

—La verdad es que no —contestó Tehol—. Un asunto menor, os lo aseguro. Algo sobre amenazar dioses y devastar divinidades. Y ahora estoy listo para mi beso y mi abrazo. No, un momento. Primero toca respirar hondo. Dadme un instante. Sí, no, esperad.

—¿Debería comentar mi bordado? —preguntó Janath.

—Sí, me parece perfecto. Procede. Quédate ahí, Rucket.

El teniente Poros abrió los ojos. O lo intentó, ya que de tan hinchados estaban cerrados. Pero a través de las

hendiduras borrosas pudo discernir una figura que se inclinaba sobre él. Un rostro nathii, preocupado.

—¿Me reconoces? —preguntó el nathii.

Poros intentó hablar, pero alguien le había atado con fuerza la garganta. Asintió, y sintió el cuello el doble de grosor de lo normal. Era eso, pensó, o se le había encogido la cabeza.

—Mulvan Pavor —dijo el nathii—. Sanador de la escuadra. Vivirás. —Se echó para atrás y le dijo a alguien más—: Vivirá, señor. Aunque no podrá hacer casi nada durante unos días.

El capitán Generoso apareció en su campo de visión, su cara (que consistía por completo en rasgos contraídos) era inexpresiva, como de costumbre.

—Por esto, teniente Poros, va a tener que comparecer. La estupidez criminal es impropia de un oficial.

—Me apuesto algo a que hay un montón de esos —murmuró el sanador al alejarse.

—¿Has dicho algo, soldado?

—No, señor.

—Debe de ser que me falla el oído.

—Sí, señor.

—¿Sugieres que mi oído falla, soldado?

—¡No, señor!

—Estoy seguro de que sí lo has hecho.

—Su oído está perfecto, capitán, estoy seguro. Y es una, ejem, valoración por parte de un sanador.

—Dime —dijo el capitán Generoso—, ¿hay alguna cura para la calvicie?

—¿Señor? Bueno, por supuesto.

—¿Cuál es?

—Aféitese la cabeza. Señor.

—Me da la sensación de que no tienes demasiados asuntos en los que ocupar tu tiempo, sanador. Por lo tanto,

pasarás por las escuadras de tu compañía para enmendar cualquier dolencia que describan. Ah, además de despiojarlos y de comprobar si hay ampollas de sangre en los testículos de los hombres. Estoy seguro de que hay una pavorosa señal de que algo va mal.

—¿Ampollas de sangre, señor? ¿En los testículos?

—El defecto en los oídos parece ser tuyo, no mío.

—Hmmm, nada pavoroso o malo, señor. Tan solo no las explote o sangrarán como demonios. Salen por cabalgar largas distancias, señor.

—Desde luego.

—Sanador, ¿por qué sigues ahí?

—¡Discúlpeme, señor, estoy en camino!

—Espero un informe detallado sobre las condiciones de sus compañeros.

—¡Sí, señor! Inspección testicular, allá voy.

Se inclinó de nuevo hacia delante y estudió a Poros.

—Ni siquiera puedes hablar, ¿no es así? Es de una piedad inesperada. Seis picaduras de avispa negra. Deberías estar muerto. ¿Por qué no lo estás? No importa. Supongo que has perdido a los dos enanos. Ahora tengo que desencadenar a los dos perros para que los encuentren. Esta noche entre todas las noches. Recupérate pronto, teniente, para que pueda azotarte la piel.

Fuera del dormitorio, Mulvan Pavor se detuvo un instante y después salió a buen ritmo para reunirse con sus compañeros en un dormitorio cercano.

Entró en la habitación, estudió a los distintos soldados que vagueaban sobre los catres o lanzaban nudillos, hasta que se encontró con la marchita tez negra de Nep Surco apenas visible entre dos catres, hacia donde se dirigió para

encontrarse con el chamán dalhonesio, sentado con las piernas cruzadas y una sonrisa ruin en los labios.

—¡Sé lo que has hecho, Nep!

—¿Eh? ¡Lo ritires!

—Has estado soltando maldiciones a Generoso, ¿no? ¡Ampollas de sangre en sus huevos!

Nep Surco soltó una carcajada.

—¡Puntitos negritos chunguitos! ¡Já!

—¡Ya basta! ¡Detén ahora mismo lo que estés haciendo, maldita sea!

—¡Mu tarder! ¡Noce van!

—Quizá sería interesante si descubre quién está detrás de todo este asunto…

—¡No agas! ¡Puerco! ¡Fru pal nathii! ¡Vuu du, vuu du!

Mulvan Pavor fijó la mirada en el hombre, sin entender nada. Le dedicó una mirada suplicante a Correa Ponche, que estaba en el otro catre.

—¿Qué acaba de decir?

El otro dalhonesio estaba estirado boca arriba, con las manos tras la cabeza.

—Solo el Embozado lo sabe, cosas de chamanes, supongo. —Y añadió—: Maldiciones, apostaría.

El nathii volvió a mirar a Nep Surco.

—Maldíceme y herviré tus huesos, puta ciruela. Y ahora, deja en paz a Generoso, o se lo contaré a Badan.

—Baden nosta quí, ¿eh?

—Cuando vuelva.

—¡Pal!

Nadie podía asegurar que el preda Norlo Trumb era el individuo más perceptivo del mundo. La media docena de guardas letherii bajo su mando, de pie en un grupito

inquieto tras el preda, se enfrentaba a la posibilidad real de que la estupidez de Trumb les podía costar la vida.

Norlo frunció el ceño con hostilidad hacia la docena de jinetes.

—La guerra es la guerra —insistió—, y estábamos en guerra. La gente moría, ¿no? Ese tipo de actos no pasan sin ser castigados.

El sargento de piel oscura hizo un leve gesto con la mano enguantada y las ballestas se alzaron. En letherii con acento muy marcado dijo:

—Una vez más. Última. ¿Están vivos?

—Por supuesto que están vivos —respondió Norlo Trumb resoplando—. Aquí hacemos las cosas como debe ser. Pero verás, han sido sentenciados. A muerte. Hemos estado esperando a un abogado real oficial para que venga y estampe el sello en las órdenes.

—No sello —dijo el sargento—. No muerte. Liberar. Nos llevamos ya.

—Incluso si sus crímenes fueran conmutados —replicó el preda—, necesito un sello para liberarlos.

—Soltar ahora. Sino os matamos a todos.

El preda le miró con fijeza, y se giró hacia su unidad.

—Desenvainad las armas —espetó.

—Ni de coña —contestó el guarda Fifid—. Señor. Si hacemos un mínimo gesto hacia las espadas, estamos muertos.

El rostro de Norlo Trumb se oscureció a la luz de la linterna.

—Acabas de ganarte un consejo de guerra, Fifid…

—Por lo menos estaré respirando, señor.

—¿Y el resto?

Ninguno de los demás guardas habló. Tampoco desenvainaron.

—Cogedles —gruñó el sargento desde la silla de su caballo—. No más amable.

—¡Oíd a este estúpido e ignorante extranjero! —Norlo Trumb le dio la espalda al sargento malazano—. Llevaré a cabo una queja oficial a la corte real —dijo—. Y responderéis por los cargos que…

—Coged.

A la izquierda del sargento un joven y afeminado guerrero se deslizó del caballo y puso las manos sobre dos enormes bracamartes. Debido a los ojos lánguidos y oscuros parecía estar adormecido.

Por fin, algo hizo que Trumb sintiera un escalofrío que, como un gusano, le trepaba por la nuca. Se lamió los labios secos.

—Spanserd, lleva a este guerrero, ejem, malazano, a las celdas.

—¿Y? —preguntó el guarda.

—¡Libera a los prisioneros!

—¡Sí, señor!

El sargento Badan Gruk se permitió el suspiro menos disimulado posible (aunque no lo suficiente como para que fuera visible para todo el mundo) y contempló con alivio cómo el guarda letherii llevaba a Muertecalavera hacia el bloque de celdas alineadas en la pared del cuartel de la guarnición.

Los demás marines estaban inmóviles sobre los caballos, pero la tensión apestaba para Badan, y bajo la cota de malla sudaba a mares. No, no quería meterse en problemas. Sobre todo quería evitar un baño de sangre. Pero el cerebro de mosquito preda casi lo había conseguido. El corazón le latía desbocado en el pecho y se obligó a mirar a sus soldados. La cara redonda de Fruncida estaba rosa y húmeda, pero ella le

guiñó el ojo antes de apuntar la ballesta hacia arriba y descansar la culata sobre un muslo. Reliko acunaba su propia ballesta en un brazo mientras el otro lo tenía estirado hacia Inmenso Vacío, el cual se había por fin dado cuenta de que había habido problemas en el recinto, y ahora parecía listo para matar letherii, siempre y cuando le apuntaran en la dirección correcta. Roce y Miel estaban uno al lado de la otra, las ballestas pesadas de asalto apuntaban con precisión al pecho del preda, un detalle que el hombre parecía demasiado imbécil para comprender. Los demás permanecían detrás, con un estado de ánimo funesto tras haber sido arrancados de otra noche de borrachera en Letheras.

La mirada de Badan Gruk terminó en la cara del cabo Pravalak Rim, y sin lugar a dudas, vio en el joven rasgos de lo que él mismo sentía. Un puto milagro. Algo que parecía imposible si quiera creer, y todos lo habían visto.

Una puerta pesada retumbó desde la zona de las celdas.

Todos (malazanos y letherii) fijaron las miradas en las cuatro figuras que se acercaban lentamente. Muertecalavera llevaba a hombros su carga, y lo mismo para el guarda letherii, Spanserd. Los prisioneros a los que acababan de ayudar a salir de las celdas estaban en muy mal estado.

—Tranquilo, Vacío —murmuró Reliko.

—Pero es, son, ¡es que los conozco a ambos!

—Sí —suspiró la mujer de infantería pesada—. Como todos, Inmenso.

Ninguno de los prisioneros mostraba señales de haber recibido abusos o torturas. Lo que les había dejado al borde de la muerte era simple negligencia. La tortura más efectiva de todas.

—Preda —dijo Badan Gruk, en voz baja.

Norlo Trumb se giró y le miró a la cara.

—¿Y ahora qué?

—¿No les alimentáis?

—Los condenados reciben raciones reducidas, me temo que…

—¿Cuánto tiempo?

—Bueno, como le he dicho, sargento, llevamos esperando al abogado real oficial desde hace cierto tiempo. Meses, y…

Dos virotes cortaron el aire y pasaron junto a la cabeza del preda, uno a cada lado, y ambos hirieron las orejas del hombre. Este chilló del susto y cayó con un fuerte golpe sobre el trasero.

Badan apuntó a los guardas de la guarnición acobardados.

—No mover. —Se giró en la silla para mirar a Miel y Roce. En malazano dijo—: ¡Ni se os ocurra recargar! ¡Los zapadores tenéis el cerebro echo papilla!

—Perdón —dijo Roce—. Supongo que ambos nos hemos… sobresaltado. —Se encogió de hombros.

Miel le dio la ballesta y bajó del caballo.

—Iré a buscar los virotes. ¿Alguien ha visto adónde han ido?

—Rebotaron y cayeron entre esos dos edificios —contestó Reliko con un gesto de la barbilla.

El asombro del preda se transformó en furia. Le sangraban las orejas cuando se levantó.

—¡Intento de asesinato! ¡Me ocuparé de que arresten a estos dos! ¡Nadaréis en el canal por esto!

—No entiendo —dijo Badan Gruk—. Pravalak, trae los caballos de repuesto. Tendríamos que haber traído a Pavor. No creo que puedan cabalgar si quiera. Flanqueadlos de vuelta, iremos despacio.

Observó las figuras tambaleantes que se apoyaban en los acompañantes. El sargento Sinter y su hermana, Besadónde. Tenían peor pinta que los calzones sucios del Embozado. Pero estaban vivos.

—Dioses —susurró.

Están vivos.

—¡Ay! ¡Se me ha caído la pierna!

Banaschar estaba sentado inmóvil en la silla y miraba al pequeño lagarto esquelético tirado sobre un costado que daba vueltas en círculos en el suelo y que daba pataditas con una pierna.

—¡Telorast! ¡Ayuda!

El otro reptil estaba apoyado en la ventana y miraba hacia abajo, ladeaba la cabeza en distintas direcciones, como si buscara la posición perfecta para contemplar.

—No sirve de nada, Cuajo —contestó al fin—. No puedes ir a ningún sitio así.

—¡Tengo que alejarme!

—¿De qué?

—¡Del hecho de que se me ha caído una pierna!

Telorast se inclinó todo lo que pudo en el alféizar de la ventana hasta que llegó a Banaschar.

—Sacerdote bañado en vino, ¡shht! ¡Aquí, en la ventana! Soy yo, el listo. La tonta está ahí abajo en el suelo, ¿la ves? Necesita tu ayuda. No, claro que no puedes hacer que sea menos tonta. No es ese el tema en cuestión. Más bien es una de sus piernas, ¿no? La unión a las entrañas o lo que sea se ha roto. Está incapacitada, indefensa, desamparada. Da vueltas en círculos y es demasiado conmovedor para nosotros. ¿Lo entiendes? ¡Oh, Lombriz de la Diosa Gusano! ¡Oh, presto venerador de la asesina invidente zorra de la tierra! Banaschar el Borracho, Banaschar el Sabio, el Sabio Borracho. Por favor, ten la amabilidad y la sagacidad de reparar a mi compañera, mi querida hermana, la tonta.

—Puede que sepas la respuesta —dijo Banaschar—. Escucha, si la vida es una broma, ¿qué tipo de broma es?

¿De las graciosas? ¿O de las de «voy a vomitar»? ¿Es una broma inteligente o una estúpida que se repite tanto que incluso si era graciosa al principio ya ha dejado de tener gracia? ¿Es el tipo de broma que te hace reír o llorar? ¿De cuántos modos más puedo hacer esta pregunta?

—Estoy seguro de que conoces unas cien más, buen señor. Apartado, independiente, en esencia, un sacerdote castrado. Y ahora, ¿ves esas hebras? Junto a la pierna descuajeringada, ay, Cuajo, ¿puedes dejar de dar vueltas?

—Solía reírme —dijo Banaschar—. Bastante. Mucho antes de que decidiera convertirme al sacerdocio, claro. Ay, una decisión que no tiene nada de graciosa. Tampoco la vida que la siguió. Años y años de miserable estudio, rituales, ceremonias y los rigurosos ejercicios para sortilegios. Y la Gusano de Otoño, bueno, ella lo toleró, ¿no es así? Nos entregó la recompensa justa. Una lástima que me perdiera en lo divertido.

—Lamentable desgracia de pedantería sin sentido, ¿serías tan amable…? Sí, hacia fuera y abajo, fuera y abajo, un poquito más, ¡ah! ¡Lo tienes! ¡El cordel! ¡La pierna! Cuajo, escucha, mira, detente, justo ahí, no, ahí, sí, ¿ves? ¡La salvación está a mano!

—¡No puedo! ¡Todo está de lado! ¡El mundo se arroja al Abismo!

—Ni caso, ¿ves? Tiene tu pierna. Está mirando el cordel. ¡Su cerebro se pone en marcha!

—Solía haber desagües —dijo Banaschar, que sujetaba la pierna esquelética—. Bajo el altar. Para recoger la sangre, sabes, en un ánfora. La vendíamos, sabes. Increíble lo que llega a pagar la gente por ello, ¿no crees?

—¿Qué hace con mi pierna?

—Nada. Por ahora —contestó Telorast—. Mira, creo. Y piensa. Aunque no tiene inteligencia, claro. El lóbulo de la oreja izquierda de Apsalar tiene más inteligencia que este

mendrugo. ¡Pero no te preocupes! Cuajo, usa tus extremidades delanteras, tus brazos, quiero decir, y arrástrate hacia él. ¡Deja de dar patadas en círculos! ¡Basta!

—No puedo —dijo con un ligero chillido.

Y Cuajo siguió dando vueltas y más vueltas.

—Fuera vieja sangre, dentro monedas brillantes. Nos reíamos de eso, pero no era una risa feliz. Era de incredulidad, y sí, algo más parecido a cinismo hacia la estupidez inherente de la gente. De todos modos, hemos acabado con cofres y más cofres de riquezas. Más de lo que puedas imaginar. Cámaras blindadas repletas a reventar. Podrías comprar un buen puñado de risas con eso, estoy seguro. ¿Y la sangre? Bueno, como te diría cualquier sacerdote, la sangre es barata.

—Por favor, te lo suplico, muestra la clemencia de tu antigua diosa tan odiada. ¡Escupe en su cara con un gesto de buena voluntad! ¡Tendrás una gran recompensa, sí, enorme!

—Riquezas —dijo Banaschar—. Sin valor.

—Una recompensa diferente, te lo aseguramos. Substancial, significativa, valiosa, imperecedera.

Él alzo la mirada de la pierna y miró a Telorast.

—¿Como qué?

La cabeza del reptil esquelético se ladeó.

—Poder, amigo mío. Más poder del que puedas imaginar.

—Lo dudo con total sinceridad.

—Poder para que hagas lo que te plazca, ¡a quien quieras o lo que te dé la gana! ¡Poder que brota, que se derrama, que burbujea y que deja manchas húmedas! ¡Una recompensa que vale la pena, desde luego!

—¿Y cómo te puedo tomar la palabra?

—¡Así como tomas esa hermosa piernecita, y el cordel, puedes confiar en mí!

—El pacto está sellado —dijo Banaschar.

—¡Cuajo! ¡Has oído eso!

—Sellado —repitió Banaschar, y se levantó.

—Ohhh —gritó Cuajo, que daba vueltas cada vez más rápido—. ¡Lo has hecho! ¡Telorast, lo has logrado! ¡Ohh, mira, no puedo salir!

—¡Promesas vacías, Cuajo, lo prometo!

—Sellado —dijo de nuevo Banaschar.

—¡Ay! ¡Sellado triple! ¡Estamos condenados!

—Calma, lagarto —dijo Banaschar, se inclinó hacia delante y hacia la criatura que era un remolino—, en breve volverás a bailar. Y —añadió mientras cogía a Cuajo—, yo también.

Con el reptil huesudo en una mano, la pierna en la otra, Banaschar miró a su silencioso compañero, sentado en las sombras, un solo ojo que brillaba.

—Está bien —dijo Banaschar—, te escucho.

—Me place —murmuró el Errante—, ya que no disponemos de mucho tiempo.

Lostara Yil estaba sentada en el borde del catre, con un cuenco lleno de arena en la falda. Metió la hoja del cuchillo en la calabaza que tenía a la derecha, para cubrir el hierro con el aceite de la pulpa, después introdujo el metal en la arena y volvió a restregar el hierro.

Trabajaba en este arma desde hacía dos campanadas, además de otras sesiones previas a esta. Más de las que podía contar. Había gente que aseguraba que la daga de hierro no podía quedar más pulida, que no podía estar más impoluta, pero ella veía las manchas.

Tenía los dedos en carne viva, rojos y cuarteados. Le dolían los huesos de las manos. Pesaban más de lo normal, como si se le hubiera metido arena bajo la piel, la carne y los huesos, y hubiera comenzado el proceso de convertirlos en

piedra. Llegaría un día en que perdería la sensibilidad, y colgarían de las muñecas como garras. Pero no inútiles, no. Con ellas derribaría el mundo, si eso servía para algo.

El pomo de un arma retumbó en su puerta y un instante antes alguien la abría. Faradan Sort entró, buscó con la mirada hasta que dio con Lostara Yil.

—La consejera quiere verte —dijo con un tono de voz neutro.

Había llegado el momento. Lostara recogió la tela y limpió la hoja del cuchillo. La capitana estaba de pie junto a la puerta, la mirada inexpresiva.

Ella se levantó, enfundó el arma y recogió la capa.

—¿Eres mi escolta? —preguntó al acercarse a la puerta.

—Ya hemos tenido un fugitivo esta noche —contestó Faradan, que siguió el ritmo de Lostara mientras recorrían el pasillo.

—No puede ser cierto.

—En realidad no, pero tengo que acompañarte hoy.

—¿Por qué?

Faradan Sort no contestó. Habían llegado a las puertas con adornos rojos que marcaban el final del pasillo, y la capitana las abrió.

Lostara Yil entró en la consiguiente sala. El techo de la estancia de la consejera (el centro de mando además de su residencia) era una caótica colección de ménsulas, bóvedas y arcos curvos. Por ello estaba rodeada de telas de araña de las que colgaban polillas marchitas, trayectorias de vuelo patéticas en las tenues ráfagas. Bajo una minúscula cúpula central de una forma demasiado extraña había una gigantesca mesa rectangular con una docena de sillas de respaldo alto. Una serie de ventanas verticales cubrían la pared opuesta a la puerta, justo debajo había una plataforma elevada con una balaustrada. En conjunto a ojos de Lostara, una de las salas más extrañas que había visto

nunca. Los letherii la llamaban la Gran Sala de Lectura, y era la mayor habitación en todo el complejo que temporalmente servía como la oficina de los oficiales y como cuartel general. La consejera Tavore estaba de pie en el pasillo elevado, concentrada en algo más allá de las ventanas de cristal grueso.

—Ha mandado llamarme, consejera.

Tavore no se dio la vuelta al contestar.

—Hay una tabla en la mesa, capitana. En esta encontrará los nombres de aquellos que acudirán a la lectura. Ya que algunos puede que se resistan, la capitana Faradan Sort la acompañará a los barracones.

—Entendido. —Lostara se acercó y recogió la tabla, estudió los nombres escritos en cera dorada. Alzó las cejas —. ¿Consejera? Esta lista…

—No se aceptarán negativas, capitana. Puede retirarse.

Fuera en el pasillo, las dos mujeres se detuvieron al ver a un letherii acercarse. Vestido con ropa sencilla y una larga espada fina y sin adornos colgada de la cintura, Brys Beddict no tenía cualidades físicas extraordinarias, y aun así ni Lostara ni Faradan Sort pudieron quitarle los ojos de encima. Incluso una mirada casual pasaría de largo, pero volvería de forma inexorable, capturada por algo inefable e innegable.

Se apartaron para dejarle pasar.

Él se detuvo y les hizo una media reverencia deferencial.

—Disculpadme —dijo, se dirigió a Lostara—, desearía hablar con la consejera, si es posible.

—Claro —contestó ella, alargó la mano para abrir las puertas dobles—. Pasa y preséntate.

—Gracias. —Una sonrisa fugaz, entró en la sala y cerró la puerta tras él.

Lostara suspiró.

—Sí —afirmó Faradan Sort.

Tras un instante, se pusieron en marcha una vez más.

Tan pronto como la consejera se giró para mirarle, Brys Beddict se inclinó, y entonces dijo:

—Consejera Tavore, saludos y felicitaciones de parte del rey.

—Asegúrese de devolverlos al rey, señor —contestó ella.

—Así lo haré. He recibido instrucciones para entregarle un aviso, consejera, con respeto a esta sesión de adivinación que usted pretende llevar a cabo esta noche.

—¿Qué tipo de aviso, y de quién, si me permite preguntar?

—Hay un dios ancestral —contestó Brys—. Uno que por tradición escoge la corte de Letheras como su templo, si podemos llamarlo así, y lleva haciéndolo durante una cifra desconocida de generaciones. Fue, con bastante asiduidad, consorte de la reina, y era conocido por muchos como Turudal Brizad. En términos generales, claro, su identidad real no fue conocida, pero no hay duda de que es el dios ancestral llamado Errante, Señor de las Losas, el cual, como ya sabe, es el resultado letherii a su Baraja de Dragones.

—Ah, ahora empiezo a entender.

—En efecto, consejera.

—El Errante vería la adivinación (y la baraja) como una imposición, una violación.

—Consejera, la respuesta de un dios ancestral es impredecible, y esto es especialmente cierto con el Errante, cuya relación con el destino y el albedrío es bastante intensa y complicada.

—¿Puedo hablar con este Turudal Brizad?

—El dios ancestral no ha vuelto a esa persona desde antes del reino del emperador; tampoco ha sido visto en el

palacio. Y aun así estoy seguro de que una vez más está cerca, con toda probabilidad, se ha despertado por sus intenciones.

—Por curiosidad, ¿quién en la corte de vuestro rey es capaz de discernir tales acontecimientos?

Brys se removió inquieto.

—Se trata de Bicho, consejera.

—¿El canciller?

—Si esa es la capacidad por la que le conoce, entonces sí, el canciller.

Había permanecido de pie en la plataforma durante todo el intercambio, pero ahora bajó los cuatro escalones de uno de los extremos y se acercó, ojos sin color que buscaban el rostro de Brys.

—Bicho. A uno de mis magos supremos le parece... ¿cómo lo dijo? Sí. «Adorable». Pero claro, Ben el Rápido es inusual y tiende a las valoraciones peculiares y a menudo sarcásticas. ¿Es el canciller un ceda, si es que este es un término apropiado para un mago supremo?

—Sería apropiado verle como tal, en efecto, consejera.

Ella pareció reconsiderarlo durante unos instantes y después dijo:

—Tengo plena confianza en las habilidades de mis magos para la defensa ante casi cualquier amenaza... pero la de un dios ancestral está, con toda probabilidad, fuera del alcance de sus capacidades. ¿Qué hay de vuestro ceda?

—¿Bicho? Hmmm, no, no creo que esté demasiado asustado por el Errante. Ay, su intención es la de refugiarse esta noche si usted procede con la lectura. Como he dicho antes, estoy aquí para avisarla y transmitir la genuina preocupación del rey por su seguridad.

Dio la sensación de que aquellas palabras le resultaron incómodas, ya que se dio la vuelta y caminó despacio hasta

detenerse en el extremo de la mesa rectangular, desde donde volvió a mirarle una vez más.

—Os lo agradezco, Brys Beddict —dijo con rígida formalidad—. Por desgracia he retrasado esta lectura demasiado tiempo. El consejo es necesario y, en efecto, apremiante.

Él ladeó la cabeza. ¿En qué andaban metidos estos malazanos? Una pregunta que a menudo salía en la corte real, y sin duda en cualquier otro lugar de la ciudad.

—Lo comprendo, consejera. ¿Hay algún otro modo en que pueda servirla?

Ella arrugó el entrecejo.

—No estoy segura de cómo, dada la aversión de vuestro ceda a aparecer, incluso como espectador.

—Sospecho que él no desea que su presencia influya en la adivinación.

La consejera abrió la boca para hablar, se detuvo y la volvió a cerrar. Y fue posible que sus ojos se abrieran una fracción antes de apartar la mirada.

—¿Qué otro tipo de servicio es posible, entonces?

—Estoy listo para presentarme voluntario como espada del rey.

Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿El Errante dudaría en enfrentarse a vos, señor?

Él se encogió de hombros.

—Por lo menos, consejera, puedo negociar con él desde una posición de cierto conocimiento. Con respeto a su historia entre mi gente y demás.

—¿Y se arriesgaría por nosotros?

Brys dudó, no era dado a mentir.

—No es riesgo alguno, consejera —dijo al fin.

Y vio su abismal fracaso en la mirada estricta de la consejera.

—La cortesía y la decencia exigen que rechace su generosa oferta. Aunque —añadió—, debo descender a la indecencia y decirle que su presencia sería más que apreciada.

Él volvió a inclinarse.

—Si debe informar a su rey —dijo la consejera—, todavía hay tiempo, aunque no mucho, pero suficiente para un breve informe, creo.

—No será necesario —dijo Brys.

—Entonces, por favor, sírvase algo de vino.

Él hizo una mueca.

—Gracias, pero he renunciado al vino, consejera.

—Hay una jarra de cerveza, ahí, bajo aquella mesa. Falari, creo, una fermentación decente, según me han dicho.

Brys sonrió y vio que ella se sobresaltaba, y esto le extrañó, aunque no por mucho tiempo, pues las mujeres solían reaccionar de ese modo cuando sonreía.

—Sí, estaría encantado de probarla, gracias.

—Lo que me resulta intolerable —dijo—, es el mismo hecho de tu existencia.

El hombre sentado al otro lado le miró.

—El sentimiento es mutuo.

La taberna estaba a reventar, la clientela era exclusiva, derrochaban privilegio. Monedas en bolsas, botellas polvorientas y copas de vidrio relucientes, y vestimentas que derrochaban ostentación. Muchas de estas recordaban a la Sábana Real, aunque en general esto implicaba tan solo una estrecha tira que cruzaba la cintura y la ingle. Aquí y allá hombres demasiado perfumados vestían pantalones de lana con una de las perneras más larga que la otra.

En una jaula junto a la mesa donde se sentaban dos malazanos, dos aves exóticas intercambiaban comentarios

guturales de vez en cuando, con un tono de singular indiferencia. Pico corto, plumas amarillas en el cuerpo y grises en la cabeza, tenían el tamaño de estorninos.

—Quizá sí que lo es —dijo el primer hombre tras dar un buen trago al pesado vino—, pero es distinta.

—Eso es lo que tú crees.

—Pues claro, ¿estás sordo o qué? En primer lugar, estabas muerto. Incubaste un maldito con el culo. Esa ropa que vistes ahora estaba hecha jirones. Pedacitos. Motas de ceniza. No me importa lo buena que sea la costurera del Embozado, o los millones que debe de tener ahora, nadie sería capaz de volver a coser esa prenda. Ah, y además no hay costuras, no donde deberían estar, claro. Por lo tanto tu ropa está intacta. Como tú.

—¿Adónde quieres llegar, Ben? Que me recompuse en el sótano del Embozado, ¿no es así? Incluso que ayudé a Ganoes Paran y cabalgué con un grupo de Trygalle durante un tiempo. Cuando estás muerto puedes hacer… cosas.

—De hecho, eso depende de tu voluntad.

—Los Abrasapuentes ascendieron —apuntó Seto—. La culpa es de Violín, nada que ver conmigo.

—Y tú eres su mensajero, ¿no es así?

—Puede. No actúo bajo las órdenes de nadie.

—¿Whiskeyjack?

Seto se removió inquieto, apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Qué curioso.

—¿El qué?

El zapador asintió hacia los dos pájaros enjaulados.

—Son jaraks, ¿no?

Ben el Rápido inclinó la cabeza y se masajeó la frente con los nudillos.

—¿Algún tipo de poder, quizá? ¿Una maldición de evasión? ¿O la típica estupidez obstinada que todos

conocemos tan bien?

—Otra vez —dijo Seto, que echó mano de su cerveza—, hablas para ti mismo.

—Escondes ciertos aspectos, Seto. Hay secretos que no quieres derramar, y eso me pone nervioso. Y no solo a mí…

—Violín siempre se pone nervioso cuando estoy cerca. Todos vosotros. Es mi impresionante figura y carisma, imagino.

—Buen intento —dijo Ben arrastrando las palabras—. Estaba hablando sobre la consejera.

—¿Qué motivos tiene para estar nerviosa respecto a mí? —preguntó Seto—. De hecho, ¡es justo todo lo contrario! No hay modo de entender a esa mujer. Tú mismo lo has dicho a menudo, Ben. —Se inclinó hacia delante, entrecerró los ojos —. ¿Alguna noticia nueva? ¿Sobre lo que ocurre? ¿Sobre lo que en nombre del Embozado haremos a continuación?

El mago le miró con fijeza, pero no dijo nada. Seto metió la mano bajo una solapa y se rascó sobre la oreja, luego se acomodó de nuevo, más satisfecho esta vez. Un instante después llegaron dos personas a su mesa. Seto alzó la vista y puso cara de culpabilidad.

—Mago supremo, zapador —dijo Lostara Yil—, la consejera requiere vuestra presencia inmediata. Si sois tan amables de seguirnos.

—¿Yo? —preguntó Seto, su voz era casi un chillido.

—Eres el primer nombre de la lista —dijo Faradan Sort, con una dura sonrisa.

—Lo has conseguido —siseó Ben el Rápido.

Cuando los cuatro extranjeros se marcharon, uno de los pájaros jarak dijo:

—Huelo a muerte.

—No es verdad —croó el otro.

—Huelo a muerte —insistió el primero.

—No. Tú hueles a muerto.

Tras un instante el primer pájaro alzó un ala, metió la cabeza debajo y la sacó para acomodarse una vez más.

—Lo siento.

El capitán Generoso y el perro pastor wickano se miraban con los dientes apretados a través del mimbre apelmazado de la pared del gallinero que había entre ellos.

—Escúchame, perro —dijo Generoso—, quiero que encuentres a Peccado, y a Larva. Cualquier cosa fuera de lugar, como arrancarme la garganta, y te empalaré. De la boca al ano, a través. Después te decapitaré y lanzaré tu cabeza al rio. Desmembraré tus patas y las venderé a las brujas más aterradoras que encuentre. Te despellejaré, cortaré en pedacitos tu pellejo y lo venderé como braguetas para adictos al sexo penitentes que se han hecho monaguillos, los que tienen ciertos objetos escondidos bajo el abrigo. Y todo esto lo haré mientras todavía estás vivo. ¿Ha quedado claro?

Los labios repletos de cicatrices y retorcidos se retiraron todavía más hacia atrás, y mostró laceraciones sanguinolentas de los colmillos astillados. Baba carmesí burbujeaba entre los huecos. Encima de la boca destrozada, los ojos de Torcido ardían como dos túneles directos al cerebro de un señor demonio, torbellinos de locura furiosa. En el otro extremo del perro, la punta de la cola se meneaba a espasmos, como si ciertos pensamientos placenteros inundaran a la bestia.

Generoso se puso de pie, sujetaba una correa de cuero con un nudo en un extremo.

—Voy a pasarte esto por la cabeza, perro. Haz un solo gesto y te colgaré bien alto para soltar carcajadas ante cada

convulsión. De hecho, revisaré un centenar de formas de matarte y las usaré todas.

Alzó el nudo para que el animal lo viera.

Una bola de ramitas y pedazos de barro seco que había estado tirada a un lado del gallinero (una pila que había emitido sus propios gruñidos) se lanzó hacia delante de improviso en un borrón de saltitos hasta que quedó a suficiente distancia como para dar un salto en al aire. Dientes afilados y diminutos dirigidos al cuello del capitán.

Él lanzó un golpe con el puño izquierdo, e interceptó al perro faldero en el aire. Un crujido sordo y las mandíbulas se cerraron sobre nada, y el perrito faldero hengese llamado Cucaracha alteró de golpe su dirección, aterrizó y rebotó un par de veces hasta quedar tras Torcido, donde quedó aturdido, el diminuto pecho agitándose y la lengua rosa fuera de las fauces.

La mirada de Generoso y del perro pastor estaban fijas la una en la otra mientras todo esto ocurría.

—Ay, no te preocupes por la correa de mierda —espetó el capitán tras un momento—. No te preocupes por Larva y Peccado. Vamos a hacerlo lo más simple posible. Voy a sacar mi espada y voy a cortarte en pedacitos, chucho.

—¡No lo hagas! —gritó una voz tras él.

Generoso se giró y vio a Larva, y tras el chico, a Peccado.

Ambos estaban en la entrada del establo, con expresiones inocentes.

—Qué conveniente —dijo—. La consejera os quiere ver a ambos.

—¿La lectura? —preguntó Larva—. No, no podemos hacerlo.

—Pero lo haréis.

—Creíamos que podíamos escondernos en la antigua Azath —explicó Larva—, pero no funcionará.

—¿Por qué? —exigió Generoso.

Larva negó con la cabeza.

—No queremos ir. Será… malo.

El capitán alzó la correa con el nudo.

—De un modo u otro, gusanos.

—¡Peccado te reducirá a cenizas!

Generoso resopló.

—¿Ella? Lo más probable es que se mee encima, por la cara que pone. Y bien, ¿lo haremos por las buenas, o a mi modo? Ay, seguro que podéis adivinar por cuál me inclino yo, ¿verdad?

—Es que Azath… —comenzó Larva.

—No es mi problema —interrumpió el capitán—. Si queréis lloriquear, ahorráoslo para la consejera.

Se pusieron en marcha.

—Todo el mundo te odia, ¿lo sabías? —espetó Larva.

—Me parece justo —contestó Generoso.

Se levantó de la silla, doblada por el dolor en las lumbares, y después avanzó a paso lento hasta la puerta. Tenía pocos conocidos, excepto una matrona bajita que venía de vez en cuando, sumergida en una nube de perfume d’bayang que hacía que le lagrimearan los ojos, y la anciana al final de la calle que le horneaba algo a diario desde que comenzó a aparecer. Y era tarde, lo que implicaba que los fuertes golpes en la puerta eran bastante inusuales.

Seren Pedac, que había sido corifeo, abrió la puerta.

—Vaya —dijo—, hola.

El anciano hizo una reverencia.

—Señora, ¿os encontráis bien?

—Bueno, no tengo que hacer reparaciones de albañilería, señor.

—Corifeo…

—Ya no soy…

—Su título permanece en las cuotas del reino —intervino él—, y todavía recibe el estipendio.

—Y ya van dos ocasiones en las que he solicitado que deje de ser así. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Discúlpeme, pero ¿cómo sabe todo eso?

—Mis disculpas, corifeo. Me llamo Bicho, y mis responsabilidades actuales incluyen las de Canciller del Reino, entre, esto, otras cosas. Sus peticiones han sido anotadas y archivadas y en conclusión rechazadas por mí. —Alzó una mano—. Un momento, nadie la sacará a rastras de casa para volver al trabajo. En esencia está retirada, y recibirá la pensión completa por el resto de su vida, corifeo. En cualquier caso —añadió—, mi visita esta noche no está relacionada con este tema.

—Vaya. Entonces, señor, ¿qué le trae por aquí?

—¿Puedo pasar?

Ella se retiró un paso, y una vez que él hubo entrado cerró la puerta, pasó junto a él por el estrecho pasillo y le condujo hasta la modesta sala principal.

—Por favor, siéntese, canciller. Al no haberle visto nunca antes, me temo que no he podido hacer la conexión con el amable hombre que me ayudó a mover algunas rocas. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: Si los rumores son ciertos, usted fue el sirviente del rey, ¿no es así?

—Así es, lo fui. —Él esperó hasta que ella se acomodó en la silla antes de sentarse en el asiento de enfrente—. Corifeo, ¿está en su sexto mes?

Ella se sorprendió.

—Sí. ¿Qué documento ha revisado para averiguarlo?

—Mis disculpas —contestó él—, esta noche me siento inusualmente torpe. En su, ejem, compañía, quiero decir.

—Ha pasado tiempo desde que intimidé a alguien por última vez, canciller.

—Sí, bueno, quizá... Verá, no es usted en concreto, corifeo.

—¿Debería sentirme aliviada de que haya retirado el cumplido?

—Está jugando conmigo.

—Sí. Canciller, por favor, ¿de qué va todo esto?

—Creo que es mejor si me imagina con una capacidad distinta, corifeo. Mejor que «canciller», sugiero «ceda».

Ella abrió los ojos muy despacio.

—Vaya. Muy bien. Tehol Beddict tenía un sirviente de lo más peculiar, visto lo visto.

—Estoy aquí —dijo Bicho, bajó la mirada a la panza hinchada por un instante—, para ofrecer cierta medida de... protección.

Ella sintió un repentino tirón de miedo en su interior.

—¿Para mí, o para mi bebé? ¿Protección ante qué?

Él se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas.

—Seren Pedac, el padre de su hijo es Trull Sengar. Un tiste edur y hermano del emperador Rhulad. Sin embargo, era algo más que eso.

—Sí —dijo ella—, era mi amor.

Él rehuyó la mirada y asintió.

—Hay una versión de las Losas que consiste en casas, una especie de estructura formal impuesta en varias fuerzas en comunión con el universo. La llaman la Baraja de Dragones. En esta baraja, la Casa de Sombra está liderada, de momento, no por el tiste edur que fundó el reino, sino por nuevas entidades. En la casa hay un rey, no ha habido reina por ahora, y bajo el rey de la Gran Casa de Sombra hay diversos, ejem, sirvientes. Estos roles adoptan nuevos rostros de vez en cuando. Rostros mortales.

Ella le miró, la boca seca como una roca bañada por el sol. Le contempló retorcerse las manos, los ojos inquietos iban de aquí para allá.

—Rostros mortales —repitió ella.

—Sí, corifeo.

—Trull Sengar.

—El Caballero de Sombra.

—Cruelmente abandonado, parece ser.

—No por voluntad, ni por negligencia, corifeo. Estas casas están enzarzadas en una guerra, y esta guerra escala hasta…

—Trull no escogió este título, ¿no es así?

—No. La elección tiene un papel casi inexistente en tales acontecimientos. Quizás incluso los señores y señoras de las casas son en realidad menos omnipotentes de lo que quieren creer. Lo mismo, claro, se puede decir de los dioses y diosas. El control es una ilusión, un engaño que mitiga a las personas de piel fina.

—Trull está muerto —concluyó Seren.

—Pero el Caballero de Sombra sobrevive —replicó Bicho.

El temor había ido aumentando en ella, una marea gélida crecía para inundar cualquier espacio libre en ella, entre los pensamientos, ahogándolos uno a uno, y ahora un miedo frío la engullía.

—Nuestro hijo —susurró.

Bicho endureció la mirada.

—El Errante invitó al asesinato de Trull Sengar. Esta noche, corifeo, la Baraja de Dragones va a ser despertada, en esta misma ciudad. Este despertar es en realidad un desafío al Errante, una invitación a la batalla. ¿Está listo? ¿Tiene fuerza suficiente para contraatacar? ¿Terminará esta noche bañada en sangre mortal? No puedo responder a estas preguntas. Algo que intento prevenir, Seren Pedac, es que el Errante ataque a sus enemigos a través del hijo que tú llevas.

—No es suficiente para mí —susurró ella.

Él alzó las cejas.

—¿Corifeo?

—¡He dicho que no es suficiente! ¿Quién es el rey de la Gran Casa de Sombra? ¡Cómo se atreve a reclamar a mi hijo! ¡Invócalo, ceda! ¡Aquí! ¡Ahora!

—¿Invocar? Corifeo, incluso si pudiera, eso sería algo... Por favor, debe entenderlo. Invocar a un dios, incluso si solo se trata de un fragmento de su espíritu, implicará encender el faro más luminoso, uno que será visto no solo por el Errante, sino también por otras fuerzas. Esta noche, corifeo, debemos hacer todo lo posible por no atraer la atención.

—Eres tú quien debe entender, ceda. Si el Errante quiere hacer daño a mi hijo... puede que seas un ceda, pero el Errante es un dios. Un dios que ya ha asesinado al hombre que amaba, un Caballero de Sombra. Puede que no seas suficiente. ¿Mi hijo será el nuevo Caballero de Sombra? Entonces el Gran Rey de Sombra debe venir, esta noche, ¡y proteger a su caballero!

—Corifeo…

—¡Invócalo!

—Seren… yo soy suficiente. Contra el Errante. Contra cualquier imbécil que se atreva a acercarse. Yo soy suficiente.

—Eso no tiene sentido.

—Justo.

Ella le miró con fijeza, incapaz de cubrir la incredulidad, el terror.

—Corifeo, hay otras fuerzas en la ciudad. Antiguas, benignas, y aun así, poderosas. ¿Aliviaría tu preocupación si las invoco en tu nombre? ¿O en nombre de tu hijo nonato?

Hijo. La matrona de ojos rojos estaba en lo cierto.

—¿Te escucharán?

—Eso creo.

Tras un instante, ella asintió.

—Muy bien. Pero ceda, tras esta noche hablaré con este Rey de Sombra.

Él se encogió.

—Me temo que el encuentro le resultaría insatisfactorio, corifeo.

—Eso lo decidiré por mí misma.

Bicho suspiró.

—Como usted desee, Seren Pedac.

—¿Cuándo invocarás a tus amigos, ceda?

—Ya está hecho.

Lostara Yil dijo que habría once sin contar a Violín. Era una locura. Once jugadores para la lectura. Botella miró a Violín mientras subían por la calle a la estela de las dos mujeres. El hombre daba la sensación de estar enfermo, ojeras bajo los ojos, una mueca retorcida en la boca. Las oscuras raíces del cabello y de la barba provocaban que las puntas plateadas flotaran como un aura, un indicio del caos.

Gesler y Tormenta se agruparon tras ellos. Demasiado amedrentados para las discusiones que siempre comenzaban sobre cualquier cosa. Se llevaban tan mal como un matrimonio. Quizá notaron el peligro en el camino. Botella estaba seguro de que aquellos dos marines tenían mucho más en común que la piel dorada que les distinguía del resto. Estaba claro que, fuera cual fuese el destino existente había mostrado una clara falta de discriminación al escoger a ciertas personas para que destacaran del resto. Gesler y Tormenta apenas formaban un cerebro entre ambos.

Botella intentó adivinar quién más estaría. La consejera y Lostara Yil, obvio, junto al propio Violín, y Gesler y Tormenta. Quizá Keneb. Había estado en la última, ¿no? Le costaba recordar, casi todo de aquella noche era un borrón. ¿Ben el Rápido? Era muy probable. ¿Blistig? Bueno, un rancio y

miserable bastardo podría resolver el asunto. O quizás empeorarlo todo. ¿Peccado? Que los dioses no lo quieran.

—Esto es un error —murmuró Violín—. Botella, ¿qué notas? Dime la verdad.

—¿La verdad? ¿En serio?

—Botella.

—Está bien, estoy demasiado asustado para salir de aquí. Es una ciudad antigua, sargento. Hay… cosas. La mayoría dormidas hasta ahora. Quiero decir, desde que estamos aquí.

—Pero ahora están despiertas.

—Sí. Y alerta. Esta lectura, sargento, es tan mala idea como gritar una maldición en nombre de Oponn mientras uno está sentado en la falda del Embozado.

—¿Crees que no lo sé?

—¿Puedes sabotearlo, sargento? Di que no funcionará, que no estás preparado o algo.

—No funcionará. Es algo que… ocurre.

—Y no hay forma de detenerlo.

—No.

—Sargento.

—¿Qué?

—Vamos a quedar expuestos, de un modo horrible. Como si ofreciéramos las gargantas a cualquiera. Y seguro que ese cualquiera no es piadoso. Así que, ¿cómo nos defendemos?

Violín miró por encima de Botella, y entonces se acercó. Delante estaba el cuartel general, se quedaban sin tiempo.

—No puedo hacer nada, Botella. Excepto intentar detenerlo y con algo de suerte llevarme por delante a alguno de estos canallas.

—Vas a sentarte sobre un maldito, ¿no es así?

Violín se colocó bien la bolsa de cuero que llevaba sobre un hombro, y aquello fue confirmación suficiente para Botella.

—Sargento, cuando entremos en la sala, déjame intentar persuadirla una última vez.

—Esperemos que por lo menos se ajuste al número.

—¿A qué te refieres?

—Once es malo, doce es peor. Pero trece sería un desastre. Trece es un mal número para una lectura. No queremos trece, cualquier cosa menos…

—Lostara dijo once, sargento. Once.

—Sí.

Y Violín suspiró.

Cuando sonó otro golpe en la puerta Bicho levantó una mano.

—Permítame, por favor, corifeo. —Y se levantó cuando ella asintió para acercarse a la puerta y dejar pasar a los nuevos invitados.

Escuchó voces, y vio al ceda pasar con dos figuras empapadas de lluvia y barro: un hombre y una mujer, vestidos con harapos. Se detuvieron justo al entrar en la sala principal y un hedor a mugre, sudor y alcohol llegó hasta Seren Pedac. Intentó evitar el impulso de recular cuando el penetrante aroma llego hasta ella. El hombre sonrío con dientes verdes bajo una enorme nariz bulbosa repleta de venitas rojas.

—¡Saluds, puede! ¿Ties bebida? Náh. —Hizo aparecer una petaca de arcilla en una mano negra—. Qerida nos tres nas copas, ¿eh?

Bicho torció el gesto.

—Corifeo, estos son Ursto Hoobutt y Pinosel.

—No necesito una copa —dijo Seren a la mujer que rebuscaba en un armario.

—Como quieras —replicó Pinosel—. Pero serás un muermo en esta fiesta. Típico. Las preñadas son un muermo, siempre

pavoneándose como un regalo de los dioses. Vaca engreída…

—No necesito esta basura. Bicho, sácalos de aquí. Ahora.

Ursto se acercó a Pinosel y le dio un suave golpecito en la sien.

—¡Compórtate! —Sonrió de nuevo a Seren—. Está celosa, ¿sabe? Hemos intentao, hmmm, intentao. Es que, ella es un saco de arrugas, y yo peor. Más blando que una tetilla, yo, y la lujuria no marca diferencia. Divago, divago, divago. —Guiñó un ojo—. Caro que, si tu qieres, bueeeno…

Pinosel resopló.

—Esa es una invitación que provocaría el aborto en cualquier mujer. ¡Preñada o no!

Seren miró al ceda.

—No jodas.

—Corifeo, estos dos son los remanentes de un antiguo panteón, venerado por los habitantes originales del asentamiento enterrado en el cieno bajo Letheras. De hecho, Ursto y Pinosel son los dos primeros, el señor y la señora del vino y la cerveza. Llegaron a ser como consecuencia del nacimiento de la agricultura. La cerveza precedió al pan como el primer producto de plantas domesticadas. Más limpia que el agua, y muy nutritiva. La primera producción de vino fue con uvas salvajes. Estas dos creaciones son fuerzas elementales en la historia de la humanidad. Otras incluyen tales cosas como la cría de animales, las primeras herramientas de piedra, hueso y astas, el nacimiento de la música, la danza y la transmisión oral de cuentos. Arte, en muros de piedra y sobre la piel. Todos momentos cruciales y profundos.

—Entonces —preguntó ella—, ¿qué les pasó?

—La participación respetuosa y consciente de sus aspectos ha dado paso al exceso despreocupado y depravado. El respeto por sus dones se ha desvanecido,

corifeo. Cuanto más sórdido es el uso de los dones, más se corrompen los que otorgan los dones.

Ursto eructó.

—Nos da igual —dijo—. Peor si tuvieramos prohibidos, poque nos haría malos y no queremos ser malos, ¿eh, mi dulce gacha?

—Nos tacan tol día —gruñó Pinosel—. Toma, llena las tazas. ¿Ancestral?

—La mitad, por favor —dijo Bicho.

—Disculpadme —dijo Seren Pedac—. Ceda, acabas de describir a estos dos borrachos como los dioses más antiguos de todos. Pero Pinosel acaba de llamarte «ancestral».

Ursto soltó una carcajada.

—¿Ceda? Dulceavena, ¿las oído? ¡Ceda! —Dio paso hacia Seren Pedac—. Uno bien gordo y bendecido, quizá, seremos antiguos, Pinosel y yo, comparados con los tuyos. Pero ete daquí, ¡somos bebés para él! Ancestral, sí, ancestral, ¡como un dios ancestral!

—¡Que empiece la fiesta! —cacareó Pinosel.

Violín se detuvo en la entrada. Miró al guerrero letherii que montaba guardia junto a la gran mesa.

—Consejera, ¿es este un nuevo invitado?

—¿Cómo dice, sargento?

Él señaló al hombre.

—La espada de rey, consejera. ¿Estaba en tu lista?

—No. En cualquier caso, se queda.

Violín le dedicó una mirada lúgubre a Botella, pero no dijo nada.

Botella estudió el grupo que les esperaba, contó por encima.

—¿Quién falta? —preguntó.

—Banaschar —respondió Lostara Yil.

—Está de camino —dijo la consejera.

—Trece —murmuró Violín—. Por todos los dioses. Trece.

Banaschar se detuvo en el callejón, levantó la mirada al cielo. Tenues rayos de luz se filtraban desde varios edificios y farolas, pero no tenían la fuerza suficiente para devorar la intensidad de las estrellas. Quería salir de aquella ciudad. Encontrar una colina en el campo, hierba verde para estirarse, una tabla de cera en las manos. La luna, cuando aparecía, era inquietante. Pero aquella cantidad de estrellas le ponía todavía más nervioso, una franja de hierros de espada, de un tenue verde, que se habían alzado del sur para pasar a través de las constelaciones familiares de la Vía Magna. No podía estar del todo seguro, pero creía que aquellas espadas crecían. Se acercaban.

Trece en total. Por lo menos era el número que logró contar. Quizás había más, demasiado tenues para atravesar el resplandor de la ciudad. Tenía la sospecha de que el número preciso era importante. Significativo.

Banaschar supuso que las espadas ni siquiera serían visibles en Ciudad Malaz. No por ahora, de todos modos.

Espadas en el cielo, ¿buscáis una garganta terrenal?

Miró hacia el Errante. Si alguien podía responder a esa pregunta, era él. Este autoproclamado Señor de las Losas. Dios del engaño, tahúr de destinos. Una criatura despreciable. Pero sin duda poderosa.

—¿Algo va mal? —preguntó Banaschar, ya que la tez del Errante era de un blanco fantasmagórico, empapada de sudor pegajoso.

El único ojo fijó la mirada un instante y después se apartó.

—Tus aliados no me preocupan —dijo—. Pero otro ha llegado, y ahora nos aguarda.

—¿Quién?

El Errante puso una mueca.

—Cambio de planes. Ve delante. Esperaré al despertar completo de esta baraja.

—Habíamos acordado que la detendrías antes de que pudiera comenzar. Nada más.

—No puedo. Ya no.

—Me aseguraste que no habría violencia esta noche.

—Y eso hubiera sido cierto —contestó el dios.

—Pero ahora alguien se interpone en tu camino. Han sido más hábiles que tú, Errante.

Un relámpago de rabia cruzó el ojo del dios.

—No por mucho tiempo.

—Aceptaré que se derrame sangre no inocente. Pero no la de mis compañeros. Acaba con tus enemigos, si eso es lo que deseas, pero nadie más, ¿he sido claro?

El Errante serró los dientes.

—Entonces apártalos de mi camino.

Tras un momento, Banaschar siguió su viaje, salió por un lado del edificio y continuó caminando hacia la entrada. Diez pasos más allá se detuvo de nuevo para dar unos últimos sorbos de vino, antes de seguir.

Ese es el problema de los Abrasapuentes, ¿no es así?

Nadie puede apartarlos del camino de nadie.

De pie, inmóvil en las sombras del callejón, una vez que el antiguo sacerdote se hubo metido dentro, el Errante esperó.

El decimotercer jugador de esta noche.

De haberlo sabido (había sido capaz de atravesar la niebla que se espesaba en aquella sala terrorífica y contar a

todos los presentes) se habría dado la vuelta y habría descartado sus planes. No, habría salido corriendo.

En vez de eso, el dios esperó, con el ansia asesina en su corazón.

Los relojes de arena de la ciudad y las manecillas de los relojes, ajenos e indiferentes a cualquier cosa excepto a la inevitable progresión del tiempo, se acercaban al repicar de las campanas.

Para anunciar la llegada de la medianoche.

Capítulo 2

No vengas viejo amigo
si el mal tiempo viene contigo
estuve en el lecho del río
seco ahora
¿Recuerdas el arco del puente?
Derruidos los fragmentos grises
desparramados por la arena
nada para cruzar
puedes caminar por la corriente
avanza despacio hacia la cuenca
y descubre el último lugar donde
el clima va a morir
si te veo aparecer
sabré que has resucitado
lloraré y me pondré de pie
bajo el cielo que oscurece
caminas como un hombre cegado
tanteas con las manos hacia los lados
te guiaré pero este río
no esperará
me empuja al mar que engulle
bajo el vuelo blanco de las aves
no vengas viejo amigo
si el mal tiempo viene contigo

Puente del sol
Pescador kel Tath

Estaba de pie entre los restos podridos de las tablas de un barco, alto incluso agachado, y si no fuera por los harapos y el largo cabello revuelto, podría haber pasado por una estatua, mármol blanqueado, proveniente de la ciudad Meckros tras él y que seguía en pie milagrosamente en el sedimento incoloro. Udinaas llevaba un buen rato mirando, pero la figura no se había movido.

El crujido de guijarros anunció la llegada de alguien más que provenía del pueblo, y un instante después Onrack T’emlava dio un paso tras él. El guerrero no dijo nada por un rato, una presencia sólida, silenciosa.

Sin embargo, Udinaas sabía que este no era un mundo en el que apresurarse. No es que hubiera sido imprudente durante su vida. Durante mucho tiempo desde su llegada a Refugio, se había sentido como si arrastrara cadenas, o como si caminara con el agua hasta la cintura. El lento pasar del tiempo en este lugar impedía los pensamientos apresurados, forzaba la humildad y, como bien sabía Udinaas, la humildad siempre llegaba sin invitación previa, tiraba abajo puertas, destrozaba muros. Llegaba con un golpe en la cabeza, un rodillazo en el estómago. No de forma literal, claro, pero el resultado era el mismo. Te dejaba arrodillado, sin aliento, tan débil como un niño escuálido. Con el mundo delante, inclinado sobre el imbécil, y que lentamente levantaba un dedo.

Debería haber más así. Porque soy el dios de dioses, y es la única lección que daré jamás, tantas veces como sea necesario.

Y de nuevo, eso me convierte en un bastardo muy ocupado, ¿o no?

El sol en el cielo era frío, auguraba el invierno por venir. La cargadora dijo que nevaría copiosamente en los próximos meses. Hojas secas, que caen en los prados marrones en la colina, se estremecen y tiemblan con pavorosa anticipación. Nunca le había gustado demasiado el frío. El más leve escalofrío y se le entumecían las manos.

—¿Qué quiere? —preguntó Onrack.

Udinaas se encogió de hombros.

—¿Lo ahuyentamos?

—No, Onrack, dudo que eso sea necesario. Por ahora, creo, no queda espíritu de lucha en él.

—Sabes más de esto que yo, Udinaas. Aun así, ¿no ha asesinado a una niña? ¿Acaso no busca matar a Trull Sengar?

—¿Luchó contra Trull? —preguntó Udinaas—. Mis recuerdos de aquello son difusos. Estaba distraído mientras un espectro me estrangulaba. Bueno, pues, amigo, entiendo que quieras ver su final. Sobre Tetera, no creo que nada de aquello fuera tan simple como parece. La niña ya estaba muerta, desde mucho antes que Azath la germinara. Todo lo que Silchas Ruina hizo fue romper el cascarón para que la casa pudiera introducir las raíces. En el lugar indicado en el momento indicado, y por ende aseguró la supervivencia de su reino.

El imass le observaba, los ojos de un marrón suave descansaban entre arrugas de tristeza, arrugas que demostraban que sentía cosas de forma muy intensa. Este fiero guerrero que, al parecer, había sido nada más que piel curtida y huesos era ahora tan vulnerable como un infante. Este rasgo parecía común en todos los imass.

—¿Entonces lo has sabido siempre, Udinaas? ¿El destino que aguardaba a Tetera?

—¿Saber? No. Lo supuse en mayor parte.

Onrack gruñó.

—Apenas yerras en tus suposiciones, Udinaas. Muy bien, ve pues. Habla con él.

Udinaas sonrió sardónico.

—A ti tampoco se te da mal suponer, Onrack. ¿Esperarás aquí?

—Sí.

Se alegró de aquello, a pesar de estar convencido de que Silchas Ruinas no tenía intenciones violentas, con el Cuervo Blanco nunca se podía estar seguro del todo. Si Udinaas terminaba hecho pedazos por una de esas afiladas espadas, por lo menos su muerte habría sido presenciada, y a

diferencia de su hijo, Rud Elalle, Onrack no era tan idiota como para atacar buscando venganza.

A medida que se acercaba al tiste andii albino, se hacía evidente que Silchas Ruina no se había alimentado bien desde la abrupta partida de su reino. La mayor parte de su armadura estaba hecha añicos, y dejaba los brazos desnudos. Sangre seca manchaba el collar de cuero cosido del gambesón chamuscado. Lucía tajos y cortes nuevos, apenas sanados, y moratones bajo la piel como agua enfangada bajo el hielo.

Los ojos, ay, permanecían duros, inflexibles y rojos como la sangre fresca en los oscuros huecos.

—¿Añoranza por la vieja casucha Azath? —preguntó Udinaas a diez pasos del sombrío guerrero.

Silchas Ruina suspiró.

—Udinaas. Me había olvidado de tu espectacular don con las palabras.

—No recuerdo a nadie decir que se trata de un don —contestó él, que decidió dejar a un lado el sarcasmo, como si la estancia en aquel lugar hubiera marchitado su agudeza natural—. Una maldición, sí, siempre me lo dicen. Es alucinante que todavía esté respirando, la verdad.

—Sí —afirmó el tiste andii—, lo es.

—¿Qué quieres, Silchas Ruinas?

—Hemos viajado juntos durante mucho tiempo, Udinaas.

—En círculos, sí. ¿Y qué?

El tiste andii apartó la mirada.

—Estaba… confundido. Por todo lo que vi. Una ausencia de sofisticación. Imaginé que el resto de aquel mundo no sería distinto a Lether… hasta que aquel mundo llegó.

—La versión letherii de sofisticación es muy narcisista, adjudicado. Además va junto a ser el mayor pedazo de mierda de todo el montón. A nivel local.

La expresión de Ruina se agrió.

—Una mierda cuidadosamente aplastada por un talón.

Udinaas se encogió de hombros.

—A todos nos llega, tarde o temprano.

—Sí.

El silencio se hizo entre ambos, y aun así Ruina no le miraba a los ojos. Udinaas comprendió, y también supo que sería impropio mostrar placer alguno ante la humildad del Cuervo Blanco.

—Será reina —dijo Silchas Ruina de improvisto.

—¿Quién?

El guerrero parpadeó, sorprendido por la pregunta y fijó su atención inhumana una vez más en Udinaas.

—Tu hijo está en grave peligro.

—¿Ahora?

—Creí que, al venir aquí, podría hablar con él. Ofrecerle cualquier consejo, por exiguo que fuera, que pudiera tener valor para él. —Hizo un gesto hacia el lugar donde estaba—. Esto es todo lo lejos que he llegado.

—¿Qué te retiene?

Ruina torció el gesto.

—Para la sangre de los eleint, Udinaas, cualquier noción de comunidad es anatema. O de alianza. Si en espíritu los letherii poseen un ascendiente, es el eleint.

—Ah, ya veo. Motivo por el cual Ben el Rápido se las apañó para derrotar a Sukul Ankhadu, Sheltatha Sabiduría y Menandore.

Silchas Ruina asintió.

—Intentaron traicionarse entre ellos. Es la imperfección en la sangre. Y muy a menudo, una tara fatal. —Hizo una pausa, y después siguió—: Como nos demostró a mi hermano Anomander y a mí. Una vez que la sangre dracónica entró en nosotros, nos distanció. Andarist se metió entre ambos, intentó acercarnos con ambas manos, pero

nuestra recién descubierta arrogancia le superó. Dejamos de ser hermanos. No me sorprende que…

—Silchas Ruina —Udinaas le cortó—, ¿por qué mi hijo está en peligro?

Los ojos del guerrero resplandecieron.

—Le lección de humildad que aprendí casi me mata. Pero sobreviví. Cuando la propia lección de Rud Elalle llegue, puede que no sea tan afortunado.

—¿Has tenido hijos, Silchas? Imaginaba que no. Aconsejar a un niño es como arrojar arena contra un muro de obsidiana. Nada se queda. La certeza brutal es que cada uno sufrimos nuestras propias lecciones, no podemos evitarlas. No podemos dejarlas atrás. No puedes darle a un niño tus cicatrices, llegan como telarañas, aprietan, ahogan y el niño sufrirá la presión y el estrés hasta que se rompan. No importa la nobleza de tus intenciones, las únicas cicatrices que les ensañarán algo son las que adquieran por sí mismos.

—Entonces debo pedirte, como padre suyo que eres, tu favor.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, Udinaas.

Temor Sengar había intentado apuñalar a este tiste andii en la espalda, había intentado ponerse bajo la sombra de Scabandari Ojodesangre. Temor había sido un tipo complicado, pero Udinaas, a pesar de todas las burlas y las bromas, los amargos recuerdos de la esclavitud, no había llegado a sentir rechazo por él. La nobleza podía ser admirada cuando te la encontrabas cara a cara. Y había visto la pena de Trull Sengar.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Entrégamelo.

—¿Qué?

El tiste andii levantó una mano.

—No respondas todavía. Te explicaré la necesidad. Te diré lo que viene, Udinaas, y cuando termine, creo que lo entenderás.

Udinaas se dio cuenta de que temblaba. Y mientras Silchas Ruina seguía hablando, sintió que el suelo firme se movía inexorable bajo sus pies.

El ritmo aparentemente apaciguado de este mundo demostraba ser una ilusión, un engaño evocador.

Lo cierto era que todo se precipitaba, como cientos de rocas deslizándose por una ladera. La verdad era, simplemente, aterradora.

Onrack aguardaba observando a las dos figuras. La conversación se había alargado mucho más de lo que el imass había anticipado, y la preocupación crecía en consecuencia. Nada bueno iba a salir de esto, estaba seguro. Escuchó una tos ronca tras él y se giró para encarar a dos emlava que cruzaban el camino a unos cien pasos atrás, más o menos. Movían las enormes cabezas de las que surgían los colmillos hacia él y le miraron con cautela, como si pidieran permiso. Pero vio las grandes zancadas y la cola baja, como si estuvieran de caza. La culpa en el propósito parecía innata, como la beligerancia de aquella mirada de ojos grandes. Podían desaparecer durante un día o semanas, en caso de necesitar una caza mayor cuando se aproximaba el invierno.

Onrack desvió la atención de nuevo a Udinaas y Silchas Ruina, y vio que ahora caminaban ambos hacia él, uno junto al otro, y el imass pudo interpretar sin problemas el espíritu maltrecho de Udinaas, la fuga de desesperación.

No, no se acercaba nada bueno.

Escuchó crujidos tras él cuando los emlava llegaron al punto en que el camino que habían tomado les apartaba de

la vista de Onrack, y ambos animales salieron corriendo para escapar a aquella atención imaginada. Pero él no tenía interés alguno en llamarlos. Nunca lo había tenido. Las bestias eran demasiado estúpidas para darse cuenta de ello.

Los intrusos en este reino montaron una marea baja, llegaron como la vanguardia de las legiones del caos. El cambio manchaba el mundo con el tinte de la sangre fresca demasiado a menudo. Cuando lo cierto era que lo único que querían los imass era la paz, afirmada en el ritual de la vida, segura, estable y de un predecible exquisito. El humo y el calor de las hogueras, el aroma de la carne cocinada, tubérculos y tuétano derretido. Las voces nasales de las mujeres que cantaban mientras se ocupaban de los modestos quehaceres. Los gruñidos y los suspiros de la cópula, los niños que cantaban. Alguien puede que estuviera trabajando con una púa de hueso, con la afilada espiral de un hueso o el centro de un pedernal. Otra se arrodillaba junto al riachuelo, frotaba una piel con hojas pulidas y raspadores diminutos, y muy cerca había una leve depresión que marcaba un pozo de arena donde se enterraban otras pieles. Cuando alguien necesitaba orinar se agachaban sobre el pozo para que el río descendiera dentro. Para curtir las pieles.

Los ancianos estaban sentados sobre rocas y observaban el campo y a todos los suyos ir de aquí para allá ocupados con las tareas, y soñaban con los escondrijos y los senderos que surgían en la fiebre de las voces que zumbaban, y el retumbar y las escenas que daban vueltas pintadas bajo la luz de una antorcha en la roca, en lo profundo del bullicio de la noche cuando los espíritus florecían ante los ojos en miríadas de colores, cuando los patrones se alzaban de la superficie y flotaban y se mecían en humo.

La caza y la celebración, la cosecha y la formación. Días y noches, nacimientos y muertes, risas y penas, relatos que se contaban una y otra vez, la mente que se descubre como un regalo para cada generación, para cada rostro cálido y familiar.

Onrack sabía que esto era lo único que importaba. Cada conciliación de los espíritus buscaba la protección de aquella preciosa paz, aquella perfecta continuidad. Los fantasmas de los ancestros merodeaban cerca para montar guardia sobre los vivos. Los recuerdos tejían hilos que unían a todo el mundo, y cuando aquellas memorias se compartían, la unión se hacía más fuerte.

En el campo tras él, su querida pareja, Kilava, estaba apoyada sobre una pila de pieles blandas, estaba a pocos días de dar a luz a su segundo bebé. Las cargadoras habían traído cuencos de madera repletos de larvas gordas y deliciosas que todavía humeaban tras haber sido cocidas en las losas sobre las hogueras. Y conos de miel y té áspero de frutas del bosque y corteza. La alimentaban sin cesar y así seguirían hasta que las contracciones comenzaran, para que tuviera la fuerza y las reservas necesarias.

Recordó la noche en que Kilava y él fueron al hogar de Seren Pedac, en aquella extraña y destrozada ciudad de Letheras. Enterarse de la muerte de Trull Sengar había resultado ser uno de los momentos más duros en la vida de Onrack. Pero descubrirse junto a la viuda de su amigo había demostrado ser todavía más devastador. Al mirarla había sentido que colapsaba por dentro, y lloró, lejos de cualquier consuelo posible, y un tiempo después reflexionó sobre la fortaleza de Seren, su calma sobrenatural, y por ello se dijo a sí mismo que ella seguro había pasado el duelo los días y noches posteriores a la muerte de su amante. Ella había observado su llanto con pena en los ojos, pero no lágrimas.

Entonces preparó té, metódica en la preparación, mientras Onrack se encogía en el abrazo de Kilava.

Más tarde clamaría contra la injusticia, la espantosa insensatez de la muerte de su amigo. Y durante toda aquella noche, mientras trataba de hablar con ella de Trull (de lo que habían compartido desde el primer momento de frágil simpatía cuando Onrack decidió liberar al guerrero de su Pelado), recordó batallas fieras, resistencias desafiantes, actos de coraje insólito, muchos de los cuales habrían marcado un glorioso final, una muerte cargada de significado, reluciente de sacrificio. Y aun así Trull Sengar había sobrevivido a todas ellas, a cada una. Alcanzó el triunfo en medio del dolor y la pérdida.

Si Onrack hubiera estado allí, en la arena cubierta de sangre, la retaguardia de Trull no habría quedado desprotegida. El asesino no habría tenido éxito en este acto de brutal traición. Y Trull Sengar habría vivido para ver a su propio hijo crecer en el vientre de Seren Pedac, habría contemplado, maravillado, el resplandor de la introspección en la expresión de la corifeo. Ningún hombre podía llegar a conocer tal sensación de plenitud, claro, ya que ella se había convertido en portadora de dicha continuidad, un icono de esperanza y optimismo para el mundo venidero.

Ah, si Trull hubiera podido ver todo esto. Nadie se lo merecía más, tras todas las batallas, las heridas, las ordalías y la vasta soledad que Onrack jamás podría atravesar. Tantas traiciones y a pesar de todo había seguido en pie indoblegable y siempre había dado todo de sí. No, no había nada de justo en esto.

Seren Pedac había sido amable y gentil. Había permitido el ritual de Kilava para un parto seguro. Pero también había dejado claro que no deseaba nada más, que este viaje sería suyo y, de hecho, poseía la fortaleza suficiente para lograrlo.

Sí, las mujeres podían ser aterradoras. Por su fortaleza, por su capacidad para perdurar.

Por mucho que Onrack quisiera estar cerca de Kilava ahora, mimarla con regalos y obsequios, cualquier intento habría sido ridiculizado por la cargadora y un rugido de advertencia de Kilava. Había aprendido a mantener la distancia, ahora que el parto era inminente.

En cualquier caso, había cogido cariño a Udinaas. Cierto, un hombre mucho más inclinado a los comentarios afilados que Trull, con tendencia hacia la ironía y el sarcasmo, ya que eran las únicas armas que Udinaas blandía con habilidad. A pesar de todo, Onrack había llegado a apreciar la irónica astucia, y más que aquello, al hombre que mostraba virtudes inesperadas en su nuevo rol como padre. Virtudes que Onrack notaba y que había decidido adoptar una vez que le llegara el momento.

Había perdido una gran oportunidad en la primera ocasión, y al hombre que era su primer hijo, Ulshun Pral, lo habían criado otros, tíos adoptivos, hermanos y tías. Incluso Kilava había estado ausente durante largos periodos de tiempo. Y por lo tanto, mientras Ulshun era de su propia sangre, pertenecía más a su gente que a sus padres. Tan solo sentía una leve tristeza en cuanto a esto, se decía Onrack a sí mismo, esquirlas de arrepentimiento que no encajaban en los recuerdos de la existencia del Ritual inmortal.

Tantísimo había cambiado. Este mundo parecía pasar a toda prisa, efímero y elusivo, días y noches escurriéndose en sus manos. De vez en cuando se sentía paralizado por la sensación de pérdida, sobrecogido de angustia al pensar en otro momento perdido, otro instante que menguaba al despertar. Se esforzaba por permanecer consciente, los sentidos despiertos ante cualquier bendición, a absorber y devorar y lujuriar en su sabor, y entonces llegaría un

momento en el que todo le inundaría y quedaría engullido, agitándose en la ceguera, en la abrumadora sordera.

Demasiados sentimientos, y parecía que llorar era su respuesta a tanto en esta vida mortal. Alegría, tristeza, dones recibidos y pérdidas sufridas. Quizás había olvidado todas las otras formas de reaccionar. Quizás eran los primeros en irse cuando el tiempo perdía el significado, cruel como una maldición, y que dejaba nada más que lágrimas.

Udinaas y Silchas Ruina se acercaron.

Y una vez más, Onrack sintió ganas de llorar.

La costa de D'rhasilhani parecía roída y podrida, las olas lamían la orilla cargada de cieno estrellándose en los salientes de piedra caliza repletos de cráteres y bancos de arena sumergidos en los que habían crecido extensos manglares. Pilas de espuma del color de la carne pálida se alzaban y se sacudían con cada ola que rompía, y a través del catalejo, el yunque del escudo Tanakalian pudo ver, sobre la línea de la playa, donde todavía se veían montañitas de arena y grava, pilas de peces muertos plagadas de gaviotas y algo más (largo, bajo y posiblemente reptiliano) que tiraba y empujaba de vez en cuando en medio de aquella matanza, y que provocaba que las gaviotas alzaran el vuelo entre graznidos.

Le alivió no estar en aquella orilla, tan ajeno a la costa que había conocido casi toda su vida. Donde el agua era profunda, clara y de un frío mortal. Donde cada bahía y delta estaba cubierto por la penumbra de oscuros riscos y densos bosques de pinos y abetos. Jamás había imaginado que unas costas como aquellas existían. Escuálidas, fétidas, como un lodazal apestoso. Al nordeste, siguiendo la línea de la costa, en la base de una joven sierra que apuntaba al sur, se

situaba lo que parecía ser un gran río que desembocaba en esta enorme bahía, e inundaba las aguas con su cieno. El flujo constante de agua densa y lechosa había envenenado casi toda la bahía, por lo que Tanakalian pudo ver. No estaba bien. Se sintió como si contemplara la escena de un horrible crimen, algo fundamental estaba mal y se expandía como una infección.

—¿Qué desea, señor?

El yunque del escudo bajó el catalejo y torció el gesto hacia la costa que llenaba todo el horizonte hasta el norte.

—Ve a la desembocadura del río, capitán. Estimo que la corriente del canal reside en el otro lado, más cercano a la costa este. Las colinas parecen verticales.

—Incluso desde aquí, señor —dijo el capitán—, los bancos apenas sumergidos a este lado se ven a simple vista. —Dudó —. Son los que no podemos ver los que me preocupan, yunque del escudo. Ni siquiera me calma pensar en que podamos esperar a la marea.

—¿No podemos retirarnos hacia el mar, y después acercarnos hacia la costa más al este?

—¿Aprovechar la corriente del río? Quizás, aunque en el choque con la marea la corriente será traicionera. Yunque del escudo, esta delegación que buscamos no son marineros, ¿no es así?

Tanakalian sonrió.

—Una sierra de montañas virtualmente insuperables bloquea el reino de la costa, e incluso en el lado de la sierra que da a la tierra una franja de territorio ha sido reclamada por tribus de pastores. Hay paz entre ellos y los bolkando. En cualquier caso, y para contestar a tu pregunta, no, señor, los bolkando no son marineros.

—Por lo tanto, esta boca del río…

—Así es, capitán. Gracias a un gentil acuerdo con los d’rhasilhani, la delegación bolkando tiene permitido montar

un campamento en la costa este del río.

—La amenaza de la invasión puede lograr que enemigos de toda la vida se conviertan en aliados —observó el capitán.

—Eso parece —asintió Tanakalian—. Lo más extraordinario de todo es que las alianzas parecen sostenerse, incluso ahora cuando ya no habrá invasión del imperio de Lether. Sospecho que ciertos beneficios de la paz se han hecho evidentes.

—Provechosos, quiere decir.

—A nivel mutuo, sí, capitán.

—Debo ocuparme de la nave, señor, si vamos a valorar nuestro acercamiento al lugar de amarre.

Yunque del escudo asintió y, cuando el capitán se alejó, Tanakalian alzó el catalejo una vez más, inclinándose sobre la figura de estribor para ganar equilibrio. El mar no era especialmente bravo tan dentro de la bahía sin nombre, pero en cualquier momento el Trono de Guerra comenzaría a llegar, y él tenía la intención de hacer uso del ángulo cerrado para mirar más allá de los acantilados escarpados de la costa este.

La espada mortal Krughava permanecía en su cabina. Desde que había vuelto de visitar a la consejera, destriant Run’Thurvian había decidido comenzar un extenso periodo de meditación recluida, por lo que también estaba bajo cubierta. La presencia de cualquiera de ambos hubiera impuesto un grado de formalidad que a Tanakalian le parecía cada vez más irritante. Comprendió la necesidad de la propiedad, y la carga de la tradición que aseguraba el significado para todo lo que habían hecho (y todo lo que harían), pero había dedicado tiempo al mando del barco de la consejera, en compañía de los malazanos. Mostraban una tranquilidad ante las dificultades compartidas que había chocado mucho a yunque del escudo, hasta que comprendió

el valor de tal comportamiento. No se podía desafiar la disciplina de los Cazahuesos cuando había que batallar. Pero la fuerza que realmente les mantenía unidos residía en la camaradería que mostraban durante aquellos interminables y larguísimos periodos de inactividad que todos los ejércitos debían soportar. Tanakalian había llegado a disfrutar aquellas atrevidas faltas de decoro, la irreverencia pública y aquella extraña afición por desenmarañar lo absurdo.

Quizá no era una influencia demasiado positiva, algo que el ceño fruncido de Run'Thurvian implicaba cada vez que Tanakalian trataba de hacer su propio comentario irónico. Claro que el destriant no andaba escaso de decepciones en su lista en cuanto al nuevo yunque del escudo de la orden. Demasiado joven, con una triste carencia de experiencia y una desalentadora inclinación al juicio prematuro. Esta última tara era inaceptable en alguien que ostentaba el título de yunque del escudo.

—*Su mente es demasiado activa, señor* —había dicho el destriant en una ocasión—. *No es cosa del yunque del escudo emitir juicio alguno. Ni decidir quién es digno de aceptación. No, señor, aunque jamás habéis ocultado vuestras predilecciones. Eso es cierto*.

Generoso por parte del hombre, al fin y al cabo.

El barco comenzó a perder ímpetu al virar. Tanakalian observó la costa imponente, las retorcidas montañas, muchas de estas con picos ocultos por humo y gases nocivos. No serviría de mucho arrojarse contra aquella costa mortal, aunque dada la inclinación natural del flujo de las corrientes, el riesgo era muy real. Yunque del escudo volvía a tener uno de aquellos pensamientos, y en este caso, incluso el destriant no podría encontrar culpa.

Con una leve sonrisa, Tanakalian bajó el catalejo y lo devolvió a la funda de piel de foca que colgaba bajo el brazo izquierdo. Bajó del castillo de proa y descendió hacia los

camarotes. Necesitarían de Run'Thurvian y de su hechicería para conseguir pasaje seguro hacia la boca del río, y esto, concluyó Tanakalian, era una buena justificación para interrumpir la meditación del destriant, que duraba desde hacía días. Puede que Run'Thurvian gozara del tiempo en soledad absoluta, pero ciertas necesidades no podían ser ignoradas ni siquiera por orden del destriant. Además, al viejo le vendría bien algo de aire fresco.

El navío que comandaba la flota estaba solo en esta bahía. Los veinticuatro restantes Tronos de Guerra mantenían la posición en el mar, más que capaces de superar cualquier clima que el océano al sur pudiera reunir, excepto un tifón, claro, y aquella estación ya había pasado, según decían los pilotos locales.

Desde que entregaron el *Lobo de espuma* a la consejera, el *Listral* servía como buque insignia de la orden. Era el navío más antiguo en la flota, casi cuatro décadas desde la botadura. El *Listral* era el último superviviente de la primera línea de trimaranes, y portaba detalles anticuados tanto de estilo como en la decoración. Esto le otorgaba a la nave un aspecto feroz, con cada tablón de madera tallado en semejanza a una cabeza de lobo aullando. El centro del casco por completo tenía forma de lobo en posición de ataque, tres cuartos sumergidos de modo que la cresta de espuma en la proa simulara la boca abierta y repleta de colmillos de la bestia.

A Tanakalian le encantaba este navío, incluso la arcaica hilera de cabinas que daban al interior por todo el pasillo en el primer nivel bajo la cubierta. *Listral* podía contener la mitad de tripulantes que la segunda y tercera línea de Tronos de Guerra. Al mismo tiempo, cada cabina era, en comparación, mucho más espaciosa y casi se podría decir que lujosa.

La habitación del destriant constaba de las últimas dos cabinas bajo el castillo de proa. La pared entre ambas tenía una baja y estrecha puerta. La adusta sala servía de residencia privada a Run'Thurvian, mientras que la contigua había sido santificada como templo de los lobos. Como esperaba, Tanakalian encontró al destriant arrodillado, con la cabeza inclinada ante el doble altar. Pero algo iba mal; el aire apestaba a carne chamuscada, a pelo quemado, y Run'Thurvian, de espaldas a Tanakalian, siguió inmóvil aun cuando el yunque del escudo entró en la habitación.

—¿Destriant?

—No te acerques más —dijo Run'Thurvian con voz ronca, casi irreconocible. Tanakalian escuchó que al viejo le faltaba el aliento—. No queda mucho tiempo, yunque del escudo. He… concluido… que nadie debe molestarme, sin importar lo largo de mi ausencia. —Una risa ronca, amarga—. He olvidado tu… temeridad, señor.

Tanakalian se acercó.

—Señor, ¿qué ha pasado?

—¡Atrás! ¡Te lo ruego! —gritó el destriant, sin aliento—. Debes llevar mis palabras a espada mortal.

Algo resplandeció en el suelo de madera pulida alrededor del hombre arrodillado, como si el hombre perdiera líquido; pero el olor no era de orín, y el líquido, espeso como la sangre, parecía dorado a la luz de la linterna. Al verlo, el miedo recorrió el cuerpo de Tanakalian, y apenas pudo escuchar las palabras del destriant por encima de los latidos de su corazón.

—Destriant…

—He viajado lejos —dijo Run'Thurvian—. Dudas… una intranquilidad creciente. ¡Escucha! Ella no es quien creemos. Habrá… traición. ¡Díselo a Krughava! El juramento. ¡Cometimos un error!

El charco crecía, espeso como la miel, y parecía que la figura vestida con una túnica del destriant se encogiera, como si colapsara sobre sí mismo.

Se muere. Por los lobos, se muere.

—Destriant —dijo Tanakalian, evitando el terror a la fuerza, se tragó el pavor que le causaba lo que estaba presenciando—, ¿aceptarás mi abrazo?

La risa surgió entre burbujeos de la garganta maltratada.

—No. No lo acepto.

Sorprendido, el yunque del escudo se tambaleó hacia atrás.

—Eres… eres… insuficiente. Siempre lo fuiste. Otro de los errores de Krughava en su… juicio. Me has fallado, y por ende le fallarás a ella. Los lobos nos abandonarán. Los juramentos rotos, ¿lo comprendes? He visto nuestras muertes; esta que sucede ante ti, y las que están por venir. Tú, Tanakalian. La espada mortal también, y todos los hermanos y hermanas de los yelmos grises. —Tosió, y algo surgió entre convulsiones, manchando el altar con líquido y pedazos informes que resbalaron por la piedra cubierta y atravesaron los cuellos de los lobos.

La figura arrodillada se desplomó, doblada por la mitad en un ángulo imposible. El sonido que emitió la frente de Run’Thurvian cuando golpeó el suelo fue como si se hubiera quebrado la cáscara de un huevo de gallina, el hueso chasqueó sin ofrecer demasiada resistencia, por lo que el rostro del hombre quedó desfigurado por completo.

Tanakalian observó, se volvió a acercar y vio riachuelos líquidos que surgían de la cabeza destrozada del destriant.

El hombre se había… derretido. Podía ver la pulpa gris burbujear y deshacerse en chorros de grasa.

Y entonces quiso gritar, desatar el terror, pero un temor más profundo le atenazó.

No aceptará mi abrazo. Le he fallado, eso dijo. Les fallaré a todos, eso dijo.

¿Traición?

No, no puedo creerlo.

No lo creeré.

Aunque sabía que Run'Thurvian estaba muerto, Tanakalian habló de todos modos.

—El fracaso, destriant, fue tuyo, no mío. —Se detuvo, esforzándose por reprimir el temblor que le acometía—. Destriant. Señor. Me place que hayas rechazado mi abrazo. Ya que ahora veo que no lo merecías.

No, no era simplemente un yunque del escudo del modo en que todos sus predecesores lo habían sido, todos aquellos que habían vivido y muerto bajo la carga de aquel título. No estaba interesado en la aceptación pasiva. Sobrellevaría el dolor mortal, sí, pero no sin confundirse.

Al fin y al cabo, también soy moral. Mi esencia me permite valorar mi juicio. De aquello que merece la pena. Y lo que no.

No, no debo ser como otros yunques de escudo. El mundo ha cambiado; debemos cambiar con él. Debemos cambiar para hacerle frente.

Miró con fijeza la masa amontonada que eran los restos del destriant Run'Thurvian.

Sorpresa, consternación y rostros retorcidos de miedo incontrolable. La orden caería en el caos, y recaería sobre la espada mortal y sobre el yunque del escudo la tarea de tomar las riendas hasta que un nuevo destriant se alzara entre los hermanos y hermanas.

Sin embargo, había una preocupación mucho más inmediata para Tanakalian, y es que no dispondrían de hechicería de protección al atravesar el canal. Según su juicio (tembloroso, como dictaba la situación), aquellas noticias eran primordiales.

La espada mortal tendría que esperar.

Tampoco tenía nada que contarle a ella.

—¿Has abrazado a nuestro hermano, yunque del escudo?

—Por supuesto, espada mortal. Su dolor ahora está conmigo, como su salvación.

La mente moldeaba los hábitos y los hábitos moldeaban el cuerpo. Un experimentado jinete caminaba con piernas arqueadas, un marinero desconfiaba sin importar lo segura que era la compra. Las mujeres que trenzaban su cabello acabarían con la cabeza inclinada hacia un lado. Algunas personas con tendencia a la preocupación serraban los dientes, y años de esta práctica endurecería los músculos de la mandíbula y desgastaría los molares hasta convertirlos en suaves bultos, despojados de espuelas y coronas.

Yedan Derryg, la Guardia, se acercó al borde del agua. El cielo nocturno, tan familiar para alguien que había dedicado su vida a este pedazo de tiempo que precede la salida del sol, ahora le parecía algo extraño, liberado de lo predecible, de lo conocido, y los músculos de la mandíbula trabajaban con un ritmo calmado pero incesante.

El reflejo brillante de los tenues cometas verdes se pintaba sobre la superficie calma de la ensenada, como cortes de espíritus luminosos, ya que tenían por costumbre reunirse en la estela de los navíos. Había extraños en el cielo. Se acercaban noche tras noche, como si los hubieran llamado. La luna borrosa se había puesto y suponía un alivio, pero Yedan todavía era capaz de ver el comportamiento peligroso de la marea; todo aquello que había sido incuestionable una vez, ya no lo era. Tenía motivos para estar preocupado.

El sufrimiento llegaba a la orilla, y los temblor no serían perdonados. Era un dato que había compartido con

Crepúsculo, y vio el miedo brotar en los ojos legañosos de las brujas y brujos, lo que le llevó a sospechar que ellos también habían sentido que algo terrible y vasto se acercaba. Ay, los miedos compartidos no forjaban compromisos renovados para cooperar. La lucha política seguía en pie, y de hecho se había intensificado.

Idiotas.

Yedan Derryg no era un hombre locuaz. Podía tener un millar de palabras en la cabeza, dispuestas para una reorganización virtualmente infinita, pero eso no significaba que le preocupara lo más mínimo verbalizarlas. No tenía demasiado sentido, y por experiencia propia la comprensión disminuía a medida que la complejidad se acrecentaba. No era un fracaso en la habilidad de comunicación, creía él, sino de inversión y capacidad. La gente vivía en un pantano de sentimientos, atrapados como gargajos de barro a cada pensamiento, retrasando esas ideas, volviéndolas amorfas. La disciplina interior necesaria para poder limpiar tan torpes tendencias a menudo era demasiado feroz, demasiado complicada, en definitiva, dificilísima. Esto, pues, marcaba el rechazo para lograr la inversión necesaria. El otro problema era un juicio demasiado cruel que tenía que ver con aceptar que en el mundo había matemáticamente más gente tonta que personas inteligentes. La dificultad residía en la astucia innata de los estúpidos en disfrazar su propia estupidez. La verdad en raras ocasiones se mostraba en un gesto honesto o un fruncir sincero. En vez de ello, se revelaba en un fogonazo de suspicacia, en un indicio de timidez de un rechazo informal, o, más perverso todavía, el silencio que se ofrecía para expresar cierto nivel de consideración que, en realidad, no existía.

Yedan Derryg disponía de poco tiempo para tales juegos. Era capaz de oler a un idiota a más de cincuenta pasos. Observaba sus taimadas evasivas, escuchaba su cháchara, y

se preguntaba una y otra vez por qué no podían alcanzar la realización esencial, es decir, el enorme esfuerzo que ponían en esconder su propia estupidez les podría servir mejor como ejercicio convincente de la poca inteligencia que tenían. Teniendo en cuenta, claro, que esa mejora fuera posible.

Había demasiados mecanismos en la sociedad diseñados para esconder y consentir a esta miríada de imbéciles, sobre todo teniendo en cuenta que los tontos eran mayoría. Además de tales mecanismos, uno podía descubrir diversas trampas, cepos y emboscadas, con el estupendísimo objetivo de aislar y destruir a los inteligentes. No hay argumento posible, sin importar lo brillante que sea, que pueda vencer a un cuchillazo en la ingle, al fin y al cabo. Ni el hacha de un verdugo. Y la sed de sangre de la muchedumbre siempre era más ruidosa que una voz solitaria y razonable.

El verdadero peligro, comprendió Yedan Derryg, era que te encontraran entre los impostores ocultos; aquellos que podían fingir ser idiotas y aun así tenían una astucia que, aunque estrechamente confinada a la satisfacción inmediata de su propia posición, demostraba ser una gran habilidad al aprovecharse tanto de estúpidos como de personas brillantes. Estos eran los que deseaban poder y muy a menudo se salían con la suya. Ningún genio aceptaría por voluntad propia el poder verdadero, claro, con el conocimiento de las mortales implicaciones. Y los idiotas jamás lograrían tenerlo por mucho tiempo, a menos que se contentaran con ser peones, en cuyo caso el poder que ostentaban era una ilusión.

Lograr una modesta horda de tales impostores ocultos (aquellos de cierta inteligencia, astucia maliciosa y ambición avariciosa) y los problemas serios estaban aseguradísimos. Un ejemplo singular de esto se descubrió en el aquelarre de

brujas y brujos que, hasta no hacía mucho, habían liderado a los temblor; en vista de que la gente dispersada, disuelta y abatida podía ser liderada.

Con la quijada en tensión, Yedan Derryg se agachó. Pequeñas ondas se formaron en los talones de sus botas, amontonadas en los diminutos pozos que habían formado en la blanda arena. Los brazos temblaron, cada músculo dolorido por el cansancio. El océano que llegaba a la orilla no podía eliminar el hedor que se agarraba a sus fosas nasales.

Tras él, en el escuálido grupito de chozas tras el terraplén, se alzaron unas voces. Escuchó a alguien acercarse a la orilla, tambaleante, se aproximaba a un ritmo irregular.

Yedan Derryg bajó las manos hasta que el agua fría las cubrió, y la claridad de pronto se oscureció con volutas oscuras. Observó las olas, que barrían con suavidad y se llevaban las manchas, y en su mente pronunció una plegaria.

A este mar
En esta orilla
Entrego con afán
Hasta que las aguas se aclaren

Ella llegó tras él.

—Por el trono vacío, Yedan, ¿qué has hecho?

—Por eso —contestó a su hermana, horrorizada e incrédula—, los he matado a todos menos a dos, mi reina.

Ella le rodeó, se metió en el agua hasta que estuvo frente a él. Le empujó la frente con la mano hasta que pudo ver su tez, hasta que pudo mirarle a los ojos.

—Pero ¿por qué? ¿Creías que no podría ocuparme de ellos? ¿Que no podríamos ocuparnos de ellos?

Él se encogió de hombros.

—Querían un rey. Para que te controlara. Uno que ellos pudieran controlar.

—¿Y por eso les asesinas? Yedan, ¡el hogar comunal se ha convertido en un matadero! ¿De verdad crees que simplemente puedes lavarte las manos ante tal atrocidad? Acabas de masacrar a veintiocho personas. Temblor. ¡Mi gente! ¡Ancianos y ancianas! ¡Ha sido una matanza!

Él torció el gesto y la miró.

—Mi reina, soy la Guardia.

Ella le devolvió la mirada, y él entendió el significado de su expresión. Creía que su hermano se había convertido en un majadero. Retrocedió del horror.

—Cuando Tirón y Chapoteo vuelvan —dijo—, también las mataré.

—No.

Él se dio cuenta de que una conversación razonable con su hermana no sería posible, no en este instante, con los llantos de conmoción y dolor que provenían del pueblo.

—Mi reina…

—Yedan —dijo ella casi sin aliento—. ¿No ves lo que me has hecho? ¿No te das cuenta de la herida que has provocado? Al llevar a cabo tal acto en mi nombre… —Parecía incapaz de terminar la frase, y él vio que se formaban lágrimas en sus ojos. Entonces aquella mirada se volvió gélida y su tono se endureció al decir:

—Te quedan dos opciones, Yedan Derryg. Te quedas y te entregas al mar. O aceptas el rechazo.

—Soy la Guardia…

—Entonces estaremos ciegos a la noche.

—No puede permitirse —contestó él.

—¡Insensato! ¡No me dejas otra elección!

Se levantó despacio.

—Entonces aceptaré el mar…

Ella se dio la vuelta y encaró las oscuras aguas. Le temblaron los hombros al bajar la cabeza.

—No —logró decir con voz ronca—. Lárgate, Yedan. Ve al norte, a las antiguas tierras edur. No aceptaré una muerte más en mi nombre. Ni una sola. Sin importar lo merecida que sea. Eres mi hermano. Ve.

Ella no era uno de los impostores, eso lo sabía. Tampoco era idiota. Dada la infinita oposición del aquelarre, había adquirido menos poder del que su título proclamaba. Y quizá, teniendo en cuenta la inteligencia de Yan Tovis, estaba conforme con aquella limitación. Si las brujas y los brujos hubieran sido igual de sabios y serenos con su reconocimiento del mortal cebo de ambición, él podría haber dejado las cosas como estaban. Pero no había interés en el equilibrio. Querían lo que habían perdido. No habían mostrado la inteligencia necesaria para solventar la situación.

Por lo que los eliminó, y ahora el poder de su hermana era absoluto. Era comprensible, pues, que estuviera tan consternada. Con el tiempo, se dijo a sí mismo, llegaría a comprender. En concreto su retorno como la Guardia, como equilibrio a su poder desenfrenado.

Tendrá que ser paciente.

—Haré lo que dices —le dijo.

Ella no se dio la vuelta, y con un gesto de la cabeza, Yedan Derryg se marchó dirección norte, siguiendo la costa. Había dejado su caballo y el zurrón a unos doscientos pasos más adelante, justo sobre la marca de la marea alta. Una muestra obvia de inteligencia, al fin y al cabo, residía en la exacta anticipación de las consecuencias. Las emociones pegadas a la vida podían ahogar a una persona tan rápido como una subida de la marea, y él no tenía intención de ponerse en más apuros.

Pronto amanecería, aunque con la lluvia en camino el ojo resplandeciente quedaría fuera de la vista durante algún tiempo, y aquello también estaba bien. Que la nube de lágrimas lavara la sangre, y en poco tiempo la ausencia de una veintena de incipientes y descarados tiranos soplaría desde los temblor como una brisa fresca y vigorizante.

Extraños cabalgaban el cielo nocturno, y si los temblor tenían esperanza alguna en sobrevivir a lo que estaba por venir, la política de la traición debía ser eliminada. De una vez por todas.

Al fin y al cabo, era su responsabilidad. Quizá su hermana había olvidado los juramentos más antiguos que ataban a la Guardia. Pero él no. Por lo que había hecho lo necesario.

No había placer en aquel acto. Satisfacción, sí, la que sentiría cualquier persona sabia e inteligente que tuviera éxito al apartar una multitud de tiburones cortos de vista, y por ende dejar el agua más limpia. Pero no placer.

A su derecha, a medida que avanzaba por la costa, la tierra se volvía pálida.

Pero el mar a su izquierda seguía oscuro.

A veces el margen entre ambos era estrecho, de eso no cabía duda.

Tirón cambió el peso de un pie a otro y miró al pozo. Las serpientes se arremolinaban a cientos en el hoyo, con lentitud al principio, pero al caldearse el día, se retorcían como gusanos en una herida abierta. Se tocó la nariz, que tenía tendencia a provocarle escalofríos cuando caía de nuevo en el hábito de morderse los labios, pero la sensación no desaparecía. Esto quería decir, por supuesto, que seguía mordiéndose las arrugas que cubrían lo que quedaba de su dentadura.

Envejecer era miserable. Primero la piel colgaba. Después dolor asentándose en todas partes, incluso en las que ni sabía que existían. Punzadas, calambres y espasmos, y todo mientras la piel se ablandaba, las arrugas se volvían más profundas y los pliegues, más flácidos. El deje de las caderas, la inocencia de los pechos tersos y amplios. La tez todavía capaz de soportar el clima, y los labios húmedos y blandos como bolsas de grasa. Todo había desaparecido. Lo que quedaba era una mente que todavía se imaginaba joven, con el futuro alargándose hasta el horizonte, atrapado dentro de un saco de carne suelta y huesos quebradizos. No era justo.

Se tiró de la nariz otra vez para tratar de recuperar la sensibilidad. Y aquello era otra cosa que se sumaba. Las partes equivocadas no dejaban de crecer. Nariz y orejas, verrugas y lunares, pelos que salían en cualquier parte. El cuerpo se olvidaba de sus propias reglas, la carne se volvía senil y la mente despierta que habitaba dentro ya podía lamentarse todo lo que quisiera, ya que nada que fuera real cambiaba excepto a peor.

Abrió las piernas y un chorro de orina cayó contra el suelo pedregoso. Incluso las cosas simples se habían vuelto menos predecibles. Ay, qué miserable era envejecer.

La cabeza de Chapoteo surgió entre las inquietas serpientes, parpadeaba sorprendida.

—Oye —llamó a Tirón—, todavía estoy aquí.

—¿Desde hace cuánto?

—Un día, una noche y ahora por la mañana. ¿Yatiens lo que querías? Me duele to.

—Y ami man dao lecciones que nunca pedí. —Chapoteo empezó a liberarse del montón de serpientes, a ninguna pareció importarle lo más mínimo, ocupadas en procrear en un frenesí que parecía durar toda la eternidad.

—¿Lo que pue queríamos porfa?

—Pué.

Chapoteo se levantó y, con un gruñido, Tirón ayudó a su amiga a salir del pozo.

—Ee, hueles fatá, mujer. Pis de serpiente y cosa blanca, pondrá huevo con las orejas.

—Menudo ánimo aguafiestas pa viajar, Tirón. No vuelvo a hacerlo, si apesto es elmeno de nuestro problemas. Joe, nesecito bañarme al mar.

Pusieron rumbo al pueblo, que quedaba a medio día de viaje por la costa.

—¿As visto lamenaza, Chapoteo, no?

—Mu mal y mu mal, Tirón. Sangre fría al este que no pue calentar sol alguno. He visto nube gordotas y negras caer, lluvia de hierro y cuchilladas al suelo. Veo las estrellas marcharse y na más que brillos verde, y estos brillos también son fríos, fríos como la sangre del este. Tos los tallos menos una rama, sabe. Una rama.

—Pos lo supusimos bien, y la próxima vez que Crepúsculo ladre rugíos para alejar a los temblor de la orilla, puedes protestar y acabar con ella del todo. Y votamo y la echamo. Ella y Guardia también.

Chapoteo asintió, trató de quitarse los globos de esperma de serpiente del cabello, sin mucho éxito.

—Llegará su merecío, Tirón. Temblor tuvo ojos claros. No pues ir por la vida creyendo quel mundo te sigue el rollo. No te lo sigue. Hasta que la marea rompan la orilla, porque cuando lo haga, nos ahogaremos. Veo polvo, Tirón, pero no de la tierra. Partícula de hueso y piel y sueños y motas de sorpresa, ¡ja, ja! Estamos jodidísimas, hermana, solo me quea reír brincar pal mar.

—Vee, ya he tenío suficiente —gruñó Tirón—. Me duele todo tanto que yo soy la misma definición de dolor.

Las dos brujas de los temblor (la última menos viva, como pronto descubrirían) pusieron rumbo al pueblo.

Toma un centelleante y llameante brazo del fuego solar, dale forma, vida, y tras el enfriamiento de la aparición, un hombre como Rud Elalle podría aparecer, parpadeando con inocencia, inconsciente de que todo lo que tocara podría estallar en llamaradas destructivas, en caso de no estar de humor. Y para enseñar, para guiarle hacia la adultez, la aversión singular permanecía: *no importa lo que hagas, no despiertes su ira*.

En ocasiones, Udinaas había llegado a pensar que el potencial era una fuerza que era mejor evitar, ya que el que sentía en su hijo no era para alegrarse.

Sin duda cada padre sentía aquel fogonazo cegador, la ardiente verdad. El momento cuando era consciente de la inminente dominación de su hijo, física o algo no tan explícitamente violento en la promesa. O quizás algo así era raro, salido de lo específico. Con todo, no todos los hijos podían tomar la forma de un dragón. No todos los hijos poseían la inmanencia dorada del amanecer en los ojos.

La gentil inocencia de Rud Elalle era una fina capa que ocultaba una naturaleza monstruosa, una certeza inevitable, la instrucción ardiente de la sangre de su hijo. Silchas Ruina había hablado de ello, con conocimiento, con la dolorosa verdad pintada en su rostro. La cosecha de la maduración de los eleint, una fecunda brutalidad que buscaba calmarse a sí misma, que veía el mundo (cualquier mundo, todos los mundos) como tierra de la que alimentarse, y la promesa de la satisfacción aguardaba en el exceso hinchado del poder.

Era raro el de sangre fétida que lograba sobreponerse a dicha megalomanía innata.

—*Ay, Udinaas* —había dicho Silchas Ruina—. *Mi hermano, quizás, Anomander. ¿Osserc? Puede, o puede que no. Hubo un Invocahuesos... y un soletaken jaghut. Un puñado más,*

cuando la sangre eleint en ellos estaba más diluida, y por eso tengo esperanza para Rud Elalle, Udinaas. Es tercera generación. ¿No ha chocado con la voluntad de su madre?

Bueno, se decía que sí.

Udinaas se frotó la cara. Miró de nuevo a la choza con forma de colmillo, preguntándose si debería ir adentro y poner fin a aquella discusión. Silchas Ruina, al fin y al cabo, no se había incluido a sí mismo entre todos aquellos que habían logrado dominar la sangre dracónica. Una astilla de honestidad del Cuervo Blanco, desplumada de aquella herida de humildad, sin duda. Era lo único que retenía a Udinaas.

Agachado tras él, cubierto por volutas de humo de la hoguera, Onrack soltó un largo suspiró por la nariz que sonó como un silbido. Una nariz rota las suficientes veces y cada respiración sonaría como música torturada. Por lo menos así era con este guerrero.

—Se lo llevará, creo.

Udinaas asintió, no se atrevía a hablar.

—Estoy… confuso, amigo mío. Que permitas este… encuentro. Que te abstengas y por lo tanto no ofrezcas réplica a la invitación del tiste andii. Esa choza, Udinaas, puede que sea un lugar repleto de mentiras. ¿Qué detiene al Cuervo Blanco a ofrecerle a tu hijo el dulce sabor del terrible poder?

En el tono de Onrack había preocupación genuina, y se merecía algo más que el duro silencio. Udinaas volvió a frotarse la cara, incapaz de determinar qué era lo más sensato: sus rasgos o sus manos; y se preguntó por qué una respuesta era tan importante para él.

—He caminado en el reino de Starvald Demelain, Onrack. Entre los huesos de incontables dragones muertos. En la propia puerta, los cadáveres se amontonaban como moscas brillantes en el alféizar de una ventana.

—Si la lujuria por la autodestrucción está en la naturaleza de los eleint —dijo Onrack—, ¿no sería mejor alejar a Rud de tal imperfección?

—Dudo que algo así funcione —respondió Udinaas—. ¿Puedes apartar la naturaleza, Onrack? Cada estación el salmón vuelve de mar y empuja su cuerpo moribundo río arriba para llegar al lugar en el que nacieron. Los antiguos tenag dejaban a los rebaños morir entre los huesos de los suyos. Los bhederin migran hasta el corazón de las llanuras cada verano, y vuelven a la periferia de los bosques cada invierno…

—Todas estas son criaturas simples…

—Y conozco esclavos en el pueblo de Hiroth que fueron soldados antaño, y se estremecen de angustia al saber que hubo lugares de batalla (lugares donde se derramó sangre por primera vez) que no volverán a ver jamás. Deseaban volver, caminar por aquella antigua tierra de matanza, de pie sobre los campos cubiertos de huesos de amigos y camaradas caídos. Para recordar y lamentarse. —Udinaas sacudió la cabeza—. No somos distintos de las bestias con las que compartimos el mundo, Onrack. Lo único cierto que nos separa es nuestro talento por rechazar la verdad. Y estamos condenados por ello. El salmón no cuestiona su necesidad. El tenag y el bhederin no dudan de sus obligaciones.

—Entonces ¿condenarás a tu hijo a su destino?

Udinaas apretó los dientes.

—La elección no es mía.

—¿Es de Silchas Ruina?

—Parece, Onrack, que aquí estamos protegidos, pero es una ilusión. El Refugio es un rechazo a tantas verdades que me deja sin aliento. Ulshun Pral, tú, toda tu gente, os habéis comprometido a esta vida, a este mundo. Y el Azath en la puerta… te sostiene a tus convicciones. Este asombroso

lugar es una prisión. —Resopló—. ¿Debería encadenarlo aquí? Te olvidas de que fui esclavo.

—Amigo mío —dijo Onrack—. Soy libre de viajar a otros reinos. Estoy hecho de carne. Entero. Eso es cierto, ¿no es así?

—Si este lugar queda destruido, te convertirás de nuevo en t'lan imass. Es así como se les llama, ¿no? ¿La inmortalidad de los huesos y la carne seca? La tribu que sucumbió al polvo.

Onrack le miraba con horror en las pupilas.

—¿Cómo lo sabes?

—No creo que Silchas Ruina mienta. Pregunta a Kilava. He visto esa mirada en sus ojos, sobre todo cuando Ulshun Pral la visita, o cuando se sienta a tu lado junto al fuego. Lo sabe. No puede proteger este mundo. Ni siquiera Azath prevalecerá contra lo que está por llegar.

—Entonces somos nosotros los condenados.

No. Está Rud Elalle. Está mi hijo.

—Y bien —continuó Onrack tras una larga pausa—, enviarás a tu hijo lejos, para que pueda vivir.

No, amigo. Lo envío lejos... para salvaros a todos. Pero no podía decirlo, no podía revelarlo. Ya que conocía bien a Onrack; y él conocía a Ulshun Pral y al resto. Y no aceptarían tal sacrificio, no querrían que Rud Elalle arriesgara su vida por la de ellos. No, aceptarían su propia aniquilación sin pensarlo un segundo. Sí, Udinaas conocía a estos imass. No eran orgullosos. Eran compasivos. Compasión trágica, la que solo contempla el propio sacrificio como única opción y, es decir, que no hay opción posible, pero que debe aceptarse sin atisbo de duda.

Era mejor coger el miedo, la esperanza y todo lo demás y esconderlos dentro. ¿Qué podía darle a Onrack, en este momento? Lo desconocía.

Otra pausa, y entonces el imass continuó:

—Está bien, pues. Lo entiendo y estoy de acuerdo. No hay motivos para que muera con nosotros. No hay razón para que deba contemplar lo que ocurrirá. Le perdonarás la pena, si es que es posible. Pero, Udinaas, no es aceptable que tú compartas nuestro destino. Tú también debes partir de este reino.

—No, amigo. Eso no.

—Tu hijo te necesita.

Oh, Rud os quiere a todos, Onrack. Tanto como me quiere a mí. Me quedaré de todos modos, para recordarle qué es aquello que lucha por conservar.

—Donde Silchas Ruinas y él van, yo no puedo —dijo. Gruñó y se las apañó para dedicarle una sonrisa irónica a Onrack—. Además, aquí y solo aquí, en tu compañía, junto a todos los imass, estoy satisfecho. No estoy dispuesto a librarme de eso. —Tantas verdades que podían ocultarse en mentiras simples. Aunque el motivo era un engaño, los sentimientos acumulados en esta no lo eran.

Era mucho más fácil, se dijo a sí mismo, pensar como un tenag, o un bhederin. Verdadero de los pies a la cabeza, sólido y puro. Sí, aquello sería más fácil que esto.

Rud Elalle salió de la choza, seguido un instante después por Silchas Ruina.

Udinaas pudo ver en la tez de su hijo que cualquier despedida formal sería demasiado tensa. Era mejor que lo hicieran lo más discreto posible. Se levantó, y Onrack hizo lo mismo.

Había más gente cerca, observaban, los instintos alerta ante algo grave y portentoso. Respeto y cortesía era lo que les retenía.

—Deberíamos mantener esto algo… casual —dijo Udinaas, con un hilo de voz.

Onrack asintió.

—Lo intentaré, amigo mío.

No es un mentiroso. Entonces menos humano de lo que parece. Como todos, maldita sea.

—Sientes demasiado —dijo Udinaas, con todo el tacto que supo reunir, ya que no quería que el apunte sonara como una reprimenda.

Pero Onrack se limpió las mejillas y asintió, sin decir nada.

Tanto por lograr que esto sea casual.

—Oh, ven conmigo, amigo. Ni siquiera Rud puede resistirse a tus encantos.

Y juntos se aproximaron a Rud Elalle.

Silchas Ruina se apartó para esperar su nuevo cargo, y observó las despedidas repletas de emoción con ojos que parecían globos de sangre.

La espada mortal Krughava recordó a Tanakalian su niñez. Podría haber salido de una docena de relatos de leyenda que había escuchado encogido bajo montones de pieles, todas aquellas aventuras que quitaban el aliento sobre grandes héroes de corazón puro, valerosos y leales, que siempre supieron quién merecía el extremo afilado de la espada, y quién había errado al depositar su confianza en otros. Hasta entonces, ante el dramático clímax de los cuentos, cuando la verdad de la traición y demás quedaba expuesta, y el castigo se cumplía con vigor. Su abuelo siempre supo cuándo aguzar el timbre de su voz, dónde poner una pausa para alargar el suspense, cuándo susurrar una revelación terrible. Todo para complacer al pequeño que observaba, con ojos como platos, la noche caer.

Su pelo era del color del hierro. Los ojos resplandecían como un claro cielo de invierno, y su rostro parecía tallado de los acantilados perecederos. La fuerza física estaba ligada a la fuerza de voluntad y ninguna parecía vulnerable

por cualquier otra fuerza en el mundo mortal. Se decía que, aunque estaba en su quinta década de vida, ningún hermano o hermana de la orden podía superarla en habilidad con cualquier arma: desde cuchillos para desollar hasta azadones.

Cuando destriant Run'Thurvian vino a ella hablando sobre sueños peligrosos y violentas visiones, fue como madera seca en un horno para el inviolable sentido del propósito de Krughava, y resultó la creencia en su propia elevación inminente a estatus heroico.

Pocas convicciones de la niñez sobrevivían a los siniestros detalles de las sensibilidades adultas, y aunque Tanakalian se consideraba joven, todavía esperaba el temperamento de la sabiduría, ya había visto suficiente para comprender el verdadero horror que esperaban sobre las brillantes superficies de la autodenominada heroína, conocida por todos como espada mortal de los yelmos grises de los perecederos. Había llegado a la conclusión de que ningún héroe, sin importar el tiempo o la circunstancia, era como contaban las antiguas historias. O quizás era la creciente comprensión de que tantas virtudes vendidas como aspiraciones nobles tenían un lado oscuro. La pureza del corazón también implicaba intransigencia despiadada. El coraje inamovible no entendía sacrificio alguno como suficiente, incluso si implicaba llevar a diez mil soldados a sus muertes. El honor traicionado podía zambullirse en una locura intratable durante la búsqueda de la satisfacción. Los nobles votos podían hundir un reino en sangre, o reducir un imperio a cenizas. No, la verdadera naturaleza del heroísmo era algo complicado, una cosa confusa de innumerables caras, muchas de ellas feas, y casi todas aterradoras.

Por lo que el destriant, con su último aliento, había hecho un descubrimiento espantoso. Los yelmos grises habían sido traicionados. Si no ahora, pronto. Avisos sobre el peligro

para despertar en la espada mortal todos aquellos fuegos ardientes de rabia e indignación. Y Run'Thurvian había esperado que yunque del escudo se apresurara hasta la cabina de Krughava para repetir el oscuro mensaje, para ver los fuegos encenderse en sus resplandecientes ojos azules.

¡Hermanos y hermanas! ¡Desenvainad las espadas! ¡Los ríos deben teñirse de rojo como respuesta a nuestro honor mancillado! ¡Luchad! ¡El enemigo está por doquier!

Bueno.

No solo Tanakalian se había descubierto sin intención de abrazar al destriant en su dolor mortal, se resistía a desatar aquel frenesí devastador sobre los yelmos grises. Las explicaciones del anciano, los motivos, los detalles, eran virtualmente inexistentes. La información esencial faltaba. Un héroe sin propósito era como un gato ciego en un pozo repleto de sabuesos. ¿Quién podía predecir la dirección de la carga de Krughava?

No, era necesaria cierta observación sobria. Privada y meditativa.

La espada mortal había encajado la horrible noticia de la desagradable muerte del destriant tal y como esperaba. Endurecimiento de rasgos ya de por si duros, ojos fríos como el hielo, el lento surgir de preguntas que Tanakalian no podía responder o, como también pasó, no quería responder. Preguntas e incógnitas eran los enemigos más mortales para alguien como la espada mortal Krughava, que medraba en la certeza a pesar de su relación con la realidad. La vio quedarse aturdida, el suelo de pronto era inestable, la mano izquierda temblaba, como si estuviera ansiosa por alcanzar su espada, la segura promesa de la hoja de hierro pesado; y el modo en que se tensaba de forma instintiva, como si el peso de una cota de malla fuera a caer sobre ella, ya que aquellas noticias implicarían vestir armadura. Pero la pilló desprevenida, vulnerable, podía ser su propia versión de

traición, por lo que supo tener tacto en aquel momento, mostrarle una gran indefensión que ella misma podía estar sintiendo; desvelar ante sus ojos y en sus gestos inconscientes enormes muestras de carencia y necesidad de consuelo. Para, por decirlo con pocas palabras, arrojarse como un crío en su estoica majestuosidad.

Si esto le convertía en algo despreciable, en un impostor, en una criatura de intrigas y manipulaciones maliciosas, bueno, eran acusaciones nefastas. Tendría que reflexionar sobre ellas, con toda la objetividad posible, y no sostener juicio alguno sin importar que fueran autoincriminatorias, dignas.

Los antiguos yunques de escudo no se hubieran molestado, claro. Pero la ausencia de juicio sobre los demás tan solo podía surgir de la ausencia del juicio sobre uno mismo, un rechazo a desafiar las conjeturas y las creencias de uno mismo. ¡Imaginad las atrocidades que estas actitudes inhumanas atraían! No, era un juego más que presuntuoso y no entraría en él.

Es más, otorgarle a la espada mortal lo que más necesitaba en aquel momento (todos aquellos intentos instintivos por recordarle sus nobles responsabilidades) era lo correcto. No sería de utilidad para nadie que Krughava sufriera una angustia extrema o, que los lobos no lo quieran, pánico desmedido. Navegaban hacia la guerra, y habían perdido a su destriant. Las cosas ya eran bastante peligrosas.

Necesitaba tiempo para armarse de valor, y necesitaba que su yunque del escudo la viera en aquel momento de privacidad. Y ante el despertar del supuesto éxito tendría la suficiente confianza como para repetir el severo ritual ante los hermanos y hermanas de la orden.

Pero aquel último escenario debía esperar, ya que había llegado el momento de dar la bienvenida a los emisarios

bolkando. Tanakalian ya estaba sobre el coral que crujía bajo sus botas, en la orilla que hacía las veces de playa en este lugar de desembarque. Un paso tras la espada mortal. Y al mismo tiempo que la curiosidad y el asombro ante la ausencia del destriant preocupara a la tripulación de la embarcación, al capitán y a todos los demás a bordo del *Listral*, ahora anclado con firmeza en la amplia media luna de una suave corriente en la boca del río, ni Krughava ni su yunque del escudo parecían mostrarse indecorosos al partir hacia el campamento de tiendas de los bolkando. Tal era su fe en los comandantes que pudieron mantener la cabeza relajada.

¿Podían tales observaciones ser cínicas? Él creía que no. El comportamiento tenía valor en momentos como este. No tenía sentido agobiar a los miembros de la orden, solo para atrasar la resolución tras esta negociación.

El aire era salitroso, el calor bullía de la cegadora arena blanca. Los caparazones destrozados de los cangrejos habían hervido al sol y ahora eran rojos, y formaban una hilera justo al límite de las olas en la playa. Incluso las gaviotas parecían medio aturdidas sobre las huesudas raíces y troncos del manglar.

Los dos perecederos condujeron sus pasos por el margen y cruzaron una zona pantanosa que se extendía en un amplio abanico desde el río y hacia su izquierda. Penachos de un verde resplandeciente de hierbajos de la temporada pintaban aquí y allá toda aquella extensión. Una larga columna de centinelas bolkando montaban guardia junto al banco del río, a unos veinte pasos de varias hileras de troncos cortos y estrechos hundidos en el barro. Aquellos centinelas eran extraños, altos, de piel oscura y con un aire bárbaro al vestir aquellas capas de piel, todos encaraban el río y ofrecían la espalda a los dos invitados perecederos.

Un momento después, Tanakalian se sorprendió al ver algunos de aquellos troncos estallar al notar movimiento. Sacó el catalejo del bolsillo y redujo el paso para examinar el banco del río a través de las lentes de aumento.

Lagartos. Lagartos enormes. ¡No me extraña que los guerreros bolkando nos den la espalda!

Si Krughava había percibido la escena en el banco del río, no había dado señales de ello.

El pabellón bolkando era de amplitud suficiente para que cupieran varias habitaciones. La tela de la entrada principal estaba retirada y atada de forma ornamental a unas pértigas de madera con broches dorados en forma de garra de cuervo. La luz del sol, que se filtraba a través del tejido del dosel, transformaba los espacios interiores en un fresco y agradable mundo de crema y oro, y tanto Tanakalian como Krughava se detuvieron al pasar adentro, asombrados por el bendito descenso de la temperatura. El aire, que soplaba contra sus caras, estaba cargado de aromas exóticos y de especias desconocidas.

Les aguardaba una especie de funcionario, vestido con piel de ciervo y una malla plateada tan fina que no hubiera detenido ni el dagazo de un niño. El hombre, con el rostro cubierto, se inclinó desde la cintura e hizo un gesto a los dos perecederos al otro lado de un pasillo cuyas paredes eran de seda. En el otro extremo, a unos quince pasos, había dos guardias vestidos con largas sobrevestas de la misma malla efímera. Llevaban cuchillos arrojadizos en el cinturón, dos en cada cadera. Fundas de cuero adornadas con hueso y escondidas bajo el brazo izquierdo apuntaban a armas de mayor tamaño, alfanjes quizá, pero estaban vacías a propósito. Los soldados llevaban cascos sin guardas para el rostro, y al acercarse, Tanakalian se sorprendió al ver un complejo diseño de escarificación en aquellos rostros adustos, cada veta teñida de rojo.

Ambos guardas se mantenían firmes y ninguno pareció fijarse en los dos invitados. Tanakalian siguió a Krughava un paso por detrás cuando ella pasó entre los dos hombres.

La sala contigua era espaciosa. Todos los muebles a la vista (y eran muchísimos) parecían estar hechos de segmentos articulados, como si fueran capaces de doblarse hasta quedar planos o de desmontarse, y aun así esto no implicaba una disminución de su intrincada belleza. Toda la madera que podían ver estaba cubierta por una lacra cremosa que recordó al yunque del escudo al hueso pulido o al marfil.

Dos dignatarios les esperaban, ambos sentados en una mesa rectangular donde habían colocado cálices de plata, tres para cada silla. Los sirvientes aguardaban tras las dos figuras, y dos más tras los asientos destinados para los perecederos.

Las paredes a derecha e izquierda lucían tapices, cada uno sujeto a un marco de madera, aunque no estaban tensados. Tanakalian se fijó en cómo una de las escenas (jardines sin gente) se movía, y se dio cuenta de que los tapices estaban hilados con la mejor seda posible y las propias escenas estaban diseñadas de tal forma que generaban corrientes de aire. Es más, a ambos lados a medida que se acercaban a las sillas, el agua brotaba sobre piedras planas, flores que se mecían con suaves brisas de aire, hojas que se agitaban, y todos los aromas en el aire le produjeron la ilusión de estar en un jardín. Incluso la luz que atravesaba el toldo estaba veteada con arte.

Por supuesto que, alguien como la espada mortal Krughava estaba habituada, quizás era incluso indiferente a estas sutilezas, y a él le pareció, con un toque de crueldad, a un jabalí pisoteando unos matorrales mientras la seguía hasta las sillas.

Ambos dignatarios se levantaron e hicieron un gesto de respeto al mismo tiempo, ensayado con exquisitez para que coincidiera con la llegada de aquellos invitados cubiertos de armadura.

Krughava habló primero, usó la lengua de los mercaderes.

—Mi nombre es Krughava, espada mortal de los yelmos grises. —Al decir esto se quitó los guanteletes pesados—. Me acompaña yunque del escudo Tanakalian.

Los sirvientes vertían un líquido oscuro de un decantador. Cuando los dos representantes de los bolkando cogieron sus copas, Krughava y Tanakalian les imitaron.

El hombre a la izquierda, probablemente de unos setenta años, el rostro oscuro grabado con cicatrices enjoyadas en las cejas y en las mejillas, respondió en el mismo idioma.

—Bienvenidos, espada mortal y yunque del escudo. Soy el canciller Rava del reino de Bolkando, y hablo en nombre del rey Tarkulf en este encuentro. —Hizo un gesto hacia el hombre situado a su lado, mucho más grande que él—. Él es el conquistador Avalt, comandante de las tropas del rey.

La profesión de Avalt era obvia. Además de la sobrevesta de malla parecida a la de los guardias en el pasillo, vestía antebrazos y grebas de placas. El soporte para los cuchillos arrojadizos, a mano y desgastado por el uso, iba acompañado de una espada corta enfundada bajo el brazo derecho y un alfanje bajo el izquierdo. Tiras de hierro articulado le cubrían las manos desde las muñecas a los nudillos, y después seguían por los cuatro dedos para terminar en una pieza alargada de hierro ondulado que protegía la parte superior de los pulgares. El yelmo del conquistador descansaba sobre la mesa, las guardas para las mejillas del casco eran anchas, mientras que el puente de la nariz estaba decorado como si fuera una serpiente con una cabeza demasiado grande. Una plétora de cicatrices adornaba la tez del guerrero, el patrón quedaba roto por un

antiguo tajo de una espada que cruzaba en diagonal desde la mejilla derecha hasta la comisura de la boca de finos labios. El corte había sido violento, ya que algunos dientes de la mandíbula quedaban expuestos.

Una vez que llevaron a cabo las introducciones y los saludos, los bolkando alzaron las copas, y todos bebieron.

El líquido era espantoso y Tanakalian sintió náuseas.

Al ver la reacción de los dos guerreros, el canciller sonrió.

—Sí, es atroz, ¿verdad? Sangre de la decimocuarta hija del rey, mezclada con savia del árbol hava real. El mismo árbol del que salió la espina que abrió la vena de su cuello. —Hizo una pausa, y continuó—. Es costumbre bolkando, en honor de un encuentro formal, sacrificar a un hijo suyo para mostrar el compromiso ante el proceso.

Krughava dejó la copa en la mesa con más fuerza de la necesaria, pero no contestó.

Tanakalian se aclaró la garganta y dijo:

—Aunque estamos honrados por el sacrificio, canciller, nuestras costumbres sostienen que debemos lamentar la muerte de la decimocuarta hija del rey. Los perecederos no creemos en la sangre antes de un encuentro formal, pero os aseguramos que cuando damos nuestra palabra, nos vemos ligados por honor del mismo modo. Si buscáis alguna acción que lo pruebe, me temo que estamos ante una pérdida.

—No es necesaria, amigos míos. —Rava sonrió—. La sangre de la virgen ahora está en nosotros, ¿no es así?

Cuando los sirvientes llenaron por segunda vez las tres copas dispuestas ante ellos, Tanakalian sintió que Krughava se ponía tensa. Sin embargo, en esta ocasión el líquido era claro, y tenía cierto aroma a flores.

El canciller, al que no le había pasado desapercibida la reacción de los perecederos, renovó la sonrisa.

—Néctar de las flores sharada del jardín real. Purificador para el paladar.

Bebieron y, en efecto, el vino dulce y picante fue un alivio evidente.

—La sharada —continuó el canciller—, se alimenta exclusivamente de los mortinatos de las mujeres del rey, generación tras generación. La práctica no ha sido interrumpida en siete generaciones.

Tanakalian hizo un leve sonido de advertencia al notar que Krughava (cuyo decoro había quedado hecho trizas) estaba a punto de arrojar la copa de plata a la cara del canciller. Deprisa dejó la suya y alargó las manos a por la de ella y, con un ligero movimiento, se la quitó de las manos y la dejó con cuidado de nuevo sobre la mesa.

Los sirvientes vertieron la última ofrenda, que a ojos de Tanakalian parecía simple agua, aunque por lo que había ocurrido hasta ahora no era tan reconfortante como le hubiera gustado.

Una purificación final, sí, ¡del pozo real donde descansan los huesos de cien reyes en descomposición! ¡Delicioso!

—Agua mineral —dijo el canciller, el tono amable parecía contenido—, en caso de que debido a nuestra charla nos quedemos sedientos. Por favor, sentémonos. Una vez que terminemos con las palabras, cenaremos los manjares más suculentos que el reino puede ofrecer.

¡Por los testículos del sexto hijo! ¡Los pechos de la tercera hija!

Tanakalian casi pudo escuchar el rugido interior de Krughava.

El sol brillaba bajo cuando se murmuraron las últimas despedidas y los dos bárbaros volvieron a su bote. El canciller Rava y el conquistador Avalt escoltaron a los perecederos la mitad exacta de la distancia, donde esperaron hasta que aquella burda embarcación se despegó

de la arena donde flotó entre bamboleos hasta que los remeros se pusieron a trabajar al mismo ritmo, solo entonces los dos dignatarios se dieron la vuelva y volvieron a paso tranquilo hacia el pabellón.

—Curioso, ¿no crees? —susurró Rava—. Esta disparatada necesidad que sienten por aventurarse al este.

—Ignoran todas las advertencias —añadió Avalt, que negó con la cabeza.

—¿Qué le dirás al viejo Tarkulf? —preguntó el canciller.

El conquistador se encogió de hombros.

—Darle a los ignorantes lo que sea que necesiten, claro, con un regateo mínimo por el precio. También aconsejaría contratar una flota de rescate de Deal, para seguir la estela de sus navíos. Por lo menos hasta que lleguen al límite del mar Pelasiar.

Rava gruñó.

—Excelente idea, Avalt.

Entraron en el pabellón y recorrieron el pasillo hasta volver a la cámara principal, seguros en la presencia de los sirvientes a los que les habían perforado los oídos y extirpado las lenguas. Sin embargo, siempre existía la posibilidad de espías que leyeran los labios, lo que implicaba que estos cuatro desafortunados tendrían que morir antes de que se pusiera el sol.

—Este ejército de tierra suyo con el que quieren cruzar el reino —comenzó Rava, sentándose de nuevo—, ¿prevés algún problema?

Avalt cogió el segundo decantador y sirvió algo más de vino.

—No. Estos perecederos depositan demasiado valor en el honor. Honrarán su palabra, por lo menos durante la marcha. Aquellos que vuelvan vivos de las Tierras Yermas, suponiendo que alguno lo logre, no estarán en posición de hacer mucho más que someterse a nuestra voluntad.

Despojaremos a los supervivientes de cualquier objeto de valor y los venderemos como esclavos castrados a los d’rhesh.

Rava hizo un mohín.

—Siempre y cuando Tarkulf no lo descubra. Nos pilló completamente desprevenidos cuando aquellos aliados de los perecederos se precipitaron contra nuestras fuerzas.

Avalt asintió, recordando el improvisto encuentro durante la larga marcha hacia la frontera del imperio lether. Si los perecederos fueran bárbaros, entonces los khundryl lágrimas quemadas apenas son humanos. Pero a Tarkulf, maldita sea su piel de cocodrilo escamado, les ha caído en gracia, y ahí fue cuando toda esta pesadilla comenzó. No había nada peor, pensaba Avalt, que un rey que decidía comandar su propio ejército. Cada noche grupos de espías y asesinos habían llevado a cabo una violenta, aunque casi siempre silenciosa, guerra en los campamentos. Cada amanecer los pantanos cercanos estaban inundados de cadáveres y pájaros carroñeros y sus chillidos. Y allí estaba Tarkulf, respirando hondo el aire fresco de la noche, con una sonrisa en los labios dirigida al cielo despejado, el puto delirante cabeza hueca.

Bueno, gracias a la diosa de nueve cabezas el rey estaba de vuelta en el palacio, sorbiendo los huesecillos de ancas de rana, y los lágrimas quemadas estaban acampados por el lecho del río justo por encima de la marcha, donde morían de fiebre y demás.

Rava engulló el vino y se sirvió más.

—¿Viste su cara, Avalt?

El conquistador asintió.

—Mortinatos… sangre de la decimocuarta hija… siempre dispones de una fértil y canalla imaginación, Rava.

—Hay que acostumbrarse al sabor del zumo cinturón, Avalt. Los extranjeros pocas veces le cogen el gusto. Lo

admito, me impresionó que ninguno se atragantara con el infame líquido.

—Espera hasta que aparezca en cualquier cicatriz nueva que sufran.

—Lo que me recuerda… ¿dónde estaba su destriant? Esperaba ciertamente que les acompañara el sacerdote supremo.

Rava hizo un gesto de desdén.

—Por ahora no nos podemos infiltrar en sus rangos, por lo que no podemos responder a esta cuestión. Cuando desembarquen y entren a nuestro reino, tendremos suficientes portadores y mensajeros, por lo que nos enteraremos de todo lo necesario.

Avalt se reclinó, y miró al canciller.

—¿La decimocuarta? Felash, ¿no? ¿Por qué ella, Rava?

—La zorra me rechazó.

—¿Por qué no te la llevaste y ya?

Rava frunció la ya de por sí arrugada tez.

—Lo intenté. Recuerda esta advertencia, conquistador, no intentes pasar a la fuerza a través de una criada real de sangre. Son las asesinas más crueles que este mundo ha presenciado. Por supuesto es algo que me han contado… tres días y cuatro noches de las torturas más aborrecibles a mis agentes. Y las zorras tuvieron la temeridad de enviarme una botella con sus globos oculares. ¡Descaradas!

—¿Has tomado represalias? —preguntó Avalt, que dio un trago para ocultar el escalofrío de terror que sintió.

—Claro que no. Me extralimité con mi lujuria por ella. Lección entregada con presteza. Recuerda también esta otra advertencia, mi joven guerrero. No todas las bofetadas deberían iniciar una disputa.

—Hago caso a todas tus advertencias, amigo mío.

Volvieron a beber, cada uno sumergido en sus propios pensamientos.

Algo con lo que ambos estaban cómodos.

El sirviente que estaba de pie detrás y algo a la derecha del canciller hacía las paces con su dios personal, había cumplido su complicado comedido al intercambiar el código de parpadeos con su compañero espía al otro lado de la mesa frente a él. Sabía que muy pronto le rebanarían el pescuezo. En el intervalo en que las dos serpientes escoltaron a los perecederos hasta su bote, había pasado informe a una de las portadoras sobre todo lo que se había dicho en la sala, y aquella mujer ahora se preparaba para comenzar esa misma noche un peligroso viaje de vuelta a la capital.

Quizás el canciller Rava, al extralimitarse, estaba satisfecho al aceptar la horrible lección de su temeridad que los torturadores de la señora Felash habían cometido en sus torpes agentes. La señora, ay, ella no lo estaba.

Se decía que el pene de Rava tenía el mismo atractivo que el vientre eviscerado de una serpiente. Solo imaginar a aquel gusano trepar por su muslo había provocado en la decimocuarta hija del rey una crepitante rabia de indignación. No, tan solo había comenzado a entregar las lecciones para el viejo y decrépito canciller.

En el diminuto reino de Bolkando, la vida era una aventura.

Yan Tovis estaba inclinada a completar la espantosa matanza que su hermano había comenzado, sin embargo, era cuestionable si lo lograría dada la ardiente y frenética furia de Tirón y Chapoteo, escupían, maldecían y danzaban pasos asesinos, arrojaban riachuelos de pis en todas direcciones hasta que las paredes de piel de la choza se tiñeron oscuras con aquella lluvia. Las botas de montar de

Crepúsculo también estaban manchadas de forma similar, aunque mejor equipadas para protegerse de aquel descaro. Aunque su paciencia no era tan inmune.

—¡Ya basta!

Dos rostros crispados se giraron de golpe para mirarla.

—¡Debemos cazarlos! —espetó Tirón—. ¡Maldiciones de sangre! Veneno podredumbre, peces espinados. ¡Nueve noches de dolor! ¡Nueve y luego nueve más!

—Ha desaparecido —dijo Yan Tovis—. El asunto está cerrado.

Chapoteo tosió una flema, giró la cabeza hacia el otro lado y la escupió contra la pared, justo a la izquierda de Crepúsculo. Yan Tovis gruñó al echar mano de su espada.

—¡Accidente! —chilló Tirón, que embistió a su hermana y después tiró de la bruja que se había quedado pálida.

Yan Tovis trató de no desenfundar el arma. Odiaba enfadarse, odiaba la pérdida de control, especialmente desde que, si despertaba en ella, era casi imposible dominarla. En este momento, estaba al borde de la rabia. Un insulto más, por el Errante, una expresión imprudente, y las mataría a ambas.

Tirón tenía cabeza suficiente para reconocer la amenaza, estaba claro, ya que no dejó de empujar a Chapoteo hacia atrás, hasta que ambas estuvieron en la pared más alejada. Acto seguido soltó unas palabras a nadie en particular, la cabeza bamboleante.

—Arrepentías, reina, umilde repentidas. Lamento, estoy segura, lamento, alteza, y pue ser el asombro del picotazo del veneno en estas viejas venas. Disculpas, de mí y de Chapoteo. ¡Muy mal, muy mal!

Yan Tovis se las apañó para soltar la espada larga.

—No tenemos tiempo para esto —dijo en un tono lúgubre —. Los temblor han perdido su aquelarre, exceptuándoos a vosotras. Y han perdido su Guardia. Quedamos nosotras tres.

Una reina y dos brujas. Tenemos que decidir qué hacer a continuación.

—Y dice —comenzó Tirón, asintiendo con vigor—, y dice que el mar es ciego a la orilla y es ciego a los temblor, y el mar se alza. Se alza, alteza. La sexta profecía…

—¡Sexta profecía! —siseó Chapoteo, tratando de quitarse a su hermana de encima y con la mirada fija en Yan Tovis—. ¿Y la decimoquinta? ¡La Noche de la Sangre de los Parientes! «¡Se alzará y la orilla se ahogará, en una noche de lágrimas en el agua y el mundo se teñirá de rojo! ¡Familiar sobre familiar, la matanza señala a los temblor y los temblor se ahogarán! En un aire irrespirable». ¿Y qué podría ser más irrespirable que el mar? ¡Tu hermano nos ha matado a tos!

—Expulsado —dijo Crepúsculo, el tono neutro—. No tengo hermano.

—¡Necesitamos un rey! —aulló Chapoteo, tirándose del pelo.

—¡No necesitamos a nadie!

Las dos brujas se quedaron heladas, asustadas por aquella ferocidad, asombradas por sus palabras.

Yan Tovis respiró hondo, no tenía sentido tratar de esconder el temblor de las manos, de lo extremo de su furia.

—No estoy ciega sobre el mar —dijo—. No, escuchadme, ¡las dos! ¡Callad y escuchadme! El agua está subiendo. Es innegable. La orilla se ahoga, como proclama la mitad de las profecías. No soy tan estúpida como para ignorar la sabiduría de dos vetustas videntes. Los temblor están en apuros. Recae sobre nosotros, sobre mí, sobre vosotras, encontrar una solución. Para nuestra gente. Nuestra riña debe terminar, pero si no podéis dejar a un lado todo lo que ha pasado ahora mismo, no me dejáis otra opción que la de expulsaros a ambas. —Al pronunciar la palabra expulsar vio (con algo de satisfacción) que ambas brujas habían

escuchado algo distinto, algo mucho más salvaje y determinante.

Chapoteo se lamió los labios agrietados, y pareció derrumbarse sobre la pared de la choza.

—Debemos huir de lorilla, reina.

—Lo sé.

—Debemos irnos. Pone un llamamiento en la isla, reuni a los temblor. Debemos y debemos comenza nuestro último viaje.

—Como ha sido profetizado —susurró Tirón—. Nustro último viaje.

—Sí. Ahora los pueblerinos están enterrando los cadáveres. Necesitan que recitéis las oraciones pertinentes. Y entonces volveremos a los barcos. Yo misma volveré a la isla de la Tercera Doncella. Toca preparar una evacuación.

—¡Pa los temblor quies decir!

—No, Tirón. Esta isla maldita va a hundirse. Nos llevamos a todos.

—¡Prisioneros asquerosos!

—¡Asesinos, holgazanes, escupebarros, repugnantes!

Yan Tovis miró a las dos viejas.

—No obstante.

Ninguna pudo soportar su mirada, y tras un instante Chapoteo comenzó a aproximarse a la puerta de salida.

—Oraciones, sí, oraciones. Paral aquelarre muerto, pa todo los temblor en la playa.

Cuando Chapoteo hubo desaparecido de la vista, Tirón hizo una levísima reverencia y se apresuró tras su hermana. Sola una vez más, Yan Tovis se derrumbó en la silla que hacía las veces de trono. Quería llorar. De frustración, de rabia y de angustia. No, quería llorar por ella misma. La pérdida de un hermano. Una y otra vez.

Ay. Maldito seas, Yedan.

Más angustioso todavía era pensar que creía entender sus motivaciones. En una noche bañada en sangre, la Guardia había aniquilado una docena de conspiraciones mortales, cada una con la intención de acabar con ella. ¿Cómo podía odiarle por aquello?

Pero puedo. Puesto que ya no estás a mi lado, hermano. Ahora, cuando la orilla se hunde. Ahora, cuando más te necesito.

Bueno, no le servía a nadie que la reina llorara. El verdadero crepúsculo no era momento para la lástima, después de todo. Arrepentimiento, quizá, pero no lástima.

¿Y si todas las antiguas profecías eran ciertas?

Entonces los temblor, rotos, diezmados y perdidos, estaban destinados a cambiar el mundo.

Y debo guiarles. Flanqueada por dos brujas traicioneras. Debo guiar a mi gente, lejos de la orilla.

Con la llegada de la oscuridad, dos dragones se zambulleron en el cielo nocturno, uno del color del hueso, el otro parecía arder con llamas inextinguibles bajo las escamas doradas. Dieron una vuelta alrededor de las luces desparramadas de las hogueras del campamento imass, y salieron disparados hacia el este.

Un hombre sobre una colina observaba su estela hasta que se perdieron en la distancia. Tras un rato otra figura apareció junto a él.

Si lloraba la oscuridad mantendría aquella certeza cerca de su corazón.

De algún lugar en las colinas un emlava tosió triunfante, anunciando al mundo que había logrado una presa. Sangre caliente teñía el suelo, unos ojos relucían encima y algo que había vivido libre ya no tenía vida.

Capítulo 3

Este último día en que el tirano dijo la verdad
Su hijo que surgió del mundo oscuro
Ahora se erguía como un estandarte ante los muros de su padre
Y las llamas danzaban celebrantes en cada ventana
Millares de puñados de ceniza sobre la escena
Se dice que la sangre no tiene recuerdos ni lealtad
En este último día el tirano contempla una certeza
El hijo nació en una sala oscura entre gritos de mujer
Y recorrió una fortaleza negra en cuyos muros resonaba el dolor
Surgió a una noche sin luna bajo la capucha
Del puño pesado y del rostro devastador de su maestro
El engendro demostró que una sombra puede alargarse
Hasta volver a su funesto creador y profundizarse
El deseo de la unión y esta verdad es tan simple como ciega
Los tiranos y los santos deben caer
En sus últimos suspiros, tomados en cambio por las sombras
En el reposo final, donde la verdad les sujeta firme
En una cama de roca.

El sol anda lejos
Restlo Faran

Tus besos me dejan los labios adormecidos.

—Es el ajo —contestó Shurq Elalle, que se sentó en el borde de la cama.

—¿Te duele una muela?

—No que yo sepa. —Observó la ropa desparramada por el suelo, y al ver los pantalones alargó la mano para cogerlos —. ¿Te marchas pronto?

—¿Ah, sí? Supongo. La consejera no nos ha contado sus planes.

—Es el privilegio del comandante. —Ella se levantó para ponerse los pantalones, frunció el ceño al menearse para encajar las perneras. ¿Estaba engordando? ¿Era posible?

—Eso es lo que yo llamo un dulce bailecito. Soy de la opinión de inclinarme hacía aquí y…

—Yo no haría eso, amor.

—¿Por qué no?

Te dejaría toda la cara entumecida.

—Ah, una mujer necesita sus secretitos.

Bueno, por lo menos esta los necesita.

—También soy de la opinión de quedarme justo aquí —dijo el malazano.

Shurq se inclinó para atarse las botas y torció el gesto.

—Ni siquiera es medianoche, capitán. No planeaba una tranquila noche en casa.

—Eres insaciable. Si fuera la mitad de hombre que quisiera ser…

Ella sonrió. Era difícil que él le resultara molesto. Había llegado a acostumbrarse a aquel amplio bigote encerado bajo la nariz torcida. Pero tenía razón sobre ella en modos que no era capaz de imaginar. Insaciable, sí. Se metió en el jubón de piel de ciervo y ató las cintas bajo los pechos.

—Cuidado, no quieres quedarte sin respiración, Shurq. El Embozado sabe que la moda parece existir para humillar a las mujeres. ¿Es la palabra correcta? ¿Humillar? Todo parece diseñado para aprisionaros, a vuestro espíritu, como si la libertad de una mujer fuera una amenaza.

—Todo autoimpuesto, cariño —contestó ella, que se puso el cinturón del arma y después recogió la capa del montón de ropa en el suelo. La sacudió—. Coge a diez mujeres, todas buenas amigas. Una se casa. Antes de que te des cuenta está encima de todas, sentada con aire engreído y superior

en el trono marital. No pasa mucho tiempo hasta que todas las mujeres en esa manada se lancen a la caza de un esposo. —Alzó la capa, se la puso en la espalda y ató los amarres en los hombros—. Y la puta reina perfecta ahí sentada, asintiendo con aprobación.

—¿Historia? Vaya, vaya. En cualquier caso, no dura mucho.

—¿Y eso?

—Claro. La dulzura florece hasta que su marido se escapa con uno de sus amigotes.

Ella resopló y luego maldijo.

—Que te den, te dije que no me hicieras reír.

—Nada perturbaría la perfección de tu rostro, Shurq Elalle.

—Ya sabes lo que se dice, la edad no perdona a nadie, Ruthan Gudd.

—¿Vas en busca de alguna vieja bruja? No he visto señales.

Ella se acercó a la puerta.

—Eres encantador, Ruthan, incluso cuando no tienes ni idea de lo que dices. Lo que quería decir es que la mayoría de las mujeres no nos gustamos las unas a las otras. En general, vaya. Si una termina encadenada, las pintará de oro y dedicará su último aliento confabulando para que todas las demás mujeres terminen con cadenas. Es nuestro desagradable rasgo innato. Cierra cuando salgas.

—Como he dicho, mi intención es pasar aquí la noche.

Algo en su tono hizo que se diera la vuelta. Su reacción inmediata fue la de echarlo a patadas, para enfatizar que era un invitado y no un puto miembro errante de la familia. Pero había escuchado un susurro de hierro en las palabras del hombre.

—¿Problemas en el campamento malazano, capitán?

—Hay un adepto en los marines…

—¿Adepto a qué? ¿Deberías presentármelo?

Apartó la mirada y subió lentamente en la cama hasta apoyar la espalda contra el cabezal.

—Nuestra versión de un invocador de Losas. En cualquier caso, la consejera ha ordenado una… invocación. Esta noche. Que empezará ya.

—¿Y?

El hombre se encogió de hombros.

—Quizá soy supersticioso, pero solo pensar en ello me pone de los nervios.

No me extraña que tengas tanta energía.

—Y quieres quedarte lo más lejos posible.

—Así es.

—Está bien, Ruthan. Volveré antes del amanecer, espero. Podemos desayunar juntos.

—Gracias, Shurq. Ah, pásalo bien y no te canses demasiado.

Lo dudo muchísimo, cariño.

—Descansa —dijo, y abrió la puerta—. Por la mañana lo necesitarás.

Siempre dales algo antes de marcharte. Algo que alimente la anticipación, ya que esta sirve tan bien a un hombre ciego a ciertas discrepancias obvias en, vaya, el apetitó. Bajó las escaleras. *Ajos. Ridículo*. Tenía que volver a visitar a Selush. El nivel actual de mantenimiento de Shurq Elalle cada vez era más complicado, sin mencionar el indignante precio, cada vez más alto.

Al salir se asustó cuando una enorme silueta se inclinó sobre ella desde las sombras de una alcoba.

—¡Ublala! Por las sombras del trono vacío, me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—¿Quién es él? —preguntó el gigante—. Le mataré si me lo pides.

—No, no quiero que lo mates. ¿Me has estado siguiendo otra vez? Escucha, ya te lo he explicado muchas veces, ¿no?

La mirada de Ublala Pung cayó a sus pies. Murmuró algo inaudible.

—¿Qué?

—Sí. He dicho «sí», capitán. ¡Ay, quiero irme corriendo!

—Creía que Tehol te había reclutado como guardia de palacio —dijo ella, con la esperanza de distraerlo.

—No me gusta pulir botas.

—Ublala, eso solo lo haces un día de cada muchos. O puedes contratar a alguien…

—No mis botas. Las de los demás.

—¿Los otros guardias?

Él asintió con tristeza.

—Ublala, ven conmigo. Te invito a una bebida. O a tres. —Comenzaron a remontar la calle hacia el puente del canal—. Escucha, esos guardias se aprovechan de tu amabilidad. No tienes que pulir sus botas.

—¿No?

—No. Eres un guardia. Si Tehol se entera… bueno, deberías decirles a tus compañeros de la guardia que vas a charlar con tu mejor amigo, el rey.

—Es mi mejor amigo, ¿a que sí? Me da pollo.

Cruzaron el puente mientras espantaban moscas con las manos y llegaron a una avenida que rodeaba uno de los mercados nocturnos. Se fijó en que había un alto e inusual número de soldados malazanos deambulando por el lugar.

—Exacto. Pollo. Y un hombre como Tehol no compartiría pollo con cualquiera, ¿no te parece?

—No lo sé. Puede.

—No, no, Ublala, te lo digo yo. Tienes amigos importantes. El rey, el canciller, el ceda, la reina, la espada del rey. A todos les encantaría compartir pollo contigo, y

estoy segurísima de que no serían tan generosos con cualquiera de tus compañeros de la guardia.

—Entonces ¿no tengo que pulir botas?

—Solo las tuyas, o puedes pagar a alguien para que lo haga por ti.

—¿Qué hay de coser rotos en sus uniformes? ¿Afilar sus cuchillos y espadas? ¿Y qué hay de lavar sus calzones…?

—¡Basta! Nada de todo eso. Y ahora quiero que me prometas que hablarás con tus amigos. Con todos. Tehol, Bicho, Brys, Janath. Hazlo por mí. ¿Les contarás lo que los otros guardias te obligan a hacer?

—Vale.

—Bien, esos bastardos compañeros tuyos en la guardia se han metido en graves problemas. Bien, este bar me parece adecuado, usan bancos en vez de sillas, por lo tanto no te quedarás encajado como la última vez.

—Bien. Tengo sed. Eres una buena amiga, Shurq. Quiero tener sexo contigo.

—Qué dulce. Pero para dejarlo claro, muchos hombres tienen sexo conmigo y no puedes dejar que eso te moleste, ¿vale?

—Vale.

—Ublala…

—Sí, vale, lo prometo.

Besadónde estaba espatarrada en la silla de montar cuando la tropa avanzó al trote hacia la ciudad de Letheras. No se atrevía a mirar a su hermana, Sinter, por temor a que la culpa que sentía la sobrepasara, un dolor en el alma desgarrador, como si la apuñalaran, que la arrastraba hasta el olvido.

Siempre había sabido que Sinter la seguiría a cualquier lugar, y cuando el convoy de reclutamiento apareció en su

pueblo en las junglas de Dal Hon, bueno, fue una prueba más de aquella convicción secreta. Lo peor de todo era que al unirse a los marines había sido poco más que un puto capricho. Estimulada por algunos líos locales, la espiral interior de sospecha que encontraría la propia Besadónde en su corazón. La «otra» mujer maldita que residía como una sombra sonriente, invisible al filo de la familia. Oh, podría haber hecho público el escándalo, con un gesto más con la cabeza y un par de gestos descuidados. No es que quisiera al hombre, todos los espíritus del bosque sabían bien que un hombre adúltero no era merecedor del amor de una mujer, ya que vivía solo para él y no haría sacrificio alguno por el honor de su mujer, ni el de sus hijos. No, sus propósitos habían sido menos románticos.

El aburrimiento había demostrado ser un cruel guía. El interruptor nunca dejaba de activarse. El ansia por lo prohibido añadía otro tono oscuro a la sombra de sus impulsos. Había sabido durante todo este tiempo que llegaría un momento en que se marcharía del pueblo, donde se convertiría en una renegada por el resto de su vida. Tal expulsión ya no era una sentencia de muerte. El vasto mundo que se abría más allá de la jungla presentaba multitud de rutas de escape. El imperio malazano era enorme y contenía millones de ciudades en tres continentes. Sí, sabía que no le costaría demasiado desvanecerse en el apreciado anonimato. Es más, sabía que siempre tendría compañía. Sinter, tan capaz, tan práctica, era la compañera perfecta para todas sus aventuras. Y claro, el lobo blanco lo sabía bien, su hermana era hermosa y juntas no debían temer la ausencia de compañía masculina.

Los reclutadores parecían ofrecer una vía de escape rápida, fortuita, y parecían proclives a pagar todos los gastos del viaje. Por lo que se agarró a la cola de la hiena.

Y sin dudarlo, su hermana la siguió sin perder el tiempo.

Debería haber terminado en ese momento. Pero Badan Gruk seguía con presteza su estela. El imbécil se había enamorado de Sinter.

Si ella se hubiera preocupado de reflexionar un poquito antes de tomar decisiones, habría comprendido que había arrastrado a su hermana y a ella a un terrible desastre. Los marines malazanos exigían un servicio de diez años, y Besadónde se había limitado a sonreír y a encogerse de hombros para después aceptar la condición. Se dijo a sí misma que en cuanto se cansara de aquel juego, desertaría y, una vez más, se desvanecería en el anonimato.

Ay, la naturaleza de Sinter era un tejido mucho más tenso. Lo que interiorizaba se quedaba en ella, y una vez que pronunciaba una promesa la mantenía hasta su último aliento.

Besadónde no tardó mucho en darse cuenta de su error. No podía desaparecer y abandonar a su hermana, quien demostraría sus talentos y la ascenderían a sargento. Y aunque Besadónde era más o menos indiferente al destino de Badan Gruk, el hombre que penosamente encajaba como soldado, mucho menos como sargento de escuadra, quedaba claro para ella que Sinter había estrechado ciertos nudos entre ambos. Así como Sinter había seguido a Besadónde, Badan Gruk seguiría a Sinter. Pero el horripilante yugo de responsabilidad resultaba no estar en el centro de los lazos entre Sinter y Badan Gruk. Era algo más. ¿Su hermana se había enamorado de aquel idiota? Quizá.

La vida había sido mucho más sencilla en el pueblo, a pesar de los paseos furtivos y el frenético empotrar tras los arbustos río arriba. Por lo menos entonces Besadónde iba a la suya, y sin importar lo que le ocurriera, su hermana hubiera quedado libre de ello. Y a salvo.

Si pudiera volver…

Este paseo entre marines iba a acabar con ellas. Dejó de ser divertido mucho tiempo atrás. El espantoso viaje en aquellos deplorables vehículos, aquel largo camino hasta Siete Ciudades. La marcha. Y'Ghatan. Más travesías marítimas. Ciudad Malaz. La invasión costera en su continente, la noche en el río, cadenas, negrura, celdas podridas y nada de comida…

No, Besadónde no podía mirar a Sinter y verla quebrada. Tampoco podía mirar a los ojos torturados de Badan Gruk, toda aquella cruda pena y angustia.

Deseaba haber muerto en aquella celda.

Deseaba que hubieran aceptado la oferta de la consejera de separarse una vez que la prohibición fuera oficial. Pero Sinter no tendría nada de aquello. Claro que no.

Cabalgaban en la oscuridad, pero Besadónde notó que su hermana se detuvo de improvisto. Los soldados tras ella la esquivaron para evitar chocar. Gruñidos, maldiciones y la voz preocupada de Badan Gruk.

—¿Sinter? ¿Qué pasa?

Sinter se giró en la silla.

—¿Está Nep con nosotros? ¿Nep Surco?

—No —contestó él.

Besadónde vio un miedo real crepitar en su hermana, y su propio corazón comenzó a latir con fuerza. Sinter tenía ciertas sensibilidades…

—¡En la ciudad! Tenemos que darnos prisa…

—Espera —graznó Besadónde—. Sinter, por favor. Si hay problemas allí deja que yo me ocupe.

—No. ¡Tenemos que marcharnos!

Y de pronto hincó los talones en la montura y la bestia se lanzó hacia delante. Un instante más tarde todo el mundo la seguía, Besadónde con ellos. La cabeza le daba vueltas. Creía que saldría disparada de la silla, demasiado débil, demasiado cansada.

Pero su hermana. Sinter. Su maldita hermana, ahora era una marine. Era de la consejera, y aunque aquella zorra no tenía ni idea, era por soldados como Sinter, los silenciosos, los de una lealtad demencial, los que formaban la espina de hierro de los Cazahuesos.

La mezquindad relampagueó en la cabeza de Besadónde, harapienta como un estandarte a medianoche.

Badan lo sabe. Yo lo sé. Tavore... has robado a mi hermana. Y eso, puta frígida, ¡no lo aceptaré!

La quiero de vuelta, maldita seas.

Quiero a mi hermana de vuelta.

—Y bien ¿dónde está el idiota?

El puño Keneb encogió los hombros.

—Arbin prefiere la compañía de los duros. Los soldados con barro en las narices y tormentas de arena en los cráneos. El puño juega a nudillos con ellos, se emborracha con ellos y probablemente se acuesta con algunos de ellos.

Blistig gruñó al sentarse.

—¿Y este es el modo correcto de ganarse el respeto?

—Eso depende, supongo —respondió Keneb—. Si Arbin gana a nudillos, bebe con todo el mundo bajo la mesa y agota a cualquier amante con el suficiente valor como para compartir el catre, entonces quizá funcione.

—No seas tonto, Keneb. Un puño necesita mantenerse distante. Mayor que la vida y amén de severo. —Se sirvió otra jarra de espumosa cerveza local—. Me alegro de que estés aquí sentado, supongo.

—Ni siquiera pertenecía a la última lectura. Estaba en lugar de Larva, nada más.

—El chico tiene que tragar con sus propios problemas. —Blistig se inclinó hacia delante. Habían descubierto una taberna algo lujosa, cara y que seguro no atraería a soldados

malazanos de rango menor a capitán. Desde hacía semanas los puños se reunían allí, especialmente para beber y quejarse—. ¿Cómo es una de esas lecturas? Uno oye todo tipo de rumores. La gente escupe tritones y serpientes que brotan arrastrándose de las orejas, y arrojan infortunios sobre cualquier bebé nacido aquella noche en el distrito. Tres ojos y lenguas bífidas. —Negó con la cabeza, dio tres tragos y se secó los labios—. Dicen que lo que sea que ocurrió en la última hizo que la consejera decidiera lo que tenía en mente, sobre todo lo que ocurrió después. Toda la noche en Ciudad Malaz. El chirriar de las cartas. Incluso el asesinato de Kalam…

—No sabemos si le asesinaron —interrumpió Keneb.

—Estabas allí, en el camarote —insistió Blistig—. ¿Qué ocurrió?

Keneb apartó la mirada, de pronto sediento por una cerveza más fuerte. Sintió un escalofrío inexplicable, húmedo y pegajoso, como si estuviera febril.

—Va a comenzar —murmuró—. Tocado una vez…

—Cualquiera con pelos en la nuca ha abandonado los barracones, ¿lo sabías? Todo el puto ejército se ha dispersado por la ciudad esta noche. Me estás asustando, Keneb.

—Relájate —se escuchó contestar—. Solo escupí una salamandra, creo recordar. Aquí viene la señora.

Oloramuerto había alquilado una habitación para la noche, planta catorce con balcón y fácil acceso al tejado. La paga de todo un mes, pero tenía vistas al cuartel general temporal, bueno, la cúpula por lo menos, y al otro lado del tejado de la posada había una corta caída hasta el edificio colindante, una rápida carrera para recorrer la distancia a un

callejón a menos de tres calles del río. Era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias.

Masan Gilani había llegado con un tonel de cerveza y una hogaza de pan, aunque la única función que Oloramuerto podía ver para el pan era que lo usaran para mojar el vómito. Los dioses sabían que no tenía hambre. Ebron, Casco, Cordón, Cojo y Crujido entraron cargando botellas de vino en los brazos. El mago lucía una palidez mortal y temblaba. Cordón, Casco y Cojo parecían asustados, mientras Crujido sonreía como un hombre al que le ha caído la rama de un árbol en la cabeza y se ha quedado medio tonto.

Oloramuerto les observó uno a uno, levantó su propia alforja del suelo y la puso sobre la mesa solitaria con un sonoro golpe. Ebron torció la cabeza al escuchar el ruido.

—Que el Embozado te lleve, nigromante, tú y tus hechicerías apestosas. Si supiera…

—Ni siquiera te invitaron —dijo Oloramuerto con un gruñido—, y puedes marcharte cuando te apetezca. ¿Qué hace ese exirregular con ese trozo de madera?

—¡Voy a hacer una talla! —dijo Crujido con una sonrisa repleta de dientes, como un caballo que pide una manzana —. ¡Puede que un pez enorme! ¡O una tropa de caballos soldado! O una salamandra gigante, aunque eso sería peligroso, ay, demasiado peligroso, a menos que le ponga una clavija en la cola para que puedas sacarla… y una bisagra en la mandíbula que suba y baje y emita carcajadas. Podría…

—Metértelo en la bocota, eso es lo que podrías hacer — espetó Oloramuerto—. Mejor aún, yo lo haré por ti, zapador.

La sonrisa vaciló.

—No hace falta que hables en ese tono. Hemos venido a hacer cosas. El sargento Cordón y el cabo Casco van a beber, eso dijeron, y a rezar a la reina de los sueños. Cojo se

va a dormir y Ebron va a realizar hechizos de protección y todo eso. —Desvió la mirada hacia Masan Gilani, que estaba tirada en la única silla cómoda, las piernas estiradas, los párpados cerrados, los dedos entrelazados sobre el regazo. La mandíbula alargada de Crujido quedó colgando—. Y va a ser hermosa —susurró.

Oloramuerto suspiró, desató las correas de cuero de la alforja y comenzó a sacar distintas criaturas muertas. Un pájaro carpintero, una rata de pelaje negro, una iguana y una cosa extraña de piel azul y ojos enormes que podría haber sido un murciélago o una tortuga sin caparazón. Había descubierto aquel bicho del tamaño de un zorro colgando de la cola de tres puntas en un puesto del mercado. La vieja había soltado una carcajada cuando la compró, una reacción de lo más ominosa, pensó Oloramuerto. A pesar de todo, tenía una cantidad decente de… Levantó la mirada y descubrió a todo el mundo con la mirada fija en él.

—¿Qué?

El mohín de Crujido oscurecía su rostro ya de por sí insípido en algo… alarmante.

—Tú —dijo—. No serás, por un casual, no serás un… un… ¿un nigromante? ¿Lo eres?

—¡No te he invitado, Crujido!

Ebron sudaba.

—Escucha, zapador, tú, Crujido Bole, o como sea que te llames. Ya eres un irregular de Mott, recuérdalo. Eres un soldado. Un Cazahuesos. Recibes órdenes de Cordón, del sargento Cordón, ¿te queda claro?

Cordón carraspeó y dijo:

—Así es, Crujido. Y, esto, te ordeno, ejem, tallar.

Crujido parpadeó, se lamió los labios y asintió al sargento.

—Tallar, vale. ¿Qué quieres que talle, sargento?

—¡Lo que sea! Excepto nigromantes, ¿vale?

—Claro. ¿Qué te parece todo el mundo en esta habitación? Excepto Olordemuerto, claro. Pero sí el resto. Esto, cabalgando monturas. Caballos al trote sobre llamas.

Crujido se pasó la mano por los labios y miró a Masan Gilani con timidez.

—¿A ella también, sargento?

—Adelante —dijo Masan Gilani, arrastrando las palabras —. Me muero de ganas de verlo. No te olvides de incluirte a ti mismo, Crujido. En el caballo más grande.

—¡Bua! ¡Con una espada enorme en una mano y malditos en la otra!

—Perfecto.

Oloramuerto volvió a su circo de animales muertos, los colocó formando un círculo, del primero al último, sobre la mesa.

—Dioses, apestan —exclamó Cojo—. ¿No puedes al menos untarlos con aceites aromáticos o algo?

—No, no puedo. Y ahora callaos de una vez. Esto va de salvar nuestros pellejos, ¿queda claro? Incluso el tuyo, Ebron, como si Rashan fuera a ayudar ni que fuera una pizca esta noche. Me toca a mí mantener al Embozado alejado de esta habitación. Así que no más interrupciones, a menos que queráis matarme…

Crujido ladeó la cabeza.

—Eso suena genial…

—Y también al resto, incluido tú, Crujido.

—Eso no suena genial.

—A tallar —ordenó Cordón.

El zapador bajó la cabeza hacia la tarea que le tenía ocupado, con la puntita de la lengua sobresaliendo como una larva de mosca que sale a por aire. Oloramuerto fijó su atención en las carcasas dispuestas. La tortuga murciélago del tamaño de un zorro parecía mirarle con un gigantesco

ojo de ciervo. Aguantó un escalofrío, y se encogió cuando la iguana guiñó un ojo con languidez.

—Dioses —gimió—. La Gran Casa de la Muerte ha llegado.

Los corchos comenzaron a descorcharse.

—Nos siguen.

—¿Eh? Urb, esa es tu sombra, na más. Somos los que estamos siguiendo, ¿vale? No he estao siguiendo a un cabo mentiroso pa desertá ahora. Aquí, a la izquierda.

—De acuerdo, Hellian. Acabas de tirar para la derecha.

—Eso es por questamos uno al lao del otro, quicir, que lo ves diferente. Era izquierda pa mí y derecha pa ti y eso es tu problema. Mira, ¿eso e un prostíbulo? ¿Ha ido a un prostíbulo? ¿Qué clase de cabe se cree que es? ¿Qué tienen de malo la mujere malazanas, eh? Si le pillamo le quiero cortar los cojones, ¿va? Acabá con esto pa siempre.

Al llegar a las estrechas escaleras encajonadas entre dos amplias y anticuadas entradas, Hellian alargó ambas manos, como si quisiera agarrar la barandilla. Pero no había barandilla alguna por lo que cayó de bruces contra los escalones, rompiéndose la mandíbula con un fuerte crujido.

—¡Au! ¡El pasamanos se ha roto en mis manos! —Manoseó y abrió y cerró los dedos—. Se ha convertido en polvo, ¿lo veis?

Urb se inclinó más cerca para asegurarse de que su cerebro no se estaba licuando, aunque Hellian no lo notaría, y le alivió ver que no era más que un rasguño superficial en la barbilla. Ella se las apañó para levantarse, arreglándose el pelo descolorido, y él aprovechó para mirar una vez más a la calle por la que habían bajado.

—Es Muertecalavera acechando, Hellian…

Ella se giró de pronto, parpadeaba como una lechuza.

—¿Muertecalavera? ¿Él otra vez? —Se repeinó otra vez el pelo—. Ay, es encantador, ¿a que sí? Quiere levantarme los calzones…

—Hellian —Urb graznó—. Ha dejado sus deseos clarísimos. Quiere casarse contigo.

Ella le miró con fijeza.

—No, no, tontaco. Quiere probárselos. Del resto no sabe ná. Solo lo ha hecho con chicos, sabe. Llevo un tiempesito intentando ponerlo debajo, o que él se ponga encima de mí y va y pum, el agujero equivocado, y terminamos peleando en vez de hacer algo más divertido. Lo que sea, vamos a por nuestro cabo, antes de que se hunda pa lo corrupto.

Urb frunció el ceño para disimular su incomodidad y siguió a Hellian que mecía las caderas de un lado al otro al subir las escaleras.

—Los soldados se van con las prostitutas a todas horas, Hellian.

—Urb, un sargento hecho y derecho debe preocuparse de su propia inocencia.

—Somos adultos, Hellian. No son tan inocentes.

—¿Quién? Yo te decía de mi cabo, de Pejiguero Breffless. Del modo como habla pa sí mismo ninguna mujer se le acerca. Estar chalao no es una cualidad que busquen las mujeres, sabes. En los hombres, quicir. —Hizo un gesto vago hacia la puerta frente a ella para agarrar el cerrojo, y al final logró aferrarlo, después lo giró en ambas direcciones, arriba y abajo, arriba y abajo—. ¡Dioses! ¿Quién sa inventao esta mierdaca?

Urb pasó junto a ella y abrió la puerta de un empujón.

Hellian entró, todavía intentando mover el cerrojo.

—No te preocupes, Urb, lo haré bien. Mira y aprende un poco.

Él la adelantó y se detuvo en el estrecho pasillo, impresionado por el extraordinario papel pintado de las paredes, que parecía consistir en motivos florales dorados, amapolas rojas de terciopelo y franjas de pelaje de conejo moteado, todo ello formando un patrón desquiciado que le

daban ganas de vaciar el monedero. Y el suelo de madera negra, pulida y encerada hasta que parecía líquido, como si caminaran sobre vidrio bajo el cual una tormenta de olvido infinito aguardaba. Se preguntó si todo aquello estaba hechizado.

—¿Adónde vas? —preguntó Hellian.

—Has abierto la puerta —respondió Urb—. Me has pedido que tome posición.

—¿Ah, sí? ¿Te he pedido eso? ¿Tomar posición, en un burdel?

—Así es.

—Vale, entonces desenfunda tu arma, Urb, en caso de que nos asalten.

Él dudo, y después dijo:

—Soy veloz desenfundando, Hellian.

—No es lo que yo he visto —contestó tras él.

Confundido, hizo otra pausa.

—¿De qué hablas?

—Necesitas lecciones en corrupción, quicir. —Se puso derecha, pero no estaba demasiado erguida, ya que usaba la pared para poner aquella postura—. A menos, pos claro, que quieras a Muertebajera. No vas a encaber en mis calzones, eh. Vaya, ¿son pieles de bebé?

—De conejo. No estoy interesado en Muertecalavera, Hellian. Y no, no quiero vestir tus calzones…

—A ver, vosotros dos —dijo alguien, tras una puerta a un lado—, ¡menos cháchara en ese idioma extranjero y entrad ya en una habitación!

El rostro de Hellian se oscureció cuando echó mano de la espada, pero la funda estaba vacía.

—¿Quién ma robado…? Tú, Urb, dame tu espada, ¡me cago en todo! O tira pabajo esta puerta, sí, esta. Pégale en tol medio. Con la cabeza, ¡dale fuerte!

En vez de hacer lo que le decía, Urb agarró el brazo de Hellian y la condujo pasillo abajo.

—No están en aquella —dijo—, el hombre hablaba en letherii.

—¿Eso era letherii? ¿Ese chapurreo extraño? No mestraña que esta ciudad esté llena de idiotas, si hablan tos así.

Urb avanzó hasta otra puerta y se inclinó para escuchar. Gruñó.

—Voces. Están negociando. Podría ser esta.

—Tírala pabajo, destrúyela, busca un ariete o un maldito o un napaniano enfurecido…

Urb pasó el cerrojo, tiró de la puerta y entró.

Dos cabos, casi desnudos, y dos mujeres, una delgada como un palo y la otra de una gordura mórbida, se quedaron mirándole con los ojos abiertos como platos. Urb señaló a Sinaliento y luego a Pejiguero.

—Vosotros dos, vestíos. Vuestro sargento está en el pasillo.

—¡No lo estoy! —Hellian irrumpió en la habitación, echaba chispas por los ojos—. ¡Ha pagao a dos! ¡Corrupción! ¡Brujas, mierdas, fuera antes de que me corte la pierna!

La delgaducha escupió algo y en un instante tenía un cuchillo en la mano, lo blandía amenazadora mientras se acercaba a Hellian. La prostituta gorda cogió una silla y se lanzó hacia delante un paso por detrás de la otra.

Urb golpeó y rompió la muñeca que sujetaba el cuchillo, que cayó entre claqueteos al suelo, y usó la otra mano para agarrar el rostro de la mujer gorda y empujarla hacia atrás. Entre aullidos, la gigantesca prostituta cayó sobre su ancha espalda; la habitación retumbó con el golpetazo. Agarrándose el brazo amoratado, la delgada, chillando, salió a toda prisa por la puerta.

Los cabos se apresuraban a recoger la ropa, los rostros crispados por la ansiedad.

—¡Pide el dinero de vuelta! —ordenó Hellian—. ¡Esas dos deberían pagaros a vosotros! ¡No al revés! Eh, ¿quién ha avisado a las tropas?

Las tropas, como resultó, eran los seis guardas del establecimiento de placer, armados con porras, pero la pelea en la habitación solo se puso fea cuando la gorda volvió a la carga blandiendo la silla.

De pie junto a la larga mesa, Brys Beddict dio un cauteloso sorbo a la cerveza extranjera, perplejo ante la variedad de los participantes para la lectura. El último en llegar estaba medio borracho y tenía la mirada vidriosa. Un antiguo sacerdote o algo por el estilo, supuso.

Era un grupo de lo más peculiar, estos malazanos. Con talento para combinar la compenetración improvisada con el asunto más sombrío posible, un descanso despreocupado y una disciplina poco firme con una profesionalidad feroz. Tuvo que admitir que él poseía un extraño carisma.

Al mismo tiempo, la consejera era de algún modo más desafiante en ese aspecto. Tavore Paran parecía virtualmente desprovista de cualidades sociales, a pesar de su ascendencia noble que debería haberla educado con el decoro esencial; igual que su alto rango militar debería haber suavizado todas las asperezas de su carácter. La consejera era incómoda al mando y torpe con la cortesía, como si algún obstáculo insuperable la distrajera continuamente.

Brys podía imaginar que tal obstáculo podía residir en la rebeldía de sus legiones. Y aun así los oficiales y los soldados no demostraban ni un atisbo de insubordinación, ni un gesto de exasperación a sus espaldas, ni una mirada furtiva a las dagas que colgaban del cinto. Había lealtad, sí,

pero era extraña y Brys todavía era incapaz de determinar su naturaleza.

Fuera cual fuese el origen de la distracción de la consejera, ella no buscaba, de forma obvia, liberación alguna de aquella atadura, y Brys pensó que la carga comenzaba a pesar demasiado sobre ella.

La mayoría de los demás eran desconocidos para él, o como mucho rostros que le resultaban vagamente familiares y que atestiguaban algún encuentro accidental pasado. Conocía al mago supremo, Ben Adaephon Delat, que los otros malazanos llamaban Ben el Rápido; aunque a Brys le parecía que aquel nombre estaba falto del respeto que un ceda merecía. Conocía a Seto y a Violín, ambos habían estado entre los primeros soldados que entraron a palacio.

Otros en el grupo le sorprendieron. Dos jóvenes, un chico y una chica, y una mujer tiste andii, con muchos años a sus espaldas, experimentada en formas y claramente fuera de contexto al estar dentro de esta irregular asamblea. El resto, a excepción del antiguo sacerdote, eran oficiales o soldados del ejército de la consejera. Dos marines de piel dorada y pelo rubio, ninguno de ambos joven, que se llamaban Gesler y Tormenta. Un hombre anodino llamado Botella que no podía tener más de dos décadas de edad; y la asistente de Tavore, la oficial tatuada y de increíble belleza, Lostara Yil, que se desplazaba con la gracia de una bailarina y cuyos exóticos rasgos tan solo se templaban por cierto aire de inenarrable tristeza.

Los soldados vivían vidas duras, era algo que Brys sabía bien. Amigos que morían de improvisto de formas horribles. Cicatrices que se cerraban con el paso de los años, ambiciones aplastadas y sueños abandonados. El mundo de posibilidades mermado y las traiciones amenazaban desde cualquier sombra. Un soldado debía depositar su confianza en el o la líder, y por lo tanto en aquella persona a la que

sirve por encima. En el caso de aquellos Cazahuesos, Brys comprendió que ellos y su consejera habían sido traicionados por el gobernador del imperio. Habían quedado a la deriva, y era todo lo que Tavore podía hacer para mantener al ejército unido: que hubieran acometido una invasión sobre Lether era algo extraordinario. Divisiones y brigadas (en la propia historia del reino) se habían amotinado como respuesta a órdenes muchísimo menos extremas. Por este motivo, Brys sentía un profundo respeto por la consejera, y estaba convencido de que tenía alguna cualidad oculta, una virtud secreta, que sus soldados reconocían y a la que respondían. Y Brys se preguntó si llegaría a verla él mismo, quizás esa misma noche.

Aunque estaba relajado, curioso y con cierta atención, dando sorbos a la cerveza, pudo sentir la tensión floreciente en la sala. Nadie estaba contento, y mucho menos el sargento que despertaría las cartas. El pobre hombre parecía tan desaliñado como un sabueso que acaba de darse un baño en el amplio río Lether, los ojos inyectados en sangre y la mirada lúgubre, la tez magullada como si hubiera estado en una pelea.

El joven soldado llamado Botella deambulaba cerca de Violín e hizo uso de (quizá para beneficio de Brys) la lengua de los mercaderes para dirigirse al sargento en voz baja.

—¿Qué te parece un guantelete oxidado?

—¿Qué? ¿Un qué?

—Esa bebida que inventaste durante la última lectura…

—No, nada de alcohol. No esta vez. Déjame en paz. Hasta que esté listo.

—¿Cómo sabremos que estás listo? —preguntó Lostara Yil.

—Tan solo sentaos, da igual el orden, capitana. Lo sabréis. —Dirigió una mirada suplicante a la consejera—. Hay

demasiado poder aquí. Un exceso. No tengo ni idea de lo que pasará. Esto es un error.

Los rasgos crispados de Tavore se tensaron todavía más.

—A veces, sargento, los errores son necesarios.

Seto tosió con fuerza, y sacudió una mano.

—Perdón, consejera, pero le estás hablando a un zapador. Los errores implican que nos convertimos en bruma roja. Imagino que te refieres a otro tipo de errores, ¿no? Espero.

La consejera se giró hacia el gigantón junto a Gesler.

—Asistente Tormenta, ¿cómo se prepara una emboscada?

—Ya no soy asistente de nada —gruñó el barbudo.

—Contesta mi pregunta.

El hombretón la miró con fijeza, después, al ver que no conseguía respuesta alguna de la consejera, gruñó y dijo:

—Les sorprendes y entonces cargas, rápido y con dureza. Les rebanas el pescuezo a los bastardos.

—Pero antes la emboscada tiene que saltar.

—A menos que puedas rastrearles de antemano, sí. —Fijó los diminutos ojos en ella—. ¿Vamos a rastrear o a cargar esta noche, consejera?

Tavore no contestó, en vez de ello miró a la mujer tiste andii.

—Sandalath Drukorlat, por favor, siéntate. Comprendo tu reticencia…

—No sé por qué estoy aquí —espetó ella.

—Historia —murmuró el antiguo sacerdote.

Un largo momento de silencio, y entonces la chica llamada Peccado se rio con nerviosismo. Todo el mundo dio un bote. Al ver esto, Brys torció el gesto.

—Perdonad que interrumpa, pero ¿es este un sitio adecuado para niños?

Ben el Rápido resopló.

—La chica es una maga suprema, Brys. Y el chico… bueno, es distinto.

—¿Distinto?

—Tocado —dijo Banaschar—. Y tampoco en el buen sentido. Por favor, consejera, anúlalo. Envía a Violín de vuelta a los barracones. Hay demasiados aquí, las lecturas más seguras incluyen a poca gente, no a una muchedumbre como esta. Tu pobre lector va a comenzar a sangrar por los oídos hacia la mitad del proceso.

—Tiene razón —intervino Ben el Rápido, removiéndose inquieto en la silla—. Violín ya es bastante feo sin pendientes de sangre y demás.

La consejera miró a Violín.

—Sargento, eres conocedor de mis intenciones con esto, más que nadie en esta sala, conoces mis motivos. Responde con honestidad, ¿eres capaz de llevarlo a cabo?

Todas las miradas fijas en el zapador, y Brys pudo ver que todos (quizás excepto Peccado) imploraban en silencio que Violín cerrara la tapa de esta caja repleta de terrores. En vez de ello, él sonrió con la mirada fija en el suelo y dijo:

—Puedo hacerlo, consejera. Ese no es el problema. Son los... invitados inesperados.

Brys vio al antiguo sacerdote encogerse de miedo al escuchar esto, y una súbita y cálida señal de alarma brotó a través de la espada del rey. Dio un paso adelante...

Pero la baraja estaba en las manos de Violín y él estaba de pie al otro extremo de la mesa, aunque no todo el mundo se había sentado. Tres cartas cayeron y resbalaron por la superficie pulida.

La lectura había comenzado.

De pie en la oscuridad del exterior del edificio, el Errante retrocedió estupefacto, como si hubiera encajado un puñetazo invisible. Saboreó la sangre en la boca y siseó de furia.

En la sala principal de su diminuto hogar, los ojos de Seren Pedac se abrieron y después gritó una alerta cuando Pinosel y Ursto Hoobutt prendieron en llamas allí donde estaban. Se hubiera lanzado hacia delante de no ser por la mano de Bicho que la detuvo. Una mano cubierta de sudor.

—No te muevas —dijo el anciano sin aliento—. Ese fuego no quema nada más que a ellos.

—¿Nada más que a ellos? ¿Qué quieres decir?

Era evidente que los dos antiguos dioses habían dejado de prestar atención a su entorno. Podía ver su mirada perdida más allá de las llamas azules, fijas sobre nada.

—Su esencia —susurró Bicho—. Están siendo devorados… por el poder. El poder despertado. —Temblaba como si estuviera al borde de la incapacidad, el sudor le chorreaba como aceite por la cara.

Seren Pedac se echó atrás y se llevó las manos al vientre hinchado. Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza.

—¿Quién los acosa?

—Están entre tu hijo y ese poder. Como yo, corifeo. Podemos… podemos resistir. Debemos…

—¿Quién está haciendo esto?

—No es maligno, tan solo vasto. ¡Por el Abismo, este no es un invocador de las Losas común!

Ella se sentó, aterrorizada, el pavor que sentía por su hijo nonato ardía con fuerza en su alma. Observó a Pinosel y a Ursto Hoobutt arder sin fin, y bajo las llamas se deshacían como cera.

En una sala repleta de gente en el piso superior de una posada, un frenesí de bestias que habían estado muertas ahora correteaban, rugían y mordían. La rata de pelaje negro, que arrastraba sus vísceras, había caído hacia arriba

hasta aterrizar en el techo, las garras hundiéndose en el yeso, los intestinos colgaban como diminutas salchichas en una carnicería. La tortuga murciélago azulada había arrancado la cola de la iguana de un bocado y la criatura había escapado serpenteando para dar de bruces contra la ventana, como si estuviera desesperada por salir. El pájaro carpintero, que mudaba las aceitosas plumas, aleteaba frenético en círculos por encima de las cabezas de todos. Ninguno de ellos tuvo tiempo de fijarse, ya que las botellas estallaron, el vino se derramó como sangre aguada, y la talla apenas comenzada de los jinetes sobre caballos a la carga se retorcía en el regazo de Crujido, él miraba con ojos bobalicones y la boca abierta. Un rato después el primer caballo diminuto se liberó y descendió del muslo del zapador, los cascos de madera claquetearon por el suelo, con un bulto deforme como jinete que blandía una astilla.

Bramidos, gritos, chillidos. Ebron vomitó con violencia, agachándose para evitar el borbotón, Cojo se resbaló en un charco de vino y se destrozó la rodilla izquierda. Aulló.

Oloramuerto se arrastró a una esquina. Vio a Masan Gilano rodar bajo la lujosa cama cuando el pájaro carpintero se estampó de cabeza contra uno de los postes de la cama y estalló en una nube de plumas.

Mujer inteligente. Ay, si también hubiera un poco de sitio para mí ahí debajo.

En otra sección de la ciudad, los testigos jurarían en nombre del Errante, jurarían sobre el trono vacío y sobre las tumbas de los queridos, que dos dragones emergieron del corazón de una taberna, los escombros salieron volando y crearon una lluvia mortal de ladrillos, esquirlas, polvo y fragmentos de cuerpos desgarrados que cayeron como una cascada sobre las calles a unos cincuenta pasos de

distancia. E incluso durante la mañana siguiente no hubo otra explicación posible que fuera suficiente para justificar aquellas ruinas de un edificio entero, de donde no recuperaron a ningún superviviente.

Toda la sala se sacudió e incluso Hellian golpeó con el codo una cara barbuda y escuchó un agradable crujido, la pared al otro lado se quebró como vidrio fino y se derrumbó en esquirlas sobre la sala, enterrando figuras y destrozando el suelo en patrones caóticos. Las mujeres gritaron. Bueno, la gorda gritó, y sus chillidos fueron tan fuertes que valían por los del resto juntos. Los demás estaban demasiado ocupados tratando de salir de los escombros.

Hellian se tambaleó un paso hacia atrás, y después, cuando el suelo se inclinó de pronto, corría, pero no estaba segura de la dirección que había tomado, parecía inteligente encontrar la puerta, donde fuera que estuviera.

Cuando llegó hasta ella, torció el gesto, ya que estaba tirada en el suelo. Se la quedó mirando un rato.

Hasta que Urb se chocó contra ella.

—¡Algo acaba de remontar la calle! —dijo, sin aliento y escupiendo sangre—. Tenemos que salir de aquí…

—¿Y mi cabo?

—Ya ha bajado las escaleras. ¡Vamos!

Pero, no, le apetecía una copa…

—¡Hellian! ¡Ahora no!

—¡Largo! Si no ahora, ¿cuándo?

—La Hilandera de la Muerte, el Caballero de la Sombra. —La voz de Violín era un frío y casi inhumano gruñido—. La mesa los aguanta, pero no al resto. —Barajó las cartas, y cada una que sacaba salía disparada como un pedazo de hierro hacia un imán, golpeando a todas las personas en el

pecho con fuerza, haciéndoles retroceder un paso, y con cada impacto (como Brys pudo ver con pavor), la víctima se alzaba del suelo tirando la silla y terminaban estampados contra la pared tras ellos sin importar la distancia.

Los impactos rompieron huesos. Cabezas que sangraron tras los golpes contra la pared.

Todo ocurría demasiado rápido, con Violín de pie en el corazón de la tempestad, sólido como un árbol de raíces firmes.

La primera en ser golpeada fue la chica, Peccado.

—La Virgen de la Muerte.

La carta se pegó a su pecho y la levantó, las extremidades flácidas, hasta una sección de la pared justo bajo el techo. El sonido que hizo al colisionar era enfermizo, y se quedó inerte, como una muñeca de trapo espinada.

—El Cetro.

Larva aulló, buscó desesperado algún lugar al que arrojarse, pero la carta se deslizó bajo él y se fijó en su pecho, alzándolo hasta el otro lado de la habitación, contra la pared, justo a la izquierda de la puerta.

La expresión de Ben el Rápido era de asombro incrédulo cuando la tercera carta de Violín se le enganchó en el esternón.

—El Mago de la Oscuridad.

Salió disparado contra la pared que tenía tras él con suficiente fuerza como para que el yeso se partiera formando grietas. Quedó allí colgado, inmóvil como un cadáver en una pica.

—El Constructor de la Muerte.

Seto emitió un quejido y cometió el error de darse la vuelta. La carta chocó contra su espalda y le estampó de cara contra la pared, donde la carta comenzó a empujarle hacia arriba, dejando un chorretón rojo allí por donde pasaba el cuerpo del hombre inconsciente.

Los demás sufrieron algo parecido, tan rápido todo como piedras arrojadizas. Para cada uno el efecto fue similar. Impacto violento, paredes que temblaban. Sandalath Drukorlat, la *Reina de la Oscuridad*. Lostara Yil, la *Campeona de la Vida*.

—El Obelisco. —Botella.

Gesler, el *Orbe*.

Tormenta, el *Trono*.

Y entonces Violín se giró hacia Brys.

—El Rey de la Vida.

La carta salió como un flechazo de su mano, centelleante como una daga. Brys dio una bocanada rápida de aire un instante antes del golpe. Cerró los ojos. Sintió el impacto, pero ni de lejos tan duro como habían sufrido los demás, y nada tocó su pecho. Abrió los ojos y vio la carta flotar, temblar, en el aire frente a él.

Encima se encontró con la mirada de Violín.

Violín asintió.

—Se te necesita.

¿Qué?

Dos permanecían intactos, y Violín se giró hacia el primero que estaba más cerca.

—Banaschar —llamó—. Mantienes tu pobre compañía. El Insensato Encadenado. —Sacó una carta de golpe. El antiguo sacerdote gruñó y fue expulsado sobre su propia silla, desde donde salió hacia arriba contra el techo abovedado. El polvo cubrió al hombre cuando chocó.

Violín encaró a la consejera.

—Lo sabías, ¿no es así?

Aguantó su mirada, pálida como la nieve, y no contestó.

—Para ti, Tavore Paran… nada.

Ella se encogió.

La puerta se abrió de golpe, las bisagras chirriaron en el silencio gélido.

Turudal Brizad entró en la sala y entonces se detuvo.

Turudal… no, claro que no. El Errante. Que permanece invisible tras el trono vacío. Me preguntaba cuándo aparecerías.

Brys se dio cuenta de que había desenvainado; también que el Errante estaba allí para matarle. Un acto sin motivo, un acto sin razón. Por lo menos ninguna comprensible para nadie excepto para el propio Errante.

Va a matarme.

Y luego a Violín, por su osadía.

Y después al resto, para que no haya testigos.

Violín se giró despacio para estudiar al Errante. La sonrisa del malazano daba escalofríos.

—Si esa carta era para ti —dijo—, habría abandonado la mesa en el momento en que abriste la puerta. Ya lo sé, crees que te pertenece. Crees que es tuya. Pero te equivocas.

El único ojo del Errante parecía arder en llamas.

—Soy el Señor de las Losas…

—A mí me importa un rábano. Adelante. Juega con tus Losas, ancestral. No puedes interponerte al Señor de la Baraja. Tu tiempo, Errante, ya pasó.

—¡He vuelto!

Puro poder comenzó a congregarse cuando el Errante dio un paso en la habitación. Las palabras en voz baja de Violín detuvieron su avance.

—Yo no haría eso.

El dios ancestral puso una mueca.

—¿Crees que Brys Beddict puede detenerme? ¿Que puede detener lo que pretendo hacer aquí?

Violín levantó las cejas.

—No tengo ni idea. Pero si das un paso más, Errante, el Señor de la baraja cruzará. Aquí, ahora. ¿Te enfrentarás a él? ¿Estás listo para eso?

Brys vio la carta que quedaba sobre la mesa. Inanimada, inmóvil. Parecía bostezar como las fauces del propio Abismo, y un escalofrío repentino le recorrió la espalda.

El desafío silencioso de Violín había detenido al Errante, y Brys vio incertidumbre en el que había sido el bello rostro de Turudal Brizad.

—Piénsatelo bien —intervino Brys Beddict—, tampoco me habrías podido pasar a mí, Errante.

El ojo único le miró.

—Ridículo.

—He vivido en piedra, ancestral. Estoy escrito con incontables nombres. El hombre que murió en la sala del trono no es el hombre que ha vuelto, sin importar lo que tú veas.

—Me tientas a aplastarte —dijo el Errante con un rugido.

Violín se dio la vuelta y volvió a fijar la mirada sobre la carta en la mesa.

—Ha despertado. —Encaró al dios ancestral—. Puede que sea muy tarde… para ti.

Y Brys vio que el Errante de pronto se retiraba un paso, dos, y el tercero le hizo cruzar la puerta de salida. Un instante después se esfumó.

Los cuerpos comenzaron a deslizarse hacia el suelo. Brys se fijó en que nadie estaba consciente. Algo se calmó en la sala, como cuando uno deja de aguantar la respiración tras un buen rato.

—Consejera.

La atención de Tavore se desvió de la puerta vacía hacia el zapador.

Prepara la emboscada. Encuentra a tu enemigo.

—Esto no ha sido una lectura —dijo Violín—. Nadie de los aquí presentes ha sido encontrado. Nadie ha sido reclamado. Consejera, los han marcado. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurró ella.

—Creo —comenzó Violín, con el dolor crispándole la cara —. Creo que puedo ver el final.

Ella asintió.

—Tavore —dijo el zapador, con la voz rota—. Lo lamento muchísimo.

Ante aquello, la consejera tan solo negó con la cabeza.

Y Brys supo que, aunque no entendía todo lo que ocurría aquí, sabía lo suficiente. Y si hubiera significado algo, por poco que fuera, hubiera repetido las palabras de Violín. A la consejera, a esta Tavore Paran, esta miserable y solitaria mujer.

En aquel momento, el bulto que formaba Banaschar cayó sobre la mesa, como un cadáver que descendía de la horca. Cuando estuvo descolgado del todo, gimió.

Violín se acercó y recogió la carta llamada Señor de la Baraja. La estudió un momento y después la devolvió a la baraja en sus manos. Echó un vistazo a Brys y le guiñó el ojo.

—Bien jugado, sargento.

—Era tan inanimado… todavía lo es. Estoy algo preocupado.

Brys asintió.

—Aun así, el rol no daba la sensación de estar… vacante.

—Cierto. Gracias.

—¿Conoces a este maestro?

—Así es.

—Sargento, el Errante se tragó tu farol…

Violín sonrió.

—Te habrías quedado solo, señor. De todas formas, parecías tener confianza.

—Los malazanos no son los únicos capaces de echarse un farol.

Y, mientras compartían una sonrisa verdadera, la consejera se los quedó mirando sin más, de un hombre al

otro, y no dijo nada.

Bicho estaba de pie junto a la ventana trasera, observando el modesto jardín de Seren Pedac que ahora estaba regado con tonos plateados que se reflejaban de las nubes polvorientas y de humo que flotaban sobre la ciudad. En esta noche se habían sufrido daños, muchos más que un par de edificios derrumbados. La sala tras él llevaba un buen rato en silencio, desde que la lectura había terminado poco antes. Todavía se sentía… frágil, casi fracturado.

La escuchó moverse tras de sí, el leve gruñido al levantarse, y entonces se le acercó por la espalda.

—¿Están muertos, Bicho?

Él se giró y miró a los dos charcos gemelos sin color en el suelo bajo las dos sillas.

—No lo sé —admitió, y entonces añadió—, no lo creo.

—No… no me lo esperaba. Por favor, dime, ceda, que tal destino no entraba en los planes de esta noche.

—No, corifeo.

—Entonces… ¿qué ha pasado?

Se frotó los pelos de la barbilla, suspiró y negó con la cabeza.

—Ella escoge un sendero estrecho. Dioses, ¡qué audacia! Debo hablar con el rey. Y con Brys. Tenemos que decidir…

—¡Ceda! ¿Quién ha matado a Pinosel y Ursto?

Él la miró, y parpadeó.

—La muerte apenas pasó de largo. Incluso el Errante fue… despedido. —Resopló—. Sí. Despedido. Hay tanto poder en la Baraja de Dragones. En las manos adecuadas, puede dejarnos secos a todos. A cada dios, nuevo y ancestral. Cada ascendiente destinado a un papel. Cada mortal condenado a convertirse en una cara en la carta. —Volvió a mirar por la ventana—. Soltó una sobre la mesa. Tu

hijo. La mesa la aguantaría, dijo él. De todas formas, no hizo esfuerzo alguno en reclamar a tu hijo. Lo dejó en paz. Le dejó en paz. —Se estremeció con un escalofrío—. Pinosel y Ursto… se acercaron demasiado al fuego.

—¿Que… qué?

—El invocador se contuvo, corifeo. Nadie atacó a Ursto y a Pinosel. Ni siquiera la carta de tu nonato no fue a por él. El invocador la retuvo. Como un carpintero que clava un tablón. Que el Abismo me lleve, el puro y descarado poder para llevar a cabo algo así me deja sin aliento. Corifeo, Ursto y Pinosel estaban aquí para defenderte del Errante. Y sí, lo sentimos. Sentimos su ansia asesina. Pero entonces fue expulsado, su poder desparramado. Lo que llegó en su lugar era como el sol, siempre creciente, convirtiéndose en algo tan enorme que podría llenar el mundo. Estaban sujetos allí, atrapados en aquellas sillas, incapaces de moverse… —Se sacudió—. Todos lo estuvimos. —Bajó la mirada a los charcos —. Corifeo, con toda sinceridad, no sé si están muertos o no. El Señor de la Muerte no se ha alimentado de nadie esta noche, más allá de algunas almas desafortunadas en una taberna destruida. Puede que tan solo se hayan… reducido… y tras un tiempo vuelvan a reconstituirse, a encontrar sus formas, la carne y el hueso que les pertenece, una vez más. No lo sé, pero guardo esperanza.

La vio observar con atención su rostro, y se preguntó si había logrado ocultar la ansiedad, la pena. La mirada en sus ojos le convenció de lo contrario.

—Habla con este invocador —dijo ella—. Y… pídele que se abstenga. Que no lo haga nunca jamás en esta ciudad. Por favor.

—Era reacio, corifeo. He hizo lo que pudo. Para proteger… a todos. —*Excepto, creo, a sí mismo*—. No creo que vaya a tener lugar otra lectura.

Ella se quedó mirando por la ventana.

—¿Qué le aguarda? A mi… hijo —preguntó con un susurro.

Él comprendió la pregunta.

—Te tendrá a ti, Seren Pedac. Las madres tenéis una grandísima fortaleza, vasta y extraña…

—¿Extraña?

Bicho sonrió.

—Extraña para nosotros. Inconmensurable. Es más, el padre de tu hijo era muy querido. Habrá algunos entre sus amigos que no dudarían en…

—Onrack T’emlava —interrumpió ella.

Bicho asintió.

—Un imass.

—Lo que sea.

—Corifeo, los imass son muchas cosas, y entre estas, una virtud sobresale de las demás. Su lealtad no puede romperse. Sienten dichas fuerzas con una profundidad vasta y…

—¿Extraña?

Bicho no dijo nada por un rato, sabía que podía, si quisiera, ofenderse ante la implicación de aquella sola palabra que había añadido a su oración. En vez de eso, sonrió.

—Aun así.

—Lo siento, ceda. Tienes razón. Onrack era… extraordinario, y un gran consuelo para mí. De todos modos, no tengo pensado volver a visitarlo.

—Él lo hará, cuando nazca tu hijo.

—¿Cómo lo sabrá cuando ocurra?

—Porque su esposa Invocahuesos, Kilava, dio una bendición sobre ti y tu hijo. De este modo ella es consciente de ti y de tu condición.

—Vaya. Entonces ¿habrá sentido esta noche? ¿El riesgo? ¿El peligro?

—Puede ser —contestó Bicho—. Habrá estado… atenta. Y si algo hubiera abierto una brecha y hubiera supuesto una amenaza directa sobre ti, entonces sospecho que sí, ella habría… intervenido.

—¿Cómo podría si quiera esperar defenderme —preguntó Seren—, si tres dioses ancestrales han fracasado?

Bicho suspiró.

—Una convicción que lentamente comienzo a aceptar. La gente no entiende el poder. Lo ven tan solo como un combate, esto contra aquello; ¿cuál es mejor? ¿Cuál gana, cuál pierde? El poder no va tanto sobre el propio conflicto, sino sobre reconocerlo al provocar el daño mutuo que conlleva el conflicto, con el mencionado daño convirtiéndolo a uno en vulnerable. No va tanto sobre el propio conflicto, sino sobre declaraciones. Presencia, corifeo, es la mayor expresión del poder. Y la presencia es, en el corazón, la ocupación del espacio. Una aserción, si así lo deseas. Una que debe ser reconocida por otros poderes, menores o mayores, eso no importa.

—No estoy segura de entender lo que dices.

—Kilava habría invocado su presencia, corifeo. Una que te hubiera acogido. Bien, si sigues insistiendo con comparaciones simplistas entonces debo decirte que ella habría sido una roca en medio de un riachuelo. El agua puede que soñara con la victoria, incluso que la deseara, pero hubiera sido mejor que aprendiera a ser paciente, ¿entiendes? Piensa en todos los lechos de río secos que has visto, corifeo, y juzga quién ganó en la guerra de la paciencia.

La mujer suspiró, y Bicho escuchó en este el cansancio.

Él se inclinó hacia ella.

—Debo marcharme. Hay asuntos que requieren mi atención urgente. El peligro para ti y para tu hijo ha pasado.

Ella echó una mirada a los charcos.

—¿Lo… friego como si nada?

—Déjalo hasta mañana, puede que encuentres algo más que una mancha para entonces.

—Puedo señalarlos cuando tenga invitados y decir algo como: «Aquí hay dos dioses derretidos».

Sí, necesitaba defenderse de los hechos acontecidos aquella noche. No había espacio en sus pensamientos, por ahora, para nada excepto el hijo en su vientre. A pesar de las palabras que había dicho, no era indiferente a la destrucción de Pinosel y Ursto. Ahora mismo todo era sobre el control, y esto, como entendió Bicho, provenía de la inefable fuerza de una mujer que era o sería madre.

—Estos dos son obstinados. Por ahora no los descartaría.

—Espero que tengas razón. Gracias, ceda, incluso si la amenaza no llegó a manifestarse, agradezco tu voluntad de protegernos. Por favor, no te ofendas si añado que espero no tener que experimentar nunca más una noche como esta.

—No te preocupes. Buenas noches, corifeo.

Tras el calor del momento, en el frío goteo de las consecuencias de un enfrentamiento, una lúgubre comprensión se liberó en la cabeza del Errante. Aunque no sabía si, en efecto, el Señor de la Baraja había despertado (como el malazano había manifestado), el riesgo de aquel choque prematuro era demasiado alto. En cuanto a Brys Beddict y su arrogante valentía, ah, aquello era muy distinto.

El Errante estaba de pie en un callejón, no muy lejos del cuartel general malazano, y tembló de rabia y algo más, algo que le sabía delicioso. La promesa de la venganza. No, Brys Beddict no sobreviviría a su viaje de vuelta a palacio. No importaba la habilidad del idiota con la espada. Contra el

crudo asalto de la hechicería del Errante, ninguna hoja endeble podría oponer resistencia.

Cierto, no habría un empujón amable e invisible. Pero las viejas costumbres, por su propia predictibilidad, podrían aprovecharse. Contra los que defenderse. Además, en ocasiones, lo sutil no satisfacía. Recordó, con una ráfaga de satisfacción, aguantar la cabeza de la Bruja de la Pluma bajo el agua, hasta que sus débiles intentos de escapar cesaron. Sí, había gloria en aquella fortitud, en ser tan directo en la puesta en práctica de la propia voluntad.

Podía volverse adictivo y, de hecho, daba la bienvenida a la invitación.

Había tanto que le roía en aquellos momentos, sin embargo, se sentía ansioso y receloso sobre hacer cualquier cosa. El invocador había resultado ser… aterrador. Los que se volvían miserables a costa del uso de su propio poder siempre atormentaban al Errante, ya que no podía comprender a aquellas criaturas, no entendía su reticencia, las reglas autoimpuestas que gobernaban su comportamiento. Los propósitos eran esenciales, uno no podía entender a su enemigo sin tener cierta idea de lo que querían, de lo que ansiaban. Pero todo lo que el invocador ansiaba era estar solo.

Quizás aquello podía aprovecharse. Excepto que, cuando el invocador había sido presionado, no dudó ni se retiró. Sin parpadear, con una sonrisa en la cara, con una confianza espantosa. *Déjalo por ahora. Piensa en los demás. ¿Hay en ellos alguna amenaza contra mí*?

El hijo de la corifeo tenía guardianes desplegados para defenderle. Aquellos borrachos escuálidos. Mael. Y también otras presencias. Algo antiguo, de pelaje negro y ojos resplandecientes. Había oído el rugido de advertencia, como el temblor que causa un trueno. Había sido suficiente para disuadir al Errante.

El niño podía esperar.

Oh, sin lugar a dudas era una guerra despiadada. Pero tenía posibles aliados. Banaschar. Un hombre débil, uno al que podía usar de nuevo. Y Fener, el cobarde dios de la guerra. Sí, él podía alimentar el poder de aquel desdichado. Podía tomar lo que quisiera, todo a cambio del santuario que le ofrecía. Para terminar, había otras fuerzas, a lo lejos, hacia el este, que valorarían la alianza.

Quedaba tanto por hacer. Pero por ahora, por esta noche, se cobraría la venganza contra aquel miserable montón cubierto de armadura, Brys Beddict.

Esperó, pues, a que el ingenuo saliera del cuartel general. Sin empujón esta vez. No, solo las manos sobre la garganta del bastardo aplacarían la profunda malicia del Errante. Era evidente que el hombre que había muerto no era el mismo que había vuelto. Brys Beddict era algo más que una simple e interminable lista de nombres escritos en la roca de su alma. Había algo más. Como si el hombre tuviera más de una sombra. Si Brys estaba destinado para otra cosa, para algo distinto a lo actual, le correspondía al Errante sofocar la amenaza de forma inmediata.

Eliminarlo del juego, y esta vez asegurarse de que seguía muerto.

No había nada peor que entrar en la habitación de una posada mediocre, arrastrarse hasta la cama, retirar la manta de lana y encontrarse un dragón. O dos. Ambos reacios a desvelarse. Y en un único y miserable instante, las ilusiones de la protección esencial y mutua quedan descartadas. La violenta transformación y, según parece, una pequeña habitación no puede contener a dos dragones.

Es la convicción de los empleados que han servido a gente de todo el mundo, que creen que lo han visto todo. La

desdichada sirvienta que trabajaba en la posada en cuestión podría decir que había conseguido ese logro. Ay, era un triunfo breve.

Telorast y Cuajo, con la apariencia de la peculiar y diminuta forma esquelética (que se había convertido en una parte tan importante de ellos, tan preciosa y adorable, que ninguno se atrevía a partir con los adorables lagartos) estaban ahora en una colina a varias leguas al norte de la ciudad. Una vez que superaron la indignidad del evento inesperado y cuando echaron a volar por pánico para huir de Letheras, habían pasado la última campanada o más aullando de risa.

La expresión en el rostro de la sirvienta era ciertamente inolvidable, y cuando la cabeza dracónica de Cuajo hubo destrozado la pared hasta llenar el pasillo, motivo por el cual todos los huéspedes salieron de sus respectivas habitaciones para echar un vistazo al origen de aquel terrible alboroto, se crisparon de preocupación; Cuajo se desternilló de risa con un chillido, o lo habría hecho de haber tenido ternillas.

Los colmillitos de Telorast todavía resplandecían con sangre, aunque cuando ella los usó por última vez eran bastante más grandes. Un mordisco instintivo (nadie podía culparla por ello), había recogido a un mercader rollizo en la calle que había bajo ella, un instante antes aterrizó para engullirlo entre ladrillos destrozados y escombros de piedra caliza, y ¿acaso no era esencial entre los carnívoros darse el gusto con grasa en ocasiones especiales? Así debe ser, ya que lo aseguró algún erudito, en alguna ocasión, en algún momento. En cualquier caso, ¡estaba delicioso!

¿Podía alguien culpar a los tiburones que se merendaban la pierna de un bañista? ¿La serpiente constrictora que devora a un recién nacido? ¿Los lobos que acorralan a una anciana? Claro que no. Uno debe acusar el acto y

lamentarse por las víctimas sacrificadas, pero rastrear y cazar al asesino (como si fuera un homicida maligno) era algo ridículo. Claro, era una arrogancia deleznable.

—Así es el mundo, hay cazadores y cazados, Cuajo. Y vivir en el mundo implica aceptar esta realidad. Las bestias devoran a otras bestias, y lo mismo para estos preciosos humanos. ¿Acaso no crecen y se desarrollan como cazadores? Por supuesto que sí. Pero en ocasiones el cazador se convierte en el cazado, ¿entiendes? Plantéate si lo harías, y lo harás: un paleto de piernas arqueadas atrapa una liebre para cenar, ¿el resto de las liebres deberían congregarse y lanzarse en una venganza mortal contra el paleto de pueblo? ¿Sería apropiado y justo?

—¡Me atrevo a decir que las liebres así lo creerían! —dijo Cuajo, con la cola espinada golpeando los hierbajos.

—Sin duda, sin duda, ¡pero piensa en la ira de la familia y amigos del pueblerino! ¡Causaría una guerra, un enfrentamiento! ¡Llamarían a los soldados, exploradores de ojos rasgados y cazadores experimentados que visten sombreros verdes de ala ancha, el rey subiría los impuestos y un millar de prostitutas se unirían a la columna! ¡Los poetas cantarían baladas emocionantes para alimentar las llamas de la rectitud! ¡Escribirían grandes épicas para relatar las correrías venales!

—Son unos engreídos, Telorast. Nada más. Son emperadores y emperatrices de sus propias mentes débiles, ¿no te das cuenta? Con esos dominios suyos para actuar a placer. ¡Cómo se atreve una estúpida bestia a morder!

—Al final los atraparemos, Cuajo.

—¡Nosotros y las liebres!

—¡Eso es! Gobernar el dominio, ¿lo harías? No, amigos míos, ¡el dominio te gobierna a ti!

Telorast se quedó en silencio, lúgubres pensamientos le susurraban en la cabeza.

—Cuajo —dijo ella, levantando la pequeña calavera reptiliana—. Tenemos que actuar pronto.

—Ya. ¡Qué mal!

—Alguien en la ciudad está causando problemas. No nos gustan los problemas, ¿a que no? Creo que no.

—A menos que sean nuestros, Telorast. Si somos los que causamos los problemas, no pasa nada. De hecho, es perfecto.

—Hasta que todo va mal, como la última vez. ¿No fue culpa tuya? Así lo recuerdo, Cuajo. Todo fue culpa tuya. Esta vez, vigila. Haz lo que te digo, todo lo que te digo.

—Entonces ¿deberíamos destrozarlo?

—¿A quién?

—Al que le gusta mantener el trono vacío. Entra y sale, entra y sale, entra y sale, mézclalos. ¡Nadie está contento! ¡Caos y confusión, guerras civiles, traiciones y sangre por todas partes! ¡Qué asqueroso!

—¿Crees que deberíamos acabar con él, Cuajo?

—Creí que tenía que seguir tus órdenes. ¡Tú mandas, Telorast! ¿Lo reducimos a trocitos irreconocibles, o no?

—Depende. —Telorast se puso de pie sobre las patas con garras y comenzó a caminar sacudiendo los diminutos antebrazos—. ¿Es el enemigo?

—¡Argh! ¡Tienes razón! ¿Qué me ha dado?

—Simple, él pensó en ignorarnos. No nos gusta que nos ignoren. La gente que nos ignora muere. Es la regla por la que siempre hemos vivido. ¡Desprécianos y te convertiremos en un revoltijo de carne, piel y pelo! ¡Trocitos de hueso, cosas que gotean y se licúan!

—¿Vamos y le matamos, pues?

—Quizá.

—¡Ay, dime qué tengo que hacer! ¡No puedo decirte que me sigas a menos que me guíes tú primero!

—Somos socios —asintió Cuajo—. Déjame pensar.

Telorast hizo una pausa, alzó la cabeza todavía más.

—¡Eh! ¿Qué son esos borrones verdes en el cielo?

—No te acerques a mí.

Asimismo miró a su mujer a los ojos, decidió que había visto esto antes, y por lo tanto mantuvo la distancia.

—¿Por qué os quería allí? No consigo encontrarle un sentido.

Sandalath se sentó, el esfuerzo medido en un largo procedimiento de gestos, gruñidos y suspiros prudentes.

—No anticipé un asalto físico, eso seguro.

Asimismo casi dio un paso adelante entonces, pero se las apañó para retener su gesto instintivo.

—¿Te ha pegado? Por todos los dioses, sabía que la consejera era una mujer dura, ¡pero esto es pasarse de la raya!

—Ay, cállate. Claro que no me ha pegado. Digamos que las cartas fueron asignadas con cierta, ejem, fuerza. Como si eso fuera a convencernos de algo. Toda la hechicería que rodea la Baraja de Dragones es un agravio a las criaturas sensibles, como yo.

¿Sensible? *Bueno, supongo*.

—El invocador encontró una carta para ti. ¿Cuál?

Él observó que ella consideraba si valía la pena responder.

—Me arrojó contra una pared.

—¿El qué?

—¡La carta, idiota! ¡Reina de la Oscuridad! Como si yo pudiera ser algo de eso, estúpida baraja, ¿qué sabe de la Gran Casa de la Oscuridad? El pasado está muerto, los tronos, abandonados. ¡No queda rey alguno y desde luego tampoco reina! No tiene sentido. ¿Cómo puede Ben el Rápido ser Mago de la Oscuridad? Ni siquiera es tiste andii.

Bah, todo es un sinsentido. Dioses, creo que tengo las costillas rotas. Hazme té, amor, haz algo útil.

—Me alegra haberte esperado —murmuró Asimismo, de camino a preparar una tetera—. ¿Alguna preferencia?

—No, pero añádele una gota de aceite d'bayang, ¿vale? La próxima vez llevaré armadura. ¿Hace frío aquí? Echa leña al fuego, no quiero resfriarme. Dame esas pieles. ¿Esa pipa de agua es de decoración? ¿Tenemos durhang? Dioses, duele solo hablar.

Menuda novedad, cariño.

El último acto animado de la iguana muerta fue cerrar las mandíbulas en la oreja derecha de Cojo. El soldado lloriqueaba cuando Oloramuerto se arrodilló junto a él e intentó liberar el agarre salvaje del lagarto. La sangre salía a borbotones y parecía que Cojo fuera a quedarse con media oreja.

Ebron estaba sentado sobre la cama, con la cabeza apoyada en las manos.

—Estarás bien, Cojo. Te arreglaremos la rodilla. Quizá te cosemos ese trocito de oreja…

—No, no lo haremos —interrumpió Oloramuerto—. Seguro que se vuelve séptico y luego se expande. La saliva de una iguana, especialmente la de una muerta, va ligada a un montón de elementos desagradables. Por lo tanto, necesitaré llevar a cabo un ritual para purgar las toxinas que se hayan metido dentro de él. —Hizo una pausa—. Masan, ya puedes salir de debajo de la cama.

—Eso dices tú —replicó la mujer, después tosió—. Por el Embozado, estas bolas de pelo. No volveré a sentirme limpia.

Cojo chilló cuando Oloramuerte metió la hoja del cuchillo en la mandíbula de la iguana y, al no lograr abrirla, comenzó

a cortar los tendones y el tejido muscular en los bordes. Un instante después la criatura cayó, asustando a todo el mundo cuando siseó a través de los orificios nasales.

—¡Creí que habías dicho que estaba muerta! —dijo Cordón en tono acusador. Se acercó para pisar la cabeza de la iguana con la boca. Un desparrame que lo manchó todo alrededor.

—Ahora lo está —afirmó Oloramuerto—. Quieto, Cojo. Comencemos la sanación.

—Los nigromantes no deberían curar a la gente —se quejó Crujido, con la mirada acusadora desde la esquina de la sala. Los componentes varios en su talla de madera, los jinetes amorfos sobre caballos amorfos, se habían desvanecido por el pasillo tras echar la puerta abajo, lo que parecía haberse logrado con una combinación de masticar y machacar y a saber qué más.

Oloramuerto frunció el ceño al mirar al zapador.

—No hablarías así si te estuvieras muriendo por una herida y yo fuera tu única esperanza.

—Sí que lo haría.

El nigromante le ofreció una sonrisa perturbadora.

—Algún día lo veremos, ¿no crees?

—No. Te mataré antes de recibir ninguna herida.

—Entonces ambos estaremos muertos.

—¡Exacto, así es! Justo lo que decía. ¡No sale nada bueno de ningún nigromante!

El pájaro carpintero era un montoncito de carne y plumas en el suelo. La tortuga murciélago había huido por el agujero en la puerta, posiblemente para perseguir a la tropa de madera. La rata de pelo negro colgaba agarrada con las cuatro patas del techo.

Casco se colocó delante de Ebron.

—¿Oloramuerto tenía razón, mago? ¿El Señor de la Muerte se presentó?

—No. No como tal. ¿Por qué no le preguntas…?

—Porque está demasiado ocupado con una sanación. Quiero oírlo de ti, Ebron.

—Es como si todas las sendas hubieran despertado al mismo tiempo. Cabo, no sé a qué juega la consejera, pero no será divertido. Los roles están dispuestos, dudo que nadie (incluida Tavore) conozca a todos los jugadores. Se van a romper muchas narices.

Oloramuerto había estado escuchando. Trabajar en el desastre que suponía la rodilla de Cojo se había convertido en algo repetitivo, lo mismo había sucedido con cada sanador de la compañía, ninguno de los cuales se había librado de proporcionar ayuda al desgraciado.

—Ebron tiene razón. No envidio a tu escuadra si termináis otra vez como escolta de Peccado. Ella está justo en medio de todo.

—A mí tampoco me gusta ella —añadió Crujido.

Ebron miró a Oloramuerto con desdén.

—Lo cerca que estemos de cualquiera no va a marcar diferencia alguna. Todos estamos metidos en problemas.

Un extraño, espumoso y burbujeante ruido desvió la atención de todos los presentes, y todas las miradas se fijaron en la cabeza de la iguana, cuando esta volvió a exhalar.

Se escuchó un resoplido proveniente de debajo de la cama.

—No salgo de aquí hasta que no amanezca.

Los demás se habían marchado, su partida había sido más parecida a una huida apresurada que a una despedida solemne, hasta que solo quedaron la consejera, Lostara Yil y Brys Beddict. Polvo de yeso enturbiaba la luz de las linternas, y el suelo crujía bajo los pies.

Brys observó a la consejera sentarse despacio en la silla en la cabecera de la mesa, y era complicado discernir qué mujer estaba más alterada o consternada. Fuera cual fuese la pena enterrada en Lostara Yil ahora parecía mucho más cerca de la superficie, ella no había dicho ni una palabra desde que Violín se marchó, de pie y con los brazos cruzados, un gesto que seguro estaba relacionado con el dolor que sentía en las costillas y en el resto del cuerpo.

—Gracias —dijo la consejera—, por estar aquí, señor.

Sorprendido, Brys torció el gesto.

—Puedo haber sido justo el motivo de atraer la atención del Errante, consejera. Quizá sería más adecuado que me insultaras.

—No lo creo —contestó ella—. Tenemos la costumbre de obtener enemigos.

—Esto es el jardín del Errante —señaló Brys—. Por supuesto, le molestan los intrusos. Es más, siente desprecio hacia los demás residentes con los que comparte el lugar. La gente como yo, consejera.

Ella levantó la mirada y la fijó en él.

—Estuviste muerto, una vez. O eso me dijeron. Resucitaste.

Él asintió.

—Es extraordinaria la poca elección que uno tiene en asuntos como este. Si le doy muchas vueltas me siento desanimado. No me gusta la sensación de que manipularme sea tan sencillo. Preferiría pensar que mi alma es mía.

Ella apartó la mirada, y puso las manos llanas sobre la mesa ante ella, un gesto extraño, y pareció examinarlas.

—Violín habló sobre el… rival del Errante. El Señor de la Baraja de Dragones. —Dudó, y entonces añadió—: Ese hombre es mi hermano, Ganoes Paran.

—Ah. Ya veo.

Ella negó con la cabeza pero no levantó la mirada, concentrada en sus manos.

—Lo dudo. Puede que compartamos sangre, pero hasta donde yo sé, no somos aliados. Ni… de lejos. Hay asuntos pendientes entre nosotros. Asuntos que no se pueden solucionar, ni con actos, ni con palabras.

—A veces —aventuró Brys—, cuando no se comparte nada más que el arrepentimiento, entonces este debe servir como lugar de inicio. La reconciliación no exige que un lado se rinda al otro. El simple y mutuo reconocimiento de los errores que se cometieron es en sí mismo una forma de cerrar la división.

Ella forzó una media sonrisa.

—Brys Beddict, tus palabras, aunque sabias, presumen comunicación entre las partes involucradas. Ay, este no es el caso.

—Entonces, quizá le has dado la bienvenida al maestro esta noche. En cualquier caso, si he entendido a Violín, no ha llegado a ocurrir ningún contacto así. Dime, si quieres, ¿tu hermano sabe lo de tu… aprieto?

Ella le dirigió una mirada, afilada, escrutadora.

—No recuerdo haber compartido detalle alguno de mi aprieto.

Brys estaba en silencio. Se preguntó qué secreto había sacudido.

Ella se levantó, torció el gesto por un instante al mirar a Lostara, como si la hubiera sorprendido verla allí todavía, y después dijo:

—Informa al rey que nuestra intención es partir pronto. Nos encontraremos con aliados en la frontera con las Tierras Yermas, desde donde marcharemos hacia el este. —Hizo una pausa—. Naturalmente debemos asegurarnos de que cargamos suficientes suministros para todas las

necesidades. Por supuesto pagaremos en plata y oro por cualquier material.

—Intentaremos disuadirte, consejera —dijo Brys—. Las Tierras Yermas no tienen ese nombre por casualidad, y sobre la tierra al este no hemos escuchado nada alentador.

—No buscamos aliento —replicó Tavore.

Brys Beddict hizo una reverencia.

—Me marcho pues, consejera.

—¿Quieres una escolta?

Él negó en silencio.

—No será necesario. Gracias por la oferta.

El tejado tendría que ser suficiente. Hubiera querido una torre, algo de una altura desmesurada. O una cima y una fortaleza tambaleante y medio en ruinas instantes antes de caer por el acantilado y hundirse en el mar embravecido del fondo. O quizás un refugio junto a un acantilado en una montaña pelada, cubierta de hielo y manchurrones de nieve. Un monasterio sobre una meseta, con un único acceso a través de una soga y un sistema de poleas que tiran de una cesta de mimbre en la que hay que subirse. Pero este tejado tendría que ser suficiente.

Ben el Rápido fulminó con la mirada el resplandor verduzco en el cielo hacia el sur, a aquella tropa de jinetes celestiales, ninguno de los cuales portaba buenas noticias, eso seguro.

Mago de la Oscuridad. ¡Bastardo! Tienes un olfato muy canalla, Violín. Y no pretendas hacerte el inocente con esa mirada. Si te encoges de hombros una vez más te meteré a la fuerza diez sendas por el gaznate.

Mago de la Oscuridad.

Hubo un trono... no, no importa.

Aléjate de Sandalath, nada más. Aléjate, ocúltate. Después de todo, solo era una lectura. La palabrería típica de Violín. No tiene significado alguno. Ni lo tuvo. No me molestes, estoy ocupado.

Mago de la Oscuridad.

Violín estaba borracho, junto a Tormenta y Gesler, desafinando canciones napanianas populares sobre piradas de lo más tontas. Botella, que soportaba tres costillas fracturadas, se había marchado en búsqueda de algún sanador al que pudiera despertar. Peccado y Larva habían huido, como un par de ratas a las que acaban de cortar las colas con los cuchillos de carnicero más afilados del mundo. Y Seto… Seto se acercaba con sigilo por detrás, con menos éxito que un asesino desconcertado.

—Lárgate.

—Ni loco, Ben. Tenemos que hablar.

—No.

—Dijo que yo era el Constructor de la Muerte.

—Pues construye una cripta y te metes dentro, Seto. Me encantará sellarla por ti con todos los encantamientos que conozco.

—La cosa es que Violín puede que tenga razón.

Ben el Rápido entrecerró los ojos y miró al zapador.

—El Embozado ha estado ocupado.

—De eso sabes más que yo, no lo niego.

—No va con nosotros.

—¿Seguro?

Ben el Rápido asintió.

—¿Entonces por qué soy el Constructor de la Muerte?

El grito reverberó en los tejados cercanos y Ben el Rápido se encogió.

—Porque se te necesita —dijo tras un instante.

—¿Para qué?

—Se te necesita —respondió Ben—, para construirnos un camino.

Seto lo miró con fijeza.

—Dioses, ¿adónde vamos?

—La pregunta de verdad es si llegaremos allí. Escucha, Seto, ella no es como tú crees. No es como nosotros creemos. No puedo explicarlo, es todo lo que sé decir. No intentes anticiparte. O cuestionar. Te confundirá en cualquier giro. Limítate a observar esta lectura…

—Eso era cosa de Violín…

—¿Eso crees? Te equivocas por completo. Él lo sabe porque ella se lo dijo. A él y a nadie más. Ahora, puedes intentar estrujarle más detalles a Violín, pero no funcionará. Ni aunque le arrancaras la lengua.

—Entonces ¿qué te hace ser el Mago de la Oscuridad? ¿Qué amargo secreto te guardas, Ben?

El hechicero se dio la vuelta una vez más, contempló la ciudad y se quedó rígido.

—Mierda, ¿y ahora qué?

La hechicería brotó de la boca de un callejón y golpeó a Brys en el costado izquierdo. El impacto lo mandó por los aires, zarcillos grises retorciéndose en su cuerpo como serpientes. En lo que dura un latido, la magia le atrapó con fuerza, los brazos inmovilizados. El amarre comenzó a constreñir.

Tirado sobre la espalda, observando el cielo nocturno (que había comenzado a palidecer al fin), Brys escuchó pasos y un instante después el Errante entró en su campo de visión. El único ojo del dios resplandecía como una estrella ardiente en medio de la niebla.

—Te lo advertí, Brys Beddict. Esta vez no habrá errores. Sí, fui yo quien te alentó a beber un trago de aquel vino

envenenado. Oh, el canciller jamás anticipó nada igual, pero se le puede perdonar. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a imaginar que encontrarías a un guardián entre los subordinados de Mael? —Hizo una pausa, y entonces dijo—. No importa. Se acabó la sutileza, esto es mucho mejor. Puedo mirarte a los ojos y verte morir, ¿qué hay más satisfactorio que esto?

La hechicería se tensó, y expulsó el aire de los pulmones de Brys. La oscuridad enturbió su visión hasta que solo pudo ver la tez del Errante, una tez que había perdido toda la elegancia ya que la avidez y el ansia habían retorcido los rasgos. Observó al dios alzar una mano y, despacio, contraer los dedos. La presión en el cuerpo de Brys se incrementó hasta que sus costillas reventaron.

El nuevo puño que apareció impactó como un mazo contra la sien del Errante, con un sonoro crujido. El ojo resplandeciente parpadeó y el dios se derrumbó, desapareciendo de la vista de Brys.

Todas las ataduras se aflojaron al mismo tiempo, y se desvanecieron en cuerdas que se disolvían.

Brys respiró con mucho esfuerzo una deliciosa bocanada de aire fresco de la noche.

Escuchó cascos de caballo, media docena de bestias, quizá más, que se aproximaban a medio galope por la calle. Se limpió el sudor de los ojos, se arrastró sobre el estómago y después se obligó a ponerse de rodillas.

Una mano se cernió sobre su arnés y le puso de pie.

De pronto estaba cara a cara con Tarthenal. Un rostro familiar, los rasgos duros y robustos, un enorme nudo de arrugas en el ceño.

—Tengo una pregunta para ti. Era por tu hermano y yo iba de camino cuando te vi.

Los jinetes llegaron, los caballos resbalaban sobre los adoquines. Una tropa malazana, vio Brys, con las armas

desenfundadas. Una de ellos, una mujer de piel oscura, señaló con la espada.

—Se ha metido en aquel callejón. ¡Adelante! ¡Acabemos con el bastardo y reduzcámoslo a trocitos de carne para estofado! —Hizo amago de desmontar, se enredó y un instante después se derrumbó en el empedrado, la espada claqueteó junto a ella.

Unos soldados desmontaron. Tres de ellos se acercaron a la mujer inconsciente, mientras que el resto se adentró en el callejón.

Brys todavía tenía dificultades para mantenerse erguido. Se apoyaba con un brazo sobre Tarthenal.

—Ublala Pung —susurró—, gracias.

—Tengo una pregunta.

Brys asintió.

—Sí, adelante.

—Ese es el problema. Que no me acuerdo.

Uno de los malazanos acuclillados junto a la mujer se levantó y les miró.

—Sinter dijo que problemas —exclamó con acento marcado en el idioma de los comerciantes—. Dijo que prisa, aquí, salvar alguien.

—Creo —respondió Brys—, que el peligro ha pasado. ¿Ella está bien, señor?

—Soy sargento, no me llames señor… señor. Ella está agotada. Tanto ella como su hermana. —Torció el gesto—. Pero os escoltaremos de todas formas, señor. No nos perdonaría si ahora os ocurriera algo. Por lo tanto, adonde sea que vayáis…

Los demás soldados emergieron del callejón, y uno dijo algo en malazano, aunque Brys no necesitó traducción alguna para entender que no habían encontrado a nadie. Los instintos de supervivencia del Errante estaban muy

despiertos, incluso cuando el puñetazo de Tarthenal le había dejado medio tonto.

—Parece —comenzó Brys—, que a pesar de todo tendré escolta.

—No es una oferta que puedas rechazar, señor —concluyó el sargento.

Ni lo haré. Lección aprendida, consejera.

Los soldados intentaron subir a la mujer llamada Sinter de nuevo a su silla. Ublala Pung se acercó a ella.

—Yo la cargaré —anunció—. Es bonita.

—Haced lo que dice el toblakai —ordenó el sargento.

—Es bonita —repitió Ublala Pung, al alzar su figura flácida con los brazos—. Apesta un poco, pero no pasa nada.

—Marcad un perímetro —espetó el sargento—, amartillad las ballestas. Cualquiera que cruce dentro, asaeteadlo.

Brys rezó para que no se encontraran con ningún madrugador de camino a palacio.

—Mejor que nos demos prisa —murmuró.

En una azotea no muy lejos, Ben el Rápido suspiró y después se relajó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Seto tras él.

—Maldito toblakai… pero eso no es lo interesante, ¿no? No, es esa mujer dalhonesia. Bueno, puede esperar.

—Balbuceas, hechicero.

Mago de la Oscuridad. Dioses.

A solas en el sótano bajo los dormitorios, Violín miraba la carta que tenía en la mano. La madera lacada brilló como si estuviera cubierta de sudor. El olor que desprendía era terroso, rico y oscuro, un aroma de la mismísima tierra.

—Tartheno toblakai —susurró.

El Heraldo de la Vida.

Bueno, perfecto.

La dejó y entrecerró los ojos al mirar la segunda carta que había sacado para cerrar aquella terrible noche. *Desalineados.* Cadenas*. Sí, todos las conocemos, querida. No te preocupes, es el precio de vivir*.

Y bien, si no fueras tan... fuerte. Si fueras más débil. Si tus cadenas no llegaran hasta el corazón de los Cazahuesos... Si supiera quién arrastra a quién, tendría, pues, un motivo para sentir esperanza.

Pero no era así, por lo que no la sentía.

Capítulo 4

Contemplad a estos alegres devoradores
la extensión de la tierra cubierta de plata
candelabros del peltre más blando
hacer rodar los troncos segados
para construir caminos a través del bosque
que una vez fue, previo a los troncos
(que segados rodaban)
lo llamamos sendero tocón y
carretera del bosque cuando
nuestra imaginación pasaba hambre
y podías hacer abanicos con costillas
de ovejas y monederos para baratijas
al aplanar las orejas
de ancianas y ancianos
la vejez es mejor para que las orejas crezcan
siempre se dice, incluso cuando
no queda ni una migaja para comer
y así cargamos con nuestros bienes
en ajadas bolsitas como péndulos
e hirsutas, diamantes y gemas
suficientes para comprar un bosque o una carretera
pero quizá no ambas
suficiente para sandalias de
cuero flexible emplumado
como la mejilla de un bebé
hay un secreto que conocemos
cuando no queda nada más
y el cielo detiene sus lágrimas
un vientre puede estar repleto
de diamantes y gemas
y un bosque puede construir un camino
a través de lo que una vez fue
no encontrarás sombra alguna

los péndulos fueron juguetes
Badalle de Korbanse Serpiente

ara viajar a otros mundos, un chamán o una bruja elan debe cabalgar el Caballo Moteado. Siete hierbas, suavizadas con

Pcera de abeja y aplastadas en una bola, después aplanadas en forma de disco alargado, y al final se mete en la boca, entre el labio y las encías. Un lento y frío entumecimiento y la cantidad de saliva que se genera como si la boca tuviera una fuente, un creciente hormigueo tras los ojos con colores que se unen y después, un fogonazo cegador, el velo entre los mundos se desvaneció. Torbellinos de patrones en el aire; complejas geometrías en el paisaje, un paisaje que podría ser el muro sin límites de una tienda de piel, o las ondulantes paredes de una cueva donde correteaban las bestias, hasta que las manchas con forma de corazón emergieron, pulsantes, tiñendo la escena en filas ondulantes, dulces como olas y con sabor a leche de madre.

Así llegó el Caballo Moteado, una cascada de manchas con forma de corazón que ondearon por la bestia, por el largo cuello, descendiendo por los cuartos traseros, y fluyeron como inflorescencias desde la crin hasta la cola.

Cabalga en el mundo extraño. Cabalga entre los ancestros de los que todavía no han nacido, entre los altos hombres con sus miembros hinchados para toda la eternidad, las mujeres con sus vientres siempre inflados. A través de bosques de hilos negros, el roce o el contacto con cualquiera de ellos es una invitación al tormento sin fin, este es el sendero de vuelta para toda la vida, y para nacer hay que cruzar y encontrar el hilo destinado al alma, el relato de una futura muerte a la que no se puede escapar. Sin embargo, cabalgar en dirección contraria requería flexibilidad para cruzar, evadir los hilos, en caso de que el destino de nacimiento de uno fuera demasiado enmarañado, enredado, y por lo tanto maldijera el alma a una prisión eterna, atrapada en la red de los destinos en conflicto.

Entre los negros hilos se podían encontrar profecías, pero el mundo más allá de aquel bosque era el mayor regalo. Atemporal, hogar de todas las almas que han existido; aquí

era donde la pena se refugiaba, donde el lamento desaparecía y se deshacía como polvo, donde las cicatrices se desvanecían. Adentrarse en este reino significaba ser purificado, completo, purgado de todos los arrepentimientos y deseos oscuros.

Cabalgar el Caballo Moteado y volver era renacer, sin culpa, ingenuo.

Kalyth lo sabía, pero solo de oídas. Los jinetes entre su gente pasaban las verdades de generación a generación. Cualquiera de las siete hierbas, si se toma sola, mataría. Y, al final, solo aquellos dignos escogidos por los chamanes y las brujas conocerán el don de la travesía.

Para alguien como Kalyth, atrapada en la necesaria mediocridad tan vital para el mantenimiento de la familia, del pueblo y del modo de vida de los elan, llevar a cabo aquel ritual (e incluso probar las siete hierbas) era una sentencia de muerte y de perdición.

Claro que los elan ya no estaban. Ya no quedaban brujas ni chamanes. No había familias, ni pueblos, ni clanes, ni manadas. Cada anillo del círculo de piedras, que abarcan la cima de varias colinas, ahora marcaban los restos inmóviles de un campamento final, un campamento al que jamás se volvería, las piedras estaban destinadas a hundirse lentamente allí donde estaban, con el liquen medio muerto bajo las mismas, la hierba aplastada por debajo más blanca que el hueso. Los anillos de roca eran mapas de extinción y muerte. No contenían promesas, tan solo la tristeza del final.

Ella había sufrido su propia perdición, una desprovista de cualquier crimen, de cualquier culpabilidad real más allá de su huida cobarde: el horroroso abandono de su familia. No quedaban chamanes para ejecutar la maldición, pero aquella no importaba demasiado, ¿verdad?

Se sentó, y el sol se marchitó por el oeste y la hierba que la rodeaba creció áspera y gris, inclinada hacia el disco que

descansaba en la palma de su mano.

Magia elan. Tan extraña al mundo como las máquinas de los che'malle en Ampelas Enraizado cuando las vio por primera vez. Cabalgar el Caballo Moteado a través de las cenizas de su gente invitaba a… ¿qué? No lo sabía, no podía saberlo. ¿Encontraría los espíritus de los suyos? ¿La protegerían con amor y perdón? ¿Era su deseo secreto? ¿No una misión en los reinos de las profecías en busca de la sabiduría oculta; no una búsqueda por una espada mortal y un yunque del escudo para los k'chain che'malle?

Extrema confusión, sus intenciones eran sospechosas. *Ja, ja, ¡atravesada por raíces*!

¿Y no habría otro tipo de salvación que ella buscara allí? ¿La invitación a la locura, a la propia muerte? Era posible.

Cuídate del líder que no tiene nada que perder.

Su gente estaba orgullosa de aquellos sabios dichos. Pero incluso ahora, en el silencio mortal, la sabiduría y el orgullo demostraban ser del mismo valor. Es decir: no valían nada.

Los che'malle estaban acampados (si se podía usar esa palabra) tras la colina a sus espaldas. Habían encendido un fuego que a Kalyth le parecía confortable, pero aquella noche no tenía interés en la comodidad.

El asesino shi'gal todavía volaba en círculos en el cielo oscuro sobre sus cabezas. Su centinela nocturno que jamás se cansaba y nunca decía una sola palabra, era para todos conocido (eso creía ella) como su potencial asesino si fracasaran. Bendiciones de los espíritus, era una criatura espantosa, un demonio que mendigaba en sus peores pesadillas. Oh, cómo surcaba los vientos de la noche, un rapaz de mirada fría, una invocación de un propósito singular.

Kalyth se estremeció. Entonces, cerrando los ojos con fuerza cuando la llameante hoz del sol se hundió en el horizonte, se metió el disco en la boca.

Dolió como el mordisco de una serpiente, después aturdimiento, expandiéndose…

—Cuídate de un líder que no tiene nada que perder.

Ante estas palabras murmuradas de la humana, descendiendo desde la colina donde estaban los k’chain che’malle, el cazador k’ell Sag’Churok movió su enorme cabeza repleta de cicatrices. Sobre los ojos, tres párpados distintos parpadearon, y despertaron el reflejo de las hogueras del campamento en un brillo húmedo. La hija de la matrona, Gunth Mach, pareció encogerse, pero se quedó cerca de la búsqueda tentativa de Sag’Churok.

Los otros dos cazadores k’ell, indiferentes a nada que pudiera decir la humana, estaban medio acuclillados y de espaldas al círculo de piedras que rodeaban media docena de ladrillos de estiércol bhederin en llamas, lejos del resplandor que podía dañar su visión nocturna. Los enormes alfanjes que surgían de las muñecas descansaban con los extremos apuntando al suelo, los brazos estirados a ambos lados. Por naturaleza, los k’ell odiaban estas tareas insignificantes como montar guardia. Existían para cazar presas, al fin y al cabo. Pero la matrona había escogido enviarlos fuera sin centinelas j’an; algo que demostraba más todavía que al mantener a todos sus guardias cerca, Gunth’an Acyl temía por su propia vida.

Veterano entre los k’ell, Sag’Churok era el protector de Gunth Mach, y cuando la destriant encontrara una espada mortal y un yunque del escudo, entonces también asumiría la tarea de escoltarlos de vuelta al nido Acyl.

Ampelas Enraizado estaba plagado de errores de juicio. Una matrona defectuosa producía prole defectuosa. Era algo sabido por todos. No era una cosa que podía vencerse o eludirse. La prole debía seguirla. A pesar de todo,

Sag’Churok tenía una pertinaz sensación de fracaso, una ansiedad embotada y persistente.

Cuídate del líder…

Sí. El que habían elegido, llamado Mascararroja, había demostrado ser tan defectuoso como cualquier k’chain che’malle de la colmena, y la cruel lógica de aquel hecho todavía dolía. Quizá la matrona estaba en lo correcto al escoger a un humano para llevar a cabo la búsqueda en esta ocasión.

Visiones regidas por la intencionalidad susurraban a través de Sag’Churok. El asesino shi’gal, dando vueltas por encima de ellos, había empujado un mensaje al cerebro del cazador k’ell. Helado, rugoso, despreocupado del dolor que provocaba el mensaje. Sí, fue por aquel poder que la cabeza de Gunth Mach se alzó, los ojos fijos en Sag’Churok, al mismo tiempo que oleadas derramaban sus sentidos.

Intrusos en la vasta manada, fuegos incontables.

—*Entonces, ¿quizás entre estos?* —envió Sag’Churok como respuesta.

El que lidera no es para nosotros.

Un aroma bestial acompañó aquella declaración, uno que Sag’Churok reconoció. Las glándulas despertaron bajo las escamas cubiertas por armadura pesada en la columna dorsal del k’ell, la primera de las preparaciones instintivas para cazar, para la batalla, y al mismo tiempo que las esclas parecen alzarse y flotar en la espesa capa de aceite, los párpados interiores se cierran sobre los ojos, elevándose desde abajo para cubrir con un velo su visión. Unas rocas en una colina cercana resplandecieron, tapando los rayos del sol. Diminutas criaturas corretean por la hierba, descubiertas por la respiración y por los rápidos latidos del corazón.

K’ell Rythok y Kor Thuran captaron la amarga señal del aceite, y se enderezaron, liberando las espadas. Un último pensamiento llegó a Sag’Churok.

Demasiados a matar. Mejor evitarlos.

—¿Cómo los evitamos, shi'gal Gu'Rull? ¿Cruzarán nuestro camino?

Pero el asesino no consideró aquellas preguntas dignas de respuesta, y Sag'Churok sintió el despreció del shi'gal.

Gunth Mach envió a su guardián un pensamiento privado.

Desea que fracasemos.

—Si ansía matar, ¿por qué no a estos extraños?

No soy nadie para decirlo —contestó—. *Al fin y al cabo Gu'Rull no me habló a mí, sino a ti. No admitirá nada, pero siente respeto hacia ti. Has cazado y, como yo, luces heridas y has probado el sabor de tu propia sangre, y en ese sabor ambos vislumbramos nuestra mortalidad. Esto es algo que Gu'Rull comparte contigo, mientras que Rythok y Kor Thuran no*.

—Y aun así con todo su despreocupado poder sus pensamientos se filtran hacia ti…

¿Sabe algo de mi crecimiento? Lo dudo. Solo tú sabes esta verdad, Sag'Churok. A los demás no les revelo nada. Me creen poco más que un zumbido, una promesa, una posibilidad. Estoy cerca, primer amor, muy cerca.

Sí, lo había sabido, o había pensado en ello. Ahora, el asombro pugnaba por salir y el k'ell trató con todas sus fuerzas de contenerlo.

—¿Gunth'an Acyl?

Ella no puede ver más allá de su sufrimiento.

Sag'Churok no estaba seguro de ello, pero no envió nada. No era cosa suya aconsejar a Gunth Mach, después de todo. Además, saber que el asesino shi'gal buscaba compartir algo con él era inquietante. El sabor de la mortalidad era el nacimiento de la debilidad.

De pronto, Rythok se dirigió a él, se abrió paso bruscamente a través de su confusión.

—Estás alerta a una amenaza, y aun así no notamos nada. Es más, ¿no deberíamos apagar este fuego inútil?

Sí, Rythok. La destriant duerme y no lo necesitamos.

—¿Cazas?

No. Pero no estamos solos en esta tierra. Manadas de humanos se mueven por el sur.

—¿No es lo que Acyl desea? ¿No es lo que la destriant debe encontrar?

Estos no, Rythok. Y aun así, debemos cruzar esta manada… creo que pronto probarás el sabor de tu propia sangre. Kor Thuran y tú. Preparaos.

Y, con cierta consternación, Sag'Churok vio que estaban satisfechos.

El aire se volvió denso, claro como el humor acuoso de un ojo, y todo lo que Kalyth pudo ver a través se enturbió y difuminó, pantanoso y borroso. La extensión de estrellas fluía con un movimiento discordante; la hierba de las ondulantes colinas temblaba, como si estuviera sorprendida por los caprichosos vientos. Motas de basura flotaban, amorfas y de un leve y pulsante escarlata, algunas descendían hasta el suelo, otras subían hacia el cielo como si las elevara una corriente.

Cada lugar guardaba los recuerdos de lo que había sido. Una llanura que había estado sumergida en un lago, el lecho de un mar seco, las profundidades sin luz del vasto océano. Una colina que había sido la cima de una joven montaña, parte de un grupo de islas, el colmillo dentado de la tierra sepultado en hielo glacial. Polvo que había sido planta, arena que había sido roca, manchas que habían sido hueso y carne. La mayoría de las memorias, como comprendió Kalyth, estaban escondidas, imperceptibles, y sujetas al abrazo de la vida efímera. Y aun así, una vez que

despertaban los ojos, todos los recuerdos quedaban desvelados, un fragmento aquí, una pista allá, un grupúsculo de revelaciones que susurran eternidad.

Tal conocimiento podía aplastar cualquier alma con tal inmensidad, o ahogarla bajo un aluvión de futilidad insoportable. Tan pronto como se hacía la distinción, la separación del yo del resto, de todo el mundo más allá (la imparable medida del tiempo, el juego extravagante con el azar del lento asedio y la súbita catástrofe), entonces el yo se volvía huérfano, desprovisto de toda seguridad, y cara a cara con un mundo que ahora, en su mejor faceta, era extraño, y en la peor un enemigo implacable y cruel.

Nos dejamos huérfanos a nosotros mismos debido a la arrogancia, y nos dirigimos a la soledad que encontramos en el camino hacia la muerte.

¿Pero era posible retirarse al mundo? ¿Cómo aprender a nadar en aquellas corrientes? Al autoproclamarse, el alma decidía que era lo que quedaba en oposición a todo lo demás. Dentro, fuera, familiar, extraño, lo que se tiene, lo que se codicia, todo lo que está al alcance de la mano y lo que jamás lograremos. La distinción era profunda, tan violenta como el corte de un cuchillo, amputando tendones y músculos, arterias y nervios.

¿Un cuchillo?

No, era el arma equivocada, un constructo patético de su limitada imaginación. La fuerza que dividía era algo... distinto.

Creía que podía ser algo vivo.

La vista de capas múltiples ante ella de pronto se transformó. La hierba se marchitó y se deshizo. Las enormes dunas de arena ocultaron el horizonte, y en una cuenca justo frente a ella vio una figura. Le daba la espalda al arrodillarse bajo la escueta sombra de una especie de monolito. La piedra (si ese era el material) estaba cubierta

de herrumbre, las manchas parecían heridas, como si fuera carne contra la roca verde y negra.

Ella se dio cuenta de que se estaba acercando. La figura no estaba arrodillada en posición de veneración u obediencia. Cavaba, las manos hundidas en la arena casi hasta los codos.

Era un anciano, la piel de un negro azulado. Calvo, la piel que cubría el cráneo estaba cubierta de cicatrices. Si la escuchó acercarse, no dio señales de ello.

¿Era un momento del pasado? ¿Milenios desplegándose al retirarse todas aquellas capas? ¿Era testimonio de un recuerdo de las Tierras Yermas?

El monolito, comprendió Kalyth de pronto, estaba tallado en forma de dedo. Y la piedra que había visto al principio de color verde y negra se volvía cada vez más translúcida, de un verde serpentino, y revelaba los aspectos e imperfecciones del interior. Vio vetas como venas de esmeralda oscuro, y aglomeraciones que podrían ser hueso, del color del jade, en lo más profundo de la construcción.

El anciano (cuya piel no era de un negro azulado como había creído al principio, sino que tenía tantos tatuajes arremolinados en la piel que no quedaba nada de su tono natural) habló, aunque no dejó de meter las manos en la arena de la base del monolito.

—Hay una tribu en el Sanimon —dijo—, que afirma que fueron los primeros en dominar la forja de hierro. Todavía fabrican herramientas y armas con las técnicas tradicionales, sofocando las hojas en la arena, justo como estoy haciendo ahora mismo, ¿lo ves?

Aunque no conocía su idioma, entendió lo que decía, y ante su pregunta ella fijó la mirada todavía más en sus brazos. Si las manos sujetaban armas, las había sumergido bien hondo en la arena.

Tampoco vio forja alguna, ni siquiera una hoguera, que quedara a la vista.

—No creo —continuó el hombre, con la voz entrecortada, como si sintiera dolor—, sin embargo, no creo que lo haga exactamente como debe ser. Debe de haber otros secretos involucrados. Sofocar en agua o en pilas de abono es algo en lo que no tengo experiencia alguna. —Hizo una pausa—. Al menos creo que no. Hay tanto que he… olvidado.

—No eres elan —dijo Kalyth.

Él sonrió ante sus palabras, aunque en vez de mirarla, miró al monolito.

—Algo que sí puedo decir —dijo—, oh, un centenar de tribus diferentes. Tribus de Siete Ciudades, tribus Quon Tali, tribus korelianas, genabackanas… Y todas comparten una única cosa, ¿sabes qué?

Esperó, como si se dirigiera hacia el monolito en vez de a Kalyth, que estaba detrás de él, a la suficiente distancia como para tocarlo.

—Te lo diré —concluyó al fin—. Todas están al borde de la extinción. Y acabarán mezcladas con el resto de la gente. A veces un rasgo de su sangre sobrevive, encuentra nuevos hogares, diluido, olvidable. O no son nada más que polvo, incluso sus nombres olvidados, desaparecidos para siempre. Sin nadie que pueda lamentar la pérdida y todo eso.

—Soy la última elan —explicó ella.

Él volvió a hundir las manos en la arena, tan hondo como pudo.

—Estoy preparándome… para blandir el arma más formidable. Pensaron en esconderse de mí. Fracasaron. Las armas deben ser templadas, bien templadas, claro. Incluso pensaron en matarlo. Como si algo así fuera si quiera posible. —Hizo una breve pausa—. Aunque quizá lo sea. La clave para todo, como verás, es hacer un corte limpio, justo en el centro. Un corte limpio es con lo que sueño.

—Yo sueño con… esto —dijo ella—. He cabalgado el Caballo Moteado. Te he encontrado en los reinos de más allá. ¿Por qué? ¿Me has invocado? ¿Qué soy para ti? ¿Qué eres para mí?

Él soltó una carcajada.

—¡Qué divertido! Veo hacia dónde señalas, ¿crees que no podía? ¿Crees que también estoy ciego con esto?

—Cabalgo el…

—¡Oh, por favor, ya basta! Te llevaste algo. Así es como has llegado aquí, así es como todos llegan. O bailan y danzan hasta que caen dentro y fuera de sus cuerpos. Fuera lo que fuera que te llevaste alivió tu vuelta al ritmo que existe en todas las cosas. El pulso del universo, si lo prefieres. Con la suficiente disciplina no necesitas llevarte nada. Y esto es bueno, ya que tras diez o veinte años comiendo hierbas o lo que sea, la mayoría de los chamanes se acostumbra a sus efectos. La ingesta solo sirve como ritual, un permiso para el viaje. —De pronto detuvo cualquier movimiento—. Caballo Moteado… sí, alucinaciones visuales, patrones que flotan ante los ojos. Los bivik lo llamaban Herida Resonante, como manchas de sangre que se extienden, supongo que querían decir. *Pum, pum, pum*… Y los fenn…

—La matrona cuida de los nuestros —interrumpió ella—. La tradición ha fracasado.

—La tradición siempre fracasa —replicó el anciano—. Así como lo nuevo también suele fracasar.

—Está desesperada…

—La desesperación ofrece consejo envenenado.

—¿No tienes nada de utilidad que puedas ofrecerme?

—El secreto reside en la templanza —dijo—. Ahí tienes algo de utilidad. Tu arma debe estar bien templada. Forjada con dureza, recocida con ingenio, los filos pulidos con conocimiento. La punta de los dedos se estira hacia ellos,

ves, bueno, si esto fuera un cielo de verdad lo verías. —Su amplio rostro se dividió con una sonrisa que era más una mueca que un gesto de placer. Ella pensó que, a pesar de sus palabras sugiriendo lo contrario, podía ser ciego.

»Es un defecto —continuó—, ver a los mortales y a los dioses como si estuvieran en bandos contrarios. Un defecto. Un error fundamental. Porque entonces, cuando la hoja cae, es cuando ya no pueden reunirse. Bien, ¿lo entiende? Puede, pero si es así, me aterroriza, ya que tal sabiduría parece casi… inhumana. —Negó con la cabeza y se recostó, sacando los brazos de la arena.

Ella le miró, sentía curiosidad por las armas que sujetaba. Pero no había nada. Y en sus manos, el tono de óxido resplandecía como si estuviera pulido.

Las levantó.

—Las esperabas verdes, ¿no? Jade verde, sí, y brillante. Pero no en esta ocasión, no para esto, oh no. ¿Están listas? ¿Preparadas para el arma más letal? Lo dudo.

Volvió a hundir las manos en la arena una vez más.

Una tropa a pie de exploradores que se habían alejado hacia el norte había visto el fuego solitario del campamento. Ahora avanzaban hacia este (aunque el brillo distante de las llamas se apagó), y, desplegándose en formación de media luna, mostraron una gran habilidad en el sigilo, desplazándose desapercibidos por la llanura.

Uno de los exploradores, rostro pintado de blanco y cubierto por una tela oscura, se acercó a una liebre casi inmóvil y la criatura no sintió al guerrero que pasaba junto a ella, a no más de cinco pasos de distancia.

Pocas llanuras eran realmente llanas o carecían de accidentes. Pendientes y cuestas surgían por todos lados; tramos inclinados que jugaban con el sentido de la distancia

y la perspectiva; montículos excavados ocultos bajo penachos de hierba; zanjas en estrechos y traicioneros cauces que uno no podía ver hasta que metía un pie dentro. Moverse sin ser visto a través de este paisaje era desplazarse como los depredadores de cuatro patas, y la presa que va de cobertura en cobertura, a un ritmo irregular, elocuente como las sombras. Y aun así, las Tierras Yermas no tenían ese nombre porque sí, gran parte de la llanura estaba desnuda, y las pequeñas zonas donde no había más que alguna roca quebrada y arena que soplaba el viento eran un desafío para cualquiera.

A pesar de aquellas restricciones, estos exploradores, dieciocho en total, no permitieron que les delatara ni un solo aliento al acercarse al lugar en el que había estado la fogata. Aunque todos portaban armas, jabalinas y unas extrañas alfanjes de un solo filo, llevaban las lanzas cruzadas en las anchas espaldas y las espadas anudadas y atadas a un costado.

Era obvio pues que había sido curiosidad lo que les había llevado a acercarse al solitario fuego, para descubrir con quién compartían aquella tierra.

A menos de dos mil pasos, los exploradores se deslizaron a una amplia cuenca, y todo lo que les iluminaba ahora era el tenue brillo jade de los misteriosos viajeros que cruzaban el cielo nocturno.

La formación de media luna se invirtió, despacio, el explorador central se adelantó para posicionarse en la punta. Cuando la tropa alcanzara una distancia prudencial, el hombre a la cabeza se aventuraría él solo.

Gu’Rull le esperaba. El gigantesco k’chain che’malle estaba a plena vista, pero ni un solo humano lo percibió. Cuando era el momento de matar, el asesino shi’gal podía enturbiar la mente de sus víctimas, aunque en general solo era efectivo si los objetivos no sospechaban nada; y contra

otros shi’gal, centinelas j’an y soldados veteranos ve’gath, esta confusión no funcionaba.

Estos humanos, claro, eran débiles, y a pesar de todo el sigilo, el calor que emitían los cuerpos les hacía resplandecer como un farol a los ojos de Gu’Rull.

El explorador líder se desplazó directamente hacia el asesino, que aguardó con las alas plegadas y retraídas. Las garras retráctiles en los estrechos y largos dedos emergieron lentamente de la funda membranosa, cubiertas de veneno neuronal. Aunque en el caso de los humanos, la piel era tan blanda que las toxinas no eran necesarias.

Cuando el guerrero estuvo al alcance, Gu’Rull vio que dudaba, como si un instinto hubiera despertado en él, pero ya era demasiado tarde. El asesino lanzó un zarpazo. Las garras cortaron el lateral de la cabeza del hombre, atravesaron carne y hueso, y la fuerza del golpe estuvo a punto de separar la cabeza del cuello.

Mucho antes de que la primera víctima cayera, Gu’Rull ya estaba en movimiento, una guadaña nocturna arqueada que descendía sobre el siguiente humano. Las garras se hundieron en el torso, encajadas bajo la caja torácica, y el asesino alzó al hombre del suelo y arrojó el cuerpo flácido a lo lejos, salpicando sangre por todas partes.

Resplandor de dagas cruzaron el aire cuando el resto de los exploradores convergió. Dos de las armas arrojadizas golpearon a Gu’Rull, ambas resbalaron por las duras y lisas escamas. Empuñaron las jabalinas, listas para arrojarlas. Pero el shi’gal ya estaba sobre ellos, repelía ataques fruto del pánico, desgarró cuerpos, decapitó a un hombre, aplastó cráneos y costillas con las fauces, desgarró hombros. La sangre bañaba el duro y rocoso suelo, y formaba una fina niebla tras cada golpe mortal del asesino.

Dos exploradores se retiraron, intentaron huir, y por un instante Gu’Rull les dejó marchar, ocupado con los últimos

guerreros que le rodeaban. Comprendió que no eran cobardes. Corrían lo más rápido que podían hacia el sur, cada uno por su propio camino. No, trataban de llevar el mensaje del asesino, el nuevo enemigo, al líder de la manada.

Por supuesto, esto era inaceptable.

Instantes después el asesino estaba solo, meneaba la cola y de las manos caían gruesos goterones de sangre. Respiró hondo y llenó los pulmones superficiales y después los inferiores, restableciendo la fuerza y el vigor a sus músculos.

Desplegó las alas.

Los dos últimos debían morir.

Gu'Rull se lanzó al aire, las alas batiendo, escamas emplumadas que silbaban como si entonaran un canto fúnebre.

Una vez que estuvo arriba, las siluetas resplandecientes de los dos guerreros destacaron como piras en una llanura oscura. Mientras que, en la estela que el asesino dejaba al avanzar hacia estos dos, dieciséis cadáveres se enfriaban lentamente, apagándose como los rescoldos de una fogata consumida.

Sag'Churok pudo oler la sangre en el aire. También escuchó los resoplidos de frustración de los dos cazadores que todavía no se habían manchado de sangre y que seguían de pie, con las extremidades temblorosas debido al dulce fluido del néctar de la masacre que ahora corría por sus venas y arterias, y cuyas colas restallaban en el aire. Habían perdido el control de las glándulas de lucha, una señal de su inexperiencia, de su juventud, y aquello molestaba y entretenía a Sag'Churok al mismo tiempo.

A pesar de todo, en realidad él mismo había tenido dificultades en cuanto a desatar por completo el fluido de néctar, obligando a las glándulas del sueño a abrirse para que el efecto contrario aplacara las feroces llamas.

El shi'gal había cazado aquella noche, y al hacerlo, se había burlado del k'ell, robándole la gloria, negándole el placer que buscaba, el placer por el que había nacido.

Al amanecer, Sag'Churok guiaría a la búsqueda lejos del escenario de la matanza. La destriant Kalyth no necesitaba saber nada de todo aquello. Su mente ya era bastante débil sin necesidad de añadidos. La búsqueda continuaría hacia el este, adentrándose todavía más en las Tierras Yermas, donde no había alimento alguno para los extranjeros. Por supuesto, esta cautela fracasaría si la manada era tan enorme como Gu'Rull había insinuado.

Por lo tanto Sag'Churok sabía que sus compañeros cazadores encontrarían la sangre tarde o temprano. Sisearon y resoplaron, agitaron las fauces y bostezaron. Las pesadas hojas golpearon y rasgaron el suelo.

No se le ocurrió a Gu'Rull que los incontables perros que plagaban la manada de humanos no eran otra cosa más que carroñeros, como las bestias que habían seguido el rastro de las furias k'chain che'malle en tiempos de guerra. Por lo que el asesino no prestó atención a las seis bestias que se movían en paralelo a los exploradores, y no hizo esfuerzo alguno en enturbiar sus sentidos. Incluso cuando los animales huyeron al sur, en dirección clara hacia la manada humana, Gu'Rull no atribuyó significado alguno a esta peregrinación. Los carroñeros eran muy comunes, con necesidades únicas y para nada complejas.

El asesino había matado a los exploradores, en ambas ocasiones había caído desde arriba, y arrancó las cabezas de

los hombros cuando se detuvieron a escuchar el gemido de las alas de Gu'Rull. Una vez completada la tarea, el shi'gal se elevó hasta internarse en la noche, donde buscó las corrientes de aire que remontaría durante el día siguiente. Aire frío para evitar sobrecalentarse, ya que había descubierto que durante el día sus alas, al desplegarlas por completo, absorbían grandes cantidades de calor, y le dificultaba mantener la calma y la serenidad natural.

Y aquello no era lo que quería.

Kalyth observó la escena ante ella fragmentarse y después desvanecerse como si se la llevara un viento que no podía sentir. El anciano, el monolito, las manos pulidas y todas las palabras. Habían sido una distracción, haber caído en aquella trampa de algo (y alguien) que no tenía nada que ver con ella era prueba de su ignorancia.

Pero al parecer la fuerza de voluntad por sí sola no era suficiente, en concreto cuando no tenía un destino real en mente. Se había puesto en contacto mental por una idea, una sensación vagamente familiar. ¿Era acaso sorprendente que deambulara sin rumbo, perdida y mostrando una patética vulnerabilidad?

Casi imperceptible, como si surgiera del éter, escuchó al anciano decir:

—Siempre aparece muerta, empalada con gran crueldad. Y no, no la verás moverse, ni una sola sacudida. Ni siquiera la sangre gotea. Que no te engañe. Será libre. Debe serlo. Es necesario.

Pensó que diría algo más, pero su voz menguó, y el paisaje ante ella cobró nueva forma. Destrucción o piras ardían a través de una planicie cuyo nivel era de un llano anormal. Volutas de humo negro y caliente le provocaron picor en los ojos. No conseguía dar un sentido a lo que veía;

el horizonte hervía, como si hubiera ejércitos en liza por todas partes en la lejanía.

Unas pesadas sombras se desplazaron por el suelo chamuscado y ella alzó la vista, pero más allá de las columnas de humo que se elevaban de las piras, no había nada en el cielo incoloro. Algo en aquellas sombras asustó a Kalyth, el modo en que parecían converger, como si ganaran velocidad, y sintió que algo la empujaba hacia ellas, como si la absorbieran.

Pareció entonces que realmente había dejado su cuerpo atrás, y que ahora surcaba las mismas corrientes, proyectando su irrisoria y amorfa sombra, y vio que la destrucción le parecía familiar. Al fin y al cabo no eran piras como tal, sino piezas aplastadas y retorcidas de un mecanismo parecido al que había visto en Ampelas Enraizado. Su incomodidad se acrecentó. ¿Era una visión del futuro? ¿O un fragmento remanente de un pasado distante? Ella sospechó que los k’chain che’malle habían librado grandes guerras siglos atrás, y a pesar de todo solo sabía que se aproximaba una nueva guerra.

El horizonte se acercó hasta un punto en el que las gigantescas sombras parecían destinadas a converger. El extremo agitado por los ejércitos enzarzados en la batalla, y aun así apenas pudo sacar en claro muchos detalles. ¿Humanos? ¿K’chain che’malle? No podía estar segura, y aunque se acercó todavía más, estos seguían indistinguibles, como si los hubiera tragado el polvo.

Kalyth se dio cuenta de que nada sería fácil. No habría dones otorgados con simple claridad, con un significado inconfundible. Sintió un pánico súbito que la dejó helada, trató de volver al mismo tiempo que las sombras se dirigían a un punto concreto, tan solo para desaparecer después, como si se hundieran a través de una puerta. No quería seguirlas. No quería nada de esto.

Dos soles gemelos cobraron vida con un fulgor, cegándola. Un calor abrasador la golpeó, crecía, y ella gritó al marchitarse en la tormenta de fuego. Pero era demasiado tarde.

Se despertó tumbada sobre hierba húmeda, parpadeó y vio un cielo pálido sobre ella. Motas tenues todavía enturbiaban su vista, pero pudo sentirlas perder intensidad. Kalyth había vuelto, no más sabia, no más segura de lo que venía a continuación.

Rodó hacia un lado entre gemidos, y después se alzó sobre manos y rodillas. Le dolían todos los huesos del cuerpo; sentía calambres en los músculos, y se estremeció del frío que le había calado hasta lo más profundo del alma. Levantó la cabeza y vio a Sag’Churok junto a ella. Los aterradores ojos del cazador estaban fijos en ella como si observara una liebre debatiéndose bajo sus garras.

Ella apartó la mirada y se puso de pie. Olió el leve aroma a humo de estiércol y se giró para ver a Gunth Mach agachada junto a la fogata, las enormes manos giraban con destreza unas brochetas de carne que goteaba.

Las condenadas criaturas estaban obsesionadas con la carne desde que abandonaron el nido. En este viaje todavía no las había visto desempaquetar un solo tubérculo u hogaza de pan (o lo que se suponía como pan, a pesar de que al probarlo tenía la consistencia de un champiñón fresco, había visto panes de todos los tamaños y formas). Carne al amanecer, carne durante el descanso de mediodía, carne durante la travesía al atardecer, y carne como último plato antes de que se pusiera el sol. Ella creía que, si no fuera por ella, se la comerían cruda. Las Tierras Yermas ofrecían poco más, como había descubierto. Incluso la

hierba, las bayas y los tubérculos que eran comunes en los pastos de los elan aquí no existían.

Sintiéndose miserable y terriblemente sola, se fue a buscar el desayuno.

Stavi miró a su hermana y vio, como siempre, su propio rostro, aunque la expresión nunca encajaba con la suya. Puede que fueran gemelas, pero también eran ambos lados de una misma moneda, y se turnaban sobre lo que ofrecían al mundo. Hetan lo sabía, y había observado en más de una ocasión cómo cuando una de sus primeras hijas ponía la mirada sobre la otra, surgía una expresión de sorpresa y algo parecido a la culpa en la tez de la niña. Como si viera una actitud inesperada en la otra que había engañado sus propios sentimientos más profundos.

No era sorpresa alguna pues, que Stavi y Storii tuvieran la costumbre de evitar la mirada de la otra siempre que fuera posible, ya que a ninguna le resultaba agradable aquel fogonazo de confusión. Preferían ver esa confusión en los demás, en particular, como descubrió Hetan, en su padre adoptivo.

Aunque no estaba a una distancia que las pudiera escuchar, Hetan podía ver cómo se desarrollaba. Las chicas habían perseguido al pobre hombre, malévolas como un par de gatos furtivos, y fuera lo que fuera que querían de él, lo conseguirían. No fracasarían.

Y así sería, siempre, de no ser por su cruel e inteligente madre, cuando se lo tomaba como algo personal, podía abrirse paso en medio de la emboscada y, con una sola palabra o gesto, ahuyentar a las dos brujitas. Con esto en mente, claro, por lo menos una de las gemelas tendría la mirada puesta en dónde se encontraba Hetan, midiendo las distancias y la intensidad de la atención de su madre. Hetan

lo sabía, y siempre que se dirigía hacia ellas, estas interrumpían el asalto manipulador y persuasivo sobre su padre y, tras dedicarle unas miradas oscuras y afiladas, se escabullían como pequeñas diablillas.

Oh, también eran adorables, cuando les convenía y, conservaban un regalo de su padre real, ambas disponían de un talento natural para fingir inocencia, tan pura y tan absoluta bordeaba el autismo, algo que siempre producía náuseas a su madre y a otras madres. Por lo tanto, Hetan había visto a tías abuelas (normalmente indulgentes cuando su rol familiar era conveniente) entrecerrar los ojos ante la demostración.

Claro que no era sencillo medir la maldad, o siquiera estar seguro de que la asignación es apropiada. ¿No era el don de una mujer destacar en toda la guía esencial de cada aspecto de la vida del hombre que escogían? Desde luego que sí. Por lo tanto, Hetan sentía lástima por los futuros maridos de Storii y Stavi. Sin embargo, al mismo tiempo no iba a permitir que a su marido lo masacraran las dos criaturas. El problema era simple posesión. Y cuanto mayor se hacían las gemelas, más descarados eran los esfuerzos por apartarlo de ella.

Sí, no se le escapaba nada. No era nada directo, ni siquiera consciente por parte de las chicas. Tan solo probaban sus habilidades de captura, desgarro y devora. Y era natural que sintieran competitividad hacia su propia madre. En ocasiones, Hetan pensaba en el deseo de poder hallar al lejano, caprichoso y diabólico padre, y arrojar a las dos canallas a su regazo. Sí, Kruppe de Darujhistan era más que bienvenido a retomar lo que le había pasado inadvertido.

Ay, podía imaginarse que el hombre que había en el lugar de Kruppe no aceptaría tal gesto, sin importar lo mucho que Hetan lo intentara. Tales eran las miríadas de miserias de la

maternidad. Y su mala suerte en escoger una pareja honorable.

Él era vulnerable, propenso a caer en vicios, y las gemelas lo sabían y como pirañas le acechaban. No es que Stavi y Storii fueran insensibles, como a todas las jóvenes de su edad, les importaba un bledo. Querían lo que fuera que quisieran en aquel momento y harían cualquier cosa para conseguirlo.

Mucho antes de la mayoría de edad, claro, la vida tribal entre los barghastianos de rostro blanco apartaría todo aquello a la fuerza, o por lo menos reprimiría los impulsos más feroces, algo necesario para tener una buena vida.

Storii fue la primera en sentir que Hetan se acercaba, y el oscuro intento en la mirada de su madre se reflejó en un súbito fogonazo de terror y maldad en el rostro dulce y redondo de la chica. Hincó los dedos en el hombro de su hermana y Stavi se encogió ante el pinchazo para justo después ver a Hetan. En un latido las gemelas estaban en plena huida, escabulléndose como dos armiños, y su padre adoptivo se quedó mirándolas sorprendido.

Hetan llegó.

—Cariño, tienes la inteligencia de un bhederin cuando se trata de esas dos.

Onos Toolan parpadeó al mirarla, y después suspiró.

—Me temo que, de todos modos, tan solo las estaba frustrando. Es difícil concentrarse, hablan tan rápido y casi sin respirar, que pierdo el sentido de lo que quieren decir, o de lo que quieren.

—Puedes estar seguro que fuera lo que fuese, la intención era que las mimaras todavía más. Pero he roto el asedio, Tool, para decirte que los jefes del clan planean una reunión. Bueno, aquellos que se las apañaron para prestar atención a las invocaciones. —Ella dudó—. Están preocupados, esposo.

Incluso esto apenas penetró la pena que había caído sobre él tras la brutal muerte de Toc el Joven.

—¿Cuántos clanes no han enviado a nadie? —preguntó.

—Casi un tercio.

Él torció el gesto, pero no dijo nada.

—La mayoría de los extremos meridionales —explicó Hetan—. Por eso los que están aquí dicen que debe de haber sido motín, que han perdido el rumbo, la voluntad. Que se han separado y deambulan por los reinos, los guerreros trabajando como guardaespaldas para los saphin y los bolkando.

—Has dicho «la mayoría», Hetan. ¿Qué pasa con los demás?

—Todos son clanes de los alrededores, aquellos que viajaron más lejos en la dispersión, excepto uno. Gadra, que encontraron una manada considerable de bhederin en un valle entre Akryn y Awl'dan, suficiente para sustentarlos durante un tiempo…

—El caudillo gadra… Stolmen, ¿no? No sentí deslealtad en él. Es más, ¿qué probabilidades hay de motín en esa región? No tendrían ningún lugar al que acudir. No tiene sentido.

—Tienes razón, no lo tiene. Deberíamos haber recibido noticias suyas. Debes hablar con los jefes de los clanes, Tool. Necesitan recordar por qué están aquí. —Contempló los dulces ojos marrones unos instantes, y entonces apartó la mirada. La crisis, como bien sabía, residía no solo en la mente de los jefes de los clanes barghastianos, sino en el hombre que tenía ante ella. Su marido, su amor.

—No sé —respondió Tool, despacio, como si buscara las palabras exactas—, si puedo ayudarles. Las videntes cargadoras fueron atrevidas con aquellas primeras profecías, prendiendo los fuegos que nos han traído hasta aquí, pero con cada día que pasa parece que se les marchita la lengua,

que se les secan las palabras, y todo lo que veo en ellos es el miedo en la mirada.

Le agarró del brazo y estiró de él hasta que la siguió fuera del límite del vasto campamento. Cruzaron las estacas y después las letrinas secas que formaban un anillo de zanjas, y siguieron más allá, hasta el duro suelo irregular donde no hacía mucho los rebaños habían pasturado en la temporada de lluvias.

—Teníamos que guerrear contra los tiste edur —dijo Tool al acercarse a un risco y dirigir la mirada hacia unas nubes de polvo al norte—. Las videntes cargadoras se apresuraron demasiado con los rituales para descubrir pasajes a través de las sendas. Todos los barghastianos de rostro blanco se empobrecieron para comprar transportes y grano. Nos apresuramos tras los espadas grises. —Guardó silencio un buen rato, y entonces dijo—: Buscamos al enemigo equivocado.

—No hay gloria en aplastar a gente masacrada —observó Hetan, saboreando la amargura de sus palabras.

—Ni a gente aterrorizada por uno de los suyos.

Tuvieron lugar encuentros feroces debido a esto. A pesar de haber ascendido a caudillo, una proclamación unánime que vino acompañada de la trágica muerte de su padre, Onos Toolan se encontró casi de inmediato en desacuerdo con el resto de los jefes de clanes. La guerra contra el imperio de Lether sería una guerra injusta, a pesar de la hegemonía edur. No solo los letherii no son sus enemigos, incluso estos tiste edur, que se arrodillan bajo la terrible sombra de su emperador, es muy probable que no tengan relación de ningún tipo con aquellos antiguos edur que acosaron a los barghastianos tantas generaciones atrás. El concepto de la venganza, o el de la guerra, de pronto era amargo, y Tool, un imass que no sentía nada en cuanto a las supurantes heridas en la psique de los barghastianos, que

era sordo a la furia de los dioses barghastianos que habían despertado, no tenía paciencia con aquellos ansiosos por derramar sangre.

Las videntes cargadoras ya habían perdido toda unidad de visión. La profecía, que había parecido tan simple y clara, estaba inmersa en un lodazal de ambigüedad, alimentando tal discordia entre las videntes que incluso su supuesto líder, Cafal, hermano de Hetan, fracasó con su esfuerzo para mitigar la división entre los chamanes. Por lo tanto, no habían servido de ayuda en el enfrentamiento de decisiones entre Tool y los jefes; y tampoco servían ahora.

Cafal persistió en viajar de tribu en tribu. No había visto a sus hermanos en meses. Si había logrado reparar el daño, ella no se había enterado; incluso entre las videntes cargadoras en este campamento, sintió una inquietud penetrante, y una amarga reticencia a hablar con nadie.

Onos Toolan había sido reacio a desatar los rostros blancos sobre el imperio de Lether. Y su voluntad había perdurado hasta aquel día fatídico, cuando el último lezna cayó. Cuando Toc el Joven murió. No solo el propio claro de Hetan, los senan, había sido desatado, sino también la oscura ansia de la hermanad de Tool, Kilava.

Hetan echaba de menos a aquella mujer, y sabía que el duelo de su marido era complicado por su marcha. Una marcha que él podía interpretar como ella abandonándolo en el momento de mayor necesidad. Sin embargo, Hetan sospechaba que al ser testigo de la muerte de Toc (y el efecto que esto había tenido en su hermano), había sentido un brutal recordatorio de la efímera naturaleza del amor y la amistad, y se había marchado para redescubrir su propia vida. Un impulso egoísta, quizás, y una forma injusta de dañar a su hermano, que ya sufría por la pérdida.

Sí, Kilava se merecía un buen bofetón, y Hetan deseaba ser la que se lo diera, cuando se volvieran a encontrar.

—No veo a ningún enemigo —dijo su esposo.

Ella asintió. Sí, esta era la crisis que afligía a su gente, y por lo tanto buscaban a su caudillo. Necesitaban consejo, un propósito. Y a pesar de todo él les daba nada.

—Disponemos de muchos guerreros jóvenes —dijo ella—. Entrenados en las artes tradicionales de lucha, dispuestos a que sus espadas beban sangre. Masacrar a un ejército letherii medio roto y exhausto no hizo mucho para aplacar los apetitos de nuestro clan. Sin embargo, fue suficiente para prender la envidia y la liza con todo el mundo.

—Las cosas eran más simples entre los imass —contestó Tool.

—¡Oh, tonterías!

Él la miró, y después apartó la mirada de nuevo, y bajó los hombros.

—Bueno, tenemos un propósito.

—Tienes una guerra ridícula contra un enemigo que no dispone de un deseo real de pelear contra ti. Y de todos modos, en vez de enfrentar la injusticia que estabas cometiendo, seguiste adelante e invocaste el ritual de Tellann. Una evasión inteligente, supongo, o mejor dicho, una locura. ¿Qué te aterra tanto de enfrentar tus propios errores?

—Querida esposa, no deberías preguntar algo así.

—¿Por qué no?

Él la miró a los ojos, esta vez sin ira, pero con una lúgubre desolación.

—Puede que descubras que todo lo que tienes son errores.

Ella se quedó muy quieta, a pesar del abrumador calor de la mañana.

—Oh, vaya, ¿eso me incluye?

—No, lo digo para ayudarte a entender a un imass que una vez fue t’lan. —Dudó, y entonces dijo—: Contigo, con

nuestros hijos, he empezado a creer que tales asuntos han quedado atrás. Aquellos terribles errores y la carga que suponían. Y entonces, en un instante... recuerdo mi propia estupidez. No me supone beneficio alguno ignorar mis imperfecciones, Hetan. El engaño consuela, pero puede acabar siendo fatal.

—No estás muerto.

—¿Ah, no?

Ella resopló y se dio la vuelta.

—¡Eres igual de malo que tu hermana! —Miró a su esposo de nuevo—. ¡Despierta! Tus veinte clanes ahora son diecinueve, ¿cuántos más perderás porque no te preocupas en tomar una decisión?

Entrecerró los ojos y la miró.

—¿Qué hará que me decida? —preguntó en voz baja.

—¡Somos barghastianos de rostro blanco! ¡Encuéntranos un enemigo!

El privilegio de estar tan cerca de casa comenzaba a ser doloroso, incluso cuando Torrente (el último guerrero lezna) buscaba regocijarse en la angustia. El castigo por sobrevivir, por persistir, como una última gota de sangre que se niega a que el barro rojo la absorba; no sabía qué lo mantenía en pie, con aliento, con el corazón latiendo, pensamientos que se aferraban a través de infinitas cortinas de polvo. En algún lugar, en lo más profundo, rezaba por encontrar la única y pura verdad, estrujarla hasta que quedara del tamaño de un nudillo, pulida por todos los vientos, por las inmisericordes lluvias, el colapso en espiral de una estación sobre otra. Un pequeño nudo de algo parecido al hueso, para tropezarse, para caer, para mandarlo dando bandazos.

Puede que la encontrara, aunque tenía la intuición de que no sería así. No tenía la inteligencia. No era listo como

Toc Anaster, el mezla que se le aparecía en sueños. Cascos atronadores, una noche tormentosa, viento que sopla como lobos aullando, y el único ojo del guerrero muerto fijo como un ópalo en la cuenca ensombrecida. Una cara aterradora el rojo y brillante destrozo (la piel arrancada, dientes machados expuestos en una sonrisa salvaje), oh, quizás el mezla irrumpió en los sueños de Torrente, heraldo de pesadillas, guasón de su preciosa y frágil verdad. Una cosa parecía clara: el arquero muerto tenía la intención de cazar a Torrente, impulsado por el odio hacia el último guerrero lezna, y la persecución era incansable, Torrente arrastraba los pies incluso cuando corría por su vida, sin aliento y chillando, hasta que se despertaba de un sobresalto, cubierto de sudor entre temblores.

Parecía que Toc Anaster no tenía prisa para culminar la caza a su horripilante conclusión. El placer fantasma estaba en la persecución. Una noche tras otra.

El guerrero lezna ya no llevaba la máscara de cobre. El irritante sarpullido que había cubierto su rostro había desaparecido. Había decidido entregarse junto al niño al cuidado del clan gadra, acampado en la falda del Lezna’dan. No había querido presenciar la devastadora pena del extraño guerrero llamado Tool por la muerte de Toc Anaster.

Poco después de unirse al clan, y tras la desaparición del sarpullido, las mujeres gadra se habían interesado por él. No eran tímidas, mostraban una valentía que llegaba a asustar a Torrente. Había huido del acercamiento de una mujer en más de una ocasión. Pero los últimos doce intentos en observarle y tenderle una emboscada habían comenzado a mostrar cooperación entre ellas.

Por lo que montó el caballo, y se alejó al galope del campamento, cabalgó durante un arco completo del sol bien lejos de las depredaciones. Ojos enrojecidos por el cansancio, miserable en su soledad, y en guerra consigo

mismo. Nunca se había acostado con una mujer, al fin y al cabo. No tenía ni idea de lo que suponía, más allá de aquellos abrumadores recuerdos de niñez donde vio, a través de las puertas entreabiertas de las cabañas, adultos enmarañados los unos con los otros entre gruñidos y gemidos y suspiros. Pero habían sido los lezna, no estos salvajes y aterradores barghastianos que copulaban entre gritos y ladridos semejantes a carcajadas, los hombres bramaban como osos y las mujeres arañaban y mordían.

No, nada tenía sentido. Ya que, aunque emprendió la huida de estas mujeres enloquecidas con los rostros pintados y la mirada resplandeciente, él quería lo que ofrecían. Huyó de su propio deseo, y cada vez que lo hacía la tortura que se infringía a sí mismo era un dolor inenarrable.

¡Ningún hombre merece esta miseria!

Debería haber disfrutado su libertad, aquí en las amplias llanuras cercanas a Lezna'dan. Para ver las manadas de bhederin (que su gente jamás logró domesticar) y también los escurridizos rodara, que ahora los niños supervivientes de los lezna cuidaban, y saber que los letherii malditos no les cazaban, no les masacraban… debería estar exultante.

¿Acaso no estaba vivo? ¿A salvo? ¿No era el líder de clan de los lezna? ¿Caudillo indiscutible de una enorme tribu con un puñado de críos, algunos de los cuales habían olvidado su propio idioma, y ahora hablaban la lengua bárbara extranjera de los barghastianos, y habían comenzado a pintarse los cuerpos con rojo y ocre, y a trenzarse el cabello con cuentas?

Tiró del caballo para ponerlo a un trote lento, a dos o tres leguas del campamento gadra. Las manadas se habían desplazado hacia el sudeste la noche anterior, por lo que no se cruzó con nadie en su escapada. Cuando vio a los perros barghastianos pensó que quizás eran lobos, pero al ver a Torrente cambiaron la ruta para dirigirse directamente hacia

él (algo que una manada de lobos jamás haría), y al acercarse pudo ver su pelaje corto, la piel moteada, los morros chatos y las orejas pequeñas. Eran más grandes que cualquier raza lezna o letherii, y las bestias eran especialmente violentas. Hasta aquel momento, habían ignorado a Torrente, excepto cuando le mostraban los colmillos de forma casual al pasar junto a él en el campamento.

Desenganchó la lanza del cabestrillo y la ancló en el estribo, en el empeine del pie derecho. Seis perros, acercándose a grandes zancadas. Se fijó en que estaban exhaustos.

Torrente tiró de las riendas para esperarlos, curioso.

Los animales redujeron el ritmo, y rodearon al guerrero y al caballo. Los observó acostarse sobre las panzas, con las mandíbulas abiertas, las lenguas colgando y resbaladizas por gruesos hilos de saliva.

Confuso, Torrente se reclinó en la silla. ¿Podía cabalgar fuera del extraño círculo, seguir su camino?

Si eran perros lezna, ¿qué implicaría su comportamiento? Negó con la cabeza, quizá si eran perros de tiro había surgido un enemigo cerca. Torrente arrugó el entrecejo y se acomodó sobre los estribos al mirar hacia el norte, por donde habían llegado los perros. Nada… puso la mano ante los ojos para protegerla del sol. Sí, nada en el horizonte, pero por encima había algo, ¿aves que volaban en círculos? Quizá.

¿Qué hago? ¿Volver al campamento, encontrar un guerrero y contárselo a él o a ella? *Tus perros me han encontrado. Se tumbaron. A lo lejos, al norte… vi pájaros*. Torrente resopló. Recogió las reinas y dirigió la montura entre dos de los perros agachados, y puso rumbo al norte. No valía la pena avisar por unos pájaros, necesitaba ver qué los había atraído.

De los seis perros que había dejado atrás, dos siguieron su estela al trote. Los otros cuatro se levantaron y se dirigieron al sur, hacia el campamento.

Durante la época de Mascararroja, Torrente había conocido algo similar a la alegría. El lezna había descubierto a alguien a quien seguir. Un verdadero líder, un salvador. Y cuando llegaron las grandes victorias (las muertes de cientos de invasores letherii en feroces y triunfantes batallas) fueron prueba del destino de Mascararroja. No podía estar seguro de cuándo comenzaron a torcerse las cosas, pero recordaba la expresión en la mirada de Toc Anaster, el gesto cínico en su tez extranjera, y con cada comentario que soltaba el hombre, las sólidas bases de la fe de Torrente reverberaban, como si las golpearan con sablazos mortales... hasta que comenzaron a surgir las primeras grietas, hasta que el entusiasmo del propio Torrente se tornó sobre sí mismo, hastiado y burlón, y lo que una vez había sido una fortaleza se transformó en una debilidad.

Tal era el poder del escepticismo. Un puñado de palabras para desmantelar la certeza, como semillas que caen en un muro de piedra. Tallos endebles y raíces finas, sí, pero con el tiempo derrumbarán el muro.

La alegría por sí misma debería haber hecho sospechar a Torrente, pero se plantó ante él como un dios de pureza y con voluntad se inclinó, cabeza agachada, para acomodarse bajo su sombra. En cualquier otra era, Mascararroja no podría haber logrado el liderazgo del lezna. Sin la desesperación, sin las derrotas sucesivas y las pérdidas acumuladas, sin la propia extinción que se aproximaba como un acantilado, las tribus le habrían rechazado, como ya había ocurrido antes. Sí, entonces habían sido sabios.

Algunas fuerzas no podían vencerse, y así era con los letherii. Su ansia por tierras, su necesidad de tener y

dominar sobre todo lo que ya poseían, eran deseos espantosos que se extendían como una plaga, envenenando las almas del enemigo. Una vez que la fiebre de ver el mundo como ellos lo veían se encendía como llamas en la cabeza de alguien, la guerra había terminado, la derrota era absoluta e irreversible.

Incluso estos barghastianos (sus sabios bárbaros) estaban condenados. Los mercaderes akrynnai habían acampado junto a las líneas de estacas. Vendedores de caballos d'rhasilhani iban de manada en manada en un desfile casi en vano más allá del campamento, donde de vez en cuando un barghastiano escogería a uno de los grandes animales, lo examinaría un rato, y después, con una carcajada parecida a un ladrido, lo mandaría de vuelta a la manada. Torrente creía que no pasaría mucho tiempo hasta la llegada de una raza con la suficiente altura y cintura, y ahí se acabaría.

Los invasores no eran siempre los que invadían. Al final dejaban de diferenciarse en absoluto de cualquier otra tribu o habitante de un territorio. Los idiomas eran maleables, se enturbiaban y acababan vencidos. Las costumbres se intercambiaban como las monedas, y antes de que nadie se diera cuenta todos verían al mundo del mismo modo. Y si este modo era equivocado la miseria estaba asegurada, virtualmente para todos y para siempre.

Los lezna deberían haberse inclinado ante los letherii. Ahora estarían vivos, en vez de desparramados en pilas amorfas de huesos en descomposición sobre el lodo de un mar muerto.

Mascararroja trató de detener el tiempo. Por supuesto, fracasó.

En ocasiones la fe era el suicidio.

Torrente había rechazado la fe, las certezas, las preciadas creencias. No hizo nada para que los pequeños no perdieran su idioma. Vio la pintura ocre en sus caritas, el pelo en

punta, y sintió indiferencia. Sí, era el líder de los lezna, el último que habría jamás, y era suya la tarea de proteger la pacífica erradicación de su cultura. Ocurriría de todos modos. Juró que no lo ignoraría.

No, Torrente no vestía una máscara de cobre. Ya no. Y tenía la tez tan clara como los ojos.

Redujo la velocidad del trote del caballo tan pronto como vio los primeros cadáveres, los cuerpos esparcidos. Los cuervos y buitres de pico dorado se movían de aquí para allá en la danza carroñera, los rhinazan correteaban provocando que las poliñeras alzaran el vuelo, súbitas nubes de pétalos blancos que se posaban tan pronto como aparecían. Una escena propia de las llanuras a la que Torrente estaba acostumbrado

Una tropa de barghastianos había sufrido una emboscada. Masacrados.

Se acercó todavía más.

No había marcas claras, ni de botas ni de cascos de caballo, que se alejaran del campo de batalla. Vio que los barghastianos habían estado en formación cerrada, y aquello era extraño, contradictorio a lo que Torrente había visto en sus patrullas. Quizá, pensó, habían estrechado la formación para situarse a la defensiva, lo que sugería un enemigo mucho mayor en número. Pero entonces… no había señales de ello. Y quien fuera que asesinó a estos guerreros se debió llevar su propia muerte con ellos. Dio una vuelta con el caballo alrededor de los cuerpos. No vio rastros de sangre, ni huellas en la hierba que denotaran los tacones de unas botas.

Los cuerpos, se fijó entonces, no habían sido saqueados. Las hermosas armas estaban enfundadas, las hojas desprovistas de sangre.

Torrente se puso nervioso, como si se hubiera topado con algo profano. Observó una vez más los cuerpos. No habían

estrechado la formación, era una convergencia... sobre un único enemigo. Y las heridas, a pesar de los esfuerzos de los carroñeros, mostraban algo que no hubiera esperado. *Como si se hubieran acercado a una bestia, y los ataques hubieran descendido sobre ellos. ¿Un oso de la llanura? No, ya no quedan. La última piel de una de aquellas bestias (entre mi gente) se decía que tenía siete generaciones.* Recordó la piel, enorme, sí, pero ajada. Y las garras habían sido retiradas y por lo tanto se habían perdido. De todos modos…

Torrente miró a los dos perros que se acercaron al trote. Los animales parecían acobardados de un modo antinatural, los rabos entre las patas, le miraban con súplica y pavor. Si hubieran sido una raza lezna, estarían siguiendo el rastro del enemigo, ansiosos, con las orejas levantadas. Contempló a los perros temblorosos.

Dio la vuelta al caballo y se dirigió hacia el campamento gadra. Los perros se apresuraron a seguirle el paso.

Una bestia, aunque una que no dejaba rastro. Una criatura fantasma.

Quizás era el fin de sus viajes solitarios. Tendría que vencerse a las deseosas mujeres. Podían hacer desaparecer su incomodidad, o eso esperaba.

Deja la caza para los barghastianos. Que sus chamanes puedan hacer algo que valga la pena, en vez de emborracharse con cerveza d'ras noche tras noche. Se lo cuentas al jefe, y a otra cosa.

Ya se arrepentía de haberse acercado a los cadáveres. Si algo sabía seguro es que la criatura fantasmal estaba cerca, y de hecho le había observado. O algo de su repugnante hechicería había impregnado la escena y ahora él estaba marcado, por lo que le encontraría sin importar adonde fuera. Casi podía respirar el olor de la hechicería, pegado a su ropa. Acre, amargo como el vientre de una serpiente.

Setoc, quien tiempo ha se llamaba Stayandi, y que cuando soñaba era testigo de extrañas escenas con rostros familiares que hablaban en idiomas extranjeros, de risas y amor y ternura. Una era en un tiempo previo a su bestialidad, que encaraba el norte.

Había visto a los cuatro perros entrar al campamento, un hecho en sí mismo que no merecía demasiada atención, y si la patrulla volvía tarde, bueno, quizá se habían topado con un ciervo mulo y habían logrado una pieza de caza, y por ende explicaría la ausencia de un par de perros de la manada, ya que los animales tendrían que tirar del carro con la carne. Este tipo de explicaciones servía por ahora, a pesar de las obvias faltas en la lógica (estos cuatro se habrían quedado con la patrulla en tal caso, alimentándose de los despojos y las vísceras de la pieza), sin embargo, la verdad era que Setoc dedicó pocos pensamientos a las interpretaciones que los barghastianos cercanos sacarían en pequeños torbellinos de polvo, al seguir con los ojos a los animales cubiertos de sudor, o la alarma creciente cuando los perros se dejaron caer sobre el estómago.

Por lo que observó a una docena de guerreros reunir armas y converger despacio junto a los perros exhaustos, y entonces desviaron la atención al norte.

Sí, los animales hedían a muerte.

Y los lobos salvajes en el vacío de más allá, que habían dado su vida, habían aullado al amanecer con su historia de terror.

Sí, su primera familia todavía estaba cerca, una especie de pacto de protección sagrada en la leyenda que suponía el descubrimiento de la niña. Ningún barghastiano cazaría a los animales, y ahora incluso los akrynnai habían explicado la historia de su nacimiento en la manada, del guerrero

solitario que la halló. Espíritu bendecido decían todos cuando la miraban. El recipiente de mil corazones.

Al principio, el último título confundía a Setoc, pero lentamente despertaron sus recuerdos, con cada día que pasaba crecía y su mirada se afilaba. Sí, ella era el recipiente de mil corazones, incluso de más. Regalos de los lobos. Había sorbido leche, leche de sangre, leche de mil hermanas y hermanos asesinados. ¿Y no recordaba una noche de terror y matanza? ¿Una noche de huir en mitad de la oscuridad?

Hablaron de su leyenda, e incluso las videntes cargadoras hicieron ofrendas y se acercaban a tocarla para suavizar sus preocupaciones.

Y ahora el gran brujo, el buscador de los dioses barghastianos, aquel al que llamaban Cafal, había llegado a los gadra, para hablar con ella, para buscar su alma si ella se lo permitía.

Los lobos salvajes aullaron, las mentes eran un tumulto confuso de miedo y preocupación. Ansiosos por su hija, sí, y por un tiempo futuro en el que las tormentas se congregarán en todos los horizontes. Comprendieron que ella estaría en el corazón de aquella conflagración celestial. Suplicaron sacrificar sus propias vidas para que ella sobreviviera. Y eso era algo que ella no podía permitir.

Si era un espíritu bendecido, entonces los lobos eran los espíritus que la bendijeron. Si era algo a lo que había que adorar entre los barghastianos, entonces era un símbolo de lo salvaje y era por ende lo salvaje lo que debía ser adorado. Si pudieran entenderlo.

Volvió a mirar a los perros acobardados, y sintió una ráfaga de triste arrepentimiento hacia lo que los animales podrían haber sido, si lo salvaje en ellos no hubiera sido encadenado, atado y amordazado.

Dios, hijos míos, no nos espera en la tierra salvaje. Dios, hijos míos, es la tierra salvaje.

Sed testigos de sus leyes y sentid la humildad.

Con la humildad llega la paz.

Pero sabed esto: la paz no siempre es vida. A veces, la paz es muerte. Ante esto, ¿cómo no podemos ser humildes?

Las leyes de lo salvaje son las únicas leyes.

Ella entregaría estas palabras a Cafal. Vería en su tez el efecto que tendrían.

Y después le diría que el clan gadra iba a perecer, y que muchos otros clanes barghastianos caerían tras él. Le alertaría sobre mirar a los cielos, ya que de estos descendía la muerte. Le avisaría sobre viajes venideros, era menester que volviera a su clan. Tiene que hacer las paces con el espíritu de su estirpe. La paz de la vida, antes de la llegada de la paz de la muerte.

Los guerreros se congregaron alrededor de los perros, prepararon las armas y el equipo. La tensión fluyó de ellos como ondas que se expandían por el campamento. En unos instantes un caudillo sería escogido de entre el grupo o tras una pelea. Setoc sentía lástima por todos ellos, pero sobre todo por aquel caudillo condenado.

Soplaba viento del este, levantando mechones del cabello quemado por el sol hasta que bufó por su rostro como hierba marchita. Y aun así el hedor de la muerte todavía inundaba sus sentidos.

Los rasgos duros de Cafal se habían ensanchado, más robustos desde su juventud, y había profundas líneas que denotaban arrugas de estrés entre las cejas y el contorno de la boca. Años atrás, en un pozo bajo el suelo del templo, habló con el Consagrador, con el capitán malazano, Ganoes Paran. E intentó impresionar al hombre (al intentar probarlo, de algún modo, su sabiduría contradijo los pocos años),

murmuró palabras que había oído a su padre utilizar, reclamándolas como propias.

—Un hombre que posee poder debe actuar con decisión… si no se cuela entre los dedos.

La observación, aunque era sin duda cierta, sonaba amarga. La voz que la pronunció, tiempo atrás, estaba equivocada. No tenía derecho a las palabras. Cafal no podía creer sus propias pretensiones dichas por aquel yo más joven, aquel aventurado idiota de ojos claros.

Un accidente estúpido y sin sentido le había robado a su padre, Humbrall Taur. Durante todo el tiempo en que el enorme y sabio guerrero había blandido el poder, ni el conocimiento ni el poder le protegieron ante la fortuna ciega. La lección era clara, el mensaje, lúgubre y aleccionador. El poder no era prueba contra nada, y ese era el único conocimiento que valía la pena reconocer.

Se preguntó qué le habría ocurrido a aquel miserable capitán malazano, escogido y maldito (¿había alguna diferencia entre ambos?), y también se preguntó por qué ahora echaba de menos hablar con Ganoes Paran, intercambiar nuevas palabras, esta vez más honestas, más medidas, más pensadas. Sí, el joven era de juicio rápido, veloz en reprender a los aletargados ancianos. El joven no entendía nada del valor de la sobria contemplación.

Ganoes Paran había sido indeciso, a ojos del Cafal de entonces. Deplorable y frustrante. Pero para el Cafal actual, aquí en esta llanura foránea bajo cielos extraños, aquel malazano de años atrás había tenido una cautela apropiada, medida por una sabiduría para la cual el joven Cafal había estado desgraciadamente ciego. *Así medimos una vida, así construimos el puente de lo que fuimos a lo que somos. Ganoes Paran, ¿alguna vez miraste al suelo? ¿Te quedas de piedra al contemplar el abismo sin fondo bajo los pies*?

¿Alguna vez sueñas con saltar?

Onos Toolan había recibido todo el poder que el propio padre de Cafal ostentó, y no era para nada inmerecido. Y ahora, despacio, inexorable, se escurría entre los dedos de aquel antiguo guerrero. Cafal no podía hacer nada para detenerlo, estaba tan indefenso como el propio Tool. De nuevo, el ciego azar había conspirado contra los barghastianos.

Cuando le llegó el mensaje de que los perros de guerra habían vuelto al campamento (animales despojados de escolta y por lo tanto anunciaban con un mensaje mudo que algo horrible había sucedido a la patrulla de exploración) y que un pelotón de batalla se estaba formando para salir en su búsqueda, Cafal se puso la capa de piel de bhederin, gruñó al notar el peso, y le dio una patada a la muñeca copetuda tirada sobre el suelo de la tienda, cerca de los pies de la cama.

—Despierta.

El monigote escupió y gruñó al ponerse en pie.

—Muy gracioso. Respeta a tus mayores, oh, gran brujo.

La ironía que supuraba como resina de pino del título hizo que Cafal pusiera un gesto de dolor, y después se maldijo cuando Talamandas resopló divertido al ver el efecto que causaba su burla. Hizo una pausa en la entrada.

—Deberíamos haberte quemado en una hoguera hace mucho, monigote.

—Hay muchos que me valoran lo suficiente como para no permitírtelo. Viajo por las sendas. Entrego mensajes y trato con dioses extraños. Hablamos de asuntos de gran importancia. Guerra, traiciones, alianzas, traiciones…

—Te repites.

—… y guerra.

—¿Los dioses barghastianos están satisfechos con tus esfuerzos, Talamandas? ¿O rugen con rabia cuando vas de un lado para otro por orden de dioses humanos?

—¡No pueden vivir aislados! ¡No podemos! ¡Son tozudos! ¡Carecen de sofisticación! ¡Me avergüenzan!

Cafal salió afuera mientras asentía.

El monigote se arrastró tras él, asustadizo como un roedor.

—Si peleamos solos, moriremos. ¡Necesitamos aliados!

Cafal se detuvo y miró hacia abajo, preguntándose si Talamandas estaba, quizá, loco. ¿Cuántas veces habían repetido aquella conversación?

—¿Aliados contra quién? —preguntó, como había hecho incontables veces antes.

—¡Contra lo que está por venir!

Y ahí estaba, la misma respuesta sin sentido, el tipo de respuesta que ni Cafal ni Tool podían dar por útil. El gran brujo siseó por lo bajo y se marchó, ignorando a Talamandas, que se arrastraba tras él.

El pelotón de batalla había abandonado el campamento. Al trote, los guerreros ya estaban llegando al risco norte. Cuando llegaron a la cima se desvanecerían de la vista.

Cafal vio a la niña lobo, Setoc, de pie junto al límite del campamento, observando a los guerreros.

Algo en su postura sugería que ansiaba ir tras ella, con los dientes apretados y los carrillos contraídos, deseosa de unirse a la caza. Él se dirigió hacia allí.

No había duda alguna de que ella era letherii, pero el legado existía solo en la superficie, la piel, los gestos, los rasgos que los padres le habían dado al nacer y que después la perdieron. Pero la emergente impresión de civilización se había desvanecido desde entonces, erosionada. Había sido devuelta a la tierra salvaje, un sacrificio virgen cuya alma había sido devorada por completo. Pertenecía a los lobos y, quizás, al dios lobo y a la diosa loba, al señor y a la señora sobre el trono de la bestia.

Los barghastianos habían logrado que los espadas grises lucharan junto a ellos, creyeron que Toc Anaster y su ejército conocían al enemigo que les aguardaba. Los dioses barghastianos habían accedido deseosos a servir a Togg y a Fanderay, a correr con la audaz manada en busca de sangre y gloria. Habían sido, ahora comprendía Cafal, peores que niños.

Los espadas grises eran poco más que carne putrefacta cuando los primeros exploradores los encontraron. Todo por la gloria. ¿Era Setoc la heredera de la bendición que una vez descansó sobre los espadas grises? ¿Era ella ahora la niña de Togg y Fanderay?

Ni siquiera Talamandas lo sabía.

—¡Ella no! —graznó el monigote tras él—. ¡Échala, Cafal! ¡Exíliala a las Tierras Yermas! ¡Allí donde pertenece!

Pero siguió adelante. Cuando estaba a unos doce pasos, ella le miró un instante antes de devolver la atención a las tierras vacías del norte. Unos instantes más tarde, él se situó a su lado.

—Van a morir —dijo ella.

—¿Qué? ¿Quién?

—Los guerreros que acaban de marcharse. Morirán como la tropa de exploradores. Has encontrado al enemigo, gran brujo… pero es el enemigo equivocado. Otra vez.

Cafal dio media vuelta. Vio a Talamandas en cuclillas entre los hierbajos a unos cinco pasos por detrás.

—Persíguelos —le dijo al monigote—. Tráelos de vuelta.

—¡No creas nada de lo que dice!

—No es una petición, Talamandas.

Con una risotada de burla el monigote salió disparado, siguiendo como una liebre a la que ha picado una abeja el rastro de la partida de guerra.

—No sirve de nada —exclamó Setoc—. Todo el clan está condenado.

—Lo que acabas de decir me preocupa —replicó Cafal—. Eres como una espina envenenada en el corazón del clan, absorbes la fortaleza, el orgullo.

—¿Por eso has venido? —preguntó ella—. ¿Para… retirar la espina?

—Si es necesario, sí.

—¿A qué esperas?

—Sabría el origen de tus dictámenes, Setoc. ¿Estás asediada por las visiones? ¿Los espíritus te visitan en sueños? ¿Qué has visto? ¿Qué sabes?

—Los rhinazan me susurran al oído —contestó.

¿Se estaba burlando de él?

—Los lagartos alados no susurran nada, Setoc.

—¿No?

—No. ¿Todo lo que tienes para mí son cosas sin sentido? ¿No soy nada más que el objeto de tu desprecio?

—El guerrero lezna, aquel al que llaman Torrente, ha encontrado al pelotón. Uno más para las órdenes de tu muñeco. Pero… el líder de guerra es joven. Intrépido. ¿Por qué los estúpidos han escogido a alguien así?

—Cuando los guerreros más veteranos ven una manada de perros de guerra entrar en un campamento —explicó Cafal—, se reúnen para discutir el asunto. Los jóvenes empuñan las armas y se yerguen orgullosos, con la mirada ardiente.

—Es una maravilla —observó ella—, que cualquier guerrero llegue a ser anciano.

Sí. Lo es.

—El lezna les convenció.

—¿No fue Talamandas?

—No. Dicen que los brujos muertos nunca tienen nada bueno que decir. Dicen que tu monigote se arrodilla a los pies del Segador de la Muerte. Lo llaman la marioneta malazana.

¡*Por todos los espíritus, no puedo contradecirla en nada*!

—Sientes todo lo que sucede en las llanuras, Setoc. ¿Qué sabes del enemigo que acabó con los exploradores?

—Solo lo que el rhinazan susurra, gran brujo.

De nuevo los lagartos alados... ¡dioses!

—En nuestra tierra, en las mesetas desérticas de más altitud, hay versiones más pequeñas de estos llamados rhizan.

—Más pequeños, sí.

Él torció el gesto.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros.

—Tan solo eso. Más pequeños.

Quería sacudirla, sacarle todos los secretos.

—¿Quién mató a nuestros exploradores?

Ella apretó los dientes pero no le miró.

—Ya te lo he dicho, gran brujo. Dime, ¿has visto las lanzas verdes en el cielo nocturno?

—Por supuesto.

—¿Qué son?

—No lo sé. Se sabe que siempre han caído cosas del cielo, mientras que otras tan solo cruzan como vagones en llamas, cruzando el firmamento noche tras noche durante semanas e incluso meses... y después se desvanecen con el mismo misterio con el que aparecieron.

—Despreocupados del mundo que hay debajo.

—Sí. El firmamento está salpicado de incontables mundos no muy diferentes al nuestro. Para las estrellas y para los vagones en llamas no somos más que motas de polvo.

Se dio la vuelta para observarle mientras pronunciaba estas palabras.

—Eso es... interesante. ¿Es en lo que creen los barghastianos?

—¿En qué creen los lobos, Setoc?

—Respóndeme a esta pregunta —contestó ella—, cuando un cazador arroja la jabalina hacia un antílope que huye, ¿el hombre apunta al animal?

—Sí y no. Para acertar, el cazador debe apuntar hacia el espacio que hay frente al antílope, hacia el camino que tomará. —La miró con fijeza—. ¿Quieres decir que estas lanzas de fuego verde son las jabalinas de un cazador, y que somos el antílope?

—¿Y si el antílope vira la dirección, lo esquiva?

—Un buen cazador no fallaría.

El batallón había reaparecido sobre el risco, y les acompañaba el guerrero lezna que montaba a caballo, junto a dos perros más.

Cafal dijo:

—Iré a buscar a Stolmen. Querrá hablar contigo, Setoc. —Dudó, y después añadió—: Quizás el caudillo gadra pueda aclararte algunas respuestas, ya que en ese aspecto he fracasado de lleno.

—A los lobos no les pasa nada —contestó ella—, cuando les hablas de guerra. El resto les confunde.

—Por lo tanto sí que sirves a la señora y al señor sobre el trono de la bestia. Como lo haría una sacerdotisa.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién —preguntó Cafal de nuevo— es el enemigo?

Setoc lo miró.

—El enemigo, gran brujo, es la paz.

Y sonrió.

Los quiebrahuesos arrastraron el cuerpo de Visto una docena de pasos o más hacia el llano, hasta que algo les alertó sobre devorar la carne arrugada y dura del chico muerto. Con el amanecer, Badalle y unos cuantos más

salieron a montar guardia alrededor de la cosa encogida de estómago hinchado que había sido Visto.

Los demás esperaban a que Badalle dijera alguna cosa.

Rutt llegaba tarde ya que tenía que cuidar de Held y ajustar las correas del bebé. Cuando se presentó, Badalle ya estaba lista.

—Escuchadme, pues —dijo ella—, ante la muerte de Visto.

Sopló algunas moscas de los labios y después contempló los rostros que la miraban. Había una expresión que buscaba encontrar, pero no pudo. Incluso recordar a qué se pareció era difícil, no, imposible. La perdió, la verdad sea dicha. Pero la quería, y sabía que podría reconocerla en cuanto la viera. Una expresión… un tiempo de gesto… ¿qué era? Tras un instante, habló.

«Todos venimos de algún lugar
así como Visto
vino
de algún
lugar
era diferente y
era igual
ya me entendéis
y vosotros
tenéis que
estar aquí de pie
el caso es que Visto
no podía recordar
nada sobre ese lugar
excepto que él venía de allí
lo mismo ocurre con muchos de vosotros
así que digamos
que ha vuelto
a ese sitio
del que proviene
y todo lo que ve
lo recuerda
y todo lo que rememora es nuevo».

Siempre esperaban, sin saber si había terminado hasta que era obvio que sí, y por entonces Badalle bajó la mirada hacia Visto. Los huevos de los parásitos satra colgaban como migajas de los labios de Visto, como si hubiera estado mordisqueando un pastel. Los parásitos adultos habían surgido del estómago y nadie sabía adónde habían ido, quizás al subsuelo. Todo aquello la noche anterior.

Quizás algunos de los quiebrahuesos no habían tenido cuidado, con las mandíbulas ansiosas, algo bueno ya que cada vez había menos fuerza para atacar a la huesuda serpiente. No estaba nada mal que les siguieran a los lejos tambaleándose, manteniendo el ritmo, debilitándose igual que los niños, hasta que se tiraban al suelo y dejaban de causar problemas. Era soportable, no era muy distinto a los cuervos y a los buitres que sobrevolaban. Los animales mostraban, sin duda alguna, cómo creer en la paciencia.

Ella levantó la cabeza y como si aquello fuera una señal para el resto se dieron la vuelta y se alejaron despacio hacia el rastro donde los capaces caminaban, listos para la marcha del día.

Rutt dijo:

—Visco me gustaba.

—A todos nos gustaba.

—No deberíamos.

—No.

—Porque hace que sea más duro.

—A los parásitos satra también les gustaba Visto, incluso más que a nosotros.

Rutt pasó a Held de la cuna del brazo derecho al brazo izquierdo.

—Ahora estoy enfadado con Visto.

Brayderal, que apareció a la cabeza de la serpiente hacía tan solo dos días (quizá proveniente del cuerpo de la serpiente, quizá de algún otro lugar), se acercó a ellos, como

si quisiera ser parte de algo. Algo hecho de Rutt y Held y Badalle. Pero fuera lo que fuese, no había lugar para Brayderal. La muerte de Visto no había dejado un agujero. El espacio estaba cerrado.

Además, algo en la alta y huesuda niña incomodó a Badalle. La tez era demasiado blanca bajo todo aquel sol. Le recordaba a los huesudos. ¿Cómo se llamaban? ¿Quisitores? ¿Quisidores? Podía ser, sí, los Quisidores, los huesudos que eran más altos que el resto y desde la altura lo veían todo, lanzaban órdenes a la gente y cuando decían *Morid de inanición*, es lo que hacía todo el mundo.

Si sabían algo sobre el Chal Managal, estarían enfadados. Puede que incluso la persiguieran y llegaran a la cabeza, que encontraran a Rutt y Badalle, y entonces puede que hicieran aquellos chasquidos con las manos, aquello que rompía los cuellos de gente como Rutt y Badalle.

—Nos… matarán los Quisidores.

—¿Badalle?

Ella miró a Rutt, sopló las moscas amontonadas en los labios y luego, ignorando a Brayderal como si jamás hubiera estado ahí, se alejó para unirse de nuevo a la esquelética serpiente.

El camino se estrechaba hacia el oeste, recto como un insulto a la naturaleza, y a lo lejos sobre el suelo rocoso y sin vida, el horizonte brillaba como si fueran esquirlas de cristal aplastado. Escuchó a Rutt arrastrar los pies al acercarse por detrás, y después desviarse ligeramente al dirigirse hacia la columna. Puede que fuera su segunda, pero Badalle no caminaría con él. Rutt tenía a Held. Suficiente para Rutt.

Badalle tenía las palabras, y eso ya era suficiente.

Vio a Brayderal seguir a Rutt. Medían casi lo mismo, pero Rutt parecía mucho más débil, más cercano a la muerte que ella, y al darse cuenta, Badalle sintió un fogonazo de rabia. Debería ser lo opuesto. Necesitaban a Rutt. No a Brayderal.

A menos que ella planeara suplantar a Rutt cuando este al final no pudiera más, que planeara ser la nueva cabeza de la serpiente, la viperina lengua, las mandíbulas escamadas. Sí, eso podía ser lo que Badalle veía. Y Brayderal recogería a Held bien envuelta y a salvo del sol, y se marcharían hacia otro día, con ella en vez de Rutt guiándolos.

Tenía cierto sentido. No era distinto a las manadas de quiebrahuesos, cuando el líder enfermaba, debilitaba o simplemente no mostraba la fortaleza suficiente, pues otro quiebrahuesos aparecía y comenzaba a trotar a su lado, esperando su momento. Para reemplazarlo. Para que todo siguiera adelante. No era diferente a lo que hacían los hijos a los padres y las hijas a las madres, y los príncipes a los reyes, y las princesas a las reinas.

Brayderal caminaba casi a la vera de Rutt, en la cabeza. Quizás hablaba con él, quizá no. Algunas cosas no necesitaban conversación, y además, a Rutt no le gustaba decir mucho.

—No me gusta Brayderal.

Si alguien a su alrededor la escuchó, no dieron muestras de ello.

Badalle sopló para ahuyentar a las moscas. Necesitaban agua. Incluso medio día sin ella dejaría a la serpiente demasiado en los huesos, especialmente con aquel calor.

Durante esa mañana, hizo lo que siempre hacía. Tragarse las palabras, engullendo los espacios en medio y acabar tan enfadada que nada conseguía darle fuerzas.

Saddic había sido el segundo seguidor de Rutt, el primero era Held. Ahora caminaba entre los cuatro desplazándose en un grupo poco sólido unos pasos por detrás de Rutt y la chica nueva. Badalle iba a poca distancia por detrás, en el siguiente grupo. Saddic la adoraba, pero no se acercaría a

ella, todavía no, porque no había motivo alguno. Disponía de pocas palabras propias, las había perdido casi todas al comienzo de este viaje. Siempre y cuando estuviera cerca de Badalle, estaba contento.

Ella lo alimentaba. Con lo que explicaba y veía. Mantenía vivo a Saddic.

Pensó en lo que había dicho sobre la muerte de Visto. En que algunas cosas no eran ciertas, como aquello de que Visto no recordaba de dónde provenía. De hecho, él recordaba demasiado. Por lo tanto, Badalle había contado una mentira sobre Visto a sabiendas. En su muerto. ¿Por qué lo había hecho?

Porque Visto estaba muerto. Sus palabras no eran para él porque estaba muerto. Estaban destinadas a nosotros. Nos decía que nos rindiéramos al olvido. Que nos diéramos por vencidos para que cuando lo recordáramos de nuevo diera la sensación de ser nuevo. No el propio rememorar sino lo que recordáramos. Las ciudades y los pueblos y las familias y las risas. El agua y la comida y los estómagos llenos. ¿Era eso lo que nos decía?

Bueno, tenía una comida al día, ¿no? Era generosa en ese sentido.

Sentía los pies como fajos de cuero. No sentía mucho, lo cual era un alivio, ya que las piedras en el camino estaban afiladas y muchos otros sangraban por las plantas, complicando la marcha. El suelo era incluso peor a los lados de la ruta.

Badalle era lista. Era el cerebro tras las mandíbulas, tras la lengua. Tomaba lo que veían los ojos de la serpiente. Daba sentido a lo que saboreaba la lengua. Otorgaba nombres a las cosas de este nuevo mundo. Las polillas que fingían ser hojas y los árboles que invitaban a las polillas a ser hojas de modo que cinco árboles compartían un grupo de hojas entre ellos, y cuando estaban hambrientos las hojas salían

despedidas en busca de comida. Ningún otro árbol podía hacer algo parecido, y por lo tanto ningún otro árbol vivía en Elan.

Habló sobre los jhaval, las aves carroñeras que no eran más grandes que un gorrión, y que eran los primeros en descender sobre un cuerpo cuando este caía, usaban los afilados picos para apuñalar y beber. A veces los jhaval no esperaban a que el cuerpo se desplomara. Saddic los había visto atacar a un quiebrahuesos herido, e incluso a buitres y cuervos. A veces también entre ellos, cuando estaban en frenesí.

Los parásitos satra, como los que había en el pobre Visto, y gusanos que se movían como un tapete furioso, latiendo bajo el cuerpo para deslizarse en la sombra. Mordían y se empapaban en lo que fuera que caía sobre ellos y cuando el suelo se ablandaba se enterraban, capaces al fin de agujerear la piel llagada de la tierra.

Saddic observaba con asombro este nuevo mundo, escuchaba maravillada cómo Badalle daba nombres a cosas extrañas y se inventaba para ello un nuevo idioma.

Cerca del atardecer encontraron una poza. Los cimientos medio derruidos de corrales improvisados rodeaban la poco profunda y enfangada poza.

La serpiente se detuvo, y comenzó un lento y tortuoso descenso al barro espeso y la posterior salida. La espera mataba, e incluso cuando los niños emergían del lodazal, cubiertos de cieno negro, algunos se desplomaban entre convulsiones, haciéndose un ovillo y agarrándose los estómagos llenos de barro. Algunos vomitaban, expulsando cosas que luego el resto engulliría.

Era otro penoso día para el Chal Managal.

Más tarde, durante la peor parte del bochorno, observaron una nube grisácea en el horizonte. Los quiebrahuesos comenzaron a aullar, moviéndose

aterrorizados, y mientras la nube se acercaba a toda velocidad, los perros huyeron.

Lo que parecía lluvia no lo era. Lo que parecía una nube tampoco lo era.

Eran langostas, pero no las normales.

De alas brillantes, la plaga ocupaba la mitad del cielo, y después todo el cielo por completo, el ruido de un rugido crujiente, el rasgar de las alas, el chasquido de las mandíbulas, cada criatura medía un dedo de longitud. De la nube surgieron unos bultos rabiosos compuestos de una masa casi sólida de insectos que se abalanzó sobre la columna. Cuando un bicho impactaba contra un niño, se alzaban chillidos de dolor y terror, fogonazo de carne roja y luego hueso, y entonces la horda seguía adelante, dejando atrás mechones de pelo y montoncitos de hueso reluciente.

Estas langostas devoraban la carne.

Era el primer día de las esquirlas.

Capítulo 5

El pintor debe ser mudo
el escultor sordo
los talentos están repartidos
separados
como todos saben
oh, deja que se aventuren
sonreímos nuestra indulgencia
sin fin a nuestro talento
permisivos
pero los talentos están repartidos
separados
te permitimos uno
digno de elogios
el resto puede que sirva
de un modo útil
pero ¿y la grandeza?
Es un título repartido
separado
no seas avaricioso
al poner a prueba nuestra indulgencia
el permiso
nos pertenece
tras el muro temporal...
los ladrillos de nuestro
escepticismo razonable.

Un poema que sirve
Astattle Pohm

El recuerdo del cabo Chapapote de su padre podía resumirse por completo en una sola cita, resonaba como campanas de muerte talian por toda la niñez de Chapapote. Un dictamen directo y estentóreo que hundía a golpes al hijo encogido.

—¿Compasión? Sí, yo tengo compasión. ¡Para los muertos y para nadie más! ¡No hay ni una sola persona en este

mundo que merezca compasión a menos que esté muerta! ¿Me entiendes, hijo?

¿Me entiendes, hijo?

Sí, señor. Buenas palabras para formar a un soldado. Evitan que el cerebro se… embarulle. Con cosas que pueden interponerse en el modo en que alza el escudo, o el lugar donde apuñala con la espada. Era una especie de disciplina, lo que otros llamaban estupidez obstinada, pero simplemente mostraba que mucha gente no comprendía lo que implicaba ser soldado.

Enseñar a la gente a ser disciplinada, había descubierto él, no era fácil. Camino por la línea de soldados letherii (y sí, la descripción era un pobre esbozo), que estaban en formación ante los locales. Una hilera de rostros enrojecidos castigados por la abrasadora luz solar, sudando como cera deshaciéndose.

—Brigada Harridicta —dijo Chapapote con un rugido—, ¿qué tipo de nombre es ese? Quién era, en nombre del Embozado, Harridicta. ¡No, no contestes, idiota! Algún general inepto, imagino, o peor, alguna casa de mercaderes encantada de engalanarte con sus colores. ¡Mercaderes! No pintan nada en el mundo militar. ¡Forjamos un imperio a lo largo y ancho de tres continentes gracias a que los mantuvimos alejados de nuestros asuntos! Los negocios son los buitres de la guerra, y quizá los picos parezcan sonrisas, pero créeme, son solo picos.

Se detuvo entonces, tras haber agotado el repertorio de palabras, e hizo un gesto hacia Sepia, que se levantó con una dura sonrisa. Al imbécil le encantaba el rol de bravo, como lo llamaban ahora (los letherii tenían sargentos maestros; los malazanos tenían sargentos bravos, y sed cuidadosos cuando lo digáis, colegas, que la broma permanezca entre nosotros, había dicho Ruthan Gudd y

aquello, decidió Chapapote justo en aquel instante, era un soldado).

Sepia era ancho y sólido, perfecto para el papel. Era más ancho que Chapapote pero más bajo por media cabeza, lo que quería decir que encajaba incluso mejor en el papel. Ni uno solo de aquellas miserables pantomimas de soldados podía aguantar codo con codo con ningún malazano por más de veinte latidos, y aquella era la desagradable verdad. Eran blandos.

—Esta brigada —dijo Sepia, en voz alta y en un tono despectivo—, ¡es un desperdicio de espacio! —Hizo una pausa para observar con intensidad a los allí presentes, que comenzaban a ponerse firmes ante la reprimenda

Ya era hora. Pensó Chapapote, con los pulgares metidos en el cinto.

—Sí —continuó Sepia—, he escuchado vuestras historias de borrachos... —El tono les invitó a sentarse en la mesa: sabio y casi... empático—. Y sí, he visto la cruda y esperpéntica cosa que llamáis magia. Sin disciplina ni sutileza, un poder brutal pero nada inteligente. Así que, para vosotros, grupito, la batalla quiere decir comer barro, y el campo de batalla es donde cientos mueren sin un buen motivo. Vuestros magos han convertido la guerra en una broma miserable y de mal gusto. —Se dio la vuelta y se acercó a un soldado hasta que casi juntaron las narices—. ¡Tú! ¿Cuántas veces esta brigada ha sufrido el cincuenta por ciento o más de bajas en una sola batalla?

El soldado (y Sepia había escogido bien) estuvo a punto de apretar los dientes.

—¡Siete veces, sargento bravo!

—¿Setenta y cinco por ciento de pérdidas?

—¡Cuatro, sargento bravo!

—¿Perdidas del noventa?

—Una vez, sargento bravo, pero no noventa… cien por ciento, sargento bravo.

—¿Hasta el último soldado?

—¡Así es, sargento bravo!

Sepia se inclinó todavía más, con la cara adoptando un color carmesí. Con un rugido, dijo:

—¿Y no se os ha ocurrido, ni una sola vez, a ninguno de vosotros, que os podría ir mejor si asesinarais a todos vuestros magos al comienzo de la batalla?

—Entonces el otro bando…

—Primero parlamentáis con ellos, por descontado, ¡acordáis masacrar a esos cabrones! —Se echó para atrás y alzó las manos—. ¡No libráis guerras! ¡No libráis batallas! ¡Os limitáis a formar para cavar un nuevo cementerio! —Se echó encima de ellos—. ¿Es que sois imbéciles?

En un balcón con vistas sobre el desfile, Brys Beddict entrecerró los ojos. Tras él, en las sombras, la reina Janath gruñó y entonces dijo:

—Sabes qué, tiene razón.

—Por ahora —contestó Brys—, es casi irrelevante. Nos quedan pocos magos de cierta estatura, e incluso esos han caído. Parece que hay una revolución silenciosa en camino, y sospecho que cuando el polvo se haya asentado, toda la disciplina de la hechicería habrá cambiado. —Dudó un instante—. En cualquier caso, escuchar a aquel soldado no fue lo que me alarmó. Es su noción de afrontar asuntos de forma personal.

—Una invitación al motín —asintió Janath—, pero puedes verlo de otro modo. Su modo de pensar en cambio mantiene al comandante en jaque, seguir órdenes es una cosa, pero si estas son suicidas o tan solo estúpidas…

—La idea de que mis soldados me pongan en duda a la primera de cambio me inspira poca o ninguna confianza. Comienzo a arrepentirme de contratar a estos malazanos

durante la reestructuración del ejército letherii. Quizás el modo en que hacen las cosas funcione para ellos, pero no implica que vaya a funcionarnos a nosotros por necesidad.

—Puede que tengas razón, Brys. Hay algo inusual en estos malazanos. Me resultan fascinantes. Imagina, una civilización entera que no ha de aguantar a imbéciles.

—Por lo que he oído —añadió Brys—, eso no les protegió de la traición. Su propia emperatriz estaba lista para sacrificarlos a todos.

—Pero no se inclinaron ante el hacha del verdugo, ¿no es así?

—Te entiendo.

—Existe un intercambio de confianza entre el comandante y los que siguen órdenes. Abusa de ello en cualquiera de ambas direcciones y todos los acuerdos mutuos quedan anulados.

—Guerra civil.

—A menos que una de las partes agraviadas tenga la opción de simplemente marcharse. Y hay que asumir que no está interesada en represalias o venganza.

Brys pensó en ello un rato, observando el acoso incesante que los soldados letherii recibían de aquellos dos Cazahuesos en el patio.

—Quizá tengan algo que enseñarnos —murmuró.

Sepia se acercó a Chapapote y siseó.

—Por todos los dioses, cabo, ¡son peores que un rebaño de ovejas!

—El problema es que les han machacado demasiadas veces.

—¿Qué hacemos con ellos?

Chapapote se encogió de hombros.

—Solo se me ocurre machacarles todavía más.

Sepia entrecerró los diminutos ojos.

—Por algún motivo, lo que acabas de decir no me parece correcto.

Chapapote sonrió y apartó la vista.

—Ya. Pero no se me ocurre nada más. Si tienes una idea mejor, adelante, zapador.

—Los pondré en marcha, eso nos dará tiempo para pensar.

—Tiene que haber una estrategia inteligente en marcha ahí abajo —concluyó Brys tras un rato, y entonces se volvió hacia la reina—. Deberíamos ir con Tehol, dijo algo sobre un encuentro previo a la reunión con la consejera.

—De hecho, ese era Bicho. Tehol propuso un encuentro para debatir la idea de Bicho de una reunión previa. ¡Ay, escúchame bien! ¡Ese hombre es como una infección! Sí, permítenos marchar con un propósito solemne sobre mi esposo (tu hermano) y por lo menos descubrir qué necesita descubrir antes de que los malazanos caigan sobre nosotros. ¿Qué deben pensar? ¡Nuestro rey viste una sábana!

La mano de Lostara Yil mariposeó hacia el cuchillo enfundado en la cintura y se retiró una vez más. Un silencioso susurro en su cabeza decía que necesitaba limpiar el arma, pero acababa de hacerlo, además de pulirla no hacía mucho, incluso la funda era nueva. Nada era lógico. Nada tenía sentido. Sí, comprendía los motivos de su obsesión. Motivos retorcidos y patéticos, pero entonces, hundir un cuchillo en el corazón del hombre que amaba estaba ligado a dejar una mancha indeleble en su alma. El cuchillo se había convertido en un símbolo. Tendría que ser muy tonta para no verlo.

Y aun así, la mano se movía inquieta, desesperada por desenfundar el cuchillo.

Trató de distraerse observando al puño Blistig caminando por la muralla del otro extremo, medía una jaula que nadie más podía ver, aunque ella conocía las dimensiones. Seis pasos de longitud, dos de ancho, el techo era tan bajo que hacía que el hombre caminara encorvado, el suelo se había desgastado tanto que era liso, casi pulido. Comprendió aquel tipo de invención, todo el esfuerzo en hacer que ciertos barrotes encajaran a la perfección, que el candado fuera sólido y que la llave hubiera caído al mar.

El puño Keneb también contemplaba al hombre, llevando a cabo un admirable esfuerzo por ocultar sus pensamientos. Era el único sentado en la mesa, aparentemente relajado, aunque Lostara sabía bien que estaba tan magullado y hecho polvo como ella. La lectura maldita de Violín les había dejado a todos destrozados. Que a una la golpearan cuando estaba inconsciente no era jamás una experiencia placentera.

Los tres miraron a Ben el Rápido entrar en la sala. El mago supremo cargaba con cierta atmósfera de culpabilidad, algo nada fuera de lo común. A pesar de su bravuconería, las acusaciones le pesaban como moscas en una tela de araña. Por supuesto que escondía secretos. Por supuesto que actuaba a escondidas. Era Ben el Rápido, el último mago superviviente de los Abrasapuentes. Creía que ser más listo que los dioses era divertido. Pero incluso él se había llevado palos en la lectura de Violín, y eso le había bajado los humos.

Ella entrecerró los ojos cuando él se acercó a la mesa, estiró la silla que había junto a Keneb y se sentó, entonces comenzó a repiquetear con los dedos sobre la superficie barnizada.

No, no había demasiada humildad ahí.

—¿Dónde está? —preguntó Ben el Rápido—. Tenemos que ver al rey en menos de una campanada, tenemos que

acordar qué vamos a hacer.

Blistig había vuelto a caminar, y ante las palabras del mago resopló y dijo:

—Ella ya lo tiene claro. Esto es simple cortesía.

—¿Desde cuándo le importa a la consejera el decoro? —replicó Ben el Rápido—. No, tenemos que discutir estrategias. Todo ha cambiado…

Keneb se puso rígido al escuchar esto último.

—¿El qué, mago supremo? ¿Desde la lectura? ¿Puedes ser más específico?

El mago sonrió.

—Puedo, pero quizás ella no quiera que lo haga.

—Entonces el resto deberíamos dejaros para que lo resolváis —dijo Blistig, con los abruptos rasgos retorcidos por el disgusto—. A menos que vuestros egos requieran una audiencia, ya que no queremos que estos salgan amoratados, ¿no?

—¿Tienes una caseta para perros, Blistig? Podrías echarte una siesta en ella.

Lostara se aseguró de apartar la vista, divertida. No compartía ninguna de sus preocupaciones. De hecho, no le importaba dónde iba a terminar este inútil ejército. Quizá la consejera se limitaría a disolverlo, echarlos a todos. Letheras era una buena ciudad, aunque quizás algo húmeda para su gusto. Seguro que hacia el interior el clima era más seco, lejos de este río perezoso.

Sabía que aquel resultado era poco probable, claro. De hecho, era imposible. Quizá Tavore Paran no tenía la adicción de la nobleza hacia la posesión material. Los Cazahuesos eran la excepción. Este ejército era suyo. Y no le interesaba que fuera tan solo un objeto bonito decorando una habitación. No, quería usarlo. *Quizás incluso gastarlo*.

Ahí era donde entraba el resto de las personas. Blistig y Keneb, Ben el Rápido y Peccado. Ruthan Gudd (que ni

siquiera se molestaba en asistir a las sesiones informativas), y Arbin y la propia Lostara. Añádele a eso ocho mil quinientos soldados bajo la tutela de Tavore, junto a los lágrimas quemadas y a los perecederos, y eso, suponía Lostara, debería satisfacer la noble codicia que la consejera pudiera albergar.

No resultaba sorprendente que estos hombres estuvieran nerviosos. Algo incendiaba la cruel y despiadada obsesión de la consejera. Ben el Rápido podía tener una ligera idea de ello, pero sospechaba que el hombre se tiraba un farol. El soldado que quizá sí sabía de qué iba aquello no estaba allí. *Gracias a todos los dioses por ese gesto de misericordia*.

—Vamos de camino a las Tierras Yermas —dijo Keneb—. Eso lo sabemos, supongo. Pero no los motivos.

Lostara Yil se aclaró la garganta.

—Es un rumor, puño.

Él levantó las cejas.

—Creía que estaba algo más claro.

—Bueno —comenzó Ben el Rápido—, es impreciso, como la mayoría de los rumores. Siendo más específicos, es incompleto. Razón por la cual la mayoría de las especulaciones nos han resultado inútiles hasta ahora.

—Continúa —pidió Keneb.

El mago tamborileó con los dedos en la mesa otra vez, y entonces habló.

—No iremos a las Tierras Yermas, amigos míos. Las atravesaremos. —Sonrió, aunque estaba desprovista de toda alegría—. ¿Veis como el ligero detalle marca una gran diferencia? Porque ahora masticamos los rumores y se convierten en pelotas de posibilidades. El sentido de la meta, ¿no? Sus metas. Entonces, qué es lo que ella necesita que hagamos para lograrlas. —Hizo una pausa y añadió—: Qué tenemos que hacer para convencernos a nosotros

mismos y a nuestros soldados de que alcanzar esas metas vale la pena.

Bueno, lo había dicho lo más directo posible. *Aquí tenéis, masticad con ganas este puñado de cristales*.

—Sin testigos —murmuró Keneb.

Ben el Rápido mariposeó una mano con un gesto de rechazo.

—No creo que haya problema con eso. Ya ha comentado qué necesita decirle al sujeto. Ya está programado. Su próximo reto llegará cuando diga en voz alta y al detalle lo que está planeando.

—Y tú crees que ya lo has descubierto.

Lostara no se dejó engañar por la sonrisa evasiva del mago supremo. *El imbécil no tiene ni idea. Está igual que el resto de nosotros*.

Fue entonces cuando la consejera Tavore hizo su aparición, arrastrando a Peccado del brazo flacucho. La expresión en el rostro de la chica era la de una oscura tormenta de indignación y furia. La mujer más mayor sacó una silla del lado opuesto a Keneb y sentó allí a Peccado, entonces ella fue hasta uno de los extremos de la mesa, donde se quedó de pie. Al hablar, su tono era de una aspereza inusual, como si la rabia se hubiera calmado justo por debajo de la superficie.

—Los dioses pueden librar su propia guerra. No nos usarán, ni ellos, ni nadie. No me importa cómo nos juzgue la historia, espero que esto quede claro.

Lostara estaba cautivada; era incapaz de apartar los ojos de la consejera, ver al fin una parte de ella que había permanecido oculta durante tanto tiempo, que jamás había emergido. Estaba claro que los demás también estaban sorprendidos, ya que nadie rompió el silencio cuando Tavore hizo una pausa, mostrándoles a todos el gélido hierro de su mirada.

—La lectura de Violín lo ha dejado claro —continuó—. Esa lectura fue un insulto. A todos nosotros. —Comenzó a quitarse los guantes con una precisión feroz—. Nuestras mentes no pertenecen a nadie. Ni a la emperatriz Laseen, ni a los propios dioses. No falta mucho para hablar con el rey Tehol de Lether. Presentaremos nuestra intención formal de marcharnos de este reino, rumbo este. —Estrelló el primer guante contra la mesa—. Pediremos los permisos necesarios para asegurar nuestro paso seguro a través de los pequeños reinos más allá de la frontera letherii. Si no nos lo conceden, los atravesaremos a la fuerza. —Estampó el segundo guante.

Si había alguna duda en la sala de que esta mujer lideraba a los Cazahuesos, había sido exterminada. En un instante.

—Asumo —dijo ella, con la voz rasgada—, que queréis saber nuestro destino. Vamos rumbo a la guerra. Marchamos hacia un enemigo que ni siquiera sabe que existimos. —Los ojos helados se fijaron en Ben el Rápido y fue una demostración de coraje por parte del hombre que este no apartara la suya—. Mago supremo, tu disfraz ha llegado a su final. Que sepas que admiro tu inclinación a reunirte con los dioses. Infórmame de lo que creas que está por venir.

Ben el Rápido se humedeció los labios.

—¿Debería ser específico o un resumen bastará, consejera?

Ella no respondió.

El mago supremo se encogió de hombros.

—Habrá guerra, sí, pero una desastrosa. El Dios Tullido ha estado ocupado, pero sus esfuerzos han sido, sin excepción, defensivos, ya que el Caído también sabe lo que está por venir. El bastardo está desesperado, seguramente aterrorizado, y es más, ha fracasado más veces de las que ha salido victorioso.

—¿A qué se debe?

Él parpadeó.

—Bueno, la gente se ha cruzado en su camino…

—Gente, sí. Mortales.

Ben el Rápido asintió, y entrecerró los ojos.

—Hemos sido el arma de los dioses.

—Dime, mago supremo, ¿qué tal sienta?

Lostara se fijó en que las preguntas le golpearon desde direcciones imprevistas, y quedaba claro que Ben el Rápido vacilaba mentalmente. Era un talento afilado, uno sorprendente, y Lostara pudo sacar de ello que la consejera Tavore poseía características que la convertían en una estratega magnífica, pero ¿por qué nadie lo había visto antes?

—Consejera —comenzó el mago—, los dioses se han arrepentido de utilizarme.

Aquella respuesta le resultó satisfactoria.

—Continúa, mago supremo.

—Volverán a encadenarlo. Esta vez será absoluta, y una vez encadenado, absorberán todo de él, como moscas de sangre…

—¿Los dioses están unidos en esto?

—Claro que no, discúlpame, consejera. Es más, los dioses nunca están unidos, incluso cuando están de acuerdo. Las traiciones están virtualmente garantizadas. Por eso no puedo prever las intenciones de Tronosombrío. No es tan estúpido, no puede serlo…

—Ha sido más listo que tú —dijo Tavore—. No puedes prever sus intenciones más profundas. Mago supremo, el primer dios que has mencionado aquí es uno que muchos de nosotros no esperaríamos al frente de todo este asunto. El Embozado, sí. Togg, Fanderay, incluso Fener. Y Oponn. ¿Y qué hay de los dioses ancestrales? Mael, K’rul, Kilmandaros. No. En vez de eso hablas de Tronosombrío, el advenedizo…

—El que fue una vez el emperador del Imperio Malaz —interrumpió Keneb.

Ben el Rápido le miró de reojo.

—Así es, incluso entonces (y no me resulta fácil admitirlo), era un cabronazo astuto. Todas las veces que creí haberle engañado, que le había superado, resultó que él estaba jugando conmigo desde el principio. Era el Señor de las Sombras mucho antes de ascender a ese título, Danzante le otorgó la tez civilizada, la máscara de moralidad honesta. Igual que hace Cotillion ahora. Pero que no os engañen, esos dos son implacables. Ninguno de nosotros como mortales merece nada, excepto ser un medio para un fin…

—¿Cuál, mago supremo, será ese fin?

Ben el Rápido levantó las manos y se reclinó.

—Dispongo de algo más que unas escuetas suposiciones, consejera.

Pero Lostara vio algo brillar en la mirada del mago, como si le hubieran sumergido en una vigilia tras un larguísimo sueño. Se preguntó si había sido así con Whiskeyjack, con Dujek Unbrazo. No cabía duda de que le veían como la taba en la manga.

—Oiré tales suposiciones —exclamó la consejera.

—El panteón está derrumbándose, y lo que emerge del polvo y las cenizas es casi irreconocible. Lo mismo para la hechicería, para las sendas, el reino de K’rul. Todo cambia a un nivel fundamental.

—Y aun así, una asume que, en la cúspide… Tronosombrío y Cotillion.

—Una asunción segura —admitió Ben—, motivo por el cual no me fío de ella.

Tavore parecía sorprendida.

—¿Altruismo por parte de estos dos?

—Ni siquiera creo en el altruismo, consejera.

—De ahí —observó ella— tu confusión.

La ascética tez del hechicero estaba contraída, como si estuviera saboreando algo increíblemente asqueroso.

—¿Quién asegura que los cambios generan algo mejor, algo más equitativo? ¿Quién dicta que lo que emerge no es peor que lo existente? Sí, puede parecer una buena estrategia, empujar a la muchedumbre de dioses miserables hasta el borde de un acantilado, o algún otro lugar que los deje fuera del alcance, que nos deje a nosotros fuera de su alcance. —Ahora murmuraba, como si no tuviera en cuenta a su audiencia—. Pero considerad esta eventualidad. Sin los dioses, estamos solos. Y solos... ¡Nos las tendremos que apañar ante el Abismo! ¡Qué maldades podríamos llegar a cometer! ¡Qué invenciones grotescas para plagar el mundo!

—Pero... no serían nuestras en su totalidad.

—Dejaría de tener gracia —dijo Ben el Rápido, como si le hubiera irritado la intervención—. Tronosombrío tiene que darse cuenta de ello. ¿Quién le quedará para jugar? Y con K'rul como cadáver, la hechicería se pudrirá, se volverá séptica. Matará a cualquiera que se atreva a usarla.

—Quizá —exclamó Tavore con cierto remordimiento—, Tronosombrío no intenta rehacer nada. En vez de eso, quiere acabar con todo de forma definitiva. Erradicar el mundo.

—Lo dudo. Kallor lo intentó y la lección que aprendió quedó grabada en todo el mundo, imposible olvidarla. Los dioses saben, Kellanved entonces fue y reclamó aquella senda destruida para el imperio, para no quedarse ciego a... —Se quedó sin palabras, pero Lostara vio cómo sus pensamientos descendían por un nuevo y traicionero camino, rumbo a un destino incierto.

Sí, reclamaron el legado de Kallor. Pero... ¿qué es lo que significa?

Nadie habló durante un tiempo. Blistig estaba quieto como una roca, no se había movido desde el instante en que la consejera comenzó a hablar, y la expresión de sorpresa

que debería haber en su rostro estaba ausente. En cambio, estaba bloqueado con una especie de beligerancia obstinada, como si todo lo que hubiera escuchado hasta aquel momento no fuera relevante, como si no pudiera sacudir la jaula en la que estaba, una que le enjaulaba a él mismo dentro, por lo que mantenía a todo lo demás a una distancia segura.

Peccado estaba espatarrada sobre la enorme silla, contemplaba con intensidad la mesa, y fingía que no escuchaba nada de lo que decían, pero estaba más pálida de lo normal.

Keneb se inclinó sobre los codos, las manos a ambos lados de la cara: la postura de un hombre que desea estar en cualquier otro lugar.

—Todo se resume a puertas —murmuró Ben el Rápido—. No sé cómo, ni por qué, pero mis entrañas me dicen que se resume a puertas. Kurald Emurlahn, Kurald Galain, Starvald Demelain, las antiguas, y el Azath. Nadie ha desentrañado los secretos de las Casas por completo como ellos, ni siquiera Gothos. Ventanas al pasado, al futuro, senderos que conducen al lugar que ningún mortal ha visitado jamás. Han recorrido arriba y abajo el esqueleto de la existencia, ansiosos como larvas de huesos…

—Demasiadas suposiciones —interrumpió Tavore—. Contrólate, mago supremo. Dime, ¿has visto el rostro de nuestro enemigo al este?

La mirada que le dirigió era lúgubre, miserable.

—La justicia es una noción dulce. Una lástima que su práctica finalice con sangre inocente. El juicio honesto es cruel, consejera, muy cruel. Y aquello que lo convierte en un desastre es el modo en que se extiende hacia fuera, engulléndolo todo a su paso. Permíteme citar al historiador imperial Duiker: «El objetivo de la justicia es drenar al mundo de color».

—Algunos lo verán de ese modo…

Ben el Rápido resopló.

—¿Algunos? ¡Esos árbitros de mirada fría no saben verlo de otro modo!

—La naturaleza insiste en un equilibrio…

—La naturaleza está ciega.

—Lo que favorece la idea de que también la justicia está ciega.

—Cegada, no ciega. Toda la idea se fundamenta en un engaño: las verdades son reductibles…

—¡Alto! —ladró Keneb—. ¡Alto, alto! ¡Me estáis dejando atrás! Consejera, ¿estás sugiriendo acaso que nuestro enemigo es la justicia? Y que eso nos convierte en qué, ¿en campeones de la injusticia? ¿Cómo puede ser la justicia un enemigo? ¿Cómo puedes siquiera esperar librar una guerra contra ella? ¿Cómo puede un simple soldado hacerse a la ida? —Su silla chirrió cuando se levantó de golpe—. ¿Os habéis vuelto loco? No entiendo…

—¡Siéntate, puño!

Aturdido por la orden, volvió a sentarse, con un aire de derrota y desconcierto.

El Embozado sabía que Lostara Yil se sentía identificada con él.

—Kolanse —dijo Tavore—. Según escritos letherii, una confederación aislada de reinos. Nada especial, nada particularmente único, excepto una inclinación por el monoteísmo. Durante la última década, sufrieron una terrible sequía, suficiente para diezmar la civilización. —Hizo una pausa—. ¿Mago supremo?

Ben el Rápido se frotó con vigor la cara, y entonces dijo:

—El Dios Tullido descendió en pedazos. Todo el mundo lo sabe. La mayor parte de él, se dice, cayó en Korel, y esto le dio al continente su otro nombre: Puño. Otros pedazos cayeron… en otros lugares. A pesar del daño cometido a

Korel, no fue donde el verdadero corazón del dios aterrizó. No, salió despedido del resto de él. Encontró su propio continente...

—Kolanse —dijo Keneb—. Aterrizó en Kolanse.

Tavore dijo:

—He mencionado la inclinación por el monoteísmo, no resulta sorprendente pues, dada la que debió de ser una más que traumática visita por parte de un dios, que el visitante nunca se marchara.

—Y bien —intervino Keneb con los dientes apretados—, marchamos rumbo al lugar en el que convergen los dioses. Dioses que intentan encadenar al Dios Tullido una última vez. Pero nos negamos a ser el arma de nadie. Si eso es así, entonces, en nombre del Embozado, ¿qué haremos allí?

—Creo —dijo Ben el Rápido con la voz ronca—, que obtendremos la respuesta cuando lleguemos.

Keneb gruñó y se hundió todavía más en la silla, enterrando la cara en las manos.

—Kolanse ha sido usurpada —sentenció Tavore—. No en nombre del Dios Tullido, sino en el de la justicia. Una justicia terrible.

—Ahkrast Korvalain —exclamó Ben el Rápido.

Peccado dio un respingo como si algo la hubiera picado, y entonces volvió a encogerse.

Las manos de Keneb cayeron a los lados, aunque las marcas de los dedos permanecieron unos instantes marcándole la cara.

—Disculpadme, pero ¿qué?

—La senda ancestral, puño —respondió la consejera—, de los forkrul assail.

—Están preparando la puerta —dijo Ben el Rápido—, y para ello, necesitan una cantidad ingente de sangre.

Lostara habló al fin. No pudo evitarlo. Era la que sabía más sobre el culto a la Sombra de los aquí presentes, quizás

exceptuando a Ben.

—Consejera, dices que no marchamos bajo orden de dios alguno. Y aun así, sospecho que Tronosombrío estará más que satisfecho cuando ataquemos Kolanse, Cuando pongamos rumbo a destruir la puerta profana.

—Gracias —contestó Tavore—. Asumo que ahora comprendemos la angustia del mago supremo Ben el Rápido. Su temor que, de algún modo, estemos jugando en las manos de Tronosombrío.

Creo que así es.

—Incluso cuando era emperador —intervino Keneb—, aprendió a evitar el aguijonazo de la justicia.

—La ocupación t'lan imass de Aren —dijo Blistig, asintiendo.

Tavore miró de reojo al hombre y entonces dijo:

—Que compartamos enemigo no implica que seamos aliados.

Consejera, eso es demasiado descarado. Pero estaba anonadada. Por lo que Tavore había conseguido aquí. Algo burbujeó en la sala, tocando a todos los presentes como fuego, incluso a Blistig. Incluso a aquella diminuta pesadilla, Peccado. Si un dios mostrara su rostro en ese mismo instante en aquella sala, seis puños habrían surgido para darle la bienvenida.

—¿Para qué es la puerta? —preguntó Lostara—. ¿Consejera? ¿Conoces el propósito de la puerta?

—Para la entrega de la justicia —respondió Ben el Rápido —. O eso se supone.

—¿Justicia contra quién?

El mago supremo hizo un gesto de indiferencia.

—¿Nosotros? ¿Los dioses? ¿Reyes y reinas, sacerdotes, emperadores y tiranos?

—¿El Dios Tullido?

La sonrisa del mago era salvaje.

—Están sentados justo encima de él.

—Entonces los dioses puede que se retiren y dejen a los forkrul assail hacer el trabajo por ellos.

—Lo dudo, no puedes absorber el poder de un dios muerto, ¿no?

—Entonces, puede que nos descubramos como armas en las manos de un dios, al fin y al cabo, o, si no cooperamos, atrapados entre dos enemigos sedientos de sangre. —Se arrepintió de aquellas palabras al mismo tiempo que las pronunciaba. *Porque, una vez dicho, todo apunta a... apunta al peor destino imaginable. Oh, Tavore, ahora comprendo tu desafío en cuanto a cómo nos juzgará la historia. Y tus palabras sobre aquello de que lo que hagamos pasará desapercibido no era tanto una promesa, creo. Más como una oración*.

—Es la hora —dijo la consejera, recogiendo los guantes—, hablaré con el rey. Puedes largarte ya, Peccado. El resto conmigo.

Brys Beddict necesitaba un instante a solas, por lo que se retiró cuando la reina entró a la sala del trono, y se alejó unos pasos de los dos guardias con yelmos que flanqueaban la entrada. El Errante iba a la suya, un némesis tuerto que aferraba mil dagas. Casi podía sentir la gélida sonrisa del dios, un témpano escalofriante como el aliento del invierno sobre la nuca. Dentro o fuera, delante o detrás, no importaba. El Errante atravesaba cualquier puerta, estaba a ambos lados de cualquier barrera. La sed de sangre era penetrante, y Brys se sentía atrapado como una mosca en ámbar.

Si no fuera por un mazo tarthenal, Brys Beddict estaría muerto.

Todavía temblaba.

Desde su vuelta al mundo mortal, había sentido una extraña ligereza, como si nada en este mundo pudiera sostenerle en el suelo, arraigado con firmeza en la tierra. El palacio, que había sido el mismísimo corazón de su vida, su único futuro, ahora parecía una pausa temporal. Por ello había solicitado a su hermano que le dieran el liderazgo del ejército letherii. Incluso con la ausencia de enemigos podía justificar la salida de la ciudad, para deambular hasta las mismas fronteras del reino.

¿Qué buscaba? No lo sabía. ¿Lo encontraría (podría encontrarlo) más allá de los muros de la ciudad? ¿Había algo ahí fuera esperándolo? Tales pensamientos eran como impactos contra su alma, ya que le hacían retroceder. *Hacia la sombra del hermano Casco*.

Quizás ahora me esté acosando. Sus sueños, sus necesidades, se deslizan como velos frente a mis ojos. Quizá me ha maldecido con su propia sed, demasiado vasta para ser aplacada en una sola vida. No, ahora él usará la mía.

Eran miedos desagradables. Casco Beddict estaba muerto. Lo único que ahora asediaba a Brys eran los recuerdos del hombre, y no le pertenecían a nadie más, ¿acaso no era así?

Dejad que lidere el ejército. Marcharemos hacia tierras desconocidas, déjame libre, hermano, para intentarlo de nuevo, para darle a los extranjeros un nuevo significado del nombre letherii. No el repugnante manchado de traición, no uno que se convierta en una palabra maldita para todas las naciones que nos crucemos.

Déjame curar las heridas de Casco.

Se preguntó si Tehol comprendería algo de todo aquello, y entonces resopló. El ruido asustó a los guardias, fijaron la mirada en él y luego volvieron a desviarla. Todo iba demasiado bien, de hecho, a niveles que sobrepasaban los

insignificantes y vacíos esfuerzos de Brys. Y diría algo a desmano, que cortaría con suficiente profundidad como para morder el hueso. O quizá no. Tehol nunca fue tan cruel como Brys había temido. ¿Qué extraña dinámica es esta? Tan solo que es demasiado listo para mí… Y si yo tuviera su inteligencia, la usaría al máximo con toda la mortal habilidad con la que empuño una espada.

Casco había sido el soñador, y sus ensoñaciones eran del tipo que se nutrían de su propia conciencia antes que del resto. ¿Ves cómo le cegó? ¿Ves cómo le destruyó?

Tehol calmó cualquier sueño retenido. Fue de ayuda tener a un dios ancestral a su lado, y una mujer que con toda probabilidad igualaba a Tehol en ingenio. *También ayuda, supongo, que esté medio loco*.

¿Qué pasaba con Brys, entonces? ¿Este hermano menos que los otros tres? Empuñar una espada y convertirla en algo normal, en un icono de la adjudicación. Un maestro de las armas de pie entre dos mundos: el complejo al alcance del acero y el simple fuera de su alcance. *Soy lo opuesto a Casco, en todos los sentidos*.

Entonces ¿por qué ansío seguir sus pasos?

Había sido enterrado bajo roca en el lecho oscuro de un océano. Su alma había sido un único hilo cosido a una madeja de dioses abandonados y olvidados. ¿Cómo aquello podía no haberle cambiado? Quizá su nueva sed era la sed de ellos. Quizá, después de todo, no tenía nada que ver con Casco Beddict.

Es más, quizás esto tenía que ver con el empujón del Errante.

Suspiró y observó las puertas a la sala del trono, ajustó el cinto del arma, y entró en la cámara.

El hermano Tehol, rey de Lether, estaba en mitad de un ataque de tos. Janath estaba junto a él, palmeándole la

espalda. Bicho servía agua en un cáliz, que después tendió al rey.

Ublala Pung estaba de pie ante el trono. Se dio la vuelta cuando Brys se acercó, con una expresión de profunda angustia.

—¡Preda! ¡Gracias a los espíritus que estás aquí! ¡Ahora puedes arrestarme y ejecutarme!

—Ublala, ¿por qué habría de hacer algo así?

—Observa, ¡he matado al rey!

Pero Tehol ya se estaba recuperando, lo suficiente para tomar el cáliz que Bicho le ofrecía. Bebió un profundo trago, suspiró, y entonces se sentó de nuevo en el trono. Con voz rasgada dijo:

—No pasa nada, Ublala, no me has matado... todavía. Pero ha estado cerca.

El tarthenal gimió y Brys vio que el hombretón estaba a nada de salir corriendo.

—El rey exagera —explicó Janath—. Tranquilo, Ublala Pung. Bienvenido, Brys, me preguntaba dónde estabas, ya que hubiera jurado que estabas bajo mis talones hace un ratito.

—¿Qué me he perdido?

Bicho habló:

—Ublala Pung nos estaba informado de, entre otros asuntos, algo que había olvidado. Un tema bastante, bueno, extraordinario. Relacionado con el guerrero toblakai, Karsa Orlong.

—¿El asesino de Rhulad Sengar ha vuelto?

—No, que los dioses nos bendigan contra ello, Brys.

Bicho dudó.

—Al parecer —dijo Janath, mientras Tehol bebía unos cuantos tragos más de agua— Karsa Orlong puso cierta carga en Ublala Pung, algo que hasta ahora mismo había

olvidado por completo, distraído como ha estado por los repetidos abusos de sus compañeros en la guardia.

—Discúlpame, pero ¿qué abusos?

Tehol habló al fin.

—Podemos entrar en detalles más tarde. El tema puede que ya no sea relevante, en cualquier caso, que parece que Ublala nos abandonará pronto.

Brys parpadeó atónito ante el abyecto tarthenal.

—¿Adónde vas?

—A las islas, preda.

—¿Las islas?

Ublala asintió, solemne.

—Debo reunir a todos los tarthenal y organizar un ejército. Y entonces marcharemos en busca de Karsa Orlong.

—¿Un ejército? ¿Por qué querría Karsa Orlong un ejército de tarthenal?

—¡Para destruir el mundo!

—Por supuesto —intervino Bicho—, según mi último censo hay mil cuatrocientos cincuenta y un tarthenal asentados en las islas. La mitad todavía no son adultos, por debajo de los setenta años de edad según estimaciones tarthenal. El supuesto «ejército» de Ublala llegaría a lo sumo a quinientos adultos de madurez considerable y dudosas habilidades marciales.

—¡Para destruir el mundo! —gritó Ublala de nuevo—. ¡Necesito un bote! ¡Uno muy grande!

—Tiene pinta de ser un asunto de vital importancia —dijo Brys tras un momento—, que requiere de más debate. Por ahora, discúlpame, Ublala, vamos a entretener al alto mando malazano. ¿No deberíamos comenzar a discutir la obstrucción de tal encuentro?

—¿Qué hay que discutir? —preguntó Tehol. Echó un rápido vistazo a su taza—. Por todos los dioses, ¡he estado bebiendo agua! Bicho, ¿intentas envenenarme o algo?

¡Vino, hombre, quiero vino! Uy, perdón, Brys, mi insensibilidad. ¡Cerveza, hombre, cerveza!

—Es muy probable que los malazanos nos pidan algo —dijo Brys—. Por algún motivo incomprensible pretenden marchar hacia las Tierras Yermas. Buscan comprar salvoconductos, lo que implicaría inmiscuirnos diplomáticamente, así como suficientes suministros para satisfacer sus tropas. Rey Tehol, admito que tengo poca confianza en cuanto a estos salvoconductos. Todos sabemos la inherente duplicidad de los bolkando y de los saphii.

—Quieres otorgarles a los malazanos una escolta —intervino Janath.

—¡Una enorme! —chilló Ublala, como si no supiera que la conversación en la sala del trono había cambiado de tema—. Quiero a la capitana Shurq Elalle. Porque ella es buena y le gusta el sexo. Oh, y también necesito monedas para comprar comida y gallinas, y pulidor de botas para el ejército. ¿Puedo llevarme todo eso?

—¡Claro que puedes! —contestó Tehol con una reluciente sonrisa—. Canciller, ocúpate de ello, ¿podrás?

—Hoy mismo, rey —contestó Bicho.

—¿Puedo irme ya? —pidió Ublala.

—Si así lo deseas.

—Señor —comenzó Brys, cada vez más frustrado—. Creo…

—¿Puedo quedarme? —preguntó Ublala.

—¡Por supuesto!

—Señor…

—Querido hermano —comenzó Tehol—, ¿no has captado ni una pizca de mi compostura? Por supuesto que puedes escoltar a los malazanos, aunque creo que tus intenciones con la consejera pintan mal, pero ¿quién soy yo para aplastar con el talón tal optimismo por un caso perdido? Quiero decir, ¿estaría yo casado con la estupenda mujer que

tengo aquí a mi lado de no ser por sus, al parecer, esperanzas poco realistas? —Bicho le entregó una nueva taza al rey, esta repleta de cerveza—. ¡Bicho, gracias! ¿Crees que Ublala tiene sed?

—Sin duda, señor.

—¡Sírvele una copa!

—¡Una copa no! —gritó Ublala—. ¡Quiero una jarra!

—Me facilitaría una oportunidad de observar las tácticas militares de los malazanos en el campo, señor —explicó Brys —, y de aprender lo que pueda…

—¡Nadie te ha dicho que no, Brys!

—Tan solo dejo claro los motivos para justificar mis deseos de…

—¡Los deseos no tienen que justificarse! —interrumpió Tehol, meneando un dedo—. Lo que terminas haciendo es iluminar los motivos ocultos en virtud de su obvia ausencia. Por lo tanto, hermano, pareces ser el Beddict más adecuado (legítimamente adecuado, quiero decir), es decir, ¿por qué no lanzar bien lejos la red del amor? Incluso si, por alguna peculiaridad por tu parte, la consejera no es de tu gusto, siempre queda su auxiliar. ¿Cuál era su nombre que sonaba así como muy extranjero, Bicho?

—Blistig.

Tehol frunció el ceño.

—¿En serio?

Bicho se pasó la mano por la frente, y ante un curioso sonido acuoso miró a Ublala, engullendo de una gigantesca pinta, con un charco amarronado extendiéndose a sus pies.

—Se llama Lostara Yil —dijo, con un cansancio inexplicable, casi desanimado.

—Entonces —exigió Tehol—, ¿quién es Blistig, Bicho?

—Lo siento, uno de los puños, esto, creo que se llaman Atripredas, al mando. Fallo mío.

—¿Es guapo?

—Seguro que hay alguien en el mundo que opina que sí, señor.

—Tehol —dijo Brys—, tenemos que discutir las motivaciones de estos malazanos. ¿Por qué las Tierras Yermas? ¿Qué buscan? ¿Qué esperan conseguir? Son un ejército, después de todo, y los ejércitos existen para librar guerras. ¿Contra quién? Las Tierras Yermas están vacías.

—No sirve de nada —exclamó Janath—. Ya he intentado antes tratar el tema con mi marido.

—Una discusión de lo más esclarecedora, querida esposa, te lo aseguro.

Ella le observó con las cejas alzadas.

—¿Ah, sí? Eso apenas describe mis conclusiones.

—¿Acaso no es obvio? —preguntó Tehol, paseando la mirada de Janath a Brys, luego a Bicho y al fin a Ublala, y de nuevo de vuelta a Brys, y después, abriendo levemente los ojos, retornó la mirada al tarthenal que acababa de consumir la mayor parte del contenido de la pinta y eructaba espuma dorada que se escurría por la barbilla. Al ver la atención de rey, Ublala Pung se enjugó la cara y sonrió.

—¿Acaso no es obvio el qué? —preguntó Janath.

—¿Eh? Ah, que no van a las Tierras Yermas, mi reina, van a Kolanse. Tan solo cruzan las Tierras Yermas porque ya no tienen transporte para llegar a Kolanse por mar. Tampoco tienen los navíos suficientes para acomodar a las tropas, ay.

—¿Qué buscan en Kolanse? —preguntó Brys.

Tehol se encogió de hombros.

—¿Cómo podría saberlo? ¿Crees, quizá, que deberíamos preguntarles?

—Apostaría —intervino Bicho— que nos dirían a la cara que no es asunto nuestro.

—¿Lo es?

—Señor, tu pregunta me incita a ocultar la verdad, y prefiero no hacerlo.

—Totalmente comprensible, Bicho. Dejémoslo ahí, pues. ¿Te encuentras mal, Ublala Pung?

El gigante torcía el gesto con la mirada fija en los pies.

—¿Me he meado encima?

—No, es cerveza.

—Oh. Entonces no pasa nada. Pero…

—¿Sí, Ublala?

—¿Dónde están mis botas?

Janath alargó la mano para sujetar la de su marido mientras este la alzaba para volver a beber de la copa.

—Otra vez no, esposo. Ublala, nos habías informado de que les diste de comer tus botas a tus compañeros guardias del barracón.

—Oh. —Ublala eructó, se enjugó la espuma de la nariz, y sonrió una vez más—. Ahora me acuerdo.

Tehol bendijo a su esposa con una mirada de agradecimiento y entonces dijo:

—Esto me recuerda, ¿hemos enviado sanadores a las barracas de palacio?

—Sí, señor.

—Buen trabajo, Bicho. Y ahora que ya escucho al séquito malazano en el pasillo contiguo: Brys, ¿cómo de grande quieres la escolta?

—Dos brigadas y dos batallones, señor.

—¿Es razonable? —preguntó Tehol, mirando a su alrededor.

—No tengo ni idea —replicó Janath—. ¿Bicho?

—No soy general, mi reina.

—Pues necesitamos una opinión experta —concluyó Tehol —. ¿Brys?

Botella sabía que de esto no iba a salir nada bueno, pero también reconoció la necesidad de ello, por lo que caminó

sin quejarse junto a Ebron al cruzar la plaza bulliciosa y repleta de chillidos trabados en un frenesí de compra y venta y consumo, como gaviotas que acuden en bandada a una misma roca cada día, acometiendo los mismos rituales que construyeron una vida en capas de… *bueno, ahora al grano… de guano.* Por supuesto, la mierda de una persona podía ser, para otra persona… a saber.

Existía cierto privilegio oculto en ser un soldado, decidió. Había sido expulsado de una vida ordinaria, protegido de los rigores de las necesidades más básicas, comida, bebida, ropa, refugio: todos estos le eran provistos de una u otra manera. *Y la familia, no lo olvidemos*. Todo a cambio de la tarea de repartir violencia terrible; tan solo de vez en cuando para estar seguros, ya que tales cosas no eran suministradas durante largos periodos de tiempo sin aplastar la capacidad para sentir, sin devorar la humanidad mortal.

En ese contexto, Botella reconsideró (con un leve espasmo de angustia muy profunda), quizás el intercambio no era tan razonable al fin y al cabo. No tanto un privilegio como una carga, una maldición. Ves los rostros en aquella muchedumbre pasar a toda velocidad, un torbellino, una cascada de máscaras, cada una de ellas con una ligera diferencia a la suya propia. Se sintió no solo expulsado, sino como un extranjero. Aquello le dejó desconcertado, incluso perturbado, el presenciar las actividades aparentemente sin un objetivo ni un motivo, tan solo para descubrirse envidioso de aquellas vidas vacías y desprovistas de todo drama, en las cuales la única necesidad era la saciedad. Posesiones, vientres llenos, montañas de monedas que crecían.

¿Qué sabéis cada uno de vosotros sobre la vida? Quiso preguntar. *Tratad de cruzar tambaleantes una ciudad incendiada. Tratad de arrastrar a un compañero moribundo*

con manchas de sangre como un sudario que cubre su cuerpo por todas partes. Tratad de contemplar un rostro vivo ante vosotros, tan solo para volver a mirar y descubrirlo vacío, sin vida.

Un soldado sabía lo que era real y lo que era efímero. Un soldado comprendía lo fino, lo frágil que era el tejido de la vida.

¿Podía uno sentir envidia al mirar a las vidas protegidas e ignorantes de los demás, aquellas personas cuya fe recluida descubría la fortaleza en la debilidad, que encontraban esperanza en la falsa seguridad de la rutina? *Sí, porque una vez que te das cuenta de esa fragilidad, no hay vuelta atrás. Pierdes un millar de máscaras y solo te queda una, con las finas líneas de desprecio, la boca en un gesto de desdén un instante antes de un comentario desdeñoso, la promesa de la fría indiferencia*.

Dioses, tan solo hemos salido a dar un paseo. No tengo que estar pensando en todo esto.

Ebron apretó su brazo y ambos pasaron la esquina y entraron en un estrecho callejón de paredes altísimas. A unos veinte pasos, el pasillo se ensanchaba en una taberna apartada al aire libre bajo la sombra de cuatro higueras de más de un siglo de antigüedad, una en cada esquina. Oloramuerto ya estaba sentado en una de las mesas, rascando trocitos de carne y verduras de brochetas de cobre con la daga y con un puñal se llevaba cachos de carne a la boca manchada de grasa; tenía una copa de vino fresco al alcance.

Es cosa de los nigromantes descubrir placer en cualquier cosa.

Este alzó la mirada cuando llegaron.

—Llegáis tarde.

—Veo que lo has pasado fatal esperando —espetó Ebron, tirando de una silla.

—Sí, bueno, uno debe adaptarse. Os recomiendo esto, son tapu de Siete Ciudades, aunque no son tan picantes.

—¿Qué es la carne? —preguntó Botella, sentándose.

—Algo que llaman orthen. Una delicia, o eso me han dicho. Delicioso.

—Bueno, podríamos sentarnos a comer y beber —dijo Ebron—, mientras discutimos la miserable extinción de la hechicería y el comienzo de nuestras vidas que pasarán a ser bastante inútiles.

Oloramuerto se reclinó en la silla y entrecerró los ojos fijos en el mago.

—Si vas a fastidiarme el apetito, lo pagarás por adelantado.

—Fue la lectura —exclamó Botella, y oh, cómo aquella frase atrajo su atención, eso sin mencionar que demolió la incipiente discusión entre los dos hombres—. Lo que reveló la lectura se remonta al día en que quebramos el muro de la ciudad y asaltamos el palacio. ¿Recuerdas aquellas conflagraciones? ¿El puto terremoto?

—Fue el dragón que apareció —respondió Oloramuerto.

—Fueron bombas —replicó Ebron.

—No fue ninguna de ellas. Fue Icarium Robavida. Estuvo aquí, esperando su turno para enfrentarse al emperador, pero jamás llegó hasta él debido a aquel toblakai, que era Leoman de los Mayales, un antiguo amigo de Raraku, por cierto. En cualquier caso, Icarium hizo algo, justo aquí, en Letheras. —Botella hizo una pausa y miró a Ebron—. ¿Qué recibes cuando despiertas tu senda?

—Confusión, poderes que se escupen entre ellos, nada que puedas agarrar con firmeza, nada que puedas usar.

—Y ha empeorado desde la lectura, ¿no es así?

—Sí —confirmó Oloramuerto—. Ebron te contará la locura que desatamos la noche de la lectura. Juraría que el propio Embozado entró en nuestra habitación. Pero lo cierto es que

el Segador no estaba cerca. En cualquier caso, se marchó en dirección contraria. Y ahora, todo está tan… sinuoso, irregular. Te agarras a algo y tiembla hasta que se escurre.

Botella asentía.

—Es el motivo real por el que Violín era tan reacio. Su lectura alimentó lo que Icarium hizo aquí meses atrás.

—¿Hizo? —exigió Ebron—. ¿Hizo qué?

—No estoy seguro…

—Mentiroso.

—No, Ebron, en serio que no estoy seguro… pero tengo una cierta idea. ¿Quieres escucharla o no?

—No, sí. Adelante, antes necesito terminar mi lista de motivos para suicidarme.

Llegó un sirviente, un hombre más anciano que los calzones de un jaghut, y los próximos instantes los pasaron gritándole cosas al viejo sordo (sin conseguir nada) hasta que Ebron tuvo la brillante idea de señalar el plato y la copa de Oloramuerto y levantar dos dedos.

Cuando el viejo se alejó, con la voluntad de un caracol, Botella habló:

—Puede que no sea tan malo, Ebron, creo que lo que nos atañe aquí es la imposición de un nuevo patrón sobre el antiguo y familiar.

—¿Patrón? ¿Qué patrón?

—Las sendas. Ese patrón.

Oloramuerto dejó caer la última brocheta, totalmente limpia, en el plato y se inclinó hacia delante.

—¿Sugieres que Icarium creó un nuevo grupo de sendas?

—Traga antes de hablar, por favor. Sí, esa es mi idea. Lo que yo te diga, el juego de Violín refulgía poder. Casi tanto como si alguien hubiera intentado una lectura sentado en el regazo de K’rul. Bueno, no tanto, ya que este nuevo patrón es joven, la sangre todavía fresca…

—¿Sangre? —preguntó Ebron—. ¿Qué sangre?

—La sangre de Icarium —respondió Botella.

—Entonces ¿está muerto?

—¿Ah, sí? ¿Cómo voy a saberlo? ¿Está K'rul muerto?

—Claro que no —contestó Oloramuerto—. Si hubiera muerto, las sendas habrían perecido. Asumiendo que todas tus teorías sobre K'rul y las sendas sean ciertas…

—Lo son. Es magia de sangre. Así es como los dioses ancestrales hacían las cosas. Cuando usamos la hechicería estamos alimentándonos de la sangre de K'rul.

Nadie dijo nada por un rato. El sirviente se acercó con una bandeja pesada. Era como observar la marea acercarse.

—Y bien —comenzó Ebron cuando la bandeja estuvo sobre la mesa y los platos, el vino y las copas fueron dispuestas con orden aleatorio sobre la superficie por unas manos temblorosas—, ¿van a calmarse las cosas, Botella?

—No lo sé —admitió él, sirviéndose vino cuando el sirviente se alejó—. Puede que tengamos que explorar.

—¿El qué?

—Las nuevas sendas, claro.

—¿Cómo pueden ser diferentes? —preguntó Ebron—. El hecho es que son lo mismo pero con todo mezclado, debe serlo. Si fueran completamente distintas, no tendríamos este tipo de problemas.

—Bien visto. Bueno, tenemos que ver si podemos dar un empujoncito a todo el tema, hasta que la coincidencia sea precisa.

Oloramuerto resopló.

—Botella, somos magos de escuadra, por el Embozado. Somos como mosquitos diminutos que se alimentan de un rebaño de bhederin. Y lo que sugieres es que intentemos guiar a ese rebaño. No va a suceder. No tenemos tal poder, incluso si unimos fuerzas.

—Por eso creo que deberíamos involucrar a Ben el Rápido, quizás incluso a Peccado…

—Ni se te ocurra —dijo Ebron, con los ojos muy abiertos —. No la quieres cerca, Botella. Todavía no me puedo creer que la consejera la hiciera maga suprema…

—Bueno —cortó Oloramuerto—, ya que es muda es posible que sea la única maga suprema en toda la historia que no se queja nunca.

—Entonces solo Ben el Rápido.

—Él sí que se quejará lo suficiente —asintió Oloramuerto.

—¿Cómo de cabrón es? —preguntó Ebron a Botella.

—¿Ben? Bueno, le rompió el hocico a un dragón.

—¿A un dragón de verdad o a un dragón soletaken?

—No hay diferencia, Ebron. Apenas puedes distinguirlos a simple vista. Solo sabrás si es soletaken en el momento en que cambia. En cualquier caso, no te olvides, se enfrentó a los magos edur cuando nos retiramos de Siete Ciudades.

—Fue una ilusión.

—Ebron, yo estaba allí liado, mucho más cerca que tú. Claro, quizá fue una ilusión, pero quizá no. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: Otra cosa que hay que considerar. Los magos locales. Usan hechicería primitiva, sobre todo caótica y poco más. Sin sendas. Pero ahora hay sendas allí. Los magos locales están en peor forma que nosotros.

—Sigue sin gustarme la idea de algún tipo de ritual colectivo —dijo Oloramuerte—. Cuando estás bajo asedio no sacas la cabecita por encima del parapeto, ¿a que no? A menos que quieras que te vuelen las cejas.

—Bueno, Violín fue e hizo eso mismo con la lectura, ¿no? Nadie murió…

—Tonterías. ¡Un edificio entero colapsó!

—Nada nuevo, Ebron. Toda esta ciudad está construida sobre terreno inestable.

—Murieron personas, te lo estoy diciendo, Botella. Y si eso no te parece suficientemente malo, hubo un buen puñado de testigos que aseguran haber visto a dos dragones alzarse

de entre los escombros. —Agachó la cabeza y miró alrededor —. No me gustan los dragones. No me gustan los lugares donde los dragones aparecen una y otra vez. Propongo que intentemos algún ritual. ¿Y si cincuenta dragones descienden sobre nosotros entre llamaradas, destruyéndolo todo justo sobre nosotros? ¿Entonces qué, eh?

—Bueno, pues no lo sé, Ebron. Depende. Quiero decir, ¿son reales o soletaken?

Peccado sostenía la mano de Larva en un fuerte y sudoroso apretón. Rodeaban una vez más los alrededores de la antigua torre Azath. El día era cálido, húmedo, el aire sobre las castigadas colinas brillaba con nubes de insectos.

—¿Lo hueles? —preguntó ella.

Él no quería responder.

Ella le dirigió una mirada salvaje, y entonces tiró de él hacia el camino empedrado.

—Todo es nuevo, Larva. Puedes beberlo como si fuera agua. El sabor es dulce…

—El sabor es peligroso, Peccado.

Casi puedo verlo. Nuevos patrones que se fortalecen. Extiende raíces a través de todo este lugar. Es todo nuevo —repitió, casi sin aliento—. Como nosotros, tú y yo, Larva, vamos a tener que dejar a todos los viejos atrás. ¡Siente este poder! ¡Con él podemos hacer lo que sea! ¡Podemos derribar a los dioses!

—No quiero derribar nada, ¡y menos todavía a los dioses!

—No tienes que escuchar a Tavore, Larva. Ni a Ben el Rápido.

—No podemos jugar como si nada con todo esto, Peccado.

—¿Por qué no? Nadie más lo está haciendo.

—Porque está roto, por eso. No me da buena espina. Estas nuevas sendas transmiten algo que está mal, Peccado. El patrón está roto.

Se detuvieron justo en la puerta abierta de la torre y lo que parecía un nido de avispas sin vida. Ella le miró con fijeza, los ojos fulgurantes.

—Arreglémoslo.

Él le devolvió la mirada.

—¿Cómo?

—Vamos —dijo ella, tirando de él hacia la penumbra de la torre Azath.

Bajo los pies cadáveres de avispas crujían, ella le condujo sin dudar por las escaleras. Subieron hasta la sala vacía que había sido el nexo con el poder Azath.

Ya no estaba vacía.

Hilos rojo sangre se extendían por el espacio, formando una caótica red de nudos que abarcaba todo el lugar. El aire tenía un sabor metálico, amargo.

Se quedaron de pie la una junto al otro en el umbral.

—Utiliza lo que encuentra —susurró Peccado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nos metemos dentro.

—Si siguen con la marcha en círculos terminarán cayendo.

El cabo Chapapote entrecerró los ojos ante los soldados sin aliento que arrastraban los pies.

—No están en forma, cierto. Patético. Claro que teníamos que pensar en algo.

Sepia se rascó la barba.

—Hemos terminado machacándolos, después de todo. Mira, ahí viene Violín, gracias a los dioses.

El sargento torció el gesto al ver a sus dos soldados y casi se dio la vuelta antes de que Sepia le hiciera unos gestos frenéticos y bajara sus defensas, o por lo menos obtuviera la compasión del hombre. Pasó los dedos por la barba rojiza y gris y se acercó.

—¿Qué estáis haciéndoles a estos pobres diablos?

—Nos hemos quedado sin cosas para que hagan —respondió Sepia.

—Bueno, dar vueltas en unas barracas da pocas opciones. Hay que sacarlos de la ciudad. Que practiquen la construcción de trincheras, refugios y bermas. Debes convertir su afición por la derrota total en algo parecido a una retirada organizada. Tienes que tensar su cadena de comando y ver quién tiene las narices de dar un paso adelante cuando estalle. A esos tienes que ponerlos como líderes de escuadra. También juegos de guerra, ponlos contra una de las brigadas o batallones que han sido entrenadas por nuestros marines. Necesitan ganar unas cuantas veces antes de ser capaces de aprender cómo evitar perder. Y ahora, si Seto viene por aquí, no me habéis visto, ¿entendido?

Le vieron alejarse a lo largo de la columnata.

—Qué deprimente —murmuró Sepia.

—Nunca llegaré a sargento —dijo Chapapote—, ni en mil años. Joder.

—Bien visto, acabas de levantarme el ánimo, cabo. Gracias.

Seto se encontró con su antiguo amigo al final de la columnata.

—¿Ya andas molestándolos, Violín? Estos Cazahuesos no son Abrasapuentes, y esos letherii no son soldados. Malgastas tu tiempo.

—¡Por todos los dioses, deja de seguirme!

La expresión de Seto se volvió lúgubre.

—No es eso, Violín. Es que, éramos amigos…

—Y luego moriste. Así que te superé. Y ahora apareces una y otra vez. Si fueras un fantasma quizá podría lidiar contigo, sí, sé que susurraste a mi oído alguna que otra vez, y que me salvaste el pellejo y todo eso, y no es que no me sienta agradecido. Pero… bueno, ya no somos compañeros de escuadra, ¿no? Retornaste cuando debías, y en tu cabeza todavía eres un Abrasapuentes y piensas lo mismo de mí. Por eso pones a parir a estos Cazahuesos, como si fueran rivales que nos dividen. Pero no es así, porque los Abrasapuentes están acabados, Seto. Polvo y ceniza. Muertos.

—¡Vale, vale! Quizá yo también necesito reajustarme. ¡Puedo hacerlo! Fácil. ¡Mira! Lo primero, le pediré al capitán que me dé una escuadra…

—¿Qué te hace pensar que mereces una escuadra?

—Porque era un…

—Exacto. ¡Un puto Abrasapuentes! Seto, eres un zapador…

—¡Como tú!

—Casi todo se lo dejo a Sepia…

—¡Hiciste el tambor! ¡Sin mí!

—No estabas allí…

—¡Eso no importa!

—¿Cómo no va a importar?

—Te lo explico. Lo que pasa es que estabas haciendo cosas de zapadores, Violín. De hecho, tú y yo tenemos que emborracharnos y buscarnos a unas putas…

—Funciona al revés, Seto.

—¡Ahora te escucho! Y mira, me pondré un anillo con forma de hueso en la nariz para encajar con esos

Cazahuesos sedientos de sangre de los que estás tan orgulloso, ¿qué te parece?

Violín se quedó mirando con fijeza al hombre. La ridícula boina de cuero, con los cubreorejas y aquella sonrisa esperanzadora.

—Si te pones un anillo en la nariz te mato yo mismo, Seto. Vale, entonces, vamos a liarla. Pero ni se te ocurra pedir una escuadra, ¿te queda claro?

—¿Y qué hago entonces?

—Pégate a la escuadra de Gesler, creo que le faltan cuerpos para llenar el cupo. —Soltó una risotada—. Cuerpos. Tú. Claro que sí.

—Ya te he dicho que ya no estoy muerto, Violín.

—Si tú lo dices.

El teniente Poros estaba sentado en la silla del capitán tras el escritorio del capitán, y tenía las manos entrelazadas en la superficie ante él mientras contemplaba a las dos mujeres que, hasta hacía bien poco, habían estado pudriéndose en las celdas de algún fuerte letherii.

—Hermanas, ¿cierto?

Cuando ninguna de las dos contestó, Poros asintió.

—Un consejo, pues. Si alguna de vosotras alcanza algún día un rango alto, digamos, por ejemplo, capitana, ambas aprenderéis el arte de dar a entender lo obvio. Por ahora, estáis atrapadas con el absurdo requerimiento de contestar preguntas estúpidas con respuestas honestas, todo esto mientras mantenéis la compostura. Y tenéis que hacerlo a menudo conmigo.

La mujer de la derecha contestó:

—Sí, señor, somos hermanas.

—Gracias, sargento Sinter. ¿No ha sido satisfactorio? Seguro que sí. Lo que todavía me parecería más satisfactorio

es veros a ambas limpiar las letrinas de las barracas durante las próximas dos semanas. Consideradlo vuestra recompensa por ser tan incompetentes como para que os capturaran unos capullos locales. Y encima fracasar al escapar. —Las observó con fijeza—. Miraos, ¡no sois más que un saco de piel y huesos! Los uniformes están hechos unos harapos. Os ordeno recuperar el peso, en los lugares adecuados, durante la próxima quincena. El fracaso en lograrlo resultará en un mes con las raciones reducidas a la mitad. Además, quiero que ambas os cortéis el pelo, que os afeitéis la cabeza, y que dejéis el cabello sobrante en esta misma mesa justo en la octava campanada de esta noche. Ni antes, ni después. ¿Comprendido?

—¡Sí, señor! —ladró la sargento Sinter.

—Estupendo —asintió Poros—. Y ahora largo de aquí, y si veis al teniente Poros en el pasillo recordadle que ha recibido órdenes de acudir al Fuerte de la Segunda Doncella, y que el idiota debería estar ya de camino. ¡Podéis retiraros!

Tan pronto como las dos mujeres se marcharon, Poros se levantó de la mesa del capitán, observó la superficie para asegurarse de que no había movido nada de sitio, y entonces recolocó con cuidado la silla tal y como estaba. Tras un vistazo nervioso por la ventana, se apresuró a salir hacia la sala de recepción y se sentó tras su propia y mucho más diminuta mesa. Al escuchar unas pesadas botas por el pasillo comenzó a desperdigar unos pergaminos y unas tablas de cera en la mesa frente a él, puso un gesto de concentración justo a tiempo para la portentosa llegada del capitán.

En cuanto se abrió la puerta, Poros se puso firme con atención.

—¡Buenos días, señor!

—Es media tarde, teniente. Esas picaduras de avispa han podrido lo que te quedaba de mollera.

—¡Sí, señor!

—¿Han aparecido ya esas dos hermanas dalhonesias?

—No, señor, no les he visto el pelo, señor. Deberíamos ver a una o a ambas pronto…

—Vaya, ¿y eso es porque pretendes ir a por ellas en persona, teniente?

—En cuanto haya terminado este papeleo, señor. Haré lo que dice, incluso si me cuesta tener que acudir al Fuerte de la Segunda Doncella, señor.

Generoso lo miró de arriba abajo.

—¿Qué papeleo?

—Pues, señor —gesticuló Poros—, todo este papeleo, señor.

—Bueno, no te entretengas, teniente. Como sabes, necesito asistir a una sesión informativa a la séptima campanada y media, y las quiero en mi oficina antes.

—¡Sí, señor!

Generoso pasó de largo y entró. Donde, Poros imaginó, se pasaría el resto de la tarde observando su colección de peines.

—Todo el mundo tiene razón —murmuró Besadónde cuando ella y su hermana volvían al dormitorio—, el capitán Generoso no solo es un cabronazo, sino que además está loco. ¿A qué viene todo eso sobre nuestro pelo?

Sinter se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Bueno, no hay regulaciones sobre el cabello. Podemos quejarnos al puño…

—No lo haremos —cortó Sinter—. Generoso quiere pelo sobre su mesa, y eso le daremos.

—¡El mío no!

—Ni el mío, Besadónde, ni el mío.

—Entonces ¿de quién?

—No de quién. De qué.

El cabo Pravalak Borde esperaba en la entrada.

—¿Habéis recibido elogios? —preguntó.

—Ay, cariño —dijo Besadónde—. Generoso no elogia. Tan solo castiga.

—¿Qué?

Sinter respondió a la pregunta.

—El capitán nos ha ordenado ganar peso —y siguió caminando, dejándole atrás—, entre otras cosas. —Se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Pravalak—. Cabo, búscanos unas cizallas y un saco grande de arpillera.

—Sí, sargento. Cizallas, ¿cómo de grandes?

—Me da igual, las que sean.

Besadónde le ofreció al joven una amplia sonrisa y este se marchó a toda prisa, después ella entró y recorrió la mitad del dormitorio. Se detuvo ante un catre cuyas sábanas habían sido retorcidas hasta formar una especie de nido. Encogido en medio de este nido se encontraba una pesadilla arrugada, repleta de arrugas y tatuajes con unos ojillos resplandecientes.

—Nep Surco, necesito una maldición.

—¿Eh? ¡Nipesalo! ¡Fueraca! ¡Qié!

—El capitán Generoso. Se me había ocurrido urticaria, de las que piquen mucho. No, espera, eso solo le volverá incluso más cabrón. Que se vuelva bizco, pero que no se dé cuenta él, tan solo el resto. ¿Puedes hacerlo, Nep?

—Poclaro va, poaquien ¿eh?

—¿Qué te parece un masaje?

—¿Besamano?

—Con las mías, sí.

—¿Eh pacuanto? ¿pacuanto?

—De campanada a campanada, Nep.

—¿Dehnúos?

—¿Quién, tú o yo?

—¡Lohdó!

—Vale, pero tendremos que alquilar una habitación, a menos que quieras tener público.

Nep Surco comenzaba a excitarse, de todos los modos equivocados posibles, como vio ella. Comenzó a dar saltitos, a retorcerse, la piel comenzó a empaparse de sudor.

—¡Calamares atontaos, Besa, calamares atontaos!

—Con el pestillo echado —dijo ella—. No entrarán extraños.

—¡Cómotayuda! ¿Maldisió?

—Sí, bizco, pero no puede saberlo.

—Nopueser, niuna lusión.

—¿Ilusión? ¿Encanto? Vaya, tiene buena pinta. Ponte con ello, pues, y gracias.

Badan Gruk se frotó la cara cuando Sinter se desplomó en el catre junto a él.

—Por el Embozado, ¿se puede saber qué hacemos aquí? —preguntó él.

Ella parpadeó con los ojos oscuros al mirarle, aquel contacto instantáneo tan dulce como una caricia, y entonces apartó la mirada.

—Eres el único tipo de soldado en que un cuerpo puede confiar, Badan, ¿lo sabías?

—¿Qué? No, yo…

—Dudas. No estás moldeado para la violencia por lo que no andas buscándola. Usas tu inteligencia primero y ese estúpido besahuesos como última opción. Los peligrosos lo hacen al revés y eso siempre cuesta vidas. Siempre. —Hizo una pausa—. ¿Es cierto lo que he escuchado? ¿Una sargento marine ebria ha cruzado este maldito imperio de taberna en taberna?

Él asintió.

—Y también dejó un rastro de simpatizantes locales. Pero no dudó en derramar sangre, Sinter escogía a los objetivos, gente que no gustaba a nadie. Recaudadores de impuestos, decanos, abogados.

—Pero ¿es una borracha?

—Sí.

Sinter sacudió la cabeza y cayó de nuevo en el catre. Fijó la mirada en el techo.

—¿Cómo es que no la atraparon?

—Porque es una de los Reptatormentas de Y'Ghatan, por eso. Los que pasaron por debajo.

—Ah, claro. —Reflexionó un instante, y luego dijo—: Bueno, nos vamos pronto.

Badan volvió a pasarse la mano por la cara.

—Pero nadie sabe dónde, ni siquiera por qué. Es un desastre, Sinter. —Dudó, y entonces preguntó—: ¿Te sientes mal al respecto?

—No me siento de ningún modo, Badan. Sobre nada. Y no, tampoco sé qué me agarró por el pescuezo la noche de la lectura de Violín. Es más, no recuerdo mucho de lo que ocurrió, ni el evento, ni las consecuencias.

—No hubo consecuencias. Casi todo lo que pasó fue que te desmayaste. De todos modos ya habían entrado algunos fenn. Golpearon a un dios en la sien.

—Bien.

—¿Ya? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, como la arpía tuerta dice, hay muchos tipos de adoración en el mundo, Badan.

—Yo no… —pero la mirada que ella le dirigió sepultó las palabras como si fueran polvo en la garganta. Parpadeó y apartó la mirada—. Eso que has dicho sobre la inteligencia, Sinter, ¿también bromeabas?

Ella suspiró y cerró los ojos.

—No, Badan. No. Despiértame cuando vuelva Borde, ¿vale?

Seguida por Lostara Yil, Blistig y Ben el Rápido, la consejera Tavore recorrió la sala del trono y se detuvo a diez pasos de los dos tronos.

—Os doy la bienvenida a todos —anunció el rey Tehol—. Consejera, mi canciller aquí presente me informa de que dispones de una lista de peticiones, la mayoría de ellas contribuirá a un estupendo crecimiento de las arcas reales. Bien, si yo fuera un tipo sobornable te diría que nos pongamos manos a la obra. Pero no es el caso, por lo que me gustaría abordar un tema completamente distinto, uno de inmensa importancia.

—Por supuesto, señor —repuso Tavore—. Estamos a su disposición y le ayudaremos en todo lo que podamos.

El rey esbozó una sonrisa.

A Lostara le intrigó el suspiró de la reina, pero no por mucho rato.

—¡Maravilloso! Bien, en cuanto recuerde los detalles específicos de lo que quería pediros, que lo haré. De momento, mi ceda me dice que habéis despertado un problemático nido de hechicería. Mi canciller, ay, me asegura que la confusión es exagerada, ¿a cuál de los dos debo creer? Por favor, si podéis, arrojad luz a este fatigoso punto muerto.

Tavore torció el gesto, se dio la vuelta y dijo:

—Mago supremo, ¿puedes encargarte de este asunto, por favor?

Ben el Rápido se adelantó hasta quedar tras la consejera.

—Señor, tanto su canciller como su ceda tienen, en esencia, razón.

Lostara vio la sonrisa de Bicho, y después frunció el ceño desde donde estaba hasta la parte derecha del trono de Tehol.

—Qué fascinante —murmuró el rey, inclinándose hacia delante para apoyar la barbilla en una mano—. ¿Puedes explicarte mejor, mago supremo?

—Puede que no, pero lo intentaré. La situación, ya terrible de por sí, probablemente sea temporal. La lectura de la Baraja de Dragones, a la cual el preda Brys Beddict asistió, parece haber iluminado una imperfección estructural en el… hmmm… tejido de la realidad, una especie de herida. Parece ser, señor, que alguien, alguien poderosísimo, trató de imponer una nueva estructura sobre las ya existentes sendas de hechicería.

Brys Beddict, a la derecha de la reina, preguntó:

—Mago supremo, ¿puedes explicar qué son estas sendas que parecen tan centrales en tus nociones sobre la magia?

—A diferencia de la hechicería que prevaleció en este continente hasta no hace mucho, preda, la magia en el resto de los lugares existe en un estado mucho más formalizado. El poder, tan salvaje aquí, en el resto del mundo está refinado, orientado, ordenado en algo parecido a temas, y estos temas son los que llamamos sendas. Muchas son accesibles para humanos y dioses por igual; otras son —miró a Bicho—, ancestrales. Algunas están virtualmente extintas, o son inaccesibles debido a la ignorancia o a rituales deliberados para sellarlas. Otras, además, han sido reclamadas y gobernadas por elementos tanto nativos a esas sendas como relacionados a nivel esencial a ellas hasta el punto que la distinción es indiferente.

El rey Tehol levantó un dedo.

—Un momento, mientras me quito el velo de los ojos. A ver, meditemos sobre lo dicho hasta ahora. Se me da bien meditar, por cierto. Si te he entendido, mago supremo, el

reino que los tiste edur llaman Kurald Emurlahn representa una de estas sendas, ¿correcto?

—Correcto —respondió Ben el Rápido, y entonces, veloz, añadió—, señor. Las sendas tiste (y hay tres que conozcamos) son todas ancestrales. Dos de ellas, por cierto, ya no las gobiernan los tiste. Una está virtualmente sellada. La otra ha sido usurpada.

—¿Y cómo se relacionan estas sendas con tu Baraja de Dragones?

El mago supremo se encogió.

—No con mi baraja, señor, se lo aseguro. No hay una respuesta simple para esa pregunta…

—¡Ya era hora! Comenzaba a sentirme estúpido. Por favor, entiende que no tengo problema en ser estúpido. En cambio, sentirse estúpido es un tema muy distinto.

—Ah, sí, señor. Bueno, la Baraja de Dragones se originó con toda probabilidad como medio para la adivinación. Menos incómoda que las Losas, o los huesos chamuscados, los patrones en el cieno, los nudos aleatorios, los nudillos, los vómitos, los excrementos…

—¡Entendido! ¡Por favor, hay señoritas aquí presentes, buen señor!

—Disculpadme, señor. De modos algo obvios, las grandes casas de la baraja se relacionan con ciertas sendas y por ende presentan un tipo de ventana para observar el interior de estas sendas. Y a la inversa, claro, hay cosas que a cambio pueden mirar desde el otro lado, y esto es lo que hace que una lectura sea tan… arriesgada. La baraja es indiferente a las barreras, en las manos adecuadas puede revelar patrones y relaciones ocultas a los ojos mortales.

—Incluso lo que describes —intervino Brys—, a duras penas encaja con lo que ocurrió en la lectura, mago supremo.

—Así es, preda, lo que nos lleva de vuelta a la herida que supone esta ciudad. Nueva, y al mismo tiempo más antigua de lo que cualquiera pueda imaginar. Hubo un intento de renacimiento, pero lo que despertó estaba roto.

—¿Y sabes quién es ese alguien? —preguntó el rey Tehol.

—Icarium Robavida, señor. Un campeón trató de enfrentarse al emperador Rhulad Sengar.

Tehol se reclinó y dijo:

—Ceda, ¿tienes algo que añadir a este momento?

Bicho se sorprendió y entrecerró los ojos.

—La sabiduría del mago supremo es impresionante, señor. Extraordinaria.

La reina Janath preguntó:

—¿Se puede sanar esta herida, ceda? Y si no, ¿qué amenaza supone a Letheras en caso de que siga... sangrando?

El anciano puso un gesto contrariado que sugería que acababa de saborear algo desagradable.

—Letheras es ahora mismo como un charco de agua enturbiado por el limo. Estamos cegados, tanteamos, y ninguno de nosotros puede hacer nada más que dibujar un puñado de magia débil y vacía. El efecto envía ondas hacia fuera y pronto incapacitará a los magos de todo el reino.

—Mago supremo —dijo Janath—, antes has dicho que el efecto es temporal. ¿Implica esta afirmación una cura inminente?

—La mayoría de las heridas se sanan a sí mismas con el tiempo, alteza. Espero que eso comience... tan pronto como los malazanos nos larguemos de aquí como si nos persiguiera el Embozado. La lectura fue un aguijonazo afilado en esa herida. Ha supurado sangre, y en este caso, la sangre es poder.

—Pues bien —repuso el rey—. Qué fascinante, qué curioso, qué alarmante. Creo que lo mejor es que nos

pongamos en marcha a toda prisa con el tema de inundar las arcas reales. Consejera Tavore, deseas suministros suficientes para que puedas entrar y, supuestamente, cruzar las Tierras Yermas. Os lo concederemos sin problemas, a un precio alternativo y rebajado, para mostrar nuestro afecto por vuestros ejemplares esfuerzos para expulsar la tiranía edur. Ahora, mi canciller ya ha comenzado con los preparativos por nuestra parte, y me informa que el tiempo estimado para cumplir vuestras necesidades es sustancial. Nos llevará un tiempo aproximado de cuatro semanas reunir los vehículos y espero a vosotros solo unos instantes pagarlo. Por supuesto, Brys se ocupará de reabastecer a su escolta, por lo que no tenéis que preocuparos por ello.

Se detuvo entonces, al notar el sobresalto involuntario de la consejera.

—Ah, vuestra escolta. Sí, mi hermano insiste en acompañaros a través de los reinos vecinos. Es muy simple, Saphinand y Bolkando no son de confianza, se dedicarían a traicionaros y a minaros en cada oportunidad que se les presentara. Vecinos deprimentes, pero bueno, también lo éramos nosotros para ellos no hace mucho. Estoy planteándome anunciar un proyecto real para construir el muro más alto del mundo para dividir para siempre nuestros territorios, con unos setos de primerísima calidad para disimular el efecto. Sí, sí, querida esposa, me voy por las ramas, y sí, ¡ha sido divertido!

—Señor —dijo Tavore—, le agradezco la oferta de una escolta, pero le aseguro que no hay necesidad alguna. Quizá los reinos que nos disponemos a cruzar sean traicioneros, pero dudo que puedan apañárselas para sorprendernos. —El tono que usó era neutro y aunque no podía ver, Lostara estaba segura de que la mirada de la consejera era todavía más neutra.

—Son ladrones —dijo Brys Beddict—. Vuestra caravana de carga, consejera, será enorme. Las tierras que queréis cruzar están abandonadas. Puede que ni siquiera Kolanse sea capaz de acomodaros.

—Discúlpeme —repuso Tavore—. No recuerdo haber hecho público mi destino.

—No hay mucho más ahí fuera —contestó Brys, encogiéndose de hombros.

La consejera no dijo nada y de pronto la atmósfera se volvió tensa.

—El preda Brys —dijo el rey—, os asistirá como vigilante de la caravana mientras crucéis dos naciones de ladronzuelos.

Tavore todavía dudó.

—Señor, no tenemos intención alguna de implicar a vuestro reino en una guerra, en caso de Saphinand o Bolkando intenten traicionar el salvoconducto.

—Será nuestra propia presencia —exclamó Brys—, la que asegurará que nada tan atrevido por su parte suceda, consejera. Por favor, entiende que si no os escoltamos y os metéis sin previo aviso en una guerra violenta sin posibilidad de retirada, entonces no tendremos más remedio que acudir a vuestro rescate.

—Exacto —asintió el rey—. Aceptad nuestra escolta, consejera, o aguantaré la respiración hasta adoptar un tono púrpura real.

Tavore inclinó la cabeza, conforme.

—Retiro todas las objeciones, señor. Le agradezco la escolta.

—Así está mejor.

—Excelente. Tesorero real, ¿estás seguro de que los malazanos tienen fondos suficientes como para llevar a cabo esta empresa?

—Así es, señor, estoy seguro —respondió Bicho.

—Bien. Ceda, ¿estás de acuerdo en que la partida de los malazanos sanará la herida que adolece a esta ciudad?

—Así es, señor —respondió Bicho.

—¡Consenso al fin! ¡Estupendo! ¿Qué hacemos ahora?

La reina Janath se levantó.

—Hay comida y vino esperándonos en el salón de banquetes. Permitidme que acompañe a nuestros invitados. —Y bajó de la tarima.

—Querida esposa —dijo Tehol—, por ti permitiría cualquier cosa.

—Me alivia que estés tan dispuesto a asumir tal carga, esposo.

—Lo estoy —replicó él.

Capítulo 6

«El escarabajo que camina despacio no tiene nada que temer».

Dicho saphii

Cubierto de polvo manchado de sangre, Vedith surgió del denso humo, escuchó los gritos suplicantes y los rugidos de las feroces llamas que engullían el edificio de tres plantas del gobierno en el centro de la ciudad. La mayor parte de las otras estructuras alineadas en la calle ya estaba reducida a cenizas, aunque el fuego todavía lamía los marcos ennegrecidos y el espantoso humo se elevaba en pilares hacia el cielo.

Cuatro jinetes más emergieron tras Vedith, con las cimitarras desenvainadas, el acero aren estaban salpicado de vísceras.

Al escuchar los hurras salvajes, Vedith puso mala cara. El escudo redondo hecho trizas que todavía tenía amarrado al antebrazo derecho había hundido astillas por toda la muñeca y la mano y no podía sujetar las riendas. En la mano izquierda todavía empuñaba su propia cimitarra, la hoja se había partido justo por encima de la guarda. La habría tirado, pero el valor de la empuñadura, de la guarda y del pomo era demasiado alto.

Las riendas de su caballo estaban enredadas en las patas delanteras y en cualquier instante la montura, presa del miedo y el pánico, podría pisotearle con los cascos, partiéndole el cuello al lanzarle por los aires.

Se levantó sobre los estribos, se inclinó hacia delante, el cuello del caballo le golpeaba en el pecho, y mordió la oreja

izquierda del animal, tirando hacia atrás. La montura, entre relinchos, levantó la cabeza y desaceleró el ritmo al levantar los cascos. Esto le dio a Vedith tiempo para enfundar lo que quedaba de la espada de su padre y pasar el brazo por el pescuezo del rocín, liberando la presión con los dientes.

Instantes después, el corcel herido gimoteaba y relinchaba mientras avanzaba por el camino de grava hacia la hierba alta frente a la zanja, y entonces se detuvo con todo el cuerpo tembloroso.

El guerrero murmuró unas palabras para calmar al animal, liberó la oreja y se colocó de nuevo en la silla, recogiendo las riendas con la mano buena.

Los cuatro compañeros le alcanzaron y, con los animales empujándose en el camino, alzaron las espadas con gesto de triunfo, incluso mientras escupían sangre y polvo.

Vedith se sentía enfermo. Pero entendió. La creciente lista de prohibiciones, la decreciente libertad, lo indigno y el desprecio evidente. Cada día durante la semana anterior más soldados bolkando habían acudido, diminutos fuertes que surgían alrededor del campamento khundryl como setas en el estiércol. Y las tensiones se volvieron insoportables. Las discusiones brotaron como fuegos salvajes, y entonces, de pronto…

Llevó a su caballo de nuevo a la carretera y miró hacia atrás, hacia la ciudad en llamas. Estudió el horizonte a ambos lados. Columnas de humo negro retorcido se alzaban por todas partes como lanzas retorcidas. Sí, la paciencia de los lágrimas quemadas se había agotado, y sabía que una docena de pueblos, el doble de aldeas, grupos de granjas y, ahora, una ciudad, habían sentido la ira de los khundryl.

El grupo de asalto de Vedith, treinta guerreros (la mayoría de ellos apenas en su tercera década) habían chocado contra una guarnición. La batalla había resultado ser feroz. Había perdido a casi toda su tropa, combustible

suficiente para prender la llama de la furia khundryl. Venganza cargada de ira sobre los soldados heridos y los civiles que habitaban la ciudad.

El sabor de la masacre dejó una mancha amarga y tóxica, dentro y fuera.

Su caballo no se quedaba quieto. El cuarto trasero sangraba por un corte. La montura daba vueltas, cabeceaba y daba coces con la pata herida.

Habían dejado montones de cadáveres en aquella ciudad sin nombre. Aquella misma mañana había sido pacífica, la vida se despertaba y se arrastraba por los mismos senderos de siempre, un corazón que latía despacio. Ahora era ruina y carne chamuscada. Ni siquiera se habían molestado en saquear, así de feroz había sido la lujuria por la matanza.

Para la gente orgullosa, el desprecio de los demás causa una herida profunda. Estos bolkando habían creído que los cuchillos khundryl eran romos. Cuchillos romos, mentes romas. Habían creído que podían engañar a los salvajes, burlarse de ellos, atiborrarlos con licores y robar sus bienes.

Somos Siete Ciudades. ¿Creéis que sois los primeros en intentar un jueguecito así con nosotros?

Todavía llegaban rezagados. Tres, dos, un solitario soldado herido que colgaba de la silla de montar, dos más.

Los soldados de la guarnición no habían comprendido cómo defenderse de una carga de caballería. Era como si jamás hubieran visto algo igual, expresiones de sorpresa ante la precisa ejecución, la trayectoria mortal de las jabalinas que salieron disparadas cuando ambos bandos estaban a una docena de pasos. La línea bolkando, formada a través de la calle principal, se había desmoronado cuando las jabalinas espinadas atravesaron escudos y armaduras de escamas, y cuando las figuras caían, atravesaban y reventaban a otros.

Los caballos de guerra khundryl y sus aullidos, portando a los jinetes con aquellas afiladas cimitarras, se estamparon contra la formación ya de por sí debilitada.

Una masacre. Hasta que las secciones en retaguardia de los bolkando se dispersaron, desparramándose en grupitos, amontonándose en avenidas, callejones, en las bocas de piedra que ofrecían cobijo a las tiendas. La batalla comenzó entonces, y las formaciones quedaron echas pedazos. Los guerreros khundryl se vieron forzados a desmontar, incapaces de entrar en los callejones más estrechos o a retirarnos a campo abierto ante la resistencia de hombres protegidos bajo escudos en los nichos de las puertas. Todavía sobrepasados en número, los guerreros lágrimas quemadas comenzaron a fracasar.

Había llevado casi toda la mañana cazar y matar al último soldado de la guarnición. Y apenas una campanada asesinar a los habitantes de la ciudad que no habían huido (los que, supuestamente, habían imaginado que setenta y cinco soldados prevalecerían contra unos treinta salvajes de nada) y entonces prendieron fuego al lugar, quemando vivos a los pocos que habían logrado ocultarse.

Vedith sabía que tales escenas se repetían por toda la región. No había piedad para nadie, y para entregar el mensaje del modo más claro imaginable, cada granja bolkando era despojada de todo aquello que fuera comestible o útil. La revuelta había comenzado por el último incremento bolkando en los precios (un cien por cierto, aplicable solo a los khundryl) de todos los artículos de primera necesidad, incluido el forraje para los caballos. *Denigradnos, sí, incluso cuando tomáis nuestra plata y oro*.

Ahora le quedaba una docena de soldados, uno de ellos moriría pronto, mucho antes de que alcanzaran el campamento. Tenía gruesas astillas incrustadas por todo el antebrazo como huesecillos de más, palpitantes de dolor.

Sí, las pérdidas habían sido altísimas. Pero ¿qué otra tropa había atacado una ciudad con guarnición?

Y aun así, se preguntó si, quizá, los lágrimas quemadas habían despertado a patadas el nido equivocado.

—Vendad las heridas de Sidab —dijo con un gruñido—. ¿Tiene su espada?

—Así es, Vedith.

—Dádmela, la mía está rota.

Aunque estaba muriéndose y lo sabía, Sidab levantó la cabeza y le dirigió una sonrisa enrojecida a Vedith.

—Empuñaré su peso en mi mano como hice con la espada de mi padre —dijo Vedith—. La blandiré con orgullo, Sidab.

El hombre asintió y perdió la sonrisa. Tosió espumarajos de sangre y se deslizó de la silla, golpeando con fuerza contra la grava del suelo.

—Sidab se queda atrás.

Los demás asintieron y escupieron para dibujar un círculo alrededor del cadáver, santificando así el suelo, y de este modo completaron el único ritual funerario que necesitaban los guerreros khundryl en el camino de la guerra. Vedith tomó las riendas del caballo de Sidab. También se llevaría al animal, y lo cabalgaría, para calmar la incomodidad de la montura.

—Volvemos con el caudillo Bilis. Nuestras palabras harán que su mirada resplandezca.

El caudillo Bilis se reclinó en el trono de astas y sogas entre crujidos.

—Por el dulce aliento de Coltaine —suspiró, frotándose los ojos.

Jarabb, corredor de lágrima para el caudillo y la única persona además de este en el interior de la tienda de Bilis, se quitó el casco, después la gorra de piel acolchada de

ciervo, y entonces se rastrilló el pelo con los dedos, antes de dar un paso adelante e hincar una rodilla.

—A sus órdenes —dijo.

Bilis gruñó.

—Ahora no, Jarabb. El tiempo para los jueguecitos ha terminado. Mis malditos jóvenes y valientes caídos nos han dado una guerra. Veinte partidas han vuelto entre aullidos al campamento, sacos repletos de pollos, cachorros y a saber qué más. Me la juego a que ha sido a costa de mil granjeros y pueblerinos inocentes ahora ya muertos…

—Y cientos de soldados, caudillo —repuso Jarabb—. Los pequeños fuertes arden…

—Y llevo toda la mañana tosiendo por culpa del humo. Nosotros no hemos prendido las llamas. Esa madera podría haber sido útil. Por lo que escupimos y rugimos como un lince del desierto en su guarida, ¿y qué crees que va a hacer el rey Tarkulf? Espera, no importa, el tipo tiene hongos en el cerebro. Es el canciller y su bonita conquistadora de quienes debemos preocuparnos. Deja que te diga lo que harán, Jarabb. No exigirán que volvamos a su campamento. No insistirán en reparaciones y en monedas de sangre. No, alzarán un ejército y marcharán a nuestro encuentro.

—Caudillo —comenzó Jarabb, poniéndose tenso—, las tierras salvajes nos avisarían desde el norte hasta el este. Una vez que estuviéramos en las llanuras, nadie podría atraparnos.

—Todo genial, pero estos bolkando no son nuestros enemigos. Nos suministraban…

—Saqueamos todo lo que pudimos antes de huir.

—Y acaso la consejera no se alegrará de cómo hemos allanado la arena ante ella. Esto es un desastre, Jarabb. Un desastre.

—Entonces ¿qué harás, caudillo?

Bilis al fin abrió los ojos, parpadeó y entonces tosió. Tras un instante, dijo:

—No intentaré enmendar lo que no puede deshacerse. Esto no ayuda a la consejera en nada. No, tenemos que calmar los humos. —Se levantó y recogió la capa de plumas de cuervo—. Desarma este campamento, mata todo el ganado y comienza a curar la carne. Pasarán semanas antes de que los bolkando reúnan los números que necesitan para enfrentarnos. Para asegurar que los Cazahuesos crucen a salvo (sin mencionar los yelmos grises) vamos a atacar la capital. Supongamos una amenaza tal que Tarkulf vacíe su vejiga e ignore a sus consejeros. Quiero que el rey piense que existe la posibilidad de enfrentarse a una invasión por tres frentes a ese agujero de orín y heces que él llama reino.

Jarabb sonrió. Pudo ver las ascuas que resplandecían en los ojos oscuros de su caudillo. Esto implicaba que, una vez dadas todas las órdenes y una vez que todos los corredores hubieran salido a toda prisa, el humor de Bilis mejoraría muchísimo.

Suficiente, quizá, para intentar de nuevo algún… juego. Todo lo que necesitaba era asegurarse de que la mujer del anciano no estaba cerca.

El yunque del escudo Tanakalian se removió inquieto bajo la cota de malla. El acolchado del interior se había desgastado sobre el hombro derecho. Debería haberlo cosido aquella mañana, y habría sido así de no haber sentido tantas ganas de presenciar el amarre de la primera cohorte de yelmos grises en aquella tierra desdichada.

A pesar de toda la prisa que se había dado encontró a la espada mortal Krughava posicionada en el risco por encima de la orilla, el rostro enrojecido bajo el pesado yelmo. Aunque el sol apenas asomaba por encima de los montes al

este, el aire estaba cargado, opresivo, preñado de moscas de arena. Al acercarse pudo ver en sus ojos la ruina de incontables poemas épicos, como si hubiera dedicado toda su vida a absorber las tragedias de civilizaciones caídas durante miles de años, y por ende descubriendo el salvaje gusto apetecible.

Sí, esta dura mujer de hierro estaba hecha de terror sagrado.

Al llegar junto a ella, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Espada mortal. Esta es una ocasión portentosa.

—Sí pero aquí estamos dos de nosotros, señor —murmuró como respuesta—, cuando deberíamos ser tres.

Él asintió.

—Un nuevo destriant debe ser elegido. ¿Quién entre los ancianos has considerado, espada mortal?

Cuatro avars achaparradas y anchas (los botes de amarre del Trono de Guerra) avanzaban a buen ritmo por el canal, deslizándose por encima de los cúmulos de lodo, las palas salían y se sumergían de nuevo. La marea no cooperaba. La bahía debería estar llena y tranquila; en cambio, el agua batía, como si estuviera confusa. Tanakalian observó con el ceño fruncido al avar que iba en primera línea, esperando a que encallara en cualquier momento. Los hermanos y hermanas cargados hasta arriba tendrían que desembarcar y abrirse paso a pie. Se preguntó la profundidad del fango ahí fuera.

—Estoy indecisa —admitió Krughava—. Ninguno de nuestros ancianos es demasiado viejo.

Cierto. Este largo viaje marítimo había sido a costa de las vidas de gran parte de los hermanos y hermanas de más edad. Tanakalian se movió hacia un lado para observar los dos campamentos situados a dos mil pasos en tierra firme, uno a este lado del río y el otro en el opuesto, al oeste. Por el momento no había tenido lugar contacto directo con la

delegación akrynnai. Si la muchedumbre de bárbaros de pelo en punta, que no dejaban de cantar nunca, y que meneaban las lanzas de aquí para allá merecían tal honor. Siempre y cuando se quedaran al otro lado del río, los akrynnai podían cantar hasta que las montañas quedaran sumergidas por el mar.

El campamento bolkando, una ciudad floreciente de tiendas ordinarias, parecía un hormiguero, como si la inminente llegada de los perecederos los hubiera puesto a todos en un estado de frenesí. Gente extraña, estos bolkando. Rostros cubiertos de cicatrices, pero amanerados, educados pero sedientos de sangre. Tanakalian no confiaba en ellos, y tuvo la sensación de que la escolta que les había acompañado a través de los pasos de montaña hasta el reino había crecido hasta formar un ejército de tres o cuatro mil unidades, y aunque no creía que los soldados bolkando comunes podían igualarse a los yelmos grises, la simple cantidad era causa suficiente para preocuparse.

—Espada mortal —dijo, mirándola una vez más—, ¿nos dirigimos a la traición?

—Este viaje debe ser considerado como uno que acometemos a través de territorio hostil, yunque del escudo. Marcharemos con las armaduras y las armas a mano. Si los bolkando nos preceden al paso no tendré causa alguna por la que preocuparme. Si se dividen para formar elementos de vanguardia y retaguardia, me veré forzada a tomar medidas en la fuerza de dicha retaguardia. Si es modesta tendremos que preocuparnos. Si es relativamente más potente que el frente, entonces debemos considerar la posibilidad de que un segundo ejército nos espera al final del paso. Dado que —añadió—, debemos viajar en una columna, tal emboscada nos dejaría en gran desventaja, al comienzo, por lo menos.

—Tendremos que ser optimistas —observó Tanakalian—, y pensar que nos tratarán con honor.

—Si no, se arrepentirán de tal temeridad, señor.

Tres legiones, dieciocho cohortes y tres compañías de suministros. Cinco mil hermanos y hermanas como fuerza de tierra. El resto de las legiones acompañarían al Trono de Guerra por las costas apenas mapeadas hacia el sur, buscando el mar Pelasiar. Había sido decisión de la consejera y de Krughava que los lágrimas quemadas necesitaban apoyo. Dada la escasez de recursos en las Tierras Yermas, los Cazahuesos viajarían de modo independiente a las fuerzas más al sur que consistían en los khundryl a caballo y las legiones a pie de perecederos. Los dos elementos marcharían hacia el este por caminos paralelos, con quizá veinte leguas de distancia entre ambos, hasta llegar a la frontera del primer reino tras las Tierras Yermas.

En la mente de Krughava, bien sabía Tanakalian, les esperaba una guerra santa, el propósito singular de su existencia, y sobre aquella tierra ajena los yelmos grises hallarían la gloria, el triunfo heroico al servicio de los lobos invernales. Él compartía aquel sentido del propósito, la valerosa promesa del destino, y como ella no temía a la guerra. Habían sido entrenados en el camino de la violencia, confesos a aquellas cúspides de la historia moldeadas en los campos de batalla. Con la espada y la voluntad podían cambiar el mundo. Tal era la certeza de la guerra, aunque los débiles puede que deseen algo distinto, puede que sueñen con la paz y la harmonía entre extranjeros.

A pesar del romanticismo hacia sus anhelantes nociones la mordedura de la víbora llegaba invariable, la buscaran o no. La esperanza y la fe calaban como el néctar más dulce, para amargarse en un veneno horrendo. La mayoría de las virtudes, pensaba Tanakalian, eran indefensas. La comodidad había abusado de ellas y las había corrompido, no estaban destinadas a la mano que empuñaba el arma. Era necesaria una mente crédula para forzar la justicia en un

mundo cuando este no se preocupaba por nada; cuando toda la realidad se burlaba de los justos con su indiferencia.

La guerra le daba la vuelta a la mayoría de los juegos. Era pura, sin remordimientos en su brutalidad. La justicia arribaba con el sabor de la sangre, tanto dulce como amarga, y aquello también era como debía ser.

No, él no le diría nada a la espada mortal sobre las últimas palabras de horror del destriant, de su pánico inhumano, de la estridencia de sus advertencias. Tales fracasos no ayudaban a nadie, al fin y al cabo.

Y aun así, Tanakalian juró permanecer alerta, atento, sin confiar en nada y esperando la traición proveniente de cualquier extraño.

Run'Thurvian era demasiado viejo para la guerra. El miedo le quitó la vida. Lo pude ver con claridad. Estaba ciego, la locura lo había consumido. Balbuceaba. Era tan… indigno.

Los avars habían encallado a unos cien pasos de la marca de la marea alta. Los soldados con las cargas se afanaron a través del cieno que les llegaba hasta las rodillas, poblado por enjambres de moscas, mientras que las tripulaciones trataban de liberar los botes para rehacer la ruta hacia los Tronos anclados.

Les quedaba un largo día por delante.

—Bien —murmuró el canciller Rava al leer con detenimiento la misiva codificada—, nuestro querido rey parece haber metido al reino en un desastre digno de la realeza.

Avalt caminaba por delante del anciano, de un lado a otro de la habitación de la tienda cubierta. Podía suponer los detalles escondidos en el pergamino que descansaba en las manos de Rava. El comentario del canciller era, si hablaba

con sinceridad, completamente errónea. El desastre no provenía del rey Tarkulf. De hecho, sin duda alguna era el producto de ciertos excesos entre los sirvientes del canciller y del propio conquistador Avalt.

—Lo que debemos determinar sin falta —dijo, la voz todavía quebrada tras la diatriba que había soltado a grito pelado a una selecta compañía de mercaderes y espías—, es la naturaleza de la relación entre nuestros amigos perecederos y estos bandidos khundryl.

—Cierto —replicó Rava—. Sin embargo, recuerda que los perecederos parecían abrazar una cantidad absurda de noción del honor. Una vez que les presentemos nuestra versión del acontecimiento khundryl, la furia inexplicable... una vez que hablemos de las atrocidades y la masacre de cientos, si no miles de inocentes... —sonrió—, creo que lo veremos, para nuestro bendito alivio, una severa negación de la espada mortal.

Avalt asintió con gravedad.

—Esto me permitirá concentrar mis fuerzas en aplastar a los khundryl sin tener que preocuparme por los perecederos.

Los ojos llorosos de Avalt parecieron volverse transparentes cuando preguntó:

—¿Tenemos que preocuparnos, conquistador? ¿No disponemos acaso de la potencia militar para erradicar ambas fuerzas si fuera necesario?

Avalt se puso rígido.

—Por supuesto, canciller. Pero ¿has olvidado nuestra última inteligencia de Lether? El tercer elemento en esta alianza extranjera trata de marchar a través de nuestro reino. Quizás, incluso entonces, podamos aplastar los tres contingentes. Pero a un coste demencial. Es más, no sabemos todavía qué acuerdos han sido elaborados entre los letherii y estos malazanos. Podríamos terminar con la mismísima guerra que hemos intentado evitar a toda cosa…

—Y que como resultado dejaría expuestos todos nuestros engaños en relación a nuestros aparentes aliados, los saphii y los akrynnai.

—Tales engaños harían obvias las traiciones que tenemos previstas, y por ende nos dejaría incapacitados de pronto para apoyarles con fuerza militar. Es arriesgado hacer promesas para abandonar a nuestros aliados en el campo de batalla, si no podemos ocupar después las tierras de esos aliados una vez que sus ejércitos han sido aniquilados, entonces toda la empresa fracasa.

—Vamos a asumir, por ahora —repuso Rava—, que la amenaza letherii ya no existe, y que la gran alianza bolkando no necesita mostrar los colmillos de papel. Lo que enfrentamos, en el peor de los casos, son tres ejércitos desconectados que marchan a través de nuestro reino. Uno de ellos nos la ha jugado, pero es probable que los khundryl se dispongan a acometer una rápida retirada ahora que han satisfecho su sed de sangre. Recogerán el botín y huirán a las Tierras Yermas. Por supuesto, eso resultará ser un error fatal. Tan solo necesitamos movilizar unas pocas legiones de tus terceros regulares para ocupar los fuertes fronterizos y las trincheras. Para que los restos de los khundryl que vuelvan arrastrándose no presenten ningún tipo de amenaza. —Levantó un dedo—. Debemos asegurarnos de tener a nuestros comandantes al mando, hay que aprovechar a los refugiados khundryl y esclavizarlos.

—Por supuesto.

—A continuación, pues, nos quedan los perecederos y los malazanos, y ambos, por lo que sabemos, parecen ser bastante civilizados. Como si condenaran los excesos khundryl, y puede que acaben sintiéndose responsables. Puede que, incluso, ofrezcan reparaciones.

Avalt dejó de caminar y se quedó de pie, con la mirada fija en el canciller.

—Entonces ¿qué hay de la emboscada que planeábamos para el paso?

—Recomiendo que nos quedemos en posición, por ahora, conquistador. Por lo menos hasta que seamos capaces de medir la reacción de la espada mortal cuando entreguemos las noticias de los khundryl y de la devastación injustificada que han causado.

—Asumo que te ocuparás de que la espada mortal sepa de nuestra fe en ella y en los yelmos grises —dijo Avalt—. Y que reconocemos que las acciones de los bárbaros, aliados o no, es imposible pronosticarlas, y que de ningún modo culpamos a los perecederos.

Rava asentía.

—Por lo tanto, dicho esto, que nos observen organizar nuestra escolta en una postura defensiva indicaría simplemente nuestras… medidas cautelares.

—Además de animar a la espada mortal a llevar a cabo concesiones, al intentar aliviar nuestra recién descubierta incertidumbre.

—Precisamente. Bien dicho, conquistador.

Avalt volvió a caminar.

—Y bien, conducimos a los khundryl hacia las Tierras Yermas, y entonces esclavizamos a cualquiera que vuelva. Emboscamos a los perecederos, algo que dará como resultado un botín repleto de armamento y armaduras de exquisita talla, suficientes para equipar a un nuevo elemento de élite…

—Dos unidades —Rava le recordó—. Tu guardia privada y una para mí también.

—Como acordamos, canciller. Para terminar, nos enfrentamos a un ejército más. Los malazanos.

—Debemos asumir que se enterarán del destino de sus aliados.

—Y reaccionarán en consecuencia, o con una percepción de súbita vulnerabilidad, en cuyo caso harán la retirada, o con ira, incitando la agresión por su parte.

—Menos de diez mil de los pobres diablos —añadió Rava —. Si invitamos a nuestros aliados entre los akrynnai y los saphii, podemos dividir el botín…

—Quiero sus ballestas —intervino Avalt—. No puedo explicarte lo frustrante que ha sido fracasar una y otra vez en robar una. Con una legión o dos equipadas con esas armas podría conquistar Saphinand en un mes.

—Todo a su tiempo —dijo Rava.

—Todo esto es asumiendo que los letherii no se inmiscuyan.

El canciller suspiró, y después puso mala cara.

—Mis mejores espías caen uno tras otro en esa corte, y aquellos pocos que han conseguido escapar están seguros de que el rey Tehol es incluso peor que Tarkulf. Un imbécil inepto e inútil.

—Pero ¿estás seguro tú de ello, canciller?

—Por supuesto que no. —Se detuvo un instante, y entonces continuó—: La mayor parte del tiempo. Puede que nos tengamos que enfrentar a una situación de extraordinaria similitud a la nuestra.

Avalt retuvo el aliento, helado por un instante una vez más.

—El empujón del Errante, ¿puede ser, Rava?

—Ojalá lo supiera. La esposa de Tehol Beddict todavía es una entidad desconocida.

—Pero tenemos claro que no está en posición de igualar a la reina Abrastal.

Rava hizo un gesto de desconocimiento.

—Dado el caso, parece improbable. Ella no tiene ejército privado. No dispone de unidades de élite como la legión Puaeterna de Abrastal ni nada que pueda compararse. Si

cuenta con espías (y qué reina no) parecen ocupados en acumular inteligencia, en vez del sabotaje activo.

—Incluso así —dijo Avalt—, alguien está, de forma obvia, dando caza a tus espías…

—No puedo estar seguro del todo. Cada uno ha muerto en misteriosas circunstancias, bueno, por lo menos que a mí me resultan misteriosas. Percances trágicos, todos y cada uno. Como si el propio Errante le dedicara su atención personal a cada caso.

—Ese es un pensamiento alarmante, canciller.

—Vaya, afortunadamente en uno ha sido expuesto o capturado. Los accidentes acontecidos han resultado siempre en la muerte.

Avalt hizo un gesto contrariado.

—El único escenario que puedo imaginar para que encaje con la situación, canciller, es que nuestra propia red ha quedado tan comprometida por los letherii que ni la exposición pública ni la tortura parece ser necesaria. Esto es algo que me hiela los huesos.

—Asumes que los letherii se las han arreglado para lograr esa infiltración —dijo Rava—. ¿No es más probable que el compromiso se origine desde el interior de nuestro propio reino?

—Seguro que no por parte de los espías de Tarkulf…

—No, los tenemos a raya. No, amigo mío, ¿es realmente inconcebible que la reina tenga sus propios agentes infiltrados en el palacio de Tehol?

—Eliminando rivales, sí, es una posibilidad aterradora —concedió Avalt—. Entonces, ¿qué planea?

—Ya me gustaría saberlo. —Rava se sentó con gesto contrariado, y fijó una dura mirada en Avalt—. Asegúrame esto, conquistador, que en ningún caso esta situación forzará que la reina salga a la palestra. En ningún caso,

Avalt, le daremos motivos para apartar a su inútil esposo y responder a la llamada.

Avalt de pronto temblaba. La idea de la legión Puaeterna en marcha, de camino a limpiar el desastre en el que se hubiera metido el reino… no, no debía ocurrir.

—Desde luego —respondió, con la voz rota—, este juego es demasiado diminuto para implicar a la reina Abrastal.

La expresión de Rava era de gravedad. Levantó el pergamino y lo meneó como si fuera una bandera en miniatura.

—Un apéndice me informa, conquistador, que la decimocuarta hija del rey y su doncella ya no residen en palacio.

—¿Qué? ¿A dónde han ido?

Pero el canciller no tenía respuesta alguna.

Y el silencio cubrió a Avalt con pavor.

Los comandantes bolkando se tomaron su tiempo para salir del campamento y ascender, con gran ceremonia, hasta el risco donde Tanakalian y la espada mortal aguardaban. Era bien entrada la tarde. Las legiones de perecederos, equipadas por completo, marchaban en formación hacia el terreno pantanoso a unos cien pasos tierra adentro, donde las unidades de suministros ya habían comenzado a montar las líneas de tiendas de los bloques de servicio. Los enjambres de insectos revoloteaban por encima de las unidades en formación de los hermanos y hermanas, brillantes nubes que daban vueltas en torbellinos incluso con vencejos de alas anaranjadas se daban un festín con ellos.

Los lagartos del río que habían estado descansando en las orillas la mayor parte del día habían comenzado a levantarse sobre las robustas patas para deslizarse de vuelta

al agua, observados con atención por las garzas y las cigüeñas que patrullaban el cañaveral.

Las noches en este país, sospechaba Tanakalian, no serían muy placenteras. Podía imaginar todo tipo de criaturas hórridas y tóxicas arrastrándose y volando en la sofocante y húmeda noche. Cuanto antes treparan al paso de montaña mejor se sentirían. Esta sensación de naturaleza perjudicial le era nueva, y le desagradaba.

Desvió la atención hacia el canciller Rava y al conquistador Avalt cuando el curioso par, ambos sentados en sillas fijas en los hombros acolchados de cuatro esclavos fornidos que trepaban la loma a un ritmo lento, se balanceaba de atrás para delante, como reyes sobre tronos temblorosos. Una caravana de una docena más formaba la estela de los dos hombres. Esta vez, al menos, no había guardias armados, nada tan obvio, sin embargo, Tanakalian sospechaba que más de uno de aquellos supuestos esclavos eran guardaespaldas.

—¡Saludos solemnes! —llamó el canciller, mientras saludaba con una mano flácida. Espetó algo a los porteadores y estos bajaron la silla. Puso los pies sobre el suelo con delicadeza, ajustándose los ropajes de seda, e instantes después Avalt se le unía. Avanzaron a grandes zancadas hacia los perecederos.

—Una toma de tierra impecable, enhorabuena, espada mortal. Tus soldados han tenido un entrenamiento soberbio.

—Amables palabras, canciller —gruñó Krughava como respuesta—. Sin embargo, siendo estrictos, no son mis soldados. Son mis hermanos y hermanas. Somos tanto un sacerdocio como una compañía militar.

—Por supuesto —murmuró Rava—, y esto es, desde luego, lo que os hace únicos en este continente.

—¿Oh?

El conquistador Avalt ofreció la explicación.

—Habéis llegado con un código de conducta inigualado por ninguna fuerza militar nativa. Buscamos aprender todo lo posible de vosotros. Asuntos de disciplina y comportamiento que podamos aplicar a nuestra propia gente para el beneficio de todos.

—Me aflige —contestó Krughava—, que mantengas una opinión tan baja de tus propios soldados, conquistador.

Tanakalian entrecerró los ojos como si los rayos del sol reflejados en un arma lejana lo hubieran deslumbrado, y esperó que aquella expresión inconsciente ocultara su sonrisa.

Cuando volvió a mirar vio la mirada del propio Avalt ensanchándose en aquella jaula de cicatrices teñidas, y entonces estrechándose.

—Me malinterpretas, espada mortal.

Rava dijo:

—Por ventura ya has notado algo de la incesante intriga que agrava las alianzas y los acuerdos de protección mutua entre las naciones fronterizas, espada mortal. Tales asuntos, aunque lamentables, son necesarios. Los saphii no confían en los akrynnai. Los akrynnai no confían en los lezna ni en los d’rhasilhani. Y los bolkando solo confían en sí mismos. En todo este tiempo hemos aprendido que los ejércitos extranjeros no pueden ser considerados con el mismo elaborado comportamiento que las propias tropas. —Abrió las manos—. El conquistador Avalt tan solo expresaba el inesperado placer de encontrar en vosotros tan intachable honor.

—Ah —dijo Krughava, con toda la perspicacia e inteligencia de una cabra de montaña.

Avalt trataba por todos los medios de contener la ira, y Tanakalian sabía que la espada mortal (a pesar de toda la aparente insensibilidad) tomaba nota mental de aquel defecto del comandante al supervisar el poder militar

combinado del reino bolkando. Un líder con temperamento y, como era obvio, poca disciplina en controlarlo (en particular frente a extraños y enemigos potenciales) era uno que malgastaría soldados para responder a cualquier insulto, real o imaginario. Era, por lo tanto, más peligroso y menos amenazante, lo primero por el riesgo de hacer algo inesperado, precipitado; lo segundo porque seguramente sería una ejecución directa, poco sutil, fustigada por una increíble necesidad de satisfacción.

Tanakalian repasaba estos detalles en su mente, forzándose a articular en su interior las lecciones que sabía que Krughava ya había comprendido en un instante. Ahora que el destriant había muerto, recaía sobre el yunque del escudo hallar un camino en su mente, para saber cómo pensaba y aquellos deberes que la espoleaban.

Durante aquellos instantes de reflexión, el canciller Rava había seguido con su cháchara.

—… tragedias inesperadas, espada mortal, que nos han puesto en una posición de lo más incómoda. Si es necesario, por lo tanto, tomaremos una pausa meditada aquí, mientras que vuestras formidables tropas se posicionan en el exterior de la frontera del reino.

Krughava inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ya que no has descrito tales tragedias, canciller, tan solo puedo detallar que, desde mi experiencia, la mayoría de las tragedias son inesperadas, y de forma invariable conllevan a la incomodidad. Ya que parece que el hecho de que todavía no hemos cruzado vuestro reino es, para vosotros, un punto destacable, asumo que vuestras tragedias inesperadas han, de algún modo, puesto en riesgo nuestro acuerdo.

En esta ocasión fue el canciller el que erró en ocultar su irritación.

—Los perecederos —dijo, con un tono crispado—, habéis admitido una alianza de unión con los lágrimas quemadas khundryl que son invitados del reino en estos momentos. Invitados que han dejado de comportarse de un modo civilizado.

—¿Ah, sí? ¿Qué te lleva a esta estimación, canciller?

—¿Esta… esta estimación?

Mientras Rava farfullaba, sin palabras, el conquistador Avalt dijo con aire burlón:

—¿Cómo evaluarías esto, espada mortal? Los khundryl han dejado su asentamiento por la fuerza y se dedican a asaltar por toda la región. Queman y saquean granjas, se apropian rebaños, queman fuertes y aldeas y, es más, una ciudad entera. Pero soy negligente al hablar solo de depredaciones materiales. He olvidado mencionar la multitud de soldados asesinados y miles de civiles masacrados. Y eso sin contar las violaciones y las matanzas de niños…

—¡Ya basta! —El grito de Krughava hizo que todos los bolkando se giraran.

El canciller fue el primero en recuperarse.

—¿Estas son las formas de tu elogioso honor, espada mortal? —exigió, la cara roja, la mirada encendida—. ¿No eres capaz de comprender nuestra reciente cautela? ¿Nuestra desconfianza? Si hubiéramos esperado tal traición…

—Vas demasiado lejos —dijo Krughava, y Tanakalian vio la ligera curva de una sonrisa en sus labios, un detalle que lo dejó sin aliento.

Pareció provocar un efecto similar en los dignatarios bolkando, ya que Rava palideció y Avalt puso una mano cubierta de cota de malla sobre su espada.

—¿Qué —preguntó Rava con la voz entrecortada— significa eso?

—Describís la historia local de traición interna y deslealtad incesante, señores, tan bien como si fuera parte de vuestra propia naturaleza, y después expresáis pavor y rabia ante la supuesta infamia de los khundryl. Vuestras protestas son melodramáticas, señores. Falsas hasta el extremo. Comienzo a discernir en los bolkando un deleite serpentino en la inteligencia de su propia lengua bífida. —Hizo una pausa aprovechando el silencio sorpresivo, y entonces añadió—: Cuando os invité bajo la ilusión de mi ignorancia, señores, reptasteis con júbilo. Entonces, ¿quién entre los aquí presentes es el mayor idiota?

Tanakalian dio crédito a los dos hombres al verlos recuperarse rápidamente de las expresiones que los traicionaban. Tras un tenso momento, Krughava continuó en un tono más bajo.

—Señores, conozco al caudillo Bilis de los lágrimas quemadas khundryl desde hace cierto tiempo. Durante una larga travesía por el océano, no quedan duplicidades ocultas. Aseveras la singularidad de los yelmos grises, y por ende me reveláis vuestra falta de comprensión respecto a los khundryl. Los lágrimas quemadas, señores, son un culto de guerreros. Devotos hasta lo más profundo de sus almas a un caudillo legendario. Este caudillo, Coltaine, era de tal estatura, de tal honor, que se ganó la adoración no solo de sus aliados, sino entre los presuntos enemigos. Como los lágrimas quemadas khundryl. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: Por lo tanto, estoy segura de que el caudillo Bilis y su gente fueron provocados. Poseídos por una admirable contención, tal y como le conozco, Bilis se habría doblado como un arbolillo al viento. Hasta que tales insultos exigían una respuesta.

»¿Han asaltado y saqueado? De este detalle saco la conclusión que los mercaderes bolkando y los agentes del rey buscan aprovecharse de los khundryl imponiendo

incrementos usureros en el precio de suministros básicos. Es más, declaráis que abandonaron por la fuerza su asentamiento. ¿Qué tipo de asentamiento requiere una salida violenta? El único que se me ocurre es el que tiene lugar en un asedio. Por lo tanto, y en relación con esta provocación, me reafirmo en la alianza entre los lágrimas quemadas khundryl y los yelmos grises. Si escogéis ser nuestros enemigos, señores, entonces debemos tener en cuenta que estamos en guerra. Acompaña a tu brigada, conquistador. Es tácticamente imperativo que aniquilemos vuestra presencia aquí antes de invadir vuestro reino.

A pesar de todas las dudas y las sospechas y los miedos, Tanakalian no se sentía reacio a revelar el orgullo que sentía en aquel momento; ver los efectos de las palabras de la espada mortal sobre el canciller y el conquistador hizo que sintiera un placer salvaje. ¿Queréis jugar con nosotros? Los khundryl puede que tengan sus aguijones, pero los perecederos desgarran y arrancan.

No dirían que las palabras de Krughava eran un farol, ya que no eran un engaño, y ambos lo sabían con claridad.

Tanakalian era consciente de que tampoco accederían a declarar la guerra, no aquí contra los perecederos, y no, por extensión, contra los lágrimas quemadas. Los insensatos habían cometido un error de cálculo, un error grave.

Y ahora comenzarían la desesperada renovación de las negociaciones, y el paso que hasta ahora había igualado el ritmo, como exigía la cortesía, ya no estaba a la altura.

Al fin y al cabo, puede que en estos momentos os enfrentéis a dos ejércitos iracundos y refrenados, amigos míos, y descubráis que estáis temblando de terror.

Esperad a conocer a los Cazahuesos.

Los observó mientras, siguiendo reiteraciones apresuradas sobre deseos de arreglar las cosas de un modo pacífico, el canciller y el conquistador se retiraron de vuelta

por la loma. Ni siquiera se preocuparon de las ridículas sillas. Los esclavos fueron tras ellos como una muchedumbre en forma de abanico.

Tras él, Krughava suspiró, y entonces habló:

—Se me ha ocurrido, señor, que los bolkando esperaban que los khundryl demostraran ser poco más que un diminuto problema, confinado a la región que rodea su asentamiento. Contenidos sin muchos problemas o, de hecho, empujados hacia el borde que colinda con las Tierras Yermas. Esa noción les ha llevado de un modo inevitable a la concepción de que nosotros podíamos ser aislados y que podían haber hecho lo que quisieran con nosotros.

—Entonces ¿planeaban una emboscada desde el principio?

—O la amenaza de una, para ganar más concesiones.

—Bueno —dijo Tanakalian—, si los khundryl no se quedan cerca de su asentamiento ni se retiran a la frontera, solo queda una resolución posible.

Ella asintió.

—Como una lanza espinada —repuso—, Bilis liderará a su gente hasta el mismísimo corazón del reino. —Estiró los hombros con un chirrido de cadenas y botones—. Yunque del escudo, informa a los comandantes de la legión que nos ponemos en marcha cuando suene la segunda campanada antes del amanecer…

—¿Incluso si eso implica que nos perseguirá la escolta bolkando?

Ella apretó los dientes con fuerza.

—¿Has evaluado esas tropas, señor? Podrían estar desnudos y no serían capaces de seguirnos el ritmo. Solo su caravana de equipaje es tres veces el tamaño de los soldados en la columna. Eso —pronunció— es un ejército acostumbrado a no ir a ninguna parte.

Ella se alejó entonces, para caer sobre los dos delegados bolkando, de dagas que destellaban a bultos informes de causa.

Tanakalian, por otro lado, se dirigió al campamento de los perecederos.

Los insectos estaban enloquecidos, y en los cañaverales junto al río los pájaros acuáticos chillaron.

La lluvia cayó con fuerza, pintó el mundo de gris y el camino empedrado en un arroyo espumoso. Los altos troncos negruzcos de los árboles a ambos lados se inclinaban y retrocedían como ondas cuando Yan Tovis condujo su montura por el traicionero sendero. Tenía la capa encerada prieta contra el cuerpo, la capucha sobre el yelmo. Dos días y tres noches de esto y ya sentía el frío y la humedad en los huesos. Desde que había abandonado la Carretera de las Ciudades, a cinco leguas de Dresh, a través del norte hacia donde había dejado a su gente, cada legua de este bosque comenzaba a pesar. El descenso a la costa fue también un viaje al pasado, una civilización cuyas esperanzas se desvanecen cual fantasmas al despertar. Prados libres de árboles, rodeados por marañas de bomas cuyas ramas habían sido cortadas, matojos macheteados y raíces convertidas en tocones, los triples surcos que quedaban al arrastrar troncos de aquí para allá; la basura de antiguos campamentos y los montones de ceniza y las zanjas de los carboneros: marcaban la brutal imposición del hambre y la necesidad de Dresh.

En cuanto a las islas de la bahía Katter, la desolación era la promesa. Al cabalgar a través de los antiguos campos madereros, había contemplado la erosión del terreno, los profundos surcos de roca que cruzaban a través de cada claro. Y cuando en Dresh, al resignarse a su encargo, había

descubierto nerviosismo en las tropas de la guarnición. Siguiendo un decreto real que detenía las operaciones de tala, se habían sucedido disturbios. Gran parte de la riqueza de la ciudad provenía del bosque, al fin y al cabo, y aunque la prohibición fuera temporal, durante la cual los agentes del rey tenían que descubrir un nuevo sistema (uno centrado en la sostenibilidad), el hedor a pánico inundaba las calles de la ciudad.

A Yan Tovis no le sorprendía que el rey Tehol hubiera comenzado por desafiar los fundamentos principales y las prácticas de Lether, pero sospechaba que pronto descubriría que era una solitaria y atribulada voz de la razón. Incluso el sentido común era un enemigo para los recolectores del futuro. La bestia que era la civilización siempre iba adelante, y al construir el mundo presente devoraba el mundo por venir. Era una verdad espantosa que la descendencia de uno podía ser sacrificada sin pudor para la comodidad inmediata, y sin embargo, así era y así había sido siempre.

Los soñadores se contaban entre los primeros en dar la espalda a la verdad histórica. El rey Tehol sería apartado, se ahogaría en la inexorable marea de crecimiento descontrolado. Nadie, después de todo, podría plantar resistencia entre la gula y el festín.

Ella le deseaba suerte, incluso a sabiendas de que fracasaría.

En medio de la fuerte lluvia había dejado los campamentos detrás, había tomado una de aquellas antiguas rutas de migración del bisonte maderero a través del bosque virgen. El cieno del antiguo camino estaba preñado de sanguijuelas y se vio obligada a desmontar cada campanada o más para desparasitar las criaturas moteadas de marrón y negro de las patas del caballo, hasta que el camino condujo hasta una cuenca que resultó ser una

trampa de sal. La plaga de sanguijuelas cesó de pronto y, al descender por la ladera, no volvió.

Comenzaron a aparecer señales de los antiguos habitantes, quizá fueron restos de los temblor, quizá pertenecieron a una gente ya olvidada. Vio los montículos desplomados de chozas circulares cubiertas por vides de hojas enceradas. Observó sobre unos troncos gigantescos de los árboles más ancianos rostros destrozados, tallados por manos que hacía mucho tiempo se pudrieron hasta convertirse en nada. Las caras de madera estaban pintadas con limo negro, musgo y grumos de hongos pegajosos. Detuvo la montura junto a una de estas creaciones y la observó durante largo tiempo bajo la lluvia. No pudo imaginar un símbolo más adecuado para la impermanencia. La expresión franca, los pozos de tristeza que componían los ojos: estos elementos la perseguirían mucho después de abandonar el asentamiento en ruinas.

La ruta emergió al fin en un camino de los temblor que había estado unida a dos pueblos costeros, y este fue el sendero que tomó.

La lluvia ahora era torrencial, y el siseo se convirtió en un rugido incesante bajo la capucha, una cortina de agua se precipitaba frente a sus ojos.

Su caballo se detuvo de improvisto y ella levantó la cabeza para ver a un jinete solitario bloqueando el camino.

Parecía una figura esculpida en un torrente de agua.

—Escúchame —dijo ella, en voz alta, inesperadamente áspera—. ¿De verdad crees que puedes seguirnos, hermano?

Yedan Derryg no contestó, su típica declaración de obstinación.

Ella quería maldecirle, pero sabía que incluso aquello sería inútil.

—Mataste a las brujas y a los brujos. Tirón y Chapoteo no son suficientes. ¿Entiendes lo que has forzado sobre mí,

Yedan?

Él se puso rígido en la silla al escuchar aquellas palabras. Incluso en la penumbra ella vio que apretaba las mandíbulas como si masticara la respuesta, y entonces habló:

—No puedes. No puedes. Acomete el viaje, hermana, sobre el camino mortal.

—Porque es el único que puedes seguir, estás expulsado.

Pero él negó con la cabeza.

—La senda que buscas no es más que una promesa. Jamás se ha intentado. Una promesa, Yan Tovis. ¿Arriesgarás las vidas de tu gente por algo así?

—No me has dejado otra opción.

—Toma el camino mortal, como dijiste que harías. Al este hacia Rosazul y de ahí a través del mar…

Ella quería gritarle. En vez de eso, apretó los dientes con fuerza.

—Maldito loco, Yedan. ¿Has visto el campamento de nuestra, no, de mi gente? Los habitantes de toda la isla, antiguos prisioneros y sus familias, mercaderes y halconeros, bandidos y piratas, ¡todo el mundo se unió a nosotros! Sin incluir los temblor, ¡hay cerca de diez mil refugiados letherii en mi campamento! ¿Qué debo hacer con todos ellos? ¿Cómo los alimento?

—No son responsabilidad tuya, Crepúsculo. Dispérsalos, las islas están casi sumergidas. Esta crisis pertenece al rey Tehol, a Lether.

—Te olvidas —espetó ella— de que la Segunda Doncella proclamó su independencia. Y me hizo reina. En el instante en que pisamos tierra firme nos convertimos en invasores.

Él inclinó la cabeza.

—Dicen que el rey es un hombre piadoso…

—Puede que lo sea, pero ¿cómo pensará el resto, toda esa gente cuyas regiones debemos cruzar? ¿Cuando supliquemos comida y refugio? Los territorios al norte

todavía no se han recuperado de la guerra edur. Los campos están sin explotar; los lugares donde se desató la hechicería ahora están poblados por criaturas de pesadilla y plantas venenosas. ¡No pondré sobre el rey Tehol más elementos frágiles como quince mil intrusos desesperados!

—Llévame de vuelta, pues —dijo Yedan—. Me necesitas.

—¡No puedo! ¡Eres un asesino de brujas! ¡Deberías ser desmembrado!

—Entonces encuentra un compañero digno. Un rey…

—Yedan Derryg, apártate. No hablaré más contigo.

Él agarró las riendas y se apartó para que pasara.

—El camino mortal, hermana. Te lo suplico.

Al pasar junto a él, alzó una mano enguantada como si fuera a golpearle, la bajó y pateó al caballo para que avanzara. Sentir su mirada clavada en la espalda no fue suficiente para que se girara en la silla. El peso de su desagrado pesaba en sus hombros, y con cierta sorpresa descubrió que no era algo poco conocido. Quizá, de niña… bueno, algunos rasgos se negaban a desaparecer, sin importar el paso de los años. Aquella idea la hizo sentir todavía más miserable.

Poco tiempo después captó el amargo olor de las hogueras para cocinar ahogadas en la lluvia.

Mi gente, mi reino, estoy en casa.

Sucinta y Brevedad estaban sentados en un tronco medio enterrado y tirado de lado que solía ser la marca de la marea alta, los pies desnudos sumergidos en el agua templada del mar. El relato iba sobre esta preciosa y mágica mezcla de lluvia fresca y oleaje salado que era la cura para todos los males de los pies, incluyendo malas elecciones que enviaban a uno a caminar en la dirección opuesta. Por

supuesto, la vida es como es, y no puedes curar lo que todavía no has hecho, aunque no pasa nada por intentarlo.

—Además —añadió Brevedad, el pelo corto y moreno aplastado sobre las mejillas—, si no hubiéramos soltado la votación, ahora mismo tú y yo estaríamos nadando hacia la taberna más cercana.

—Rezando para que todavía quedara cerveza —añadió Sucinta.

—Ha sido el deshielo, querida, lo que ha hecho esto a la isla, estoy segura, quizás habría sumergido a unas cuantas, quizá las suficientes, pero ¿quién está dispuesto a aguantarse la respiración hasta entonces? —Sacó un alga húmeda de algún hueco de la capa y se metió el palo en la boca—. Lo que sea, ahora tenemos una reina y un gobierno…

—Un gobierno dividido, Brevedad. Los temblor en un lado, los fuertes en el otro, y la reina atada de manos y estirada entre ambos. Puedo escucharla crujir día y noche. Lo que estamos buscando aquí es un punto muerto y no aguantará mucho más.

—Bueno, con solo dos brujas vivas, no es que los temblor puedan hacer mucho excepto sacudir un puño huesudo hacia aquí. —Sucinta dio unas pataditas, creando salpicaduras ocasionales que se apagaban rápidamente por la lluvia—. Tenemos que movernos pronto. Debemos atraer a la reina a nuestro bando. Tú y yo, Brev, tenemos que liderar el contingente al rey Tehol, con una reorganización ordenada del esquema que incluya por lo menos tres cofres hasta arriba de monedas.

—Uno para ti, otro para mí, y otro para las arcas del Crepúsculo.

—Justo.

—¿Crees que ella irá a por ello?

—¿Por qué no? No podemos quedarnos en esta costa putrefacta mucho más, ¿no?

—Bien visto. Nos salvó de ahogarnos en la isla, ¿verdad? No tiene sentido que nos deje ahogarnos aquí en la orina infinita de Errante. Por las pezuñas de los fent, qué lugar tan miserable.

—Sabes —dijo Sucinta tras un rato—, tú y yo, podríamos abandonarlos a todos. Seguir nuestro propio camino hasta Letheras. ¿Cuánto tiempo crees que nos costaría establecernos?

Brevedad negó con la cabeza.

—Nos reconocerían, querida. Peor, nuestro plan no va a funcionar una segunda vez. La gente vería las señales y las reconocería.

—Bah, cada cinco años puedes encontrar otro puñado de imbéciles con demasiado dinero. Felices de deshacerse de todo.

—Quizá, pero no son las marcas en las que pensaba. Son las autoridades. No tengo el humor para que me arresten otra vez. Dos crímenes implican los ahogamientos, seguro.

Sucinta se estremeció.

—Tienes razón. Vale, entonces seguimos la ruta políticamente honesta, trepamos la escalera de, esto, poder secular. Robamos y estafamos de un modo legítimo.

Brevedad chupó el palo del alga y asintió.

—Podemos hacer algo así. Concurso de popularidad. Dividimos a nuestros rivales en la aparente asamblea. Te acuestas con una mitad, yo me follo a la otra, hacemos ver que somos rivales y logramos dos campamentos. Votamos en la asamblea de representantes oficiales para la corte de la reina.

—Y entonces nos convertimos en el punto de inflexión.

—Información y riqueza, entrando y saliendo. Y nadie de ambos bandos con idea de nada excepto lo que les

contamos nosotras.

—Exacto. No hay diferencia alguna en ser las estafadoras mentirosas y tramposas que éramos.

—Eso es, tan solo que más retorcidas.

—Pero con una sonrisa.

—Con una sonrisa siempre, querida.

Yan Tovis descendió al trote hasta el campamento. El lugar apestaba. Siluetas que se tambaleaban en el barro y la lluvia. La orilla poco profunda de la bahía era de color marrón debido a la mezcla de agua, barro y restos. No tenían mucha comida. Todos los botes que estaban anclados en la bahía se contoneaban sobre las olas bajas.

El camino mortal. Crepúsculo sacudió la cabeza.

Sin prestar atención a las incontables miradas que la observaban al cabalgar hasta la ciudad improvisada, continuó hasta que alcanzó la choza de la bruja. Desmontó, cruzó la zanja de drenaje y se metió en el interior.

—Tamos en poblrema —dijo Chapoteo desde el otro lado —. La gente sestá enfermando. Nos quedamo sin hierbas. — Fijó una mirada torva en Crepúsculo.

A su lado, Tirón chasqueó la lengua durante un rato, y entonces preguntó:

—¿Qué vasa cer, reinita? ¿Ná asta que tolmundo se muera?

Ella no dudó.

—Debemos partir. Pero no por el camino mortal.

¿Podían sorprenderse dos mujeres ancianas?

Parecía posible.

—Por mi sangre real —continuó Crepúsculo—. Abriré el camino a Gallan. —Bajó la mirada hacia las brujas, las bocas abiertas, los ojos como platos—. Hasta la orilla oscura. Voy a llevarnos a casa.

Deseó poder recordar su nombre. Deseó algún tipo de comprensión. ¿Cómo podía un grupo tan disparatado de gente descubrirse dando vueltas en este paisaje desolado? ¿El mundo había terminado? ¿Eran los últimos?

Pero no, ni de lejos, distaba mucho de la realidad. Mientras que ninguno de sus compañeros, que se gritaban e insultaban, se dio cuenta de que su atención se desviaba sin cesar hacia el neblinoso horizonte por el que habían llegado.

Allí había alguien.

Alguien los perseguía.

Si podía descubrir las cosas importantes, quizá tendría menos motivos para tener miedo. Quizás incluso podría saber quién los quería cazar. Puede que incluso encontrara un momento de paz.

Los demás miraban adelante, como si no tuvieran elección, ni voluntad de hacer nada más. El edificio en la distancia hacia donde habían comenzado la andadura (que parecía haber iniciado semanas atrás) empezaba a parecer más cercano. Su inmensidad se había burlado del sentido de la distancia y de la perspectiva, pero incluso aquello no era suficiente para calcular la distancia del trayecto. Había comenzado a sospechar que su sentido para calcular el tiempo estaba roto, que los demás medían el viaje de un modo fundamentalmente distinto al suyo. ¿Acaso él no era un fantasma? Tan solo podía pasar entre ellos como una sombra. No sentía el peso de cada paso que daba. Incluso el sufrimiento que sentía le eludía.

Y aun así, a pesar de todo, ¿no debería ser él quien sintiera el tiempo como algo compacto y condensado en un alivio efímero? ¿Por qué la tortura en su alma? ¿El cansancio extremo? ¿Esta sensación febril que trepaba desde el interior de todos estos cuerpos, uno tras otro, cada vez más

intensa? Cuando se despertó entre ellos, se había sentido bendecido. Ahora se sentía atrapado.

El edificio daba la espalda al cielo azul. Gris y negro, escalas maltrechas por las fracturas y moteadas por manchas de óxido, era una torre inmensa de arquitectura extraña. Al principio, parecía poco más que unas ruinas, un colmillo podrido e inclinado erosionado hasta casi perder la forma por siglos de abandono. Pero al cerrar distancia había, de un modo perverso, alterado aquella percepción. Incluso así… sobre la tierra plana que se abría hacia el horizonte desde la base, no había señal alguna de asentamiento, no había zanjas antiguas que dieran pistas de un antiguo campo de cultivo, ni caminos, ni carreteras.

Ahora ya podían diferenciar la naturaleza del monumento. De una altura inmensa, solo, de ojos huecos, el dragón de piedra lograba el equilibrio sobre las extremidades traseras y la cola enrollada. Una de las patas delanteras estaba estirada hacia delante y hundía las garras en el suelo; la otra estaba levantada y apuntaba ligeramente hacia el frente, como si estuviera lista para destrozar a cualquier enemigo en su camino. Incluso las patas traseras estaban posicionadas con simetría, tensas, listas para saltar.

Ningún dragón real podía igualarlo en tamaño, y aun así, según se acercaban (ahora mudos, menguados) podían ver con increíble detalle la creación. La iridiscencia de las espirales en cada escama, ligeramente cubiertas de polvo; la piel retraída que abarcaba las garras, garras que por lo menos medían la altura y media de un hombre, con la superficie pulida y laminada repleta de astillas y cicatrices. Pudieron ver surcos en la piel que al principio habían creído que eran fracturas; el peso de los músculos colgaba suelto; las arrugas y las venas en las alas plegadas con forma arqueada. Una neblina granulosa oscurecía la construcción a

la altura del pecho, como si estuviera rodeada por un anillo de polvo suspendido.

—No —susurró Taxilian—, suspendido no. Ese anillo se mueve… da vueltas y vueltas, como un torbellino. ¿Lo ves?

—Hechicería —dijo Aliento, el tono con una curiosa inexpresividad.

—Como si un millón de lunas orbitaran alrededor de un sol muerto —observó Rautos—. Incontables mundos sin vida, cada uno no más grande que un grano de arena. Dices que la magia los sostiene en su lugar, Aliento, ¿es eso cierto?

—¿Qué si no? —espetó ella, a la defensiva—. Todo lo que sacamos de ti. Teorías. Sobre esto y sobre lo otro. Como si las explicaciones significaran algo. ¿Qué diferencia supone saber, pedazo de zoquete?

—Calma el fuego en mi alma, bruja —replicó Rautos.

—El fuego es el motivo para vivir.

—Hasta que te quema.

—Oh, basta, los dos —gimió Asane.

Aliento se giró para encararla.

—Voy a ahogarte —amenazó—. Ni siquiera necesito agua para ello. Usaré arena. Te meteré la cabeza debajo y sentiré cada intento de salir, cada espasmo…

—No es solo una estatua —dijo Taxilian.

—Alguien excavó una montaña entera —añadió Cogote—. No significa nada. Es una puta mierda inútil. Hemos caminado durante días. Para esto. Una mierda. Me apetece pegarte una paliza, Taxilian. Por malgastar mi tiempo.

—¿Malgastar tu tiempo? ¿Por qué, Cogote, qué otra cosa planeabas hacer?

—Necesitamos agua. Nos vamos a morir aquí, y todo para que pudieras echarle un vistazo a este pedazo de roca. —Cogote levantó un puño—. Si te mato, podemos bebernos tu sangre. Eso nos ayudaría a aguantar un tiempo.

—Te mataría —dijo Rautos—. Morirías con mucho dolor.

—¿Y tú qué sabes? Te cocinaremos y nos beberemos toda tu grasa líquida.

—No es solo una estatua —repitió Taxilian.

Último, que no solía hablar, sorprendió a todo el mundo cuando dijo:

—Tiene razón. Hace tiempo este dragón estuvo vivo.

Sheb resopló.

—Que el Errante nos ayude, eres un idiota, Último. Esta cosa nunca fue otra cosa más que una montaña.

—No era una montaña —insistió Último, la mirada oscurecida—. No hay montañas aquí y nunca las hubo. Cualquiera puede darse cuenta de eso. No, estaba vivo.

—Tiene razón, creo —repuso Taxilian—, quizá no de modo que tú crees, Sheb. Fue construido y después se le insufló vida. —Abrió las manos—. Es una ciudad. Y vamos a buscar el modo de entrar.

El fantasma, que había estado flotando por encima, se deslizó en aquella dirección e, impaciente y temeroso, ansioso y emocionado, quería gritar de alegría, y lo habría hecho de haber tenido voz.

—¿Una ciudad? —Sheb miró con fijeza a Taxilian durante un buen rato, y entonces escupió—. Pero abandonada, ¿no? Muerta, ¿eh?

—Supongo que sí —contestó Taxilian—. Muerta hace mucho.

—Entonces —dijo Sheb lamiéndose los labios—, puede que haya... botín. Tesoros abandonados, después de todo, ¿quién iba a venir hasta aquí? Las Tierras Yermas solo guardan la promesa de la muerte. Todo el mundo lo sabe. Puede que seamos los primeros en ver esto…

—Sin contar sus habitantes —murmuró Rautos—. Taxilian, ¿puedes ver lo que hay dentro?

—No, todavía no. Pero venid, encontraremos una, estoy seguro.

Aliento se puso delante de los demás, como si quisiera bloquear el camino.

—Este lugar está maldito, ¿no puedes sentirlo? No pertenece a la gente, a la gente como tú y como yo. No encajamos en este lugar. ¡Escuchadme! Si entramos, ¡no saldremos jamás!

Asane gimoteó, y se encogió de miedo.

—A mí tampoco me gusta. Deberíamos largarnos, como dice ella.

—¡No podemos! —ladró Sheb—. ¡Necesitamos agua! ¿Cómo crees que una ciudad así puede sobrevivir aquí? Está sobre una fuente acuífera…

—¡Que seguro que se secó y por eso se marcharon!

—Seca, quizá, para diez mil almas sedientas. No para siete. ¿Y quién sabe cuánto hace? No, no lo entiendes. Si no encontramos agua aquí, vamos a morir todos.

El fantasma sentía una extraña confusión ante todo aquello. Tan solo dos noches atrás habían descubierto una fuente. Todos cargaban con pellejos todavía llenos de agua. Sin embargo, al pensarlo, no podía recordar dónde los habían encontrado. ¿Estos compañeros siempre habían tenido esos pellejos? ¿Y aquellos amplios sombreros que llevaban, protegiéndoles de la brillante y castigadora luz del sol? ¿Y los bastones? ¿Y la máquina de escritura que colgaba de Taxilian? ¿Y el estuche con el mapa que se desplegaba en un pequeño escritorio? ¿Y la capa de Aliento repleta de bolsillos, cada uno con una losa? ¿Y el rompecráneos de Cogote anudado al cinto? ¿Y las dagas de Sheb? ¿Y el huso de Asane y el saco con lana bruta a partir de la cual tejía las redes entrelazadas? ¿Y la cazuela de hierro de Último y el equipo para hacer fuego; la pequeña hoz y una pequeña colección de cuchillos? El fantasma se preguntó de dónde había salido todo aquello.

—Sin comida, sin agua —decía Nappet—. Sheb tiene razón. Pero, más importante todavía, si encontramos una puerta, podemos defenderla.

Las palabras quedaron en el aire silencioso que prosiguió, suspendidas un instante y elevándose como arenilla. El fantasma las pudo ver, el modo en que perdían forma pero no significado, la trascendencia de la definición. Sí, Nappet había dicho en voz alta lo que todos sabían en secreto. Las palabras que el terror había tallado de un modo sangriento en sus almas.

Alguien los perseguía.

Asane comenzó a gimotear, en voz baja, sollozos abruptos atascados en la garganta.

Las manos de Sheb se cerraron en puños al mirarla.

Pero Cogote se había girado para mirar a Último, y le observaba como si quisiera desentrañar sus secretos.

—Sé —dijo—, que eres un granjero duro de mollera, Último, pero pareces fuerte. ¿Puedes llevar una espada? Si necesitamos a alguien para mantener el portón, ¿podrías?

El hombro arrugó el entrecejo y asintió.

—Quizá nunca he usado antes una espada, pero nadie pasará. Lo juro. Nada me pasará.

Cogote le ofreció una espada enfundada a Último.

El fantasma retrocedió al ver el arma. Lo sabía, y aun así no. Una extraña y aterradora arma. Observó a Último desenfundar la espada. Un solo filo, oscura, hierro moteado, la punta más pesada y con un ligero resplandor. La profunda férula que recorría la longitud de la hoja era negra, una vena pesadillesca, como si fuera un pedazo del mismísimo Abismo. Apestaba a muerte, toda el arma, aquel espantoso instrumento de destrucción.

Último sopesó la espada en la mano.

—Estaría mejor con una lanza —dijo.

—No nos gustan las lanzas —siseó Cogote—. ¿A que no?

—No —corearon los demás.

Último frunció todavía más el ceño.

—No, a mí tampoco. No sé por qué… por qué yo… quería una. El susurro de un diablillo en mi cabeza, supongo. —Hizo un gesto defensivo.

Sheb escupió para sellar el pacto.

—No nos gustan las lanzas —susurró Rautos—. Son… peligrosas.

El fantasma asintió. Descarnado y aun así sintió un escalofrío que lo hizo temblar. Hubo una lanza en su pasado, ¿no? ¿Quizás? Era algo lúgubre que se lanzaba contra su rostro, contra su pecho, que cortaba los músculos de sus brazos. Reverberaciones, escalofríos que se apoderaban de sus huesos, que lo hacían retroceder, un paso, otro…

¡Dioses, no le gustaban las lanzas!

—Vamos —dijo Taxilian—. Hay que buscar un modo de entrar.

Había un modo de entrar. El fantasma lo sabía. Siempre había un camino. El desafío era encontrarlo, verlo y saber que lo era. Las puertas importantes permanecían escondidas, ocultas, construidas para engañar. Las puertas importantes se abrían solo desde un lado, y una vez que las cruzabas se cerraban con un estallido de aire frío contra la nuca. Y no podían abrirse nunca jamás.

Tal era la puerta que buscaban, supo el fantasma.

¿Esperaba en esta ciudad muerta?

Lo descubriría pronto. Antes de que el cazador los encontrara a todos. *Portador de lanzas, asesino, el que no se retira, el que se burla en silencio, el que no dudaría… no, no ha terminado conmigo, con nosotros, conmigo, con nosotros*.

Debemos hallar la puerta.

El modo de entrar.

Alcanzaron la extremidad frontal del dragón de piedra, con las garras que sobresalían como gigantescos e intimidantes pilares de mármol, las puntas hundidas en lo profundo de la tierra. Por todas partes alrededor de la base el suelo estaba agrietado, repleto de fracturas que subían hacia arriba. Rautos gruñó al inclinarse para observar una de cerca.

—Profundo —murmuró—. La ciudad se está sedimentando, lo que sugiere que ha absorbido toda el agua que había debajo.

Taxilian contemplaba la enorme torre que era la pata frente a él, inclinando mucho la cabeza hacia atrás. Tras un instante se quedó estupefacto y maldijo.

—Demasiado —dijo sin aliento—. Esta pierna podría abarcar media docena de capiteles ehrlii. Si está vacía, podría contener mil habitantes.

—Y aun así —dijo Rautos, cuando llegó junto a él—, mira el trabajo artístico, la genialidad de la escultura, ¿habías visto antes un trabajo de tal habilidad llevada a este tamaño, Taxilian?

—No, sobrepasa… sobrepasa…

Sheb se situó en medio de dos de las garras, y se deslizó en las sombras y fuera de la vista.

No había entradas obvias, ni portales como tal, ni rampas, ni puertas; ni ventanas o aberturas más arriba.

—Parece totalmente autocontenido —explicó Taxilian—. Fijaos, no hay rastro de granjas o tierras de pastura.

—Nada de eso sobrevivió al intervalo de abandono —replicó Rautos—. Al fin y al cabo, lo que sabemos es que esto podría tener mil años de antigüedad.

—Eso me sorprendería. Sí, la superficie está erosionada, demacrada, pero si fuera tan antiguo como tú dices, no sería más que un bulto deforme, una torre de termitas gigante.

—¿Estás seguro?

—No —admitió Taxilian—. Pero recuerdo en una ocasión, en un scriptorium en Erhlitan, contemplar un mapa que databa del Primer Imperio. Mostraba una línea de colinas irregulares cerca de la ciudad. Corrían como una espina paralela a la costa. Habían anotado elevaciones aquí y allá. Bueno, aquellas colinas todavía están aquí, pero no son tan grandes ni tan altas como decía el mapa.

—¿Y cómo de antiguo era ese mapa? —preguntó Rautos.

Taxilian hizo un gesto de desconocimiento.

—¿Veinte mil? ¿Cincuenta? ¿Setenta? Los eruditos hacen carrera en no estar de acuerdo en nada.

—¿El mapa estaba en cuero? Claro, no hay cuero que pueda aguantar tanto tiempo, ni siquiera cinco mil años…

—Cuero, sí, pero tratado con artes arcanas que desconozco. En cualquier caso, lo encontraron en un contenedor sellado con cera. Siete Ciudades es casi todo desierto. Sin humedad, nada se pudre. Se encoge, se diseca. —Hizo un gesto con una mano hacia la fachada de piedra ante ellos—. En cualquier caso, esto debería estar mucho más erosionado si fuera tan antiguo como para sobrevivir a señales de cultivo.

Rautos asintió, convencido por el razonamiento de Taxilian.

—Encantado —exclamó Aliento—. Vas a conseguir que nos maten a todos, Taxilian. Por lo que maldigo tu nombre, tu alma. Haré que pagues por matarme.

Él la miró, no dijo nada.

Rautos habló:

—¿Has visto esa pata trasera, Taxilian? Es la única sobre un pedestal.

Los dos hombres caminaron en aquella dirección.

Aliento se acercó a Asane.

—Teje el capullo, mujer, hasta que puedas esconderte dentro. Hasta que no seas nada más que una cáscara vacía.

No creas que puedes salir arrastrándote. No creas que puedes enseñarnos a todos tus brillantes y coloridas alas. Tus esperanzas, Asane, tus sueños y secretos. Todos vacíos. —Levantó una mano esquelética—. Puedo aplastarlos todos con tanta facilidad…

Último dio un paso hacia ella y la empujó, ella retrocedió tambaleándose.

—Estoy harto de escucharte —dijo—. Déjala en paz.

Aliento soltó una risotada y se largó entre saltitos.

—Gracias —dijo Asane—. Es tan… dañina.

Pero Último la miró y dijo:

—Este no es un lugar para tener miedo, Asane. Conquista los tuyos, y hazlo pronto.

Cerca, Cogote soltó una risita.

—Quizá los estúpidos granjeros no sean tan estúpidos como parece. Aunque tampoco eso los hace menos feos, ¿eh? —Volvió a reír.

Mientras Rautos y Taxilian se acercaron a la pata trasera pudieron ver que el pedestal era rectangular, como la base de un templo. El muro vertical que tenían de cara, en toda su altura, todavía mostraba los restos de un friso, enmarcado con un borde elaborado. Todo demasiado erosionado como para interpretarlo. Pero no había señal alguna de una entrada.

—Volvemos a estar confundidos —dijo Rautos.

—No lo creo —replicó Taxilian—. Miras del modo equivocado, amigo. Buscas algo que se alce ante ti. Miras de derecha a izquierda, doblas el cuello y observas hacia arriba. Sí, la ciudad motiva tal engaño. El dragón lo incentiva, mientras espera sentado. Y aun así… —Señaló a un punto.

Rautos siguió la línea que dibujaba el dedo, y gruñó sorprendido. En la base del pedestal, la arena soplada por el viento formaba un hueco.

—El camino es hacia abajo.

Sheb se les unió.

—Tenemos que cavar.

—Eso creo —asintió Taxilian—. Llama a los demás, Sheb.

—No acepto órdenes de ti. Que el Errante os mee encima a todos vosotros, cabrones de alta cuna.

—No soy de alta cuna.

Sheb miró con desdén.

—Actúas como si lo fueras, que es igual de malo. Vuelve adonde perteneces, Taxilian, y si no puedes arreglártelas por ti mismo, te ayudaré, y eso es una promesa.

—Estoy aprendiendo y ya, Sheb. ¿Por qué te sientes tan amenazado?

Sheb descansó una mano sobre una de las dagas.

—No me gustan los mentirosos y eso es lo que tú eres. Crees que las palabras grandilocuentes te vuelven más listo, mejor. Te gusta que Rautos te respete, crees que te ve como a un igual. Pero te equivocas. No eres su igual. Tan solo te sigue la corriente, Taxilian. Eres una mascota muy inteligente.

—Así es como piensan los letherii —dijo Rautos, suspirando—. Es lo que mantiene a todo el mundo en su lugar, arriba, abajo. Incluso la gente que aseguran estafar al sistema terminan haciendo todo lo que está en sus manos para mantenerlo en su lugar.

Taxilian suspiró.

—Lo entiendo, Rautos. La estabilidad te ayuda a recordar dónde estás. Afirma que dispones de un lugar legítimo en la sociedad, para bien y para mal.

—Os tendríais que escuchar, comemierdas.

Para entonces los demás ya habían llegado. Taxilian apuntó hacia el hueco.

—Creemos que hemos encontrado un modo de entrar, pero tendremos que cavar.

Último se acercó con una pala en las manos.

—Comenzaré.

El fantasma flotó, y observó. Hacia el oeste, el sol se hundía en la estridente línea del horizonte. Cuando Último necesitó un descanso, Taxilian lo relevó. Entonces Cogote, seguido por Sheb. Rautos lo intentó entonces, pero llegados a este punto el hoyo era tan profundo que tuvo dificultades para bajar e incluso para sacar la arena. Su trabajo no duró mucho antes de que Sheb le ordenara salir y que dejara aquella tarea a los de casta baja, que conocían el trabajo duro. Último y Taxilian reunieron esfuerzos para sacar al hombre del agujero.

En la penumbra polvorosa de ahí abajo, la excavación mostraba una esquina de piedra, los enormes bloques estaban encajados sin mortero.

La discusión de antes había puesto nervioso al fantasma, sin embargo, no estaba seguro del motivo. Las discusiones de política siempre eran tan amargas y tan autodestructivas que no parecían dar pie a nada más que a una pérdida de tiempo y energía, la maldición de las personas que solo sabían mirar hacia fuera y nunca hacia dentro. ¿Se podía medir así la inteligencia? ¿Eran aquellas víctimas desafortunadas y cortas de mollera, incapaces de la introspección y el juicio personal honesto? ¿O era una cualidad de las personas de poca inteligencia que su poseedor huyera de un modo instintivo de la posible agitación moral de saber demasiadas certezas sobre uno mismo?

—Sí, era esta noción (o autoengaño) que lo dejaba sintiendo aquella extraña ansiedad, expuesto y vulnerable. Después de todo, podía ver su valía. Cuando uno mismo era un monstruo, ¿quién no se escondería de algo así? ¿Quién no huiría cuando su sombra comenzara a cubrirlo? ¿O a suficiente distancia para olerlo, para saborearlo? Sí, incluso

la bestia más simple era consciente del valor de conocerse demasiado bien.

—He llegado al suelo —dijo Sheb, estirándose. Cuando los otros se inclinaron sobre el borde poco seguro, él gritó.

—¡Apartaos, insensatos! ¿Queréis enterrarme?

—Tentador —dijo Cogote—. Pero entonces tendría que sacar a punta de pala tu cadáver de mierda.

La pala rascó losas. Tras un rato Sheb dijo:

—Id a la parte de arriba de la puerta que tengo aquí frente a mí. Es baja... pero ancha. Hay una rampa, sin escalones.

Sí, pensó el fantasma, *así es como debería ser*.

Sheb no estaba interesado en dejar a otro aquella tarea, ahora que podía ver el modo de entrar. Cavó deprisa, acompañaba con un gruñido cada palada de arena que sacaba del agujero.

—Puedo oler el agua —dijo sin aliento—. Podría ser el túnel inundado, pero al menos no moriremos de sed, ¿eh?

—Yo no bajo —exclamó Aliento—, si hay agua en el túnel. No bajo. Os ahogaréis todos.

La rampa dibujaba un ángulo descendente otros seis o siete pasos, suficientes para que Sheb quedara exhausto. Cogote lo relevó y poco rato después, con el atardecer tras ellos, una palada dio con vacío. Habían cruzado.

El espacio delante estaba húmedo, el aire era dulce con moho podrido, agrio y un olorcillo fétido. El agua encharcada en el suelo tenía menos de un dedo de profundidad, y el suelo era resbaladizo por debajo. La oscuridad era absoluta.

Todos encendieron linternas. Tras ver esto el fantasma volvió a sentir miedo. Como con el resto del equipo; así como con la aparición súbita de la pala, sentía que le faltaban detalles esenciales. No podían aparecer de la nada cuando las necesitaban, después de todo. La realidad no funcionaba así. No, quizás es que estaba ciego a ciertas

cosas, una visión maldita a ser selectiva, que cedía solo ante aquello que necesitaba, aquello que era relevante en el momento. Por lo que sabía, podía haber una caravana acompañando a aquel grupo. Podía incluso haber sirvientes. Guardaespaldas. Un ejército. El mundo real, como comprendió con sorpresa genuina, no era lo que veía, no era con lo que interactuaba en aquel momento. El mundo real era inconcebible.

Pensó que quizá debería aullar. Pensó que quizá debería dar voz a aquel terror, a aquella revelación abyecta. Ya que, si el mundo era inconcebible, también lo eran las fuerzas que actuaban en su contra, ¿cómo podía uno protegerse ante algo así?

Helado, incapaz de moverse. Hasta que el grupo descendió por la cavidad, y entonces un nuevo descubrimiento lo asaltó, como si unas cadenas lo atrajeran hacia el hoyo, arrastrándolo entre chirridos, hacia el pasillo.

No era libre.

Estaba ligado a las vidas de aquella gente que no conocía, ni uno de ellos sabía que él existía. Era su esclavo, pero tan inútil que no tenía voz, cuerpo ni identidad más allá de aquella burla de conciencia. ¿Cuánto tiempo podía sobrevivir una entidad así, cuando era invisible al resto? ¿Cuando los charcos de agua limosa no reconocían su llegada?

¿Era esto pues, el tormento de todos los fantasmas?

La posibilidad era tan terrible, tan desagradable, que reculó. ¿Cómo podían las almas mortales merecer aquella penitencia eterna? ¿Qué horrendo crimen había cometido por vivir? ¿O se había consagrado personalmente a aquel destino? ¿Quizás a costa de un dios o una diosa, crueles y despiadados?

Ante aquel pensamiento, incluso mientras seguía la estela de sus amos, sintió una rabia súbita. Un estallido de

indignación.

¿Qué dios o diosa se atreve a disponer del derecho de juzgarme? Esta arrogancia es demasiado enorme como para que nadie la merezca.

Seas quien seas, te encontraré. Lo juro. Te encontraré y acabaré contigo. Te bajaré los humos. Te pondré de rodillas. ¡Cómo te atreves! ¿Cómo te atreves a juzgar a nadie, cuando ocultas tu propio rostro? ¿Cuando despojas al mundo de cualquier posible verdad sobre tu existencia? ¿Tu obstinada presencia?

Escondiéndote de mí, quien seas, lo que seas, esto es un jueguecito infantil. Un juego que no merece la pena. Enfréntate a tu hijo. Enfréntate a todos tus hijos. Muéstrame la veracidad de tu derecho a juzgarme.

Hazlo, y te aceptaré.

Permanece oculto, e incluso mientras relegas mi alma al sufrimiento, y daré contigo.

Te mataré.

La rampa se elevaba hasta llegar a una sala amplia y de techo bajo.

Abarrotada de cadáveres reptilianos. En distintos estados de putrefacción, apestan, sobre charcos de líquido espeso y sangre coagulada. Veinte, quizá más.

K’chain che’malle. Los creadores de esta ciudad.

Todos con la garganta rebanada. Ejecutados como cabras en un altar.

Más allá, una rampa en espiral que conduce hacia arriba. Nadie dijo nada cuando cada uno buscó su propio camino a través de la matanza. Con Taxilian delante, comenzaron a subir.

El fantasma observó a Aliento detenerse para agacharse y pasar un dedo por la sangre putrefacta. Se metió el dedo en la boca, y sonrió.

LIBRO SEGUNDO

Devoradores de diamantes y gemas

Hubo una historia
de un río
donde el agua fluye por la tierra
y titila al sol
es una leyenda
falsa
en el relato el agua es clara y por eso
es falsa
todos sabemos
el agua
es del color
de la sangre
las personas inventan leyendas
por las enseñanzas
así que creo
que la historia es sobre nosotros
sobre un río de sangre
y que un día
correrá clara

De un río
Badalle

Capítulo 7

Las repulsivas criaturas dan empujones en la línea
Una hilera de escudos y una hilera de rostros pintados
Salen en formación de mis fauces
Como es costumbre entre los asesinos
Cuando nadie parece tan ocupado como ellos
Con sus preciosos estandartes y banderas
Y con la música al ritmo de los pasos
Como es costumbre entre los justos
Contempla las sedientas armas resplandecer
Estallar en la discordia del acuerdo aturdido
Ciegas como milpiés en el cieno
Como las palabras de dos amantes
En las turbias profundidades los cisnes se escurren como focas
Escalan las paredes de hielo de la gélida prisión
Soñamos sin ataduras

Confesiones de los condenados
Banathos de Rosazul

El Errante caminó por el túnel inundado, recordaba los cuerpos que deambularon por aquí, cambiando como troncos, la carne volviéndose gelatina. En esta ocasión, al dar un paso, pateó uno de los huesos invisibles. La oscuridad no prometía soledad, ni el abandono real, ni un lugar de descanso final. La oscuridad no era más que el hogar para los olvidados. Por eso los sarcófagos tenían tapas y las criptas estaban selladas bajo la roca y los túmulos bajo montículos de tierra. La oscuridad era la visión más allá del velo que cubría los ojos, poco más que el rechazo a la luz cuando los detalles dejaban de ser importantes.

Podía encontrar aquel mundo. Solo necesitaba cerrar su único ojo. Debería funcionar. No comprendía por qué no. El

agua, de frío punzante, se arremolinaba alrededor de los muslos. Apreciaba la sensación de aturdimiento. El aire era fétido, pero estaba acostumbrado a aquello. No debería haber nada que le mantuviera allí abajo, que le encadenara a aquel momento.

Los eventos se desplegaban, tantas situaciones, y no todas cambiaban con su roce, retorciéndose a su voluntad. La ira daba paso al miedo. Había salido en busca del altar que la Bruja de la Pluma había consagrado a su nombre. Había conservado la esperanza de encontrar allí su alma, su voluntad descarnada arremolinándose en las corrientes vigorosas alrededor de las ruinas sumergidas, pero no había nada, ni nadie. ¿Adónde había ido?

Todavía podía sentir su cabello entre los dedos, los mudos esfuerzos al mismo tiempo que los remanentes de su salud mental tanteaban en busca de aire, un instante más de vida. La palma de su mano tembló con el eco de las leves convulsiones que iniciaron en el momento cuando ella se rindió y llenó sus pulmones de agua, una, dos veces, como un recién nacido probando uno de los dones de un mundo desconocido, tan solo para retirarse, desvanecerse, y deslizarse como una anguila de nuevo en la negrura, donde lo primero que se olvida es uno mismo.

Esto no debería estar agobiándole. Su acto había sido de misericordia. Gangrenosa, loca, a ella le quedaba poco tiempo. Había sido un empujón suave, para nada motivado por venganza o desagrado. Y aun así, ella puede que le hubiera maldecido con el último y amargo aliento.

Su alma debería estar nadando en estas aguas negras. Pero el Errante sabía que había estado solo. La cámara del altar le había ofrecido poco más que desolación.

Vadeó el suelo resbaladizo del túnel que ya descendía con cada paso, sintió que los pies perdían agarre y el agua subió todavía más, por encima del pecho, cubriéndole los

hombros y cerrándose sobre la garganta. La cabeza le rozaba con la roca repleta de aristas del techo del túnel, y después estaba debajo, parpadeando para aliviar el escozor de sus ojos.

Siguió adelante a través de la penumbra, hasta que el agua se tornó salada, más ligera, y reflejaba siluetas borrosas en la superficie, fogonazos como recuerdos de luz, apagados y opacos. Podía sentir los fuertes tirones de las corrientes obstinadas y supo que había una tormenta desatada, justo sobre el techo de aquel mundo, pero no podía hacerle mucho allí abajo. Arrastrándose por el espeso barro, se desplazó por el fondo del océano.

Nada se pudría en aquel lugar, y todo lo que no había sido machacado por la brutal presión estaba desparramado bajo capas de cieno monocromo, como muebles en una gigantesca sala abandonada. Todo sobre aquel reino era aterrador. El tiempo se perdía allí, deambulando hasta que la lluvia incesante de residuos lo empujaba hacia abajo, lo arrodillaba, y entonces lo enterraba. Todo, todos, podían sufrir el mismo destino. El peligro, el riesgo, era muy real. Ninguna criatura sentiente podía soportar este lugar durante mucho tiempo. La futilidad desplegaba su destructiva sinfonía y la pavorosa música era eterna.

Se dio cuenta de que caminaba a lo largo de un esqueleto gargantuesco, las costillas dentadas se elevaban como pilares de una columnata a ambos lados, un templo sin cobertura hundido sobre su propia carga sin sentido. Pasó una línea serpenteante de rocas que conformaba la espina dorsal de la gigantesca criatura. Cuatro escápulas formaban amplias plataformas cóncavas justo delante, de las cuales unos largos y bizarros huesos surgían en forma de radios como pilares derrumbados. Tan solo pudo discernir, en la penumbra, la enorme corona de negrura que presuponía el cráneo del monstruo. Esperaba otro tipo de templo. Un

lugar precioso, un espacio que insistiera sobre su ocupación, una existencia que reclamara reconocimiento de su propia presencia.

El Errante se compadeció con aquel sentido. Aquella arrogancia tan delicada recogía los huesos del alma, después de todo. Siguió caminando más allá de la última escápula, notó el efecto de algo que se aplastaba, sin duda un impacto demoledor. El hueso parecía un plato roto de dimensiones enormes.

Junto al cráneo, vio que la cueva del hueco ocular estaba quebrada, por encima y por detrás de un largo y casi derruido hocico poblado de dientes serrados. El dios ancestral hizo una pausa y estudió los daños durante un rato. No podía imaginar qué había sido aquella bestia; sospechaba que era prole de aquellas corrientes profundas, una bestia que había nadado a través de siglos ancestrales, ignorando por completo que su tiempo había pasado hacía mucho. Se preguntó si había sido la piedad quien había dado el golpe final.

Ah, pero no podía resistirse a su propia naturaleza, ¿no era eso cierto? La mayoría de sus empujones eran fatales, al fin y al cabo. El ímpetu podía tener muchas justificaciones, y por supuesto la piedad era una de muchas. Esto era, se dijo a sí mismo, una obsesión pasajera. La sensación del cabello en su mano… un lapso de conciencia, y entonces, el temblor del remordimiento. Pasaría.

Siguió adelante, sabiendo que al final encontraría el camino correcto.

Había lugares que solo podían hallarse bajo invitación, con la voluble generosidad de las fuerzas que les daban forma, que hacían que fueran de aquel modo. Tales barreras desafiaban el ansia y la necesidad de la mayoría de los buscadores. Pero él había aprendido los senderos secretos

mucho tiempo atrás. No necesitaba invitaciones, y ninguna fuerza podía detener su ansia.

El tenue resplandor de la luz en la torre le alcanzó antes de que pudiera discernir nada más, y entrecerró los ojos al ver un solo ojo burlón que flotaba en la umbra. Las corrientes se arremolinaban con fuerza a su alrededor mientras se acercaba, abofeteaban su cuerpo como si trataran a la desesperada de hacerle retroceder. Torbellinos de barro trataban de cegarlo. Pero él fijó la mirada en aquel brillo intermitente, y no pasó mucho rato hasta que logró discernir la casa achaparrada, las negras y retorcidas ramas de los árboles en el jardín, y entonces el murete de piedra bajo.

Dunas de cieno se amontonaban contra un lado de la torre Azath. Los montículos en el jardín estaban esculpidos, medio devorados, las raíces expuestas de los árboles inclinados. Cuando el Errante pisó sobre el sendero serpenteante de losas, puso ver huesos esparcidos de los túmulos desgajados. Sí, habían escapado al fin de sus prisiones, pero la muerte había llegado antes.

La paciencia era la maldición de la longevidad. Podía atraer a su víctima eterna hacia la somnolencia, hasta que la carne se corrompía, y el cráneo se separaba del cuerpo.

Alcanzó la puerta. La abrió.

Las corrientes en la estrecha entrada chocaron contra él como lágrimas cálidas. Cuando el portón se cerró tras él, el Errante puso mala cara. Un instante después estaba de pie sobre la roca desnuda. Flotando tenue en el aire sintió el olor de madera quemada. Una tintineante linterna de luz en forma de globo se acercó desde el pasillo que quedaba en frente.

La figura harapienta que apareció frente a él hizo que el Errante sintiera un espasmo. Las memorias turbias como el fondo del mar dieron vueltas a su alrededor, cegándolo. El

sombrío forkrul assail estaba encorvado, como si cada prueba de justicia hubiera supuesto más peso para su espalda, y al final hubiera terminado roto. Su rostro pálido era una masa de arrugas, como cuero aplastado. Los ojos torturados se fijaron en el Errante un instante, y después el assail dio media vuelta.

—Nos aguarda fuego y vino, Errastas. Ven, ya conoces el camino.

Caminaron a través de las puertas dobles en la unión de los pasillos, y entraron a la calidez seca de la sala con la hoguera. El assail hizo un gesto hacia una mesa mientras él se dirigía hacia una de las sillas junto al fuego. El Errante ignoró la invitación para beber (por ahora), y fue hasta la otra silla y se acomodó en ella.

Estaban sentados uno frente al otro.

—Has sufrido —dijo el assail—, desde la última vez que te vi, Errastas.

—Carcajadas del Abismo, Setch, ¿tú te has visto?

—Los olvidados no deben quejarse jamás. —Había recogido una copa de cristal y ahora la observaba de cerca, las llamas titilantes atrapadas en el vino ambarino—. Cuando me miro, veo… rescoldos. Se apagan y mueren. Es —añadió—, bueno. —Y bebió.

El Errante apretó los dientes.

—Patético. Tu tiempo de esconderte está llegando a su fin, Nudillos.

Sechul Lath sonrió ante el antiguo título, pero era una sonrisa amarga.

—Nuestro tiempo ha pasado.

—Sí, así es. Pero ahora renaceré.

Sechul negó con la cabeza.

—Hiciste bien en rendirte la primera vez…

—¡No fue una rendición! ¡Fui expulsado!

—Te obligaron a renunciar a todo aquello que ya no te merecías. —La mirada lúgubre se alzó para fijarse en los ojos del Errante—. ¿A qué viene el resentimiento?

—¡Éramos aliados!

—Lo éramos.

—Lo seremos de nuevo, Nudillos. Tú fuiste el dios ancestral que estuvo más cerca de mi trono…

—Tu trono vacío, sí.

—Se acerca una batalla, ¡escúchame! Podemos echar a todos esos nuevos dioses patéticos. ¡Podemos ahogarlos en sangre! —El Errante se inclinó hacia delante—. ¿Temes que seamos solo tú y yo contra ellos? Te aseguro, viejo amigo, que no estaremos solos. —Se reclinó y fijó la mirada en el fuego—. Tu raza mortal descubrió un nuevo poder, forjó nuevas alianzas.

Nudillos soltó una risotada.

—¿Confiarías en la paz y la justicia de los forkrul assail? ¿Tras todo lo que hicieron contigo?

—Confío en la necesidad que ellos han reconocido.

—Errastas, mi hora ha llegado a su fin. —Mariposeó con los dedos—. Se lo dejo a los Gemelos. —Sonrió—. Fueron mi mejor creación.

—Me niego a aceptarlo. No te quedarás a un lado ante lo que está por venir. No he olvidado nada. ¿Recuerdas el poder que llegamos a empuñar?

—Lo recuerdo, ¿por qué crees que estoy aquí?

—Quiero ese poder de nuevo. Dispondré de él.

—¿Por qué? —Nudillos preguntó en voz baja—. ¿Qué es lo que buscas?

—¡Todo lo que he perdido!

—Ah, viejo amigo, entonces no lo recuerdas todo.

—¿No?

—No. Has olvidado por qué lo perdiste en primer lugar.

Un largo momento de silencio.

El Errante se levantó y fue a servirse una copa de vino. Volvió y se quedó de pie observando al dios ancestral.

—No estoy aquí —dijo—, solo por ti.

Nudillos puso una mueca de desagrado.

Mi intención también es la de invocar al clan de ancestrales. Todos los que sobrevivieron. Soy el Señor de las Losas. No pueden rechazarme.

—No —murmuró Nudillos—, no podemos.

—¿Dónde está ella?

—Duerme.

El Errante puso mala cara.

—Eso ya lo sé, Setch.

—Siéntate, Errastas. Por ahora, por favor. Tan solo… siéntate aquí. Bebamos y recordemos nuestra amistad. Y la inocencia.

—Cuando se vacíen las copas, Nudillos.

Él cerró los ojos y asintió.

—Que así sea.

—Me duele verte así —dijo el Errante tras acomodarse en la silla—. Debemos volver a lo que una vez fuimos.

—Querido Errastas, ¿no has aprendido nada? Al tiempo le importa poco lo que queremos, y ningún dios que haya existido nunca puede ser tan cruel como el tiempo.

El Errante medio cerró su único ojo.

—Espera hasta que veas el mundo que construiré, Setch. Una vez más, quiero que estés junto al trono vacío. Una vez más conocerás el placer de la desgracia cayendo como un mazo sobre los mortales y sus esperanzas, uno a uno.

—Lo recuerdo —murmuró Nudillos—, cómo maldecían el infortunio.

—Intentaban aplacar el destino nefasto con más sangre. Sobre altares. Sobre los campos de batalla.

—Y en la oscuridad tratos con almas.

El Errante asintió. Complacido. Aliviado. Sí, podía esperar este tiempo, este breve lapso de curación. Servía y serviría como quería.

Podía otorgarle unos instantes más de descanso.

—Cuéntame —repuso Nudillos—, la historia.

—¿Qué historia?

—La de cómo perdiste el ojo.

El Errante inclinó la cabeza y apartó la mirada, sentía su buen humor evaporarse.

—Los mortales —dijo—, son capaces de devorar cualquier cosa.

En la torre de Azath, en el interior de una cámara que era un reino entero, ella dormía y soñaba. Y ya que los sueños existían fuera del plano del tiempo, ella caminaba como de nuevo sobre un paisaje que llevaba muerto un milenio. Pero el aire todavía era nítido, el cielo era puro con su brillo plateado, como el día de su violenta creación. Por todas partes, edificios reducidos a ruinas formaban montículos escalonados y erosionados. El barro lo cubría todo como consecuencia de antiguas inundaciones que habían llegado hasta su cintura. Ella caminó, curiosa, medio incrédula.

¿Era esto todo lo que quedaba? Lo dudaba.

Las pilas parecían ordenadas de un modo extraño, los pedazos de piedra casi de un tamaño uniforme. No había detritus que hubieran caído en las calles o en los caminos. Incluso el cieno de la inundación se había aposentado con suavidad en todas las superficies.

—Nostalgia —llamó una voz.

Ella se detuvo, alzó la vista y vio a una figura de piel lechosa apoyada en uno de los montículos. El cabello dorado era largo, suelto, con sombras tonales carmesí. Un mandoble de hoja blanca descansaba apoyado sobre su pecho, el

cristal multifacético del pomo resplandecía con la luz. Aquella criatura tomaba muchas formas. Algunas agradables, otras, como esta, eran como un escupitajo de ácido en los ojos.

—Esto es cosa tuya, ¿no es así?

Una de sus manos acarició el esmalte de la hoja, la sensualidad del gesto hizo que sintiera un escalofrío.

—Condeno tu propensión al desastre, Kilmandaros —dijo.

—Mientras tú logras que la muerte parezca algo tan… ordenado.

Él se encogió de hombros.

—Dime, si en tu último día (día o noche, no importa), te encuentras en una habitación, sobre una cama. Demasiado débil para moverte, pero capaz de observar a tu alrededor, y ya. Dime, Kilmandaros, ¿no te reconfortaría el orden de todo lo que ves? ¿Por el conocimiento que persistiría más allá de ti, inconmutable, ligado a su lentísima medida temporal de descomposición?

—¿Me preguntas si yo sería eso, Osserc? ¿Nostálgico por una habitación en la cual todavía estoy?

—¿No es ese el don final de morir?

Ella levantó las manos y le mostró los puños.

—Baja y recibe tal don, Osserc. Conozco ese cuerpo, ese rostro que me muestras. Conozco al seductor más que bien. Baja, ¿no echas en falta mi abrazo?

Y ante la pavorosa certeza de los sueños, Osserc soltó una risotada. El tipo de risa que cortaba en sus víctimas, que estrangulaba gargantas. Desdeñosa, falta de empatía. Una risa que decía: *Ya no me importas. Veo tu dolor y me divierte. Veo cómo eres incapaz de abandonar aquello que yo dejé con tanta facilidad: la idea de que todavía nos importamos el uno al otro*.

Tanto quedaba dicho, sí, en la risa de un sueño.

—Emurlahn está hecho pedazos —dijo él—. Y la mayoría están tan muertos como este. ¿Me culparás? ¿A Anomander? ¿A Scabandari?

—No me interesa tu estúpido juego de señalar culpables. El que acusa no tiene nada que perder y todo que esconder.

—Y aun así te uniste a Anomander…

—A él tampoco le interesaba la culpa. Nos unimos, sí, para salvar todo lo que pudimos.

—Vaya, qué mal —repuso Osserc—, que yo haya llegado aquí primero.

—¿Dónde está la gente, Osserc? —Ahora que has destruido su ciudad.

Él levantó las cejas.

—Pues, en ningún lugar. —Hizo un gesto amplio con una mano que abarcaba las hileras de montículos a su alrededor —. Les negué su momento de… nostalgia.

Ella temblaba.

—Baja —amenazó con voz rasgada—, se ha pospuesto demasiado tiempo tu muerte.

—Otros estarían de acuerdo —admitió él—. De hecho, por eso estoy, ejem, pasando el rato aquí. Solo hay un portal que sobreviva. No, no por el que tú has entrado, ese está derruido desde entonces.

—¿Y quién te espera aquí, Osserc?

—Caminante del Filo.

Kilmandaros sonrió mostrando los enormes colmillos. Y entonces estalló en carcajadas. Siguió adelante.

Su voz sonó sorprendida cuando la llamó.

—¿Qué haces? Está enfadado. ¿Lo entiendes? ¡Enfadado!

—Y este es mi sueño —susurró ella—. Donde todo lo que ha sido todavía debe ser. —Y aun así, sintió asombro. No tenía recuerdos, al fin y al cabo, de este lugar en particular. Ni del encuentro con Osserc en medio de los restos destrozados de Kurald Emurlahn.

A veces es cierto, se dijo a sí misma, que los sueños son problemáticos.

—Nubes en el horizonte. Negras, avanzan en hileras quebradas. —Tormenta se estrujó los ojos y miró a Gesler con el rostro enrojecido por unos instantes—. ¿Qué clase de sueño de mierda es ese?

—¿Y yo cómo lo voy a saber? Hay tramposos que sacan fortunas interpretando los sueños de los idiotas. ¿Por qué no lo pruebas?

—¿Me estás llamando idiota?

—Solo si sigues mis consejos, Tormenta.

—Da igual, por eso he aullado.

Gesler se inclinó hacia delante, apartó jarras de peltre y otros cachivaches para poder apoyar sus anchos y curtidos antebrazos.

—Dormirse en medio de una ronda tiene poco perdón de por sí. Pero despertarse chillando, eso es ofensivo. La mitad de los capullos que hay aquí dentro ha tenido un pequeño infarto.

—No deberíamos haber saltado el juego de guerra, Ges.

—Otra vez no. No fue así. Nos ofrecimos voluntarios para ir a buscar a Hellian. —Asintió al tercer ocupante de la mesa, aunque solo se le veía el cogote, el cabello caído hacia un lado, donde había absorbido toda la cerveza derramada. Los ronquidos retumbaban por la madera de la mesa como cien escarabajos del pino devorando un árbol enfermo—. Y mira, la hemos encontrado, solo que no estaba en forma como para liderar la escuadra. De hecho, no está en forma para nada. Podrían robarla, violarla o incluso asesinarla. Tenemos que montar guardia.

Tormenta se rascó la barba.

—No era un sueño divertido, nada más.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste un sueño divertido?

—Ni idea. Hace mucho, creo. Pero puede que los olvide. Quizá solo recuerdo los malos.

Gesler rellenó las jarras.

—Así que se aproxima una tormenta. Tus sueños son de una sutileza impresionante. Incluso proféticos. Duermes para oír el susurro de los dioses, Tormenta.

—Estás de un humor estupendo, Ges. Recuérdame que no te hable más de mis sueños.

—No te quería parloteando de ellos ahora. Ha sido el grito.

—Un grito no, ya te lo he dicho. Un aullido.

—¿Y cuál es la diferencia?

Arrugando el entrecejo, Tormenta alcanzó su jarra.

—Solo que, a veces, quizá, los dioses no susurran.

—*¿Las mujeres peludas todavía acechan tus sueños*?

Botella abrió los ojos y valoró arrojarle un cuchillo a la cara. En vez de eso, guiñó un ojo muy despacio.

—Buenas tardes, capitana. Me sorprende que no…

—Discúlpame, soldado, pero ¿acabas de guiñarme un ojo?

Él se sentó en el catre.

—¿Era un guiño, capitana? ¿Estás segura?

Faradan Sort se giró, murmurando algo en voz baja mientras se dirigía hacia la puerta de las barracas.

Tras cerrar la puerta tras ella, Botella se reclinó de nuevo, con el ceño fruncido. Confundir a un oficial era, bueno, una segunda naturaleza. No, lo que le molestaba era el hecho de que de pronto no estaba seguro de si ella había dicho algo o no. Como pregunta, no encajaba demasiado, no con Faradan Sort. De hecho, dudaba que ella supiera nada de su

maldición particular, ¿cómo hubiera sido posible? No quedaba ni un solo pobre diablo que confiara en un oficial. En especial aquellos que asesinaban con inusitada agresividad talentosos escorpiones casados felizmente sin motivo alguno. Y si sabía algo, implicaba que alguien había intercambiado aquel pedacito de información por algo más. Un favor, un trato, que implicaba una puñalada trapera a todos los soldados de la legión.

¿Quién era tan infame como para hacer algo así?

Abrió los ojos y miró alrededor. Estaba solo en los barracones. Violín se había llevado a la escuadra para ejercicio en el campo, el juego de guerra contra Brys Beddict con los batallones recién formados. Botella se había quejado de un dolor de estómago, había gemido y gruñido para salir de allí. No pegaba con él trotar entre los arbustos y los campos de cultivo; además, no había pasado mucho tiempo desde que estuvieron matando letherii. Cabía la posibilidad de que alguien, en ambos bandos, olvidara que ahora todos eran amigos. El caso es que él había sido el primero en quejarse del estómago, por lo que nadie más podía apropiarse aquella excusa. Sonrisas le había dirigido una mirada furibunda, aunque se había acostumbrado a ella desde hacía mucho ya que siempre era más rápido que ella.

Sonrisas. Botella fijó la mirada en el catre y lo observó con la mirada bizca. Las puñaladas traperas eran su especialidad, ¿no? Sí, ¿quién más se la tenía jurada?

Sacó los pies y los plantó en el suelo (¡dioses, la piedra estaba helada!), y los dirigió hacia su litera.

Valía la pena afrontar estos temas con cautela. Si alguien tenía la costumbre de sembrar trampas caseras por cualquier motivo no querían a nadie que tocara, eran como ese gato que bufa con los ojos dilatados. Botella sacó el cuchillo de comer y comenzó a pinchar el fino colchón, acercándose para observar los surcos y las proyecciones

supuestamente aleatorias de la paja (cada una de ellas podía cubrirse de veneno), proyecciones que, descubrió, habían resultado ser, hmmm, proyecciones aleatorias de paja. *Tratan de conducirme a algo… puedo olerlo*.

Se arrodillo y miró bajo el marco. Nada obvio y aquello le volvió todavía más sospechoso. Murmurando, Botella se arrastró para arrodillare frente a su caja fuerte. Parafernalia letherii, nada que le fueran a robar. Ella no habría tenido demasiado tiempo para toquetearlo, no con saña, claro. No, las agujas y las hojas estarían poco escondidas.

Ella lo había vendido, pero aprendería a arrepentirse de ello.

Al no encontrar nada fuera de la cajita, deslizó la punta del cuchillo en la cerradura y comenzó a hurgar en el mecanismo.

Descubrió que la caja fuerte ni siquiera estaba con el pestillo echado y se quedó helado durante un largo instante, aterrorizado, sin aliento, la frente se perló de sudor. *Una trampa, seguro*. *Una trampa mortal*. *Las sonrisas no invitan a la gente a pasar, oh no, no a ella. Si levanto esta tapa soy hombre muerto*.

Se giró asustado al escuchar el roce de unas botas, y se descubrió mirando a Corabb Bhilan Thenu’alas.

—Por el aliento del Embozado, soldado, ¡no te me acerques así!

—¿Qué haces? —preguntó Corabb.

—¿Yo? ¡Qué haces tú! No me digas que el entrenamiento ya ha terminado…

—No. He perdido mi nueva espada. El sargento se ha cabreado y me ha enviado a casa.

—Mala suerte, Corabb. No hay gloria para ti.

—Tampoco la estaba buscando, no era una pelea real. Botella. No le encuentro el sentido. Solo aprenderán algo si podemos usar las armas y matar a unos cuantos centenares.

—Cierto. Tiene sentido. Cuéntaselo a Violín…

—Lo he hecho. Justo antes de que me echara.

—Cada día está menos tratable.

—Curioso —dijo Corabb—, eso es justo lo que le dije. En cualquier caso, ¿qué haces? Este no es tu catre.

—Eres más listo que el hambre, Corabb. Mira, pasa esto. Sonrisas trata de asesinarme.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Las mujeres como ella no necesitan motivos, Corabb. Ha puesto trampas caseras. Veneno, supongo. Porque estaba detrás, ¿ves? Ha puesto una trampa para matarme.

—Vaya —dijo el soldado—. Qué inteligente.

—No lo suficiente, amigo. Porque ahora tú estás aquí.

—Así es.

Botella se acercó lentamente.

—Está desbloqueada —dijo—, quiero que levantes la tapa.

Corabb dio un paso y alzó la tapa.

Cuando dejó de entrecerrar los ojos, Botella se acercó para echar un vistazo dentro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Corabb—. ¿Esto era un ensayo?

—¿Un ensayo?

—Sí.

—No, Corabb. Dioses, esto sí que es raro. ¡Mira este mecanismo! Esa ropa.

—Bueno, lo que quería decir es que, ¿quieres que abra ahora la caja de Sonrisas?

—¿Qué?

—Eso es de Sepia. Estás en la cama de Sepia, Botella. —Señaló—. La suya está allí.

—Bueno —murmuró Botella al levantarse y dejar caer la tapa de la caja—. Eso explica la bragueta.

—Ah… ¿sí?

Ambos se miraron con fijeza.

—*Entonces, ¿a cuántos bastardos crees que has engendrado*?

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Acabas de decir algo, Corabb?

—¿Qué?

—Antes de eso.

—¿Antes de qué?

—Algo sobre bastardos.

—¿Me estás llamando bastardo? —exigió Corabb, el rostro oscureciéndose.

—No, claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Cómo…?

—No me importa, ¿vale? —Botella le dio una palmada en el sólido hombro y se marchó a buscar sus botas—. Voy a salir.

—Creía que estabas enfermo.

—Ahora mejor.

Cuando logró escapar, con toda la suerte de evitar por muy poquito que el puño más enorme de la escuadra lo destrozara vivo por un patético malentendido, Botella alzó a vista hacia el sol de media tarde y se marchó. *Está bien, parásito, ahora te presto atención. ¿Adónde*?

—*Ya era hora. Comenzaba a dudar*…

¡Ben el Rápido! ¿Cuánto hace que jugabas con Mockra? ¿Tienes idea de lo mucho que nos dolerán las cabezas esta noche?

—*Relájate, tengo algo listo para eso. Botella, necesito que vayas al antiguo palacio. Estoy en las criptas*.

Te pega mucho.

—*Es la primera vez que alguien expresa ese particular sentimiento, Botella. Avísame cuando llegues*.

¿Qué haces en las criptas, Ben el Rápido?

—Estoy en Cedance. Tienes que ver esto, Botella.

Entonces ¿los has encontrado?

—¿A quién?

A Peccado y Larva. He oído que están desaparecidos.

—No, no están aquí, y no hay señales de que nadie haya bajado aquí en mucho tiempo. Como ya le he dicho a la consejera, los dos diablillos se han ido.

¿Ido? ¿Ido adónde?

—Ni idea. Pero ya no están.

Malas noticias para la consejera. Está perdiendo a sus magos.

—Me tiene a mí. No necesita a nadie más.

Y con esto se me han ido todos los miedos.

—Puede que no te hayas dado cuenta, Botella, pero te preguntaba sobre tu amante peluda por un motivo.

¿Estás celoso?

—Date prisa y ven para que pueda sacudirte. No, no son celos. Sin embargo, ahora que lo pienso, no recuerdo ni la última vez que...

Has dicho que tenías un motivo, Ben. Dímelo.

—¿Qué te ha contado Oloramuerto?

¿Qué? Nada. Bueno.

—Ja, ¡lo sabía! No le creas, Botella. No tiene ni idea, ni la más remota idea, sobre lo que está ocurriendo.

Sabes, Ben el Rápido, bueno... da igual. Bueno, pues en las criptas. ¿Dónde ahora?

—¿Alguien te ve?

¡No me dijiste que entrara con sigilo!

—¿Alguien a la vista?

Botella miró alrededor. Las alas del antiguo palacio estaban sumergidas en barro, el yeso estaba quebrado o había desaparecido, y revelaba muros de ladrillo fisurados. Marañas de hierba se habían tragado los antiguos caminos de losas. A su izquierda había una especie de plaza que

ahora era un pequeño estanque. El aire estaba repleto de insectos. *No*.

—*Bien. Ahora, sigue mis instrucciones al detalle, Botella*.

¿Seguro? Quiero decir, planeaba ignorar cada tercera indicación que me dieras.

—*Violín tiene que darte una reprimenda, soldado. Sobre las reglas de conducta hacia magos supremos*.

Mira, Ben el Rápido, si quieres que encuentre este Cedance, déjame a mí. Tengo buen olfato para estas cosas.

—*¡Lo sabía*!

¿Sabías qué? Tan solo digo…

—*Ella ha estado susurrando en tu oído*…

¡Por todos los dioses, Ben! Los ruidos que hace no son susurros. Ni siquiera son palabras. No sé…

—*Ella te da visiones, ¿no? Fogonazos de sus propios recuerdos. Escenas*.

¿Cómo lo sabes?

—*Cuéntame alguna*.

¿Por qué crees que es de tu incumbencia?

—*Escoge una de una vez*.

Mató un mosquito de una palmada. Algunos serían más fáciles que otros, lo sabía. Más fácil porque estarían desprovistos de significado. Sospechaba que eso ocurría con la mayoría de los recuerdos. Escenas congeladas. Caminos en la jungla, el ladrido de monos de cuatro patas colgados de un peñasco. Calor arrullador en la noche mientras las bestias salen a cazar entre rugidos. Pero había una que era recurrente, en variaciones innumerables.

La súbita aparición del cielo azul, un espacio delante, el olor de la sal. El suave arrullo de las olas sobre la playa de coral blanco. Tirado sin aliento sobre la orilla en un coro de gritos y cháchara alegre. La culminación de viajes aterradores sobre la tierra donde parecía que jamás volverían a encontrar el hogar. Y entonces, un regalo

fortuito… *Orillas, Ben. El sol resplandeciente, la arena cálida bajo los pies. Llegar a casa… incluso cuando el hogar ya ha sido visitado antes. Y, de pronto, comienzan a recolectar para construir botes*.

—¿Botes?

Siempre botes. Islas. Lugares donde los cazadores nocturnos no acechen por la noche. Lugares donde puedan estar… a salvo.

—Los eres…

Vivían por los mares. Por los océanos. Llegaron de los grandes continentes, existían en un estado de vuelo. Las orillas los alimentaban. La vasta nada más allá de los corales los llamaba.

—¿Botes? ¿Qué tipo de botes?

Depende, no siempre viajaba con el mismo grupo. Refugios. Botes de cañas y barcas de bambú. Pieles, cestas con puentes hechos de arbolitos, como nidos en la copa de los árboles. Ben el Rápido, los eres'al… Eran inteligentes, más de lo que crees. No eran tan diferentes de nosotros como pueda parecer. Conquistaron todo el mundo.

—¿Y qué les ocurrió?

Botella se encogió de hombros.

No lo sé. Creo, que quizá, nosotros fuimos lo que les pasó.

Había encontrado una puerta desgajada. Había recorrido la distancia por los pasillos oscuros y húmedos, y había seguido las estrechas escaleras que descendían en espiral hasta sumergir los tobillos en agua. Chapoteando mientras avanzaba acercándose inequívocamente al residuo pulsante de poder ancestral. *Casas, Losas, fortalezas, Errante, todo suena demasiado simple, ¿verdad, Ben? Lógico, pero ¿qué hay de los caminos de mar? ¿Dónde encajan? ¿O la llamada de las sirenas al viento? Quiero decir, nos vemos como grandes caminadores, los valerosos viajeros y exploradores.*

Pero los eres'al, mago supremo, lo lograron primero. No hay un lugar que pisemos en este mundo que ellos no hayan pisado antes. Un pensamiento que ayuda a bajar los humos, ¿no crees? Alcanzó un túnel estrecho con el suelo irregular que formaba islas en medio de unos charcos. Una puerta gigantesca con un dintel de piedra inclinado le aguardaba. Lo cruzó y vio la calzada, y la plataforma amplia al final, donde esperaba Ben el Rápido.

—Vale, estoy aquí, Ben el Rápido. Con los pies empapados.

La enorme cámara estaba bañada en una luz dorada que se alzaba como niebla de las Losas esparcidas en forma de disco. Ben el Rápido, con la cabeza inclinada a un lado, observó a Botella acercarse por el camino, con una mirada extraña en los ojos.

—¿Qué?

Él parpadeó, y entonces hizo un gesto.

—Mira alrededor, Botella. La Cedance está viva.

—¿Y eso qué significa?

—Esperaba que tú pudieras explicármelo. La magia que hay aquí debería menguar. Al fin y al cabo, hemos desatado las sendas. Hemos traído la Baraja de Dragones. Hemos dado un portazo al caos. Es como traer una rueda a una tribu que solo ha usado trineos y poleas, ha tenido lugar una revolución en el reino de los magos. Incluso los sacerdotes ven que todo está patas arriba. Sería interesante meter a un espía en el culto del Errante. En cualquier caso, este lugar debería estar muriendo, Botella.

El soldado miró alrededor. Una Losa que tenía cerca mostraba unos huesos esparcidos con inscripciones como marcas en roca, marcas que brillaban como si estuvieran repletas de ascuas. Cerca había otra que mostraba un trono vacío. Pero la Losa más brillante de todas levantaba su propia imagen por encima de la superficie plana, por lo que

flotaba, arremolinándose, en tres dimensiones. Un dragón, las alas desplegadas, las fauces abiertas.

—Por el aliento del Embozado —murmuró, conteniendo un escalofrío.

—Tus caminos del mar, Botella —repuso Ben el Rápido—. Me hacen pensar en Mael.

—Bueno, es difícil no pensar en Mael en esta ciudad, mago supremo.

—Lo sabes, pues.

Botella asintió.

—No es ni de lejos tan preocupante como lo que está pasando en el Imperio de Malaz. La ascensión de Mallick Rel, el jhistal.

Botella puso mala cara y miró a Ben el Rápido.

—¿Cómo puede eso ser más preocupante que encontrar un dios ancestral junto al trono letherii?

—No está junto al trono, sino con Tehol. Por lo que he averiguado, esta relación lleva así un tiempo. Mael se esconde ahí, tratando de ocultar la cabeza. Pero no puede objetar demasiado cuando un mortal logra alcanzar algo de su poder, y comienza a forzar concesiones.

—El dios ancestral de los mares —dijo Botella—, siempre fue un dios sediento. Y su hija no es mucho mejor.

—¿Beru?

—¿Quién si no? La señora de los mares en calma es un título irónico. Vale la pena —añadió, mirando de reojo la Losa del dragón—, no tomarse las cosas de un modo tan literal.

—Estoy pensando —dijo Ben el Rápido—, en pedirle a la consejera que te ascienda a mago supremo.

—Ni se te ocurra —espetó Botella.

—Dame una razón para que no lo haga. Y no una de esas patéticas sobre camaradería y sobre lo mucho que se te necesita en la escuadra de Violín.

—Vale. A ver qué opinas de esta. Déjame donde estoy… como tu taba en la manga.

Los ojos del mago supremo se entrecerraron, y entonces sonrió.

—Puede que no me gustes demasiado, Botella, pero a veces… me gusta lo que dices.

—Qué suerte tienes. Y ahora, ¿podemos salir de este lugar?

—Creo que ha llegado la hora —dijo ella—, de que nos marchemos.

Withal entornó los ojos al mirarla, y después se rascó bajo la barbilla.

—¿Quieres una estancia mejor, cariño?

—No, idiota. Digo que nos larguemos. Los Cazahuesos, esta ciudad, todo. Has hecho lo que tenías que hacer. He hecho lo que tenía que hacer. Mi miserable familia de pequeños rakes ya no está. Nada me retiene aquí. Además —añadió—, no me gusta hacia dónde van las cosas.

—Esa lectura…

—Sin importancia. —Ella fijó una mirada estable en él—. ¿Te parezco la Reina de la Gran Casa de la Muerte?

Withal dudó.

—¿Valoras tu vida, esposo?

—Si quieres que nos larguemos, no creo que nadie nos vaya a detener. Podemos comprar un pasaje a… cualquier lugar. —Entonces frunció el ceño—. Espera, Sand. ¿Adónde iremos?

Con el ceño arrugado, ella se levantó y deambuló por la pequeña y apenas amueblada habitación.

—¿Recuerdas a los temblor? ¿En aquella isla prisión?

—Sí. Los que usaban antiguas palabras andii para ciertas cosas.

—Los que adoraban la orilla, sí.

—¿Y bien? —preguntó.

—Los que también creían que la orilla estaba muriendo.

—Quizá la que conocían. Quiero decir, siempre hay una orilla.

—El nivel del mar sube.

—Sí.

—Esos niveles del mar —continuó ella, ahora oteaba por la ventana y observaba la ciudad—, han sido retenidos a un nivel tan bajo que no es natural, por demasiado tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Omtose Phellack. Los rituales del hielo. Los jaghut y su guerra contra los t'lan imass. Los vastos campos de hielo se derriten, Withal. —Ella le miró—. Eres Meckros, lo has visto en las tormentas, lo vimos de nuevo en Extensión Fent, los océanos están en pleno caos. Las estaciones desviadas. Inundaciones, sequías, infestaciones. ¿Y dónde quiere llevar la consejera a su ejército? Al este. A Kolanse. Pero aquí en Lether se sabe que Kolanse sufre una terrible sequía. —Su mirada se oscureció—. ¿Has visto a toda una población morir de hambre y sed?

—No. ¿Tú?

—Soy anciana, esposo. Recuerdo los saelen gara, una rama de gente andii en mi mundo original. Vivían en los bosques. Hasta que los bosques murieron. Entonces les suplicamos que vinieran a Kharkanas. A las ciudades del reino. Se negaron. Sus corazones estaban rotos, dijeron. Su mundo había muerto, y ellos escogieron morir con él. Andarist les suplicó... —La mirada se nubló y se giró, de nuevo hacia la ventana—. Sí, Withal, a tu pregunta. Sí, los he visto. Y no lo veré de nuevo.

—Bien. ¿Adónde vamos entonces?

—Comenzaremos —respondió ella—, con una visita a los temblor.

—¿Qué tienen para contarte, Sand? Recuerdos confusos. Supersticiones ignorantes.

—Withal. Caí en batalla. Guerreábamos contra los K'Chain Che'Malle. Hasta que los tiste edur nos traicionaron, nos masacraron. Claramente no eran tan rigurosos como habían podido ser. Algunos andii sobrevivieron. Y parece que había algo más aparte de K'Chain Che'Malle viviendo en aquella región. Había humanos.

—¿Los temblor?

—La gente que se convertiría en el temblor, en cuanto acogieran a los andii supervivientes. Cuando los mitos y las leyendas de ambos grupos se unieron, se convirtieron en algo indistinguible. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: Pero incluso entonces, tuvo que haber un cisma de algún tipo. A menos, claro, que los tiste andii de Rosazul tuvieran una población previa, una migración distinta de la nuestra. Pero mi idea es esta: algunos de los temblor, con tiste andii entre ellos, se separaron y viajaron tierra adentro. Fueron los que crearon Rosazul, una teocracia centrada en la adoración del Señor de Alas Negras. Anomander Rake, Hijo de la Oscuridad.

—¿Y no es igual de posible —propuso Withal—, que todos los tiste andii se marcharan? ¿Que dejaran solos a los temblor, quizás algo de sangre mezclada aquí y allá, pero sin embargo, tan solo humanos, y aun así con esa unión de mitos?

Ella le miró y torció el gesto.

—Es una idea, esposo. Para empezar, los tiste andii usaron a los humanos para recuperar su fortaleza, para sobrevivir a este mundo desconocido. Incluso para esconderse de las partidas de caza edur. Y entonces, cuando por fin creyeron estar preparados, y era seguro, se marcharon.

—Pero ¿los temblor no los habrían rechazado? ¿A sus historias? ¿A sus palabras? Al fin y al cabo, no adoraban a los tiste andii, ¿no? Adoraban la orilla, y tienes que admitir que se trata de una religión un poco rarita. Rezarle a un pedazo de playa.

—Eso me interesa mucho más que esos tiste andii supervivientes. Y por eso deseo hablar con sus ancianos, con las brujas y los brujos.

—Oloramuerto describió los horrendos esqueletos que su escuadra y Peccado encontraron en el extremo norte de la isla. Medio reptiles, medio humanos. Ilegítimos…

—Los mataron sin perder ni un segundo, se deshicieron de ellos. Los mancillados, Withal, de los K’Chain Che’Malle. Y por lo tanto, antes de que los tiste llegáramos, vivieron bajo la sombra de los che’malle. Y no aislados. No, de algún modo tuvieron contacto, alguna especie de relación. Debió de existir.

Él reflexionó sobre aquello, todavía con la incertidumbre sobre hacia dónde la conducían aquellas diatribas. Por qué se había vuelto algo tan vital descubrir los secretos de los temblor.

—Sandalath, ¿por qué los tiste estuvieron en liza contra los K’Chain Che’Malle?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué? Pues porque eran diferentes.

—Ya. Y lucharon contra vosotros. ¿Porque erais diferentes, o porque estabais invadiendo su mundo?

Ella cerró las cortinas y bloqueó la vista del cielo sobre la ciudad. La penumbra repentina fue como un velo sobre la conversación.

—Voy a salir —dijo—. Comienza a recoger.

Con una precisión delicada, Telorast agarró el párpado y lo separó del ojo levantándolo. Cuajo se inclinó para ver más de cerca, y entonces se alejó, las garras traseras tratando de mantener el agarre en la parte delantera de la túnica de Banaschar.

—Está borracho como una cuba, sí. Una vela consumida. Fuego empapado, lámpara destrozada, hiede a muerte.

Telorast soltó el párpado y lo observó hundirse. Banaschar soltó un suspiro húmedo, gruñó y se recolocó en la silla, con la cabeza colgando.

Las dos criaturas esqueléticas corretearon y se encontraron en la repisa de la ventana, al otro lado de la habitación. Las cabezas ladeadas estaban muy cerca la una de la otra.

—¿Y ahora qué? —susurró Cuajo.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? ¿Te has vuelto loca?

—¿Bueno, y ahora qué, Telorast?

—¡Y yo qué sé! Pero oye, ¡tenemos que hacer algo! El Errante, es… él… bueno, ¡que le odio! ¡Y ya está! Peor aún, está usando a Banaschar, nuestro antiguo sacerdote.

—Nuestra mascota.

—Eso. Nuestra mascota, ¡no la suya!

—Deberíamos matarlo.

—¿A quién? ¿A Banaschar o al Errante?

—Si matamos a Banaschar nos quedamos todos sin mascota. Si matamos al Errante, nos podemos quedar a Banaschar para nosotros.

—Bien pensado, Cuajo —repuso Telorast, asintiendo—, pero ¿qué pondría al Errante más furioso?

—Buena pregunta. Necesitamos algo para que se ponga como loco, loco de rabia. Es la mejor venganza por robarnos

la mascota.

—Y luego le matamos.

—¿A quién?

—¡Da igual! ¿Por qué estás tan obtusa? Oh, ¡qué pregunta tan ridícula! Escucha, Cuajo, ahora tenemos un buen plan. Es un comienzo. Pensemos en algo más. Venganza contra el Errante.

—El dios ancestral.

—Eso es.

—Que todavía anda por aquí.

—Correcto.

—Robando mascotas.

—Cuajo…

—¡Estoy pensando en voz alta, déjame!

—¿A eso lo llamas pensar? ¡No me extraña que hayamos acabado hechos trizas y muertos y peor que muertos!

—Oh, ¿y en qué estabas pensando?

—¡No he tenido tiempo ya que no paro de contestar a tus preguntas!

—Siempre tienes una excusa, Telorast, ¿lo sabías? Siempre.

—Y tú eres esa excusa, Cuajo, ¿lo sabías?

Una voz graznó desde el otro lado de la habitación.

—¿Qué andáis cuchicheando vosotros dos por ahí?

Los dos esqueletos dieron un respingo. Entonces, sacudiendo la cola, Telorast inclinó la cabeza en dirección a Banaschar.

—Absolutamente nada, y es así. De hecho, querida mascota, ¡ese es el problema! ¡Siempre! Es Cuajo. ¡Es una idiota! ¡Me vuelve loco! Seguro que a ti te ha empujado a la bebida.

—El juego del Errante es el del destino —dijo Banaschar, frotándose el rostro—. Él usa, o abusa, de la propensión, de las tendencias. Empuja por el borde. —Parpadeó con la

mirada turbia hacia los esqueletos—. Para acabar con él, necesitáis aprovecharos de esa misma obsesión. Tenéis que tenderle una trampa.

Telorast y Cuajo bajaron de un saltito del alféizar y avanzaron hacia el hombre sentado, las colas moviéndose de un lado a otro y las cabezas bajas.

—Una trampa —susurró Telorast—. Nada mal. Creíamos que habías cambiado de dioses, por eso pensamos que…

—¡No le digas lo que pensábamos! —siseó Cuajo.

—Ahora ya no importa. ¡Está de nuestro lado! ¿No lo has escuchado?

—El Errante quiere todo lo que tuvo —continuó Banaschar—. Templos, adoradores, dominación. Poder. Para lograrlo, necesita acabar con los dioses. Las grandes casas… todo en ruinas. Montones humeantes. Esta guerra que se aproxima con el Dios Tullido le presenta una gran oportunidad. Unos cuantos empujones en el campo de batalla. ¿Quién lo notaría? Quiere derramar sangre, amigos míos, eso es lo que quiere.

—¿Y quién no? —preguntó Cuajo.

Las dos criaturas se acercaron a las botas desgastadas de Banaschar, balanceándose y dando saltitos.

—El caos de la batalla —murmuró Telorast—, sí, sería ideal.

—Para nosotros —asintió Cuajo.

—Exacto. Nuestra oportunidad.

—¿Para hacer qué? —preguntó Banaschar—. ¿Para buscaros un par de tronos? —Resopló. Los ignoró cuando se postraron a sus pies, levantó las manos y los miró con fijeza —. ¿Veis este tembleque, amigos míos? ¿Qué significado tendrá? Os lo digo. Soy el último sacerdote vivo de D’rek. ¿Por qué he sido perdonado? He perdido todos los privilegios de la adoración en un templo. He perdido un juego secular de influencia y poder, mermado a ojos de mis hermanos y

hermanas. A ojos de todo el mundo, imagino. Pero nunca dejé de adorar a mi dios. —Entrecerró los ojos—. Debería estar muerto. ¿O tan solo me olvidaron? ¿Ha llevado más tiempo de lo que D'rek creyó al principio? ¿Cazarnos a todos? ¿Cuándo me encontrará mi dios? —Tras un largo rato bajó las manos y las descansó en los muslos—. Me limito a… esperar.

—Nuestra mascota está desilusionada —susurró Telorast.

—Qué mal —contestó Cuajo.

—Tenemos que encontrarle una mujer.

—O un niño para que se lo coma.

—No comen niños, Cuajo.

—Bueno, pues otra golosina.

—¡Una botella!

—¡Una botella, sí, qué gran idea!

Se marcharon a cazar.

Banaschar esperó.

Koryk apuntó la ballesta hacia la nuca de un explorador que vestía un yelmo. El dedo bajó hasta el gatillo de hierro.

La punta de un cuchillo apareció en su rango de visión, justo ante el ojo derecho.

—Tengo órdenes —dijo Sonrisas—, de matarte si matas a alguien.

Retiró el dedo.

—Por el Embozado que sí. Además, podría ser un accidente.

—Oh, seguro que era eso, Koryk. El dedo ha ido al gatillo por accidente. Y luego, ups, mi hoja se hunde, otro accidente. ¡Tragedias! Te quemaremos en una pira estilo seti, te lo prometo.

Él bajo la ballesta y rodó hacia un lado, fuera de la vista del torpe explorador en el camino que había abajo.

—Vale, tiene sentido, Sonrisas. Una pira para la gente que vive en las praderas. Nos gusta que en los funerales acuda todo el mundo. Quemamos pueblos enteros y dejamos el suelo estéril a leguas en todas direcciones.

Ella parpadeó y luego se encogió de hombros.

—Pues lo que sea que hagáis con vuestros muertos.

Él comenzó a bajar la loma, Sonrisas lo siguió.

—Mi turno —dijo ella cuando lo alcanzó—. Súbete ahí.

—¿Has esperado a decírmelo cuando ya hemos bajado?

Ella sonrió.

Lo dejó arrastrarse de nuevo hasta su posición y Sonrisas se marchó por los matorrales. No era que los exploradores letherii fueran malos. Era que estaban acostumbrados a su tradición bélica en la que imaginaban ejércitos enormes enfrentándose en campo abierto. Los exploradores pues buscaban los campamentos enemigos. La idea de un enemigo que podía fundirse con el entorno como lo hacían los malazanos, o incluso la noción de que el enemigo podía dividir las fuerzas, evitar enfrentamientos directos, y debilitar a los letherii con incursiones, emboscadas e interrupciones. Nada de eso era parte de su pensamiento militar.

Los tiste edur habían sido muchísimo más duros. Su estilo de lucha era más parecido al malazano, lo que explicaba por qué los edur conquistaron letherii a la primera.

Por supuesto, los malazanos podían aguantar firmes en una gran liza, pero tenía sentido malgastar tiempo, desmoralizar y debilitar al enemigo antes.

Estos letherii todavía tenían mucho que aprender. Al fin y al cabo, algún día los malazanos podían volver. No los Cazahuesos, los ejércitos imperiales de la emperadora. Un nuevo reino para conquistar, un nuevo continente a subyugar. Si el rey Tehol quería mantener lo que tenía, su hermano tenía que mejorar al liderar un ejército conocedor

de las estrategias para vencer a los marines, infantería pesada, escuadras de magos, zapadores con munición y caballería malazana.

Ella gruñó en silencio al acercarse al campamento escondido. *Pobre Brys Beddict. Ya casi que podrían rendirse*.

—Si fueras un poco más horrible —dijo una voz—, te habría matado, seguro.

Ella se detuvo y entrecerró los ojos.

—Tómate tu tiempo para revelarte, soldado.

El soldado que apareció tenía la piel oscura, con una mancha rosada que le desfiguraba media cara y casi toda la frente. La ballesta pesada en sus manos estaba cargada pero no tenía virote alguno.

Sonrisas pasó de largo.

—Y tú hablas de cosas horribles. Vives en mis pesadillas, Chorrogaviota, ¿lo sabías?

El hombre la siguió.

—No puedo evitar ser popular entre las chicas —dijo—. Sobre todo con las letherii.

A pesar de la mancha había algo en Chorrogaviota que provocaba que las mujeres lo miraran una segunda y tercera vez. Sospechaba que quizá tenía sangre tiste andii en las venas. Los ojos almendrados que jamás parecían quedarse con un solo color; sus movimientos, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y el hecho de que estaba, según los rumores, bien dotado. Se quitó aquellas estúpidas ideas de la cabeza, dijo:

—Sus exploradores han pasado de largo, casi siempre manteniendo la ruta por el camino. Por lo que el puño puede movernos. Caeremos sobre la columna principal entre alaridos y acabaremos con ellos.

Al mismo tiempo que decía esto, entraron en el campamento. Unos pocos cientos de soldados estaban

sentados o tirados en silencio entre los árboles, tocones y matojos.

Al ver a Keneb, Sonrisas se dirigió hacia él para informar.

El puño estaba sentado en una silla plegable de campo, usaba la punta de su daga para quitarse el barro de las suelas de las botas. Una taza de té de hierbas humeante descansaba sobre el tocón más cercano. Despatarrado en el suelo a unos pocos pasos estaba el sargento Violín, y justo delante el sargento Bálsamo estaba sentado con las piernas cruzadas y expresión de confusión. Una docena de soldados pesados esperaban cerca, agrupados y ocupados en comparar la fuerza de las manos con las que empuñaban las espadas. *Seguro que están contando los pelos de los nudillos*.

—Puño, exploradora Sonrisas para informar, señor.

Keneb levantó la mirada.

—¿Como supusimos?

—Sí, señor. ¿Podemos ir ya a matarlos a todos?

El puño miró a Violín.

—Parece que has perdido tu apuesta, sargento.

Con los ojos todavía cerrados, Violín gruñó y luego dijo:

—No vamos a matar a nadie todavía, señor. Brys Beddict ha estado estudiándonos durante un tiempo, seguro que tiene alguna guardada. Sonrisas, ¿cuántos exploradores en el camino?

—Solo uno, sargento. Hurgándose la nariz.

Violín abrió los ojos y miró a Keneb.

—Por ejemplo así, puño. Beddict ha cambiado a sus patrullas de exploradores, van en parejas. Si Sonrisas y Koryk solo vieron a uno, ¿dónde estaba el otro? —Cambió a una postura más cómoda y volvió a cerrar los ojos—. Y tiene cinco unidades, cinco pares, como avanzadilla del ejército central. Por lo que…

—Por lo que —repitió Keneb, con el ceño arrugado. Se levantó, enfundó la daga—. Si ha enviado a uno o dos por el camino, estaban dispuestos para ser vistos. Sargento Bálsamo, encuéntrame el mapa.

—¿Mapa, señor? ¿Qué mapa?

Murmurando por lo bajo, Keneb se dirigió a la infantería pesada.

—Eh, tú, sí, tú, ¿nombre?

—Reliko, señor.

—¿Qué haces con los de pesada, Reliko?

—Porque soy uno de ellos, señor.

Al verlo, Sonrisas resopló. La cabeza nervuda de Reliko apenas le llegaba por el hombro. El hombre parecía una ciruela con brazos y piernas.

—¿Quién es tu sargento? —preguntó Keneb al soldado dalhonesio.

—Badan Gruk, señor. Pero se quedó, se encontraba mal, señor, junto a la sargento Sinter y a Besadónde. Yo e Inmenso Vacío aquí presente tenemos la escuadra montada junto a Sacaprimero y Bajío, con el sargento Remilgo, señor.

—Estupendo. Ve a la tienda de comando y tráeme el mapa.

—Sí, señor. ¿Quieres también la mesa?

—No, no hace falta.

Cuando el soldado se marchó, Violín dijo:

—Podría haber ido y vuelto, señor. Usted solito.

—Podría, sí. Y por esa observación, sargento, ve y tráeme la mesa del mapa.

—¿No habías dicho que no hacía falta, señor?

—He cambiado de opinión. En pie.

Violín se levantó entre gruñidos, dio un codazo a Bálsamo y dijo:

—Tú y yo tenemos trabajo pendiente.

Bálsamo parpadeó y lo miró unos instantes. Entonces se alzó, con la espada en la mano.

—Y bien, ¿dónde están?

—Sígueme —respondió Violín—. Y aparta eso de mi cara antes de que me pinches.

—¿Por qué te lo iba a clavar? Quiero decir, te conozco, ¿no? Creo, sí, te conozco.

Pasaron a Reliko de largo rumbo a la tienda.

Cuando el soldado llegó hasta Keneb este cogió el cuero enrollado.

—Gracias. Reliko, antes de que te marches, una pregunta. ¿Por qué están los de infantería pesada observándose las manos?

—Estábamos contando los trocitos que nos faltan, señor, para ver si podemos hacer una mano entera.

—¿Lo habéis conseguido?

—Nos falta un pulgar, pero hemos escuchado que hay un soldado sin pulgares. Puede que esté en la legión de Blistig.

—Vaya, ¿y cómo se llama?

—Nefarias Bredd, señor.

—¿Y cómo es capaz este soldado de empuñar arma alguna sin pulgares?

Reliko se encogió de hombros.

—No lo sé, señor, ya que solo lo vi una vez y era desde muy lejos. Supongo que se las ata de alguna forma.

—Quizá —repuso Keneb—, solo le falta un pulgar. El del brazo del escudo.

—Puede ser, señor, puede ser, en cuyo caso tan pronto como encontremos un pulgar se lo haremos saber.

Reliko volvió con sus compañeros.

Keneb miró al soldado alejarse, su expresión era torva.

—Reinos derrocados uno a uno —dijo Sonrisas—, por soldados como él, señor. No dejes de repetírtelo, es como yo lo hago.

—¿Hacer qué, exploradora?

—Mantenerme cuerda, señor. Él es el único, sabes.

—¿Quién, qué?

—El soldado de infantería pesada más bajito en la historia del imperio malazano, señor.

—Ah, ¿sí? ¿Estás seguro de eso, exploradora?

—¿Señor?

Pero él ya había desenrollado el mapa y lo estaba estudiando.

Violín y Bálsamo se acercaban con una pesada mesa entre ambos. Tan pronto como llegaron, Keneb plegó el mapa y lo dejó en la mesa.

—Ya os lo podéis llevar, sargentos. Gracias.

Sonrisas trotó hasta el lugar en el que se ocultaba Koryk, sobre el risco. Tras ella avanzaba con pasos pesados el cabo Chapapote, haciendo el mismo ruido que un carro lleno de ollas. Le dirigió una mirada gélida por encima del hombro.

—Deberías haberte encintado todo eso, ¿sabes?

—Todo esto es un amago —contestó él—, ¿qué importa?

Alcanzaron la base del risco.

—Esperaré aquí. Ve a por el idiota, Sonrisas, y date prisa.

Ella se tragó una contestación y comenzó a trepar la loma. Sería distinto, lo sabía, si ella fuera la cabo. Y esto era un ejemplo perfecto. Si ella fuera cabo, sería Chapapote quien estaría subiendo, estaba clarísimo.

Koryk la escuchó llegar y comenzó a bajar para encontrarse con ella.

—No hay columna, ¿no?

—No, ¿cómo lo has descubierto?

—Ha sido fácil. He esperado. Y… no ha aparecido columna alguna.

Descendieron la loma una junto al otro hasta donde Chapapote esperaba.

—¿Hemos perdido al enemigo, cabo?

—Algo así, Koryk. Y ahora el puño nos pone en marcha. Nos van a fastidiar con las prisas. Cree que hemos metido la cabeza en un avispero.

—Estos letherii no podrían emboscarnos —exclamó Koryk —. Ya lo habríamos descubierto.

—Pero no ha sido así —señaló Sonrisas—. Nos la han jugado, Koryk.

—Vagos —dijo Chapapote—. Arrogantes. Violín tenía razón.

—Pues claro —repuso Sonrisas—. Es Violín. Siempre es el mismo problema, los que están al cargo nunca escuchan a los que saben. Son como dos mundos distintos, dos idiomas diferentes.

Ella se detuvo cuando sintió la mirada de los dos hombres clavada en ella.

—¿Qué?

—Nada —contestó Chapapote—, excepto, bueno, ha sido una observación muy inteligente, Sonrisas.

—Ah, ¿y eso os sorprende?

—A mí sí —admitió Koryk.

Ella frunció el ceño al mirarlo.

Pero en secreto se sintió contenta. *Exacto. No soy la idiota que crees que soy. No soy la idiota que nadie cree que soy. Todos, quiero decir. Bueno, que ellos son los idiotas*.

Aceleraron el paso, pero antes de que llegaran a la compañía, todo terminó.

La emboscada letherii cayó sobre el grupo de Keneb mientras estos descendían una ladera boscosa que formaba un embudo antes de llegar al valle. Hileras de enemigos se

alzaron a ambos lados de trincheras improvisadas y descargaron varios centenares de flechas cuyas plumas habían sido sustituidas con pequeñas bolas de arcilla en vez de puntas de hierro espinadas. Si los proyectiles hubieran sido reales, la mitad de los malazanos habrían caído, muertos o heridos. Unas cuantas salvas más y la mayoría habría quedado fuera de juego.

Brys Beddict apareció en medio de los gritos de jolgorio letherii, se acercó al puño Keneb y dibujó con un dedo una línea roja que cruzaba la coraza de cuero hervido.

—Lo siento, puño, pero acabáis de ser eliminados.

—Así es, comandante —asintió Keneb—. Trescientos Cazahuesos muertos en un visto y no visto. Buen trabajo, sin embargo, sospecho que subraya una lección todavía desconocida.

La sonrisa en el rostro de Brys se desvaneció ligeramente.

—¿Puño? Me temo que no te entiendo.

—A veces, las tácticas deben mostrarse de un modo brutal en la ejecución, comandante. Especialmente cuando el tiempo está en tu contra y no se puede evitar.

—¿Cómo?

De pronto sonaron unos cuernos, de la ladera, tras las líneas letherii, por todas partes.

Keneb dijo:

—Trescientos Cazahuesos muertos, comandante, y ochocientos letherii muertos, incluyendo su comandante supremo. No es un intercambio ideal para ambos bandos, pero en una guerra, es probable que sea uno que la consejera pueda soportar.

Brys suspiró, y puso mala cara.

—Lección aprendida, puño Keneb. Mis elogios para la consejera.

En aquel momento Violín se les acercó.

—Puño, nos debes a mi escuadra y a mí dos noches de permiso.

Keneb sonrió a Brys Beddict.

—Por mucho que la consejera aprecie los cumplidos, comandante, pertenecen a este sargento de aquí.

—Ah, ya veo.

—Otra lección sobre la que reflexionar —dijo Keneb—, hay que escuchar a los veteranos, da igual su rango.

—Bueno —murmuró Brys—, puede que tenga que ir en busca de mis pocos veteranos supervivientes. En cualquier caso, puño, el sacrificio de trescientos de tus soldados me parece una pérdida complicada para tu posición, sin importar la resolución de la batalla.

—Cierto. Por eso mi comentario sobre el momento adecuado, comandante. Envié a un jinete al puño Blistig pero no pudimos responder a tiempo a vuestra emboscada. Obviamente preferiría haber evitado todo contacto con tus tropas. Pero ya que sé que todos preferiríamos dormir en camas de verdad esta noche, he pensado que sería más instructiva la confrontación. Y ahora —añadió con una sonrisa—, podemos volver a Letheras.

Brys sacó un pañuelo, lo humedeció con la cantimplora, se acercó a Keneb y con cuidado limpió la línea de pintura roja.

La capitana Faradan Sort entró en la oficina de Generoso para encontrar a su contraparte de pie a un lado de la mesa observando lo que parecía una montañita de pelo amontonado en la mesa.

—Por todos los dioses, ¿qué es eso?

Generoso la miró.

—¿Qué te parece a ti que es?

—Pelo.

—Así es. Pelo animal, es lo mejor que puedo dilucidar. De alguna variedad doméstica.

—Apesta. ¿Qué hace en tu mesa?

—Buena pregunta. Dime, ¿estaba el teniente Poros en la oficina de fuera?

Ella negó con la cabeza.

—No había nadie allí, me temo.

Él gruñó.

—Escondiéndose, supongo.

—Dudo que él hiciera algo así, Generoso…

—Oh, no de un modo directo. No, pero me apostaría toda una carreta de imperiales a que tiene las manos metidas en esto. Mi teniente se cree muy listillo.

—Si tiene algo que atesore —dijo ella—, aplástalo con la bota. Así es como me ocupé de aquel que creía que iba a darme problemas. En Siete Ciudades, y hasta el día de hoy me mira con dolor en los ojos.

Él la miró.

—¿Dolor? ¿En serio?

—En serio.

—Es… un consejo excepcional, Faradan. Gracias.

—De nada. En cualquier caso, venía para ver si habías logrado encontrar a los dos magos obstinados.

—No. Tenemos que involucrar al mago supremo Ben el Rápido en la búsqueda, creo. Asumiendo —añadió—, que valga la pena encontrarlos.

Ella se giró y caminó hasta la ventana.

—Generoso, Peccado salvó muchísimas vidas en Y’Ghatan. Lo hizo la noche del asalto y de nuevo con los supervivientes bajo la ciudad. Su hermano, el cabo Casco, está muy preocupado. Ella es impulsiva, sí, pero no creo que sea algo malo.

—Y la consejera tiene, por lo que parece, una necesidad desesperada de magos —añadió Generoso—. ¿A qué se

debe?

Ella se encogió de hombros.

—Sé tan poco como tú, Generoso. Pronto marcharemos, lejos de la comodidad de Letheras.

El hombre gruñó.

—Nunca dejes que un soldado se acomode demasiado. Siempre acaba resultando en problemas. Hace bien en ponernos en marcha. En cualquier caso, estaría bien que nos dijera adónde nos dirigimos.

—Y mucho más que bien si tuviéramos más que un mago supremo medio loco como apoyo para ocho mil soldados. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: No encontraremos a otro Pico escondido en las escuadras. Ya hemos tenido nuestro milagro, Generoso.

—Comienzas a parecerte a Blistig.

Ella torció el gesto.

—Tienes razón. Perdona. Estoy preocupada por Peccado, nada más.

—Entonces encuentra a Ben el Rápido. Que se ponga a buscar en esos armarios o como lo llamen…

—Sendas.

—Sí, eso.

Suspiró y se dio media vuelta para salir de allí.

—Te mandaré a Poros si lo veo.

—No lo verás —respondió Generoso—. Saldrá a respirar tarde o temprano, Faradan. Déjame al teniente a mí.

El sargento Sinter y su hermana jugaban a la versión dalhonesia de huesos con Badan Gruk. Los huesecillos de dedos humanos estaban pulidos por el uso, y brillaban con el ámbar. La leyenda contaba que pertenecieron a tres mercaderes li heng que habían llegado al pueblo, los cazaron robando. Perdieron mucho más que las manos, claro.

A los dalhonesios no les interesaba demasiado dar lecciones; preferían algo mucho más sucinto y, es más, ejecutar a aquellos pobres diablos dejó el camino abierto para que otros llegaran al lugar, y a todo el mundo le gustaba una buena sesión de tortura.

Esto ocurrió antes de que se civilizaran, claro. Kellanved puso fin a las torturas.

—Un estado que usa la tortura invita al barbarismo y no se merece otra cosa que no sea recoger las tempestades que ellos mismos han sembrado. —Se decía que aquello era una cita del propio emperador, sin embargo, Sinter tenía sus dudas. Sonaba demasiado… literal, especialmente para un condenado ladrón dalhonesio.

De todos modos, la vida dejaba de ser divertida cuando llegaba una civilización, o eso murmuraban los viejos. Pero claro, ellos siempre murmuraban. Era la última hazaña antes de morir para los ancianos, la recompensa de vivir tanto, suponía. Ella no esperaba sobrevivir a su carrera como soldado. Era interesante ver cómo los novatos verdes eran los que más se quejaban. Los veteranos se quedaban en silencio. Quizá toda esa tocada de narices sucedía en los dos extremos de la vida, en la juventud y en la senectud atrapados en descontento crónico.

Besadónde recogió los huesos y los lanzó de nuevo.

—¡Já! Pobre Badan Gruk. ¡No vas a igualarlo! ¡A ver cómo lo intentas!

Era una tirada muy buena, Sinter tenía que reconocerlo. Cuatro de los patrones centrales con solo la ausencia de un par de palos y un puente verdadero. Badan necesitaría casi un tiro perfecto para detener la racha de Besadónde.

—Me planto, dijo. Lánzalos, Badan. Y no hagas trampas.

—Yo no hago trampas —replicó, y recogió los huesos.

—¿Y qué es eso que tienes en la palma?

Badan abrió la mano y puso mala cara.

—¡Tiene pegamento! ¡No me extraña que sacaras esas tiradas!

—Si tuviera pegamento —replicó Besadónde—, ¡era de la última tirada de mi hermana!

—Por el aliento del Embozado —suspiró Sinter—. A ver, imbéciles, todos estamos haciendo trampas. Lo llevamos en la sangre. Ahora que tenemos que aceptar que ninguno de nosotros se va a declarar culpable de poner pegamento al palo. Límpialo y sigamos con esto.

Los demás se sosegaron y Sinter fue cautelosa en ocultar su alivio. Aquel puto pegamento llevaba demasiado en su bolsillo, ensuciándolo todo, incluso podía sentir aquella cosa en los dedos. A escondidas bajó las manos hasta los muslos y se las frotó como si tratara de calentarse.

Besadónde le dirigió una mirada furibunda. En aquellas barracas de mierda hacía un calor de mil demonios.

Ignoraron el repiqueteo de las botas cuando alguien se acercó hasta su mesa. Badan Gruk lanzó los huesos, y logró seis de seis en el centro.

—¡Lo habéis visto! ¡Mirad! —La sonrisa de Badan era enorme y falsa—. ¡Mirad, vosotras dos, mirad esa tirada!

Pero ellas lo miraban a él, porque los tramposos no pueden fingir mucho rato. Comienzan a tener tembleques, sudan, se escurren en la silla.

—¡Mirad! —repitió, señalando, pero la orden sonaba más como una súplica, y de pronto se desinfló y levantó las manos—. Tengo los dedos limpios, queridas…

—Sería la primera vez —dijo el hombre situado junto a su mesa.

La expresión de Badan Gruk mostraba dolor e inocencia, con un ligero toque de indignación.

—Un comentario injusto, señor. Has visto mi tirada, también puedes verme los dedos. Limpios como nunca. Ni

pegamento, ni brea, ni cera. Los soldados no pueden apestar o estar sucios. Es contraproducente para la moral.

—¿Estás seguro de eso?

Sinter se removió en la silla.

—¿Podemos ayudarte, teniente Poros?

Un fogonazo de sorpresa cruzó la mirada del hombre.

—Me confundes, sargento Sinter. Soy el capitán…

—Nos señalaron a Generoso, señor.

—Creí ordenaros que os cortarais el pelo.

—Lo hicimos —dijo Besadónde—. Ha crecido otra vez. Es un rasgo entre las dalhonesias, lo tenemos en la sangre, una aversión, ¿es esa la palabra, Sint? Seguro que sí. Aversión. A los cortes de pelo. En cuanto cortamos el pelo insiste en crecer de nuevo hasta tener mejor aspecto. Sucede durante la noche, señor.

—Puede que estés cómoda —dijo Poros—, creyendo que no soy el capitán Generoso; que, de hecho, no soy el hombre que os señalaron. Pero ¿estáis seguras de que señalaron al hombre correcto? Si el teniente Poros fue quien lo señaló, por ejemplo. Le gustan las bromas de mal gusto. Pudo haber escogido aprovecharse de vosotras. Es un rasgo suyo, sospecho. En la sangre, seguro.

—Entonces —preguntó Sinter—, ¿a quién nos debió señalar, señor?

—Pues a cualquiera.

—Pero el teniente Poros no es una mujer, ¿no?

—Claro que no, pero…

—Era una mujer —continuó Sinter—, quien nos lo señaló.

—Ah, pero entonces ella debe de haber señalado al sargento Poros, ya que preguntaste por tu superior inmediato. Bueno —dijo Poros—, ahora que ya está aclarado, tengo que ir a comprobar si habéis engordado lo que os pedí.

Besadónde y Sinter se reclinaron para observarle.

El hombre les dedicó una sonrisa reluciente.

—Señor —dijo Sinter—, ¿y cómo esperas hacer algo así?

La sonrisa fue sustituida por una expresión de asombro.

—¿Crees que tu capitán es alguna especie de viejo verde, sargento? ¡Espero que no! No, acudiréis a mi oficina durante la novena campana esta noche. Os desnudaréis hasta quedar en ropa interior en la oficina exterior. Cuando estéis listas, llamaréis y al escuchar mi voz entraréis de inmediato. ¿Me habéis entendido, soldados?

—Sí, señor —respondió Sinter.

—Hasta entonces.

El oficial se marchó.

—¿Cuánto tiempo —preguntó Besadónde cuando él abandonó los barracones—, vamos a seguir con esto, Sint?

—Unos días —sonrió ella, recogiendo los huesecillos—. Badan, ya que estás fuera del juego por ser tan obvio, necesito que cumplas un recado por mí. Bueno, tampoco es un recado, lo que sea, necesito que acudas a la ciudad y me encuentres las dos prostitutas más gordas y feas que encuentres.

—No me gusta el cariz que está tomando esto —murmuró él.

—Escúchate —se burló Sinter—, te haces viejo.

—¿Qué ha dicho?

Sandalath Drukorlat entrecerró los ojos.

—Se preguntaba que por qué motivo hemos esperado tanto.

Withal gruñó.

—Esa mujer, Sand…

—Sí. —Ella se detuvo en el umbral de la puerta y observó a los tres nachts acurrucados bajo el alféizar de la ventana. Los largos y musculados brazos negros estaban enredados

los unos con los otros, formaban un montón de extremidades y torsos del que surgía una extraña hilera de tres cabezas, los ojos entrecerrados y la mirada preñada de sospecha—. ¿Qué les pasa?

—Creo que vienen con nosotros —respondió Withal—. Claro que tampoco saben adónde vamos.

—Átalos. Enciérralos. Haz algo. Mantenlos aquí, esposo. Son grotescos.

—No son mis mascotas —dijo él.

Ella se cruzó de brazos.

—¿En serio? ¿Entonces por qué se pasan todo el tiempo a tus pies?

—Con toda honestidad, no tengo ni la menor idea.

—¿A quién pertenecen?

Él los observó un buen rato. Ninguno de los nachts lo miró a los ojos. Era patético

—Withal.

—Vale, vale. Creo que son las mascotas de Mael.

—¡Mael!

—Sí. Verás, estuve rezándole. Y aparecieron. En la isla. O quizás aparecieron antes de que comenzara a rezar, no lo recuerdo. Pero me sacaron de aquella isla, y fue cosa de Mael.

—¡Entonces envíaselos de vuelta!

—Ese no parece ser el modo en que funcionan las oraciones, Sand.

—Que la madre nos bendiga —suspiró ella, adelantándose—. Prepara los bultos, nos marchamos esta noche.

—¿Esta noche? ¡Estará oscuro, Sand!

Ella le dirigió una mirada encendida, la misma que había dedicado a Corteza, Pule y Mape.

Oscuro, sí. No te preocupes.

Lo peor fue que, al darse la vuelta, vio la mirada de compasión en los ojos pequeños y brillantes de los nachts, siguiéndola como plañideras en un funeral.

Bueno, un hombre aprende a sacar compasión de donde puede.

—Si esto es una nueva senda —susurró Larva—, entonces creo que mejor nos quedamos con las antiguas.

Peccado guardaba silencio, como había hecho durante todo lo que parecía haber sido un día, quizá más, desde que deambulaban por aquel mundo terrible.

Un desierto barrido por el viento hasta el horizonte en todas direcciones. El camino que recorrían se alargaba como una lanza. Aquí y allá, fuera del sendero, vieron campos de rocas que podrían haber sido antiguas moradas, y los remanentes de un muro de barro secado al sol, o quizá la cerca de un jardín, pero nada crecía aquí, nada. El aire era acre, olía a incendio. Y no era sorprendente, pues pilares de humo negro se alzaban en los horizontes.

En el propio camino, construidas sobre roca aplastada y, posiblemente cristal, encontraron escenas de devastación. Piras de carruajes quemados, ropa chamuscada y muebles destrozados. Cuerpos calcinados, extremidades retorcidas como raíces y manos como patas de aves, bocas abiertas y cuencas vacías que miraban a un cielo vacío. Había trozos de metal ensortijados desparramados por todas partes, ninguno que Larva pudiera identificar.

Respirar irritaba su garganta, y el punzante frío de la alborada había dado paso a un calor abrasador. Los ojos le picaban, y arrastraba los pies mientras seguía la estela de Peccado, su sombra se alargó hasta formar su silueta con un tono alquitranado, para sus ojos era como si estuviera mirando a la mujer en la que se convertiría algún día. Se dio

cuenta de que aquel temor hacia ella crecía, y que su silencio lo empeoraba.

—¿También vas a guardar silencio conmigo? —le preguntó.

Ella lo miró por encima del hombro. Tan solo un instante.

Pronto volvería a hacer frío, había perdido demasiados fluidos tratando de sobrevivir a una noche de temblores.

—Tenemos que acampar, Peccado. Hacer un fuego…

Ella soltó una risa ronca, pero no se giró.

—Fuego —repuso—. Sí. Fuego. Dime, Larva, ¿en qué crees?

—¿Qué?

—Algunas cosas son más reales que otras. Para todo el mundo. Cada una, diferente, siempre diferente. ¿Cuál es la más real para ti?

—No podemos sobrevivir en este lugar, eso es lo más real, Peccado. Necesitamos agua. Comida. Refugio.

La vio asentir.

—Es lo que nos está diciendo esta senda, Larva. Solo eso. Lo que crees tiene que ver con sobrevivir. No va más allá, ¿no es así? ¿Y si te digo que solía ser así para todas las personas? Antes de las ciudades, antes de que la gente inventara la riqueza.

—¿Riqueza? No sé de qué me estás hablando.

—Antes de que algunas personas encontraran otras cosas en las que creer. Antes de que hicieran que esas cosas fueran más reales que nada más. Antes de que decidieran que estaba bien incluso matar por ellas. O esclavizar a la gente. O mantenerlos atontados y pobres. —Lo miró con dureza—. ¿Sabías que tuve un tutor tanno? Un caminante espiritual.

—No sé nada de ellos. Eran sacerdotes de Siete Ciudades, ¿no?

—En una ocasión me dijo que un alma sin ataduras puede ahogarse en conocimiento.

—¿Qué?

—El conocimiento crece al deshacerse de las creencias, hasta que la última atadura se corta, y de pronto flotas libre. Solo que, debido a que tienes los ojos bien abiertos, ves que no puedes flotar dentro de tu cuerpo. Tan solo puedes hundirte. Por eso las religiones más crueles trabajan tan duro para mantener a sus fieles en la ignorancia. La sabiduría es veneno. El conocimiento no tiene fondo. Quedarse en la ignorancia te mantiene en la superficie. Llega un día en que cada tanno toma un último camino espiritual. Cortan la última atadura, y el alma no puede volver. Cuando eso ocurre, el otro tanno se lamenta, porque saben que el caminante espiritual se ha ahogado.

Su boca estaba demasiado seca, su garganta, demasiado irritada, pero aunque no hubiera sido así tampoco habría tenido nada que contestar. Al fin y al cabo era conocedor de su propia ignorancia.

—Mira alrededor, Larva. ¿Ves? Aquí no quedan obsequios. Mira estos estúpidos cadáveres y los estúpidos carros con muebles. Lo último que fue real para ellos, lo único, fue el fuego.

Su atención se desvió hacia una nube de polvo que se alzaba como una mortaja dorada. Algo estaba en marcha y convergería con este camino. ¿Una manada? ¿Un ejército?

—El fuego no es el obsequio que tú crees, Larva.

—Moriremos esta noche sin él.

—Tenemos que quedarnos en la carretera.

—¿Por qué?

—Para descubrir adónde conduce.

—Entonces moriremos aquí.

—Esta tierra, Larva —dijo ella—, contiene recuerdos generosos.

El sol ya estaba bajo cuando el ejército llegó. Carros tirados por caballos y enormes carruajes repletos de botín. Los guerreros tenían la piel oscura, eran altos y delgados, vestían armaduras de bronce. Larva pensó que quizás había un millar, puede que incluso más. Vio lanceros, arqueros, y lo que parecía ser el equivalente a infantería pesada, armados con hachas cuya hoja tenía forma de hoz y espadas cortas.

Atravesaron la carretera como si quisieran cegarla, y Larva los observó asustado al darse cuenta de que las figuras, los caballos y los carros eran ligeramente transparentes. *Son fantasmas*.

—¿Son estos —preguntó a Peccado, que estaba junto a él — los recuerdos de esta tierra?

—Sí.

—¿Pueden vernos?

Ella señaló a un carro que había cruzado y que justo se dio la vuelta ante las órdenes del hombre tras el conductor, y ahora se dirigía en su dirección.

—Lo ves, es un sacerdote. No puede vernos, pero nos siente. La santidad no siempre existe en un lugar, Larva. A veces es lo que pasa a través.

Él se estremeció y se abrazó.

—Detén esto, Peccado. No somos dioses.

—No, no lo somos. Somos —soltó una risotada—, algo así como mensajeros divinos.

El sacerdote había bajado de un salto del carro. Larva pudo ver la sangre antigua que salpicaba las altas ruedas, y vio cuchillas adecuadas para tiempos de batalla, que sobresalían de los radios. Una carga masiva de aquellos instrumentos de guerra podía provocar una matanza terrible.

El rostro de halcón del hombre se acercaba, tanteando como si estuviera ciego.

Larva dio un paso atrás pero Peccado lo agarró por el brazo y lo sujetó con firmeza.

—No —murmuró—. Deja que toque lo divino, Larva. Deja que reciba su don de sabiduría.

El sacerdote había levantado ambas manos. Más allá, todo el ejército se había detenido, y Larva vio lo que debía ser el rey o el comandante (subido a un enorme carruaje repleto de ornamentos) acercándose para observar de cerca las excentricidades de su sacerdote.

—No podemos darle sabiduría alguna —repuso Larva—. Peccado…

—No seas idiota. Quédate aquí. Espera. No tenemos que hacer nada.

Las dos manos alzadas se acercaron. Las palmas estaban salpicadas de sangre seca. Sin embargo, no había callos en ella.

—No es un guerrero —siseó Larva.

—No —sintió Peccado—, pero le gusta la sangre.

Las palmas se cernieron hacia delante, y de un modo infalible se posaron sobre su frente.

Larva vio los ojos del sacerdote abrirse, y supo entonces que el hombre veía a través, más allá del camino y su estela de destrucción, hasta una era previa o todavía por llegar: la era en que Larva y Peccado existieron, sólidos y reales.

El sacerdote se echó atrás y aulló.

La risa de Peccado era dura.

—¡Vio lo que era real! ¡Lo vio! —Se giró para encarar a Larva, los ojos centelleantes—. ¡El futuro es un desierto! ¡Y un camino! Sin fin a las estúpidas guerras, la masacre enajenada… —Ella se dio media vuelta y señaló con un dedo al sacerdote que se tambaleaba de vuelta al carruaje—. ¡Él creía en el dios del sol! ¡Creía en la inmortalidad, en la

gloria, en la riqueza, en campos dorados, en jardines florales, en lluvia dulce y ríos dulces que corren sin cesar! ¡Creía que su gente era, já, la elegida! Todos lo creen, ¿no lo ves? Ellos, nosotros, ¡todos! ¿Ves ahora nuestro obsequio, Larva? ¿Ves la sabiduría que comporta? ¡El santuario de la ignorancia está quebrado! Los jardines ahora son selvas, ¡abandonados en los mares del conocimiento! ¿Acaso nuestro mensaje no es divino?

Larva creía que no le quedaban lágrimas dentro. Estaba equivocado.

El ejército, el sacerdote y su rey se marcharon, salvajes como el viento. Pero, antes de ello, aparecieron los esclavos y alzaron un túmulo de rocas. Lo rodearon con ofrendas: jarras de cerveza, vino y miel, dátiles, higos, hogazas de pan y dos cabras a las que habían rebanado el pescuezo y que se desangraban sobre la arena.

El banquete era fantasmal, pero Peccado aseguró a Larva que aquello les serviría. Los regalos divinos, dijo ella, no eran regalos de verdad. El receptor debía pagar por ellos.

—Y lo ha hecho, ¿o no, Larva? Oh, claro que sí.

El Errante entró en la sala de tamaño imposible. Fuera ya el tiempo de las reminiscencias, el despertar satisfactorio de días más brillantes se había marchitado desde entonces en colores apagados, casi muertos. Nudillos caminaba tras él, fiel a su rol de anciano y al que estaba por venir.

Ella estaba despierta, sentada sobre una pila de huesos. Atrapada en juegos de fortuna e infortunio, las ofrendas brillantes y malditas de Sechul Lath, Señor de la Fortaleza del Azar, el derrocador, el conspirador, el derrochador de ruina. Demasiado corta de entendederas para darse cuenta de que ella estaba desafiando, ante la mirada del señor, las

mismas leyes del universo que eran, en realidad, mucho menos predecibles de lo que cualquier mortal pudiera creer.

El Errante se acercó y con una bota pateó el inenarrable patrón.

Una expresión de rabia cubrió su rostro. Ella dio unos pasos atrás, alzó las manos, y entonces se quedó de piedra cuando fijó la mirada en el Errante.

—Kilmandaros.

Él vio un fogonazo de pavor en sus ojos.

—He venido —dijo él—, para hablar de dragones.

Capítulo 8

En toda mi vida estudiando los grupos de especies de hormigas que se encuentran en los bosques tropicales dalhonesios, he llegado a la conclusión de que todas las formas de vida tratan de sobrevivir, y que en cada especie existe un rango de propensiones naturales pero variables de condiciones físicas y de comportamiento, que a su vez pesan a favor o en contra en la batalla de la supervivencia y de la procreación. Además, sospecho que, en el acto de la procreación, tales rasgos se heredan. Por extensión, uno puede ver que los rasgos enfermizos reducen la esperanza de vida y de la procreación. Pero antes de llevarlo a cabo, debo añadir un detalle más, sacado de las innegables características del comportamiento de, en mi especialidad, las hormigas. El éxito de una forma de vida en la mayoría de las ocasiones inicia un colapso devastador en la población de los competidores, e incluso la extinción completa. Y tal aniquilación de los rivales puede de hecho ser *un factor definitorio del éxito*.

Por lo tanto, mis compañeros, me gustaría proponer un modo operacional entre todas las formas de vida, que con toda humildad llamaré en mi tratado de cuatro volúmenes: «La traición del más adaptado».

Pergaminos Obsesivos
Sexto día de los procesos
Dirección de Skavat Gill
Unta, Imperio de Malaz, 1097 Sueño de Ascua

Como si el viento portara un aroma; o a través del temblor en el suelo bajo los pies; o quizás el mismo aire cargado de pensamientos ajenos, de rabia, malignos, fuese cual fuera la causa, los k’chain che’malle sabían que los perseguían. No tenían paciencia para Kalyth y su paso irrisorio. La postura de Gunth Mach cambió lentamente, la columna casi horizontal con el suelo, como si a lo largo de una sola mañana cierta fuerza hubiera reestructurado el esqueleto, los músculos y los tendones, y antes de que el sol estuviera bien alto ella había recogido a la destriant y la

había acomodado entre los huesos planos de los hombros, donde las puntas dorsales se habían aplanado y donde la dura piel había formado algo parecido a una silla de montar. Y Kalyth acabó cabalgando un k'chain che'malle, la sensación mucho más fluida que sentarse a horcajadas sobre un caballo, ya que parecía que flotaban sobre los matorrales a una velocidad entre el trote y el galope. Gunth Mach usaba las patas traseras solo cuando tenían que subir una loma o ascendían la ocasional colina; la mayor parte del tiempo las patas delanteras cubiertas por armadura y cicatrices permanecían alzadas como las patas de una mantis.

—Los cazadores k'ell Rythok y Kor Thuran la flanqueaban, con Sag'Churok casi un tercio de legua por delante. Incluso desde su punto de ventaja en cuanto a Gunth Mach, Kalyth apenas veía a la enorme criatura, un borrón en movimiento al que traicionaba su sombra. Todos los k'chain che'malle vestían sobre las pieles escamadas la tonalidad del terreno y de las escasas plantas.

Y aun así… *aun así*… estaban asustados.

No de los guerreros humanos que los perseguían, aquello era poco más que una inconveniencia, un obstáculo para su misión. No, el miedo en el interior de aquellos demonios era más profundo. Surgió de Gunth'an Acyl, la matrona, las ondas heladas, acumulándose contra todos sus hijos. La presión crecía, atronadora.

Se acerca una guerra. Todos lo sabemos. Pero en cuanto al rostro de nuestro enemigo me siento ciega.

¿Qué significa ser destriant? ¿Y para estas criaturas? ¿De qué fe debo tomar forma? No conozco suficiente historia como para sacar información, desconozco las leyendas y mitos k'chain che'malle, asumiendo que tengan. Gunth'an Acyl ha fijado su mirada en los humanos. Ella saquearía las creencias de los míos.

¡*Está loca! ¡No puedo darles nada*!

No extraería ni un solo fragmento de su propia gente. Al fin y al cabo estaban todos muertos. Traicionados por su propia fe en que llegarían las lluvias; en que la tierra daría sus frutos; en que la descendencia nacería con madres y tías para criarlos; en que habría fogatas, canciones, danzas, amores, pasiones y risas. Todo mentiras, engaños, falsas esperanzas. No tenía sentido remover aquellas cenizas.

¿Qué más le quedaba para lograr esta gloriosa nueva religión? Cuando incontables ojos reptilianos estaban fijos en ella, ¿qué podía ofrecerles?

Había viajado hacia el este durante la mañana pero ahora se dirigían al sur una vez más, y Kalyth sintió una reducción gradual del ritmo, al coronar una elevación no muy alta vio a Sag'Churok, quieto y, por lo que parecía, les observaba acercarse.

Algo había ocurrido. Algo había cambiado.

Un brillo de un blanco lechoso (¿el tronco de un árbol caído?), en medio del prado de hierba baja justo delante, y por primera vez Kalyth sintió una sacudida cuando Gunth Mach se echó a un lado para evitarlo. Al pasar de largo el objeto, la destriant vio que era un hueso alargado. A lo que fuera que perteneció, debió de ser enorme.

Los demás k'chain che'malle reaccionaban de un modo muy similar al llegar a los restos esqueléticos, apartándose como si los huesos astillados exudaran un aura venenosa que asediaba sus sentidos.

Kalyth vio que los flancos de los k'ell resplandecían, goteaban aceite de las glándulas, y supo que estaban afectados por una emoción extrema, ¿terror, rabia? No disponía de modo alguno de interpretarlo.

¿Era otro lugar de masacre? No estaba segura, pero algo le susurraba que todos aquellos huesos pertenecían a una única bestia gargantuesca. ¿*Un dragón? Piensa en los nidos,*

en los enraizados. Excavados como si fueran dragones... por el aliento del Abismo, ¿puede ser esta la religión de los k'chain che'malle? ¿La adoración de los dragones?

Tenía cierto sentido, ¿acaso estos reptiles no eran físicamente parecidos a aquellas bestias míticas? Aunque nunca había visto a un dragón, incluso entre los suyos existían leyendas, y de hecho recordaba una que le contaban de niña, una historia fragmentada y confusa, algo que causaba que el recuerdo fuera raro ya que tenía escaso contenido ocioso. *«Los dragones nadan en el aire. Colmillos que chascan y sangre que brota. Los dragones entraban en liza unos con otros, grupos contra grupos, y la tierra debajo, y todas las cosas que vivían en ella, no podían hacer más que ponerse a cubierto. El cielo conflagró con el aliento de los dragones...*

Llegaron donde Sag'Churok aguardaba. Tan pronto como Gunth Mach se detuvo, Kalyth bajó deslizándose, las piernas casi vencen bajo su peso. Se estiró y miró alrededor.

Fragmentos de calavera. Colmillos gigantescos astillados y quebrados. Era como si la criatura hubiera estallado.

Kalyth miró hacia arriba y vio, justo encima, una mancha oscura, daba vueltas en círculos. *Se muestra. Esto, aquí, es importante.* Al fin entendió la agitación de los k'chain che'malle. No era miedo. No era rabia. *Anticipación. Esperaban algo de mí*.

Trató de ahogar un momento de pánico. La boca seca, sintiéndose extrañamente disociada de su cuerpo, deambuló por el campo de huesos. Había hoyos cavados en los pedazos rotos de la calavera del dragón, marcas de mordeduras o garras. Descubrió un diente desarraigado y lo sacó del suelo cubierto de hierba. Era tan pesado como una maza en sus manos. Blanqueado por el sol y pulido por un lado, agujereado y con manchas ambarinas en el otro. Pensó

que quizá se echaría a reír, una parte de sí misma nunca había creído en los dragones.

Los k’chain che’malle permanecieron a una distancia respetuosa, observándola. ¿Qué quieren de mí? ¿Debería rezar? ¿Levantar un montículo con estos huesos? ¿Esparcir sangre? Paseó la mirada hasta que se topó con algo, un enorme fragmento de la parte trasera del cráneo, e incrustado en este… se acercó y se agachó.

Un colmillo, muy parecido al que todavía cargaba, aunque mayor, y descolorido de un modo extraño. El sol no lo había blanqueado. El viento y la arenisca que transportaban no habían erosionado la superficie. La lluvia no lo había pulido. Había sido arrancado de raíz, tan profundo que había atravesado la calavera del dragón. Y tenía una tonalidad parecida al óxido.

Ella dejó el diente que había cargado y se arrodilló. Pasó con cuidado los dedos por el colmillo enrojecido. Frío como el metal, con un frescor que desafiaba al sol y a su calor sofocante. La textura le recordó a la madera petrificada. Se preguntó a qué criatura habría pertenecido algo así. ¿Un dragón de hierro? ¿Pero cómo es eso posible? Trató de arrancar el colmillo, pero no se movió.

Sag’Churok habló en su mente, la voz extrañamente suave.

—*Destriant, en este lugar es difícil llegar a ti. Tu mente. La otataralita nos rechaza*.

—¿La qué?

—*No hay un solo dios. No puede haber un solo dios. Ya que para que exista un rostro debe haber otro. Los nah’ruk no lo ven así, claro. Hablan de fuerzas opuestas, de la necesidad de la tensión. Todo lo que une debe estar unido por dos fuerzas, como mínimo. Incluso si solo hubiera un dios, aislado en su perfección, comprendería la necesidad de una fuerza fuera de sí mismo, más allá de su*

omnisciencia. Si todo se queda dentro, destriant (exclusivamente dentro), entonces no hay motivos para que nada exista, no hay motivos para la misma creación. Si todo está ordenado, intocado por el caos, entonces el universo que era y que será no tiene significado. Sin valor. El dios comprendería en poco tiempo que su propia existencia no tiene significado, y por lo tanto moriría. Sucumbiría a la lógica de la desesperación.

Estudiaba el colmillo oxidado mientras las palabras de Sag'Churok susurraban en su cabeza.

—Lo siento —suspiró ella—, no lo entiendo. —Pero quizá sí que lo comprendía.

El k'chain che'malle continuó:

—En su conocimiento, el dios comprendería la necesidad que reside fuera de uno mismo, fuera de su control directo. En esa tensión se hallaría el significado. En ese tira y afloja nace el valor. Si te sirve a los tuyos y a ti, destriant, llena el éter con dioses, diosas, primeros héroes, espíritus y demonios. Arrodíllate ante uno o ante muchos, pero nunca, jamás, Kalyth, sostengas la creencia de que solo existe un dios, de que todo lo que existe es gracias a un solo dios. Si llegaras a creer esto, cualquier camino reflexivo en consecuencia llevaría inevitablemente a pensar que tu dios está maldito, algo de aspiración imposible y de injusticia ensordecedora, de una crueldad extravagante, ciega a la piedad y a la devoción de la compasión. No me malinterpretes. Escoge vivir con un solo dios si así lo quieres, pero al hacerlo ten en cuenta que deberás aceptar que hay «otro», una existencia más allá de tu dios. Y que, si tu dios tiene rostro, también el otro. Con tal comprensión, destriant, llegarás a rozar la libertad que reside en el corazón de toda la vida; la elección es el acto moral individual y todas las elecciones de una persona solo

pueden ser consideradas en un contexto moral si esa elección es la libertad.

Libertad. Aquel concepto se reía de ella.

—¿Qué… qué es la otataralita de la que hablaste antes, Sag'Churok?

—Hemos sido agraviados por revelar el rostro de ese otro dios, el dios de la negación. Los tuyos disponen de una noción de la magia con fallos. Cortáis las venas de otros mundos y os bebéis su sangre, y esa es vuestra hechicería. Pero no entendéis. Toda la vida es hechicería. Está en su misma esencia, el alma es mágica, y cada proceso químico, de obediencia y cooperación, de rendición y de esfuerzo, a cualquier escala concebible) es una consorte de hechicería. Destruye la magia y destruirás la vida. —Hubo una larga pausa, y entonces un torrente de una amarga diversión fluyó a través de Kalyth—. *Cuando matamos, matamos a la magia. Considera la magnitud de ese crimen, si tienes valor*.

»¿Qué es la otataralita, preguntas? La otataralita es lo opuesto a la magia. Negación a la creación, ausencia a la presencia. Si la vida es tu dios, entonces la otataralita es el otro dios, y representa a la muerte. Pero, por favor, entiende que no es un enemigo. Es una manifestación necesaria de una fuerza opuesta. Ambas son necesarias, y juntas están unidas en la naturaleza de la propia existencia. Hemos sido agraviados por revelar la verdad.

»Las criaturas más insignificantes de este y otros mundos no se preguntan nada de esto. Su comprensión está implícita. Cuando matamos a las bestias que viven en esta llanura, cuando cerramos las fauces en una nuca. Cuando agarramos con fuerzas para asfixiar. Cuando hacemos todo esto, observamos, con compasión íntima, con una profunda comprensión, la luz de la vida abandonar la mirada de la víctima. Vemos la lucha dar paso a la aceptación, y en nuestras almas, destriant, nos lamentamos.

Todavía estaba de rodillas, pero ahora brotaban lágrimas que caían por sus mejillas, como si todo lo que sentía Sag'Churok se canalizara a través de ella, cruel como una infección, hundiéndose en lo más profundo de su alma.

—*El asesino, el dragón de otataralita, ha sido amarrado. Pero quedará libre. Lo liberarán. Ya que creen que pueden controlarlo. No pueden. Destriant, ¿nos darás el rostro de nuestro dios*?

Ella se giró de un modo brusco.

—¿Cómo se supone que voy a hacer algo así? —pidió—. ¿Es este dragón de otataralita vuestro dios?

—*No, destriant* —replicó Sag'Churok con tristeza—, *es el otro*.

Ella pasó las manos entre los enredos de su cabello.

—Lo que queréis… ese rostro. —Negó con la cabeza—. No puede estar muerto. Debe seguir vivo. Construisteis fortalezas en forma de dragones, pero esa fe está arruinada, destruida por el fracaso. Os traicionaron, Sag'Churok. A todos. —Hizo un gesto que englobaba todo el campo repleto de muerte—. Mira, el «otro» mató a vuestro dios.

Todos los k'chain che'malle la observaban.

—Mi propia gente también fue traicionada. Parece ser —añadió con ironía— que compartimos cosas al fin y al cabo. Algo es algo. —Observó el área una vez más—. Aquí no hay nada para nosotros.

—*No lo has entendido, destriant. Está aquí. Todo está aquí*.

—¿Qué quieres que haga? —Lloraba de nuevo, pero esta vez de impotencia—. Solo son… huesos.

Ella vio a Rythok acercarse, con las gigantescas cuchillas alzándose con aire amenazador. Una orden silenciosa golpeó visiblemente al cazador y se detuvo, temblando, las fauces tensas.

Se dio cuenta de que si fracasaba, la podían matar. Destrozarla como habían hecho con Mascarroja, pobre diablo. Estas criaturas no soportaban el fracaso, igual que los humanos.

—Lo siento —susurró—. Pero no creo en nada. Ni en dioses, ni en nada. Oh, puede que existan, pero no les importamos lo más mínimo. ¿Para qué? Destruimos para crear. Pero negamos el valor de todo lo que destruimos, lo que sirve para que su destrucción sea más fácil para nuestras conciencias. Todo lo que reformamos para que se adapte a nosotros lo mermamos, su belleza original para siempre perdida. No tenemos un sistema de valores que no empobrezca el mundo, que no masacre a los animales con los que lo compartimos, como si nosotros fuéramos dioses. — Cayó de rodillas y se agarró la cabeza con las manos—. ¿De dónde vienen estos pensamientos? Todo era mucho más simple, aquí, en mi mente, mucho más sencillo. Espíritus del Abismo, ¡yo también quiero volver!

Se dio cuenta de que había estado golpeándose las sienes cuando dos enormes manos agarraron sus muñecas y le bajaron los brazos. Levantó la vista y vio los ojos esmeralda de Gunth Mach.

Y por primera vez, la hija habló dentro de su mente.

Suéltalo. Respira hondo mi aliento, destriant.

Mientras intentaba respirar con desesperación, Kalyth captó un aroma extraño y acre que emanaba de Gunth Mach.

El mundo dio vueltas. Ella se estiró hacia atrás, espatarrada en el suelo. Algo se desplegaba en su cabeza como una flor extraña, virulenta, seductora. Perdió agarre de su propio cuerpo, fue arrastrada.

Y se descubrió de pie sobre un suelo de piedra fría y húmeda, las fosas nasales captaban un hedor picante y

pestilente. Los ojos se adaptaron a la penumbra, y gritó mientras se echaba atrás.

Un dragón se alzó ante ella, las escurridizas escamas del color del óxido. Espinas gigantescas cubrían las patas traseras, amarraban a la criatura contra un enorme árbol retorcido. Había otras espinas, pero el peso imposible del dragón las había soltado. La cabeza con forma de cuña, tan grande como un carruaje de suministros, colgaba suelta, y goteaba saliva. Las alas estaban arrugadas como unas tiendas sacudidas por un vendaval. Sangre fresca rodeaba la base del árbol, por lo que parecía que toda la figura se alzaba de una piscina resplandeciente.

El asesino, el dragón de otataralita, ha sido amarrado. Pero lo liberarán... —Las palabras de Sag'Churok resonaron en su mente—. *Lo liberarán*. ¿Quién? Pero se dio cuenta de que no importaba. Acabaría pasando. Este dragón de otataralita sería liberado sobre el mundo, sobre todos los mundos. Una fuerza de negación, destructor de la magia. Y perderían el control sobre él. Solo los locos de atar creerían ser capaces de esclavizar tal entidad.

—Espera —siseó ella, los pensamientos fluyendo a toda velocidad—. Espera. Fuerzas opuestas. Elimina una, empálala en un árbol, y la otra está perdida. No puede existir, no puede sobrevivir mirando al otro lado del abismo sin ver nada, a nadie, a ningún enemigo. Por eso habéis perdido a vuestro dios, Sag'Churok. O, si todavía vive, ha sido conducido al olvido de la locura. Demasiado solo. Un huérfano… como yo.

Una revelación en cierto modo. ¿Qué podía sacar de ahí?

Kalyth levantó la mirada hacia el dragón.

—Cuando finalmente seas liberado, quizás entonces tu «otro» volverá, para enzarzarse contigo una vez más. En esa eterna batalla. —Pero incluso entonces, aquel esquema había fracasado antes. Fracasaría de nuevo, porque tenía

taras. Algo iba mal, algo estaba… roto. *Fuerzas opuestas, sí, eso lo entiendo. Y cada uno de nosotros tenemos nuestro rol. Todos formamos a nuestros «otros» y programamos el curso de nuestras vidas como esa campaña eterna, estaciones donde se gana, estaciones donde se pierde. Batallas y heridas y triunfos y amargas derrotas. En la comodidad construimos nuestros castillos. En las convicciones ocupamos nuestras fortalezas. En la violencia forjamos la paz. En la paz, logramos la desolación*.

En algún lugar tras ella, el cuerpo de Kalyth estaba tirado sobre la hierba medio muerto, apartado sobre la piedra de las Tierras Yermas.

Es aquí. Todo está aquí.

—Estamos rotos. Somos… caídos.

¿Qué hacer pues cuando la batalla no podía ganarse? Ninguna respuesta aparecía. La única verdad que permanecía para la confrontación era aquel sacrificio cubierto de sangre, destinado a deshacerse.

—¿Es cierto, pues, que un mundo sin magia es un mundo muerto? ¿Es esto lo que prometes? ¿Es este tu futuro? Pero no, ya que cuando al fin te liberen, tu enemigo despertará una vez más, y la liza será retomada.

No había lugar en aquel plan para los humanos. Un nuevo curso para el futuro era necesario. Para los k’chain che’malle. Para todos los humanos en cada imperio, en cada tribu. Si nada cambiaba en el mundo mortal, entonces no habría final para los conflictos, para las interminables fuerzas opuestas, ya fueran culturas, religiones o a saber. Ella no sabía que la vida inteligente podía ser tan estúpida.

—Quieren de mí una fe. Una religión. Quieren volver a la vanidad de los justos. No puedo hacerlo. No puedo. Rythok tendría que haber acabado conmigo, ya que no les ofreceré nada de lo que quieren oír.

De un modo abrupto fijó la mirada en un cielo azul despejado de nubes, el calor subía por sus extremidades desnudas, por su rostro, los surcos de lágrimas secas en su cara se tensaron. Se sentó. Le dolían los músculos. Un sabor amargo atenazaba su lengua.

Los k'chain che'malle todavía la observaban.

—Muy bien —dijo ella, levantándose—. Esto es lo que tengo para vosotros. Encontrad vuestra fe en vosotros. No busquéis más allá. Los dioses guerrearán, y todo lo que hagamos permanecerá fuera de su atención. Pasad desapercibidos. Moveos con cautela. Fuera de la vista. Somos hormigas en la hierba, lagartos en rocas. —Se detuvo un instante—. En algún lugar ahí fuera, encontraréis la esencia más pura de esta filosofía. Quizás en una persona, quizás en diez mil. No busquéis en otras entidades, en otras fuerzas, en otras voluntades. Unidos solo por la camaradería, la lealtad afilada hasta lo absoluto. Y aun así desprovista de toda arrogancia. Sabia de humildad. Y esa una, o esas diez mil, están en un camino. Infalible, se prepara, no para alzar el puño contra los cielos. Sino para alzar una sola mano, una mano llena de lágrimas. —Se dio cuenta de que estaba radiante al dirigirse a los reptiles gigantes—. ¿Queréis una fe? ¿Queréis algo o alguien en quien creer? No, no adoréis a esa persona o a esas diez mil. Adorad el sacrificio que harán, ya que será en nombre de la compasión. La única causa por la que vale la pena luchar y morir.

De pronto se sintió exhausta, se dio la vuelta, pateó el colmillo blanqueado a sus pies.

—Y ahora vamos en busca de nuestros campeones.

Ella lideró la marcha, y los k'chain che'Malle estaban conformes con ello. Sag'Churok observó a la frágil y enclenque humana agarrar las exiguas riendas, dejando

atrás el risco donde dos dragones habían batallado tiempo atrás.

Y el cazador k’ell se sintió complacido.

Sintió, en una oleada dulce, el orgullo de Gunth Mach.

Orgullo por su destriant.

Tirados por cuatro bueyes, el largo carro entró en el campamento, lo ocupaban madres, maridos, esposas y niños que alzaban las voces en un lamento ululante. Los brazos estirados como si quisieran agarrar a los familiares muertos que yacían apilados como troncos talados en una superficie plana, y la carga de los masacrados se detuvo. La muchedumbre se removió. Los perros aullaron.

En una colina cercana, Setoc observaba de pie el follón en el campamento, su único movimiento era el cabello avejentado. Guerreros que corrían de vuelta a sus yurtas con intención de prepararse para la guerra, aunque nadie conocía al enemigo, y no había rastro que seguir. Potenciales caudillos gritaban y aullaban, golpeándose el pecho u ondeando armas en el aire. Todos aquellos lamentos y rabia, había algo patético en la escena que la hizo girarse de espaldas, agotada de pronto.

A nadie le gustaba ser víctima de algo desconocido. Eran obligados a atacar, a provocar violencia indiscriminada sobre cualquiera que estuviera cerca. Podía oír a algunos de aquellos guerreros voceando cosas sobre venganza sobre los akrynnai, sobre los d’rhasilhani, incluso sobre los letherii.

El clan gadra iba a la guerra. El comandante Stolmen estaba bajo asedio en su propia tienda, y por negar el ansia de matar de sus guerreros sería depuesto, con violencia. No, tendría que sobreponerse, colocarse la capa bhederin sobre los anchos hombros y empuñar el hacha de doble filo. Su mujer, tan fiera como el propio Stolmen, comenzaría a pintar

la máscara blanda de muerte, el maquillaje del masacrador, sobre los rasgos cubiertos de cicatrices de su marido. Su propia madre, una vieja arrugada, haría lo mismo con ella. Las hojas cantaban ante las piedras de afilar, los barghastianos iban a la guerra.

Ella vio a Cafal emerger de la tienda de Stolmen. Incluso a tanta distancia fue capaz de reconocer la frustración mientras se dirigía hacia el mayor grupo de guerreros. Y cuando detuvo sus pasos, Setoc lo entendió. Había perdido a Gadra. Observó como miraba alrededor hasta que vio a otra figura solitaria.

Torrente ya estaba ensillando su caballo. No para unirse a aquella locura. Para marcharse.

Cuando Cafal se dirigió hacia el guerrero lezna, Setoc descendió para unirse a ambos.

Fueran cuales fuesen las palabras que intercambiaron antes de que ella llegara fueron tensas, insatisfactorias para el gran brujo. Él la vio acercarse y se dirigió a ella.

—¿Tú también? —preguntó.

—Iré contigo —respondió ella—. Los lobos no participarán en nada de esto. Está vacío.

—Los gadra quieren declarar la guerra contra los akrynnai —explicó Cafal—. Pero los akrynnai no han hecho nada.

Ella asintió, y se apartó el largo cabello de la cara cuando sopló el cálido viento.

Torrente se subió al caballo. La expresión lúgubre, cruda. Tenía la mirada de un hombre que no había dormido bien la noche anterior. Agarró las riendas.

Cafal se giró hacia él.

—¡Espera! Te lo ruego, Torrente, espera.

El hombre torció el gesto.

—¿Esto va a ser mi vida? ¿Arrastrado de la tienda de una mujer a la de otra? ¿Voy a estancarme así? ¿O escojo en vez

de ello luchar a tu lado? ¿Por qué lo haría? Los barghastianos no sois distintos de mi propia gente, y compartiréis su destino. —Asintió hacia Setoc—. La niña lobo tiene razón. Los carroñeros de esta tierra engordarán.

Setoc vio algo que se escondió tras un puñado de matojos. Una liebre, no, Talamandas, aquella cosa de trenzas y palitos. Hijo de los dioses locos barghastianos, hijo de los hijos. Espiándolos. Ella lo miró con desdén.

—Pero —pidió Cafal—, ¿adónde irás, Torrente?

—Cabalgaré hasta Tool, y le pediré que me deje marcharme. Suplicaré su perdón, ya que debería haber sido uno de los guerreros que cayeron combatiendo a los letherii, en defensa de los niños lezna. No su amigo. No el mezla.

Cafal abrió mucho los ojos ante las palabras de Torrente, y tras un instante pareció reaccionar.

—Ah, Torrente. Los malazanos tienen un método… —Sonrió al lezna—. Nos humillan a todos. Tool rechazará tus palabras, no hay nada que perdonar. No hay crímenes impuestos contra ti. Fue el camino del mezla, su elección.

—Cabalgó en mi lugar…

El gran brujo se puso tenso.

—¿Y tú podrías haberlo hecho tan bien como él, Torrente?

Era una pregunta cruel y Setoc vio cómo golpeó al joven guerrero.

—Esa no es la…

—Pero sí que lo es —espetó Cafal—. Si Toc te hubiera considerado su superior en la batalla te habría exhortado a cabalgar contra los letherii. Se habría llevado a los pequeños. Y si fue aquel malazano sentado aquí en su caballo ante mí, no estaría quejándose sobre el perdón. ¿Me entiendes, Torrente?

El hombre parecía apaleado por las palabras de Cafal.

—Incluso así, cabalgo hacia Tool, y luego me marcharé por mi propio camino. He hecho una elección. No hay nudos

que aten mi destino, gran brujo.

Setoc soltó una risotada.

—Él no es el que puede hacer eso, Torrente.

Él entrecerró los ojos al mirarla. Pensó que quizá se rebotaría, acusaciones, rabia, indignación sin freno. En vez de ello, no dijo nada, tan solo tensó las riendas. Una última mirada hacia Cafal.

—Tú caminas, pero yo cabalgo. No me interesa aminorar mi ritmo para que se adapte a tu paso…

—¿Y si te dijera que puedo viajar así hasta Tool y llegar mucho antes que tú?

—No puedes.

Setoc vio al gran brujo humedecerse los labios secos; vio el sudor que había aparecido en su amplia y lisa frente, y su corazón comenzó a latir con fuerza en el pecho.

—Cafal —dijo ella, en tono neutro—, esta no es tu tierra. Las sendas de tu gente son débiles aquí. Dudo que puedas si quiera alcanzarlas. Tus dioses no están listos…

—¡No menciones a los dioses barghastianos! —aulló una voz. Talamandas, el monigote, salió de su escondite y se acercó con un andar errático—. No sabes nada, bruja…

—Sé lo suficiente —contestó ella—. Sí, los tuyos caminaron tiempo ha por estas praderas, pero ¿hace cuánto? Habéis batallado contra los tiste edur. Os echaron de este lugar. ¿Hace ya mil años? ¿Diez mil? Y ahora volvéis, para vengar a vuestros ancestros. Pero descubrís que los edur no son como en vuestras leyendas. A diferencia de vosotros, barghastianos, ellos han pasado página…

—Como siempre hacen los victoriosos —siseó el monigote —. Sus heridas sanan pronto, sí. Nada se infecta, nada se pudre, no hay amargura en sus lenguas.

Ella escupió incrédula.

—¿Cómo puedes decir algo así? Su emperador está muerto. ¡Los han echado de todas las tierras que

conquistaron!

—¡Pero no hemos sido nosotros!

El chillido provocó que varias personas se giraran para curiosear. Los guerreros se acercaron. Cafal se quedó en silencio con una expresión dura en el rostro, mientras que Torrente se inclinaba hacia delante en la silla, con los ojos entrecerrados fijos en el monigote, como si dudara de su salud mental.

Setoc sonrió a Talamandas.

—Sí, eso es lo que te fastidia, ¿no? Bien. Entonces —y se giró para encarar al grupo de guerreros que los rodeaban en un semicírculo—, sí, aplastaréis a los akrynnai. Las heridas se infectarán, putrefacción que se hundirá en lo más profundo del alma, ese cruel sabor que acompaña cada aliento.

Su diatriba pareció golpearles. Ella escupió otra vez.

—Ellos no han matado a vuestros exploradores. Lo sabéis. Y os da igual. —Señaló a Cafal—. Y ahora el gran brujo va a Tool, y le dirá: maestro de guerra, otro clan se ha separado. Libran una guerra sin sentido con el enemigo equivocado, y llegará a ocurrir que, por los actos del clan gadra, todas y cada una de las personas en esta tierra se alzarán contra los barghastianos, akrynnai, d’rhasilhani, keryn, saphinand, bolkando. Os asediarán desde todos los flancos. Y aquellos que no muráis en batalla seréis expulsados a las Tierras Yermas, al vasto océano de nada, y allí os desvaneceréis, vuestros huesos convertidos en polvo.

Hubo movimiento entre la multitud, y los guerreros se apartaron cuando el comandante Stolmen apareció con el ceño fruncido e inclinado hacia delante, su mujer un paso por detrás. Los ojos de aquella mujer eran oscuros, furiosos de odio y fijos en una mirada incandescente en Setoc.

—Esto es lo que tú haces, bruja —dijo con voz rasgada—. Nos debilitas. Una y otra vez, ¡quieres desgastarnos!

—¿Tantas ganas tienes de ver a tus hijos perecer? —preguntó Setoc.

—¡Ganas de verlos adquirir la gloria!

—¿Para ellos o para ti, Sekara?

Sekara se hubiera arrojado sobre Setoc, pero Stolmen la detuvo con un brazo, empujándola hacia atrás. Aunque no podía verlo, su mujer fijó una mirada en su marido cargada de venenosa maldad.

Torrente susurró al oído de Setoc.

—Ven conmigo, niña lobo. Cabalgaremos lejos de esta locura.

Extendió una mano hacia abajo.

Ella lo agarró del antebrazo y él la subió con facilidad al caballo. Cuando ella se agarró a la cintura del hombre, dijo:

—¿Necesitas recoger algo, Setoc? ¿De tu tienda?

—No.

—¡Echadlos! —gritó Sekara—. ¡Largaos, extranjeros mentirosos! ¡Espías akrynnai! ¡Marchaos y envenenad a los vuestros! ¡Con terror decidles que vamos a por ellos! ¡Los barghastianos de rostro blanco! ¡Y haremos que esta tierra sea nuestra de nuevo! ¡Díselo, bruja! ¡Ellos son los invasores, no nosotros!

Setoc llevaba un tiempo sintiendo la hostilidad creciente en las mujeres de este clan. Atraía demasiadas miradas de los hombres. Su actitud salvaje les volvía hambrientos, curiosos. No le pasaba desapercibido. Incluso así, aquel exceso de rencor la sorprendió, la asustó. Se obligó a mirar a Sekara a los ojos.

—Soy la portadora de un millar de corazones. —Tras decir esto, miró al marido de Sekara y sonrió con calidez.

Stolmen tuvo que sujetar con más fuerza a su mujer cuando esta se lanzó con un cuchillo en una mano.

Torrente arreó al caballo y pudo sentir cómo este se tensaba.

—¡Ya basta! —espetó por encima del hombro—. ¿Queréis despellejarnos vivos?

La multitud había crecido y ahora los rodeaban. Y al fin vio que había muchas más mujeres que hombres. Se sintió avasallada bajo todas aquellas miradas de odio fijas en ella. No solo eran esposas. Que estuviera sentada tras Torrente abrazándolo encendía fuegos en los ojos de las jóvenes, de las doncellas.

Cafal se acercó, el rostro pálido como una burla de la pintura de los guerreros.

—Voy a abrir una senda —dijo en voz baja—. Con la ayuda de Talamandas. Nos marchamos juntos u os matarán aquí, ¿entendéis? Es demasiado tarde para los gadra. Tus palabras, Setoc, contienen demasiadas verdades. Están avergonzados.

—Rápido, pues —dijo Torrente con un gruñido.

Él se dio la vuelta.

—Talamandas.

—Déjalos a su destino —murmuró el monigote, agachado como un demonio en miniatura. Parecía tener temblores, como si hiciera algo con las manos que quedaban fuera de la vista.

—No. Todos.

—Te arrepentirás de tu generosidad, Cafal.

—La senda, Talamandas.

El monigote gruñó algo ininteligible y se levantó, ensanchando los delgaduchos brazos parecidos a ramitas.

—¡Cafal! —siseó Setoc—. ¡Espera! Hay una enfermedad…

Fuego blanco brotó a su alrededor en un rugido ensordecedor. El caballo aulló, echándose atrás. Setoc perdió agarre y cayó atrás. Calor abrasador, frío imponente. Tan pronto como habían llegado las llamas, desaparecieron con un chasquido atronador que reverberó en su cráneo. Un casco la golpeó y la empujó hasta cierta distancia, el dolor

palpitaba en el muslo amoratado. Ahora había oscuridad, o quizá, como pensó asombrada, se había quedado ciega. Los ojos cuajados en las cuencas, dos huevos cocidos…

Entonces vio un brillo, una mancha, una hoja que resplandecía. El caballo de Torrente se retiraba, retorciéndose de lado a lado. El guerrero lezna todavía cabalgaba al animal y pudo oírle maldecir mientras trataba con todas sus fuerzas de calmar al animal. Había desenvainado la cimitarra.

—¡Por todos los dioses!

El grito era de Cafal. Setoc se sentó. Tierra rocosa y húmeda, montoncitos de musgo o guano se aplastaron bajo su peso. Ella olió hierba quemada. Se arrastró a la tenue mancha en la penumbra desde la cual había procedido la voz del brujo. Resistió las náuseas.

—Loco —dijo con voz ronca—. Tendrías que haber escuchado. Cafal…

—Talamandas. Él… está destruido.

El hedor de algo humeante era más fuerte ahora, y ella captó el leve resplandor de las ascuas esparcidas.

—¿Ha ardido? Se ha carbonizado, ¿no es así? La senda equivocada… se lo ha comido, lo ha devorado. Os avisé, Cafal. Algo ha infectado vuestras sendas…

—No, Setoc —cortó Cafal—. No es así, es lo que tú dices. Conocíamos ese veneno. Estábamos protegidos contra él. Esto ha sido… diferente. Que los espíritus nos asistan, hemos perdido a nuestro mejor chamán…

—Lo sabías, ¿verdad? Esa puerta. No es nada que hubieras visto antes, ¿no es así? ¡Escúchame! ¡Es lo que he intentado decirte!

Escucharon a Torrente desmontar, los mocasines hicieron un ruido sordo al caer sobre el blando y suave terreno.

—Silencio. Discutid más tarde. Escuchad los ecos, creo que estamos atrapados en una caverna.

—Bueno —repuso Setoc, levantándose con cuidado—. Debe de haber una salida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay murciélagos.

—¡Pero yo tengo a mi puto caballo! Cafal, ¡llévanos a otro sitio!

—No puedo.

—¿Qué?

—El poder pertenecía a Talamandas. Un amarre de acuerdos, promesas, con incontables dioses humanos. Con el Embozado, el Señor de la Muerte. Los dioses barghastianos son jóvenes, demasiado. No… no puedo siquiera sentirlos. Lo lamento, no sé dónde estamos.

—¡Estoy condenado a seguir a perdedores!

Setoc se encogió ante la angustia de aquel grito. *Pobre Torrente. Solo querías marcharte, cabalgar lejos. A otro lugar. Tu estúpido sentido del honor te exigió visitar a Tool. Y ahora mira*…

Nadie dijo nada por un tiempo, el único sonido era el de su respiración y los resoplidos nerviosos del caballo. Setoc trató de sentir corrientes de aire, pero no había nada. Le dolía el muslo, y cayó al suelo. Escogió una dirección aleatoria y avanzó a gatas. El guano era cada vez más denso y las manos se le hundían hasta las muñecas, y entonces encontró una barrera de piedra. Se limpió la mierda de las manos y la tanteó con los dedos.

—¡Un momento! Estas piedras están colocadas. He encontrado un muro.

Escuchó sonidos de algo que se removía tras ella, y entonces el rasgar de hierro contra piedra de amolar. Chispas, fogonazos actínicos, y entonces un brillo floreciente. Unos instantes después Torrente había prendido un trapo y metía la llama para encender la mecha de una

pequeña linterna de campamento. La cámara tomó forma a su alrededor.

Toda la caverna estaba construida en piedras asentadas, las de encima eran gigantescas, encajadas en el sitio en un aparente desorden. En inquietos cúmulos aquí y allá colgaban los murciélagos, chirriando y rechinando inquietos.

—¡Mirad, allí! —señaló Cafal.

Los murciélagos se agrupaban en una juntura de piedras mal colocadas, escurriéndose por las grietas.

—Hay una salida.

La risa de Torrente fue amarga.

—Estamos sepultados. Un día, los saqueadores entrarán, encontrarán los huesos de dos hombres, una niña y un condenado caballo. Para adentrarnos cabalgando en el mundo de la muerte, o eso pensarán. Y entonces se preguntarán sobre los mordiscos en algunos huesos, y los arañazos y los golpes en la roca. Pequeños huesecillos de murciélagos y montañas de mierda seca…

—Apaga tu imaginación de una vez, Torrente —aconsejó Cafal—. Aunque la salida no es nada más que grietas, sabemos que el mundo de fuera está cerca. Tenemos que cavar la salida.

—Es un túmulo de roca o algo parecido, Cafal. Si comenzamos a soltar rocas todo se derrumbará sobre nosotros.

—No tenemos elección. —Se dirigió hacia la pared donde los murciélagos se habían acumulado hacía unos instantes. Sacó una daga y comenzó a hincarla. Poco rato después, Torrente se unió a sus esfuerzos con su cuchillo de caza.

Setoc se sentó cerca de la linterna con los sonidos del hierro contra la roca de fondo. Los recuerdos de aquel fuego blanco la acosaban. Le dolía la cabeza como si el calor hubiera desgarrado partes de su cerebro, dejando manchas blancas que palpitaban tras los ojos. No podía escuchar los

aullidos, los lobos estaban perdidos en este lugar. ¿Qué mundo hemos encontrado? ¿Arde con la muerte, o este reino es de una oscuridad eterna, sin vida?

Bueno, alguien construyó este lugar. Pero... si esto es un túmulo, ¿dónde están los huesos? Cogió la linterna, hizo un gesto de dolor cuando se achicharró con el mango que no había sido puesto hacia uno de los lados. Con cautela al levantarse, enfocó la luz sobre el húmedo suelo a sus pies. Guano, unas cuantas piedras que habían caído del techo. Si hubo algún cuerpo enterrado en este lugar, hacía mucho que se había desecho en migajas. Y no iba acompañado de joyería; ni hebillas ni broches que evidenciaran ropa de algún tipo.

—Esto —sugirió—, puede que tenga miles de años de antigüedad. No queda nada de lo que fue enterrado aquí.

Torrente soltó un murmullo sordo, Cafal contestó con un gruñido, y entonces la miró.

—Donde estamos cavando, Setoc, alguien ha pasado por aquí antes. Si es un túmulo, hace tiempo que lo saquearon, que lo vaciaron.

—¿Desde cuándo el saqueo incluye también el cadáver?

—El guano puede que sea ácido —repuso Cafal—. Quizá disolvió los huesos. El caso es que podemos cavar la salida y no creo que todo se derrumbe…

—No estés tan seguro de eso —dijo Torrente—. Necesitamos hacer un agujero del tamaño de mi caballo. Los saqueadores no fueron tan ambiciosos.

—Será mejor que te prepares por si tienes que matar a tu montura —dijo Cafal.

—No. Es una yegua lezna. La última montura lezna, y es mía. No, estamos unidos. Ambos solos. Si ella debe morir, entonces yo moriré con ella. Que este túmulo sea nuestro hogar para el mundo de los muertos.

—Tienes una forma de pensar un tanto mórbida —repuso Cafal.

—Se ha ganado el derecho —murmuró Setoc, todavía estudiando el suelo mientras caminaba en círculos—. ¡Ah! —Se arrodilló, recogió un objeto pequeño y medio incrustado —. Una moneda. Cobre. —Rascó la mugre para limpiarla y la acercó a la linterna—. No reconozco nada. No es letherii ni bolkando.

Cafal se aproximó.

—Permíteme, Setoc. Mi clan tenía el hábito de coleccionar monedas para confeccionar las armaduras. Fue la condenada cota de malla de monedas la que arrastró a mi padre hasta el fondo del mar.

Ella se la prestó.

Él la estudió un buen rato, por un lado y por el otro, una y otra vez. Y al final suspiró y se la devolvió.

—No. Alguna emperatriz, imagino, con porte regio. Las espadas cruzadas al otro lado podrían simbolizar Siete Ciudades, pero la escritura está mal. Este no es nuestro mundo, Setoc.

—No había pensado que lo fuera.

—¿Has terminado, Cafal? —preguntó Torrente desde el lugar donde hurgaba en la pared, la impaciencia daba aspereza a su tono.

Cafal le ofreció una sonrisa lúgubre y volvió junto a Torrente.

Un largo arañazo seguido de un sonoro golpe, y aire fresco fluyó en la cámara.

—¿Lo oléis? Es un puto bosque.

Ante las palabras de Cafal, Setoc se les unió. Levantó la linterna. *Noche, fresca… más fresca que en Lezna'dan.*

—Árboles —dijo, observando por el agujero a los troncos secos a la vista de la tenue luz.

Cabía la posibilidad de que hubiera un pantano ahí fuera, oía ranas.

—Si es de noche —se preguntó Torrente—, ¿qué hacían los murciélagos aquí dentro?

—Quizá cuando llegamos comenzaba a atardecer. O queda poco para el amanecer. —Cafal tiró de otra piedra—. Ayúdame con esta —pidió a Torrente—. Es demasiado pesada para un solo hombre. Setoc, por favor, apártate, déjanos espacio.

Al sacar la enorme piedra, otras rocas se soltaron. Una enorme mole que hacía de dintel se desprendió y ambos hombres saltaron hacia atrás cuando esta se desplomó. Se elevaron nubes de polvo y un aterrador chirrido quejicoso surgió del techo del túmulo.

Entre toses, Cafal hizo un gesto a Setoc.

—¡Rápido! ¡Fuera!

Ella se arrastró por las piedras, los ojos le picaban, salió al exterior. Dio tres pasos y se giró. Escuchó piedras caer del techo con un ruido sordo. El caballo chilló de dolor. De la entrada surgió Cafal seguido un instante después por Torrente, que de algún modo había logrado hacer que su montura se arrodillara. Sujetaba las riendas y con unos rápidos tirones empujó a su caballo para que avanzara. Salió la cabeza, los ojos resplandecían con la luz de la linterna.

Setoc jamás había visto a un caballo arrastrarse. No había creído que aquello fuera posible, pero allí estaba la yegua arrodillada arrastrándose, cubierta de polvo y ronchas de sudor. Más rocas se desprendieron tras el animal y este gimió de dolor, avanzó, con las patas delanteras arañando el suelo mientras se erguía.

Unos instantes más tarde el animal al fin surgió del montón que era el túmulo derrumbado entre el fragor y el polvo. Los árboles centenarios que habían crecido encima

cayeron en una mezcolanza de ramas y hojas. La madera astillada.

La sangre brotaba de los flancos de la yegua. Torrente calmó al animal de nuevo y atendía sus heridas.

—Ni tan mal —murmuró—. Si se hubiera roto la cadera…

Setoc vio que el guerrero temblaba. La unión que había forjado con aquella yegua desventurada mantenía en su lugar todos los lazos que habían sido cortados con crueldad durante su juventud, y se estaba convirtiendo en algo monstruoso. *Si debe morir, entonces moriré con ella. Qué locura, Torrente. Es un puto caballo, una bestia estúpida cuyo espíritu está quebrado por las riendas y el bozal. Si tuviera la cadera o una pierna rota, nos la comeríamos hoy mismo*.

Ella observó a Cafal mirar al lezna durante un rato, antes de darse la vuelta y estudiar el bosque que los rodeaba. Entonces levantó los ojos al cielo.

—No hay lunas —dijo—. Y las estrellas parecen… borrosas. No hay suficientes. No reconozco ninguna constelación.

—Aquí no hay lobos.

Él la miró.

—Sus fantasmas, sí. Pero… ninguno vive. Huyeron hace siglos.

—Vaya, hay excrementos de ciervo y rastros. Por lo que no murieron de hambre.

—No. Cazados. —Ella se abrazó a sí misma—. Qué hay en la mente de aquellos que matarían hasta el último lobo, que escogerían no escuchar nunca más sus aullidos, o ver (con un escalofrío) a una manada de pie, orgullosa, sobre un risco. Gran brujo, explícamelo, ya que no lo entiendo.

Él se encogió de hombros.

—Odiamos a los rivales, Setoc. Odiamos ver las conocidas llamas en su mirada. Todavía no has estado en tierras

civilizadas. Los animales se marchan. Y nunca vuelven. Se alejan en silencio, y ese silencio se llena con la cháchara de los nuestros. Si tuviéramos la habilidad, incluso mataríamos a la noche. —Sus ojos descendieron hasta la linterna que tenía en la mano.

Con el ceño fruncido, la empapó.

En la oscuridad súbita, Torrente maldijo.

—Eso no ayuda, niña lobo. Encendemos fuegos, pero la oscuridad permanece en nuestras mentes. Arroja luz ahí dentro y quizá no te guste lo que ves.

Una parte de ella quería llorar. Por los fantasmas. Por ella.

—Tenemos que encontrar un modo de volver a casa.

Cafal suspiró.

—Aquí hay poder. Desconocido. Y aun así, puede que sea capaz de usarlo. Lo noto… fragmentado, rasgado. No ha sido usado, creo, en muchísimo tiempo. —Miró alrededor—. Tengo que hacer espacio. Santificarlo.

—¿Incluso sin Talamandas? —preguntó Torrente.

—De poca utilidad me habría sido aquí —replicó Cafal—. Sus amarres están todos cortados. —Miró a Setoc—. Tú, niña lobo, puedes ayudar.

—¿Cómo?

—Invoca los fantasmas de los lobos.

—No. —La idea la hizo sentirse miserable—. No puedo darles nada a cambio.

—Quizás, un modo de cruzar. A otro mundo, incluso al nuestro, donde encontrarían a parientes vivos, donde correrían hombro con hombro junto a ellos, y recordarían la caza, viejas lealtades, chispazos de amor.

Ella lo miró.

—¿Algo así es posible?

—No lo sé. Pero vamos a intentarlo. No me gusta este mundo. Incluso en este bosque, el aire está manchado. Hiede. Tenemos casi toda la noche por delante. Hagamos lo

que podamos para huir de aquí antes de que salga el sol. Antes de que nos descubran.

—Pues santifica tu espacio —dijo Setoc.

Ella se alejó hasta el bosque, se sentó sobre el tronco musgoso de un árbol caído. No, un árbol que habían talado. Ningún hacha podría haber logrado tal nivel de precisión. ¿Por qué lo habían dejado ahí?

—Aquí hay locura —susurró. Cerró los ojos, intentó apartar los pensamientos lúgubres.

¡Fantasmas! ¡Lobos! ¡Escuchad el aullido de mi alma! ¡Escuchad la pena, la rabia! Escuchad mi promesa. Os guiaré fuera de este reino infernal. Encontraré a vuestros parientes. Parientes de sangre caliente, pelaje cálido, el grito de cachorros recién nacidos, el rugido de machos rivales. Os mostraré las praderas, mis pequeños. ¡Paisajes infinitos!

Y los sintió, las bestias que habían caído con dolor y aflicción en este mismo bosque, tanto tiempo atrás. El primero en llegar fue el último superviviente de entonces, el último en ser arrinconado y asesinado con vileza. Escuchó el eco del gruñido de los canes, los gritos de voces humanas. Sintió el terror del lobo, el pavor, la desesperanza. También sintió la sangre de la bestia desparramada sobre el suelo, su rendimiento, la comprensión (en aquel momento final) de que la terrible soledad llegaba a su fin.

Y su mente aulló de nuevo, un grito silencioso que incluso así tronó por las ramas de los árboles en un vuelo áspero. Heló a ciervos y a liebres que iban a lo suyo, como si algún terror antiguo se hubiera despertado en ellos.

Aullidos respondieron. Cerrándose desde todas partes.

¡Venid a mí! ¡Reunid todo lo que quede de vuestro poder!

Pudo oír algo moviéndose en los matorrales, como si la voluntad y la memoria por sí solas pudieran atravesar los helechos. Y sintió, con asombro, más de una especie. Algunas oscuras, de pelaje negro y de baja estatura, los ojos

de un amarillo centelleante; otros más altos en los hombros, delgaduchos, con el pelaje moteado de plata y ébano. Y vio a sus ancestros, bestias incluso mayores, de hocico chato, músculos enormes.

Llegaron en multitudes que escapaban a toda comprensión, y cada uno portaba sus heridas mortales, el asta de lanzas que sobresalían de gargantas y flancos, tajos que supuraban borbotones de sangre de los pechos. Trampas y cepos que colgaban entre chasquidos de extremidades rotas. Hinchados por el veneno. Ella vio, con pavor creciente, un legado de una matanza repleta de odio y rabia, y gritó, un chillido que rasgó su propia garganta.

Torrente gritaba, tratando de controlar el pánico de su caballo mientras todo se llenaba de lobos fantasmales, miles, cientos de miles. Era un mundo antiguo, y aquí, antes que ella, juntándose por necesidad, estaba el peaje amasado por los locos victoriosos, los tiranos triunfantes.

Oh, también había otras criaturas, en la incesante marea, bestias que hacía mucho habían sido reducidas a polvo. Vio venados, bhederin, felinos de gran tamaño. Vio enormes animales peludos con amplias cabezas y cuernos que salían de los hocicos negros. *Tantísimos, dioses, había tantos*...

—¡Setoc! ¡Detente! El poder... ¡es demasiado grande! ¡Me sobrepasa!

Pero ella había perdido el control. No esperaba nada así. La presión, aplastante desde todos los lados, amenazaba con destruirla. Lloró como la última niña en la tierra, el último ser vivo, la única testigo del legado que habían alcanzado todos los suyos. Esta desolación. La victoria suicida sobre la propia naturaleza.

—¡Setoc!

De pronto vio algo que brillaba ante ella: un portal, de un tamaño patético, nada más que un agujero. Levantó una mano temblorosa y lo señaló.

—Mis queridos —susurró—, el camino a través. Ampliadlo.

Habían deambulado mucho más allá de la sala de la matanza, donde grupos de k’chain che’malle parecían haber sido sacrificados. Las linternas proyectaban una luz pobre contra las entrañas metálicas incrustadas en los nichos de las paredes de los pasillos, y desde el techo cables gruesos colgaban, goteando alguna especie de aceite viscoso. El aire apestaba con vapores ácidos, lo que provocaba que les lloraran los ojos. Pasajes laterales se abrían hacia salas atestadas de maquinaria extraña e incomprensible, el suelo cubierto de aceites derramados.

Taxilian condujo a los demás en su exploración, encaminándose en las profundidades del laberinto de anchos pasillos de techo alto. Un paso por detrás, Rautos lo escuchó, pero no distinguió las palabras. Temía que Taxilian se hubiera vuelto loco. Este era un mundo extraño, moldeado por mentes extrañas. El sentido y la comprensión los eludían por completo, y de aquí nacía el miedo.

Tras Rautos, casi pisándole los talones, estaba Aliento, tosía y respiraba con dificultad, como si su eterna cháchara sobre ahogarse hubiera espesado el aire a su alrededor.

—¡Túneles! —siseó—. Odio los túneles. Agujeros, cuevas. Salas siempre oscuras. ¿Adónde nos conducen? Hemos descendido incontables rampas que llevan a niveles superiores. ¿Qué busca el loco?

Rautos no tenía respuestas, así que no contestó.

Tras Aliento, Sheb y Nappet discutían. No faltaba mucho para que se pelearan a golpes; eran demasiado parecidos. Ambos agresivos, de una amoralidad fundamental, traicioneros de nacimiento. Rautos deseaba que se mataran entre ellos. Nadie los echaría en falta.

—¡Ah! —gritó Taxilian—. ¡Lo encontré!

Rautos se acercó junto al hombre. Se quedaron de pie en el umbral de una gigantesca sala de ocho paredes. Un estrecho anaquel se abría delante de ellos, al nivel del pasillo por el que acababan de llegar. El suelo se perdía en la oscuridad de debajo. Taxilian miró hacia la derecha, con la linterna en alto.

El monstruoso mecanismo que ocupaba el centro del espacio se alzaba un nivel tras otro, tan solo un par con balcones para encajar, hasta que se desvanecía por encima. Parecía estar construido por entero en metal, resplandeciente como cobre y el hierro más puro, ocho cilindros cada uno del tamaño de la torre de una ciudad.

Los tapones sobresalían de cepos atornillados que unían los segmentos cada dos niveles, y enganchados a estos había una especie de cuerdas negras flexibles que se alargaban como hilos de una telaraña olvidada, convergiendo en enormes cajas de metal fijas en las paredes. Rautos bajó la mirada y solo logró discernir un cambio en la configuración de las torres, como si cada uno estuviera sobre la cúpula de un panal de abejas.

Fijó la mirada en una pieza de metal doblada con una gran perfección entre dos encajes, y frunció el ceño como si el cieno que cubría un recuerdo sumergido hubiera sido apartado. Tanteó hacia esta, contuvo un gemido, y las nubes cegadoras volvieron, y volvió a apartarlas. Se tambaleó y hubiera caído de la repisa de no ser porque Aliento lo sujetó.

—¡Idiota! ¿Quieres matarte?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento. Gracias.

—Ni te molestes. He actuado por instinto. Si lo hubiera pensado, seguramente te habría dejado caer. No eres nada para mí, gordo. Nada. Nadie, ni aquí, ni ninguno de vosotros.

Ella levantó la voz para cerciorarse de que todos escuchaban sus palabras.

Sheb resopló.

—La zorra necesita que le den una lección, o dos.

Aliento se giró para encararlo.

—¿Te apetece una rica maldición? ¿Qué parte de tu cuerpo quieres que se te pudra antes? Quizás elija yo…

—Pon tu magia sobre mí, mujer, y te estrangulo.

Ella soltó una carcajada y le dio la espalda.

—Juega con Asane si tienes ganas.

Rautos, tras coger aire, se dirigió a Taxilian, que había comenzado a caminar por la repisa, los ojos fijos en la estructura.

—Es un mecanismo —dijo cuando Rautos se acercó.

—¿Un qué? ¿Como un molino? Pero no veo engranajes ni…

—Sí, como un molino. Los engranajes y las manivelas puedes esconderlas dentro, en habitaciones donde se mantienen limpias del polvo. Todavía más relevante es que puedes sellar cosas y usarlas en presiones alternas, y mover cosas de un lugar a otro. Es una práctica común en la alquimia, especialmente si uno usa tales presiones alternando entre frío y calor. En una ocasión vi a una invención mágica que podía sacar el éter de una jarra de cristal, y por ende apagar la llama de dentro. Una bomba ligada a ciertas áreas se podía usar para extraer la vida que existe en el aire. —Hizo un gesto hacia las torres con la mano—. Calor, frío, creo que son cámaras presurizadas o algo así.

—¿Para qué?

Taxilian le miró con un brillo en la mirada.

—Eso quiero averiguar.

No había escaleras o puentes entre las torres. Taxilian lo condujo de vuelta a la entrada.

—Vamos arriba —dijo.

—Necesitamos comida —repuso Último, la expresión de preocupación, asustado—. Podríamos perdernos aquí dentro…

—Deja de quejarte —gruñó Nappet—. Podría sacarnos de aquí en un periquete.

—Ninguno de vosotros —interrumpió Asane, y asustando a todos— quiere hablar de lo que encontramos en la primera sala. De eso huís todos. Esos… esos monstruos, fueron masacrados. —Los miró con intensidad, desafiante, y continuó—: ¡Lo que acabó con ellos puede seguir aquí! No sabemos nada de este lugar…

—Esos monstruos no murieron en batalla —apuntó Sheb —. Era un ritual de muerte. Un sacrificio, eso fueron.

—Quizá no tuvieron elección.

Sheb resopló.

—No me imagino a muchas bestias que puedan escoger ser sacrificadas o no. Claro que no la tuvieron. Este lugar está abandonado, podéis sentirlo. Olerlo en el aire estancado.

—Cuando subamos —dijo Último—, saldremos de la zona húmeda, y veremos si hay rastros en el polvo.

—Dioses del Abismo, el granjero al fin resulta útil —exclamó Nappet con una sonrisa sardónica.

—Vamos, pues —dijo Taxilian, y emprendieron la marcha. Una vez más, el resto lo siguió.

Ondeando entre todos ellos, sin voz, medio cegado por la pena que lo cubría como cortinas de lluvia, el fantasma ansiaba poder contactar con ellos. Con Taxilian, con Rautos, incluso con el estoico y duro de mollera Último. En su viaje a través de las entrañas de la Fortaleza Dragón había brotado la sabiduría, atronadora, las sacudidas que lo empujaban.

Conocía este lugar. Conocía su lugar. Kalse Enraizado. Lugar propiedad de los k'chain che'malle, una fortaleza fronteriza. Un enorme cuerpo del que se había extraído toda la vida, un cadáver que observaba con ojos muertos la llanura. Y sabía que un asesino shi'gal había asesinado a aquellos cazadores k'ell. Para sellar el fracaso de aquel fuerte.

El fracaso se aproxima. El canto susurrado, la canción de las escamas. El gran ejército que emergió de aquí ha sido aniquilado. No ha quedado nada más que una patética retaguardia. Los centinelas j'an se habrían llevado a la matrona, al campo de los caídos, para enterrarla eternamente.

¡*Taxilian! Escúchame. Lo que no tiene vida no está muerto por necesidad. Lo que cae puede alzarse de nuevo. Ten mucho cuidado en este lugar*…

Pero los gritos no fueron escuchados. Estaba atrapado fuera, inutilizado con todo lo que sabía, con aquella cascada de secretos con los que podía hacer poco más que tambalearse hacia un abismo de ignorancia.

Conocía el modo en que Asane pensaba, cómo ansiaba escapar de su propia carne. Quería escapar a todo lo que la había fallado. Su maldita carne, sus órganos moribundos, su propia mente. Había despertado ante la comprensión de que el cuerpo era una prisión, pero una propensa al terrible e inexorable declive. Oh, siempre estaba aquella huida final, cuando las barras corroídas dejaban de suponer una barrera; cuando el alma era libre para volar, para despegar en busca de costas inexploradas. Pero con aquella liberación, según sabía, todo lo que ella se llamó a sí misma se perdería. Asane dejaría de ser. Cesaría, y lo que nació de las cenizas no tendría consideración alguna por lo vivo que se dejaba atrás, ni por el mundo de dolor, de sufrimiento. Se transformaba en indiferencia, y todo lo que era pasado, y

todo lo que pertenecía a la vida mortal que había terminado, no tenía importancia; no podía entender aquel renacimiento tan cruel.

Y aun así deseaba la muerte. Ansiaba escapar de aquel caparazón seco y toda su decrepitud creciente, el desgarro hacia el camino de los quebrados. Solo el miedo la contenía, lejos de la repisa en aquella cámara de ocho lados, lejos de la caída mortal hacia algún piso fuera de la vista ahí abajo. Y aquel mismo miedo la tenía helada en aquel momento. Los demonios deambulaban por aquella fortaleza. Ella tenía pavor ante lo que estaba por llegar.

Un paso por detrás estaba Último, que había escogido de un modo muy acertado la posición de retaguardia. Sus hombros encorvados, la cabeza echada hacia delante como si el techo del pasillo fuera mucho más bajo en realidad. Era un hombre acostumbrado a sitios abiertos, cielos infinitos, horizontes vastos. Dentro de aquel laberinto fantasmagórico, se sentía diminuto, casi tullido. El vértigo lo acosaba en cada giro y en cada esquina. Vio las paredes cerrarse sobre él. Sintió la masa de cada una cernirse encima, el peso inenarrable de incontables pisos por encima.

Tuvo un recuerdo súbito de su niñez. Había estado ayudando a su padre. Antes de que las deudas los ahogaran, antes de que se lo llevaran todo y nada tuviera sentido. Recordó haber ayudado a su padre a desmontar una valla tras los establos. Habían soltado las tablas de madera y ahora las amontonaban en una pila desordenada a un lado del gallinero. Terminar una tarea que habían comenzado meses antes, antes de plantar. A última hora de la tarde el cobertizo ya estaba desmontado, y su padre le pidió que reorganizara los tablones, por tamaño y estado.

Se puso manos a la obra. Los recuerdos se enturbiaban entonces, hasta el momento en que alzó un madero gris y marchito, uno de la estación pasada, y observó que su

reciente trabajo había aplastado un nido de ratones, el entramado de hierbas plano, una mancha de sangre y diminutas entrañas. Sin pelo y rosados, los cachorritos yacían desparramados, chafados, cada uno con su única gota de sangre. Ambos padres asfixiados bajo el sobrepeso.

Se arrodillo junto a aquel tablón, su presencia fue como la de un dios inclinándose sobre la familia que había destruido. Era una tontería lamentarse, claro. Había muchísimos más ratones. El Errante sabía que el gato de campo siempre estaba gordo. Así que, era estúpido llorar.

Sí, había sido tan solo un niño. Una edad sensible, desde luego. Más tarde aquella noche su padre lo tomó de la mano y lo llevó hasta una modesta carreta en el antiguo terreno, siguiendo con lo que había sido su ritual tras la cena desde que perdieron a su madre, y quemaron las canastas de caña anudada con las flores secas que ardieron con un fuerte resplandor el instante en que las llamas las tocaron. Volutas de fuego que iluminaron sus ojos con intensidad. Y cuando su padre vio las lágrimas en las mejillas de su hijo lo acercó y dijo:

—Lo he estado esperando.

Sí, los niveles de encima parecían haber crecido, las paredes se habían vuelto sólidas y gruesas. No había motivos para pensar que todo se derrumbaría por el empujón despreocupado de un dios. Este tipo de pensamientos, bueno, solo lograrían enfadar a cualquiera. De modos que cualquier niño entendería.

Caminó con las enormes manos convertidas en puños.

Sheb estaba bastante seguro de que había muerto en una prisión, o había estado lo suficientemente cerca de morir como para que el celador ordenara a los porteadores que lo arrojaran a los pozos de cal, y allí lo tiraron sobre una pila de cadáveres polvorientos. El dolor punzante de la cal lo estimuló del olvido enfebrecido, y debió de salir por sí

mismo, ayudándose de los cadáveres que había amontonados sobre él.

Recordó el esfuerzo. Enorme, pesos inmutables. Recordó incluso pensar que había fracasado. Que era demasiado débil, que jamás sería libre. Incluso rememoró ver huellas de ampollas enrojecidas sobre la piel de los brazos, pelándose cuando las rascaba con furia. Y una pesadilla en la que se sacaba los ojos ardientes de las cuencas para poner fin a tanta agonía.

Engaños macabros, desde luego. Se había ganado la libertad. En caso contrario, ¿seguiría vivo? ¿Caminando junto a Nappet? No, los había engañado a todos. Aquellos agentes de Hivanar que arrojaron los cargos de malversación sobre él, los abogados que lo sobornaron para que saliera de los Ahogamientos (lugar en el que, sabía bien, hubiera sobrevivido), viéndose arrojado a los campos de trabajo. Diez años de duras labores. Nadie sobrevivió a aquello.

Excepto yo. Sheb el imposible de matar. Y un día, Xaranthos Hivanar, volveré para robarte el resto de tu riqueza. Todavía sé lo que sé, ¿no? Y pagarás por mantenerme en silencio. Y esta vez no seré cuidadoso. Veré tu cadáver en un pozo. Lo juro ante el Errante. ¡Lo juro!

Junto a Sheb caminaba Nappet con una sonrisa fría y dura. Sabía que Sheb quería ser el abusón del grupo. El hombre tenía un corazón viperino, una roca dura, que bombeaba veneno con cada latido. Una de esas noches, prometió, tiraría al idiota de espaldas y le daría el cabezazo de la serpiente en el lugar adecuado.

Sheb había estado en una prisión letherii, Nappet estaba seguro de ello. Sus costumbres, sus hábitos, su inquieta forma de moverse. Todo aquello le daba las pistas suficientes sobre la pequeña rata de Sheb. Lo habían usado bien en aquellas celdas. Callos en las rodillas. Aliento de pescado.

Mejillas suaves. Había una buena cantidad de nombres para un hombre como él.

Sheb había recibido lo suficiente como para que le comenzara a gustar, y toda esa tontería entre Nappet y Sheb, bueno, era para ver quién era el primero que usaba el viejo truco de estirarse como un gato.

Cuatro años de romperse la espalda cavando cerca de Rosazul. Aquella había sido la sentencia de Nappet por aquel pequeño desastre sanguinolento en Letheras, el marido de su hermana al que le gustaba sacudir a la frágil mujer. Bueno, ningún hermano se quedaría de brazos cruzados. Por lo menos un hermano que valiera la pena.

La única maldita pena fue que no logró matar al cabrón. Casi, eso sí. Rompió suficientes huesos como para que el hombre tuviera problemas al levantarse, mucho menos romper cosas de la casa y golpear a mujeres indefensas.

Tampoco es que ella se lo agradeciera. La lealtad de la familia solo iba en un sentido, parecía ser. La perdonó rápido por haberlo vendido. Ella se encontró una escena de lo más desagradable, después de todo. Muchos gritos. Su pobre mente estaba confusa, nunca había sido demasiado lista. De haberlo sido, jamás se habría casado con un narigudo fanfarrón y medio mierda.

En cualquier caso, Nappet sabía que cogería a Sheb tarde o temprano. Siempre que él entendía que entre ambos él era el hombre al cargo. Y sabía que a Sheb le gustaría duro, por lo menos al principio, para poder aparentar furia, herido y todo eso. Ambos jugaban en el mismo campo, al fin y al cabo.

Aliento se tropezó y Nappet la empujó.

—Estúpida. Frágil y estúpida, eso eres, como todas las demás mujeres. Casi tan mala como la bruja de ahí detrás. Tienes un pantano seco en ese pelo rubio, ¿lo sabías? Hiedes a pantano, y no hemos cruzado ninguno.

Ella lo miró con furia antes de seguir adelante.

Aliento podía oler el barro. Su hedor parecía brotar de sus poros. Nappet tenía razón en eso, pero aquello tampoco detenía sus pensamientos sobre cómo matarlo. Si no fuera por Taxilian, y quizá por Último, él y Sheb ya la habrían violado. Una o dos veces, para que le quedara clarito quién estaba al cargo. Tras aquello estarían contentos el uno con el otro, estaba segura.

En una ocasión le contaron una historia, sin embargo, no podía recordar quién se la contó o dónde había sido. Era un relato sobre una chica que era una bruja, aunque no lo sabía por entonces. Era la vidente de las Losas mucho antes de ver su primera Losa. Un don que nadie había pensado en buscar en aquella pequeña niña de pelo de paja.

Incluso antes de su primer flujo de sangre, los hombres ya iban tras ella. No los altos de piel gris, aunque la chica era a los que más temía (por motivos que jamás explicó), sino los hombres que vivían en el mismo lugar que ella. Letherii. Esclavos, sí, esclavos, como ella. Aquella niñita. Aquella bruja.

Hubo un hombre, quizás el único entre todos ellos, que no la miró con ansia. No, en su mirada había amor. Lo real y genuino que las chicas soñaban con hallar. Pero él era de casta baja. No era nada. Cosía redes, un hombre cuyas manos enrojecidas escamaban peces cuando terminaba su jornada.

La tragedia era esta. La chica no había encontrado todavía sus Losas. De haberlo hecho antes, se habría llevado a aquel hombre a la cama. Lo habría convertido en su primer hombre. Para que aquello que naciera entre sus piernas no fuera fruto del dolor. Para que no hubiera tanta oscuridad en sus deliciosos deseos.

Por lo tanto, antes de las Losas se había entregado a otros hombres, sin amor. Se había entregado para que la usaran.

Los mismos hombres que a cambio le dieron un nuevo nombre, uno nacido de la leyenda del Cuervo Blanco, que en una ocasión ofreció el don del vuelo a los humanos, en forma de una pluma única. Y, apresurados por las promesas, los hombres se afanarían a aquella pluma, deseosos de volar. Tan solo para descender a sus muertes. Con al cuervo carcajeándose viéndolos caer. Los cuervos necesitaban comer, como todos, al fin y al cabo.

Yo soy el Cuervo Blanco, y me alimentaré de vuestros sueños. Con fruición.

La llamaban Pluma, por la promesa que ofrecía, y que nunca entregaba. De haber descubierto las Losas, Aliento estaba segura, le habrían puesto otro nombre. Aquella niñita rubia. Fuera quien fuese.

Rautos, que todavía tenía que descubrir el nombre de su familia, pensaba en su mujer. Trataba de recordar algo de sus vidas juntos, algo que no fuera la devastadora miseria de los últimos años.

Un hombre no se casa con una chica, ni con una mujer. Se casa con una promesa, y brilla con una pureza imperecedera. Reluce, en otras palabras, con la gloria de las mentiras. El engaño autoimpuesto. La promesa era simple, conveniente para un joven cabeza hueca, y en su esencia, ofrecía la mentira de que el momento presente era eterno; que nada cambiaría; ni las llamas del deseo, ni la carne, ni las intensas miradas.

Y ahí estaba, al final de un matrimonio. Dónde estaba ella era algo que desconocía. Quizá la había asesinado. Quizá, ya que era más probable dada la cobardía que albergaba su alma, había huido de ella. Daba igual. Ahora podía mirar atrás con una claridad horrorosa, y ver que su disolución encajaba con la suya propia. Ambos habían vivido como una masa de cera, derritiéndose estación tras estación, descendiendo a algo amorfo, algo que ni siquiera se

acercaba a las formas que habían tenido. Húmedos, flácidos, dos montones de olores acre, piel blanda, gemidos nacidos de movimientos erráticos. Ambos eran unos idiotas, no se habían desplazado durante todos aquellos años de la mano. No, no disponían de tal conocimiento, aquella irónica identificación de lo inevitable.

Ninguno había mitigado sus deseos de juventud con los límites impuestos con tanta crueldad por la edad. Había soñado con encontrar a una mujer más joven, alguien en edad de casarse, blanda, impoluta. Ella había deseado a un benefactor más alto y fornido para calentar su cama con romance y deleitarla con encantos.

No habían logrado nada a pesar de todos aquellos deseos excepto miseria y soledad. *Como dos sacos de arpillera repletos de baratijas deslustradas, cada uno tirado en su habitación. Cogiendo polvo y telarañas*.

Dejamos de hablar. No, para ser sincero, nunca llegamos a hablar. Oh, nos cruzamos en suficientes ocasiones durante aquellos primeros años. Sí, hablábamos cuando nos veíamos, con avidez y dureza, sin humor ni ironía. Éramos unos estúpidos. ¿Podríamos haber aprendido a reír entonces? Tanto podría haber cambiado. Tantísimo...

Arrepentimientos y monedas, la deuda se apilaba.

Aquella fortaleza pesadillesca encajaba a la perfección con el caos en su cabeza. Mecanismos incomprensibles, máquinas gargantuescas, pasillos y extrañas rampas que conducían hacia los siguientes niveles superiores, misterios por todas partes. ¿Cómo podía colapsar tan rápido la sabiduría? ¿Qué le estaba pasando? ¿Podía una mente hundirse en algo informe y desestructurado para encajar en la carne que lo sustentaba?

Quizá, pensó sorprendido, no había huido tal y como creía. En vez de ello, estaba tirado en su blanda cama, los ojos abiertos pero sin ver nada más que la verdad, mientras

que su alma deambulaba el laberinto de un cerebro fragmentado. El pensamiento horrorizó a Rautos y aceleró el paso hasta que alcanzó a Taxilian.

Este se giró para mirarlo y alzó las cejas.

Rautos murmuró una disculpa, se secó el sudor de la cara flácida.

Taxilian devolvió su atención a la empinada rampa ante él, y el final que podía ver delante. El aire cada vez era más caliente. Sospechaba que había conductos y ventanales que desplazaban las corrientes de calor y de frío a través de aquella extraña ciudad, pero todavía no habían descubierto ninguno, ni una sola apertura. Y no había ráfagas que soplaran. Si las corrientes fluían en aquel aire, estaban silenciadas, tan restringidas que la piel humana no podía sentir el roce susurrante.

La ciudad estaba muerta, y aun así vivía, respiraba, y en algún lugar un corazón latía con un ritmo lento, un corazón de hierro y latón, de cobre y aceite acre. Válvulas y engranajes, ruedas y manivelas, collares y remaches. Había encontrado los pulmones, y sabía que en alguno de los niveles que todavía tenían que cruzar hallarían el corazón. Y más arriba todavía, en el cráneo del dragón, donde dormía la gigantesca mente.

Toda su vida, sueños repletos de pensamientos, su mundo interior, se había desarrollado como lo haría un dios, hacedor de invenciones imposibles, máquinas tan complejas, tan enormes, que estallarían como relámpagos eléctricos si una mente humana los comprendiera de improvisto. Creaciones para transportar a la gente a través de grandes distancias, con más suavidad que cualquier montura o embarcación. Otras que podían rodear un alma humana, preservar sus pensamientos y sentidos, el propio conocimiento de uno mismo, y mantenerlo todo a salvo más allá de la decadencia de la carne mortal. Creaciones para

terminar con la hambruna, la pobreza, para aplastar la avaricia antes de que esta naciera, para echar a la crueldad y a la indiferencia, para desafiar cada injusticia y negar la atracción de placer sádico.

Construcciones morales. Oh, eran los sueños de un loco, eso seguro. Los humanos insistían sobre los demás para que se comportaran, pero en pocas ocasiones forzaban las mismas bases entre ellos. Las justificaciones tenían su base de lógica, alimentándose del oportunismo y los engaños de las propiedades piadosas.

De niño, había oído aquellas historias de héroes, altos, de rostro estoico, aventureros que reclamaban los estandartes del honor y la lealtad, de la verdad y la integridad. Y aun así, según surgían estas historias, Taxilian se iba descubriendo asediado por un pavor creciente, a medida que el héroe machacaba y asesinaba a incontables víctimas a lo largo de su camino, todo en la búsqueda de lo que fuera que él (y el mundo) consideraban una meta justa. Su justicia era afilada, pero tenía un solo filo, y el esfuerzo de las víctimas de preservar sus vidas de algún modo se convertía en un acto sórdido y malévolo.

Pero una máquina moral, ah, ¿no estaría forzada solo por la mecánica para sostenerse a sí misma a las mismas bases que proponía para el resto de las entidades sentientes? Inmune a la hipocresía, su gobierno sería absoluto y absolutamente justo.

Los sueños de un joven, confianza ciega. Tal máquina, sabía ahora, concluiría rápidamente que la única acción justa de verdad era la aniquilación completa de toda forma de vida inteligente en todos los reinos conocidos. La inteligencia estaba incompleta, quizá siempre lo había estado, era defectuosa. No podía distinguir sus propias mentiras de las verdades. A escala de uno mismo, a menudo

tenían el mismo peso. Los fallos y la malicia eran argumentos solo de intención, no de efecto.

Siempre habría violencia, catástrofe, estupidez supina, al fin y al cabo, era el legado corrompido de tales cosas.

Y aun así. *Y aun así. El dragón da hogar a una ciudad, la ciudad que vive cuando ni siquiera sobreviven los ecos al caminar sus calles. Su propia existencia es un saludo de bienvenida*.

Taxilian creía (bueno, creía creer) que descubriría una antigua verdad en aquel lugar. Llegaría, sí, y se encontraría cara a cara con un constructo moral. Y en cuanto a las palabras previas de Asane, su inquietud por los k'chain che'malle masacrados en la primera sala, tal escena cobraba sentido para él. Había sido realizada con la única justicia posible.

Si pudiera despertarlo una vez más, la perfección volvería al mundo.

Taxilian no sentía nada, claro, del horror que sentía el fantasma ante tales ideas. La justicia sin compasión era la destructora de la moralidad, una asesina ciega a toda empatía.

Deja tales cosas para la naturaleza, para las fuerzas que ni los dioses pueden controlar. Si debes sostener una fe, Taxilian, quédate con esa. La naturaleza puede que sea lenta, pero encuentra siempre un equilibrio. Y ese es un proceso que ninguno de nosotros puede detener, ya que pertenece tan solo al tiempo.

El fantasma supo entonces que tenía algo con el tiempo.

Llegaron a una gigantesca sala repleta de vasijas en las cuales crecían hongos y una caterva de plantas extrañas que parecían no necesitar luz. Se tropezaron con nidos

inquietos de ratas escamadas (orthen), que se escurrieron entre chillidos de la luz de la linterna.

Hileras de dormitorios, una tras otra, salones de reunión y lugares de oración. Casetas de trabajo y espacios de techos bajos daban lugar a manufacturas arcanas. Montones de metal, cada uno idéntico al otro, prueba de una precisión apabullante. Armerías que contenían filas de extrañas armas, almacenes con pilas de paquetes con comida, cámaras de hielo con carne descuartizada y congelada que colgaba de ganchos. Nichos donde se guardaban pernos de tela, cuero y pieles escamadas. Salas abarrotadas de cuencos en estanterías.

Una ciudad que los aguardaba.

Y aun así, Taxilian los llevó más arriba. Como si estuviera poseído.

Una revuelta estalló. Campamentos armados de isleños corrían arriba y abajo de la orilla, mientras multitudes se metían en los bosques, las armas resbaladizas y goteando, rumbo a los campamentos improvisados, llevaban a cabo saqueos patéticos sobre los refugiados más pobres. Asesinatos, violaciones y, por todas partes, llamas anaranjadas que arrojaban luz. Antes del amanecer, los fuegos habían carbonizado todo el bosque, y cientos habían muerto por el humo y el calor.

Yan Tovis había conducido a sus temblor hasta la orilla pedregosa, donde por estadística lo peor de los asesinos quedaba a raya.

Los antiguos prisioneros del Fuerte de la Segunda Doncella no habían encajado bien el rumor (por desgracia, bastante exacto) de que la reina del Crepúsculo se estaba preparando para llevarlos hacia un mundo desconocido, un reino de oscuridad, una senda sin fin. Si ella fracasaba y

perdía el camino, los dejaría a todos abandonados, atrapados para siempre en un erial que jamás había conocido la luz del sol, el bendito calor del astro.

Unos pocos miles de isleños se habían refugiado entre los temblor. El resto sabía que estaban ocupados muriendo o matándose en medio del humo gris y las llamas voraces. De pie, observando la loma devastada, con los mórbidos tocones y las tiendas destruidas, su rostro cubierto de ceniza y sudor, los ojos llorosos por el humo, Yan Tovis trató de encontrar su coraje, su voluntad para liderar de nuevo. Estaba exhausta, en los huesos y en el alma. Oleadas de cenizas encendidas soplaban contra su cuerpo. Gritos distantes viajaban por el viento, apagando los gruñidos de la muchedumbre variada que cada vez estaba más cerca.

Alguien empujaba entre la multitud, detrás de ella, soltando maldiciones y advertencias lúgubres. Un instante después, apareció Chapoteo.

—Hay casi mil que sestán ahogando ahí detrás, reina. Cuando se harten nos pasarán por encima. Tenemos una línea de antiguos guardas y má entre nosotros y ello. Más te vale hacer algo ya… alteza.

Ella era capaz de escuchar las peleas abajo en la playa. Crepúsculo frunció el entrecejo. Algo en aquel sonido…

—¿Lo oyes? —preguntó a la bruja, encogiéndose de miedo.

—¿Eh?

—Una avanzadilla organizada, Chapoteo. —Y pasó de largo a la bruja, de camino hacia el chasquido de hierro, los gritos que eran órdenes, los chillidos y los aullidos de saqueadores al morir. Incluso en la intermitente luz de las llamas del bosque, vio que la multitud reculaba. Una cuña de soldados letherii empujaba a través, cada vez más cerca.

Crepúsculo se detuvo. *Yedan Derryg. Y su tropa. Mi hermano, ¡maldito sea*!

Vio a sus antiguos guardianes removerse inquietos cuando la cuña pasó los últimos saqueadores. No sabía si los recién llegados los atacarían a ellos ahora. En caso afirmativo, los apenas armados isleños caerían hechos pedazos. Crepúsculo se apresuró, determinada a arrojarse en medio de los dos contingentes.

Escuchó a Yedan rugir una orden, y vio la perfecta precisión de sus treintaitantos soldados situarse alrededor, deshaciendo la cuña, alineándose para formar una nueva hilera que encaraba la agitada multitud de saqueadores, alzaron los escudos y desenvainaron.

La amenaza de aquella dirección estaba sofocada. Los números actuales eran irrelevantes. La disciplina entre unos pocos podía vencer a una gran multitud. Aquella era la doctrina letherii, nacida de incontables batallas contra tribus salvajes en las tierras fronterizas. Yan Tovis lo sabía tan bien como su hermano.

Se abrió paso entre sus guardias isleños, vio alivio en las caras que se giraron para mirarla, la salvación súbita de una muerte certera.

Yedan, ennegrecido por el hollín y manchas de sangre, debió de verla mucho antes de que ella los observara, ya que se plantó en medio de su camino, alzó las guardas para las mejillas del yelmo, y mostró así la barba negra y los gruesos músculos de la mandíbula.

—Mi reina —dijo—. El alba se aproxima con presteza. El momento de la guardia casi ha pasado. Perderás la oscuridad. —Dudó, y entonces dijo—: No creo que podamos sobrevivir otro día en esta revuelta.

—Claro que no, ¡puto bastardo!

—El camino a Gallan, mi reina. Si vas a abrir la ruta, debe ser ahora. —Hizo un gesto con el guantelete—. Cuando vean nacer el portal, intentarán ir hacia él. Para escapar a las

llamas. Para escapar a la venganza de este reino. Tendrás a dos mil criminales pisándote los talones.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —Incluso mientras preguntaba sabía que él no respondería. Lo sabía, y quería gritar.

—Reina, mis soldados mantendrán el portal.

—¡Y serán masacrados!

Él no respondió. Los músculos se endurecían con un ritmo irregular bajo la barba.

—¡Maldito seas! ¡Maldito cabrón!

—Desvela el camino, mi reina.

Ella se giró hacia sus dos capitanas que estaban entre los antiguos guardianes de prisión.

—Sucinta. Brevedad. Ayudad a los soldados de Yedan Derryg. Tanto como podáis. Pero aseguraos de no enzarzaros en algo de lo que no podáis salir. Os quiero al otro lado de la puerta, ¿entendido?

—Como ordenes, alteza —respondió Brevedad.

Yan Tovis observó a las dos mujeres, preguntándose de nuevo por qué las habían escogido como capitanas. Jamás habían sido soldados. Era fácil verlo. Criminales de la cabeza a los pies, eso seguro. Sin embargo, podían liderar. Sacudió la cabeza y se encaró a su hermano.

—¿Nos seguirás?

—Si podemos, mi reina. Pero debemos asegurar la resistencia hasta que veamos que el portal flaquea. —Hizo una pausa, y entonces añadió con su típica brevedad—. Será ajustado.

Yan Tovis querría arrancarse el pelo.

—Entonces comienzo, y… —dudó—, hablaré con Tirón y Chapoteo. Yo…

—No defiendas lo que he hecho, hermana. El momento de liderar es ahora. Ve, haz lo que tengas que hacer.

Dioses, menudo idiota rematado.

No mueras, maldita sea. ¡Ni se te ocurra morir!

No sabía si él la escuchó lloriquear al marcharse. Se había colocado las guardas de las mejillas. Además, aquellos yelmos lo mitigaban todo menos las heridas más profundas.

El camino a Gallan. El camino a casa. Siempre me conduce a preguntarme, ¿por qué me fui en primer lugar? ¿Qué me alejó de Gallan? ¿La primera orilla? ¿Qué contaminó el agua para que no pudiéramos vivir allí?

Llegó al antiguo muladar de conchas donde ella y las brujas habían santificado el suelo, trepó, dolorida y desesperada, para unirse al par de brujas.

Sus ojos brillaron de locura o terror. Nunca estaba segura con las viejas.

—¿Ahora? —preguntó Tirón.

—Sí. Ahora.

Yan Tovis se dio media vuelta. Desde aquel lugar elevado podía ver sus seguidores acobardados. Su gente, amontonada a lo largo de la playa. El bosque tras ellos era una muralla de fuego. Cenizas y humo, una conflagración. *Esto, esto es lo que dejamos atrás. Recuérdalo*. Desde aquel lugar no podía ver a su hermano.

Nadie tiene que preguntarnos por qué abandonamos este mundo.

Se giró y desenfundó las dagas bendecidas. Y se abrió los antebrazos. El obsequio de la sangre real. Para la orilla.

Tirón y Chapoteo gritaron las palabras del desgarro, las manos engarfiadas agarraban sus muñecas, humedeciéndose en su sangre como sanguijuelas.

No deberían quejarse. Solo quedan esas dos. Aprenderán, creo, a agradecérselo a mi hermano. Cuando vean lo que les otorga la sangre real. Cuando vean.

La oscuridad se abrió. Impenetrable, un portal inmune al agua donde terminaba su parte inferior.

El camino a casa.

Entre lágrimas, Yan Tovis, Crepúsculo, reina de los temblor, soltó los brazos de la tenaza de las brujas, y se sumergió en su interior. En el frío pasado.

Donde nadie podía escuchar sus aullidos de aflicción.

La multitud dudó más de lo que Yedan había esperado, cientos de voces gritando al ver el nacimiento del portal, aquellos gritos se convirtieron en necesidad y entonces rabia cuando el temblor y los isleños entre ellos se internaron por la puerta, desvaneciéndose, escapando a aquella locura.

Plantó resistencia con su tropa, evaluando a los alborotadores más próximos.

—Capitana Brevedad —dijo por encima del hombro.

—Guardia.

—No os retraséis aquí. Haremos lo necesario.

—Tenemos órdenes.

—He dicho que resistiremos.

—Lo siento —espetó la mujer—. No estamos de humor para ver cómo te pones en plan heroico.

—Además —añadió Sucinta—¸ nuestros compañeros no podrían vivir con la idea de dejarte aquí solo.

Media docena de voces protestaron con ganas ante aquella declaración, ante lo cual las dos capitanas rieron.

Mordiéndose una sonrisa, Yedan no contestó. La multitud estaba a pocos instantes de aplastarlos. Los empujaban desde detrás. Siempre era así, lo sabía. El coraje de otra persona, tan ruidoso en su refugio entre paredes de carne, tan fácil con la vida de los demás. Vio un remolino agitado, lo peor de ellos, y grabó los detalles en su mente, para comprobar su coraje cuando llegara el momento de enfrentarse con ellos cara a cara.

—Despertad, soldados —voceó—. Aquí vienen.

El primer movimiento en hacer retroceder a una multitud a la carga eran dos pasos rápidos hacia delante, justo contra los morros de los atacantes en vanguardia. Acabar con ellos, retirarse un solo paso y aguantar. Cuando los supervivientes atacaban hacia delante una vez más, repetir el ataque, destructor y brutal, y esta vez avanzar contra la muchedumbre, las hojas amputando, hundiéndose en la carne, los escudos aplastando cuerpos, talones de acero machacando aquellos que habían caído.

Las hileras más cercanas retrocedieron ante el asalto.

Contraatacaron, como una ola contra la playa.

Yedan y su tropa acometieron una matanza feroz. Duró veinte latidos frenéticos, y de nuevo atrás un paso, y otro. Los saqueadores mejor armados comenzaron a aparecer, estrellándose contra el frente. El primer soldado letherii cayó, apuñalado en el muslo. Dos de los guardias de Brevedad corrieron hacia delante y sacaron al hombre de la línea. Vendaron la herida con mechones de tela de araña.

Sucinta chilló desde una posición directamente tras Yedan.

—¡Hemos avanzado más de la mitad, Guardia!

Los enemigos armados que caían contra sus soldados se retiraban o morían a sus pies. Los últimos entregaron las armas a más de dos guardias de las capitanas, que las alcanzaron tan rápidos como felices y las alejaron antes de que los atacantes pudieran recuperarlas. Las dos mujeres estaban ocupadas armando a otros para organizar la retaguardia. Yedan no pudo imaginar otro motivo para la arriesgada y, todo sea dicho, irritante táctica.

Sus soldados comenzaban a cansarse, habían pasado bastante tiempo vistiendo armadura completa. Había sido blando al mantenerlos en forma. Demasiado tiempo cabalgando y muy poco en marcha. ¿Cuándo fue la última

vez que alguno de ellos sangró? Para la mayoría durante la invasión edur.

Ahora lo pagaban caro. La respiración entrecortada, los brazos cada vez más bajos, tambaleantes.

—¡Un paso atrás!

La línea se retiró…

—¡Adelante! ¡Con fuerza!

La multitud había visto la retirada como una victoria, el comienzo de una retirada. El ataque súbito de pleno los dejó atónitos, las armas bajas, las mentes puestas en todo menos en defenderse. La línea frontal se deshizo, como la que había tras esta, y entonces una tercera. Yedan y sus soldados, que sabían que aquella era la última embestida, pelearon como bestias enloquecidas.

Y todos al unísono, las cientos de personas allí reunidas se dispersaron sin previo aviso. Las hileras se quebraron. Tiraron las armas, huyeron tan rápido como las piernas podían correr, hacia la playa, hacia los bajíos. Algunos grupos quedaron atrapados en el barro, en las rocas o en el agua. La liza terminó en esfuerzos desesperados por abrirse camino.

Yedan retiró a su tropa. Recularon tambaleantes hacia la retaguardia. Allí los observaron con expresiones incrédulas.

—Ayudad a los heridos —ladró Yedan, alzando las protecciones de las mejillas para suavizar la temperatura de su rostro palpitante, trató de respirar hondo.

—Podemos largarnos —dijo Brevedad, tiró del escudo que tenía en el brazo—. Tan solo tenemos que caminar a través de ese… lo que sea. Tú, Guardia, tienes que estar al cargo de este ejército temblor, ¿lo sabías?

—Los temblor no tienen ejército…

—Pues más vale que comiencen a montar uno, y pronto.

—Además, soy un exiliado. Masacré…

—Sabemos lo que hiciste. Por el Errante eres un chalado que resiste hasta el final, Yedan Derryg. No hay mejor comandante para un ejército que alguien así.

Sucinta dijo:

—Déjanos la petición a nosotras, cariño. —Sonrió.

Él miró alrededor. Un herido. Sin muertos. Ninguno que fuera importante, claro. Del campo de batalla se escucharon gritos de dolor. No les prestó atención, se limitó a enfundar la espada.

Cuando Yedan Derryg cruzó el portal que comenzaba a desvanecerse (fue el último en pasar a través) no miró atrás. Ni una sola vez.

Era divertidísimo descartar palabras inútiles. Sin embargo, uno no podía evitar medir cada día por el paso feroz del sol a través del cielo despejado, y cada noche por la salida y la puesta de una luna velada y los cortes jade en el firmamento. El significado esencial del tiempo se había desvanecido de la mente de Badalle. Los días y las noches brincaban descontrolados sin principio ni fin. Desde las mandíbulas hasta la cola. Acudían y dejaban tras de sí nada más que pequeñas figuras inmóviles esparcidas y tiradas sobre la llanura. Incluso los Quiebrahuesos los habían abandonado.

Aquí, al final del Cristal, solo había ópalos, escarabajos de la carroña gordos que migraban de los flancos condenados y sin vida a ambos lados del sendero. Y los diamantes, lagartos espinados relucientes que chupaban la sangre con la punta de las fauces, quedaban agarrados con fuerza cada noche. Diamantes que se convertían en rubíes según engordaban. Y las esquirlas, las langostas devoradoras que descendían en tormentas titilantes, desgarrando a los niños

en el mismísimo lugar donde estaban, dejando atrás harapos, mechones de pelo y huesos rosados.

Los insectos y los lagartos gobernaban aquel reino chamuscado. Los niños eran unos intrusos, invasores. Comida.

Rutt había intentado conducirlos fuera de Cristal, pero no había forma de salir de aquel vasto desierto cegador. Unos cuantos de ellos se habían reunido tras la segunda noche. Habían estado caminando hacia el sur, y al final de aquel día había descubierto un sumidero repleto de agua de un verde resplandeciente. Sabía a polvo de piedra caliza y provocó que muchos niños sufrieran retortijones de dolor, agarrándose los estómagos. Unos cuantos murieron.

Rutt estaba sentada sosteniendo a Contenido, y a su izquierda Brayderal estaba acuclillada. Aquella chica alta y huesuda que a Badalle le recordaba a los Quiebrahuesos. Había forzado su entrada, y por eso a Badalle no le gustaba, no confiaba en ella, pero Rutt no rechazaba a nadie. Saddic también estaba allí, un chico que miraba a Badalle con una adoración abyecta. Era desagradable, pero era el que mejor escuchaba sus poemas, sus dichos, y podía repetírselos, palabra por palabra. Dijo que los estaba memorizando todos. Para escribir un libro algún día. Un libro de su viaje. Por lo tanto, creía que iban a sobrevivir, y eso lo convertía en un idiota.

Los cuatro se habían sentado, y en los silencios que se alargaban alrededor, dentro y a través, a veces entre ellos, pensaron en qué hacer a continuación. Las palabras no eran necesarias para tal conversación. Y nadie tenía la fuerza necesaria para los gestos. Badalle pensó que el libro de Saddic debería tener un gran número de páginas en blanco, para marcar tales silencios que todos contenían. Las verdades y las mentiras, las necesidades y lo que querían. Los ahora y los después, los allí y los aquí. Si ella veía tales

páginas, y pudiera pasar una tras otra, asentiría, recordando cómo era. Cómo era.

Fue Brayderal quien manchó la primera página en blanco.

—Tenemos que volver.

Rutt levantó los ojos inyectados en sangre. Atrajo a Contenido más fuerte contra su pecho. Estiró la capucha ajada y metió un dedo para rozar una mejilla que no veía.

Aquella fue su respuesta, y Badalle estuvo de acuerdo. Sí, así era. Estúpida y peligrosa Brayderal.

Esta se rascó las llagas que rodeaban sus fosas nasales.

—No podemos bordearlo. Solo podemos cruzarlo. Pero cruzarlo implica que vamos a morir, y va a doler mucho. He oído cosas sobre este Desierto de Cristal. Nunca nadie que lo cruzara. Nadie lo cruza nunca. Es infinito, directo a la garganta del sol poniente.

Oh, a Badalle aquello le gustaba. Era una buena escena para mantener en su cabeza. Por la garganta, una de diamante, una de cristal, afilada, como esquirlas de vidrio. Y ellos eran la serpiente.

—Tenemos la piel gruesa —dijo ella, ya que la página se había ido a tomar por saco—. Bajamos por la garganta. La descendemos, porque es lo que hacen las serpientes.

—Entonces moriremos.

Todos guardaron silencio. ¡Para decir aquellas tonterías! ¡Estropear una página entera! Y ahora callaban. Por eso.

Rutt giró la cabeza y puso la mirada en el Desierto de Cristal. La fijó durante un buen rato, mientras la oscuridad inundaba las llanuras resplandecientes. Dejó de observar, se inclinó hacia delante y acunó a Contenido hasta que se durmió. No dejó de acunarla.

Estaba decidido. Iban al Desierto de Cristal.

Brayderal tomó una página en blanco para ella. Tenía miles para escoger.

Badalle se alejó, seguida por Saddic, y se sentó a mirar la noche. Soltó palabras. Aquí. Allí. Entonces. Ahora. Cuándo. Todos tendrían que dejar lo que cargaban para cruzar aquel desierto. Desprenderse de lo que no era necesario. Incluso de poetas.

—Tienes un poema —dijo Saddic, una sombra oscura tras ella—. Quiero escucharlo.

«Lanzo al aire
palabras. Tú y yo
un buen lugar para empezar
ayer me desperté
con cinco lagartos
chupándome los dedos
como cerditos o murciélagos
bebían
tú y yo
matamos a dos
y comimos lo que se llevaron
pero no era recuperar
las palabras ya no estaban
tuvimos que quemar la carga
desprendernos de ella
hoy dejo de cargarte
a ti
mañana dejo de cargarme
a mí».

Tras unos instantes sin palabras, Saddic se estiró.

—Lo tengo, Badalle.

—Adelante con las páginas en blanco.

—¿Las qué?

—Las que están vacías. Las que tienen toda la verdad. Las que no mienten sobre nada. Las páginas silenciosas, Saddic.

—¿Es otro poema?

—No lo escribas en una página en blanco.

—No lo haré.

Parecía extrañamente satisfecho. Se enroscó junto a su cadera, un Quiebrahuesos cuando los Quiebrahuesos no eran Quiebrahuesos sino mascotas, y se durmió. Lo miró y pensó en comerse sus bracitos.

Capítulo 9

Más allá de los pastos acariciados por el viento
en la sofocante ráfaga
hubo un estanque apartado
en calma lejos de los soplidos
donde ni siquiera los juncos se mecen
la naturaleza no alberga nuestras necesidades
contemplación sin profundidad
cada refugio es algo vacío
la malévola arena agarra con fuerza y sin forma
ni apoyo ni pisada
tras la curva las corrientes soplan leve
un crujir húmedo donde una túnica se desvanece
la malévola arena agarra con fuerza y sin forma ni apoyo ni pisada
viste los hombros de una rama quebrada
estos son los peligros que quizá vea
con la intención de no demostrarlos
agobiante excepto ese collar harapiento
que no cubre el pecho pálido que late
la camisa viste el río y la espuma al nacer
y los lánguidos arroyos de andrajos
pronto el difícil descanso
y flotar en busca de botas
con las piedrecitas sobre las que todo hombre
necesita pisar.

La ropa que queda
Pescador

Estoy lleno —dijo el rey Tehol, y después, con un vistazo a su invitada, añadió—: Perdón.

La capitana Shurq Elalle lo observó con el cáliz de cristal a medio camino de sus labios maquillados con exquisitez.

—Otro inflado en mi mesa.

—De hecho —observó Bicho—, es la mesa del rey.

—No era en sentido literal —replicó ella.

—Estupendo —dijo Tehol en voz alta—, ya que por casualidades de la vida mi mujer está sentada aquí, junto a mí. Y aunque no necesita ni por asomo una dieta, es mejor que todos sigamos en sentido figurado. —Y paseó la mirada de un lado a otro, nervioso, antes de esconderse tras la copa.

—Como en los viejos tiempos —repuso Shurq—. Excepto las pausas incómodas, la opulencia absurda, y el peso de un reino entero que recae sobre nosotros. Recuérdame que rechace la próxima invitación.

—¿Echas de menos la cubierta de un barco, con todo su balanceo, bajo tus pies? —preguntó Tehol—. Oh, cómo echo en falta el mar…

—¿Cómo puedes decir eso de algo que no has probado nunca?

—Vaya, interesante argumento. Seré más preciso. Echo en falta el recuerdo de echar en falta una vida en el mar. Era, a riesgo de sonar áspero, un gesto de empatía.

—No creo que los deseos de la capitana deban ser el tema de conversación, esposo —dijo la reina Janath, con una voz susurrante.

Shurq la escuchó de todos modos.

—Alteza, la noche ha dejado en evidencia que sostienes prejuicios irracionales contra los muertos. Si estuviera viva me ofendería.

—No es cierto.

—Como gesto de empatía, ¡desde luego!

—Bueno, me disculpo entonces —dijo la reina—. Es que tus, ejem, provocaciones excesivas y obvias me parecen algo fuera de lugar…

—¿Mis excesivas y obvias qué? ¡Se llama maquillaje! ¡Y ropa!

—Casi podríamos decir que vistes el banquete —murmuró Janath.

Tehol y Bicho compartieron una mirada.

Shurq Elalle le dedicó una sonrisita.

—Los celos no son apropiados para una reina…

—¿Celos? ¿Qué problema tienes en la cabeza?

El tono de la discusión empezaba a calentarse.

—¡Sí! ¡Celos! Yo no voy a envejecer, y solo eso…

—No, más vieja no, cierto, pero sí cada vez más… pútrida.

—¡No menos pútrida que tu increíble fanatismo! ¡Y todo lo que necesito para remediarlo es una bolsa llena de hierba fresca!

—Eso es lo que tú te crees.

—Ni un solo hombre se ha quejado nunca. Me la juego a que tú no puedes asegurar lo mismo.

—¿Se puede saber qué quieres decir con eso?

Shurq Elalle escogió entonces la respuesta más dura de todas. No dijo nada. Y dio otro delicado sorbo de vino.

Janath la miró con fijeza, y después desvió la mirada hacia su marido.

Él se encogió.

En un tono de voz tenso y grave, preguntó:

—Querido esposo, ¿he fracasado al no complacerte lo suficiente?

—¡Claro que no!

—¿Soy tema de conversaciones privadas entre tú y esta criatura?

—¿Privadas? ¿Tú, ella? ¡Para nada!

—Oh, ¿entonces sobre qué son estas conversaciones privadas?

—No hay…

—Demasiado ocupados para hablar, ¿es así? Vosotros dos…

—¿Qué? ¡No!

—Oh, siempre hay tiempo para un par de instrucciones explícitas. Por supuesto.

—Yo no… Nosotros no…

—Esto es una locura —espetó Shurq Elalle—. Cuando puedo tener a un hombre como Ublala Pung, ¿por qué iba a molestarme con Tehol?

El rey asintió con vigorosidad, y después frunció el ceño.

Janath entrecerró los ojos y los fijó en la capitana no muerta.

—¿Entiendo entonces que mi marido no cumple unos mínimos para ti?

Bicho aplaudió una vez y se levantó.

—Creo que me voy a dar un paseíto por el jardín. Con vuestro permiso, señor…

—¡No! ¡Ni por asomo! ¡No a menos que pueda ir contigo!

—Ni se te ocurra —siseó Janath—. ¡Estoy defendiendo tu honor!

—¡Bah! —ladró Shurq Elalle—. ¡Estás defendiendo tu elección con los hombres! Es muy distinto.

Tehol se puso derecho, empujó la silla hacia atrás y habló con los últimos harapos de su dignidad.

—Tan solo nos queda concluir —entonó con suavidad—, que las noches nostálgicas reminiscentes es mejor contemplarlas en lo abstracto de…

—Lo figurativo —sugirió Bicho.

—Mejor que lo literal, sí. Precisamente. Y ahora, mi canciller y yo iremos a tomar algo de aire nocturno. Músicos de la corte, ¡vosotros! ¡Los de ahí! Encerad los instrumentos o lo que sea que hagáis. ¡Música! ¡Algo agradable!

—Indulgente.

—¡E indulgente!

—Pacífico.

—¡Y pacífico!

—Pero no condescendiente…

—Pero no… Vale, será suficiente, Bicho.

—Por supuesto, señor.

Shurq observó a los dos cobardes huir del salón de banquetes. Cuando la puerta se cerró y la docena de músicos se había acomodado con la misma canción, la capitana se reclinó en la silla y contempló a la reina durante un instante, y entonces dijo:

—Y bien, ¿a qué viene todo esto?

—Tuve unos invitados anoche, creo que deberías conocerlos.

—Está bien. ¿Con qué motivo?

—Puede que os necesiten a tu barco y a ti. Es complicado.

—No lo dudo.

Janath hizo un gesto a una criada y le murmuró unas instrucciones. La mujer bajita y con sobrepeso con rostro risueño se marchó.

—No confías en Tehol, ¿verdad? —preguntó Shurq, mientras observaba a la criada alejarse.

—No se trata de confianza. Es más una cuestión de eliminar la tentación.

Ella resopló.

—Nunca funciona. Lo sabes, ¿no? Además, es rey. Tiene permiso real para ejercer excesos reales. Es una regla bastante establecida. Tu única respuesta adecuada es responder a la petición.

—Shurq, soy una erudita y poco más. No es mi modo…

—Pues que lo sea, alteza. Y la presión desaparecerá de ambos. Sin suspicacias, sin celos, sin expectativas irracionales. Sin prohibiciones que no funcionan.

—Qué filosofía más liberadora presentas, capitana.

—Así es.

—Y condenada a hundirse en el lodazal de rencor, traición y soledad más terrible.

—Ese es el problema con los vivos. Estáis atrapados en solo ver las cosas malas. Si estuvierais muertos como yo

veríais lo irrisorio de todo. Un gasto innecesario de preciosa energía. Te recomiendo tu propio ootooloo. Pondrá tus pensamientos en el lugar adecuado.

—Entre mis piernas, quieres decir.

—Exacto. Nuestro cofre del tesoro, nuestra caja de placer, el obsequio que la mayoría de las mujeres encierran y después se tragan la llave para después autodenominarse virtuosas. ¿Qué valor hay en negar el regalo y todo lo que ofrece? ¡Locura! ¿Qué valor tiene una virtud que te convierte en alguien miserable y retorcido?

—Existen otros tipos de placer, Shurq…

—Pero ninguno tan a mano ni tan en todos nosotros. No necesitas monedas. Por el Errante, ¡ni siquiera necesitas a un compañero! Te lo aseguro, el exceso es el camino a la alegría.

—¿Y la has encontrado? La alegría, quiero decir, ya que tus excesos están fuera de toda cuestión.

—Desde luego.

—¿Y si pudieras vivir de nuevo?

—He pensado sobre ello. De hecho, bastante estos últimos días, ya que hay un nigromante entre los malazanos que puede intentar un ritual para devolverme a la vida.

—¿Y?

—Indecisa. La vanidad.

—Tu apariencia imperecedera.

—La expectativa del placer infinito, más bien.

—¿No crees que te cansarás algún día?

—Lo dudo.

La reina Janath apretó los labios.

—Interesante —murmuró.

Tehol recogió un fruto rosa del árbol junto a la fuente. Lo estudió.

—Qué desagradable —dijo.

—Querían lograr que fuera convincente —dijo Bicho—. ¿Vas a comértelo?

—¿Qué? Bueno, creí que sería un bonito gesto, aguantarlo, mirarlo con tanta intensidad.

—Ya me lo imaginaba.

Tehol le dio la fruta.

—Adelante, arruina la belleza prosaica de la escena.

Ruiditos jugosos y húmedos complementaron el goteo modesto de la fuente.

—Espías y tejemanejes secretos —dijo Tehol—. Son peores que el gremio de los Cazarratas.

Bicho tragó, se lamió los labios.

—¿Quién?

—¿Mujeres? ¿Amantes y previas amantes? ¿Antiguos conocidos? No lo sé. Ellos.

—Es una corte, señor. La corte trama y conspira con la misma necesidad con la que nosotros, esto, tú, respiras. Una necesidad. Es más, es sana.

—Ah, vaya, ¿en serio?

—Vale, no es sana, a menos que puedas lograr un equilibrio perfecto, cada facción enfrentada a las demás. La verdadera medida del éxito para la sección de inteligencia de un rey.

Tehol arrugó la expresión.

—Por cierto, ¿quién está provocando esos rumores?

—¿Tu sección de inteligencia?

—Esa misma.

—Soy yo.

—Ah. ¿Y cómo te va?

—Vuelo en círculos, señor.

—Qué triste, Bicho.

—Como debe ser.

—Tenemos que inventarnos una nueva sección, creo.

—¿Ah, sí?

Tehol asintió, recogiendo otra fruta y observándola con aire contemplativo.

—Para volar libres, sí. Algo que compense. Podríamos llamarla la sección de estupidez del rey.

Bicho cogió la fruta y la miró.

—No es necesario, en realidad ya la tenemos.

—¿Es eso cierto?

—Así es, señor.

—Ja, ja.

Bicho mordió la fruta y escupió.

—¡No está madura! ¡Lo has hecho a propósito!

—Ay, qué tonto soy.

Bicho lo fulminó con la mirada.

Las dos mujeres que entraron tras la criada en la sala de banquetes formaban un extraño contraste. La bajita con curvas vestía un enorme abanico de baratijas llamativas. Vestía ropas que superaban la definición de la palabra. Shurq sospechaba que se había pasado media noche tratando de embutirse aquellos pantalones, y la pieza superior parecía consistir en poco más que una masa de tiras que transformaban su torso en un muestrario simétrico de hoyuelos y curvas. El relleno era, quizás, una muestra de su juventud y de su vida acomodada, sin embargo, había pereza en el tambaleo y el modo afectado en que caminaba. Como si una multitud de admiradores invisibles pero que contenían el aliento la observara. Estaba subida con gran destreza en unos tacones de aguja, con una mano levantada en un gesto de delicadeza. Los rasgos diminutos recordaron a Shurq a los maquillajes exagerados que usaban los actores y los oradores, con un delineador de una oscuridad feroz que destellaba con un brillo morado bajo la línea de las cejas;

polvo blanco y colorete falso para las mejillas regordetas; rosa y abrillantador ámbar para los labios gruesos en tiras diagonales que convergen en las esquinas de la boca terminaba en una ligera curva hacia abajo. Su pelo, de un negro sedoso, estaba recogido en un peinado de nudos ligados con docenas de púas, cada una terminada en una perla.

Shurq miró boquiabierta a la mujer durante un instante, suficiente para ganarse una sonrisa benévola de aquella pequeña y arrogante criatura que se acercaba.

Un paso por detrás de aquella definición a dos piernas de la farsa de la moda iba la criada. O por lo menos lo que la capitana asumió que era. Más alta que la mayoría de los hombres por una cabeza, fornida como un estibador, la mujer vestía un vestido rosa bordado, chirriaba femineidad con aire desesperado, un fracaso brutal al otorgar a la mujer algún tipo de elegancia. Broches de diamantes brillaban en sus mejillas. Shurq arrugó la expresión al darse cuenta de que la tez de la criada era muy atractiva: rasgos parejos, ojos profundos, labios carnosos y gruesos. El cabello estaba casi rapado, tan rubio que parecía casi blanco.

La genuflexión que la chica de alta cuna presentó ante la reina Janath era elaborada y la ejecutó a la perfección.

—Alteza, a tu servicio.

Janath se aclaró la garganta.

—Princesa Felash, bienvenida. Te presento a Shurq Elalle, capitana del *Gratitud Imperecedera*, una embarcación marítima ocupada en el comercio independiente. Capitana, la princesa Felash es la decimocuarta hija del rey Tarkulf de Bolkando.

Shurq se levantó e hizo una reverencia.

—Princesa, tu atuendo es maravilloso. No logro pensar en demasiadas mujeres que podrían presentar con tanta exquisitez un ensamblaje tan amplio de estilos.

Los ojos de la criada parpadearon hacia Shurq y después apartó la mirada.

Felash se acicaló, una de las manos volvió a flotar a cierta distancia de la cabeza.

—Muy amable, capitana. Pocas, incluso en la corte de mi padre, poseen la sofisticación necesaria para apreciar mis gustos únicos.

—No lo dudo, alteza.

Otro vistazo veloz de la criada.

Janath habló deprisa.

—Te pido disculpas, por favor, siéntate con nosotras, princesa. Compartid el vino y los refrigerios.

—Gracias, reina Janath. Muy amable. Me apetece el vino, sin embargo, debo declinar con gran pesar tomar ningún dulce. Debo controlar mi peso, ya sabes.

Bueno, estupendo, ya que el resto no.

—Oh. —La mirada de Felash cambió cuando posó la mirada sobre la bandeja más cercana con una pila de postres—. Ya que esta es una ocasión más que especial, ¿por qué no un caprichito? —Extendió la mano hacia un pastelito cubierto de miel que se reía en la expresión caprichito, y que en realidad exudaba una invitación a la obesidad. Devorar aquel dulce desafió la orden de decoro de la princesa, pero fue veloz, y en unos instantes se lamía con delicadeza las puntas de los dedos—. Maravilloso.

—Tu criada puede sentarse…

—¡Ay, no, alteza! Ella está en una dieta de lo más estricta, ¡mira a la pobre chiquilla!

—Princesa Felash —interrumpió Shurq Elalle. Aunque la expresión inmutable de la criada sugería que era inmune a la mala educación de su señora—, tengo que reconocer que no había oído nada de tu visita a Lether…

—Ah, pero eso se debe a que no estoy aquí en realidad, capitana. De forma oficial, claro.

—Ah. Ya veo.

—¿Seguro? —La niña maleducada tuvo la audacia de guiñarle un ojo. Felash asintió hacia Janath cuando agarraba otro pastelito—. Tus aliados malazanos están a punto de meterse en un avispero. De hecho, existe el riesgo de que estalle una guerra. Los sirvientes más razonables de la corona en Bolkando, claro, no desean que algo así ocurra. Al fin y al cabo, si ese conflicto tuviera lugar, hay posibilidades de que Lether se vea enredado en el asunto, ¡y nadie quedaría contento!

—Por lo tanto tu padre te ha enviado aquí en una misión secreta, con garantías apropiadas.

—Mi madre, en realidad, capitana —corrigió Felash. Se relamió—. Ay, necesitábamos más que garantías, pero nos hemos ocupado de todo, y ahora queremos volver a casa.

Shurq pensó en ello durante un rato.

—Princesa, las líneas marítimas que pueden acercarnos a tu reino no son demasiado seguras. Son áreas que no están mapeadas o si lo están, no de un modo adecuado. Y después están los piratas.

—¿Qué hay mejor para confundir a esos piratas que tener a una al mando de nuestra nave?

Shurq Elalle se sorprendió.

—Princesa, yo no…

—¡Bah! No seas tonta. Y no, la reina Janath no ha desvelado secreto alguno. Somos bastante capaces de reunir nuestra propia inteligencia.

—Tan capaces que resulta alarmante —murmuró Janath—, como aparenta ser.

—Incluso si soy una pirata —repuso Shurq—, no hay garantía contra una emboscada. Los corsarios de Deal, que surcan esas aguas, no responden a ninguna regla ni a honor alguno cuando se refiere a rivales. En cualquier caso, estoy

comprometida a transportar mercancía que, por desgracia, me llevará en la dirección opuesta.

—¿Ese cargamento no será por casualidad Ublala Pung? —preguntó Janath.

—Sí.

—¿Tiene algún destino en mente?

—Bueno, lo cierto es que es un tanto difuso por ahora.

—Por lo tanto —continuó la reina, pensativa—, si le propusieras una ruta alternativa adonde sea el lugar al que va, ¿pondría pegas?

—¿Pegas? Ni siquiera lo entendería, alteza. Se limitaría a sonreír, asentir y a tratar de apretujar una de mis…

—Entonces es posible que puedas acomodar a la princesa Felash incluso con Ublala Pung a bordo, ¿no?

Shurq frunció el ceño al mirar a la reina, y después a Felash.

—¿Es una orden real, alteza?

—Dejémoslo en que nos dejaría muy satisfechas.

—Déjame decir que el placer que tengáis seáis los que seáis no es suficiente ni de lejos, alteza. Pagadme, y pagadme bien. Y aceptaremos sobre un contrato. Y lo quiero por escrito, de cualquiera, reina, o tú, princesa.

—Pero el motivo principal de esto es que lo mantengamos como algo extraoficial. En serio, Shurq…

—En serio nada, Janath.

Felash hizo un gesto con una mano llena de migajas.

—¡Accedo! Escribiré un contrato. No hay problema con las condiciones de la capitana. En absoluto. ¡Bueno! ¡Me complace ver que todo ha salido a pedir de boca!

Janath parpadeó.

—Bueno. Entonces está bien —dijo Shurq Elalle.

—Ay, ¡estos dulces son lo peor! No debo… oh, uno más quizá…

Poco tiempo después las dos invitadas bolkando tuvieron permiso para marcharse. En cuanto se cerró la puerta tras ellas, Shurq Elalle fijó la mirada en Janath.

—Entonces, reina, ¿cuál es la situación exacta en Bolkando?

—Solo el Errante lo sabe —suspiró Janath, rellenando su copa—. Un desastre. Hay tantas facciones en esa corte que logra que una facultad universitaria parezca una cajita de arena en un buen barrio. Y puede que no lo sepas, pero eso es decir mucho.

—¿Cajita de arena?

—Ya sabes, en las mejores calles, la comunidad pública... siempre hay una caja de arena para que jueguen los niños, donde todos los gatos salvajes van a cagar.

—Los privilegiados tenéis unas nociones muy extrañas sobre aquello con lo que deben jugar vuestros hijos.

—¿Alguna vez te han tirado a la cabeza una asquerosa salchicha de caca? Pues ya está bien de esa actitud, Shurq. Éramos igual de violentos que cualquiera de esos malotes con los que andabas, te lo aseguro.

—Está bien, lo siento. ¿Has alertado a los malazanos de que los bolkando están enojados y a punto de estallar en sus caras?

—Lo saben. Sus aliados están metidos en el asunto mientras hablamos.

—¿Y qué hacía la princesa aquí en Letheras?

Janath puso mala cara.

—Por lo que sé, aniquilando redes de espionaje rivales. Las que Bicho dejó colgando por indiferencia, supongo.

Shurq gruñó.

—¿Felash? Ella no es una asesina.

—No, pero me apuesto algo a que la criada sí.

—¿Qué edad tiene la catorceava hija? ¿Dieciséis, diecisiete…?

—Catorce.

—¡Por el Abismo! No seré yo quien diga que me apetece muchísimo llevar a ese bollito remilgado hasta la cordillera akrynnai.

—Suelta lastre.

Shurq abrió mucho los ojos.

Janath torció el gesto.

—Las cartas náuticas que tenemos indican arrecifes próximos a la superficie, capitana. ¿Qué creías que estaba diciendo?

—Ni idea, alteza. La verdad.

Janath se levantó.

—Vayamos a saltar sobre los hombres en el jardín, ¿me acompañas?

Salir de palacio sin ser vistas fue posible por los sirvientes silenciosos de la reina que condujeron a las dos bolkando por un laberinto de pasillos y corredores en desuso, hasta que al fin salieron a la noche a través de una puerta trasera.

Caminaron hasta una calle cercana y allí esperaron a que un modesto carruaje las llevara de vuelta a sus aposentos en un hostal de calidad pasable cerca del puerto.

Felash sostenía una mano en el aire, los dedos mariposeaban con lentitud un ritmo sinuoso. Afectación que parecía ignorar por completo.

—¡Un contrato! ¡Qué ridículo!

Su criada no dijo nada.

—Bueno —repuso Felash—, si la capitana demuestra ser demasiado problemática… —En la mano alzada apareció

una daga de doble hoja, tan de pronto que podría haberla invocado del mismo aire nocturno.

—Señora —dijo la criada en un tono bajo y suave, con una voz de increíble belleza—, eso no funcionará.

Felash frunció el entrecejo.

—Oh, madura, tontita. No podemos dejar rastro. Nada de pruebas.

—Quiero decir, señora, que la capitana no puede ser asesinada, ya que diría que ya está muerta.

—Tonterías.

—Aun así, señora. Es más, ha sido avivada por un ootooloo.

—¡Vaya, eso sí es interesante! ¡Y excitante! —La daga se desvaneció tan rápido como había aparecido—. Prepárame un bol. Necesito pensar.

—Ahí vienen —murmuró Bicho.

Tehol se giró.

—Ah, veo que han hecho las paces. Qué dulce. Mis queridas, este aire nocturno es refrescante, ¿no creéis?

—No soy tu querida —espetó Shurq Elalle—. Ella sí lo es.

—¿Acaso no es suficiente? ¿No soy el hombre con más suerte del mundo?

—El Errante sabe que no es gracias al talento.

—O al físico —añadió Janath, contemplando a su marido con una mirada escrutadora.

—Era mejor —le dijo Tehol a Bicho—, cuando no eran aliadas.

—Divide para conquistar a los divididos, señor, es mi lema.

—Y uno de lo más curioso. ¿Te ha funcionado alguna vez, Bicho?

—Me aseguraré de hacértelo saber en cuanto funcione.

A treinta leguas al norte de Li Heng, en Quon Talian, estaba el pueblo de Gethran, una aglomeración de casitas de piedra seca bastante comunes, talleres, y una iglesia medio derruida devota a un puñado de espíritus locales, un bar y un fortín con prisión donde el recaudador de impuestos vivía en una de las celdas y tenía la costumbre de arrestarse a sí mismo cuando se emborrachaba demasiado, que venía a ser cada noche.

Tras el templo achaparrado con sus treinta y dos habitaciones había un cementerio escalonado que encajaba con los tres niveles más obvios de la clase en el pueblo. El mayor y más alejado del edificio estaba reservado para las familias más pudientes, los habitantes y los artesanos más habilidosos cuyos linajes en el lugar se remontaban a más de tres generaciones. Sus tumbas estaban marcadas por sepulcros ornamentados, tumbas construidas imitando templos en miniatura, y la ocasional tumba tholos de ladrillos, un estilo de la región que se remontaba a siglos atrás.

El segundo nivel pertenecía a los residentes que no destacaban demasiado, pero que en general eran solventes y honrados. Los lugares de reposo eran mucho más honestos, y aun así bien mantenidos por familiares y la descendencia, caracterizados por altares con techo y pozos de piedra con tapas.

Más cerca del templo, y al nivel de los cimientos, residían los muertos que necesitaban protección espiritual y, quizá, misericordia. Los borrachos, los mendigos, los adictos y los criminales, sus cuerpos amontonados en zanjas alargadas con fosas que se reabrían en un patrón migratorio, de arriba hasta debajo de la hilera, para permitir suficiente tiempo a

que los cuerpos se descompusieran antes de depositar los nuevos.

Era un pueblo igual que incontables otros esparcidos por todo el Imperio de Malaz. Vidas enteras en aislamientos por los asuntos de ambición imperial, ejércitos de conquista y batallas de estallidos mágicos. Las vidas acumuladas en dramas locales y cada rostro familiar, cada vida conocida desde el nacimiento manchado de sangre hasta la muerte cubierta de sangre.

Escoltado por cuatro hermanas mayores, el chico mugriento y medio salvaje que algún día sería llamado Oloramuerto tenía la costumbre de esconderse con el viejo Scez, que podría haber sido un tío suyo o quizás uno de los amantes de su madre antes de que su padre volviera de la guerra. Scez se dedicaba a vestir a los muertos del pueblo, sepulturero, y en ocasiones construía las lápidas. Las manos eran como mazos polvorientos, muñecas tan anchas como la pantorrilla de un hombre adulto, y el rostro desviado hacia un lateral por un dintel de roca unas décadas atrás, no era un hombre que atrajera miradas de admiración, pero tampoco iba corto de amigos. Scez hacía bien su trabajo con los muertos, después de todo. Y tenía algo (como decían todas las mujeres), tenía algo que funcionaba bien. Una mirada que proporcionaba seguridad, que prometía más y más si era necesario. Sí, lo adoraban, y cogió la costumbre de preparar el desayuno para varias mujeres del pueblo, un detalle que el joven Oloramuerto no alcanzaba a comprender.

Por supuesto, un día apareció un esposo y mató al viejo Scez, y aunque la ley justificaba la acción, bueno, el idiota enfermó y murió una semana después, y pocos acudieron a llorar el rostro amoratado e hinchado. Por entonces, Oloramuerto había heredado el trabajo de sepulturero, un chaval de diecisiete años que todo el mundo decía que

jamás habría seguido a su padre. Un antiguo soldado palurdo que había luchado en la guerra civil de Quon Talian pero jamás habló sobre sus experiencias, incluso cuando se emborrachaba hasta fijar aquel ojo rojo en las zanjas del cementerio tras el templo.

El joven Oloramuerto, que todavía tendría que encontrar su nombre, había tenido muy claro su futuro en cuanto heredó las responsabilidades de Scez. Al fin y al cabo, era respetable. Una profesión digna, una vida digna.

Al cumplir diecinueve años, se asentó en la casa con el techo medio hundido a las afueras del cementerio. Un hogar que Scez había construido con sus propias manos. Se enteró entonces de que Hester Vill, el sacerdote del templo, había muerto de un ataque al corazón y que pronto marcharía con los espíritus. Había tardado. Hester tenía casi cien años, al fin y al cabo, era algo frágil aunque (según se decía) había sido un hombre fortachón. De las orejas le colgaban colmillos de jabalí, atravesados en los lóbulos que, tras décadas de estirarse, le llegaban hasta los hombros. Tatuajes de pelaje dibujaban patrones en el rostro de Vill. Nunca nadie dudó que Hester era sacerdote de Fener; que cuidaba de los espíritus locales con una condescendencia divertida, aunque era más propenso a las observaciones en pos de los pueblerinos.

La muerte cercana del sacerdote fue un momento notable para el pueblo. El último acólito había huido con el diezmo de todo un mes unos años atrás (Oloramuerto recordaba al mierdecilla, él y Scez pillaron en una ocasión a aquella sabandija meando en una tumba, le dieron una paliza y se quedaron la mar de a gusto). Cuando Vill muriera el templo quedaría desocupado, los espíritus no estarían contentos. Tendrían que encontrar a alguien, quizás incluso a un extraño, un forastero. Tendrían que enviar mensajeros para alertar de que el pueblo Gethran necesitaba ayuda.

Era responsabilidad del sepulturero sentarse junto a aquel que estaba a punto de deslizarse hacia la muerte, en caso de que no hubiera familia disponible, por lo que el joven se puso la capa del viejo Scez Hombregris, cogió la cajita de hierbas, elixires, cuchillos y cucharillas para el cerebro con una mano, y cruzó el cementerio en dirección al edificio anexionado a un lado del templo.

No era capaz de recordar la última vez que visitó la casa de Vill, pero lo que encontró aquella noche fue una habitación transformada. La hoguera central crepitaba furiosa, arrojando sombras aterradoras y bizarras sobre las paredes encaladas. Sombras que no inscribían nada visible en la sala, excepto ramitas esqueléticas que se movían como si las sacudiera un viento invernal. Medio paralizado, Hester Vill se había arrastrado al interior de la casa, había rechazado la ayuda de cualquiera, y Oloramuerto descubrió al viejo sacerdote estirado en el suelo junto al catre. No tenía la fuerza para alzarse a la cama y había estado ahí tirado casi todo el día.

La muerte esperaba en el aire caliente y seco, palpitaba desde las paredes y se arremolinaba en las llamas. Lo atraía cada respiración entrecortada que salía de la boca arrugada de Vill, que expulsaba con exhalaciones febriles y superficiales.

Oloramuerto levantó el frágil cuerpo hasta la cama, puso la sábana harapienta sobre el cuerpo encogido de Vill, y se sentó, sudoroso y sintiéndose medio febril, observó la cara del sacerdote del pueblo. El golpe había sido duro en el lado izquierdo de la cara de Vill, hundiendo la piel mustia y los músculos lacios, tirando de los párpados.

Dejó caer unas gotas de agua en la boca entreabierta de Vill, no causó reacción alguna, y Oloramuerto supo que le quedaba muy poco tiempo al anciano.

El fuego no se calmó, y tras un tiempo aquel detalle captó la atención de Oloramuerto, que se giró para observar el círculo de piedras. No vio madera que alimentara las llamas. Ni siquiera carbón pulverizado o ascuas. A pesar del fuego abrasador, un escalofrío le recorrió la espalda.

Algo había llegado, en lo más profundo de la conflagración. ¿Era Fener? Pensó que podría ser. Hester Vill había sido un verdadero sacerdote, un hombre honorable, más que ninguna otra persona que hubiera conocido, por supuesto que su dios vendría a recoger su alma. Era la recompensa por una vida de servicio y sacrificio.

Por supuesto, la simple noción de recompensa era exclusivamente de origen humano, ligada a las creencias interiores en que los esfuerzos fueran loados, que los atributos tuvieran valor. Que fuera un idioma comprendido por los dioses no era algo simplemente dado por hecho, sino una restricción. ¿Para qué si no arrodillarse ante ellos?

Sin embargo, el dios que emergió de las llamas para llevarse el aliento de Vill no era Fener. Era el Embozado, con garras por manos de un verde polvoriento y las puntas de los dedos manchadas de negro pútrido, y aquella mano que se acercaba parecía no tener demasiada voluntad, manoseaba como si el Señor de la Masacre fuera ciego, como si dudara, cauteloso de aquella patética necesidad.

La atención del Embozado barrió la mente de Oloramuerto, ajeno en todos los sentidos excepto por una profunda y casi informe tristeza que se alzaba como una bruma amarga de la mismísima alma del dios. Una pena que el joven mortal reconoció. Era la aflicción que sentía, a veces, por los muertos cuando estos eran desconocidos y por lo tanto extraños. Una pena impersonal, una capa fantasmal que se probaba tan solo para permanecer inmóvil, pensativo, tratando de convencerse de su peso, y de cómo aquel peso (cuando dejaba de ser fantasmal) sería en el

futuro. Cuando la muerte se convirtiera en algo personal, cuando uno no pudiera quitarse su peso de encima. Cuando la aflicción dejó de ser una idea y se convirtió en todo un mundo de negrura sofocante.

Una mirada ajena y fría se fijó un instante en Oloramuerto, y una voz se coló en su cráneo.

—*Creíste que les importaba*.

—Pero, él y Fener…

—*No hay tratos cuando solo uno presta atención. No hay contrato cuando solo una parte impone un sello de sangre. Soy el segador de los crédulos, mortal*.

—Y por eso estás afligido, ¿no? Puedo sentirla, tu pena…

—*Sí que puedes. Quizás, entonces, seas uno de los míos*.

—He visto a los muertos…

—*Calmas sus delirios, sí. Pero eso no me sirve. Digo que eres uno de los míos, pero ¿qué significado tiene? No me preguntes, mortal. No se pueden hacer tratos conmigo. No prometo nada más que pérdida y fracaso, polvo y tierra hambrienta. Eres uno de los míos. Comenzamos un juego, tú y yo. El juego de la evasión*.

—He visto la muerte. No me tienta.

—*Eso es irrelevante. El juego es este: roba sus vidas, aléjalas de mi alcance. Maldice estas manos que ahora ves, las uñas negras con el toque de la muerte. Escupe en este aliento sin vida. Engáñame en cada ocasión. Presta atención a esta certeza: no hay otro modo de servir más honesto que este que te ofrezco. Para luchar contra mí debes reconocer mi poder. Incluso cuando yo reconozco el tuyo. Debes respetar el hecho de que yo siempre gano, de que no puedes evitar el fracaso. A cambio, te entregaré mi respeto. Por tu coraje. Por el rechazo tenaz que supone la mayor fortaleza de un mortal*.

»Por todo eso, mortal, no me falles.

—¿Y qué consigo a cambio? Tampoco me importa el respeto. ¿Qué me das?

—*Eso te toca descubrirlo a ti mismo. Verdades innegables. Una mirada inquebrantable a la tristeza que plaga la vida. El suspiro de la aceptación. El fin del miedo*.

El fin del miedo. Incluso para un chico tan joven, tan inexperto, Oloramuerto comprendió el valor de tal obsequio. El fin del miedo.

—No seas cruel con Hester Vill, te lo suplico.

—*No soy dado a la crueldad obstinada, mortal. A pesar de ello, su alma sentirá un abuso extremo, y contra eso no puedo hacer nada*.

—Entiendo. Es Fener quien debería responder ante tal traición.

Sintió cierta alegría irónica en el Embozado.

—*Un día, incluso los dioses responderán ante la muerte*.

Oloramuerto parpadeó en la repentina penumbra cuando el fuego menguó, titiló y se desvaneció. Miró a Vill y vio que el viejo ya no respiraba. La expresión congelada en el rostro era una máscara rota de consternación. Cuatro puntos negros como quemaduras en su frente.

El mundo no daba demasiado. Y lo que otorgaba a menudo volvía a reclamarlo demasiado pronto. Las manos picaban con la ausencia, los ojos que miraban tan vacíos como los lugares que enfocaban. La luz del sol se coló a través de franjas de polvo, y un hombre podía esperar sentado a su dios, cuando esperar era todo lo que quedaba.

Oloramuerto rebuscaba entre sus recuerdos, una tarea que lograba con mejores resultados en soledad. Atraído a aquellas ruinas abandonadas en el corazón de Letheras, con aquellos insectos gigantescos, los enormes agujeros y los montículos cubiertos de raíces de tierra podrida, se preguntó si estaba perdido. El Señor de la Muerte alargaba la mano hacia el mundo de nuevo, dibujaba espirales con un dedo en

los charcos de sangre mortal. Pero Oloramuerto seguía ciego a los patrones que inscribía, aquella intrincada elaboración de antiguo viejo.

Descubrió que temía a su dios. El Embozado, su enemigo, su amigo. El único puto dios que respetaba.

El juego de nigromante era uno que los demás no podían entender. Para ellos era una vieja rata escondiéndose del gato casero, una cacería imbuida de odio mutuo. Por supuesto no tenía nada que ver con eso. El Embozado no despreciaba a los nigromantes. El dios sabía que nadie más comprendía tan bien a su mundo final y a él mismo. Esquivar el toque negro, robar de vuelta almas, burlarse de la vida con la animación de los cuerpos. Eran las vestiduras de la verdadera adoración. Porque esta era, en su esencia, un juego.

—«No hay trato cuando solo uno presta atención».

Instantes después de recitar en voz alta aquella cita, Oloramuerto gruñó con amarga diversión. Demasiada ironía en decirle algo así a los fantasmas, especialmente en un lugar tan lleno de ellos como este, a menos de una docena de pasos de la puerta a la Casa de Azath.

Se había enterado de que Brys Beddict había sido asesinado en una ocasión y que lo habían devuelto a la vida. Un obsequio agridulce, era sorprendente que el hermano del rey no se hubiera vuelto loco. Cuando un alma abandona el camino, la vuelta tardía deja al pobre diablo dando tumbos. Cada paso dado con extrañeza, como si la propia huella ya no sirviera, como si el alma ya no encajara en el recipiente de carne y hueso y quedara desplazada, alejada.

Y justo ahora oía rumores sobre una mujer maldita con la no muerte. Ruthan Gudd había ido demasiado lejos al sugerir que se había acostado con la mujer. Qué enfermizo. Oloramuerto sacudió la cabeza. Tan enfermizo como hacerlo con ovejas, vacas, perros, cabras y bhokarala gordos. No,

incluso peor. ¿Y ella quería que la maldición se desatara? No, por lo menos con eso tenía que estar de acuerdo. No se consigue nada bueno volviendo. Uno se acostumbra a que las cosas se queden igual, más que cuando un alma viviente sentía la flacidez y la decrepitud del cuerpo. Además, los muertos nunca volvían del todo.

—Es como saber el secreto de un truco, la sorpresa desaparece. Ha perdido toda la ilusión que les daba confort.

—¡Oloramuerto!

Se dio la vuelta para ver a Botella esquivando montículos y agujeros mientras se acercaba.

—He oído que decías algo. Los fantasmas nunca dicen nada interesante, ¿por qué te molestas en hablar con ellos?

—No hablaba con ellos.

El joven mago llegó hasta él y se quedó de pie contemplando la antigua torre jaghut.

—¿Has visto la hilera de transportes con equipaje que se ha formado a la salida de la ciudad? Dioses, tenemos suficientes suministros como para equipar a cinco ejércitos de nuestro tamaño.

—Puede, o puede que no.

Botella gruñó.

—Eso mismo dijo Violín.

—Vamos de camino a ningún lugar. Los suministros serán complicados de obtener, quizá sea una tarea imposible.

—A ningún lugar, qué genial.

Olor a muerto señaló la Casa de Azath.

—Entraron aquí, creo.

—¿Peccado y Larva?

—Sí.

—No estoy tan seguro. Creo que la atravesaron, del mismo modo que Kellanved y Danzante.

—¿Dónde?

—No tengo ni idea, y no, no tengo intención de seguirlos. Tenemos que considerar que los hemos perdido. Para siempre.

Botella lo miró.

—¿Ya se lo has dicho a la consejera?

—Sí. No estaba contenta.

—Seguro que no. —Se rascó la barba áspera que parecía estar a medias en un intento de crecer—. ¿Por qué crees que han entrado ahí?

Oloramuerto puso mala cara.

—Recuerdo el día que me fui de casa. Un carnero de lo más molesto se había subido al techo de mi casa. La casa que había heredado, quiero decir. Una sabandija blanca y enorme, con ganas de embestir cualquier cosa bípeda. La mirada que me dedicó estaba vacía y llena, no sé si me sigues…

—No. Vale, sí. Cuando dé comienzo el invierno… la estación, y esos ojos.

—Llenos y vacíos, y desde esa posición elevada tiene una buena vista del cementerio, de las tres gradas, desde los paupérrimos hasta la versión local de la nobleza. Enterré al sacerdote del pueblo…

—Espero que estuviera muerto cuando lo hiciste.

—Hay gente que muere con una expresión de paz en el rostro. Otros mueren sabiéndolo. Llenos y vacíos. Él no lo supo hasta el momento de la muerte, y aquella expresión es la peor que puedes ver. —Puso mala cara—. La peor, Botella.

—Continúa.

—¿Por qué estás tan impaciente, soldado?

Botella dio un respingo.

—Lo siento. Por nada.

—Las personas más impacientes que he conocido son justo así, cuando las despojas de su postura. Están apresurados, inquietos por nada. La prisa en sus cabezas, y

esperan que todo el mundo les siga el puto paso como si nada. No tengo tiempo para perderlo en estas mierdas.

—Te hacen sentir impaciente, ¿no?

—No hay tiempo, he dicho. Quiero decir que cuanto más empuja, más tiempo lleva.

Botella sonrió.

—Te entiendo.

—Bien —Oloramuerto hizo una pausa, reorganizando las ideas—. Aquel carnero, de pie ahí arriba, bueno, me resultó chocante, con aquella mirada. Todos la tenemos, creo, algunos peor que otros. Para el sacerdote llegó tarde. Pero la promesa estaba ahí, toda su vida. Igual que para todo el mundo. Ves que está vacío, y que la revelación te llena.

—Espera, ¿qué está vacío?

—Todo el puto desastre del Embozado, Botella. Todo.

—Vaya, eres un pobre diablo debilucho, Oloramuerto.

—Te lo concedo, este lugar me carcome, mastica recuerdos que consideraba hace tiempo enterrados. En cualquier caso, ahí estaba yo, esperando. Carnero a un lado, la tumba del sacerdote al otro. En la cresta más alta que pude encontrar. Los de alta cuna iban a aullar de indignación al descubrirlo. Pero ya no me importaba.

—Porque te marchaste aquel día.

—Así es. Hasta Li Heng, el primero en la fila para reclutamientos. Un soldado deja a los muertos atrás y a los que entierra, bueno, casi siempre son gente que este conoce.

—No construimos tumbas en el campo de batalla solo para nuestros muertos.

—No me refería a eso con «conocido», Botella. ¿Te has parado a mirarle la cara a un enemigo muerto?

—Un par de veces, sí.

—¿Qué viste?

Botella cambió el peso de pierna incómodo, y miró de reojo a la torre.

—Lo pillo.

—No hay mejor lugar para mearse en la cara del Embozado que en un ejército. Cuando solo te queda orina, y asumámoslo, es todo lo que tenemos.

—Estoy esperando, con mucha paciencia, para ver qué tiene todo esto que ver con Peccado y Larva y Azath.

—Anoche fui a las perreras a por Torcido y Cucaracha, el perrito faldero es el rabioso, sabes. El viejo Torcido es un perro ovejero de mierda. Así de simple y directo. Quiero decir, sabes que su verdadera intención es arrancarte la garganta. Pero sin jueguecitos. No Cucaracha, él es un simple demonio con colmillos. Bueno, le di unos golpecitos en la cabeza a Torcido para que supiera quién era el jefe. Cucaracha movió la cola y fue a morderme el tobillo. Casi tuve que estrangularlo para soltarlo de mi bota.

—Recogiste a los perros.

—Y luego los solté. Salieron disparados como flechas, por las calles, por los callejones, alrededor de edificios y justo a través de muchedumbres alteradas, justo hasta esa puerta. La Azath.

—¿Cómo les seguiste el ritmo?

—No lo hice. Los hechicé y los seguí. Cuando llegaron, Cucaracha había embestido la puerta tantas veces que estaba noqueado en el camino. Y Torcido intentaba escarbar entre las losas.

—¿Por qué a ninguno de nosotros se nos ha ocurrido algo así?

—Fácil, porque sois estúpidos.

—¿Por qué no lo has hecho tú? —preguntó Botella.

—Abrí la puerta. Entré. Los escuché subir las escaleras a toda prisa, y entonces… nada. Silencio. Los perros fueron tras Peccado y Larva, a través de una especie de portal.

—Sabes —repuso Botella—, si hubieras acudido a mí, podría haber hechizado el alma de uno de ellos, y quizás hacernos una idea de dónde se abrió el portal. Pero vaya, ya que eres un genio, Oloramuerto, tienes un gran motivo para no haberlo hecho.

—Por el aliento del Embozado. Vale, la he cagado. Incluso los genios pueden meter la pata.

—Fue Crujido quien entregó tu mensaje. Apenas era capaz de entender lo que decía. Querías que viniera, y aquí estoy. Pero este cuentecito tuyo me lo podrías haber contado con una jarra de cerveza en la mano en la taberna del Ganso.

—Escogí a Crujido porque sabía que en cuanto entregara el mensaje lo olvidaría. Incluso olvidó que hablé con él, y que habló contigo. De hecho, es el hombre más tarugo que conozco.

—Así que esto es una reunión secreta. Qué misterioso. ¿Qué quieres de mí, Oloramuerto?

—Quiero que me cuentes lo de tu visitante nocturno, para empezar. Supuse que sería mejor hacerlo en privado.

Botella lo miró con fijeza.

Oloramuerto frunció el ceño.

—¿Qué?

—Eres un viejo lascivo.

—¡No quiero esos detalles, idiota! ¿Has visto alguna vez sus ojos? ¿Miras en ellos, Botella?

—Sí, y siempre deseo no haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Hay tantísima… necesidad en ellos.

—¿Solo eso? ¿Nada más?

—Mucho más, Oloramuerto. Placer, quizás incluso amor. No lo sé. Todo lo que veo en sus ojos está en el ahora. No sé cómo explicarlo. No hay pasado, ni futuro, solo el presente.

—Vacío y lleno.

Botella torció el gesto.

—Como el carnero, sí, su lado animal. A veces me deja helado, lo admito, como si estuviera mirando en un espejo y viera mis propios ojos, pero de un modo que nadie más puede. Mis ojos con… —se estremeció—, con nadie al otro lado. Nadie que yo conozca.

—Que nadie conoce —repuso Oloramuerto, asintiendo—. Botella, en una ocasión miré en los ojos del Embozado, y vi lo mismo. Incluso sentí lo que tú escribes. Yo, pero no yo. Yo, pero en realidad nadie. Y creo que sé qué vi. Lo que también ves en ella. Creo que al fin lo entiendo. Esos ojos, lo vacío y lo lleno, la ausencia sólida en ellos. —Miró a Botella a los ojos—. Son nuestros ojos en la muerte. Ojos sin alma.

Botella palideció de pronto.

—¡Por todos los dioses del Abismo, Oloramuerto! Acabas de ponerme toda la piel de gallina. Es… horrible. ¿Eso es lo que ocurre tras mirar a los ojos a mucha gente muerta? ¡Sé que debo mantener la mirada discreta cuando camino por el campo de batalla! ¡Dioses!

—El carnero estaba repleto de semillas —dijo Oloramuerto, estudiando a Azath una vez más—, y necesitaba sacarlas. ¿Era la última temporada del animal? ¿Lo sabía? ¿Lo creía cada estación? Ni en pasado ni en futuro. Lleno y vacío. Nada más. Siempre eso. Para siempre. —Se frotó el rostro—. No se me ocurre qué más hacer, Botella. Ni idea.

—Oye —dijo ella—, si meto el dedito no me hace nada. ¿No lo pillas? ¡Bah! —Y se apartó de él. Pensó en bajar los pies y ponerse de pie, pero alguien había cortado el catre por la mitad y cayó contra el suelo—. Au. Creo.

Muertecalavera sacó la cabeza para echar un vistazo, vio los enormes ojos húmeros de mujer brillando tras los

mechones andrajosos de pelo negro.

Hellian tuvo un súbito recuerdo bizarro, en el sentido que le apareció de pronto, y le ocurría pocas veces. Había sido una niña, aunque un poco borrachina (ja, ja), tambaleándose por una ladera verde hacia un arroyo, y en las aguas poco profundas encontró un pez, muerto pero no hacía mucho. Cogió la cosa flácida en la mano y lo observó. Una especie de trucha, el rojo más deslumbrante que había visto jamás, y en la espalda tenía unas líneas de un verde oscuro iridiscente, el color de las hojas de pino húmedas.

El motivo de que Muertecalavera hubiera recordado aquel momento le era desconocido. No eran los colores, porque no era rojo o verde. No era la muerte porque no estaba demasiado muerto, parpadeando de aquel modo. ¿El hecho de ser escurridizo? Podía ser. Aquel brillo líquido, sí, el pescado en el cuenco de su mano, en la diminuta piscina de agua que sujetaba como si fuera un ataúd o un capullo. Rememoró, de pronto, la profunda tristeza que sintió. Los jóvenes lo pasaban mal. Muchos morían, a veces sin motivo alguno. ¿Cómo se llamaba el arroyo? Por el Embozado, ¿dónde era?

—¿Dónde crecí? —susurró, todavía estirada en el suelo—. ¿Quién era? ¿En una ciudad? ¿A las afueras? ¿Granja? ¿Cantera?

Muertecalavera se deslizó hasta el borde del catre y la observó con ansia confusa.

Hellian puso mala cara.

—¿Quién soy? No tengo ni la menor idea. ¿Acaso importa? Dioses, estoy sobria. ¿Quién me ha hecho esto? —Miró con rabia a Muertecalavera—. ¿Tú? ¡Sabandija!

—Nada de sabandija —respondió él—. ¡Príncipe! ¡Rey en proceso! Yo. Tú… mi reina. Mi reina. Rey y reina, nosotros. Dos tribus unidas, hacen una gran tribu. Yo mando. Tú mandas. La gente se arrodilla y trae regalos.

Ella apretó los dientes.

—Escucha, idiota, si jamás me he arrodillado ante nadie en toda mi vida no voy a hacer que nadie se arrodille ante mí, a menos —añadió—, que ambos tengamos algo en mente. ¡Me meo en los reyes y en las reinas! ¡Me meo en todos ellos! Toda esa pomposidad es pura mierda, todo… —arrugó el entrecejo, en busca de la palabra adecuada—, ¡toda esa deferencia! ¡Escucha! Saludaré a un oficial porque esa basura es necesaria en un ejército, ¿vale? Pero eso es porque alguien tiene que estar al cargo. No son mejores. No son de sangre pura, no son más listos, ¿me he explicado bien? Es solo que, entre ese oficial y yo hay algo privado. Lo hemos acordado, ¿vale? ¡Para que funcione! De alta cuna, son diferentes. Tienen expectativas. ¡Me meo en eso! ¿Quién dice que sean mejores? Me importa un pepino las putas riquezas que tenga, aunque puedan cagar ladrillos de oro siguen siendo mierda, ¿vale? —Señaló a Muertecalavera con un dedo—. Por el Embozado, eres un soldado del tres al cuarto y nada más. ¡Príncipe! ¡Sí, claro! —Se giró y vomitó.

Sepia y Violín estaban de pie vigilando la caravana formada por los carros que avanzaban con lentitud desde el campamento de suministros hasta la línea de árboles donde serían almacenados, lejos de todo lo demás. El polvo llenaba el aire encima de la enorme llanura cubierta de tiendas, carros, gallineros y carruajes aparcados, y ahora que el día llegaba a su fin, un fino humo gris se elevaba perezoso hacia el cielo desde cientos de hogueras.

—Sabes —comenzó Sepia, los ojos puestos en las municiones moranthianas—, esto es estúpido. Hemos hecho lo que hemos podido, o lo hacen o no, e incluso a esta distancia, si se incendian estamos acabados.

—Lo lograrán —dijo Violín.

—Apenas importa, sargento. Catorce malditos para todo un maldito ejército. ¿Cien zapadores? ¿Doscientos? Es nada. Si nos metemos en problemas ahí fuera, va a ser peliagudo.

—Los letherii tienen balistas y catapultas de lo más decentes, Sepia. Caras, pero no parece que el dinero sea uno de los defectos de Tavore. —Guardó silencio un instante, y después gruñó—: Mejor no hablemos sobre los defectos de nadie. Disculpa por haberlo mencionado.

—No tenemos ni idea de lo que vamos a encontrarnos, Violín. Pero todos podemos sentirlo. Hay una amenaza que se asienta en todos nosotros como un cielo preñado de cenizas. Me pone la piel de gallina. Hemos cruzado Siete Ciudades. Hemos tomado este imperio. ¿Qué diferencia hay en esta ocasión? —Tembló—. Nuestra llegada a este lugar fue casi como un asalto a ciegas. Y casi toda la información que teníamos era errónea. Pero no importaba. No saber no es suficiente para arrastrarnos tan lejos hasta donde estamos ahora. No lo entiendo.

Violín se rascó la barba, y ajustó la correa bajo la barbilla.

—Caluroso y pegajoso, ¿no? No es seco como Siete Ciudades. Absorbe toda la energía, especialmente cuando vistes armadura.

—Necesitamos la armadura para protegernos de los asquerosos mosquitos, por el Embozado —exclamó Sepia—. Sin ellas seríamos bolsas secas llenas de huesos. Y esos bichos portan enfermedades. Los sanadores han estado tratando a una veintena de soldados al día con esa dolencia de sudores.

—¿Los mosquitos son la causa?

—Eso he oído.

—Bueno, entonces en cuanto nos adentremos en las Tierras Yermas no tendremos que preocuparnos más por ello.

—¿Y eso?

—Los mosquitos necesitan agua para reproducirse. De todos modos, estos bichos locales son pequeños. Nos topamos con enjambres en Perronegro que cualquiera juraría que eran colibríes.

Perronegro. Un nombre que todavía provocaba escalofríos en un soldado malazano, hubiera estado en él o no. Sepia se preguntó cómo un lugar (algo que había ocurrido hacía muchísimos años) podía calar tan hondo en las personas, como cicatrices que pasaban de padres a niños. Cicatrices, sí, y manchas, y el amargo sabor del pavor y la miseria. ¿Era posible? ¿O eran las historias, como la que acababa de contar Violín? Tan solo un detalle. Exagerado, sí, pero seguía estando ahí. Suficientes detalles, murmurados aquí y allá, y algo comenzaba a acumularse dentro, como una pelota de arcilla húmeda, manchándolo todo. Y no pasaría mucho tiempo hasta que estuviera compacta y dura como una roca, perfecta para rodar por la cabeza de un hombre, chocándose contra los pensamientos y confundiéndole.

Y la confusión era lo que se escondía tras el miedo, después de todo. Todos los soldados lo sabían, y conocían la peligrosidad mortal que contenía, especialmente en la tormenta de la batalla. La confusión conducía a cometer errores, juicios erróneos, y por supuesto, el pánico cegador era la primera flor espinada que la confusión arrancaba cuando tocaba danzar en los campos de batalla.

—Estás demasiado pensativo, zapador —repuso Violín—. Es malo para tu salud.

—Pensaba sobre danzar en el campo de batalla.

—Por el aliento del Embozado, hacía años que no escuchaba esa expresión. No hay motivo alguno para sacarla justo ahora, Sepia. Además, los Cazahuesos no han mostrado tendencia alguna en romper formación y huir…

—Sé que tiene sentido mantenernos a todos en la ignorancia, sargento, pero a veces va demasiado lejos.

—Nuestro gran propósito desconocido.

Sepia asintió con gravedad.

—Si ahora somos mercenarios deberíamos estar disponibles para que nos contraten. Pero no lo somos, e incluso si lo fuéramos, no hay nadie por aquí cerca dispuesto a pagarnos, ¿no? Y no parece que vaya a haber nadie en las Tierras Yermas o más allá. Y ahora escucho rumores sobre riñas en Bolkando. Los lágrimas quemadas, y quizás incluso los perecederos. Bien, ir a liberar a nuestros aliados es una buena causa, una decente…

—Ondea los estandartes correctos.

—Exacto. Pero no serían nuestros motivos iniciales para estar aquí, ¿no?

—Derrocamos a un emperador loco, zapador. Y entregamos a los letherii un mensaje sobre cazar en costas ajenas…

—No lo necesitaban. Los tiste edur…

—¿Y no crees que les hemos bajado los humos lo suficiente, Sepia?

—¿Y ahora qué? No estamos logrando nada aquí, Violín, incluso menos que nada.

—Renuncia —pronunció Violín con lentitud—. No fuiste invitado a la lectura. Nada de lo que ocurrió entonces era para ti. Ya te lo he dicho.

—Sin embargo, más para Tavore, y ¡eh, mira! ¡Justo parece que estamos siguiéndola de aquí para allá!

Los últimos carros llegaron al depósito improvisado, y estaban soltando a los bueyes. Violín suspiró y desató su yelmo para quitárselo.

—Vamos a ver a Koryk.

Sepia frunció el ceño y siguió al sargento.

—Nuestra escuadra está desparramada últimamente.

—A Botella le gusta pasear. A nadie más. No puedes contar a Koryk, ¿no? No es como si estuviera acampado

fuera de la enfermería por decoro.

—Botella es tu problema, sargento. Escaqueándose de las cosas, desaparece durante días…

—Está aburrido.

—¿Y quién no? Tengo la sensación de que no nos vamos a adaptar demasiado bien durante una o dos semanas tras ponernos en marcha.

Violín resopló.

—Nunca nos hemos adaptado demasiado bien, Sepia. ¿Esperas que me crea que nunca te habías dado cuenta?

—No hemos estado del todo mal en ese pueblo letherii…

—No es cierto. Si no fuera por las escuadras de Hellian y Gesler, y por Badan Gruk, tendríamos las uñas tan cuidadas que parecerían florecillas. Estábamos por todas partes, Sepia. Koryk y Sonrisas correteando como dos liebres en celo. Por lo visto Corabb era mi mejor puño.

—Lo miras con malos ojos, Violín. Todo. Se aproximaban edur por todas partes, teníamos que dividirlos.

Violín se encogió de hombros.

—Puede. Y vale, lo hicimos mejor en Y’Ghatan. Supongo que a veces no puedo evitar las comparaciones. Un hábito inútil, lo sé. Deja de mirarme así, zapador.

—Tenías a Seto y a Ben el Rápido. Y a ese asesino… ¿cómo se llamaba?

—Kalam.

—Eso, el jabalí con cuchillos. Qué estúpido que lo mataran en Ciudad Malaz. En cualquier caso, lo que quiero decir es…

—El puño de la escuadra era un barghastiano, y luego teníamos a Lástima (ni caso) y a Whiskeyjack, y el Embozado sabe quién más. Yo no soy Whiskeyjack. —Al ver que Sepia reía, Violín frunció todavía más el ceño—. ¿Qué cojones te hace tanta gracia?

—Nada, es que da la sensación de que tu antigua escuadra de los Abrasapuentes era tan mala como esta. Quizás incluso peor. Mira. Corabb es un puño sólido, con la mano de la doncella delante de sus pantalones; y si cae entonces Chapapote lo sustituirá, y si él cae, Koryk. Teníais a Lástima, nosotros tenemos a Sonrisas.

—Y en vez de Seto —añadió Violín—, te tengo a ti, y es una mejora considerable, ahora que lo pienso.

—No tengo sus habilidades de zapador…

—Dioses, no sabes lo mucho que me alegro.

Sepia observó al sargento mientras se acercaban a la enorme tienda que hacía de hospital.

—Tienes algo pendiente con Seto, ¿no? La leyenda dice que erais cercanos, tanto como Ben el Rápido y Kalam. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Cuando un amigo muere tienes que apartarlo, y eso hice yo.

—Pero ha vuelto.

—Ha vuelto y aun así, no del todo. No puedo decirlo de otro modo.

—Entonces, si no puede ser lo que fue, haz que sea algo nuevo.

—Es peor de lo que crees. Veo su cara y pienso en toda la gente muerta. Nuestros amigos, ya muertos. Era (odio decirlo), era más fácil cuando estaba solo yo. Incluso ver a Ben el Rápido y a Kalam me dejaba descolocado. Pero éramos los supervivientes, ¿verdad? Los que lograron superarlo, hasta aquel punto. Era natural, supongo, y con eso me las apañaba. Ahora todavía queda Ben, pero la consejera lo tiene consigo y es estupendo. Quedaba solo yo, ¿entiendes? Solo yo.

—Hasta que Seto apareció.

—Todo se reduce a lo que encaja y a lo que no, supongo. —Habían detenido sus pasos frente a la tienda. Violín se

rascó el fino cabello sudado—. Quizá con el tiempo…

—Sí, yo también opino así. El tiempo dirá.

Entraron en el pabellón.

Los catres crujían con los soldados que yacían inquietos entre sábanas de lana empapadas, soldados delirantes y bañados en sudor que sufrían convulsiones y temblores. Los enfermeros iban de cama en cama con paños húmedos. El aire apestaba a orina.

—¡Por el aliento del Embozado! —siseó Sepia—. Tiene mala pinta, ¿no?

Había unos doscientos catres, cada uno ocupado por una víctima de picadura. Los paños mojados, como vio Sepia, se usaban para meterlos en las bocas, en un intento de introducir algo de líquido en los soldados afectados.

Violín señaló.

—Ahí. No, no te molestes, no nos reconocería ahora mismo. —Agarró a un enfermero—. ¿Dónde están nuestros sanadores denul?

—El último se desmayó esta mañana. Están exhaustos, sargento. No pueden más. Tengo que seguir dándoles agua, ¿vale?

Violín soltó el brazo del hombre.

Salieron de nuevo.

—Vamos a buscar a Brys Beddict.

—No es un sanador, sargento.

—Ya lo sé, idiota. Pero ¿has visto camilleros letherii o personal de ayuda tirados en los catres de por aquí?

—No…

—Lo que implica que debe de haber algún tratamiento local para este mal.

—En ocasiones los locales son inmunes a la mayoría de las cosas que hay por la zona, Violín…

—Tonterías. Cuando se contagian mueren, por eso apenas los vemos enfermos. Y casi siempre son los mismos focos de

contagio. Fugas en las letrinas, agua estancada, comida pasada.

—Vaya. ¿Cómo es que sabes todo eso?

—Antes de las municiones moranthianas, Sepia, los zapadores nos ocupábamos de las reconstrucciones que seguían a una ocupación. Construíamos los sistemas de drenado, cavábamos fosos profundos, pozos fríos. En un mes convertíamos a la gente que matábamos en ciudadanos felices, sonrientes y sanos del Imperio de Malaz. Me sorprende que tú no hayas hecho algo similar.

—Sí lo he hecho, pero nunca entendí el motivo de por qué lo hacíamos.

Violín se detuvo.

—Lo que has dicho antes sobre no saber nada…

—¿Sí?

—¿Se te ha ocurrido alguna vez, Sepia, que quizá no saber nada tiene más que ver contigo que con el resto?

—No.

Violín miró a Sepia a los ojos, y él le devolvió la mirada, y entonces siguieron, en busca de Brys Beddict.

El ejército malazano levantaba el campamento de la ciudad con lentitud, escuadras y medio escuadras goteaban de los fuertes de la compañía que ocupaban el lugar que habían sido campos de batalla. Grandes cantidades de soldados, tras unas cuantas noches en las tiendas, habían caído enfermos (como Koryk), y debían ser transportados en carros hasta el pabellón hospitalario establecido entre el ejército y el campamento de materiales.

Los juegos de guerra habían terminado, pero habían logrado hacer daño. Tantos soldados habían encontrado modos de salirse de estos, esparcidos por la ciudad, que la cohesión del ejército (ya debilitada por la invasión donde los

marines vieron la mayor parte del desastroso trabajo) estaba en mal estado.

Sentado en una silla de campo fuera de la tienda de la escuadra, el cabo Chapapote desenroscó otra bobina de cable de hierro e hizo uso de una ingeniosa tijera que algún herrero malazano inventó hacía algunas décadas, comenzó a cortarlo en trozos cortos. El mantenimiento de la cota de malla requería muchísimo trabajo. Podría haberla enviado a los armeros, pero prefería hacer sus propias reparaciones. No es que no confiara en ellos, bueno, sí, no confiaba en aquellos cabrones, especialmente cuando iban con prisas y tenían sobrecarga de trabajo, como aquellos días. No, usaba la varilla para calcular la medida de largo, lo apretaba y cerraba los agujeros uno por uno. Solía trabajar con piezas más largas, enrolladas en la punta, y después cruzadas con el resto de las piezas, pero aquello estropeaba cualquier hoja que usara para cortar, y los filos hacían los espacios demasiado anchos, dejaban bordes ásperos que cortaban el acolchado interior. Un trabajo miserable y frustrante. No, esto era fácil, trabajar en cada pieza, punzando las puntas para comprobar que el rizo no había dejado puntas, y entonces usaba la varilla para fijar cada pieza en su lugar. Y luego…

—Tus obsesiones me ponen de los nervios, Chapapote, ¿lo sabías?

—Búscate algo para perder el tiempo, Sonrisas. Y se te olvida que soy tu cabo.

—Lo que denota lo fatal que está la estructura de mando.

—Se lo puedes decir al sargento, ¿no te parece?

—¿Adónde ha ido Corabb?

Chapapote se encogió de hombros, ajustó la cota de malla que tenía estirada sobre los muslos.

—Se ha marchado a requisar una nueva arma.

—¿Ha vuelto a perder otra?

—En realidad la ha roto, y antes de que preguntes, no te voy a decir cómo.

—¿Por qué no?

Chapapote no contestó durante un rato, levantó la mirada y vio a Sonrisas mirándolo con el ceño fruncido, los brazos en jarras.

—¿En qué estado está tu equipo, soldado? —preguntó el cabo.

—Bien.

—¿Has repuesto virotes?

—Tengo uno con tu nombre escrito. Y además tengo muchos más.

Corabb Bhilan Thenu'alas se acercaba por el camino, un caminar peculiar, cada paso cauteloso, como si tratara de no resbalarse en el hielo, y se desvió ligeramente hacia fuera, como si fuera un barril descarriado. Colgada en un hombro llevaba una espada larga de factura letherii metida en un saco de arpillera encerado. Bajo el brazo tenía un cojín de plumas.

Llegó al fuego para cocinar, puso el cojín en una silla y se sentó con cuidado.

—En nombre del Embozado, ¿qué has hecho? —preguntó Sonrisas—. ¿Te la has metido por el culo?

Corabb torció el gesto.

—Es personal. —Sacó su nueva espada y la dejó sobre los muslos. En su rostro una expresión que Chapapote solo había visto en los niños durante el día de los regalos de la reina de los sueños, un resplandor, un rubor, los ojos ansiosos por ver qué esperaba bajo el envoltorio tintado con dibujos serpentinos.

—Solo es una espada, Corabb —dijo Sonrisas—. Y ya.

Chapapote vio que aquella expresión de maravilla de Corabb se deshacía y se retraía. El cabo fulminó con la mirada a Sonrisas.

—Soldado, ve a llenar suficientes sacos de viaje para toda la escuadra. Necesitarás una mula y un carro, a menos que tengas en mente más de un viaje.

Ella se refrenó.

—¿Por qué yo?

Porque pones a la gente al límite.

—Largo de mi vista. Ahora.

—Qué majo eres —murmuró mientras se alejaba.

Chapapote dejó sus herramientas.

—¿Letherii? Vaya, Corabb, ¿puedo echarle un vistazo?

Los ojos del hombre cobraron vida.

Tenían días antes de la reunión oficial para la marcha. Las órdenes de Chapapote eran prematuras. Y si ella hubiera sido cabo lo habría sabido y no la habría enviado a ello sin un buen motivo. Claro que, de haber sido cabo, habría mandado un montón de tareas estúpidas a Chapapote cada vez que la irritaba, lo que seguramente sería todo el tiempo. En cualquier caso, decidió que se distraería, quizás hasta bien entrada la noche. Chapapote tenía la costumbre de acostarse tarde.

Si Koryk no estuviera sudando como un mercader de pescado en un ahumadero, ahora tendría compañía decente. En vez de eso, deambuló hacia un grupo de soldados de infantería pesada reunidos alrededor de un juego. Vio que eran los de siempre. Cachipolla y Tulipán, Destello de Ingenio, Narizcorta, Lametazo de Sal, y algunos de una compañía diferente que recordaba de la riña en el pueblo. Sacaprimero, Miratrás e Inmenso Vacío. Se acercó hasta el borde del anillo formado por los soldados.

No había juego. Una enorme huella de una bota en el polvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sonrisas—. Es una huella, ¡por el Embozado!

Rostros enormes la observaron desde todos lados, y entonces Cachipolla dijo, en un tono de asombro reverencial.

—Es de él.

—¿Quién?

—Él, como ha dicho ella —respondió Narizcorta.

Sonrisas bajó la mirada a la huella.

—¿En serio? No me lo creo. ¿Cómo lo sabéis?

Destello de Ingenio se sorbió la nariz, que había estado goteando desde que ella llegó.

—No es nuestra. ¿Ves el tacón? Es un tacón de marine, tienen un broche de hierro en forma de medio anillo, igual que este.

Sonrisas resopló.

—Idiotas. ¡Medio ejército viste así! —Miró a su alrededor —. Por todos los dioses, ¡todos vosotros los lleváis!

—Exacto —puntualizó Destello de Ingenio.

Y todos asintieron.

—Entonces, sigamos el rastro y echémosle un buen vistazo.

—Ya lo habíamos pensado —dijo Narizcorta—. Pero es que solo hay una, ¿ves?

—¿Qué quieres decir? ¿Una huella? ¿Solo una? ¡Pero qué tontería! Habrás borrado las otras…

—No —dijo Miratrás, los dedos gruesos enredados en el cabello grasiento tras una oreja enorme—. Yo fui el primero en verla, sí, y estaba solo. Tal cual. Solo. ¿Quién más podría haber hecho algo así, excepto él?

—Sois un atajo de idiotas. No creo que Nefarias Bredd exista siquiera.

—¡Porque eres estúpida! —chilló Inmenso Vacío—. Eres una estúpida, estúpida, eh, una estúpida, estúpida y nada

más. Y no me gusta. Sacaprimero, ¿a que sí? No me gusta, ¿a que no? ¿A que no?

—¿La conoces, Inmenso? ¿Sabes quién es?

—No, Sacaprimero. No lo sé. No sé ni eso.

—Bueno, entonces debe ser que no te gusta. Debe ser eso. Tienes razón, Inmenso.

—Lo sabía.

—Escuchad —dijo Sonrisas—, ¿quién quiere jugar a huesos?

—¿Con qué? —preguntó Cachipolla.

—¡Con huesos, hostias!

—No tenemos.

—Pero yo sí.

—¿Tú qué?

Sonrisas dibujó una amplia y reluciente sonrisa, e incluso aquello hizo que le doliera la cara. Sacó un pequeño monedero de cuero.

—Hagan sus apuestas, soldados, vamos a jugar. Escuchad con atención mientras explico las reglas…

—Sabemos las reglas —dijo Narizcorta.

—No las mías, no. Son diferentes. —Contempló los rostros interesantes y aquellos ojillos fijos en ella—. Escuchad. Escuchad con atención, porque son algo complicadas. Inmenso, ven junto a mí, aquí, como los buenos amigo, ¿eh?

Inmenso Vacío asintió.

—¡Claro! —Y, con el pecho hinchado, empujó a los demás para pasar.

—Tengo que hablar contigo, teniente.

Poros se puso de pie de un salto.

—¡Sí, señor!

—Sígueme. —El capitán Generoso salió del cuartel general tenso, y los soldados ocupados en empaquetar el

equipo se apartaban desesperados del paso del hombre, furtivos como gatos que se escurren entre los pies del dueño. Había cierta despreocupación en cuanto a salir del paso del teniente Poros, sin embargo, lo forzó a golpearse la espinilla un par de veces mientras se apresuraba tras el capitán.

Salieron a la plaza y se detuvieron ante una hilera de lo que parecían civiles harapientos sin ningún lugar al que ir excepto subir, una docena en total. Al ver a los dos que había al otro extremo, los ánimos de Poros se hundieron.

—Voy a ascenderte de forma lateral —le dijo Generoso—. Sargento maestro.

—Gracias, señor.

—Lo hago como reconocimiento de tus talentos, sargento maestro Poros, al reclutar entre la población local.

—Ah, señor, te aseguro de nuevo que no he tenido nada que ver con esas dos prostitutas —he hizo un gesto hacia las dos mujeres obesas al final de la fila—, que aparecieron sin avisar en tu oficina.

—Tu modestia me impresiona, sargento maestro. Sin embargo, como puedes ver, lo que tenemos delante son reclutas letherii. En su mayoría endeudados, como habrás observado, dos retirados de una profesión noble y altruista. —Endureció el tono de voz—. Y como cada soldado malazano sabe, la vida previa a unirse a las filas carece de relevancia cuando se han jurado los votos y se ha vestido el uniforme. No existen barreras para avanzar más allá de la competencia…

—Y a veces ni eso, señor.

—Incluso las confesiones son causa insuficiente para interrumpirme, sargento maestro. Bien, estos venerables reclutas te pertenecen. Equípalos y llévalos a dar una buena caminata. Necesitan entrenamiento obvio en combate. Marchamos en dos días, sargento maestro.

—¿Entrenamiento en combate en solo dos días, señor?

—Tus reclutas dependen de tu competencia, como yo —respondió Generoso, con una expresión de satisfacción nauseabunda—. Quizá sugeriría que tu primera tarea sea la de despejarlos. Te dejo a ello, sargento maestro.

—Gracias, señor. —Saludó.

El capitán Generoso se marchó hacia el cuartel general.

Poros lo miró con fijeza.

—Esto —murmuró— es la guerra.

El recluta más cercano, un hombre andrajoso de unos cuarenta y pico años con un bigote sucio, de pronto lo miró con ilusión.

—¡Me muero de ganas, señor!

Poros se giró para mirarlo.

—No soy ningún señor, ¡escarabajo sin cerebro! ¡Soy sargento maestro!

—¡Lo siento, sargento maestro!

—¿No creerás acaso que mi promoción lateral no es una declaración audaz de la confianza del capitán Generoso en mí?

—¡Desde luego que no, sargento maestro!

Poros caminó hasta el final de la línea y observó a las dos prostitutas.

—Por todos los dioses, ¿qué hacéis aquí?

La rubia, el rostro radiante del modo en que las personas con sobrepeso se ponen coloradas cuando tienen que estar de pie durante un periodo de tiempo demasiado largo, eructó y dijo:

—¡Sargento maestro, míranos!

—Estoy mirando.

—No hemos tenío mucha suerte bajando la grasita, ¿eh? Pero en un ejército no nos queda otra, ¿o qué?

—Estáis borrachas.

—También lo dejaremos —dijo la morena.

—¿Y la prostitución?

—Ay, sargento maestro, ¡déjanos un poco de diversión!

—Ambas estáis sin aliento, vestiros con el equipo y poneros a correr os matará.

—Nos da igual, sargento maestro. ¡Lo que vaya bien!

—Decidme el nombre del soldado que os contrató para visitar al capitán.

Las mujeres intercambiaron miradas cómplices, y la rubia dijo:

—Nunca nos dio su nombre.

—¿Hombre o mujer?

—Tampoco nos lo dijo, sargento maestro.

—Era un día oscuro —añadió la morena—. En cualquier caso, el gran Generoso dijo…

—Un momento, ¿qué acabas de decir?

—Eh, esto. El capitán Generoso, es lo que quería decir, ahora que vuelve a estar de uniforme, esto…

—Y es un uniforme muy bonito —intervino la rubia.

—Y dijo que tú eras el mejor y el más trabajador, el soldado más en forma y saludable en todo el ejército malsano…

—Ejército malazano.

—Claro. Perdón, sargento maestro, es que con tantos nombres foráneos…

—Y me la jugaría a que el ron ha tenido algo que ver.

Ella asintió.

—Los garrafones.

Ante el plural la mirada de Poros descubrió una voluntad perniciosa propia, y descendió lentamente del rostro de la mujer. Tosió y volvió a estudiar al resto de los reclutas.

—Entiendo que huís de las deudas —anunció—. Lo mismo para todos los ejércitos del mundo. Endeudados, criminales, descarriados, pervertidos, patriotas y locos, y esa es una lista de mi promoción. Y miradme, ascendido a teniente y a

sargento maestro. Por lo que, queridos reclutas —Poros sonrió, y el resto de la fila sonrió de vuelta—, nadie sabe mejor que yo de dónde venís, y nadie sabe mejor que yo dónde vais a acabar, que será probablemente en la enfermería o en la empalizada. ¡Y pretendo llevaros allí en el menor tiempo posible!

—¡Sí, sargento maestro! —gritó el idiota del bigote.

Poros se acercó al hombre con andar marcial, cuya sonrisa menguó de pronto.

—En el ejército malazano —repuso—, no existen los nombres antiguos. En cualquier caso eran nombres poco adecuados, todos ellos. Tú ahora te llamas Hocicopollo, y eres mi primer líder de escuadrón.

—¡Sí, sargento maestro! ¡Gracias, sargento maestro!

—Bien —continuó Poros, las manos tras la espalda mientras caminaba de arriba abajo de la fila—, dos días para que paséis de ser unos mierdecillas a soldados es, incluso para mí, imposible. No, lo que necesito es juntaros con una escuadra de verdad, y tengo a una perfecta en mente. —Detuvo sus pasos y se giró para mirarlos—. Pero antes, vamos a marchar hasta las letrinas, donde todos y cada uno de vosotros vais a, en perfecto unísono como buenos soldados, meteros un dedo en la garganta para vomitar en el abrevadero. Y entonces iremos a recoger los uniformes del intendente, y vuestros equipos de entrenamiento. Bien, sargento Hocicopollo, ponlos en fila tras de ti y seguidme.

—¡Sí, sargento maestro! ¡Vamos a la guerra!

Y los demás corearon.

Las brasas titilaban en las hogueras y el agua hervía en las ollas colgadas encima cuando el sargento maestro Poros llevó a su grupo enfermizo hasta las tiendas de la Tercera Compañía.

—¡Sargentos de la Tercera Compañía! —dijo en voz alta —. ¡Al frente ahora mismo!

Un grupo de rostros lo observó, iluminados por la luz del fuego, y Badan Gruk, Sinter y Remilgo dieron un paso al frente muy despacio hasta quedar ante Poros.

—Soy el sargento maestro Poros y estos…

—Creía que eras el capitán Generoso —interrumpió Sinter.

—No, ese sería mi gemelo, que tristemente se ahogó en un cubo de su propio vómito ayer mismo. Interrúmpeme de nuevo, sargento, y verás todo el vómito que tengo esperando para ti.

Badan Gruk gruñó.

—Yo creía que era el teniente Poros…

Poros lo miró con mala cara.

—Era mi otro gemelo, que se ha separado de los Cazahuesos y sirve como guardaespaldas y consorte de la reina Aforanta, del Imperio Esgarramantas. A ver, basta de cháchara. Como podéis ver tras de mí, tengo unos nuevos reclutas que necesitan estar listos para marchar en dos días…

—¿Marchar adónde, sargento maestro?

Poros suspiró.

—Pues con el resto de nosotros, sargento Sinter. De hecho, justo tras tus tres escuadras, ya que ahora son tu responsabilidad. —Se dio la vuelta e hizo un gesto a la fila. Dos reclutas dieron un paso a un lado—. Los sargentos Hocicopollo y Mosqueta. —Hizo otro gesto y dos más salieron —. Los cabos Garrafones y Mantequitas. Sugiero que la cabo Besadónde los adopte bajo su cuidado personal. Bien, os habréis dado cuenta de que llevan tiendas. Por desgracia, ninguno de los reclutas sabe cómo montarlas. Ayudadlos. ¿Alguna pregunta? Bien. Descansen.

Un rato después, Poros vio una de las nuevas tiendas en el campamento y, tras observar a los tres soldados sentados junto a la hoguera más cercana, se levantó y se acercó a ellos.

—Soldados, descansad. ¿Hay una separación tras la tienda? Me lo imaginaba.

—El sargento Urb la requisó, teniente…

—Admirable. Ay, amigos míos, y sé que esto son noticias miserables, pero tengo que requisarla bajo órdenes del capitán Generoso. Me opuse, quiero decir, es una injusticia, pero, bueno, ya conocéis al capitán Generoso, ¿no? —Le complació verlos asentir taciturnos. Poros dio una palmadita a la bolsita que tenía en la cadera—. Listas de suministros. Necesito algún lugar privado, y ahora que han cerrado el cuartel general, bueno, tenéis que proporcionarme una oficina. Pero escuchad, amigos míos, y aseguraos de contarle esto al sargento Urb, desde que trabajo con suministros, materiales y (¿lo he mencionado ya?) alimentos para los oficiales, que incluye, por supuesto, vinos añejos, pues nada, que incluso alguien tan perfecto como yo puede perder una caja o dos del inventario. —Y los vio sonreír.

—A sus órdenes, teniente.

—Excelente. Sobre todo, no me distraigáis.

—Entendido, teniente.

Poros entró, pisó colchones enrollados y equipos, y atravesó la cortina, donde encontró un catre de campo bastante decente, sábanas limpias y un cojín en buen estado. Se quitó las botas de un tirón y las lanzó por ahí, se estiró en el catre, apagó la linterna y sacó de la bolsa el primero de los cinco frascos que había confiscado a los reclutas.

Uno podía aprender mucho de un hombre o de una mujer por la droga o el alcohol que escogían. Había llegado el momento de observar más de cerca a los últimos miembros de los Cazahuesos, quizá detallar un perfil de su irritabilidad. Destapó el primer recipiente.

—Nos ha obligado a vomitar —explicó Garrafones.

—Siempre nos lo ordena a todos —respondió Besadónde —. Corrige el ángulo de esa clavija antes de que tu hermana comience a golpearla.

—No es mi hermana.

—Sí lo es. Todos lo somos ahora. De eso va ser soldado. Hermanas, hermanos.

Mantequitas levantó el mazo de madera.

—¿Entonces los oficiales son como una especie de padres?

—Depende.

—¿De qué?

—Bueno, si tus padres eran dementes, crédulos, corruptos, inútiles o sádicos, o cualquier combinación de estos, entonces sí, los oficiales son padres.

—No siempre es así —dijo el cabo Pravalak Borde, que llegó con un puñado de lonas impermeables—. Algunos oficiales saben lo que hacen.

—No tiene nada que ver con lo que son, Borde —dijo Besadónde.

—Tienes razón, Besa, todo se reduce a ¿aceptas sus órdenes cuando las cosas se pongan negras? Porque no queda otra. —Dejó los dos rollos de lonas—. Éntralos y alísalos bien. Ah, y comprueba que no hay pendientes en el suelo, queréis tener las cabezas más altas que los pies o tendréis sueños muy locos y os despertaréis con un dolor de cabeza muy doloroso…

—Van a hacerlo de todos modos —dijo Besadónde—. ¿No los hueles?

Borde torció el gesto y le quitó el mazo de las manos a Mantequitas.

—¿Te has vuelto loca, Besa? Si llega a blandir esto habría aplastado las manos de la otra.

—Bueno, pero entonces habría una menos retrasándonos.

—No puedes decirlo en serio.

—No. No lo he pensado mucho. No se me da bien tener a gente a mi cargo. Toma el relevo. Voy a la ciudad a traer de vuelta a Muertecalavera. De las garras de Hellian, quiero decir.

Al alejarse, Garrafones se relamió los gruesos labios.

—¿Cabo Borde?

—¿Sí?

—¿Tenéis un soldado en la escuadra que se llama Muertecalavera?

Borde sonrío.

—Oh, desde luego, y espera a conocerlo.

—No me gusta el nombre que me han dado —murmuró Hocicopollo—. Quiero decir, he intentado valorar todo esto con espíritu positivo, ¿sabes? Pero da la sensación de ser una sentencia de muerte. He actuado con entusiasmo, ¿y qué hace él? Me llama Hocicopollo.

Fruncido le dio una palmadita en el hombro.

—¿No te gusta tu nombre? No pasa nada. La próxima vez que el capitán teniente sargento maestro Generoso Poros aparezca, le diremos que el sargento Hocicopollo se ahogó en un cubo, pero que su hermano apareció y su nombre es… ¿y bien? ¿Qué nombre quieres?

Hocicopollo torció el gesto. Se rascó la cabeza y pasó los dedos por el bigote. Entrecerró los ojos. Terminó por

encogerse de hombros.

—Creo que no he pensado en ello.

Fruncido sonrió con dulzura.

—A ver si podemos ayudarte. ¿Estás endeudado?

—Así es. Y no fue para nada justo, Fruncido. Me iba bien, sabes, incluso una buena vida. Estaba casado con una bonita mujer que siempre tuve la sensación de que era un poquito corta, más incluso que yo, quiero decir, lo que era perfecto, ya que me ponía al cargo y me gustaba estar al cargo…

—Que nadie se entere de eso aquí.

—Oh, entonces ya he metido la pata.

—No es verdad. Fue tu hermano ahogado.

—¿Qué? Por el Errante, claro que se ahogó. Pero, ¿cómo te has enterado? ¡Espera, espera! Ah, vale, ya lo pillo. Claro. Ja, es perfecto.

—Por lo que tú estabas bien.

—¿Eh? Sí, eso. Me iba bien. De hecho, el negocio iba bien, suficiente para poder hacer algunas inversiones… La primera vez en mi vida que invertí de verdad. Construcción. No es mi área, pero…

—¿Cuál es? Tu área, quiero decir.

—Fabricar y vender lámparas de aceite, las grandes de los templos. Sobre todo de bronce o cobre, a veces de cerámica esmaltada.

—Y entonces invertiste en la construcción.

—Y todo se fue al garete. Justo antes de que llegarais. Todo a la porra. Lo perdí todo. Y a mi mujer, que me dijo que había estado haciendo tiempo hasta que apareciera alguien mejor y con más dinero. Así que también se fue. —Se pasó la mano por la cara—. Pensé en suicidarme, pero no supe cuál era el mejor método. Y entonces lo vi claro, ¡unirme al ejército! Pero no al letherii, el nuevo rey no quiere empezar nuevas guerras, ¿verdad? Además, seguro que me quedaría

destinado aquí en la ciudad y allí vería a toda la gente que conocía y que consideraba amigos, y ellos fingirían que yo no existo. Y entonces escuché que los malazanos ibais a la guerra…

—¿En serio? Primera noticia que tengo…

—Bueno, algo parecido. La cosa es que se me ocurrió que quizá no era un lugar al que ir y morir. No, era un lugar donde podía empezar de nuevo. Aunque —y se golpeó el muslo—, lo primero que hago es meter la pata. ¡Vaya nuevo comienzo!

—Está bien —dijo Fruncido, hizo un leve gruñido cuando se levantó—. Hocicopollo fue el que metió la pata, ¿no es así?

—¿Qué? ¡Ah, claro!

—Creo que se me ha ocurrido un nuevo nombre para ti —dijo ella, mirándolo mientras él permanecía sentado tras su equipo envuelto—. ¿Qué te parece Alborada?

—¿Alborada?

—Eso es. Sargento Alborada. Nuevos comienzos, como el amanecer que rompe en el horizonte. Y cada vez que lo escuches, recordarás que has vuelto a empezar. De cero. Sin deudas, sin amigos desleales, sin esposas que te hayan abandonado.

Él se levantó de golpe y la abrazó en un impulso.

—Gracias, Fruncido. No olvidaré esto. En serio. Jamás.

—Muy bien. Ahora saca cuchara y cuenco, la cena espera.

Encontraron a Brys Beddict de pie en uno de los puentes del canal, el más cercano al río. Estaba inclinado sobre la baranda de piedra, los ojos puestos en el agua que fluía por debajo del arco.

Sepia tiró del brazo de Violín cuando estuvieron a punto de poner un pie en el puente.

—¿Qué hace? —preguntó en un susurró—. Parece…

—Sé lo que parece —replicó Violín, y puso mala cara—. Pero no creo que sea eso. Vamos.

Brys los miró por encima del hombro cuando estos se acercaron, y se puso rígido.

—Buenas noches, soldados.

—Comandante Beddict —saludó Violín, y asintió con la cabeza—. Tenemos un problema en el campamento, señor. Ese mal del sudor, de los mosquitos. La gente enferma por todas partes y nuestros sanadores se caen de puro cansancio sin lograr resultados positivos.

—Escalofríos, así lo llamamos —dijo Brys—. Hay un pozo, uno imperial, a media legua al norte de vuestro campamento. El agua brota gracias a un surtidor dispuesto en un molino. Uno de los inventos de Bicho. En cualquier caso, el agua está llena de burbujas y es un poco ácida. Es el remedio local para los escalofríos. Enviaré equipos para entregar frascos por vuestro campamento. ¿Cuántos soldados han enfermado?

—Doscientos, quizá trescientos. Más a cada día que pasa, señor.

—Comenzaremos con quinientos frascos. Necesitáis que todos beban de ellos, ya que puede que contengan propiedades preventivas, sin embargo, nadie ha sido capaz de demostrarlo. También dispondré a nuestros sanadores militares para que asistan a los vuestros.

—Gracias, señor. En nuestra experiencia suelen ser los locales los que enferman con la presencia de extraños viajando allende de los mares. Esta vez parece haber sido lo contrario.

Brys asintió.

—Sé que el Imperio de Malaz estaba dispuesto al expansionismo, a conquistar territorios lejanos.

—Un tanto más furibunda que vuestra propia expansión letherii, señor.

—Sí. Nosotros avanzamos bajo el principio de agacharse y arrastrarse. Es como nuestro hermano Casco lo describió. Expandiéndonos con lentitud como una mancha, hasta que alguna tribu belicosa se alza y se da cuenta de lo que está ocurriendo, y entonces estalla la guerra. Una guerra que justificamos en ese momento al afirmar que simplemente protegíamos a nuestros ciudadanos pioneros, nuestros intereses económicos, nuestra necesidad por lograr más seguridad. —Su sonrisa era amarga—. Las mentiras de siempre.

Violín se apoyó en la baranda junto a Brys, y tras un momento Sepia los imitó.

—Recuerdo un desembarco en una de esas islas remotas de Golpe. No las estábamos asaltando, tan solo establecíamos contacto. La isla mayor ya había capitulado. De todos modos, los locales podían llegar a reunir unos doscientos guerreros, y allí estaban, enfrentándose a una flota de transporte con cinco mil marines veteranos. El antiguo emperador prefería ganar sin derramar sangre, cuando podía. Es más, todos nosotros, de pie en la borda (parecido a lo que hacemos ahora), bueno, sentimos lástima por ellos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sepia.

—El caudillo local reunió una montaña de baratijas en la playa, básicamente para demostrar que era rico al mismo tiempo que compraba nuestra benevolencia. Fue un gesto valiente, porque le empobreció. No creo que esperara un gesto recíproco del almirante Nok. Solo quería que lo cogiéramos y nos marcháramos. —Violín hizo una pausa, se rascó la barba y recordó aquellos tiempos. Ni Brys ni Sepia le instaron a seguir, pero, con un suspiro, continuó—. Nok tenía órdenes. Aceptó el regalo. Y después nos ordenó depositar

en la playa un trono dorado para el jefe, y suficiente seda, lino y lana para vestir a todas las personas de la isla. Le dio al caudillo lo suficiente para que pudiera ser generoso con su gente. Todavía recuerdo su cara, la expresión… —Tras secarse los ojos, solo Brys aguantó la mirada en Violín. Sepia miró hacia otro lado, avergonzado.

—Fue lo correcto —dijo Brys.

—Eso parecía. Hasta que los locales comenzaron a enfermar. Algo en la lana, quizá. Pulgas, un contagio. No lo supimos hasta pasados algunos días. Nos apartamos, dejamos espacio al caudillo y todo eso, y el pueblo estaba asentado tras una franja de densos manglares. Y entonces, una tarde, un vigía vio a una niña de la aldea, tambaleándose hasta la playa. Estaba cubierta de llagas, toda aquella dulce y suave piel… —Se detuvo, hundió los hombros—. Nok actuó deprisa. Envió a todos los sanadores denul que tenía a la isla. Salvamos a dos tercios. Pero no al jefe. Hasta el día de hoy, me pregunto en qué pensó cuando estaba muriendo, si en un instante de calma en medio de la tempestad que era su fiebre, un solo instante, pensó que había sido traicionado, que había sido envenenado a propósito. Me pregunto si nos maldijo con su último aliento. De haber sido yo, lo habría hecho. Lo hubiéramos querido o no, quiero decir, que nuestras intenciones no importaban una mierda. No ofrecimos absolución alguna. Nuestros buenos propósitos sonaron huecos entonces y todavía es así.

Tras un largo rato, Brys devolvió su atención a las aguas del canal que pasaba por debajo.

—Toda esta agua fluye hasta el río, y luego al mar, y de allí se evapora y llueve sobre los valles y las llanuras donde no hay luz. A veces —añadió—, las almas toman el mismo camino, y vuelven a llover, silenciosas, ciegas. Perdidas.

—Si seguís así —dijo Sepia con un gruñido—, voy a terminar saltando.

Violín resopló.

—Zapador, escúchame. Es fácil escuchar y mucho más fácil escuchar mal, así que presta atención. No soy un tipo sabio, pero en mi vida he aprendido que saber algo, verlo con claridad, no ofrece excusa alguna para rendirse a ello. Y cuando lo pones en palabras, se las das a alguien, tampoco es una invitación. Ser optimista carece de valor si implica ignorar el sufrimiento del mundo. Peor que carecer de valor. Es malvado. Y ser pesimista, bueno, es el primer paso en el camino, y es un sendero que puede llevarte por la senda del Embozado, o te conduce a un lugar donde puedes asentarte para hacer lo que puedas, aguantar en la pelea contra el sufrimiento. Y es un lugar honesto, Sepia.

—Es el lugar, Violín —dijo Brys—, donde se encuentran los héroes.

Pero el sargento negó con la cabeza.

—Eso no importa de un modo u otro. Puede que termine siendo tan oscuro como el valle más profundo en lo más hondo del océano, comandante Beddict. Haces lo que te toca hacer, porque ver la verdad no siempre llega como un estallido de luz. A veces lo que ves es un pozo oscuro, y te engaña para que creas que estás ciego. No es así. Es todo lo opuesto. —Se detuvo entonces, al ver que había cerrado ambas manos en puños, los nudillos eran protuberancias pálidas que destacaban en la noche.

Brys Beddict se revolvió.

—Me ocuparé de que los equipos salgan hacia el pozo imperial esta misma noche, y enviaré a mis sanadores. —Hizo una pausa, y añadió—: Sargento Violín. Gracias.

Pero Violín no pudo encontrar nada por lo que ser agradecido. No en sus recuerdos, ni en las palabras que había dicho a aquellos dos hombres.

Cuando Brys se marchó, se giró hacia Sepia.

—Ahí lo tienes, soldado. Quizás ahora comiences a dejar de venerar el maldito suelo que piso, por el Embozado. —Y se marchó.

Sepia lo vio alejarse, y después, con un leve movimiento de la cabeza, siguió a su sargento.

Capítulo 10

¿Existe algo más carente de valor que las excusas?

Emperador Kellanved

Era obligación de la hermana de una embarazada o, si no había ninguna, de la familiar de sangre más cercana, esculpir en arcilla una figurita, una estructura de esferas, y sujetarla en alto a la espera del nacimiento del bebé. Bañado en la sangre y los fluidos del parto, la vasija de forma humana, a través de un ritual, se unía al neonato, y aquella unión permanecía hasta la muerte.

El fuego era el hermano y el esposo que concede la vida de los elan, el dios espíritu con su precioso regalo de luz, calor y protección. Al morir, la figura de los elan (ahora el mismo cielo de su alma) se arrojaba a las llamas del fuego crepitante de la familia. El recipiente, al hacerlo, no tenía cara, porque el fuego aceptaba todas las almas por igual; al escoger, no prefería los rasgos protuberantes, una máscara ante la verdad, sino que sopesaba las deudas en la vida. Cuando la figura de arcilla (nacida del agua, de la hermana y esposa que concede la vida) al fin se rompía con el calor, por el que concede la vida, ahora el que quita la vida. Si las figuras no se rompían, entonces el alma había sido rechazada, y ningún otro mundo tocaría nunca más aquella vasija chamuscada. El lamento cesaría. Todos los recuerdos del caído serían eliminados.

Kalyth había perdido su figurita, un crimen tan vasto que debería haber muerto de vergüenza mucho tiempo atrás. Estaba en algún lugar, enterrada en la hierba, quizás, o

tragada por la corriente de polvo o de cenizas. Seguramente estaba rota, la unión quebrada, y por lo tanto no ascendería al cielo tras morir. Espíritus malignos se cernirían sobre ella y devorarían todos sus pedacitos. No tendría refugio. No habría juicio por el que concede la vida.

Ella comprendía que su gente había tenido en gran estima su propia importancia. Ella estaba segura de que era igual para todo el mundo, para cada tribu, para cada nación. Una elevación de uno mismo, una arrogancia feroz. Creyentes de su propia inmortalidad, de su propia durabilidad eterna, hasta que llegaba el momento de súbita y atroz revelación. Ver el fin de tu gente. La identidad derrumbándose, el idioma y las creencias y la comodidad marchitándose. La mortandad acudía como un navajazo al corazón. Un momento que llena de humildad, la angustia de la humildad, todas las verdades que uno creyó inquebrantables resultaban ser ilusiones frágiles.

Arrodillada en la arena. Completamente desolada. Postrada en el polvo, sabor insípido en la lengua, olor de putrefacción disecada punzante en la nariz. ¿Cabía duda alguna de que todas las bestias que se rendían se arrodillaran en el suelo, en una postura de vulnerabilidad, buscando piedad de una naturaleza despiadada: la sumisión con el cuello expuesto a los cuchillos y los colmillos que danzaban bajo la luz del sol? Jugar a ser la víctima. Recordó ver en una ocasión un toro bhederin, atravesado por más de una docena de jabalinas, las astas entrechocaban, la enorme bestia trataba de mantenerse en pie. Como si seguir erguida fuera todo lo que importaba, todo lo que la definía como ser vivo, lo necesario para ser digna de la vida, y en sus ojos teñidos de rojo una mirada de desafío inquebrantable. Sabía que en cuanto cayera, la vida cesaba.

Y allí estaba, de pie, llorando lágrimas de sangre, en una loma de arena, rodeada de cazadores que comprendían lo

suficiente como para mantener las distancias, para esperar, pero el animal los resistía, rechazó lo inevitable durante una extraordinaria cantidad de tiempo. Los cazadores contarían esta historia alrededor de las llamas crepitantes, se levantarían para imitar el desafío moribundo, la postura defensiva, los hombros caídos, la mirada fulgurante.

Medio día, llegó la noche, un nuevo amanecer y allí seguía la bestia, de pie, pero al fin sin vida.

Había cierto triunfo en la lucha de la bestia, algo que volvía su muerte casi irrelevante, algo ocasional, una llegada menguada. Nada de júbilo esta vez.

Ella creyó que entonces lloraría, por aquel bhederin, por el poder de su alma extraído con tanta crueldad de su orgullosa carne. Incluso los cazadores estaban en silencio, reunidos en el frescor del amanecer, se acercaron para tocar la piel moteada; y el grupito de niños que esperaban para ayudar con el despiece, como la propia Kalyth, estaban sentados con los ojos bien abiertos, sentían un extraño temor, quizá también manchado con algo de culpa. O, más bien, Kalyth estaba sola al sentir aquello. ¿Lo había llegado a sentir? ¿No era más probable que aquella culpa, aquella vergüenza, la poseyeran décadas más tarde? ¿Y que de hecho la bestia simbolizara algo más, algo nuevo y solo suyo?

La muerte de la gente.

Y aun así ella permanecía.

Seguía en pie.

En aquel momento estaban todos sumergidos en la hierba alta, contra grandes rocas, el rostro apretado contra el suelo, respiraba el olor del polvo y su propio sudor. Los k’chain che’malle parecían haberse desvanecido. Inmóviles, parecían serpientes enrolladas o lagartos tomando el sol

sobre las piedras, las pieles cambiando de tonalidades para imitar el entorno más cercano.

Se escondían.

¿De qué? ¿Qué había en aquella inútil y ruinosa tierra sin vida que pudiera llevarlos a proceder con tal cautela?

Nada. Nada en la tierra. No... *nos escondemos de las nubes*.

Nubes, una docena de cúmulos alineados en el horizonte hacia el sur, a cinco leguas o más de distancia.

Kalyth no lo entendía. Tan grande era su incomprensión que no podía si quiera preguntar a sus compañeros, nada que enviar al son de su pozo de miedos y ansiedades. Lo que podía entrever de aquellas tormentas distantes presagiaba relámpagos, granizo y muros impenetrables de polvo. Pero no se había aproximado en todo el tiempo que llevaban esperando escondidos. Sintió que estaba rota por la propia ignorancia.

Nubarrones.

Se preguntó si el asesino alado planeaba en algún lugar por encima de sus cabezas. Expuesto, vulnerable a los vientos, pero aquí abajo, la calma era extraordinaria. El aire parecía acobardarse, con el aliento contenido, e incluso los insectos estaban posados en el suelo.

La tierra temblaba bajo ella en súbitas ráfagas. No estaba segura de si escuchaba aquellos truenos o tan solo los sentía. Las sacudidas aceleraron los latidos de su corazón. Jamás había escuchado antes tal violencia incesante. Las tormentas de la llanura eran vientos fuertes, soplos rabiosos que peinaban el paisaje, aplastando la hierba y las tiendas de pieles, arrojando brasas encendidas al aire, azotando las paredes de las yurtas. El aullido se convirtió en un chillido, y entonces murió tan rápido como había aparecido, y fuera los cúmulos de granizo reflejaban una extraña luz grisácea al deshacerse. Las tormentas de sus recuerdos no eran nada

parecidas a aquello, el sabor metálico del miedo atenazó su lengua.

Los k’chain che’malle, sus pavorosos protectores, se aferraban al suelo como chuchos apaleados.

Y el retumbar sacudió la tierra una y otra vez. Con los dientes apretados, Kalyth se obligó a levantar la cabeza. El polvo se había levantado como cúmulos de niebla por todas partes. A través del velo parduzco pudo discernir fogonazos plateados incesantes bajo el frente tormentoso amoratado, pero los nubarrones permanecían oscuros, como motas oscuras tiñendo los ojos. ¿De dónde salían los rayos? Cada vez que brotaban parecía surgir del suelo, era capaz de ver el brillo enfermizo del fuego, la llanura devastada estaba en llamas.

Sin aliento, Kalyth enterró la cabeza entre los brazos. Una parte de sí misma se hundió, como un testigo perplejo, al mismo tiempo que el resto de ella temblaba de terror. ¿Estos sentimientos eran suyos? ¿O eran oleadas que emanaban de los k’chain che’malle, de Gunth Mach, de Sag’Churok y del resto? Pero no, era más probable que presenciara simple cautela, extraña, sí, y extrema. ¿Pero no temblaban ni clavaban las garras en el suelo, verdad? Estaban tan quietos que podrían estar muertos. Tan perfectos en su reposo como ella…

Unas garras la levantaron. Ella chilló, los k’chain che’malle corrían, agazapados, más rápido de lo que jamás hubiera creído. Gunth Mach la agarraba como si fuera un bhederin recién cazado.

Huyeron de la tormenta. Norte y este. Para Kalyth, un avance borroso, pesadillesco por su indefensión. Mechones de hierba amarilla pasaban de largo como bolas de fuego mate. Manchones de ascuas candentes, sumideros de grava erosionada por el agua, y entonces colinas bajas y aplanadas de pizarra. Árboles doblados y sin hojas, un

intento de bosque con árboles que llegaban por las rodillas, muerto, y cada rama y raíz cubierta por telas de araña. Y entonces a través, hacia una zona de arcilla cuarteada y cubierta de parches de sal. El duro golpeteo de las patas reptilianas de tres dedos, el jadeo, el chasquido de las respiraciones al inhalar y el siseo al exhalar con silbidos guturales.

Se detuvieron de pronto con un patinazo. Los cazadores k'ell serpentearon hacia fuera a menor ritmo. Habían subido una colina y habían llegado cara a cara con el asesino shi'gal. Enorme, las alas plegadas como hombros terminados en una flecha de púas que encuadraban la cabeza de morro ancho. Los ojos llameantes encima y debajo de las fauces repletas de dientes como alfileres.

Kalyth contuvo el aliento. Podía sentir su furia, su desprecio.

Gunth Mach bajó los brazos, y la destriant se removió.

Kor Thuran y Rythok la flanqueaban, a diez pasos o más, las cabezas cachas y los pechos que subían y bajaban, las cuchillas apuntando hacia el suelo pedregoso. Justo delante de Gu'Rull estaba Sag'Churok, inmóvil, casi desafiante. Sin vergüenza, la piel brillaba con los aceites exudados.

El amargo hedor de la violencia preñaba el aire.

Gu'Rull ladeó la cabeza, como si Sag'Churok le divirtiera, pero sus cuatro ojos se mantenían firmes en el enorme cazador k'ell, como si no fuera demasiado orgulloso para admitir una cierta medida de respeto. Esto era, para Kalyth, una concesión sorprendente. El asesino shi'gal medía casi el doble que Sag'Churok, e incluso sin cuchillas en las manos su alcance era el mismo que el del cazador k'ell con las armas estiradas.

Esta cosa había sido concebida para matar, nacida con una intensidad de propósito que superaba por mucho a los

cazadores k’ell, que haría que los soldados ve’gath quedaran como debiluchos y tontos.

Ella sabía que podía matarlos a todos, aquí y ahora, sin apenas exudar una gota de aceite y manchar su brillante y lisa piel. Lo sabía en el alma.

Gunth Mach dejó a Kalyth y ella se tambaleó, necesitó ambas manos antes de ponerse en pie.

—Escuchad —dijo, sorprendida al ver que su voz era firme, algo ronca—, hace tiempo conocí a un perro de campo. Podía enfrentarse a un okral. Pero ante la más leve brisa de viento, o el mínimo sonido de un trueno, se transformaba en un saco de huesos tembloroso. —Hizo una pausa, y entonces dijo—: Asesino. Me sacaron de la tormenta a mi orden. —Se obligó a acercarse, en dirección a Sag’Churok, y puso una mano sobre el flanco del cazador.

Sag’Churok no tenía que moverse ante el empujón, ella no tenía suficiente fuerza para ello, pero dio un paso al lado de todos modos, para que ella quedara frente a Gu’Rull.

—Sé el okral, pues.

El asesino torció todavía más la cabeza mientras la estudiaba.

Ella se encogió cuando este desplegó las alas de golpe, y dio un paso atrás cuando las batió en el aire, un leve trueno, como si se burlara de lo que quedaba tras ellos, antes de zambullirse hacia el cielo, la cola restallando tras él.

Kalyth maldijo en voz baja y se giró hacia Gunth Mach.

—Ya casi es oscuro. Acamparemos aquí. Siento todos los huesos blandos y me duele la cabeza. —*Y aquello no era miedo verdadero, ¿no? Ni terror cegador. Por lo que me digo a mí misma palabras que reconfortan*.

Y sabemos lo útiles que son.

Zaravow de los Cazaserpientes, un subclan menor de los gadra, era un hombretón, un guerrero de veinticuatro años, y a pesar de su tamaño se sabía que era veloz y ágil en batalla. Los Cazaserpientes habían estado entre los grupos políticos más poderosos, no solo entre los gadra, sino entre todos los clanes de rostro blanco, hasta la guerra con los malazanos. La madre de Zaravow había muerto de un virotazo malazano en las montañas Gato Unojo, en el caos de una emboscada. Aquella muerte dejó roto a su padre, lo arrastró hasta una ciudad comercial donde estuvieron dando vueltas durante seis meses, emborrachándose hasta parecer un zarrapastroso tan repugnante que Zaravow tuvo que acabar con él, y ahogó al desdichado.

Los malazanos asediaron a los Cazaserpientes, hasta que su poder entre los barghastianos se quebró, obligaron a que su campamento tuviera que apañárselas sin ayuda de nadie, a leguas de los de Stolmen. Los guerreros Cazaserpientes perdieron parejas ante otros clanes, un sangrado incesante que nada parecía coagular. Incluso Zaravow, que en una ocasión había reclamado tres esposas de rivales que había asesinado, se había quedado solo con una, y ella había resultado ser estéril y pasaba todo su tiempo con las viudas quejándose sobre Zaravow y cualquier otro guerrero que había fallado a los Cazaserpientes.

La basura se amontonaba en los caminitos entre las tiendas. Los rebaños eran escuálidos y enfermizos. La amargura y la miseria eran una plaga. Los jóvenes guerreros se emborrachaban cada noche con cerveza d’ras, y por la mañana se acurrucaban junto a las brasas de los fuegos, temblorosos por las consecuencias de la raíz amarga amarillenta a la que eran adictos. Incluso ahora, cuando se había extendido el mensaje de que los gadra pronto

declararían la guerra sobre los mentirosos y los tramposos de aquella tierra, el estado de ánimo era agrio y débil.

Este gran viaje por el océano a través de sendas repugnantes, todos esos años perdidos vomitando unos sobre otros, habían sido un error. Un terrible y lamentable error.

Zaravow sabía que el caudillo Tool había sido aliado de los malazanos en una ocasión, y si él hubiera tenido mayor influencia en el consejo, habría insistido en que Tool fuera rechazado. Es más, desollado en vida. Que rebanaran el pescuezo de su prole. Que violaran a su mujer y que amputaran los dedos de los pies, para hacerle la sanguaza, más penosa que un perro callejero, obligada a levantar el culo ante cada hombre en cualquier momento y en cualquier lugar. Y todo eso, bueno, incluso así no sería suficiente.

Había sido obligado a aplicarse la máscara de muerte a sí mismo aquel día, su maldita esposa no estaba en ningún lugar en las quinientas yurtas del campamento Cazaserpientes, y ahora estaba agachado frente a la hoguera, con la cara cerca de las llamas para acelerar el endurecimiento de la pintura. Entonces la vio aparecer por el camino de cabras de la colina hacia el norte, caminaba con cierta dejadez, quizás estaba borracha, pero no, aquella actitud le recordaba a otra cosa, en aquellas mañanas de hacía tanto tiempo, tras una noche de sexo, como si al abrirse de piernas se deshicieran los nudos de su interior.

Un instante después vio, más arriba en el mismo camino, a Benden Ledag, un joven guerrero flacucho con una sonrisa facilona que siempre incitaba a Zaravow a machacarle la dentadura hasta convertirla en un amasijo sanguinolento. Alto, delgado, raro, con manos tan anchas como las palas que usaban para tamizar el grano.

Y, de pronto, Zaravow supo lo que habían estado haciendo aquellas manos un rato antes. Y también supo qué

burla ocultaba la sonrisa que le dedicaba a Zaravow cada vez que se cruzaban.

Parece que no eran viudas, después de todo. Había dejado de quejarse de su marido. Había decidido humillarlo.

Volvería la humillación contra ella.

Aquel día, pues, retaría a Benden. Destrozaría al cabronazo y lo dejaría hecho pedazos, con su mujer justo ahí entre la gente, testigo, y sabría, todos lo sabrían, que ella tendría su castigo a continuación. Amputaría la mitad frontal del pie, un solo machetazo piadoso con la hoja, una, dos veces. Y entonces la violaría. Después la echaría y todos sus amigos se cobrarían su turno. La llenarían. La boca, los agujeros entre los muslos y los glúteos. Tres podían violarla a la vez…

Exhaló el aliento con un siseo. Se estaba poniendo cachondo.

No, ya tendría tiempo para eso. Zaravow desenfundó el alfanje y pasó un pulgar por el filo, de arriba abajo. El hierro vivía por la sangre que pronto bebería. De todos modos, nunca le había gustado demasiado ese Benden.

Se levantó, se acomodó la capa corta bhederin con un tirón sobre los anchos hombros, y apoyó la cuchilla con la pierna derecha mientras se ponía los guanteletes de cota de malla.

Con el rabillo del ojo se fijó en que su mujer lo había visto, se había detenido justo en el último montículo de la colina, y lo observaba. Con una súbita y heladora comprensión. La escuchó chillar hacia la colina, recogió la hoja y con la mente oscurecida por la rabia, se giró. No, aquel puto mierdoso no se iba a escapar…

Pero los chillidos no iban dirigidos a Benden. Y ella todavía miraba hacia el campamento, e incluso a aquella distancia Zaravow pudo ver su terror.

Tras él brotaron otras voces manchadas de alarma.

Zaravow se dio la vuelta.

El cúmulo de nubes tormentosas ocupaba la mitad del cielo, ni siquiera las había visto acercarse, por ese motivo habría jurado que…

El polvo descendió como el fuste de columnas gigantescas bajo las cuales una docena de nubarrones, y aquellos pilares grises e impenetrables, formaban un cordón que marchaba directo hacia el campamento.

Zaravow observó con fijeza, la boca se le había secado.

Cuando la base de aquellos pilares comenzó a disolverse y reveló…

Algunos títulos eran dignos de orgullo, y Sekara, esposa del caudillo Stolmen y conocida para todos como Sekara la Vil, se sentía orgullosa del suyo. Podría llegar a quemar al tacto y todos lo sabían, el ácido de su sudor, el veneno de su aliento. Fuera adonde fuese, el camino estaba despejado, y cuando la luz del sol caía sobre ella, alguien se movería para hacer sombra. El cartílago duro que haría que sus encías sangraran lo masticaba primero otra persona. La pintura que usaba para despertar el rostro de la matanza de su esposo se extraía de los mejores pigmentos (por mano de otra persona), y todo esto era gracias a su vileza.

La madre de Sekara la había enseñado bien. Los modos más gratificantes de vivir, gratificantes en el sentido de ganancia personal, que era lo único que valía la pena en realidad, requerían crueldad al manipular a los demás. Todo lo necesario era una inteligencia pulida y ojo para percibir con claridad cada debilidad, cada posible ventaja de la que aprovecharse. Y su mano no dudaba, nunca, para otorgar dolor, para el castigo por las ofensas reales o inventadas.

Por cómo la veían, por todo lo que había construido de sí misma, era una presencia que podía colarse en la cabeza de

cada gadran, violenta como un perro de guerra que patrulla el perímetro del campo, cruel como una víbora en la cama. Y esto era el poder.

El poder de su marido era menos sutil, y debido a ello no era tan eficiente como el suyo. No podía usar el lenguaje de la amenaza silenciosa y la promesa mortal. Además, era un niño en sus manos; siempre lo había sido, desde el primer día, y eso jamás cambiaría.

Su vestimenta era de porte real, adornada por obsequios de los tejedores, hilanderos y costureros con más talento de la tribu, tallas de hueso y asta, joyas y cuero curtido. Regalos para ganar favores, o para aplacar la envidia de Sekara. Cuando una tenía poder, al fin y al cabo, la envidia dejaba de ser una tara del carácter; en vez de eso, se convertía en un arma, una amenaza; y Sekara la blandía a la perfección, por lo que ahora se contaba entre las personas más ricas de los barghastianos de rostro blanco.

Ella caminó, con la espalda bien recta, la cabeza bien alta, recordando a todos los que la veían que el papel de reina barghastiana era suyo, aunque aquella perra de Hetan pudiera adherirse a aquel título, uno que además ella rechazaba, la muy estúpida. No, Sekara era conocida por todos como una portadora legítima. Por virtud de la crianza y por la brillantez de su crueldad. Y acaso su esposo no era un pelele patético, y por ello habían perdido cierto poder ante aquel bestial Tool y la puta insaciable que tenía por mujer.

La capa de pieles hiladas que vestía dejaba un surco en el polvo tras ella mientras transitaba el camino de piedra, entraba y salía de las sombras en forma de X que proyectaban los crucifijos alineados en el risco. No alzaría la vista para observar los bultos despellejados que colgaban de las cruces. Los comerciantes akrynnai, d’ras y saphii, mercaderes y criadores de caballos, sus estúpidos e inútiles

guardias, las gordas parejas y los niños regordetes. Durante aquella caminata majestuosa, Sekara se limitaba a dejar claro su estatus de poder. Recorrer aquel sendero, los ojos fijos al frente, era prueba suficiente de su posesión. Sí, las muertes tortuosas de aquellos extranjeros le pertenecían.

Era Sekara la Vil.

Pronto vería lo mismo recaer sobre Tool, Hetan y su prole mimada. Ya habían logado tanto, sus aliados estaban posicionados y esperaban órdenes.

Pensó en su marido, y en el ligero dolor entre las piernas que palpitaba con el recuerdo de su boca, su lengua, que no hacía más que obviar su servidumbre. Sí, ella le hacía trabajar, rascarse las rodillas, y no le daba nada a cambio. El interior de sus pantorrillas estaba cubierto de pintura blanca, y había revelado ligeramente aquel detalle a sus doncellas cuando la vestían. Y ahora el rumor se extendería entre todas las mujeres. Cuchicheos y murmullos, resoplos divertidos. Había dejado a su marido para que se repintara con rapidez la cara.

Vio las nubes de tormenta al oeste, pero estaban demasiado lejos como para ser una preocupación, ya que había concluido que no se acercaban. Y a través de las gruesas suelas de piel bhederin de sus mocasines, no sintió los truenos. Cuando una manada de perros de campamento cruzó justo ante ella, vio en sus posturas acobardadas nada más que el miedo natural que sentían hacia ella, y aquello la complacía.

Hetan estaba estirada en la yurta, observaba al diablillo gordito que era su hijo gatear sobre un enorme perro de guerra que estaba tirado sobre la alfombra barata akrynnai que habían intercambiado cuando había resultado obvio que niño y perro se habían adoptado el uno al otro. Estaba

fascinada por la paciencia del perro ante los tirones, los manoseos, los golpecitos y los manotazos. El animal era grande incluso para la media barghastiana, tenía ocho o nueve años de edad y estaba cubierto de las cicatrices consecuencia de la dominación sobre la manada. Ningún otro perro arriesgaba su ira hoy en día. Aun así, permitir a la apestosa criatura en el interior de la yurta era algo inaudito, una de las extrañas indulgencias de su marido. Bueno, puede que hubiera metido la pata con aquella alfombra horrenda, y parecía conocer el alcance de aquel regalo antinatural y no presionaría sobre el tema.

—Sí —dijo ella en un murmullo, y vio cómo el animal movía las orejas en su dirección—, un puñetazo en toda tu cabezota como intentes hacer algo en la cama. —Aunque claro, si ella levantaba una mano contra el perro, sería su hijo el que aullaría.

Hetan apartó la mirada cuando la cortina de cuero se apartó y Tool, agachándose, pasó al interior de la yurta.

—Mira a tu hijo —dijo con tono acusador—. Va a sacarle los ojos al bicho. O va a conseguir que le muerda una mano, o peor incluso.

Su marido entrecerró los ojos al mirar al bebé, pero estaba claro que este andaba demasiado distraído como para dedicarle un mínimo de atención. En vez de ello, Tool cruzó la tienda y recogió la espada de sílex envuelta en pieles.

Hetan se puso rígida.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —respondió—. Hoy se ha derramado sangre barghastiana.

Ella se puso en pie, el perro había levantado la cabeza ante la tensión que se había generado de pronto, agarró los alfanjes enfundados y siguió a Tool al exterior. No vio nada fuera de lo normal, sin contar la atención creciente que

generaba su marido cuando se dirigió a propósito por el medio de la avenida principal que partía el campamento en dos, hacia el oeste. Todavía poseía cierta sensibilidad del t'lan imass que había sido. Hetan no dudaba de su afirmación. Avanzaba junto a él, muy pendiente de los demás guerreros que se unían a su estela, le dirigió una mirada interrogativa y vio que la pena florecía en su expresión, y la preocupación dibujaba profundas arrugas.

—¿Uno de los clanes de fuera?

Él puso mala cara.

—No hay lugar en esta tierra, Hetan, que los imass no hayan pisado. Esa presencia acude a mis ojos densa como una niebla, un recordatorio de algo antiguo, sin importar adónde mire.

—¿Te ciega?

—Es mi creencia —contestó él—, la que nos ciega a todos.

Ella frunció el ceño, insegura del significado de aquello.

—¿De qué?

—De que no somos los primeros en hacerlo.

Su respuesta le causó un escalofrío.

—Tool, ¿has encontrado a nuestro enemigo?

La pregunta pareció sorprenderle.

—Quizá. Pero…

—¿Qué?

—Espero que no.

Cuando llegaron al extremo oeste el campamento, unos trescientos guerreros les seguían, en silencio y expectantes, quizás incluso ansiosos a pesar de no saber nada sobre las intenciones de su caudillo. La espada en las manos de Tool se había transformado en un valor, en un símbolo que blandía de un modo despreocupado, como si sugiriera una indiferencia despreocupada, y había adquirido la gravedad de un icono (el asesino mortal Onos Toolan, impulsado al

frente con tanta reticencia) de la promesa de sangre y guerra.

El lejano horizonte era una tira negruzca que pronto se tragaría el sol.

Tool permaneció con la mirada fija.

Tras ellos la multitud esperaba entre el repiqueteo de las armas, pero nadie dijo una palabra.

—Esa tormenta —preguntó ella en voz baja—, ¿es hechicería, esposo?

Él se tomó su tiempo para responder.

—No, Hetan.

—Y aun así…

—Sí. Aun así.

—¿Me dirás algo?

Él la miró y a ella le sorprendió la mirada de devastación.

—¿Qué debo decir? —preguntó con una rabia súbita—. Mil quinientos barghastianos han muerto. Asesinados en veinte latidos. ¿Qué quieres que te diga?

Ella casi reculó ante el tono de su voz. Temblorosa, rompió el contacto con su dura mirada.

—Ya lo habías visto antes, ¿no es así? Onos Toolan, ¡dilo sin más!

—No.

Tantos vínculos entre ellos, años de pasión y del amor más profundo, todo quebrado con aquella negativa. Ella se tambaleó por dentro, sintió las lágrimas acudir a sus ojos.

—Todo lo que tenemos, tú y yo, ¿no es nada?

—Lo es todo. Y si debo, me arrancaré la lengua de la garganta antes que revelarte lo que sé.

—Tenemos nuestra guerra, pues.

—Querida. —La voz sonó rota y negó con la cabeza—. Amada esposa, forja de mi corazón, quiero huir. Contigo, con nuestro hijo. Huir, ¿me oyes? Poner fin a este mandato, no quiero ser el que lidere a los barghastianos a esto, ¿me

comprendes? —La espada cayó a sus pies y se escuchó un gemido de sorpresa en la multitud.

Ella quería tomarle entre sus brazos. Protegerle de todo esto, del conocimiento que lo devoraba desde el interior. Pero él no ofreció oportunidad, camino alguno hasta él.

—Me quedaré contigo —repuso ella, y las lágrimas cayeron por las mejillas—. Siempre lo haré, esposo, pero te has llevado toda mi fortaleza. Dame algo, por favor, lo que sea. Cualquier cosa.

Él se llevó las manos a la cara y parecía estar a unos instantes de arrancársela a pedazos.

—Si… si los rechazo. Tu gente, Hetan. Si los guío lejos de aquí, de este destino profetizado que estáis todos tan desesperados por aceptar, ¿crees con toda sinceridad que me seguirán?

No. Te matarán. Y a nuestros hijos. Y a mí me esperará algo mucho peor. En un leve susurro, ella preguntó.

—¿Debemos huir, pues? ¿Durante la noche, cuando nadie pueda vernos?

Él bajo las manos y, con la mirada fija en la tormenta, dibujó una sonrisa vacía que apuñaló su corazón.

—¿Debo ser el cobarde que tanto quiero ser? Y lo quiero, amada mía, quiero serlo con toda mi alma. Por ti, por nuestros hijos. Por todos los dioses, incluso por mí.

¿Cuántas confesiones podían aplastar a un hombre como él? Parecía que en aquellos últimos instantes ella los había visto todos.

—¿Qué harás? —preguntó ella, ya que parecía que su rol en todo aquello se había desvanecido.

—Escogeré una centena de guerreros, Hetan. Mis peores críticos, mis rivales más fieros.

—Si vas a liderar una partida de guerra, ¿por qué solo cien? ¿Por qué tan pocos?

—No encontraremos al enemigo, solo lo que ha dejado atrás.

—Prenderás fuego a su ira. Y de este modo los unirás a ti.

Él se encogió.

—Ah, querida, me malinterpretas. Quiero prender fuego, sí, pero no a su ira, sino a su miedo.

—¿Me permites acompañarte, esposo?

—¿Y dejar solo a nuestros pequeños? No. Además, Cafal volverá pronto, con Talamandas. Debes retenerlos aquí, que esperen nuestro regreso.

Sin más palabras, ella se dio la vuelta y avanzó hacia la muchedumbre. Rivales y críticos, sí, había suficientes de esos. Ella no tendría problemas en escoger a cien. O siquiera mil.

Con el humo de las hogueras extendiéndose como un sudario gris por el crepúsculo, Onos Toolan guio a cien guerreros de los barghastianos de rostro blanco hacia las afueras del campamento, la cabeza de la columna desapareció pronto sumergida en la oscuridad.

Hetan había escogido un montículo alto para observar la marcha. A su derecha había un enorme rebaño de bhederin, apiñados como era costumbre para ellos cuando la noche descendía. Podía sentir el calor de sus cuerpos, vio el vaho de sus alientos en el aire de la noche. Los rebaños habían perdido la cautela con una facilidad que sorprendió poco a Hetan. Quizás era algún recuerdo antiguo que había despertado, la comprensión muda de que tal proximidad a las criaturas bípedas mantendría alejados a lobos y otros depredadores. Los barghastianos sabían cómo tratar el momento de sacrificar a algún animal, separando al bhederin escogido de los demás en silencio.

Por lo que también entendió que los barghastianos también eran apartados, separados, pero no con una intención malévola de alguna fuerza exterior. No, se lo hacían a sí mismos. La paz otorgaba el veneno más virulento para aquellos entrenados como guerreros. Algunos caían en la pereza; otros encontraban enemigos mucho más cerca. *«Guerreros, la mirada al frente»*. Un antiguo dicho entre los barghastianos. Una reprimenda nacida de la amarga experiencia, sin duda. Un recordatorio de que poco había cambiado entre su gente.

Apartó la vista de los bhederin, pero la columna ya no estaba a la vista, tragada por la noche. Tool no había esperado mucho para disponer el ritmo que devoraba leguas y que caracterizaba a las partidas de guerra barghastianas tan peligrosas al complacer a los enemigos. Incluso en eso, ella sabía que su marido podía dejar atrás a los guerreros. Aquello bajaría los humos a esos rivales.

Sus pensamientos sobre su propia gente, así como los dos mil bhederin que estaban apiñados e inmóviles a un tiro de piedra, la habían dejado con una sensación depresiva, y el jugueteo de los gemelos en la yurta tan solo esperaba que ella volviera para comenzar de nuevo, ya que a las niñas les encantaba tener público. No estaba preparada para ellas. No tras la golpiza que había recibido y la había dejado frágil.

Echaba en falta la compañía de su hermano con tanta intensidad que le dolía el pecho.

El tenue brillo espeluznante de los tajos jade condujo su mirada hacia el horizonte al sur. Alzándola hacia el cielo hacia las marcas en la amplitud de la noche. Demasiado fácil encontrar presagio ante aquella violencia celestial; los ancianos habían estado quejándose de ello desde hacía meses. De pronto se preguntó, con un suspiro, si había sido demasiado conveniente rechazar los funestos murmullos como si fueran los típicos gruñidos de cháchara de viejos

quejicosos sobre el fin del mundo. El cambio como el portador del desastre era una actitud destinada a vivir para siempre, a alimentarse de lo inevitable como lo hacía con aquellos tristemente ciegos a su propia ironía.

Pero algunos presagios eran precisamente eso. Presagios reales. Y algunos cambios demostraban ser verdaderos desastres, y levantar arena ya depositada otorgaba una satisfacción vacua.

Cuando llega la ruina, escogemos no verla. Desviamos nuestra atención, emborronando los hechos, las pruebas ante nosotros. Y preparamos nuestras máscaras de estupefacción, junto con las de sufrimiento y autocompasión, y los dedos ligeros por esa tan predecible cascada de inocencia, la farsa de la víctima.

Alcanzó su espada. *Porque hay que culpar a alguien. Siempre hay un culpable*.

Escupió en la penumbra. Quería acostarse con un hombre aquella noche. Casi no importaba qué hombre fuera. Quería su propio método de escapismo de la retorcida realidad.

Algo a lo que nunca jugaría, sin embargo, era a aquel jueguecito de máscaras. No, encontraría el futuro y lo miraría a los ojos, sin remordimientos, y aun así desafiante ante la perspectiva de su propia inocencia. No, sé tan culpable como el resto, pero informa de aquella admisión con un coraje bravo. No señalaría con el dedo. No trataría de blandir sus armas, ardientes con la mentira de la venganza.

Hetan se dio cuenta de que miraba con furia hacia aquellas lágrimas celestiales.

Su marido quería ser un cobarde. Tan debilitado por el amor que sentía por ella, por los hijos que compartían, se rompería a sí mismo para salvarlos. Se dio cuenta de que él había suplicado de forma virtual su permiso para proceder a ello. Ella no había estado preparada para él. Le había fallado en comprender lo que él necesitaba de Hetan.

En vez de ello, seguí con las estúpidas preguntas. No entendí que cada una de ellas lo hundía en la tierra. Cómo se tambaleaba y cómo caía una y otra vez. Mis preguntas idiotas, mi necesidad egoísta de descubrir algo sólido bajo mis pies, antes de decidir, antes de lanzar ningún juicio audaz.

Sin saberlo lo había arrinconado. Había rechazado su cobardía. De hecho, lo había obligado a internarse en la oscuridad, a conducir a sus guerreros a un lugar de verdades, donde buscaría asustarlos pero sabiendo, como ella sabía, que fracasaría.

Y así tenemos nuestro deseo. Vamos a la guerra.

Y nuestro caudillo permanece solo con el conocimiento de que perderemos. La victoria es imposible. ¿Liderará con menos vigor? ¿Reducirá el golpe de su espada debido a lo que sabe?

Hetan apretó los dientes con orgullo feroz y salvaje, y se dirigió a las garras jade en el cielo.

—No.

Emergieron en la oscuridad, y un instante después el alivio inundó a Setoc. La luna borrosa e hinchada, el leve fulgor verduzco que delineaba los rasgos de Torrente y Cafal, y que proyectaba un reflejo ahora familiar e igualmente verde en las piezas metálicas de la silla y el bozal del caballo. Sin embargo, la sábana de estrellas sobre sus cabezas parecía retorcida, como si la hubieran empujado. Y le costó unos latidos reconocer las constelaciones.

—Estamos muy al nordeste —dijo Cafal—, pero no es insuperable.

Los fantasmas del otro reino habían inundado la llanura, fluían hacia fuera y se volvían cada vez más efímeros, desvaneciéndose al fin. Sintió aquella ausencia con una

angustia cada vez más honda, una sensación de pérdida en contraposición al placer de su salvación. Parientes vivos esperaban a muchos de ellos, pero no, ella estaba en lo cierto, en todo. Habían existido criaturas en aquel otro mundo mucho más allá de cualquier cosa que hubiera visto o escuchado, claro que tenía en cuenta que su experiencia era limitada, y se habían descubierto varados en aquel mundo igual que aquel del que habían huido.

Una enorme planicie vacía, plana como un antiguo lecho marino.

Torrente subió de nuevo a la silla. Ella lo escuchó suspirar.

—Dime, Cafal, ¿qué ves?

—Es de noche, no puedo ver mucho. Estamos en el extremo norte de las Tierras Yermas, creo. Y por ende, nuestro alrededor está yermo.

Torrente gruñó, algo en la respuesta del barghastiano le había hecho gracia.

Cafal picó el anzuelo.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Qué ves, Torrente?

—A riesgo del drama —dijo—, veo el paisaje de mi alma.

—Es antiguo —murmuró Setoc—, lo que convierte a tu interior en antiguo, Torrente.

—Los lezna deambularon por aquí hace cientos de generaciones. Mis ancestros contemplaron esta misma planicie, bajo estas mismas estrellas.

—Estoy seguro de que así fue —asintió Cafal—. Como mis antepasados.

—No tenemos recuerdos de vosotros, los barghastianos, pero no importa, no menospreciaré tus afirmaciones. —Hizo una pausa durante un rato, y entonces volvió a hablar—. Imagino que entonces no estaba tan vacío. Más animales por aquí y por allá. Grandes bestias que hacían retumbar el suelo. —Soltó una risotada, pero esta vez era más amarga—. La vaciamos y lo llamamos victoria. Hay que joderse.

Extendió un brazo hacia Setoc.

Ella dudó.

—Torrente, ¿adónde cabalgarás desde aquí?

—¿Importa?

—Antes no. Pero creo que ahora sí.

—¿Por qué?

Ella negó con la cabeza.

—No para ti. No veo nada en el camino que te aguarda. No. Para mí. Para los fantasmas que he traído a este mundo. No he terminado con ellos. Su viaje sigue incompleto.

Él bajó la mano y la observó en la penumbra.

—Te consideras responsable de su destino.

Ella asintió.

—Creo que te echaré de menos.

—Espera un momento —repuso Cafal—, los dos. Setoc, no puedes largarte por ahí sola…

—No temas —interrumpió ella—, te acompañaré.

—Pero yo debo volver con mi gente.

—Sí. —No dijo nada más. Era el hogar de mil corazones, y aquella sangre corría como ácido por su alma.

—Iré a un ritmo tan rápido que no podrás seguirme…

Setoc rio.

—Juguemos a este juego, Cafal. Cuando me alcances tú a mí, descansaremos. —Se giró hacia Torrente—. También te echaré de menos, guerrero, último de los lezna. Dime, de todas las mujeres que te acosaron, ¿había alguna que hubieras dejado que te atrapara, Torrente de los lezna?

—Ninguna excepto tú, Setoc… dentro de unos cinco años.

Captó una sonrisa reluciente de Cafal y se marchó, tan veloz como una liebre.

El barghastiano gruñó.

—No puede mantener ese ritmo durante mucho tiempo.

Torrente agarró las riendas.

—Los lobos aúllan por ella, brujo. Atrápala, si puedes.

Cafal miró al guerrero.

—Tus últimas palabras para ella —repuso en voz baja, y negó con la cabeza—. No importa, no debería haber preguntado.

—No lo has hecho —replicó Torrente.

Vio a Cafal salir al trote, con las largas piernas para alcanzar la estela de Setoc.

La ciudad humeaba. Ejércitos invisibles luchaban contra la devastación del deterioro, reunidos en números inimaginables para llevar a cabo batallas sin cuartel con negligencia. Sin líder y desesperadas, legiones que apenas acumulaban una mota de polvo eran enviadas a explorar mucho más allá de los caminos establecidos, hacia los senderos más angostos que atravesaban la piedra insensible. Uno de esos exploradores descubrió a un dormido, enroscado e inmóvil, casi sin vida, en una sala largo tiempo abandonada en el nivel subterráneo de Sustento. Un zángano, olvidado, la mente tan somnolienta que el asesino shi'gal que había pasado por Kalse Enraizado no había sentido esa presencia, por lo que evitó la matanza que había sucedido en los demás niveles.

El explorador llamó a los demás y en poco tiempo cien mil soldados acudieron al zángano, formaron capas de aceite brillante sobre la piel escamada, e inyectaron néctares potentes en el cuerpo de la criatura.

Un zángano era un constructo insignificante, con el que es difícil trabajar, un espantoso desafío a la transformación física, para despertar con la inteligencia necesaria requería tomar el control. Cien mil se convirtieron en poco tiempo en un millón, y después en cien millones, soldados que morían al ser usados, devorados a una velocidad pasmosa por los

demás que después volvían a nacer, en nuevas formas con funciones alteradas.

El propósito original del zángano era el de ser un excretor, produciendo una serie de sabores para alimentar a los ve’gath recién nacidos para incrementar la masa muscular y la densidad ósea. A cambio se alimentaba de ejércitos que servían a la matrona al cumplir con las ordenes. Pero esta matrona se había retrasado en engendrar ve’gath. Había producido menos de trescientos antes de que el enemigo apareciera y librara batalla. El zángano, por lo tanto, estaba exhausto. Este potencial otorgaba el propósito a los esfuerzos de los ejércitos invisibles, pero la desesperación pertenecía a otra causa. Sabores exóticos estropeaban Kalse Enraizado. Unos extraños la habían invadido y hasta entonces se habían mostrado insensibles a todos los esfuerzos de unión.

Al fin el zángano se despertó. Dos ojos recién nacidos abiertos, siete párpados distintos se retiraron uno a uno, y una mente que solo había conocido oscuridad (ya que los excretores no necesitaban la vista) de pronto observó un reino familiar y al mismo tiempo desconocido. Antiguos sentidos mezclados con los nuevos, reconfigurando con presteza aquel mundo. Parpadeó, y construyó una comprensión todavía mayor. Calor, corrientes, cargas, composición, y muchas más, pocas de las cuales el fantasma entendía más allá de una noción vaga e informe.

El fantasma, que ni siquiera conocía su propio nombre, había sido alejado de sus compañeros mortales, atraído por las corrientes que ninguno de los otros podía sentir. Corrientes que lo desafiaban a definirlos él mismo. Con una frustración por impotencia, recayó sobre los conceptos familiares de ejércitos, legiones, exploradores, batallas y guerra, aunque sabía que ninguno era correcto. Incluso atribuir vida a tales entidades tan minúsculas era

seguramente algo erróneo; y aun así implicaban cierto significado en él, o quizás era simplemente capaz de robar conocimiento de la vociferante cantidad de instrucciones que recorrían Kalse Enraizado en un zumbido demasiado tenue para oídos mortales.

Y ahora estaba observando a un zángano, un k'chain che'malle como nunca había visto antes. No era más alto que un humano adulto, de extremidades delgaduchas, con una masa de tentáculos por dedos al final de cada brazo. La amplia cabeza sobresalía tras los ojos y en la base del cráneo. El corte que tenía por boca era el de un lagarto, con hileras de colmillos afilados. El color de los dos ojos enormes era de un marrón claro.

Lo observó retorcerse un rato, sabía que la criatura exploraba el alcance de su transformación, desplegando las torpes patas, giró la cabeza de lado a lado muy deprisa cada vez que captaba un nuevo y extraño olor. Vio que cada vez se ponía más nervioso, con miedo.

El olor de invasores desconocidos. El zángano fue capaz de recoger, clasificar y descartar la información que pertenecía a los orthen y grishol salvajes; y aquello le permitió aislar a la perfección a los extraños. Vivos, sí. Ruidos distantes y discordantes, múltiples respiraciones, pies blandos sobre el suelo, dedos que toqueteaban mecanismos.

Los sabores que el zángano había dado al ve'gath ahora entraban en él. Si los extraños no se habían marchado para entonces, el zángano tendría que matarlos.

El fantasma peleó para contener el pánico. No los alertaría. Esta criatura, tan ocupada ahora con las necesidades y aquellas grandes tareas (la gran guerra contra la deterioración de Kalse Enraizado, supuso el fantasma) no podía evitar ver la torpe exploración de

Taxilian, Rautos y los demás como una amenaza. Una que debía ser erradicada.

Este zángano, que se llamaba Sulkit (este nombre derivaba de su mes de nacimiento y estado, el nombre que compartió en una ocasión con doscientos zánganos idénticos), se alzó sobre los cuartos traseros, delgado, cola prensil serpenteando en el suelo. Los aceites goteaban de la piel escamada gris, formaban diminutos charcos y en un visto y no visto el ejército invisible lo absorbía, mejorado, purificado y avivado por el comandante que había creado, disperso para renovar aquella guerra.

El fantasma se alejó, veloz hacia sus compañeros.

—Si esto fuera una mente —dijo Taxilian—, ha muerto. —Pasó la mano por el brillante caparazón, torció el gesto hacia los rizos de cristal transparente y flexible que surgían de la cúpula de hierro. ¿Era algo que brotaba a través del cristal? No tenía modo alguno de asegurarlo.

Rautos se frotó la barbilla.

—De verdad que no sé en qué te basas para decir eso —repuso.

—Debería haber calor, vibración. Algo.

—¿Por qué?

Taxilian puso mala cara.

—Porque eso nos indicaría que funciona.

Aliento soltó una risotada que sonó como un ladrido.

—¿Los cuchillos hablan? ¿Los escudos percuten? Has perdido la cabeza, Taxilian. Una ciudad solo vive cuando hay gente en ella, e incluso así es esta gente la que genera la vida, no la propia ciudad.

En la sala que habían abandonado, Sheb y Nappet discutían mientras quitaban basura del suelo para dejar suficiente espacio para dormir aquella noche. Habían subido

nivel tras nivel, incluso ahora, había muchos más esperándolos. Pero todos estaban exhaustos. Una docena de niveles por debajo, Último se las había apañado para masacrar un nido de orthen, los había despellejado y les había sacado las entrañas, y ahora ensartaba los seis animales delgaduchos mientras que a su lado crepitaba el estiércol bhederin en un pequeño molino de piedra. El calor del fuego iba expulsando poco a poco el frío aire sin vida. Asane preparaba unas hierbas para meterlas en una pequeña olla repleta de agua fresca.

Desconcertado, el fantasma flotó entre ellos.

Aliento paseó por la sala, observaba el suelo.

—Tiempo —repuso—, para invocar las Losas.

La anticipación llameó en el fantasma, o quizás era pavor. Se sintió atraído, miraba con avidez mientras ella sacaba la colección de Losas. ¿Hueso pulido? ¿Marfil? ¿Cerámica esmaltada? De todos los tipos, mezclándose frente a su mirada.

Aliento suspiró.

—¿Ves? Todavía joven. Demasiado donde decidir. —Se lamió los manos, le temblaban las manos.

Los demás se acercaron, excepto Taxilian, que se había quedado en la otra habitación.

—No reconozco ninguna —dijo Sheb.

—Porque son nuevas —espetó Aliento—. Las viejas están muertas. Inservibles. Por ahora. Y ha llegado el momento de darles nombre. —Recogió las Losas en el cuenco que hizo con las dos manos.

El fantasma vio que se le encendió el rostro, el color hizo que su piel pareciera casi traslúcida, por lo que podía discernir los huesos que había debajo. Observó el pulso a través de los finos vasos sanguíneos en la carne, el ir y venir de la sangre a través del circuito. Contempló el sudor formarse en la frente, y las criaturas que nadaban en él.

—Primero —dijo—, necesito rehacer algunas de las antiguas. Darles nuevas caras. Los nombres puede que os suenen a los antiguos, pero son nuevos.

—¿Cómo? —preguntó Sheb, con el ceño fruncido—. ¿Cómo pueden ser nuevos?

—Lo son y ya está. —Arrojó las Losas al suelo—. No hay fortalezas, ¿ves? Cada una está desalineada, todas lo están. Es la primera diferencia. —Señaló con el dedo—. Azar, Nudillos, ¿pero veis que está enfrentada consigo misma? Es la verdad del Azar, tal cual. Fortuna e Infortunio son enemigos mortales. Y esta: Ley, sin trono, los tronos son demasiado obvios. —Dio la vuelta a aquella Losa—. Y Ambición al otro lado. Se matan la una a la otra, ¿veis? —Comenzó a girar más Losas—. Vida y Muerte, Luz y Oscuridad, Fuego y Agua, Aire y Roca. Estas son las antiguas, rehechas. —Las apartó, y dejó solo tres Losas—. Estas son las más potentes. Furia, y en el lado opuesto Rueda Estelar. Furia es justo lo que dice. Ciega, destructora de todo. Rueda Estelar, es el tiempo, pero desenredado…

—¿Qué significa? —preguntó Rautos, la voz tensa, el rostro pálido.

Aliento se encogió de hombros.

—Antes y después no tienen importancia. Delante y detrás, entonces y pronto, ninguno tiene significado. Todas esas palabras que tratan de forzar el orden y… la secuencia. —Se encogió de hombros otra vez—. No verás a Rueda Estelar en las tiradas. Solo verás a Furia.

—¿Cómo lo sabes?

Su sonrisa le dio escalofríos.

—Lo sé y ya está. —Señaló a la segunda y a la última Losa—. Raíz, y al otro lado, Aparición Gélida. Ambas buscan lo mismo. Tienes una o la otra, nunca ambas. La última, Hierroazul aquí es la hechicería que da vida a las máquinas. Todavía es poderosa en este lugar, puedo sentirla. —Hizo

girar la Losa—. Olvido. Cuidado con esta, es una maldición. Un demonio. Te devora desde dentro. Tus recuerdos, a ti mismo. —Se relamió otra vez, con nerviosismo—. Es muy fuerte ahora mismo. Y está ganando poder… alguien se acerca, alguien viene a por nosotros. —Siseó de pronto y apartó las últimas Losas—. Necesitamos… Tenemos que alimentar a Hierroazul. ¡Alimentadlo!

Taxilian habló desde el umbral.

—Lo sé, Aliento. Es lo que he intentado hacer.

Ella lo miró con los dientes apretados.

—¿Puedes saborear este lugar?

—Así es.

Junto a ella Asane gimió, y se encogió de miedo cuando Nappet le soltó una patada. Hubiera seguido pero Último se interpuso entre ambos, los ojos cruzados y la mirada inexpresiva. Nappet lo miró con desdén y se apartó.

—No lo entiendo —dijo Rautos—, yo no saboreo nada. Nada que no sea polvo.

—Quiere nuestra ayuda —informó Taxilian.

Aliento asintió.

—Pero no sé cómo.

Aliento alzó un cuchillo.

—Abre tu carne. Deja que entre el sabor, Taxilian. Deja que penetre.

¿Era una locura o el único camino a la salvación? El fantasma no lo sabía. Pero sentía un nuevo sabor en el aire. ¿Entusiasmo? ¿Hambre? No estaba seguro.

Pero Sulkit se acercaba. Todavía delgado, débil. De camino, pues, pero no a perpetrar una masacre.

El sabor, entendió el fantasma, era esperanza.

Algunas sendas, una vez tomadas, no tienen otra ruta posible que hacia delante. Cualquier otro camino está

bloqueado por muros de zarzas espinadas, fisuras humeantes o impenetrables paredes de roca. Lo que espera al final de la vía recta es algo desconocido, y ya que el propio conocimiento parece ser una maldición, la opción más adecuada es limitarse a dar un paso tras otro, y no pensar para nada en el destino o en las crueles corrientes del destino.

Los siete u ocho mil refugiados que seguían la estela de Crepúsculo estaban conformes con la ignorancia, incluso cuando la ignorancia era tan inexorable como la marea, incluso cuando el mundo a ambos lados del Camino de Gallan parecía perder toda sustancia, fragmentos que se deshacían como recuerdos olvidados. Unidos unos a otros por cuerdas, pedazos de redes, rasgones de tela y cuero. Exhaustos pero vivos, lejos de las terribles llamas y penachos de humo. Solo tenían que seguir a su reina.

Casi toda la fe nace de la desesperación, Yan Tovis lo sabía. Que vieran sus pasos valientes y firmes sobre el suelo empedrado. Que creyeran que había recorrido aquel sendero antes, o que por virtud de nacer noble y por el título, estaba cubierta por un cálido y reconfortante conocimiento del camino que habían emprendido, aquel río de sangre. Mi sangre.

Les daría aquella seguridad. Y aferraría con fuerza la verdad que implicaba su creciente terror, las volutas de pánico que dejaban su ropa interior empapada de sudor frío, el corazón latiendo con fuerza como los cascos de un caballo desbocado. No, ellos no verían nada de aquello. Nada que pudiera infundirles miedo, por temor a que el terror ciego derramara el río humano, expulsado de la carretera, y en gritos agónicos desgarrado por las frías garras del olvido.

No, mejor que no supieran nada.

Estaba perdida. La noción de encontrar una salida a aquella ruta, de volver a su propio mundo, la golpeó como

algo de una inocencia patética. Su sangre había creado una puerta, y ahora su poder perdía fuelle; con cada paso que daba se debilitaba, la mente divagaba como si tuviera fiebre, e incluso la cháchara de Chapoteo y Tirón tras ella se desvanecía. Su maravilla, su placer ante los dones de la sangre de Crepúsculo había crecido demasiado como para soportarlo.

Ya no eran viejas brujas. La juventud había vuelto a ellas, habían mudado las arrugas, los dolores, los frágiles huesos. Las últimas dos brujas de los temblor bailaban y cantaban como si estuvieran poseídas, demasiado repletas de vida para siquiera notar la disolución que cerraba por ambos lados, ni el lento caminar de su reina, ni su zigzagueo errático en la senda. Estaban demasiado ocupadas en beber su dulce sangre.

Adelante. Solo camina. Yedan te alertó, pero eres demasiado orgullosa como para escuchar. Pensaste únicamente en tu vergüenza. Tu hermano, matabrujas. Y no olvides tu culpa. Ante el brutal indulto que te concedió. Su perfecta y lógica solución a todos tus problemas.

La Guardia es como debe ser. Aun así fíjate lo mucho que odiaste su fortaleza. Pero no era nada más que odiar tu propia debilidad. Nada más que eso.

Camina, Yan Tovis. Es todo lo que...

Con el sonido de una vela desgarrada, el mundo se partió en dos y se abrió. El camino cayó bajo las dos brujas, y entonces tronó y se resquebrajó como una espina dorsal gigantesca al estamparse sobre unas colinas. Un nubarrón de polvo, y de pronto la luz del sol brilló con la fuerza de un sol cegador.

Tirón se arrastró hasta el lugar donde Crepúsculo había caído, vio las manchas de sangre parda sobre la superficie

resquebrajada y quebrada.

—¡Chapoteo, maldita idiota! ¡Tábamos bebías! ¡Bebías de ella y ara mira!

Chapoteo se liberó de la media docena de temblor que habían caído sobre ella.

—Ups tamos en problemas. ¡Es culpa de Gallan! ¡Es el lao negativo de Gallan! ¡El lao negativo! ¿Ta muerta, Tirón? ¿Eh?

—Casi, Chapoteo, casi. Apretó demasiado. Teníamos que haber prestao atención. Echarle un vistazo.

—¡Trala de vuelta, Tirón! ¡No podemos estar aquí! ¡No podemos!

Mientras las dos mujeres jóvenes permanecían arrodilladas junto a Yan Tovis, la masa de refugiados estaba ocupada en su propia recuperación. Extremidades rotas, paquetes de posesiones desparramados, animales asustados. Las colinas que flanqueaban el camino estaban peladas, salpicadas de plantas secas aquí y allá. Ni un solo árbol a la vista. A través de la nube de polvo, que el viento se llevaba, el cielo se veía sin nubes, y había tres soles.

Yedan Derryg estudió a su tropa de soldados, estaba satisfecho ya que ninguno de ellos tenía nada más que unos moratones o arañazos.

—Sargento, ocúpate de los heridos, y permanece en el camino, nadie tiene permitido abandonarlo.

—Señor.

El hombre se alejó, esquivando grupúsculos de refugiados, isleños con miradas asustadas, silenciados por el miedo, levantaban las cabezas al notar que el soldado pasaba junto a ellos. Yedan encontró a las dos capitanas, Sucinta y Brevedad, dando órdenes a una de sus escuadras improvisadas para levantar una carreta volcada.

—Capitanas, pasad la orden a todo el mundo de que deben permanecer en el camino. Ni un solo paso fuera, ¿entendido?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada, y entonces Sucinta hizo un gesto con la mano.

—Sin problema. ¿Qué ha pasado?

—Ya tenía mala pinta —dijo Brevedad—, ¿no?

—Y ahora —añadió Sucinta—, es incluso peor. Tres soles, ¡por el aliento del Errante!

Yedan puso mala cara.

—Debo ir hasta el frente de la columna. Tengo que hablar con mi hermana. Sabré más a la vuelta.

Siguió avanzando.

El viaje era cruel, ya que la Guardia no podía evitar ver el estado desastroso de los refugiados, isleños y temblor por igual. El mar ya no los respetaba, ni la tierra, ni la gente que se aferraba a esta. Su hermana no había tenido otra opción que llevárselos. Pero también los lideraba. Las profecías antiguas la atormentaban, le exigían sacrificios pavorosos. Pero sus temblor eran criaturas pobres en su mayoría. No pertenecían a las leyendas, a los cuentos de coraje y resolución desafiante. Lo había visto en las caras de las brujas y brujos que mató. Y veía lo mismo aquí, al pasar entre la muchedumbre. Los temblor eran una gente menguada, en números y en espíritu. Generación tras generación, se habían hecho pequeños a sí mismos, como si la docilidad fuera el único modo de sobrevivir que entendían.

Yedan Derryg no sabía si eran capaces de alzarse de nuevo.

Los isleños, reflexionó, quizá serían más competentes que los temblor, si Sucinta y Brevedad lo consideraban. Podía usarlas. Los letherii comprendían el valor que tenía saber adaptarse, después de todo. Y desde que estas eran las que

habían aceptado a Yan Tovis como su reina, podía hacer uso de su lealtad.

Necesitaban un ejército. Las dos capitanas estaban en lo cierto. Y querían que él lo liderara. Eso estaba claro. Ahora le tocaba convencer a su hermana.

Por supuesto, la necesidad primordial en aquel momento era abandonar el lugar. Antes de que los residentes los encontraran.

Salió del último grupo de refugiados y vio una especie de perímetro establecido por, y aquí frunció el ceño, dos jóvenes mujeres y media docena de chavales temblor armados con lanzas de pesca. Las mujeres estaban ocupadas en rascar surcos en el camino con astas, espirales y círculos ondulados, símbolos de protección, entendió Yedan, en el espacio entre los guardias y una pequeña tienda rodeada por una rudimentaria empalizada de varas talladas.

Varas de brujería. Yedan Derryg se dirigió a los guardias, que se apartaron para dejarle paso. Le ahorraron el trabajo de tener que golpearlos hasta dejarlos sin sentido. Se detuvo frente a las mujeres.

—¿Sabéis qué estáis haciendo? —exigió—. Estos rituales pertenecen a las brujas ancianas, no a sus aprendices. ¿Dónde está mi hermana? ¿En la tienda? ¿Por qué?

La mujer más cerca de él, voluptuosa bajo los harapos, el cabello negro reluciente bajo la luz del sol, puso dos dedos ante sus enormes ojos oscuros, y sonrió.

—La Guardia ve, pero está ciego, y ciego sigue. —Soltó una risotada.

Yedan entrecerró los ojos, y miró de nuevo a la mujer.

Esta se enderezó dejando su tarea con la tierra. Levantó los brazos como si se mostrara, los rasgones y agujeros en la ropa revelaban carne suave, la redondez plena de los pechos.

—¿Hambriento, matabrujas? —Pasó una mano por el cabello caoba y sonrió, invitándolo.

—¿Ves lo que la sangre no sa hecho? —exclamó la primera—. No nos has matao. Nos dejaste a las dos, y nos emo enriquío con poder, ¿ves lo que no sa hecho?

Yedan Derryg torció el gesto.

—Tirón. Chapoteo.

Ambas mujeres brincaron los primeros pasos de la danza de la doncella temblor.

Gruñó por lo bajo, pasó entre ambas, con cuidado de no borrar los patrones dibujados en la tierra.

La que era Tirón corrió hasta situarse a su lado.

—Cuidao, foca gorda, estos son los mejores…

—Hechizos de protección. Sí. Habéis rodeado a mi hermana con ellos. ¿Por qué?

—Ta durmiendo. No la moleste.

—Soy la Guardia. Necesito hablar con ella.

—¡Que duerme!

Se detuvo y miró a la bruja.

—¿Sabes dónde estamos?

—¿Lo sabes tú?

Yedan la miró con fijeza. Vio el temblor tras la mirada.

—Si no es —dijo— la fortaleza de los liosan, entonces es un reino vecino a sus tierras.

Tirón se encogió.

—La Guardia ve y no está ciego —susurró.

Cuando volvió a avanzar hacia la tienda la bruja lo agarró con una mano para detenerlo.

—Cucha. No duerme. Casi en coma. No sabía cómo pará su propia sangre, la drenó. Casi la mata.

Él apretó los dientes, contrajo la mandíbula en silencio un instante, y preguntó:

—¿Habéis vendado sus heridas?

—Sí —respondió Chapoteo tras él—. Po quizá era mu tarde…

—Demasiado ocupadas con el bailoteo.

Ninguna de ellas respondió.

—Cuidaré de mi hermana.

—Quédate cerca —dijo Tirón—. Y trae pacá tus soldaos.

Yedan señaló a uno de los guardias temblor.

—Enviad a ese de vuelta con las capitanas Sucinta y Brevedad. Tomarán el mando de la retaguardia con su compañía. Que él traiga a mi tropa hasta aquí.

Chapoteo se retiró para cumplir sus órdenes.

Estaban avergonzadas, sí, aquellas dos brujas. Y asustadas. Dos fuerzas que podía usar para asegurar su cooperación. Eso y la culpa que debían de sentir ahora mismo, al haber bebido tantísimo (si no fuera porque Yedan asesinó a los demás) ya que hubieran tenido solo un sorbo y el resto lo habrían compartido con un buen grupo de rivales. Las mantendría vigiladas por ahora, lo juraba. Servir a la familia real.

—Tirón —dijo—. Si te descubro en alguna ocasión escondiéndome información, o a mi hermana, haré que te quemen viva. ¿Entendido?

Ella palideció y casi dio un paso atrás.

Él se acercó, no dejó que se retirara.

—Soy la Guardia.

—Sí. Eres la Guardia.

—Y hasta que la reina se recupere, estoy al mando de esta columna, y eso te incluye a ti y a Chapoteo.

Ella asintió.

—Asegúrate de que tu hermana lo entiende.

—Lo haré.

Se dio la vuelta y avanzó hacia la tienda. Tuvo que agacharse para entrar. Dudó, pensativo, y entonces apartó una de las solapas de cuero, lo suficiente para echar un

vistazo dentro. Aire caliente y acre brotó del interior. Estaba tirada como un cadáver, los brazos a los lados y las palmas hacia arriba. Podía discernir las puntadas negras que cosían los profundos cortes. Se acercó, tomó un pie entre las manos. Frío, pero detectó un pulso muy leve. Dejó el pie, cerró la solapa, y se enderezó.

—Tirón.

Ella estaba de pie en el mismo sitio donde la había dejado antes.

—Sí.

—Puede que no se recupere si la dejamos así.

—No, pue que no.

—Necesita sustento. Vino, carne. ¿Puedes hacérselo tragar sin ahogarla?

Tirón asintió.

—Necesitamos un tubo de serpiente.

—Encuéntralo.

—¡Chapoteo!

—Lo he oído.

Yedan desandó el camino entre los hechizos de protección. Cuatro caballos estaban amarrados al carro de suministros de su hermana. Escogió al más grande, un castrado negro con una mancha blanca en la frente. El animal no estaba ensillado pero llevaba el bozal. Lo separó de los demás y se subió a grupas.

Tirón le observaba.

—¡No puedes cabalgar entre los hechizos!

—No es lo que pretendo —replicó él, agarrando las riendas.

La bruja lo miró con fijeza, desconcertada.

—¿Entonces adónde?

Yedan apretó los dientes durante un rato, y después giró el caballo para encarar las colinas más cercanas.

Tirón chilló y se plantó en medio para bloquear su paso.

—¡Fuera del camino no, idiota rematado!

—Cuando vuelva —dijo—, ya habrás logrado despertarla.

—¡No seas estúpido! ¡Puede que no nos descubran!

Él pensó en desmontar, ir hasta ella y esposarla. En vez de ello se limitó a mirarla desde el caballo, y dijo en voz baja:

—¿Quién está siendo el idiota ahora, bruja? Voy a encontrarme con ellos, y si es necesario, los retrasaré. Lo suficiente para que logres poner a mi hermana en pie.

—¿Y después te esperamos?

—No. En cuanto esté dispuesta, abandonaréis este reino. Este tiempo —añadió—, la ayudarás. Tú y Chapoteo.

—¡Por supuesto! Hemos sido descuidadas.

—Cuando llegue mi tropa, informa a mi sargento sobre la defensa de la reina. Deben rodear la tienda. No los acoses con tus hechizos, bruja.

—Aguanta, matabrujas —dijo Tirón—. Aguanta fuerte. Si tu mente vaga, ni que sea por un instante…

—Lo sé —dijo Yedan.

Ella se apartó a un lado, se acercó y puso una mano sobre la cabeza de la montura.

—Este debería servir —murmuró con los ojos cerrados—. Obstinado, valiente. Mantenlo sereno…

—De eso sé más que tú, bruja.

Suspiró y se retiró.

—Un líder no abandona el puesto de mando. Un príncipe no abandona a su gente.

—Este sí.

Azuzó al caballo y emprendió la marcha. Los cascos impactaban contra el duro suelo más allá del camino.

Esto dependía de que su hermana resucitara, suficiente como para sacarlos de aquel lugar infernal. Un príncipe debe escoger cuándo es prescindible. Yedan conocía el riesgo. Si ella no despertaba. Si moría, entonces su marcha habría

condenado a su gente. Pero en cambio, si su hermana no se recuperaba pronto, la columna también estaba condenada. Sí, podía dar su propia sangre, y las brujas podían usarla y hacer lo que tuvieran que hacer, aunque también tratarían de esclavizarlo, no podía evitarlo, era consciente de ello. Era un hombre y ellas, mujeres. Había cosas que eran así sin más. El mayor peligro era que perderían el control ante el poder en sus manos. Dos brujas, incluso antiguas, formidables, no eran suficientes. Diez o veinte eran las necesarias en la ausencia de una reina para crear un simulacro de la concentración necesaria sobre la ruta de Gallan. No, no podía confiar en Tirón y Chapoteo.

Chapoteo se acercó a su hermana bruja. Vieron a Yedan Derryg remontar al trote la loma de la primera colina.

—Esto es malo, Tirón. Un príncipe no…

—Este sí. Escucha, Chapoteo, hay que tener cuidado a partir de ahora.

Chapoteo sujetó el tubo de serpiente.

—Si la dejamos que muera o viva como planeamos al principio…

—Lo sabrá. La abrirá para comprobarlo.

—No volverá…

—Tonses la nesecitamos viva, ¿eh? No podemos usarla como habíamos planeao, él está avispao, no nos dejará tomarla, lo he viston sus ojos, en ese caballo, Chapoteo. Sus ojos, su mirada, por eso te digo, nos va resultá problemático.

—No. Y podemos mantenerla débil, lo suficiente, quiero decir…

—Mu arriesgao. Tiene que sacarnos daquí. Probaremos algo después, cuando temos a salvo. Podemos acabar con ellos entonces. El que quede o los dos. Pero ahora no,

Chapoteo. Mejor que le des algo de comía. Comienza con vino, eso aligerará la garganta.

—Sé lo que hago, Tirón, déjame en paz.

El caballo tenía una espalda ancha, ideal para cabalgar a gusto. Yedan lo dirigía hacia una cantera. Al frente, las colinas estaban cubiertas de matorrales, y más allá había un bosque de árboles blancos, ramas como huesos retorcidos, hojas tan oscuras que podían ser negras. Justo frente a ellos y recorriendo toda la longitud del límite boscoso se alzaban unos dólmenes de granito grisáceo, muescas en las esquinas y cráteres en cada cara con forma de cuenco, que surgían del suelo. Cada piedra era gigantesca, el doble de altura que un hombre adulto, y a los pies de cada una vio calaveras.

Redujo la velocidad de la montura y se detuvo a una docena de pasos de la roca más cercana. Sentado e inmóvil, las moscas revoloteaban por las orejas del caballo, observó aquellas lúgubres ofrendas. El juicio frío nunca estaba falto de peregrinos. Ay, la justicia verdadera no tenía motivo alguno para respetar los secretos, como aquellos peregrinos de puños cerrados habían descubierto. Un final y una revelación fatal.

Un ínfimo goteo alteró del acercamiento de un poder aterrador, las moscas prendieron en medio del aire, los cuerpos chamuscados como piñas en una hoguera. El caballo se asustó ligeramente, los músculos tensos bajo Yedan, y de pronto resopló de miedo.

—Tranquilo —murmuró Yedan. La voz calmó al animal.

Aquellos de la familia real entre los temblor poseían conocimientos ancestrales, recuerdos tan densos como la sangre. Cuentos de enemigos antiguos, enemigos jurados de la orilla incierta. Más, quizá, que la mayoría, los líderes temblor entendían que algo podía ser al mismo tiempo una cosa y la otra, o ninguna. Los lados tenían lados ocultos e incluso aquellos términos eran sospechosos. El propio

lenguaje menguaba ante aquellas complejidades, sutilezas rampantes de la naturaleza.

Sin embargo, en este lugar los sabores mezclados de compasión eran anatema a los poderes que mandaban.

A pesar de ello, la figura que emergió del bosque fue tan inesperada que Yedan Derryg gruñó como si le hubieran golpeado en el pecho.

—Este reino no es tuyo —dijo, mientras trataba de controlar a su caballo.

—Esta tierra está consagrada a la adjudicación —contestó el forkrul assail—. Mi nombre es Reposo. Dame tu nombre, buscador, para que así pueda…

—¿Antes de juzgarme?

La alta y desgarbada criatura, desnuda y sin armas, ladeó la cabeza.

—No estás solo. Tú y tus seguidores habéis traído discordia a estas tierras. No me retrases más, no puedes evadir lo que se esconde en ti. Yo seré tu verdad.

—Me llamo Yedan Derryg.

El forkrul assail frunció el ceño.

—Eso no me concede acceso alguno, ¿por qué? ¿Cómo es que me bloqueas, mortal?

—Te responderé —dijo Yedan, desmontando del caballo. Desenvainó.

Reposo lo miró con fijeza.

—Tu desafío es inútil.

Yedan avanzó hacia él.

—¿Lo es? Pero, ¿cómo puedes estar seguro? Mi nombre no te cede paso a mi alma. ¿A qué se debe?

—Explícamelo, mortal.

—Mi nombre carece de importancia. Es mi título el que sostiene mi verdad. Mi título, y mi sangre.

El forkrul assail cambió la postura, levantó las manos.

—De un modo u otro, lo sabré, mortal.

—Sí, así es.

Reposo atacó, las manos eran un borrón. Pero aquellas armas mortales cortaron el aire, ya que Yedan estaban de pronto tras el forkrul assail, el arma encontró la carne de las piernas, la hoja de hierro cortó tras las dos rodillas, seccionó los tendones. Reposo tropezó hacia delante, sacudió los brazos.

Yedan golpeó otra vez, amputó el brazo izquierdo del assail. Sangre líquida y azul salió a chorros y manchó el suelo.

—Soy temblor —exclamó Yedan, y levantó el arma una vez más—. Soy la Guardia.

El siseo que surgió de Reposo fue brevísimo, ya que la espada de Yedan decapitó al forkrul assail.

No malgastó mucho tiempo. Escuchó el tronar de cascos. Subió de nuevo a su montura, agarró las riendas y, todavía empuñando la espada machada de azul, hizo virar al animal.

Cinco tiste liosan cargaban hacia él, las lanzas niveladas.

Yedan Derryg dirigió a su caballo directo hacia ellos.

Sabía que eran exploradores. Acabarían con él y después enviarían a un jinete de vuelta para reunir a un ejército disciplinario. Tras aquello, arrasarían la columna. Donde asesinarían a todo el mundo. Estos eran los que estaba esperando.

La línea de rocas verticales quedaba a la izquierda de Yedan. En el último momento antes de que el espacio entre él y los tiste liosan cerrara, Yedan tiró de su caballo y lo guio entre dos de los dólmenes. Escuchó una lanza quebrarse y rugidos de frustración cuando la tropa pasó de largo. La montura respondió veloz cuando la guio de vuelta a la línea, conduciéndola hasta situarse tras el tiste liosan más cercano. El que había partido su lanza contra las piedras y que ahora trataba de desenfundar su espada al mismo tiempo que controlaba al caballo.

La espada de Yedan descendió justo bajo el yelmo esmaltado, y se hundió en el cuello. La cabeza decapitada cayó a un lado, e impactó contra un dolmen.

La Guardia palmeó al caballo blanco con la parte plana de la hoja, empujándolo hacia delante al galope y, entonces, hincando los talones en su propio caballo, siguió la estela de la montura.

Los cuatro liosan que quedaban estaban en formación, lejos de las rocas, y ahora se reorganizaban para una segunda carga.

El caballo del camarada caído galopaba directo hacia ellos, y obligó a los jinetes a dispersarse.

Yedan escogió al liosan más cercano a las rocas, lo alcanzó antes de que pudiera levantar la pica. Un tajo cruzado amputó el brazo derecho del explorador a medio camino entre el hombro y el codo, el filo se hundió en el torso quebrando costillas. El caballo de Yedan pasó de largo y dejó atrás al guerrero y sus alaridos.

Un tirón salvaje en las riendas lo situó junto a otro jinete. Vio los ojos de la mujer cuando esta se retorcía en la silla, la escuchó maldecir, antes de hundir la punta de la espada en su espalda, introduciéndola entre las placas de la armadura enlazadas.

El brazo se retorció en una postura dolorosa cuando ella, en los estertores de la muerte, atrapó la espada unos momentos, pero él se las apañó para liberar el arma.

Los otros dos jinetes se voceaban el uno al otro, uno acabó retirándose tras hincar los talones en el caballo. El último guerrero encaró la montura y bajó la lanza.

Yedan urgió al castrado en una carga atronadora, pero alejándose del atacante, en dirección al explorador que huía. Un instante de evaluación y concluyó que no atraparía al hombre. Se irguió, las rodillas bien prietas contra el lomo del animal. Tensó el brazo y lanzó la espada.

La punta penetró por debajo del brazo derecho del hombre, se hundió un palmo entre las costillas, lo suficiente para alcanzar el pulmón. Cayó de la montura.

El último guerrero llegó, se aproximaba a Yedan desde un ángulo perpendicular. Yedan se retorció para apartar la aplastante hoja de la pica, la sintió penetrar el brazal y hundirse hasta chocar contra los huesos de la muñeca. El dolor le abrasó el brazo.

Condujo el caballo tras la estela del jinete. El liosan estaba deteniéndose. Craso error. Yedan lo alcanzó y se arrojó contra la espalda del hombre, tirándolo de la silla.

Escuchó un crujir de huesos agradable cuando la Guardia cayó sobre el guerrero. Agarró la cara del liosan con la mano buena, metió el pulgar en la cuenca del ojo y tiró de la nariz y del labio con dedos como garras. Metió el brazo herido con el brazal medio caído en la boca del hombre, obligándole a abrir la mandíbula.

Unas manos lo arañaban, pero cada vez más débiles a medida que Yedan hincaba el pulgar más hondo, lo más que pudo, y después lo dirigió hacia arriba. No logró alcanzar el cerebro. Se puso de rodillas, levantó la cabeza del liosan con el pulgar a modo de gancho. La giró con violencia, retorciéndola al mismo tiempo que apretaba con el brazo ensangrentado metido en la boca del hombre. Las articulaciones estallaron, la mandíbula quedó flácida, y entonces, al mismo tiempo que el cuerpo del liosan agonizaba desesperado, la vértebra se partió y el guerrero quedó inerte.

Yedan logró levantarse.

Vio al explorador con el pulmón herido tratar de subir de nuevo al caballo. Yedan recogió una pica y se dirigió hacia él. Usó la vara para tirar al hombre del caballo, este cayó despatarrado en el suelo, y después se puso encima con la punta de la lanza apuntando al pecho del liosan. Miró a los

ojos aterrorizados del guerrero, hundió la lanza con todo su peso. El esmalte de la superficie de la armadura se resquebrajó, y la punta penetró a través.

Yedan empujó más fuerte, retorció y removió la hoja dentada en el pecho del liosan.

Hasta que vio la luz abandonar los ojos del guerrero.

Tras asegurarse de que los otros estaban muertos, vendó el brazo herido, recuperó la espada, las lanzas que no se habían partido y los cuchillos largos de los cadáveres, además de los yelmos. Recogió a los caballos y los ató a un caballo líder, y los azuzó en la dirección por la que había venido.

Era príncipe de los temblor, con recuerdos en la sangre.

Yan Tovis abrió los ojos. Siluetas que solo eran sombras iban y venían sobre ella como la marea. No tenían sentido, tampoco las voces amortiguadas que la rodeaban. Voces que parecían venir del mismísimo aire sobrecargado. Estaba empapada en sudor.

Paredes de una tienda. Ah, y las sombras no eran más que siluetas. Las voces venían de fuera. Trató de erguirse para sentarse, las heridas en las muñecas dolían allí donde las suturas tiraban. Las miró con el ceño arrugado, trató de recordar… cosas. Cosas importantes.

El sabor de la sangre, rancio, el sabor de la fiebre… estaba débil, la cabeza le daba vueltas, y había… peligro.

El corazón le latía con fuerza cuando trató de salir, las manos sobre las rodillas, el mundo daba vueltas a su alrededor. Luz cegadora, fuego abrasador en el cielo. Dos, tres, cuatro… ¡cuatro soles!

—¡Alteza!

Ella cayó de culo y levantó la mirada cuando una figura se cernió sobre ella.

—¿Quién?

—Sargento Tropo, alteza, de la compañía de Yedan. Por favor, no te muevas más, las brujas... hay hechizos de protección por todas partes, alteza. Alrededor de la tienda. Un momento, las brujas ya vienen.

—Ayúdame a levantarme. ¿Dónde está mi hermano?

—Se marchó a caballo, alteza. Hace algún tiempo. Antes de que saliera el cuarto sol, y ahora nos estamos cociendo vivos.

Ella tomó el brazo que le ofrecía el soldado y se puso en pie.

—Soles no, sargento. Ataques.

Era un hombre cubierto de cicatrices, el rostro marcado por décadas de vida dura.

—¿Alteza?

—Nos atacan, tenemos que marcharnos. ¡Tenemos que largarnos de aquí ya!

—¡Mi reina! —Tirón bailoteaba a su alrededor, evadía las líneas de hechizos de protección que rodeaban la tienda—. ¡Ya vuelve! ¡Matabrujas! Debemos prepararnos, gota, gota, gota, gotea a sangre, alteza. Te hemos traído de vuelta, Chapoteo y yo, sí. ¡Déjala, cabezahueca, largo!

Pero Yan Tovis se sujetaba de la muñeca del sargento, sólida como un árbol enraizado, y lo necesitaba. Miró con furia a Tirón.

—Bebisteis con ansia, veo.

La bruja se encogió.

—No tuvimos cuidao, como tos, reina. Pero la Guardia ya viene, con más caballos, ¡caballos blancos!

Yan Tovis le dijo a Tropo:

—Guíame lejos de estos hechizos, sargento. —*Y saca a esta bonita bruja de mi vista*.

Escuchó a los caballos acercarse y, desde el camino, el sufrimiento de miles de personas la inundó como una marea alta. Casi se ahoga bajo todo aquel peso.

—Hecho, alteza…

Ella se estiró. Un quinto sol comenzaba a aparecer en el horizonte. Las hebillas de hierro en la armadura de Tropo estaban tan calientes que abrasaban y ella se asustó al tocarlas, pero no soltó el brazo. Sintió la piel tensa. *Nos estamos cociendo vivos*.

Su hermano, con un brazo envuelto en telas empapadas de sangre, cabalgó hasta el borde del camino. Yan Tovis miró al grupo de caballos. Caballos liosan, sí. Las lanzas acumuladas, los cuchillos enfundados y los yelmos. Liosan.

Chapoteo y Tirón estaban allí de pronto, junto al camino. Tirón soltó una risotada.

Yan Tovis observó la cara de su hermano.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

Observó a su hermano apretar los músculos de la mandíbula mientras pensaba en la respuesta, entrecerró los ojos y dijo:

—Tenemos tiempo, reina.

—Estupendo —repuso—. Brujas, atendedme. Comenzamos, no con prisas, pero comenzamos ya.

Dos mujeres jóvenes daban saltitos y meneaban la cabeza como las viejas que habían sido. Nuevas ambiciones, sí, pero viejos y antiguos miedos.

Yan Tovis miró a Yedan a los ojos, y vio que él lo sabía. Y estaba preparado. *Matabrujas, quizá no hayas acabado, pero esto ha terminado*.

Capítulo 11

En los primeros cinco años del reinado del rey Tehol el Único, no hubo intentos de asesinato, ni insurrecciones, ni conspiraciones de tal magnitud que pusieran en riesgo la corona; ni un solo conflicto con reinos vecinos o tribus fronterizas. El reino era próspero, la justicia prevalecía, la gente común vivía bien y tenían una movilidad sin precedentes.

Que todo esto se hubiera logrado con un puñado de proclamaciones y edictos modestos convertía toda la situación en algo todavía más admirable.

Sobra decir que, la insatisfacción acechaba Lether. La miseria se extendía como una plaga. Nadie era feliz, la lista de quejas que se escuchaban en las repletas y bulliciosas calles se volvía cada vez más larga con cada día que pasaba.

Por supuesto, había que hacer algo con eso...

La vida de Tehol
Janath

Queda claro que —anunció el rey Tehol—, no hay nada que podamos hacer. —Levantó el regalo akrynnai y lo contempló un buen rato, después suspiró.

—¿Ninguna sugerencia, señor? —preguntó Bicho.

—Estoy perdido. Me rindo. No dejo de intentarlo, pero debo admitirlo: es inútil. ¿Querida esposa?

—A mí no me preguntes.

—Menuda ayuda. ¿Dónde está Brys?

—Con sus legiones, esposo. Preparando la marcha.

—Las prioridades de este hombre son un desastre. Recuerdo la frustración de nuestra madre.

—¿Con Brys? —preguntó Janath, sorprendida.

—Bueno, no. Conmigo, casi siempre. Da igual. El tema es que nos enfrentamos a un desastre. Uno que podría dejar cicatrices en esta nación durante generaciones. Necesito

ayuda, y ninguno de vosotros aquí presentes es capaz de dar una simple sugerencia útil. Mis consejeros son más patéticos que el hombre al que tratan de aconsejar. La situación es intolerable. —Hizo una pausa, y después miró ceñudo a Bicho—. ¿Cuál es el protocolo? Encuéntrame a ese diplomático para poder echarle de nuevo. No, espera, trae al emisario.

—¿Estás seguro, señor?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Bicho hizo un gesto al regalo que el rey tenía en las manos.

—Porque no estamos ni cerca de encontrar un regalo adecuado de vuelta.

Tehol se inclinó hacia delante.

—¿Y eso, querido canciller, a qué se debe?

—Porque ninguno de nosotros tiene la más remota idea de qué es eso, señor.

Tehol puso mala cara.

—¿Cómo puede esta cosa vencer a las mentes más brillantes del reino?

—No sabía que ya habíamos probado con estas —murmuró Janath.

—Es hueso, asta, tiene incrustaciones de perla y dos manecillas. —Tehol esperó, pero nadie añadió nada a aquella sucinta descripción—. Por lo menos, creo que son manecillas…

Janath contuvo el aliento, y dijo:

—Oh.

El rey Tehol se rascó la mandíbula.

—Será mejor que el emisario espere un poco más, creo.

—Sabia decisión, señor.

—Tales opiniones, Bicho, son inestimables. Querida esposa, ¿nos retiramos a nuestra habitación privada para explorar a más profundidad esta… ofrenda?

—Te has dado un golpe en la cabeza o algo. Busca a Shurq Elalle. O a Rucket.

—¡Al fin! ¡Un consejo útil!

—Yo me compraré una nueva daga.

—Eso me sugiere emociones profundas, querida. Los celos y la rabia no son muy tú.

—No son muy nadie, esposo. ¿En serio te has tomado mi consejo en serio?

—Bueno, es cierto que es más fácil sugerir cosas cuando sabes que no van a hacerte caso.

—Así es. Encontrarás una pequeña habitación con una puerta sólida y varias cerraduras, y en cuanto el emisario haya partido, el regalo va para dentro, y no lo sacaremos jamás. —Se recostó en el trono de brazos cruzados.

Tehol miraba el regalo intrigado, y suspiró de nuevo.

—Llama al emisario, Bicho.

—De inmediato, señor. —Hizo un gesto a un sirviente que esperaba en una esquina de la sala del trono.

—Mientras esperamos, ¿hay algún asunto real del que debamos ocuparnos?

—Tu proclamación de repatriación, señor. Va a causar algunos problemas.

Tehol dio un golpecito en el reposabrazos del trono con el puño.

—¡Problemas es justo lo que quiero! ¡Indignación! ¡Furia! ¡Manifestaciones! ¡Que la gente cree tumultos y alce los puños huesudos! Sí, vamos a remover el cocido, a ladear la cuchara y a salpicar las paredes.

Janath lo miró de reojo.

Bicho gruñó.

—Debería funcionar. Quiero decir, estás reclamando tierras de familias muy pudientes. Podrías fomentar una insurrección general. Suponiendo que eso sea útil.

—¿Útil? —exigió Janath—. ¿En qué contexto una insurrección podría ser útil? Tehol, ya te alerté sobre ese edicto…

—Proclamación.

—… y la rabia que despertaría. Pero ¿acaso escuchaste?

—Desde luego que sí, mi reina. Pero déjame preguntarte algo, ¿son mis motivos menos justos?

—No, para empezar, es tierra que ya fue robada, pero ese no es el tema. Los perdedores no lo verán así.

—Y ese, amor mío, es precisamente mi punto. La justicia muerde. Con dientes diminutos y afilados. Si no, la gente de a pie la percibe como desequilibrada, que favorece a los pudientes y a la acusación. Cuando roban, esperan que el poder judicial aparte la mirada. Bueno, esto será como un puñetazo real. Que les pique.

—¿De verdad esperas purgar el cinismo de la gente de a pie, Tehol?

—Bueno, esposa, en este caso es más el dulce sabor de la venganza, pero contiene una lección más profunda, te lo aseguro. Ah, suficiente cháchara sobre temas intrascendentes, ¡el noble emisario akrynnai ha llegado! ¡Acércate, amigo mío!

El corpulento hombre con la capa de piel de lobo avanzó, mostraba su mirada feroz.

El rey Tehol dijo con una sonrisa:

—Nos fascina este maravilloso obsequio y, por favor, transmite nuestra gratitud a Cetro Irkullas, y asegúrale que nos aseguraremos de darle uso en cuanto se presente la… oportunidad.

El guerrero frunció todavía más el ceño.

—¿Uso? ¿Qué tipo de uso? Es una obra de arte, señor. Métela en una pared cualquiera y olvídate de ella. Es lo que haría yo si fuera tú. En la pared de un armario, de hecho.

—Ah, ya veo. Perdóname. —Tehol miró con mala cara el objeto—. Arte, sí. Claro.

—Ni siquiera fue idea de Cetro —gruñó el emisario—. Es un antiguo acuerdo, ¿no es así? Entre nuestra gente. Un intercambio de objetos sin valor. Irkullas tiene todo un carro repleto de basura como esa para vosotros letherii. Traquetea tras nosotros como un perro artrítico.

—¿El carro lo tira un perro artrítico?

El hombre gruñó.

—Ojalá. Tenemos algo que comentar. ¿Podemos ir al grano?

Tehol sonrió.

—Por supuesto. Esto ha sido de lo más fascinante.

—¿El qué? Ni siquiera hemos empezado todavía.

—Justo ahora. Adelante pues, señor.

—Creemos que nuestros comerciantes han sido asesinados por barghastianos. De hecho, creemos que estos salvajes de cara pintada nos han declarado la guerra. Por lo que pedimos a nuestros leales vecinos, los letherii, que nos ayuden con esta guerra que no hemos buscado. —Se cruzó de brazos, con una mirada amenazadora.

—¿Existe algún precedente de nuestra asistencia en tales conflictos? —preguntó Tehol, mientras apoyaba la barbilla en una mano.

—Así es. Acudimos, decís que no, y nos vamos a casa. A veces —añadió—, decís «claro, pero primero nos tenéis que dar mil tierras de pastura y veinte unidades de pieles tratadas, ah, y renunciar a la soberanía de las tierras de comercio libre Kryn y quizás uno o dos rehenes reales». Ante lo cual solemos hacer un gesto soez y marcharnos a casa.

—¿No hay otras alternativas? —preguntó Tehol—. Canciller, qué tiene a los, ¿cómo se llamaban?, ¿barnastinos?

—Barghastianos —corrigió Bicho—. Los clanes de rostro blanco reclaman la mayor parte de las llanuras como su tierra ancestral. Sospecho que es el motivo principal por el que quieren conquistar a los akrynnai.

Tehol miró a Janath y levantó una ceja.

—Problemas de repatriación, ¿ves como es una plaga entre la gente? Bicho, ¿estos barghastianos dicen la verdad sobre esas tierras?

El canciller se encogió de hombros.

—¿Qué tipo de respuesta es esa? —exigió Tehol.

—La única honesta, señor. El problema es este: las tribus migratorias se desplazan, por eso son migratorias. Van de aquí para allá en oleadas. Los barghastianos puede que estuvieran por estas tierras y gran parte de las Tierras Yermas hace muchísimo tiempo. Pero ¿y qué? Tarthenal también vivió aquí en cierta ocasión, y los imass, y los jheck, una tierra de lo más concurrida. ¿Quién puede decir que es más legítimo que otro?

El emisario soltó una risotada.

—¿Quién vive ahí ahora? Nosotros. La única respuesta que importa. Destruiremos a estos barghastianos. Irkullas llama a los kryn y a su líder mercenario Zavast. Llama a los saphinand y a los d’rhasilhani. Y él me envía a vosotros, letherii, para evaluar al nuevo rey.

—Si aplastáis a los barghastianos con la ayuda de vuestras alianzas —repuso Tehol—, ¿para qué acudir aquí? ¿Qué buscáis de nosotros?

—¿Saltaréis sobre nuestras espaldas? Nuestros espías nos dicen que vuestro comandante está fuera con un ejército…

—En las Tierras Yermas, a través de nuestro territorio, de hecho.

—En realidad —dijo Bicho—, apenas pasaremos cerca de vuestro territorio, señor.

—¿Y qué hay de esos extranjeros con los que viaja? —preguntó el emisario, añadió un rugido impresionante tras la pregunta.

Tehol levantó una mano.

—Un momento, antes de que esta paranoia se derrame. Entrégale el siguiente mensaje a Cetro Irkullas del rey Tehol de Lether. Es libre para proceder con su guerra contra los barghastianos, en defensa del territorio, sin miedo a una agresión letherii. Tampoco, añado, de los malazanos, los extranjeros, quiero decir.

—No puede hablar por ellos.

—No, pero Brys Beddict y su ejército los escoltan, y eso garantiza que no ocurra nada traicionero…

—¡Já! ¡Los bolkando ya están en liza con los aliados extranjeros!

Bicho resopló.

—Esto te demuestra que la tan aclamada alianza bolkando es más frágil de lo que parecía —señaló—. Deja que los bolkando se apañen con su desastre. En cuanto a los malazanos, asegúrale a Irkullas que no están interesados en tus tierras.

El emisario entrecerró los ojos, la expresión de profunda sospecha, seguramente patológica.

—Transmitiré tus palabras. ¿Qué obsequio debo llevar de vuelta?

Tehol se rascó la barbilla.

—¿Qué tal un carro de seda, lino, barras de hierro de calidad y unos cien lingotes de plata, señor?

El hombre parpadeó, incrédulo.

—Las tradiciones pasadas de moda es mejor dejarlas atrás, estoy seguro que Cetro Irkullas estará de acuerdo. Ve, pues, con nuestra bendición.

El hombre hizo una reverencia y se alejó, tambaleándose como un borracho.

Tehol se giró hacia Janath y sonrió.

Ella puso cara de consternación.

—Ahora el pobre imbécil tiene que ser recíproco. Lo que, desde luego, lo empobrecerá. Estas tradiciones antiguas sobreviven por un motivo, esposo.

—No con el carro que le mando.

—Pero tendrá que dividirlo entre los caudillos, para comprar su lealtad.

—Lo habría hecho de todos modos —repuso Tehol—. ¿De dónde surge esta descabellada idea de comprar la lealtad? Es una contradicción de términos.

—La moneda implica obligación —explicó Bicho—. Los regalos fuerzan el honor sobre el que los recibe. Señor, debo hablarte ahora como ceda. El viaje que Brys quiere emprender es más peligroso de lo que anticipamos al principio. Temo por su destino y el de sus legiones.

—Esto tiene relación, supongo —dijo Janath—, con los motivos desconocidos de los malazanos. Pero Brys no está obligado a acompañarlos más allá de las Tierras Yermas, ¿no es así? ¿Acaso no es su intención volver en cuanto crucen ese territorio con éxito?

Bicho asintió.

—Ay, creo que son las Tierras Yermas donde aguarda el mayor peligro. —Dudó, y entonces dijo—: Se ha derramado sangre en esas tierras ancestrales. Y más que se derramará.

Tehol se levantó del trono, con el obsequio akrynnai en las manos. Lo extendió hacia un lado y un sirviente se apresuró para recogerlo.

—No creo que mi hermano desconozca tales peligros tal y como aseguras, Bicho. La estadía en el reino de los muertos (o lo que fuera) le ha cambiado. No es sorprendente, supongo. En cualquier caso, no creo que volviera al reino de los vivos para hacerme compañía.

—Creo que tienes razón —dijo Bicho—. Pero no puedo decirte nada del camino que ha tomado. En cierto sentido, está fuera de… bueno, todo. Como fuerza, uno puede verlo desalineado, y por lo tanto impredecible.

—Motivo por el cual el Errante buscaba acabar con él —dijo Janath.

—Sí —contestó Bicho—. Lo que sí puedo decir: mientras esté cerca de los malazanos, Brys está algo más a salvo del Errante que si estuviera en cualquier otro lugar.

—¿Y en el viaje de vuelta? —preguntó Tehol.

—Espero que el Errante esté ocupado por ese entonces, señor.

—¿Por qué?

Bicho tardó en contestar, y en su rostro ancho se veía reflejada una actitud reacia a sospesar los riesgos. Acabó con mala cara y un suspiro.

—Me obliga. En mi capacidad más ancestral, me obliga. Señor, cuando Brys esté de vuelta al reino, el Errante estará ocupado… enfrentándose a mí.

El hierro bajo las palabras de Bicho silenció a los dos sentados en los tronos durante un buen rato.

Entonces Tehol dijo, sin mirar ni a su mujer ni a su mejor amigo:

—Voy a dar un paseo por el jardín.

Lo vieron marcharse.

Janath dijo:

—Brys es su hermano, después de todo. Y haberle perdido ya en una ocasión…

Bicho asintió.

—¿Hay algo más que puedas hacer? —preguntó ella—. ¿Para protegerlo?

—¿A quién, a Brys o a Tehol?

—En este caso, creo, ambos son lo mismo.

—Existen algunas posibilidades —admitió Bicho—. Por desgracia, en circunstancias como las actuales, a menudo el gesto resulta ser más mortal que la amenaza inicial. —Levantó una mano para pedir un momento—. Por supuesto que haré todo lo que esté en mi mano.

Ella apartó la mirada.

—Sé que lo harás. Así que, amigo mío, tienes una obligación. ¿Cuándo nos dejarás?

—Pronto. Hay cosas que no pueden demorarse demasiado. Le estoy haciendo sudar. —Gruñó y añadió—: Y eso me hace sudar la gota gorda a mí.

—¿Es una «unión por sangre»? —preguntó.

Él se sorprendió, la miró con curiosidad.

—No dejo de olvidarme de que eres una estudiosa, mi reina. Esa antigua frase contiene muchas capas de significado, y casi los mismos significados. Cada familia comienza con un nacimiento, pero nunca puede haber solo uno, ¿verdad?

—La soledad es simple. La sociedad no.

—Exacto, Janath. —La observó un instante. Ella se sentó en el trono, apoyándose en un brazo, con la cabeza sobre una mano—. ¿Sabías que estás embarazada?

—Por supuesto.

—¿Y Tehol?

—No lo creo. Todavía es pronto. Bicho, he sufrido muchísimo en las manos de los patriotas, ¿no crees? Veo cicatrices en mi cuerpo y no tengo recuerdos de cómo llegaron hasta ahí. Siento dolores en mí por lo que imagino que también habrá cicatrices ahí dentro. Sospecho que tienes algo que ver con mi extraña ignorancia. Has ocultado lo peor de lo que experimenté. No sé si debería agradecértelo o maldecirte.

—Un poco de ambas cosas, creo.

Ella contempló al hombre.

—Sí, entiendes la necesidad del equilibrio, ¿verdad? Verás, creo que dejaré pasar unas cuantas semanas más antes de aterrorizar a mi marido.

—El bebé está sano, Janath, no siento riesgo alguno. Esos dolores son fantasmas, fui exhaustivo con mi sanación.

—Qué alivio. —Se levantó—. Dime, ¿fue una simple cuestión de mi retorcida imaginación, o ese artista akrynnai tenía algo deleznable en mente?

—Mi reina, ningún mortal o inmortal puede interpretar la mente de un artista. Pero por regla general, entre dos posibles respuestas, siempre escojo la más sórdida.

—Por supuesto. Qué tonta.

—Draconus está perdido en Dragnipur. El alma de Escalofrío está esparcida por el viento. Grizzin Farl se desvaneció hace milenios. Y Caminante de Filo era capaz de negar cualquier obsesión por pura obstinación o, posiblemente, una afirmación ante la desasociación. —Nudillos puso una sonrisa retorcida, y después se encogió de hombros—. Si hay una presencia que me resultaría desagradable sobre las demás, Errastas, sería Olar Ethil.

—Ella está muerta…

—Y con una suprema indiferencia a esa condición. Aceptó el ritual de Tellann sin dudar un instante, esa perra oportunista…

—Se ligó al destino de los t’lan imass —dijo el Errante, con la mirada puesta en Kilmandaros. La enorme criatura había arrastrado un cofre gigantesco al centro de la sala, partió la cerradura con una mano y abrió la tapa; ahora sacaba varias piezas de armadura con manchas pardas, y murmuraba en voz baja. En todas las paredes había filtraciones de agua marina por las grietas, formaban charcos que llegaban hasta el tobillo y que iban creciendo

con la amenaza de engullir la hoguera. El aire cada vez era más frío.

—No tan ligada como podrías esperar —respondió Sechul Lath—. Hemos hablado de K'rul, pero hay otro, Errastas. Una entidad de gran habilidad que permanece como un misterio para todos nosotros…

—Ardata. Pero ella no es la única. Siempre sentí, Setch, que había más como nosotros de lo que nadie hubiera imaginado jamás. Incluso con mi poder, mi mando sobre las Losas, estaba convencido de que eran fantasmas, que flotaban en la periferia de mi visión, de lo que era capaz de percatar. Fantasmas, tan antiguos y formidables como cualquiera de nosotros.

—Desafían nuestra soberanía —repuso Sechul, con un tono de voz furtivo, mientras daba vueltas al vino ambarino en la copa de cristal.

—Temerosos de comprometerse —dijo el Errante, y puso una mueca—. También se esconden los unos de los otros, sin duda. En solitario ninguno supone amenaza alguna. En cualquier caso, ahora es distinto.

—¿Lo es?

—Sí. Las recompensas que podemos lograr son enormes. Todo lo que había es como si no fuera nada. Pienso en ello. Todo lo que nos robaron de nuevo en nuestras manos. Los fantasmas, los que se esconden, serían idiotas si dudaran. No, el camino a seguir más sabio es salir de las sombras.

Nudillos dio un trago al vino. El agua empapaba el asiento de la silla sobre la que estaba.

—La Casa está ansiosa por echarnos.

Kilmandaros se había colocado una cota de malla empapada. Metió las manos en el agua, hacia el suelo inundado, y levantó con un torbellino acuoso un enorme guantelete que colocó sobre el puño, y después metió los brazos de nuevo para sacar el otro.

—A ella parece gustarle —señaló Errastas.

—No —contradijo Nudillos—. Has despertado su ira, y ahora necesita un enemigo digno de ella. A veces, incluso para ti, el control es una ilusión, un engaño. Lo que has desatado aquí…

—Es algo muy esperado. Deja ya a un lado tus esfuerzos por subestimarme, Setch, tan solo revelas tu propia debilidad.

—Debilidad de la que jamás he huido, Errastas. ¿Puedes decir tú lo mismo?

El Errante apretó los dientes.

—Eres un exiliado. No puede deshacerse. Debemos tomar nuestro destino con las manos, mira a Kilmandaros, ella nos mostrará cómo debe hacerse. Desechar nuestros miedos, son venenosos.

—Estoy lista.

Al escuchar sus palabras, ambos hombres se dieron la vuelta. Estaba pertrechada para la guerra y aparentaba ser una descomunal estatua, una aparición espantosa enredada en algas marinas. Las algas colgaban de la cota de malla, las guardas enrejadas cortas y anchas parecían pinzas de hierro, el puente resplandecía como el aguijón de un escorpión. Las manos enguantadas estaban crispadas en puños, como enormes mazos en ambos extremos de los brazos simiescos de varias articulaciones.

—Eso parece —contestó Errastas, con una sonrisa.

—Nunca he confiado en ti —rugió Kilmandaros.

Él se levantó, todavía sonreía.

—¿Por qué yo debería ser único? Y bien, ¿quién entre nosotros abrirá el portal? Nudillos, muéstranos tu poder.

El delgado hombre se encogió.

El agua ya les llegaba hasta la cintura, no a la de Kilmandaros, claro. El Errante hizo un gesto hacia Sechul Lath.

—Muéstranos cómo eres realmente. Este es mi primer obsequio, Setch. —El poder brotó.

La figura ancestral se tornó borrosa, se estiró, y mostró al fin a un joven y altísimo forkrul assail, que se echó para atrás, con el rostro oscurecido. Arrojó a un lado la copa.

—¡Cómo te atreves! ¡Déjame como estaba, maldito seas!

—Mi regalo —espetó Errastas—. Que será aceptado con el mismo espíritu con que es entregado.

Sechul se llevó las larguiruchas manos a la cara.

—¿Cómo podías pensar —dijo con la voz rota—, que en algún momento me he llegado a arrepentir de lo que dejé atrás? —Retiró las manos, lo miró con furia—. ¡Devuélveme lo que me gané!

—Estás loco…

—Nos vamos ahora —interrumpió Kilmandaros, con un tono de voz tan alto que tronó en la sala.

—¡Errastas!

—¡No! ¡Está hecho!

Un segundo gesto, y se abrió un portal, que se tragó toda una pared de la Casa. Kilmandaros se sumergió en este, desvaneciéndose.

El Errante encaró a Nudillos.

Los ojos de su viejo amigo estaban tan llenos de una angustia tan profunda que Errastas soltó un gruñido.

—Ah, pues nada, a tu modo, pues… —Y con crueldad desgarró la bendición del hombre, observó con satisfacción cómo el hombre se inclinaba, tratando de aguantar el dolor.

—Ahí lo tienes, viste tu patetismo, Setch, ya que te encaja tan bien. ¿Qué es esto? ¿No agradeces su vuelta?

—Te place provocar dolor, ¿verdad? Veo que no has cambiado nada… en los detalles esenciales de tu naturaleza. —Con un gruñido, Sechul invocó una vara y apoyó todo su peso en ella—. Tú primero, Errastas.

—¿Por qué tienes que amargar este momento de triunfo?

—Quizá te he recordado lo que nos espera a todos.

El Errante aguantó la urgencia de golpear a Nudillos, de no patear la vara y ver a la vieja criatura tambalearse, y seguro caer. Un placer efímero. Indigno, seguro. Encaró el portal.

—Quédate cerca, el portal se cerrará de golpe tras nosotros, creo.

—Sí, ya ha consumido suficiente.

Unos instantes más tardes, el agua rugió para reclamar la sala, la oscuridad devoró todas las habitaciones, todos los pasillos. Las corrientes furiosas se calmaron, y después todo volvió a quedar inmóvil.

La Casa estaba en paz.

Durante algún tiempo.

El capitán Ruthan Gudd tenía la costumbre de peinarse la barba con los dedos, una afectación que a Shurq Elalle le parecía irritante. La postura pensativa estaba bien, en cuanto a posturas se refería, pero el hombre estaba tan tenso que había comenzado a pensar que su genio era de una amabilidad inefable; dicho de otro modo, podía ser que el hombre fuera cortito pero tuviera la inteligencia justa para asumir el aspecto de la sabiduría y la profundidad. Lo que era de risa era lo exitoso y seductor que era todo el tema. Aquella pizca de misterio, el oscuro velo de sus ojos, los potentes silencios.

—Por el Errante, sal de aquí.

Se asustó, y llevó la mano al cinto de la espada.

—Te echaré de menos.

—Todos me dicen lo mismo tarde o temprano.

—¿Ah, sí? La simple verdad es que agoto a los hombres. En cualquier caso, estoy a punto de partir, así que en cualquier caso es lo mismo.

Él gruñó.

—Preferiría estar sobre una cubierta, que las velas hicieran el trabajo, que marchar.

—¿Entonces por qué te alistaste?

Él se rascó la cabeza, frunció el ceño y dijo:

—Costumbre. —De camino a la puerta se detuvo, y miró una urna que había junto a la pared—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Eso? Soy una pirata, Ruthan. Me encuentro cosas.

—Entonces no lo has comprado en un tenderete del mercado de la ciudad.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Los cuervos me han llamado la atención. Siete Ciudades, esa cacerola.

—Es una urna, no una cacerola.

—La caída de Coltaine. Atacaste un navío malazano… —Se giró para mirarla—. Tiene que haber sido hace poco. ¿Asaltaste una de nuestras embarcaciones? Hubo tormentas, la flota se dispersó en más de una ocasión. De hecho unos cuantos se perdieron.

Ella le devolvió la mirada, inexpresiva.

—Y si lo he hecho, ¿qué? No es que supiera nada de ti, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no. Aunque la idea de que pasaras a algunos compañeros malazanos por la espada no me sienta demasiado bien.

—No lo hice —contestó ella—. Asalté un navío tiste edur.

Tras un instante él asintió.

—Tiene sentido. Primero nos los encontramos a ellos a las afueras de Ehrlitan.

—Qué alivio.

Él endureció la mirada.

—Eres una mujer fría, Shurq Elalle.

—Eso también lo he oído antes.

Él se marchó sin decir nada más. Siempre era mejor así, algo molesto para agriar el momento, un breve intercambio de palabras hirientes, y ya estaba. Las despedidas dramáticas, llenas de sentimentalismos lacrimógenos, no eran ni de lejos tan satisfactorias como uno querría.

Ella recogió el resto de sus cosas. La mayor parte de estas ya estaban a bordo del *Gratitud Imperecedera*. Skorgen Kaban, el Guapo, había tomado el mando, más o menos, en el puerto. Había resuelto los pagos del atracadero, y había despejado a la tripulación. Los dos invitados bolkando estaban instalados a salvo en la cabina principal; y si Ublala Pung no aparecía para cuando ella llegara, toda una lástima, el tonto tenía la memoria de una polilla.

Seguro que ha terminado confundido y ha intentado ir caminando hasta las islas.

Aseguró la espada ropera al cinto, se echó al hombro una modesta bolsa de lana, y se marchó, sin molestarse en cerrar la puerta. La habitación estaba alquilada y además, el primer ladrón que llegara era bienvenido a llevarse lo que fuera, especialmente la mierda de urna.

Una prometedora y agradable brisa la acompañó hasta el muelle. Estaba satisfecha de ver tanta actividad a bordo de su nave mientras enfilaba la rampa de embarque. Estibadores cargaban los suministros, sufrían los crueles comentarios del grupito de prostitutas que habían bajado a despedir a la tripulación, las mismas prostitutas que le dedicaron miradas furibundas cuando pasó ante ellas. Para nada merecidas, pensó, ya que no había estado compitiendo con ellas desde hacía meses y además, ¿acaso no se marchaba?

Llegó a la cubierta principal.

—Qué bonita, ¿dónde has conseguido esa nariz?

El primer oficial de cubierta se giró.

—Pico de un pargo —respondió—, relleno de algodón para detener el goteo, capitana. Lo compré en el mercado Mareas.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. La cuerda que sujetaba el pico en su lugar parecía estar muy apretada.

—Sería mejor que lo aflojes un poco —aconsejó ella, mientras dejaba el petate a un lado y apoyaba las manos en la cintura al observar a los demás en cubierta—. ¿Nada de Pung?

—Todavía no.

—Bueno, quiero aprovechar este viento.

—Bien, capitana, de todos modos el gigante es un mal augurio…

—Para nada —espetó ella—. Fue un pirata estupendo con nosotros, y no tiene nada de mal augurio. —Kaban estaba celoso, claro. Pero aquella nariz era ridícula—. Echa a estas ratas de cubierta de mi barco y prepara a la tripulación.

—A sus órdenes, capitana.

Vio cómo se alejaba cojeando, asintió con severidad cuando rugió una orden al oído de un marinero que vagueaba. Mientras se dirigía al raíl que conducía a tierra cerca de proa, observó la multitud congregada en la orilla. No había señal de Ublala Pung.

—Idiota.

El capitán Ruthan Gudd recogió a su caballo en los establos y puso rumbo al norte por la ruta principal que corría junto al canal central. No vio a otros malazanos entre la muchedumbre, podía ser perfectamente el último en la ciudad. Aquello encajaba con él, y mejor si Tavore y los Cazahuesos iban a jugársela antes de que él llegara, dejándolo atrás.

Jamás quiso ser capitán ya que implicaba que demasiada gente le prestaba atención. Si tuviera elección, Ruthan se hubiera conformado con pasar toda su vida sin ser tenido en cuenta por nadie. Excepto por alguna mujer ocasional, claro. Había considerado, en bastantes ocasiones, desertar del ejército. Si hubiera sido un soldado de a pie común, puede que ya lo hubiera hecho. Pero un oficial desaparecido implicaba que los magos se unirían en la búsqueda, y lo último que quería era que un mago le rastreara. Por supuesto Tavore no detendría el avance del ejército para esperar su aparición, pero puede que hubiera un mago o dos buscándole en aquellos instantes.

En cualquier caso, el puño Blistig estaría ensayando la bronca que tenía preparada para Ruthan en cuanto el capitán apareciera.

En circunstancias normales, era fácil esconderse en un ejército, incluso como oficial. No ofrecerse voluntario para nada, no sugerir cosas, quedarse al fondo en las sesiones informativas, o mejor incluso, perdérselas todas. La mayoría de las estructuras de mando permitían espacio a oficiales inútiles. No era muy distinto a permitir el uso de soldados inútiles en el campo de batalla. *«Toma mil soldados. Cuatrocientos estarán en la batalla pero no harán nada. Doscientos huirán dada la oportunidad. Otros cien estarán confundidos. Eso deja unos trescientos con los que puedes contar. Tu tarea al mando de esos mil se reduce a dónde colocar a esos trescientos»*. Aquello no era doctrina malazana. De algún general de Robo. Desde luego no koreliano, eso seguro. Los korelianos se quedarían a los trescientos y ejecutarían al resto.

¿Melena Gris? No, no seas estúpido, Ruthan. Tendrías suerte si le sacas cinco palabras al año. De nuevo, ¿quién necesita palabras cuando pelea así? Que el Embozado te ampare, Melena Gris.

De todos modos, Ruthan se contaba entre los inútiles de esos setecientos, capaz de no hacer nada, de quedarse confuso, o bloqueado ante el primer entrechocar de las armas. Sin embargo, hasta entonces no había tenido ocasión de probar todas aquellas opciones. Las escaramuzas en las que se había encontrado (muy pocas, la verdad) le habían obligado a pelear como un lobo rabioso para mantenerse con vida. No había nada peor en el mundo que ser tenido en cuenta por alguien que quería matarte. Ver aquella concentración afilada en la mirada de un extraño…

El capitán se sacudió. La puerta del norte esperaba frente a él.

De nuevo en el ejército. Se habían acabado las camas blandas y la suave pero de un extraño frescor carne femenina; ya se habían terminado los decentes (aunque algo agrios) vinos letherii. No más de la cómoda y deliciosa sensación de no hacer nada. La atención se dirigía hacia él y no podía evitarlo de modo alguno.

Me dijiste que mantuviera la cabeza baja, Melena Gris. Lo he intentado. No funciona. Pero entonces, algo en tu mirada me dijo que ya lo sabías, porque tampoco te funcionaba a ti.

Ruthan Gudd se rascó la barba, recordándose así que ahora llevaba el rostro de un extraño.

Afrontémoslo, viejo amigo. En este mundo solo los muertos pasan desapercibidos.

El lugar de sacrificio tenía un aire como de algo roto. En ruinas. Era una miseria estar ahí, pero Ublala Pung no tenía elección. La voz ronca del viejo Joroba Arbat estaba en su cabeza, le perseguía a todas partes, y el problema de un cráneo, incluso uno tan grande como el suyo, es que nunca era lo suficientemente grande como para huir, incluso cuando el perseguidor era un viejo muerto.

—Hice lo que me pediste —dijo—. Déjame en paz. Tengo que subir a ese barco. Para que Shurq y yo podamos tener

sexo. Estás celoso.

Era el único ser vivo en el cementerio. No lo visitaban demasiado a menudo, ya que algunas partes del mismo comenzaban a hundirse. Los sepulcros se inclinaban, se resquebrajaban y se abrían. Enormes urnas de piedra caían hacia fuera. Los árboles partidos por rayos y gases pantanosos aparecían aquí y allá como si fueran cabezas flotantes. Y los huesos sobresalían del suelo como si fueran piedras en la tierra de un campesino. Cogió uno, un fémur, para juguetear con algo entre las manos mientras esperaba al fantasma de Arbat.

Arañazos tras él. Se giró.

—Oh, tú. ¿Qué quieres?

—Venía a asustarte —respondió el cadáver putrefacto y medio desnudo. Levantó ambas manos huesudas con largas uñas—. ¡Aaaagh!

—Eres tonto. Vete.

Harlest Eberict se desinfló.

—Ya nada funciona. Mírame. Estoy desvaneciéndome.

—Ve a Selush. Ella te coserá.

—No puedo. Este fantasma estúpido no me deja.

—¿Qué fantasma?

Harlest se palmeó la cabeza, rompiéndose una uña.

—Vaya, ¿lo has visto? ¡Todo se va a la porra!

—¿Qué fantasma?

—El que quiere hablar contigo, y darte cosas. El que mataste. Asesino. Yo también quería ser un asesino, ¿sabes? Reventar a la gente y comerme los trocitos. Pero no tiene sentido tener ambiciones, todo se reduce a nada. Apunté demasiado alto, pedí demasiado, perdí la cabeza.

—No lo hiciste. Todavía está ahí.

—Escúchame, cuanto antes terminemos con esto antes me dejará en paz ese fantasma para que pueda volver a no hacer nada. Sígueme.

Harlest guio a Ublala a través del cementerio hasta que llegaron a un pozo medio hundido, tres pasos de ancho y el doble de profundo. Los huesos sobresalían por todas partes hasta el fondo. El cadáver señaló.

—Un arroyo subterráneo cambió el curso, se mueve por debajo del cementerio. Por eso todo está medio hundido. ¿Qué haces con ese hueso?

—Nada.

—Deshazte de él, me pones de los nervios.

—Quiero hablar con el fantasma. Con el viejo Joroba.

—No puedes. Excepto en tu cabeza y el fantasma no tiene el suficiente poder como para hacerlo mientras me usa a mí. Estás atrapado aquí conmigo. Bien, justo al fondo hay huesos tarthenal, ya que este es uno de los lugares de entierro más antiguos del área. Tienes que apartarlos hasta llegar a una gran losa de piedra. Tienes que empujarla o apartarla a un lado. Lo que necesitas está debajo.

—No necesito nada.

—Sí. No volverás con los tuyos hasta dentro de un tiempo. Lo siento, sé que tenías planes, pero no se puede hacer nada. Karsa Orlong tendrá que esperar.

Ublala se encogió en el pozo.

—Echaré de menos mi barco. Shurq se va a enfadar mucho. Y se supone que tengo que recoger a todos los tarthenal, es lo que Karsa quiere que haga. Viejo Joroba, ¡lo estás fastidiando todo! —Se agarró la cabeza, golpeándose con el hueso—. Auch, ¿ves lo que has hecho?

—Eso es porque confundes las cosas, Ublala Pung. Ahora ponte a cavar.

—Nunca debería haberte matado. Al fantasma, quiero decir.

—No tenías elección.

—Odio no tener nunca elección.

—Métete en el agujero de una vez, Ublala Pung.

Tras limpiarse los ojos de lágrimas, el tarthenal descendió al pozo y comenzó a sacar montones de tierra y huesos.

Un tiempo después de que Harlest escuchara el crujido de la piedra al desplazarse se acercó al borde y miró hacia abajo.

—Bien, lo has encontrado. Justo ahí, mete las manos por el borde y levántalo. Venga, manos a la obra.

A pesar de las palabras vacías de ánimos, Harlest vio sorprendido cómo el gigante, de hecho, se las apañaba para levantar la enorme losa de piedra y apartarla a un lado, junto a una de las paredes del hoyo.

El cuerpo enterrado en el interior del sarcófago había sido tiempo ha tan grande como Ublala, pero casi todo estaba tan podrido que se había convertido en polvo, y no quedaba casi nada excepto la armadura y las armas.

—El fantasma dice que esa armadura debe tener un nombre —dijo Harlest—, como la maza. Los primeros héroes tenían esa costumbre. Este en particular, un thelomen, natural de una región fronteriza al Primer Imperio, en una tierra muy lejana, la misma de la que provienen los letherii, vaya. Un cabronazo beligerante, su nombre está olvidado, y es mejor así. Coge la armadura, y la maza.

—Apesta —se quejó Ublala Pung.

—Las escamas de dragón a veces huelen mal, especialmente las del cuello y de los pliegues, donde están las glándulas, y esas vienen de ahí. Este dragón en particular era el primogénito de Alkend. El nombre de la armadura es Dra Alkeleint, que en thelomen quiere decir «yo maté al dragón Dralk». Lo hizo con esa maza, y su nombre es Rilk, que en thelomen quiere decir «aplastar» o «destrozar» o algo similar.

—No quiero nada de esto —dijo Ublala—. Ni siquiera sé usar una maza.

Harlest observó con atención la uña que se había roto.

—No temas, Rilk sabe cómo usarte a ti. Venga, súbelo todo y te ayudo a ponerte la armadura, si te arrodillas, claro.

Ublala subió primero la maza. La empuñadura era para blandirla a dos manos, compuesta de un pedazo algo curvo de hueso, cuerno o asta, por lo viejo que era parecía ámbar pulido. Terminaba en un remache de cobre. La cabeza de la maza estaba tallada de modo que recordaba vagamente a cuatro cabezas algo deformes. El mineral era de un gris mercurio y de un azul oscuro.

—Meteórico —dijo Harlest—, ese metal. Endurecido con hierro. Lo blandes con facilidad, Ublala, mientras dudo que yo pudiera si quiera levantarlo. Rilk está complacido.

Ublala lo miró de reojo, y volvió a bajar.

La armadura consistía en hombreras, con las piezas del pecho y la espalda en mitades separadas. Un ancho cinturón unía la parte superior y la falda estrecha. Las escamas de dragón más pequeñas formaban las guardas de las pantorrillas, con remaches en las rodillas hechos de garras puestas de tal forma que quedaban como pinchos. Bajo las rodillas, una única escama moldeada protegía cada espinilla. Unos antebrazos idénticos cubrían las muñecas, con una parte superior de cuero para los antebrazos. Guanteletes con tiras de hueso le protegían las manos.

El asalto del tiempo había fracasado, las escamas eran sólidas, los lazos de tripas y las tiras de cuero como nuevas. La armadura pesaba tanto como un humano adulto.

Lo último fue el yelmo. Cientos de fragmentos de hueso, probablemente del cráneo y la mandíbula del dragón, habían sido unidos para formar una calavera superpuesta, con protecciones para la frente y las mejillas, y una cola retráctil para la nuca. El efecto era aterrador y abominable.

—Sal que te ponga bien las correas.

—No quiero.

—¿Quieres quedarte en el agujero?

—Sí.

—Bueno, no tienes permiso. El fantasma insiste.

—Ya no me gusta el viejo Joroba. Me alegro de haberlo matado.

—Él también.

—He cambiado de opinión. Ya no me alegro. Ojalá hubiera dejado que viviera para siempre.

—Entonces él estaría aquí de pie hablando contigo y no yo. No puedes ganar, Ublala Pung. El fantasma te quiere metido en eso y con la maza en las manos. Puedes dejar el yelmo por ahora, por lo menos hasta que hayas salido de la ciudad.

—¿Adónde voy?

—A las Tierras Yermas.

—No me gusta cómo suena eso.

—Tienes una tarea importantísima por delante, Ublala Pung. De hecho, te gustará, creo. No, en serio. Sube y te lo contaré mientras te pongo la armadura.

—Dímelo ahora.

—No. Es un secreto a menos que salgas.

—¿Me lo dirás si subo?

—Y te metes en la armadura, sí.

—Me gusta la gente que me cuenta secretos —dijo Ublala Pung.

—Lo sé —respondió Harlest.

—Vale.

—Estupendo. —Harlest apartó la mirada. Al fin y al cabo, quizás acudiría a Selush. Sin embargo, no hasta la noche. La última vez que trató de poner un pie en las calles durante el día una muchedumbre de golfos demacrados le tiraron piedras. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? Si

hubiera estado en mejor forma que ellos, los habría atrapado y les habría arrancado los brazos y las piernas del cuerpo y ahí se habrían acabado las bromitas, ¿no?

Los niños necesitaban aprender lecciones, sí. Porque cuando él era un crío…

Brys Beddict despachó a sus oficiales y después a sus auxiliares, esperó a que todo el mundo hubiera abandonado la tienda para sentarse en la silla de campo. Se inclinó hacia delante y fijó la mirada en las manos. Las sentía frías, como siempre desde que había vuelto, como si el recuerdo del agua helada y la presión feroz todavía le acechara. Mirar las caras de sus oficiales estaba resultando ser cada vez más difícil, algo crecía en él, una especie de tristeza abyecta que parecía ampliar la distancia entre él y todo el mundo.

Había observado aquellos rostros animados pero en cada uno vio la sombra de la muerte, una tez fantasmagórica justo bajo la exterior. ¿Había obtenido una visión retorcida de la mortandad? La salud mental era más fácil cuando uno se enfrentaba al aquí y al ahora, con la presencia física de la realidad, con su dura insistencia. Aquella pincelada de extrañeza arañaba su autocontrol.

Si la conciencia no era más que una chispa, condenada a extinguirse, a desvanecerse en el olvido, entonces ¿qué valor tenía todo el esfuerzo? Conservaba en él los nombres de incontables dioses muertos. Él solo los mantenía vivos, o por lo menos lo más cercanos a la vida que era posible para tales entidades. ¿Con qué fin?

Decidió que tenía mucho que envidiar a su hermano. Nadie se deleitaba más que él en la bendita absurdidad de las tareas humanas. ¿Existía acaso una respuesta más adecuada para la desesperanza?

De las legiones que lo acompañaban las había reestructurado todas excepto una, la Harridicta, y había perdonado aquella brigada por petición de los soldados malazanos que colaboraban con ellos. Al eliminar al antiguo batallón y la organización de la brigada, había creado cinco legiones distintas, cuatro de ellas consistían en dos mil soldados y elementos de apoyo. La quinta legión componía el grueso de la caravana de suministros, así como el hospital móvil, el ganado, arrieros y personal variado, incluyendo quinientas tropas a caballo que empleaban los nuevos estribos y que cada vez ganaban más habilidad bajo el tutelaje de los malazanos.

Cada una de las legiones combatientes, incluyendo la Harridicta, ahora tenían su propia cocina, herrería, armero, exploradores y mensajeros a caballo, así como armas pesadas de asalto. Más que nunca, existía una gran confianza en los comandantes de la legión y su personal. Brys quería competencia y autoconfianza, y había seleccionado a los oficiales basándose en estas cualidades. La desventaja de dichas personalidades era evidente en cada sesión informativa, cuando los egos chocaban. Una vez en marcha, creía Brys, las rivalidades inherentes cambiarían de beligerancia interna hacia una competición con el ejército extranjero que marchaba en su flanco, y aquello era una mejora. Los letherii tenían algo que demostrar, y, si no demostrar, reinventar. Los malazanos los habían dejado destrozados tras la invasión.

Durante demasiado tiempo, el ejército letherii se había enfrentado a enemigos menos sofisticados. Incluso los tiste edur entraban en este rango, dado su acercamiento bárbaro y desestructurado para el combate. Las pocas batallas contra las legiones bolkando, hacía una década, habían demostrado ser indecisas y sangrientas, pero aquellas lecciones potenciales se habían ignorado.

Pocas fuerzas militares eran por naturaleza introspectivas. El conservacionismo estaba ligado a la tradición, como los nudos de una soga. Brys buscaba algo nuevo en su ejército. Maleable, que se adaptara rápido, que no tuviera miedo al desafiar el modo anticuado de hacer las cosas. Al mismo tiempo comprendía el valor de la tradición, y la estructura de la legión era de hecho una vuelta a la historia del Primer Imperio.

Entrecerró las manos, observó la sangre abandonar los nudillos.

Esta no sería una marcha simple y libre de complicaciones.

Miraba a sus soldados y veía la muerte en sus caras. ¿Profecía o legado? Ojalá lo supiera.

Reliko observó a los de infantería pesada falari, Miratrás, Bajío y Sacaprimero, todos estaban cerrando ya sus bolsas de equipo cerca del carro de la sexta escuadra, se acercó a ellos.

—Escuchad —dijo. Tres rostros oscuros se alzaron para mirarlo, y no tuvieron que levantarlas demasiado, aunque estaban arrodillados—. Es esto. Ese de la pesada, Narizcorta, ya sabéis, el tipo al que le falta media nariz. Estaba casado con Hanno, que murió.

Los tres primos intercambiaron miradas contrariadas. Sacaprimero se encogió de hombros, se enjugó el sudor de la frente y dijo:

—Él, sí. Últimamente seguía a Destello de Ingenio…

—Es la mujer más grande que he visto en mi vida —repuso Bajío, y se lamió los labios.

Miratrás asintió.

—Son sus ojos verdes…

—No lo son, mirón —replicó Bajío—. Es todo lo demás que tiene bien grande.

Sacaprimero resopló.

—Si te gustan grandes, mírame a mí, Bajío. Mejor pensado, no lo hagas. Te conozco demasiado bien, ¿a que sí?

Reliko puso mala cara.

—Hablaba de Narizcorta, ¿te acuerdas? Da igual, creo recordar que solo tenía una oreja cuando se metió en aquella pelea y le arrancaron la otra de un mordisco.

—Sí —dijo Sacaprimero—. ¿Y qué?

—¿Le has visto últimamente? Todavía tiene una oreja. ¿Qué pasó entonces? ¿Ha crecido?

Los tres soldados no dijeron nada, las expresiones mudas. Tras unos instantes volvieron a seguir preparando los equipos.

Reliko murmuró en voz baja cuando salió a grandes pasos. Este ejército tenía secretos, vaya que sí. Narizcorta y su puta oreja. Nefarias Bredd y su pie gigantesco. El mago de escuadra y sus ratas de mascota. Inmenso Vacío que no tenía ni un gramo de cerebro pero podía pelear como un demonio. El teniente Poros y su malvado y ahora ya muerto gemelo. El calvo Generoso y su colección de peines, de hecho, Reliko decidió mientras volvía a su escuadra, que todo el mundo allí, excepto él y su sargento, estaban chalados.

Era algo que nadie fuera del ejército entendía. Veían uniformes y armas, yelmos y visores, y todos marchaban al unísono. Y si llegaban a conocer la verdad, se asustarían todavía más. Huirían despavoridos.

—Ee cace pahí, Erlko.

—Que te calles, Nep. ¿Dónde está Badan?

—Nota paquí, ¡caqita blinda!

—Ya me he fijado en eso. Lo que quiero saber es adónde ha ido.

El rostro arrugado del mago se frunció todavía más en una expresión indescriptible.

—Pahí, besil.

—¡Fruncido! ¿Has visto al sargento?

La cabo de escuadra estaba apoyada contra la rueda de un carro, un porro de aquella yerbalmagre metida entre los gruesos labios, el humo emergía de todos los orificios, incluso de las orejas.

—¡Posi no pueve na con tose jumo! —ladró Nep Surco.

Sin quererlo, Reliko soltó una risotada.

—Desde luego, Nep. Fruncido, ¿tienes algo en contra del aire?

Ella levantó una mano lánguida y se sacó aquella cosa de la boca.

—Idiota. Esto mantiene esa mierda de mosquitos a raya.

—Oye, bien pensado. ¿Dónde puedo conseguir un poco?

—He traído como mil. Pero te aviso, Reliko, te pondrán verde los primeros días. Pero en nada comenzarás a sudarlo por los poros y ni un solo bicho querrá picarte.

—Ugh. Bueno, ¿dónde está Badan?

—Charlando con otros sargentos, Violín y el resto. —Fruncido inhaló otra vez, y añadió—: Creo que Badan ha decidido que nos quedaremos cerca de ellos. En otras ocasiones nos ha ido bien.

—Supongo. —Pero a Reliko no le gustaba la idea. Aquellas escuadras eran como piedras resbaladizas con un foso de problemas debajo—. ¿Qué dice Sinter sobre el tema?

—Parece que le da igual, supongo.

—Oye, ¿dónde están nuestros reclutas inútiles?

—Un letherii vino y se los llevó.

—¿Quién ha dicho que podía hacer eso?

Fruncido hizo un ademán con la mano.

—No pregunté.

Reliko se rascó la nuca. No tenía mucho donde rascar, ya que no tenía mucho cuello, pero le gustaba frotárselo, sobre todo por encima de los callos que se habían formado allí donde terminaba el yelmo. Vio las botas de Roce sobresalir por debajo del carro, y se preguntó si estaba muerta.

—Voy a por Inmenso. La escuadra debería estar lista para cuando llegue Badan.

—Sí, buena idea —respondió Fruncido.

—Eres el cabo más vago que he conocido en toda mi vida.

—Privilegios del rango —contestó ella con el cigarrillo en la boca.

—No durarás ni un día de marcha —repuso Reliko—. Estás más gorda que la última vez que te vi.

—No. De hecho, estoy perdiendo peso. Puedo sentirlo.

—¿Puo lludar?

—Ni se te ocurra, Nep, sapo de los cojones —ladró Fruncido.

Reliko se marchó a buscar a Inmenso Vacío. Él y Badan y ya. El resto… ni de lejos.

Violín quitó el tapón de la jarra y sirvió a los demás. Gesler atrapó a una lagartija por la cola y esta le mordió el pulgar. Bálsamo estaba sentado con las piernas cruzadas, miraba con intensidad al lagarto. Cuerda estaba de pie apoyado en un arbolillo, algo de lo que se iba a arrepentir en breve ya que este empezó a combarse, pero estaba tan ocupado en mantener una postura interesante que nadie pareció interesarse en avisarle. Thom Tissy había traído los cuartos traseros de un animal desconocido salteado y lo estaba despiezando. Hellian tenía la mirada fija en la jarra de Violín y Urb hacía lo mismo con Hellian. Los tres restantes, los dos dalhonesios del sur, Badan Gruk y Sinter,

y Remilgo, mostraban sus viejas lealtades al estar sentados juntos en un antiguo tocón desde donde observaban al resto.

Violín quería por lo menos a cinco sargentos más pero encontrar a alguien en el remolino de caos que era el campamento a punto de emprender la marcha era imposible. Alzó la jarra.

—Tazas listas, todos —y se dispuso a servir—. Tú solo tienes media, Hellian —dijo cuando estuvo frente a ella—¸ ya que veo que vas bien puesta.

—¿Puesta de qué? Llénala y no seas tacaño.

Violín vertió el líquido.

—¿Sabes?, no estás tratando el regalo de Pico con demasiado respeto.

—¿Qué regalo? Nunca me dio nada excepto pelo blanco, y gracias a los dioses que está muerto.

Cuando llenó el resto de tazas volvió al tocón medio podrido y se sentó. A cincuenta pasos en dirección opuesta estaba el río, el aire que flotaba encima estaba repleto de golondrinas. Tras un instante bajó la mirada y observó a los soldados reunidos alrededor del fuego.

—Vale —dijo—, este es el tipo de reunión que los sargentos solían hacer cuando existían los Abrasapuentes. Era una tradición útil y estoy pensando que quizás es el momento de traerla de vuelta. La próxima vez traeremos al resto de los sargentos.

—¿Qué finalidad tiene? —preguntó Sinter.

—Cada escuadra tiene sus propias habilidades, necesitamos saber qué pueden hacer los demás, y cómo de dispuestos están a ello. Lo arreglamos entre nosotros y esperamos que no haya ninguna sorpresa fatal en las escaramuzas.

Tras un momento, Sinter asintió.

—Tiene sentido.

Cuerda preguntó:

—¿Esperas que nos encontremos con problemas pronto, Vin? ¿Es lo que te dijo la baraja? ¿Este problema tiene rostro?

—No lo dice —contestó Gesler—. Pero creo que es seguro afirmar que lo sabremos en cuanto lo veamos.

—Bolkando —sugirió Badan Gruk—. Es el rumor, vaya.

Violín asintió.

—Sí, puede que tengamos uno o dos encontronazos con ellos, a menos que los lágrimas quemadas y los perecederos les bajen los humos antes. Los saphii parecen ser los únicos contentos de que les visitemos.

—Está bastante aislado, rodeado de sierras —añadió Cuerda, y se cruzó de brazos—. Es probable que tengan ganas de ver caras nuevas, incluso unas tan feas como las nuestras.

—La cosa es que, no sé si vamos a Saphinand —señaló Violín—. Por lo mapas que he visto está muy al norte de la ruta obvia a través de las Tierras Yermas.

Cuerda gruñó.

—Cruzar cualquier lugar llamado Tierras Yermas me parece una idea pésima. ¿Qué hay en este Kolanse? ¿Qué motiva a la consejera? ¿Nos dirigimos a una nueva guerra causada por un insulto hacia el Imperio de Malaz? ¿Por qué no se lo dejamos a Laseen? Tampoco es que le debamos una mierda a la emperatriz.

Violín suspiró.

—No estoy aquí para cuestionar los motivos de la consejera, Cuerda. La especulación es inútil. Somos su ejército. Adónde ella nos guía, nosotros la seguimos…

—¿Por qué? —ladró Sinter—. Escucha. Yo y mi hermana casi nos morimos de hambre en una celda letherii esperando la ejecución. Puede que el resto de vosotros creáis que mereció la pena matar a esos tiste edur y a su emperador

loco, pero muchos marines cayeron y el resto de nosotros tenemos suerte de seguir aquí. De no haber sido por Pico todos estaríais muertos, pero él ya no está. Igual que Peccado. Tenemos un mago supremo y ya está, ¿y cómo de bueno es? Violín, ¿puede Ben el Rápido lograr lo que hizo Pico?

Violín se desabrochó el yelmo y se lo quitó. Se rascó la mata de pelo sudado.

—Ben el Rápido no funciona así. Solía actuar más por su cuenta, pero Seto me dice que ha sido distinto últimamente, quizá desde Coral Negro…

—Pues genial —interrumpió Cuerda—, donde los Abrasapuentes fueron diezmados.

—No fue su culpa. De todos modos, todos hemos visto lo que es capaz de hacer contra magos edur allí en la costa de Siete Ciudades. Los hizo retroceder. Y entonces, en Letheras, persiguió a un dragón…

—Seguro que los malditos que tiene metidos en la nariz ayudaron —murmuró Cuerda.

Gesler gruñó una risa ronca.

—Bueno, Vin, no somos sargentos Abrasapuentes, eso es más que obvio. ¿Puedes imaginar a Whiskeyjack, a Brackle, a Rapiña y al resto quejándose sobre todo como tú cuando has venido? No puedo ni les conoceré jamás.

Violín se encogió de hombros.

—No era sargento entonces, por lo que no puedo asegurarlo. Pero algo me dice que se quejaban bastante. No os olvidéis que desde Perronegro hasta Darujhistan alguien en el imperio los quería muertos. Quizá no tenían mucho de qué quejarse sobre Dujek Unbrazo, pero al mismo tiempo no es que supieran demasiado bien las intenciones de su puño supremo, no era asunto suyo.

—¿Incluso cuando ese asunto mata soldados? —preguntó Sinter.

La risa de Violín fue ronca y afilada.

—Si esa no es la preocupación de un comandante, ¿de quién si no? Sinter, la consejera no es nuestra madre, por el Embozado. Es la voluntad tras el puño, y nosotros somos el puño. Y a veces terminamos ensangrentados, pero es algo que acompaña a golpear al enemigo en toda la cara.

—Son todos esos dientes —añadió Gesler—, ya debería saberlo.

Pero Sinter no estaba dispuesta a cambiar de tema.

—Si sabemos en lo que nos vamos a meter, tenemos más posibilidades de sobrevivir.

Violín se levantó, con la mano derecha arrojó el casco al suelo, donde rebotó y rodó hasta las cenizas de la hoguera.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Todo esto no va de sobrevivir!

Escupió aquellas palabras como el esputo de un hombre moribundo, y los demás sargentos se retiraron un paso. Incluso Gesler abrió mucho los ojos. La lagartija aprovechó aquel instante para escurrirse y huir.

En el silencio de asombro Violín resopló y se rascó la barba, sin ganas de cruzarse con la mirada de nadie. *Por el aliento del Embozado, Vin, eres un puto imbécil. Has dejado que te pille. Esa mirada en sus ojos, no es una soldado natural, en nombre de Fener, ¿qué hace aquí? ¿Y cuántas más como ella hay en este ejército*?

—Vaya —dijo Cuerda, en un tono de voz neutro—, debió de ser una lectura que ni el embozado echaría meada.

Violín forzó un suspiró rasgado.

—No meada, Cuerda, ni siquiera echaría gota.

Y entonces Sinter los sorprendió a todos.

—Me alegro de que esté aclarado. Ahora vamos a discutir cómo vamos a montárnoslo para ser el puño más cabrón de la consejera.

Estirado tras unos matojos, Rebanagaznates trató de tragar. Tenía la boca y la garganta tan secas y calientes que pensó que había tosido llamas. Se maldijo por ser tan entrometido. Había espiado para alimentar su curiosidad y, tuvo que admitir, conseguir ventaja sobre sus camaradas, un motivo para aquella expresión taimada y la sonrisa sardónica y astuta, y un hombre como él no quedaba satisfecho con hacerlo solo para dar la nota.

Bueno, ahora lo sabía.

A Violín lo tienen bien pillado. Afirma que no conoce las intenciones de la consejera pero acaba de demostrarles que mentía. Lo sabe y no quiere contárselo. Sí, no lo cuenta pero acaba de decirlo. ¿Quién necesita detalles cuando todos vamos a terminar como un festín de cuervos?

Quizás había tosido llamas, sí, o había expulsado una nube de cenizas. Necesitaba hablar con Oloramuerto, y él tenía que encontrar al otro espolón escondido entre los marines. Habría marcas, de vez en cuando, modos para contactar que solo un espolón reconocería. Él mismo había dejado unas cuantas, pero parecía que orbitaban el uno con el otro, y eso le parecía bien, hasta ahora. *Si nos dirigimos hacia la puerta gris del Embozado, quiero aliados. Oloramuerto desde luego. Y quien sea que resulte ser mi danzarín oculto*.

Los sargentos hablaban con conversaciones cruzadas, calmados como si Violín no los acabara de sentenciar a todos, y Rebanagaznates no prestaba demasiada atención hasta que escuchó su nombre.

—Puede vigilar nuestras espaldas si lo necesitamos —decía Bálsamo, sin una gota de confusión en su tono.

—No creo que se dé el caso —respondió Violín—. Cuando dije lo de la traición no me refería a nuestras filas.

¿Traición? ¿Qué traición? Dioses, ¿qué me he perdido?

—¿Nuestros aliados? —preguntó Cuerda—. No me lo creo, no de los perecederos y de los lágrimas quemadas. ¿Quién más queda?

—Los letherii —respondió Sinter—. Nuestra escolta sobredimensionada.

—No puedo ser más específico —dijo Violín—. Tan solo aseguraos de estar alerta. Badan Gruk, ¿de qué es capaz tu mago?

—¿Nep Surco? Bueno, es un brujo de monte. Es bueno con las maldiciones. —Se encogió de hombros—. No he visto mucho más, aunque una vez invocó una asquerosa bola de arañas y se la tiró a Roce. Parecían reales y mordían con la suficiente fuerza como para que Roce chillara.

—Podía haber sido una ilusión de todos modos —replicó Sinter—. A veces, las maldiciones dalhonesias se parecen a las Mockra. Así es como se escurren en los pensamientos de sus víctimas.

—Pareces saber cosas sobre el tema —observó Gesler.

—No soy una maga —replicó ella—. Pero puedo oler la magia.

—¿Quién es nuestro luchador más peligroso con armas de filo? —preguntó Cuerda.

—Muertecalavera —contestaron Sinter y Badan Gruk al unísono.

Violín gruñó y asintió.

—Koryk y Sonrisas estarían de acuerdo con vosotros. Quizás algo dubitativo por parte de Koryk, pero eso es porque está celoso.

Hellian soltó una risotada.

—Malegro que se le dé bien algo. —Dio un sorbo a la taza y se enjugó los labios.

Cuando resultó obvio que no iba a desarrollar más, Violín continuó.

—Podemos impulsar una sólida línea de pesados si lo necesitamos en un momento dado. Aunque no nos faltan zapadores, sí que andamos escasos de munición, pero no hay nada que podamos hacer. Aunque son buenos con el trabajo nocturno. Pueden usar las armas pesadas que nos dieron los letherii.

La discusión continuó, pero Rebanagaznates se distrajo por el ruido de algo que se escurría tras él. Desvió la mirada y se encontró cara a cara con una rata.

Una de las de Botella. Esa sabandija.

Pero de eso se trata, ¿no? Violín no lo ha nombrado. Lo retiene. Qué interesante.

Enseñó los dientes a la rata.

Esta le devolvió el favor.

Cabalgaba por el camino erosionado que llevaba al campamento de los Cazahuesos. Ruthan Gudd vio a otros cinco capitanes, todos a caballo, dirigiéndose hacia un risco entre los contingentes malazanos y letherii. Sonrió y dirigió su caballo hacia ellos. Los jaleos de aquel estilo siempre le deprimían. Los capitanes siempre estaban encajonados entre los dos extremos, no estaban informados de lo que sabían los puños y eran despreciados por los súbditos. Los tenientes solían ser o unos traidores o unos lamebotas. La única excepción que conocía era Poros. Generoso tenía suerte al contar con un rival así, alguien con quien calibrar su astucia, alguien con la suficiente malicia en la cabeza como para mantener a su capitán entretenido. El propio teniente de Ruthan era una rolliza mujer napaniana llamaba Raband, que podía ser al mismo tiempo incompetente o una asesina en potencia. Había perdido a sus otros dos en Y’Ghatan.

Los otros habían detenido las monturas y observaban a Ruthan acercarse, un conjunto de expresiones que mostraban disgusto. Generoso estaba al cargo al ser el más veterano. Por debajo estaba una kanesiana de cabello moreno, Skanarow, una mujer cuarentona, inusualmente alta y de extremidades larguiruchas incluso para una kanesiana. Con toda probabilidad provenía de la gente del sur, que había sido una tribu bastante conocida. Sus rasgos eran duros, cubiertos de cicatrices, como si de pequeña hubiera sido criada por gatos salvajes.

Junto a ella estaba Faradan Sort, que había servido por todas partes e incluso puede que hubiera estado en la Muralla de las Tormentas. Ruthan, que sabía más que nadie sobre aquello, sospechaba que era cierto. Ella se mostraba como alguien que había conocido lo peor y no quería estar ahí de nuevo. Pero había experiencias que una persona no podía dejar atrás, que jamás podría olvidar. Además, Ruthan había visto las marcas en la espada de Sort, y aquel tipo de daños solo ocurría tras el contacto con la magia.

Ruthan estaba después, seguido de dos que habían ascendido allí mismo, un hengiano llamado Rápido que aspiraba a vestir la capa de puño, y un hurón isleño llamado Incluso Ron, al que habían echado de los marines después de que los soldados le pusieran en la lista negra, por motivos que nadie conocía excepto ellos. A pesar de su trasfondo, Incluso podía cabalgar como un puto wickano, y por eso ahora era el comandante de los lanceros ligeros.

—Muy considerado por tu parte aparecer —dijo Generoso.

—Gracias, capitán —contestó Ruthan. Se pasó los dedos por la barba mientras contemplaba el caos del campamento malazano—. Tendremos suerte de poder levantarlo mañana.

—Mi compañía está lista —dijo Rápido.

—Quizá la última vez que los viste —exclamó Skanarow con una sonrisa tensa—. Quizás ahora estén repartidos en

una docena de tiendas de prostitutas.

La contrita cara de Rápido se contrajo.

—Sentados y a esperar, fue mi orden, y eso es lo que están haciendo. Mis tenientes se aseguran de ello.

—Si valen la pena lo dudo —replicó Skanarow—. Han estado viendo a los soldados aburrirse, han escuchado las disputas empeorar, y quizás han participado en algunas. Si tienen un poquito de inteligencia, los habrán dejado marchar.

—Lo que Skanarow quiere decir, capitán Rápido —dijo Faradan Sort—, es esto: no vale la pena preparar a las escuadras demasiado pronto. Harías bien en tener en cuenta los consejos de los más veteranos.

Rápido retuvo una contestación, y logró asentir con rigidez.

Ruthan Gudd se revolvió en la silla para observar las legiones letherii. Los cabronazos estaban bien organizados, aquello quedaba claro. Brys Beddict los tenía en formación y a la espera de los malazanos, pacientes como las ancianas que esperan a que mueran sus maridos.

Generoso rompió el silencio:

—Skanarow, Rápido, tú y el resto de los oficiales al mando del puño Blistig debéis estar viendo de primera mano el problema al que nos enfrentamos. Al puño Keneb lo llevan de aquí para allá cuando debería estar preocupándose de sus propias compañías y nada más. Está ocupándose de la logística de las compañías de Blistig y estamos sufriendo las consecuencias.

—Blistig no ha prendido fuegos estos días —dijo Skanarow.

—¿Puedes ocuparte de esto?

Ella parpadeó.

—El único motivo por el que soy capitana, Generoso, es porque sé liderar soldados en la batalla y sé qué hacer

cuando están ahí. No tengo cabeza para temas de organización. —Se encogió de hombros—. Tengo un par de tenientes decentes que mantienen las filas contabilizadas y que nadie tenga ni una sola bota agujereada antes de la marcha. Sin ellos sería tan mala como Blistig.

—La logística no es un problema para mí —opinó Rápido.

Nadie respondió.

Generoso arqueó la espalda y entrecerró los ojos.

—Se decía, cuando lideraba la guarnición de Aren, que Blistig era un oficial competente y astuto.

—Presenció la matanza del séptimo y después el ejército de Pormqual lo venció —dijo Faradan Sort—. Me sorprende que la consejera no se haya fijado en eso.

—Algo en lo que podemos ponernos manos a la obra —dijo Generoso—, es en cómo ayudar a Keneb. Necesitamos al mejor puño que tenemos, capitanes, más despejado y para nada abrumado.

—No podemos hacer nada sin los sargentos de escuadra —dijo Faradan Sort—. Sugiero que pongamos al tanto a nuestros suboficiales.

—Arriesgado —dijo Generoso.

Ruthan gruñó, una respuesta inintencionada que atrajo atención no deseada.

—¿Podrías explicar qué significa eso? —preguntó Generoso con voz rasgada.

Él se encogió de hombros.

—Quizás es muy adecuado que como oficiales pensemos que somos los únicos capaces de ver cómo un alto mando está cayendo. —Miró a Generoso a los ojos—. Los sargentos ven mucho mejor que nosotros. Meterlos no es sacrificar nada y quizá los alivie, ya que verán que no somos un puñado de imbéciles, algo que seguro que piensan a estas alturas. —Tras decir lo que tenía que decir, volvió a quedarse mudo.

—«El que habla poco, dice mucho» —recitó Faradan Sort, supuestamente citando a alguien.

Generoso cogió las riendas.

—Decidido pues. Implicad a los sargentos. Que preparen a las escuadras. Solo el Embozado sabe qué estará pensando Brys en este momento, pero pongo las manos en el fuego a que no es halagüeño.

Mientras Generoso y el resto se alejaron al trote, Skanarow puso su montura frente a la de Ruthan, obligándolo a detenerse. Él la miró con los ojos entrecerrados.

Ella le sorprendió con una sonrisa que transformó su tez.

—Los ancianos entre mi gente dicen que a veces encuentras a una persona con el rugido de una borrasca marítima en su mirada, y esos, dicen, han nadado en las aguas más profundas. En ti, Ruthan Gudd, y ahora entiendo qué querían decir. Pero en ti no veo borrasca. Veo un tifón.

Él apartó la mirada, se pasó los dedos por la barba.

—Un pequeño hechizo de gas, Skanarow.

Ella ladró una risa.

—Tú mismo, pues. Evita las verduras crudas, capitán.

Él la observó marcharse. *Pescadores. Tú, Skanarow, con tu maravillosa sonrisa, es a quien debo evitar. Qué lástima*.

Melena Gris, siempre dijiste que entre ambos yo era el que tenía suerte. Te equivocabas, y si tu fantasma responde a su nombre, evita el eco de la risa.

Se detuvo, pero todo lo que pudo escuchar fue el viento, y no había humor alguno en aquel ruido.

—Adelante, caballo.

Koryk estaba hecho un desastre, temblaba y tenía la mirada enloquecida. Tambaleó de vuelta al campamento. Chapapote frunció el ceño.

—Me recuerdas a un patético drogadicto de d’bayang, soldado.

—Si la paranoia viene junto a los temblores —dijo Sepia —, es probable que justo sea eso. Siéntate, Koryk. Hay sitio en el carro para ti mañana.

—Estaba enfermo —dijo Koryk con un débil gruñido—. He visto adictos al d’bayang en los fuertes comerciales y no me gusta la comparación. Hice una promesa, hace mucho, de no ser jamás así de estúpido. Estaba enfermo y ya. Dadme unos días y estaré de nuevo en pie con el puño estampado en aquel que mencione de nuevo el d’bayang.

—Mejor —repuso Sonrisas—. Bienvenido.

Corabb emergió de una tienda con el cinto de las armas de Koryk.

—He afilado y aceitado tu espada, Koryk. Pero parece que necesitas otro broche en el cinto. Tienes que engordar un poco.

—Gracias, madre, pero no te saques una teta, ¿vale? —Se sentó en una vieja caja de municiones y clavó la mirada en el fuego. Chapapote supuso que la caminata había dejado exhausto al hombre. Era un mal augurio para el resto de los soldados que acabarían igual. El agua había funcionado, pero las víctimas que se recuperaban estaban destrozadas, con una mirada oscurecida.

—¿Dónde está Violín? —preguntó Koryk.

Botella se estiró, con la cabeza apoyada en un saco y una tela sobre los ojos. Parpadeó ante la luz del atardecer y dijo:

—Vin ha estado enumerando todos nuestros fallos. Otro de esos encuentros secretos con todos los sargentos.

Chapapote gruñó.

—Estupendo saber que era secreto.

—No tenemos fallos —dijo Sonrisas—. Excepto tú, cabo. Oye, Botella, ¿de qué más han hablado?

—De nada.

Aquello atrajo la atención de todos. Incluso Corabb levantó la mirada del nuevo agujero que hacía en el grueso cinturón de cuero. Se había clavado el espolón en la palma de la mano derecha pero no parecía haberse dado cuenta.

—El Embozado sabe que eres un mentiroso horrible —dijo Sepia.

—Violín espera un enfrentamiento, y quizá pronto. Está preparando las escuadras. ¿Vale? Dicho. Que os aproveche.

—¿Cómo de serio se lo está tomando? —preguntó el zapador, los ojos dos pequeños cortes.

Botella parecía listo para escupir algo repugnante.

—Muy en serio.

—Mierda —dijo Koryk—. Mírame. Mierda.

—Mañana te acuestas en la cama del carro y quizá también el próximo día —dijo Chapapote—. Y luego un par de hechizos durante unos días. Tenemos ese tiempo al menos hasta que lleguemos a territorio hostil. Y come, Koryk. Mucho.

—Au —dijo Corabb, y levantó la mano con el punzón colgando de la mano.

—Sácalo, a ver si sangras —exclamó Sonrisas—. Si es que no, ve corriendo a ver a un sanador. —Vio que los demás la miraban y frunció el ceño—. Anzuelos. Los… pescadores solían trabajar para mi familia. Bueno, he visto que se ponen fatal, nada más. Las punzadas que no sangran, quiero decir. Ah, idos a la mierda.

—Voy a dar un paseo —informó Botella.

Chapapote observó al mago alejarse, y después se encontró con la mirada de Sepia. *Sí, pinta mal*.

Corabb sacó el punzón y se las apañó para sacarse unas gotas de sangre. Le dedicó a Sonrisas una sonrisa triunfante y volvió a seguir trabajando en el cinturón.

Botella deambuló por el campamento, evitaba las masas de gente desorganizadas que asaltaban el cuartel general, la armería, los talleres de cuero, y un grupito más de áreas repletas con especialistas miserables sobrecargados de trabajo. Incluso fuera de las tiendas de las prostitutas los soldados se metían en riñas. *Dioses, ¿dónde están todos los oficiales? Necesitamos policía militar. Esto es lo que pasa cuando no hay vigilancia imperial, ni Garras, ni consejeras o comisarios*.

Consejera, ¿por qué no estás haciendo nada al respecto? Espera, Botella, este no es tu problema. Tú tienes otros asuntos de los que preocuparte. Se descubrió en el centro de un camino, con una mano hundida en el cabello. Una tormenta de imágenes inundó su cabeza. Todas sus ratas habían salido, escondidas en lugares estratégicos, pero la que estaba en la tienda de mando de Tavore estaba siendo asediada por algo de arpillera. ¡La habían metido en un saco! ¡Tú! ¡Pequeño Koryk! ¡Presta atención! Comienza a mordisquear como si tu vida dependiera de ello, porque quizás así es, ¡sal de ese saco!

—Eh, tú. Estás en la escuadra de Violín, ¿no?

Botella parpadeó y fijó la mirada en el hombre frente a él.

—Seto. ¿Qué quieres?

El hombre sonrió y dado el obstinado brillo en los ojos de un gris lodo parecía más una expresión de miedo.

—Ben el Rápido me ha pedido que te encuentre.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Qué quiere?

—No es que fuera muy específico, pero tú eres Botella, ¿no?

—Mira, estoy ocupado…

Seto levantó un saquito.

—Esto es para ti.

—¡Cabronazo! —Botella recuperó el saco. Dio un vistazo rápido al interior. *Oh, para de mordisquear, Koryk. Relájate*.

—Se movía —dijo Seto.

—¿Qué?

—El saco. ¿Hay algo vivo ahí dentro? Daba saltitos en mi mano. —Gruñó cuando alguien chocó contra él.

Un soldado regular cubierto de armadura, tan grande como un oso, cruzó a paso atronador.

—¡Mira por dónde vas, pedazo de buey!

Ante el rugido de Seto, el hombre dio media vuelta. El amplio y chato rostro tenía un tono como el de la remolacha. Volvió con pasos pesados, con los labios retorcidos.

Al ver que el grandullón cerraba las manos en puños, Botella retrocedió alarmado.

Seto simplemente soltó una risotada.

La remolacha parecía lista para estallar.

Cuando el primer puño comenzó a volar, Seto lo esquivó por debajo y se aproximó al hombretón. Las manos del zapador se enredaron en las piernas, apretaron y levantaron.

Con un aullido penetrante, el soldado se dobló.

Seto llevó la rodilla contra la mandíbula, levantándole la cabeza hacia atrás. Entonces dirigió un codo hacia la mejilla, quebrándola con un chasquido audible.

El grandullón se derrumbó. Seto estaba de pie justo encima.

—Has ido a por el último Abrasapuentes vivo. Supongo que no volverás a hacerlo, ¿eh? —Seto devolvió su atención a Botella y sonrió—. Ben el Rápido quiere hablar contigo. Sígueme.

Tras unos cuantos pasos, Botella dijo:

—No lo eres, ¿sabes?

—¿No soy qué?

—El último Abrasapuentes vivo. Están Violín y Ben el Rápido, e incluso he escuchado rumores de varios

supervivientes de Coral Negro escondidos en Darujhistan…

—Todos retirados o en otros asuntos. Vin dijo que yo debería hacer lo mismo y he pensado en ello, de verdad. Un nuevo comienzo y todo eso. —Se recolocó el casco de cuero —. Pero entonces pensé, ¿para qué? ¿Qué tiene de bueno comenzar de nuevo? Todo ese terreno que cubriste la primera vez, ¿para qué hacerlo una segunda, no? No… —y palmeó el sello de Abrasapuentes cosido a la capa raída—. Esto es lo que soy, y todavía significa algo.

—Espero que el regular de ahí atrás esté de acuerdo contigo.

—Sí, un buen comienzo. E incluso mejor, tuve una charla con el teniente Poros, y me va a poner al mando de una escuadra de nuevos reclutas. Los Abrasapuentes no están para nada muertos. Me encontré con un alquimista letherii, para ver si podemos conseguir algo para reemplazar las municiones moranthianas. Tienes una pólvora alucinante, que voy a llamar Azul. La mezclas y la metes en una pelota de arcilla que tienes que sellar. Tras un día y medio la mezcla está lista.

Botella no estaba demasiado interesado, pero preguntó de todos modos.

—Quema bien, ¿no?

—No quema nada. Es lo bonito de Azul, amigo mío. —Seto soltó una carcajada—. Ni un asomo de llama, ni un suspiro de humo. También estamos trabajando en otros. Devoradores, deslizadores, hábiles. Y dispongo de dos armas de asalto, una arbalesta local y un onagro. Estamos metiendo pelotas de arcilla en los virotes. Y también he conseguido una nueva lanzadera. —Casi daba saltitos de emoción mientras conducía a Botella por el campamento—. Mi primera escuadra va a estar compuesta por completo de zapadores junto con cualquier otro talento que tengan. Estaba pensando, imagina todo un ejército de

Abrasapuentes, no sé, cinco mil, todos entrenados como marines, claro. Con infantería pesada, magos, pícaros y sanadores, pero todos ellos entrenados como zapadores, como ingenieros, ¿sabes?

—Suena aterrador.

—¿A que sí? Ahí. —Señaló—. Esa tienda. Ben está ahí. O dijo que lo estaría, cuando volviera de la tienda de mando. Da igual, tengo que ir a reunir a mi escuadra.

Seto se alejó.

Botella trató de imaginar cinco mil Setos, con el Seto real al cargo. *Por el aliento del Embozado, querría un continente entre ellos y yo. Quizá dos.* Aguantó un escalofrío, y se dirigió a la tienda.

—¿Ben? ¿Estás ahí?

La cortina de la entrada onduló.

Botella frunció el ceño, se agachó y entró.

—Deja de espiarnos a la consejera y a mí —repuso el hechicero. Estaba sentado al otro extremo con las piernas cruzadas. Frente a él, amontonadas en el centro de la tienda había una pila de algo parecido a muñecas para niños.

Botella se sentó.

—¿Puedo jugar?

—Gracioso. Hazme caso, no quieres jugar con estas cosas.

—Bueno, no sé. Mi abuela…

—Estoy atando hilos, Botella. ¿Quieres enredarte en estos?

Botella se echó para atrás.

—Uf, no, gracias.

Ben el Rápido mostró los dientes blancos en una sonrisa feroz.

—El misterio es, hay por lo menos tres ahí dentro que no puedo identificar. Una mujer, una niña y un cabronazo barbudo que parece estar tan cerca que podría escupirle.

—¿A quién están ligados?

El hechicero asintió.

—Tu abuela te enseñó demasiado, Botella. Ya le dije a Violín que te tratara como nuestra taba en la manga. Sí, he tratado de solucionarlo, pero la madeja todavía es un desastre, como puedes ver.

—Lo presionas demasiado —observó Botella—. Deja que se suelten solos.

—Quizá.

—¿Qué tenéis la consejera y tú que sea tan secreto? Si de verdad soy vuestra taba en la manga, necesito saber esas cosas, para saber qué hacer cuando llegue el momento.

—Quizás es ella —murmuró Ben el Rápido—, o mejor dicho, T'amber. Me han descubierto, Botella. Se han acercado mucho más que nadie antes, y eso incluye a Whiskeyjack. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. Quizá Kallor. Quizá Rake. Sí, Rake podría ser capaz de ver con suficiente claridad. ¿Es extraño pues que evitara su presencia? Bueno, Gothos, claro, pero…

—Mago supremo —interrumpió Botella—, ¿qué es lo que pretendes?

Ben el Rápido se sorprendió, y lo miró con intensidad.

—Me he distraído, perdona. No necesitas espiarla. Lostara vio la rata y casi la parte por la mitad. Logré intervenir, me inventé una historia sobre usarla para un augurio. Si algo vital surge, te lo haré saber.

—Un susurro en mi calavera.

—Nos dirigimos a un laberinto, Botella. La consejera envejece ante mis ojos, mientras intenta descubrir un modo para cruzar las Tierras Yermas. ¿Has intentado surcar algún alma en esto? Es un enredo de energías poderosas, puntos ciegos gigantescos, suelos santificados, agujeros de maldiciones, pozos de sangre, coladeros de piel. Lo intento pero al instante me echo para atrás, listo para escupir, el sabor de la sangre en la boca.

—El espectro de una puerta —repuso Botella.

Los ojos de Ben el Rápido brillaron en la penumbra.

—Un área de influencia, sí, pero esa puerta espectral está perdida. Tampoco es que haya más en las Tierras Yermas, quiero decir.

—Al este de las Tierras Yermas —exclamó Botella—. Allí es donde la encontraremos, y es hacia donde vamos, ¿cierto?

Ben el Rápido asintió.

—Mejor que sea el espectro y no la real.

—¿Estás familiarizado con la real, mago supremo?

Él apartó la mirada.

—La ha abierto ella sola. Demasiado cauta, demasiado inescrutable.

—¿Crees que está en contacto con su hermano?

—No me atrevo a preguntar —admitió Ben el Rápido—. Es como Dujek en ese sentido. Hay cosas que prefieres no mencionar. Pero, ya sabes, puede que eso explique algunas cosas.

—Entonces hazte esta pregunta —dijo Botella—. ¿Y si no es ella?

El hechicero permaneció en silencio un buen rato. Después suspiró.

—Si no es Paran, ¿entonces quién?

—Exacto.

—Es una pregunta retorcida.

—No espío a la consejera solo cuando está contigo, Ben el Rápido. La mayor parte del tiempo que paso observándola es cuando está sola.

—Eso es patético…

—A la mierda con las bromitas, mago supremo. Nuestra consejera sabe cosas. Y quiero saber cómo. Quiero saber si se relaciona con gente que no conocemos. Si quieres detenerme, dame un motivo sólido. Dices que ella es cercana a ti. ¿Has devuelto el favor?

—Lo habría hecho de saber cómo. La espada de otataralita me rechaza. Es para lo que están hechas, ¿no? —Al ver la expresión escéptica del mago, torció el gesto—. ¿Qué?

—No te rechaza con tanta fuerza como te gusta fingir. El riesgo es que cuanto más fuerte y más profundo empujes a través de la otataralita, más te expones. Y si te ve, no solo estará cerca de conocerte, estará segura. —Apuntó a Ben con un dedo—. Y eso es lo que no quieres que ocurra, y es el motivo real por el que no te atreves a empujar a través. Tu única oportunidad soy yo. ¿Vuelvo a espiar o no?

—Lostara sospecha…

—Cuando la consejera esté supuestamente sola.

El mago supremo dudó, y asintió.

—¿Has encontrado algo?

—No. No tiene la costumbre de pensar en voz alta, eso está claro. No reza, y todavía tengo que escuchar una conversación unilateral.

—¿Podrías haber sido cegado?

—Podría, sí, pero siento los espacios de conciencia. Creo. Depende de lo bueno que sea el hechizo.

—¿Y si es un hechizo dirigido en concreto hacia tus ojos de más?

—Debería serlo. Pero tienes razón, algo específico, Mockra quizá, que se escurre en el diminuto cerebro de la rata y crea una bonita imagen donde nada ha ocurrido. Si ese es el caso, entonces no sé cómo puedo hacer nada al respecto, porque con el efecto local de la otataralita, la fuente de la hechicería sería de un nivel asombroso. Es decir, del nivel de un maldito dios.

—O de un ancestral.

—Estas aguas son demasiado profundas para un mortal como yo, Ben el Rápido. Mi espionaje funciona porque es

pasivo. Estrictamente hablando, surcar un alma no es magia, no en el sentido común.

—Entonces busca algo en las Tierras Yermas, Botella. Ve lo que puedas ver, porque yo tampoco puedo acercarme más y creo que la consejera tampoco. Encuentra a un lobo, o a un coyote. Les gusta seguir de cerca a los ejércitos. ¿Quién está ahí fuera?

—Lo intentaré. Pero si es tan arriesgado, puede que me pierdas. Pueda que me pierda, que es todavía peor.

Ben el Rápido puso su pequeña sonrisa y metió la mano en la pila de muñecas.

—Por eso he enredado a esta muñeca en particular.

Botella siseó.

—Eres un mierda miserable.

—Deja de quejarte. Te sacaré si te metes en problemas. Te lo prometo.

—Pensaré en ello —repuso Botella, y se levantó.

El mago supremo lo miró sorprendido.

—¿Qué tienes que pensar?

—Ben el Rápido, si es tan peligroso en las Tierras Yermas, ¿no se te ha ocurrido que, si me atrapan, puede que no seas el que tire de ese hilo? Contigo de pronto jugueteando con muñecas, la adjunta y, más importante todavía, su ejército, están más que condenados.

—Puedo contenerme —gruñó Ben el Rápido.

—¿Cómo sabes que puedes? Ni siquiera sabes qué hay ahí fuera. ¿Y por qué querría ponerme a mí mismo en medio de este campeonato de tirones? Puede que acabe hecho pedazos.

—Ya que ese no ha sido el primer tema que has sacado —repuso Ben el Rápido, con una mirada taimada—, esperaba que tuvieras un par de planes de contingencia para solucionarlo en caso de que se diera la posibilidad.

—He dicho que lo pensaré.

—No tardes demasiado en decidirte, Botella.

—Dos cajas enteras de salchichas ahumadas, sí. Órdenes del puño Keneb.

—Claro, sargento maestro.

—Átalas bien fuerte, ¿eh? —le recordó Poros al jovencito pecoso, y este asintió con ganas. La división del contramaestre siempre metía a los soldados que no podían ni salir del patio de un colegio, y aquello solía ir de dos modos en cuanto llegaban. O se convertían en mascotas que saltaban ante el chasquido de los dedos de un oficial o en los que construían fortalezas inexpugnables con regulaciones y después las llenaban con suministros. Como si dar algo fuera como desangrarse o peor. Poros había hecho su carrera aplastando a aquellos; pero en tiempos así, las mascotas eran los que quería.

Dirigió una mirada subrepticia alrededor, pero el torbellino de caos estaba desplegado por todas partes y nadie le prestaba atención. Y el cachorrito estaba feliz de llevar un collar, por lo que cuando estuviera acostado podría acariciarle la cabeza, agacharse y soltar algunas de las frases que el propio Poros utilizaba. «Órdenes del puño Keneb, arréglatelas con él». Y: «*El sargento maestro tiene que equipar a varios reclutas, a unos cincuenta, y el capitán Generoso ha pedido que sea cuanto antes*». Keneb no era un problema ya que quitando sus consejeros personales nadie podía acercarse a él; y en cuanto a Generoso, bueno, el nombre solía dejar pálidos incluso a los rostros más rojizos.

Era un detalle menor y casi irrelevante que Poros había, de algún modo, perdido a sus reclutas. Alguien del que nadie sabía nada lo había sacado de las escuadras de marines. Si había problemas Poros podía hacerse el inocente

y señalar a los sargentos de escuadra. *Nunca te conviertas en una barricada en el camino de los problemas. No, conviértete en un puente, con piedras tan resbaladizas como la grasa*.

Debería escribir una guía para oficiales de medio rango para la salud perpetua, la indolencia y la prosperidad inmerecida. Pero entonces, si lo hiciera, tendría que ser fuera de la batalla, sin competición alguna, como si la hubiera. Y esa sería la hazaña que me coronaría, requisar un palacio.

Las órdenes de la reina Aforanta, señor. Si tienes algún problema, puedes discutirlo con su torturador bizco.

Pero por ahora, unas buenas salchichas ahumadas letherii, tres cajas de un vino excelente, un barril de sirope de caña, todo para el puño Keneb (ni que fuera a haber nada de todo aquello); y sábanas de más, raciones extra, botas de oficial que incluían talones altos de caballería, sellos de rango, collares para cabos, sargentos y tenientes, todo aquello para sus cincuenta, o quizás eran sesenta, reclutas desvanecidos. Lo que se traducía en el suministro privado de Poros para aquellos soldados que durante la marcha perdían cosas pero que no querían ser encomendados de forma oficial para conseguir repuestos.

Ya había traído tres carros con equipos decentes, bajo la guardia en aquel momento de soldados de la escuadra de Remilgo. Se le ocurrió que quizá tendría que convertir en socios a aquellas tres escuadras en la operación del mercado negro, pero que no sería demasiado complicado. La envidia disminuía cuanto más compartía uno los botines, después de todo, y con algo en riesgo, aquellos soldados tendrían el incentivo necesario en cuanto a seguridad y demás.

Entre una cosa y otra, todo parecía ir sobre ruedas.

—Oye, ¿qué hay en esa caja?

—Peines, señor…

—Ah, para el capitán Generoso, pues.

—Sí, señor. Requisición personal…

—Excelente. Se los llevaré yo mismo.

—Bueno, esto…

—No solo el capitán es mi superior inmediato, soldado, también soy su barbero.

—Oh, claro. Aquí van, señor. Una firma justo aquí. Esa barra de cera, sí, señor, esa misma.

Con una sonrisa en la cara, Poros sacó la falsificación del sello de Generoso y lo apretó con fuerza sobre la barra de cera.

—Chico listo, que las cosas funcionen correctamente es lo que hace que un ejército vaya como la seda.

—Sí, señor.

El placer de Seto al ver que su alquimista letherii había reunido a los nuevos reclutas como él había ordenado se esfumó de un plumazo cuando puso los ojos sobre los cuarenta y pico intentos de soldados sentados a menos de cincuenta pasos de la trinchera que hacía de letrina de la compañía. Cuando se acercó primero al vivac pensó que le estaban saludando, pero resultó que estaban apartando enjambres de moscas.

—¡Bavedicto! —llamó a su alquimista—. ¡Que se levanten!

El alquimista se recogió la larga trenza y con un giro ensayado hizo un moño encima de la cabeza, donde la grasa la mantuvo sujeta, y entonces se levantó de su característica silla con pinchos que tenía desplegada en medio de la tienda de pieles.

—Capitán Seto, la última mezcla está lista para probarla y las capas de lluvia especiales fueron entregadas por mi

hermano hace una campanada y media. Tengo lo que necesito para pintar.

—Genial. ¿Estos son todos? —preguntó, y señaló con la cabeza a los reclutas.

Bavedicto apretó los finos labios hasta formar una sonrisa.

—Así es, señor.

—¿Cuánto tiempo llevan sentados en esa hediondez?

—Un rato. No están listos para pensar demasiado todavía, pero qué se puede esperar de nosotros, los letherii. Los soldados hacen lo que se les ordena y ya está.

Seto asintió.

—Hay dos sargentos —añadió Bavedicto—. Los que están de espaldas a nosotros.

—¿Nombres?

—Alborada, el del bigote. Y Mosqueta.

—Y bien —repuso Seto—, ¿quién les puso el nombre?

—Un tal sargento maestro llamado Poros.

—Asumo que no estaba por ahí cuando los agarraste.

—Estaban pegados a unas cuantas escuadras y aquellas escuadras tampoco estaban demasiado contentas. No fue demasiado difícil traerlos.

—Bien. —Seto miró hacia el carruaje de Bavedicto, una cosa enorme y sólida de madera negra barnizada y con decoraciones de latón; entonces observó a los cuatro caballos negros a la espera con los arneses puestos—. Te ganas bien la vida, Bavedicto, lo que me lleva a pensar qué haces aquí.

—Como ya he dicho, le di un buen vistazo a una de esas cosas que llamáis malditos para ver qué pueden hacerle a un dragón, nada más y nada menos. Mi tienda no es más que un montón de leña. —Se detuvo y descansó el peso sobre un solo pie, el otro lo levantó y apoyó justo debajo de la rodilla—. Pero en mayor parte curiosidad profesional,

capitán, una fortuna y una maldición al mismo tiempo. Me has estado contando todo lo que recuerdas sobre las características de la alquimia moranthiana, y yo seguiré inventando mi propia marca de municiones para tus zapadores.

—Mis zapadores, sí. Será mejor que vaya a conocer…

—Aquí vienen dos de ellos, capitán.

Se giró y casi dio un paso atrás. Dos enormes mujeres sudorosas fijaron sus ojillos en él y se aproximaban cada vez más.

Saludaron y la rubia dijo:

—Cabo Mantequitas, señor, y esta es el cabo Garrafones. Tenemos una petición, señor.

—Adelante.

—Queremos movernos del lugar donde nos pusieron. Demasiadas moscas, señor.

—Un ejército jamás marcha o acampa solo, cabo —contestó Seto—. Tenemos ratas, ratones, hay poliñeras, cuervos y rhizan. Y moscas.

—Eso es cierto, seño —dijo la morena, Garrafones—, pero justo ahí hay muchísimas. Diez pasos más entre nosotros y la trinchera, señor, no pedimos más.

—Vuestra primera lección —exclamó Seto—. Si la elección es entre comodidad y miseria, escoged comodidad. No esperéis las putas órdenes. Distraídos e irritados implica estar más cansados. Más cansados es que os maten. Si hace calor buscad sombra. Si hace frío apretujaos cuando no estéis de guardia. Si estáis en un lugar lleno de moscas, buscad uno mejor cerca o marchaos. Tengo una pregunta para vosotras dos. ¿Por qué me comunicáis esta petición y no vuestros sargentos?

—Iban a hacerlo —contestó Garrafones—, pero entonces yo y Mantequitas señalamos que eras un hombre y como prostitutas que solíamos ser, sería más probable que fueras

más bondadoso con nosotras que con ellos. Asumiendo que tienes preferencia por las mujeres y no por los hombres.

—Buena idea y un movimiento astuto. Volved, que todos se levanten y vengan.

—Sí, señor.

Devolvió su saludo y las observó bambolearse hacia los demás.

Bavedicto se le acercó por detrás.

—Quizás hay esperanza para ellos, al fin y al cabo.

—Necesitan ponerse a prueba, nada más —dijo Seto—. Búscame una tabla de cera o algo, necesito una lista de sus nombres, mi memoria ya no es lo que era, desde que morí y volví, vaya.

El alquimista parpadeó y tardó un instante en recuperarse.

—Ahora mismo, capitán.

En resumen, pensó Seto, un buen comienzo.

Lostara metió el cuchillo en la funda, caminó para examinar un expositor con trofeos tribales alineados en la pared de la sala.

—El puño Keneb no está en sus mejores días —dijo. Tras ella en el centro de la habitación, la consejera seguía muda. Tras un instante Lostara continuó—: La desaparición de Larva le ha dolido. Y la idea de que puede haber sido tragado por un Azath es suficiente para helarle la sangre a cualquiera. No ayuda que el puño Blistig parece haber decidido que es igual de útil que si estuviera muerto.

Se giró para ver a la consejera quitarse los guanteletes con lentitud. El rostro de Tavore estaba pálido, una tensa red de líneas alrededor de sus ojos. Había perdido peso, algo que había reducido más todavía los escasos rasgos femeninos que tenía. Tras la pena esperaba el vacío, un lugar donde acechaba la soledad como compañía burlona, y los recuerdos sepultados bajo roca fría. La mujer que era la

consejera había decidido que nadie tomaría el lugar de T’amber. La última unión de Tavore con las bendiciones de la humanidad había sido amputada. Ya no quedaba nada. Nada excepto su ejército, que parecía listo para desenredarse por sí mismo. E incluso ante esto parecía estar indiferente.

—No es propio del rey tenernos aquí esperando —murmuró Lostara, llevándose la mano para desenfundar el cuchillo.

—Déjalo —espetó la consejera.

—Claro. Mis disculpas, consejera. —Dejó caer la mano y continuó con su observación desinteresada de los artefactos —. Estos letherii devoraron a un montón de tribus.

—La voluntad de los imperios, teniente.

—Imagino que este Kolanse hizo lo mismo. Es un imperio, ¿no?

—No lo sé —contestó la consejera, y añadió—: no importa.

—¿Ah, no?

Pero con sus siguientes palabras quedó claro que la consejera no estaba interesada en desarrollar su punto de vista.

—Mi predecesora, una mujer llamada Lorn, fue asesinada en una calle de Darujhistan. Había, por aquel entonces, completado sus tareas, en lo que al resto se refiere. Su muerte pareció poco más que mala suerte, un ladronzuelo o algo similar. Su cadáver fue depositado en una fosa común.

—Perdóname, consejera, pero ¿qué tiene esto que ver con nada?

—Los legados nunca son los que esperamos, ¿no te parece, capitana? Al final, no importa lo que se ha conseguido. El destino no tiene un cálculo de triunfos pasados, de gestas valerosas, o de momentos de profunda integridad.

—Supongo que no, consejera.

—A la inversa, no hay una oscura lista de fracasos, de momentos de cobardía o de deshonor. La cera es suave, el pasado se derrite, si es que ha existido jamás. —La misteriosa mirada se fijó por un instante en Lostara antes de desviarse de nuevo—. Ella murió en la calle, una víctima más de un accidente. Una muerte desprovista de magia.

La atención de Lostara bajó a la espada en el cinto de Tavore.

—La mayoría de las muertes son así, consejera.

Tavore asintió.

—La cera se derrite. Hay, creo, cierto consuelo en ello. Una pequeña muestra de… liberación.

¿Es lo mejor a lo que puedes aspirar, Tavore? Por todos los dioses.

—Lorn no estuvo allí para estimar la valía de su legado, si es a lo que te refieres, consejera. Lo que con toda probabilidad fue misericordioso.

—A veces pienso que el destino y la misericordia son lo mismo.

Aquella idea dio escalofríos a Lostara.

—El ejército —continuó la consejera—, se arreglará a sí mismo durante la marcha. Les di este toque de caos, de casi anarquía. Como con los puños Keneb y Blistig, tengo mis motivos.

—Sí, consejera.

—En presencia del rey, capitana, espero que reprimas cualquier intento de toquetear el cuchillo en el cinto.

—A sus órdenes, consejera.

Unos instantes después una puerta interior se abrió y el rey Tehol entró, seguido por el canciller.

—Mis más sinceras disculpas, consejera. Es todo culpa de mi ceda, aunque tampoco necesitabas saberlo, pero —sonrió al sentarse en la silla elevada—, ahora ya lo sabes, y no me importa decirte que es todo un alivio.

—Nos has llamado, majestad —exclamó la consejera.

—¿Lo hice? Ah, sí, sí. Relajaos, no hay crisis alguna. Bueno, ninguna que os concierna a vosotras directamente. Bueno, tampoco en Letheras. No por ahora, quiero decir. Ceda, ¡un paso al frente! Consejera Tavore, tenemos un regalo para ti. Como muestra de nuestra más profunda gratitud.

La reina Janath también acudió, desplazándose hacia un lado de su marido, con una mano apoyada sobre el respaldo de la silla.

Bicho sujetaba una pequeña cajita de madera pulida, que puso en las manos de la consejera.

La sala quedó en silencio mientras Tavore desataba el lazo y abría la tapa para revelar una daga con grabados. El mango y el pomo eran llanos, funcionales, y por lo que Lostara pudo ver, la propia hoja, sin contar los remolinos acuosos, no era espectacular. Tras un instante de examinar la hoja, la consejera cerró la tapa y levantó la vista hacia el rey.

—Gracias, señor. Guardaré este…

—Espera —interrumpió Tehol, se levantó y se acercó—. Veámoslo de nuevo… —levantó la tapa, y miró a Bicho—. ¿No podías haber cogido algo más bonito que esto, ceda? ¡Imagino que el canciller debe sentirse mortificado!

—Así es, señor. Ay, el ceda estaba bajo ciertas restricciones…

—Disculpadme —dijo la consejera—, ¿se supone que esta arma está hechizada? Me temo que este detalle se perderá en mi presencia.

El anciano sonrió.

—He hecho lo que he podido, Tavore de la Casa Paran. Cuando estés en el momento de mayor dificultad, acude a esta arma.

La consejera casi dio un paso atrás y Lostara vio que el poco color que quedaba en su rostro había desaparecido.

—¿El momento… de mayor… dificultad? Ceda…

—Como ya he dicho, consejera —contestó Bicho, la mirada inamovible—. Cuando se requiere sangre. Cuando se necesita sangre. Solo en nombre de la supervivencia.

Lostara vio que Tavore se había quedado sin palabras. Y no tenía ni idea del motivo. *A menos que la consejera ya conozca esa necesidad. Que sepa, y que este regalo la aterrorice.* La consejera hizo una reverencia, cerró la tapa una segunda vez y dio un paso atrás.

Tehol torció el gesto al mirar a Bicho. Tras un instante volvió a su modesta silla y se sentó.

—Te deseo buenaventura en tu viaje, consejera. Y a ti también, Lostara Yil. No menosprecies a mi hermano, dispone de muchos talentos. Muchos más que yo, eso seguro. —Al ver a Bicho asentir frunció todavía más el entrecejo.

Janath puso una mano sobre su hombro.

Tehol arrugó todavía más el ceño.

—Cuidad de Brys Beddict durante vuestro viaje a través del reino bolkando. Conocemos bien a nuestros vecinos, y su consejo puede resultar ser muy valioso.

—Así será, señor —respondió la consejera.

Y de pronto, era hora de marcharse.

Unos instantes después de que los malazanos hubieran salido, Tehol miró a Bicho.

—Vaya, tienes una pinta terrible.

—No me gustan las despedidas, señor. Hay una atmósfera de… finalidad.

Janath se acercó y se sentó en uno de los bancos laterales.

—¿No esperas ver a los malazanos de nuevo?

Él dudó, y entonces dijo:

—No.

—¿Qué hay de Brys? —preguntó Tehol.

Bicho parpadeó y abrió la boca para contestar, pero el rey levantó una mano.

—No, no debes responder esa pregunta. Lo siento, viejo amigo.

—Señor, tu hermano tiene profundidades… inexploradas. Fortitud, lealtad inquebrantable al honor. Y como bien sabes, lleva consigo cierto legado, y aunque desconozco el valor de esta, creo que tiene el potencial para ser vasto.

—Has sido cuidadoso ahí —observó Janath.

—Así es.

Tehol suspiró y se recostó en la silla.

—Esta parece la desastrosa conclusión a las cosas, ¿no? No muy divertida, menos entretenida incluso. Debes saber que prefiero saltar de una absurdidad maravillosa a otra. Mi último gesto en el escenario malazano debería haber sido el mayor de todos los dramas. En vez de ello, he saboreado algo muy parecido a las cenizas en mi boca, y no me ha gustado nada.

—Quizás algo de vino te quite ese sabor de la boca —sugirió Bicho.

—Mal no nos va a hacer. Sírvenos, por favor. Tú, guardia, ven y únete. Estar ahí de pie debe de ser aburridísimo. No pongas esa cara de alucinado, ven. Quítate el yelmo y relájate, hay otro guardia como tú al otro lado de la puerta, después de todo. Deja que cargue con la diligencia. Cuéntanos cosas sobre ti. Familia, amigos, aficiones, escándalos…

—Señor —advirtió Bicho.

—O únete a nosotros con este brindis y no sientas presión alguna de decir nada en absoluto. Este será uno de esos interludios que se pasan por encima en las portentosas historias de grandes y mediocres reyes. Nos sentamos en el

ocasional resultado, ignorantes a los augurios y a las tormentas que aguardan tras el horizonte allende. Ah, gracias, Bicho. Mi reina, acepta esta copa y siéntate sobre mis rodillas. Oh, no pongas esa cara, necesitamos fingir una situación adecuada. Insisto y ya que soy el rey y puedo hacerlo, o eso leí por ahí. Vale, veamos, sí, Bicho, justo ahí. Oh, masajearte la frente es una postura idónea. Y tú, querido guardia, ¿cómo te las apañaste para esconder todo ese pelo? ¿Y cómo es que no advertí que eras una mujer? Da igual, eres una delicia inesperada. Oh, cálmate, esposa mía, oh, vaya, soy yo el que debería calmarse. Lo siento. Las mujeres con uniformes, ya sabéis. Guardia, ese yelmo es exquisito, da un trago y pon cara seria, como de otra época, sí, así, ay, ¡casi perfecto!

»Vale, acabo de pensar que nos falta algo crucial. Ah, sí, un artista. Bicho, ¿tenemos algún artista de la corte? ¡Necesitamos un artista! ¡Encuéntranos uno! ¡Que nadie se mueva!

Capítulo 12

El mar no ve el camino
y el camino no ve la lluvia
el sendero no consiente las pisadas
la ceguera es una inundación oceánica
en la costa del sendero

Avanzan los invisibles
como los infantes con las manos estiradas
descienden a valles de oscuridad cegadora
el camino conduce a las sombras
de dioses llorosos

Este mar conoce una sola marea
en la sala infinita de la pena
el mar es orilla para el sendero
y el sendero es el río de mar
para los ciegos

Cuando escucho los primeros pasos
sé que ha llegado el fin
y la lluvia se alzará
como niños con las manos
estiradas

Soy el camino que huye del sol
y el sol no ve el mar
y el mar no ve la orilla
y la orilla no ve
el mar.

El mar está ciego...

Acertijo del Camino a Gallan
Canto temblor

Mientras conduce a sus guerreros, al caudillo Maral Eb de los barghastianos de rostro blanco barahn le gustaba imaginarse como la punta de una lanza dentada, hambrienta por herir, infalible en su trayectoria. Líneas de

ocre rojizo a través de la pintura en su rostro de muerte, bajaban por los brazos. La cota de malla y la falda escamada tenían los tonos opacos de la sangre de los que murieron hacía mucho, y las plumas de puercoespín que sobresalían de las espinas enredadas en el cabello negro y engrasado claqueteaban mientras corría frente a cuatro mil guerreros.

El hedor de las cabezas amputadas que colgaban de los estandartes de hierro agrupados tras el caudillo dejaban un picor familiar en su nariz chata, una presencia empalagosa en la garganta, y eso le agradaba. Especialmente que sus hermanos más jóvenes cargaran un par de aquellos estandartes.

Se habían topado con una caravana de akrynnai la tarde anterior. Una patética dotación de media docena de guardias, cinco arrieros, el mercader y su familia. Había sido un trabajo rápido, aunque no menos delicioso por su brevedad, manchado solo por el instante en que el mercader degolló a sus hijas y luego a sí mismo. Gestos de un coraje impresionante que privó a sus soldados de la diversión. Los caballitos en la horda fueron sacrificados y comieron su carne aquella noche.

Bajo un cielo despejado, la partida de guerra avanzaba hacia el oeste. Una semana de viaje para llegar al puesto comercial Kryn, el centro de todo el comercio al este de Lether. Maral Eb asesinaría a todo el mundo y asumiría el control de las caravanas y de los fuertes de comercio. Se haría rico y a su gente, poderosa. Su triunfo elevaría a los barahn a la posición que merecían por derecho entre los rostros blancos. Onos Toolan sería depuesto y los demás clanes se unirían a Maral. Construiría un imperio de la nada, vendería esclavos akrynnai y d’ras hasta que las enormes llanuras pertenecieran solo a los barghastianos y a nadie más. Impondría enormes tarifas en los saphii y los bolkando, y construiría una gigantesca ciudad en Kryn, levantaría un

palacio y establecería fortalezas inexpugnables en las fronteras.

Sus aliados entre los senan ya habían sido informados para que secuestraran a las hijas gemelas de Hetan. Las traería a su propia casa y cuando alcanzaran la edad de sangrado las tomaría como esposas El destino de Hetan se lo dejaba a los demás. Estaba el jovencito, el verdadero hijo de los imass, y tendría que morir, claro. Junto con Cafal, para finalizar de una vez por todas con la estirpe de Humbrall Taur.

Sus cavilaciones sobre la gloria que le aguardaba fueron interrumpidas por la súbita aparición de dos de sus escoltas, cargaban entre ambos un cuerpo.

Otro barghastiano, pero no de los suyos.

Maral Eb levantó una mano, detuvo a su partida de guerra, y trotó hasta encontrarse con los exploradores.

El barghastiano estaba hecho polvo. Su brazo derecho había desaparecido por debajo del codo y el muñón estaba preñado de gusanos. El fuego había derretido la mitad de su cara y fragmentos de su armadura de estaño brillaban mezcladas con la piel y la carne del pecho. Por los abalorios que colgaban del cinto, Maral supo que sería un Cazaserpientes, uno de los clanes menores.

Torció el gesto y apartó unas moscas.

—¿Vive?

Uno de los escoltas asintió y añadió:

—No vivirá durante mucho tiempo, caudillo.

—Dejadlo, con cuidado. —Maral Eb se arrodilló junto al joven guerrero. Se tragó el asco y dijo:

—Cazaserpientes, abre tus ojos. Soy Maral Eb de los barahn. Dime algo, tus últimas palabras. ¿Quién te ha hecho esto?

El ojo superviviente se abrió cubierto de moco denso, de un amarillo denso, la piel de alrededor estaba hinchada y

resquebrajada. La boca se movió un instante, y surgieron unas palabras rasgadas.

—Soy Benden Ledag, hijo de Karavt y Elor. Recuérdame. Solo yo sobreviví. Soy el último Cazaserpientes. El último.

—¿Me aguarda un ejército akrynnai?

—No sé qué te aguarda, Maral Eb. Pero sé qué me espera a mí. La perdición. —Su rostro se retorció de dolor.

—Abre tu ojo, ¡mírame, guerrero! ¡Dime quién ha sido tu asesino!

—Perdición, sí. Ya que hui. No me quedé, no morí con los míos. Hui. Una liebre aterrorizada, un ratoncillo en la hierba. —La conversación le drenó los últimos fluidos que le quedaban en el cuerpo y su voz se quebró—. Huye, Maral Eb. Muéstrame cómo… cómo viven los cobardes.

Maral Eb estuvo a punto de golpear al estúpido, pero se obligó a relajarse.

—Los barahn no temen a enemigo alguno. Te vengaremos, Benden Ledag. Vengaremos a los Cazaserpientes. Y que las almas de tus parientes caídos te atrapen.

El pobre diablo se las apañó para sonreír.

—Los esperaré. Y tendré una broma preparada, sí, una que les haga sonreír, como es costumbre en mí. Sin embargo, Zaravow no tiene motivos para reír, ya que le robé a su esposa, le robé su placer… —Una sonrisa como cristales rotos brotó de su garganta—. Es lo que hacen los hombres débiles… lo que siempre han hecho. —El ojo de pronto se dilató, se fijó en Maral Eb—. Y a ti, barahn, también te esperaré. —La sonrisa se desvaneció, el resto se contrajo de dolor, y el viento sopló libre por el hueco de su boca abierta.

Maral Eb miró durante un rato aquel ojo ciego. Después maldijo y se levantó.

—Que se lo coman los cuervos —exclamó—. Haced sonar los cuernos, que salgan los exploradores. Acamparemos aquí

y nos prepararemos, hay venganza en nuestro futuro, y será dulce.

Dos de las seis mujeres arrastraron lo que quedaba del jinete comerciante hasta la zanja junto a la colina y lo arrojaron dentro. Escucharon a las serpientes sisear en los matorrales junto a la zanja, por lo que volvieron deprisa con las demás.

Hessanrala, caudillo de la tropa de los tajopiel, levantó la mirada del bozal que le estaba poniendo a su nuevo caballo, y sonrió cuando las dos mujeres cogieron un puñado de hierba para limpiarse la sangre y el semen de las manos, y dijo:

—Preparad vuestros caballos.

La que estaba más cerca de ella arrojó la hierba manchada a un lado.

—Un nido de víboras —explicó—. Todas las matas de artemisa y arroyofuego están llenas de ellas.

—Tales presagios nos preceden —murmuró la otra.

Hessanrala puso mala cara.

—Un cuchillo para tus palabras, Ralata. —Hizo un gesto con una mano—. Mirad esta buena fortuna. Caballos para cada una de nosotras y tres más de sobra, una bolsa de monedas, carne de bhederin marinada en menta y tres pellejos de agua. ¿Y acaso no nos lo pasamos bien con la pobre criatura? ¿No le enseñamos los dones del dolor?

—Todo cierto —contestó Ralata—, pero he sentido sombras en la noche, y el susurro de alas horrendas. Algo nos persigue, Hessanrala.

La caudillo respondió con un gruñido y se giró. Subió a grupas del caballo.

—Somos barghastianas ahkrata. Tajopieles. ¿Quién no teme a las mujeres guerreras de los ahkrata? —Miró con

intensidad a las otras, como si buscara la aprobación adecuada, y pareció satisfecha cuando llevaron sus monturas hasta situarlas frente a ella.

Ralata se escupió en las manos y se encargó del único caballo ensillado, el del mercader akrynnai, que reclamó por derecho de ser la primera que cortó la carne del hombre con la espada. Puso una bota en el estribo y subió sobre el animal. Hessanrala era joven. Era su primera vez como caudillo, y estaba actuando algo forzada. Era costumbre que un guerrero experimentado acompañara como voluntario la tropa de un nuevo caudillo, en caso de que las cosas se pusieran feas. Pero Hessanrala no estaba interesada en escuchar a Ralata, la sabiduría era miedo, la precaución, cobardía.

Se ajustó los fragmentos de quitina moranthiana que servían como armadura para los ahkrata, y aseguró la Coraza de Oro en el centro. Entonces se tomó un instante para recolocar en la nariz el hueso hueco que hacía de pendiente que convertía a las mujeres ahkrata en las más bellas entre los barghastianos de rostro blanco. Giró para mirar a Ralata.

—Este comerciante —dijo la caudillo con un leve gruñido dirigido a Ralata— volvía con sus parientes cuando comenzamos a perseguirlo desde nuestro campamento. Podemos ver el antiguo sendero que usaba. Deberíamos seguirlo, encontrar las tiendas akrynnai, y matar a todo el que nos encontremos.

—El camino lleva al norte —repuso Ralata—. No sabemos lo que hay en esa dirección. Podríamos terminar en un campamento con mil guerreros akrynnai.

—Ralata lloriquea como un recién nacido, pero no oigo el chillido de un halcón. —Hessanrala miró a las demás—. ¿Alguna escucha al cazador alado? No, solo a Ralata.

Ralata suspiró e hizo un gesto de alivio.

—Estoy harta de ti, Hessanrala. Vuelvo a nuestro campamento, ¿cuántas mujeres acudirán a mi grito tajopiel? No cinco. No, seré la caudillo de cientos, quizá más. Tú, Hessanrala, no vivirás mucho tiempo… —miró a las demás y se sorprendió al ver sus expresiones de disgusto y conformidad, pero eran demasiado jóvenes—. Seguidla al norte, guerreras, y puede que no volváis. Aquellas que os queráis unir a mí, hacedlo ahora.

Cuando ninguna hizo gesto alguno, Ralata se encogió de hombros y viró su caballo. Se alejó hacia el sur.

Al pasar de largo un risco vio a la tropa que iba a medio galope en la dirección opuesta. Ralata detuvo la montura. Tendría la sangre de cinco idiotas en sus manos. La mayoría entendería sus motivos para largarse. Conocían a Hessanrala, después de todo. Pero las familias que habrían perdido a sus hijas le darían la espalda.

Había un halcón ahí fuera. Lo sabía con certeza. Y las cinco niñas no tenían pastor, ni perro guardián. Bueno, sería ese sabueso, agachado en la hierba siguiendo su rastro, siempre atenta. Y si el halcón atacaba, ella salvaría a todas las posibles.

Volvió sobre sus pasos para seguirlas.

Los túmulos bajos que estaban colocados en una hilera a lo largo de la cima de la colina y por toda la ladera estaban casi sepultados. La tierra soplada por el viento se había amontonado junto a estos, y había permitido que crecieran árboles arroyofuego, que enraizaran, con ramas bajas que se extendían en grupos de espinas afiladas. La hierba alta cubría el otro lado de los túmulos. Pero Tool conocía las pilas de piedra por lo que eran, hechizos y runas ancestrales construidos por los antiguos cazadores imass, por lo que no le sorprendía que hubieran alcanzado el final de la loma y

estuvieran al borde de un precipicio. Debajo había un sumidero, la base llena de árboles bayamarga. Sabía que enterrado en ese suelo había huesos, apelotonados, dos o tres veces la altura de un hombre adulto. Los imass había conducido a este lugar manadas para su caza durante la temporada. Si uno cavaba profundo bajo las bayamargas, podría encontrar restos de bhed y tenag: los huesos y los cuernos rotos, colmillos y puntas de lanza de sílex gris; aquí y allá descubriría los esqueletos de los ay que habían sido arrastrados hasta el borde del precipicio por su fervor. Los dientes de los lobos arrancados para marcarlos como cachorros encontrados en la espesura, demasiado fieros para mantener los colmillos en su lugar; y quizás el okral ocasional, ya que los osos de las llanuras a menudo rastreaban a las manadas de bhed y terminaban atrapados en las estampidas, especialmente cuando usaban fuego.

Generación tras generación de cazadores mortales construyeron aquellas capas, hasta que los tenag desaparecieron, y con ellos los okral, y los ay. Y el viento estaba hueco y vacío de vida, sin aullidos, sin el chirrido de las trompas de los toros tenag, e incluso los bhed habían dejado espacio para sus primos más pequeños, los bhederin. Que también se habrían desvanecido si sus cazadores bípedos hubieran prosperado.

Pero no fue así y Onos Toolan sabía el motivo.

Se quedó de pie al borde del hoyo, la angustia antenazándole el alma, y echó de menos la vuelta de las grandes bestias de su juventud. Observó la mentira de la tierra a ambos lados del agujero, pudo ver dónde había tenido lugar la recolecta, los filetes de carne que se llevaban hasta las mujeres que esperaban junto a pozos más pequeños recubiertos de piel y llenos de agua que humeaba debido a piedras calientes que la llevaban al punto de ebullición. Y sí, pudo ver el terreno agujereado que

evidenciaba aquellos boquetes para cocinar, y montones de verde que marcaban antiguas fogatas. Y allí, a un lado, una enorme piedra, la superficie algo cóncava para partir los huesos y extraer el tuétano.

Casi podía oler el hedor, era casi capaz de escuchar los cánticos y los enjambres de insectos. Los coyotes por los márgenes, esperando su turno. Aves carroñeras observaban mientras volaban en círculos, los rhizan que revoloteaban y el susurro de las poliñeras. Remolinos de humo con grasa chispeante y pelo quemado.

Hubo una última caza, una última temporada, una última noche de canciones alegres alrededor del fuego. El siguiente año nadie volvió a ver este lugar. El viento soplaba solo, los cadáveres medio descuartizados se habían endurecido como el cuero en los pozos, y las flores crecían allí donde antes la sangre había formado charcos.

¿El viento lamentaba no poder cargar con su aliento más canciones? ¿O planeaba, esperando aterrorizado los primeros gritos de dolor y miedo bestial, para descubrir que jamás llegarían? ¿La tierra anhelaba el temblor de miles de cascos y el pisar de las pezuñas de los tenag? ¿Ansiaba la inundación de nutrientes para alimentar a sus hijos? ¿O era el silencio que descubría una maravillosa paz para su torturada piel?

En algunas temporadas las manadas habían llegado tarde. Y entonces, con bastante frecuencia, temporadas donde estas jamás venían. Y los imass pasaban hambre. Eran obligados a ir a otras tierras en una desesperada búsqueda de comida.

El ritual de Tellann solventó la natural e inevitable muerte de los imass. Eludió las consecuencias justas de su proliferación, de su cortedad de miras.

Se preguntó si entre los niveles superiores de huesos uno sería capaz de hallar, aquí y allá, los esqueletos esparcidos

de los imass. Un puñado que había convergido en este lugar para ver qué podía salvarse de la caza del año anterior, entre los cadáveres secos. Unas cuantas tiras de carne disecada y piel, las gelatinosas pezuñas. ¿Se arrodillaron en una confusión irremediable? ¿El vacío de sus tripas llamó al vacío del viento que había fuera, junto a la verdad de que ambos silencios se pertenecían el uno al otro?

De no ser por Tellann, los imass habrían conocido el arrepentimiento, no como un recuerdo fantasmal, sino como un cruel cazador que los rastrea hasta el último paso tambaleante. Y eso, Tool se dijo a sí mismo, habría sido justo.

—Buitres en el cielo —dijo el guerrero barghastiano junto a él.

Tool puso mala cara.

—Sí, Bakal, estamos cerca.

—Es como dijiste, pues. Han muerto barghastianos. —El senan se detuvo, y dijo—: Y a pesar de todo nuestros cargadores no notaron nada. No compartes nuestra sangre. ¿Cómo lo supiste, Onos Toolan?

La sospecha jamás se había ido, como vio Tool. Aquella mirada calculadora e incómoda del extraño que lideraría a los poderosos rostros blancos hacia lo que ellos creían que era una justa guerra sagrada.

—Este es el lugar de los finales, Bakal. Y aun así, si sabes dónde mirar, si sabes cómo ver, descubrirás que algunos finales no terminan. La propia ausencia aúlla como una bestia herida.

Bakal soltó un gruñido escéptico, y dijo:

—Cada grito de muerte encuentra un lugar donde morir, hasta que solo queda el silencio más allá. Hablas de ecos que no pueden ser.

—Y tú hablas con la convicción de un hombre sordo que insisten que lo que no oye no existe. Con tales ideas te encontrarás acorralado, Bakal. —Al fin miró a los ojos al

barghastiano—. ¿Cuándo descubrirá tu gente que vuestra voluntad no rige el mundo?

—He preguntado cómo lo sabías —respondió Bakal, con una expresión turbia en el rostro—, ¿y contestas con insultos?

—Es curioso lo que escoges para ofenderte —replicó Tool.

—Es tu cobardía la que nos ofende, caudillo.

—Rechazo tu desafío, Bakal. Como hice con Riggis, y como he hecho con otros que han venido a por mí. Hasta que volvamos al campamento.

—¿Y una vez allí? Habrá un centenar de guerreros ansiosos por derramar tu sangre. Mil. ¿Crees que podrás vencerlos a todos?

Tool se mantuvo en silencio un instante.

—Bakal, ¿me has visto luchar?

El guerrero apretó los dientes.

—Ninguno de nosotros. ¡De nuevo evitas mis preguntas!

Tras ellos, cerca de un centenar de guerreros senan contrariados escuchaban cada una de aquellas palabras. Pero Tool no los encararía. Descubrió que no podía apartar la mirada del pozo. *Podría haber desenvainado mi espada. Con gritos y caras feroces, suficiente para aterrorizarlos a todos. Y podría haberlos hecho huir, perseguirlos entre chillidos al verlos correr, observarlos cambiar de dirección, mientras las antiguas hileras de túmulos los canalizan sin que lo sepan hacia el camino adecuado*...

... y entonces verlos tambalearse y caer por el abismo. Gritos de miedo, aullidos de dolor. El chasquido de los huesos, el impacto de los cuerpos aplastados. Oh, ¡escuchad el eco de todos ellos al caer!

—Tengo una pregunta para ti, Bakal.

—¡Ah! Sí, ¡pregunta y escucha cómo un barghastiano responde!

—¿Los senan pueden permitirse perder mil guerreros?

Bakal resopló.

—¿Puede el caudillo de los barghastianos de rostro blanco matar a mil de sus propios guerreros? ¿Solo para demostrar algo?

—¡No sobrevivirías ni a uno, imagina mil!

Tool asintió.

—¿Ves lo difícil que es, Bakal, responder preguntas?

Este se marchó, rodeó el borde del hoyo, y descendió la ladera por la izquierda. Un descenso mucho más asequible hacia el valle, y si los animales hubieran sido más listos habrían usado el mismo sendero. Pero el miedo los atenazaba y los espoleaba. Cegándolos, ensordeciéndolos. El miedo los condujo al borde del precipicio. El miedo los persiguió hasta la muerte.

Mirad, mis guerreros, y contempladme huir.

Pero no sois vosotros a quien temo. Un detalle sin relevancia, porque, como veis, al borde del precipicio eso le da igual.

—¿Qué mierda de tribu es esta? —preguntó Cetro Irkullas.

El explorador torció el gesto.

—Los mercaderes los llaman los nith’rithal, las líneas azules en la pintura blanca de la cara los distingue.

El caudillo akrynnai se retorció para aliviar los músculos de la lumbar. Había pensado que tales días le quedaban lejos. ¡Una puta guerra! ¿No había visto suficiente como para merecerse un descanso? Cuando todo lo que deseaba era una vida tranquila en su clan, jugando a ser un oso con sus nietos, rugiendo mientras lo atacaban con gritos y cuchillos de cuero que le clavaban donde podían. Disfrutaba de sus estertores de muerte, siempre guardaba un último susto cuando todos estaban convencidos de que el enorme

oso estaba muerto. Chillaban y se escurrían y él volvía a estirarse, entre carcajadas mientras intentaba recuperar el aliento.

Por todos los espíritus, se había ganado la paz. En vez de eso, tenía… esto.

—¿Cuántas yurtas has dicho? —Su memoria se escurría como un riachuelo.

—Seis o siete mil, Cetro.

Irkullas gruñó.

—No me sorprende que hayan devorado la mitad de la manada bhederin en un mes desde que los atraparon. —Reflexionó un rato, rascándose la barba blanca—. Veinte mil personas pues. ¿Dirías que es acertado?

—Hay rastro de una gran partida de guerra que salió hacia el este hace un día o más.

—Por lo que disminuyen el número de combatientes. ¿Rastro, dices? Estos barghastianos se han vuelto descuidados.

—Arrogantes, Cetro. Al fin y al cabo, han masacrado a cientos de akrynnai …

—¡Casi sin armas y mercaderes con guardias exiguas! ¿Y eso les pone orgullosos? Bueno, esta vez se enfrentarán a guerreros akrynnai de verdad. ¡Descendientes de guerreros que aplastaron a los invasores de los lezna, de Lether y a los d’rhasilhani! —Agarró las riendas y se giró hacia su segundo al mando—. ¡Gavat! Prepara las alas para la partida. En cuanto esos piquetes nos vean, que suene la Reunión. En cuanto avistemos el campamento, cargamos.

Hubo suficientes guerreros cerca como para escuchar sus órdenes y un grave y ominoso hhunn retumbó entre las filas.

Irkullas miró al explorador.

—Vuelve a tu ala, Ildas. Adelanta a sus piquetes si puedes.

—Dicen que las mujeres barghastianas son tan peligrosas como los hombres.

—Sin duda. Mataremos a todas los adultas y a cualquier joven que haya pasado el periodo. Los infantes los convertiremos en akrynnai y aquellos que se resistan los venderemos como esclavos a los bolkando. Suficiente charla, ¡flechas en los arcos, tenemos parientes que vengar!

A Cetro Irkullas le gustaba jugar a ser un oso con sus nietos. El papel le quedaba genial. Tozudo, difícil de hacer enfadar, pero como los letherii y otros habían descubierto, era el brillo rojizo de su mirada. Había liderado guerreros akrynnai desde hacía más de tres décadas, a la cabeza de la caballería más temida de las llanuras, y ni una sola vez había sido vencido.

Un comandante necesitaba algo más que ferocidad, claro. Una docena de generales letherii muertos habían cometido el error de subestimar la inteligencia de Cetro.

Los barghastianos habían atacado a comerciantes y a campesinos. Irkullas no tenía interés en perseguir a los saqueadores por aquí y por allá. No todavía. No, quería golpear en el hogar de los mismísimos barghastianos de rostro blanco. Y dejar tras de sí nada más que huesos y cenizas.

Veinte mil. Entre siete y diez mil combatientes es una estima bastante alta. Sin embargo, dicen que tienen a pocos ancianos y discapacitados, ya que su viaje por estas tierras es bastante duro.

Estos barghastianos eran guerreros formidables; de eso Irkullas no tenía duda alguna. Pero pensaban como ladrones y violadores, con la beligerancia y la arrogancia de un abusón. Ansiosos por la guerra, ¿no? *Entonces Cetro Irkullas os traerá la guerra*.

Guerreros formidables, sí, estos rostros blancos.

Se preguntó cuánto durarían.

Kamz’tryld odiaba cuando le tocaba ser piquete. Tropezaba con excrementos bhederin, y más de unos cuantos huesos, ya que la matanza para el invierno había comenzado, mientras las moscas mordían y le perseguían, y el viento soplaba arenilla y tierra contra su cara, por lo que al terminar el día su rostro blanco estaba entre el marrón y el gris. Además, no era tan viejo como para no haber podido salir con la partida de Talt el día anterior. Aunque Talt se hubiera negado, aquella sabandija de un solo diente.

Kamz estaba llegando a una edad en que el saqueo se convertía menos en un lujo y más en una necesidad. Tenía que construir un legado, algo que dejar a sus descendientes. No podía malgastar sus últimos años útiles aquí, tan lejos de…

¿Truenos?

No. Caballos.

Estaba sobre un risco con vistas a uno más alto todavía justo al norte. Quizá tendría que haber subido a aquel, pero había pensado que estaba demasiado lejos. Y al girarse para echar un vistazo en aquella dirección vio los primeros jinetes.

Akrynnai. Un asalto. Ah, ¡al fin tendremos sangre de sobra para derramar! Espetó una orden a sus tres perros de guerra, y estos salieron a toda prisa hacia el campamento. Kamz voceó y vio que sus compañeros centinelas, dos a su izquierda, tres a su derecha, habían visto y oído al enemigo, y que los perros corrían hacia el campamento. Donde pudo ver que había un borrón de actividad…

Sí, estos akrynnai habían cometido un terrible error.

Cambió el agarre de su lanza al ver a uno de los jinetes cargar directamente hacia él. Un buen caballo: sería el primer trofeo del día.

Y entonces, justo por encima del risco tras el primer grupo de jinetes, una masa de yelmos picudos. Un brillo cegador que se elevaba como la cresta de una ola de hierro, y el resplandor de las armaduras escamadas…

Kamz retrocedió un paso sin querer, del asombro olvidó al jinete que se cernía sobre él.

Era un guerrero experimentado. Podía contar números en un instante, y calculó mientras observaba las filas descender la loma.

¡Por todos los espíritus! Veinte… no, treinta mil. ¡Y hay más! Tengo que…

La primera flecha se hundió entre el cuello y el hombro derecho. Se tambaleó por el impacto, y tras recuperarse y levantar la mirada una segunda flecha atravesó su garganta como fuego.

La sangre caía por su pecho, y las moscas ya se apresuraban a entrar.

El caudillo Talt se toqueteó el único canino que le quedaba con la lengua y observó a los jinetes en la distancia.

—Siempre nos provocan ¡y jamás se quedan para luchar! ¡Estamos en una tierra de cobardes»!

Talt asintió.

—Tus palabras resuenan como espadas contra escudos, viejo amigo. Estos akrynnai bailotean lejos como los antílopes, pero sus campamentos no son tan ágiles, ¿no? Cuando estemos matando a sus infantes y violemos a sus jóvenes, cuando estemos quemando sus tiendas y asesinemos a los caballitos, ¡entonces lucharán contra nosotros!

—O huirán aterrorizados, caudillo. La tortura los mata más rápido, lo hemos comprobado. No tienen valor. —Señaló

con la punta de su lanza—. Debemos escoger nuestro propio camino aquí, creo, ya que es probable que busquen apartarnos de su pueblo.

Talt estudió a los jinetes en la distancia. No más de treinta. Los habían espiado durante el amanecer, esperaban, parecía, en un risco lejano. Talt había casi dejado exhaustos a sus guerreros tratando de alcanzarlos. Unas cuantas flechas perdidas salieron en su dirección y aquello fue todo lo que lograron presentar como batalla. Había sido patético. El caudillo miró a sus guerreros. Ochocientos hombres y mujeres, la pintura blanca surcada por el sudor, la mayoría sentados o acuclillados, rendidos al calor.

—Descansaremos un rato —dijo.

—Yo me quedaré aquí —dijo Bedit, acuclillándose.

—Si se mueven haz la llamada.

—Sí, caudillo.

Talt dudó, y se giró para contemplar la masa montañosa de nubes tormentosas hacia el sur. Más cerca, sí.

Bedit siguió su mirada.

—Estamos en su rumbo. Por lo menos nos refrescará, creo.

—Asegúrate de abandonar esta colina antes de que llegue —advirtió Talt—. Y la lanza al suelo.

Bedit asintió, sonrió y se palmeó el costado de yelmo de hueso y cuerno.

—Dile a los idiotas de abajo que visten pinchos de hierro.

—Lo haré, aunque son los akrynnai los que deberían preocuparse.

Bedit ladró una risotada.

Talt dio media vuelta y trotó de vuelta a sus guerreros.

Inthalas, tercera hija de Cetro Irkullas, se inclinó hacia delante en la silla.

Junto a ella, Sagant se sacudió y dijo:

—Están acabados.

Ella asintió, pero algo distraída. Había vivido toda su vida en aquellas llanuras. Había soportado las tormentas más feroces. Recordó que en una ocasión vio a cien bhederin muertos en una loma, cada uno muerto por un relámpago, pero jamás había visto unas nubes como aquellas.

Su caballo temblaba bajo ella.

Sagant suspiró.

—Tenemos tiempo, creo, si atacamos ahora. Acabamos con esto ya y nos alejamos de la tormenta.

Tras un rato, Inthalas asintió.

Sagant soltó una risotada y viró su caballo, dejó la pequeña tropa de jinetes para cabalgar hacia donde esperaban (sin ser vistos por los barghastianos) tres alas de jinetes arqueros akrynnai y lanceros, junto con novecientas tropas de choque con armadura pesada y hachas. En total, casi tres mil soldados. Al acercarse, hizo un gesto con la mano libre, vio con placer la celeridad con la que sus tropas respondieron.

El gran éxito de Cetro había estado basado, en parte, en la inteligente adopción de las mejores cualidades de los militares letherii. Soldados a pie capaces de mantener rangos prietos y disciplinarios, y una adherencia a la doctrina de las formaciones, así como dictaminar el campo de batalla en situaciones de su propia elección.

Condujo a los barghastianos hacia delante, hasta que quedaron exhaustos. Los condujo justo hasta donde esperaba la infantería pesada, para una batalla en la que los rostros blancos no podían ni esperar un triunfo. Inthalas había aprendido de su padre.

Este sería un gran día de matanza. Volvió a reír.

Inthalas había hecho su parte. Ahora era el momento de Sagant. Acabarían con aquellos barghastianos muy rápido. Volvió a contemplar el frente tormentoso. Sí, tendría que ser con premura. Las tripas negruzcas de las nubes parecían arañar el suelo, y ella pensó en humo. Pero no podía oler nada parecido a hierba quemada. No, esto era extraordinario, preocupante. Todavía estaba a más de una legua de distancia, pero se cernía veloz.

Negó con la cabeza y encaró a sus jinetes.

—Cabalgaremos hasta un punto ventajoso en cuanto comience la batalla. Y si algún barghastiano huye, os doy permiso para cazarlo. Lo habéis hecho bien, los idiotas han caído, no se lo esperaban, incluso ahora el gran pueblo que han dejado atrás seguro que arde ante el ataque de Cetro.

Ante aquello observó sonrisas gélidas.

—Quizás —añadió— podamos capturar unos cuantos aquí, y arrojar sobre ellos los horrores que han acometido sobre nuestros parientes inocentes.

Esto les agradó todavía más.

Bedit había visto cómo uno de los jinetes desapareció al otro lado del risco, y aquello le golpeó con una súbita sensación de incomodidad. ¿Qué motivo había para ello, excepto para unirse a otra tropa escondida en el hueco de detrás? De nuevo, podía ser que todos esperaran allí agachados, cientos de palurdos aterrorizados.

Se levantó despacio, y sintió el retumbar bajo sus pies.

Bedit miró la tormenta, y abrió mucho los ojos. Las enormes e hinchadas nubes se agitaban y se alzaban. Muros de polvo o lluvia caían en la distancia entre ellos y la tierra, pero no (como uno esperaría) en un solo frente; en vez de ello, incontables muros que cambiaban como cortinas en

una hilera quebrada de ángulos bizarros. Y pudo ver entonces una espuma blanca tambalearse en la base de los muros.

Granizo.

Pero si era cierto, entonces aquellas piedras de hielo tenían que ser del tamaño de un puño, incluso más grandes, porque de lo contrario no sería capaz de verlas a aquella distancia. El golpeteo bajo sus pies sacudió toda la colina. Observó a los akrynnai y vio que cabalgaban hacia él.

¡Que sea bajo el granizo y los relámpagos! Tiró la cabeza hacia atrás y aulló una advertencia a Talt y los demás, recogió la lanza y corrió colina abajo para encontrarse con ellos.

Justo alcanzó las filas cuando los jinetes akrynnai aparecieron tras los barghastianos, y entonces en ambos lados, acercándose a toda velocidad desde distintos flancos para formar un círculo de tres lados. Bedit maldijo y encaró la colina que había descendido. Los exploradores estaban allí, pero apartados a un lado, y mientras los miraba y medio escuchaba los gritos de desaliento de sus compañeros guerreros a través del tumulto de truenos, vio las primeras hileras de soldados a pie aparecer sobre el risco. Escudos rectangulares, hachas en forma de pincho, yelmos de hierro con visores y guardas para la nariz, presentaban una sólida línea que avanzaba paso a paso. Fila tras fila llegaban a la elevación.

Tenemos la batalla que tanto deseábamos. Pero será nuestra última lucha. Aulló desafiante. A su lado, asombrado, consternado, el joven Talt se encogió ante el grito de Bedit.

Talt se puso derecho y desenvainó.

—¡Les mostraremos cómo pelean los guerreros de verdad! —Señaló a los soldados que se aproximaban—. ¡Nith’rithal! ¡Cargad!

Inthalas se quedó sin aliento y abrió mucho los ojos. Los barghastianos cargaban contra los soldados a pie en una masa furiosa, colina arriba. Cierto, eran más grandes, pero contra la fila disciplinada no encontrarían nada más que un muro de hierro y hachas descendentes.

Esperaba que se asustaran, que se retiraran, y las filas akrynnai avanzarían entonces, presionando a los salvajes hasta su huida. Y en esta huida, la caballería los barrería, las flechas los masacrarían, mientras que al otro lado de la cuenca los lanceros apuntarían las armas y caerían en una carga contra el rostro de aquellos barghastianos a la retirada.

Nadie escaparía.

Truenos, fogonazos de luz, un terrible rugido. Sus ojos seguían fijos en la carga de los barghastianos.

Impactaron contra las filas akrynnai, Inthalas gritó de asombro cuando la primera hilera pareció desvanecerse bajo la masa enloquecida de los enormes barghastianos que atacaban con las espadas. Los escudos se quebraron. Fragmentos de cascos saltaron por los aires. Las tres hileras frontales retrocedieron ante el impacto. Los cortes y el estallido sonaron junto a los gritos de dolor y rabia, y vio la legión akrynnai retroceder mientras los barghastianos presionaban los flancos frontales cada vez más para romper la formación. Faltaban instantes para que se separaran, partidos por la mitad.

Sagant seguramente vio lo mismo desde su posición con los lanceros. En número, los barghastianos igualaban a los soldados de a pie, y su ferocidad era asombrosa. La negrura se tragaba el día, y los estallidos de luz del oeste otorgaban instantes de claridad congelada mientras la batalla sucedía por todas partes. Flechas que caían sobre las filas

barghastianas oleada tras oleada. El descenso de Sagant y sus lanceros cerró rápido en los enemigos más cercanos, que parecieron indiferentes a la amenaza tras sus espaldas mientras seguían presionando a sus camaradas enfrente, tratando de avanzar frenéticos.

Pero aquello tenía sentido. Si separaban la legión akrynnai, los barghastianos tendrían una salida, y en medio del caos los lanceros terminarían empotrados contra la infantería, y los arqueros tendrían que disparar en la penumbra con cuidado para distinguir enemigo de amigo. Todo orden, y con este el mando, se perdería.

Ella miró con fijeza, todavía incrédula, cómo la legión cedía. Los barghastianos formaron una cuña y presionaron todavía más.

Si el enemigo pasaba al otro lado, por un instante sin disputa, podrían darse la vuelta y preparar las armas. Incluso podrían contraatacar, masacrando a los soldados de infantería desordenados y a los lanceros enredados.

Inthalas encaró a sus treinta y pico exploradores.

—¡Cabalgad conmigo!

Y los condujo por la loma, avanzaron al galope, para posicionar a la tropa al otro lado de la posible fisura de la legión.

—Cuando los barghastianos se abran paso cargamos, ¿entendido? Flechas y luego sables, contra la punta de la cuña. Los retrasamos, los detenemos, los bloqueamos. ¡Si es necesario con nuestros caballos y cuerpos muertos, los bloqueamos!

Pudo ver una tercera parte del ala de jinetes arqueros avanzando hacia el este, respondían a la amenaza, pero quizá no llegarían a tiempo.

¡Putos bárbaros!

Inthalas, tercera hija de Cetro, se alzó sobre los estribos, la mirada fija en las filas menguantes de la legión. *Hijos*

míos, vuestra madre no os dará la bienvenida de vuelta a casa. Nunca más verá vuestros rostros. Nunca…

Un impacto hizo tambalearse a los caballos. Una erupción en el suelo, observó unas figuras dando vueltas en el aire, arrojadas a lo lejos cuando la tormenta golpeó contra el flanco de las colinas al oeste, tronó y sacudió los montes, tragándoselo todo. Inthalas, trató de mantener su posición en el caballo, miró con horror la furiosa cresta de enormes rocas y piedras caer sobre el risco más cercano…

Algo enorme y sólido se cernió con la siguiente nube. Llenaba medio cielo. En la base formaba una ola por delante, como si arrancara la mismísima tierra. La avalancha descendió por la cima y por toda la loma de la cuenca con un brutal rugido.

Un ala entera de jinetes arqueros fue simplemente engullida por la destrucción, y entonces la primera de las rocas quebradas (mucho mayores que el carro de un mercader) cayó en medio de la masa de barghastianos y akrynnai. Las rocas rodaban y rebotaban aplastando y destrozando cuerpos que salían despedidos al aire.

En aquel instante los relámpagos impactaron. Azotes de hojas actínicas que rasgaban desde la oscura y pesada nube, trazaban negruzcos caminos a través de los lanceros de Sagant y los montones de soldados de infantería. El aire estaba inundado de fragmentos chamuscados, cuerpos como antorchas, mujeres, hombres, caballos, rayos que danzaban de hierro a hierro en una enloquecida y aterradora red de destrucción ardiente. La carne estallaba en explosiones de fluidos en ebullición. El cabello prendía como matojos secos…

Alguien chillaba en su oído. Inthalas se giró e hizo un gesto. Tenían que largarse. Lejos de la tormenta, lejos de la masacre. Tenían que…

Luz blanca ensordecedora. Agonía, y después…

Como si la espada de un dios hubiera descendido sobre las colinas al otro lado del valle, no quedaba ni un solo risco. Algo monstruoso e inexorable había empujado aquellas cumbres hacia abajo, al valle, había sepultado el campamento Cazaserpientes en una masa de escombros mortales. Aquí y allá, Tool pudo ver restos visibles entre las piedras resquebrajadas. Secciones destrozadas de piel, rasgones de tela, abalorios de cuerda y manojos de plumas, lanzas de estandartes rotas. Y también había carne retorcida, aunque ahora solo quedaban los huesos blanquecinos, rotos, aplastados, astillados. Incluso peor, en la mente de Tool, era el pelo negro, arrancado a mechones del cráneo por los picos de los cuervos, y ahora el viento soplaba por la pendiente ante ellos.

Riggis se apoyó sobre un Bakal mudo y ahora miraba con intensidad la escena pesadillesca. Tras un instante se sacudió y escupió.

—¿Este es nuestro enemigo, caudillo? ¡Bah! ¡Un terremoto! ¿Debemos combatir contra las piedras y la tierra? ¿Apuñalar las colinas? ¿Que te supliquemos que nos alejes de la furia de la tierra? —Desenvainó su sable—. ¡Ya basta de hacernos perder el tiempo! Enfréntate a mí, Onos Toolan. ¡Desafío tu derecho a liderar a los barghastianos de rostro blanco!

Tool suspiró.

—Usa tus ojos, Riggis. ¿Qué temblor de la tierra no deja grietas? ¿No mueve colinas sin remover las raíces? ¿Desplaza tres, quizá más, túmulos por la llanura, y cada uno de estos ha terminado en este valle, cada uno en el corazón del campamento Cazaserpientes? —Señaló al camino del norte del valle—. ¿Qué terremoto ataca a los

barghastianos que huían por centenares? ¿Los ves, Riggis, esa carretera, ese camino de huesos?

—Un ataque akrynnai, se aprovecharon del estado de pánico de los supervivientes. ¡Responde a mi desafío, cobarde!

Tool contempló al enorme guerrero. Todavía no tenía treinta, y su cinto ya estaba repleto de trofeos. Se giró a los demás y alzó la voz.

—¿Alguno de vosotros desafía a Riggis y a su deseo de ser caudillo de los barghastianos de rostro blanco?

—Todavía no es caudillo —ladró Bakal.

Tool asintió.

—¿Si matara a Riggis aquí y ahora, desenvainarías y me desafiarías, Bakal? —Contempló a los demás—. ¿Cuántos buscáis lo mismo? ¿Debemos derramar más sangre barghastiana sobre este ruinoso cementerio de Cazaserpientes? ¿Así es como honráis a vuestros caídos rostros blancos?

—No te seguirán —exclamó Riggis, con un brillo en la mirada—. A menos que respondas a mi desafío.

—Ah, y por lo tanto, si respondo, Riggis, ¿me seguirán entonces?

La risa del guerrero senan fue burlona.

—Todavía no estoy listo para hablar por ellos…

—Acabas de hacerlo.

—No malgastes más palabras vacías, Onos Toolan. —Adoptó una postura y preparó la espada de hoja ancha, los dientes brillaban en medio de la barba trenzada con cuentas.

—Si fueras caudillo, Riggis —preguntó Tool, todavía relajado, las manos a los lados—, ¿matarías a tus mejores guerreros para demostrar tu derecho a liderar?

—¡A cualquiera que se atreviera a oponerse, sí!

—Entonces, mandarías a costa de la lujuria por el poder, no por un deber con tu gente.

—Mis mejores guerreros —respondió Riggis—, no tendrían causa alguna para desafiarme, en primer lugar.

—Lo harían, tan pronto como decidieran llevarte la contraria, Riggis. Esto lo tendrás siempre metido en la cabeza. Con cada decisión que tomes, te descubrirás calculando los riesgos, y no pasará mucho tiempo hasta que necesites reunir una cohorte de cómplices. Aquellos cuya lealtad has comprado con favores. Y te quedarás como una araña en medio de tu tela, asustado ante cualquier temblor de la seda. ¿Cuánto confías en tus amigos, sabiendo que los has comprado? ¿Cuánto pasará antes de que te descubras complaciendo cualquier brote de placer que surja entre tu gente? De pronto, el poder que tanto ansiabas demostrará ser una prisión. Buscas complacer a los demás y por ende no lo harás con nadie. Buscas en la mirada de aquellos más cercanos a ti, preguntándote si puedes confiar en ellos, preguntándote si sus sonrisas son máscaras de mentiras, preguntándote qué dicen a tus espaldas…

—¡Basta! —rugió Riggis, y cargó.

La espada de sílex apareció como si la hubiera invocado en las manos de Tool. Pareció titilar.

Riggis se tambaleó hacia un lado y cayó postrado en una rodilla. Su sable roto rebotó en el suelo a cuatro pasos de distancia, la mano del guerrero apretaba todavía el mango con fuerza. Parpadeó al mirar su propio pecho, como si buscara algo, y la sangre brotó del muñón en su muñeca, aunque el flujo menguaba. Con la mano que le quedaba se tocó un largo tajo en la pechera de cuero curtido, donde el leve brillo de la sangre comenzó a formar pequeños charcos. Un corte justo encima de su corazón.

Miró a Tool, perplejo, y cayó de culo.

Un instante después Riggis se desplomó de lado, y no volvió a moverse.

Tool miró a Bakal.

—¿Deseas ser caudillo, Bakal? Si es así, todo para ti. Renuncio al mando de los barghastianos de rostro blanco. A vosotros —encaró a los demás—, a cualquiera de vosotros. Seré el cobarde que queréis que sea. Porque alguien tiene que ser el responsable de lo que se aproxima, no yo, no más. Mis últimas palabras como caudillo son estas: reunid a los barghastianos de rostro blanco, reunid a todos los clanes y marchad al Imperio de Lether. Buscad refugio. Un enemigo mortal ha vuelto a estas llanuras, un enemigo ancestral. Estáis en una guerra que no podéis vencer. Abandonad esta tierra y salvad a vuestra gente. U os quedáis, y los rostros blancos morirán. —Pasó la punta de su espada por la hierba, y entonces la enfundó en la vaina que tenía bajo el brazo izquierdo—. Un guerrero digno está muerto. Los senan han sufrido una pérdida hoy. La culpa es mía. Ahora, Bakal, tú y los demás podéis pelearos por el premio, y aquellos que caigan no podrán culparme.

—No te desafío, Onos Toolan —repuso Bakal, humedeciéndose los labios.

Tool se encogió.

En el silencio a continuación, ninguno de los demás guerreros habló.

Maldita sea, Bakal. Casi era… libre.

Bakal habló de nuevo.

—Caudillo, sugiero que examinemos a los muertos al final del valle, para determinar qué arma acabó con ellos.

—Me llevaré a los barghastianos de esta llanura —dijo Tool.

—Los clanes se romperán, caudillo.

—Ya está sucediendo.

—Solo tendrás a los senan.

—¿Seguro?

Bakal se encogió de hombros.

—No hay valor alguno en que mates a mil guerreros senan. Jamás había visto una hoja tan rápida. Deberíamos estar furiosos contigo, pero te seguiremos.

—¿Incluso si soy un líder sin favores que conceder, Bakal, sin lealtad que pueda comprar de ninguno de vosotros?

—Quizás eso ha sido cierto, Onos Toolan. En ello, pareces ser… justo. Pero no tiene por qué seguir tan… vacío. Por favor, debes decirnos lo que sabes de este enemigo. Quién ataca con rocas y tierra. No somos imbéciles que se enfrentarían a ciegas contra aquello que no podemos ni esperar vencer…

—¿Qué hay de las profecías, Bakal? —Tool sonrió, un gesto lúgubre hacia la mirada fruncida del guerrero.

—Siempre abiertas a interpretación, caudillo. ¿Nos lo contarás?

Tool hizo un gesto hacia el valle.

—¿Acaso esto no muestra una elocuencia suficiente?

—Compra nuestra lealtad con la verdad, Onos Toolan. Concédenos una medida justa.

Sí, así es como uno lidera. Cualquier otra cosa es sospechosa. Cualquier otro camino acaba siendo un laberinto de engaños y cinismo. Tras un instante, asintió.

—Vamos a ver más de cerca a los Cazaserpientes.

El sol estaba bajo en el horizonte cuando los dos exploradores llegaron ante Maral Eb, donde descansaba sentado junto a un fuego de heces sobre el que se cocinaban unos pinchos de carne de caballo. Los exploradores eran ambos jóvenes y él no conocía sus nombres, pero el nerviosismo que vio en sus rostros atrajo su atención. Señaló a uno de los dos.

—Tú, habla, y rápido, estoy a punto de comer.

—Una partida de guerra senan —dijo el explorador.

—¿Dónde?

—Estábamos rastreando de vuelta a los Cazaserpientes, caudillo. Están acampados en una cuenca a menos de una legua de aquí.

—¿Cuántos?

—Cien, no más. Pero, caudillo, hay algo más.

—¡Suéltalo ya!

—Onos Toolan está con ellos.

Maral Eb se puso rígido.

—¿Estás seguro? ¿Escoltado por solo un centenar? ¡Iluso!

Sus dos hermanos pequeños llegaron a toda prisa ante sus palabras y Maral Eb les sonrió.

—Preparad a los guerreros. Comeremos de camino.

—¿Estás seguro de esto, Maral? —preguntó su hermano pequeño.

—Atacamos —espetó el caudillo—. En la oscuridad. Los masacramos. Pero aseguraos de que todos los guerreros entienden esto: nadie mata a Tool. Heridlo, sí, pero no lo matéis. Si alguien mete la pata haré que lo despellejen y lo cocinen en un espetón. Vamos, apresuraos, ¡los dioses nos sonríen!

El caudillo barahn condujo a sus cuatrocientos guerreros a través de las llanuras a un trote veloz. Uno de los dos exploradores avanzaba a buen ritmo a unos veinte pasos por delante, manteniéndolos en el sendero, el resto estaban desplegados por los flancos. La luna todavía tenía que salir, e incluso cuando lo hiciera, sería débil, velada en una neblina perpetua. En estas noches la iluminación más brillante provenía de los rasgones jades al sur, y aquello apenas creaba sombras.

El escenario perfecto para una emboscada. Ninguna de las demás tribus sabría jamás la verdad. Al fin y al cabo, con Tool y un centenar de, sin duda, guerreros de élite muertos, los senan quedarían dañados, y el clan barahn alcanzaría una ascendencia rápida en cuanto Maral Eb lograra el estatus de caudillo sobre todos los barghastianos de rostro blanco. ¿Y no estaba acaso en el interés de todos los guerreros barahn esconder la verdad? La situación era ideal.

Armas y armaduras listas, cubiertas para evitar cualquier ruido inadvertido, y el ejército se desplazaba en silencio. No pasó mucho tiempo hasta que el explorador en cabeza volvió presto hasta la columna principal. Maral Eb hizo un gesto y sus guerreros se detuvieron tras él.

—La hondonada está a unos doscientos pasos ahí delante, caudillo. Hay hogueras prendidas. Habrá centinelas…

—No me digas cómo hacer las cosas —espetó Maral Eb con un gruñido. Acercó a sus hermanos—. Sagal, toma a tus Partecráneos al norte. Kashat, lleva a los tuyos al sur. Quedaos a unos cien pasos de los centinelas, contra el suelo, y formad una media luna de a seis. No hay modo alguno de matar a esos centinelas en silencio, por lo que la sorpresa no será absoluta, pero tenemos muchas más unidades, por lo que no importa. Conduciré a mis doscientos justo en medio. Cuando escuchéis mi grito de guerra, hermanos, levantaos y atacad. Nadie debe escapar, así que dejad medio centenar desplegados tras vuestras filas. Puede que los empujemos hacia el oeste, así que aseguraos de virar vuestras medias lunas para cerrar esa ruta. —Se detuvo—. Escuchadme bien. Esta noche rompemos una de las leyes más sagradas de los rostros blancos, pero la necesidad fuerza nuestra mano. Onos Toolan ha traicionado a los barghastianos. Nos deshonra. Por ello prometo reunir a los clanes, conducirlos a la gloria.

Las caras a su alrededor estaban en penumbra, pero pudo ver el brillo en sus miradas. Estaban con él.

—Esta noche manchará nuestras almas de negro, hermanos, pero nos pasaremos el resto de nuestras vidas purificándolas. ¡Adelante!

Onos Toolan estaba sentado frente a los últimos rescoldos de un fuego. El campamento estaba en silencio, las verdades que había dicho se hundían en los corazones como las llamas que restallaban en la hoguera.

La edad podía convertir en humilde a la persona más grande, cuando los autoengaños quedaban relegados. Incluso en Genabackis, los rostros blancos se habían pavoneado de que su cultura llegaba a un final; de que habían sido expulsados a tierras inhóspitas; de que las granjas y las ciudades se alzaban en la tierra que ellos habían considerado sagrada, o suya por derecho como tierras de caza o de pastura. A su alrededor, el futuro mostraba rostros más lúgubres y más mortales de lo que ningún rostro blanco podría alcanzar jamás. Cuando Humbrall Taur los condujo allí, a aquel continente, lo hizo con la comprensión absoluta de que la extinción aguardaba a los barghastianos si se quedaban en Genabackis, asediados por el progreso.

Las profecías jamás tocaban estos temas. Por naturaleza, eran proclamaciones de egotismo, abundantes de orgullo y destinos audaces. Sin embargo, Humbrall Taur se las apañó para darle un audaz giro al hacer uso de estas.

Lástima que esté muerto, me hubiera gustado estar junto a él antes que en este lugar. Hubiera...

Tool retuvo el aliento y alzó la cabeza. Extendió una mano y la puso sobre la tierra, y despacio cerró los ojos. *Ah, Hetan... hijos míos... perdonadme*.

El imass se levantó y se giró hacia el otro fuego.

—Bakal.

El guerrero lo miró.

—¿Caudillo?

—Desenfunda tu daga, Bakal, y ven a mí.

El guerrero no se movió durante un rato, y después se levantó al mismo tiempo que sacaba el cuchillo de destripar de la funda. Avanzó cauteloso, incierto.

Mis guerreros… ya se ha derramado suficiente sangre.

—Hunde el cuchillo bien hondo, justo bajo mi corazón. Cuando caiga, comienza a gritar estas palabras, tan fuerte como puedas. Grita «¡Tool está muerto! ¡Onos Toolan ha caído! ¡Nuestro caudillo ha muerto!». ¿Me has entendido, Bakal?

El guerrero, con los ojos bien abiertos, dio un paso atrás, despacio. Otros que habían escuchado las palabras se levantaron y comenzaron a acercarse.

Tool volvió a avanzar sobre Bakal.

—Deprisa, Bakal. Si valoras tu vida y la de los tuyos aquí presentes. Debes matarme ya, ¡vamos!

—¡Caudillo! Yo no…

Las manos de Tool salieron disparadas, se cerraron sobre la mano y la muñeca derecha de Bakal.

El guerrero contuvo el aliento, y trató de liberarse, pero contra la fuerza de Tool era inútil. El imass lo acercó.

—Recuerda, grita mi muerte, es vuestra única esperanza…

Bakal trató de soltar su agarre del cuchillo, pero la enorme mano plana de Tool rodeó la suya como lo haría un adulto con un niño. La otra se cerró sobre la muñeca y la condujo inexorable hacia delante.

La punta de la hoja tocó la armadura de cuero de Tool.

Entre gemidos, Bakal trató de tirarse hacia atrás, pero el brazo atrapado no se movía. Trató de caer de rodillas, y se

dislocó el codo con un chasquido. Aulló de dolor.

Los demás guerreros, que habían estado inmóviles, corrieron hasta ellos.

Pero Tool no les dio tiempo. Hundió la daga en su pecho.

Un dolor súbito y cegador. Soltó la muñeca de Bakal, se tambaleó hacia atrás y miró el cuchillo hundido en su pecho hasta la empuñadura.

Hetan, amor mío, perdóname.

A su alrededor todo eran chillidos. Horror, confusión aterradora, y entonces, arrodillado, Bakal levantó la mirada y se encontró con los ojos de Tool.

El imass había perdido la voz, pero trató de implorar al hombre con los ojos. ¡Grita mi muerte! ¡Que los espíritus me lleven, grita bien alto! Se tambaleó, perdió pie y cayó con pesadez de espaldas.

Muerte, había olvidado su amargo beso. *Tanto... tanto tiempo*.

Pero conocí un don. Saboreé el aire en mis pulmones... tras tanto tiempo... tras eras de polvo. El dulce aire del amor... pero ahora...

Rostros teñidos por la noche se arremolinaron sobre él, la pintura blanca como hueso.

¿Calaveras? Ah, mis hermanos… somos polvo…

Polvo, y nada más que...

Escuchó gritos, alarma que surgía del campamento senan. Maral Eb maldijo y se levantó, vio a los centinelas con claridad. Todos volvían al campamento.

—¡Maldigo a los dioses! Debemos cargar…

—¡Escucha! —gritó el explorador—. ¡Caudillo! ¡Escucha lo que dicen!

—¿Qué?

Y entonces lo oyó. Abrió los ojos lentamente. ¿Podía ser cierto? ¿Los senan se habían ocupado de sus propios asuntos?

¡Por supuesto que sí! ¡Eran barghastianos! ¡Rostros blancos! Levantó la espada en el aire.

—¡Barahn! —rugió—. ¡Escuchad las palabras de vuestro caudillo! ¡Enfundad las armas! ¡El traidor ha caído! ¡Onos Toolan ha muerto! ¡Vayamos a encontrarnos con nuestros hermanos!

Las voces aullaron como respuesta.

Tendrán a alguien al mando, no se dejarán dominar tan rápido. Puede que al fin y al cabo derrame sangre esta noche. Pero nadie me enfrentará durante mucho tiempo. Soy Maral Eb, asesino de cientos.

El camino está abierto.

Abierto.

El caudillo barahn condujo a sus guerreros hacia la hondonada. Para reclamar su premio.

Hetan se despertó en medio la noche. Miró con fijeza hacia arriba, los ojos abiertos pero sin ver, hasta que se llenaron de lágrimas. El aire de la yurta era rancio, la oscuridad pesaba y ahogaba como un velo. *Mi esposo, he soñado el vuelo de tu alma... he soñado su roce en mis labios. Un instante, solo ha sido un instante, y entonces como si un vasto viento se la hubiera llevado*.

Escuché tu grito, esposo.

Oh, qué sueño más cruel, amado.

Y ahora... huelo polvo en el aire. Pieles podridas. El sabor seco de la muerte ancestral.

Su corazón latía como el tambor de una plañidera en el pecho, con fuerza, cada latido se alargaba con cada aliento

que tomaba. *Ese sabor, ese olor.* Se llevó una mano a los labios. Y sintió como arenilla en ellos

Oh, amado, ¿qué ha pasado?

¿Qué le ha pasado…?

¿A mi marido, al padre de mis hijos, qué ha ocurrido?

Soltó un suspiró rasgado, y se obligó a expulsar el extraño temor. Aquel cruel sueño.

De la sala exterior, el gemido bajo de un perro, y un instante después su hijo lloriqueó y soltó un berrinche.

Y ella supo la verdad. Una verdad tan cruel.

Ralata se agachó en la hierba alta y observó a las figuras reunidas alrededor del lejano fuego. Nadie se había movido en el rato que llevaba allí. Pero los caballos tironeaban de las estacas y desde allí podía oler su pavor. Y no lo entendía ya que no podía ver ninguna amenaza proveniente de ninguna dirección.

Aun así, era extraño que ninguna de sus hermanas hubiera despertado. De hecho, estaban inmóviles.

La confusión fue reemplazada por incerteza. Algo iba mal.

Miró hacia atrás, en la hondonada donde esperaba su caballo. El animal parecía bastante calmado. Recogió sus armas, se levantó y avanzó.

Hessanrala podía ser una idiota tozuda, pero conocía su papel tan bien como cualquier otra guerrera ahkrata. Debería estar ya en pie, atraer a las demás con gestos silenciosos. ¿Era una serpiente deslizándose entre los cascos de los caballos? ¿Un olor en el viento?

No, algo iba muy mal.

Al acercarse a unos diez pasos, pudo oler la bilis derramada en charcos, y la sangre.

Con la boca seca, Ralata se arrastró más cerca. Estaban muertas. Eso estaba claro. Había fracasado al protegerlas.

Pero ¿cómo? ¿Qué tipo de asesino podía aproximarse a cinco guerreras barghastianas? En cuanto cayó la noche, ella se había acercado lo suficiente para verlas preparar el campamento. Las había observado cepillar a los caballos; las vio comer y beber cerveza del pellejo de Hessanrala. No habían establecido centinela alguno, confiaban en los caballos si aparecía algún peligro cercano. Pero Ralata se había quedado despierta, incluso había visto cuando los caballos se despertaron alarmados.

Bajo el hedor de la muerte había algo más, una amargura aceitosa que le recordaba a las serpientes. Observó los movimientos de las monturas akrynnai. No, no estaban espantadas de una serpiente en la hierba. Las cabezas alzadas, las orejas de un lado para otro, los ojos enloquecidos.

Ralata se acercó a un fuego. Una vez encendidos, los excrementos quemados ardían con calidez pero no con mucha luz, y se convertían muy rápido en ladrillos de cenizas pulsantes; en el tenue y estridente resplandor pudo ver la sangre fresca, la carne brillante de los cadáveres cercenados.

No había tajos de cuchillos. No, eran heridas cometidas por las garras de una enorme bestia. ¿Un oso? ¿Un gato de montaña? En ese caso, ¿por qué no arrastrar por lo menos un cuerpo y… alimentarse? ¿Por qué ignorar los caballos? ¿Y cómo es que Ralata no había visto nada? ¿Cómo era que nadie más había logrado un chillido entre estertores?

Destripadas, degolladas, los pechos abiertos. Vio costillas sobresalir con cortes limpios. Garras afiladas como espadas. ¿O quizás espadas? Todo aquello le recordó a, años atrás, en el lejano continente que habían llamado hogar, visiones de gigantes no muertos, lagartos bípedos. k’chain che’malle, colocados en filas silenciosas en la ciudad llamada Coral. Espadas en el extremo de sus muñecas en vez de manos.

Pero no, las heridas que veía parecían distintas. Entonces ¿qué había activado aquel recuerdo?

Ralata inspiró despacio, respiró hondo, dejó que los sabores acres entraran en ella. *Sí, el olor. Sin embargo, hace mucho tiempo era más... rancio, hedía a muerte*.

Pero el toque en la lengua es el mismo.

Los caballos relincharon, daban tirones hacia atrás con la cabeza para tratar de liberarse de las ataduras. Una leve corriente de aire, el susurro de unas alas.

Ralata se arrojó plana al suelo, rodó, se metió bajo las patas de los caballos. Cualquier cosa entre ella y lo que fuera que planeaba.

Golpeteos en el aire, un siseo cuarteado. Miró hacia la noche, vislumbró una enorme silueta alada que devoraba las estrellas. Un fogonazo y desapareció.

Los cascos la golpearon y después se calmaron.

Ella escuchó una risa en su cabeza. No la suya, algo frío, despectivo, que se desvanecía en la distancia, hasta que incluso el eco se perdió.

Ralata se puso en pie. La cosa había volado hacia el nordeste. Por supuesto, era imposible rastrear a una criatura así, pero por lo menos tenía una dirección.

Había fracasado al proteger a sus parientes. Sin embargo, quizá podía vengarlas.

Las Tierras Yermas era un nombre adecuado, pero Torrente siempre lo había sabido. La última vez que encontró agua había sido dos días atrás, y los pellejos atados a la silla aguantarían no más de otro día. Viajar de noche era la única opción, ahora que todo el calor del verano había llegado, pero su caballo estaba quedándose flacucho, y todo lo que podía ver bajo la tenue luz de la luna era una enorme y

plana extensión de arcilla cocida por el sol y fragmentos de piedra rota.

La primera noche tras la puerta y la partida con Cafal y Setoc había llegado a una torre derruida, destrozada como un colmillo podrido, las paredes de la misma parecían haberse derretido bajo un terrible calor. La destrucción era tan completa que no quedaba ni una sola ventana ni revestimiento alguno, y la mayor parte del esqueleto estructural era visible como una celosía colgante con pedazos de alambre de hierro enredado. Jamás había visto nada parecido, y un miedo supersticioso evitó que se acercara.

Desde entonces, Torrente no había descubierto nada de interés, nada que rompiera la monotonía del paisaje árido. Sin montes, sin colinas, ni siquiera los restos de senderos, carreteras o caminos de cabras, como uno solía descubrir en lezna'dan.

Casi amanecía cuando llegó a una forma abultada frente a él, en medio de su ruta, apenas se levantaba de la roca quebrada. Pieles enredadas, una piel desgarrada y descolorida sobre unos hombros hundidos. Cabello gris muy fino que parecía flotar en la cabeza cuando el suave viento lo mecía. Una falda fajada de tiras podridas de piel de serpiente sobresalía de la figura sentada. Se acercó. La figura le daba la espalda a Torrente, el viento le removía el cabello y la ropa, permanecía inmóvil mientras él acercaba a su caballo y se detenía a cinco pasos.

¿Un cadáver? Por la erosionada coronilla bajo el escaso pelo, parecía serlo. ¿Pero quién dejaba tirado a uno de los suyos en aquel lugar sin vida?

Cuando la figura habló, el caballo de Torrente dio unos pasos atrás, con las narices dilatadas.

—El idiota. Le necesitaba.

La voz era arisca como la arena, hueca como una cueva esculpida por el viento. No sabía si pertenecía a un hombre o a una mujer.

Pronunció algo entre un suspiro y un rugido siseante, y preguntó:

—¿Qué voy a hacer ahora?

El guerrero lezna dudó, y contestó:

—Hablas el idioma de mi gente. ¿Eres lezna? No, no puedes serlo. Yo soy el último, y lo que viste…

—No tienes la respuesta entonces. La decepción no me es indiferente. La sorpresa es una emoción que hace mucho que no probaba, creo que he olvidado su sabor. Sigue tu camino pues, este mundo y sus necesidades es demasiado vasto para alguien como tú. Él lo hubiera calibrado mejor, pero está muerto. Tanta… irritación.

Torrente desmontó, y cogió una de sus pieles.

—Debes de estar sediento, antiguo.

—Sí, mi garganta está cuarteada, pero no hay nada que puedas hacer para remediarlo.

—Tengo un poco de agua…

—La necesitas mucho más que yo. De todos modos, es un gesto de amabilidad que te honra. Inútil, como todos los gestos.

Cuando caminó para encarar al antiguo, frunció el ceño. La mayor parte de la cara estaba oculta en una sombra proyectada por la frente, pero parecía estar adornada con tiras de cuentas o cuerdas. Captó el tenue brillo de los dientes y sintió un escalofrío. Hizo un gesto involuntario de protección con la mano que tenía libre.

Una risa como un rasgón.

—Tus espíritus de viento y tierra, guerrero, son mis hijos. ¿Crees que tales elementos funcionarían en mí? Pero espera, queda esto, ¿no? El largo hilo de sangre compartida entre nosotros. Puede que sea inútil, pensar tales cosas, pero si

alguien se ha labrado el derecho a ser inútil, desde luego soy yo. Por lo que cedo ante este… gesto.

La figura se levantó en un claqueteo de huesos que rasgaban en secos boquetes. Torrente vio los alargados huecos que eran pechos secos y marchitos, la piel parcheada y podrida; una tripa que colgaba, y en los pliegues habitaba una oscuridad impenetrable. Como si esta mujer estuviera tan seca por dentro como por fuera.

Torrente se humedeció los labios resecos, tragó con dificultad, y entonces habló en un tono susurrante.

—Mujer, ¿estás muerta?

—La vida y la muerte son un juego muy antiguo. Yo soy demasiado anciana para jugarlo. ¿Sabías que mis labios tocaron una vez los del Hijo de la Oscuridad? En nuestros días de juventud, en un mundo muy lejano a este. Lejano, sí, pero no muy distinto. Pero ¿qué valor tienen estas lúgubres lecciones? Vemos y hacemos, pero no sabemos nada. —Una mano disecada mariposeó en el aire—. El inútil se hunde un cuchillo en el pecho. Cree que así ya está solucionado. También sabe que nada, porque, como verás, yo no voy a dejarle escapar.

Las palabras, a pesar de ser tan confusas, provocaron un escalofrío en Torrente. El pellejo de agua colgaba de su mano, y su patético peso se burló de él.

Levantó la cabeza, y bajo aquella frente protuberante Torrente vio una tez de piel muerta estirada entre huesos prominentes. Pozos negruzcos le observaban coronando una sonrisa permanente. Lo que había creído como trenzas con cuentas eran jirones de carne, como si una bestia hubiera desgarrado el rostro de la anciana.

—Necesitas agua. Tu caballo necesita forraje. Ven, te guiaré para salvar vuestras patéticas vidas. Entonces, si tenéis suerte, encontraré un motivo suficiente para manteneros con vida.

Algo le dijo a Torrente que rechazar aquello era imposible.

—Me llamo Torrente —exclamó.

—Conozco tu nombre. El heraldo de un solo ojo me suplicó por ti. —Resopló—. Como si yo fuera conocida por mi clemencia.

—¿El heraldo de un solo ojo?

—El jinete muerto, surgido del vacío del Embozado. Hace poco logró algo de descanso. Un augurio tan hiriente como la risa de un cuervo, así es como llega Toc el Joven, ¿acaso no valoro la privacidad de mis sueños? Es un maleducado.

—También acecha en mis sueños, antigua…

—Deja de llamarme así. Es… impreciso. Llámame por mi nombre, el cual es Olar Ethil.

—Olar Ethil —preguntó Torrente—, ¿él volverá?

Ella ladeó la cabeza, en silencio por un rato.

—Como pronto descubrirán, para lamento suyo, la respuesta es sí.

La luz del sol se derramó sobre la grotesca escena. Bakal acunaba su brazo herido mientras esperaba de pie con media docena de senan. Tras él, el nuevo autoproclamado caudillo de los rostros blancos, Maral Eb, trataba de persuadir a sus guerreros para que se despertaran. La noche había sido larga. El aire apestaba a cerveza derramada y a vómito. Los barahn se levantaban entre toses y gruñidos, sin ganas de renunciar a su abandono.

Ante Bakal y los demás estaba la llanura donde antes habían construido su campamento. No quedaba ni una tienda, ni un solo fuego humeaba. Los senan, silenciosos, con rostros macilentos, estaban listos para emprender la marcha de vuelta a casa. Una escolta reticente para el nuevo caudillo. Estaban sentados en el suelo, observaban a los barahn.

Las moscas también despertaban. Los cuervos volaban en círculo y pronto descenderían para alimentarse.

El cuerpo de Onos Toolan había sido descuartizado, la carne separada del hueso y los pedazos esparcidos por todas partes. Los huesos habían sido machacados a conciencia, los fragmentos, desparramados. Habían aplastado el cráneo. Ocho guerreros barahn habían tratado de quebrar la espada de sílex y habían fracasado. Al final la echaron a un fuego de excrementos junto con las pieles y la ropa de Tool, y después, cuando todo había ardido, trataron de astillarla. No pudieron, pero la profanación estaba completa.

Por dentro, la rabia de Bakal supuraba humo negro y mordía como ácido en su alma. Y a pesar de toda su virulencia, no podía destruir el nudo de culpa en el centro de su ser. Podía sentir la empuñadura de la daga en la mano, podía jurar que el tacto seguía en su mano, y que abrasaba como ascuas. Se sintió enfermo.

—Tiene espías en nuestro campamento —dijo el guerrero tras él, la voz apenas un murmullo—. Las mujeres barahn casadas con senan. Y otros. La esposa de Stolmen, su madre. Conocemos el destino de Hetan. Y Maral Eb no nos permitirá viajar ante él. No confía en nosotros.

—Ni debería, Strahl —replicó Bakal.

—Si fuéramos más, y ellos menos.

—Lo sé.

—Bakal, ¿se lo decimos al caudillo? ¿El enemigo que describió Onos Toolan?

—No.

—Entonces nos conducirá a nuestras muertes.

Bakal miró con furia al guerrero.

—No los senan. —Contempló las caras frente a él, sopesó el efecto de las palabras y asintió—. Debemos separarnos.

—Ir al Imperio de Lether —repuso Strahl—, como dijo Tool. Negociar tratados para asentarnos, lograr la paz con los

akrynnai.

—Así es.

Volvieron al silencio, y de un modo inevitable, los ojos se posaron sobre la escena frente a ellos. El recién proclamado caudillo, los interminables gestos de victoria blasfema. La lúgubre mañana. La repugnante y maldita tierra. Los cuervos habían descendido y daban saltitos picoteando.

—Sufrirá la sanguaza y matarán a sus retoños —repuso Strahl, que escupió para limpiarse la boca de la hediondez de las palabras—. Ayer, Bakal, deberíamos habernos unido. Deberíamos haberla tomado. Uno de nuestros cuchillos podría haber probado la carne blanca de las gargantas de los infantes. Y ahora miramos. Cenizas en nuestra boca, polvo en nuestros corazones. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué nos ha ocurrido?

—Nos enseñó la carga de un hombre honorable, Strahl. Y sí, escuece.

—Te usó con crueldad, Bakal.

El guerrero fijó la mirada en la mano hinchada, y entonces negó con la cabeza.

—Le fallé. No lo entendí.

—Si le fallaste —gruñó Strahl—, entonces todos le fallamos.

En la mente de Bakal, no había modo de contradecirlo.

—Y pensar —murmuró—, que le llamamos cobarde.

Delante y tras ellos los cuervos danzaban.

Algunos caminos eran más fáciles de abandonar que otros. Muchos caminaban para buscar el futuro, pero solo hallaban el pasado. Otros deseaban el pasado, para cambiarlo, y descubrían que este no era para nada como lo habían imaginado. Uno podía andar en busca de amigos, y

encontrar nada más que extraños. Uno podía ansiar compañía pero solo descubrir una soledad cruel.

Unos pocos senderos ofrecían el obsequio del peregrinaje, un lugar para encontrar algo en el corazón, al final del trayecto.

También era cierto que algunos caminos nunca terminaban, y que el peregrinaje podía terminar siendo una huida de la salvación, y todas las cargas que cargabas tenías que llevarlas de vuelta al lugar de inicio.

Gota a gota, la sangre había erosionado la roca y la tierra. Gota a gota, el Camino de Gallan se abría. Débil, siempre al borde de la fiebre, Yan Tovis, reina de los temblor, comandante de miles de descorazonados y perdidos, ordenó que los miserables avanzaran. A ambos lados, las sombras se convertían en negrura, y seguían su camino.

El hambre asediaba a su gente. La sed los perseguía. El ganado comenzó a enfermar en una confusión abyecta, se tambaleó y murió. Había olvidado que este camino ancestral era uno que ella había escogido para aliviar el viaje, para pasar desapercibidos por el reino letherii. Había olvidado que debían abandonarlo, y ahora era demasiado tarde.

El camino era más que un camino. Era un río y su corriente aprisionaba, arrastraba todo lo que cargaba, y el ritmo se acrecentó cada vez más. Podía luchar, todos podían, y conseguir nada más que ahogarse.

Gota a gota, alimentaba el río, y el camino los arrastraba hacia delante.

Vamos a casa. ¿Quería yo esto? ¿Quería conocer todo lo que hemos abandonado? ¿Quería la verdad, un fin a los misterios de nuestros comienzos?

¿Era esto un peregrinaje? ¿Una migración? ¿Encontraremos la salvación?

Jamás había creído en tales cosas. La súbita bendición, el alivio bendito, eran intoxicaciones temporales, tan adictivas

como cualquier droga, hasta que uno ansiaba la huida del mundo consciente y vivo, palidecido en comparación, desprovisto de toda vida, de toda maravilla.

No era una profeta. Pero querían un profeta. No era sagrada. Pero deseaban su bendición. Su camino no prometía una ruta hacia la gloria. Y aun así la seguían sin cuestionárselo.

Su sangre no era un río, ¡pero fluía!

No había sentido del tiempo. No había forma de calcular el paso de la luz que marcara el anochecer, el amanecer y el atardecer. La oscuridad los rodeaba por completo, por delante y por detrás, negrura arremolinada en el aire acre, el sabor de las cenizas, el hedor de la madera chamuscada y de la roca resquebrajada por el calor. ¿Cuánto? No lo sabía.

Pero la gente tras ella caía. Moría.

¿Dónde queda el hogar? Está delante. ¿Dónde queda el hogar? Perdido tras nosotros.

¿Dónde queda el hogar? Está en medio, destripado y hueco, esperando a ser llenado de nuevo.

¿Dónde está Gallan?

Al final de este camino.

¿Cuál es la promesa de Gallan? Es el hogar. Necesito solucionar esto. Una y otra vez, la locura de dejarlo ir, locura. ¿La luz jamás volverá? Es lo gracioso: ¿la salvación está a nuestro alrededor, incluso si permanecemos ciegos a ella?

Porque creemos... que debe haber un camino. Un viaje, una ordalía, un lugar que encontrar.

Creemos en el trayecto. Y al creer en él lo construimos, piedra a piedra, gota a gota. Sangramos por nuestra fe, y con el brotar de la sangre la negrura se cierne...

—El camino a Gallan no es un camino. Algunos senderos... no lo son. La promesa de Gallan no es de aquí a

allá. Es de ahora a entonces. La oscuridad… la oscuridad proviene del interior.

Una verdad, y la mayoría de las certezas eran revelaciones.

Abrió los ojos.

Tras ella, gargantas resecas se abrían en coro de gemidos. Miles, el sonido rivalizaba con el fluir del agua negruzca en las orillas pedregosas, para precipitarse entre los troncos carbonizados que se agarraban a las laderas a la izquierda.

Yan Tovis estaba de pie en aquella orilla, sin ver el río que rugía frente a la puntera de las botas. Levantó la mirada, a través de la atmósfera moteada, para mirar hacia las silenciosas y penumbrosas ruinas de una enorme ciudad.

La ciudad.

Kharkanas.

Los temblor han llegado a casa.

Estamos… ¿estamos en casa?

El aire pertenecía a una tumba, a una cripta olvidada.

Y pudo ver, y lo supo. *Kharkanas está muerta*.

La ciudad está muerta.

Gallan, ciego, nos has mentido.

Yan Tovis aulló. Cayó de rodillas, en el agua helada del río Eryn.

—¡Mentiste! ¡Mentiste!

Las lágrimas brotaban de sus ojos, dibujaban surcos en sus mejillas. Perlas saladas que brillaban al precipitarse al río sin vida.

Gota a gota.

Para alimentar el río.

Yedan Derryg condujo a su montura hacia delante, los cascos aplastaban las piedras, relajó las riendas para que el animal pudiera beber. Sostenía el brazo herido y no dijo

nada cuando miró a la derecha y observó la figura arrodillada y doblada de su hermana.

Apretó con fuerza los músculos de la mandíbula bajo la barba, y se enderezó para echar un vistazo a las ruinas lejanas.

Tirón se acercó con pasos pesados tras él. El rostro joven parecía amoratado por la sorpresa.

—¿Hemos… caminado… hasta esto?

—El ciego Gallan nos dio un camino —respondió Yedan Derryg—. Pero ¿a qué se aferran los ciegos más que cualquier otra persona? Solo a aquello que es dulce a su mirada, las últimas visiones que tuvieron. Seguimos el camino a sus recuerdos. —Tras un instante, se encogió de hombros, reflexionó un rato y dijo—: En el nombre del Errante, ¿qué esperabas, bruja?

Su caballo había bebido suficiente. Recogió las riendas y alejó a la montura de la orilla, después la hizo virar.

—¡Sargento! Despliega a los soldados, el viaje ha concluido. Ocúpate de que monten el campamento. —Miró a las dos brujas— Vosotras dos, vendad las heridas de Crepúsculo y alimentadla. Volveré en un breve…

—¿Adónde vas?

Yedan Derryg miró con fijeza a Tirón durante un buen rato, y después hincó los talones en el caballo y pasó de largo a la bruja, descendió la orilla del riachuelo.

A unos mil pasos un puente de piedra sorteaba el río, y más allá se abría una amplia y sólida carretera que llevaba a la ciudad. Bajo el puente vio un tapón, tan sólido como para formar una barrera que empujaba al río hacia los lados, y creaba de este modo un extenso pantano que empapaba aquel lado del camino.

Al acercarse vio que la mayoría de los elementos del tapón consistían en barras de metal retorcidas y cables.

Obligó a la montura a reducir el paso, y cruzó el canal de cieno, al fin logró conducir al animal hacia el banco y de nuevo a la carretera.

Los cascos soltaban montones de fango que caían del puente. Siguiendo el cauce del río, al otro lado de la barrera, el arroyo estaba en calma, menguado en un afluente mucho más estrecho. A ambos lados había más ruinas oxidadas inidentificables.

En cuanto estuvo en el camino, fijó la mirada en la monumental puerta frente a él, pero algo en su extraña arquitectura hizo que le diera vueltas la cabeza, por lo que clavó los ojos en el horizonte a la derecha. Allí se elevaban unas torres gigantescas de unos edificios bajos que brotaban aquí y allá. No estaba seguro, pero pensó que podía vislumbrar volutas tenues y finas de humo de la cima de las torres. Tras un rato, decidió que lo que veía era el efecto del viento y corrientes ascendentes en aquellas chimeneas, que soltaban las cenizas de los pozos profundos en la base de estas.

En el camino ante él, aquí y allá, vio leves pilas de metal corroído, y el brillo de la joyería. Los cuerpos habían saturado aquellas vistas, pero los huesos se habían convertido en polvo hacía mucho tiempo.

La luz moteada generaba sombras enfermizas en las murallas exteriores de la ciudad. Y aquellas piedras, pudo ver entonces, estaban ennegrecidas por el hollín, una costra gruesa que resplandecía como la obsidiana.

Yedan Derryg se detuvo ante la puerta. La entrada estaba abierta, no había señales de barreras más allá de los goznes destrozados y reducidos a bultos corroídos. Vio una amplia calle más allá del arco, el polvo sobre el empedrado era tan negro como polvo de carbón.

—Adelante, caballo.

Y el príncipe Yedan Derryg cabalgó en Kharkanas.

LIBRO TERCERO

Solo el polvo danzara

Los muertos me han hallado en mis sueños
pescando a la orilla de lagos y en casas ajenas
que pudieron dar cobijo a familias desamparadas
en los placeres de la entereza
y deambulo junto a su natural compañía
en medio de dulces consuelos de alegría.
Los muertos me acogen con sabio alivio
y desprecian el despertar abandonado
que me abandona en esta nueva soledad
de ojos que abren y cortinas que se cierran.
Cuando los muertos me encuentran en mis sueños
veo que habitan los lugares más recónditos
desapegados del tiempo, atemporales como deseos.
La mujer acostada a mi vera oye mi suspiro
al amanecer y me pregunta por mí
mientras yazco en una apenada duermevela,
pero no habré de hablar de la soledad de esta vida
o de vacías costas que son hogar de pescadores
y las casas en las que ya nadie vivirá
que se alzan en esquemas necesarios
para construirnos lugares familiares para los muertos.
Un día habré de viajar a sus sueños
mas mi sonrisa nada de esto traiciona
y ella me verá en las oscuras aguas
en busca del revoloteo de la trucha, y viajaremos
a extraños paisajes en un instante eterno
hasta que me abandone en pos de la luz del día
pero así como los muertos saben que el arte de la pesca
trae su recompensa a la maravillosa esperanza
y a la eterna y amorosa paciencia, así pienso
que los dioses existentes
son los forjadores de los sueños y este es su regalo
este bendito río de la duermevela
en el que encontramos con maravilla a nuestros muertos
sabios son los sacerdotes y eruditos cuando dicen
que la muerte no es más que un sueño y que siempre viviremos
en los sueños de los vivos, pues a mis muertos
yo he visto en mis viajes nocturnos, y esto os digo:
Están todos bien.

Tonadilla del Sueño
Pescador

Capítulo 13

Al caer la noche arribaron a aquella tierra desamparada y vieron con amargura los seis lobos que les observaban desde la cresta del horizonte. Junto a ellos, un rebaño de cabras y una docena de ovejas negras. Despreciaron la potestad de los lobos sobre aquel lugar, ya que en su cabeza, la posesión de una tierra era la corona humana que nadie más tenía derecho a portar. Las bestias se conformaban con compartir las dificultades que supone la supervivencia, la caza y la presa. Tiernos eran los pescuezos de las cabras con sus berridos y las ovejas con sus balidos; y la despreocupación era una debilidad muy común en los rebaños. Lejos estaban aún de aprender las costumbres de aquellos intrusos bípedos. Muchas criaturas encontraban alimento en aquellos rebaños. A menudo los lobos compartían la comida con cuervos y coyotes, y más de una ocasión habían tenido para disputarse premios exquisitos con osos desmañados.

Al aproximarme a los pastores y a su casa sobre una planicie en el valle, descubrí seis calaveras de lobo empaladas en otras tantas picas a la puerta de entrada. En mis andaduras como juglar había aprendido a no preguntar. Al fin y al cabo, era esta una historia tejida en nuestra piel. Tampoco era necesario mencionar las pieles de oso en las paredes, los cueros de antílope y las cornamentas de alce. No moví un músculo a causa de la montaña de huesos de bhederin en la pila de desechos, o por los buitres muertos por los cebos de carne envenenada dispuestos para los coyotes.

Aquella noche canté y tejí relatos para el asentamiento, canciones de héroes y esplendorosas hazañas. Satisfechos se sintieron mis anfitriones, de mano en mano pasó la cerveza y bien gustosa fue la carne a la brasa.

Los poetas somos criaturas seductoras, capaces de meterse en la piel de un hombre, mujer, niño o bestia. Algunos portan marcas secretas que evidencian su culto a la naturaleza. Aquella noche vertí mi veneno y por la mañana dejé tras de mí una casa sin vida donde siquiera quedaba un perro que ladrase. Me senté en la cima de la colina con mi pipa e invoqué de nuevo a las bestias salvajes. Yo soy quien defiende su potestad sobre la tierra cuando ellas no pueden, y carezco de disculpa ante vuestra acusación de asesinato. Mas calmad vuestro horror, amigos míos: no existe ley universal que otorgue mayor valor a la vida humana que a la de una bestia salvaje. ¿Por qué habríamos de creer lo contrario?

Confesiones de Doscientos

Veintitrés cargos de justicia
Welthan el Juglar (también conocido como Cantacharangas)

Llegó bajo el disfraz de duque de una lejana fortaleza fronteriza, un lugar tan alejado que ninguna de nosotras podríamos albergar sospecha alguna. Su actitud, su duro semblante y su parquedad de palabras encajaron en la vaga idea de lo que esperábamos de semejante título. No podíamos negar que había algo raro en él, una especie de confianza raramente vista en la corte. Algo salvaje anidaba en su mirada, como lobos sujetos por cadenas. Las sacerdotisas accedieron con convicción.

—Y sin embargo, como más tarde descubrieron, su semilla era de lo más potente. Y no se trataba de un tiste andii.

Silchas Ruina removió las brasas con el palo. Las llamas se avivaron y un par de chispas se perdieron en la oscuridad. Rud contempló el rostro cadavérico del guerrero; la luz anaranjada parecía motearlo de fugaces instantes de vida.

Tras un instante, Silchas Ruina se reclinó y retomó el relato.

—Atraía el poder como astillas de hierro a la magnetita. Todo en él parecía… natural. Sus lejanos orígenes daban pie a cierta sensación de neutralidad. Ahora, en perspectiva, os puedo asegurar que Draconus era desde luego neutral. Sería capaz de usar todos y cada uno de los tiste andii para sus propósitos. ¿Cómo íbamos siquiera a imaginar que, en lo más profundo de sus intenciones, lo que residía era el *amor*?

La mirada de Rud se apartó de Silchas Ruina, pasó por encima del hombro derecho del tiste andii y se posó en los terribles tajos de jade del cielo nocturno. Trató de pensar qué decir, cualquier respuesta: algo irónico, o astuto, o cínico. Pero, ¿qué sabía él de un amor como el que Silchas

Ruina describía? Es más, ¿qué sabía él sobre este o cualquier otro mundo?

—Consorte de la Madre Oscuridad. Reclamó ese título con el tiempo, como si fuera un honor que hubiera perdido y jurado volver a ganar. —El guerrero de piel blanca resopló, los ojos fijos en las titilantes llamas—. ¿Quiénes éramos nosotros para desafiar semejante afirmación? Por aquel entonces los hijos de la Madre ya habían dejado de comunicarse con ella, no importaba lo que intentase. ¿Qué hijo no desafiaría al amante de su madre, ya fuese un antiguo amante o uno nuevo? —alzó la mirada y le ofreció a Rud una vaga sonrisa—. Esto al menos podrías intentar comprenderlo. Al fin y al cabo, Udinaas no fue el único amor de Menandore. Ni siquiera el primero.

Rud apartó la mirada de nuevo.

—No estoy seguro de que el amor tenga nada que ver.

—Quizá no. ¿Te apetece más té, Rud Elalle?

—No, gracias. Es un brebaje fuerte.

—Es necesario para el viaje que está por venir.

Rud arrugó el entrecejo.

—No te entiendo.

—Esta noche viajaremos. Hay cosas que debes ver. No es suficiente que te guíe por esta senda y… no espero un sabueso fiel que camine tras mis talones, quiero a un camarada a mi lado. Contemplar las cosas es aproximarse a la comprensión, y comprensión necesitarás en verdad a la hora de tomar tu decisión.

—¿Qué decisión?

—Por ejemplo, qué bando escogerás en la guerra que se avecina. Entre otras cosas.

—¿Otras cosas, como qué?

—Como qué posición adoptarás, y cuándo lo harás. Tu madre escogió a un mortal para que fuese tu padre por un buen motivo, Rud. De semejantes uniones surgen fortalezas

inesperadas: muchas veces, el resultado adquiere los mejores rasgos de ambos.

Rud se sobresaltó como una piedra que se quiebra en el fuego.

—Dices que me llevarás a distintos lugares, Silchas Ruina, pues no me deseas mal alguno, sino que quieres hacer de mí un sabueso leal que te siga sin rechistar. Y sin embargo, puede que yo elija no estar a tu lado. ¿Entonces, qué? ¿Y si acabase encontrándome en el bando opuesto al tuyo en esta guerra?

—En ese caso, uno de los dos morirá.

—Mi padre me dejó a tu cuidado. ¿Es así como traicionas su confianza?

Silchas Ruina mostró una hilera de dientes que componían una sonrisa exenta de humor.

—Rud Elalle, si tu padre te puso a mi cuidado, no fue porque confiase en mí. Me conocía demasiado bien para eso. Que esto sea tu primera lección. Tu padre comparte tu amor por los imass del Refugio. En caso de que se pierda la guerra, ese reino será aniquilado junto con todo ser viviente en él.

—Starvald Demelain… pero, ¡la puerta fue sellada!

—Ningún sello es infalible. El deseo y la voluntad son capaces de corroer más que el ácido. Aunque, bueno, quizá sería más acertado describir lo que está desgastando el portal como hambre y ambición. —Recogió la perola ennegrecida de las brasas y volvió a llenar la taza de Rud—. Bebe. Nos hemos apartado demasiado lejos de nuestra conversación original. Te estaba hablando de los poderes antiguos. De tus parientes, si te parece. Entre ellos se cuentan los eleint. ¿Era Draconus un verdadero eleint? ¿O acaso era algo más? Lo único que puedo asegurar es que durante un tiempo vistió la piel de un tiste andii. Quizá lo hacía como una suerte de broma macabra, para burlarse de

nuestra arrogancia. ¿Quién puede saberlo? En cualquier caso, era inevitable que Anomander, mi hermano, se cruzara en el camino del Consorte. Todas esas oportunidades de conocimiento, de verdad, se truncaron abruptamente. Hoy en día —añadió con un suspiro—, me sigo preguntado si Anomander se arrepiente de haber asesinado a Draconus.

Rud se sobresaltó. Su mente era un torbellino.

—¿Y qué hay de los imass? Esta guerra…

—Ya te lo he dicho —espetó Silchas Ruina, la irritación crispaba su rostro—. Poco le importan las víctimas a las guerras. Inocencia, culpa, tales conceptos son irrelevantes. Céntrate y escucha. Lo que yo me pregunto es si Anomander siente algún resquicio de culpabilidad. Sé que yo no. Draconus era un gélido bastardo, y con el despertar del Padre Luz… bueno, fue entonces cuando descubrimos la verdad de su rabiosa envidia. ¡Aparte del Consorte, imagina ver cómo la malicia nacida del desprecio encendía un fuego negro en aquella mirada! Cuando hablamos de tiempos pretéritos, Rud Elalle, descubrimos en nuestras palabras cosas cercanas. Sin embargo, todas esas emociones que imaginamos nuevas, recién nacidas en el fuego de nuestra juventud, se revelan mucho más antiguas de lo que puedas imaginar. —Soltó un escupitajo que cayó en medio de las brasas—. Es por esa razón por la que a los poetas nunca les faltan hazañas sobre las que cantar, aunque raro es que alguno de ellos llegue a engordar con su faena.

—Defenderé el Refugio —afirmó Rud, con las manos cerradas en puños.

—Ya lo sabemos. Es por eso por lo que estás aquí…

—¡Pero estar aquí no tiene ningún sentido! ¡Debería estar *allí*, de pie, en el mismo portal!

—Ahí tienes otra lección. Puede que tu padre ame a los imass, pero a ti te ama todavía más.

Rud se puso de pie.

—Volveré…

—No. Siéntate. Si me acompañas, tendrás una oportunidad aún mayor de salvarlos.

—¿Cómo?

Silchas Ruina se inclinó hacia delante y alargó las manos al fuego. Cogió dos puñados de rescoldos y los alzó.

—Dime qué ves, Rud Elalle, Ryadd Eleis. ¿Conoces esas palabras, tu verdadero nombre? Son palabras tiste andii. ¿Sabes qué quieren decir?

—No.

Silchas Ruina contempló las ascuas que tenía en las palmas de las manos.

—Precisamente esto. Tu verdadero nombre, Ryadd Eleis, significa «Manos de fuego». Tu madre escrutó tu alma al nacer y vio hasta el último rincón. Lo más probable es que te quisiese, pero desde luego también te temía.

—Murió porque escogió la senda de la traición.

—Su lealtad residía en la sangre eleint que corría por sus venas. Pero tú también albergas la sangre de tu padre, un mortal, y él es un hombre al que he llegado a conocer muy bien. Le he llegado a entender tanto como es posible entender a cualquiera. Es un hombre al que respeto. Fue el primero en comprender el propósito de la chica, el primero en comprender la misión que me aguardaba a mí. Tu padre era consciente de que la sangre que acabaría manchando mis manos no era de mi agrado. Sin embargo, escogió no interponerse en mi camino. Todavía no tengo muy claro qué es lo que ocurrió en el portal, la confrontación entre Marchito y el error de cálculo que llevó a Temor Sengar a ponerse de lado de Scabandari. Pero a pesar de todo, el destino de Tetera quedó sellado. Era la semilla de los Azath, y nada es una semilla si no encuentra tierra fértil. —Dejó caer los rescoldos ya fríos de nuevo en el fuego—. Tetera es aún joven. Necesita tiempo, y a menos que resistamos el caos

que está por llegar, no tendrá ese tiempo que necesita. Los imass morirán. Tu padre morirá. Todos morirán. —Levantó el rostro y fijó la mirada en Rud—. Nos marchamos. Korabas espera.

—¿Qué es Korabas?

—Es necesario que nos apartemos del camino marcado. La senda muerta de Kallor debería ser suficiente. Korabas es una eleint, Ryadd. Es el dragón de otataralita. El alma humana alberga caos, Ryadd. Ese caos es tu don como mortal, pero sé consciente de que, como el fuego, es muy capaz de quemarte.

—¿El caos del alma humana sería capaz de quemar a alguien que tú mismo has llamado «Manos de fuego»?

El tiste andii entrecerró los ojos rojos.

—Mi advertencia es precisa; esto no es un juego.

—¿Y qué ha de aportarnos el encuentro con la tal Korabas?

Silchas se sacudió las cenizas de las manos.

—Primero, la liberarán. Eso no podemos evitarlo. De hecho, pretendía convencerte de que ni siquiera deberíamos intentarlo.

Rud descubrió con sorpresa que sus puños seguían apretados, con tanta fuerza que notaba un dolor sordo en los brazos.

—No se puede decir que me estés dando mucha ayuda para tomar mi decisión.

—Mejor poca que demasiada, Ryadd.

—Porque, al igual que mi madre, tú también me temes.

—Sí.

—Entre tus hermanos y tú, Silchas Ruina, ¿quién era el más honesto?

El tiste andii ladeó la cabeza y sonrió.

Unos instantes después, dos dragones se internaron en la oscuridad. Uno, con una estela resplandeciente de oro

pulido, se hundía y volvía a emerger de los negros nubarrones entre espeluznantes destellos. El otro era tan blanco como el hueso, con la palidez de un cadáver en la noche, excepto por las dos ascuas gemelas de sus ojos.

Ambos se alzaron muy alto, por encima de las Tierras Yermas, y se esfumaron de la faz del mundo.

Tras su estela, en medio de un promontorio rocoso, el pequeño fuego seguía emitiendo destellos intermitentes en su lecho de cenizas, devorando los últimos rescoldos de sí mismo. Hasta que no quedó nada.

Sandalath Drukorlat le dio a aquel desdichado una última sacudida que le hizo soltar una lluvia de esputos entre los labios. Lo lanzó de un empellón orilla arriba. El tipo se puso de pie a duras penas, cayó de bruces, volvió a levantarse y por fin consiguió alejarse en una suerte de bandazos inseguros.

Asimismo, tras ella, se aclaró la garganta:

—Cariño, últimamente pareces estar algo irritable.

—Si irritable me ves, querido esposo, plantéate el desafío de encontrar algo que mejore mi estado de ánimo.

El hombre desvió la mirada hacia las olas rompientes y se lamió la sal de los labios. Los tres nachts ahuyentaban al esquelético refugiado a base de lanzarle conchas vacías y cangrejos muertos, aunque ni un solo misil llegó a acertar al hombre en su huida.

—Los caballos se han recuperado por fin.

—Eso solo significa que su sufrimiento acaba de empezar.

—No sé bien qué pasó, pero me imagino que los temblor desaparecieron a través de un portal. Supongo que tendremos que seguirlos.

—Y antes de que se marcharan, a uno de los suyos se le ocurrió matar a casi todas las brujas y hechiceros. ¡Precisamente a quienes yo quería interrogar!

—Siempre nos queda ir a Rosazul.

Ella se quedó inmóvil, casi se la podía ver temblar. En cierta ocasión, Asimismo había oído que los rayos no caían del cielo, sino que brotaban del suelo y ascendían. Sandalath parecía a punto de hacer eso mismo: empezar a arder y hendir con una llamarada las pesadas nubes que cubrían sus cabezas. O abrir un camino de pura devastación a lo largo del campamento destartalado de aquellos isleños que Yan Tovis había dejado allí. Los pobres diablos vivían en chozas hechas con desechos fluviales y en tiendas destartaladas que se repartían a lo largo de la rivera junto a todos los detritos que arrastraba la corriente. Y aunque el nivel del agua no dejaba de aumentar, hasta el punto de que la espuma de las olas bravas les llegaba a empapar, ninguno había reunido agallas suficientes para marcharse.

Tampoco es que tuvieran ningún lugar adonde ir. El bosque era un erial negruzco de tocones y cenizas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

A las afueras de Letheras, Sandalath había abierto un camino a través de una suerte de madriguera, un lugar que ella denominaba Rashan. El viaje a caballo a través de la madriguera había empezado siendo una negrura aterradora, que pronto pasó a convertirse en una tórrida monotonía. Al menos hasta que la madriguera comenzó a derrumbarse. *Caos, dijo ella. Inclusiones, dijo. Significara lo que significase*. Y entonces los caballos enloquecieron.

Habían emergido al mundo exterior sobre una loma que encaraba la orilla. Los cascos de los caballos levantaban nubes de ceniza y carbón. Su mujer aulló de pura frustración.

Desde entonces las cosas se habían calmado un poco.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber a qué viene esa sonrisa?

Asimismo negó con la cabeza.

—¿Sonrisa? Yo no estoy sonriendo, amada mía.

—Ciego Gallan —espetó ella.

Este tipo de intercambios ocurría cada vez con más frecuencia. Objeciones abstrusas, fuentes invisibles de irritación y de una rabia virulenta. *La luna de miel se ha terminado, Asimismo. Asúmelo*.

—El maldito Ciego Gallan tiene la misma costumbre de seguir apareciendo que la mala hierba. La misma cháchara arcana esbozada entre balbuceos para impresionar a los nativos. Nunca te fíes de un viejo nostálgico. Ni de una vieja, supongo. Cada uno de sus cuentos tiene gato encerrado, una maldad secreta dedicada al presente. Se dedican a convertir el pasado, o su versión del mismo, en una suerte de poción mágica. «Bebed, amigos míos, y regresaréis a los buenos tiempos de antaño, en los que todo era perfecto». ¡Paparruchas! De haber sido yo la artífice del engaño, no me habría detenido ahí. Le habría vaciado todo el cráneo.

—Esposa, ¿quién es el tal Gallan del que hablas?

Ella torció el gesto y le apuntó con un dedo.

—¿Acaso crees que no tenía *vida* antes de conocerte? ¡Ay, pobrecito Gallan! Si la estela de sus merodeos dejó tras de sí un reguero de mujeres, bueno, seamos piadosos y perdonemos a este pobre diablo. Bien, pues este es el resultado, ¿verdad?

Asimismo se rascó la cabeza. ¿Ves lo que ocurre cuando te casas con una mujer mayor? Y afróntalo, no hace falta ser tiste andii para cargar con unos cien años de experiencia a sus espaldas.

—Está bien —dijo, despacio—, ¿y ahora qué?

Ella hizo un gesto hacia el refugiado que había salido corriendo.

—Ese pobre desgraciado no sabe si Nimander y los demás estuvieron con los temblor. ¿Cómo saberlo? Había miles a su lado. El único momento en que vi a Yan Tovis fue al embarcar, y se encontraba a más de tres mil pasos de

distancia. Pero, entonces, ¿quién pudo apañárselas para abrir el portal? ¿Y después mantenerlo abierto para que pasasen diez mil almas? ¡Tan solo la sangre andii puede abrir el Camino, y tan solo la sangre de la realeza andii puede mantenerlo abierto! ¡Por el Abismo, deben de haber desangrado por completo a uno de los suyos!

—Sand, ¿adónde lleva ese camino del que hablas?

—A ningún lugar. ¡Ay, jamás debería haber abandonado a Nimander y a los suyos! ¡Los temblor no solo prestaron oídos a los cuentos de Ciego Gallan, sino que además le creyeron! —Se acercó a Asimismo y alzó una mano, como si fuera a golpearle.

Él se retiró un paso.

—Oh, dioses. Haz el favor de traer los caballos, Asimismo.

Él obedeció, y antes de marcharse, un raro anhelo le hizo echar una mirada al refugiado que todavía se alejaba a la carrera.

Al cabo ya estaban sobre sus monturas, con varios caballos de carga tras ellos. Sandalath, inmóvil, parecía observar con atención algo más adelante, algo que solo ella era capaz de ver. Las olas rompían a su izquierda, a su diestra se expandía el hedor del bosque calcinado. Los nacht se peleaban por un leño grueso y macizo que habían arrastrado las corrientes y que probablemente pesaba más que ellos tres juntos. *Con ese leño se podría hacer una buena maza... digna de un maldito toblakai. Se podría reforzar con tachones de metal y envolver el extremo con una cabeza de hierro forjado. Después se ribetearía con tiras de bronce amartillado y quizás una o más púas. Alambre trefilado en el mango, y por último un pomo pesado para hacer de contrapeso*...

—Se está curando, pero la piel aún es fina. —De pronto Sand sostenía un cuchillo en la mano—. Creo que puedo hacer que pasemos.

—¿Es que ahora tienes sangre real?

—Cierra la bocaza o seré yo quien te la cierre. Ya te lo he dicho, la herida es enorme y apenas está cerrada. Es más, parece más débil en el otro lado, lo cual no solo es malo, sino muy preocupante. ¿Qué habrá sucedido? ¿Se han quedado en el Camino? Al menos eso deberían haberlo sabido. Asimismo, escúchame con atención. Ten un arma a mano…

—¿Un arma? ¿Qué tipo de arma?

—Esa no. Escoge otra.

—¿Qué?

—La estupidez no te servirá como arma. Prueba con esa maza en tu cinto.

—Es un martillo de herrería.

—Y tú eres herrero, por lo que presumo que dispones de la habilidad suficiente como para enarbolarlo.

—Siempre y cuando mi víctima apoye la cabeza en un yunque, claro.

—¿No sabes combatir? ¿Qué clase de esposo eres? Los meckros siempre estáis luchando contra piratas, o al menos es lo que siempre dices… —Entrecerró los ojos—. A menos que todo haya sido una sarta de mentiras en un burdo intento de impresionar a tu nueva mujer.

—No he blandido un arma en décadas. ¡Me limito a forjarlas! En cualquier caso, ¿por qué debería hacerlo ahora? ¡Si lo que querías era un guardaespaldas, podrías haberlo dicho antes! ¡Me habría enrolado en el primer barco que zarpara de Puerto Lether!

—¡O sea, que me habrías abandonado! ¡Lo sabía!

Asimismo se llevó una mano al pelo, pero recordó que apenas le quedaba el suficiente. *Dioses, la vida puede ser*

de lo más frustrante, ¿verdad?

—De acuerdo. —Desató el martillo—. Estoy listo.

—Bien, quiero que recuerdes una cosa: la primera vez que morí fue porque no sabía nada sobre cómo se desarrolla una batalla. No quiero morir una segunda vez…

—¿A qué viene tanta cháchara sobre luchar y morir? Es solo un portal, ¿no? En el nombre de Embozado, ¿qué hay al otro lado?

—¡No lo sé, imbécil! ¡Por eso tienes que estar preparado!

—¿Preparado para qué?

—¡Para cualquier cosa!

Asimismo sacó el pie izquierdo del estribo y bajó de un salto a la arena. Sandalath se lo quedó mirando.

—¿Qué haces?

—Voy a mear, y quizá, si puedo, algo más. Si vamos a meternos de lleno en un maldito caos, no quiero acabar con los calzones cagados, ni pegado a la silla de montar mientras me persigue una horda de demonios aullantes. Además, probablemente estos sean mis últimos instantes de vida. Quiero estar limpio cuando me toque estirar la pata.

—Solo se trata de sangre y vísceras.

—Lo que tú digas.

—Eres patético. Como si de verdad importase estar limpio o sucio ante la muerte.

Asimismo se alejó en busca de un sitio con más intimidad.

—¡No tardes demasiado! —le gritó ella.

Ay de mí. Hubo un tiempo en el que podía tardar cuanto me diera la real gana.

Asimismo volvió al rato. Antes de subir de nuevo al caballo, Sandalath insistió en que se lavara las manos en el

mar. Una vez cumplida la tarea, recogió el martillo, le sacudió la arena y montó.

—¿Algo más que necesites hacer? —preguntó ella—. ¿Quizás un afeitado, por ventura? ¿Acaso un lustre de botas?

—Interesantes sugerencias. Tan solo…

Sand soltó un gruñido y se hizo un corte en la palma izquierda. El mismo aire se abrió frente a ellos, palpitante y rojo como la herida en su mano.

—¡Cabalga! —chilló, y espoleó a su propio caballo.

Asimismo la siguió con una maldición entre dientes.

Atravesaron la herida y emergieron a una llanura cegadora y marchita. La senda a sus pies resplandecía como esquirlas de vidrio.

El caballo de Sandalath relinchó. Los cascos resbalaban, deslizándose hacia los lados. Ella tiró de las riendas. La bestia de Asimismo emitió un extraño gruñido, y su cabeza se hundió hasta desaparecer de la vista. Las patas delanteras se quebraron con sendos chasquidos truculentos.

Con el rabillo del ojo, Asimismo captó una mano pálida y alargada que se deslizaba a través del sitio donde un instante antes había estado la cabeza de su caballo. Un instante después, una cortina roja cayó sobre él y le bañó la cara, el cuello y el pecho con sangre caliente y espesa. Cegado, hendió el aire vacío con su martillo y se lanzó hacia delante desde la silla ya inútil. Su cuerpo golpeó la agreste superficie del camino. La tela de su jubón se hizo jirones, como también lo hizo la piel de su pecho. El aliento huyó de sus pulmones. Apenas acertó a escuchar el repiqueteo del martillo al caer contra el suelo.

De pronto, una salva de profundos bramidos, el impacto de algo enorme contra carne desnuda y hueso. Varios golpes brutales resonaron a su alrededor en el camino, un reguero cálido le empapó la espalda. Se limpió la sangre de los ojos a

manotazos y acertó a erguirse sobre manos y rodillas, el vómito saliendo entre toses y esputos de sus labios.

Aquellos golpes atronadores se sucedían. De pronto, Sandalath apareció arrodillada a su lado.

—¡Asimismo! ¡Amor mío! ¡Estás herido! ¡Oh, que el Abismo me lleve! Sangre, tanta sangre… lo siento, ¡lo siento, amor mío!

—Mi caballo.

—¿Qué?

Escupió para limpiarse la boca.

—Alguien le ha cortado la cabeza a mi caballo. Con la mano.

—¿Cómo? ¿Toda esta sangre es de tu caballo? ¿Ni siquiera estás herido? —Las manos que le acariciaban se apartaron—. ¡No vuelvas a hacer algo así!

Asimismo volvió a escupir. Se puso de pie, la mirada fija en Sandalath.

—Bueno, se acabó. —Ella fue a abrir la boca, lista para soltar alguna réplica hiriente, pero él se acercó y le puso un dedo mugriento en los labios—. Si fuera otro tipo de hombre, ahora mismo te estaría dando una paliza hasta dejarte inconsciente. No, no pongas esa cara de sorpresa. No estoy aquí para que me muelan a palos según tu estado de ánimo lo dicte. Ten un poco de respeto…

—¡Pero si no puedes ni luchar!

—Quizá no, pero tú tampoco. Lo que sí puedo hacer, en cambio, es construir cosas. Y hay algo más que puedo hacer: puedo decidir en cualquier momento cuándo estoy harto. Te lo digo bien claro: ese momento está muy cerca. —Se retiró un paso—. Y ahora, en nombre del Embozado, explícame qué demonios ha… ¡Dioses del averno!

Aquel grito de asombro brotó de su garganta al ver a tres enormes demonios de piel negra justo en el camino, detrás del caballo muerto. Uno de ellos blandía un tocón de madera

que en sus gigantescas manos parecía poco más que una baqueta de percusionista. La descargaba una y otra vez contra un cuerpo que yacía destrozado entre los tres. Los otros atendían a los brutales porrazos como si midieran los efectos de cada uno de ellos. Chorros de sangre violácea manchaban el camino, junto con otros fluidos menos identificables provenientes de la ruinosa pulpa que era ya el cuerpo de su víctima.

Sandalath dijo en voz muy baja:

—Eso de ahí son tus nachts, o al menos es lo que son de este lado. Los jaghut, sus creadores, son unos bromistas de cuidado, ¿eh? Ja, ja, ja. Lo que nos ha atacado era un forkrul assail; eso que tus demonios están haciendo pedazos es su cadáver. Parece que los temblor han sacudido un poco las cosas a este lado del portal. De hecho, puede que todos estén muertos y que el forkrul assail estuviera simplemente recorriendo su camino a la inversa para acabar con los rezagados. Quizá quisiera cruzar el portal para asesinar a los refugiados que hemos dejado en la playa. En cambio, se ha topado con nosotros y con tus tres demonios venath.

Asimismo se limpió la sangre de los ojos.

—Ya… esto… ya les veo el parecido. ¿Por qué tenían otra apariencia antes? ¿Estaban embrujados?

—Podría decirse así. Más que embrujados, diría que malditos. Tienen origen soletaken… o quizá d’ivers. En cualquier caso, este reino en particular ha forzado una inversión, o digamos una transformación. Al fin y al cabo, ¿quién es capaz de discernir qué especie es la original?

—Pero, entonces, ¿qué pintan los jaghut en todo esto?

—Fueron ellos quienes crearon a los nachts, o eso tengo entendido. El mago Obo de Ciudad Malaz parecía muy seguro de ello. En cualquier caso, si Obo está en lo cierto, los jaghut hicieron algo que nadie hasta entonces había conseguido: descubrir un modo de atar el poder salvaje de

los soletaken y de los d’ivers. Y ahora, esposo, haz el favor de limpiarte y ensillar otro caballo. No podemos quedarnos aquí por más tiempo. Cabalgaremos cuanto sea necesario para confirmar si realmente los temblor han sido masacrados por las fuerzas de este lado. Cuando lo hagamos, regresaremos por este mismo camino. —Hizo una pausa—. Incluso si nos acompañan estos tres venath estaremos en peligro. Donde hay un forkrul assail, de seguro hay más.

Al parecer, los tres demonios venath habían decidido que ya habían acabado de destruir por completo al forkrul assail, puesto que se arrebujaron unos pasos más adelante en el camino para examinar de cerca el daño que había recibido el tocón que les hacía las veces de arma.

Dioses, siguen siendo tan estúpidos como cuando eran nachts. La única diferencia es que ahora son más grandes.

Qué pensamiento tan horrendo.

—Asimismo. —Él se giró hacia ella—. Lo siento.

Asimismo se encogió de hombros.

—Todo saldrá bien, Sand. Al menos mientras no esperes que sea lo que no soy.

—Aunque me saquen a menudo de mis casillas, me preocupa el destino de Nimander, Aranatha y Desra. De todos ellos. Temo por lo que les haya podido pasar.

Asimismo esbozó una mueca y negó con la cabeza.

—Creo que los subestimas, Sand.

Y que el fantasma de Phaed nos perdone a todos por ello.

—Espero que así sea.

Asimismo fue a aflojar la silla del cadáver descabezado, y se detuvo para acariciar el borde del muñón ensangrentado en el que acababa el cuello del animal.

—Debería haberte dado un nombre, al menos. Te lo merecías.

La mente de ella era libre. Podía deslizarse entre las protuberancias afiladas de cuarzo que sobresalían por la planicie, en cuya superficie nada podía vivir. Podía deslizarse bajo la arcilla dura como roca hasta el lugar en el que los diamantes, los rubíes y los ópalos se ocultaban del cruel calor. La riqueza de aquella tierra. Era capaz de llegar al mismo tuétano desmenuzado de huesos vivos y cubiertos de carne marchita, agazapada en mundos febriles donde la sangre hervía. En los instantes previos al final, era capaz de asomarse a través de ojos candentes y brillantes con el resplandor que suponía la última mirada a todas las cosas vivas, a todos los fabulosos paisajes que anunciaban la despedida definitiva. Supo entonces que aquella mirada no brillaba únicamente entre ancianos, aunque quizás eran los únicos a los que pertenecía de verdad. No, aquí, en este demacrado, lento y resbaladizo nido de víboras, aquella mirada era el faro centelleante en los ojos de los niños.

Sin embargo, ella era capaz de volar lejos de todo aquello. Podía batir sus alas hasta lo más alto, montar sobre las espaldas peludas de las poliñeras, o sobre las emplumadas alas de los buitres. Y observar, entre tirabuzones, aquel gusano moribundo que se arrastraba allí abajo, aquel hilo rojo y demacrado que se movía en lentos espasmos. Una hebra de comida, nudos de promesas, incontables mechones de salvación. Y ver todos los trozos y jirones caer, abandonados, y bajar, bajar más todavía, para devorar y tironear de la piel endurecida como cuero, y sacar a picotazos el brillo en los ojos.

Su mente era libre. Libre para crear belleza a través de una caterva de palabras hermosas y terribles. Podía nadar a través del gélido lenguaje de la pérdida, alzarse para tocar preciosas superficies, sumergirse en las profundidades de la

medianoche donde los pensamientos quebrados se hundían, donde el fondo albergaba vastos e intrincados relatos.

Relatos, sí. Relatos sobre los caídos.

No existía el dolor en este lugar. Su voluntad desatada no recordaba articulaciones doloridas, ni moscas hurgando en el tajo de unos labios descarnados; ni pies ennegrecidos y lacerados. Era libre de flotar y después cantar a través de vientos famélicos, y el consuelo era de lo más natural, razonable, un estado de lo más adecuado. Las preocupaciones menguaban, el futuro no suponía amenaza ni alteración alguna a lo que ya había sucedido y una podía creer con facilidad que siempre había sido así.

Aquí podía ser una adulta, y salpicar agua sobre diminutas florecillas, hundir los dedos en fuentes de ensueño, contener ríos y devorar bosques. Llenar lagos y estanques con inmundicia venenosa. Inundar el aire con humo amargo. Y nada cambiaría, y nada transformaría su adultez, su preocupación perfecta salpicada de insignificantes extravagancias e indulgencias. Los adultos conocían aquel dichoso mundo, ¿verdad?

¿Y qué importaba si la huesuda serpiente que eran sus hijos deambulaba ahora, moribunda, a través de un salvaje páramo de vidrio? Los adultos no se preocupaban por estas cosas. Incluso los quejicas, cuya empatía tenía extremos afilados, no demasiado lejos, tan solo a unos pasos de distancia, con fronteras patrulladas rodeadas por anchos muros y torres que se erizaban en lo alto. Fuera de ellas había un sacrificio agónico, mientras que su interior no albergaba más que conveniencia. Los adultos sabían qué vigilar y también conocían hasta dónde pensar, lo cual no era justo, no era justo, no lo era.

Incluso las palabras, especialmente las palabras, no podían penetrar aquellos muros, no eran capaces de superar aquellas torres. Las palabras rebotaban con obstinada

estupidez, con una estupidez supina, descerebrada, una estupidez desalentadora. Las palabras son inútiles contra una mirada vacua.

Su mente era libre para regodearse en la adultez, conocedora de que jamás la alcanzaría realmente. Y esta era su única preocupación. Una preocupación modesta, no demasiado extravagante aunque tampoco gratificante, pero suya, lo cual implicaba que le pertenecía.

Se preguntó si había algo que perteneciese a los adultos hoy en día. Sin contar este legado asesino, por supuesto. Grandes inventos bajo estratos de arena y polvo. Orgullosos monumentos que ni siquiera las arañas podían ubicar, palacios tan vacíos como cuevas, esculturas que loaban la inmortalidad a sonrientes calaveras blancas, tapices que exhibían grandes hazañas para llenar los estómagos de las polillas. Aquel jubiloso y próspero legado.

Volaba alto. Entre poliñeras y buitres y rhinazan y enjambres de esquirlas se sentía libre. Bajar la mirada era contemplar los patrones desordenados que se extendían por toda la amplia planicie de cristal. Antiguos pedraplenes, calzadas, cruces, todos resaltados por nada más que manchas descoloridas... Los restos de cristal roto eran todo lo que quedaba del maravilloso cáliz de alguna civilización desconocida.

En la cabeza de la serpiente, y ante ella, la intermitente lengua que era Rutt y el bebé al que llamó Contenido en sus brazos.

Podría descender, caer en picado como la certeza, sacudir la diminuta forma acunada en los esqueléticos brazos de Rutt, forzar a que abriera aquellos ojos resplandecientes al glorioso panorama de tela putrefacta y capas de luz filtrada, las ondas de calor llameante que surgían del pecho de Rutt. Visiones finales para llevarse a la muerte. Este era el significado tras todo aquel resplandor, al fin y al cabo.

Las palabras sostenían la magia de aquellos sin aliento. Pero los adultos le daban la espalda.

No había espacio en sus cabezas para una doliente procesión de niños moribundos, ni para los héroes entre ellos.

—Tantos caídos —le dijo a Saddic, aquel que todo lo recordaba—. Podría anotarlos todos. Con ellos sería capaz de escribir un libro de diez mil páginas. Y la gente lo leería, pero tan solo hasta donde alcanzan sus propios horizontes, lo cual no es mucho. Tan solo unos pocos pasos. Tan solo unos pasos.

Saddic, aquel que todo lo recordaba, asintió y dijo:

—Sería un inmenso grito de terror, Badalle. De diez mil páginas, nada menos. Y nadie lo oiría.

—No —asintió ella—. Nadie lo oiría.

—Pero lo escribirás de todas formas, ¿no es así?

—Mi nombre es Badalle, y todo lo que tengo son palabras.

—Entonces que el mundo se ahogue en ellas —contestó Saddic, aquel que todo lo recordaba.

Su mente era libre. Libre para inventar conversaciones. Libre para unir afilados pedazos de cuarzo y crear con ellos niños que caminasen junto a sus infinitos yos. Libre para atrapar la luz y doblegarla una y otra vez, hasta que todos los colores se volviesen uno, y ese uno fuese tan resplandeciente que pudiese cegar a todos y a todo.

El último color es la palabra. Contémplala, Saddic: su fulgor anida en la mirada de un niño moribundo.

—Badalle, tu indulgencia es demasiado extravagante. No escucharán, no querrán saber nada del asunto.

—Ah, vaya, qué conveniente.

—Badalle, ¿todavía te sientes libre?

—Saddic, todavía me siento libre. Más libre que nunca.

—Si Rutt tiene a Contenido, a Contenido habrá de entregar.

—Así es, Saddic.

—Lo pondrá en brazos de un adulto.

—Así es, Saddic.

El último color es la palabra. Contempla su fulgor en la mirada de un niño moribundo, Saddic. Mírala, aunque solo sea esta vez, antes de partir.

—Así lo haré, Badalle, pero solo cuando me convierta en un adulto. Hasta entonces, no.

—No, Saddic. Hasta entonces, no.

—Cuando haya terminado con todo esto.

—Cuando hayas terminado con todo esto.

—Cuando la libertad cese, Badalle.

—Así es, Saddic, cuando la libertad cese.

Kalyth soñaba que se encontraba en un lugar al que en realidad aún no había llegado. Sobre su cabeza se extendía un cielo raso de nubes grises e hinchadas, iguales a las que había visto sobre las llanuras de Elan, cuando las primeras nieves descendieron del norte. El viento silbaba, frío como el hielo y más seco que una tumba congelada. Sobre la taiga, árboles torcidos brotaban del permahielo como manos esqueléticas. Aquí y allá, Kalyth atisbaba sumideros en los que docenas de extrañas bestias cuadrúpedas habían quedado atrapadas, muertas y congeladas. El viento se había encargado de desgarrar sus pieles, mientras que el hielo había pintado de blanco sus cuernos curvos y circundado los pozos vacíos de sus ojos.

En los mitos de los elan, semejante visión pertenecía al reino de la muerte. Asimismo, también era el pasado lejano, el mismísimo lugar donde todo había comenzado, donde el calor de la vida hizo retroceder al penetrante frío por primera vez. El mundo empezó en la negrura, desprovisto de calidez. Con el tiempo despertó ante el brevísimo fulgor de

un ascua, para después volver un día a donde todo había dado comienzo. Por lo tanto, lo que Kalyth tenía ante ella ahora mismo podía pertenecer también al futuro. Ya fuera del pasado o de eras por venir, allí era donde la vida cesaba.

Pero Kalyth no estaba sola.

Sobre un risco a cien pasos de distancia, un grupo de figuras se sentaba a horcajadas sobre varios caballos demacrados. Sobretodos negros cubrían sus armaduras y yelmos. Parecían observarla, esperarla. Pero el terror clavó a Kalyth en el sitio como si estuviera hundida hasta las rodillas en fango congelado.

Vestía una fina túnica, destrozada y casi podrida. El frío la envolvió como si de la mano del mismísimo Segador se tratase. Por más que quisiera, no acertaba a liberarse de aquel pertinaz agarre. De buena gana habría ahuyentado a aquellos extraños; les habría gritado o los habría obligado a dispersarse con un conjuro. Los habría expulsado de una vez por todas. Sin embargo, tales poderes no le pertenecían. Kalyth se sintió tan inútil aquí como en su propio mundo. No era más que un recipiente vacío y ansioso de ser colmado por la fortaleza de un héroe.

Ráfagas de viento atravesaron aquellas oscuras figuras. Al fin llegó la nieve, cortando como esquirlas de hielo desde las pesadas nubes.

Los jinetes se revolvieron. Los caballos alzaron las cabezas y, todos al mismo tiempo, echaron a galopar loma abajo, los cascos quebrando el terreno helado.

Kalyth se envaró, los brazos apretados contra el cuerpo. Los jinetes cubiertos de escarcha se acercaron hasta el punto en que Kalyth pudo discernir aquel conjunto de rostros tras el frontal serpentino de sus yelmos. De una palidez mortal, con profundos tajos de color rojo que no llegaban a sangrar. Vestían sobrepellizas que cubrían sendas cotas de malla, Kalyth pensó que debían de ser uniformes

que evidenciaban pleitesía a algún ejército extranjero, gris y magenta bajo manchas de sangre heladas y carne encostrada. Vio que uno de ellos estaba tatuado y cubierto de amuletos: garras, plumas y cuentas. Aquel debía de ser un bárbaro; quizá ni siquiera era humano. Pero el resto eran como ella, de eso estaba segura.

Frenaron a las monturas justo ante ella. Un jinete en particular atrajo la atenta mirada de Kalyth: barba canosa bajo los tintineantes fragmentos de hielo, ojos grises, hundidos en hoyos profundos y oscurecidos. Le recordaron a la mirada fija de un ave de presa: fría, depredadora, exenta de toda compasión.

Cuando habló, lo hizo en el idioma de los elan. Ni la menor voluta de aliento salió de su boca.

—El tiempo de tu Segador está por concluir. La muerte ha de rendirse…

—No es que fuera una muerte amable —le cortó el soldado de rostro ancho y duro que había a su derecha.

—Suficiente, Mazo —espetó otro jinete, manco y encorvado por la edad—. Ni siquiera perteneces aún a este lugar. Estamos esperando a que el mundo nos dé alcance. Indiferentes son sueños y visiones a los diez mil pasos certeros dados en cualquier vida mortal, mucho menos los millones de pasos inútiles. Aprende a tener paciencia, sanador.

—Donde alguien cede —prosiguió el soldado barbudo—, nosotros debemos plantar resistencia.

—En tiempos de guerra —gruñó el guerrero bárbaro, casi más preocupado en trenzar la melena raída de su montura.

—La vida misma es una guerra, una que estamos condenados a perder —replicó el de la barba—. No creas, Trote, que nuestro descanso habrá de llegar pronto.

—¡Se trataba de un dios! —ladró otro soldado, mostró los dientes sobre una barba hendida color azabache—.

¡Nosotros no somos más que una compañía de soldados desahuciados!

Trote soltó una carcajada.

—¿Ves lo alto que has llegado, Jaula? Por lo menos has recuperado tu cabeza. Recuerdo haberte enterrado en Perro Negro, buscamos durante toda la noche y nunca llegamos a encontrarla.

—Se la zampó una rana —sugirió otro hombre.

Los soldados muertos rieron, como también lo hizo Cage.

Kalyth contempló la leve sonrisa del hombre de la barba canosa y cómo su mirada de ave de presa se tornaba en otra capaz de contener, sin duda alguna, toda la compasión del mundo. Se inclinó adelante en la silla; el cuerno que colgaba de su cinto crujió al doblarse sobre la horquilla.

—No, no somos dioses. Y tampoco pretendemos reemplazar lo que quede de él bajo esa pútrida capucha. Somos Abrasapuentes, y nos han destinado a la Puerta del Embozado. Nuestro último destacamento.

—¿Y en qué momento accedimos? —preguntó Mazo, con los ojos de par en par.

—Está llegando. En cualquier caso, decía… y, dioses, os estáis poniendo de lo más insubordinado desde que estáis muertos… decía que somos Abrasapuentes. ¿Por qué os habría de sorprender que todavía sigamos haciendo el saludo? ¿Que todavía sigamos órdenes? ¿Qué todavía marchemos bajo todos los tipos imaginables de climas de mierda? —Paseó la mirada a izquierda y derecha, pero la sonrisa irónica en sus labios traicionaba su dureza—. Por el Embozado, eso es lo que siempre hemos hecho.

Kalyth ya no pudo contenerse más.

—¿Qué queréis de mí?

Los ojos grises se volvieron a ella de nuevo.

—Destriant, solo por llevar ese título debes lidiar con tipos como nosotros en lugar de con el Embozado, tu

Segador. Tú nos ves como guardianes del portal, pero somos más que eso. Somos, o seremos, los nuevos árbitros, durante todo el tiempo que sea necesario. Tenemos entre nosotros puños, guanteletes blindados de violencia descarnada. Y sanadores, y magos. Asesinos y merodeadores, zapadores y arqueros a caballo, lanceros y rastreadores. Cobardes y valientes, guerreros impasibles. —Una media sonrisa se formó en su semblante—. Y hemos descubierto todo tipo de aliados… inesperados. Bajo todas nuestras pieles, destriant, seremos más de lo que el Segador nunca fue. No somos distantes. Tampoco indiferentes. Como ves, a diferencia del Embozado, nosotros sí recordamos lo que era estar vivos. Recordamos todos y cada uno de los momentos de anhelo, de necesidad, de angustia cuando la súplica alberga un solo instante de exoneración, cuando el ruego logra ni un momento de piedad. Estamos aquí, destriant. Cuando no quede ninguna otra alternativa, convócanos.

Todo el hielo en aquel reino pareció resquebrajarse alrededor de Kalyth. La calidez que inundó su cuerpo la dejó estupefacta. La bendición del calor. Entre jadeos, alzó la mirada hacia el soldado desarmado, los ojos cubiertos de lágrimas.

—Esta no es… la muerte que había imaginado.

—No, eso te lo concedo. Somos Abrasapuentes. Nosotros habremos de prevalecer, pero no porque fuéramos mejores en vida que cualquier otro. Porque de hecho, destriant, no éramos distintos. Y ahora, respóndeme como la destriant que eres, Kalyth de Ampelas Arraigado, ¿somos suficiente para ti?

¿Acaso hay algo que lo sea? No, esa es la respuesta fácil. Piensa otra contestación, mujer. Se lo merece.

—Es natural temer a la muerte —dijo.

—Lo es.

—Y así debería ser —gruñó el que llamaban Cage—. Es penoso. Fíjate en los que me acompañan: no puedo deshacerme de estos perros espantosos. En cambio, los que dejas atrás te estarán esperando, mujer.

—Pero no te juzgarán —dijo el soldado de ojos grises.

El soldado manco añadió con un asentimiento:

—Aunque no esperes que ninguno de ellos haya perdido sus viejas costumbres, como Jaula y esa eterna bilis que tiene. Es lo que conocías, o mejor dicho, a quién conocías. Es eso y nada más.

Kalyth no conocía a aquella gente, y a pesar de aquello los sentía más cercanos a ella de lo que nunca se había sentido con nadie.

—En verdad me estoy convirtiendo en una destriant —dijo, maravillada. *Y ya no me siento tan… sola*—. Creo que todavía temo a la muerte, pero no tanto como antes. —*Y he coqueteado con el suicidio, aunque ya lo he dejado atrás, para siempre. No estoy lista para abrazar el fin. Soy la última elan. Mi gente me espera, no importa que llegue ahora o dentro de cien años. Eso les da igual*.

Los muertos, mis muertos, me perdonarán.

Todo el tiempo que necesite. Todo el tiempo que tenga.

Los soldados tiraron de las riendas.

—Encontrarás a tu espada mortal y a tu yunque del escudo, Kalyth. Contra el frío que destruye, has de responder con fuego. Llegará un momento en el que debas dejar de seguir a los k’chain che’malle: será el momento que habrás de liderarlos. En ti reside su última esperanza de supervivencia.

Pero, ¿vale la pena que sobrevivan?

—No es potestad tuya hacer ese juicio.

—No… no, disculpadme. Es que me son tan… ajenos.

—Tanto como tú para ellos.

—Desde luego. Lo siento.

El calor se desvanecía poco a poco. La nieve se acercaba.

Los jinetes espolearon a sus monturas sin vida.

Kalyth los contempló alejarse hasta que se desvanecieron entre los torbellinos de blancura.

La blancura. Cómo quema en la retina. Cómo insiste…

Un rayo de sol, resplandeciente y cegador, hizo que Kalyth abriese los ojos. *Estoy soñando unas cosas de lo más extrañas. Todavía veo sus rostros. Veo al bárbaro con los dientes afilados. Veo al gruñón de Cage. A este lo adoro porque es capaz de reírse de sí mismo. Y al que apodan Mazo, un sanador, sí. Es fácil ver por qué. También veo al manco*.

Ah, sí, y el que tiene ojos de halcón. Mi profeta de hierro. No me quedé con su nombre. Un Abrasapuentes; nombre extraño para unos soldados, y aun así… tan perfecto para el abismo entre lo vivo y lo muerto.

Guardianes de la muerte. Caras humanas en lugar de la calavera ensombrecida del Segador. ¡Menuda idea! ¡Vaya alivio!

Se restregó los ojos y se levantó. Un torrente de recuerdos llegó hasta ella. Se giró y el aliento abandonó su cuerpo. Estaba ante los k’chain che’malle: Sag’Churok, Rythok y Gunth Mach…

—Oh, espíritus, otorgadme vuestra bendición.

Entre ellos no se encontraba Kor Thuran con su impasible e imperturbable presencia de cazador k’ell. El espacio junto a Rythok aullaba de puro vacío, una ausencia hecha chillido. el k’chain che’malle estaba muerto.

Siguió su rastro hacia el oeste, fuera del alcance de la vista, y de pronto todos sintieron un repentino estruendo explosivo. Los rugidos de Kor Thuran inundaron sus cráneos, su rabia y su desafío de puro desconcierto. Y sobre todo ello,

su dolor. Kalyth se descubrió temblando ante aquellas amargas visiones que la asaltaban. *Murió*. *No pudimos ver quién lo asesinó*.

Nuestro asesino alado ha desaparecido. ¿Fue Gu'Rull? ¿Acaso Kor Thuran cometió una transgresión? ¿Quizás el cazador estaba huyendo de todos nosotros y el asesino le castigó por ello? No, Kor Thuran no había huido. Luchó y murió protegiendo nuestro flanco.

Ahora nos asedian nuestros enemigos. Saben que estamos cerca. Vienen a por nosotros.

Kalyth se restregó el rostro y dejó escapar un suspiró quebrado. Los ecos de la terrible muerte del cazador k'ell todavía resonaban en su cabeza y la habían dejado exhausta. *Y el día no ha hecho más que comenzar*.

Los k'chain che'malle la miraban inmóviles, expectantes. No habría fogones de cocina aquella mañana. Habían cargado con ella casi toda la noche. Kalyth estaba tan exhausta que había dormido como una niña enfebrecida en brazos de Gunth Mach. Se preguntó por qué la habían bajado, por qué no habían seguido. Podía sentir su impaciencia nerviosa por volver a partir, muy lejos. Ahora el desastroso fantasma del fracaso acechaba más cerca que nunca su misión. A pesar de ser enormes e imponentes, Kalyth les veía vulnerables, no aptos para esta tarea.

Ahí fuera hay cosas aún más mortíferas. Cosas que han acabado con un cazador k'ell en cuestión de pocos latidos.

Y aun así, una nueva certeza la embargó en cuanto se puso de pie. Un regalo de sus sueños, y aunque estos no fueran más que hermosas fantasías y falsas bendiciones, parecían otorgarle algo sólido. Sintió cómo la fragilidad alrededor de su alma se derrumbaba como la cáscara rota de una semilla. Sus ojos se endurecieron mientras contemplaba a los tres k'chain che'malle.

—Si nos encuentran, que nos encuentren. No podemos huir de... de unos fantasmas. Tampoco podemos confiar en la protección de Gu'Rull. Así que solo nos queda ir al sur, derechos como una pica. Gunth Mach, deja que monte en tu espalda. El de hoy será un día largo. Hay tanto, tantísimo que debemos dejar tras nosotros. —Miró a Rythok—. Hermano, completar con éxito nuestra misión será mi manera de honrar a Kor Thuran. Todos deberíamos honrarle.

Los ojos del cazador k'ell estaban fijos en ella, fríos, inflexibles.

En aquellos días, rara era la vez en que Sag'Churok o Gunth Mach se dirigían a ella. Cuando lo hacían parecía que sus voces eran más distantes, más difíciles de discernir. Kalyth no les echó la culpa. *Estoy menguando. El mundo entero se estrecha, pero ¿cómo puedo saber yo todo esto? ¿Qué parte de mí es consciente de su propia mesura?*

No importa. Ahora debemos llevar a cabo esta tarea.

—Ha llegado la hora.

Sag'Churok contempló cómo Gunth Mach retorcía su propio cuerpo en la posición necesaria para acomodar a la destriant. De sus zarcillos se desprendían aromas especiados y recargados, como ramas movidas por corrientes de aire. Junto a esos aromas llegaban al cazador k'ell ecos de los últimos instantes de agonía de Kor Thuran.

En el momento en que el cazador se convirtió en la presa, cada contraataque fue reducido a poco más que un rugido de desafío y un puñado de posturas primitivas de amenaza. El cuerpo existía solo para absorber daño. El desgaste de soportarlo todo podía, como el alma que habitaba, encontrar algún tipo de comprensión, o escapar a esta misma. El reconocimiento de una verdad apabullante: incluso el cazador conoce el miedo. No importa lo poderoso que sea,

no importa cuán superior sea, tarde o temprano acabaría encontrándose con fuerzas de las que no podía huir ni derrotar.

La misma idea de dominación era una ilusión, y su coherencia solo aguantaba durante un cierto periodo de tiempo.

Aquella era una lección grabada a fuego en la memoria de los k'chain che'malle. Su amargo sabor agriaba el polvo de las Tierras Yermas, y hacia el este, sobre la infinita llanura que antaño conoció vastas ciudades y el susurro de cientos de miles de k'chain che'malle, ahora solo quedaban fragmentos derretidos y quebrados. Lo que los vientos iban allí a buscar ya no existía, y por eso erraban perdidos para siempre.

Kor Thuran había sido joven. Ese era el único crimen que el cazador k'ell había cometido. No había tomado decisiones estúpidas. No había sido víctima de su propia arrogancia o de una falsa sensación de invulnerabilidad. Tan solo había estado en el sitio equivocado en el peor momento. Y tanto, tantísimo se había perdido. Y por más palabra nobles que pronunciase la destriant con aquella repentina e injustificada confianza y determinación, tanto Sag'Churok como Rythok y Gunth Mach sabían que la búsqueda había fracasado. De hecho, era improbable que sobrevivieran a aquel mismo día.

Sag'Churok apartó la mirada de Gunth Mach mientras esta llevaba a cabo su transformación entre chorretones aceitosos que goteaban como sangre.

Gu'Rull había desaparecido; probablemente estaba muerto. Todo esfuerzo por borrar aquellos pensamientos había fallado. Por supuesto, el asesino shi'gal podía blindar su mente, pero no tenía motivos para ello. No, dos de los cinco protectores habían caído. Y sin embargo, aquella humana enclenque seguía en pie; su suave rostro demudado

en una expresión que Sag’Churok había llegado a interpretar como desafiante, sus débiles ojos fijos en el ondulante horizonte meridional como si su voluntad bastase para invocar a sus preciados yunque del escudo y espada mortal. Había valentía en ella, algo que le resultaba… inesperado. A pesar de que todos los dones de la matrona la abandonaban poco a poco, había descubierto una auténtica fortaleza interna.

Todo para nada. Iban a morir, y sería pronto. Sus cuerpos rotos y reventados quedarían esparcidos, perdidos, aquellas grandes ambiciones enmudecidas.

Sag’Churok alzó la cabeza, inhaló el aire y captó el rastro del enemigo. Cerca. Acercándose. Aceites de amenaza se escapaban de entre sus escamas. Estudió el horizonte y al fin clavó la mirada en el oeste, allí donde Kor Thuran había caído. Rythok lo imitó, e incluso Gunth Mach giró de pronto la cabeza.

Aquella repentina fijación no se le escapó a la destriant. Apretó los dientes.

—Guardianes —llamó—. Parece que vuestra ayuda no será necesaria en algún momento futuro, sino ahora mismo. ¿Qué podéis enviarnos? ¿Quiénes de entre vosotros pueden plantar cara a aquello que ni siquiera mis acompañantes me permiten contemplar?

Sag’Churok no entendió a qué se refería. No sabía con quién hablaba. ¿Se trataba de otra locura de la matrona, o era cosecha propia de Kalyth?

La destriant se acercó a Gunth Mach con pasos espasmódicos de puro pavor. Esta le ayudó a subir a la nudosa silla de escamas tras sus hombros.

Sag’Churok miró a Rythok.

Cazador. Entretenlos.

Rythok apretó las mandíbulas con tanta fuerza que estas crujieron, y después deslizó los filos de sus hojas entre ellos

hasta arrancarles un chirrido. El cazador k’ell dio una sacudida a la cola, gruesos goterones de aceite se esparcieron por el suelo, y salió al trote con la cabeza inclinada en postura de ataque. Hacia el oeste.

—¿Adónde va? —gritó Kalyth—. ¡Dile que vuelva! Sag’Churok…

Pero el interpelado y Gunth Mach salieron disparados, codo con codo, las patas cortando el aire, las garras traseras chasqueando contra el suelo al avanzar, cada vez a más velocidad, hasta que el suelo quebradizo no fue más que un borrón bajo ellas. Hacia el sur.

La destriant soltó un chillido. La fachada de determinación se resquebrajó y en su lugar solo quedó la cruda certeza de la comprensión y todo el horror que la acompañaba. Golpeó el cuello y los hombros de Gunth Mach con sus escuálidos puños, y por un instante dio la impresión de que Kalyth se tiraría de la espalda de la Primera Hija. Sin embargo, iba a demasiada velocidad, el riesgo de romperse una extremidad o, de hecho, el cuello, venció el impulso y la obligó a sujetarse con firmeza al cuello de Gunth Mach.

Habían recorrido un tercio de legua cuando el siseo salvaje de Rythok estalló en sus cráneos, el ácido ardiente del súbito frenesí de la batalla. Cuchillas que impactaban, golpes que reverberan como truenos. Hubo un crujido aterrador, y de pronto un reguero de sangre brotaba del cazador k’ell. Un grito desgarrador, un tambaleo, dolor abrasador y una angustia perpleja cuando las piernas de Rythok cedieron.

Sus costillas se partieron al caer al suelo. Las rocas afiladas cortaron y atravesaron la piel menos curtida de su vientre cuando trató de arrastrarse.

Pero Rythok no estaba acabado. Morirse era algo que tendría que esperar.

Rodó, giró sobre sí mismo, las cuchillas listas al alzarse. El filo golpeó una armadura, la atravesó y mordió profundamente la carne.

Flemas y sangre salpicaron y quemaron como fuego en los ojos de Rythok. Y de pronto, una imagen repentina, de una claridad brutal: un hacha que descendía y ocupaba todo el campo de visión izquierdo del cazador.

Una explosión de blanco.

Y la muerte hizo que los dos k'chain che'malle se tambalearan. Solo duró un instante, y después, se recuperaron con una voluntad inflexible. Relucientes con hediondos aceites de batalla que hedían a aflicción.

La destriant lloriqueaba. Exudaba su propio aceite, fino y salado, todo el que era capaz de producir ella misma. Aquello le dio a Sag'Churok una lección de humildad. ¿Había él permitido que la pena empañase su piel al asesinar a Mascararroja? No, por supuesto que no. Aunque la decepción había sido amarga; eso sí lo había experimentado. Pero había sido mayor el abrazo helado del juicio intransigente. Gunth Mach y él habían presenciado cómo los humanos se masacraban entre ellos. La llama de la batalla había consumido ambos bandos. Estaba claro que la vida humana era ínfima hasta para los propios humanos. ¿Qué son unas decenas de miles de orthens muertos cuando el mundo está plagado con cientos de millones?

Y aun así, aquella frágil y extraña criatura sollozaba. Por Rythok.

En unos instantes se daría la vuelta. Haría lo que Rythok habría hecho. Pero no exactamente igual. Poco sentido residía en intentar matar. Mutilar era una táctica mucho más útil. Iba a herir a tantos cuantos pudiera para disminuir el número de enemigos capaces de perseguir a Gunth Mach y la destriant.

Usaría habilidades que Rythok todavía no había aprendido y que ahora ya jamás aprendería. Quizá Sag'Churok no era un soldado ve'gath, pero sin duda les sorprendería.

Gunth Mach.

—Sí, querido.

Sag'Churok entrechocó las cuchillas.

—¡No! —aulló Kalyth—. ¡No te atrevas a dejarnos! ¡Sag'Churok, lo prohíbo!

Destriant. Tendré éxito allí donde Rythok falló. Mi vida por un día más para ti, quizá dos. Debes esforzarte para que baste con eso.

—¡Detente! ¡He rezado! ¿Es que no lo comprendes? ¡Dijeron que responderían!

No sé a quién te refieres, destriant. Escucha mis palabras con atención. Nido Acyl habrá de morir. La matrona está condenada, y todos aquellos dentro de Arraigado. Gunth Mach porta mi semilla. Ella será la nueva matrona. Encuentra a tu yunque del escudo y a tu espada mortal. Los tres seréis los centinelas j'an de Gunth Mach hasta que ella dé a luz a los suyos propios.

Entonces Gunth Mach te liberará.

Esta no es tu guerra. Este no es tu final. Es el nuestro.

—¡Detente!

Sag'Churok se preparó para hablar de nuevo, a pesar del creciente esfuerzo que conllevaba. Le contaría lo mucho que la admiraba. Le hablaría de su fe en ella, así como de su propio asombro al sentir tales emociones hacia una humana. Aquellas emociones eran algo irrisorio, demasiado débiles para ser consideradas dones de ningún tipo. Y sin embargo, él…

Siluetas en la distancia, frente a ellos. No era el enemigo. Tampoco eran criaturas nacidas y criadas por matronas. Sag'Churok estuvo seguro de que tampoco eran humanos.

Estaban desenvainando sus armas.

Catorce en total. Los detalles se iban perfilando a medida que Gunth Mach y Sag'Churok se acercaban a la carrera. Enjutos a pesar de las armaduras negras y nudosas que cubrían sus torsos y las extremidades. Vestían extraños yelmos con las guardas de las mejillas en forma curva y alargadas hasta más abajo de la barbilla. Cotas de malla rasgadas, de anillas negras. Capas gruesas, harapientas y llenas de manchas que antaño habían sido de un intenso y profundo color amarillo, bordeadas con pelaje plateado.

Sag'Churok vio que siete de aquellos extraños blandían en las manos enguantadas largas y finas espadas de acero azulado, empuñaduras de cesta con guardas en forma de medialuna, y escudos ornamentados. Vio a otros dos con hachas pesadas de un solo filo, y escudos redondos repujados cubiertos de pieles moteadas. Tres portaban lanzas de punta ancha de hierro. Y dos más, tras el resto, aprestaban sendas hondas.

Y, rodeándolos a todos, esparciéndose desde el leve monte sobre el que esperaban, la escarcha destelló sobre la tierra y la roca.

La incredulidad golpeó a Sag'Churok como un martillazo.

No era posible. Era algo… sin precedentes.

Imposible, ¿qué ha convocado a estos extraños ante nosotros? ¿Son enemigos o aliados? Pero no, no pueden ser aliados.

Además, es sabido que los jaghut luchan solos.

—¡Allí! —gritó Kalyth, y señaló adelante—. ¡Han atendido a mis rezos! ¡Ahí, corred hacia ellos, deprisa! ¡Son guardianes del portal!

Destriant, escúchame. No nos ayudarán. No harán nada.

—¡Te equivocas!

Destriant. Son jaghut. Es…

… *imposible*.

Pero Gunth Mach ya había virado el rumbo, y se dirigía directamente hacia los expectantes guerreros. Sag'Churok la siguió, todavía conmocionado, confuso, sin comprender. Entonces Gunth Mach y él captaron el hedor que emanaba de los jaghut; un olor que el viento empujaba a través del suelo helado que les rodeaba.

¡Destriant, cuidado! ¡Son no muertos!

—Sé lo que son —espetó Kalyth—. Detente, Gunth Mach, no te alejes más, quédate aquí, no te muevas. —Y entonces se deslizó de la espalda de la Hija.

Destriant, no tenemos tiempo para…

—Lo tenemos. Dime, ¿cuántos nos persiguen? ¡Dímelo!

Una casta. Cincuenta, ahora cuarenta y nueve. Cuatro blanden armas de hechicería de Kep'rah. Una corona les lidera, avanzan como si fueran uno.

Ella miró hacia el nordeste.

—¿A qué distancia?

Tus ojos los verán dentro de muy poco. Van… montados.

—¿Sobre qué?

Sag'Churok le hubiera enviado una imagen, pero ella ya estaba más allá de tales cosas. Se acercaba. Cada vez se acercaba más.

Piernas… recias. Para equipararse a las nuestras. Incansables.

Siguió observando mientras la destriant procesaba la información. Kalyth se giró hacia los jaghut.

—Guardianes. Creí haber visto… rostros familiares.

Uno de los lanceros dio un paso adelante.

—El Embozado no nos querría.

—Si hubiera querido —dijo la guerrera junto a él—, nos habría llamado.

—No se atrevería a hacer algo así —sentenció el primer jaghut—, sabe que no accederíamos fácilmente.

—El Embozado se aprovechó de nuestra buena voluntad —dijo la guerrera, con los colmillos brillantes por la escarcha —, durante el primer encadenamiento. Sabía lo bastante sobre nosotros como para darnos la espalda en el siguiente. —Un dedo cubierto de metal señaló a la destriant—. En cambio, se aprovechó de ti, hija de los imass. E hizo de una su peor enemigo. No albergamos pena alguna hacia él.

—Ni conmiseración —dijo el lancero.

—Ni lástima —añadió uno de los honderos.

—Estará solo —retomó la soldado con un gruñido—. Un jaghut aislado.

Sag'Churok se dio la vuelta, observó con atención el destello del metal en el noroeste. Ya no quedaba mucho.

La jaghut siguió:

—Humana, vas en extraña compañía. No te enseñarán nada de valor, estos che'malle. Su maldición es la de repetir sus errores, una y otra vez, hasta que se han destruido los unos a los otros y a todo el resto. No tienen nada para ti.

—Parece —comenzó Kalyth de los elan—, que los humanos ya hemos aprendido todo lo que pueden enseñarnos, lo supiéramos o no.

Un sonido estremecedor, el estertor de la risa de catorce jaghut no muertos.

Entonces habló el que blandía la lanza:

—Huye. Vuestros perseguidores tendrán el privilegio de conocer a los últimos guerreros del único ejército que tuvieron los jaghut.

—Los últimos en morir —añadió uno en un gruñido.

—Y si ves al Embozado —dijo la jaghut de la espada—, recuérdale que sus soldados jamás flaquearon. Incluso cuando él nos traicionó. Jamás flaqueamos.

Más risas.

Pálida y temblorosa, la destriant volvió a Gunth Mach.

—Nos vamos. Dejémoslos aquí.

Sag’Churok dudó.

Son muy pocos, destriant. Me quedaré con ellos.

Catorce pares de ojos fríos y sin vida se centraron en el cazador k’ell. Con una sonrisa, la guerrera dijo:

—Somos suficientes. Kep’rah jamás supuso una amenaza seria contra Omtose Phellack. Aun así, deberíais quedaros. Nos gusta tener público, somos gente arrogante. —La mueca fantasmagórica se ensanchó—. Casi tan arrogantes como vosotros, che’malle.

—Creo —anunció el lancero—, que este che’malle se ha llevado una lección de humildad.

La jaghut se encogió de hombros.

—La humildad solo le llega a una especie en su crepúsculo, como una anciana que recuerda de pronto que todavía es virgen. Demasiado tarde para que sirva de algo. No me impresiona. —Trató de escupir, no lo consiguió y maldijo en voz baja.

—Sag’Churok —dijo la destriant desde el lomo ensillado de Gunth Mach—, no mueras aquí. ¿Me has oído bien? Todavía te necesito. Observa la batalla, si es lo que quieres. Contempla lo que haya de ser contemplado, y después vuelve con nosotras.

Así sea pues, Kalyth de los elan.

El cazador k’ell observó a su amada llevarse a la humana.

Las armaduras oxidadas y destrozadas de los jaghut rechinaron mientras se preparaban, desplegándose sobre la cresta de la colina. A su paso el aire chasqueaba gélido.

Sag’Churok dijo:

Orgullosos soldados, no temáis que el enemigo os flanquee y os deje atrás. Jamás dejan atrás cualquier cosa que consideren que puedan matar, o destruir.

—Hemos observado vuestra locura en incontables ocasiones —replicó la guerrera—. Nada de lo que nos

enfrentaremos nos cogerá desprevenidos. —Se giró hacia sus compañeros—. ¿Acaso no es Iskar Jarak un líder digno?

—Lo es —contestó un coro de voces duras.

—¿Y qué nos dijo antes de enviarnos aquí?

Y trece voces jaghut contestaron:

—Imaginaos que son t'lan imass.

Los últimos supervivientes del único ejército de los jaghut, que ni siquiera eran supervivientes, soltaron una nueva carcajada. Y aquella risa retumbó para dar la bienvenida a la casta, y siguió a lo largo de toda la sangrienta e imponente batalla que tuvo lugar.

Sag'Churok observaba alejado a unos cientos de pasos. Sintió el aceite que surgía de su piel espesarse en las amargas ráfagas de Omtose Phellack, mientras que el Hálito de Hielo se sacudía ante los impactos de Kep'rah, que como respuesta destrozaba y cortaba pedazos de carne que salían despedidos en pequeños fragmentos congelados.

En medio de la conflagración, el hierro habló con el hierro en la más antigua de las lenguas.

Sag'Churok vio. Y escuchó. Y cuando hubo visto y escuchado suficiente, hizo aquello que la destriant le había ordenado. Dejó la batalla atrás. Conocedor del resultado, conocedor de una profunda y más afilada humildad.

Jaghut. Aunque compartimos vuestro mundo, jamás os vimos como nuestro enemigo. Jaghut, los t'lan imass jamás comprendieron. Algunos simplemente son demasiado nobles como para ser rivales. Pero quizá fuera esa nobleza lo que tanto despreciaban.

Iskar Jarak, comandante de los jaghut... ¿qué eres? ¿Y cómo lo supiste? Ojalá pudieras responderme a esta pregunta. ¿Cómo supiste qué decirles exactamente a tus soldados?

Sag'Churok jamás olvidaría aquella risa. El sonido se hundió en su piel; agarró los torbellinos de su alma, danza

de luz en los sabores más fuertes de su alivio y maravilla. Una diversión tan sabia, burlona y dulce al mismo tiempo, qué sonido tan cruel e imponente.

He oído a los muertos reír.

Supo que jamás se quitaría aquella risa de encima. Se le quedaría pegada. Le otorgaría fuerza.

Ahora lo entiendo, Kalyth de los elan, lo que hizo que tus ojos brillaran tanto en este día.

Tras él, la tierra tembló. Y la canción de la risa continuó.

Los troncos hinchados de los árboles segmentados emergían de la superficie del pantano, tan abultados que Larva pensó que se abrirían en cualquier momento para vomitar… ¿qué? No tenía ni idea, pero teniendo en cuenta las horrendas criaturas que había visto hasta entonces, por suerte desde una buena distancia, era probable que fuera algo tan aterrador que lo perseguiría en sus pesadillas por el resto de su vida. Aplastó un moscardón que le succionaba la sangre en la rodilla y se agachó todavía más tras los arbustos.

El zumbido y el chirrido de los insectos, el suave chapoteo del agua en la encharcada orilla, y la profunda y sosegada respiración de algo gigantesco, cada exhalación un agudo silbido que no cesaba.

Larva se lamió el sudor de los labios.

—Esa cosa es grande —susurró.

Arrodillada a su lado, Peccado había encontrado una sanguijuela negra y pegaba las dos bocas a la punta de uno de sus dedos. Abrió los dedos y observó cómo la baba pegajosa se estiraba, y al mismo tiempo se espesaba.

—Es un lagarto —dijo.

—Un dragón.

—Los dragones no respiran, no como nosotros. Por eso pueden viajar entre mundos. No, es un lagarto.

—Hemos perdido el camino…

—No había camino alguno, Larva —contestó Peccado—. Había un sendero, y todavía estamos en él.

—Me gustaba más el desierto.

—Los tiempos cambian —contestó ella, y sonrió—. Eso ha sido una broma, por cierto.

—No la entiendo.

Ella arrugó el gesto.

—El tiempo no cambia, Larva. Lo que cambia son las cosas que viven en él.

—¿A qué cosas te refieres?

—A este sendero, por ejemplo. Es como si recorriésemos la senda de la vida de alguien. Una vida larga, además. —Hizo un gesto con la mano libre—. Todo esto es lo que ha dado forma al embrollo que hay al final del todo, que es justo desde donde comenzamos.

—Entonces, ¿vamos atrás en el tiempo?

—No. Esa sería la dirección equivocada, ¿no crees?

—Quítate esa cosa de los dedos antes de que te deje seca.

Ella le tendió la mano y Larva le despegó el bicho del dedo, lo cual no fue tan fácil como le hubiera gustado. Ahora brotaba sangre de las heriditas arrugadas en los dedos de Peccado. Larva tiró el bicho bien lejos.

—¿Crees que podrá olerla? —preguntó Peccado.

—¿Quién?

—El lagarto. Mi sangre.

—¡Dioses!

Los ojos de Peccado se iluminaron.

—¿Te gusta este lugar? El aire emborracha, ¿no crees? Hemos vuelto a la era en que todo estaba despoblado. Virgen. Pero quizá no, quizá somos nosotros quienes

provienen de tiempos vírgenes. Pero aquí, creo, podrías quedarte diez mil años y nada cambiaría, nada de nada. Hace mucho, el tiempo era más lento.

—Creía que habías dicho…

—Está bien, lo que era más lento era el cambio. Tampoco es que las cosas vivas lo fueran a notar. Lo vivo tan solo sabe lo que sabe, y eso no cambia nunca.

Era más fácil de soportar cuando no decía nada, pensó Larva, pero se guardó el pensamiento para sí mismo. Algo se removía en el pantano, y los ojos de Larva se ensancharon al contemplar la superficie del agua y darse cuenta de que había crecido un palmo. Fuera lo que fuese, acababa de desplazar una gran cantidad de agua.

—Ya viene —dijo.

—¿Qué ojo parpadeante —murmuró Peccado—, somos nosotros?

—Peccado, tenemos que largarnos de aquí.

—Si ni siquiera estamos aquí —prosiguió ella—, ¿de dónde venimos, excepto de algo que está aquí? No puedes limitarte a decir «bueno, pues vinimos de detrás de esa puerta», porque, entonces, la pregunta se plantea una vez más.

La respiración cesó.

—¡Ya viene!

—Pero uno bien puede criar caballos y comprobar cómo cambian. Patas más largas, incluso un trote distinto. Algo así como convertir un lobo del desierto en un perro de caza. No lleva tanto tiempo como uno pensaría. Así que, ¿hubo alguien que nos crio para que fuéramos como somos ahora?

—¡Si lo hubo —siseó Larva—, deberían haberle dado a una de nosotros dos dedos más de frente! —Agarró a Peccado del brazo y la levantó.

Ella rio mientras corrían.

El agua estalló justo tras ellos, fauces enormes se cerraron sobre el aire, brotó una ráfaga de aliento aullante y el suelo tembló.

Larva no miró atrás. Podía oír las monstruosas pisadas y coletadas de lagarto mientras se abría paso a toda prisa por los matorrales, cada vez más cerca.

Peccado se liberó de su agarre.

Los talones de Larva patinaron sobre el barro. Al darse la vuelta, vio por un instante a Peccado, de espaldas a él, frente a un lagarto tan grande como una galera quon, las enormes mandíbulas erizadas de colmillos largos como dagas. Aquellas fauces se abrían cada vez más.

Un estallido de fuego. Una conflagración repentina cegó a Larva y le hizo retroceder con el golpe de un sólido muro de calor. Cayó de rodillas. De pronto llovía, o no, granizaba. No, tampoco, aquello no era granizo, sino pedazos de carne, piel y hueso. Larva parpadeó y trató de recuperar el aliento. Alzó la cabeza.

Un cráter humeante se abría ante Peccado.

Larva se acercó tambaleándose hasta ella. El agujero tenía unos veinte pasos de ancho y era tan profundo como un hombre de pie. Se iba llenando poco a poco de agua oscura y borboteante. En el fondo, un pedazo de la cola del lagarto aún se retorcía y latigueaba. Con la boca seca, Larva preguntó:

—¿Te lo has pasado bien, Peccado?

—Nada de esto es real, Larva.

—¡A mí me ha parecido de lo más real!

Ella resopló.

—Es tan solo un recuerdo.

—¿De quién?

—Puede que mío —Peccado se encogió de hombros—. Quizá tuyo. Algo enterrado a tanta profundidad en nosotros que jamás lo habríamos conocido de no haber estado aquí.

—Eso no tiene el menor sentido.

Peccado levantó las manos. La que antes había sangrado ahora parecía chamuscada.

—Mi sangre —susurró—, mi sangre arde.

Rodearon el pantano bajo la atenta mirada de una manada de bestias cuellilargas cubiertas de escamas y hocicos planos. Más grandes que cualquier bhederin, pero con los mismos ojos bovinos. Diminutos lagartos alados patrullaban en sus lomos y picoteaban garrapatas y piojos.

Tras el pantano la tierra se alzaba en una loma, festoneada con árboles de hojas serpentinas, troncos gruesos y coronas emplumadas. No había una ruta clara para rodear aquel extraño bosque, por lo que no tuvieron más remedio que internarse en él. Bajo la húmeda sombra del dosel de árboles, polillas de alas iridiscentes aleteaban como murciélagos, y el blando y húmedo suelo estaba repleto de sapos que podrían tragarse el puño de un hombre y que parecían poco dispuestos a apartarse, por lo que Larva se vio obligado a caminar con cuidado mientras que Peccado los pateaba con los pies descalzos, carcajeándose con cada impacto carnoso.

La loma se niveló y el bosque se volvió más denso, la penumbra se les echaba encima como un velo.

—Esto ha sido un error —murmuró Larva.

—¿El qué?

—Todo. La Casa de Azath, el portal; Keneb debe de estar preocupadísimo. No fue justo, marcharnos de ese modo, sin avisar a nadie. De haber sabido que nos llevaría tanto tiempo buscar lo que sea que crees que tenemos que encontrar, probablemente te habría dicho que no. —Miró a la chica tras él—. Lo sabías desde el principio, ¿no es así?

—Estamos sobre el sendero, no podemos dejarlo ahora. Además, necesito a un aliado. Necesito a alguien que me cubra la espalda.

—¿Con qué? ¿Con este estúpido cuchillo para untar pan que llevo en el cinto?

Ella arrugó la cara.

—Dime la verdad. ¿De dónde vienes?

—Era un huérfano en la Cadena de Perros. El historiador imperial Duiker me salvó. Me recogió de la puerta de Aren y me dejó en los brazos de Keneb.

—¿Te acuerdas de todo eso?

—Por supuesto.

Sus ojos entrecerrados agravaban su expresión.

—¿Recuerdas caminar en la Cadena de Perros?

Él asintió.

—Caminar, correr. El miedo, el hambre, la sed. Ver morir a tantísima gente. Incluso recuerdo haber visto a Coltaine en una ocasión, aunque lo único que puedo recordar en mi cabeza, cuando pienso en él, son las plumas de cuervo. Por lo menos —añadió—, no le vi morir.

—¿De qué ciudad provienes?

—De eso no me acuerdo. —Se encogió de hombros—. Todo lo anterior a la Cadena… no está, como si jamás hubiera existido.

—Es que no existió.

—¿Qué?

—La Cadena de Perros te creó, Larva. Te construyó a partir de polvo, de palos y de rocas, y entonces te llenó con todo lo que ocurrió. Los héroes que lucharon y que murieron, la gente que amó y perdió. Los que perecieron a causa del hambre y la sed. Aquellos cuyos corazones estallaron de terror. Los que se ahogaron, los que encajaron un flechazo o un espadazo. Los que recibieron el impacto de las lanzas. La Cadena tomó todo eso y lo convirtió en tu alma.

—Eso es ridículo. Había muchos huérfanos. Algunos sobrevivimos, otros no. Nada más.

—¿Qué tenías, tres años? Nadie recuerda demasiado de esa edad. Un puñado de escenas, quizá. No más. Pero tú te acuerdas de la Cadena de Perros, Larva, porque eres fruto de ella.

—Tuve padres. ¡Una madre y un padre de verdad!

—Pero no puedes recordarlos.

—¡Porque murieron antes de que comenzara la Cadena!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque lo que dices no tiene ningún sentido!

—Larva, lo sé porque eres como yo.

—¿Qué? Tú tienes una familia de verdad, ¡incluso tienes un hermano!

—Quienes me ven nunca saben aquello que realmente están viendo. Te diré quién me creó. Fue un asesino llamado Kalam. Me encontró escondida entre un puñado de bandidos que se las daban de rebeldes. Kalam esculpió mi alma con… cosas, y después se marchó. Mucho después fui creada una segunda vez. Me añadieron pedazos. Ocurrió en Y’Ghatan, donde encontré el fuego que llevé conmigo, este que ahora arde incesante como si fuera mi sol privado. Más tarde fue la capitana Faradan Sort, porque ella sabía que yo sabía que seguían vivos, y yo lo sabía porque el fuego nunca se extinguió, seguía ardiendo bajo la ciudad. Lo sabía. Podía sentirlo.

Se detuvo y trató de recuperar el aliento, la mirada enloquecida como la de un gato al que le ha picado una avispa. Larva le clavó la mirada; no sabía si darle un abrazo o cruzarle la cara.

—Tú naciste de una madre, igual que yo.

—Entonces ¿por qué somos tan diferentes?

Las polillas alzaron el vuelo ante su grito, y a su alrededor todo quedó en silencio.

—No lo sé —respondió él en voz baja—. Quizá... quizá encontraste algo en Y'Ghatan. Pero nada parecido a lo que me pasó a mí...

—Ciudad Malaz. Tú desertaste, Larva. Fuiste a buscar a los nachts. ¿Por qué?

—¡No lo sé!

Ella se alejó de él y se internó a la carrera en el bosque. En un instante la había perdido de vista.

—¿Peccado? ¿Qué haces? ¿Adónde vas?

La penumbra se desvaneció. A cincuenta pasos brotó una esfera incandescente de llamas y se dirigió directa hacia Larva. Los árboles estallaron a su paso.

Él abrió la boca para gritar, pero no salió sonido alguno.

La centelleante bola de fuego se acercaba, enorme, enfurecida...

Larva hizo un gesto. El suelo se alzó de pronto para interponerse en el camino del fuego, una masa de raíces, tierra y barro, brotó hacia arriba y apartó a los árboles hacia los lados. Un millar de retorcidos brazos parduzcos surgieron de la tierra revuelta. El serpentino muro se tragó la esfera de fuego, y la estampó abajo como si el tacón de una bota hubiera aplastado el resto de una ascua incandescente. Una sacudida atronadora. La tierra se aquietó, los brazos se desvanecieron y dejaron nada más que un montículo removido que se asentaba lentamente. Nubes de vapor se alzaron y salieron flotando, esfumándose al mismo tiempo que volvía la oscuridad.

La vio caminar hacia él con calma, pisaba sobre troncos destrozados y se sacudía la tierra de su túnica lisa.

Peccado se detuvo justo frente a él.

—No importa, Larva —dijo—. Tú y yo somos diferentes.

Se alejó, y tras un instante él la siguió algo mareado.

Nunca discutas con una chica.

Era un día de conocer a extraños. Uno estaba más allá de su alcance, al otro lo conocía bien. Taxilian y Rautos habían abierto un panel en el que habían descubierto una confusa masa de espirales de metal, tubos y cables enrollados. Taxilian empezó a revolver entre aquellos cachivaches, mientras cuchicheaba monsergas sobre descubrir los hechizos de apertura necesarios para activar la magia, y que despertaría la mente de la ciudad. Arrebujado a su espalda, con el sudor goteando de las cejas, Rautos desgranaba una letanía de advertencias, a ninguna de las cuales Taxilian hizo caso alguno.

Último había dejado lista una trampa para aquellas ratas lagarto, los orthen. Fue a comprobarla con Asane pegada a sus talones.

Nappet y Sheb habían descubierto una puerta sellada al final de una rampa que daba a una antecámara alargada y poco profunda. Ahora la golpeaban con almádenas de hierro; cada impacto resonaba con un tañido torturado de campana. La mayor parte del daño se lo llevaban sus propios oídos, pero ya que no tenían nada que decirse el uno al otro, aún no se habían dado cuenta.

Aliento exploraba por sí misma el nido, la morada ya vacía y abandonada de la matrona. No llegó a encontrar nada de interés, pero los humores residuales que flotaban en el aire se deslizaron inadvertidamente dentro de sus pulmones y acabaron supurando por su piel en forma de gotitas resplandecientes. Empezaron a formarse en su cabeza vagas ensoñaciones sobre tener niños, escenas sucesivas de partos y nacimientos se amontonaron tras sus ojos como en una alocada pesadilla. Lo que comenzó como una difusa irritación en alguna parte de su interior creció hasta convertirse en una rabia sin nombre.

Aliento había vivido en las Losas desde su creación, pero incluso ella se sentía incapaz de encontrar las señales que buscaba en su interior. Y ahora el mundo entero se escurría dentro de ella y la envolvía en una nube de confusión.

Y por supuesto, los zánganos k'chain che'malle seguían arrastrándose, cada vez más cerca de aquel manojo de desgraciados humanos.

El fantasma revoloteó entre su familia, reconcomido por una inquietud cada vez mayor. Su gente estaba abocada al fracaso. Se estaban haciendo pedazos de un modo total e inefable. Incluso él había dudado de su propósito, pero ahora un mismo objetivo los unía a todos, exceptuando quizás a Taxilian. Sobre ellos se cernía una turbulenta crisis; podía sentir cómo se acercaba. Ninguno de ellos estaba listo para enfrentarse a Sulkit. Incluso si acabasen con aquel maldito zángano, todo seguiría deslizándose hacia la perdición.

Quizá por milésima vez, Aliento rememoró aquella vez sobre la cubierta de un barco, mientras contemplaba la superficie vítrea del mar que se extendía en todas direcciones. Una cualidad indefinible preñaba el aire, y la luz había adoptado un tono fantástico, casi febril. A su alrededor, una multitud desdibujada de marinos pálidos como débiles motas que trepaban mástiles arriba, los balidos vociferantes de las cabras traídas de la bodega para entregárselas en sacrificio de sangre al dios ancestral, el relámpago de las espadas forjadas en sedimento marino, las manchas irregulares de sangre que flotaba sobre el agua... todo a su alrededor bullía con miedo. Oyó su propia risa como única respuesta a aquel caos, una risa cruel como la de un demonio. Unos ojos anchos se clavaron en él; su dueño creía haberse topado con un monstruo. Un monstruo que era él.

¿Acaso no fui yo quien invocó a la tempestad? Y lo hice s*olo para ver desatada su violencia, para envolverme en ella como la más confortable de las capas. Ni siquiera los gritos de socorro que emitían los mortales al ahogarse fue capaz de acallar mi risa*.

Pero, ¿de verdad son míos estos recuerdos? ¿Qué clase de monstruo era yo?

La sangre sabía… bien. ¿Sacrificio? Qué estupidez. Simplemente los utilicé para fortalecer mi poder.

Recuerdo la tribu, sus cadáveres enfriándose bajo sábanas y pieles. Recuerdo las manchas de rencor puro en mis manos. Recuerdo el agujero negro y vacío en mi interior, el pozo insondable del crimen que acababa de cometer. Ya no tenía sentido aullar hacia el fondo de aquel pozo, a su aire muerto, a la muerte en su interior.

Mi mujer me había traicionado. Todos se reían a mis espaldas. Y por ello fue que murieron. Así había de ser, y así fue. Yo hui de aquel lugar, del hogar que destruí en el transcurso de una única noche. Sin embargo, hay pozos de los que es imposible trepar. Corrí y corrí, y cada noche, al caer exhausto, volvía a descender a aquel pozo, y alzaba la vista hacia aquel círculo de luz en las alturas. Lo veía alejarse y alejarse hasta que desaparecía con un parpadeo negro.

Ahora no hay más que muerte tras mis ojos. Lo único que traicionan son muros lisos y negros. Y, ¿sabéis qué? Cuando os devuelvo la mirada, nada de lo que veo me hace sentir… lo más mínimo.

Sigo caminando solo en medio de la llanura vacía, y el edificio al que me acerco crece y crece hasta convertirse en una cosa indefinible hecha de piedra y sangre seca. Una cosa que aguarda para volver a despertar.

Encuéntrame.

Asane volvió entre tambaleos hasta la cámara. Taxilian y Rautos aún seguían agachados al pie de la pared destripada. Asane soltó un jadeo amedrentado, incapaz de encontrar el aire. Raudo giró sobre sus talones.

—¿Asane? ¿Qué sucede? ¿Dónde está Último?

—¡Un demonio! ¡Queda uno vivo! ¡Nos ha encontrado!

Desde la rampa llegó hasta ellos el rumor de suelas de cuero al golpear contra la piedra, y algo más, un tintineo de garras, el inequívoco sonido de una cola deslizándose por el suelo. Asane se aplastó contra el muro contrario.

—¡Taxilian! —siseó Rautos—. Ve a por Nappet y Sheb, ¡rápido!

—¿Qué? —preguntó él, mirando por encima del hombro —. ¿Qué pasa?

Por la rampa apareció Último, con aspecto espantado, pero intacto. De un cordel en su cinto colgaban dos orthens muertos. Un instante después apareció el k'chain che'malle. Era espigado, no mucho más alto que un hombre, de extremidades delgadas y una cola que cimbreaba a izquierda y derecha como si poseyese su propia voluntad.

El fantasma sintió el miedo crecer en Asane y Rautos. En Taxilian, en cambio, sintió maravilla, curiosidad y, en última instancia, emoción. El hombre se apartó de la maquinaria expuesta al aire y dio un paso al frente.

El zángano contemplaba el interior de la cámara como si buscase algo en concreto. Su cabeza dio un latigazo en dirección a los incesantes tañidos metálicos sobre su cabeza. Un momento después, los gritos de júbilo de Nappet y Sheb llegaron hasta ellos. La puerta se abrió, pero el fantasma estuvo seguro de que aquella barrera no había cedido bajo el empuje de sus armas. Quien la había abierto era el propio Sulkit. Un instante después, el fantasma se preguntó cómo había llegado a aquella conclusión.

Aliento irrumpió en la cámara desde un pasadizo lateral.

—Hierroañil —susurró, la vista fija en el dron—. Es como un… fulcrum. Taxilian, acércate a él. Lo necesitamos.

—Ya lo sé —respondió este, y se pasó la lengua por los labios—. Rautos, ve arriba con Sheb y Nappet y mantenlos ocupados allí. No quiero que entren a la carga espada en mano aquí. Asegúrate de que comprenden…

—¿Que comprendan qué?

—Que esto que nos hemos encontrado podría ser un aliado.

Rautos ensanchó los ojos. Se enjugó el sudor del rostro y, un latido después, giró sobre sus talones y subió por la rampa.

Taxilian se dirigió al zángano:

—¿Puedes comprenderme? Aquí dentro está todo estropeado, no funciona nada. Necesitamos tu ayuda para repararlo. Necesitamos… no, un momento, quizá sea mejor intentarlo al revés: nos gustaría ayudarte a devolver este sitio a la vida.

Silencio. El zángano k’chain che’malle parecía ignorar a todos los que estaban en la sala. Sus dedos tentaculares se agitaban como briznas de hierba que rematasen sus brazos. En el amplio tajo que era su boca relucían hileras de colmillos. Tras un momento, el zángano parpadeó una, dos, tres veces, cada una con un párpado distinto. Entonces se abalanzó hacia el lugar en el que Taxilian había estado hurgando. Levantó el panel del suelo y volvió a colocarlo con un hábil movimiento. Se puso en pie y fijó la vista en el fantasma. Miraba directamente a sus ojos.

Puedes verme. La certeza lo aturdió. Una sensación repentina, *mi propio cuerpo*, se apoderó de él. Un dolor desconocido sacudió sus manos, un padecimiento nacido del abuso. De pronto paladeó su propio sudor, la extenuación acre de sus músculos. Y, tan repentinamente como había llegado, la sensación desapareció.

El fantasma gimió:

¡Ayúdame!

Los ojos reptilianos de Sulkit volvieron a parpadear, y de pronto el zángano echó a correr a través de la cámara y desapareció por la rampa que llevaba al malogrado caparazón, la sala que albergaba la mismísima mente de la ciudad.

Taxilian ladró la mitad de una risa.

—¡Seguidlo! —Se apresuró en pos del k'chain che'malle. Aliento le pisó los talones.

En cuanto se hubieron marchado, Asane se abalanzó sobre Último. Él la tomó en sus brazos.

Rautos, Sheb y Nappet irrumpieron en la sala.

—Hemos abierto la puerta —anunció Sheb en voz alta—. Se deslizó sola hacia un lateral. Da afuera, a una balconada. ¡Dios, este sitio está altísimo!

—Déjate de alturas —gruñó Nappet—. Hemos visto a alguien abajo en la planicie. Iba a pie. Parece que hemos encontrado a otro errante.

—Podría ser —dijo Rautos—. Quizás él lo sepa.

—¿Quizás él sepa qué? —espetó Sheb entre dientes. Rautos le hizo un gesto impotente.

Nappet paseaba la vista por la estancia, almádena en mano.

—Bueno, ¿dónde está ese condenado demonio?

—No es peligroso —dijo Último.

—Peor para él.

—No le hagas daño, Nappet.

Nappet se encaró con Último.

—Mirad a este granjero imbécil. ¿Crees que has encontrado un animal de compañía o qué? No tiene buen aspecto, Aliento está en mejores condiciones.

—El demonio ni siquiera va armado —dijo Último.

—Entonces es un demonio estúpido. Porque si yo fuera él, ahora mismo blandiría en mis manos la condenada hacha más grande que fuera capaz de encontrar. Empezaría matándote a ti y a esa bruja que tienes en brazos. Luego mataría al gordo de Rautos aquí presente y acabaría con sus estúpidas preguntas.

—El primero al que mataría serías tú, Nappet —rio Sheb.

—O lo intentaría. Lo comprendo; soy el más peligroso de los presentes. Pero le abriría la cabeza de un porrazo antes de que me tocase.

—No eres el más peligroso —le corrigió Sheb—. Solo el más tonto. Te mataría de pura conmiseración.

—Vamos a preparar de comer —le dijo Último a Asane, aún protegiéndola con un brazo musculoso y duro—. Lo siento, Nappet, para ti no hay.

El interpelado dio un paso al frente.

—¿Sí? Prueba a interponerte en mi camino y…

Último giró sobre sí mismo. Su puño se hundió en la cara de Nappet y le destrozó la nariz. Nappet retrocedió en una catarata de sangre. Varios dientes repiquetearon contra el suelo. La almádena se le escurrió de las manos. Tras un instante, cayó al suelo todo lo largo que era. Luego se hizo un ovillo y se cubrió la cara destrozada.

Los demás se quedaron mirando a Último.

Sheb soltó una risita, aunque era una risita débil.

—Vamos —le dijo Último a Asane.

Salieron de la cámara.

Un momento después, Sheb dijo:

—Voy a asomarme a la balconada otra vez.

Rautos se acercó a su mochila y hurgó en ella hasta que encontró un par de vendas y un frasquito. Se agachó con un gruñido junto a Nappet.

—A ver qué podemos hacer con este destrozo, Nappet.

La traición puede esconderse bajo la apariencia muerta de un puñado de cenizas frías, pero siempre está lista para estallar en llamas en menos de un instante. ¿Qué es lo que me impulsó a llevar a cabo semejante carnicería? Eran mi gente. Mis compañeros. Mis amados. ¿Cómo fui capaz de hacerles eso? Mi esposa quería hacerme daño. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho yo? ¿Fue por la hermana de Gorim? Aquello no significó nada. Absurdo. Un desliz que no merecía tantos gritos, en eso ella al menos tenía que estar de acuerdo.

Es verdad que aquello me hizo mucho daño, pero jamás olvidaré la expresión de sus ojos, de su cara, cuando le arrebaté la vida. Y lo que desde luego no entenderé jamás es por qué era ella la que parecía haber sido traicionada. Ella, no yo. Lo de la hermana de Gorim no tuvo nada que ver con ella. Yo no pretendía hacerle daño. Fue simplemente algo que sucedió. Pero lo que hizo ella, eso sí que fue clavarme un cuchillo en el corazón.

Ella tenía que saber que no soy el tipo de hombre que deja correr estas cosas. Tengo mi orgullo. Esa es la razón de que todos tuvieran que morir, se estaban riendo de mí a mis espaldas. Tenía que darles una lección, aunque, una vez que hube acabado, bueno, no había nadie para recibirla. Solo estaba yo, lo cual no servía, porque eso la convertía en otro tipo muy distinto de lección. ¿No?

El dragón aguarda en la planicie. Ni siquiera parpadea. Lo hizo una vez hace mucho tiempo, y todo desapareció. Absolutamente todo. No lo volverá a hacer.

Si parpadeas, pierdes ese tiempo para siempre. Ni siquiera puedes estar seguro de cuánto duró el parpadeo en realidad. Quizá fue un momento, quizás un millar de años. Ni siquiera puedes estar seguro de que lo que ves después del parpadeo es lo mismo que lo que había antes. No puedes. Crees que lo es, claro. Te dices a ti mismo, te

convences de que solo es una continuación de lo que ya conocías. Lo que ves sigue estando ahí, eso es lo que te dices a ti mismo. Ese es el juego de consuelos que te juega tu mente. Para no volverse loca.

Pero pensad por un momento en ese parpadeo, ya sabéis a cuál me refiero, tras el que todo lo que creías real, de repente cambia. Al otro lado del parpadeo hay muy malas noticias. Al otro lado del parpadeo hay un horror y un desamparo capaces de hundirte el alma. ¿Cuánto tiempo ha durado ese parpadeo?

Por todos los dioses del Abismo, ha durado una eternidad.

Capítulo 14

Olvida esta carga oscura y enloquecedora
todo lo que conocías se quedó atrapado como una polilla
en la oscura tela de los días pasados
emerge del frescor blanco de la espuma
en el semblante de mi zambullida marina
aúllale a mi salvaje galope, a estos ojos
ardientes, pues yo oigo la llamada
de la vida tal y como fue y del calor
en el chirrido aplastado de las langostas que frotan
la hierba del camino de la infancia
donde el verano no tiene fin
los días se negaban a anochecer y yo jugué
a ser salvaje y guerrero, el heroico clavo
del que cuelgan mundos temblorosos
tan azules como el hierro recién forjado y estos vientos salados
aún están por soplar y clavar sus dientes corrosivos
en mi sólida columna y mis costillas endurecidas
que podrían soportar el peso
de un millar de destinos
¿Dónde estáis ahora, semblantes desordenados
de aquellos veranos ricos y lastimeros
en que los dioses rabiosos reinaban sobre el mundo salvaje?
Colmillos vacíos que encendían
hilos de seda exhausta tan perdida
y tú que corres a mi lado en esta ciega
estampida, esta carga inalterable
Y el mar que nos aguarda espera con su
promesa de olvido, el desguace de los
días jóvenes, las uñas rotas, las costillas
hundidas, los veranos que se alejan y alejan
y alejan para siempre.

El lamento de la uña rota
Pescador

lguien gritaba de dolor, un sonido al que el caudillo Hiel se había acostumbrado hacía mucho. Con los ojos clavados en el perezoso humo, giró el caballo en el camino enlodado y, al tiempo, soltó una retahíla de maldiciones. Al menos tres incursiones emergían ahora mismo del pueblucho en medio del valle, lanzas en ristre, trofeos espeluznantes rebotando y cimbreando.

—Coltaine, llévate a esos imbéciles y aplástalos bajo tu bota. Jarabb, cabalga hasta aquel comandante. Comunícale que ha de formar su tropa y seguir explorando en dirección sur. No más ataques. Dile a ese idiota que si me vuelve a desobedecer me quedaré con su botín, con sus esposas y con sus hijas.

Jarabb bizqueó los ojos.

—Se trata de Shelemasa, caudillo.

—Pues bien, que sea entonces su esposo y sus hijos. Me los quedaré como esclavos y los venderé a D’ras. ¡Por la nariz quebrada de Bastión, necesita controlar mejor a sus guerreros!

—Se limitan a seguir sus órdenes —dijo Jarabb—. Es peor que una licántropa rabiosa.

—No me calientes más la testuz —dijo Hiel, con no pocas ganas de sacar el pie del estribo y clavárselo a Jarabb en el pecho. Aquel imbécil no hacía más que llegar tarde, pavonearse, soltar demasiadas palabras y con ojeadas resabiadas. Después de ocuparse de Shelemasa, mandaría al cachorro a ladrar y haría la vista gorda con todas las miraditas heridas que vendrían después.

Jarabb esbozó una sonrisa que se fue difuminando a medida que el entrecejo de Hiel se fruncía. Un instante después, el joven correlágrimas espoleó su caballo y galopó en dirección adonde se estaban produciendo los pillajes entre gritos y ladridos.

Más allá de las columnas emborronadas de humo, el cielo era un dosel limpio y sin nubes de un tono azul saturado. El sol parecía bullir en él con un cariz siniestro. Bandadas de pájaros con colas alargadas caían en picado y volvían a ascender en patrones erráticos, demasiado aterrorizados para posarse cerca del aquel terreno por el que los guerreros khundryl se extendían como un enjambre. Langostas gordas y alargadas como dedos se arrastraban por los campos desastrados.

La avanzadilla de exploradores regresaba en este mismo instante. Su galope disciplinado y compacto, lanzas enhiestas y calzadas, agradó sobremanera a Hiel. ¿Quién era aquel oficial? Cayó en la cuenta de quién se trataba al atisbar las argollas de cuero que colgaban del arma del hombre. Se trataba de Vedith, que había aplastado la guarnición de un pueblo entero no hacía mucho. La batalla se había saldado con cuantiosas pérdidas por su parte, pero por otro lado, aquello no era ninguna sorpresa. Vedith enarbolaba la estupidez y la imprudencia de la juventud, pero desde luego destacaba en el firme manejo con que comandaba a sus soldados.

Un gesto de Vedith cuando aún se encontraban a cierta distancia detuvo a todos sus soldados. Vedith trotó hasta Hiel y detuvo a la montura con un tirón de rienda.

—Caudillo. Ante nosotros se despliega un ejército bolkando, a dos leguas de distancia. Son diez mil, dos legiones completas, más un campo de suministros para abastecerlos con tres veces ese número de soldados. Todos los árboles a una legua de distancia de ellos han sido talados y arrancados. Mi estimación es que llevan en esa posición al menos tres o cuatro días.

—Estúpido bolkando. ¿De qué demonios servirá asentar un ejército que se mueve más lento que un bhederin al que han cortado las piernas? Podríamos rodearlos dando un

paseo y avanzar directamente hacia la capital. Yo mismo sacaría a jalones al rey de su trono y aposentaría en él mis acabadas posaderas de borracho. ¿Qué te parecería eso? —soltó un resoplido divertido—. Poco entendimiento tienen generales y comandantes. Suelen pensar que una batalla lo resuelve todo, como si fuera una pelea a puñetazos en un callejón. Coltaine sí que sabía; él entendía que la guerra es el medio para llegar al fin. El objetivo no es la masacre por la masacre, sino conseguir la dominación en las negociaciones que vienen después.

Otra exploradora se acercaba desde el norte, los cascos de su caballo levantaban grumos de la tierra arada. Hiel la miro por el rabillo del ojo durante un instante, y luego se giró en su silla en dirección sur. Sí, por ahí se acercaba otro jinete a galope tendido, lanzando gritos mientras atravesaba la muchedumbre de soldados de Shelemasa, que lo recibía entre vítores. El caudillo soltó un gruñido.

Vedith también se había fijado en los dos jinetes.

—Estamos rodeados —dijo.

—¿Y qué? —replicó Hiel, y sus ojos volvieron a estrecharse en una mirada a aquel guerrero joven y listo.

Él se encogió de hombros.

—Incluso si un cuarto ejército marchase a nuestra espalda, caudillo, podríamos atravesar sus huecos. Después de todo, van a pie.

—Como escabullirse entre las garras de un halcón, aunque nadie aquí sería capaz de desplumar nuestra cola. Vedith, te pongo al mando de un millar de soldados. O sea, cincuenta tropas de incursores. Atacad al ejército del norte. Estarán en movimiento, exhaustos como perros y medio sepultados en el polvo del camino, probablemente ni recuerden qué es formar filas. No les des tiempo a reaccionar. Córtalos de cuajo y bárrelos de la faz de la tierra, desmiémbralos y llega hasta sus suministros. Llévate todo lo

que tus soldados sean capas de cargar y quema el resto. No pierdas el control de tus guerreros. Limítate a cortar las piernas del enemigo y a dejarlo ahí tirado. ¿Me he explicado con claridad?

Vedith hizo una mueca y asintió.

—Yo esperaría a saber las noticias que trae ese explorador.

—Por supuesto que lo harías.

Hiel vio que Jarabb se había reunido con Shelemasa, y ahora ambos seguían al trote la misma senda que el explorador del sur. Escupió para quitarse de la boca el sabor del humo.

—Por los ojos de Duiker, valiente desastre. No hay ni uno que aprenda la lección, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, caudillo?

—¿Se habrían conformado los bolkando si los hubiésemos tratado tan mal como ellos a nosotros? Por supuesto que no. Así que, ¿cómo justifican en su cabeza semejante abuso?

—Quizá pensaron que podrían salirse con la suya.

Hiel asintió.

—¿Y ves dónde está el fallo en esa lógica, guerrero?

—Verlo no es difícil, caudillo.

—¿Te has dado cuenta de que los que se creen los más inteligentes suelen ser los más estúpidos? —Se echó a un lado en la silla y soltó una sonora ventosidad—. Por los dioses del Abismo, las especias que usan por aquí han desatado un tifón en mis tripas.

La exploradora del norte llegó hasta ellos. El sudor le cubría la cara igual que el polvo cubría sus brazos.

—¡Caudillo!

—Hiel desató su propia cantimplora de cuero y se la lanzó.

—¿Cuántos y a qué distancia?

Tras dar un par de tragos de la cantimplora, la exploradora respondió por encima de los pesados jadeos de la respiración de su montura:

—Quizá dos mil, la mayoría milicianos. No van muy bien equipados. Visten armaduras ligeras. Avanzan en formación de columna por un paso estrecho a dos leguas de aquí.

—¿Suministros?

Ella esbozó una sonrisa debajo de la capa de mugre.

—Carecen de ellos, caudillo, ni en medio ni a los lados. En la retaguardia hay unos trescientos, infantería mixta. Parecen ser los que tienen más ampollas en los pies.

—¿Y te han visto?

—Creo que no, caudillo. Sus exploradores a caballo se mantenían cerca de ellos, en los campos de cultivos a ambos lados de la senda. Saben que hay tropas campando por los terrenos cercanos y no quieren que los pillen.

—Muy bien. Que te den otra montura y prepárate para llevar a Vedith y su ejército hasta ellos.

Los ojos oscuros de la exploradora volaron hacia Vedith con un cariz apreciativo.

—¿Sucede algo?

—No, caudillo.

—Es joven, ¿no? —Ella se encogió de hombros—. Retírate.

La mujer le devolvió la cantimplora y se alejó al trote.

Hiel y Vedith aguardaron a que llegaran los exploradores del sur. Vedith se removió para calmar a su montura, y dijo:

—Caudillo, ¿quién comandará la fuerza que se enfrente al brazo sur de la pinza?

—Shelemasa.

Hiel se percató de la ceja alzada del joven guerrero, y dijo:

—Necesita una oportunidad para reparar su reputación malograda. ¿O caso pones en duda mi generosidad?

—No se me ocurriría.

—Pues debería. Debería ocurrírsete, Vedith. Si hay algo que los malazanos nos hayan enseñado es eso. Ya sea el martillo del herrero en su mano o la espada en la del guerrero, todo se reduce a negocios, y eso se aplica a todos y cada uno de nosotros. La parte ganadora siempre es la que tiene a más gente capaz de usar el cerebro.

—A menos que haya traición.

Hiel hizo una mueca.

—Incluso en ese caso, Vedith, los cuervos…

—… siempre responden —terminó Vedith. Ambos hombres hicieron el gesto del ala negra, un ademán que honraba en silencio el nombre de Coltaine, sus hazañas y su heroica resistencia contra las peores acciones del ser humano.

Un momento después, Hiel giró su caballo hacia el hombre que llegaba al galope desde el sur, y los dos guerreros que intentaban mantenerse a su paso.

—Por los cagarros de Perroloco, mira a esos dos.

—¿Me necesitáis para algo más, caudillo?

—No. Ve a por tus tropas. —Se inclinó una vez más para soltar otra ventosidad—. Por todos los dioses del Abismo.

Aún zaherida después de la bronca que le había echado el caudillo, Shelemasa cabalgaba a toda velocidad a la cabeza de sus tropas. Los gritos a su espalda evidenciaban los esfuerzos de sus sargentos para mantener la formación de los soldados en aquel terreno cada vez más accidentado. Surcos profundos recorrían aquellas colinas pedregosas, la mayoría excavadas previamente para extraer la piedra. Los bolkando habían construido minas aquí, aunque Shelemasa no tenía ni idea de para qué. Bordeaban pozos de paredes inclinadas, medio llenos de agua templada en la que flotaban algas perezosas y de la que surgían estrechos

juncos. Maquinaria excavadora asomaba por encima de las zanjas, sus brazos de madera grises y vencidos, comidos por la hiedra. Entre las lujuriantes flores carmesíes de las enredaderas volaban avispones e insectos iridiscentes de seis alas que giraban y se retorcían en el aire.

Shelemasa odiaba aquel lugar. Aquellos colores crueles la hacían pensar en venenos. En cierto modo, Khundryl Odhan era el hogar de los lagartos más mortales y las serpientes más venenosas. Ayer mismo, Shelemasa había visto una araña de cuerpo azabache y ojos púrpura, tan grande como su maldito pie, que devoraba una liebre. El otro día Nekeh había descubierto al despertar que la piel de una de sus piernas, desde la cadera al tobillo, había sido completamente devorada por un puñado de gigantescas hormigas ambarinas. Nekeh no había sentido dolor alguno, aunque ahora ardía de fiebre en el carromato del botín en retaguardia. Shelemasa había oído que a uno de los soldados se le había podrido la nariz después de oler una flor. Tenían que terminar con todo aquello lo antes posible. Marchar junto a los Cazahuesos estaba bien, pero la consejera era bien distinta de Coltaine, ¿verdad? Tampoco era Bastión; ni siquiera se asemejaba a Duiker.

Shelemasa había oído las historias sobre el destrozo que habían sufrido los marinos durante la invasión. Como un gato del desierto lanzado a un pozo lleno de lobos hambrientos, al menos si lo que se contaba era cierto. Era normal que hubieran ocupado la capital durante tanto tiempo. La consejera tenía la suerte de Picadora, vaya si la tenía, y Shelemasa no quería tener lo más mínimo que ver con ella.

Estaban saliendo de la zona minera, y la tierra se nivelaba al sur en un terreno inundable salpicado de bloques de bambú rodeados de acémilas rebosantes y senderos elevados. Más allá se levantaba otra hilera de

colinas apretujadas, cumbres chatas festoneadas por bastiones de pétreos muros. El ejército bolkando se situaba en formación entre las fortificaciones. Se suponía que eran uno de los brazos de la pinza, que habrían de llegar a la batalla una vez que esta hubiera empezado, bozal con bozal con la fuerza principal. Su plan era lanzarse contra uno de los flancos expuestos.

Sería difícil apartarlos de aquellas colinas, especialmente con esos bastiones alineados. Y lo que era aún peor; los sobrepasaban en número en una proporción de, como mínimo, dos a uno.

Shelemasa frenó el caballo al pie de la plantación de bambú. Aguardó hasta que sus oficiales se le acercaron. Jarabb, con quien Hiel había sido incluso más duro que con Shelemasa, fue el primero en llegar.

—Comandante, no hay manera de que los echemos de ahí arriba, ¿verdad?

Puñetero mensajerito henchido de soberbia.

—¿Cuándo fue la última vez que cabalgaste hacia la batalla? —Jarabb dio un respingo—. Si fueras mi hijo, te habría sacado a pescozones de las chozas de las mujeres hace mucho tiempo. No me importa lo que lleves bajo esa armadura; de todos es sabido que Hiel tiene debilidad por ti y eso no te ha hecho el menor favor. Estamos en guerra, estúpido niñato mimado.

Se volvió hacia sus seis capitanes de columna, que ya detenían sus caballos frente a ella.

—Hanab —llamó a uno de ellos, un guerrero veterano cuyo yelmo de bronce representaba la cabeza de un cuervo —. Dime, ¿qué ves?

—Lo que veo es una vieja frontera —dijo el hombre—. Los fuertes han sido desmantelados en todas partes menos aquí. Mientras el ejército esté ahí arriba, están atrapados como

una taba bajo la manga. Lo único que tenemos que hacer es mantenerlos ahí.

Shelemasa miró a otro de los capitanes, un hombre alto y jorobado con cara lupina.

—¿Y cómo hacemos eso, Kastra?

El hombre parpadeó con lentitud.

—Metiéndoles tanto miedo que las colinas sobre las que se sientan ahora se empantanen de marrón.

—Movilizad a los arqueros —ordenó Shelemasa—. A las lomas. Que empiecen a soltar flechas sobre esos imbéciles. Pasaremos el resto del día hostigándolos. Que apilen a los heridos hasta que esos fuertes no sean otra cosa que hospitales. Cuando caiga la noche, lanzaremos a las tropas contra sus campamentos de suministros, y quizás una o dos a meterle fuego a los fuertes; estoy viendo que esos tejados están hechos de paja. —Paseó la vista entre sus oficiales—. ¿A alguien le parece bien clavar a estos idiotas en el sitio?

Jarabb carraspeó.

—El caudillo quiere que retrasemos al enemigo lo suficiente para que deje de ser un enemigo, comandante.

—La mitad de ese ejército son milicianos —dijo Hanab—. Buenos para escaramuzas, pero si los enfrentas a una caballería ligera, están muertos. Sin embargo —añadió con una mueca de desdén—, mirad cómo están dispuestos; se han colocado en formación de a cinco delante de su preciosa infantería pesada.

—Lo han hecho así para resistir nuestras flechas —dijo Shelemasa.

Kastra resopló.

—Los pesados no quieren abollarse sus bonitas armaduras.

—Haz que sangren lo suficiente y te los quitarás de en medio —predijo Hanab—. Luego podremos comernos vivos a los pesados durante todo el tiempo que queramos.

Shelemasa se volvió y miró a Jarabb.

—Tú te quedas a mi lado. Cuando regresemos con el caudillo, llevarás la cabeza del comandante bolkando ensartada en tu lanza.

Jarabb improvisó una sonrisita enfermiza.

—Mirad ahí abajo —señaló Hanab.

Un ciempiés amarillo y negro se arrastraba al borde de la zanja hacia el camino, tan ancho como una mano y tan largo como una espada. Todos lo contemplaron deslizarse hasta el otro lado del camino hasta que se perdió entre el bambú.

Shelemasa soltó un escupitajo y dijo:

—Que el Embozado se lleve este agujero y cague dentro —y tras un momento, añadió—, pero que lo haga cuando nos hayamos ido.

Vedith tenía un millar de guerreros a su espalda y no quería perder ni a uno solo de ellos. Aún lo rondaban los recuerdos de lo que había pasado en el ataque a la guarnición. Había sido una victoria aplastante, eso era cierto, pero ahora solo quedaba un puñado de compañeros vivos para compartirla con él, para recordar cada uno de los abrasadores momentos de la lucha. Incluso ahora, cuando miraba a los ojos de los guerreros que habían sobrevivido, veía en ellos el perfecto reflejo de su propio descreimiento, de su propia culpa.

Solo los cuervos tenían potestad para decidir quién vivía y quién caía en batalla. Poco significaban las plegarias, las promesas y los votos, el honor o la dignidad. Nada de eso pesaba más que una mota de polvo en las escamas del destino. Vedith albergaba incluso dudas acerca de que el coraje importase lo más mínimo. Amigos suyos habían caído, un momento en esta vida y el siguiente fuera de ella, reducidos al pálido recuerdo que la memoria acertase a

conjurar, a la suma de todos aquellos momentos incidentales que ahora ya carecían del menor sentido.

Vedith no sabía qué pensar, pero una cosa sí sabía: la vida del guerrero es en esencia una vida solitaria, y esa soledad no hacía más que empeorar, hasta el punto que uno llegaba a la conclusión de que lo más sensato era no estrechar lazos con nadie, evitar acercarse demasiado a cualquier compañero. Por supuesto que aún daría su vida por salvar a cualquiera de ellos, ya conociera el rostro del guerrero o no. Pero si alguno caía, Vedith se limitaría a dar media vuelta y alejarse. Seguiría adelante, y tras sus ojos no habría el menor pensamiento dedicado a mundos que se hubieran perdido.

Vedith tenía un millar de guerreros a su espalda. Estaba a punto de enviarlos a la batalla, y muchos morirían. Vedith odiaba aquella certeza, se rebelaba contra ella, pero era muy consciente de que no iba a dudar en dar la orden. De entre todos los guerreros, el comandante es con diferencia el que se encuentra más solo. Vedith sentía cómo la soledad se espesaba a su alrededor, tan dura como una armadura, tan fría como el hierro.

Hiel. La consejera Tavore. Coltaine del clan Cuervo. Incluso aquel idiota de los bolkando que conducía a sus columnas muy ufano a una pesadillesca tarde de horror. Aquello era lo que todos ellos compartían. El sabor de la soledad en la boca, tan amargo como la sangre.

Se preguntó si el rey bolkando se arrepentía de haber permitido que estallase esta guerra. Se preguntó si a aquel bastardo le importaba lo más mínimo que sus súbditos cayeran como moscas. ¿O acaso lo único que le molestaba era la pérdida de beneficios por las granjas perdidas, las cabezas de ganado devoradas y las riquezas saqueadas? ¿Y qué pasaría con los siguientes extranjeros que acampasen dentro de sus fronteras? ¿Los trataría de forma diferente?

¿Aprendería su sucesor algo de las lecciones que hoy, aquí, se grabarían con carne y hueso?

La cadena de perros había caído a los pies de Aren. Los diez mil de Pormqual colgaban del cuello en otros tantos árboles. El ejército rebelde de Leoman fue aniquilado en Y'Ghatan. Estaba claro, cristalino, que nadie en ningún lugar había aprendido lección alguna. Cada nuevo idiota o tirano que se alzaba de entre la muchedumbre no hacía sino repetir el mismo desastre, convencido de que con él sería diferente, de que serían mejores, más listos. *Hasta que la tierra se sacie de nuevo*.

Atisbó al explorador cabalgando en su dirección.

Estaba a punto de empezar. Y, de pronto, cada gota de aire que entraba por sus pulmones le supo aún más dulce que la anterior, y todo lo que veían sus ojos le pareció lleno de vida. Echó un vistazo alrededor y se le ocurrió que nunca había visto semejantes colores, semejantes texturas. El mundo se había renovado por los cuatro costados, pero, ¿acaso él había llegado demasiado tarde para presenciarlo? ¿Acaso le quedaban solo unos instantes para saborear este regalo glorioso?

La respuesta a esa pregunta llegaría con el fin de este día.

Vedith se preparó para guiar a su primer ejército a la batalla, y en aquel momento odió con toda su alma al caudillo, que le había obligado a tomar aquella posición. No quería comandar a mil guerreros. No quería soportar el peso de sus miradas, la aplastante certeza que suponía la fe de todos ellos puesta en él.

Deseó tener el valor para huir. Pero no lo tenía.

Hiel había elegido bien.

Ni los miles de sombrillas ni las decenas de miles de esclavos que agitaban abanicos eran capaces de evitar el sudor del rostro del canciller Rava. Sentía que se estaba cociendo en el caldero de la Historia, de una historia, ay, protagonizada por él mismo, un pensamiento que volvía a él una y otra vez como una pila de carbones. Rava se arrebujaba entre temblores bajo sedas empapadas, mientras el palanquín que lo portaba se desplazaba a saltitos precipitados a través de aquel condenado camino de cabras.

El polvo se había asentado hasta cubrir toda superficie, quitándole el lustre a todos los ornamentos bañados en oro y opacando los vibrantes colores de los cojines y almohadillas. Se colaba en el sabor de su propio sudor en la boca. Incluso estaba meando inmundicia, y mucho más.

—¡Ahí, no, estúpida! —espetó.

La esclava d'rhasilhani retrocedió asustada y hundió la cabeza. Hoy no se removería nada por abajo. Rava entendió su desesperación por agradar, y aquella certeza se las arregló para disminuir de alguna manera su irritación. ¿Dónde había quedado el afecto anticuado y justo? Pero, no, Rava se había deshecho de ese tipo de afecto hacía ya mucho. Lo hizo en el mismo momento en que se dio cuenta de que, por más que quisiera, jamás estaría preparado para devolver todo lo que se esperaba de semejante relación. Conceptos como la lealtad, la consideración, la generosidad. Todos esos detalles miserables que conformaban aquella estupidez llamada reciprocidad. Rava detestaba la misma idea de las expectativas, pero no de las que él tenía para con otras personas, sino de las que otros albergaban con respecto a él. La caradura de alguna gente clamaba a los dioses.

La mejor habilidad que uno podía tener en esta vida era la de evadir semejantes trampas. Rava era canciller del reino, ostensiblemente al servicio del rey y, los dioses no lo permitieran, de la reina. Pero más allá de esto, Rava servía al reino mismo, a sus fuentes lujuriantes de riqueza, prosperidad, etcétera. Por no mencionar a sus apestosas huestes de súbditos con sus repugnantes caras de cangrejo. Por supuesto, Rava era consciente de que semejantes ideas tenían la misma gravedad e importancia que la fiesta de cumpleaños de un bebé: ¿para qué esforzarse ante la imposibilidad de que cualquier cosa que se hiciera fuese recordada? ¿Y quién se encargaba de limpiar todo el desastre después?

Daba igual que Felash hubiese emborrachado a todos los esclavos con aquel ponche sospechosamente cargado, y que la puerta de sus habitaciones hubiese estado sellada, y que él, el canciller bolkando, se hubiera visto atrapado dentro sin más opción que la de resolver todo aquel embrollo, al menos para saber cuáles eran sus opciones. Y de hecho, poco importaba…

Rava puso mala cara. ¿En qué diantres estaba pensando? Ah, sí, en la escasez de sinceridad que últimamente albergaba cualquier tipo de triunfo político. Rava había descubierto hacía mucho que se podía soltar mentiras desvergonzadas con la mayor de las impunidades, porque al final nada se terminaba sabiendo. Y si por alguna remota posibilidad así sucedía, si ese tipo de mentiras terminaban saliendo a la luz, bueno, aquellos que enarbolaban dedos acusadores terminarían apuntando a otro lugar, distraídos por otro escándalo o por alguien más digno de su ultraje. Un comportamiento disfrazado de auténtica beligerancia podía espantar prácticamente cualquier cosa que sus acusadores emplearan en su contra. Y en cuanto a semejante cantidad

de batallas en tantísimos campos a la vez, todo se reducía a una cuestión de carácter.

Y, maldita sea, aquí y ahora, frente a esta monstruosa mujer Krughava, era el carácter de Rava lo que se estaba resquebrajando.

Una bárbara de piel marrón le había ganado por la mano. ¡Aquello era un escándalo!

¿En qué diablos había estado pensando? Su mirada descendió hasta la esclava que aún se arrebujaba a sus pies, limpiándose la mandíbula, los ojos bajos. Sí, amor. Y aquella criatura repugnante, Felash, que había rechazado su seducción con semejante rencor, bueno… tendría que pagar por ello. Tendría que pagar durante el resto de su vida, si Rava se salía con la suya, cosa que últimamente sucedía con frecuencia. Sí, la haría arrodillarse ante él justo como ahora lo hacía la esclava, pero en la diferencia entre las dos mujeres estribaría la mayor de las recompensas. Después de todo, Felash no llevaría ningún tipo de grilletes. Ella se esclavizaría a sí misma, se entregaría a él, a Rava, y solo habría de hallar placer en servirle, en cumplir todos sus deseos, todas sus necesidades. Eso, eso sí sería amor.

Desde fuera llegaron varios gemidos de alivio. El palanquín se desequilibraba, perdía la horizontal. Rava sacó un pañuelito y se secó la cara. Tiró del cordón de la campanita. El artilugio se detuvo en un arranque de misericordia para con los porteadores.

—¡Abrid la maldita puerta! ¡Rápido!

Se subió los pantalones y se ató los cordones. Se levantó a medias, apartando a la esclava d’ras de un empujón.

Una vez fuera, se encontró con mucho más de lo que había esperado. Habían descendido desde el paso. Ante ellos se extendía un terreno plano, salpicado de pequeños bosques y prados que los salvajes de aquella tierra debían de usar para el pastoreo. Esta región había servido de

barrera entre las desdichadas tribus de las colinas y los civilizados bolkando. Sin embargo, la barrera se debilitaba, y los nativos campaban a sus anchas en ambas direcciones, hacia las ciudades o entregados al latrocinio entre aquellos mascapiedras. Llegaría el día, Rava estaba seguro, en que su reino simplemente rodearía aquella región, lo que supondría establecer fuertes y puestos fronterizos y mantener guarniciones y patrullas para contener a aquellos salvajes de piel azul, lo cual supondría todavía más gasto para las arcas. En fin, Rava consideraba que algo de beneficio se sacaría de talar todos los árboles, al menos para empezar, y a partir de ahí de cualquier cultivo que se le pudiese sacar a la tierra.

Esos pensamientos lo consolaban, nivelaban el suelo bajo sus pies. Se volvió a enjugar el sudor de la cara y buscó con la mirada alguna pista del paradero del conquistador Avalt y su séquito de emisarios, lacayos y supuestos consejeros. A pesar de sus numerosos fallos, el ejército era una lamentable necesidad. Bastaba poner una espada en manos de cualquier persona, y quizá respaldarla con un par de miles a su espalda, y tarde o temprano le apetecería levantarla y clavarla en el cuello de la gente como Rava. El canciller frunció el ceño y se recordó a sí mismo que tenía que mantener atado en corto a Avalt, enmarañarlo en la madeja de intereses y recompensas comunes que tanto trabajo le había costado tejer.

A su alrededor, la guardia bolkando se dispersaba. Se dejaban caer en el césped a cada lado del sendero. Los bueyes mugían e intentaban estirarse para alcanzar la frondosa hierba. De alguna parte en medio de aquella muchedumbre inquieta llegaban los gruñidos de varios cerdos. El aire hedía a sudor humano, a estiércol y a orín. Aquello era mucho peor que un mercado d’ras.

Un momento después, Rava atisbó el pendón de Avalt, unos doscientos pasos sendero abajo. Le hizo un gesto a uno de sus sirvientes y apuntó al estandarte ondeante.

—Quiero hablar con el conquistador. Traédmelo.

El viejo sirviente se internó en la multitud.

Aquel ejército estaba exhausto, desesperado por acampar allí mismo, aunque aún no habían trascurrido dos tercios de la jornada. A impresión del canciller, Avalt había detenido toda la columna. Rava oteó en la distancia, pero no llegó a ver a las legiones de perecederos. Debían de encontrarse mucho más adelante, en plena marcha descerebrada como si fueran piedras de molino rodantes. Aquellos imbéciles se merecían que los emboscaran. ¿Qué ejército estaría en condiciones de luchar después de trasladarse a aquel ritmo? Encima, todos en armadura completa exceptuando escudos, si lo que le habían contado era cierto. Ridículo.

Poco tiempo después hubo algo de barullo entre la multitud en el sendero, siluetas que se movían a toda prisa de un lado a otro. Momentos después apareció el conquistador Avalt, el semblante demudado en un fruncimiento desacostumbrado. La mirada que le lanzó a Rava mientras se aproximaba tenía un matiz de sorpresa.

En el instante en que el canciller abría la boca para hablar, Avalt se acercó un paso y dijo en tono áspero:

—¿Acaso creéis que toda mi existencia se dedica a venir corriendo y agitando la cola en cuanto se os antoja, canciller? Por si no os habéis dado cuenta, todo mi condenado ejército está hecho pedazos. Hasta mis oficiales están desertando, malditas sean las veinte pollas sagradas de Bellat. ¿Y justo en este momento se os ocurre que os apetece un intercambio placentero de opiniones y consuelos?

Rava estrechó los ojos.

—Id con cuidado, conquistador. Tened por seguro que, si os mando llamar, lo hago por una buena razón. Necesito que me expliquéis cómo están las cosas, pues como podéis ver, mis porteadores apenas han sido capaces de seguir el ritmo de marcha de vuestra vanguardia. Ahora habéis detenido al ejército entero, y os exijo que me expliquéis por qué.

Avalt parpadeó, como si fuera incapaz de creer lo que acababa de decir Rava.

—Pero, ¿es que no me habéis oído? La mitad de mis legiones no es capaz ni de caminar; las botas se les deshacen en los pies. Los cordajes interiores de sus corazas les han abierto heridas en los hombros, porque los talabarteros no se molestaron en ablandar el cuero. Los sacos de dormir se pudren en el mismo momento en que la humedad los alcanza. La mayoría de los suministros se ha echado a perder, y ya no nos queda sal. Y por si todo esto no fuera poco, otra cosa le diré: los perecederos nos sacan más de cinco leguas de ventaja, y en cuanto al ejército que dejamos aquí, un mensajero me ha informado de que los lágrimas quemadas khundryl estaban a siete leguas de la capital hace tres días. Total —Tomó aire antes de continuar con un ladrido—: ¿cuántas más de las felices predicciones que hicimos hace semanas van a resultar fatalmente equivocadas?

Avalt apuntó con el dedo al palanquín.

—Haced el favor de volver adentro y dejadme hacer mi trabajo, canciller.

—Ese trabajo que decís lo estáis haciendo mal, conquistador —replicó Rava.

—¿Queréis mi renuncia? Vuestra es. Aceptadla sin dudar un segundo, canciller. Me limitaré a cabalgar lejos de aquí y a unirme a los bandidos que habitan en las colinas. Al menos ellos aceptan el mundo como es, y no se engañan pensando que es como ellos quieren que sea.

—Calmaos, conquistador. Estáis comprensiblemente sobrepasado. No está en mi ánimo asumir la carga de vuestra responsabilidad. En definitiva, yo no soy hombre de milicia. Así que no, no acepto vuestra renuncia. Arreglad este ejército, Avalt, os lo ruego, y tomaos el tiempo que necesitéis para hacerlo. Si el ejército que dejamos aquí ha partido, a todas luces lo ha hecho para enfrentarse a la amenaza de los khundryl. Presumiblemente, dicha amenaza ya ha sido erradicada, y sea como sea, tampoco estamos en posición de afectar el resultado de su combate, ¿no es cierto?

—Diría que ya hemos cubierto el cupo de problemas que nos afectan, ¿verdad, canciller?

—Volved a vuestro puesto de mando, conquistador. Volveremos a hablar una vez que nos hayamos aposentado cómodamente en palacio.

Y entonces me encargaré de corregir sus erróneas impresiones sobre quién sirve aquí a quién.

Avalt lo contempló en silencio durante el tiempo suficiente como para dejar clara su falta de respeto hacia él. Entonces giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos.

Rava lo vio alejarse de nuevo hacia la multitud de soldados. Llamó con un ademán a uno de sus sirvientes, lo bastante torpe como para permanecer a menos de media docena de pasos durante su conversación con Avalt.

—Buscad un sitio donde podamos acampar. Montad la tienda, pero que sea la pequeña. Esta noche solo requiero un número mínimo de asistentes; no más de veinte. Y traedme alguna mujer de los carromatos de suministros. Que no sea d’ras, estoy harto de sus torpes atenciones. ¡Vamos, muévete! ¡Y tráeme vino!

El sirviente se alejó entre cabeceos. Rava buscó con la mirada hasta que dio con uno de sus asesinos. El hombre lo

miraba directamente. El canciller se limitó a apuntar con los ojos al sirviente que se alejaba, y el asesino asintió.

¿Veis lo que habéis hecho, conquistador? Habéis matado a ese pobre hombre. Ya me encargaré de enviaros su cabeza metida en sal. A ver si así empezamos a entendernos.

El yunque del escudo Tanakalian entró en la tienda y se desprendió de sus guantes.

—Espada mortal, me he tomado la libertad de echar un vistazo por mí mismo. Es patente que están acabados. Dudo que alcancen siquiera a ponerse en marcha mañana, y desde luego tardarán una o dos semanas en estar en condiciones para combatir.

Krughava, ocupada en aceitar su espada, no alzó la vista desde el catre en el que se sentaba.

—Ha sido más fácil de lo esperado. Hay agua en aquel barril, sírvete.

—Tengo más noticias. —Tanakalian se acercó al barril manchado de sal—. Hemos capturado a un explorador bolkando que regresaba a caballo a través de los restos del ejército que nos estaba aguardando. Al parecer, el caudillo Bilis ha tomado exactamente el camino que esperábamos, señora. Ya debe de tener la capital del reino a la vista.

—¿Habremos de esperar a que el canciller nos dé alcance para informarle de esta nueva situación? —gruñó la mujer—. ¿O deberíamos mantener nuestro paso? Por más ganas que tenga el caudillo khundryl de sitiar la ciudad, ahora mismo no cuenta más que con caballería. Hemos de asumir que no hará nada hasta que lleguemos, y eso no sucederá al menos hasta dentro de tres días.

Tanakalian dio un largo trago de una jarra de loza y la volvió a deslizar dentro del barril.

—¿Vaticináis un enfrentamiento, espada mortal?

Ella compuso una mueca.

—A pesar de lo improbable de que la situación empeore hasta ese punto, sire, lo más sabio es prepararnos para cualquier eventualidad. Pero aunque así sea. —Se alzó, y su figura pareció abarcar todos los confines de la tienda—, a partir de ahora marcharemos también durante la primera mitad de la noche. Hay ocasiones en las que conseguir lo inesperado da como resultado un éxito. Preferiría asustar al rey hasta forzarlo a capitular. La mera idea de perder un solo hermano o hermana en este absurdo conflicto con los bolkando me llena de pesar. Sin embargo, a ojos del rey Tarkulf hemos de parecer al menos moderadamente beligerantes. Estoy segura de que el caudillo ha llegado a la misma conclusión.

Tanakalian sopesó sus palabras y dijo:

—Ciertamente han caído muchos guerreros khundryl en esta guerra no deseada, espada mortal.

—A veces el respeto hay que ganárselo por las mañanas, yunque del escudo.

—Espero que los bolkando no tengan más opción que calmar un poco su rencor a causa de los lágrimas quemadas.

La Espada mortal se acercó a él, toda dientes rechinantes.

—Ese rencor está aún muy presente, yunque del escudo. Y nos aseguraremos de que siga así por algún tiempo. Decidme, ¿nos hemos hecho ya con los suministros que el enemigo en retirada ha dejado tras de sí?

—Así es, Espada mortal. Sus prisas por huir han resultado en nuestro beneficio.

Ella se envainó la espada y se colocó el cinto.

—Así funciona la rapiña de la guerra, sire. Vayamos ahora con nuestras hermanas y hermanos. Han actuado con

valentía y hemos de hacerles patente el respeto que les tenemos.

Tanakalian, sin embargo, dudó.

—Espada mortal, ¿habéis tenido oportunidad de pensar en vuestra elección de una nueva destriant?

Algo aleteó en los ojos endurecidos de la Espada mortal. Se dirigió a la salida de la tienda.

—Ese asunto habrá de esperar, yunque del escudo.

Él la siguió. El campamento estaba bien levantado y en silencio. Los fuegos para cocinar ardían en hileras ordenadas, perfectamente espaciadas entre cada compañía. Las tiendas se distribuían por los claros con regularidad precisa y medida. El aroma del té preñaba el aire.

Tanakalian caminaba un paso por detrás del flanco izquierdo de Krughava. Ciertas sospechas empezaban a avivarse en su mente. Quizá la espada mortal se conformaba con estar virtualmente sola. El triunvirato al mando de los yelmos grises carecía de una estructura completa y equilibrada. Ciertamente Tanakalian era un yunque del escudo muy joven; nadie le vería como el igual de la espada mortal. Su responsabilidad era básicamente pasiva, mientras que la de ella era primera y principal. Ella era tanto puño como guantelete. Nada había que él pudiera hacer sino seguir su estela, como de hecho expresaban ahora al caminar.

No había manera de que la espada mortal no estuviese contenta con esta situación. Que las leyendas que nacieran de esta búsqueda mítica se centrasen sobre todo en Krughava. A fin de cuentas, podía permitirse ser magnánima con aquellos a los que dejase cobijarse bajo su sombra. Al ser la que se alzaba más alto de todos ellos, su rostro sería el primero al que bañaría la luz del sol, una luz que revelaría cada minúsculo detalle de su heroico semblante.

Sin embargo, era menester recordar las palabras del yunque del escudo Exas hacía un siglo: «Hasta la máscara más fiera se resquebraja con el suficiente calor». Así que voy a estar atento, espada mortal Krughava. Te cederé la posesión de este honorable estrado. La historia nos aguarda, y todas las criaturas de nuestra juventud siguen nuestra estela, ansiosas por saber para qué ha servido su sacrificio.

Y cuando llegue ese momento, cuando la historia nos alcance, será el yunque del escudo quien dé un paso al frente, solitario bajo los duros rayos del sol, sintiendo su ardiente contacto sin flaquear lo más mínimo. Yo habré de ser el crisol del juicio, e incluso Krughava habrá de retroceder y aguardar mi veredicto. Ha sido generosa en sus atenciones al otorgarme su tiempo esta tarde, al llamar a todos estos hermanos y hermanas sus iguales, pero a Tanakalian no se le escapaba el frío cálculo que había detrás de semejantes gestos. Casi podía verla tejer poco a poco cada hebra de su propia gloria, era capaz de distinguir esos hilos trenzándose en el rastro de su propia senda, a medida que iba engarzando un nudo tras otro de soldados a ella. Hacía falta un millar de ojos para coser la figura de un héroe, y un millar de lenguas para llenar las canciones de sus hazañas. En pocas palabras, hacía falta la gracia calculada de muchos testigos para componer cada pequeño detalle de cada escena que formaba el extenso tapiz que era la espada mortal.

Krughava de los yelmos grises perecederos.

Y Tanakalian no hacía otra cosa que caminar tras ella, desempeñando el papel que se esperaba de él.

Porque al fin y al cabo, todos somos los creadores de nuestros propios cortinajes, los que representan nuestras heroicas existencias. Pero, ay, solo los más locos entre nosotros tejían exclusivamente con hilos de oro, mientras que el resto de los mortales, sin miedo a la verdad,

empleábamos el espectro completo: la madeja más oscura, las sombras, los lugares donde la brillante luz del sol no llega a alcanzar, allá donde crecen las cosas recónditas.

En realidad, resulta trágico qué pocos de nosotros carecemos de miedo a la verdad.

Si estudiaba con atención cualquier multitud, no importaba cómo de grande o de compacta, terminaba por ver únicamente una sucesión de fuegos dorados por todas partes, fuegos brillantes, tan ardientes con su propio autoengaño y su ego desmesurado, que llegaba un punto en que el resplandor lo dejaba con los ojos ciegos e incrédulos.

¿Alguno de vosotros será capaz de prestar oídos a mi advertencia? Soy el yunque del escudo. En el pasado, mi gente soportó la maldición de tener que abrazar la mentira y la verdad. Pero yo no. Yo no habré de ser como ellos. Yo absorberé vuestro dolor, sí, el de cada uno de vosotros, pero cuando lo haga, os arrastraré dentro de este crisol en el que me hallo, hasta que el fuego os limpie por completo el alma. Y, por último, considerad una última verdad:

... entre el hierro, la plata, el bronce y el oro, es este último el primero que se derrite.

La espada mortal caminaba frente a él, repartiendo chanzas y risas, dando y recibiendo apretones de manos y abrazos, como hacen todos los comandantes queridos y respetados. Paso a paso, la leyenda tomaba forma.

Y él también caminaba, en silencio, con una sonrisa puesta, generoso al recibir su mirada, aparentemente en paz, satisfecho de compartir las recompensas de su indulgencia.

Algunas máscaras se rompían bajo el calor del sol. Pero su máscara no era fiera, ni dura. De hecho, la suya era capaz de adoptar cualquier forma que él desease, tan maleable como la arcilla, escurridiza y clara como el más delicado de los aceites. Por supuesto que algunas máscaras se rompían,

pero la suya no lo haría, pues él comprendía el alcance verdadero de las palabras de aquel yunque del escudo muerto largo tiempo atrás:

No es el calor lo que rompe la máscara; sino el rostro debajo de ella cuando la máscara deja de ajustarse a él.

Atesora este día en el recuerdo, Tanakalian. Estás presenciando cómo se manufactura un engaño, cómo se forma una época de héroes. Las generaciones venideras compondrán canciones sobre las mentiras que hoy aquí se levantan, y en sus ojos arderá tal fuego que todo asomo de duda quedará erradicado. Se colocarán las máscaras del pasado con dramático fervor, y se lamentarán de hasta qué punto su presente se ha echado a perder.

Este es el arma de la historia cuando crece a partir de raíces torcidas. Estas son las mentiras en las que vivimos, y son lo único que les dejaremos en herencia a nuestros hijos, lo único que pasará de generación en generación, y cada punto que pueda despertar incredulidad se pulirá y desaparecerá al pasar de mano en mano.

En esta mentira, Krughava camina entre sus hermanos y hermanas y con amor los atrae al destino que les aguarda a todos. En esta mentira, este momento de la historia es puro, enjaulado en el idioma de los héroes. Aquí no hay espacio para la duda.

Al fin y al cabo, los héroes sabemos bien cuándo hemos de ponernos la máscara. Bien sabemos en qué momento se centran en nosotros los ojos de los demás.

Mostradles las mentiras. A todos.

El yunque del escudo Tanakalian esbozó una sonrisa, y cualquier resquicio de cinismo que pudiera albergar su mueca quedó oculto a sus hermanos y hermanas. Aún no había llegado su momento. Aún no, pero no faltaba mucho.

El caudillo Hiel se puso la capa de pluma negra sobre los hombros y se ajustó el yelmo de pico de cuervo. Se colocó el tulwar a punto en la cadera izquierda y se acercó al caballo. El aire del crepúsculo estaba cargado de insectos que flotaban en el aire como motas de polvo alado. Bilis carraspeó y soltó un pesado escupitajo antes de subir de un salto a la silla.

—¿Por qué tendrá que haber tanto humo en las guerras?

Los dos correlágrimas frente a él intercambiaron una mirada confundida.

—Y no solo humo corriente y moliente —rezongó el caudillo, y azuzó su montura para situarse entre los dos guerreros—. No, tiene que ser esta ralea asquerosa de humo hecho de trapos y pelos ardiendo. Se le pega a uno a la lengua como pez y se asienta en el fondo de la garganta. Un maldito asco, eso es lo que es y nada más.

Hiel galopó sendero arriba flanqueado por los correlágrimas.

—Yelk, ¿dices que has visto barghastianos entre sus filas?

El explorador a su izquierda asintió de un cabeceo.

—Dos legiones, caudillo. Quizás incluso tres. Están situadas en el flanco izquierdo.

Hiel soltó un gruñido.

—Nunca me he enfrentado a barghastianos. No quedaban muchos en Siete Ciudades, y los que quedaban se encontraban demasiado lejos de nuestras tierras, al norte y al este, creo recordar. ¿Tienen un aspecto temible?

—Más bien parecen indisciplinados —dijo Yelk—. Menos amenazantes de lo que yo habría imaginado. Portan unas armaduras que parecen hechas de conchas de tortuga. Se cardan el pelo hacia arriba, con forma de cuña. Con eso y el rostro pintados parece que estén medio locos.

Hiel le echó una mirada de soslayo al correlágrimas.

—¿Sabéis por qué os he elegido para acompañarme a este parlamento en lugar de alguno de mis oficiales?

Yelk asintió.

—Porque somos desechables, caudillo.

—Como lo soy también yo.

—En eso no estamos de acuerdo.

—Me alegro de oírlo. Está bien, si les da por cagarse en la bandera de tregua, ¿qué haréis tú y tu compañera Ganap aquí presente?

—Interpondremos nuestros cuerpos entre tú y sus armas, caudillo, y presentaremos lucha para que tú puedas escapar.

—Y en caso de que no podáis salvarme la vida, ¿qué haréis?

—Matar a su comandante.

—¿Flechas?

—Dagas.

—Muy bien. —Hiel estaba satisfecho—. Los jóvenes son rápidos, y vosotros dos sois de los más rápidos. Seguramente por eso sois correlágrimas —añadió—. Pensarán que sois mis retoños, ¿eh?

El sendero se elevaba y terminaba en una cresta que convergía con un camino empedrado. Tres columnas de humo negro se elevaban de sendos graneros cuadrados y pequeños en la encrucijada. Qué desperdicio, los nativos habían preferido prender fuego a sus cosechas antes que entregárselas a los khundryl. Este tipo de comportamientos perniciosos enfadaba a Hiel. Ni que la guerra fuera una excusa para hacer cualquier locura. Se acordó de una historia que había oído por boca de un malazano, debía de haber sido el puño Keneb, sobre una compañía de guardias reales de la ciudad de Bloor en Quon Tali que usaron a niños como escudos contra los arqueros del emperador en una emboscada. La repulsión había ensombrecido el semblante

de Dassem Ultor, y este había enviado máquinas de sitio para que lanzasen redes en lugar de flechas. Una vez atrapados los soldados, el primera espada mandó a sus tropas a que desenredasen a los niños de la maraña. De entre todos los enemigos del imperio bajo el mandato de Dassem Ultor, solo aquellos guardias fueron empalados y abandonados a una muerte lenta y agónica a la intemperie. Había cosas que eran inexcusables. Hiel habría desollado primero a aquellos bastardos.

Por supuesto, destruir comida en buen estado no era tan atroz como lo de los niños, pero a juicio de Hiel, el sentimiento que había movido aquella quema no difería mucho del de los guardias bloorianos. De no ser por los crímenes que propiciaron esta guerra, los khundryl habrían pagado un buen dinero por ese grano. Así se echaba todo a perder cuando la estupidez se ponía al mando. La guerra era la última desintegración de la civilidad y, por ende, de la lógica más sencilla.

En el extremo más lejano de la planicie, a menos de un cuarto de legua de distancia, el ejército bolkando se distribuía a lo largo de una hilera de bajas colinas. En el centro de su disposición, una legión de unos tres mil soldados de infantería pesada ocupaba el camino. Sus armaduras eran negras con toques dorados, al igual que los emblemas en sus escudos. En su mismo centro se alzaba un pequeño bosque de estandartes de toda ralea.

—Ganap, dicen que tus ojos son los más agudos de todos los correlágrimas. Dime qué ves en aquellos estandartes.

La exploradora se tomó un momento para escupir un trozo marrón de yerbalmagre que estaba mascando, y dijo:

—Veo una corona.

—Una corona —repitió Hiel—. Ya veo.

Los barghastianos ocupaban el flanco derecho, como Yelk ya había percibido. Los rangos estaban desacompasados;

algunos de los mercenarios se sentaban con los yelmos quitados y los escudos bajos. Trenzas de pelo y cráneos humanos adornaban los estandartes que ondeaban sobre sus compañías.

En el mismo centro de la legión se apreciaban excavaciones en el terreno que se internaban en las laderas de las colinas. Sobre las trincheras se elevaban numerosas picas; probablemente de soldados regulares, asumió Hiel. Faltos de disciplina, mal entrenados, pero suficientes como para plantar cara a cualquier enemigo y rodearlos por el centro y la izquierda tras romper cualquier carga que Hiel lanzase sobre ellos.

Tras estos tres elementos se desplegaban sendas alas de arqueros y avanzadillas.

—Yelk, dime cómo te enfrentarías a lo que tenemos delante.

—No me enfrentaría, caudillo.

Hiel le lanzó una mirada de soslayo. Había un brillo en sus ojos.

—Explícate. ¿Saldrías corriendo con el rabo entre las piernas? ¿Te rendirías? ¿Meterías la cabeza en algún agujero y suplicarías un armisticio? ¿Te entregarías a concesiones sin cesar hasta que cada tobillo khundryl estuviese rodeado de unos buenos grilletes?

—Les plantaría cara con nuestras propias tropas y lucharía durante la mayor parte del día, caudillo.

—¿Y luego qué?

—Nos retiraríamos al caer el sol. Esperaríamos a que la noche hubiera caído del todo, y entonces atacaríamos por ambos flancos y lanzaría la caballería a por el enemigo. Caeríamos sobre ellos justo antes del alba, desde atrás. Lanzaríamos flechas ardientes y toda la rabia que pudiéramos acumular sobre ellos. Quemaríamos su campamento de suministros, dispersaríamos a sus arqueros

y nos tragaríamos la retaguardia de sus legiones. Atacaríamos en turnos en disposición de media campana. Habríamos acabado antes del mediodía.

—Y dejaríamos que los supervivientes se arrastrasen en un charco de sangre hasta su ciudad.

—En su huida los hostigaríamos una y otra vez.

—¿Y gastar así todas las flechas?

—No importa, caudillo. Dispondría de ellas como si tuviera millones, un suministro infinito. Los supervivientes que llegasen a atravesar las puertas de su ciudad estarían listos para suplicar por un tratado de paz.

—¡Ja! ¡En verdad los khundryl somos hijos de Coltaine! ¡Muy bien, Yelk! Ahora reunámonos con el rey bolkando y veamos cuánta inquietud traicionan sus ojos.

Seis esclavos trajeron armas y armadura. Las filigranas doradas sobre las escamas de hierro negro en el peto fulguraban como arroyos hechos de pura luz solar. La decoración a juego del yelmo exhibía serpientes retorcidas con las fauces bien abiertas. La alargada cola de langosta estaba pulida en brillante plata. Se había añadido una bisagra a la barbera que protegía las mejillas para poder lanzarla adelante y engancharse al tabique nasal de hierro. La cresta real bolkando adornaba los avambrazos, mientras que las grebas solo tenían escamas negras. La espada ancha, de hoja recta y punta roma, descansaba en una vaina lacada de manufactura exquisita que de algún modo ocultaba la mera funcionalidad del arma que cobijaba.

Cada objeto había sido colocado con esmero en un tapete magenta desliado sobre el camino, tres de los cuatro lados rodeados por esclavos de rodillas.

La reina Abrastal se aproximó al lado descubierto del tapete y echó una mirada a los artilugios que sobre él

descansaban. Tras un momento, dijo:

—Esto es ridículo. Dadme el yelmo, el cinto y los guanteletes. Si tengo que llevar el resto no podré ni moverme, y de luchar ni hablamos. Además —añadió con una mirada a su plétora de pálidos consejeros—, parece improbable que planeen una traición. El supuesto caudillo y dos de sus cachorros… contra mis diez guardias. Intentar algo torticero sería un suicidio, y hasta ahora no han demostrado tamaña torpeza, ¿verdad?

Hethry, su tercera hija, dio un paso al frente y dijo:

—Lo más importante es tu vida, Madre.

—Anda y vete a la mierda, Hethry. Si fueras capaz de enfundarte en la piel de un khundryl para clavarme un puñal en la espalda, estarías ahí con ellos ahora mismo. Vete a jugar con tu hermano, y no me cuentes nada de lo que hagáis. Por una vez prefiero no vomitar.

La reina adelantó los brazos y los esclavos le colocaron los guanteletes. Otro esclavo ajustó el cinto con la espada a sus carnosas caderas, mientras un cuarto esclavo aguardaba con el yelmo en sus manos enguantadas.

Hethry se retiró, dedicándole una salva de palabras envenenadas a su madre. La reina se volvió hacia el comandante de los gilk.

—¿Me vas a acompañar por si te hacen una oferta mejor, Spax?

El barghastiano le enseñó una mueca repleta de dientes afilados.

—A estas alturas los khundryl acaparan más de vuestro tesoro que vos misma, Pelofuego. Pero no, los gilk nos mantendremos fieles a nuestra palabra.

Abrastal soltó un gruñido.

—Imagino que aquel a quien llamáis Tool se estará meando en los calzones de la risa al oír eso.

Todo resto de humor abandonó las facciones anchas y planas del gilk.

—Mujer, si no fuerais reina, haría que os sometieran al ritual de la sanguaza por esas palabras.

Ella avanzó un solo paso hacia el guerrero y dio una sonora palmada en su hombro cubierto por la armadura de conchas.

—Enséñame esos colmillitos otra vez y cuéntame más de eso de la sanguaza, Spax. Si resulta ser tan sucio como me imagino, a lo mejor te lo copio con alguna de mis hijas. En realidad, con todas ellas.

Le arrebató el yelmo de las manos al esclavo y echó a andar camino abajo, mientras sus guardias se apresuraban a seguirla. Spax los imitó.

—Es verdad que vuestras hijas necesitan unos buenos azotes —dijo el comandante gilk—. Al menos las que he conocido hasta ahora.

—¿Spultatha también? Lleváis tres noches seguidas destrozándole las caderas, lo cual para ella es un récord, por cierto. A mi hija deben de agradarle las costumbres bárbaras.

—Especialmente ella, Pelofuego. Su tozudez solo es comparable a su exigencia. Cualquier barghastiano que no fuese un gilk habría muerto de cansancio a estas alturas. —Soltó una risa—. Me gustáis. No haré que os aten.

—Pero la ofensa que supuso lo de Tool os sigue escociendo, ¿me equivoco?

—La decepción es como un cáncer, reina —asintió él.

—A mí me lo vas a contar —respondió ella, mientras sus pensamientos volaban a su marido, y a varias otras cosas además de él.

—A una mujer sometida al ritual de la sanguaza se le cercenan los pies y se la obliga a yacer con hombre, mujer o, a veces, perro.

—Ya veo. Vuelve a usar esa palabra en una frase donde esté mi nombre, Spax, y te cortaré la polla y se la daré a mi rata carroñera favorita.

Él compuso una mueca.

—¿Veis mis dientes?

—Así está mejor.

Los tres khundryl aguardaban camino abajo, aún montados en sus sillas. Uno de ellos, el que llevaba la capa de plumas, descabalgó al tiempo que se acercaban. Se adelantó tres pasos. Un momento después, sus dos compañeros hicieron lo propio.

—Mirad qué preciosidad —comentó Abrastal por lo bajo —. Todavía estoy por ver un caballo bolkando que se quede en el sitio cuando su jinete suelta las riendas.

—Son jinetes guerreros —dijo Spax—. Les tienen más cariño a sus caballos que a sus mujeres e hijos. Luchar contra ellos es un engorro, reina. Recuerdo cierta vez en la ruta Rhivi…

—Ahora no, Spax. Quédate atrás, junto a mis soldados. Mira, escucha y no abras la boca.

El gilk se encogió de hombros.

—Lo que vos digáis, Pelofuego.

Abrastal tuvo que admitir a su pesar que la primera impresión que le dio el caudillo Hiel de los lágrimas quemadas la llenó de inquietud. Tenía los ojos ávidos y afilados de un ave de presa. Debía de haber sobrepasado los sesenta años de edad, a su juicio, aunque aún tenía el físico de un herrero. Tatuajes negros a modo de lágrimas corrían por sus huesudas mejillas y desaparecían en una barba férrea.

La voluminosa capa de plumas de cuervo era demasiado pesada para aletear a su paso a medida que se acercaba a ella. En lugar de eso, aquella cosa se balanceaba a un lado y a otro, de modo que daba la impresión de que el caudillo

emergía de la negra boca de una caverna. Las escamas en el pecho de su cota negra tenían forma de lágrima, mientras que en los hombros se alargaban hasta alcanzar el tamaño y la forma de plumas.

Sus dos guardaespaldas no eran más que unos criajos, pero la misma mirada depredadora asomaba a sus ojos. Abrastal experimentó la repentina visión de tener a aquellos dos hombres en su cama. Una calidez deliciosa se retorció en su vientre. Los jovencitos solían ser los mejores, si aún no estaban absorbidos por todo tipo de hábitos egoístas y se plegaban a su dominio, a sus medidas técnicas de enseñanza en lo que podría denominarse corrupción. Al fin y al cabo, ninguno de sus amantes había abierto la boca para quejarse hasta ahora, ¿verdad?

La reina parpadeó para espantar la distracción y se centró de nuevo en el caudillo. Había estudiado un poco del culto que unía a estos khundryl. Primero se llenaban de asombro e incluso de reverencia frente a un enemigo en el campo de batalla; una idea extraordinaria aunque a ella le resultase difícil de creer, demasiado… ajena.

De cualquier modo, quienquiera que fuera aquel comandante que había encontrado en la muerte la devoción de sus enemigos, debía de haber tenido un conjunto de inusuales virtudes. Lo único cierto era que todos habían subestimado fatalmente a aquella panda de salvajes.

El guerrero se detuvo a dos pasos de ella.

—Caudillo Hiel —saludó—. Soy Abrastal, comandante de la legión Puaeterna y reina de los bolkando.

El caudillo echó un vistazo a las pesadas armaduras de los guerreros a su espalda. Había un tinte divertido en su mirada.

—¿Y estos son los soldados bajo vuestro mando, majestad? ¿Estas… varillas de tenderete? ¿Seguro que

aguantarán cuando el vendaval de los khundryl se desate sobre ellos?

—Estáis más que invitado a comprobarlo, caudillo.

El caudillo soltó un gruñido y añadió:

—Aguantarán, claro que sí. Incluso cuando esta tienda de campaña que llamáis reino se hace pedazos a su alrededor. —Se encogió de hombros—. No pondremos el menor cuidado en no aplastarles a nuestro paso. Sin embargo, me place que el primer título que os hayáis dado sea el de comandante. El hecho de que además seáis reina tiene el sabor de una ocurrencia tardía. ¿Habré pues de suponer que este parlamento se lleva a cabo solo entre dos comandantes?

—No del todo —replicó Abrastal.

—En ese caso, ¿lo que digáis aquí y ahora compromete al mismísimo reino, incluyendo a vuestro marido, el rey?

—Así es.

Él asintió.

—Bien.

—Hacedme partícipe de vuestra lista de reclamaciones, caudillo.

Sus cejas boscosas se elevaron.

—¿Para qué? ¿De qué serviría importunarnos el uno a la otra con asuntos sujetos a interpretación? Vuestros mercaderes han extorsionado a los khundryl, claramente con el apoyo del ejército. Nos quedamos con su desdén y los aplastamos contra el suelo, y ahora estamos a menos de un día de distancia de los muros de vuestra capital. Y aquí estáis vos, intentando bloquear el camino. ¿Habremos de luchar, o preferís que haya paz entre nosotros?

Abrastal contempló al hombre.

—La ciudad a mi espalda está provista de muros y fuertes, caudillo. Vuestros jinetes guerreros no tienen la menor esperanza de tomarla. ¿Qué acción tomaréis cuando

os deis cuenta de ello? ¿Acaso arrasaréis con la campiña del exterior hasta que no quede nada?

—Alimentar a mis guerreros aquí fuera me resultará más sencillo que a vos mantener a las decenas de miles de refugiados que ahora albergan vuestros muros.

—¿Intentaríais matarnos de hambre?

Hiel se encogió de hombros.

—Majestad, Bolkando ya ha perdido la guerra. Si nos apeteciera, solo tendríamos que conquistaros, tiraros a vos y a toda vuestra estirpe al pozo más cercano y sellar la boca.

Abrastal esbozó una sonrisa.

—Vaya, vaya. Ahora sí se ve que no sois más que un morador de cabañas, caudillo Hiel. Antes de que os hable de la apabullante logística que esconde el mandato de un reino cuyos habitantes consideran la conspiración casi una religión, dejadme confiaros un par de detallitos insignificantes. Es cierto que vuestra flota de guerreros nos ha ocasionado bastantes problemas, pero no estamos derrotados ni de lejos. Mi legión Puaeterna nunca ha sido derrotada. Y sí, digo mi legión, es mía, me pertenece a mí y no al rey o al reino. De hecho, ni siquiera se han retirado una sola vez en batalla. Os lo ruego, lanzad vuestras hordas de valientes guerreros contra nuestro muro de hierro; apilaremos a los muertos hasta alcanzar dos pisos de altura. Por desgracia, no creo que lleguéis a tener la oportunidad de hacerlo. Si entramos en batalla, caudillo, seréis aniquilado. No quedará nada de los lágrimas quemadas khundryl, nada más que un par de miles de esclavos con tatuajes extravagantes.

Tras un instante, Bilis carraspeó con fuerza, se giró y soltó un esputo. Se limpió la boca con el dorso y dijo:

—Majestad, mientras hablamos, vuestras dos pinzas laterales están siendo reducidas a cenizas. Incluso si nuestros ejércitos chocasen frontalmente, tal choque no

duraría hasta que llegue a socorreros cualquier refuerzo que se os ocurra enviar. —Hizo un ademán despectivo con una mano cubierta de cicatrices—. No tiene sentido que mantengáis esta postura. ¿A cuántos días de distancia se encuentran los perecederos? Tendrán que coger los restos de vuestra legión Puaeterna y derretirlos para aprovechar el oro de tanta armadura bonita.

La reina abrió la boca para replicar, pero él la detuvo con un gesto.

—Aún me queda por mencionaros lo peor a lo que os enfrentáis: los Cazahuesos. Mi gente mantiene discusiones sin fin sobre quiénes son los mejores soldados que el mundo ha conocido. Ah, veo en vuestro rostro que pensáis que discutimos entre uno de esos dos, pero erráis. No, nos referimos a los wickanos de Coltaine y a los marineros del Imperio Malazano. —Mostró los dientes en una sonrisa dura —. Por suerte para vos, no quedan wickanos entre los Cazahuesos, pero sí muchos marineros.

Unos momentos de silencio siguieron a sus palabras. Al cabo, Abrastal dejó escapar un suspiro.

—¿Cuáles son vuestras demandas?

—Con el botín que ya tenemos nos basta y nos sobra, majestad. Ahora estamos en disposición de volver a vendéroslo a vos a cambio de agua, comida, ganado y pienso. Sin embargo, por las vidas de mis guerreros mutilados en esta guerra, no pagaremos más que un tercio del valor de esos suministros. Una vez que nuestros requerimientos sean satisfechos y nos hayamos reunido con los yelmos grises perecederos, dejaremos atrás vuestro reino. Para siempre.

—¿Eso es todo?

Hiel compuso una mueca.

—No queremos vuestro reino. Nunca lo hemos querido.

La reina supuso que aquello debería ofenderla, pero no era el momento ni el lugar para semejantes comportamientos.

—Os comprendo, caudillo. Los actos perniciosos de las casas mercantes que han desembocado en esta guerra son resultado de los abusos de la política oficial del rey…

—Ya nos aseguramos de que esos ladrones fueran los primeros en morir, majestad.

—Aquellos a los que matasteis no eran sino la punta de una daga envenenada.

Se giró y le hizo un gesto a uno de sus guardias. Este guio a otros cuatro soldados del escuadrón, que portaban un morral tan grande que podría haber contenido un tipi khundryl. Los soldados depositaron el morral en el suelo. Desanudaron las ataduras en las esquinas y estiraron los pliegues de los bordes.

El morral contenía media docena de cuerpos, o al menos lo que quedaba de ellos.

—Estos son los principales instigadores —dijo Abrastal—. Se creían seguros escondidos en la capital. Como veis, no queda de ellos sino sus pieles. Nuestros castigadores tienen larga pericia en estos asuntos. Consideradlos como nuestro reconocimiento de la injusticia que se cometió con vosotros. Son vuestros si así lo deseáis.

Los ojos rapaces de Hiel se centraron en ella.

—Estoy tentado —dijo, despacio—, de renegar del juramento que me obliga a desentenderme de vuestro reino, aunque solo sea por compasión para con vuestro pueblo, majestad.

—Cumplimos con la justicia —espetó Abrastal—, a nuestra manera. Me sorprende vuestra sensibilidad, caudillo. Las historias que he oído acerca de las crueles torturas que inventáis los salvajes…

—Ninguna de esas historias se aplica a nosotros —le cortó Hiel, la voz dura como el hierro para después volver a relajarse al cabo de un momento—. A menos que nos enfademos mucho. Sea como sea, no me habéis entendido, majestad. El hecho de que vuestro reino albergue ciudadanos de cualquier ralea que no conocen el autocontrol, y mucho peor, que no dudarían en tratar a los extranjeros sin tener en cuenta que son representantes de su propia gente y de su pueblo, dice mucho de cuánto os odiáis a vos misma.

—Me odio a mí misma. Ya veo. Y si vos fueseis el rey de Bolkando, caudillo, ¿qué haríais?

—Proscribiría la mentira como el mayor de los crímenes.

—Una idea interesante. Por desgracia, los mayores mentirosos suelen estar en el poder. De hecho, así es como lo conservan.

—Es decir, que no debería creer una sola palabra que salga por boca vuestra.

—Podéis creerme sin problemas, pues no hay mentira que ahora mismo pueda granjearme beneficio alguno.

—Eso es porque mi espada está justo sobre vuestra garganta.

—Exactamente. Aunque las mentiras a las que yo me refería son aquellas que emplea la élite para mantener las diferencias necesarias, si entendéis lo que quiero decir.

—Ya lo creo que lo entiendo —ahora él la miraba con un interés renovado—. Este ha resultado ser un intercambio de lo más interesante, majestad. Pero he de preguntaros una última cosa: ¿cómo es que estáis vos aquí y no vuestro marido el rey?

—Es cometido de mi legión Puaeterna dispensar control dentro del reino y su población, así como enfrentarse a amenazas externas.

Él asintió.

—En ese caso, vuestra presencia aquí responde a un doble motivo.

—Y el mensaje que le enviamos a nuestros rivales en palacio es, y espero que esto no os ofenda, el más importante de los dos —dijo. Sonrió y añadió—: A no ser, por supuesto, que realmente alberguéis ansias de conquista.

—Vuestro marido deposita una gran fe en vos, majestad.

No le queda alternativa.

—Así es, y con razón.

—¿Aceptáis pues nuestras demandas?

—Las acepto, caudillo, con algunas modificaciones.

Los ojos de él se estrecharon.

—Decídmelas.

—Doblaremos la cantidad de agua que nos requiráis, y os la daremos sin cargo. También doblaremos el forraje para vuestras bestias, pues conocemos las Tierras Yermas mejor que vosotros, y no queremos que os veáis obligados a romper vuestro juramento y regresar a Bolkando cuando se os acabe —hizo una pausa e inclinó la cabeza—. Más allá de las Tierras Yermas encontraréis los reinos de Kolanse, algo más de una docena. Imagino que no seguiréis mi consejo, caudillo, pero os lo daré igualmente: no encontraréis nada de valor allí. De hecho, si os internáis en ellos encontraréis algo más terrible de lo que podáis imaginar.

—¿Me contaríais más de este asunto, majestad?

—Si es vuestro deseo.

—Lo es, y os solicito que no lo hagáis hasta que estén presentes la espada mortal Krughava y la consejera Tavore.

—Esas personas que mencionáis son ambas mujeres, ¿no?

—Así es.

—En ese caso, espero que no os sintáis desplazado.

—Así me sentiré, pero no por las razones que pensáis, majestad.

—En ese caso, aguardaré a semejante encuentro con anhelo, caudillo.

Por primera vez, Hiel le hizo una reverencia.

—Reina Abrastal, ha sido un placer.

—Estoy segura de que lo ha sido, mas no os guardo rencor por ello.

—¿Estamos en paz, entonces?

—Lo estamos.

Ella echó un vistazo a las pieles en el morral de cuero.

—¿Qué hacemos con estos?

—Oh —dijo Hiel—, nosotros dispondremos de ellos. Mis guerreros querrán verlos, será bueno para calmar la furia de algunos y aliviar la pena de otros por sus hermanos caídos.

Hiel hizo una última reverencia. Se giraba ya para marcharse, cuando la reina llamó:

—Caudillo.

Se volvió hacia ella, con un interrogante tras los ojos.

La reina dudó un instante, y luego dijo:

—Cuando comentasteis la opinión de vuestro pueblo… sobre estos marineros del Imperio Malazano, decidme, ¿había verdad en vuestras palabras?

Él se envaró.

—Majestad, aunque el gran Coltaine del clan Cuervo tenía a su lado muchos wickanos, también poseía marineros. Juntos escoltaron a treinta mil refugiados a través de un tercio del continente, y una guerra les salió al paso en cada recodo del camino.

—En ese caso, ¿he entendido algo mal, caudillo? ¿Acaso no murió Coltaine junto con todos los que lo acompañaban? ¿Acaso no fracasó?

—Sucedió tal y como decís. Todos murieron. Wickanos y marineros.

—Pero entonces, no comprendo…

—Murieron, majestad, pero consiguieron poner a esos treinta mil refugiados a salvo. Murieron, sí, pero ganaron.

La reina no añadió nada más. Hiel asintió y volvió a su caballo. Los dos jóvenes guardaespaldas se acercaron al morral para cargar con los mercaderes deshuesados. Abrastal buscó la mirada de uno de los chicos y le lanzó un guiño. Si hubiera sido un bolkando, aquellos ojos se habrían salido de sus órbitas. En cambio, el chico hizo una mueca.

Aquella fuerza oscura se reavivó en su interior.

De pronto, Spax había aparecido a su lado. Hiel se subió a su caballo y allí se quedó inmóvil, probablemente a la espera de sus dos guardaespaldas y los legionarios.

—Recuerdo bien a los marineros malazanos —murmuró Spax.

—¿Y bien?

—Hiel decía la verdad. El mundo no ha visto una patulea más tozuda.

Abrastal se encontró pensando en Kolanse.

—Bueno, la necesitarán.

—Pelofuego, ¿los acompañaréis hasta la frontera?

—¿A quién?

—A todos ellos. A los khundryl, los perecederos y los Cazahuesos.

—Ni siquiera sabía que los Cazahuesos habían entrado en nuestro territorio.

—Quizá no lleguen a hacerlo ahora que no hay necesidad.

—La legión Puaeterna acompañará a estos khundryl y a los perecederos. Parece que aún hay planeada una reunión más con al menos dos de los tres comandantes, y Hiel piensa que tendrá lugar más pronto que tarde. Me complacería hablar con ellos. Tú y el resto de tus gilk me escoltaréis a esa reunión, aunque tengamos que marchar más allá de la frontera.

Spax mostró sus afilados dientes.

—Quizá deberíais pedirle un favor especial al caudillo, reina.

—Creo que ya he sido invitada a esa reunión…

—No me refiero a la reunión. Me refiero al cachorro que le acompañaba.

La reina frunció el cejo, lo cual le arrancó una risotada al comandante gilk.

—Creía que me habíais dicho que mirase y oyese con atención, Pelofuego.

Abrastal giró sobre sus talones y echó a andar hacia sus tropas.

—Rava pagará por todo esto.

—Diría que ya lo ha hecho.

—Pero no lo bastante. Pienso seguir sacudiéndolo hasta que sea un viejo gris y arrugado y se le caigan los dientes y hasta los bigotes.

—Vuestra gente repugna a Hiel.

—A mí también me repugnan, Spax.

Él volvió a reír.

—Deja de sonar tan engreído —dijo ella—. Hoy han muerto cientos, quizá miles de soldados bolkando. Llegué a considerar si colocar a tus gilks en una de las pinzas. Si así hubiera sido, ahora no estarías tan ufano.

—Los gilk habríamos seguido adelante, Pelofuego.

—Sí, atravesados por flechas.

—Bueno, dejaríamos un reguero detrás de nosotros, eso por descontado. Pero habríamos llegado a nuestro destino, y listos para la venganza.

La reina sopesó sus palabras y llegó a la conclusión de que el comandante gilk no estaba simplemente muy pagado de sí mismo. *Deberíamos haber aprendido la lección de lo que le sucedió al Imperio Lether. Queridos bolkando, el mundo es en verdad un lugar enorme. Cuando antes*

mandemos al resto del mundo donde quiera que vaya, antes podremos volver a nuestra orgía de disparos en la sombra y puñaladas por la espalda.

—Tenéis la mirada nostálgica, Pelofuego.

—Deja de ver con tanta atención, Spax.

Su nueva risotada le dio ganas de hundirle el puño en aquella cara horrenda.

Impaciente, Hiel dejó a sus dos correlágrimas con el regalo de las pieles deshuesadas y cabalgó solo hacia el campamento. Aquella reina era en verdad una mujer excepcional. Pelo largo y denso con el tono de las llamas. Ojos agudos, de un marrón tan profundo que casi era negro. Tan impasible que podría ganarle por la mano a Krughava a la hora de encamarse con cualquier cabrón afortunado. *Eso sí que me gustaría verlo. Esas dos se bastan para hacerle dudar a uno de si estaba en la cama con una mujer o un hombre*. La misma idea avivó una suerte de fuego dentro de él. Se removió en la silla de montar. *Por las pelotas de Bastión, qué cosas se te ocurren, viejo idiota*.

Sospechaba que aún tardarían en librarse del todo de Abrastal y su legión Puaeterna. Probablemente todo el camino hasta la frontera; pudiera ser que incluso más allá. Aun así, Hiel no esperaba que les jugasen una mala pasada. Los khundryl habían hecho lo bastante para meterles el suficiente miedo en el cuerpo a aquellos imbéciles como para que fuesen sinceros de aquel modo desesperado que Hiel apreciaba tanto. Las guerra a veces hacía justo lo que era necesario. Siempre era más fácil, por no mencionar más lucrativo, tratar con un enemigo vacilante.

Hiel estaba más que satisfecho con cómo había salido el parlamento, aunque aún le quedaba cierto resquemor, el mordisqueo de una rata yurta en los dedos de sus pies.

Kolanse. ¿Qué decís, consejera? ¿Hay algo que no nos hayáis contado?

Te preocupas como un viejo que temblequea bajo sus pieles, Hiel. Los khundryl, los yelmos grises perecederos y los Cazahuesos. Ningún ejército podría resistir nuestras tres fuerzas combinadas. Bolkando es una nación pequeña. La reina Abrastal gobierna un reino diminuto, insignificante. El único imperio que conoce es el que los marineros hicieron pedazos.

No, nada hemos de temer. Pero aun así, sería bueno averiguar qué sabe realmente la reina.

Lo aguardaba un grupo de oficiales y oficiales de columna al borde del campamento. Les dedicó un fruncimiento de ceño al acercarse.

—Parece que al final han preferido salvar su reino. Enviad el mensaje de que las hostilidades se han acabado. Que se retiren las tropas.

—¿Y qué pasa con las columnas que luchan en estos momentos contra los ejércitos de los flancos? —preguntó uno de los guerreros.

—Poco hay que podamos hacer para remediar eso, pero mandad corredores igualmente, en caso de que la lucha continúe. Ordenadles que retiren el campamento principal… ¡y se acabaron los saqueos!

—Caudillo —dijo otro guerrero—, tu esposa ha llegado. Te espera en tu tienda.

Hiel gruñó y azuzó al caballo.

La encontró despatarrada en su catre, desnuda y tan pesada como solo podía serlo una embarazada. Le clavó la mirada mientras se quitaba la capa.

—Esposa —dijo.

Ella le devolvió la mirada con sus párpados entrecerrados.

—Esposo. ¿Qué tal va la matanza?

—De momento, se ha acabado.

—Oh. Lo siento por ti.

—Debería haberte ahogado en el río hace mucho tiempo.

—¿De veras preferirías que mi fantasma te rondase en lugar de tener a mano toda esta carne tan prieta?

—¿De verdad me habría rondado tu fantasma?

—Sí, pero no por mucho tiempo. Habría acabado por aburrirme.

Hiel empezó a desatarse la armadura.

—¿Sigues dispuesta a no decirme de quién es?

—¿Acaso importa?

—O sea que podría ser mío.

Ella parpadeó, y de pronto algo afilado asomó a su mirada.

—Hiel Inshikalan, tienes cincuenta y seis años. Llevas cuatro décadas y media aplastándote las pelotas contra la espalda de un caballo. No hay khundryl de tu edad capaz de fecundar a una hembra.

Hiel soltó un suspiro.

—Ese es el problema. Todo el mundo piensa como tú.

—¿Te sientes humillado, esposo? No pensaba que fuera posible.

Humillación. Bueno, aunque no había sido su intención, los dioses sabían que él también había humillado lo bastante a aquella mujer, que había sido su esposa durante la mayor parte de su vida. Él tenía quince años. Ella, diez. En los días antiguos, no se les permitía yacer juntos ni siquiera después de casarse, solo a partir del momento en que ella tuviera su primera sangre. Hiel recordaba la celebración de las mujeres cuando le llegó el turno a su esposa: se llevaron entre todas a aquella chica paliducha y la retuvieron durante toda una noche de verdades secretas. Lo que había sido una niña asustada la noche anterior volvió a la mañana siguiente con una mirada tan sabia en los ojos

que él no pudo sino sentirse… desconcertado, ridículo por ninguna razón en absoluto. Desde aquel día, los cinco años de edad que le sacaba dejaron de importar lo más mínimo. De hecho, parecía que ella era la mayor de los dos. Más sabia, eso por descontado, segura de sí misma. Más fuerte, en todos los sentidos.

Aquella certeza había despertado su devoción durante todos aquellos años. De hecho, aún lo hacía, se dio cuenta con un repentino rubor.

Hiel miró a su mujer, intentando encontrar las palabras justas para decir lo que necesitaba decirle. Esas y muchas más.

En sus ojos atisbó algo a medida que ella también lo estudiaba… algo. Entonces se oyó un grito desde fuera de la tienda. Ella apartó la mirada.

—Te llaman, caudillo.

El momento se desvaneció de pronto, como si nunca hubiera pasado. Él giró sobre sus talones y salió de la tienda.

Se topó con la exploradora que había enviado con Vedith. Estaba cubierta de sangre seca, polvo, vísceras. Apestaba como un cadáver. Hiel frunció el ceño.

—¿Tan pronto habéis vuelto?

—Los hemos aplastado, caudillo. Pero Vedith ha muerto.

—¿Asumiste tú el mando?

—Así lo hice.

Hiel intentó recordar su nombre. Su mirada vagó lejos de ella, mientras continuaba con su explicación.

—Caudillo, Vedith comandaba la primera carga. Estábamos en perfecta disposición, pero su caballo hundió una pata en un nido de serpiente y cayó. Vedith aterrizó en mala posición y se rompió el cuello. Lo supimos en el mismo momento en que vimos aterrizar su cuerpo y rodar por el suelo.

Hiel asentía. Esas cosas inesperadas pasaban, sí. Era imposible anticiparlas. La pezuña, las sombras del camino irregular, los ojos del caballo, el nido, la convergencia de todos esos elementos en un único y fatal momento. Pensar demasiado en todo aquello daba como resultado que uno se volviera loco, incluso lanzarlo a una suerte de rabia carnívora. Los juegos absurdos del azar. Esos juegos crueles y amargos.

—Caudillo —prosiguió la exploradora tras un momento—. El control de Vedith en la emboscada fue absoluto. Cada tropa llevó a cabo su misión, incluso a sabiendas de que Vedith había caído. Lo hicimos por él, para honorarle como era debido. Rompimos en dos al enemigo. Mil cuatrocientos bolkando muertos, el resto desarmados y a la huida por la campiña. De nuestra parte, solo diecinueve muertos y cincuenta y un heridos.

Los ojos de Hiel volvieron a ella.

—Gracias, Rafala. La tropa es ahora tuya. Eres su líder.

—Llevaremos el nombre de Vedith.

Él asintió.

—Ve a atender a tus heridos.

Hiel regresó al interior de la tienda. Se quedó en el sitio, no muy seguro de qué hacer a continuación, adónde ir. De hecho, ni siquiera estaba seguro de por qué estaba ahí.

—Lo he oído todo —dijo su mujer en voz baja—. Vedith debe de haber sido un gran guerrero. Un buen comandante.

—Era muy joven —dijo Hiel. Como si importase lo más mínimo, como si decirlo cambiase las cosas. No fue así.

—Tharat, el primo de Malak, tiene un hijo llamado Vedith.

—No. Ya no.

—Solía jugar con nuestro Kyth Anar.

—Sí, solían hacerlo —dijo Hiel, la mirada acuosa fija en ella—. Es verdad. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Porque eso fue hace quince años, esposo. Porque Kyth no sobrevivió a su decimoséptimo cumpleaños. Porque acordamos enterrar nuestros recuerdos de él. De nuestro maravilloso primer hijo.

—Yo no acordé nada de eso. ¡Y tú tampoco!

—No. No hizo falta. No fue un acuerdo, sino más bien un pacto de sangre —soltó un suspiro—. Los guerreros mueren. Y los niños también.

—¡Basta ya!

Ella se sentó en la cama con un gruñido de esfuerzo. A la vista de las lágrimas que Hiel no podía enjugar, ella alargó la mano hacia él.

—Ven aquí, esposo.

Pero Hiel no acertaba a moverse. Sus piernas eran tocones de árbol, las raíces hundidas muy profundamente bajo él.

—Cada momento de cada nuevo día surge una nueva criatura en el mundo. Se abren ojos nuevos que apenas pueden ver. Algunas cosas vienen y otras se van.

—Sí, pero la orden fue mía. La di yo mismo.

—Esa es la carga del caudillo, esposo.

Hiel ahogó un sollozo.

—Me siento muy solo.

De pronto ella estaba a su lado. Tomó una de sus manos entre las suyas.

—Todos lo estamos, es una certeza que hemos de afrontar —dijo—. Desde entonces he tenido siete hijos más. Y sí, la mayoría son tuyos. ¿No te preguntas por qué soy incapaz de abandonar? ¿Qué nos empuja a las mujeres a sufrir una y otra vez? Presta atención a este secreto, Hiel: llevar a un niño en tu vientre significa no estar sola. Y perder a un hijo es quedarte tan irreparablemente sola, más allá de lo que cualquier hombre sería capaz de comprender… con la

posible excepción de un comandante, un líder de guerreros. Un caudillo.

Hiel encontró la fuerza suficiente para enfrentarse otra vez a su mirada.

—Me recuerdas a él —dijo, la voz cascada.

Ella entendió.

—Y tú a mí también, Hiel. Estos días olvidar resulta muy fácil.

Sí. Hiel sintió su mano callosa en la de él. Parte de esa soledad se hizo pedazos. Hiel llevó sus manos hacia su abultada barriga.

—¿Qué es lo que le espera a este? —se preguntó en voz alta.

—Eso nadie puede saberlo, esposo.

—Esta noche —dijo él—, hemos de reunir a todos nuestros niños. Cenemos juntos como una familia. ¿Qué te parece?

Ella soltó una risa.

—Casi puedo ver sus caras a nuestro alrededor, confundidos y patidifusos. ¿Qué pensarán que se nos ha pasado por la cabeza?

Bilis se encogió de hombros. De pronto sentía los brazos relajados, la presión en su pecho se aflojaba con un único aliento.

—Los llamaremos, pero no por ellos, sino por nosotros. Por ti y por mí, Hanavat.

—Esta noche —ella asintió—, Vedith jugará con nuestro hijo de nuevo. Casi puedo oírlos gritando y riendo. El cielo está ante ellos y no tiene fin.

Y aquella vez, con verdadero sentimiento por primera vez en años, Hiel tomó a su esposa en sus brazos.

Capítulo 15

Nadie conocerá la culpa
de la que no hay escape ni renuncia,
cegad a los dioses y aprisionad sus escamas
con pesadas cadenas que los aplasten
como las verdades que más odiamos.
Nos intrigamos por los huesos
de desconocidos y nos maravillamos ante el mundo
en el que bailaron lejos de nosotros
benditos en la distancia y el tiempo,
aunque basta hablar
de los hombres y mujeres que fuimos,
para tentar al vendaval de los fantasmas
de nuestras víctimas sin menor ganancia
pues valoramos la calma
y la dulzura del fingimiento, ¿con qué armas
de naturaleza y tiempo
acabamos con aquellos desconocidos
del pasado, cuando fuimos
testigos tan malhadados como petulantes?
Esquivamos las puntas de lanza del
infortunio donde ellos se tambalearon
demasiado torpes y toscos, demasiado
inferiores a nosotros. Sus huesos habréis de
encontrar en cuevas y riveras,
en las grietas donde moran arañas blancas sobre
playas níveas, boscosos refugios de
roca y todos los lugares intermedios,
tan copiosos que un solo asesino, creemos,
no puede ser responsable, mas muchas son
las armas de la naturaleza, y la inquietud
en nuestros ojos mientras huyen arrastrándose,
quizá llega a murmurar para
oídos diestros, la única sombra constante
tras todas esas muertes, pues solo somos
nosotros, con nuestra culpa muda, indignos
del don solitario que nos concede poco más que los
huesos
de los desconocidos para que nos revolquemos
en nuestras discusiones.
Mudos son en respuestas, mas
aun así rechazados, pues hablan

como solo saben hacerlo los huesos, y aun así
nos resistimos a oírlos. Mostradme huesos
desconocidos y habréis de llenarme de desconsuelo.

Lamento del rechazo
Gedesp, Primer Imperio

Él era capaz de ver un pasado diferente, uno que brotaba de las decisiones que no se habían tomado. Vio al familiar atrapado dentro de la extrañeza. Acumulando fuegos rotundos mientras los vientos aullaban y la oscuridad más allá de todo albergaba cosas nuevas y extrañas. El fracaso de todas aquellas oportunidades lo obsesionaba, a él y a los suyos. Un rival evitado se deslizaba en su huida al interior de bosques frondosos como catedrales de musgo y arroyos sombríos. La vida se convirtió en una mera cuestión de elegir entre una plétora de presas muertas largo tiempo atrás y de desesperarse ante herramientas de piedra quebrada que nada tenían que ver con todo lo que conocían anteriormente. Él se daba cuenta de que esto, todo esto, no era sino el fracaso absoluto que había sido evitado tiempo atrás.

Había sido el ritual de Tellann. Eso era lo que atrapaba almas vivientes dentro de carne y hueso muertos, lo que enjaulaba la chispa de la vida dentro de ojos marchitos.

Aquí, en este pasado divergente, en este otro lugar, el ritual no había tenido lugar. Y el hielo que en su reino había sido el juguete de los jaghut levantaba aquí barreras espontáneas. El mundo reducía sus dimensiones por doquier. Por supuesto, semejantes desafíos habían surgido con anterioridad y habían sido superados. Muchos habían sufrido, muerto, pero habían presentado lucha y habían acabado por sobrevivir. Esta vez, en cambio, todo era diferente.

En esta ocasión había desconocidos.

Desconocía la razón por la que se le mostraba aquella visión. ¿Se trataba acaso de alguna elaborada farsa creada con el único propósito de atormentarlo? No podía ser, era demasiado intrincada, demasiado hilvanada en su concepción. En su cuerpo había heridas reales que podían abrirse.

Era verdad que aquella visión era una afrenta para él, pero su alcance era mucho mayor que el de sus fallos personales. Se le mostraba la debilidad inherente a su pueblo, sentía lo que sentían los últimos supervivientes de aquel mundo amargo y ajeno, la sucia certeza de las cosas que se acababan. Se acababan las familias, los amigos, los niños… no quedaba nada que continuase.

De hecho, aquel era el final de lo único que jamás se ponía en duda: la continuación. Cada quien se decía a sí mismo que todo tiene su fin, pero que la especie, la gente, continuará. Ahí residía la profunda raíz de toda voluntad de supervivencia. Si se cortaba aquella raíz, toda la vida se desangraba, se resecaba y se desvanecía en la más absoluta nada.

Se le otorgó la gracia de un último llanto. De llorar no por sí mismo, sino por toda su especie.

¿En qué momento se derramó la última lágrima salada de los imass? ¿Notó alguna diferencia la tierra cuando la absorbió como había absorbido todas las anteriores? ¿Quizá la notó más amarga? ¿O quizá más dulce? ¿Quemó esa lágrima el suelo como si de ácido se tratase?

Él podía contemplar esa última lágrima, una gota mortal suspendida en el infinito, en una caída demasiado lenta como para ser medida. Pero sabía que lo que veía no era más que una ilusión. No había habido lágrimas que acompañasen al último en morir. Onos Toolan había presenciado el momento de su muerte aquí mismo, en ese falso pasado: un último valiente, destrozado y tendido en el

suelo que se iba desangrando mientras aguardaba el filo aserrado de la hoja de marfil en la mano de un desconocido. Aquellos desconocidos también estaban hambrientos, desesperados. Acabarían sin pestañear con aquel imass, con el último de su gente, y lo devorarían. Dejarían sus huesos secos y rotos, tirados de cualquier manera por el suelo de la caverna en la que se encontraban, junto a todos los demás. Entonces los desconocidos huirían movidos por un temor reverencial, y nada habrían de dejar de su presencia, para que los fantasmas vengativos no les persiguiesen por los caminos del rencor.

En aquel otro mundo, el final de la gente de Tool llegó a lomos de la hoja de un cuchillo.

Alguien aullaba, con la piel estirada hasta casi romperse a causa de una erupción de rabia.

Los hijos de los imass, que no eran niños en absoluto, pero a fin de cuentas sus herederos, habían inundado el mundo con el sabor de la sangre imass que llenaba sus bocas. Poco más que otra presa enviada al olvido por medio de la caza, con poco más que algo de inquietud en el cuerpo, la marca del pecado, el horror del primer crimen.

El hijo devora al padre, ahí reside el corazón de un millar de mitos, de un millar de relatos medio olvidados.

Le arrancaron la empatía de las entrañas. El aullido que arañó sus oídos provenía de sus propias entrañas. La rabia golpeó su cuerpo como si de puños se tratase, un impulso demoniaco que luchaba por salir.

Habrían de pagar...

Pero no. Onos Toolan se tambaleó hacia delante; obligó a sus pies a aplastar musgos y líquenes congelados. Escaparía de esta maligna condenación. Regresaría al paraíso de su propio mundo, donde los rituales otorgaban tanto la salvación como el castigo eterno. No se doblegaría. Estaba ciego, tanto como una bestia hostigada hasta el borde de un

precipicio, pero tanto daba; lo que le esperaba era una muerte preferible a esta muerte presente.

Atisbó un jinete frente a él, una figura jorobada bajo una capucha sobre un caballo escuálido y gris que no emitía aliento alguno. Vio que en una mano esquelética portaba un arco rhivi curvo. Así fue como Onos Toolan se dio cuenta de que conocía a aquel jinete.

A aquel heredero.

Tool se detuvo a apenas veinte pasos de distancia.

—No puedes estar aquí.

La cabeza del jinete se giró levemente. El destello de un único ojo rompió la negrura en el interior de la capucha.

—Tú tampoco, viejo amigo. Y sin embargo aquí estamos.

—Apártate, Toc el Joven. Concédeme el paso. Lo que me espera más adelante no es sino lo que me he ganado. Aquello a lo que regreso me pertenece. Volveré a ver los rebaños de enormes ay, de ranags, okrals y agkors. Volveré a ver a mi gente y correré a la sombra de los colmilludos tenags. Balancearé una vez más a los niños en mis rodillas entre risas. Les enseñaré su futuro, y les explicaré que todo lo que somos habrá de continuar, sin fin, pues aquí he de encontrar una eternidad de deseos cumplidos para siempre. Toc, amigo mío, no me arrebates este momento. No te lleves esto, pues tú y tu gente ya os habéis llevado todo lo demás.

—No puedo dejarte pasar, Tool.

Las manos callosas y molidas de Tool se convirtieron en puños.

—Te lo pido en nombre de nuestra amistad, Toc. No te interpongas.

En la otra mano de Toc apareció una flecha. Más rápido de lo que Tool fue capaz de captar, la tensó en el arco y la soltó. El proyectil astado voló hasta clavarse en el suelo frente a sus pies.

—Estoy muerto —dijo Tool—. No puedes hacerme daño.

—Ambos lo estamos —replicó Toc, con un frío desconocido en la voz—. Si te arranco las piernas, las heridas serán muy reales. Te abandonaré en un charco de sangre, tullido y entre horribles dolores. No habrás de pasar.

Tool avanzó un paso.

—¿Por qué me lo impides?

—La rabia arde con fuerza en tu interior, ¿me equivoco?

—Que el Abismo se lleve a la rabia. Estoy harto de luchas. ¡Estoy harto de todo!

—Onos Toolan, el sabor de la sangre imass aún mancha mi lengua.

—¿Quieres luchar conmigo? Lo haré encantado. ¿Acaso crees que tus diminutas flechas pueden hacer caer a un imass? Estas manos han roto el cuello de un toro ranag. Me han destripado. Un okral me ha molido el cuerpo. Cuando los míos cazan, abaten a la presa con sus propias manos, un triunfo que se cobra su precio en huesos rotos y en dolor.

Una segunda flecha se clavó en el suelo.

—Toc, ¿por qué haces esto?

—No debes pasar.

—Te otorgué un nombre imass. ¿No te das cuenta del inmenso honor que eso supone? ¿Es que no sabes que nadie de tu raza ha ostentado jamás semejante honor? Te traté como a mi amigo. Lloré cuando moriste.

—Ahora te veo, veo tu carne, esa carne que recubrió tus huesos en su día.

—Es algo que ya has visto antes, Toc el Joven.

—No, no creo…

—No me reconociste. Más allá de los muros de Coral Negro. Te encontré, pero incluso tu cara había cambiado. Los dos habíamos cambiado. Si pudiera… —vaciló un instante, y luego prosiguió—. Si pudiera cambiar el pasado, no habría permitido que me dejases atrás. Habría hecho que te dieras cuenta de quién era.

—Eso ya no importa.

Algo se rompió en el interior de Onos Toolan. Apartó la mirada.

—No, probablemente ya no importe.

—Me viste morir en la planicie de Lezna’dan.

Tool se echó hacia atrás como si lo hubieran golpeado.

—No sabía…

—Yo tampoco sabía, Tool. Así se descubren las verdades, regresan formando un círculo completo con la elegancia de una maldición. Yo no te reconocí fuera de Coral Negro. Tú no me reconociste en la planicie. Es la manera en que los destinos… se ajustan unos a otros —Toc hizo una pausa y soltó un siseo amargo que pretendía ser una risa—. ¿Recuerdas cuando nos encontramos a los pies de Alborada? Míranos ahora. No soy más que un cadáver marchito, y tú… —Se echó a temblar, como si una fuerza invisible lo hubiera golpeado. Apenas consiguió recomponerse—. Recuerda la planicie, Onos Toolan. ¿Cuál era la causa por la que entregué mi vida? ¿Te acuerdas?

Una insoportable amargura llenaba la boca de Tool. Quería chillar, quería arrancarse los ojos.

—La vida de los niños.

—Así es. ¿Serías tú capaz de lo mismo? ¿De entregar tu vida por semejante causa?

Sus palabras hicieron más mella en Toc que cualquier flecha.

—Sabes que no puedo —dijo con un hilo de voz.

—Más bien no quieres.

—¡No son mis niños!

—Has conocido la rabia de los imass. La rabia de la que huyeron usando el ritual, Tool. Has visto la verdad que esconden otros pasados. Y ahora quieres escapar de todo ello. ¿En serio crees, Onos Toolan, que de este modo encontrarás un resquicio de paz? ¿Pretendes encontrar la

paz en el autoengaño? Este mundo que se haya detrás de mí, este que tú ansías, se infectará con las mentiras que te estás contando a ti mismo. Cada risa de cada niño sonará vacía, y la mirada de cada bestia te revelará que pueden ver lo que eres en realidad.

La tercera flecha se hincó en su hombro izquierdo. El golpe lo hizo girarse sobre sus talones, pero no llegó a tumbarlo. Tool se rehízo y echó mano al asta de la flecha. La rompió y sacó el extremo. Detrás de él, la otra mitad de la flecha de más de un palmo de longitud cayó al suelo con su punta de piedra.

—¿Qué… qué es lo que quieres de mí?

—No debes pasar.

—¿Qué es lo que quieres?

—No quiero nada, Tool. Nada quiero. —Colocó una nueva flecha.

—Entonces, mátame.

—Ya estamos muertos —dijo Toc—. No puedo matarte. Pero puedo detenerte. Vuelve sobre tus pasos, Onos Toolan. Vuelve.

—¿Volver? ¿Adónde?

Toc el Joven vaciló. Por primera vez en aquel brutal encuentro, su máscara de seguridad pareció vacilar.

—Ambos somos culpables —dijo con lentitud—, de muchos pasados. ¿Llegaremos a pagar por alguno de ellos? La verdad es que espero a que los destinos se amolden unos a otros. Aguardo la llegada de la belleza venenosa.

—¿Acaso quieres mi perdón, Toc el Joven? ¿Mi perdón para ti y tu gente?

—En cierta ocasión, en la ciudad de Mott, me interné en un mercado y encontré un puesto con hilera tras hilera de simios de los pantanos. Todos chillaban enloquecidos. Los miré a los ojos, Tool, y vi su sufrimiento, su anhelo, el terrible crimen que para ellos suponía estar vivos. Por eso entendí

que no eran criaturas lo bastante inteligentes para tener la opción del perdón. En cambio, vosotros los imass sí sois lo bastante inteligentes. Así que mi consejo es: no nos perdonéis. ¡No nos perdonéis nunca!

—¿He de ser yo el arma de tu propio autodesprecio?

—Ojalá lo supiera con certeza.

En esas cinco palabras, Tool oyó realmente a su amigo. Un hombre atrapado que intentaba rescatarse del recuerdo. Toc continuó:

—Una vez concluido el ritual, bueno, digamos que elegiste el enemigo equivocado para tu eterna búsqueda de venganza. ¿No crees que habría sido más justo proclamar tu guerra contra nosotros los humanos? Quizás algún día, Zorraplateada se dará cuenta de esto y elegirá un nuevo enemigo para su ejército de no muertos. —Se encogió de hombros—. Al menos, si yo creyese en la justicia… si la creyese capaz de ver las cosas con suficiente claridad. Que tú eres el único, t'lan imass, en posición de llevar a cabo el acto de retribución necesario, por esos simios de pantano, por todas esas criaturas que creemos menores y que han sucumbido bajo nuestros ignominiosos deseos.

Habla con la lengua de los muertos. Su corazón está frío. Su único ojo ve y no retrocede. Está… atormentado.

—¿Era esto lo que esperabas? —preguntó Tool—. ¿Era esto lo que imaginabas que habría tras la muerte? ¿Qué hay del Portal del Embozado?

Un brillo de dientes:

—Está sellado.

—¿Cómo es posible?

La siguiente flecha le partió la rótula en dos. Con un aullido de agonía, Tool cayó al suelo. Se retorció con el fuego que le corría pierna arriba. Un dolor de muchos estratos, que se desplegaba y volvía a desplegarse. La herida, el asesinato

de su amistad, la muerte de su cariño, la historia compartida que lanzaba su canto de cisne en un penacho de cenizas.

Las pezuñas del caballo se acercaron.

De sus ojos brotaron lágrimas. Tool miró el destrozo que era la cara medio podrida de su viejo amigo.

—Onos Toolan, la cerradura que sella el portal soy yo.

El dolor era apabullante. No era capaz ni de hablar. El sudor le escoció en los ojos, mucho más amargo que la más amarga de las lágrimas. *Mi amigo. Acabas de aniquilar lo único que me quedaba. Lo has asesinado*.

—Vuélvete —dijo Toc con un tono que traicionaba un cansancio infinito.

—No… no puedo caminar…

—El dolor pasará una vez que hayas girado sobre tus talones. Irá disminuyendo a medida que retomes tu camino, a medida que te alejes… de mí.

Tool se arrancó la flecha incrustada en su rodilla con manos manchadas de sangre. La ola de dolor que se abatió sobre él casi hizo que se desmayase. Jadeaba en el suelo incapaz de moverse.

—Encuentra a tus niños, Onos Toolan, pero no a los de sangre. A los de espíritu.

No queda ninguno, bastardo. Como tú bien has dicho, tú y los tuyos los matasteis a todos. Intentó erguirse entre sollozos. Se giró para volver por donde había venido. Colinas pedregosas, un cielo gris de anochecida. *Me lo habéis arrebatado todo*.

—Aún nos queda mucho por hacer —dijo Toc a su espalda.

Aquí juro que ya no queda amor alguno en mí. Ven, odio, déjame abrazarte.

Toc no dijo nada ante aquello.

Poco a poco, arrastrando la pierna, Tool echó a andar.

Toc el Joven, que en su día fue conocido como Anaster, el primer hijo de la semilla de los muertos, que había sido un soldado malazano tuerto hijo de un padre ausente, se sentó sobre su caballo y vio cómo el guerrero destrozado se arrastraba camino a las lejanas colinas. No apartó la vista hasta que Tool se perdió por fin tras una cresta. Los ojos solitarios de Toc rodaron hasta las manchas de sangre sobre la hierba muerta, los restos de flechas, una rota, las otras aún enteras, y las que sobresalían de la tierra congelada. Flechas que las propias manos de Tool habían sujetado, hacía mucho tiempo, en una lejana planicie.

De pronto, Toc se echó hacia delante, doblándose sobre sí mismo como un niño apuñalado en el vientre. Un instante después dejó escapar un sollozo desgarrador. Su cuerpo tembló, los huesos crujían en sus junturas resecas. Toc lloró, un llanto sin lágrimas que solo produjo aquellos sonidos que atravesaban su garganta marchita.

Una voz se dejó oír a pocos pasos de distancia:

—Obligarte a hacer estas cosas no me causa el menor placer, Heraldo.

Toc el Joven se recuperó con un gemido. Se irguió en la silla y fijó la mirada en la vieja Invocahuesos que había aparecido en el mismo lugar donde había estado Tool. Tenía los dientes secos y opacos.

—Tu mano es más fría que la del propio Embozado, bruja. ¿Crees que al Embozado le agrada que le arrebates su heraldo? ¿Que lo uses a tu voluntad? Esto no quedará sin castigo…

—Nada tengo que temer del Embozado.

—¡Pero a mí sí has de temerme, Olar Ethil!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo darás conmigo, jinete muerto? Estoy aquí, y a la vez no estoy. En el mundo real, me cobijo con un

manto de pieles y duermo bajo las estrellas.

—No creo que necesites dormir.

Ella soltó una risa.

—Un joven guerrero me custodia. Uno a quien conoces bien, ¿verdad? Uno a quien persigues por la noche, detrás de sus ojos. Y sí, cuando lo descubrí, bueno, eso me abrió un camino hasta ti. Tú me contestaste, imploraste por su vida, por la vida que ahora merece mis atenciones. Todo eso nos ha llevado hasta… aquí.

—Así es —murmuró Toc—. Yo ya había rechazado todo mal en mí. ¿A cuántos otros planeas utilizar como marionetas?

—A tantos como necesite, heraldo.

—Te encontraré. Cuando acabe con el resto de mis tareas, juro que te encontraré.

—¿Y qué conseguirás con ello? Onos Toolan se ha separado de ti para siempre. Y, mucho más importante, de los tuyos. —Hizo una pausa, y entonces añadió con medio ladrido—. No sé qué pretendías con todas esas paparruchas que te las arreglaste para decir, eso de Tool y sus niños. Lo necesito para otros menesteres.

—Había conseguido librarme de tu yugo, Invocahuesos. Tool lo vio… lo oyó…

—Pero no consiguió entenderlo. Ahora Onos Toolan te odia. Piensa en eso. Piensa en cuán hondo era el aprecio que te tenía, y piensa que el odio de un imass llega a profundidades mucho mayores. ¡Pregunta a los jaghut si no me crees! Lo hecho, hecho está, ya no puede ser reparado. Puedes irte, heraldo. Quedas liberado.

—Con ansia espero el día en que volvamos a encontrarnos, Olar Ethil —dijo Toc, asiendo las riendas.

Torrente abrió los ojos. Sobre su cabeza brillaban las estrellas en borrones de jade. Dio una honda inspiración y se estremeció bajo las pieles que lo cubrían.

La voz de Olar Ethil crujió en algún lugar entre las sombras.

—¿Te ha alcanzado?

Torrente no tenía la menor prisa por responder. Ahora no. Aún podía oler la seca y mohosa aura de la muerte. Aún oía el retumbar de los cascos.

—Ha pasado menos de la mitad de la noche —prosiguió la bruja—. Duerme ahora. Yo le mantendré lejos de ti.

Él se sentó en la cama.

—¿Por qué habrías de hacer tal cosa, Olar Ethil? Además —añadió—, mis sueños me pertenecen a mí, no a ti.

Hasta él se arrastró una risotada áspera.

—¿Eres capaz de ver su único ojo? ¿Ves cómo brilla en la oscuridad como una estrella? ¿Oyes el aullido de los lobos que reverbera en el hueco de su cuenca vacía? ¿Por qué lo siguen tantas bestias? Quizá llegue a contarte sus secretos, si llega a montarte como a ellas.

Torrente se tragó la contestación que iba a darle, y en su lugar soltó otra:

—Siempre me escapo de él. Siempre.

—Bien —gruñó ella—. Porque nada hay en él que no sean mentiras. Es muy capaz de usarte, tal y como los muertos están determinados a hacer con los mortales.

Los dientes de Torrente se apretaron en la noche.

—Algo así como tú, ¿verdad?

—Sí, algo así como yo. No hay razón para negarlo. Pero escúchame bien, ahora he de dejarte por un tiempo. Sigue avanzando hacia el sur. He despertado algunos manantiales

antiguos, tu caballo será capaz de encontrarlos. Más adelante volveremos a encontrarnos.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Olar Ethil? No soy nada. Mi pueblo ha desaparecido. Yo deambulo por el mundo sin propósito. No me importa si vivo o muero. Y no habré de servirte; nada de lo que puedas decir me convencerá de lo contrario.

—¿Crees que soy una tirana? Pues siento defraudarte, pero no soy más que una Invocahuesos. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—No. Una bruja, imagino.

—Sí, puedes considerarme así. Y, dime, ¿sabes lo que es un soletaken? ¿Un d'ivers?

—No.

—¿Sabes algo de los dioses ancestrales?

—Nada en absoluto.

Desde la oscuridad le llegó algo parecido a un gruñido. A continuación la bruja añadió:

—¿Cómo habéis podido sobrevivir sumergidos en simas tan profundas de ignorancia? ¿Qué significa la historia para ti, guerrero del Lezna'dan? ¿Poco más que un puñado de mentiras para granjearte la gloria? ¿A qué viene tanto temor hacia la verdad de las cosas, hacia los momentos oscuros de tu pasado, del de tu tribu, del de toda la humanidad? Entre mi gente hubo miles que no se unieron al ritual de Tellann; ¿no os preguntasteis qué fue de ellos? Pero, por supuesto, sí que os lo preguntasteis. Por eso les disteis caza allá donde se escondieron. Os mezclasteis con ellos en contadas ocasiones, y salió una buena mezcla de sangres, pero la mayoría de las veces vuestros encuentros terminaron en un baño de sangre. En nuestros rostros visteis tanto lo ajeno como lo familiar, y yo me pregunto: ¿cuál de las dos facetas os asustó más, cuando nos sajasteis a conciencia, cuando arrancasteis la piel de nuestros huesos?

—No dices más que sandeces —protestó Torrente—. Afirmas ser una imass; ni que yo supiera qué demonios es eso. Ni lo sé ni me importa. Los pueblos perecen, es un hecho. Desaparecen de la faz de la tierra. Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

—Eres un necio. Por mis venas fluye la sangre antigua de los soletaken y los d'ivers. La mitad de mi sangre es imass, quizás incluso menos. Soy más vieja de lo que alcanzas a imaginar, guerrero. Más vieja que este mundo. He morado en las tinieblas, he caminado envuelta en la más pura de las luces, he lanzado maldiciones en las sombras. Mis manos son piedra descascarillada, de mis ojos salieron los primeros fuegos que dieron cobijo a tu gente, de entre mis piernas emergió el primer niño mortal. Me han llamado con tantos nombres que he olvidado la mayor parte de ellos.

Se irguió, pieles medio podridas colgadas de su silueta chaparra. Ondeaba su pelo al aire como un aura de locura alrededor de su esquelético rostro. De dos zancadas se situó sobre él.

Un súbito escalofrío recorrió a Torrente. No acertó a moverse, casi no podía ni respirar.

—Hay partes de mí aún dormidas —dijo ella—, atormentadas por una enfermedad sin nombre. Otras partes cabalgan la furia de las tormentas de verano. Soy yo quien bebe el agua del vientre de las parturientas. Soy yo quien bebe sangre. Soy yo quien absorbe la lluvia del llanto y se baña en aceites de sacrificio. No te miento si te digo que los dioses que veneras son mis retoños. Soy quien otorga abundancia a la tierra, la cruel ladrona del deseo, la tejedora de sufrimientos. Tantos y tamaños son mis nombres. Eran'ishal, Madre de todos los eres'al. Mis hijos primeros, mis consentidos. —Pareció dar un respingo—. Para los forkrul assail soy Rath Evail. Para los jaghut soy la Perra de piedra. He tenido un rostro en las tinieblas, un hijo en la sombra, un

bastardo en la luz. Me han llamado Madre-bajo-la-montaña, Ayala Alalle, la que riega los Jardines de la luna y aguarda por siempre a su amante. Soy la diosa durmiente Ascua, en cuyos sueños brotan flores sin fin, aunque esos sueños se tornen en pesadillas. Me han arrastrado de punta a punta del Abismo, he tenido más rostros que cualquier otro ancestral.

Chasqueó los dedos de una mano escuálida y huesuda. Sus uñas eran largas y astilladas, ligeramente curvas en la punta de los dedos.

—¡Y el Embozado piensa que puede darme caza! —alzó la cabeza hacia el cielo—. ¡Ata en corto a tus siervos, Embozado!

De pronto volvió a centrar su atención en Torrente.

—Dime, mortal. ¿Te ha alcanzado?

Torrente contempló a aquella vieja bruja llena de veneno y rabia. Su aliento muerto hedía a serpientes agazapadas entre rocas. Los nudillos de ónice que eran sus ojos resplandecían en una burla sempiterna a todas las cosas vivientes.

—Puede que en su día fueses todas esas cosas, Olar Ethil. Pero desde luego ya no. Te lo han arrebatado todo, ¿me equivoco? Todo desperdigado, perdido en el mismo momento en que elegiste encarnarte en ese saco de piel y huesos.

La mano huesuda de la vieja se lanzó como una cobra y se cerró sobre su cuello. Lo levantó del suelo como si no pesase más que un orthen. Olar Ethil lo lanzó por los aires. Torrente se golpeó un hombro. Medio cegado, incapaz de moverse, el aliento huyó de sus pulmones.

Ella apareció de pronto sobre él. Sus dientes podridos resplandecían como muñones humeantes de cuarzo.

—¡Se me ha prometido regresar! ¡La Perra de piedra volverá a resurgir con aires de plaga y langostas voraces,

con fuegos salvajes y mareas de polvo y arena! ¡Y vosotros habréis de caer, uno tras otro, garras y colmillos desgarrarán vuestra carne! ¡Habéis de elegir la senda del mal en plena conciencia de que lo hacéis! Voy a regresar, mortal, y la tierra se rasgará ante mí para su juicio definitivo. Y vosotros os arrodillaréis, suplicaréis, rogaréis. Patético será el epitafio de tu especie, humano, pues nada habré de concederos, ni un solo instante de misericordia —soltaba absurdos jadeos de aliento frío, presa de una rabia terrible que la hacía temblar—. ¿Ha hablado contigo? ¿El Embozado se ha dirigido a ti?

Torrente se irguió hasta quedar sentado.

—No —dijo entre dientes apretados. Se palpó los cardenales hinchados de su garganta.

—Bien. —Olar Ethil giró sobre sí misma—. Vuelve a dormir, pues. Estarás solo al despertar. Pero no pienses que te has librado de mí. No lo pienses ni por un segundo. —Hubo una pausa, y luego—: Ten cuidado con él. Nada hay en él que no sea mentira.

Torrente se inclinó hacia delante. Sus ojos se posaron sobre el suelo cuajado de rocío entre sus piernas. Cerró los ojos. *Haré lo que me dices. Cuando llegue el momento, haré exactamente lo que me dices.*

La despertó el aullido de los lobos. Setoc se alzó despacio y se pasó una mano por el pelo enmarañado. Tironeó de la manta hasta cubrirse entera. La falsa aurora se desvanecía, casi ahogada por el resplandor de aquellas esquirlas de jade que eran las estrellas. El eco de los aullidos se apagaba, cuando Setoc giró de pronto la cabeza. ¿La había despertado algo más? No estaba segura. La quietud de la noche los abrazaba. Atisbó la figura inmóvil de Cafal. Lo había obligado a correr hasta el agotamiento. Desde que

habían comenzado aquel viaje, Cafal había caído rendido poco después de consumir las pocas viandas de la cena.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo ver sus facciones. Había adelgazado, la carestía lo había envejecido. Setoc sabía que aún no había cumplido los trece años de edad, pero sobre sus hombros pesaban varias décadas más. Dormitaba con un viejo, aunque Setoc percibía que sus sueños eran atribulados. No veía la hora de volver a su tribu.

«Está a punto de suceder algo terrible». Esas palabras habían brotado de él una y otra vez como una letanía pavorosa, un cántico que gobernaba su respiración en plena carrera.

Setoc percibió un aroma, una repentina humedad en el aire frío y seco. Por sus ojos desfilaron visiones de una extraña viveza, como si el presente se descascarillara de repente para revelar un paisaje perteneciente a eras antiguas.

Vio un oasis, un jardín natural lleno de color y de vida. Aves iridiscentes canturreaban entre frondosas palmeras. Aquí y allá correteaban los monos, las fauces manchadas de frutos suculentos. Un mundo diminuto, mas al mismo tiempo completo, aparentemente indiferente al cambio, intacto, ajeno al pueblo de Setoc.

Una nube gris se aproximaba poco a poco. Al verla, una ola inexplicable de desesperación se abatió sobre ella. Se quedó sin aliento. Una nube de polvo cayó sobre ellos, espesa como lluvia. Una pátina opaca cubrió las hojas, los frutos, el límpido estanque de agua. Al instante, todo empezó a morir.

Tras unos momentos no quedaba nada más que detritos ennegrecidos que goteaban desde las copas de las palmeras. Los monos estaban cubiertos de sarpullidos supurantes; el pelo se les caía y no podía más que arrebujarse en el suelo y morir. Los pájaros intentaron huir

pero terminaron tirados sobre aquel suelo gris entre aleteos y sacudidas, hasta que por fin quedaban en silencio.

El oasis se secó. Los vientos arrastraron lo que quedaba de él y las arenas cegaron el manantial hasta que este también desapareció.

Setoc lloraba.

¿Cuál había sido la causa de este desastre? ¿Alguna fuerza de la naturaleza? ¿Había entrado en erupción un volcán y había preñado el cielo con sus cenizas venenosas? ¿O acaso se trataba del amargo aliento de un dios? ¿Quizás había salido ardiendo toda una ciudad y el fuego había esparcido sus ácidas alquimias por el aire? ¿Semejante profanación había sido solo un accidente, o había sido deliberada? Setoc no podía responder a aquellas preguntas; ¿solo había sido testigo de su penosa cosecha de crueldad?

De pronto, de entre las mareas de su dolor brotó una sospecha horripilante, fantasmagórica. *Ha... ha sido un arma. Pero, ¿quién era capaz de declararle la guerra a todos los seres vivientes? ¿Al corazón mismo de la naturaleza? ¿Qué había ahí que ganar? ¿O simplemente se trataba de un acto de estupidez*? Setoc se estremeció. Aquellos pensamientos le provocaban el mayor de los desagrados.

Pero, esta rabia que siento... ¿me la han contagiado los lobos? ¿Las bestias de tronos olvidados? Por supuesto que no, al menos no del todo. Es la rabia de todas las víctimas accidentales. Es la furia de los inocentes, de un dios que no tiene rostro humano, pues es la vida misma.

Ella se acerca...

Ahora Setoc atisbó un puñado de difusas formas en las tinieblas. Se acercaban poco a poco, trazaban círculos a su alrededor como solo hacían los lobos. Se notaba que recuerdos antiguos habían dejado cicatrices de cautela en sus almas. Sabían lo que la presencia de aquellos intrusos de dos patas significaba para ellos y los suyos.

Podían oler las lágrimas de Setoc. Su hija sufría, así que los lobos se acercaron aún más. Traían su calor, la sólida certeza de su existencia, dispuestos a enfrentar sus dientes a cualquier tipo de amenaza, incluso a morir en su lugar.

Setoc sabía que no era digna de nada de ello.

¿Cómo me habéis encontrado después de tanto tiempo? Te veo, madre de hocico gris. ¿He sido la última que mamó de tus tetas? ¿Fui yo quien se alimentó de toda tu fuerza hasta que no fuiste más que un montón de huesos doloridos y músculos débiles? Veo los nubarrones que cubren tus ojos, pero ni siquiera ellos pueden ocultar tu amor. Es ese amor lo que me rompe el corazón.

Aun así, Setoc extendió la mano.

Y un instante después, sintió cómo aquella cabeza ancha la tocaba.

La asaltó el cálido y familiar aroma de lo viejo.

—Debéis marcharos —susurró—. Allá donde voy hay gente que os cazará. Os matará. Escuchadme, os lo ruego. Buscad el último de los lugares salvajes y escondeos allí para siempre. Sed libres, queridos míos.

Oyó que Cafal se despertaba, y captó su gruñido entre dientes de sorpresa. Había siete lobos en su pequeño campamento, tan tímidos como niños no esperados.

Su madre se le acercó aún más. La pelambrera se deslizó por toda la longitud del brazo de Setoc.

—Debéis marcharos —volvió a susurrarle a la bestia—. Por favor.

—Setoc —dijo Cafal—. Hay magia en ellos.

—¿Qué?

—¿No sientes el poder a su alrededor? Es salvaje… indomable… pero, sí, creo que… creo que puedo usarlo. Hay una madriguera lo bastante cerca de la barrera, tan delgada como una hoja. Escucha, creo que si la usamos, podríamos…

—Ya lo sé —croó Setoc, y aplastó su propio cuerpo contra el de la loba, lo sintió sólido, real, seguro—. Ya sé cuál es el don que portan con ellos, Cafal.

—Quizá podamos llegar a tiempo. —Apartó las mantas en un gesto que evidenciaba su creciente emoción—. Podríamos salvar…

—Cafal, esto no te pertenece. ¿Es que no entiendes nada? ¡Esto no es para ti!

Los ojos de él encontraron su mirada fija, terca. El cielo por fin palidecía ante la inminencia de la alborada. Cafal asintió.

—¿Sabes adónde te llevarán?

Ella le dio la espalda a la desesperación que había en su voz.

—Ay, Cafal, en verdad eres un necio. Volveremos al campamento de tu tribu, ¿adónde si no? No hay otro camino posible. Ya no.

—No comprendo.

—Ya sé que no comprendes, pero poco importa. Es hora de marchar.

La destriant Kalyth oteaba el horizonte al sur, el vacío inabarcable que desvelaba la luz del sol naciente.

—¿Dónde están mis manos de fuego? —dijo en un murmullo, y se volvió hacia sus dos exhaustos compañeros —. Lo comprendéis, ¿verdad? No puedo hacer esto sola. Si voy a guiar a vuestro pueblo, necesito primero al mío. Necesito mirarme en ojos que no sean muy diferentes de los míos. Necesito ver sus dolores al alba, el sueño en sus rostros. ¡Por todos los espíritus, necesito ver a mi gente beberse media noche y mear ríos vaporosos!

Los k’chain che’malle le dedicaron una mirada de ojos reptilianos, fijos e inhumanos.

La exasperante frustración de Kalyth se disipó poco a poco. Centró su atención en Sag’Churok. Se preguntó qué era lo que había presenciado junto a aquellos catorce jaghut. Estaba claro que sus perseguidores habían resultado completamente erradicados en la batalla. Al menos, en aquella ocasión. ¿Se percibía ahora algo distinto en el cazador k’ell? ¿Algo que podría definirse como… inquietud?

—Queríais una destriant —saltó ella—. Si lo que esperabais era una especie de rodara de ojos huecos, supongo que por fin está claro hasta qué punto os habíais equivocado. Pienso utilizar mis dones cuando sea necesario, ¿entendéis?

Aun así, a pesar de su baladronada, no estaba segura de tener el poder de domeñar a los jaghut con su voluntad. Ojalá estuvieran allí con ellos ahora mismo. *Seguirían sin ser humanos, pero al menos se irían acercando. Sí, acercándose*. Resopló y volvió a contemplar el horizonte al sur.

—No tiene mucho sentido seguir esperando aquí, ¿verdad? Vamos a continuar.

—*Destriant* —susurró Sag’Churok en su mente—. *Se nos acaba el tiempo. Nuestros enemigos se acercan cada vez más, aunque no para cazarnos a nosotros tres. Lo que buscan son los Enraizados, nuestro último refugio en este mundo*.

—Todos somos los últimos de nuestras especies —replicó ella—. Ya deberías haberte dado cuenta de que, en este mundo o en cualquier otro, no existe nada parecido a un refugio.

El mundo te persigue. El mundo te caza.

Volvía a ser hora de montar en Gunth Mach, como si no fuera más que una bestia. Sag’Churok se desplazaría a su lado, con destellos de sol arrancados en cegadores espasmos a sus enormes filos de hierro. Volvía a ser hora de

ver a los pequeños animalillos huir despavoridos a su paso y ocultarse entre los hierbajos lujuriantes. Hora de atravesar nubes de mosquitos espantados por las proas de sus cabezas reptilianas y de sus pesados y anchos pechos.

Hora de sentir el tacto del viento como si de la caricia de un desconocido se tratase, con una sorprendente e inesperada familiaridad que le recordaba una y otra vez que aún estaba viva, que era parte de la piel del mundo, que seguía luchando contra la decadencia que esquivaba su rastro. Nada de todo aquello parecía real, como si la realidad estuviera a punto de saltar sobre ella.

Cada día le otorgaba el mismo mensaje, y cada día ella lo recibía con la misma confusión perpleja y la misma cautela reticente.

Estaba convencida de que aquellos k'chain che'malle no sentían nada de todo aquello. Sus pensamientos discurrían de un modo distinto al de ella. Todo para ellos era olor, sabor, pensamientos y sentimientos, la mismísima luz del sol, todo fluía en una multitud de corrientes. La existencia era un océano. Uno podía deslizarse por la superficie, pegado a los bajíos, o bien zambullirse en sus profundidades hasta que el cráneo le estallase de la presión.

Kalyth sabía que para ellos su gente era un pueblo tímido, atemorizados por el misterio de las profundidades insondables. Criaturas que buceaban en sus miedos, aterrados por la posibilidad de ahogarse en verdades de menos de una rodilla de profundidad.

Pero vuestra matrona quiere que os deslicéis por nuestros bajíos, que encontréis las vulnerabilidades de nuestro mundo. Que averigüéis qué hacemos para dominar esas vulnerabilidades. Necesitáis nuevas estrategias para sobrevivir, y lo que ansiáis es el secreto de nuestro éxito. Pero no lo entendéis, ¿verdad? Nuestro secreto es la aniquilación. Nosotros aniquilamos a todo y a todos hasta

que no queda nada, y entonces nos aniquilamos a nosotros mismos. Hasta nuestra propia desaparición.

Aquel era el prodigioso secreto. Bueno, ella se encargaría de mostrárselo, si tenía la oportunidad. Tras su gran lección de supervivencia, solo quedaría ella para oír el aullido clamoroso de los fantasmas que atormentasen su alma.

Sobre la espalda de Gunth Mach, un picor extraño recorría las manos de Kalyth. Diferentes destinos se aproximaban unos a otros. *Hallaré mis manos de fuego, y entonces te utilizaremos, Sag'Churok. A ti y a Gunth Mach y a todo tu pueblo. Te enseñaremos los horrores de este mundo moderno al que tanto ansiáis pertenecer.*

Pensó en su temido enemigo, los asesinos sin rostro de los k'chain che'malle. Reflexionó sobre aquella guerra genocida, y supuso que en esencia no era tan diferente de la guerra en la que los humanos llevaban enzarzados desde el albor de los tiempos. *Es la misma, pero también es diferente. Tiene un cariz... ingenuo*.

Al pensar en lo que se avecinaba, en lo que ella misma propiciaría...

Kalyth sintió una honda y enfermiza punzada.

De lástima.

Los recuerdos perduraban en una interminable línea que unía a cada madre con su hija. Así se perpetuaba la continua historia de la experiencia. Gunth Mach albergaba en su interior generaciones de vidas atrapadas en una sucesión de escenarios que dibujaban el inexorable colapso, decadencia y fracaso ulterior de la civilización. La idea era insoportable. Todo aquel saber suponía un grito interminable dentro de su alma.

Con el tiempo, todas las matronas se volvían locas: no había hija que adoptase aquella posición que consiguiese

soportar aquella avalancha. Los k’chain che’malle masculinos no tenían ni idea de aquello. Sus vidas estaban perfectamente delimitadas, los sabores de sí mismos eran bastos, truncados. Su lealtad inquebrantable se sustentaba en la ignorancia.

Gunth Mach había intentado romper aquella tradición con Sag’Churok, aunque supusiese profanar la soledad sacrosanta de las matronas. No le importaba lo más mínimo. Todo lo que se había hecho antes no había funcionado.

En su recuerdo albergaba la imagen de medio continente nivelado a golpes, alisado como un lago congelado, en el cual las ciudades se desparramaban a una escala que parecía exagerada incluso a ojos de un k’chain che’malle, como si la grandeza y la locura no fueran otra cosa que sinónimos. Cúpulas lo bastante grandes como para cubrir islas, torres retorcidas y chapiteles del tamaño de las púas en la espalda de un pez carnívoro dhenrabi. Edificios que eran una única habitación, tan altos que las nubes se agolpaban en su techo y los pájaros anidaban por miles, ajenos al hecho de estar dentro de una jaula. Recordaba cadenas montañosas cuidadas con el esmero de obras de arte, al menos hasta que se descubrió su valor como canteras para construir alcázares celestiales durante épocas de guerras civiles, hasta que aquellas montañas fueron excavadas hasta sus mismas entrañas. Recordaba contemplar a los ejércitos de colonos que formaban en columnas de una legua de ancho y más de veinte de largo, dispuestos a encontrar nuevas tierras que conquistar. Se recordaba a sí misma de pie, temblando a causa de su propio peso, ante cincuenta legiones de soldados ve’gath, cada uno con la fuerza de cinco mil guerreros, que marchaban a luchar contra los tarthenal tel akai. Y allí estaba ella también cuando regresaron, diezmados, dejando

un rastro de cadáveres que se extendía por todo el continente.

Recordaba los dolores de parto cuando dio a luz a las nah’ruk, y la agonía abrasadora al saber de su traición. Ciudades en llamas, muros de tres cuerpos de ancho en los vastos campos de batalla. Caos y terror en los nidos, los chillidos desesperados de los partos. Y la burla silenciosa de las olas cuando una matrona malherida liberó a todos sus huecos en la orilla con la esperanza enajenada de que su unión con el mar diera luz a una raza nueva, una que tuviera todas las virtudes y ninguno de los defectos.

Tantos recuerdos, y muchos más. Una huida a través de humo cegador y tinieblas... el tajo de las garras de un asesino. Una sentencia fría, repentina. La vida al escaparse, el bendito alivio del final. El cruel y amargo despertar de los sabores en la siguiente hija, puesto que no había recuerdo que se perdiese. Ninguno se perdía.

Los k’chain che’malle tenían una diosa. Tan inmortal y omnisciente como suelen serlo los dioses. El nombre de la diosa era Matrona mahybe del eterno aceite. Hacía mucho tiempo, aquel aceite había tenido tanto poder y volumen que solo cientos de matronas podían contenerlo.

Ahora solo quedaba una.

Ella recordaba el orgullo y el poder de lo que su gente fue en el pasado. Y las absurdas guerras llevadas a cabo solo para demostrar aquel orgullo, aquel poder, hasta que ambos resultaron totalmente erradicados. Ciudades arrasadas. La creación de las Tierras Yermas, que se extendieron por medio mundo.

Gunth Mach estaba segura de que Gu’Rull aún vivía. También sabía que el asesino shi’gal había sido su juez. Más allá de aquella aventura aguardaba el momento de la sucesión, en el que Acyl por fin sucumbiría a la muerte. ¿Sería Gunth Mach una digna sucesora? Eso lo decidiría el

shi’gal. Incluso los enemigos que se cernían sobre los Arraigados, que desataron una matanza en los corredores y las cámaras, no importarían lo más mínimo llegado el momento. Ella emergería entre la multitud aterrada, en busca de un lugar donde ocultarse, con tres asesinos tras sus talones.

No había sabor más dulce que la determinación de sobrevivir.

Cargaba con la destriant en su espalda, aquella mujer que apenas pesaba nada. Podía sentir la tensión en sus pequeños músculos, aquella frágil estructura ósea. Pero incluso un orthen sacaba los colmillos en sus últimos momentos de vida.

No podían permitirse fracasar en aquella búsqueda. Y sin embargo, para Gunth Mach, el fracaso era inevitable.

Ella sería la última matrona, y con su muerte también perecería la diosa de los k’chain che’malle. El aceite se secaría sobre el polvo, y todos los recuerdos se perderían.

Y estaba bien que así fuera.

Por los espíritus de la piedra, ¿qué ha pasado aquí?

Cetro Irkullas descabalgó despacio. Echó una mirada pavorosa al campo de batalla medio enterrado. Casi parecía que el suelo se había alzado para devorar tanto a los barghastianos como a los akrynnai. Cuerpos aplastados, extremidades rotas, rostros arrancados como si se los hubiera llevado una tormenta de arena. Otros parecían hinchados, la piel abierta en desagradables heridas, como si los hubieran cocinado desde dentro. Cuervos y buitres revoloteaban en una cacofonía de pura frustración. Arrancaban lo poco que quedaba sin enterrar, mientras que los guerreros akrynnai deambulaban por en medio del valle

enterrado e intentaban sacar de la tierra los cadáveres de su gente.

Irkullas supo que el cuerpo de su hija estaba aquí, en algún lugar. La misma idea le constreñía el estómago como un enfermizo nudo rezumante de veneno. Sentía las extremidades débiles, la garganta demasiado pequeña para que pasara el aire. No quería ni pensar en qué vería al cerrar los ojos y entregarse al sueño aquella noche, cuando la angustia y la desesperación llegasen a él en todo su horrendo esplendor. Pasaría la noche helado de frío bajo varias pieles, el pecho dolorido, la náusea sacudiendo su cuerpo, su respiración entrecortada y tensa, al borde mismo de la histeria.

Algo inesperado, desconocido, había irrumpido en aquella insignificante guerra. Era como si los espíritus de la misma tierra, de la roca, se hubiesen revuelto con furia y, quizá con repulsión. Como si hubiesen exigido paz por sí mismos. *Sí, esto es lo que los espíritus me han dicho, a través de este... de este horror. Están hartos de tanto derramamiento de sangre para nada*.

Tenemos que sellar la paz con los barghastianos.

Irkullas se sentía viejo. Derrotado.

Ayer mismo, la venganza tenía un cariz puro y resplandeciente. La retribución, tan afilada como un cuchillo de nuevo cuño. Habían sido cuatro victorias sucesivas en las cuatro batallas que habían librado. Los clanes de barghastianos se habían dispersado en su huida. El único clan que quedaba entero era el de los senan, el más grande, situado al sur. Su jefe era un barghastiano conocido como Onos Toolan. Tres de los ejércitos akrynnai convergían en aquel momento sobre aquel caudillo y su campamento.

Tenemos carromatos tan cargados de armas y armaduras barghastianas que sus ruedas chirrían del peso. Cofre tras cofre abarrotados de monedas extranjeras. Pilas de pieles

exóticas. Baratijas, joyería, alfombras de los mejores tejidos, ollas de calabaza y torpes cazuelas hechas en arcilla a medio templar. Todo lo que perteneció a los barghastianos es ahora nuestro. Lo único que ha desaparecido son los cuerpos que poseyeron tantos enseres, exceptuando un puñado de prisioneros destrozados.

Somos el museo ambulante de un pueblo al borde de la extinción.

Y aun así, solicitaré la paz.

A buen seguro sus oficiales pondrían mala cara cuando se enterasen. Pensarían que no era más que un viejo con el corazón roto. Y tendrían toda la razón. Aceptarían de mala gana sus órdenes, aunque aquella sería la última vez que lo hicieran. Una vez que volvieran a casa, todo el mundo vería al Cetro Irkullas como un «líder en el ocaso gris». Un hombre cuyos ojos estarían exentos de la luz del futuro. Un hombre a la espera de la muerte que nos sobreviene a todos. Todo aquello que tememos nos acaba sobreviniendo.

Gafalk, que había sido parte del escuadrón de avanzadilla, se acercó al galope y frenó junto al caballo del Cetro con un golpe de rienda. El guerrero descabalgó y se detuvo delante de Irkullas.

—Cetro, hemos cubierto la cresta oeste del valle, o al menos lo que queda de ella. El viejo Yara —añadió, refiriéndose al portavoz de los prisioneros barghastianos— dice que en cierta ocasión combatió a las puertas de un lugar llamado el Gato Tuerto. Dice que los cráteres le recuerdan a algo llamado municiones moranthianas, pero no a los agujeros que crean estas municiones cuando los moranthianos las lanzan desde el cielo, sino como cuando los malazanos las usan. Ellos las entierran en el suelo y las disponen de manera que exploten todas a la vez, de manera que la misma tierra sale por los aires. Una especie de mortero. Ellos los denominan «malditos».

—Sabemos que hay un ejército malazano en Lether —musitó Irkullas, y negó con la cabeza—. Dame una sola razón para que estén ahí. ¿Por qué habrían de unirse a una guerra que no han iniciado ellos? Acabar con los akrynnai y los barghastianos…

—Los barghastianos y los malazanos han estado enfrentados en el pasado, Cetro. O al menos eso afirma Yara.

—Y sin embargo, ¿han visto nuestros exploradores alguna de sus tropas? ¿Hay algún rastro que lleve hasta ese lugar? La respuesta es no. ¿Acaso estos malazanos son fantasmas, Gafalk?

El guerrero abrió las manos en un ademán que era puro desamparo.

—En ese caso, dime, Cetro: ¿cuál ha sido la causa de este desastre?

La ira de los dioses.

—Hechicería.

Algo aleteó en los ojos de Gafalk.

—Letherii…

—Precisamente. Les encantaría ver cómo los akrynnai y los barghastianos se destruyen entre ellos.

—Se dice que los malazanos acabaron con casi todos sus magos, Cetro. Y su nueva ceda es un viejo que además es canciller. No parece la opción adecuada para comandar un ejército.

Irkullas negaba con la cabeza ante sus propias sugerencias.

—Ni siquiera un ceda letherii sería capaz de ocultar un ejército entero. Tu escepticismo está fundado, Gafalk.

Aquella conversación estaba condenada a seguir dando vueltas en círculos y acabar devorando su propia cola. Irkullas pasó junto al guerrero y volvió a abarcar el valle destruido con la mirada.

—Desentierra a todos los guerreros que puedas de aquí a esta noche. Lo que no esté desenterrado para entonces se lo quedará la tierra. Mantendremos la noche a raya con la pira de nuestros caídos. Yo habré de guardar vigilia.

—Como digáis, Cetro.

El guerrero regresó a su caballo.

Vigilia, sí. Eso será lo más adecuado. Una noche sin dormir. Que las llamas contuvieran el sufrimiento que le devoraba el alma.

Decidió que lo mejor sería morir antes de volver a casa. Quizás algún tío o primo podría interpretar el papel de oso cuando jugase con sus nietos. Que se encargase otro, fuera quien fuera. Lo mejor sería que no tuviera oportunidad de dormir hasta el mismo instante de su muerte.

A lo mejor podría librar un último combate. ¿Un ataque contra el campamento de los senan, quizá? Los mataría a todos y luego podría morir yo. Me desangraría sobre el barro rojo. Una vez muerto, podría hacer las paces... con sus fantasmas. No vale la pena seguir con esta estupidez, esta maldita guerra sobre estas cenicientas planicies de muerte.

Querida hija, tu alma no vagará sola por mucho tiempo más, te lo juro. Encontraré tu espíritu y te protegeré hasta el fin de los tiempos. Esa será la penitencia por mi fracaso, y también la prueba de mi amor.

Miró alrededor, como si pudiera ver su espíritu en la luz menguante del día, un espectro de ojos incrédulos y el rostro manchado de barro. O quizás ojos con la paciencia de los que han sido liberados para siempre. Liberados de todo esto. Los que se encuentran al otro lado, donde no hay enfermedades que te devoren por dentro, donde los cuerpos no se estropean ni se pudren, donde uno no se dobla ante los cantos de sirena de cada dolor y cada punzada.

¡*Espíritus de la piedra, otorgadme la paz*!

El ejército de Maral Eb se había doblado a medida que los supervivientes de los demás campamentos destruidos fueron llegando de todas direcciones. Aparecían con el rostro pintado de vergüenza por haber sobrevivido a esposas, maridos e hijos que habían perecido bajo el hierro de los arteros akrynnai. Muchos llegaban sin armas, les habían esquilado las corazas, lo cual demostraba que los habían guiado, que habían huido en oleadas de cobardía. Era sabido que las corrientes de sudor frío eran comunes entre los más avezados guerreros en medio de la batalla, incluso entre los barghastianos. Dichas corrientes eran capaces de convertirse en un maremoto capaz de ahogar cualquier raciocinio, en el que la necesidad de escapar abrumaba conceptos como el deber y el honor. Esas corrientes dejaban supervivientes con el rostro hinchado y gris, hediondo de pura culpabilidad.

Sin embargo, las continuas nuevas sobre las derrotas que habían sufrido habían enseñado a Maral Eb a no juzgar a aquellos refugiados de ojillos aterrados. Comprendía a la perfección que iba a necesitar cualquier guerrero con el que pudiese contar, aunque Bakal bien sabía que, una vez ahogados en las aguas de pánico, aquellos guerreros estaban rotos por dentro. Aún peor, aquel terror que los había empujado a huir podía volver en el mismo momento en que la balanza de la batalla se tambalease en su base. Si regresaba su pánico en plena lucha y llegaba a contagiarse a los demás soldados, aquello bien podía suponer su perdición.

Los senan no habían pronunciado palabra. Al parecer, hasta ahora los akrynnai no habían atacado el clan de Bakal. Quedaba poco para que Maral Eb reclamase para sí mismo el

control del ejército de los senan. Entonces los guiaría en gloriosa lid contra el traicionero Cetro Irkullas.

Por la multitud de guerreros campaba un millar de maldiciones. Ahora era evidente que los akryn llevaban tiempo planeando esta guerra, enviando un goteo constante de mercaderes y espías, avanzando poco a poco hasta el momento perfecto para la traición. ¿De qué otra manera habría sido capaz Cetro de convocar tamañas fuerzas con semejante rapidez? Todos los refugiados coincidían en que el enemigo contaba con decenas de miles de soldados.

Bakal prestaba oídos sordos a aquellas noticias. Esta era precisamente la guerra que Onos Toolan quería evitar, una guerra equivocada. Maral Eb caminaba ahora flanqueado por sus dos hermanos. A su alrededor se extendía una multitud de idiotas engreídos que competían a ver a quién se le ocurría la mejor manera de regalarle los oídos a su nuevo caudillo y sus dos ojerosos y homicidas hermanos.

Las culpas se repartían como flechas erráticas. Una vez muerto, Onos Toolan ya no resultaba una diana tan útil, aunque aún quedaba algún residuo de reproche solo para él. Asimismo, había puñados de mierda para cualquier posible rival entre los senan. Ahora le tocaba el turno a los akrynnai: Irkullas y sus mentiras, sus traiciones y sus jinetes espías.

Aquel ejército parecía determinado a arder en las llamas de la justa furia de las víctimas inocentes antes incluso de llegar al campamento senan.

—*Sea lo que sea necesario* —había dicho Strahl en la pausa del mediodía—. *Las mentiras dejan de serlo cuando las cree el número suficiente de gente, Bakal. Entonces resplandecen con el fulgor de las verdades eternas, y pobre del desdichado que intente mear sobre ellas para apagarlas. Terminará hecho pedazos*.

Las palabras de Strahl sonaban sensatas, un repiqueteo claro en el yunque de la verdad que hacía que la repulsión

de Bakal lo mordiese por dentro en un vano intento de salir de su cuerpo. Aquel dolor casi competía con el de su maltrecho y apenas recompuesto codo, de modo que cabalgaba en una postura extraña, medio doblado sobre sí mismo. Sin embargo, nada podía derribar la culpa y el desprecio por sí mismo que atenazaba su alma. *Asesino de Onos Toolan*. *Lo había matado de un golpe tan fiero que se había roto su propio brazo. ¡Miradlo todos, amigos! ¡Contemplad un auténtico barghastiano de rostro blanco*! Algo parecido había oído de entre los amigotes de Maral Eb. A su espalda se tambaleaban sus compañeros senan, que en nada se parecían a la imagen de triunfantes asesinos de Onos Toolan que pretendían aparentar. Silenciosos y descompuestos como porteadores de un ataúd en un funeral. *Porque todos nosotros compartimos su crimen. Nos obligó a matarlo para salvar nuestras vidas. Nos convirtió en unos cobardes. A mí, a mí me convirtió en un cobarde*.

Bakal se sentía como un viejo. Cada vez que su mirada se topaba con aquellas anchas espaldas dispuestas como pájaros robahuesos al frente del rastro, sentía que una nueva piedra al rojo vivo se hundía en el caldero de su vergüenza. Un guiso que pronto alcanzaría su ebullición y herviría hasta dejar el caldero renegrido y seco. Tanto, tanto vapor inservible.

¿Qué harás con mi pueblo, Maral Eb? Cuando Irkullas nos vuelva a destrozar, ¿adónde huiremos? Necesitaba pensar. Necesitaba encontrar una escapatoria a todo aquello. ¿Serían capaces él y sus guerreros de convencer al resto del clan para que rechazase a Maral Eb? ¿Que se negasen a participar en aquella guerra suicida? Bakal, todo dientes rechinantes, empezaba a entender las pesadas cargas bajo las que Onos Toolan había tenido que llevar a cabo sus tareas. La imposibilidad que suponía conseguir ciertas cosas.

La verdadera guerra la luchamos contra la estupidez. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Bueno, esa pregunta es fácil de responder: yo mismo he sido de los más estúpidos de todos. Y aun así, Onos Toolan, te plantaste frente a mí y me miraste a los ojos, me otorgaste aquello que no merezco.

Y mírame ahora. Cuando Maral Eb esté frente a mí... su misma visión se me atraganta. Ese donaire triunfante, esa sonrisilla, los ojos embriagados. Estoy listo para vomitarle en plena cara, y probablemente lo haría sin remedio si me quedase un resquicio de comida en el estómago.

Onos Toolan, deberías habernos matado. A todos y cada uno de los guerreros que trajiste contigo. Debiste acabar con los estúpidos como yo; no, debiste acabar con todos. En lugar de eso, nos entregaste el perfecto legado de nuestra imbecilidad. Maral Eb. Exactamente el líder que nos merecemos.

Nos acabará matando a todos. Será nuestra recompensa por haber depositado nuestra fe en quien no debíamos.

Bakal enseñó los dientes hasta que el viento los secó como piedras asadas al sol. No haría nada en absoluto. Estaba dispuesto a desafiar incluso a Strahl y a sus compañeros aquí mismo. Por fin se haría justicia, un océano de justicia que alimentase aquel famélico suelo. Al menos mientras Bakal no hiciera o dijera nada.

Guíanos, Maral Eb. Acabas de convertirte en la vara de medir de Tool y su verdad. Eres la advertencia que rehusamos oír. Así que, guerrero imass, habrás de tener tu venganza a fin de cuentas.

Strahl, a su lado, habló:

—Amigo mío, he visto sonreír a los guerreros que estaba a punto de asesinar, a los valientes que se enfrentaban a la muerte sin doblegarse. En ellas había desdén, como si me dijesen: haz lo que tengas que hacer. Hendirás mi carne, me

quitarás la vida, pero mi alma te está vetada. Incrusta tu acero, guerrero. La broma definitiva es a tu costa.

Lanzó una risa que era más bien un gañido.

—Y es verdad, porque todo es una broma, una que no entenderé hasta que yo mismo me encuentre en su lugar, frente a mi propia muerte.

—Para eso —dijo Bakal—, habrás de esperar.

Pero no por mucho tiempo. Y cuando llegue la hora, yo también me reiré de esa perfecta broma.

Aquel sitio pertenecía a Stolmen, pero era su esposa quien avanzaba al frente de la columna gadra. Era a Sekara la Vil a quien informaban los exploradores a lo largo de la marcha hasta el campamento senan, que ahora se encontraba a menos de media legua de distancia.

Un fruncimiento ensombrecía el rostro de su marido, que avanzaba con dificultad a tres pasos de ella. Su expresión, sin embargo, no respondía a una suerte de furia ofendida. El origen de su rabia se encontraba más en el miedo y la confusión, el sufrimiento confuso de un hombre con pocas luces.

Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez. Le estaban ocultando detalles esenciales. No entendía qué pasaba, y eso lo asustaba. Estaba en su derecho a tener miedo. Sekara empezaba a comprender que su inutilidad se acercaba a su fin. Por supuesto que había ventajas en gobernar a través de él, en caso de que la oportunidad se presentase tras la inminente lucha entre diferentes fuerzas. Sin embargo, era mucho mejor un marido que comprendiese su mera función de titular, si es que un marido era en absoluto necesario, teniendo en cuenta que ya había habido muchas mujeres caudillo. Aunque la verdad era que aquellas

mujeres siempre habían sido guerreras, con el estatus de compañeras expertas.

Sekara había tomado parte en muchas batallas, por supuesto, pero en su propio estilo. Había participado en estados de sitio, pero a tiendas y yurtas. Había derramado sangre, pero lo había hecho bajo pieles y mantas en la armadura de la noche. Había clavado cuchillos, tanto figurados como reales, en los corazones de incontables amantes. Había desplegado precisas emboscadas sin el menor atisbo de piedad, corriendo riesgos aparentemente insuperables. Su lista de triunfos era casi interminable, aunque pocos la tomarían en consideración. Ellos apreciaban la gloria en medidas anticuadas, lo cual había demostrado ser el mayor de los obstáculos en el camino ascendente de Sekara.

Por ahora, necesitaba colocar a un hombre delante de sí. No es que engañase a nadie, pero mientras las cosas se hicieran con aparente propiedad, nadie pondría pegas.

Varios desafíos la aguardaban en el camino. Stolmen no estaba listo para ser el caudillo de los rostros blancos, al menos en los prolegómenos de una cruenta guerra. Por el momento, la mayor necesidad era asegurarse de la supervivencia de los barghastianos, lo cual requería un comandante competente. Alguien ducho en tácticas y cosas por el estilo. Alguien henchido de ambición, ansioso por ascender en el escalafón aunque eso supusiese llegar sin aliento y desaparecer con la misma rapidez, sin tiempo a desgastarse, a entender los endebles apoyos que lo habían aupado o las arteras trampas que esperarían a su primer paso en falso.

Sekara había ponderado a diferentes candidatos durante largo tiempo. Tenía que admitir que no estaba del todo contenta con su elección definitiva, pero la suerte ya estaba echada. En su primer encuentro secreto, antes del

tumultuoso encuentro de caudillos en ciernes, Maral Eb le había parecido perfecto. Su desdén hacia Onos Toolan le llenaba de un odio que ella podía alimentar hasta convertirlo en una suerte de locura enfebrecida. Aquello no resultaba en absoluto difícil, y menos aún al comprobar sorprendida la disposición casi cómica de Maral Eb para doblegarse a sus intentos conspiradores. Era como un cachorrito deseoso de lamer lo que quiera que ella le ofreciese.

Maral Eb había estado solo, lo cual quizá la había vuelto descuidada. No había considerado ni por un instante a sus dos hermanos.

Cuando estaban juntos, los tres eran difíciles de manejar. De hecho, resultaba casi imposible. Sekara estaba segura de que perdería su oportunidad si les permitía consolidar su dominio una vez acabada la guerra. De hecho, estaba segura de que Maral Eb la mandaría matar para silenciar todo lo que sabía.

En fin, estaba claro que sus hermanos tendrían que morir. En batalla, por supuesto, quizás atravesados por una flecha perdida. Según había oído, esas cosas pasaban constantemente. O quizá por una comida echada a perder, no muy bien curada, que les causase una fiebre repentina, convulsiones, y por fin hiciese estallar su corazón. O un encuentro amoroso que se torciese, algún esposo celoso. Acusaciones de violación, juicio por vergüenza y una condena a ser castrados. Ah, las posibilidades eran ingentes.

Pero, de momento, todas aquellas delicias tendrían que esperar. Primero había que derrotar a los akrynnai, o al menos había que obligarlos a retroceder. Les aguardaba una última batalla, y en aquella ocasión Cetro Irkullas se enfrentaría a la fuerza combinada de los clanes senan, barahn y gadra.

Hacía tres días, dos exploradores Bahran le habían traído increíbles noticias del asesinato de Onos Toolan. Los gadra ya marchaban. Sekara se había asegurado de que su gente, a pesar de ser un clan pequeño, aislado y peligrosamente cercano a las tierras akrynnai, no aguardase la llegada de miles de airados jinetes akrynnai. En lugar de eso, Stolmen había anunciado que levantaban el campamento y que se dirigirían lo más rápido posible a encontrarse con los senan, casi tan rápido como las noticias de la propia guerra.

Desde entonces los exploradores gadra habían atisbado al menos en dos ocasiones a jinetes que los observaban en la lejanía, aunque poco más que eso. En vista del continuo goteo de refugiados de otros clanes, al menos media docena de batallas habían sacudido a los barghastianos. Por eso era tan preocupante la repentina timidez de los akrynnai a la hora de hostigarlos. A no ser que se estuvieran preparando para un último y definitivo ataque, hasta el punto de dejar que los gadra los fueran llevando con un trotecillo de bestia.

Stolmen se lamentaba de que sus soldados estaban demasiado agotados para presentar batalla. La constante vigilancia les tenía los nervios tensos y destrozados, por no mencionar la constante sensación de vulnerabilidad. A fin de cuentas, no eran más que un clan pequeño. No tenía mucho sentido que Cetro les permitiese alcanzar a los senan. A estas alturas las hordas akrynnai deberían haberlos barrido de la faz de la tierra.

Pero bueno, que Maral Eb se preocupase de esos menesteres. Aquella misma mañana, Sekara había enviado a una avanzadilla en dirección a los senan. Onos Toolan estaba muerto, pero su esposa seguía con vida, así como sus hijos, sus parientes y demás. Había llegado la hora de que los senan llevasen a cabo la venganza que tanto tiempo habían aplazado.

La luz del día menguaba. A pesar de las arengas impacientes que habían lanzado a su clan, no era seguro que consiguiesen alcanzar a los senan antes de la medianoche.

Para entonces, toda sangre derramada estaría tan fría como la tierra sobre la que reposase.

Stavi hizo una mueca.

—Tiene un nombre secreto —dijo—. Un nombre imass.

El entrecejo de Storii se frunció al contemplar al bebé que jugaba entre el barro. Se agitó sobre la piedra en la que se sentaba.

—Pero no podemos averiguarlo, ¿no? O sea, el bebé tampoco sabe ese nombre. ¿Cómo podría saberlo? Aún no es capaz de hablar.

—¡Por supuesto que es capaz! Yo le he oído.

—Lo que dice es bla bla bla bla, y nada más. No creo que eso sea un nombre imass.

Stavi se retorció los bucles que formaban su cabello, sin prestar la menor atención a los insectos que revoloteaban alrededor de su cabeza.

—Pero, he oído a padre decir…

Storii levantó de pronto la cabeza y le lanzó una mirada acusadora:

—¿Cuándo? ¿Te has escabullido para estar con él… sin mí? ¡Lo sabía!

—Estabas ocupada haciendo tus necesidades. —Stavi arrugó la cara—. Además, padre no hablaba conmigo. Hablaba consigo mismo. A lo mejor estaba rezando.

—Padre no reza nunca.

—Y entonces, ¿con quién iba a estar hablando, si no con uno de esos dioses imass de cinco cabezas?

—¿Y con qué cabeza?

—¿Qué?

—Que con cuál de las cabezas hablaría.

—¡Y yo qué sé! Con la que le prestase atención. Tenía orejas al final de una especie de tallos que se movían. De ella brotó un ojo, y luego se lo volvió a tragar.

Storii bajó de un salto de la piedra.

—¡Se lo tragó para que padre se asomase al agujero del ojo!

—Los dioses sí que saben adónde apuntar con el agujero.

Storii soltó una risita de ardilla.

El pequeñajo cubierto de mugre la miró desde el suelo, con los ojos como platos. Entonces sonrió y dijo:

—¡Bla bla bla bla bla!

—¡Ese es el nombre del dios!

—Pero, ¿de cuál de las cabezas?

—De la que tiene caca en las orejas, por supuesto. A ver, escúchame: si conseguimos averiguar el nombre secreto del peque, podríamos maldecirle por siempre jamás.

—¡Eso es lo que yo decía! ¿Y qué maldición le lanzamos?

—Una que sea buena. Que solo pueda caminar con las manos. Que tenga que decir bla bla bla al principio de cada frase, ¡incluso cuando tenga veinte años! O incluso más viejo.

—Veinte años es muy viejo. Un viejo pellejo. A ver si se nos ocurren más maldiciones.

En el suelo, ajeno a todo lo que discurría a su alrededor, el hijo de Onos Toolan trazaba arabescos en el polvo con la punta de un dedito. Trazaba cuatro garabatos en algún patrón concreto, que luego repetía y repetía hasta que quedaba a su gusto. La noche caía, brotaban las sombras de las piedras, sombras que también eran parte de aquellos patrones.

Los imass no tenían una lengua escrita. En su interior había algo mucho más antiguo. Algo líquido. Una mancha en la piel. Se trataba de una magia que surgía de sombras que ningún cuerpo dibujaba. Al menos ningún cuerpo tangible. Era el don de la discordia, de la ilusión de las cosas antinaturales que se escurrían dentro del mundo real. Era una causa en busca de su consecuencia. Cuando el sol abandonaba el cielo, en su lugar surgía una suerte de fuego, un fuego que era el creador de aquellas sombras. El que revela secretos.

El niño tenía un nombre secreto, un nombre escrito en los esquivos y efímeros jugueteos entre la luz y las sombras. Una cosa que podía aparecer y desaparecer con un crepitar de llamas, o incluso ahora, en el momento del ocaso, cuando el aire mismo se deshacía en un polvo arenoso.

Absi Kire, un nombre elegido por un padre de pronto iluminado por un rayo de esperanza más allá de la muerte de sus esperanzas de juventud. Era un nombre que requería una cierta cantidad de fe, ahora que la fe había abandonado el mundo de los hombres. Un nombre que susurraba como un viento frío que surgiese de la Caverna del Gusano. Absi Kire. Un nombre de aliento seco, de ojos anhelantes que habían olvidado cómo cerrarse. Había nacido del amor, pero su llanto era desesperado.

Arabescos en el polvo que se deshacían en una penumbra sin forma.

Absi Kire. Promesa de otoño.

Storii desechó la lista de maldiciones, ya demasiado larga, con un gesto de la mano. Sacudió la cabeza.

—Han llegado noticias.

Stavi asintió y agarró al bebé del suelo. Este se resistió, echó la cabeza hacia atrás hasta apretarla contra el pecho

de la chica. Ella le sopló en la parte superior de su cabeza ligeramente alargada. El bebé se calmó al instante.

—Se oyen voces encendidas.

—Encendidas, pero no contentas.

—No —concordó Stavi, y volvió la mirada al campamento, justo detrás de un terraplén de rocas amontonadas. El resplandor de las hogueras se distinguía bajo los penachos de humo de leña.

—Deberíamos volver.

Hetan soltó una maldición entre dientes. Las dos niñas habían vuelto a llevarse a su medio hermano, y nadie las había visto. Cuando se perdían de vista, un profundo pozo de soledad abría sus fauces bajo sus pies, y casi podía sentir el impulso que la llevaba a lanzarse al interior y caer, caer y caer. Tantísima oscuridad, y tan poca esperanza de que la caída acabase en un piadoso montón de huesos rotos, la súbita dicha del olvido.

Sin sus hijos, Hetan no era nada. No le quedaba más que sentarse, inmóvil, y dejar que su mente vagase dentro de su cabeza, los ojos alelados y el cuerpo mecido por un balanceo estúpido como un perro al que le hubieran dado una coz. Mucho podía jadear y arañar, pero no había escapatoria. El futuro se desvanecía sin sus hijos como una polilla que se zambullese en una hoguera. Parpadeó para espantar la súbita niebla que emborronaba su visión. Juntó las manos y sus uñas empezaron a rascar las pequeñas costras alrededor de la punta de sus dedos, diminutos trozos de piel que caían a sus pies tras la última vez que la poseyó aquel ansia.

Se quedó paralizada en el sitio, hundida en una ausencia sin final.

¿Otro cuenco de yerbalmagre? ¿Un poco de durhang? ¿Quizás un brote de d’bayang? ¿Cerveza d’ras? Todas ellas

comportaban demasiado esfuerzo. Le bastaba con sentarse en perfecta inmovilidad y el tiempo se desvanecía.

Al menos hasta que las niñas volvieron a traer al bebé. Hasta que vio a las gemelas, sonrientes pero al mismo tiempo inquietas y preocupadas. El pequeño se retorcía en el brazo de una de las niñas e intentaba alcanzar a Hetan. Cuando veía aquellas manitas extrañamente alargadas y anchas con sus deditos rechonchos y ansiosos, dentro de ella surgía un aullido que se elevaba desde lo más profundo de las fauces negras del pozo y ascendía como un meteorito que regresase a los cielos. Indefectiblemente, Hetan lo apresaba en uno de sus abrazos efusivos y capaces de ahogarlo, mientras dentro de ella destellaban chispas de pura desesperación que la obligaban a regresar a la vida.

Al final de aquellos deditos se extendían cuerdas que tiraban de ella, que la obligaban a moverse.

Y ella aullaba y aullaba.

A la entrada de la tienda se oyeron pasos pesados y raudos. Voces, algunos gritos. Alguien acababa de entrar corriendo en el campamento. El mensaje fue entregado, y era bien sencillo: *ha muerto*.

¿Cómo podía la imaginación siquiera alcanzar las maravillas de la realidad? Aquel paisaje quebrado y mortal se extendía por todas partes, pero la visión se encogía a medida que la luz del sol desaparecía. Sin embargo, la transformación la llevaba a cabo algo más que la oscuridad. Por doquier brotaban cúpulas de piedra cubiertas de liquen y musgo. Árboles diminutos se elevaban a la altura de las pantorrillas, troncos retorcidos y ramas trémulas con las últimas hojas del otoño, como capas de piel ennegrecida y arrancada. Un viento ártico y amargo soplaba del noroeste, heraldo de la pronta llegada del invierno.

Cafal y Setoc corrían por este nuevo mundo. El aire frígido mordía sus pulmones, y sin embargo era más sabroso y dulce que cualquier otro que hubieran respirado en su propia tierra, en su propio tiempo. ¿Cómo describir el rumor de un millón de lobos que corrían por la tierra? El ruido reverberaba en la cabeza de Cafal con la inmensidad del océano. Las garras almohadilladas tenían una cadencia y un tono muy distinto del de los cascos herrados. La caricia de la pelambrera con el movimiento de aquellos hombros causaba un susurro agitado. El calor que surgía de sus cuerpos era denso como la niebla, mareaba el olor animal. Era el olor de un mundo sin ciudades, forjas, braseros de carbón, sin campos de batalla, tiendas de campaña llenas de residuos, sin sudor humano ni perfumes, sin el humo de la yerbalmagre y el durhang, sin el polvo de la destrucción frenética.

Lobos. Antes de que los humanos les declarasen la guerra, antes de su campaña de masacres milenarias. Antes de que las tierras se vaciaran de ellos.

Casi podía verlos. Cada sentido era más vívido en aquellas criaturas, exceptuando la vista. Los llevaban a él y a Setoc como en una ola fantasmagórica.

Lo que había desaparecido, ahora volvía. Toda aquella historia antigua ahora buscaba un nuevo hogar.

Pero no habrían de encontrarlo entre el pueblo de Cafal. No comprendía por qué Setoc los guiaba hacia los barghastianos. Podía oírla cantar, pero las palabras que usaba pertenecían a otro idioma. Su tono estaba extrañamente tirante, como si fuerzas enfrentadas convergieran en él. Curiosidad y cautela, conciliación y terror. Cafal casi podía ver el brillo en aquellos ojos bestiales cuando atisbaron los primeros humanos en la lejanía. ¿Traían aquellos bípedos desconocidos la promesa de una amistad? ¿De cooperación? ¿El reconocimiento de una hermandad?

Sí, la respuesta era sí. Pero una hermandad en la que no reinaba la paz, sino una en la que imperaba el engaño, la traición, la crueldad, una negra malicia.

Los lobos eran demasiado inocentes. No tenían la menor oportunidad.

Alejaos de los barghastianos, por favor. Os lo ruego.

Sin embargo, aquella petición le sonaba vacía incluso al propio Cafal. Los necesitaba, necesitaba aquella veloz travesía. La noche ya había caído. Se levantaba un viento que habría de avivar las antorchas y las hogueras del campamento de los senan. La lluvia empezó a caer con fuerza, rayos lejanos incendiaban el horizonte.

Ojos que brillaban, hierro que lamía las tinieblas.

Los dioses le mostraban lo que se acercaba.

Y supo que no llegaría a tiempo. Porque, como todo el mundo sabía, los dioses de los barghastianos eran dioses bastardos.

Sathand Gril se alejó de la luz de las hogueras, con el corazón al galope de pura ansiedad. Había presenciado la furtiva huida de los niños hacia las colinas destrozadas al nordeste del campamento mientras el sol aún levantaba un palmo sobre el horizonte. Espiar a aquellas horribles criaturas había sido su única responsabilidad en las últimas semanas, pero todo había valido la pena por llegar a aquel momento, a aquella recompensa.

Había matado al perro del chico, y ahora iba a matar al propio chico. Iba a hundir el cuchillo en su barriga con una mano tapando su boca para ahogar sus chillidos. Luego cogería una piedra grande para quebrarle el cráneo y destrozarle la cara, porque nadie quería ver la cara de un niño muerto, especialmente uno que hubiera muerto entre horribles dolores. Él mismo no tenía el menor deseo de asomarse a los ojos entrecerrados y ciegos de un niño, ojos huecos y yertos en la ausencia del alma.

No, lo que haría sería destruir a aquel niño por completo, y luego lo lanzaría por un desfiladero. A las gemelas les haría algo mucho más creativo. Les rompería las piernas. Luego les ataría las manos. Las desangraría a ambas, pero sin crueldad. A fin de cuentas, Sathand no era uno de esos asesinos ansiosos por violar. Ni mujeres ni niños. Aunque sí que les regalaría su semilla, para que se la llevasen a los dioses.

Aquella noche asesina era para los barghastianos. Aquella noche se enmendaban las afrentas. Llegaba el final del linaje del usurpador, la erradicación de la vergüenza de Hetan. Onos Toolan no pertenecía a los clanes rostro blanco. Ni siquiera era barghastiano. Pero tanto daba ya. El mensaje había sido entregado: Onos Toolan estaba muerto. Lo había matado Bakal, que se había roto su propio brazo a causa de la fuerza con la que había clavado el cuchillo en el corazón del caudillo. Se avecinaba una lucha por el poder. Bien sabía Sathand Gril que Sekara había decidido apoyar a Maral Eb, el caudillo barahn. Aun así, a ojos de Sathand, y de muchos otros senan, Bakal también estaba en posición de reclamar el mando. A él sí que lo respaldaría Sathand, aunque eso supondría más sangre derramada antes de que las cosas se calmaran. Eso lo entendían casi todos. Sekara la Vil y el idiota de su marido, Stolmen. Maral Eb y los degenerados de sus hermanos. El nuevo caudillo habría de ser senan. Ningún otro clan era tan poderoso, ni siquiera los barahn. Había que actuar deprisa. El maldito ejército de los akrynnai se acercaba cada vez más. Sathand Gril avanzó a tientas en las tinieblas. Las dos niñatas deberían haber regresado ya con el bebé. Ni siquiera ellas eran tan estúpidas como para quedarse a la intemperie tras el ocaso, con lobos hambrientos y saqueadores akrynnai en las inmediaciones. Así que, ¿por dónde andarían?

Alguien gritó en el campamento a su espalda. Ya había empezado.

Tres mujeres entraron en la tienda. Hetan las conocía a todas. Las vio abalanzarse sobre ella, y de pronto todo se le apareció con claridad cristalina, todo perfectamente entendible. Toda incógnita se desvaneció como un velo de humo bajo una racha de viento. *Voy a reunirme contigo, esposo*. Hetan echó mano de su cuchillo, pero sus dedos solo encontraron la vaina en su cintura. Sus ojos volaron hacia la mesa de piedra donde descansaban los restos de su última comida; allí estaba el cuchillo. Hetan intentó lanzarse a por el arma.

No tuvo tiempo de alcanzarla. Una rodilla se estrelló contra su mandíbula. Su cabeza dio un latigazo, salpicaron hilos de sangre. Unas manos apresaron sus muñecas, la voltearon y la aplastaron contra el suelo.

Varios puños le aporrearon la cara. Explosiones de luz tras sus párpados. De pronto se encontró aturdida, demasiado débil para presentar la menor resistencia, solo acertó a hacerse una bola sobre su estómago. Correas de cuero crudo le ataron las manos a la espalda. Unos dedos le agarraron un mechón de pelo y levantaron su cabeza de un tirón.

El aliento agrio de Balamit le bañó el rostro.

—No te va a resultar tan fácil, zorra. Yacerías con un perro si accediese a besarte. ¡Así vivas un centenar de años!

La tiraron bocarriba y la levantaron en el aire. Las uñas de Jayviss se le clavaban en la piel de los brazos.

Hega. La gorda y rastrera Hega fue quien descargó el hacha.

Hetan chilló con todas sus fuerzas. El hacha le cortó la mitad delantera de su pie derecho. La pierna soltó un chorro

de sangre en pleno espasmo. Ella intentó apartar la otra, pero el pomo del hacha se estrelló contra su rodilla y la dejó insensible. El hacha volvió a descender.

El dolor la recorrió como una marea negra. Balamit soltó una risita. Hetan se desmayó.

Kris, cuya sobrina se había desposado con un guerrero gadra y ahora aguardaba un retoño, contempló cómo las perras de Sekara arrastraban a Hetan fuera de la tienda. Aquella ramera estaba inconsciente. Sus pies mutilados dejaron dos rastros húmedos que parecieron resplandecer bajo los relámpagos que rasgaban la noche.

La llevaron a rastras hasta la hoguera más cercana. La pequeña Yedin calentaba un cuchillo a las brasas; cuando lo extrajo, la hoja había adquirido un tono pálido. La carne del muñón izquierdo de Hetan siseó y burbujeó al contacto con la parte plana del cuchillo. El cuerpo de la mujer se convulsionó, una ráfaga de dolor le abrió los ojos. Un nuevo chillido rasgó la noche.

La pequeña Yedin, que apenas contaba nueve años, la contempló con los ojos muy abiertos. Una de las perras de Sekara chasqueó los dedos y Yedin pasó la hoja al otro pie de Hetan. La carne del muñón se abrasó y la herida se cerró.

Krin se abrió paso a codazos al ver que Hetan ponía los ojos en blanco y dejaba caer la cabeza.

—Despiértala, Hega. Me toca a mí.

Su hermana le mostró una mueca. Todavía blandía el hacha entre las manos.

—¿Tu hijo?

Krin apartó la mirada con repulsión. Helga le doblaba la edad. El chico asintió con la cabeza y dijo:

—Es la noche perfecta para hacerlo.

—¡Un regalo para la viuda! —canturreó Hega.

Jayviss trajo un cubo de agua y lo vació sobre la cara hinchada de Hetan.

Ella escupió entre toses.

Krin se aproximó con cuidado a ella, encantado de ver cuánta gente se había acercado a mirar, y de que los hombres discutieran ahora mismo a quién le tocaría cuando él hubiera terminado.

—Sujetadle los brazos —dijo—, al menos durante la primera docena o así. Luego no será necesario.

Era cierto; no había barghastiana que resistiese más allá. En unos pocos días, una mera mirada bastaría para que Hetan se derrumbara sobre manos y pies, con la espalda preparada.

—Quizás aguante hasta las dos docenas —señaló alguien en la multitud—. Al fin y al cabo Hetan era una guerrera.

Hega dio un paso al frente y le propinó a Hetan una patada en las costillas. De sus labios escaparon varios esputos cuando dijo en un gruñido.

—¿Qué es un guerrero sin un arma? Bah, en no más de cinco estará lamiéndose los labios, ya lo veréis.

Ni Krin ni nadie más se atrevió a decir nada. Los guerreros conocían a los suyos, a fin de cuentas. Hega tenía que ser muy imbécil para pensar que la voluntad de Hetan se quebraría con tanta facilidad. *Hega, hermana mía, tú siempre has sido demasiado gorda para luchar. ¿Y quién iba a lamerse los labios cinco veces al día? Ya vemos de dónde viene tu odio. Por los dioses, ¿voy a entregarle mi hijo a este monstruo? En fin, quizá solo por una noche. Me aseguraré de que el pequeño tenga mi cuchillo a mano, y le daré permiso para usarlo. Nadie te echará de menos, Hega. Y tampoco le echarán las culpas a mi hijo*.

El viento aullaba, la tormenta les había dado alcance en esta noche fatídica. Krin oía la lluvia en la lejanía. Las sogas de amarre se agitaban y zumbaban. Las paredes de lona de las tiendas se abombaban y sacudían bajo las rachas de aire. Por el campamento se derramaban guerreros barghastianos

como si el redoble de los truenos los hubiera convocado. Krin oyó de pasada que Maral Eb acababa de llegar, junto a los guerreros senan que Tool se había llevado consigo. Bakal estaba entre ellos. El asesino Bakal, el liberador de todos los barghastianos. Aquella iba a ser en verdad una noche inolvidable.

Como inolvidable era el hecho de que Krin, el primogénito del sobrino de Humbrall Taur, fue el primero en follarse a Hetan.

La mera idea endureció su virilidad. Se colocó sobre ella y aguardó a que su salvaje mirada se cruzase con la suya. Krin esbozó una sonrisa cuando la vacilación asomó a aquellos ojos. Vio la sorpresa en ellos, el dolor de la traición, y asintió complacido.

—Has perdido a todos tus aliados, Hetan. Los perdiste al proclamar a Tool como tu esposo. Los perdiste cuando te erigiste en estandarte de la locura de tu padre.

—¿Sabes dónde están tus niños, Hetan? —la hostigó Hega—. Yo te lo diré: están muertos, sus cuerpos fríos abandonados en las tinieblas.

Krin le cruzó la cara con el revés de la mano.

—¡Tu tiempo con ella ya se ha agotado, viuda! ¡Lárgate! ¡Vete a esconderte en tu cabaña!

Hega se limpió la sangre de la boca. Entonces, con un extraño brillo en los ojos, se giró y soltó un grito:

—¡Bavalt, hijo de Krin! ¡Esta noche eres mío!

Hega se abrió paso a codazos entre la multitud. Krin casi le lanzó un puñal. *Un puñal, hijo mío, que la atraviese antes de que cierre sus manos negras sobre ti, antes de que te arrastre a su madriguera de araña*.

El peso de las palabras de Hega se asentó en su peso. Oyó risotadas cercanas, y le sorprendió comprobar el desprecio que había en ellas. Sus ojos descendieron hasta Hetan. Ella aún le miraba con ojos impertérritos.

Una oleada de vergüenza lo embargó. Su virilidad menguó tan rápido como si acabase de recibir un beso de su madre.

—No pienses que vas a contemplar el espectáculo —gruñó, y la colocó bocabajo de un tirón. La excitación regresó en cuanto empezó a quitarle los cueros que la cubrían. Lo impulsaba una rabia tan grande como esa misma excitación. Y, por supuesto, la sensación de triunfo, puesto que no pocos hombres senan la habían contemplado con lujuria y deseo; los mismos que ahora discutían para decidir el orden en que les tocaría estar con ella. *Pero el primero soy yo. Yo me encargaré de que te olvides de Onos Toolan. Conmigo recordarás la hombría de un verdadero barghastiano*. Se arrodilló y la obligó a separar las piernas con un golpe de rodillas.

—Levanta la grupa para mí, ramera. Que todos vean que aceptas tu destino.

El dolor era un rugido lejano, una cosa fría y afilada que taladraba su cabeza, que se clavaba como lanzas en sus ojos, y cada cara que había contemplado desde su despertar no hacía sino golpearla como un rayo. Un fuego que subía por sus ojos e incendiaba su cerebro. La expresión de que aquellos rostros, lo que revelaban, se había grabado a fuego en su alma.

En su día había jugado con la hermana menor de Hega. Habían sido amigas íntimas. Sin embargo, la mujer en que se había convertido estaba ahora entre la multitud, lejos de ella, la expresión ausente. En la boda de Hetan, Jayviss le había regalado una elaborada manta de piel de caballo. Recordaba su sonrisa radiante y orgullosa cuando le agradeció públicamente su regalo. Balamit, la hija de una cargadora, había sido una de sus guardianas durante la noche de su primera sangre. Se mantuvo toda la noche a su lado, agarrando su mano, hasta que el sueño se llevó a

aquella niña de doce años que de pronto se había convertido en mujer. Otra de ellas, Yedin, jugaba a menudo con las gemelas…

Esposo, te he traicionado. Estaba segura de que esto acaecería; lo sabía y no hice nada en mi penuria, en mi patética autocompasión. Sabía que esto sucedería; ¿cómo no saberlo? Mis niños, he abandonado a mis niños.

Los han matado, esposo. ¡Han asesinado a nuestros hijos!

—Levanta la grupa para mí, ramera.

Krin, tus ansias de poseerme solían hacerme gracia, por más enfermiza que fuera. ¿Te estará aguardando el fantasma de mi padre, Krin? ¿Estará viendo lo que me estás haciendo, lo que exiges ahora de mí?

¿Entenderá acaso mi vergüenza?

Ahora es Krin quien me castiga. Solo es el primero, pero no importa cuántos vengan tras él, el castigo nunca será suficiente.

Ahora… ahora entiendo lo que siente una mujer sometida a la sanguaza.

Ahora comprendo.

Hetan levantó la grupa para él.

Aquellas desgraciadas lo vieron antes de que él pudiera verlas a ellas. Y también vieron el puñal que enarbolaba en una mano.

Nadie podría negar que las gemelas eran criaturas avispadas y maliciosas como serpientes recién nacidas. Por eso Sathand Gril no se sorprendió al verlas girar sobre sus talones y echar a correr. Por desgracia para ellas, una de las dos llevaba un bebé en brazos. Y el bebé chillaba.

Ah, quizá se les ocurriría hacerlo callar de la única manera posible, con una mano sobre su nariz y su boca. Eso

le ahorraría a Sathand mancharse las manos con la sangre del pequeño. Deseó que así fuera, pero los chillidos continuaron, como continuó la carrera de Sathand.

Alcanzarlas no le supondría mayor problema. Acabaría pillándolas tarde o temprano. Ya podían darse por muertas, pero en fin, si querían convertir aquello en un juego, Sathand no tenía mayor problema en jugar. Un último gesto de deferencia a la infancia, antes de que Sathand se llevase esa infancia de golpe. ¿Gritarían cuando les diese alcance? Interesante cuestión. En fin, si no gritaban cuando las pillase, ya lo harían después.

Percibió un rumor de arañazos, en el fondo de un desfiladero rocoso. Sathand se acercó y, sí, allí estaba una de las dos gemelas. Intentaba escalar el desfiladero con el pequeño en los brazos.

Un pedrusco cayó sobre su hombro y casi lo mata. Sathand soltó un aullido de dolor. Se tambaleó y vio por el rabillo del ojo a la otra gemela, subida a lo alto del muro rocoso a su izquierda.

—¡Maldito pedazo de estiércol! —rugió—. ¡Pagarás por esto!

Aquello ya no era un juego. Sathand se encargaría de que pagasen herida por herida, e incluso más que eso. Se iban a arrepentir de sus estúpidas triquiñuelas.

La niña que sostenía al bebé había dejado de intentar trepar al terraplén de arena y grava. En lugar de eso, se precipitó hacia la derecha y desapareció por la entrada de una gruta. Un momento después, la otra chica salió flechada en pos de ella.

Así que todo había sido un engaño. Una encerrona. Se creían muy listas, ¿verdad?

Sathand se lanzó tras ellas, la mente emborronada por la furia.

Setoc tironeaba de sus brazos.

—¡Cafal! ¡Levántate!

Ya era demasiado tarde. Había visto más de lo necesario. Sus propios dioses lo habían maldecido. Si pudiera cerrar sus manos sobre los cuellos de aquellos desalmados, juró que los estrangularía uno a uno.

Los gritos de su hermana en el momento en que el hacha le cortó los pies. Cafal había caído de rodillas cuando Krin se aproximó a ella, y al ver lo que sucedía ahora intentó arrancarse sus propios ojos, aunque las visiones tras ellos eran a buen seguro indiferentes al daño que pudiera hacerles. La sangre se mezcló con las lágrimas. Estaba dispuesto a escarbar en sus cuencas hasta que no pudiera volver a contemplar el mundo. Y sin embargo, parecía que la ceguera se resistía a bendecirlo.

Contempló cómo Krin violaba a su hermana. Oyó los vítores y arengas de los cientos de guerreros a su alrededor. Vio a Bakal, demacrado y de ojos brillantes, acercarse a la multitud. Vio cómo el horror le arrebata el color a su rostro. Vio cómo el asesino de Onos Toolan se daba media vuelta y huía como si la mano fantasmal del mismísimo caudillo intentase agarrarlo. Sin embargo, no habían fantasmas ahí, solo la violación de una mujer durante la sanguaza. De hecho, aquello ni siquiera era considerado violación entre ellos. Solo una forma de… uso.

Sathand Gril, que había cazado a su lado en el pasado, ahora daba caza a Stavi y Storii. Absi se sacudía en los brazos de Stavi, como si percibiese de alguna manera que aquel mundo nuevo en el que acababa de irrumpir se estaba haciendo pedazos, que la muerte venía en su busca mucho antes de que pudiera siquiera saborearlo. El bebé estaba indignado, iracundo, desafiante. Confundido. Aterrado.

Aquello era demasiado. Ningún corazón podría resistir semejantes visiones.

Setoc tironeó de sus brazos en un vano intento de apartarle las manos de la cara.

—¡Tenemos que continuar! ¡Los lobos…!

—¡Que el Embozado se lleve a tus lobos!

—¡El Embozado, no, idiota, pero alguien se los llevará! ¡Hemos de apresurarnos, Cafal…!

Su mano salió disparada e impactó en un lado de la cabeza de Setoc. Su cuello giró de forma extraña y cayó de espaldas. Cafal soltó un gemido aterrorizado y se arrastró hacia ella.

Los lobos habían dejado de ser fantasmas. La sangre nublaba sus ojos y caía por sus hocicos en un remedo de lágrimas.

—¡Setoc!

No era más que una niña. Tan joven. Tan frágil…

Los lobos emitieron un coro de aullidos que lo ensordeció y lo hizo caer de boca sobre el suelo helado. ¡Dioses, mi cabeza! ¡Parad, os lo ruego, deteneos! Intentó ahogar los aullidos con su propio grito. Las bestias aparecieron por todas partes. Se acercaban más y más. Querían sangre. Su sangre.

El sonido de un cuerno de caza reverberó en alguna parte.

Cafal se levantó y salió corriendo. Huía del mundo entero.

Storii le pasó el bebé a su hermana. Stavi lo apretó contra su pecho. Ambas salieron de la fisura en la roca a base de tirones de manojos de hierba. Aquella hilera de colinas quebradas era una estrecha isla de caliza resbaladiza. Más adelante el terreno se aplanaba, pero allá no había escondite alguno posible. Stavi se aupó a lo alto de la cuesta

desastrada. El bebé le golpeaba la cara con puños diminutos.

Las iba a matar. Estaba segura de ello. Toda aquella vida envuelta en una seguridad despreocupada y perfecta se había acabado. Stavi anhelaba el día anterior, la sólida presencia de su padre adoptivo. Ojalá pudiera volver a ver su rostro ancho y curtido, con facciones grandes y exageradas, aquellos ojos tiernos que solo albergaban amor para sus hijas. Era incapaz de demostrar rabia cuando se trataba de las gemelas, incluso el menor enfado se esfumaba en menos de un latido. Ellas dos hacían con él lo que querían, lo moldeaban como arcilla de río, y aun así habían sido conscientes que bajo aquella arcilla descansaba un poso de hierro puro, un fondo de gran poder. Su padre adoptivo era una certeza, resoluta, irrompible. Y ellas eran capaces de moldearlo porque conocían aquella certeza.

¿Dónde debía de estar ahora? ¿Qué le había sucedido a su madre? ¿Por qué las perseguía Sathand Gril? ¿Por qué quería matarlas?

Storii abría el camino, tan rápida como una liebre que buscase cobijo, aunque no había cobijo alguno por allí. Una luz fantasmagórica pintaba la planicie. El viento les cortaba la cara con su cruel soplido. Las nubes se arremolinaban en el cielo del norte. El pánico que embargaba a su hermana era como un cuchillo en el pecho de Stavi. El mundo estaba tan quebrado como las colinas tras ellas, tan roto como aquella mirada maligna en los ojos de Sathand. Stavi podría haberle acertado de lleno con el pedrusco. Debería haberlo hecho… aunque el mero pensamiento de hacerle tanto daño la horrorizaba. Una parte de ella quiso creer que, si se las arreglaba para romperle el hombro, Sathand desistiría y volvería al campamento. Ahora comprendía, con una lúgubre desesperación, la ridiculez de la mera idea de que

todo aquello pudiera evitarse con tanta facilidad. Su error de juicio iba a causarles la muerte a los tres.

Sathand trepaba por la fisura. Al oírlo, Stavi dio un chillido. Siguió corriendo tanto como le permitían sus piernas. De pronto, el pequeño se quedó mudo en su pecho. Le envolvió el cuello con los bracitos, las manos aferradas a su pelo.

Él también comprendía lo que estaba a punto de sucederles. Tan quieto como una corza oculta entre la hierba a menos de diez pasos de un felino depredador, su respiración templada jadeaba contra su cuello.

Por las mejillas de Stavi corrían las lágrimas. El bebé se aferraba a ella como si creyese que era capaz de protegerle, de defender su vida. Pero Stavi sabía que no era capaz. No era lo bastante mayor ni lo bastante fiera.

Ante ella, vio a Storii doblarse para mirar sobre su hombro…

Los pesados pasos de Sathand se acercaban.

—¡Corre! —le chilló Stavi a su hermana—. ¡Sigue adelante!

En lugar de obedecer, Storii se agachó, agarró una roca y echó a correr hacia ellos.

Hermana valiente, hermana fiera. Qué tonta has sido.

Morirían juntas, pues.

Stavi tropezó y cayó. Se despellejó las rodillas contra los hierbajos. El dolor abrasador la hizo derramar más lágrimas. Todo se volvió borroso. El pequeño se desprendió de su abrazo. Quizá saldría corriendo, tan rápido como sus piernecitas pudieran llevarlo.

Pero no. El pequeño se plantó frente al guerrero que ya estaba sobre ellos. Después de todo, aquel hombre no era un desconocido, ¿verdad? Había seguridad a la sombra de un hombre del clan.

—Esta vez, no —susurró Stavi.

Sathand enarboló el cuchillo en la mano. Ahora que la persecución había terminado, se tomó su tiempo. Después de todo, ya no podían escaparse a ninguna parte, ¿verdad?

De repente, su hombro dio un chasquido. Rayos de dolor afilado le recorrieron la clavícula. Fue incapaz de mover el brazo. Aquella niña se la había roto.

La furia del guerrero se desvaneció de un plumazo. Aquellas niñas no tenían culpa de nada. No es que hubieran elegido a sus padres, ¿verdad? A fin de cuentas, ¿quién puede elegirlos? Solo habían tenido… mala suerte. Así era como funcionaba el mundo. Los cachorros de los mandatarios heredaban algo más que su mandato; también heredaban las consecuencias cuando dicho mandato terminaba abruptamente.

Cuando se desataba una noche sangrienta y la ambición corría en torrentes negros como tinta de langosta.

Vio que una de las niñas sostenía una piedra. Cabeceó, complacido con su desafiante resolución. Solo la mitad de su sangre era barghastiana, y sin embargo era la mitad que había despertado en aquel momento. Sathand tendría que matarla a ella primero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica junto a bebé—. ¿Sathand?

Él apretó los dientes. Quizá podría calmarlas si elegía las palabras con cuidado.

—Ahora sois huérfanas, niñas —dijo—. Vuestros pad…

La piedra llegó hasta él en un borrón. Le acertó de lleno sobre su ojo izquierdo. Sathand soltó una maldición de sorpresa y de dolor. Sacudió la cabeza. La sangre le inundó el ojo izquierdo hasta cegarlo.

—¡Que os lleven todos los espíritus! —soltó una risotada —. ¡He salido más entero de muchas batallas! Pero con un ojo me basta. Y con un brazo también.

Se inclinó hacia delante, hacia ellas.

Los ojos del chico estaban muy abiertos de pura incomprensión. De pronto, sonrió y alargó los brazos.

Sathand vaciló. *Sí, muchas veces te he tomado en mis brazos y te he balanceado en el aire. Te he hecho cosquillas hasta que has chillado. Pero eso se acabó*. Levantó el cuchillo.

Las gemelas lo miraban, inmóviles. ¿No iban a proteger al pequeño? Sathand sospechaba que sí. Lo protegerían con uñas y dientes.

Somos lo que somos.

—Estoy muy orgulloso de vosotras —dijo—. De los tres. Pero he de hacer esto.

El chico soltó un chillido que parecía de alegría.

Algo golpeó la espalda de Sathand. Se tambaleó. El cuchillo se le cayó de las manos. Un fruncimiento de ceño. ¿Por qué había dejado caer el arma? ¿Por qué de pronto desaparecían sus fuerzas? Cayó de rodillas, de pronto cara a cara con el niño. *No, no me está mirando a mí*. *Mira detrás de mí*. La confusión lo embargó, el rugido de algo que se introducía a la fuerza en su cráneo.

El guerrero se volvió.

La segunda flecha le atravesó la frente en el mismo centro. Quebró el hueso y se hundió con fuerza en su cerebro.

Ni siquiera llegó a ver de dónde venía.

Las piernas le fallaron a Stavi y cayó de rodillas. Su hermana corrió hacia su hermano y lo tomó en brazos. El niño chilló, encantado.

En medio de la penumbra verdosa, vieron la silueta de un guerrero sobre un caballo, a sesenta pasos o más. Algo en él parecía irreal, Stavi intentó ver de qué se trataba. De pronto soltó un jadeo. Aquella flecha. Sathand se había girado, estaba en movimiento, y sin embargo le había acertado… ¡a sesenta pasos de distancia! Su mirada cayó sobre el cadáver

de Sathand. Observó la flecha. *Yo he visto una flecha así antes. Yo he*…

Stavi soltó un gemido y se acercó a gatas hasta que su mano pudo cerrarse sobre el asta de la flecha.

—Esta flecha la ha hecho padre.

El jinete se acercaba a un trote despreocupado.

—Ese no es padre —dijo su hermana a su espalda.

—No, ¡pero mira las flechas!

Storii volvió a dejar al niño en el suelo.

—Ya las veo. Ya las veo, Stavi.

A medida que el jinete se acercaba, comprobaron que había algo extraño, tanto en él como en su caballo. La montura era demasiado flaca, su piel estaba caída a pedazos, resplandecían sus dientes largos y sucios, y las cuencas de sus ojos estaban vacías y sin vida.

Otro tanto sucedía con el jinete, aunque cierto era que portaba un arco compuesto y un carcaj con al menos doce de las flechas de Onos Toolan. Una capucha aparentemente inmune al ventarrón cubría la cabeza del jinete y ocultaba lo que quedase de ella. Frenó a su montura y la detuvo con un tirón de riendas a menos de diez pasos de ellas.

Por un momento pareció estudiarlas. Stavi atisbó la chispa fugaz de un único ojo.

—El chico, sí —dijo en idioma daru, aunque un daru con acento malazano—. Pero vosotras dos, no.

Un escalofrío recorrió a Stavi. La mano de su gemela se deslizó en la suya.

—Creo que no me he explicado bien —dijo el jinete un instante después—. Quería decir que le veo a él en el chico, pero no en vosotras.

—Tú conocías a nuestro padre. —Storii señaló con un dedo acusador el carcaj—. ¡Esas flechas las hizo él! ¡Las has robado!

—Así es, vuestro padre las hizo. Eran un regalo para mí. Pero eso sucedió hace mucho tiempo; antes de que vosotras nacierais.

—Eres Toc el Joven —susurró Stavi.

—¿Os habló de mí?

Poco importaba que aquel guerrero fuera un no muerto. Las dos niñas se abalanzaron sobre él y se abrazaron a sus caderas esqueléticas. Es posible que se sobresaltara ante su contacto durante un instante, pero luego alargó las manos y las depositó sobre las cabezas de las niñas.

Ellas lloraron de puro alivio.

El hijo de Onos Toolan no se había movido del sitio, pero contemplaba la escena. Y sonreía.

Los ojos de Setoc se abrieron de golpe. En el mismo instante en que movió la cabeza, un relámpago de cegadora agonía le atravesó la cabeza. Soltó un gemido. La noche clara estaba embargada por aquel familiar tinte verde de su propio mundo. Sentía a los lobos, aunque ya no eran las bestias sólidas que habían corrido a su alrededor, sino que volvían a ser presencias fantasmales. Efímeras, merodeadoras, reflexivas.

Soplaba un viento frío, y los rayos caían en lontananza, al norte. Setoc se obligó a dominar las náuseas y los temblores y a ponerse de rodillas. La planicie oscura empezó a dar vueltas a su alrededor. Intentó recordar qué había pasado. ¿Se había caído?

—¿Cafal?

El sonido de un trueno fue su única respuesta.

Se sentó sobre sus posaderas. Parpadeó y miró alrededor con ojos nublados. Estaba en el centro de un círculo de pedruscos medio enterrados. El resplandor de jade que venía del sur añadía un tinte verdoso a su lustre plateado.

Por su superficie se habían tallado grabados que se habían erosionado hacía mucho tiempo. Sin embargo, allí se percibía alguna clase de poder. Un poder antiguo, tanto como todo lo que habitaba aquella planicie.

Un poder que susurraba su lamento a la tierra vacía en el viento que soplaba entre los promontorios blanquecinos.

Los lobos fantasmales se acercaron, atraídos por aquel círculo de piedras y su canto de miserere.

No había rastro de Cafal. ¿Se había perdido en el reino del Dominio de las Bestias? En ese caso, se habría perdido para siempre en una caída a través de los siglos hasta eras antiguas en las que ningún ser humano caminaba sobre el mundo, donde no había separación entre cazadores y presas, pues todos eran animales y nada más. Cafal caería tarde o temprano, presa de algún depredador de ojos afilados. Su muerte sería solitaria, tanto que Setoc imaginó que le agradaría al mundo.

Ni siquiera la voluntad de cientos de miles de lobos podía equipararse a la inmensidad del poder del Dominio.

Setoc se arrebujó contra el frío y el dolor que le atravesaba la cabeza. La lluvia cayó sobre ella con la furia de un millar de avispones.

Cafal entró en el campamento, azotado por el viento y zaherido por la lluvia. Las hogueras lanzaban resplandores de estertor en plena inundación, pero incluso a la luz menguante fue capaz de atisbar a los grupos apelotonados y los pequeños campamentos que los barahn habían improvisado alrededor del principal. Figuras embozadas correteaban aquí y allá a toda prisa, dobladas para protegerse de la lluvia. Cafal veía picas por doquier, dispuestas de cualquier manera y abandonadas en el sitio.

Un rayo iluminó de pronto la escena ante sus ojos, tan intensamente que parecía hervir.

Su hermana estaba ahí, en alguna parte. Estaban abusando de ella una y otra vez. Los mismos guerreros que Cafal había conocido toda su vida se forzaban ahora dentro de ella, alegres de colaborar en la destrucción de aquella guerrera que en su día fue poderosa, bella y altiva. Cafal y Tool habían discutido varias veces sobre la posibilidad de proscribir la tradición de la sanguaza, pero la mayoría se oponía a eliminar tradiciones, incluso una tan repugnante como aquella.

Fuera como fuese, Cafal ya no podía cambiar lo que había sucedido allí. El daño ya estaba hecho, pero quizá fuese capaz de llevarse a su hermana, de ahorrarle los meses o incluso años de horror que le aguardaban allí.

Agazapado, Cafal contempló el campamento barghastiano.

Envuelta en sus pieles, Balamit regresó a su yurta. ¡Menuda noche había sido aquella! Tantos años de inclinar la cabeza ante aquella zorra, tantísimos años de apartarse de su camino, de inclinar los ojos tal y como su posición como esposa del caudillo exigía. Bueno, ahora aquella zorra se estaba llevando su merecido, ¿no?

En su mente, Balamit se recreó en el momento en que el hacha de Hega descendió. El modo en que el cuerpo de Hetan se retorció de dolor, aquel ensordecedor chillido que cortó el aire como un cuchillo. Había gente que vivía como si sus privilegios fueran un derecho de nacimiento, como si el resto del mundo fuese inferior, como si su preeminencia naciese de una ley natural. Pues bien, resultaba que la naturaleza tenía otras leyes, ¿verdad? Ni la loba más feroz era rival para toda la manada junta.

La lluvia le escupía hielo puro en la cara. Balamit hizo una mueca. No se trataba de una simple manada, sino un millar de sus hermanas. Todas aquellas siluetas doblegadas, nebulosas, que formaban el total de la gente corriente. Los sujetos ignorados del rencor. Aquello había sido una lección de lo más explícita, ¿verdad? *Y, por suerte, aún no hemos terminado. Ni remotamente*.

Maral Eb no era más que un idiota, otro de aquellos bastardos altivos que pensaban que sus malditos pedos valían tanto como para comprar una corona. Bakal era un candidato mucho más adecuado. Para empezar, era senan; los barahn no le llegaban a su tribu ni a las suelas. Qué sandez, pensar que podían subirse a la grupa de los barghastianos, cuando ni siquiera habían tenido nada que ver con la muerte de Onos Toolan. Aquello era una estu…

Una figura enorme surgió de entre dos pilas de estiércol cubiertas por lonas y le dio un empellón que la hizo tambalearse. Fuera quien fuese, la sujetó con las manos antes de que cayese. Ella soltó una maldición, y entonces una mano la agarró con fuerza y la apretó contra sí. La hoja de un cuchillo se hundió entre sus costillas y le cortó el corazón en dos perfectas mitades.

Las piernas de Balamit cedieron. Parpadeó en medio de una súbita oscuridad, fue lo último que hizo antes de caer de cara en el barro.

Su asesino la dejó allí y se alejó sin mirar atrás.

Jayviss se levantó por fin de su lugar junto a la hoguera. La lluvia ya se había encargado de ahogar las llamas. Cuando la lluvia venía fría le dolían los huesos, lo cual la irritaba sobremanera. A fin de cuentas, apenas había rebasado los cincuenta años. Sin embargo, ahora que se encontraba entre los poderosos, bien podía solicitar un ritual

de curación para limpiar la mugre de sus articulaciones. Y lo mejor de todo: no tendría que pagar nada. Nada en absoluto.

Aquella había sido la promesa de Sekara. Y Sekara bien sabía la importancia de conceder prendas a sus aliadas.

La vida volvería a tratarla bien, como lo había hecho en su juventud. Podría volver a tomar a tantos hombres como le placiera. Podría hacerse con las mejores pieles para calentarse por las noches. Quizás incluso se compraría uno o dos esclavos d'ras para que untaran su piel con aceites que la volvieran flexible de nuevo. Había oído que eran capaces de eliminar las estrías y de hacer que los pechos caídos volviesen a ponerse firmes. Podrían suavizar las arrugas de su cara, e incluso las dobleces de su entrecejo, allá donde se había acumulado una vida entera de rabia e injusticia.

Las últimas brasas se apagaron a sus pies. Giró sobre sus talones.

Había dos guerreros barahn ante ella. Uno de ellos era Kashat, el hermano de Maral Eb. Al otro no lo reconoció.

—¿Qué queréis? —preguntó con un apunte repentino de temor.

—Nada más que esto —dijo Kashat, y su mano se movió en un relampagueo.

Jayviss atisbó el destello del filo de una hoja. Sintió una punzada en la garganta, y un repentino calor que se derramó sobre su pecho.

El dolor en sus articulaciones desapareció. Al cabo, el beso de la lluvia acabó por relajar la arruga sempiterna en su entrecejo. Casi parecía joven de nuevo.

La pequeña Yedin se acurrucó contra el cuerpo muerto de Heda. Contemplaba cómo aún humeaba el pequeño charco de sangre sobre el que salpicaban las gotas de lluvia.

Aquella pesadilla no tenía fin, Yedin aún podía sentir el calor de la hoja de hierro que había usado para cauterizar los muñones de Hetan. Habían emitido un latido afiebrado que le había subido por los brazos, aunque no llegaba a calmar el escalofrío que apresaba su corazón.

Había sido algo horrible, y Hega la había obligado a hacerlo. Hega tenía la habilidad de obligar a la gente a que hiciera cosas, especialmente a la gente joven. Solo tenía que mostrar aquella mirada amenazante, no hacía falta nada más. Sin embargo, Hetan nunca había sido mala con ella, siempre se había portado de manera gentil, siempre con un guiño cómplice a punto. Igual que Stavi y Storii. Siempre hacían reír a Yedin, las cucamonas que hacían, todas sus ideas y planes locos.

El mundo que se abría ahora ante ella se había vuelto de repente oscuro, inescrutable. Y ahora alguien había asesinado a Hega. Aquella mirada amenazante no había bastado para protegerla, pero, claro, ¿había algo que hubiera bastado?

Lo que aquellos hombres le habían hecho a Hega…

Una mano la agarró de la parte de atrás del cuello y la levantó en vilo.

La cara de un desconocido la escrutó.

De alguna parte llegó una voz:

—Apenas recordará nada de lo que ha pasado, Sagal.

—Es una de las cachorras de Hega.

—Aun así…

Sagal la soltó. Ella se tambaleó sobre unas piernas que de pronto se habían vuelto débiles e inestables. Él colocó ambas manos en los lados de su cabeza. Sus ojos se encontraron, y Yedin vio una oscuridad viva en ellos, una amenaza…

Sagal le rompió el cuello y dejó caer el cadáver sobre el de Hega.

—Buscad a Befka. Es la última que nos queda y habremos terminado por esta noche. Os la dejo a vosotros.

—¿Y qué hacemos con Sekara y Stolmen?

Sagal compuso una mueca.

—Son cosa de Kashat y yo. Hemos dejado lo mejor para el final. Venga, Corit, arreando.

El guerrero hizo un asentimiento.

—Pero luego me toca a mí con Hetan.

—Vale la pena. Se retuerce mucho sobre el barro.

Cuando Strahl se fue, Bakal se sentó a solas en su yurta. Sabía que su mujer no habría de regresar aquella noche, y tuvo que admitir para sí que tampoco le molestaría tanto si no regresaba nunca. Era sorprendente las sorpresas que llegaban a un matrimonio después de tantos años. Una maraña de reglas que aquella misma noche se hizo pedazos y no dejó más que hilos ondeando al viento negro. Un millar de posibilidades crecían en el alma de las personas. Resentimientos enterrados durante largo tiempo que de pronto se abrían paso a la superficie hasta que los puñales acababan goteando. Un guerrero bien podía mirar en los ojos de un amigo y no ver más que un extraño, podía mirar en los ojos de un compañero y atisbar una llamarada de siniestros deseos.

Ella deseaba a otro hombre, pero Bakal se interponía en su camino. Ese hombre también la deseaba a ella, pero su esposa se interponía. La esposa de Bakal se había plantado ante él con aquella media sonrisa en la cara, paladeando el placer de hacerle daño, si es que una traición de su esposa iba a hacerle daño a esas alturas, lo cual, para sorpresa de Bakal, no fue el caso. En el momento en que ella se dio cuenta de que no podía importarle menos, su rostro se transformó en una máscara de odio puro.

Cuando se fue, llevaba un cuchillo en las manos. La mujer que se interponía entre ella y su nuevo amante moriría aquella noche.

¿La detendría Bakal? ¿Permitiría que ocurriese?

No lo había decidido. En su interior no había el menor rastro de rabia. No había una pizca de resentimiento que pudiese prender llama. Hasta el esfuerzo de pensar en ello lo cansaba.

«La sangre fluye hacia abajo», era un antiguo dicho entre los barghastianos. Cuando muere un gobernante se desenvainaban un millar de puñales, y hasta los más débiles se convertían en salvajes. *Nos encontramos en nuestra noche de locura. Hay un enemigo en camino, y estamos atrapados en el frenesí de una matanza sin sentido entre nosotros*. Podía oír gritos apagados que cortaban el aullido del viento.

Ante su rostro se dibujó la faz de su esposa, desagradable en sus anhelos.

No, no lo permitiré. Se alzó y oteó alrededor hasta que dio con su cota de anillas. En caso de que llegase tarde para salvar a la mujer, al menos mataría a su esposa y al amante. Decidió que sería un acto desprovisto por completo de locura.

—¡Encontradlo! —ordenó Sekara—. ¡Sus hermanos están acabando con nuestros aliados! ¡Maral Eb está solo…!

—No —dijo Stolmen—. No lo está. Buscarlo esta noche sería una locura.

Ella le clavó la mirada. Con la armadura puesta parecía un gigante. Sostenía un pesado cuchillo curvo en una mano enguantada, y una mirada apenada asomaba a su rostro impasible.

—Dile que estás dispuesto a negociar una alianza con el clan gadra. Invéntate cualquier motivo, no importa. Una vez le hayas rebanado el pescuezo…

—… sus hermanos me darán caza y me matarán. Mujer, dijiste que querías que Maral Eb comandase a los guerreros…

—Así es, ¡pero no esperaba que nos traicionase esta misma noche! ¡Han matado a Hega! Nadie sabe dónde está Jayviss, o Balamit. ¿Es que no entiendes lo que está pasando?

—Parece que quien no lo entiende eres tú. Si están muertas, nosotros seremos los siguientes.

—¡No se atreverá a tocarnos! Tengo a un centenar de asesinos y espías en cada uno de los clanes. No, todavía nos necesita.

—Si eso es lo que piensa, dejará de pensarlo en el momento en que intente matarlo.

—Pues no lo intentes, esposo. Hazlo y asegúrate de dejarlo bien muerto. De los imbéciles de sus hermanos me encargaré yo.

La lluvia amartillaba las gruesas pieles extendidas sobre las aristas del techo de la yurta. De algún lugar llegó un grito. El rostro de Stolmen se tornó ceniciento.

Por los espíritus del Abismo, ni siquiera necesita las tinturas esta noche.

—¿De esto también tengo que encargarme? ¿Habrá algo para lo que puedas servirme de ayuda?

—Sekara, estoy aquí listo para entregar mi vida protegiéndote. Cuando esta noche acabe, toda esta locura habrá terminado. No necesitamos más que sobrevivir…

¡*No tengo el menor interés en solo sobrevivir!*

Él la contempló como si la viese por primera vez. Había algo en aquella mirada, algo desconocido en su cara, que

enrolló un tentáculo de inquietud alrededor de Sekara. Se acercó a él y puso una mano sobre su pecho acorazado.

—Esposo, claro que te comprendo. Quiero que sepas que valoro mucho lo que estás haciendo. Es solo que no creo que sea necesario. Por favor, hazlo por mí, busca a Maral Eb, y si resulta que está rodeado de guardaespaldas, entonces regresa aquí. Sabremos que teme por su vida; le habremos golpeado sin haber levantado siquiera una mano.

Él soltó un suspiro y se volvió hacia la entrada.

Una racha de viento lo envolvió cuando apartó la tela y salió.

Sekara se apartó del frío que venía del exterior.

Un momento después, se oyó un golpe sordo. Un bulto se aplastó contra la pared de la tienda y se deslizó hacia el suelo.

Sekara se llevó las manos a la boca, paralizada. El corazón se le subió a la garganta.

Sagal fue el primero que entró en la yurta. Su hermano Kashat entró tras él. Blandía un tulwar en una mano. El arma aún goteaba sangre aguada.

—Sekara la Vil —Sagal sonrió—. En verdad esta es una noche cruel.

—Me alegro de que mi esposo haya muerto —replicó ella, e hizo un gesto de asentimiento ante la hoja aún goteante —. Era un inútil, una carga para cada una de mis ambiciones.

—Ambiciones, por supuesto —murmuró Kashat, y echó una mirada alrededor—. Veo que te cuidas bien.

—Tengo muchos, muchos amigos.

—Eso ya lo sabemos —dijo Sagal—. Nos hemos encontrado con varios de ellos esta misma noche.

—Maral Eb me necesita. Necesita todo lo que sé. Mis espías, mis asesinos. Como viuda, no represento la menor amenaza para él, ni para ninguno de vosotros. Tu hermano

habrá de ser caudillo, y yo me aseguraré de que nadie amenace su posición.

Sagal se encogió de hombros.

—Ya nos lo pensaremos.

Ella se lamió los labios y asintió.

—Decidle a Maral Eb que iré a verle cuando llegue la mañana. Tenemos mucho que discutir. A su candidatura no le faltarán rivales. ¿Qué hay de Bakal? ¿Habéis pensado qué hacer con él? Puedo guiaros directamente a su yurta, dejadme coger mi capa…

—No será necesario —dijo Sagal—. Bakal ya no es una amenaza. Es una pena que el asesino de Onos Toolan haya muerto así, de repente. —Le echó una mirada a Kashat—. Se ahogó con algo, ¿no?

—Con algo —replicó Kashat.

—Habrá otros —dijo Sekara—, y conozco a algunos que vosotros no sospecháis. Vendrán de entre los senan y de mi propio clan.

—Y por supuesto que no dudarás en vender su pellejo, mujer.

—Yo solo sirvo al caudillo.

—Ya veremos, ¿no?

Con esas últimas palabras, Sagal dio media vuelta y salió de la yurta. Kashat limpió la sangre del marido de Sekara de su hoja en un valiosísimo blasón que colgaba de una de las aristas de la tienda. Se detuvo en la entrada y le mostró una mueca feroz antes de seguir a su hermano.

Sekara retrocedió un solo paso tambaleante y se derrumbó junto a un arcón. Un temblor incontrolable la poseyó, la estremeció por completo, sacudió todos sus huesos. Intentó tragar saliva, pero su boca y su garganta se habían secado por completo. Trató de anudar las manos juntas en su regazo, pero se le escurrían entre ellas. No era capaz de controlar… nada.

El viento sacudía las paredes de lona, el aire frío se colaba por el toldo de la entrada, que nadie se había molestado en colocar en su posición correcta. Debería levantarse y cerrarlo ella misma. En lugar de eso, siguió sentada, entre temblores, intentando controlar sus manos.

—Stolmen —susurró—. Esposo. Me has abandonado. Casi —jadeó—… ¡casi me matan!

Echó una mirada al lugar donde había visto a Stolmen por última vez, y sus ojos se deslizaron hacia el blasón y aquella horrible mancha húmeda.

—Lo han echado a perder —murmuró—. A perder.

Ella solía acariciar ese blasón con las manos. El tacto de la seda. Lo acariciaba una y otra vez, como si se tratase de un torrente de riqueza que jamás llegaba a mojar sus manos. Pero aquello se había acabado. Si lo tocaba ahora, notaría la costra que dejaría su sangre, el polvo mancharía sus manos.

—Stolmen, deberías haber previsto que esto pasaría. Deberías haberlo previsto.

Bakal, aún sentado, acababa de ajustarse el cinto del arma. Todavía se estaba peleando para ponerse la hebilla con la mano buena, cuando dos guerreros barahn entraron en la tienda. Bakal se puso de pie de un salto. La hoja curva salió de su vaina y bloqueó el golpe de un tulwar. Su arma, mucho más ligera, se rompió a la altura de la empuñadura.

Bakal se lanzó hacia delante y hundió la punta cortada que aún sobresalía del mango en la garganta del guerrero. La sangre le bañó la mano.

El otro venía hacia él rodeando el brasero.

Bakal se apartó del guerrero que se ahogaba en su propia sangre. No tenía nada con lo que defenderse.

Esposa, parece que has ganado…

Una figura apareció tras el barahn, que ya preparaba su tulwar para lanzar el golpe que decapitaría a Bakal. Dos hojas curvas lamieron ambos lados de su garganta. Su sangre salpicó el brasero y le arranchó un par de crujidos y siseos. El barahn trastabilló hacia un lado y cayó detrás del cofre de la armadura. Solo un pie quedó a la vista de un jadeante Bakal, aún preso en estertores temblequeantes.

Bakal, con el dolor recorriéndole el brazo roto, clavó la mirada en el recién llegado.

—Cafal.

—He soñado todo esto —dijo el sacerdote, con la cara demudada—. Tu mano, tu cuchillo en su corazón…

—¿Y también soñaste quién clavó ese cuchillo, Cafal?

El fornido guerrero se dejó caer torpemente a un lado, lejos de la entrada, los ojos fijos en las armas en sus manos.

—He venido a por ella.

—Esta noche, no.

Cafal avanzó hacia él, las hojas curvas de nuevo en posición de combate. Bakal levantó una mano.

—Te ayudaré, pero esta noche no. Tu hermana cayó inconsciente. Al menos doce hombres abusaron de ella. Quizá más. Unos pocos más y terminará muriendo, y no van a permitir que eso suceda. Las mujeres se la han llevado, Cafal. La cuidarán entre cloqueos de estornino. Sabes a lo que me refiero. Hasta que su carne esté curada, no has de entrar en esa tienda. Esas mujeres te harán pedazos. Mi mujer fue allí, antes de atender a otros… menesteres. Fue allí para ver, para colaborar. Ella… se rio en mi cara. Se rio de mi horror. Se rio, Cafal.

La tez del sacerdote estaba cubierta de cortes. Bakal se dio cuenta de que se había arañado su propia cara.

—Lo has presenciado todo —susurró, los ojos de par en par—. En tus sueños.

—Así es.

—Cafal…

—Pero aún no ha acabado todo. Ellos aún no lo saben; ninguno lo sabe. Nuestros dioses aúllan. Aúllan de puro terror. —Hundió la vista en Bakal—. ¿Pensaban que se saldrían con la suya? ¿Acaso se olvidaron de lo que era Onos Toolan? ¿Olvidaron de dónde vino? Él los sujetará entre sus manos y los aplastará. —Apretó los dientes—. Y yo me echaré a un lado. Me echaré a un lado, Bakal, y lo permitiré.

—Tu hermana…

Él dio un respingo, como si Bakal lo hubiera abofeteado.

—Sí. Esperaré a que sea el momento…

—Aquí no puedes esconderte, Cafal. Vendrán más asesinos de Maral Eb a por mí.

—La noche casi ha terminado —dijo el sacerdote—. Los últimos rescoldos de locura se apagan. Busca a tus aliados, Bakal. Reúnelos.

—Vuelve dentro de tres días —dijo Bakal—. Y te ayudaré. La sacaremos de aquí. Nos la llevaremos lejos. Pero, Cafal, has de saber… —Él se encogió—. Para entonces será tarde.

—Ya lo sé. Lo sé.

—Vete con las postrimerías de la noche —dijo Bakal. Fue hasta una de sus viejas armas y la enarboló. Tras un momento de pausa, contempló los dos cadáveres en el suelo —. Ahora tengo una tarea que hacer. Una última tarea. —Miró al sacerdote con ojos lóbregos—. Parece que la locura aún no ha tocado a su fin.

El jinete emergió de la noche. Llevaba un niño en la parte delantera de la grupa. Dos chicas jóvenes flanqueaban su caballo. Se tambaleaban de cansancio.

La tormenta sacudía su irregular cola hacia el sur y se llevaba a la lluvia con ella. Setoc vio a los desconocidos aproximarse. El hombre, bien lo sabía, era un aparecido, un

soldado no muerto venido del reino del Segador. Pero sabía que mientras permaneciese sentada en aquel círculo de piedras, no tenía nada que temer. El ansia de sangre no era rival para aquel poder antiguo, pues había sido creado con aquel propósito. Era un santuario contra los dioses ancestrales y su hambre sin fin. Así había sido y así sería por siempre jamás.

El jinete detuvo las riendas al borde del círculo, tal y como ella sabía que haría. Setoc se puso de pie y echó una ojeada a las niñas. Llevaban ropas barghastianas, pero se veía que ninguna de ellas era de sangre pura. Eran gemelas. Ojos huecos y traumatizados que poco a poco iban adquiriendo una valiente calma. Vio que el niño pequeño le sonreía.

El aparecido levantó al niño con una mano, de la que el chico colgó como un mono bolkando. Lo depositó con cuidado en el suelo.

—Quédate con ellos —le dijo el aparecido a Setoc. Hubo un resplandor en los ojos no muertos, uno humano y rodeado de muerte, el otro brillante y ambarino. El ojo de un lobo.

Setoc soltó un jadeo.

—¡Tú no eres un siervo del Segador!

—Pues no. Esa es una de mis debilidades.

—¿Debilidades?

—Tengo la maldición de la… indecisión. Quédatelos. Acampa con ellos en el círculo y aguarda.

—¿Aguardar? ¿A qué?

El jinete tiró de las riendas y le dio la vuelta al caballo.

—A que acabe esta guerra, destriant. —Dudó un segundo, y añadió—: Cuando regrese, nos marcharemos.

Ella lo contempló cabalgar hacia el oeste, como si huyese al sol naciente. Las dos chicas se acercaron al niño. Cada una lo tomó de una mano. Se aproximaron con cautela.

Setoc soltó un suspiro.

—¿Sois las hijas de Hetan?

Ambas asintieron.

—Soy amiga de vuestro tío, Cafal. Y no —añadió, con cansancio—, no sé adónde ha ido. Quizá regrese —añadió al pensar en las últimas palabras del aparecido—. Por ahora, acercaos. Encenderé una hoguera. Aquí podréis comer y descansar.

Cuando entraron, el niño se zafó de las manos de sus hermanas y anduvo hasta el extremo suroeste del círculo. Allí se quedó mirando a la absoluta nada en el oscuro horizonte. Empezó a entonar un balbuceo extraño y rítmico. Casi una canción.

Aquel sonido hizo temblar a Setoc. Se volvió hacia las gemelas y vio que habían encontrado un saco de dormir. Ambas se habían arropado en él y se habían quedado dormidas con la rapidez del rayo.

Debía de haber sido una larga caminata.

Los carroñeros habían arrancado los últimos jirones de carne. Los chacales habían mordisqueado los huesos sin encontrar nada que sus poderosas mandíbulas pudieran tragar. Acabaron por dejar los pedazos esparcidos entre los hierbajos aplastados. Además, había muchos más huesos que morder, no solo en aquel lugar, sino en muchos otros a lo largo de toda la planicie. Aquella estaba siendo toda una temporada alta para hocicos cubiertos de moscas y barrigas llenas.

Tras unos pocos días, todos los saqueadores se habían largado, y solo el sol quedaba como testigo de aquella espantosa escena. Las hojas de hierba volvían a pinchar, libres de manchas de sangre seca, las raíces engordaban y se enriquecía el suelo. Los insectos pululaban como los

dientes de la tierra, devorando todo aquello que se ponía a su alcance.

En una noche en que las tormentas tronaban al este y al sur, una noche en la que los dioses extranjeros aullaban y los lobos fantasmales corrían como una inundación sobre el paisaje invisible, en la que las hogueras de los ejércitos atizaban y temblaban, y los chacales corrían en todas direcciones, en la que el hedor de la sangre derramada manchaba todo alrededor, el valle enterrado empezó a moverse con toda su extensión de pedruscos y huesos y montones de cenizas de restos quemados. Fragmentos perdidos se empezaron a acercar. Se formaron costillas, falanges, radios y cúbitos, vértebras, como si todo estuviera impregnado de hierro en busca de un imán. Todo empezó a deslizarse, a rodar, a ajustarse, a moverse.

El viento que había empezado en el sudeste ahora soplaba por todo el terreno en un ventarrón que arrastraba cien mil voces a cual más atronadora. La hierba latigueaba en un baile frenético. El polvo se retorcía en un torbellino que llenaba el aire de mugre. Las estrellas parecían latir y temblar en el cielo sereno y despejado, como si las enturbiase una nube de calor.

Los huesos traquetearon. Trozos de carne podrida emergieron de la masa de pedruscos y armaduras hendidas en el valle. Los tendones se agitaron como serpientes, los ligamentos se retorcieron como gusanos hasta cubrir aquel manojo de huesos que se iba reajustando para formar una estructura, una forma reconocible. Un esqueleto, torpemente armado, compuesto de huesos que no pertenecían a la fisonomía akrynnai ni barghastiana. Aquellos huesos eran más densos; en su día habían soportado poderosos músculos. El cráneo que remataba el esqueleto, quebrado en el pasado, ahora estaba de nuevo completo, aunque aún vapuleado y abrasado. La criatura

permaneció sentada, inmóvil, un rosario de dientes arrancados esparcidos ante ella. De pronto la quijada se colocó en su sitio con un chasquido que puso al cráneo en movimiento y las junturas de la mandíbula volvieron a funcionar.

Carne y piel desecadas, mechones de pelo desperdigados. Ligamentos atados a huesos alargados, los extremos acoplados hasta formar brazos y piernas. Retorcidas espirales de músculo se unieron a los tendones hasta quedar tirantes. Un brazo se compuso por completo; un manojo de dedos huesudos se agitó al final de la muñeca.

La carne podrida ajustó las vértebras en una columna serpentina. Las costillas se unieron en sus huecos junto al esternón.

Para cuando las estrellas se hundían en el horizonte al sudeste y el viento moría en irregulares ráfagas, un cuerpo completo yacía sobre la hierba. Fragmentos de piel lo mantenían unido, cada uno cosido a los demás por lo que parecía tejido cicatrizado. Mechones de largo pelo arraigaron en el cráneo.

En el mismo momento en que el viento acabó por desaparecer, se oyó una tonada lejana en la voz rugosa y enfermiza de una anciana. La melodía de aquella tonada albergaba puños fuertemente cerrados, músculos a punto de desatar una terrible violencia, rostros inmunes al calor y la piedad del sol. La voz despertaba un encantamiento que extraía el poder de los recuerdos más arraigados en aquella tierra.

El alba surgió por el horizonte y derramó su color por el cielo.

Y un t’lan imass se levantó del suelo. Con pasos vacilantes caminó hasta la espada templada en fuego que descansaba cerca de una de las piras barghastianas. Una

mano marchita y enorme se cerró alrededor de la empuñadura. La levantó en el aire.

Onos Toolan se orientó hacia el sudeste y echó a caminar. Le quedaban muchas vidas que segar.

Capítulo 16

Recolector de palabras venido de las tinieblas famélicas
las semillas que plantas en tu senda se beben el sol
y las raíces brotan de sus caparazones,
esta naturaleza salvaje no es sino creación tuya
un caos verdoso demasiado pujante para permitirlo
tus palabras revelan los caminos y ciegan las huellas
con troncos apelotonados en los que el futuro se pierde
del abanico de posibilidades que tú mismo creaste
en esas tinieblas famélicas, recolector de palabras
sométete a la verdad que de ellas germinará, pues solo
necesitan una lluvia de lágrimas y la luz del día

El solaz de las sombras (palabras simples)
Bevela Delik

El silencio era el mayor regalo de la profanación. Aquel menhir grande como un carromato que fue sagrado en su día ahora yacía hecho pedazos. Un sumidero se abría a pocos pasos de distancia, del que surgía una pequeña fuente de agua que a duras penas alimentaba un estanque de agua negra. Varios huesos de gacelas y roedores adornaban los hierbajos y piedras del arroyo que fluía desde el borde del sumidero, testigos de la ponzoña en el agua.

El silencio estaba preñado de horribles certezas, lo bastante insidiosas como para que el dios Sechul Lath se echase a temblar. Sechul Lath contemplaba ahora el amanecer, la espalda hundida y los brazos alrededor del cuerpo. Kilmandaros hurgaba en el interior del menhir roto, como si le complaciese escrutar aquella obra suya terminada hacía milenios. Errastas había recogido un puñado de

guijarros y los iba lanzando uno a uno al interior del estanque. Cada una de las piedras se hundía sin el menor sonido. Tampoco levantaba ondas en la faz del agua. Aquellos pequeños detalles parecían divertir al Errante, a juzgar por la media sonrisa en su cara.

Sechul Lath sabía que uno no podía fiarse de las apariencias cuando trataba con un dios ancestral, sobre todo con uno famoso por ser un maestro del engaño. El Errante podía estar pensando en la satisfacción que le producía el innegable imperativo de sus invocaciones, o bien podía estar regodeándose en la idea de aplastar la garganta de algún dios advenedizo. O de alguien que lo mereciese aún menos. A fin de cuentas, se trataba del Errante. Su templo era la traición y su altar, la más irrisoria de las desgracias. En aquel templo y aquel altar, el Errante sacrificaba las almas de los mortales sin más motivo que su puro capricho. O a veces, por aburrimiento. Aquel era el privilegio del poder que tanto atesoraba, que tan rabiosamente quería recuperar.

Pero eso no será posible. ¿Es que no lo ves? Nuestro tiempo se ha acabado. Ya no podemos volver a jugar al juego de los dioses. Los niños han heredado este mundo y todos los demás que en su día aterrorizamos juntos. Creímos ser omnipotentes y acabamos derrochando todo el poder que tuvimos. Errastas, no puedes tener este mundo, porque no se puede recuperar aquello que ya no existe.

«Recuperaré mi trono». Eso es lo que dijiste. Y los mil rostros que a su vez lo reclamaban se desdibujaron hasta desaparecer tras un destello momentáneo. Vidas enteras perdidas en un parpadeo. Tendrás tu trono, Errastas, si es que vences, y volverás a erigirte junto a él como hiciste en su día, y tu presencia será el engaño tras las ambiciones y sueños mortales, el fracaso del gobierno justo, de la igualdad. De la paz y la prosperidad.

Todo ello lo convertirás en polvo, nada más que polvo serán todos esos sueños, polvo que se escurrirá entre las manos de los mortales.

Pero ten presente una cosa, dios ancestral: estos humanos te han abandonado. No te necesitan para convertir sus sueños en polvo. No necesitan a nadie para ello.

—Esta —dijo en voz alta de cara a Errastas— debería ser nuestra intención.

Las cejas del Errante se arquearon.

—Te ruego que me cuentes a qué intención te refieres.

—A la de comparecer ante nuestros retoños y contarles la verdad.

—¿Y qué verdad es esa?

—Que todo lo que reclaman como suyo ya lo alberga el alma humana. Ninguno de sus dioses es necesario, Errastas. No tienen el menor propósito, al igual que nosotros. Ninguno en absoluto. Como nosotros, no son más que una pérdida de espacio. Son, somos, irrelevantes.

Las manos del Errante se crisparon. Se deshizo del resto de los guijarros.

—¿Habrá algún día en que hagas algo más que amargarnos, Nudillos? Aún no hemos empezado nuestra guerra y tú ya te has rendido.

—Es cierto, aunque rendirse es un concepto que tú no llegas a entender del todo. Hay muchos tipos de rendición.

—Estás en lo cierto —espetó el Errante—, y sin embargo cada una de ellas presenta el mismo rostro: ¡el rostro de un cobarde!

Nudillos le miró con expresión divertida.

La mano de Errastas se cerró en un puño.

—¿Qué pasa? —preguntó en un bajo carraspeo—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Que aquel que se rinde a sus propios engaños no es más que un cobarde, según tu lógica.

Kilmandaros se envaró. Aún era capaz de cargar con el cuerpo de un tel akai. Seguía siendo mucho más voluminosa que ellos dos, aunque no tanto como antes. Le dedicó al Errante una sonrisa exenta de humor.

—No juegues con este, Errastas. Ni huesos ni palabras. Es capaz de atar nudos en tu cerebro hasta que te devore el dolor de cabeza.

Errastas le lanzó una mirada.

—¿Te crees que soy tonto?

La sonrisa de ella desapareció.

—Eres tú quien cree eso de mí.

—Bueno, si piensas con los puños, no te quejes cuando los demás piensen que careces de cerebro.

—No solo pienso con mis puños, también me quejo a través de ellos. Y cuando lo hago, hasta a ti no te queda más remedio que escucharme, Errastas. Así que ten cuidado, porque me están entrando ganas de quejarme. Llevamos aquí toda la noche, y entretanto algo ha surgido del éter a la vida. Tengo los nervios crispados, incluso aquí, en este lugar lleno de ruinas yertas. Dices que has convocado a los demás. ¿Dónde están?

—De camino —replicó el Errante.

—¿Cuántos vienen?

—Los suficientes.

Nudillos dio un respingo.

—¿Alguno te ha desafiado negándose a venir?

—No se trata de desafíos, sino más bien… ¿hace falta que lo explique?

—No vendría mal —dijo Sechul Lath.

—La libre elección no me supone un desafío. Sería raro que Draconus hubiese oído mi llamada, atrapado como está dentro de la espada Dragnipur. Grizzin Farl, por su parte, ha

muerto, según creo. Al menos ya no existe de forma corpórea. —Dudó un instante, y luego añadió con un fruncimiento de ceño—. Ardata es la única que se las ha ingeniado para prestarme oídos sordos, aunque tampoco es que haya sido muy útil en el pasado, ¿no?

—Entonces, en total somos…

—Veo a uno. —Kilmandaros señaló al norte—. Por el sabor de la sangre, ha hecho bien en viajar bajo esa apariencia. Aun así, desde aquí puedo oler el hedor a eleint en ella.

—No vayas tan rápido —dijo Errastas—. Lleva demasiado tiempo muerta como para que puedas captar su olor.

—Como ya he dicho…

—Son imaginaciones tuyas, nada más. La hija de Tiam no sobrevivió a su propia madre. Eso que se acerca recibió el ritual de Tellann a brazos abiertos. No es ni la sombra de lo que un día fue.

—No lo es —dijo Nudillos—, y sin embargo es algo más, creo.

Errastas soltó un resoplido, aunque se le escapó la ironía en las palabras de Sechul Lath.

Kilmandaros temblaba de rabia.

—¡Os digo que es ella! —siseó—. Aquella canción que se oyó anoche mismo… fue ella. Estaba despertando el poder ancestral. ¡Es Olar Ethil!

A Sechul Lath no se le escapó la repentina inquietud que asomó al rostro del Errante. Apenas habían empezado y las cosas ya se escapaban de su control.

A su espalda, alguien dijo:

—Yo lo sentí también.

Todos se volvieron. Junto al sumidero estaba Mael.

Había adoptado la forma de un viejo de ojos acuosos, ojos que ahora le dedicaban una mirada fría al Errante.

—Todo está ya en marcha, Errante. Así funciona la guerra, llega un punto en el que todos los participantes pierden el

control. «El caos toma la espada».

Errastas volvió a soltar aquel resoplido contrariado.

—¿En serio, Mael? ¿Nos vienes con citas de Anomander Rake? Además, esas palabras eran una profecía. Su verdadero significado se reveló más adelante.

—Sí —murmuró Mael—, y lo que la profecía decía…

Sechul Lath aguardó a que continuase, pero Mael guardó silencio e intentó avistar a Olar Ethil en la distancia. Hacía tiempo que Olar Ethil había tomado la forma de una mujer imass, un cuerpo de caderas anchas y pechos caídos. La última vez que Nudillos la vio aún era mortal, o eso creía recordar. Llevaba una extraña máscara venida a más que tenía toda la apariencia de un cesto de mimbre que se hubiese colocado en la cabeza. Ni siquiera tenía agujeros para los ojos o la boca. Olar Ethil era la matrona de todos los Invocahuesos, la madre de una raza entera. Pero incluso las madres tienen secretos.

Ya no llevaba aquella máscara. De hecho, aquel recipiente de carne tampoco ocultaba mucho. Estaba reseca, poco más que un manojo de tendones y huesos. Una t’lan imass. De sus hombros colgaban pellejos de serpiente a los que había atado varios objetos misteriosos, guijarros agujereados, trozos de gemas bastas, un atajo de pequeños pajarillos muertos. De un cordón alrededor de su cintura pendía un tosco cuchillo de obsidiana.

Su sonrisa era casi un tic involuntario. Los dientes amarillentos parecían demasiado grandes para su boca. No había luz alguna en las cuencas de sus ojos.

—¿Cómo era aquello? ¿Tanto el amante de tu madre como tu retoño? ¿Cómo te has convertido en esto, Olar Ethil?

—¡Eleint! —gruñó Kilmandaros.

Olar Ethil habló:

—He atravesado el reino de los fuegos primordiales. He navegado por el cielo muerto de la maldición de Kallor. Y he visto todo lo que necesitaba ver.

Giró la cabeza hacia el Errante. Su cuello emitió una serie de crujidos y desagradables quejidos.

—No hubo manera de encontrarte. Te escondiste detrás de tu patético trono y demostraste la falsedad de tu poder. Hace mucho que el mundo ha entendido tu mensaje, aunque su naturaleza jamás llegará a interiorizarlo. Estás perdiendo el tiempo, Errastas.

Sechul Lath se sorprendió de hasta qué punto las palabras de Olar Ethil coincidían con sus propios pensamientos. *Ahórrate la charla, Olar Ethil. Jamás te hará caso*.

Ella se volvió hacia Mael.

—Tus hijas corren libres por el mundo.

El viejo se encogió de hombros.

—Eso es lo que hacen las hijas. De hecho, es lo que deberían hacer. Lo contrario me supondría una decepción. Sería un mal padre si no las hubiese empujado fuera del nido. Estoy seguro de que el Errante apreciará mi gesto en cuanto le crezcan dos dedos de frente. ¿O es que el cerebro se te escapó por el agujero del ojo cuando aquella bruja te lo arrancó?

Olar Ethil soltó un cloqueo divertido.

Errastas se envaró.

—Soy yo quien os ha convocado aquí. Ninguno de vosotros ha sido capaz de negarse a mi llamada, ¡ni uno solo!

—A mí me has ahorrado el tiempo de darte caza —dijo Mael—. Tienes mucho por lo que responder, Errante. Tu ansia por arruinar las vidas de los mortales…

—¡Es exactamente a lo que me dedico! ¡Es lo que siempre he hecho! Además, mira quién habla, Mael.

¿Cuántos millones de almas has ahogado tú? Cientos de millones, solo para alimentar tu poder. No, viejo, no te atrevas a sermonearme.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Mael—. Sabes que no podemos ganar esta guerra, ¿verdad?

—No has prestado la mínima atención a lo que está pasando —replicó Errastas—. Los dioses se están reuniendo para luchar contra el Caído. No quieren compartir este mundo con él.

—Tú tampoco, por lo que parece.

—Nunca le negamos un lugar en el panteón a ningún dios en ascenso, Mael.

—¿Lo dices en serio?

El Errante enseñó los dientes en una mueca feroz.

—¿Acaso corríamos el peligro de quedarnos sin sangre mortal? Fueron nuestros hijos quienes nos traicionaron, quienes se alejaron de la fuente primordial de poder al aceptar la oferta de K’rul. Y de paso, nos negaron nuestro derecho divino.

—Muy bien —dijo Sechul—, ¿y dónde está el hermano K’rul? ¿Dónde está la Hermana de las Noches Frías? ¿Dónde están los lobos, que gobernaron este reino mucho antes de que el primer humano apareciese? Errastas, ¿a qué se debe que no los hayas invocado a ellos?

—K’rul merece el destino que aguarda a todos los dioses. Su traición fue la más alta de todas. —El Errante hizo un ademán de rechazo—. Con los lobos es imposible razonar; hace tiempo que los he dejado por imposibles. Que se queden con los Tronos de la Bestia, ahí es donde deben estar.

—Además —añadió Mael en tono seco—, son inmunes a la mordedura de la ambición. Por suerte para ti.

—Por suerte para todos nosotros.

Mael se encogió de hombros ante la réplica del Errante.

Olar Ethil soltó otra carcajada y dijo:

—No entendéis nada, ninguno de vosotros. Lleváis demasiado tiempo escondidos del mundo. Todo está volviendo. Todo se alza de nuevo. Y estos estúpidos humanos ni siquiera se han dado cuenta. —Hizo una pausa, ahora que todos la miraban, de entre sus labios surgió algo parecido al aliento—. Kallor sí que lo comprendió. Él vio lo que se escondía debajo de la piel de Zorraplateada. Lo que aún se esconde. ¿De verdad pensáis que se ha acabado el tiempo de los t'lan imass? Es verdad que cometió un error propio de su juventud cuando liberó al primera espada, pero eso ya está perdonado. De hecho, he preparado su regreso.

»¿Y qué me decís de los jaghut, que no dejan de aparecer como setas venenosas? Supongo que os dará alivio pensar que son incapaces de cooperar juntos, pero, claro, las mentiras dan mucho alivio. ¿Y si os dijera que catorce jaghut aniquilaron a un centenar de nah'ruk en las Tierras Yermas no hace ni un puñado de días? ¿Y si luego os digo que cinco mil humanos han atravesado el Camino de Gallan llevando con ellos la sangre de los tiste andii? ¿Y que alguien de sangre real andiiana ha cruzado las puertas de la difunta ciudad de Kharkanas y del Camino de Gallan? Pensad que en esa senda sangrienta aún cazan los tiste liosan —se volvió hacia Kilmandaros y su voz se quebró—, y cosas mucho peores. Estáis todos ciegos. ¿El dios Tullido? No supone el mayor peligro. Sus aliados entre los dioses están enfrentados y desperdigados. La corrupción devora su culto entre los mortales, sus fieles no son más que aquellos acabados y perdidos. Kaminsod carece de ejército que lo defienda. Los pedazos de su cuerpo están desparramados por los siete continentes. Puede darse por muerto.

Señaló al Errante con un dedo huesudo.

—Hasta la Baraja de Dragones cuenta con un nuevo señor. Y te diré, Errastas, que no eres rival para él. No eres lo

bastante poderoso.

El lamento del viento rubricó de alguna manera sus palabras. Ninguno de ellos se atrevió a replicar. Incluso Errastas parecía aturdido.

Olar Ethil se aproximó al menhir destrozado.

—Kilmandaros, miserable vaca descerebrada, los imass crearon este santuario como un acto de amor, un lugar donde ninguno de nosotros pudiera alcanzarlos para inocular nuestra ponzoña en sus almas.

Los puños de Kilmandaros se apretaron. Clavó una mirada hueca en la anciana.

—Me da igual —dijo.

—Puedo destruir a los dioses jóvenes —dijo de pronto Errastas—. A todos y cada uno de ellos.

—¿Le has hablado a Kilmandaros de ese asesino secreto tuyo? —inquirió Olar Ethil—. Oh, por supuesto que sabía que estabas allí. Sé bien lo que has hecho. Y lo que pretendes hacer.

Sechul Lath frunció el ceño. Había perdido el hilo, aún le daba vueltas a las palabras de Olar Ethil. ¿De qué hablaba? ¿Un asesino secreto?

—Háblales de tu eleint —dijo Olar Ethil.

—Lo haré cuando libere al asesino, cuando haya hecho lo que se exige de él. —Errastas esbozó una sonrisa—. Para entonces, Kilmandaros habrá de recibir un regalito.

—Ella ya tiene al asesino.

—De ese modo, cuando todo haya acabado, seremos nosotros los únicos que queden en pie. Olar Ethil, todas esas cosas de las que hablas no importan lo más mínimo. Los jaghut no son lo bastante numerosos para suponer una amenaza, da igual que estén vivos o no muertos. El polvo de los t’lan imass ha cruzado el océano y se acerca cada vez más a las costas de Asilo, pero todos sabemos lo que allí le aguarda. Y la ciudad de Kharkanas está muerta, como tú

bien dices. ¿Qué importa pues que la sangre real andiiana haya regresado a ella? Madre oscuridad les ha dado la espalda a sus retoños. Y en cuanto a los tiste liosan, bien sabido es que carecen de líder. ¿Alguno de nosotros piensa que Osserc regresará a ellos?

Sechul Lath se abrazó con más fuerza. No se atrevía a mirar a Kilmandaros. Ni Olar Ethil ni Errastas habían mencionado a los forkrul assail. ¿Acaso ignoraban su existencia? ¿Era aquel conocimiento que tanto Sechul Lath como Kilmandaros poseían un secreto? *No podemos confiar en ti, Olar Ethil. Errastas no debería haberte convocado a este encuentro. Eres peor que K'rul. Representas una amenaza mayor que Draconus o Trotafilos. Perteneces a los eleint y a los t'lan imass, y a ninguno de dos has tenido jamás bajo tu control*.

—El Señor de la Baraja tiene una aliada —dijo Mael—. Una de la que ni siquiera tú sabes, Olar Ethil. Y es más impredecible que cualquiera de las tabas que Sechul Lath sea capaz de lanzar. —Sus ojos fríos se clavaron en el Errante—. Estarías dispuesto a devorar a nuestros hijos, pero incluso ese deseo demuestra hasta qué punto has perdido el norte. Tanto tú como el resto de nosotros no somos más que los desechos de la historia. Tus niños han crecido, Errante. ¿Es que no entiendes lo que eso significa?

—¿Quieres decirme qué clase de estupidez estás…?

—Nuestros hijos —cortó Sechul Lath, con una súbita certeza—, ya son lo bastante mayores para engendrar hijos ellos mismos. ¡Por el Abismo!

Errastas parpadeó durante unos segundos, pero al fin se recompuso e hizo un gesto de desprecio.

—En caso de que los engendrasen, cualquiera de esos retoños sería una víctima fácil una vez que nos encarguemos de sus padres, ¿no os parece?

—Una víctima. ¿Como nosotros, quieres decir?

Errastas le lanzó una mirada a Mael. Sechul Lath soltó una risa sarcástica que más bien era un ladrido.

—Ya entiendo lo que quieres decir, Mael. Si matamos a los nuevos dioses, eso solo allanaría el camino a sus hijos.

—Todo esto no son más que sandeces —dijo Errastas—. No siento la presencia de ningún… nieto. No siento nada en absoluto.

—El Embozado invoca a los muertos —dijo Olar Ethil, como si Mael la hubiese obligado a tomar un camino que solo ella fuera capaz de ver—, pero esos catorce jaghut no eran cosa suya. No tiene control alguno sobre ellos. Los invocó un ascendiente que hace solo algunos años todavía era mortal. —Se encaró con Mael—. He visto a los muertos. Se desplazan, no como una masa descerebrada, sino como un ejército. Es como si el mundo hubiera cambiado al otro lado de las puertas del Embozado.

Mael asintió.

—Ahora que lo mencionas, ¿qué está tramando el Embozado? Él mismo fue un jaghut en su día. ¿Desde cuándo un jaghut sabe siquiera lo que es delegar? Olar Ethil, dinos: ¿quién es ese ascendiente del que hablas?

—Llegó por partida doble a la esfera de la veneración. Por un lado, a través del culto de una tribu, que lo denominó Iskar Jarak. Un salvador, el que otorga la sabiduría. Por otro lado, como comandante de una compañía de soldados a los que se les prometió trascender su carne mortal en un cántico de un caminante espiritual tanno. La compañía entera trascendió tras su muerte.

—¿Soldados? —preguntó Errastas, confundido—. ¿Cómo van a trascender unos soldados?

Como si la misma idea lo llenase de pavor.

—¿Y cómo lo llamaban esos soldados? —preguntó Mael.

—Whiskeyjack. Era un malazano.

—Un malazano —asintió Mael—. También lo es el Señor de la Baraja. Como también lo es su impredecible y supuesta aliada, la consejera Tavore, que lidera ahora mismo a todo un ejército malazano hacia el este, a través de las Tierras Yermas. —Se volvió hacia Sechul Lath—. Van de camino a Kolanse.

¡Este bastardo lo sabe! ¡Sabe el juego al que estamos jugando! Le costó muchísimo no revelarlo todo con una mirada a Kilmandaros. La silenciosa certeza que veía en los ojos de Mael le provocó un escalofrío.

Olar Ethil les regaló una tercera carcajada, un regalo que ninguno de ellos quería.

Errastas no era ningún idiota. Escrutaba a Sechul Lath con la sorpresa tiñendo su mirada.

—Vaya, vaya —dijo en voz baja—. Supongo que en tantas noches de lanzar los huesos para Kilmandaros aquí presente, de algo tuvisteis que hablar. Para matar el tiempo, por así decir. ¿Quizás os dio por esbozar algún plan, Sech? Qué tonto he sido al pensar que probablemente os conformaríais con pasar el tiempo y olvidaros del mundo. —Esbozó una sonrisa cargada de amenaza—. Parece que me la habéis jugado con vuestros impresionantes talentos.

—Este encuentro ha sido demasiado prematuro —terció Mael—. Errante, considérate expulsado de Letheras. Si vuelvo a sentir tu presencia, te daré caza y te ahogaré con las mismas contemplaciones que le dedicaste a la Bruja de la Pluma: ninguna.

Dicho esto, se acercó al manantial y desapareció de la vista a través del sumidero.

Olar Ethil apuntó a Kilmandaros con un dedo en un gesto de advertencia, y luego encaminó al norte su penosa colección de huesos y pellejo. Los tres dioses ancestrales que permanecieron la siguieron con la mirada. Cuando la t’lan imass se encontró a unos cincuenta pasos de distancia,

su cuerpo adoptó forma draconiana y echó a volar, dejando tras de ella apenas una nube de polvo.

Kilmandaros soltó un gruñido grave.

Sechul Lath se restregó el rostro con las manos y soltó un suspiro.

—Tu única meta es drenar todo el poder reinante, Errastas —dijo, mirando al Errante—, pero parece que todos hemos estado trabajando por nuestro lado con ese mismo objetivo.

—Os habéis adelantado.

Sechul se encogió de hombros.

—No teníamos la menor esperanza de que fueras a aparecer de pronto.

—No me gusta que me la jueguen, Setch. ¿Piensas que una alianza conmigo carece de valor?

—Has alterado la estrategia por completo y sin remisión. Tal y como ha dicho Mael, aunque probablemente por otras razones, este encuentro ha sido demasiado prematuro. Ahora nuestros enemigos saben de nuestra existencia —volvió a suspirar—. Si te hubieras quedado en tu lugar, en silencio, bueno, Madre y yo les habríamos arrebatado el poder de debajo mismo de sus narices.

—Y lo habríais compartido solo entre vosotros dos.

—El botín se lo quedan los vencedores. —*Pero no esta locura usurpadora, este deseo de volver a lo que una vez fue*—. Aunque, te diré que, si hubieras venido a nosotros con humildad, habríamos sigo magnánimos contigo… por los viejos tiempos.

—Ya veo.

Kilmandaros se encaró con él.

—¿De verdad ves, Señor de los Dominios? Nos has convocado aquí, y lo único que has sacado en claro es que eres el más débil y el más ignorante de todos nosotros. Nos has obligado a todos, a Sechul, a Mael y a Olar Ethil, a

ponerte en tu sitio. A hacerte darte cuenta de que has sido el único que has dejado pasar el tiempo consumido por la autocompasión y sin hacer nada. Quizá Mael piense que nuestro tiempo se ha acabado, pero de ser así, ¿cómo es que se ha asegurado de que su número de devotos continúa creciendo? ¿Cómo es que un sacerdote jhistal suyo está a punto de tomar el poder del imperio más poderoso que ha visto este mundo desde los tiempos de Kallor y Dessimbelakis? ¿Quién de todos nosotros ha demostrado hoy que no tiene la menor pizca de cerebro?

Errastas se alejó de ellos con un gruñido.

Sechul se giró hacia su madre.

—Creo que Mael nos estaba advirtiendo al referirse a la tal consejera Tavore y a esos condenados malazanos.

—Y a los hijos de los dioses. Sí, son muchas advertencias, Sechul. También hay que considerar las de Olar Ethil. Los jaghut, los t'lan imass, los tiste andii. ¡Bah!

—Se acabó la sutileza —dijo Sechul Lath—. Errastas, vuelve con nosotros. Tenemos mucho que discutir. Ven y te mostraré la senda que ya he preparado. Te enseñaré lo cerca que estamos de conseguir lo que ansiamos. A cambio, tú puedes decirnos cómo planeas liberar al eleint de otataralita. En estos intercambios reside el corazón de las alianzas, ¿me equivoco?

Su pobre amigo había resultado humillado. Bueno, de las lecciones se aprendía. Sobre todo cuando era otro quien las recibía.

Kilmandaros dijo:

—Ha llegado la hora de reconstruir el puente, Errastas. Hemos de asegurarnos de que sea fuerte, inmune al fuego y a cualquier amenaza. Dime cómo puedo matar al otataral eleint, y habré de permitirte acompañarme.

Con el tiempo, Errastas regresó a ellos, tal y como sabían que haría.

—Nunca quemaban un puente a su espalda sin asegurarse de haber terminado de construir otro más adelante. Pero llegó el día en que se acabaron los puentes. Ningún lugar había al que avanzar. Era el final de la senda.

Sepia alargó una mano y alguien puso un jarro en ella. Dio un trago sin siquiera mirar a los soldados con los que compartía el brasero. El reguero de agua que caía bajo el techo plano del casco los envolvía con un continuo sonido rasposo, demasiado cerca del zapador como para que estuviese tranquilo del todo. Menuda tontería, ser marinero y odiar el agua. Ríos, lagos, mares y lluvia, Sepia lo odiaba todo.

—Coral Negro —dijo alguien en voz baja, casi con fervor.

—Como las diez mil venas en tu mano —replicó Sepia en tono amargo—, así se transmiten las historias. No hay un solo ejército malazano que no los conozca. La Cadena de perros, la Ladera, el Camino de Aren, Perronegro, Pale… y, por supuesto, Coral Negro, donde murieron los Abrasapuentes.

—No murieron todos —objetó el mismo soldado de antes.

Sepia no reconoció la voz, y de todos modos allí dentro estaba demasiado oscuro como para ver quién había hablado. Se encogió de hombros.

—Ben el rápido, el mago supremo. Seto muerto, le llamamos así porque allí es donde murió. Él fue el único que no sobrevivió. Quizás un puñado de los otros sí lo consiguió. Sea como sea, los Abrasapuentes cayeron y así es como lo recogen las historias que se cuentan. Fueron destruidos por completo en Coral Negro, en las postrimerías de la guerra painita. Los pocos que sobreviven a este tipo de cosas, bueno, digamos que acaban por desaparecer como

bocanadas de humo. —Dio otro sorbo al jarro—. Así son las cosas.

—Por ahí se cuenta que los moranthianos negros los abandonaron en la ciudad —intervino otro soldado—. Y que ellos solos tomaron el palacio. Fueron directos a por el mismísimo Dominio Painita. ¿Puede ser que Whiskeyjack ya hubiera muerto para entonces? ¿Quién puede saberlo?

—Si no, ¿por qué no estaba al frente de sus hombres? Si hubiera estado, quizá no habrían…

—Una manera muy estúpida de pensar —dijo Sepia con un cabeceo.

Podía oír los lentos cimbreos que provocaban las barcazas cercanas. Aquel maldito río estaba atestado de embarcaciones. Las tripulaciones letherii se devanaban día y noche en evitar que chocasen o se trabasen entre ellas. Los Cazahuesos y los escoltas del comandante Brys intentaban navegar por el río en dirección sur. Al menos veinte mil soldados, más apoyo, animales y todo el equipamiento completo. Y aun así, era mejor que andar. Mejor y, en cierto modo, peor, pues le hacía pensar constantemente en atraques pasados, en marineros que se abrían paso bajo un granizo de flechas y piedras de honda y que acababan muertos o ahogados. En barcazas ardiendo a fuego vivo. En los chillidos de hombres y mujeres.

Aunque aquella vez no esperaban atracar bajo fuego enemigo. Aquel era prácticamente un viaje de placer, estaban rodeados de aliados. Todo era civilizado, pacífico, tanto que los nervios de Sepia estaban a flor de piel.

—Las cosas salieron como salieron. Se toman decisiones, ocurren accidentes y el destino, tarde o temprano, nos encuentra. Recordadlo cuando nos toque a nosotros.

—De nosotros no se compondrán canciones —dijo aquel soldado oculto a la vista—. Nosotros no somos los

Abrasapuentes, ni los Espadas Grises, ni el Séptimo de Coltaine. Eso es lo que dijo la consejera.

—Abre ese último jarro —pidió alguien.

Sepia apuró el que tenía en la mano de tres rápidos tragos. Lo dejó a un lado y prosiguió:

—Cazahuesos —dijo—. ¿Fue aquello idea de Violín? Puede. La verdad es que no me acuerdo.

Solo me acuerdo de la desesperación. Me acuerdo de la consejera. Y de las calles de Aren, tan vacías y silenciosas. Recuerdo que me sentía roto por dentro, y ahora me pregunto si algo ha cambiado, por pequeño que sea.

—Lo único que sobrevivió fueron las historias que se cuentan. Pero ni todas ellas se acercan a la historia real. Lo que pasó de verdad, eso no lo sabremos nunca. Pensad en todas las historias que se han perdido. No solo las historias de reinos e imperios, sino las que viven dentro de cada uno de nosotros, de cada persona que ha pisado la faz de este mundo.

Cogió de un zarpazo el siguiente jarro de ron de melocotón en cuanto lo tuvo a su alcance.

—¿Qué es lo que buscáis? ¿Qué es lo que ansía cualquiera de vosotros? ¿Queréis acaso la fama de los Abrasapuentes? ¿Para qué habría de serviros? Están muertos, todos ellos. ¿Acaso queréis una gran causa por la que luchar? ¿Por la que morir? Todavía estoy por ver algo que merezca que entregue mi vida.

Sepia alzó por fin la mirada y la paseó por aquel semicírculo de rostros en penumbra, tan jóvenes y, ahora mismo, tan lúgubres.

A su espalda, una nueva voz dijo:

—No basta con ver, Sepia. Hay que saber. Te escucho y solo oigo el runrún de un soldado que piensa que su fin está cerca.

Sepia dio otro trago.

—Solo estamos charlando, sargento Gesler. Eso es todo.

—Menuda charla. —Gesler se abrió paso hasta ellos a codazos. Los soldados se apartaron para dejarle hueco. Se sentó justo frente al zapador—. Tus compañeros quieren historias, Sepia, no una razón para tirarse por la borda. Ese tipo de razones las hay a patadas, ya deberías saberlo.

—Aquí solo se está hablando sin tapujos, sargento.

—Ya lo sé. Esto no es ninguna reprimenda oficial. Eso se lo dejo a vuestro propio sargento. Eso sí, si estuviera aquí, os estaría despellejando ahora mismo. Pero no, aquí y ahora, tú y yo no somos más que dos viejos soldados.

Sepia asintió con un rápido cabeceo.

—Muy bien. A lo que me refería es que…

—Ya lo sé. A que la gloria sale muy cara.

—Eso es.

—Y a que no vale la pena.

—Exacto.

—Pues ahí es donde te equivocas, Sepia.

Aquello era una charla informal y nada más, pero Sepia no era idiota.

—Si usted lo dice.

—Todas esas decisiones de las que te quejabas, las que te llevan hasta algo que no puedes evitar, a un sitio del que no puedes escapar. Dices que no valen la pena, Sepia, pero eso mismo también es una decisión. Es tu decisión. Y, tal y como yo lo veo, puede ser que lo que pase es que necesites algo de compañía para respaldar esa decisión. Personalmente, me parece que no eres más que un condenado lastre, y no porque no seas un buen soldado. De hecho, lo eres. Sé de buena tinta que, cuando el hierro comienza su canción, tenerte guardando mi espalda me da seguridad. Lo malo es que no dejas de mearte en las brasas y de quejarte de la peste.

—No soy más que un zapador que lleva un puñado de municiones. Cuando se me acaben, me encontraré al alcance de las ballestas, y ya no corro tan rápido como antes.

—Ya he dicho que lo que me preocupa no es tu habilidad en combate. Puede que no seas tan rápido a la hora de recargar, pero los disparos que hagas marcarán la diferencia, y no intentes convencerme de lo contrario.

Por toda respuesta, Sepia dio un bronco cabeceo. Él solo se había buscado aquella reprimenda que se suponía que no iba a recibir. Hablar a las claras le había servido para que se llevase una tunda como un clavo oxidado en una plancha de madera. Y encima, delante de aquel puñado de novatos.

—Ya había zapadores —continuó Gesler—, mucho antes de que contáramos con municiones. De hecho, los otros zapadores necesitan veteranos como tú, los que recuerdan aquellos días —hizo una pausa, y luego añadió—. Tengo una pregunta para ti, Sepia.

—Adelante.

—Quiero que me digas qué es lo único que de verdad puede pudrir a un ejército por dentro.

—Demasiado tiempo sin nada que hacer.

—Sin nada que hacer más que hablar y hablar. ¿Cómo es que la gente que menos cosas útiles tiene que hacer son los que más hablan?

Aquel soldado oculto en sombras que había hablado antes volvió a abrir la boca detrás de Gesler:

—Porque la mierda que arrastran nunca se acaba, sargento. Al contrario, crece y crece cada día.

Sepia oyó alivio en la risa que siguió al comentario. Le ardía el rostro, pero quizá se debía a los carboncillos del brasero, o al ron, o a ambos. A lo mejor solo estaba borracho.

—Con tanta charla de meados y mierda me están entrando ganas —murmuró, y se obligó a levantarse. Se

tambaleó un segundo, pero acabó encontrando el equilibrio. Giró sobre sí mismo y se dirigió a paso torpe hacia popa.

—Tú —dijo Gesler mientras el zapador se alejaba—, el que ha hablado a mi espalda. ¿Eres tú, Contramano?

—Soy yo, sargento. Pasaba por aquí cuando oí toda esta cháchara.

—Pues ve tras él, asegúrate de que no se da un trompazo en el camino.

—Sí, mi sargento. Ah, y gracias, me estaba amargando la travesía.

Gesler se restregó la cara. Sentía la piel suelta y floja, toda flexibilidad perdida largo tiempo atrás. Envejecer era un asco, decidió.

—Seguramente necesite que lo zarandeen un poco para despertarse —dijo en voz baja—, pero nos hace falta a todos. Venga, pasadme ese jarro. Me ha entrado sed.

No reconoció ninguna de las caras que atisbaba alrededor del brasero. Eran jóvenes soldados de infantería; la mayoría no había entrado en una sola batalla desde que se alistaron. Habían presenciado el asalto de los marineros a Y'Ghatan y la batalla en los puertos de Ciudad Malaz. Habían visto a aquellos mismos marineros zarpar para invadir las tierras de los letherii. Sí, habían presenciado muchas cosas. No había marcha, simulacro o ejercicio que llenase más la cabeza de un soldado de hambre de gloria que aquello que habían presenciado.

Gesler sabía con qué admiración miraban aquellos soldados a los marineros. Sabía cómo se cuchicheaban sus nombres, como leyendas a punto de forjarse. Rebanagaznates, Oloramuerto, Hellian, Masan Gilani, Crujido, Cachipolla y todos los demás. Ya sabía de aquella maldita devoción casi religiosa que le profesaban al Sargento Violín. Y sabía lo que pasaría si, los dioses no lo permitiesen, algo le sucedía a él.

A lo mejor Sepia estaba en lo cierto quitándoles los pájaros de la cabeza. Con toda esa charla depresiva sobre gloria y la forja de las leyendas que no lo eran tanto. A lo mejor tenía razón al tirar por tierra todas aquellas ideas románticas. No alberguéis la menor fe. Hasta las leyendas mueren. Un escalofrío recorrió a Gesler. Dio un largo trago de ron.

Le supo a mierda.

Botella se escabulló. Había estado escuchando a Sepia, y había visto a Gesler moverse subrepticiamente hasta ocupar el lugar del zapador. Ya estaba preparado para pasar la noche entera bebiendo.

Todo el ejército descansaba en los muelles, aburridos y vagos. Tras la marcha hacia el este desde Letheras, habían atravesado el río Lether y cruzado al paso las ricas tierras del sur, hasta llegar por fin a aquel río al que llamaban el Gress. Ni un solo momento en toda la maldita travesía se habían visto cortos de comida, agua o putas. Lo habían hecho todo a un paso tan calmado que casi no habían ni sudado. Legua tras leguas de trifulcas alcoholizadas y resacas brutales sin que nadie tuviera la menor idea de hacia dónde se dirigían, cuál era su objetivo o qué les aguardaba en el camino.

Entre la soldadesca corría la broma de que, una vez que llegasen al final del camino en la ciudad de Gress en el mar Draconis, el ejército entero se limitaría a girar sobre sus talones y marchar hacia el oeste hasta llegar de nuevo a Letheras, donde volverían a cambiar de sentido y encaminarse a Gress de nuevo, una y otra y otra vez. La verdad es que la broma no le hacía gracia a casi nadie, pero por algún motivo la seguían repitiendo, e incluso cuando ya

no tenía el menor sentido, volvía a dar la vuelta y a repetirse de nuevo. *Algo así como la disentería*.

Las cuarenta y dos barcazas que les habían estado esperando al sur de la cordillera Rosazul, justo tras las cataratas del Gress, eran todas nuevas. Las habían construido especialmente para transportar al ejército río abajo. Una vez que llegaran al final del camino y descargasen a toda la soldadesca y los suministros, las barcazas serían desmontadas y se cargaría con ellas hasta el río Kryn Oeste. Allí las volverían a construir para que pudiesen navegar en ellas hasta la cuenca interior Jacinto, y de allí hasta las tierras de los d'rashilhani, a los que venderían la madera. Así de listos eran los letherii. Si se podía ganar beneficios de una transacción una vez, ¿por qué no dos veces? En cierto modo, consideró Botella, aquello era una habilidad admirable. Quizás. Aun así, imaginaba que esas tendencias acababan convirtiéndose en una adicción, un veneno para el alma.

Fue hasta el barandal libre más cercano y contempló el brillo jade del agua. La enorme silueta de otra barcaza se dibujaba junto a la orilla opuesta. El aire nocturno estaba atestado de murciélagos de alas batientes. Creyó atisbar una figura en la barcaza, quizás haciendo lo mismo que hacía él, y se preguntó si lo conocía. Los escuadrones se habían desperdigado por completo, probablemente debido a la brillante idea de algún mandamás que pensó que así se fomentarían nuevos lazos y amistades entre los soldados.

O quizá se debía a que por fin se habían dado cuenta de que las tropas necesitaban un descanso de estar todo el día mirándose las caras unos a otros. La solución había sido mezclarlos para evitar que crecieran las ganas de asesinarse entre ellos. Bien sabía el Embozado que Botella no echaba de menos a Koryk o a Sonrisas. La única pena era haber

tenido la maldita suerte de haber acabado en la misma cubierta que Sepia.

El tipo era un agorero con patas. Pero, claro, gente así no faltaba en ningún ejército. Amargados y mortecinos que empleaban cada gota de aliento que tenían en quejarse. En su día, Botella admiraba a ese tipo de soldados, los que habían visto de todo y aún no había nacido quien pudiera impresionarlos. Los que miraban a la cara de los reclutas como si escrutaran una máscara mortuoria. Ahora, en cambio, se daba cuenta de hasta qué punto despreciaba a ese tipo de soldados.

A lo mejor era un poco injusto. Nadie querría para sí el tipo de penurias y horrores que los habían convertido en lo que eran. ¿Verdad? Los soldados más jóvenes como él tenían que aguantar la maldición de lo que habían sobrevivido, la herida que marcaba a todos los veteranos. Una herida que supuraba. Que se pudría. Que mataba sueños.

Botella no era de esos. No tenía el menor deseo de unirse a sus filas. Le resultaba imposible imaginar a un ejército entero compuesto únicamente de esos seres recosidos y encrespados. *Precisamente así eran los Abrasapuentes. Así eran los soldados de Coltaine, al final. La hueste de Unbrazo. La piedra de Melena Gris. La primera espada de Dassem. Todos ellos, soldados de ojos muertos*. Un escalofrío recorrió a Botella. Se apretó el chubasquero contra el cuerpo. Los Cazahuesos llevaban el mismo camino que todos los demás. Eso si el ejército no se hacía pedazos antes.

Pero, espera un momento, Botella. Te has olvidado de Violín. Él es distinto. Aún se preocupa... ¿verdad? La mera pregunta le quitaba el sueño. Últimamente su sargento se había ido volviendo cada vez más huraño y distante. ¿Quizás era un problema generacional? ¿O el peso del rango? Podría ser; desde que lo había aceptado entre los Abrasapuentes había adquirido muchas más

responsabilidades que las de un soldado normal. A fin de cuentas era un zapador, y todo el mundo sabía que los zapadores eran una amenaza intrínseca para el resto de sus compañeros, más allá del enemigo. Ahora Vin era sargento; y mucho más que eso, en realidad.

Había sido el intérprete de la Baraja de Dragones. El legendario superviviente de entre los Abrasapuentes. Era la pica clavada estoica en el suelo; no importaba lo fuerte que soplase el viento, se mantenía inmóvil. Todo el mundo se agarraba a ella, todo el condenado ejército. *Resistimos todos juntos. No lo hacemos por la consejera, ni por Ben el rápido ni por el puño Keneb. Resistimos por Vin, por un maldito sargento*.

Por el aliento del Embozado, qué mal suena eso. No debería pensar semejantes cosas. Vin se merece algo mejor. Se merece recuperar su vida.

Era comprensible que saliera corriendo cuando la consejera quiso que le interpretase las cartas.

El agua negra corría a su alrededor. La corriente arrastraba lo que podía hacia el mar lejano, con total indiferencia a sus pensamientos. Las memorias del hielo y la nieve de las montañas la volvían fría, el cieno y los grumos de tierra y piedras convertidas en polvo la ralentizaban. Tortugas enormes se desplazaban por el lodo en el fondo. Diminutas anguilas chupasangres, poco más que una cola pegada a unas fauces, se deslizaban por las corrientes en busca de los suaves estómagos de las gigantescas carpas y los siluros. Sobre piedras erosionadas y bancos de grava se desplegaban perezosas flores de limo y verdín. En su lecho enlodado descansaban ánforas de arcilla, fragmentos de metal corroído que en su día fueron herramientas, adornos o armas, amén de los huesos desgastados y apenas cubiertos de incontables animales. No había duda de que el fondo de aquel río estaba atestado, desplegado como un pergamino

en el que se escribiese una historia cuyo final llegaba hasta el mar.

Los pensamientos de Botella habían empezado a vagar, a desplazarse pasito a pasito entre la multitud de criaturas que se agolpaban bajo la superficie del río. Aquello se había convertido en una costumbre. Allá donde se encontrase, de pronto extendía unos tentáculos mentales que se expandían como raíces hasta crear una maraña de percepciones. Sin aquellos momentos, se encontraba perdido, aunque ese tipo de sensibilidad no era ni mucho menos un don. En cuanto se dio cuenta de hasta qué punto todo a su alrededor estaba interconectado, también creció su sospecha de que cada vida contaba con su ciclo cerrado y virtualmente ciego a todo lo ajeno a ese ciclo. No importaba lo que cada uno creyese, todos ellos viajaban inmersos en una profunda ignorancia de la inmensidad del universo.

Aunque sus mentes no daban para más. La mente humana no estaba preparada para comprender la profundidad, y cada vez que acariciaba la maravilla y la inmensidad, acababa por alejarse ante la imposibilidad de encontrar agarre. *No, casi todos nos contentamos con las astillas que saltan tras la mordedura del hacha, las espigas que nos llevamos con nosotros, las semillas que esparcimos, el sabor del fermento en la boca, la caricia del amor y el deseo en la punta de los dedos. Ante el misterio de lo desconocido y lo incomprensible, el consuelo del confort no miente. Se arrebuja en nuestras moradas, en las caras que conocemos, en nuestro pasado y en el futuro que ansiamos para nosotros*.

Todas estas cosas son sólidas, podemos tocarlas, aferrarnos a ellas. Incluso aunque ansiemos las otras.

¿Acaso no era así de simple la definición de religión? ¿Ansiar lo que había más allá? ¿Alentar ese anhelo con fe, remedar nuestro deseo a través de rituales? *Aquello que*

deseamos que sea, por definición, es. Aquello que ansiamos encontrar, en verdad, existe. Al creer, creamos, y al crear, encontramos lo que ansiamos.

Y sin embargo, según ese argumento, ¿no se cumplía exactamente lo contrario? Aquello en lo que dejamos de creer, deja de existir. La verdad nace de lo que buscamos. Creamos para ser capaces de creer, y no encontramos más que aquello que hemos creado.

En ese caso, ¿existen los milagros más allá de nosotros mismos?

Es nuestra creencia la que crea a los dioses. Y del mismo modo somos capaces de destruirlos con un simple pensamiento. Con un momento de rechazo, con un instante de negación.

¿Acaso era aquel el verdadero rostro de la guerra que se avecinaba?

La mera idea le dio escalofríos. Botella contrajo sus sentidos y se alejó de las chispas indiferentes que se arremolinaban en el fondo del río. Ahora necesitaba algo más… cercano. Algo humano. Necesitaba a las ratas que se arremolinaban en la bodega junto a un jarro de ron.

Oloramuerto soltó una tos y echó dos monedas en el cuenco.

—No te vas a llevar la jaula, Rebanagaznates. Mira cómo vuelve con papá ese cuatro. —Alzó la mirada y su ceño se arrugó—. ¿Qué pasa? Tira esos huesos, idiota.

—Tienes que estar de broma. ¿Ebron?

—Sí. Ha encantado el cuenco.

Rebanagaznates se inclinó hacia delante.

—Te estás buscando problemas, Oloramuerto. Y tú entérate, Ebron, ya que eres mago y toda la pesca…

—¡Eh! Solo te he dicho…

—Sí, solo me has dicho, y con buenas maneras. Haz el favor de escucharme, Oloramuerto. A lo mejor no pasa nada por ir encantando los huesos y tal, siempre que juegues contra memos o crédulos, o ambos. Pero, por si lo has olvidado, yo soy Rebanagaznates. Me gano la vida matando gente de maneras que ningún soldado cuerdo podría imaginar. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Si pones en práctica tus artes en este juego, quizá yo haga lo mismo con las mías.

—Por todos los dioses del Abismo —dijo Oloramuerto—. No hay necesidad de ponerse así.

—Estás haciendo trampas.

—¿Y qué?

—¡Trampas con hechicería!

—Ya no soy tan rápido como para hacer las tradicionales. Andaba un poco desesperado.

—¿Un poco? Ebron, estarás de acuerdo en que una trampa decente es algo de esperar. Pero hacer trampas con magia, perdona, pero es inaceptable. Este tipo de trampas pide cuchillo a gritos, y si yo no fuera tan magnánimo, por no mencionar que sigo lo bastante sobrio como para darme cuenta de que matar al sanador de la tropa probablemente no es una buena idea, ahora mismo correría la sangre por entre los listones.

—Tiene razón, Oloramuerto. Yo pensaba unirme a la partida limpiamente, como…

Oloramuerto lo cortó con un ronquido:

—Solo con sentarte ya has gafado todo el tablero, Ebron. Yo solo estaba sacudiendo un poco las cosas.

Rebanagaznates los miró a ambos y de pronto levantó el primer hueso pulido.

—¿Ves esto, Ebron? Ya que te gusta tanto encantar cosas, a ver cómo se las arregla tu magia cuando te meta esto por

la garganta. Y el siguiente. De hecho, te los vas a comer todos.

—Ni hablar.

Rebanagaznates se abalanzó sobre el tablero cubierto de tiza en la cubierta. Ebron soltó un chillido.

Cuando las cosas pasaron de castaño oscuro, solo la rata de Botella tuvo suerte de escapar con el pellejo intacto.

Hecho un ovillo bajo las sábanas, Muertecalavera contemplaba el cuerpo de Hellian. Estaba inconsciente, se había desmayado mientras hacían el amor, lo cual probablemente le sucedía a menudo. Cerca de ellos se sentaba otro soldado, que escrutaba al príncipe de Siete Ciudades con una expresión sabia en el rostro.

Las necesidades del joven en cuanto a confort y descanso habían sido atendidas aquella noche, no tardaría en deslizarse a un lado. Por suerte, lo único con lo que Hellian se mostraba posesiva era con el ron y demás licores. A sus ojos asomaban los celos de un amante despechado solo cuando veía un jarro de ron en manos de otro. En cualquier caso, por muy borracha que estuviera, no era tan idiota como para ignorar los confusos deseos de Muertecalavera.

En realidad, el verdadero imbécil en toda aquella ecuación estaba sentado ahí mismo. El sargento Urb, que le profesaba a Hellian un amor limpio y cristalino como las aguas de un manantial, un amor que se elevaba sobre los cimientos de una fe casi pueril, la fe de que algún día Hellian tendría la mente lo suficientemente clara como para darse cuenta de lo que tenía justo ante sus ojos. Que la seducción del alcohol se agriaría de repente.

En realidad, Urb era un imbécil, pero de imbéciles está el mundo lleno. De hecho, el suministro de imbéciles parecía no tener fin.

Cuando Muertecalavera sufrió los últimos estertores, Botella saltó fuera de la mente de la rata. Contemplar desde ahí dentro a dos humanos haciendo el amor era de lo más espeluznante. Además, ¿no le había advertido su abuela sobre los peligros de caer en las perversiones que propiciaba su talento? Vaya que si lo había hecho.

Skanarow caminó hasta el lugar donde el capitán Ruthan Gudd se apoyaba en la balaustrada.

—Aguas negras —murmuró.

—Es de noche.

—Te placen las cosas sencillas, ¿me equivoco?

—Es que todo es sencillo, Skanarow. Todas las complicaciones que padecemos no están sino en nuestras cabezas.

—¿Seguro? Eso no hace que sean menos reales, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué quieres?

—Quiero muchas cosas, Ruthan Gudd.

Él la miró de reojo y pareció sobresaltarse de lo cerca que estaba. Casi era tan alta como él. Sus ojos kanesianos eran oscuros y brillantes. Gudd apartó la mirada.

—¿Y qué te hace pensar que puedo ayudarte a conseguir alguna de ellas?

Ella sonrió. Era una sonrisa deliciosa, aunque el capitán no le prestaba la menor atención.

—¿Quién te ha ascendido de rango? —preguntó ella.

—Un loco de atar.

—¿Dónde?

Se atusó la barba con los dedos y arrugó el entrecejo.

—¿A qué viene de pronto este interés?

—El capitán Generoso tenía razón, Gudd. Tenemos que cooperar. Quiero saber más sobre ti, Ruthan Gudd.

—No hay nada que valga la pena saber.

Ella se apoyó en la barandilla.

—Te estás escondiendo, capitán. Pero no importa, soy buena averiguando secretos. Tu nombre estaba en la primera lista de oficiales del Decimocuarto, lo cual significa que estuviste en Ciudad Malaz, ya ordenado y a la espera de destino. Ahora bien, ¿qué regimientos acabaron tan destrozados en Isla Malaz que fue imposible mantenerlos intactos? El Octavo. El Decimotercero. Los dos regimientos de la campaña korelriana. El Octavo arribó casi al mismo tiempo que partía el Decimocuarto, pero dado el ritmo al que trabajan los chupatintas, no es muy probable que hayas formado parte del Octavo. Además, Faradan Sort estaba en el Octavo, y no te conoce; lo sé porque le he preguntado. Así que eso nos deja el Decimotercero, lo cual resulta… interesante. Serviste bajo el mando de Melena Gris…

—Me temo que no has dado ni una —la cortó Ruthan Gudd—. Me transfirieron desde la flota de Nok, Skanarow. Ni siquiera era marinero.

—¿En qué nave serviste?

—En la *Dhenrabi*.

—La que se hundió en el golfo de Golpe.

—Así es.

—Hace unos ocho años.

Él la contempló durante unos instantes.

—Diría que esa atención al detalle recae directamente en lo obsesivo, ¿no crees?

—¿Y dónde recae la mentira compulsiva, capitán?

—Te refieres a la primera *Dhenrabi*. La segunda chocó contra la Muralla a cinco nudos. De los doscientos setenta y dos soldados a bordo, la Guardia de Tormenta nos rescató a cinco.

—¿Estuviste en la Muralla?

—No, me liberaron en un intercambio de prisioneros.

—Y te destinaron al Decimotercero.

—Me destinaron de vuelta a la flota, Skanarow. Nos las arreglamos para capturar a cuatro trirremes Mare cargadas de voluntarios para la Muralla. Ya lo sé, resulta difícil de creer que alguien se ofrezca voluntario para eso. Sea como sea, la Guardia de Tormenta necesitaba desesperadamente sangre nueva. Total, que puedes dar tus sospechas por calmadas, capitana. Mi historia es anodina, tediosa y para nada heroica. Hay misterios que no vale la pena resolver, Skanarow.

—Desde luego, todo suena muy plausible, eso te lo concedo.

—¿Pero…?

Ella le dedicó otra sonrisa radiante; y esta vez él sí la vio.

—Sigo pensando que eres un mentiroso.

Él se apartó de la barandilla.

—Me he dado cuenta de que hay muchas ratas en estas barcazas. Y algún que otro perro chivato.

—Si quieres les damos caza.

Ruthan Gudd se detuvo a atusarse la barba. Se encogió de hombros.

—No creo que valga la pena.

Dio media vuelta y se alejó. Ella dudó solo un momento antes de seguirlo.

—Por los dioses del Abismo —murmuró Botella—. Todo el mundo se está poniendo las botas esta noche.

Sintió la puñalada de un sentimiento antiguo y familiar en su interior. Nunca había sido el tipo de hombre que las mujeres persiguiesen. Algunos de sus amigos no hacían más que saltar de cama en cama, todas ellas calientes y suaves. Él no había tenido tanta suerte. La ironía de lo que visitaba

sus sueños era mucho más cortante, y bien que se reía de las certezas de su vida.

Ella llevaba tiempo sin aparecer. Probablemente más de un mes. Debía de haberse cansado de él. Quizá ya había tomado de él todo lo que quería, fuera lo que fuese. Sus últimos encuentros habían estado teñidos de una desesperación aterradora. Había visto miedo en sus ojos inhumanos. Había salido del sueño aún pegado al olor de los fuegos en la sabana, al picor del humo en sus ojos y al estruendo de las estampidas de los animales en su cráneo. La desubicación lo abrumaba, y no le quedaba más que tumbarse entre temblores bajo sus harapientas sábanas como si de un niño afiebrado se tratase.

Un mes entero de paz. Y sin embargo, ¿cómo era que su ausencia le llenaba de una aciaga premonición?

La barcaza frente a ellos se había adelantado un poco a lomos de la corriente. Ahora podía ver la orilla este del río. Un bancal de peñascos y juncos sobre los cuales brillaba el resplandor de jade de aquellos tajos en el cielo sureño que eran las estrellas. De normal, aquellas praderas debían de haber hervido de fauna. Y sin embargo, estaban vacías.

Aquel continente se le antojaba más viejo que Quon Tali, más viejo que Siete Ciudades. Era una tierra que llevaba alimentándose demasiado tiempo.

Desde la orilla oeste se extendían estrechos surcos de tierras de labranza cuyo extremo llegaba hasta el río, mientras que el otro se extendía casi un tercio de legua tierra adentro. Todos desembocaban en la maraña de caminos que cubría toda la región. Los letherii se morirían de hambre sin aquellas granjas. Aun así, el estado de muchas de ellas preocupaba a Botella. Muchos graneros estaban hundidos, y la hiedra cubría varios de los silos. No quedaba ni un puñado de árboles; incluso los tocones habían sido arrancados de la tierra marchita. Los

cortavientos de aliso y chopo que rodeaban las granjas tenían un aspecto esquelético, no parcheados sino quizá podridos. Junto a los canales de drenado se levantaban lodosas islas de mantillo, lo cual volvía sumamente traicionera aquella parte del río. La fértil tierra desaparecía poco a poco.

Por eso era mucho mejor fijar la vista en la ribera este, que ya estaba lo bastante desolada.

Algún soldado se dedicaba a dar vueltas a la barcaza como si de una jaula se tratase. Desde que se apoyó en la barandilla, Botella había oído los mismos pasos a su espalda dos veces. Esta última vez, las botas que los provocaban dudaron un instante y se le acercaron.

Una mujer con piel de medianoche apareció por su izquierda y apoyó las manos en la barandilla.

Botella intentó recordar su nombre con nerviosismo, pero al no conseguirlo, suspiró y tiró la toalla.

—Eres uno de los que Badan Gruk dio por ahogados, ¿no?

Ella le lanzó una mirada.

—Sargento Toba.

—La que tenía una hermana hermosa. ¿O no eres tú?

—Sí, la de la hermana hermosa. Su nombre es Besadónde, lo cual es casi una invitación en sí misma, ¿verdad? A veces hay nombres que te eligen a ti y no al revés. Así sucedió con mi hermana.

—Imagino que no es su nombre de nacimiento.

—Y tú eres Botella, el mago de Violín. El mago del que Violín no suelta prenda. ¿A qué crees que se debe?

—¿A qué se debe que no hable de mí? ¿Y yo cómo voy a saberlo? Lo que los sargentos cotorreéis o no es asunto mío. Si algo de lo que haya dicho Vin te da curiosidad, ¿por qué no le preguntas directamente a él?

—Lo haría encantada, pero no está en esta barcaza, ¿verdad?

—Pues mala suerte.

—Mala suerte, sí, pero al menos tú sí estás aquí. Cuando Vin habla de sus, digamos, fuerzas vivas, tu nombre ni siquiera aparece. Así que me pregunto, ¿acaso no confía en nosotros? ¿O quizás eres tú quien no se fía? Dos posibilidades, dos direcciones... ¿o hay alguna tercera sobre la que puedas hablarme?

—Solo respondo ante un sargento, y ese sargento es Violín —dijo Botella—. Si no confiase en mí, ya me habría mandado a paseo hace tiempo, ¿no crees?

—Entonces es en nosotros en quien no confía.

—Creo que la confianza no tiene nada que ver con esto, sargento.

—Eres su taba en la manga, ¿verdad?

—Me temo que no llego a tanto, sargento, pero supongo que soy todo lo que tiene, al menos en su escuadrón.

La sargento llevaba el cabello cortado a tajos, probablemente para librarse de piojos y similares. Tras pasar cuatro meses en un camarote medio podrido, uno tendía a volverse neurótico con la higiene. Ahora se acariciaba ambas sienes rasuradas con los dedos. A Botella le pareció que la línea de su perfil era poco menos que… perfecta.

—En fin —dijo antes de que se le cerrase la garganta del todo—. Cuando apareciste, te confundí con tu hermana.

Botella esperó. Tras un momento, ella resopló:

—Vaya, vaya, te ha costado un rato lanzarte. Estamos un tanto necesitados, ¿eh?

Él intentó replicar algo que no sonase patético. No se le ocurrió nada. Todo lo que aparecía en su mente sonaba patético.

Toba se echó hacia atrás en la barandilla. Soltó un suspiro.

—Las primeras expediciones que organizamos los dalhonesios, mucho antes de que nos conquistaran, siempre

eran un desastre. De hecho, eran casi suicidas. Ninguna mujer quería desaprovechar la oportunidad de unirse, así que siempre había hombres y mujeres en los grupos. Pero claro, los matrimonios y parejas empezaron a causar problemas, porque maridos y mujeres no estaban siempre en los mismos grupos. A veces incluso uno de ellos partía en expedición y el otro no. Pero después de una o dos semanas de expedición… bueno, digamos que la guerra y la lujuria maman de la misma teta, ¿me sigues? Así que, para evitar que la aldea entera se hiciese pedazos a base de disputas y celos, se decidió que una vez un guerrero o guerrera partía en expedición, no importaba si desposado o emparejado, todos sus compromisos anteriores quedaban cancelados.

—Ah. Bueno, parece la solución más razonable. Supongo.

—Depende. Antes de que nos diéramos cuenta, ya había diez o doce expediciones listas para partir a la vez. Casi dejan la aldea vacía. Si te dieran la posibilidad de elegir entre vivir con un montón de reglas, por más confortables que fueran, o escaparte por un tiempo, ¿qué elegirías? Y peor aún, en cuanto se corrió la voz, las demás aldeas adoptaron la misma costumbre y, bueno, digamos que aquellas expediciones empezaron a toparse unas con otras. Nos enfrentamos a nuestra primera guerra a gran escala. ¿Para qué ibas a ser granjero con una única esposa o esposo cuando podías ser un guerrero que se zumbase un nuevo compañero de cama por noche? La confederación Dan Hol casi se autodestruyó por completo.

—¿Qué fue lo que os salvó?

—Dos cosas. La primera, el cansancio. Bueno, ahora que lo pienso, tres cosas. Una, el cansancio. La otra, la fea costumbre que tienen las cosas que parecen gratuitas de no ser gratis en absoluto. Y, finalmente, aparte de la hambruna inminente, la confederación se llenó de bebés unos nueve meses después. Hubo una explosión demográfica, de hecho.

El ceño de Botella estaba fruncido y bien fruncido.

—Toba, con decir «no» habría bastado, ¿sabes? No es la primera vez que oigo esa palabra.

—Cuando me uní a los marineros malazanos abandoné el estilo de vida dalhonesio, Botella.

—Están intentando confundirme deliberadamente, ¿verdad?

—No, solo te digo que ya estoy entre dos aguas. Ya hay por ahí un hombre persiguiéndome, pero no es muy buen nadador, y quién sabe en qué barcaza viaja ahora mismo. Tampoco es que le hiciera ninguna promesa de amor eterno. Por otro lado, en popa, donde está toda la diversión, hay un soldado de infantería pesada que parece una estatua de mármol. Ya sabes, ese tipo de estatuas que a veces asoman por la línea de costa de Kanese con la marea baja. Como un dios, pero sin tantas algas.

—Pues nada, sargento. Ya veo por dónde vas, o adónde ibas. Contra eso no puedo competir, y si él está dispuesto…

—Lo está, y sin embargo, encamarme con él complicaría mucho las cosas. Creo que podría volverme muy posesiva.

—Ah, y no hay peligro de que eso te pase conmigo.

—Creo que no.

Botella contempló las aguas negras que corrían bajo la barcaza. Se preguntó cómo de rápido se hundiría, y cuánto tardaría uno en ahogarse si no se resistía.

—Vaya —murmuró ella—, supongo que ha sido una invitación un tanto humillante, ¿no?

—Bien visto, sargento.

—Está bien, déjame añadir algo.

—¿Añadir qué?

Siempre le quedaba rasgarse las venas antes de zambullirse. Eso disminuiría el pánico y tal.

—A veces tengo ciertos presentimientos sobre las cosas. Y sobre las personas también. Sentimientos, curiosidad. La

experiencia me dicta que vale la pena hacer caso a mis presentimientos siempre que sea posible. Ahora mismo presiento que vale la pena conocerte un poco mejor, porque eres más de lo que pareces a primera vista, y esa es la razón por la que Violín no habla de ti.

—Vaya, qué generosa, sargento. A ver qué te parece esto: podemos compartir alguna comida los próximos días, y ahí se acaba la cosa. Al menos por ahora.

—He metido la pata hasta el fondo, ¿verdad? Está bien, como quieras, si algo nos sobra es tiempo. Hasta luego, Botella.

Veneno de araña paraltina, quizás un vial entero. Luego un puñal en el corazón, solo para aderezar las muñecas rasgadas, y entonces simplemente dejarse caer a un lado. ¿Ahogarse? Mejor no. Botella oyó el ruido de los pasos al alejarse. Se preguntó si la sargento se detendría a limpiar los pedacitos de él que llevaba pegados a la bota después de pisotearlo.

Algunas mujeres eran simplemente inalcanzables. Aquello era un hecho. Había algunas que un hombre podía permitirse y otras que solo podía admirar. Ellas, a su vez, eran capaces de calcular en una sucesión de parpadeos a qué tipo de hombre se enfrentaban: uno al que acercarse, uno del que alejarse, o uno de quien salir corriendo.

Los simios tenían exactamente el mismo maldito comportamiento. Como también los monos y los loros y las serpientes: el mundo se reducía a una sucesión de emparejamientos y desparejamientos, de poses y posturas, el peso infinito de la adecuación. *Es un milagro que los menos adecuados de nosotros sigamos siquiera reproduciéndonos*.

Un recinto techado era el único alojamiento de la consejera y su equipo de una persona, Lostara Yil, así como para su dudoso huésped, el exsacerdote Banaschar. Allí dentro estaban protegidos de los insectos, frescos durante el calor del día y calientes cuando las brumas de la noche se elevaban desde las aguas. Una de las habitaciones hacía las veces de cuartel general móvil, aunque en realidad poca administración era requerida mientras atravesaban el río. Una única mesa soportaba el peso de mapas cuajados de tachuelas y esbozos de las Tierras Yermas, más algunos trazos de los territorios dispersos de Kolanse. La mayor parte de estos consistían en líneas de costa, meras pruebas de intereses comerciales. Un enorme vacío de ignorancia se abría entre las Tierras Yermas y aquellas costas lejanas.

Banaschar se las ingenió para estudiar aquellos mapas cuando no había nadie más en la habitación. No le interesaba tener compañía, y las conversaciones no hacían más que dejarlo agotado e incluso descorazonado. Veía cómo crecía la impaciencia de la consejera, aquel parpadeo en sus ojos que podría deberse a la desesperación. La consejera tenía prisa, y aunque Banaschar creía saber por qué, la compasión no era un sentimiento que tendiese a demostrar, ni siquiera para con ella y los Cazahuesos que la seguían. Lostara Yil, en cambio, resultaba más interesante. Físicamente, sin la menor duda, aunque quedaba muy lejos de sus posibilidades. Lo que le atraía de ella era aquella sombra que rondaba su rostro, las huellas de una culpa antigua, el sabor amargo de la pérdida y el arrepentimiento. Semejantes anhelos, por supuesto, lo enfrentaban a sus propias perversiones, su atracción por la desintegración, su obsesión por los caídos. Se decía a sí mismo que apreciaba el valor del reconocimiento. El desafío, por tanto, residía en

medir correctamente aquel valor. ¿Se podía medir con una pila de monedas de oro? ¿Con tres pilas? ¿Con un puñado de gemas? ¿Quizás una arpillera llena de estiércol? Desde luego, algún valor había en aquellos ojos impertérritos y en aquella mirada que no era tan estoica.

Por suerte, Lostara no tenía el menor interés en él, por lo que sus apetitos secretos se reducían a imaginaciones inofensivas, donde las ilusiones servían para dar lustre a aquella realidad quebrada. La desintegración palidecía en los detalles, aunque una salud y un vigor relucientes no conseguían que un realista, como él mismo se consideraba, se atragantase con la ironía. La muerte, a fin de cuentas, jugaba siempre con un as en la manga. No era tarea fácil encontrar la moral y la justicia en el recuento de quienes morían y quienes vivían. A veces sus pensamientos volaban a la botella que tenía entre las manos, y se decía a sí mismo: *bueno, al menos sé qué es lo que me matará*. ¿Y qué tal ese parangón de vida perfecta en un topo que jamás llegaba a contemplar su propia espalda? ¿Y qué pasaba con el glorioso gigante joven que de pronto se tropezaba con su propia espada en su primera batalla y se desangraba de una arteria cercenada aún a treinta pasos del enemigo? ¿Y el idiota que se caía por las escaleras? *Probabilidades, no me habléis de probabilidad. Echad un vistazo a las campanas que doblan por los mastines si no me creéis*.

De cualquier modo, Lostara tampoco mostraba signos de ansiar su compañía, así que cualquier amago de conversación con ella tendría que esperar. Su animadversión hacia él suponía una decepción cuando no un total desconcierto. A fin de cuentas, era un hombre bien educado, ¿no? Se le podría tildar incluso de erudito, cuando estaba sobrio y a veces también cuando no lo estaba. Tenía un sentido del humor al que no hacía sombra el de cualquier otro sacerdote perdido y sin futuro. Y en cuanto a su propia

desintegración, bueno, tampoco estaba tan lejos como para haber perdido todas las pícaras habilidades que la acompañaban, ¿verdad? Supuso que podría darse una vuelta por cubierta, aunque entonces no tendría más remedio que sumergirse en el miasma de los enjambres de insectos que tanta atracción e insistencia presentaban para con los cuerpos poco saneados y sudorosos. Eso por no mencionar los amagos de conversación que le saldrían al paso cuando pasease entre aquellas formas postradas y sudorosas. Nada había más desagradable que un soldado en pleno descanso, nada más insípido, más degenerado o más honesto. ¿Quién necesitaba que le recordasen que la mayor parte de la gente era estúpida, vaga o ambas cosas?

La verdad era que, desde la súbita desaparición de Telorast y Cuajo hacía un mes, Banaschar estaba mucho más cómodo en compañía de aquellos mapas, en especial de aquellos espacios en blanco que lo seguían atrayendo. Alimentaban su imaginación, su sentido de la maravilla, pero su obsesión por ellos no acababa ahí. Aquellos sectores vírgenes de pergamino y pellejo eran promesas vacías. Suponían el fin último de las preguntas, el fracaso en la consecución del conocimiento. Eran como sueños olvidados, ambiciones abandonadas al fuego hacía tanto tiempo que ya no quedaba de ellas ni una triste mancha de ceniza.

Ansiaba con fiereza aquellos espacios en blanco, los mismos que salpicaban el mapa de su propia vida, los mapas pegados al mapa de bordes gastados que había en el interior de su cabeza, en las paredes cavernosas de su alma. *Aquí hay fracasos, de resonancia y misterio y certeza. Aquí hay montañas que se desvanecen en la niebla para no regresar jamás. Aquí hay ríos que se hunden en las arenas, en arenas que jamás descansan. Aquí el cielo nos contempla desde las alturas, mas no hay nada que ver. Aquí, ay, está el mundo a mi espalda, pues yo nunca he sido*

un hábil cartógrafo de la memoria, nunca un explorador avezado.

Borra los rostros, restriega las vidas hasta que desaparezcan, rasca con tus uñas las traiciones. Sumerge esos mapas hasta que toda la tinta se emborrone y se desprenda y se aleje flotando.

A fin de cuentas, es menester del sacerdote ofrecer la absolución. Habré de empezar por absolverme a mí mismo.

Esta es por tanto la tentación de la disolución.

Banaschar siguió escrutando los mapas y sus espacios vacíos.

El río era una promesa. La promesa de arrebatar el cuchillo de la mano de Lostara. Un breve destello y se acabaría todo, todo quedaría perdido para siempre. Que todo se lo tragaran los cienos del fondo, que unieran para siempre la conservación y la podredumbre. El peso del arma desafiaría a la corriente, lo cual era importante, el modo en que se negaría a ser arrastrada. Había objetos con ese grado de obstinación, objetos con el suficiente peso como para contar con su propia fuerza de voluntad.

Lostara bien podría seguir al cuchillo en su zambullida en la corriente, pero sabía que alguien se encargaría de rescatarla, de subirla a pulso y depositarla en cubierta, porque ella no era un cuchillo; no se le permitía quedarse en el sitio por más que lo intentase.

Había estado pensando en los Espadas Rojas últimamente, en aquellos rostros y aquellas vidas pertenecientes a su pasado. Ahora tenía claro que lo que pertenecía al pasado permanecía inmóvil, y que la sensación de lejanía creciente que sentía con respecto a quien fue no era más que una ilusión. Remolinos no se cansaba de avivar

su memoria, y todos aquellos recuerdos cenagosos aguardaban para atraparla como arenas movedizas.

Por lo tanto, un cuchillo en la mano no era sino un signo de sabiduría. Lo más sensato era no rendirse a aquellas aguas turbias.

Los Espadas Rojas. Se preguntó si aquella experimentada compañía de fanáticos aún servía a la emperatriz. ¿Quién los lideraría ahora? No es que faltaran los suficientes candidatos como para que la decisión se convirtiese en un baño de sangre. Si hubiera seguido con ellos, ella misma habría hecho el intento. Porque un cuchillo en la mano era la mejor manera de despejar muchas dudas. La creciente irritación de la consejera con respecto al cuchillo se acercaba peligrosamente a la obsesión, cosa que Lostara no llegaba a entender. Siempre es necesario mantener un arma en las mejores condiciones. Pulida, aceitada, que se desenvainase con rapidez. Lostara no necesitaba más que un cuchillo para liberarse de todas las ataduras que a veces se empeñaban en cerrarse sobre ella.

Hacía un rato, se había sentado a la mesa de Tavore para la cena. Ambas seguían el mismo ritual desde que salieron de Letheras. Comida y vino aderezados con poca, poquísima conversación. Cada vez que Lostara intentaba soltar la lengua de la consejera, cada vez que intentaba conocerla un poco mejor a nivel personal, terminaba fracasando estrepitosamente. Lostara se había convencido hacía tiempo de que la líder de los Cazahuesos era totalmente incapaz de demostrar la menor vulnerabilidad. Era uno de los defectos de su personalidad, tan imposible de negar o de cambiar como el color de los ojos. Sin embargo, Lostara también empezaba a pensar que había algo más que afligía a Tavore. A veces se comportaba como lo haría una viuda, el tipo de mujer que convertía el luto en una forma de vida, en un conjunto de hábitos rituales. Por ejemplo, para ella la luz del

día era algo de lo que huir. Cualquier gesto de invitación recibía como respuesta una salva de lamentaciones murmuradas. Y aquella máscara de pura pena jamás abandonaba su rostro.

Una viuda no debería liderar un ejército. La mera idea que fuese Tavore quien llevase aquel ejército a la guerra perturbaba a Lostara tanto como la amedrentaba. Llevar la máscara de la viuda suponía darle la espalda a la vida misma, llenar de cenizas el propio camino de la vida y convertir el futuro en algo tan gris como el pasado. A veces Lostara tenía la sensación de que lo único que les aguardaba a todos ellos era una pira mortuoria, y que en el mismo momento de enfrentarse a las llamas asesinas, sería Tavore quien diese el primer paso adelante, resoluta y arrojada. Y su ejército no haría más que seguirla.

En sus cenas no eran más que dos personas sentadas una frente a la otra, en silencio, cada una atrapada en el mundo de sus propios pensamientos privados. Sus aguas nunca se mezclaban y las corrientes de cada una de ellas permanecían ajenas, prohibitivas. Ninguna de aquellas cenas le había supuesto el menor confort. No era más que un pasatiempo poco menos que atroz.

Lostara solía terminar rápido y escapar. Cada noche se retiraba pronto a la cámara de muros de seda que era su dormitorio. Entonces afilaba y aceitaba su cuchillo para eliminar la mancha roja. La soledad era mala compañera, pero incluso a las malas compañías se acostumbraba una.

Lostara oyó los pasos de Banaschar, que se encaminaba de nuevo a su santuario de mapas. Sus pasos eran constantes aquella noche, lo cual significaba que estaba más o menos sobrio. No solía ser así, por desgracia, lo cual era una lástima. O quizá no. A veces, cuando estaba completamente fresco, el lúgubre horror que anidaba detrás de sus ojos era abrumador. ¿Qué se sentiría al adorar a esa

pálida zorra podrida que era la Sanguijuela otoñal? No todo el mundo estaba capacitado para tales menesteres. Hacía falta alguien capaz de enfrentarse a la pesadilla de tan abyecto horror. O por el contrario, alguien que ansiase aquello que no podía ser evitado, la descomposición de la carne y de los sueños, el saber de los innumerables carroñeros que le aguardan al final de la vida.

Sin embargo, la Sanguijuela había expulsado a Banaschar. Había aceptado a otros amantes, pero a él no. ¿Qué había supuesto aquello para él? Los carroñeros habrían de esperar. La pesadilla aún no estaba lista para sus ojos. La servidumbre a lo inevitable le había sido denegada. Largo.

Así que su podredumbre había empezado en su interior. No hacía más que ahogar el altar de su propia alma en libaciones. Aquello no era sacrilegio, sino devoción.

Los cantos del cuchillo tintineaban contra la piedra de afilar con la cadencia de un corazón, cada uno de los lados emulaba un latido a medida que ella afilaba con perfecto ritmo. Clink, clink, clink.

Allí, en aquella casa hecha de telas, cada uno tenía su ritual. Ella misma había de atender a sus tareas de mantenimiento y preparación. Una guerrera debía mantenerse en perfecta forma.

Sentado, Tormenta apoyaba despreocupadamente la espalda en la barandilla escalonada de la borda. Frente a él, las estrellas de jade brillaban en el cielo sureño, fieras y ominosas. A veces le parecía que el mismo cielo venía en su busca en una suerte de venganza personal. Intentó imaginar algún pecado merecedor de tal castigo. ¿Quizás aquel saquito de monedas que le había levantado a un noble ebrio en Falar? Con lo que sacó pudo comprarse un puñal más que decente. ¿Cuántos años tenía entonces? ¿Diez? ¿Doce?

¿A lo mejor sería por aquella mujer inconsciente a la que había manoseado? Era amiga de su tía; probablemente le doblaba la edad. Tenía unas tetazas demasiado grandes para sus manos. Las recordaba pesadas, díscolas. Había emitido un pequeño gemido cuando Tormenta le pellizcó los pezones, y había cambiado de postura para abrir las piernas. ¿Qué iba a hacer un chico de quince años en aquella situación? Pues qué iba a ser, pensaba Tormenta, lo más obvio. Le metió el dedo, luego otro, y luego un par más.

Entonces ella había abierto los ojos y le había dedicado un fruncimiento de ceño, como si intentase recordar quién era aquel chico. Entonces había suspirado, como suspira una madre cuando su hijo empieza a hacerle preguntas incómodas. Había agarrado aquella mano de dedos curiosos, y Tormenta había esperado que la sacase de un tirón, pero lo que hizo fue meterse la mano entera dentro. Tormenta ni siquiera sabía que aquello fuera posible.

Desde entonces las mujeres borrachas lo fascinaban, aunque nunca intentaba nada con ellas. Tenía miedo de volver a oír aquel suspiro, uno que lo convirtiese en un quinceañero imberbe. La culpa, por desgracia, era algo terrible. Cuando uno hacía algo terrible, el mundo se desplazaba de su sitio y volvía de nuevo listo para aplastarlo, ¿verdad? Uno podía seguir desplazándolo hasta perder pie y de pronto desaparecer bajo una sombra repentina, un mazazo que bloquease por completo el cielo. Porque, ay, todo terminaba volviendo.

En cierta ocasión, Tormenta había tirado a su hermana a un estanque. Aunque ella se había dedicado a tirarlo a él durante años, hasta el día en que Tormenta se dio cuenta de que era más grande y mucho más fuerte que ella. Había salido del agua entre esputos y siseos, con una mirada ultrajada en el rostro. El recuerdo dibujó una sonrisa en el

rostro de Tormenta. No había razón para sentirse culpable por aquello; solo se había tomado la justicia por su mano.

Por supuesto, también había matado a muchísima gente, pero solo porque ellos habían intentado matarlo a él primero, y lo habrían hecho si se lo hubiera permitido. Así que aquello no contaba. Era el pacto del soldado, al fin y al cabo. Por todas las decisiones correctas que lo mantenían a uno con vida, había un millar de cosas inalterables que podrían acabar con un idiota. El enemigo no era solo el que uno tenía enfrente, también era el terreno suelto, la flecha perdida, la ráfaga cegadora de luz solar, la mota de polvo en el ojo, el calambre repentino o la espada rota. Cada soldado se enfrentaba a un mundo entero de enemigos cada maldita vez, y librarse de la muerte era bastante gloria como para que los dioses se murieran de envidia. Quizás uno sentía el mordisco de la culpabilidad, pero solo sucedía más tarde, como el recuerdo del gusto cuando ya no se podía recordar lo que se había saboreado. La culpa era algo inasible, casi irreal, y obsesionarse con ello durante demasiado tiempo no era más que autocomplacencia, lo cual era tan malo como toquetearse un diente suelto.

Tormenta contempló el cielo de la noche sureña. A todo era indiferente aquel árbitro celestial, excepto al castigo que algún día aplicaría. Cinco espadas de jade caerían desde las alturas, afiladas como gemas.

Por supuesto, las estrellas no le apuntaban a él personalmente. Aquella era solo la impresión que le daba en medio de aquella noche vaporosa en aquel río lleno de cocodrilos cuyos ojos destellaban en la oscuridad. Aquellas bestias también ansiaban su carne. En la barcaza había oído incontables historias sobre cómo eran capaces de volcar una embarcación y luego lanzarse como una jauría sobre sus desventuradas víctimas hasta hacerlas pedazos. Lo recorrió un escalofrío.

—Tienes un encanto especial, asistente.

Tormenta alzó la vista.

—Soy cabo, mago supremo.

—Y yo un mago de tropa, por desgracia.

—Tú eras mago de tropa antes, al igual que yo antes era asistente. Pero ahora eres mago supremo y yo cabo.

Ben el Rápido se encogió de hombros bajo su chubasquero ajustado.

—Primero pensé que el brillo que veía no eran más que las estrellas. Pero luego lo he visto titilar bajo tu piel como llamas, Tormenta.

—Estás viendo visiones. Anda y vete a asustar a otro.

—¿Dónde está Gesler?

—¿Y yo qué sé? En alguna otra barcaza.

—Hay fuegos en las Tierras Yermas.

Tormenta se sobresaltó y le dedicó a Ben el Rápido un fruncimiento de ceño.

—¿De qué hablas?

—¿Qué?

—¿Qué es eso que dices de fuegos?

—¿Los que arden bajo tu piel?

—No, los de las Tierras Yermas.

—No tengo ni idea, asistente. —Ben el Rápido giró sobre sus talones en un movimiento extraño y fantasmagórico, y se alejó de él.

Tormenta se lo quedó mirando. Se mordisqueó el labio inferior y captó un ligero resto de estofado todavía prendido en sus bigotes. Le ronroneó el estómago.

No se encontraban en ninguna lista oficial, lo cual significaba que ningún chupatintas tuvo la oportunidad de desperdigarlos en aquel viaje. Tres veces le dio las gracias el sargento Alborada al Embozado por ello. Ahora estaba

medio borracho, tumbado sobre un montón de petates enrollados, henchido de libertad y camaradería. Ya amaba a todos los soldados de su compañía, y pensar que ellos eran los herederos de las famosas compañías malazanas de soldados lo llenó de orgullo y de ganas de demostrar de lo que era capaz. Sabía que no era el único.

En su opinión, Seto Muerto era el comandante perfecto. Un hombre rebosante de entusiasmo y energía sin límites. Alborada supuso que estaba contento de haber vuelto de aquel sitio muerto al que iban los muertos después de morir. Debía de haber sido un largo camino, o eso había dicho Seto mientras los engatusaba para que avanzasen río arriba.

—¿Creéis que esto es malo? —les había dicho—. Probad a caminar por una explanada de huesos que se extiende hasta más allá del maldito horizonte. Probad que os persigan unos deragoth. —Fuera lo que fuese un deragoth, aquello sonaba muy malo—. ¡O a que os hostigue un malvado t'lan imass!

Alborada tampoco estaba seguro de qué era un t'lan imass, pero Seto había dicho que eran malvados, así que se alegraba de no haberse encontrado jamás con uno.

—La muerte, soldados, no es más que otra senda. ¿Alguno de vosotros sabe lo que es una senda? ¡Por los dioses, ni que hubierais estado viviendo en chozas de adobe! Una senda, amigos míos, es como una hilera de jarros en una estantería de un bar. Coges uno, tiras del tapón y bebes. Eso es lo que hacen los magos. Ahora bien, si bebes mucho, puedes acabar muerto. Pero si consumes lo justo, podrás usarlo para hacer magia. Es como carburante, aunque cada jarro es diferente, sabe diferente y hace una magia diferente. Hay algunos por ahí, como nuestro mago supremo aquí presente, que pueden beber de todos los jarros, porque están locos de atar.

Alborada se preguntó dónde estaría aquel bar del que hablaba Seto, porque le encantaría probar alguno de esos

jarros. Pero le daba miedo preguntar. Probablemente hacía falta un permiso especial para ir a sitios así. Era verdad que la bebida le había causado más de un problema, así que quizás era lo mejor que aquel Bar La Senda estuviese en alguna ciudad del lejano Malaz. Además, estaría lleno de magos, y los magos ponían nervioso a Alborada. Especialmente el mago supremo Ben el Rápido, que por alguna razón parecía estar enfadado con Seto Muerto. ¿Enfadado? Más bien furioso, aunque Seto Muerto se lo tomaba a risa, porque no había nada que lo deprimiese por mucho tiempo.

La cabo Garrafones apareció tambaleándose. Se sentó sobre un fardo y soltó un pesado resoplido.

—¡Estoy rendida! Casi parece que estos soldados no han empotrado nunca a una mujer medio decente.

—¿Se te ha dado bien la noche? —preguntó Alborada.

—Tengo el monedero a reventar, Albo, y me caen chorreones por todos los agujeros.

Había perdido algo de peso, al igual que su amiga, Mantequitas. Aquella travesía estaba acabando con las dos, pero aún eran grandes, tan grandes como para tragarse a un hombre entero, lo cual por cierto parecía a gusto de muchos hombres. Alborada, en cambio, prefería un cuerpo de verdad debajo de aquellas montañas de grasa. En un par de meses más de camino ya estarían las dos en su punto.

—Voy a empezar a cobrarles a los que prefieren mirar. ¿Por qué demonios debería ser gratis eso?

—En eso tienes razón, Garrafones. Nada debería ser gratis. Pero eso es lo que nos diferencia a los letherii de los malazanos. Sabemos reconocerlo y no hay problema. Los malazanos no hacéis más que quejaros.

—Lo peor son todas las proposiciones de matrimonio que me están haciendo. No es que quieran que pare de trabajar, solo quieren que lo haga siendo su esposa. Muy liberales,

eso sí. A los malazanos todo nos parece bien. No me extraña que hayamos conquistado medio mundo.

Mantequitas se acercó hasta ellos desde el otro lado de cubierta.

—¡Por la polla arrugada del Errante, no puedo ni andar!

—Descansa aquí el palmito, cariño —propuso Garrafones, palmeando una manaza sobre un fardo junto a una linterna.

—¿Dónde está Mosqueta? —preguntó Mantequitas.

—He oído que iba a hablar con el jefe. Quería pedirle que probemos las misiones nuevas…

—Las municiones nuevas —corrigió Garrafones.

—Eso, municiones. A ver, ¿qué hago yo con esa espada que me han dado? Cuando era pequeña me condenaron a limpiar de hierbajos un solar abandonado, y solo de echar un vistazo a los machetes acabé vomitando sobre la alcaidesa de la penitenciaría. Las cosas afiladas me dan miedo. La mayor parte de mi cuerpo parece fácil de cortar, no sé si me entendéis.

—No podemos hacer nada con las que ha acordado Bavedicto —dijo Alborada—, al menos no hasta que hayamos bajado de las barcazas. E incluso entonces, es mejor que lo hagamos en secreto. El jefe no quiere que nadie sepa nada, ¿entendéis?

—¿Por qué? —preguntó Mantequitas.

—Cariño —dijo Garrafones—, porque hay más zapadores entre los Cazahuesos, ¿entiendes? Si se enteran de lo que está haciendo Bavedicto, todo el mundo querrá participar. Antes de que te des cuenta no quedará ni un poquito de pólvora ni de pociones para nosotros.

—¡Cabrones codiciosos!

—Así que ten la boquita bien cerrada, ¿de acuerdo? Incluso cuando estés trabajando.

—Lo que tú digas, Garrafitas. No te preocupes por eso. De todos modos, entre tantas proposiciones de matrimonio no

tengo tiempo ni de hablar.

—¿A ti también? ¿Cómo es que están tan desesperados?

—Niños —dijo Alborada—. Quieren tener niños y los quieren ya.

—¿Por qué iba nadie a querer niños? —preguntó Mantequitas.

La respuesta que surgió en la mente de Alborada era de lo más deprimente, y dudó en abrir la boca. Al cabo, Garrafones soltó un largo suspiro.

—Por los huevos del Errante. Todos creen que van a morir.

—Esa no es la actitud —musitó Mantequitas. Arrancó un tallo y lo acercó a la llamita de la lámpara bajo su hombro izquierdo. Cuando el tallo empezó a humear, lo echó junto a un carbón encendido y se volvió a reclinar—. Por los espíritus del Abismo, estoy escaldada.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste un trago? —preguntó Garrafones.

—Hace semanas —dijo Mantequitas—, creo. ¿Y tú?

—Igual. Qué raro, sin bebida el mundo parece aclararse un poco.

—Sí que es raro, sí.

Alborada sonrió para sí mismo ante el razonamiento tan malazano de Mantequitas.

—Así es. Me gusta esa expresión, así es. Es casi más una filosofía que una expresión. Tiene mucho significado. Es un poco «sí», pero también un poco de «qué cojones» y quizás algo más de «estamos todos juntos en esto». Es una expresión que resume todo lo que es malazano.

Él también soltó un suspiro y se echó hacia atrás.

—Así es —dijo.

Las otras asintieron. Alborada estuvo seguro de que lo hicieron, no le hizo falta ni mirar.

Nos estamos acercando unos a otros. Tal y como Seto dijo que pasaría.

Tal y como Seto dijo. Así es.

—Te veo desocupado, soldado. Agarra ese arcón y ven conmigo.

—Se me ocurre otra cosa que p-p-puede agarrarse usted solo, gran sargento. N-n-no le va a hacer falta mi ayuda.

Poros se giró hacia el soldado.

—¿Qué es esto? ¿Insolencia? ¿Insubordinación? ¿Motín?

—Seguid así, s-s-señor, y seguro que acabamos en m-m-magnicidio.

—Vaya, vaya —dijo Poros, y se plantó delante de aquel compacto y ceñudo bastardo—. No pensé que fueras de los que se amotinan, cabo. ¿Cuál es tu escuadrón y quién es tu sargento?

El hombre masticaba algo nauseabundo, la mejilla atiborrada. Los malazanos estaban adoptando las peores costumbres locales. Lo masticó un poco antes de contestar:

—Octava legión, c-c-c-compañía novena, escuadra c-c-c-cuarta. Sargento Violín. Cabo Chapapote, p-p-p-para no servirle a usted, gran sargento.

—Así que crees que tienes agallas, ¿eh, cabo?

—¿Agallas? Soy todo un lenguado, y usted no es el a-a-a-anzuelo que m-m-me va a p-p-pescar. Como usted puede c-c-c-comprobar, estoy intentando d-d-d-despertarme, porque me t-t-t-toca guardia. Si quiere a-a-a-algún idiota que mueva sus juguetitos de aquí a allá, b-b-b-búsquese a otro.

—¿Qué tienes en la boca?

—Rylig, lo llaman. Es d’ras. Se usa para d-d-d-despejarte cuando d-d-despiertas.

Poros escrutó los ojos brillantes de aquel hombre, la repentina cascada de tics que caía por su cara.

—¿Y se supone que hay que mascar el fajo entero, cabo?

—P-p-p-probablemente n-n-no.

—Escupe eso antes de que te explote la cabeza, cabo.

—N-n-nopueo, G-g-ran cabestro. M-m-mcaro.

Aquel imbécil estaba a punto de explotar como una semilla sobre una roca al sol. Poros agarró a Chapapote de la garganta y lo obligó a doblarse sobre la barandilla.

—¡Que escupas, idiota!

Le llegó sonido de arcadas y luego toses enfermizas. Las rodillas del cabo cedieron. Poros dio un tirón para mantener a aquel tipo de pie. Escrutó sus ojos durante unos segundos.

—La próxima vez, cabo, asegúrate de que los nativos te explican cómo se usan sus drogas.

—¡P-p-p-por el aliento del E-e-e-embozado!

Poros dio un paso atrás. Chapapote se cuadró, aunque su cabeza latigueaba con cada sonido cercano.

—Anda, ve a hacer tu guardia; seguramente des veinte rondas por cada dos que haga tu compañero. Pero antes de irte —añadió—, ya estás cargando con este arcón.

—Así será, señor, es fácil, es fácil, mire.

Los idiotas que se hacían polvo la cabeza eran los mayores primos, reflexionó Poros. Quizá valdría la pena invertir un poco en eso del rylig.

Los dos d’ras mestizos descansaban junto al palo del timón a estribor.

—¿Todo el fajo? —preguntó uno con los ojos abiertos de pura incredulidad.

—Todo el fajo —confirmó el otro—. Se lo metió sin más en la boca y se largó.

—¿Y ahora dónde está?

—Seguramente achicando el agua de la barcaza con una tacita de té. No les dará tregua a las vías de agua.

Los dos compartieron una risotada.

Aún se estaban riendo cuando los encontró el cabo Chapapote. Llegó hasta ellos por detrás. Agarró a cada uno del cinturón y los levantó de un tirón. Los dos gritaron, y volvieron a gritar cuando los lanzó por la barandilla de popa. Se oyeron dos chapoteos, seguidos de varios gritos.

Con aquella visión afilada por el rylig, Chapapote atisbó las frentes en forma de V de varios cocodrilos que se les acercaban rápidamente. Se había olvidado de aquellas bestias. Lástima. Reflexionaría sobre ello más tarde.

Las alarmas sonaron durante un rato, grandes campanas de latón que poco a poco disminuyeron el ritmo de sus frenéticas campanadas y terminaron en algo parecido a un miserere, antes de hundirse de nuevo en el silencio.

La vida en el río era desagradable, tan desagradable como todas las cosas desagradables, pero así eran las cosas. Por si aquellos lagartos gigantes con sus mandíbulas dentadas no fueran lo bastante horribles, los nativos empezaron a cuchichear sobre vacas de río que al parecer aguardaban río abajo. La verdad es que vacas de río no sonaba particularmente peligroso, al menos que Chapapote supiera, incluso aunque tuvieran colmillos gigantes y ojos de cerdo. Había oído un puñado de descripciones confusas durante sus rondas, pero todas deslavazadas y confusas. Las conversaciones estrambóticas se iban sucediendo con la rapidez del aliento y la persistencia de sus propias botas marchando sobre cubierta. En patrulla había que estar alerta, así era, y no había tiempo para relajarse y prestar atención a aquellas minucias. Seguir la barandilla arriba y abajo, ronda tras ronda. No era un mal ejercicio, aunque debería haber llevado la cota de malla, su petate y probablemente también la pala. Probablemente hubiera necesitado el doble de su turno para reconocer todos los rostros que le salían al paso, para saber quiénes eran y cuáles eran sus nombres, y si les gustaba el pescado

ahumado y la cerveza helada o más bien templada como meados y había muchos descalzos qué pasaba si de pronto les atacaban aquí y ahora se les clavarían las uñas en sus tiernas plantas y él estaría solo y lideraría la carga pero no pasaría nada porque él podía matar cualquier cosa ahora mismo hasta los murciélagos que tampoco eran tan rápidos verdad no tan rápidos como las chispitas ardientes que corrían arribabajo por su cerebro ahora mismo entrar salir entrar salir por una oreja y ahora otra mira! mira! marchar de rodillas eso sí que era fácil menos mal que se había desgastado las piernas de marchar y ahora la cubierta subía rápido hacia él demasiado rápido y le daba en la nariz y hay que ver si hay alguien en casa pero hay alguien en casa? Solo murciélagos…

—¿Vivirá? —preguntó Badan Gruk.

—¿Eh? Ke dise, ladranus.

—Estupendo. Que siga bajo las sábanas. Nunca he visto a un hombre sudar así, se va a quedar en los huesos. Seguid obligándole a beber.

—¡Dentellit meen bazness, Sornt! ¿Eenit conose eeler, eh?

—Lo que sea, tú asegúrate de que lo curas. Al sargento Violín no le va a hacer ninguna gracia saber que su cabo ha muerto bajo tu cuidado.

—¡Fabbler kint caca ding! ¡Ee nair feered im!’

—¿De veras? En ese caso, eres un maldito idiota, Nep.

Badan Gruk miró a Chapapote con el ceño fruncido. ¿Se debía su estado a alguna fiebre desconocida a punto de abatirse sobre ellos? Esperaba que no. Parecía de lo más desagradable. Le recordaba a la fiebre temblorosa, pero peor. Aquel maldito lugar tenía casi tantas enfermedades y parásitos asquerosos como las junglas de Dal Hon.

El sargento sintió la picadura de la nostalgia. Dejó a Chapapote bajo los cuidados de Nep Surco. Habría preferido compartir barcaza con Toba, incluso con Besadónde. La cabo Fruncido andaba por ahí, pero había descubierto un juego de huesos y comederos que jugaba la infantería pesada, y se pasaba el tiempo en pos de o bien un extra a sus emolumentos o una paliza legendaria. Consiguiera lo que consiguiese, se estaba haciendo enemigos. Así era Fruncido.

Badan aún no tenía claro de qué palo iba aquel ejército, los Cazahuesos. No había conseguido captar ni un solo detalle que respondiese a su fama. *A nuestra fama. Ahora soy uno de ellos*. Tampoco es que hubiese grandes victorias grabadas en la historia de aquella legión. Badan había estado en la conquista de Lether y sabía que había sido una batalla sórdida. Cuando el diente está podrido hasta la raíz, no hay proeza que lo arranque sin dolor. Quizás aquella guerra era justa después de todo. Quizá no. ¿Qué diferencia había? Un soldado recibe órdenes y se limita a luchar. El enemigo podía llevar mil máscaras, pero al final eran todos lo mismo, nada más que gente determinada a interponerse en su camino. Se suponía que no necesitaban más. ¿Seguro que no? Badan no lo sabía.

Estar rodeado de extranjeros, ya fueran amigables o todo lo contrario, ponía nerviosos a los soldados malazanos. Aquel ejército pedía una estructura a gritos, y sin embargo algo dentro de las filas se resistía, algo que acompañaba a los Cazahuesos, como si un puñado de fuerzas ocultas estuviera en perpetua lucha. *Somos y no somos, seremos y no seremos*. *¿Acaso estamos vacíos por dentro? ¿Quizá todo empieza y acaba con la consejera*? La misma idea se le antojó despiadada. Los soldados estaban inquietos, eso era todo, atemorizados con toda aquella información.

¿Quién era el enemigo que les aguardaba? ¿Qué máscara llevaría aquella vez?

Badan Gruk no podía recordar una sola persona que hubiese preferido tomar el camino equivocado deliberadamente, que hubiese optado por el mal. Por supuesto que existía gente así, los que simplemente no se preocupaban por nada, y los que, a su modo de ver, disfrutaban llevando los oscuros adornos de la malicia. Los ejércitos estaban para servir, y a veces les tocaba servir a tiranos, a bastardos sedientos de sangre. A veces luchaban contra gente decente y justa, por miedo o por mero instinto de autoconservación. Incluso por codicia, la verdad. ¿Se veían entonces a sí mismos como malvados? Pero, ¿cómo no hacerlo? Y sin embargo, ¿cuántas campañas podía uno luchar en semejante ejército? ¿Cuántas, hasta sentirse muerto por dentro? Muerto en las tripas, muerto en la cabeza. Cuando la euforia por todas esas conquistas empezase a flaquear, entonces, ¿qué?

¿Y cuando el propio tirano te traicionaba?

Ninguno hablaba mucho de aquello, aunque Badan Gruk suponía que debía de suponer una astilla de hierro dentado incrustada en el mismo corazón de los Cazahuesos, y que la herida no dejaba de sangrar. *Hicimos todo lo que ella nos pidió. La consejera seguía órdenes y se aseguró de que nosotros también las cumpliéramos. Aplastamos la rebelión, matamos y desperdigamos a los instigadores. Siete Ciudades fue sometida bajo el tacón imperial una vez más. Lo hicimos en el nombre de la ley y del orden y de la sonrisa de los mercaderes. Aunque no importó lo más mínimo. La emperatriz agitó un dedo y las picas se prepararon para recibir nuestras cabezas*.

Al final la rabia terminaba extinguiéndose. Apenas duraba para trazar una cicatriz de caos y fuego por todo el imperio de Lether. Así fue, y así se hizo. Aquel «entonces» era ahora. ¿Tenían algo que pudiera ocupar el lugar de aquella rabia?

Habremos de pasar desapercibidos, había dicho ella. Habremos de luchar los unos por los otros, y por nosotros mismos. Por nadie más. Habremos de luchar por sobrevivir, aunque eso no nos hará más fuertes. Es igual de probable que acabe haciéndonos pedazos.

La consejera albergaba una fe irracional en sus soldados, en su decisión. *Somos un ejército frágil; hay suficientes razones para ello. Hay que arrancarse esa astilla. Hay que coser la herida*.

Estamos lejos del Imperio Malazano, mas llevamos su nombre con nosotros. Así nos denominamos a nosotros mismos, malazanos. Por los dioses del Abismo, no hay manera de escapar de este destino, ¿verdad?

Le dio la espalda al río negro que los llevaba y escrutó las formas arrebujadas y dormidas de sus compañeros de la soldadesca. Cubrían cada espacio libre de la cubierta, inmóviles como cadáveres.

Badan Gruk reprimió un escalofrío y volvió a contemplar el río, a cuya corriente todo acababa rindiéndose.

Era un recuerdo viejo, tanto que casi lo había olvidado. Un abuelo, no importaba si el de verdad o algún viejo al que su memoria le hubiese asignado ese papel para el recuerdo, lo llevó a los muelles de Malaz, donde se dedicaron a pescar peces de vivas branquias y anguilas tubulares de tono azulado

—Asegúrate de que el cebo sea pequeño, chico. En el fondo de este muelle vive un demonio. A veces le entra hambre y otras veces simplemente se enfada. He oído hablar de pescadores a los que se llevó a las profundidades de un zarpazo, así que asegúrate de que el cebo sea pequeño y no le quites ojo al agua.

Los ancianos necesitaban como el aire ese tipo de cuentos, cuentos que les metieran el miedo en el cuerpo a cachorros de ojos enormes que se sentaban con las piernas colgando en el extremo del muelle. Muchachos con la esperanza intacta, como todos los niños, ¿acaso la pesca no se trataba precisamente de eso?

Violín no recordaba si habían cogido algo aquel día. La esperanza tenía la maldita costumbre de hundirse como el plomo en cuanto uno abandonaba la infancia. En cualquier caso, ahora se las había arreglado para escabullirse de aquella patulea de soldados y escamotear algo de tanza que unió a un anzuelo hecho con huesos de siluro. De cebo puso una rodaja de bhederin salado y añadió una moneda pulida y doblada para deslumbrar a los pescados, y montó la línea de tanza en la parte trasera de la barcaza. Siempre cabía la posibilidad de que picase algo desagradable, algo como aquellos cocodrilos, pero Violín lo consideró poco probable. En cualquier caso, se aseguró de no sentarse con las piernas colgando sobre el agua. Aquello sería el cebo erróneo.

Bálsamo se acercó al rato y se sentó a su lado.

—¿Pican o no pican?

—Una de las dos es cierta —replicó Violín.

—Pues qué pena, Vin, porque he visto bastantes saltando en el agua esta tarde.

—Porque estaba anocheciendo. Mañana durante el ocaso tiraré un cebo que parezca una mosca, y ya verás. ¿Has encontrado a alguien de tu tropa?

—Ni uno solo. Me siento como si me hubieran serrado los dedos. No veo la hora de volver a pisar tierra firme.

—Eres un marinero de pena, Bálsamo.

El dalhonesiano asintió.

—Y peor todavía como soldado.

—Yo no he dicho eso.

—No, lo he dicho yo. Siempre me confundo y acabo perdido.

—Solo hace falta señalarte en la dirección correcta y no hay más problema, Bálsamo. De hecho, en batalla eres una mala bestia.

—Así es, se me da bien abrirme paso a espadazos. A ti, en cambio, no te falta la suerte, Vin. Por dentro estás hecho de hierro frío, y eso facilita mucho las cosas. Yo en cambio no soy ni frío ni caliente. Más bien estoy hecho de plomo.

—Nadie de tu escuadrón se ha quejado de ti jamás, Bálsamo.

—Bueno, les tengo mucho aprecio, pero no se puede decir que sea la tropa más sagaz del ejército.

—¿Rebanagaznates? ¿Oloramuerto? A mí me parece que tienen más de dos dedos de frente.

—Frente tendrán la que quieras, pero no son listos. Recuerdo que, de niño, había otro chico de mi edad en la aldea. Siempre sonriente, incluso cuando no había una maldita cosa por la que sonreír. Y siempre se estaba metiendo en líos; no había manera de que no metiese la nariz donde no le llamaban. Algunos de los chavales mayores le pegaban, yo mismo vi cómo le molían la cara a puñetazos una vez. Y allí se quedaba, plantado y sangrando, con aquella sonrisa en la cara. En fin, un día se metió donde no debía meterse. Nadie llegó a comentar qué era lo que había visto, o a quién, pero lo encontraron muerto detrás de una cabaña. Le habían roto todos los huesos del cuerpo. Y en su cara cubierta de sangre aún tenía aquella sonrisa.

—¿Alguna vez has visto un simio en una jaula, Bálsamo? Seguro que sí. Esa sonrisa que no se iba era de miedo.

—Sí, ahora lo sé, no hace falta que me lo digas, Violín. Lo importante es que Rebanagaznates y Oloramuerto me recuerdan a aquel chico, al modo en que se metía en cosas en las que no debía meterse. Dos dedos de frente bastan

para tener curiosidad, pero hay que ser listo para tener cautela.

Violín soltó un gruñido.

—No se me ocurre ningún soldado en mi escuadrón que se ajuste a esa descripción. Creo que me sería difícil encontrar un soldado con dos dedos de frente entre todos ellos, exceptuando quizás a Botella, que es lo bastante inteligente como para no destacarse. Eso creo, al menos así ha sido hasta ahora. En cuanto al resto, bueno, les gustan las cosas sencillas, y cuando no son sencillas, bueno, se limitan a enfadarse y a romperlo todo.

—Bonito escuadrón te has montado, Vin.

—Bueno, no está mal.

De repente, un tirón. Violín empezó a recoger la tanza.

—No se resiste mucho, debe de ser pequeño.

Un momento después, el gancho emergió a la superficie. Ambos contemplaron un pescadito no mucho más grande que el cebo, pero con una boca repleta de dientes.

Bálsamo soltó un resoplido.

—¡Mira qué sonrisa!

Ya era tarde. Brys Beddict estaba listo para irse a dormir, pero el rostro de su edecán se mantenía obstinado, como si el joven hubiera sufrido un berrinche.

—Está bien, que entre.

El edecán hizo una reverencia y se retiró con evidente alivio. Apartó la cortina de seda en un movimiento experto y salió al otro compartimento de la entrecubierta. Poco después, Brys oyó el repiqueteo de botas que pasaban de la ruda cubierta al corredor alfombrado que llevaba a su aposento privado. Emitió un suspiro y se levantó, ajustándose la capa.

La atri-ceda Aranoche apartó la cortina y entró. Era alta, había rebasado con creces la treintena, aunque las profundas arrugas alrededor de su boca que evidenciaban una vida entera de yerbalmagre la hacían parecer aún mayor. Sin embargo, aquellas líneas en su rostro no le sentaban mal. Su cabello castaño oscuro era lacio y colgaba suelto hasta sus pechos. El uniforme que evidenciaba su rango parecía caerle mal, como si aún no estuviera acostumbrada a su nuevo puesto. Bicho había descubierto que Aranoche podía ser un excelente azote para posibles cedas. En su día había sido la matrona de una familia de la ciudad de Trate, la cual habría sufrido enormemente al principio de la invasión edur. Su mayor talento era la curación, aunque Bicho le había asegurado a Brys que tenía potencial para dominar otro tipo de hechicerías.

Hasta hoy, Brys la seguía viendo como una mujer excepcionalmente adusta y poco comunicativa. Fue por eso por lo que se la quedó mirando con inusitado interés.

—Atri-ceda, ¿qué asunto puede ser tan urgente como para que os presentéis en mis aposentos a esta hora?

Por un momento pareció confundida, como si no hubiera esperado que Brys le concediese audiencia. Sus ojos se encontraron en lo que dura un parpadeo, lo cual pareció azorarla aún más. Carraspeó.

—Comandante, quería enseñaros… quiero decir… hay algo que deberíais… sería mejor que lo vierais por vos mismo. ¿Me permitís, señor?

Brys asintió, perplejo.

—He estado explorando las sendas… las técnicas de hechicería malazana. Son de lo más… elegante.

Mientras hablaba, hurgó con los dedos dentro de su cinto. Sacó la mano y la abrió. Sobre la palma descansaba un montoncito de tierra granulosa.

—¿Lo veis, señor?

Brys se echó hacia delante.

—Eso es mugre, ¿no, Aranoche?

En su frente apareció un fruncimiento que llenó de placer a Brys.

—Mirad con más atención, señor.

Brys obedeció. Contempló cómo la tierra se acomodaba a la mano de Aranoche, se aposentaba un poco más… un momento, no, la tierra se movía.

—¿Habéis encantado un montoncito de tierra? Bueno… bien hecho, atri-ceda.

La mujer soltó un resoplido, y de pronto su respiración se aceleró.

—Mis disculpas, comandante. Obviamente no he sabido explicarme bien.

—En realidad no os habéis explicado en absoluto.

—Disculpadme, señor. Pensé que si no os lo enseñaba primero, no me creeríais.

—Aranoche, eres mi atri-ceda. Flaco favor sería que contemplase tus acciones con escepticismo. Por favor, relájate y explícate. No pretendía sonar impaciente. De hecho, este montoncito de tierra en movimiento me parece de lo más extraordinario.

—Bueno, no es extraordinario en sí mismo, señor. Cualquier mago malazano podría hacerlo moverse con solo agitar un dedo. El hecho extraordinario es que no lo estoy haciendo yo.

—Y entonces, ¿quién?

—No lo sé, señor. Antes de embarcar, me encontraba contemplando la orilla del río. Había un puñado de renacuajos de serpientes de agua, las pequeñas se deslizaban entre los juncos… las bestias suelen interesarme, señor. Entonces me fijé en el lodo donde se arrastraban las serpientes. Trocitos de lodo se movían por sí solos, tal y

como veis en mi mano. Naturalmente, pensé que algún molusco se agitaba bajo su superficie, así que palpé…

—¿Con las manos desnudas? Eso no me parece muy acertado.

—Probablemente no lo fue, señor, porque todo el fondo estaba lleno de renacuajos. Sin embargo me pareció que aquel sitio era diferente. Sea como sea, señor, no encontré nada abajo, pero el lodo en mi mano se revolvía como si poseyese vida.

Brys volvió a echarle un vistazo a la tierra en su palma.

—¿Y he aquí el material sospechoso?

—Así es, señor. Aquí es donde entran en juego las sendas malazanas. Algo llamado vínculo empático. Con este montón de tierra puedo encontrar otros de similares características.

—¿Por todo el río?

Los ojos de Aranoche se volvieron a cruzar con los suyos, y una vez más volvieron a apartarse azorados. Brys se dio cuenta con sobresalto hasta qué punto era tímida Aranoche. La misma idea lo enterneció, y sintió una oleada de compasión por ella tan suave como una caricia.

—Señor, todo empezó ahí, dado que aún soy novata en este tipo de magia. Sin embargo, creo que podría localizar ubicaciones donde esta magia se manifieste en mayor medida. Me refiero a este extraño poder que anima el mismo suelo, el barro, las arenas, los prados… en las Tierras Yermas se manifiesta con mayor intensidad.

—Ya veo. En vuestra opinión, ¿cuál es la causa de semejantes vibraciones?

—Sea lo que sea, es solo el principio, señor. Necesito hablar con algunos magos malazanos, deben de saber mucho más que yo. Probablemente puedan avanzar en el asunto más de lo que yo he conseguido.

—Atri-ceda, no has hecho más que empezar a explorar las sendas malazanas, y aun así ya has alcanzado las Tierras

Yermas con tu percepción. Ahora veo por qué los ceda te tienen en tan buena consideración. Al alba te enviaremos en bote a una de las barcazas malazanas.

—Quizá la barcaza donde viaja Ebron, o Contramano…

—¿Magos de tropa? No, atri-ceda. Te guste o no, eres mi propio equivalente de un mago supremo. Habremos de enviarte allá donde los Cazahuesos tengan a su mago de alto tango, Ben Adaephon Delat.

El color abandonó las facciones de Aranoche. Se le aflojaron las rodillas de pronto.

Brys se abalanzó sobre ella para sujetarla antes de que se desplomase.

—¡Granthos! ¡Traed a un sanador!

Por toda respuesta oyó un murmullo desde el exterior de su aposento.

El polvo de tierra se le había caído de la mano a la alfombra. Brys lo vio moverse por el rabillo del ojo; se agrupaba él solo hasta formar un montoncito turbio. Brys pensó que creaba una forma concreta, pero de pronto todo se desmoronó, para volver a empezar de nuevo.

Aranoche pesaba más de lo que había imaginado. Contempló su rostro de labios entreabiertos y apartó la vista.

—¡Granthos! ¡En el nombre del Errante, ¿dónde te has metido?!

Capítulo 17

«He llegado a una edad en la que la misma juventud ya es belleza».

Una breve reunión de pensamientos incómodos (interludio)
La locura de Gothos

Los huesos del rythen descansaban sobre un lecho de relucientes escamas, como si al morir hubiese alfombrado con su piel reptiliana el suelo vítreo y muerto del Desierto de Cristal. Aquel era un lugar tan bueno como cualquier otro para yacer, último nido de su noche última. El lobo-lagarto había muerto solo, y las estrellas que contemplaban aquella solitaria rendición no se atrevían a titilar. Ni una sola vez.

No había viento que esparciese las escamas, y el sol implacable había devorado la carne tóxica alrededor de los huesos, que en último término había blanqueado y lustrado con un fino lustre dorado. Aún mantenían un cariz amenazante. Badalle los contempló durante largo rato. Solo se movía para lanzar algún soplido que espantase a las moscas que se empeñaban en amontonarse en las heridas que ribeteaban su boca. Huesos de oro, un tesoro evidentemente maldito.

—La codicia atrae a la muerte —susurró, aunque su voz se quebró y los sonidos que emitió fueron ininteligibles incluso para Saddic, que aguardaba a su lado.

Las alas de Badalle terminaron de achicharrarse y quedaron reducidas a brasas. Su vuelo había quedado relegado a un recuerdo ceniciento, y nada en ella la empujó a pulirlo para que quedase limpio y claro. La gloria pasada

siempre menguaba en la distancia. Ya no podía volar, y supo que pronto terminaría gateando para finalmente acabar arrastrándose por el suelo, retorciéndose sin la menor meta entre gestos que nada le aportarían. Entonces llegaría la inmovilidad del agotamiento.

Había visto algo parecido en algún gusano. Probablemente se agachó para recogerlo como hacían los niños, para observar mejor sus esfuerzos patéticos. Quizás algún pico cruel lo había arrancado de su hogar oscuro y confortable, y lo había acabado perdiendo en pleno vuelo. Habría golpeado un suelo duro e inamovible, quizás una baldosa que marcaba el serpenteante camino de su jardín. Había acabado herido, ciego por la quemadura del sol; no le restaba más que rezar a cualquier dios en el que creyese. De pronto, la bendición de un chorro de agua, una corriente en la que nadar de vuelta al blando suelo, un repentino puñado de tierra sobre él, o quizás una mano deífica descendiendo sobre él, el toque de la salvación.

Badalle lo había visto retorcerse, por supuesto que lo había visto, pero no recordaba si se había limitado a observar. Desde muy jóvenes, los niños ya entendían que la inacción era también una expresión de poder. Hacer nada era una elección nacida de la omnipotencia. Era, de hecho, una elección divina.

Aquella era la razón de la indiferencia de los dioses; ahora se daba cuenta. Era la prueba definitiva de su omnisciencia. A fin de cuentas, la acción no era sino una reacción, la demostración de una limitación terrible, puesto que revelaba que lo primero era el azar, que los accidentes no eran más que eventos más allá de la voluntad de los dioses, y que lo único que los dioses podían hacer era intentar remediar sus consecuencias, alterar los finales naturales. Actuar, pues, era una admisión de falibilidad.

Semejantes ideas no eran sencillas, pero sí que eran límpidas. Tan afiladas como los cristales que se amontonaban en el suelo a sus pies, que atrapaban con decisión los rayos de sol y lo cortaban en perfectos trozos, lo cual demostraba que los arcoíris no eran puentes en el cielo y que no había salvación alguna en el futuro. La serpiente se había convertido en gusano, y el gusano se arrastraba por la piedra caliente.

Los niños se abstenían de actuar, jugando a ser dioses. Los padres hacían lo mismo, impertérritos cuando sus hijos suplicaban que les dieran agua o comida. Bien conocían aquellos momentos de nostalgia, y no hacían nada por alimentarlos, y no había agua ni comida y la dulce y fría tierra se replegaba en un recuerdo bien cubierto de cenizas.

Aquella mañana, Bayderal había asegurado que había visto desconocidos altos tras el horizonte al este. Estaban plantados de pie en la huesuda cola de la serpiente, pero mirar en aquella dirección suponía poco menos que quedarse ciego. Podían creer las palabras de Brayderal o no hacerlo. Ninguno de los Quisidores los había perseguido, e incluso los Padres se habían desvanecido hacía tiempo, al igual que los Quiebrahuesos y todos los carroñeros con excepción de las esquirlas, que podían volar desde leguas de distancia. No, la serpiente de las costillas estaba sola en el Desierto de Cristal, y los dioses la contemplaban y no hacían nada, solo para demostrar lo poderosos que eran.

Aun así, Badalle podía demostrar su propio poder, esa era la deliciosa verdad. Podía verlos retorcerse en el cielo, marchitándose al sol. Y Badalle optaba por no rezarles. Optaba por el silencio. Ya se acercó a los dioses cuando voló por los cielos, tan fresca y libre como un polluelo. Había visto las profundas arrugas de preocupación que circundaban sus ojos. Había visto las huellas erosionadas de su creciente miedo y consternación. Ninguno de aquellos

sentimientos suponía el menor regalo para sus adoradores. Sus caras, sus expresiones, eran las de los egocéntricos. Semejante revelación quemaba como el fuego, tanto que sus alas se incendiaron. Descendió en una espiral irregular, dejando una cola de humo a su paso. Restallidos de dolor, certezas que abrasaban su carne. Se zambulló entre enjambres de esquirlas, ensordecida por el fragor de sus alas. Había visto la serpiente de las costillas estirarse más allá del reluciente mar, y había presenciado con sorpresa hasta qué punto había empequeñecido.

Volvió a pensar en los dioses sobre su cabeza.

Sus rostros no eran distintos del suyo propio. Los dioses estaban tan rotos por dentro y por fuera como ella misma. Y como ella, los dioses también deambulaban por un erial sin rumbo alguno.

Los Padres nos expulsaron. Estaban hartos de sus hijos. Ahora Badalle sospechaba que los padres y madres de los dioses también les habían expulsado a su vez, que los habían sacado a empujones al cielo vacío. Y mientras tanto, los mortales se apiñaban en sus círculos de piedra a sus pies y de las alturas no llegaba la menor respuesta. Los dioses que intentaban entenderlos se habían vuelto locos.

—Badalle.

Parpadeó en un intento de aventar el telón que los nublaba, aunque no lo consiguió. Los dioses también estaban cegados por las nubes, pensó.

—Rutt.

Tenía el rostro de un viejo, arrugas rotas en un semblante cubierto de polvo. Contenido se arrebujaba en una sábana moteada. Los ojos de Rutt llevaban tanto tiempo muertos que Badalle estaba convencida de que siempre habían estado así, aunque ahora emitían un fulgor extraño, como si alguien les hubiese dado un lametón.

—Muchos han muerto hoy —dijo ella—. Podemos comer.

—Badalle.

Ella se sopló las moscas.

—Tengo un poema.

Él, en cambio, negó con la cabeza.

—Ya… ya no puedo más.

«Los Quisidores nunca abandonan,
Es esa la mentira que guía nuestra vida
Ahora nos acompañan
Hasta el fin.
Devoramos nuestra propia cola.
Pero somos sombras en el reflejo
Y el sol nos arrastra.
Los Quisidores tienen preguntan.
Pero nosotros devoramos
Las respuestas».

Rutt se la quedó mirando.

—Entonces ella estaba en lo cierto.

—Sí, Brayderal estaba en lo cierto. Tiene hilos corriendo por su sangre. Si se lo permitimos, no dudará en matarnos, Rutt.

Él apartó la mirada. Badalle se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

—Rutt, no, por favor.

Su rostro entero se derrumbó.

Ella lo recibió, lo tomó en sus brazos y de alguna manera encontró la fuerza para sujetarlo mientras sus hombros se sacudían a causa de los sollozos.

Ahora también Rutt estaba roto por dentro. No podían permitirlo. Badalle misma no podía permitirlo, porque si Rutt se rompía, entonces los Quisidores los atraparían a todos ellos.

—Vamos, Rutt. Contenido no es nada sin ti. Escúchame. He volado a lo más alto. Conseguí alas, como los dioses. Ascendí tanto que pude ver la curvatura del mundo, tal y

como nos contaban las viejas. Escucha, Ruth, vi dónde acaba el Desierto de Cristal.

Rutt negó con la cabeza.

—También vi algo más. Vi una ciudad, Rutt. Una ciudad hecha de cristal. Llegaremos mañana a ella. Los Quisidores no se acercarán, les da miedo. Esa ciudad, Rutt, los Quisidores la conocen. De sus leyendas. Dejaron de creer en ellas hace tiempo y ahora no son capaces de verla. Así escaparemos de ellos, Rutt.

—Badalle… —la voz de Rutt sonaba amortiguada contra su cuello—. No me sueltes. Si me sueltas, no sé… no podré…

Ella ya había desistido hace tiempo, pero no se lo dijo.

—Estoy aquí, Rutt.

—No, lo que quiero decir —Se apartó de ella y le clavó la mirada—, es que no te vuelvas loca. Por favor.

—Ya no puedo volar, Rutt. Mis alas salieron ardiendo. No hay problema.

—Por favor, Badalle, prométemelo. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo, pero solo si tú me prometes que no abandonarás.

Asintió entre temblores. Badalle comprendió que su autocontrol era tan delgado y quebradizo como la piel quemada. *No me volveré loca, Rutt, ¿es que no lo ves? Tengo la potestad de no hacer nada. Tengo los mismos poderes que los dioses. Nuestra serpiente de las costillas no morirá. No tenemos que hacer nada, solo seguir adelante. He volado allá donde se pone el sol, y déjame decirte, Rutt, que nos encaminamos directos hacia el fuego. Un fuego perfecto, hermoso*.

—Ya lo verás —le dijo.

Saddis aguardaba tras ellos dos, sumido en el recuerdo. El polvo era su enemigo.

Lo que es, fue. El viento arrastraba la ilusión del cambio hacia las oquedades en las colinas, entre piedras y raíces expuestas de árboles muertos largo tiempo atrás. La historia transcurría como siempre lo había hecho, y todo lo nuevo se ajustaba a los moldes de lo viejo. Donde antes se alzaron ciclópeas masas de hielo ahora aguardaban cicatrices en la tierra. Corrientes de ríos fantasmas atravesaban valles, y el viento soplaba por caminos de calor y frío para traer el cambio de estación.

Tal conocimiento resultaba en agonía, como una espada a medio fundir que se clava en el corazón. El nacimiento no era sino una repetición del momento de la muerte. La locura del esfuerzo carecía tanto de principio como de fin.

Despertar a semejantes conocimientos provocó un sollozo áspero en la figura desastrada que trepó de las raíces de un algodonero caído sobre un viejo yugo de res. La figura se alzó del suelo y miró alrededor. Las dos oquedades grises bajo aquel ceño absorbían cada detalle para dotarlos de sentido. Un valle ancho y apenas profundo, crestas lejanas rematadas por árboles de salvia y arbustos. Pájaros de alas grises volaban por las laderas.

El aire olía a humo y arrastraba un gusto a matanza. Quizás un rebaño entero se había despeñado por ahí cerca. Quizás ahora mismo varios cadáveres rezumaban gusanos y moscas, lo cual explicaría aquel incesante y horrísono zumbido. ¿O quizá se debía a alguna razón más amable? ¿Había ganado el mundo aquella discusión? ¿Era ella ahora un fantasma recién creado para burlarse del fracaso de los suyos? ¿Encontraría por allí cerca a los últimos descendientes pútridos de su prole? Esperaba fervientemente que fuera así.

En el lenguaje del clan brold se la conocía como Lera Epar, Fuenteamarga, un nombre que ella misma se había granjeado a raíz de los terribles crímenes que había cometido. De entre todas las flores del campo, ella había sido la única flor cuyo aroma resultaba mortal. Los hombres habían repudiado a sus propias mujeres para aferrarse a ella como si les perteneciera. Y cada vez, ella había permitido que cada nuevo compañero la aferrara, pues en sus ojos había visto lo que quería ver, que la atesoraba por encima de todas las demás, especialmente por encima de la compañera que acababa de abandonar, y así su amor sería invulnerable. Eventualmente, todo amor se echaba a perder, eventualmente se demostraba la debilidad de su vínculo. Entonces siempre aparecía otro hombre, con el mismo fuego hambriento en los ojos, y ella empezaba a pensar: esta vez será diferente. Esta vez no me equivoco al valorar el poder de nuestro amor.

Todo el mundo coincidía en que era la persona más inteligente de todos los clanes del concilio brold. No era superficial, no; su mente llegaba a las más recónditas profundidades.

Era ella quien ahondaba en los peligros de la vida, quien hablaba de la maldición que alumbraba la chispa de la razón. Practicaba la adivinación, pero no en los omóplatos del caribú tostados al fuego, sino en los reflejos acuosos de los rostros en los estanques, fuentes y boles de calabaza, aquellos rostros a los que ella llamaba hermanos. Así es, hermanos, y mucho más. De entre todos esos detalles, uno la distinguía de los demás: sabía que todos ellos eran una ilusión, útiles para un rápido reconocimiento y poco más. Bajo la superficie de aquellos detalles, sabía que todos eran idénticos. Las mismas necesidades. Los mismos anhelos. Los mismos miedos.

La habían considerado una vidente formidable, poseedora del don de los espíritus. Pero la verdad era, y ella lo sabía con total certeza, que no había magia alguna en sus percepciones. La chispa de la razón jamás se encendía espontáneamente entre las aguas oscuras de las emociones básicas. No, y desde luego cada chispa no estaba aislada de las demás. Fuenteamarga comprendía perfectamente que aquellas chispas nacían de fuegos ocultos, de las hogueras secretas de cada alma, y que cada una estaba dedicada por completo a verdades simples e inamovibles. Una por cada necesidad. Una por cada anhelo. Una por cada miedo.

En cuanto tuvo aquella revelación, leer el futuro de sus congéneres resultó tarea fácil. La razón proporcionaba la ilusión de complejidad, pero detrás de todo aquello, todos eran tan simples como el bhederin, como el ay, como el ranag. Nos abrimos en canal y enseñamos nuestros dientes y nos sacamos las entrañas. Nuestros pensamientos brillan relucientes de amor o se ennegrecen de puros celos. Buscamos compañía para encontrar nuestro lugar, y a no ser que nuestro lugar sea la cima, todo lo que encontramos nos sabe a poco, acaba por envenenar nuestros corazones.

Cuando estamos en compañía, somos capaces de cualquier cosa. De asesinar, de traicionar. Cuando estamos en compañía, inventamos todo tipo de rituales para saciar cualquier chispa, para navegar la turbia marea de la emoción, para volver a ser tan invisibles e imperturbables como meras bestias.

Me odiaron. Me adoraron. Y al final, estoy segura, me asesinaron.

Lera Epar, ¿por qué has despertado de nuevo? ¿Por qué has regresado?

Viví en el polvo en las oquedades, moré en los recuerdos perdidos.

Cometí actos terribles, hace mucho. Y ahora he venido a repetirlos.

Su nombre era Fuenteamarga, de los imass brold, y su mundo de hielo y criaturas de pelaje ígneos había desaparecido. Echó a andar, con una maza hecha con un pedernal y un trozo de quijada en una mano, la piel amarillenta de un oso polar colgado de sus hombros.

En su día fue hermosa, pero la historia no tiene piedad.

Se alzó de entre el barro que anegaba la poza. Su cuerpo rezumaba raíces negras, escamas y grumos de arcilla y arena rasposa. La boca abierta, las mandíbulas ensanchadas, soltó un aullido sin sonido alguno. Había corrido directamente hacia ellos. Tres cazadores k'ell, cuyas cabezas se volvieron hacia él. Estaban junto al cadáver de su esposa y sus dos hijos. Sus cuerpos se unirían al montón de presas destripadas que habían acumulado durante su caza. Un antílope, un ciervo mulo. Los compañeros de las bestias caídas no habían intentado atacar a los cazadores. No, habían huido. Pero aquel, aquel macho imass, ahora lanzaba un grito de batalla y se lanzaba sobre ellos con la lanza en ristre. Debía de estar loco. Iba a sacrificar su vida por nada.

Los cazadores k'ell no lo comprendían.

Rompieron su carga con la parte plana de sus propias espadas. Rompieron su lanza y lo apalearon hasta dejarlo inconsciente. No tenían el menor interés en su carne; estaba contaminada de locura.

Así terminó la primera de sus vidas. Tras renacer, fue un hombre vaciado de amor. Fue uno de los primeros en aceptar el abrazo del ritual de Tellann, en erradicar los recuerdos de vidas pasadas. Tal fue el don del ritual, tan precioso, tan perfecto.

Se había alzado de entre el barro, invocado una vez más, pero aquella vez era diferente. Aquella vez, lo recordaba todo.

Kalt Urmanal de los t'lan imass orshayn se levantó del lodo, la cabeza hacia atrás, un aullido mudo en la boca.

Rystalle Ev permanecía a menos de veinte pasos de Kalt, agazapado sobre un promontorio de arcilla húmeda. Lo entendía, entendía por lo que estaba pasando Kalt en aquellos momentos. A ella también la habían traído de vuelta, junto con todos los recuerdos que había creído erradicados. Así que Ev miró a Kalt, a quien amaba y siempre había amado, incluso en los momentos en que anduvo como andan los hombres muertos, con las cenizas de la pérdida endureciendo su rostro, e incluso mucho antes, cuando Ev albergó un odio cerval hacia la esposa de Kalt, cuando rezó a todos los espíritus por la muerte de aquella mujer.

Podía darse la posibilidad de que aquel grito no cesase nunca. Y también era posible que Ev se viera obligada a abandonar a Kalt allí, cuando todos se alzasen y descubriesen con incredulidad que habían sido resucitados, cuando buscasen a quienquiera que se había atrevido a convocar a los orshayn.

Aunque aquel aullido carecía de voz, resultaba igualmente ensordecedor en la cabeza de Ev. Si Kalt no paraba, su locura acabaría por infectarlos a todos.

La última vez que los orshayn habían caminado por la tierra, había sido en un lugar lejos, muy lejos de aquel. Apenas quedaban tres clanes devastados, unos seiscientos doce guerreros y tres Invocahuesos. Habían huido de las espigas y sucumbido al polvo, un polvo que se había levantado con los vientos, que había venido del otro extremo del mundo. No había habido posibilidad alguna de regresar a la carne podrida y el hueso, solo restaba

descansar en un reguero desparramado por multitud de leguas.

Rystalle Ev sabía que aquella tierra ya conocía a los imass, del mismo modo que, a juzgar por el tormento de Kalt, también conocía a los k’chain che’malle. ¿Qué estarían haciendo allí?

Kalt Urmanal cayó de rodillas. Su grito se fue apagando hasta no ser más que un lejano eco en la cabeza de Ev. Ella se irguió y se apoyó en el sólido consuelo del mango de su lanza de madera fosilizada. Aquel retorno forzado era inadmisible, una conclusión a la que no habría llegado de no ser por sus recuerdos de aquel tiempo de mortalidad cruda y asombrosa repleta de terribles crímenes de amor y deseo. Sentía su propia rabia bullendo como la sangre incandescente de la misma tierra.

Tres figuras se aproximaron desde el otro lado de la poza. Eran t’lan imass orshayn. Invocahuesos. Quizás ahora pudieran cosecharse algunas respuestas.

Brolos Haran siempre había sido un hombre más bien anchote, e incluso los huesos de su estructura ósea, visibles bajo la piel seca y estirada, parecían anormalmente robustos. Por supuesto, los ojos de un azul claro casi cristalino que le habían granjeado su nombre habían desaparecido hacía mucho. En su lugar solo quedaban dos botones oscuros, meras reminiscencias nudosas y muertas. Su pelo rojo caía como telas de araña ensangrentadas sobre la pelambrera de emlava marrón que descansaba sobre sus hombros. Sus labios retraídos desvelaban gruesos dientes del color del cobre crudo.

A su derecha se encontraba Ilm Absinos. Su esqueleto alto y estrecho estaba envainado en las escamas grises de un enkar’al. Llevaba el pelo largo y negro anudado con pellejos de serpiente. El cayado de serpiente en sus manos

huesudas parecía retorcerse. Caminaba con una suerte de cojera, recuerdo de una herida en la cadera.

Ulag Togtil era tan ancho como Brolos Haran, e incluso más alto que Ilm Absinos. Los clanes orshayn jamás lo había tratado como un extraño. Nació en las primeras tribus de los trell, apenas un mestizo que acabó adentrándose en el campamento de Kebralle Korish, donde despertó gran curiosidad, sobre todo entre las mujeres. Era costumbre entre los imass el permitir a los extraños que entrasen en sus campamentos, y, si abrazaban la vida y no provocaban violencia alguna, a dichos extraños se les permitía habitar entre los imass, y así dejar de ser extraños. Así había sucedido con Ulag.

Durante las guerras contra la Orden de los Cintos Rojos, Ulag había demostrado ser uno de los mejores Invocahuesos. Al verlo ahora, Rystalle sintió una ola de confianza, como si él se bastase y se sobrase para que las cosas volvieran a ser como antaño.

Por supuesto, no era el caso. Estaba tan atrapado dentro del ritual como todos los demás.

Ulag fue el primero en hablar:

—Rystalle Ev, Kalt Urmanal. Es un honor encontrar a dos miembros de mi clan por fin. —Una mano enorme hizo un leve gesto—. Llevo desde el alba aguantando la carga de estos dos insufrible risueños. Su alegría incesante resulta insoportable.

Rystalle habría sonreído, de haber sido capaz. Resultaba tan absurdo tildar a aquellas dos criaturas como risueños que de buena gana habría soltado una carcajada. Pero ya no recordaba cómo se hacía.

—Ulag, ¿sabes qué hay detrás de todo esto?

—Una liebre de lo más esquivo. Corretea y salta por todas partes, y esquiva a la perfección cada uno de mis proyectiles. Deberías ver cómo se mueve entre los cepos y

dobla las orejas ante cada trampa. He recorrido varias veces este lugar intentando atrapar a esa criatura con las manos y sentir su corazón acelerado, su miedo tembloroso.

Ilm Absinos dijo:

—Inistral Ovan nos espera. Habremos de reunir más en nuestro viaje de regreso. No ha pasado mucho tiempo desde la última vez que caminamos por esta tierra. No creo que muchos se hayan perdido. Quizá ninguno.

Brolos Haran parecía escrutar el sur. Ahora dijo:

—El ritual se ha roto, y sin embargo no hemos sido liberados. Esto me huele al aliento podrido de Olar Ethil.

—Eso has mencionado antes —espetó Ilm Absinos—. Y sin embargo, por más que te empeñes en mascar una y otra vez las mismas palabras, no tenemos la menor prueba de que así sea.

—No sabemos quién nos ha invocado —Ulag soltó un suspiro—. Es curioso, pero su identidad nos está vetada como si un muro de poder se interpusiera entre nosotros y solo fuera posible romperlo desde el otro lado. Es el invocador quien lo decide. Y hasta que así lo haga, no nos queda más que aguardar.

Kalt Urmanal habló por primera vez:

—Ninguno de vosotros entiende nada. Las aguas están… atestadas.

Lo único que obtuvo como réplica fue el silencio.

Kalt soltó un gruñido que indicaba que le estaban agotando la paciencia. Seguía de rodillas, y parecía no tener el menor interés en cambiar de posición. En lugar de eso, señaló:

—Mirad. Se acerca otro.

Rystalle y los demás se giraron.

La inquietud repentina fue incluso palpable.

Vestía las pieles amarillas y blancas de los brold, pellejos de osos de nieve y hielo. Su pelo era negro como un abismo,

el rostro ancho y plano. La piel estaba tintada de un profundo tono ambarino. Los pozos de sus ojos eran angulosos, estrechos en las esquinas exteriores. Las garras de alguna pequeña alimaña habían marcado sus mejillas.

Es una t'lan imass, por supuesto. Pero... no de nuestros clanes.

Tres arpones barbados colgaban de su espalda. La maza que llevaba en una mano estaba hecha del hueso del fémur de algún animal, al que le habían insertado hojas aserradas de riolita verde y blanco pedernal.

Se detuvo a quince pasos de distancia.

Ilm Absinos hizo un gesto con su cayado.

—Eres una Invocahuesos, pero no te conozco. ¿Cómo es posible? Todas nuestras mentes fueron unidas durante el ritual. Nuestra sangre se tejió en un millar de millares de hilos. El ritual te reclama como sangre propia, como t'lan imass. ¿A qué clan perteneces?

—Mi nombre es Nom Kala…

Brolos Haran la interrumpió.

—No sabemos qué significan esas palabras.

Esa mera afirmación era una sorpresa para todos los orshayn. Era, de hecho, algo imposible. *Nuestro idioma está tan muerto como nosotros*.

Nom Kala echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Habláis la lengua antigua, el idioma secreto de los Invocahuesos. Yo pertenezco a los t'lan imass brold…

—¡No hay caudillo que haya reclamado el nombre de los brold!

Nom Kala pareció escrutar a Brolos por un momento, y entonces dijo:

—No había ningún caudillo que llevase el nombre de los brold. De hecho, no había caudillo en absoluto. Los Invocahuesos gobernaban a nuestra gente. Los clanes brold

se rindieron en la Guerra Oscura. Nos reunimos todos. Hubo un ritual…

—¿Cómo? —Ilm Absinos se abalanzó sobre ella. Casi perdió el equilibrio, pero lo encontró de nuevo gracias a su cayado—. ¿Otro ritual de Tellann?

—Fracasamos. Habíamos acampado bajo un muro de hielo, un muro tan alto que alcanzaba los cielos. Nos asaltaron…

—¿Fueron los jaghut? —preguntó Brolos.

—No.

—¿Los k’chain che’malle, quizá?

De nuevo un cabeceo, seguido del silencio. El viento gemía.

Una zorra gris se acercó de pronto hasta ellos, con cautela, su nariz crispada al aire. Tras un momento, fue en un ligero trote hasta el borde del agua. Una lengua rosa se deslió y los chapoteos en el agua llenaron el aire.

Kalt Urmanal se quedó mirando al zorro y de pronto se llevó las manos al rostro. Se cubrió los ojos. Al ver aquello, Rystalle le dio la espalda.

Nom Kala dijo:

—No. La supremacía de ambos se agostó hace largo tiempo —dudó, y luego añadió—: Muchos de nosotros mantuvieron que el enemigo que nos asaltó eran humanos, nuestros herederos, nuestros rivales en cuanto a modos de sobrevivir. Los Invocahuesos, al menos los tres que quedábamos, sabíamos que aquello era una verdad a medias. En realidad nos asaltamos a nosotros mismos. Nos asaltamos con las mentiras que nos contamos los unos a los otros, con los falsos consuelos de nuestras leyendas, de nuestras historias, de nuestras creencias.

—Pero, entonces —dijo Ulag—, ¿por qué volvisteis a intentar el ritual de Tellann?

—Si solo quedabais tres Invocahuesos, ¿cómo esperabais que tuviera éxito? —preguntó Ilm Absinos, con la voz encrespada de puro ultraje.

Nom Kala fijó la atención en Ulag.

—Tu sangre trell place a mis ojos, mestizo. Responderé a tu pregunta: se dice que no hay recuerdo que sobreviva al ritual. Consideramos esto justo. Asimismo, también se dice que el ritual otorga la maldición de la inmortalidad. Esto también lo consideramos justo.

—¿Entonces contra quién luchabais en vuestra guerra?

—Contra nadie. Para nosotros la lucha ya era cosa del pasado, mestizo.

—¿Entonces por qué no os limitasteis a elegir la muerte?

—Cortamos con todo tipo de lealtad para con los espíritus. Les contamos demasiadas mentiras.

La zorra levantó la cabeza, los ojos de pronto muy abiertos y las orejas enhiestas. Entonces se alejó de la poza al trote y se perdió por detrás de unos arbustos, camino a su madriguera.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que se volvió a pronunciar palabra? Rystalle no estuvo segura, pero al cabo la zorra apareció sosteniendo una marmota en sus fauces y volvió a alejarse. Pasó tan cerca de ella que Rystalle podría haberle acariciado el lomo con la mano. Una bandada de pajarillos descendió y se puso a brincar junto al borde lodoso de la poza. Una capa nadaba perezosa cerca de la superficie.

Ilm Absinos dijo en un susurro:

—Los espíritus murieron cuando nosotros morimos.

—Que algo muera para nosotros no significa que esté necesariamente muerto —dijo Nom Kala—. Tal poder no está en nuestra mano.

—¿Qué significa tu nombre? —preguntó Ulag.

—Goteo de puñal.

—¿Por qué falló el ritual?

—El muro de hielo cayó sobre nosotros. Nos mató a todos instantáneamente. El ritual, por lo tanto, quedó incompleto —hizo una pausa, y luego añadió—: El olvido que siguió hace pensar que el ritual debió de fallar, aún somos capaces de hacer semejantes asunciones. Sin embargo, parece que andábamos errados.

—¿Cuándo hace de eso? —preguntó Ulag—, ¿tienes la menor idea del tiempo que ha pasado?

Ella se encogió de hombros.

—Hacía un centenar de generaciones que los jaghut se habían extinguido. Antes de eso, los k'chain che'malle habían partido hacia las tierras del este hacía doscientas generaciones. Nosotros comerciábamos con los jheck y también con los lezna krynan o los colonos del Imperio de Dessimbelackis. Seguimos la senda del hielo hasta su última morada.

—¿Cuántos de los tuyos habrán de regresar, Goteo de Puñal?

—Los otros dos Invocahuesos han despertado. Ahora mismo se acercan a nosotros. Lid Ger, cuyo nombre significa Piedragria, y Lera Epar, que es Fuenteamarga. De los demás, no puedo asegurarlo. Quizá todos. Quizá ninguno.

—¿Sabes quién nos ha invocado?

Ella volvió a menear la cabeza.

—Mestizo, esta es nuestra tierra. Hemos oído la llamada fuerte y clara. ¿Vosotros no? Ha sido el primera espada quien nos ha invocado, t'lan imass. Una de las leyendas de los brold que al parecer no era mentira.

Ulag se echó hacia atrás como si le hubieran dado un golpe.

—¿El primera espada? ¿Onos T'oolan? Pero… ¿por qué?

—Nos ha invocado bajo el estandarte de la venganza —replicó ella—, y en el nombre de la muerte. Amigos míos, los t'lan imass vamos a la guerra.

Los pajarillos volvieron a alzar el vuelo como una tienda de campaña arrastrada por el viento sin sus ataduras. Tras ellos solo quedó un puñado de pequeñas huellas en la blanda arcilla.

Fuenteamarga se acercó a los otros t'lan imass. El vacío en aquella tierra era una presión asesina. *Cuando todo perece, lo más adecuado es que nuestra maldición nos traiga de vuelta, tan yertos como el mundo que hemos creado. Y sin embargo... ¿estoy acaso más allá de la traición? ¿He dejado de ser una sierva de la esperanza? ¿O volveré a atravesar caminos viejos y erosionados*?

La vida se acaba, pero las lecciones permanecen. La vida se acaba, pero la trampa aún me tiene bien sujeta. Eso es lo que significa el legado. Eso es lo que significa la justicia.

Lo que fue, es.

El viento irrefrenable hacía bailar trozos carcomidos de tela, los extremos ajados de cintas de cuero, mechones sueltos de pelo. Gemía y gemía como si intentase encontrar su propia voz. Pero aquella cosa inerte que era Toc el Joven se mantenía en silencio, inmutable en mitad de la vida que lo rodeaba.

Setoc se sentó entre dolores y calambres y esperó. Las dos chicas y aquel extraño niño se habían arrebujado todos juntos, casi rendidos por el sueño.

Su salvador los había llevado a través de leguas y leguas del territorio de los senan barghast, al norte y luego al este a través de la ondulante pradera. El caballo que cargaba con ellos no emitía ninguno de los sonidos que se suponía que emitía un caballo. Nada de jadeos entrecortados ni relinchos. Ni una sola vez había agachado la cabeza en busca de un bocado de refrescante hierba. Su pellejo

desastrado estaba seco, ajeno a la picadura de las moscas del ciervo a pesar de que sus músculos se movían sin descanso y sus cascos retumbaban sobre el duro suelo. Ahora, se mantenía inmóvil sobre su inmóvil jinete.

Setoc se pasó la mano por el rostro. Necesitaban agua. Necesitaban comida. No tenía la menor idea de dónde se encontraban. ¿Quizás estaban cerca de las Tierras Yermas? Podía ser. Creyó reconocer una cordillera de colinas o montañas al este, un polvoriento promontorio de piedras brillantes a través de las olas de calor. Al galope en la silla justo detrás de Toc, había ido dando cabezadas dominadas por sueños extraños, visiones fragmentarias de granjas escuálidas, del nauseabundo sudor del ganado y de gritos de niños. Un chico de rostro familiar aunque demudado por el miedo, de pronto endurecido por una repentina determinación. Una cara que se transformaba de pronto en algo que esperaba la muerte. En alguien tan joven, no había nada más horripilante. A veces se encontraba flotando sobre un guerrero solitario que cabalgaba con una chica delante, otra detrás, y una niña y un niño en la curva de sus brazos. Captaba el olor de plumas chamuscadas, y de pronto la tierra bajo sus pies se convertía en un mar hecho de diamantes y atravesado por una línea fina y temblorosa.

La fiebre la embargaba, o eso pensó ella entonces, sentada, la boca seca y los ojos abrasados por el polvo. ¿Era aquel el poco descanso que iban a tener? Algo en su interior se resistía a caer dormido. Necesitaban agua. Necesitaban comer.

Un promontorio no muy lejano captó su atención. Se irguió con un gemido y se obligó a acercarse casi a rastras.

Se adivinaba un túmulo medio oculto entre las hierbas altas. Era una roca en forma de cuña sobre un bloque más delgado que descansaba sobre un montón de rocas angulosas. La cuña tenía marcas a los lados que recordaban

a los ojos de un lobo. La parte de abajo junto al bloque formaba algo parecido a una mandíbula, con marcas que debían representar colmillos. Siglos de lluvias y viento habían erosionado todo el conjunto. Setoc alargó una mano temblorosa y la depositó sobre la roca áspera y caliente.

—Nos persiguen.

Aquellas palabras roncas la hicieron girarse. Vio que Toc preparaba el arco, oyó el murmullo del viento contra la tripa tirante. Una voz nueva en el aire. Setoc fue hasta él y también escrutó al oeste. Una docena de jinetes, quizá más.

—Akrynnai —dijo—. Reconocerán nuestros ropajes barghastianos e intentarán matarnos. Por otro lado —añadió —, si cabalgas hacia ellos quizá cambien de parecer.

—¿Y eso por qué? —llegó a preguntar Toc antes de espolear a su caballo hacia delante.

Setoc vio cómo se desplegaban los jinetes, lanzas en ristre.

Toc cabalgaba hacia ellos con una flecha lista en la cuerda.

A medida que Toc se acercaba, Setoc comprobó cómo los akrynnai flaqueaban. Sus lanzas se elevaron en posición de defensa. Un momento después, los jinetes se disgregaron, sus monturas sacudiéndose y corcoveando bajo sus posaderas. En un par de latidos ya se batían en retirada. Toc dio la vuelta con parsimonia a su montura y regresó al trote hasta ella.

—Parece que tenías razón.

—Sus caballos lo supieron mucho antes que ellos mismos.

Él detuvo el caballo, destensó el arco y devolvió la flecha a su carcaj.

—En realidad el arma te va a hacer falta —dijo Setoc—. Necesitamos comida. Y agua también.

Toc miraba hacia el oeste; ni siquiera parecía haberla escuchado.

—¿Qué pasa? —preguntó Setoc—. ¿Más jinetes?

—Ella no ha tenido suficiente —murmuró Toc—. Por supuesto que no. ¿Qué va a hacer uno solo que no pueda hacer un ejército entero? Poca cosa. Pero a él no le gustará. Nunca ha sido así. De hecho, puede que los expulse a todos. Bueno, bueno, Invocahuesos, ¿qué vas a hacer al respecto? ¿Qué harás si los libera a todos?

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando. ¿Quién es ella? ¿Y él? ¿De qué ejército hablas?

La cabeza de Toc se volvió y oteó más allá de donde se encontraba Setoc. Ella se giró. El niño estaba de pie y se acercaba con pasos tambaleantes hasta el túmulo del lobo.

—Blablablablabla…

—Ojalá dejara de hacer esas cosas —dijo ella.

—No estás sola en tu anhelo, Setoc de los Lobos.

Ella dio un respingo y se volvió hacia el guerrero no muerto.

—Ahora te veo de verdad, Toc Anaster, y es verdad que pareces tener un solo ojo, por más muerto que esté. Sin embargo, en la primera noche que te conocí, lo que ví…

—¿Qué? ¿Qué es lo que viste?

El ojo de un lobo. Setoc señaló al túmulo con un gesto.

—Tú nos has traído hasta aquí.

—No. Yo solo me he limitado a sacaros de allí. Dime, Setoc, ¿las bestias son inocentes?

—¿Inocentes? ¿De qué?

—¿Merecían su aciago destino?

—No.

—¿Y acaso importó en absoluto que lo merecieran o no?

—No.

—¿Qué quieren los lobos, Setoc?

Por su tono, ella comprendió que Toc se refería al dios y la diosa. Sabía que existían aunque no conociera sus nombres, si es que tenían nombres.

—Quieren que nos vayamos. Todos nosotros. Que los dejemos en paz a ellos y a sus hijos.

—¿Y haremos tal cosa?

—No.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros por toda respuesta.

—No lo haremos, Setoc, porque la vida lleva implícita una guerra. Y resulta que no hay nada tan bueno en la guerra como nosotros.

—¡No te creo! ¡Los lobos no mantienen guerras contra nada!

—Una manada marca su territorio, y se encarga de expulsar a cualquier otra manada que se acerca. La manada defiende sus presas, las defiende de la tierra y de los animales que caza en ella.

—¡Pero eso no es una guerra!

Él se encogió de hombros.

—La mayor parte del tiempo se trata de una amenaza de guerra, al menos hasta que la amenaza resulta insuficiente. No hay criatura que no luche por el dominio de las demás, tanto entre sus propios congéneres como dentro de su territorio. Hasta una manada de perros necesita su rey, o su reina, que domina a los demás en virtud de su fuerza y de la amenaza que esta representa, al menos hasta que son usurpados por el siguiente. ¿Qué significa todo esto, que todas las criaturas sociales se rigen por la política? Eso parece. Si los lobos pudieran aniquilarnos a todos y cada uno de los humanos, ¿crees que lo harían, Setoc?

—Sí, si comprendiesen que se trata de ellos o nosotros. ¿Por qué no habrían de hacerlo?

—Solo era una pregunta —replicó Toc—. Hace mucho tiempo conocí a una mujer que era capaz de destruir una ciudad entera solo con alzar una de sus perfectas cejas.

—¿Y lo hizo? —preguntó Setoc, contenta de ser ella quien hacía las preguntas.

—A veces, pero no con todas las ciudades ni todo el tiempo.

—¿Por qué no?

El guerrero no muerto esbozó una sonrisa que le provocó un escalofrío.

—De vez en cuando gustaba de darse un buen baño.

Después de que Toc se marchase en busca de comida, Setoc se propuso construir un corazón con todas las piedras que pudiera encontrar. El niño seguía sentado delante del túmulo y cantando su cancioncita. Las gemelas se habían despertado, pero ninguna de ellas parecía tener lo más mínimo que decir. Tenían la mirada vidriosa, una mirada en la que Setoc supo reconocer el trauma que empezaba a germinar en ellas.

—Toc volverá enseguida —les dijo—. Escuchad, ¿podéis hacer que el pequeño deje de balbucear, por favor? Me está poniendo de los nervios. O sea, ¿acaso ha perdido la cabeza? ¿O es que todos los niños de su edad son así? Los niños barghastianos no, desde luego, o al menos no que yo recuerde. Los barghastianos se quedan en silencio, igual que vosotras ahora mismo.

Ninguna de las dos chicas respondió. Se limitaron a quedársela mirando. De pronto, el niño soltó un grito. De repente, el suelo estalló a veinte pasos del túmulo, una erupción de rocas que cayeron en medio de una lluvia de polvo.

Algo salió del agujero.

Las gemelas chillaron, pero el niño no hacía más que reír. De entre el polvo surgió un lobo gigantesco de patas enormes y una cabeza larga y plana rematada por unas

fauces repletas de colmillos. La criatura se detuvo y sacudió su cola moteada y encrespada. Aquel gesto disipó las últimas hebras de miedo en Setoc.

El niño atacó una nueva cantinela:

—¡Ay ay ay ayayayay!

Incluso con los hombros hundidos, la criatura era más grande que Setoc. Debía de haber muerto hacía mucho, mucho tiempo.

Los ojos de Setoc saltaron hacia el chico. *Lo ha llamado él. La ha invocado con aquella cancioncilla sin sentido.*

¿Seré capaz yo de hacer lo mismo? ¿Tiene este chico algo que ver conmigo? ¿Qué se está fraguando aquí?

Una de las gemelas dijo:

—Necesita a Toc. Lo necesita a su lado. Al lado de nuestro hermano. Necesita al único amigo de Toc. Tienen que estar juntos.

La mirada de la otra gemela buscó la de Setoc, y dijo:

—Y te necesitan a ti. Pero nada de esto tenemos. Nada.

—No os comprendo —dijo Setoc, enojada por la puñalada de culpabilidad irracional que le clavaron las palabras de la chica.

—¿Qué sucederá —preguntó la niña—, cuando seas tú quien alce una de tus cejas perfectas?

—¿Qué?

—Allá por donde camines, alguien habrá caminado antes que tú.

—Nuestro padre solía decir eso.

El enorme lobo se detuvo junto al niño. Sus flancos aún levantaban nubes de polvo. Setoc tuvo una súbita visión en la que aquella bestia despedazaba la garganta de un caballo. *Solía ver estas cosas como si de fantasmas se tratase. Fantasmas dentro de todo lo vivo, no como carne muerta sobre huesos. Solían mantener la distancia, nunca seguros de mi presencia. Y aun así… yo lloraba por ellos*.

No puedo destruir ciudades, ¿verdad?

Los espectros aparecieron de pronto y formaron un círculo alrededor de Toc. Él dejó de destripar el antílope que había matado de un flechazo en el corazón. Se irguió.

—Si el reino del Embozado fuera más pequeño —dijo—, quizá sabría quiénes sois. Pero no lo es, y no os conozco. ¿Qué queréis?

Uno de los jaghut no muertos respondió:

—Nada.

Los otros trece rieron.

—Nada queremos de ti —añadió la portavoz. Había sido una mujer en su día, cuando tales distinciones importaban lo más mínimo.

—¿Y entonces por qué me habéis rodeado? —preguntó Toc—. No puede ser por hambre…

Más risas, y de pronto las armas abandonaron sus vainas y cintos. La mujer se aproximó.

—Tiras bien con ese arco, heraldo. Más aún para tener un solo ojo.

Toc echó un vistazo a los otros.

—Por el Embozado, ¿queréis dejar de reíros?

Las risotadas se redoblaron.

—Una petición de lo más errónea, heraldo —dijo la mujer —. Me llaman Varandas. No servimos al Embozado. Le hicimos un favor a Iskar Jarak, y ahora somos libres de hacer lo que nos plazca.

—¿Y qué os place, pues?

Llegaron hasta él risas de todas partes.

Toc volvió a agacharse y siguió destripando el antílope. Las moscas se aventaron con un zumbido. Por el rabillo del ojo pudo ver el propio ojo del animal, aún líquido, aún lleno, contemplando la nada. *Iskar Jarak, ¿cuándo habrás de*

invocarme a mí? Espero que sea pronto. Todo se está acercando, aunque no parece ser obra de los lobos. Su interés recae en otros lugares. ¿Qué acontecerá? A lo mejor simplemente me partiré por la mitad. Se detuvo y volvió a mirar a los jaguth que lo rodeaban.

—¿Qué hacéis aquí?

—Estamos deambulando —respondió Varandas.

Otro de ellos añadió con voz profunda:

—Buscamos algo que matar.

Toc volvió a mirar de soslayo a los ojos sin vida del antílope.

—Os habéis equivocado de continente. Los t'lan imass han despertado.

De repente, la amenidad a su alrededor pareció desvanecerse. Una suerte de aire frío sopló alrededor.

Toc dejó el cuchillo al lado y extrajo lo que quedaba de las tripas del antílope.

—Nunca nos hemos enfrentado a ellos —dijo Varandas—. Llevábamos mucho tiempo muertos antes de su ritual de no vida eterna.

Otro de los jaguth habló:

—Primero k'chain nah'ruk y ahora t'lan imass. ¿Es que no hay raza que desaparezca en este mundo?

Un momento después, todos volvían a reírse.

En medio de las risotadas, Varandas se acercó a Toc y le dijo:

—¿Por qué has matado a esta bestia? No puedes comértela. Deduzco que debes de cazar para otros. ¿Dónde están?

—No muy lejos —replicó él—. Y ninguno representa una amenaza para vosotros.

—Qué lástima.

—Los nah'ruk… ¿eran los favoritos de Iskar Jarak?

—Lo fueron.

—¿Y qué les pasó después?

—Más que qué, la pregunta sería quién. Pero no preguntes más; nosotros mismos hemos discutido el asunto y no le encontramos el menor sentido. El mundo ha dejado de ser un lugar sencillo.

—El mundo nunca fue sencillo, jaghut. Y si crees que lo fue, te engañas a ti misma.

—¿Qué sabes tú de las eras antiguas?

Él se encogió de hombros.

—Yo solo sé de los tiempos actuales, mas, ¿por qué iban a ser diferentes los remotos? Nuestra memoria miente. Con complacencia, la tildamos de nostalgia, pero no hay mentira sin propósito. Y eso incluye falsear nuestra impresión del pasado.

—¿Y a qué propósito serviría eso, heraldo?

Él limpió su cuchillo entre las hojas.

—No debería hacer falta ni que preguntases.

—Pero lo hago.

—Mentimos sobre nuestro pasado para hacer las paces con el presente. Si aceptásemos la verdad de nuestra historia, no hallaríamos paz alguna. Nuestras conciencias no lo permitirían, como tampoco lo haría nuestra rabia.

A todas luces aquella conversación divertía a Varandas.

—¿Acaso te consume la rabia, heraldo? ¿Puede ser que veas demasiado con ese ojo solitario? Las emociones fuertes suelen empañar la percepción, lo cual parece ser tu caso.

—¿Qué quieres decir?

—No te has percatado de mi tono burlón cuando hablaba de la pérdida de la sencillez del mundo.

—Debe de habérseme escapado en medio de la ironía que embargaba todo lo demás que has dicho. Qué tonto de mí. En fin, ya he terminado con esta bestia. —Devolvió su cuchillo a la vaina y levantó el cadáver para colocárselo entre los hombros—. Os desearía la mayor de las suertes

para que encontréis pronto algo a lo que matar, pero me parece que no la necesitáis.

—¿Crees que los t'lan imass estarán ansiosos por enfrentarse a nosotros, heraldo?

Él apoyó el antílope en la grupa de su caballo. Ahora comprobó que sus ojos estaban cubiertos de moscas. Toc colocó una bota en el estribo y, haciendo peso para acomodar el cadáver, se sentó en la silla de montar. Tomó las riendas.

—Hace mucho tiempo conocí a un t'lan imass —dijo—. Le enseñé a contar chistes.

—¿Necesitaba que le enseñasen?

—Más bien que le recordasen cómo se hace, diría. Supongo que incluso los mejores de entre nosotros se olvidan de esas cosas cuando llevan tanto tiempo muertos como él. Sea como sea, estoy seguro de que los t'lan imass os encontrarán de lo más confortables, con vuestras armaduras oscuras y demás, incluso mientras os cortan en pedazos. Por desgracia, y aun a riesgo de pincharos esos egos tan henchidos, no están aquí por vosotros.

—Tampoco los nah'ruk. —Varandas inclinó la cabeza dentro del yelmo—. Aunque, ¿qué quieres decir con «confortables»?

Toc la escrutó, así como a los otros. Caras sin vida, ansiosas por reír. Malditos jaghut. Se encogió de hombros y dijo:

—Nostalgia.

Una vez que el heraldo se hubo alejado con su antílope muerto, Varandas se volvió hacia sus compañeros.

—¿Qué te parece, Haut?

El guerrero de recias extremidades y la voz profunda se giró con un tintineo de armadura y una nubecilla de polvo

rojo, y dijo:

—Capitán, creo que deberíamos poner pies en polvorosa.

Suvalas resopló:

—Los imass eran lamentables, así que dudo mucho que sus contrapartidas nomuertas nos supongan mucho problema. Capitán, busquemos a algunos y destruyámoslos. Se me había olvidado lo bien que se lo pasa uno matando.

Varandas se volvió hacia uno de sus oficiales.

—¿Qué dices tú, Burrugast?

—Estoy pensando una cosa, capitán.

Ella sonrió.

—Cuéntame.

—Si los t'lan imass que les declararon la guerra a los jaghut fueran tan lamentables como sugiere Suvalas, ¿cómo es que ya no quedan jaghut?

Ninguno fue capaz de dar una respuesta. Pasaron unos momentos.

—Será mejor que pongamos pies en polvorosa —repitió Haut, y soltó una risotada.

Los demás lo imitaron. Hasta Suvalas.

La capitana Varandas asintió. Tantas cosas deliciosas, ¿verdad? Tantas emociones extrañas, como la humildad, la confusión, la inquietud.

Sentirlas de nuevo, reírse ante la cara de aquel absurdo inherente, burlarse de todo instinto de supervivencia como si sus compañeros y ella misma aún estuvieran vivos. Como si aún tuvieran algo que perder. Como si valiese la pena recrear el pasado aquí, en el presente.

—Como si —se dijo para sí misma—, valiera la pena atesorar las viejas rencillas.

Soltó un gruñido y entonces dijo:

—Marcharemos hacia el este.

—¿Por qué al este? —preguntó Gedoran.

—Porque me apetece, teniente. Hacia el sol naciente, con las sombras en los talones y un día nuevo siempre delante. —Echó la cabeza hacia atrás—. ¡Ja ja ja ja ja!

Toc el Joven vio al ay desde la distancia, con el chico enredado en una de sus patas delanteras. Si el pecho de Toc hubiese albergado un corazón vivo, este habría empezado a latir con rapidez. Si sus ojos hubiesen vertido un estanque de lágrimas, como hacían los ojos vivos, habría llorado.

Por supuesto, no se trataba de la loba Baaljagg. Aquel lobo gigante ni siquiera estaba vivo, ahora se daba cuenta al acercarse. Había sido invocado. No desde el reino del Embozado, pues las almas de semejantes bestias no residían en él, sino desde el Dominio de la Bestia, como un regalo de los lobos. Era un ay, un lobo gigante, invocado para volver a caminar por el mundo una vez más, para proteger al niño y a su hija, la elegida.

Setoc, ¿esto lo has hecho tú?

Toc podía ser tuerto, pero no era ciego a los patrones que iban siguiendo los acontecimientos. Tampoco, en el polvoriento interior de su cabeza, era insensible a los detalles retorcidos que seguían aquellos patrones, como si los distantes poderes del destino se divirtieran de forma macabra en burlarse de todo lo que él había considerado querido en su día, los recuerdos a los que se aferraba como un hombre que se ahoga se aferra al último aliento en sus pulmones.

En su rostro descubro el tuyo, Tool. Como si pudiera regresar al tiempo antes del ritual de Tellann, como si pudiera adentrarme como un fantasma en aquel pequeño campamento en el que naciste y verte con pocos años de vida, arropado bajo el frío, con la respiración tranquila y las mejillas de un rojo brillante. No creí que semejante viaje en

el tiempo fuera posible, pero lo es. Solo necesito mirar en el rostro de tu hijo para ver el tuyo.

Tú y yo estamos rotos por dentro. Tuve que obligarte a marchar. Tuve que denegarte aquello que más querías. Pero lo que no pude hacer por ti, lo habré de hacer por tu hijo.

Toc sabía de la estupidez de semejantes juramentos. Él era el Heraldo de la Muerte. Pronto el Embozado lo invocaría. Lo arrancaría del lado del chico. *A no ser que los lobos quieran que me quede. El modo en que piensan no se parece en absoluto al nuestro. No tengo control... sobre nada*.

Llegó al campamento. Setoc había encendido una hoguera pequeña. Las gemelas no se habían movido del lugar donde habían estado antes, pero ahora sus ojos estaban fijos en Toc, como si él pudiese sujetar todas sus esperanzas en las manos. *Pero no puedo. Mi vida ha terminado, y lo que queda no me pertenece*.

Sueño con poder mantener mis juramentos. Sueño con seguir siendo Toc el Joven, alguien capaz de reír, de amar. Alguien que sabía lo que era desear a una mujer para siempre, más allá de su alcance... dioses, ¡qué deliciosa agonía! Cuando el yo se replegaba, cuando los anhelos abrumaban con la más dulce de las inundaciones.

¿Recuerdas? ¡En su día escribiste poemas! En su día te arrastraste ante todos y cada uno de tus pensamientos, de tus sentimientos, para ver y tocar y desmontar y, en el intento de sentir la maravilla de recomponerlo todo. Asombrado y rendido ante la complejidad, asaltado por la compasión. Incapaz de la mínima comprensión ante el rostro de la crueldad, de la indiferencia.

Recuerda que te preguntaste cómo era posible que la gente pensase de aquel modo. ¿Cómo podían ser tan insensatos, tan despiadados, tan serviles para con la muerte, tan ajenos al sufrimiento y la penuria?

Se quedó contemplando al lobo. Baaljagg, o quizá no. Un reflejo burlón, un simulacro artificial. Una amalgama de mechones. Su mirada se encontró con la de Setoc y se dio cuenta de que no había tenido nada que ver con la invocación del lobo. Había sido el niño. *Por supuesto. Tool me hizo estas flechas y su hijo me regala este compañero, tan muerto como yo mismo*.

—Su nombre es Baaljagg.

—¡Blablablablabla!

El Cetro Irkullas estaba sentado, los hombros hundidos, parapetado del mundo tras su dolor. Los oficiales le suplicaban entre golpes en los altos muros. El enemigo estaba al alcance, el enemigo se movía, todo un pueblo de pronto en marcha. Su vanguardia había descubierto a las fuerzas akrynnai. Bestias gigantes de múltiples cabezas se desplazaban para tomar posición, pelambreras enhiestas, y pronto las fauces se cerrarían, pronto los colmillos se hundirían y el destino llenaría las bocas, tan amargo como el hierro.

Una suerte de condena había anidado en su alma. Estaba a punto de desgarrar la garganta del enemigo equivocado. Pero no había espinas que se clavasen en su conciencia, nada que avivase la temblorosa danza de la razón. Pronto muchos seres queridos llorarían. Los lamentos de los niños quedarían sin atender. Y los ecos se extenderían en un tumulto agitado, y nada volvería a ser lo mismo.

Había momentos en los que la historia se plegaba sobre sí misma como un puño y rompía todo lo que había en su interior. Irkullas aguardaba que aquel abrazo lo aplastase, con el ansia de un amante. Sus oficiales no lo entendían. Cuando se irguió e hizo un gesto para que le trajeran la armadura, vio alivio en sus ojos, como si un arroyo díscolo

hubiese por fin encontrado el camino que había de seguir. Su alivio se enraizaba en el consuelo de lo familiar, de los patrones estudiados que precedían al pavoroso caos. Ya se enfrentarían al tiempo de la sangre cuando llegase.

En su día Irkullas envidiaba a los jóvenes. Sin embargo, ahora, a medida que la luz brillante del alba cortaba el polvo que flotaba sobre los caballos, contemplaba a aquellos muchachos imberbes con sus armas relucientes como el guiño de un millar de calaveras, y no sentía más que pena.

Todos los grandes caudillos eran, en general, un hatajo de locos. Podrían encontrarse en los prolegómenos de la gran maquinaria de la guerra, como él mismo ahora, y no ser capaces de ver más que espadas capaces de allanar el camino de sus propios deseos, como si el deseo en sí fuese una virtud, tan pura y justa que fuese imposible ponerla en duda o enfrentarse a ella.

Aquel gran caudillo de guerra era bien capaz de lanzar un millar de guerreros a la muerte sin que la oleosa superficie de su conciencia evidenciase el más mínimo temblor.

Irkullas había sido un gran líder en su día. Su boca estuvo repleta de esquirlas de hierro. Llamas brotaron de la punta de sus dedos. Su pecho estuvo henchido de virtudes inquebrantables.

—Si continuamos avanzando, los atraparemos antes del anochecer, Cetro. ¿Creéis que para entonces querrán rendirse, o quizás esperarán al alba? Si somos lo bastante veloces…

—Cerraré mis fauces una vez más —dijo Irkullas—. Las mantendré rápidas y no habré de pensar en el mordisco, en el templado flujo de la sangre. Te sorprendería hasta dónde es capaz de tragar un hombre.

Todos lo miraron sin entender.

El ejército akrynnai dejó atrás el campamento de la noche anterior. Se alzaron, se distribuyeron en corrientes que seguían la estela de su enemigo herido y se esparcieron con rápida fluidez en pos de su objetivo.

La mañana perdió su brillo. Se arremolinaron extrañas nubes, y a lo largo de todo el cielo, los pájaros echaron a volar hacia el norte. El Cetro Irkullas cabalgaba su caballo, la espalda erguida, las manos sudadas en las riendas. El puño se cerraba.

—Por el recolector de cráneos, ¿adónde nos lleva este demente?

Bakal se dio cuenta de que Strahl tenía tendencia a repetirse a sí mismo, como si sus preguntas fuesen un arma de asalto contra una ciudad sitiada, piedras lanzadas con la vana esperanza de encontrar un punto débil en el muro de su propia ignorancia. Tarde o temprano, en medio de una nube de polvo y mortero destrozado, acabaría por encontrar un resquicio de las respuestas que ansiaba.

Bakal no tenía tiempo para tales menesteres. Si tenía preguntas, se aseguraba de quemarlas sobre el mismo terreno que pisaban y de sonreír a las cenizas. El muro que les esperaba en el camino acabaría por derrumbarse sobre ellos más pronto que tarde. *Por desgracia para nosotros*.

—Hemos dejado un rastro sangriento —añadió Strahl, y Bakal supo que los ojos del guerrero estaban fijos en la espalda de Hetan. La mujer cojeaba entre temblores y tropezones a poca distancia de ellos en la columna. Durante toda aquella mañana, de vez en cuando un guerrero aún fresco la sacaba de la fila y la llevaba a un lado del camino, mientras los otros lo jaleaban y vitoreaban. Había sucedido al menos una docena de veces desde el alba. Ahora todos caminaban tan despacio como ella, y a ninguno le quedaban

energías para poseerla una vez más. Comida había de sobra; lo que faltaba era el agua. Aquella tierra yerma era una vieja bruja de tetas secas y marchitas. Bakal casi podía ver su mueca desdentada en las olas de calor que ascendían desde la hierba amarillenta a ambos lados del camino y aquel horizonte jorobado de colinas salteadas aquí y allá.

El sangriento rastro al que se refería Strahl marcaba la brutal consolidación del poder del caudillo Maral Eb y sus dos hermanos, Sagal y Kashat. Y de la viuda, Sekara la Vil. ¡Qué familia tan tierna componían! Bakal volvió la cabeza y soltó un esputo, puesto que le bastaba pensar en ellos para que se le agriase la boca.

Había sufrido dos intentos más de asesinato. De no haber sido por Strahl y la media docena de senan que se habían autodeclarado sus guardaespaldas, ya estaría tan muerto como su esposa y el futuro amante de esta. Una de las viudas caminaba a un par de pasos de distancia. De no haber sido por Bakal, Estaral habría muerto por mano de su marido. Aunque la verdad es que el hecho de que le hubiese salvado la vida no había sido más que un accidente provocado por su propia ansia de sangre, aunque esto no se lo había revelado. Aquella noche de tormentas había sido como una fiebre que consumiese a todo el pueblo barghastiano. Una noche así se les había denegado cuando Onos Toolan asumió el mando después de que Humbrall Taur se ahogase. Toolan había blandido su espada de piedra ante los jefes de los clanes reunidos y había dicho:

—El primer asesinato que ocurra esta noche habrá de responder ante mí. Aferraos a vuestros deseos y a vuestras necesidades imaginarias y aplastadlos ahora mismo.

Nadie se enfrentó a su voluntad, aunque resultó que muchos atesoraron su rencor. Ahora todo se había liberado en una noche de locura.

—No encontrarán descanso hasta que estés muerto, ¿sabes?

—Entonces más les vale actuar rápido —replicó Bakal—, porque mañana tenemos una batalla pendiente contra los akrynnai.

Strahl gruñó.

—Se cuenta que tienen d’ras con ellos. Y legiones de lanceros saphii.

—Maral Eb ha elegido el lugar donde tendrá lugar la batalla. Solo eso ya puede ser decisivo para el resultado. Al contrario que nuestro enemigo, nosotros no podemos huir. O ganamos, o caemos.

—Quizá piensen en tomar esclavos.

—Los barghastianos no se arrodillan ante nadie. Si nos rindiéramos, nuestras propias abuelas les rebanarían los gaznates a nuestros hijos y se arrancarían sus corazones de raíz.

—Nuestros dioses habrán de cantar y llevarnos a todos más allá del velo.

Bakal hizo una mueca que desveló sus dientes.

—Más les valdría a nuestros dioses ponerse también toda la armadura que puedan.

Estaral, a tres pasos por detrás de los dos guerreros, clavaba la vista en Bakal. El hombre que había matado a su esposo, el hombre que le había salvado la vida. Había momentos en los que sentía que atravesaba un puente estrecho sobre un abismo sin fondo, un puente que se desplegaba detrás de Bakal. En otros momentos el mundo entero se abría ante ella, un océano vasto y tumultuoso, y sus piernas flaqueaban de puro pánico, al comprender con jadeante asombro la súbita certeza de su libertad. Encontrarse sola en el mundo provocaba en ella el parto de

dos gemelos llamados miedo y emoción, y ambos se crepitaban al mero tacto. El ánimo de Estaral oscilaba entre las maldiciones y las bendiciones hacia aquel guerrero que avanzaba frente a ella. Había sido su escudo, sí, un escudo detrás del que esconderse. También representaba el recuerdo de la noche en que se asomó a los ojos de su esposo y no vio nada más que rencor y el oscuro deseo de asesinarla.

¿De verdad la había considerado tan inútil? ¿Tan aborrecible? No podía haber albergado aquellos sentimientos desde siempre; de lo contrario no la habría desposado. Estaral recordaba sonrisas en su cara, años atrás. Eso era verdad, pero podría jurar que no había mentira en sus ojos cuando sonreía. Estaral intentaba calcular las razones que lo habían llevado a cambiar desde aquellos días brillantes y fugaces, intentando encontrar las señales de su fracaso. Se esforzaba por dar con el umbral fatídico que había cruzado inadvertidamente. Por desgracia, los recuerdos no hacían más que danzar y danzar en un vórtice que amenazaba con ahogarla, y todo se volvía borroso en sus revoluciones y lo único que le quedaba era un puñado de recuerdos de aquellos dos rostros: el sonriente y el desfigurado por la malicia, ambos alternándose una y otra vez.

Ya era demasiado vieja para que la volvieran a desear, e incluso si no fuera así, estaba claro que no era capaz de mantener viva la llama del amor de un hombre. Débil, estúpida, ciega, y ahora viuda de un hombre que había intentado matarla.

Bakal no había dudado Había matado a su esposo de igual manera que ella le partiría el cuello a una rata de yurta. Y luego se había vuelto hacia su propia esposa, de pie, desafiante, hasta que se acercó a ella y cayó de rodillas entre súplicas por su propia vida. Pero aquella noche era la

noche de la sanguaza de Hetan. La bestia de la misericordia había sido destripada, su piel ensangrentada clavada con picas en el suelo. La mujer de Bakal había suplicado incluso cuando su esposo le rajó el cuello.

La sangre fluye hacia abajo. Es justo lo que la vi hacer. Por sus cuerpos, abajo, abajo, siempre abajo. Pensé que se giraría hacia mí y haría lo mismo, fui testigo de su vergüenza y de su rabia. Y sabía, él sabía que si yo hubiese sido una mejor esposa, mi hombre no habría fijado sus ojos en la suya. Así que el fracaso y la culpa era en parte mía.

Yo no habría suplicado.

En lugar de matarme, lo que hizo fue limpiar el puñal y envainarlo. Y cuando volvió a mirar su cadáver, la furia había abandonado el fulgor de sus ojos.

—Ojalá no hubieras tenido que presenciar esto, Estaral.

—¿Preferirías que me hubieran matado antes?

—No. Vine aquí para impedir que lo hicieran.

Eso la confundió.

—Pero no nos une lazo alguno, Bakal.

—No hace falta —dijo él—. Sin ti, no me quedaría más remedio que ver esta noche y lo que he hecho aquí como una negra venganza. Como la rabia de un hombre celoso. Sin embargo, la verdad es que me importaba poco. Ella podía hacer lo que quisiera con quien quisiera. A lo que no tenía derecho, ni ella ni tu marido, era a matarte por ello.

—Tú eres el asesino de Onos Toolan.

Todavía hoy no sabía por qué había dicho aquello entonces. ¿Había querido decir que aquella noche de sangre era culpa de Bakal y de nadie más?

Bakal había dado un respingo, de pronto muy pálido. Se le ocurrió que quizás ahora se arrepentía de haberle perdonado la vida, incluso que podría cambiar de opinión. En lugar de eso, Bakal dio media vuelta. Un instante después se había marchado.

¿Sabía Estaral que sus palabras le harían daño? ¿Y por qué habrían de ser así? ¿Acaso no estaba orgulloso de su gloriosa hazaña?

Por supuesto, Bakal no había conseguido convertirse en el líder de los barghastianos. Quizás aquella misma noche comprendió que el poder se le escapaba de entre los dedos. Así que Estaral lo seguía ahora. Se había atado a él con intención de retirar aquellas palabras que le dijo, y sin embargo, ni uno solo de los pasos que había dado la habían acercado a él lo más mínimo. Ya habían pasado días y noches de rondar como un fantasma al borde de la hoguera a la que él se sentaba. Había presenciado el primer intento contra su vida. El asesino había sido un guerrero barahn, desesperado por alcanzar cierta importancia. Strahl lo había interceptado a cinco zancadas de Bakal. La vez siguiente se trató de una flecha lanzada desde algún lugar en las tinieblas, que no impactó en la cabeza de Bakal por menos de un palmo. Strahl y otros tres guerreros se habían lanzado tras el arquero, pero lo habían perdido.

Cuando volvieron, Strahl murmuró algo acerca de la presencia espectral de Estaral. Dijo de ella que era los ojos del Embozado, y se preguntó si se mantenía cerca para presenciar la muerte de Bakal. Al parecer Strahl pensaba que ella odiaba a Bakal por el asesinato de su esposo. Pero la idea de odiarlo ni siquiera había pasado por su cabeza. Al menos no de odiarlo a él.

Ansiaba hablar con Bakal. Quería explicarse, y si fuese capaz de entender sus propios motivos de aquella noche, eso es lo que haría. Mitigar la herida, quizá curarla por completo. A fin de cuentas, los dos compartían algo, ¿no? Él debía de entender, aunque Strahl no lo hiciera.

Sin embargo, ahora los hombres hablaban de una batalla contra los akrynnai, una lucha final en la que se decidiría quién dominaba aquella tierra. Maral Eb comandaría a los

barghastianos, decenas de miles de guerreros. Atacar campamentos aislados había resultado sencillo para los akrynnai, pero ahora por fin se habían reunido todos los clanes barghastianos de rostro blanco, y no había tribu en el mundo que pudiera derrotar a semejante ejército. Aun así, Bakal podría morir en mitad de la liza. A fin de cuentas, él se encargaría de liderar a los senan, y sería inconcebible que Maral Eb fueran tan arrogante como para no colocar al clan más poderoso en el centro de las filas. No, los senan ocuparían la posición central de la cuña de ataque y cortarían con furia salvaje las tropas de los akrynnai.

Debía acercarse a él lo antes posible, quizás aquella misma noche. *Si pudiera retirar mis palabras. Los mató a los dos para salvarme la vida. Eso es lo que dijo. Aunque tanto de lo que pasó fue culpa mía*...

En sus elucubraciones, se había perdido algo de lo que estaba sucediendo ahora. Bakal había enviado a Strahl a algún lugar, y ahora se acercaba a ella. De pronto se le resecó la boca.

—Estaral, tengo que pedirte un favor.

Había una oscuridad susurrante en su tono de voz. *No más muerte, por favor. Si ella había tenido otros amantes*...

—Hetan —dijo Bakal por lo bajo—. Eres una de las mujeres que la custodia de noche.

Ella parpadeó.

—No creo que siga siendo así por mucho tiempo, Bakal —dijo—. Hace mucho que debería haber muerto. En sus ojos habita la nada. Ha sido sometida a la sanguaza. Ayer solo estábamos dos mujeres custodiándola.

—Y esta noche solo habrá una.

—Quizás ni siquiera eso. Es probable que los guerreros quieran usarla durante la noche.

—¡Por todos los cagarros de los dioses, no había pensado en eso!

—Si es que la quieres para ti…

—No es eso. Escúchame. Cuando caiga el sol y los guerreros se reúnan para cenar, ¿puedes ser tú quien se encargue de alimentarla?

—La comida se le cae de la boca —dijo Estaral—. Dejamos que la alimenten los niños. Se entretienen metiéndole la comida como si fuera un bebé.

—Esta noche, no. Hazlo tú misma.

—¿Por qué? Yo quería hablar contigo. Retirar las cosas que dije. Quiero yacer contigo y hacer que olvides todo lo de aquella noche, Bakal.

Él centró la vista en los ojos de ella, como si buscase algo. Ella apartó la mirada para que no descubriese sus pensamientos.

—Hay algo que no comprendo —dijo él—. ¿De dónde viene el ansia de las mujeres por someter a otra mujer a la sanguaza?

—Yo en eso no tuve nada que ver.

—No era esa mi pregunta.

La verdad era que Estaral nunca había reflexionado sobre aquello. Era simplemente lo que se hacía. Siempre había sido así.

—Las mujeres tienen garras.

—Lo sé, yo mismo he visto bastante de ellas, incluso en la batalla. Pero la sanguaza… eso es diferente, ¿no crees?

Ella se esforzó por no mirarlo a los ojos.

—No me has entendido. No me refería a las garras del guerrero. Me refería a las garras que escondemos, las que usamos solo contra otras mujeres.

—Pero, ¿por qué?

—Empiezas a hablar como Onos Toolan, con sus preguntas sobre las cosas que siempre hemos hecho. ¿Acaso no fueron tantas preguntas la causa de su muerte, Bakal? No

dejaba de poner en duda las cosas que no tenía derecho a cuestionar.

Bakal levantó la mano y la escrutó.

La mano que empuñó el cuchillo.

—Su sangre —susurró—, me ha envenenado.

—Cuando nos volvemos contra los nuestros —ella se esforzó en convertir sus pensamientos en palabras—, es como cuando el agua de una bota encuentra un agujero. Hay demasiado… peso…

—Presión.

—Sí, esa es la palabra. Nos volvemos contra nuestra gente para calmar la presión. Todos los ojos están centrados en Hetan, no en nosotros. Todo el deseo…

Reprimió un suspiro y sus palabras murieron. Aunque Bakal había comprendido. Lo había comprendido todo.

—Entonces, ¿la razón son los hombres? ¿Es eso lo que dices?

Una ola de rabia la embargó como nudillos que toquetearan toda su columna.

—Contéstame a una cosa, Bakal —y por fin se enfrentó a su mirada sin apartarse—. ¿Cuántas veces has tocado a tu esposa con verdadera dulzura? Dime, ¿cuántas veces compartiste una risotada con tus amigotes cuando una mujer salía de su tienda con el labio ensangrentado y un ojo hinchado? «Oh, el lobo salvaje corrió libre anoche», decíais, y os partíais de la risa. ¿Creíais que no os oíamos? ¿Creíais que no veíamos? ¡A la sanguaza con ella! ¡Quedáosla todos si tanto la queréis! Y mientras sea ella la que se abre de piernas, ¡a nosotras dejadnos solas!

A pesar de que había dicho todo eso en un susurro de serpiente que se cierra sobre el cuerpo aplastado de su víctima, varias cabezas se voltearon a causa de su tono envenenado. Atisbó un par de muecas burlonas y los mudos repiqueteos de chistes lejanos:

—¡El asesinato los ha unido y ya se están escupiendo el uno a la otra!

—No me sorprende que sus esposos se lanzaran en brazos el uno de la otra.

Bakal se las arregló para mantener su mirada un momento más, como si pudiera retener sus furiosas y amargas palabras, y luego apartó la vista. Se le escapó un burdo suspiro.

—Recuerdo las tonterías que decía. O eso pensaba entonces que eran. Sus historias sobre los imass. Decía que la mayor muestra de fortaleza que podía mostrar un guerrero residía en no tocar jamás a su compañera con algo que no fuera ternura.

—Y te hacía gracia.

—A mí y a las demás mujeres.

—¿Y si no hubiera sido así, Bakal? ¿Y si solo te hubiese parecido a ti que nos hacía gracia?

Él compuso una mueca y acabó por asentir.

—Una o dos noches del lobo salvaje…

—Para aplacar esas ideas traicioneras, claro. No lo entendiste, ninguno de vosotros lo entendió. Si no lo hubieras matado, nos habría cambiado a todos.

—¿Incluso a mujeres como Sekara la Vil?

—¿Qué pasa con ella?

Él soltó un gruñido.

—Por supuesto. Sus únicos amantes son la codicia y el poder. En eso no es diferente de los demás hombres.

—¿Qué es lo que quieres de Hetan?

—Nada. No importa.

—Ya no confías en mí. Probablemente nunca lo hayas hecho; lo único que nos une era el charco de sangre sobre el que estamos los dos.

—Eres tú quien me sigue. Eres tú quien se queda al borde de mi fuego todas las noches.

Estoy sola. ¿Es que no lo ves?

—¿Por qué lo mataste? Yo te diré por qué. Lo mataste porque veías una amenaza en él, y seguramente tenías razón, ¿me equivoco?

—Yo… yo no… —se detuvo y negó con la cabeza—. Quiero llevarme a Hetan. Quiero que se termine.

—Es demasiado tarde. Ya está muerta por dentro. Tú le arrebataste a su marido. Y a sus hijos. Y luego le arrebataste, le arrebatamos, su cuerpo. Pronto mueren las flores que se arrancan de su tallo.

—Estaral, por favor.

Se dio cuenta de que estaba guardando algún tipo de secreto. Bakal la miró.

—Es Cafal.

Notó cómo se le secaba la garganta. ¿Se trataba de pánico? ¿O la amenaza de la venganza? ¿De la retribución? ¿Algo que sin duda supondría su propia muerte? *Ya veo. Aún no hemos terminado de caer*.

—Se encuentra cerca —dijo Bakal en voz baja—. Quiere recuperarla. Quiere que me la lleve de aquí. Estaral, necesito tu ayuda.

Ella escrutó su rostro.

—¿Harías algo semejante por él? ¿Tanto lo odias, Bakal?

Tuvo el mismo efecto que si lo hubiese abofeteado.

—Es… Cafal es un chamán… un sanador…

—No hay chamán que haya curado jamás a una mujer que haya sufrido la sanguaza.

—¡Ninguno lo ha intentado!

—Será como tú dices, Bakal. Entiendo que no quieres hacer daño a Cafal. Preferirías hacer esto y otorgarle lo que desea.

Bakal asintió una sola vez, como si no le salieran las palabras.

—Está bien, me la llevaré lejos de los niños —dijo Estaral —. La llevaré al ramal oeste del campamento. Pero habrá picas, Bakal. Es la víspera de la batalla.

—Ya lo sé. Déjame a mí a los guerreros.

Estaral no sabía por qué hacía aquello. Ni tampoco comprendía al hombre que el destino había colocado a su lado. Pero, ¿qué diferencia habría si entendiese lo más mínimo? Vivir en la ignorancia resultaba más sencillo, libre de cualquier expectativa, vacía de creencias, de fe, incluso de esperanzas. *Hetan ha pasado por la sanguaza*. *Se encuentra en el mismo estado que cualquier otra mujer condenada a lo mismo. La han cortado por dentro, y el tallo yace amoratado y sin vida. Antaño fue una gran guerrera. Fue orgullosa, de mente puntiaguda como una espina, de risa fácil pero nunca cruel. En verdad fue un dechado de virtudes, pero ninguna de ellas le ha valido de nada. No hay fuerza de voluntad que resista la sanguaza. Ni una sola virtud. He aquí el secreto de la humillación, el arma más mortal de los barghastianos*.

Veía a Hetan más adelante, su pelo moteado, su caminar tambaleante gracias al cayado agrietado que se les permitía a las mujeres condenadas a la sanguaza cuando el clan se lanzaba a la marcha. Apenas quedaba nada reconocible de la hija de Humbrall Taur. ¿Había presenciado todo aquello el espíritu de su padre desde las sombras del Embozado? ¿O había preferido apartar la mirada?

No, está en el alma de su último hijo. Eso es lo que debe haber vuelto loco a Cafal.

Bueno, Elastar estaba a punto de hacer aquello en honor al padre de Hetan, ahora que los barghastianos se echaban a descansar al final del día. También ella estaba cansada. Y sedienta. Esperaba que el momento propicio llegase pronto.

Kashat señaló.

—Mira, hermano, la cresta forma un semicírculo.

—Tampoco es que sea un promontorio muy alto —murmuró Sagal.

—Mira a tu alrededor —dijo Kashat, y soltó un resoplido—. Es lo mejor que vamos a encontrar. Esta tierra está llena de socavones, pero la mayoría son viejos y están gastados. Esa cresta marca el mejor accidente de terreno que vamos a tener a mano, compruébalo tú mismo. Y la pendiente es rocosa; si cargan por ella perderán a buena parte de sus caballos.

—En ese caso lo que harán es atacar por los flancos.

—Levantaremos puestos de defensas a ambos lados y posicionaremos curvas de arqueros tras ellos para evitar que los jinetes nos rodeen.

—Podemos usar los carromatos para levantar una barricada en la parte de atrás.

—Exacto. Ahí colocaremos a arqueros y soldados con picas. Escucha, Sagal: mañana a esta hora estaremos saqueando el botín que dejen los cadáveres. El ejército akrynnai resultará destruido, y sus aldeas no tendrán quien las defienda. Marcharemos hasta el mismo corazón de su territorio y nos los quedaremos para nosotros.

—Se acabaron los caudillos. Será el principio del rey barghastiano.

Kashat asintió.

—Y nosotros seremos los príncipes, y el rey nos entregará provincias para que las gobernemos. Nuestras propias cabezas de ganado. Caballos, bhederin, rodaras. Tendremos esclavos akrynnai y tantas mujeres jóvenes como noz plazca. Viviremos en fortalezas. ¿Te acuerdas, Sagal? ¿Te acuerdas de nuestra primera guerra, cuando éramos

jóvenes, y marchamos hasta Capustan? Allí vimos las fortalezas de piedra abandonadas por toda la rivera del río. Así nos las construiremos, una cada uno.

Sagal le hizo a su hermano una mueca salvaje.

—Volvamos con nuestras tropas y veamos si nuestro rey está de mejor humor que cuando lo dejamos.

Dieron media vuelta, lanzas al hombro, y volvieron al trote a la columna principal de la vanguardia. El sol brillaba sobre el polvo que flotaba en el bosque de lanzas aserradas, transformando la nube en una penumbra dorada. Los buitres volaban por el cielo cada vez más oscuro. Pronto llegaría el ocaso; y la noche prometía ser bastante ajetreada.

La media docena de exploradores akrynnai cabalgó entre las estrechas y serpenteantes hondonadas hasta las explanadas donde el polvo aún flotaba sobre la basura que habían dejado los barghastianos tras de sí. Cortaron por entre el rastro medio mezclado y giraron hacia el sur. El sol acababa de abandonar el cielo detrás de un banco de nubes oscuras, y el abismo en tinieblas de un acantilado se adueñaba del horizonte al oeste. La oscuridad se desangraba en el aire.

Cuando por fin se extinguió el retumbar de cascos de los caballos, Cafal salió de la más profunda de las dos hondonadas. Aquellos bastardos lo habían retrasado demasiado; los calderos debían de estar ya humeando en el campamento barghastiano, aquel nauseabundo hedor fruto de seis partes sangre de animal y dos partes agua y vino agrio, más el de toda la carne sin curar aún fétida con el olor de la matanza. Los escuadrones se estarían estirando entre maldiciones y quejas por tener que comer de nuevo tiras saladas de bhederin ahumado, y compartirían botas de agua

templada en sus patrullas entre las vallas estacadas. El campamento barghastiano bulliría de actividad.

Uno de los guerreros de Bakal había venido a buscarlo hacía un rato y le había comunicado los detalles del plan. Un plan que probablemente fallaría, aunque tanto daba. Si Cafal moría intentando recuperar a su hermana, aquel tormento podría darse por terminado. Al menos para uno de ellos dos. Era un anhelo de lo más egoísta, pero los anhelos egoístas eran lo único que le quedaba.

Soy el último de los hijos de Padre, el último que no está muerto o roto por dentro. Padre, te esforzaste tantísimo para convertirte en el gran líder de los rostros blancos. Ahora yo me pregunto, si hubieses desistido del intento, si te hubieses apartado de tu ambición, ¿dónde estaríais tú y tus hijos ahora? Por todos los espíritus renacidos, ¿estaríamos siquiera aquí, en este continente?

Estoy convencido de que Onos Toolan quería una vida pacífica. Su cabeza se había apartado de los vientos de guerra que en su día asolaron su alma. Era carne pura, después de tanto tiempo era vida, y, ¿qué hicimos nosotros? ¿Acaso lo recibimos en caluroso abrazo? ¿Lo recibieron los rostros blancos como un invitado? ¿Dónde están esas huestes honorables que decimos ser? Ah, las mentiras que nos contamos a nosotros mismos. Cada uno de nuestros consuelos ha demostrado ser falso en última instancia.

Avanzó con cautela por el sendero desastrado. La lumbre de las hogueras ya tintaba el camino. No alcanzaba a ver las estacas limítrofes o las patrullas, venir desde el oeste había supuesto una desventaja, pero pronto la oscuridad las convertiría en siluetas proyectadas contra los fuegos del campamento. En cualquier caso, Cafal no necesitaba acercarse tanto. Bakal la traería hasta él, o eso había dicho.

El rostro de Setoc apareció de pronto en su mente, seguido de la horrible imagen de su cuerpo girando sobre sí

mismo tras su golpe, su cuello flojo... ¿había oído acaso un terrible crujido? No lo sabía. Pero recordaba cómo había caído. Sus extremidades inertes... sí, sí que había habido un crujido, un sonido enfermizo de huesos rotos, un sonido que se clavaba como una pica en su corazón. Cafal lo había oído, y al mismo tiempo se había negado a oírlo, aunque su negativa se había quebrado y ahora aquel maldito eco reverberaba dentro de él. La había asesinado. ¿Cómo enfrentarse a aquella simple verdad?

No sabía cómo.

Hetan. Piensa en Hetan. A ella sí puedes salvarla. La misma mano que ha matado a Setoc puede salvar a Hetan. ¿Puedes conseguir que eso baste, Cafal? ¿Puedes?

El desprecio que sentía hacia sí mismo solo era comparable al que sentía hacia los dioses barghastianos. Sabía que su voluntad era la causa de todo aquello. *Otro regalo otorgado por mi propia mano*. Los dioses no habían sentido sino desdén hacia Onos Toolan. No eran capaces de aprehender su sangre mestiza, sus ideas extranjeras, así que habían optado por insuflar veneno en cada uno de los corazones de los guerreros barghastianos para que se volvieran contra el caudillo. Ahora apresaban a los barghastianos, sus hijos mortales, entre sus manos, y habían convertido cada rostro desconocido en un rostro enemigo, cada idea extraña en una amenaza de muerte contra los barghastianos y su modo de vida.

Sin embargo, los únicos que están a salvo del cambio son los que yacen en tumbas selladas. *Ahogasteis vuestro miedo en ambición, ¿y no sois capaces de ver adónde nos ha conducido eso? Os enfrentáis al ojo de vuestra propia aniquilación*.

He visto el ejército akrynnai, mas no habré de elevar la menor voz de advertencia. No entraré en el campamento ni conminaré a Maral Eb a intentar negociar la paz. No habré

de mover un dedo para salvaros a ninguno, ni siquiera a Bakal. Él sabe lo que se avecina, aunque no sea con todos los detalles, y sin embargo no flaquea.

Recuérdalo, Cafal. Recuerda a Bakal. Morirá siendo fiel a sus más puras virtudes, esas que tan prontamente han resultado violadas por aquellos que carecen de ellas. Lo utilizarán, como siempre han sido utilizado los que son como él en miles de civilizaciones. Es parte del sangriento forraje de tiranos vacíos y sus patéticos anhelos. Sin él, la gran guadaña de la historia no cortaría sino el aire. ¿Sería capaz semejante virtud de doblegar a los tiranos? ¿Conseguiría que las armas se voltearan en sus manos sudorosas? ¿Sucedería acaso que la única sangre derramada fuera la suya y de nadie más?

Vamos, Maral Eb. Sal a la planicie y cruza tu espada con la de Irkullas. Mataos el uno al otro y dejadnos marcharnos a los demás. ¿Espadas? ¿A qué habría de servir semejante formalidad? ¿Por qué no manos desnudas y dientes? ¡Haceos pedazos el uno al otro, como dos lobos que luchan por el dominio de la manada! Quienquiera de los dos que salga cojeando pero vivo de la lucha será la víctima del próximo que lo intente. Así seguirá siendo y, la verdad, ¿por qué debería importarnos una mierda a ninguno de nosotros? Al menos los lobos no obligan a otros lobos a luchar sus batallas por ellos. No, nuestros tiranos son mucho más listos que los lobos, ¿verdad?

Cafal se detuvo de pronto y se agachó. Había llegado al punto de encuentro.

Los espolones de jade que eran las estrellas empezaban a surgir desde el horizonte al sur. En la planicie, al oeste, un zorro dejó escapar un lamento ultraterreno y penetrante. La noche acababa de llegar.

Estaral agarró a la niña de su trenza y la obligó a apartarse de un tirón. Habían estado intentando meterle mierda de cabra por la boca a Hetan. Tenía toda la cara embadurnada.

La niña se revolvió a sus pies entre escupitajos rabiosos. Sus compañeros de juegos se acercaron a ellas dos, los ojos brillantes.

—¡Cuando se entere mi padre mandará que te hagan la sanguaza!

—Lo dudo —replicó Estaral—. No hay hombre que quiera acercarse a una mujer que apesta a mierda. Tienes suerte de salir de aquí sin que te arranque el pellejo, Faranda. Largaos de aquí, todos vosotros. Sé quiénes sois todos, y me estoy pensando si contarles a vuestros padres lo que estabais haciendo.

Todos se fueron a la carrera.

Estaral se arrodilló frente a Hetan. Arrancó un manojo de hierbas para limpiarle la boca y el mentón.

—Incluso las reglas injustas se están rompiendo —dijo—. No dejamos de caer, Hetan. Deberías estar contenta de no poder ver en qué se ha convertido tu pueblo.

Sin embargo, aquellas palabras sonaban falsas. ¿Contenta? ¿Deberías estar contenta de que te hayan cercenado la parte delantera de los pies? ¿Deberías estar contenta de que te hayan violado tantas veces que ya no sentirías ni un bhederin que intentase montarte? No. *Y si los akrynnai llegan mañana y nos cortan los pies y nos violan, ¿quién llorará por los rostros blancos*?

Desde luego, no sería Cafal.

—Ni tú tampoco, Hetan. —Tiró a un lado los hierbajos embadurnados y ayudó a Hetan a levantarse—. Aquí tienes tu cayado; apóyate en él.

Agarró a la mujer de la camisola mugrienta y empezó a guiarla a través del campamento.

—¡No te la lleves mucho rato!

Echó un vistazo atrás y vio a un guerrero a su espalda. Venía a llevársela, y ahora las miraba con una expresión que se balanceaba en el borde de una emoción oscura y cruel.

—Le han dado de comer mierda. La llevo a lavarla un poco.

Hubo un aleteo de repugnancia.

—¿Han sido los niños? ¿Quiénes eran? Con un par de palos…

—Se fueron corriendo antes de que pudiera verles las caras. Pregunta por ahí a ver si te enteras.

Estaral empezó a alejarse con Hetan de nuevo. El guerrero no las siguió, pero lo oyó soltar un par de maldiciones mientras se alejaba. Suponía que no se encontraría con muchos guerreros más como él, todo el mundo estaba reunido al pie de las hogueras de sus clanes, hambrientos y sedientos y nerviosos, abriéndose paso a empujones en la fila para la cena. Estaral pensó que aquella noche habría alguna reyerta a puñaladas. Siempre las había antes de una batalla. Era una cosa estúpida, por supuesto, y sin el menor sentido. Pero, como diría Onos Toolan, el verdadero significado de las tradiciones era… ¿cómo lo había llamado? «Estupidez al servicio de un propósito», eso era lo que había dicho. *Creo. Nunca le presté mucha atención*.

Aunque debería haberlo hecho. Todos deberíamos.

Se acercaron al extremo oeste del campamento, donde ya habían amontonado los carromatos para montar una barricada defensiva. Justo detrás de ellos, los arrieros se encargaban de la matanza, y los balidos de cientos de

animales llenaban el aire. Las primeras hogueras para cocer las entrañas ya se habían encendido con telas podridas, hatajos de arbustos, estiércol y salpicones de aceite de lámpara. Las llamas despertaban el terror entre los ojos de las gallinas en los corrales atestados. El caos y el horror había alcanzado a las bestias, y el aire estaba empantanado de muerte.

Elastar casi se detuvo. Nunca había visto las cosas de aquella manera; jamás había sentido el eco de penuria y sufrimiento que llegaba hasta ella de todas direcciones. Cada escena que pintaban los fuegos de las hogueras era como una visión de locura. *Esto es lo que hacemos. Esto es lo que hacemos todo el tiempo. A todas las criaturas que buscan nuestra protección. Esto es lo que hacemos y no le dedicamos ni un momento de reflexión*.

Nos creemos grandes pensadores, pero ahora creo que la mayoría de las cosas que hacemos, cada día y cada noche, las hacemos sin pensar. Nos vaciamos por dentro para volvernos insensibles a la crueldad. Endurecemos nuestros rostros y anunciamos que tenemos necesidades. Pero estar vacío significa no tener nada a lo que agarrarse, deslizarse poco a poco, cada vez más, en ese vacío.

Caemos, eso es lo que hacemos.

¿*Cuándo dejaremos de hacerlo*?

Arrastró a Hetan hasta la parte trasera de un carromato. Ante ellas se extendían las planicies al oeste. A treinta pasos, delimitados por los restos menguantes del ocaso, tres guerreros clavaban una estaca.

—Apóyala. No, no la levantes. Limítate a apoyarla.

—Escúchame, Strahl, tú ya has hecho bastante. Déjame esto a mí.

—Bakal…

—Por favor, viejo amigo. Esto es todo responsabilidad mía. Fui yo quien se plantó ante Onos Toolan. Necesito que haya algún resquicio de esperanza… una esperanza en restablecer el equilibro en mi alma. Déjame hacer esto, te lo imploro.

Strahl apartó la mirada. Bakal debió de entender que sus palabras habían sido demasiado directas, demasiado duras. El guerrero se veía agitado y nervioso, con un malestar evidente.

—Vete, Strahl. Ve a yacer en brazos de tu mujer esta noche. Que no te perturbe nada más; no hay nada que importe. Busca los rostros de aquellos a quienes amas, tus hijos, tu esposa.

El guerrero se las arregló para hacer un asentimiento, sin cruzar la mirada con la de Bakal. Se alejó.

Bakal lo contempló marcharse, y comprobó que sus armas estuvieran a punto una vez más. Luego, echó a andar a través del campamento.

La beligerancia aumentaba entre los soldados, se la notaba crepitar entre sus duras voces. Empezaban a encenderse fuegos en los pechos de los guerreros orgullosos; sus juramentos se sucedían junto a las hogueras. Un sentimiento salvaje que enseñaba los dientes en cada risa pendenciera. Todos miraban cara a cara al rostro de la guerra, o bien huían de él, pero en una noche como estas, el campamento era una jaula, una prisión para todos ellos. La oscuridad conspiraba para ocultar a aquellos con ojos asustados y manos temblorosas; algunas de las posturas gallardas y miradas enfebrecidas no ocultaban sino un gélido terror. La emoción y el miedo habían cerrado sus fauces en la garganta del otro y ninguno se atrevía a soltar su agarre.

Era aquella una danza antigua, un escupitajo ritual en los mismos ojos del destino que avivaba una adicción oscura.

Bakal había visto ancianos, guerreros demasiado viejos y decrépitos para hacer nada que no fuera sentarse o apoyarse encorvados en cayados. Había contemplado el brillo en sus ojos, y oído sus arengas crujientes. Pero sobre todo había visto en ellos el dolor de la pérdida, como si se hubiesen visto obligados a entregar aquello que más amaban. No era ningún secreto que los guerreros rezaban a los espíritus para que les concedieran el privilegio de morir en batalla. La misma idea de pasar años inútiles más allá de la vida del guerrero era capaz de helar el corazón de los más valientes.

Los barghastianos no eran soldados como los malazanos o la guardia carmesí. Era bien posible abandonar una profesión y encontrar una nueva. Pero para el guerrero de nacimiento, la guerra lo era todo, la mismísima razón para vivir. Era la guerra lo que forjaba cobardes y héroes, el poder que probaba las almas de maneras imposibles de pervertir, que no podían ser corrompidas por un puñado de plata. La guerra tejía vínculos mucho más poderosos que los de la sangre, y pintaba los muros de las criptas tras cada par de ojos, los de los enemigos y aliados por igual. La guerra era, de hecho, la más pura de las religiones. ¿Qué había de extraño en que tantos jóvenes ansiaran aquella vida?

Bakal comprendía todo aquello, puesto que él mismo era guerrero. Lo comprendía, y sin embargo su corazón se había agriado de repugnancia. Ya no quería iniciar a sus hijos e hijas en aquella vida. Aquella adicción lo devoraba todo, por dentro y por fuera.

Él y tantos otros que se habían asomado al rostro de Onos Toolan habían podido contemplar su compasión, y habían visto claramente que la única réplica posible a aquella compasión era la huida. El imass había sido un guerrero eterno. Había luchado con la bendición guerrera de la inmortalidad, se le había concedido el don de las batallas sin

fin, y él lo había aceptado sin condiciones. ¿Cómo un hombre así, por mucho que hubiera renacido, podía tener tanta humanidad intacta en su interior?

Yo no habría podido. Solo con tres décadas de guerra... si ahora mismo volviera a nacer, en mí solo hallaría... ¿qué? Una abollada copa de latón medio llena de compasión, apenas lo bastante para mojar a una docena de mis más allegados.

Y él, en cambio, era una riada sin fin. ¿Cómo era aquello posible?

¿A quién he matado? Escóndete de esa pregunta si puedes, Bakal, pero no puedes negar la verdad: fue su compasión lo que guio tu mano y tu cuchillo, y lo que mostró la fuerza de su voluntad.

Sus pasos se ralentizaron. Miró alrededor con los ojos empañados. *Me he perdido. ¿Dónde estoy? No comprendo, ¿dónde estoy? ¿Qué son estas cosas rotas en mis manos? Aún siguen cayendo de ellas... ¡el estrépito es ensordecedor*!

—Sálvala —murmuró—. Sí. Sálvala a ella. Es la única que merece salvarse. Ojalá viva mil años y se convierta en una prueba viviente para todos los que la contemplen, una prueba de lo que fueron los barghastianos. Los rostros blancos.

Nos sometemos a la sanguaza y lo denominamos gloria. Nos alzamos para saludar a viejos babosos que ansían llenarnos hasta reventar con sus venenos amargos. ¿Viejos? No, caudillos y comandantes. Y nuestra preciosa tradición de insensible autodestrucción. Mira cómo nos viola hasta dejarnos secos.

No dejaba de maldecir, pero sus maldiciones eran en silencio. A fin de cuentas, ¿quién querría oír tales imprecaciones? ¿No estaba claro lo que le había ocurrido al último que tendió una mano misericordiosa? Se imaginó

caminando entre filas apretadas de sus compañeros soldados. Caminaba, sorteando las cuerdas destrozadas de sus caóticos improperios, y por todas partes llovían sobre él escupitajos y maldiciones.

Algunas certezas atemorizaban a la mente. ¿Estamos aburridos? ¡Sí! ¿Dónde está la sangre? ¿Dónde están los cuchillos ocultos? ¡Entregadnos el baile descerebrado! ¡Carga con nuestros corazones hastiados, maldito esclavo llorón! Méate en esos pensamientos farragosos, en tus lúgubres certezas. Levanta la grupa, imbécil, mientras yo intento volver a meterme algún sentimiento en el cuerpo.

Bakal dejó atrás la linde del campamento. Se detuvo diez pasos más allá de los carromatos y desató las cuerdas que ataban la lanza a su espalda. Hizo girar el mango en su mano. Le dolía el hombro, los tendones y músculos rasgados aún no estaban curados del todo. Pero el dolor lo despertaría.

Más adelante veía el terraplén tras el que se abría la zanja de las estacas. Se atisbaban tres cabezas protegidas por yelmos, bultos protegidos tras el promontorio rojizo de tierra.

Bakal echó a trotar en silencio hacia ellos entre las hojas de hierba.

Arrojó la lanza a doce pasos de distancia hacia los guerreros. La punta se hundió entre los hombros del de la izquierda y clavó al hombre contra el lateral de la zanja. Las cabezas de los otros dos hombres se volvieron en su dirección en el mismo momento en que llegó a la zanja. Sendas hojas aparecieron en sus manos. Saltó entre los dos hombres. Su alfanje atravesó el yelmo de bronce y hendió el cráneo de la mujer soldado. Se quedó encajado ahí dentro. El cuchillo en su mano izquierda cortó la nuca del otro guerrero, pero el hombre se revolvió lo bastante como para que no le alcanzase la espina dorsal. Giró sobre sí mismo y

hundió su propio puñal en el pecho de Bakal, justo bajo su brazo izquierdo.

En su cercanía íntima con el enemigo en la apretada zanja, Bakal vio cómo el guerrero abría la boca para dar la voz de alarma. Volvió a golpear con el cuchillo y le rajó la garganta. Una segunda puñalada rompió la hoja al entrar entre dos de sus costillas.

Un regüeldo de sangre le llenó la boca, y cayó sobre el guerrero moribundo. Tosió rojo sobre la lana de la capa del hombre.

Ahora se sentía muy cansado, pero aún le quedaban cosas por hacer. *Encuéntrala. Sálvala.* Salió a gatas de la zanja. Le costaba respirar. Un recuerdo perdido durante décadas volvió de pronto a él: la última vez que había estado a punto de morir. Había sufrido un ataque de fiebre ahogada, los pulmones inundados de flemas. Los duros emplastos enclaustraban su pecho, el olor de las semillas de mostaza hacía llorar los ojos. La cara de su madre, borrosa sobre su propio rostro, el pavor que poco a poco se tornaba en resignación en sus ojos. Los muros de una cripta. *Todos los tenemos, dentro de nosotros. No sueles ir a menudo allí, ¿verdad? Es donde albergas a tus muertos. Tus parientes, tus sueños, tus promesas muertas. Tus yos muertos, tantos, tantísimas versiones de ti mismo que no fueron. Cuando saqueas, solo te llevas lo mejor. Las cosas útiles, las cosas que se pueden vender. Y cuando lo cierras todo de nuevo, todo lo que queda es la oscuridad*.

La oscuridad. La oscuridad permanece. Permanece, Madre. Mi cripta. Los muros de mi cripta.

Intentó ponerse de pie, pero estaba tendido en el suelo. El pozo que era la zanja estaba casi a su alcance. ¿Madre? ¿Estás ahí? ¿Padre? Desorban, hijo mío, mi precioso hijo. Yo puse la espada en tu mano. Fingí ser un padre orgulloso, aunque el miedo clavaba sus garras negras en mi corazón.

Luego, cuando contemplé tu rostro inmóvil, cuando todos los demás cantaban la gloria de tus momentos de valor, pues eso es lo único que tuviste, momentos, yo fingí que su canción calmaba el dolor en mi corazón. Fingí, porque fingir les traía consuelo a los demás, para cuando fueron ellos los que estuvieron donde yo me hallaba, contemplando el rostro inmóvil de sus seres amados.

¿Estás ahí, hijo?

Muros de cripta. Escenas. Rostros.

En la oscuridad ni siquiera ves las pinturas.

Estaral intentó atisbar la última estaca en la penumbra. ¿Había pasado algo ahí delante? No estaba segura. Del campamento tras la línea de carromatos oía los gritos de un niño. Había algo salvaje y ansioso en su voz. Un temblor vestido de inquietud la recorrió. Le echó una mirada a Hetan. Estaba allí, sentada, contemplando la nada.

Estaba tardando demasiado tiempo. Los guerreros debían de estar buscando su recompensa de aquella noche. El rumor empezaría a esparcirse, habían visto a Estaral, llevaba a Hetan a través del campo. Hacia el oeste, sí. Más allá de las luces de las hogueras.

Agarró a Hetan y la puso de pie de un tirón. Agarró el cayado y se lo puso en las manos a la mujer.

—¡Sígueme!

Estaral la arrastró hacia la estaca. No había movimiento alguno. Algo yacía a su lado, algo que antes no había estado allí. Con la boca seca y el corazón en la garganta. Estaral se acercó con Hetan.

La peste a heces y orina y sangre llegó hasta ella.

La silueta era un cadáver. Yacía inmóvil, muerto.

—¿Bakal? —preguntó.

Nada. De la zanja surgía un silencio pesado. Estaral se agachó junto al cuerpo y lo volteó. Se quedó contemplando la cara de Bakal. La sangre espumosa que le manchaba el mentón, la expresión perdida y, finalmente, sus ojos ciegos.

Del campamento se oyó otro grito, esta vez más cerca. Aquella vez había sido Faranda, y ahora le siguió otro, de Sekara. ¡Que los espíritus se cagaran en ellas dos!

La recorrió el terror. Se crispó como una liebre sin lugar a la vista donde esconder. Hetan hizo ademán de ponerse de rodillas.

—¡No! —susurró ella—. ¡Sigue de pie, maldita seas!

Agarró la camisola de la mujer de nuevo y jaló de ella sobre uno de los extremos de la zanja, hacia la explanada.

El resplandor de jade de las estrellas bañaba la hierba. A un centenar de pasos, el suelo se alzaba en otro promontorio. El ejército había circundado aquel promontorio, recordó ahora Estaral.

—¡Hetan, escúchame! Camina hacia aquella cresta. ¿La ves? Camina hasta allí. Caminar, ¿me entiendes? Un hombre te está esperando allí, y se está impacientando. Está muy enfadado. Ve hasta él y apresúrate, o te arrepentirás. ¡Date prisa!

La empujó hacia delante.

Hetan se envaró. Durante un horrible momento, se limitó a quedarse allí donde estaba. Luego echó a andar.

Estaral la contempló durante una docena de latidos hasta asegurarse, y luego se giró y salió corriendo hacia el campamento. Podría colarse dentro sin que la vieran. Sí, había limpiado la cara de Hetan y la había dejado cerca de los carromatos. Aquella perra tenía los ojos muertos, cualquiera podía verlo. ¿Que había huido hacia la planicie? Absurdo, pero quien quisiera ir a buscarla, no tenía más que echar a andar hacia allí, donde esperaban los akrynnai. Adelante.

Encontró una zona de sombras entre dos carromatos y se escurrió dentro. Había siluetas en movimiento que entraban y salían de los resplandores de las hogueras. Los gritos habían cesado. Si evitaba las hogueras, podría acercarse donde Strahl y los suyos habían acampado. No tendría más remedio que decirle que Bakal había muerto. ¿Quién lideraría ahora a los senan? Tendría que ser Strahl. Necesitaría saberlo, para que pudiera prepararse para el liderazgo al día siguiente, para soportar el peso del destino del clan.

Empezó a caminar, decidida.

No había dado ni treinta pasos cuando la interceptaron. Seis mujeres, lideradas por Sekara, con Farand escondida tras ella. Estaral las vio acercarse a la carrera y sacó el cuchillo. Sabía lo que harían con ella, como también sabía que no les interesaba hacer preguntas o pedir explicaciones. *No, piensan hacerme lo mismo que a Hetan*. Bakal ya no estaba, su protector había desaparecido. Se dio cuenta de que había muchas maneras de estar sola.

Vieron su arma. Un deseo ansioso encendió sus ojos. Sí, querían sangre.

—¡La he matado! —gritó Estaral—. Bakal la estaba violando, ¡y los he matado a los dos!

Arremetió contra todas ellas.

Los cuchillos aletearon. Estaral se tambaleó. Giró sobre sí misma, incluso cuando cayó sobre sus rodillas. Caras risueñas por todas partes. Qué hambre tan reluciente, ¡qué vivas se sentían! Se desangraba de cuatro, quizá cinco heridas. el calor se escapaba de su cuerpo. *Qué estupidez. Qué estupidez ha sido todo*.

Y con ese pensamiento se escapó su último suspiro.

El compacto banco de nubes que se acercaba por el horizonte al oeste ya llenaba la mitad del cielo nocturno, tan impenetrable como un sólido muro que se alzase piedra a piedra hasta bloquear las estrellas sobre sus cabezas. El viento azuzaba las hierbas, soplando desde el este como si la tormenta inspirase hondo. Aún no había relámpagos que iluminaran las nubes; Cafal no había oído ni un solo trueno. Sin embargo, cada vez que miraba a aquellas negruras se sentía más y más nervioso.

¿Dónde estaba Bakal? ¿Dónde estaba Hetan?

Sentía el mango de la hoja curva resbaladizo en la mano.

Había empezado a temblar a medida que bajaba la temperatura.

Podía salvarla. Estaba seguro de ello. Exigiría a los dioses barghastianos que le concedieran todo su poder. Si se lo negaban, juró que los destruiría. Sin juegos ni regateos. *Sé que ha sido vuestra sed de sangre lo que ha propiciado esto. Me aseguraré de que paguéis*.

Cafal temía el momento en que viera de nuevo a su hermana, a aquel pálido y burlón recuerdo de la mujer que había conocido toda su vida. ¿Llegaría ella siquiera a reconocerlo? Por supuesto que lo haría. Se lanzaría sobre sus brazos. El tormento habría acabado, la esperanza renacería. Temía el momento, por supuesto, pero él haría que todo estuviese bien. Huirían al oeste hasta Lether.

Hubo un sonido a su espalda. Cafal se volvió.

La maza impactó en su sien izquierda. Se tambaleó hacia la derecha e intentó girar sobre sí mismo y clavar el arma en su enemigo. Un puñetazo en el pecho lo lanzó por los aires. Se revolvió, la hoja curva se le escapó de la mano. El puño en el pecho pareció seguir su trayectoria y terminar de

aplastarlo contra el suelo en su caída. Sus huesos se astillaron.

Sin comprender, vio el mango de la lanza, enhiesto como un estandarte, la punta hundida en su pecho.

Unas figuras sombrías se movieron sobre él. Una mano embutida en un guantelete agarró la lanza, la retorció en la herida y la clavó aún más hondo.

La punta atravesó su corazón.

Intentó comprender qué había pasado, pero todo se escurría entre sus dedos inertes. Ahora había tres, no, cuatro sombras sobre él, pero ninguna hablaba.

Están contemplando cómo muero. Yo he hecho lo mismo antes. ¿Por qué hacemos algo así?

¿Por qué nos fascina tanto el fracaso? *Creo que porque entendemos lo fácil que es fracasar*.

El guerrero akrynnai que clavaba al hombre al suelo con su lanza relajó la presión.

—Ya está —dijo, y arrancó el arma del cuerpo.

—Si estaba explorando en busca de nuestro campamento —dijo el de la maza—, ¿cómo es que miraba en la dirección contraria?

—Barghastianos —murmuró un tercer hombre, y los otros asintieron.

Nada de lo que hacían aquellos salvajes tenía el menor sentido.

—Mañana —dijo el guerrero de la lanza mientras limpiaba la punta—, acabaremos con el resto.

Hetan avanzó entre tambaleos, los ojos fijos en el muro negro ante ella, que parecía acercarse para luego retirarse una vez más, como si el mundo latiese. El viento la

empujaba, sólido como una mano en su espalda, y el extremo del cayado golpeaba una y otra vez el suelo.

Cuando cuatro guerreros akrynnai cruzaron su campo de visión, aminoró la marcha hasta detenerse. Esperó a que la prendiesen, pero no lo hicieron. En lugar de eso, hicieron gestos contra el mal de ojo y desaparecieron en la penumbra. Después de un rato, reanudó su marcha, al trote, la respiración agitada. Las ampollas en su mano reventaron y cubrieron parte del cayado de una sustancia pegajosa.

Caminó hasta que el punto perdió su fuerza, y luego se sentó en la hierba húmeda junto a un peñasco cubierto de liquen. El viento azotaba su camisola despedazada. Contempló alrededor sin ver nada. Se le resbaló el cayado de las manos. Poco tiempo después, se echó de costado y cerró las piernas contra el pecho.

Y esperó a que la negrura se tragase el mundo.

Era como si alguien hubiera robado la noche con su orden natural. Strahl contemplaba cómo los rostros blancos alimentaban sus hogueras con cualquier cosa que ardiese entre llamadas y gritos a los dioses.

¡Miradnos! ¡Buscadnos! ¡Somos vuestros hijos! Arrastraban cabras hasta altares improvisados y les cortaban las gargantas. La sangre salpicaba, y los cascos pateaban hasta que terminaban cayendo en un sopor tembloroso. Los perros huían de repentinos e inexplicables golpes de alfanje. El terror y la locura azotaban como el humo y las chispas y las cenizas de las hogueras. Strahl estuvo seguro de que al alba no quedaría animal alguno vivo.

Eso si llegaba el alba.

Había oído las noticias de la muerte de Estaral. También había oído lo que la mujer afirmaba haber hecho. Aquello no tenía el menor sentido. Bakal no habría sido capaz de violar

a Hetan. Era evidente que Estaral había pensado que Bakal la tomaría como su esposa, y al verlo cerca de Hetan su locura había pintado la escena con los colores de la lujuria. Los había matado a ambos en un ataque de ira homicida.

Strahl se maldijo a sí mismo. Debería haber ahuyentado a la viuda hacía días. Debería haberle dejado claro que Bakal no tenía el menor interés en ella. Por todos los espíritus del Abismo, si hubiese visto el menor resquicio de locura en sus ojos, la habría matado al instante.

Ahora, el liderazgo de los senan en la batalla al alba recaía sobre él. Su ambición más secreta le había sido otorgada, aunque ya la había abandonado para estar a la sombra de Bakal. Aunque el deseo, cuando llegaba a la boca, nunca sabía tan bien como la anticipación. De hecho, Strahl ahora mismo se ahogaba en él.

Bakal había discutido con él cómo entrarían en combate. Le había contado lo que pretendía hacer. Strahl podía contar con aquello al menos. Cuando los senan se reunieran al alba, reuniría a los líderes de los clanes y les contaría el plan de Bakal palabra por palabra, como si fuera suyo. Pero, ¿le obedecerían?

Dentro de poco lo averiguaría.

El sol abrió su ojo en el este y pareció encogerse ante el macizo muro de nubes negras que devoraba la mitad del cielo. Dos ejércitos se desplegaban en la vasta planicie al filo de lo que en su día se conoció como las tierras Lezna. Los estandartes bestiales de los clanes barghastianos se elevaban como mástiles inquietos sobre la hierba agitada por el viento. En el aire se elevaban motas de ceniza de las enormes hogueras, densas como copos de nieve. Desde el sureste se aproximaba una ingente cantidad de guerreros a caballo y a pie en formación de media luna. Los pendones

ondeaban sobre las legiones de soldados saphii en formación de falange, los escudos inclinados para protegerse del viento y las largas lanzas destellando bajo los fuegos del alba. Compañías de avanzadilla d'ras y arqueros llenaban los huecos y marchaban frente al grueso principal en formaciones irregulares. Los arqueros montados se desplazaban sobre los cuernos de sus bhederin, respaldados por lanceros pesados. Los caballos de los guerreros akrynnai estaban inquietos, de vez en cuanto alguno se lanzaba al galope sin que mediara orden de su jinete, y sus compañeros tenían que apresurarse a alcanzarlo y calmarlo.

A lo largo de la cresta del promontorio, el caudillo Maral Eb había desplegado a los senan en el centro, enmarcados por los clanes inferiores. A los miembros de su propio clan, los barahn, los había dividido entre sus hermanos para que anclaran los flancos exteriores.

A medida que el día despertaba, la media luna del ejército akrynnai se acercó a la posición donde los barghastianos se habían hecho fuertes. Se fueron escorando hacia el sur a medida que llegaban las noticias de los exploradores de reconocimiento del terreno de la batalla.

El viento dejó de soplar de repente, y en su lugar un frío gélido apresó el aire. Estaban en pleno verano, y sin embargo, las respiraciones eran vaharadas blancas y nubes de vapor ascendían de los costados de los caballos.

Los guerreros se estremecieron tanto a causa del frío como de un súbito temor.

¿Era aquella una batalla entre dioses? ¿Estarían quizá los espíritus akrynnai a punto de manifestarse como colmillos de unas fauces listas para cerrarse? ¿Quizá surgirían del frío suelo los dioses ancestrales no muertos de los rostros blancos, entonando un antiguo miserere sangriento? ¿Estaban los hombres y las mujeres mortales destinados a acobardarse bajo aquel terrible enfrentamiento de sus

ancestros? Sobre ellos el cielo estaba partido en dos, la brillante luz de la mañana al este, y la indomable oscuridad de la noche al oeste. Ninguno de ellos, ya fuera barghastiano, akrynnai, saphii o d'ras, había contemplado antes un cielo semejante. A todos los llenaba de terror.

Una vaina de hielo cubrió los cristales y pulió el hierro y el bronce con una pátina de aire helado que soplaba desde el frente tormentoso. Ninguno de los dos ejércitos entonaba cánticos fieros ni canciones desafiantes. Un silencio antinatural se había aferrado a las huestes, incluso en el instante en que ambas masas humanas estuvieron una a la vista de la otra.

Ni un solo pájaro se atrevía a volar en aquel cielo febril.

Aun así, los akrynnai siguieron acercándose a su odiado enemigo. Y el enemigo se mantuvo en pie a la espera.

Unos mil pasos al este de la posición de los barghastianos, el cuerpo de una mujer reposaba hecho un ovillo en la hierba helada, la espalda apoyada en un pedrusco cubierto de liquen. Era aquel un lugar donde yacer, el último nido antes de su última noche. En su pálida piel destellaban como diamantes las huellas de la congelación.

Había muerto sola, a cuarenta pasos del cadáver de su hermano. Aun así, su muerte era la de la carne. La mujer que había sido Hetan, esposa de Onos Toolan, madre de Absi, Stavi y Storii, murió mucho antes. El cuerpo es capaz de trotar más allá de la carcasa muerta de su alma, a veces por días y a veces durante años.

Ella yacía en el suelo helado, una escena completa de rendición solitaria. ¿Se atrevió quizás el cielo sobre ella a lanzar un mínimo parpadeo que lo atestiguara? ¿Ni siquiera

una vez? Cuando el cielo parpadea, ¿cuánto tiempo pasa entre el telón de las tinieblas y el renacimiento de la luz?

Los fantasmas, con sus alas quemadas hasta tornarse muñones negros, esperaban para responder a aquellas preguntas.

Saddic, ¿sigues vivo? He tenido un sueño. Era una visión, la muerte de un lobo-lagarto que yacía de costado, la amenaza de sus huesos bajo el sol. Deja que te cuente mi sueño, Saddic, y recuerda.

Verde es el puñal que se envaina en la ambición. Uno ve su siniestro fulgor cuando ya se ha acercado demasiado. Demasiado cerca para escapar, y como te he dicho: el verde invita a la muerte, y la muerte se la lleva dos veces. Esta era mi visión. Ella murió a menos de cuarenta pasos de su hermano, y sobre ella dos ejércitos guerrean en el cielo, y bestias que son a su vez hermanas están a punto de cerrar sus fauces, cada una sobre la garganta de la otra. Nombres extraños, rostros extraños. Pintados de blanco, como los Quisidores. Un hombre de ojos tristes al que llaman Cetro Irkullas.

¡Y qué cielo! ¡Qué cielo!

Codicia y ambición, Saddic. Codicia y traición. Codicia y justicia. Estas son las razones del destino, y cada una de ellas no es más que una burda mentira.

Ella murió antes del alba. Sostuve su alma rota en mis manos. Aún la sostengo, del mismo modo que Rutt sostiene a Contenido.

Conocí a un chico, una vez.

Absi, ¿dónde estás?

Saddic escuchó todo aquello, y entonces dijo:

—Badalle, tengo frío. Háblame otra vez de los fuegos. De esos fabulosos fuegos.

Pero aquellos fuegos habían ardido hasta no ser más que ascuas y ceniza.

El frío era el frío de otro mundo.

Saddic, escucha. He visto una puerta. Se está abriendo.

Capítulo 18

Lo que te alimenta se desgarra
con las garras de tu anhelo
pero los anhelos moran
entre luces y sombras
y la virtud se dobla por sus costuras
si es vida lo que el anhelo demanda
el sufrimiento y la muerte tienen un propósito
pero es deseo o lujuria de lo que hablamos
las costuras se doblan en las tinieblas
y no hay virtud que resista
anhelos y deseos que pintan de gris el mundo
pero la naturaleza no rinde privilegios
y lo que es justo
se alimentará con las garras
de tus anhelos, como la vida requiere

Cualidades de vida
Saegen

Débil y exhausta, Yan Tovis había seguido a su hermano a través de las puertas que daban a la ciudad muerta de Kharkanas. Las leyendas secretas que albergaba su linaje habían tallado literalmente en su alma los detalles que ahora se abrían ante ella. Cuando atravesó el puente, el eco de las piedras bajo sus pies la envolvió, tan familiar y empapado en dolor como el manto de una abuela. Al pasar bajo el arco de varios pisos, sintió como si hubiera vuelto a su hogar, aunque aquel hogar era un sitio olvidado, casi como si Yan Tovis lo hubiera heredado de la nostalgia de alguien más. Su malestar se convirtió en angustia al emerger de las tinieblas y contemplar todo el paisaje de la ciudad, los edificios cubiertos de hollín, las torres manchadas y las estatuas desfiguradas. Los hierbajos crecían salvajes en los jardines escalonados, y ahora se

arrebujaban densas alrededor de árboles retorcidos cuyas raíces habían atravesado los muros de contención y ahora serpenteaban por paredes y calzadas abultadas. Los pájaros anidaban en salientes de muros pintados de guano blanco. Montones de hojas caídas se descomponían por las esquinas. Las plantas se habían abierto paso entre los adoquines.

Yan Tovis podía sentir la magia antigua que albergaba aquel lugar, como algo que aletease justo al borde de su visión. Aquella ciudad había sobrevivido el paso de los eones mucho mejor de lo que debería haberlo hecho. La hechicería allí dentro aún resistía el asedio constante del tiempo. La escena que contemplaba indicaba un lugar que hubiera sido abandonado hacía poco más de una generación, aunque en realidad era más antiguo de lo que cualquiera pudiera imaginar.

Las madres se aferrarán a sus hijos
Hasta que el mundo mismo se derrumbe

Eso había escrito un poeta de aquella ciudad, y Yan Tovis lo entendía a la perfección. Ni los hijos ni el hogar cambiaban jamás, si la madre de esos niños tiene algo que decir al respecto. Aunque las explicaciones volvían ordinarias las verdades universales. El poeta intenta despertar en quien le escucha todo lo que aún no se ha dicho con palabras. Palabras que conjuran la ausencia de palabras. Pero los niños crecen, y el tiempo tiene la capacidad de clavar lanzas a través de los muros más gruesos. Incluso a veces, dichos muros terminan rompiéndose desde dentro.

Demostrar incerteza, Yan Tovis lo sabía bien, siempre había sido una costumbre para ella. En su mente, la indecisión era casi un modo de vida. Por supuesto, su

hermano era diametralmente opuesto. Se contemplaban el uno a la otra desde los dos extremos del espectro. Los separaba un golfo que jamás habría de ser cruzado. Cuando Yedan Derryg ascendió sin que nadie se atreviese a desafiarlo, su voluntad se convirtió en una fuerza brutal y terrible capaz de destruir vidas. Cuando no lo tenía delante, con sus manos goteantes de sangre y los ojos duros como piedras, Yan Tovis llegaba a creer que el orden natural del mundo residía en la indeterminación, un estado mental que aguardaba hasta que se actuaba sobre él, condenado a reaccionar pero nunca a iniciar el menor movimiento. Una mente que simplemente se contenía, pasiva, resignada a lo que quiera que los hados trajeran.

Su destino era seguir juntos, liberar la tensión el uno de la otra como contrapesos en ambos lados de un puente. Solo en ese tenso equilibrio eran capaces de encontrar la sabiduría necesaria para gobernar, para solidificar y endurecer las piedras del camino bajo los pies de su pueblo.

Yedan Derryg había asesinado a los brujos y brujas de Yan Tovis. Ni siquiera había tenido que pasar por encima de ella para hacerlo, puesto que Yan Tovis jamás había supuesto un obstáculo. No, se había limitado a quedarse helada en el sitio y a aguardar el cuchillo del destino. El cuchillo de Yedan.

Lo olvidé, y por eso fracasé. Necesito que regrese. Necesito a mi Matabrujas.

Tras las tropas de vanguardia de su pueblo se encontraban Tirón y Chapoteo, rollizos y sonrosados como doncellas. Sus rostros se aflojaban a medida que la magia residual se colaba por entre sus magras defensas. Los dos oficiales que comandaban la compañía de la Guardia, Brevedad y Sucinta, ya estaban enviando patrullas por entre las calles en busca de lugares seguros donde alojar a los refugiados. Sus órdenes clamadas y bien vocalizadas eran

como la lima de un herrero que allanase una superficie irregular llena de accidentes hechos de miedo y pánico.

Yan Tovis no veía a Yedan o a su caballo, pero más adelante, cerca del centro de la ciudad, se atisbaba un enorme edificio, mitad templo y mitad palacio o fortaleza, con cinco torres que se alzaban como lanzas hacia el cielo ennegrecido. Se trataba de la Ciudadela. Ocupaba una isla rodeada de un foso que solo podía ser salvado a través de un puente. Un puente en el que desembocaba la avenida principal en la que se encontraban ahora.

Yan Tovis echó una mirada por encima del hombro y vio a Sucinta.

—Alojad a la gente como mejor podáis, pero que no se desperdiguen mucho. Ah, y comunicad a las brujas que no serán capaces de pensar con claridad hasta que hayan levantado un círculo de protección alrededor de sí mismas.

Sucinta asintió. Yan volvió su atención al centro de la ciudad, y hacia allí se dirigió.

Cabalgó hacia la Ciudadela. Por supuesto que lo hizo. Era Yedan Derryg. Quería ver por sí mismo el lugar donde se derramó tanta sangre.

Un golpe enorme había agrietado los pilares de mármol que flanqueaban el Gran Salón. Las fisuras eran tan grandes que muchas de las columnas estaban inclinadas o temblaban en precario equilibrio. Una fina capa de polvo blanco alfombraba el suelo de mosaico. En ciertos lugares el polvo había llegado a solidificarse hasta formar manchas embarradas.

Yedan espoleó a su montura para cruzar la amplia cámara, indiferente a la suciedad. Sentía una suerte de calor que atravesaba su cuerpo, como si estuviera a punto de entrar en batalla. Corrientes de poder aún cruzaban aquel

lugar, gruesas y henchidas de emociones discordantes. Horror, duelo, una rabia negra y una terrible agonía. La locura se había abatido sobre aquella ciudadela, y la sangre había pintado el mundo.

Encontró un corredor lateral justo detrás del Gran Salón, un dintel decorado con símbolos arcanos que representaban mujeres en solemne procesión, mujeres altas de piel de medianoche. Yedan internó a su montura por el pasaje y descubrió que los símbolos pasaban a representar escenas carnales, más y más elaboradas a medida que se acercaba al otro extremo. Tras una serie de claustros cuya función no podía estar más clara, Yedan llegó a una cámara abombada. Terondai, ¿no era esa la palabra que denominaba aquella estancia? Quién sabía si el tiempo había deformado su inflexión. Era el ojo sagrado de la oscuridad, testigo de todas las cosas.

Según las leyendas secretas, hubo un tiempo en que la luz no visitaba el mundo; un tiempo en que la oscuridad era absoluta. Solo los hijos de la Madre Oscuridad eran capaces de sobrevivir en semejante mundo, aunque ningún linaje permanece puro para siempre. De hecho, había otras criaturas que habitaban la Noche. Otras eran capaces de ver realmente, otras no.

La Luz no era sino lo que supuró la herida de la Madre, una herida que ella permitió que fuese abierta. Madre permitió tanto la herida como el parto que sobrevino después de que fuera abierta.

—Todos los niños —cuentan que dijo—, deben ser capaces de ver. Daremos a los seres vivos el regalo de la luz y la oscuridad y la sombra. La verdad de nuestra naturaleza no puede encontrarse en la ausencia de aquello que no somos. El camino a las tinieblas, el camino de la sombra, el camino más allá de la luz. Esas eran las verdades de la existencia.

—«Sin tierra no puede haber cielo». Así hablaron los azathanos desde el polvo de sus cuevas.

Leyendas secretas, probablemente poco más que un hatajo de estupideces. Palabras para otorgar un sentido a aquello que ya existía, o que había existido con o sin la guía de los seres vivos. Palabras para dar sentido a esta o aquella roca, a este o aquel río, a los ríos de lava en las profundidades y a la lluvia helada del cielo. Nada de aquello impresionaba lo más mínimo a Yedan.

El Terondai estaba cubierto de cenizas y alfombrado de hojas secas. Lo único que quedaba de los cuerpos que allí se encontraban al morir eran deformes montoncitos de polvo blancuzco. No había rastro de armas o joyas, lo cual hizo pensar a Yedan que la cámara ya había sido saqueada, sospechaba que al igual que el resto de la Ciudadela. Resultaba extraño que las leyendas secretas de su linaje no hicieran mención alguna a aquellos ladrones díscolos. *Aun así, es cierto que nos encontrábamos ante nuestro siniestro final. No empuñamos armas. No resistimos heroicamente. Nos limitamos a... ¿qué? ¿A mirar? Lo cual da pie a otra pregunta: En el nombre de la Orilla, ¿quiénes éramos? ¿Apenas unos malditos sirvientes? ¿Esclavos*?

Leyendas secretas, contadnos vuestra secreta verdad.

¿Y qué pasaba con aquel antiguo relato que hablaba de un linaje real? ¿Realeza, sobre qué? ¿Sobre las leñeras que quedaban en pie? ¿Sobre el jardín de aquella isla sobre el río? Sí, él mismo repetía aquellas justas afirmaciones sobre su propio derecho y el de su hermana a gobernar, sobre todo si aquello servía para que los demás se inclinasen ante su voluntad. A fin de cuentas, ambos tenían títulos, ¿no? Crepúsculo. La Guardia. Lo mismo había hecho Yan Tovis al reclamar para ella el papel de Reina del Temblor. La carga del privilegio era algo ante lo que ambos habían de inclinarse.

Con las mandíbulas prietas, volvió a escrutar la estancia, esta vez con más atención.

—Maldito necio.

Yedan giró sobre sus talones, solo para encontrarse con su hermana.

—Estás en el templo, idiota, haz el favor de bajar del caballo.

—Hay jardines elevados —dijo él—, reúne algunos granjeros entre tu gente y que se pongan a limpiarlos. Enviaré a un puñado de mis hombres al río; tenemos bastantes redes.

—¿Quieres que ocupemos la ciudad?

—¿Por qué no habríamos de hacerlo?

Yan Tovis parecía no tener palabras.

Yedan azuzó a su caballo hasta acercarse a ella.

—Crepúsculo, tú nos has guiado a través del Camino de Gallan. El Camino del Ciego. Ahora estamos en Reino de la Oscuridad, pero se trata de un reino muerto. Se conserva en su muerte gracias a la hechicería. Si este fue nuestro hogar en el pasado, podemos volver a convertirlo en nuestro hogar. ¿Acaso no es ese nuestro destino?

—¿Nuestro destino? Por las pelotas del Errante, ¿por qué cada vez que pronuncias esa palabra suena como quien desenvaina una espada? Yedan, es posible que hace tiempo conociésemos esta ciudad. Quizá todas las historias son ciertas y nuestro linaje llega hasta aquí. La gloria de Kharkanas. Pero no hay una sola de esas historias que afirme que fuésemos los gobernantes de esta ciudad. Nunca fuimos los señores de este reino.

Yedan escrutó su rostro durante largo rato.

—En ese caso, continuaremos avanzando.

—Sí.

—¿Hacia dónde, pues?

—Nos encaminaremos al bosque más allá del río. Los atravesaremos y saldremos por el otro lado. Yedan, hemos llegado hasta aquí, continuemos el viaje hasta el lugar donde todo empezó. Nuestro verdadero hogar: la Primera Orilla.

—Ni siquiera sabemos qué significa eso.

—Averigüémoslo.

—Valdría al menos la pena echar un vistazo al río —dijo él —. Andamos escasos de comida.

—Por supuesto. Y ahora, en honor a todos los que aquí murieron, hermano, ¡bájate de una maldita vez del caballo!

Momentos después de que ambos salieran de la cámara, aquel silencio de milenios de antigüedad se rompió. Un puñado de hojas se revolvió como si las movieran pequeños remolinos de viento. El polvo se alzó en el aire, y aquella extraña y muda penumbra, en la que la luz misma parecía proscrita, empezó a ondular de pronto.

Algo parecido a un aliento largo y profundo empezó a llenar la cámara y reverberó en las alturas con un sollozo.

Brevedad acompañó a Sucinta hasta la boca del callejón. Llevaban quinqués que mecían las sombras en las paredes en su camino a través de aquel estrecho pasaje. Brevedad se detuvo junto a su amiga, y ambas contemplaron los cuerpos a sus pies.

—¿Están muertos? —preguntó Brevedad.

—No, cariño. Ambos se encuentran en el reino de los sueños.

—¿Cuándo ha pasado?

—No debe de haber sido hace mucho —replicó Sucinta—. Antes los vi a los dos internarse por aquí; venían a hacer su ritual o algo parecido. Poco después me asomé y vi que sus antorchas se habían apagado, así que vine a mirar.

Brevedad se agachó y dejó el quinqué a un lado. Sujetó a la bruja que tenía más cerca y tironeó de ella. Observó su rostro.

—Es Tirón, creo. Siempre me han parecido gemelas.

—Cada vez se parecían más —señaló Sucinta—, o eso me parecía.

—Los ojos se le mueven bajo los párpados como si estuviera loca.

—¿No te lo he dicho? Están en el reino de los sueños.

Brevedad le abrió el párpado con el dedo.

—Tiene los ojos vueltos hacia arriba. Quizás el ritual les haya salido mal.

—Quizá. ¿Qué hacemos? Mi primer impulso sería enterrarlas.

—Pero si no están muertas.

—Ya lo sé. Pero no todos los días se tienen oportunidades como esta.

Lo que se ha roto ya no se puede arreglar. Tú nos rompiste por dentro, pero ni siquiera ahí te detuviste. Mira lo que nos has hecho.

Gallan estaba horrorizado. No podía soportar aquel nuevo mundo. Quería regresar a las tinieblas, y así lo hizo en cuanto acabó de arrancarse los ojos. Sandalath, con la diminuta mano de su hijo bien sujeta en un sólido agarre, contemplaba a aquel hombre enloquecido. Veía sin llegar a comprender la sangre que manchaba su rostro y se esparcía por el suelo, la imposibilidad que suponía allí, en el mismísimo umbral del Terondai. Gallan lloraba, la garganta obstruida como si no dejase de ahogarse con algo. Fuera lo que fuese lo que había en su boca, no lo escupía. Sus labios brillaban con un tono carmesí, los dientes rojos como virutas de cedro.

—Madre —dijo su hijo—, ¿qué ha pasado?

El mundo cambia. Gallan, eres un necio. Lo que has hecho no servirá para que vuelva a ser como era antaño.

—Un accidente —dijo—. Hemos de encontrar ayuda.

—Pero, ¿por qué se está comiendo sus propios ojos?

—Vete, Orfantal, ve a buscar una sacerdotisa. ¡Rápido!

Gallan se atragantó. Intentaba tragarse sus globos oculares, pero solo conseguía estrujarlos más y más dentro de su boca. Las oquedades en su rostro lloraban lágrimas rojas.

Siempre tienes que hacer el último gesto poético, Gallan. El símbolo grandioso, por supuesto colocado artísticamente a las puertas del templo. Aquí te piensas quedar hasta que llegue alguien importante. Será entonces y no antes cuando te tragues esas dos cosas asquerosas. Incluso las obras maestras están sujetas al tiempo y el lugar adecuados.

¿Crees que este gesto ablandará el corazón de Madre Oscuridad, Gallan? ¿O simplemente lo contemplará con repugnancia?

—Ya está consumado, viejo —dijo—. No hay vuelta atrás.

Gallan empezó a reírse. Evidentemente la había malinterpretado.

Vio moverse uno de sus ojos dentro de su boca, y durante un demencial instante pareció que le clavaba la mirada.

Lo que está roto no puede volver a arreglarse. Tú nos has roto por dentro, pero no te has limitado a eso. Mira lo que has hecho.

Ya era la segunda vez que aquel eco reverberaba en sus pensamientos. Sandalath lanzó un siseo. Aquello no pertenecía a la imagen que había traído de vuelta. Venía de algún otro lugar, de otra persona. Con otra persona, más bien. Eso era lo más terrorífico de aquellas palabras. Las oyó susurradas en su oído, aunque en realidad venían de su interior, llegaban hasta ella con su propia voz, la voz de una

mujer que entendía a la perfección lo que significaba estar rota por dentro.

Esa es la cruel verdad. Aún sigo rota. Después de tanto tiempo…

—¿Estás dormida? —preguntó Asimismo desde el lugar donde estaba tumbado.

Sopesó los pros y contras de responderle, y al final optó por continuar en silencio.

—Has vuelto a hablar en sueños —murmuró él mientras cambiaba de postura bajo las pieles—. Pero lo que quería preguntarte es: ¿qué dices que se ha roto?

Ella se irguió como si la hubiera picado un escorpión.

—¿Qué?

—O sea, que sí que estás despierta.

—¿Qué acabas de decir?

—Sea lo que sea, se me ha subido el corazón a la garganta, y me da que estabas dispuesta a sacarlo del todo de mi cuerpo. Creo que serías capaz de darme una paliza.

Sandalath soltó un gruñido. Echó a un lado las pieles que la cubrían y se puso de pie. Por algún motivo, los tres demonios Venath estaban cavando un enorme agujero un poco más adelante en el camino. Mape se había metido dentro y le pasaba enormes pedruscos a Corteza, que estaba encorvado sobre el borde. Con cada nuevo pedrusco, Corteza se giraba y se lo pasaba a Pule, que lo lanzaba lejos. *En el nombre del Embozado, ¿qué están haciendo? Da igual*. Sandalath se pasó la mano por el rostro.

¿Estaba hablando en sueños? ¿Por qué he tenido que decir precisamente esas palabras?

Se alejó camino arriba, ansiosa por seguir la marcha. Sin embargo, Asimismo necesitaba dormir un poco. Los humanos eran de una fragilidad pasmosa, como frágiles eran también todas sus hazañas. Si no hubiera tantísimos, y si no demostraran de vez en cuando aquellos estallidos de

creatividad, probablemente se habrían extinguido hacía mucho. *Más aún, si el resto de nosotros no nos hubiéramos limitado a contemplar ociosamente sus patéticos esfuerzos, si de hecho hubiéramos tenido dos dedos de frente, cualquiera de nosotros podría haberlos barrido de la faz de la tierra hacía mucho tiempo. Los tiste andii, los jaghut, los k'chain che'malle, los forkrul assail. Por los dioses, incluso los tiste edur podrían haberlo hecho. Scabandari, acabaste con el enemigo equivocado. Incluso tú, Anomander, te dedicaste a jugar con ellos como si fueran mascotas. Pero estas mascotas se acaban volviendo en tu contra tarde o temprano*.

Bien sabía que estaba evitando la escamosa bestia que mordisqueaba las raíces de sus pensamientos y obligaba a su mente a evadirse de aquel lugar donde la sangre de su linaje aún resplandecía. Pero no había manera. Las palabras habían sido pronunciadas. La violencia se había desatado y el cadencioso ritmo al que se movían los pechos había desaparecido en una quietud eterna. Y aquella bestia... bueno, tenía los dientes más afilados.

Sandalath soltó un suspiro. Kharkanas. La ciudad la esperaba. Su antiguo hogar ya no estaba muy lejos, su propia cripta, sus confines embutidos en los recuerdos inútiles de la vida de una jovencita.

Mira cómo persigo mis sueños
En el tránsito del polvo.

Volvió a resoplar y giró sobre sus talones. Recorrió el camino de vuelta hasta donde su esposo dormitaba. Los demonios Venath, que en su día fueron aliados de los jaghut, que habían entregado su sangre a los trell, lo cual había causado una mezcolanza asombrosa, se habían perdido dentro del agujero que ellos mismos habían cavado. ¿Por

qué se habían encaprichado así de Asimismo? Su esposo decía que los había encontrado en la isla donde el Dios Tullido lo había aprisionado. Eso implicaba que había sido el Dios Tullido quien había invocado a los demonios y los había vinculado a Asimismo. Y sin embargo, en lugar de ponerse de parte de Mael, los nacht habían terminado propiciando la huida de Asimismo. Y ahora… ahora estaban cavando un hoyo.

—Da igual. —Asimismo se echó a un lado y se irguió de entre las pieles—. Eres peor que un mosquito en un dormitorio. Si tanta prisa tienes, sigamos avanzando hasta que lleguemos. Entonces podré descansar.

—Pero, estás exhausto.

Asimismo le lanzó una mirada.

—Lo que me tiene exhausto no es la caminata, amor mío.

—Más vale que te expliques.

—Lo haré, pero ahora no.

Sandalath vio el desafío mudo en sus ojos. *Podría obligarlo a hablar. Pero esa mirada… me place*.

—Entonces recoge tus cosas, esposo. Y mientras lo haces, deja que te explique algo: estamos siguiendo el camino que lleva a la ciudad en la que nací. Eso de por sí ya es lo bastante enervante. Pero puedo soportarlo. Ojo, no a buenas, pero lo soporto. Sin embargo, hay algo más.

Él acababa de anudar su petate y se lo había puesto bajo el brazo.

—Dime.

—Imagínate un estanque de agua negra, sin fondo, escondido en una cueva donde no sopla el menor aire ni gotea el rocío. La superficie del agua no ha sufrido la menor onda en decenas de miles de años. Tú has conseguido llegar hasta el borde y arrodillarte ante él, pero lo que ves no cambia.

—De acuerdo.

—Yo sigo sin ver nada que cambie en la superficie, Asimismo. Pero… bajo la superficie, muy adentro, en las profundidades más recónditas… algo se mueve.

—Lo que dices me hace pensar que deberíamos girar sobre nuestros talones y echar a correr en la dirección opuesta.

—Puede que tengas razón, pero no puedo hacer eso.

—En esa vida anterior que tuviste, Sand… dices que no fuiste una guerrera, que no sabías nada de armas o de batallas. Dime, ¿qué eras en esa ciudad natal de la que hablas?

—Había facciones, digamos que una lucha por el poder. —Sandalath apartó la mirada y la dirigió al camino—. La lucha se mantuvo durante generaciones. Sé que resulta difícil de creer. Generaciones de tiste andii. Una pensaría que después de siglos, la situación se habría afianzado, y quizá fue así por un tiempo. Incluso por mucho tiempo. Pero luego, todo cambió. En mi vida, no conocí otra cosa más que el tumulto y la confusión. Alianzas, traiciones, pactos de guerra, jugarretas… no puedes imaginar hasta qué punto semejantes maniobras torcieron nuestra civilización y nuestra cultura.

—Sand…

—Me tuvieron como rehén, Asimismo. Una rehén valiosa, pero prescindible.

—¡Pero eso no es una vida! ¡Es más bien la interrupción de una vida!

—Todo se desintegraba —*Se suponía que éramos sacrosantos. Preciosos*—. Pero ya no importa. Tampoco es una profesión a la que volver, ¿verdad?

Asimismo la miraba.

—¿Lo harías si pudieras?

—Qué pregunta tan ridícula.

Lo que está roto no puede volver a arreglarse. Tú nos has roto por dentro, pero no te has limitado a eso. Mira lo que has hecho.

—Sand…

—Claro que no lo haría. Vamos, monta.

—*Pero, ¿por qué se está comiendo sus propios ojos*?

—*Hace mucho tiempo, hijo, no había nada más que oscuridad. Y esa nada, Orfantal, lo era todo*.

—*Pero, ¿por qué…*?

—*Porque es viejo. Ya ha visto muchas cosas*.

—*Podría haberlos cerrado*.

—*Sí, podría haberlo hecho*.

—*¿Madre*?

—*¿Sí, Orfantal*?

—*No te comas tus ojos.*

—*No te preocupes. Yo soy como la mayoría de la gente. Soy capaz de no ver nada aun teniendo los ojos en su sitio*.

No, mujer, eso no es lo que le dijiste. Y da las gracias por ello. Es la otra regla la que se aplica. La boca se mueve, pero nada se dice. Ese es el consuelo que encontramos para nosotros mismos. A fin de cuentas, si nos dijéramos los unos a los otros todo lo que somos capaces de decir, hace mucho que nos habríamos matado entre todos.

Eras un poeta, Gallan. Deberías haberte tragado la lengua.

En cierta ocasión le hizo daño a una persona. Se había dado cuenta de lo que había hecho, y eso le hizo sentirse mal. A nadie le gusta sentirse mal. Era preferible reemplazar la culpabilidad y la vergüenza con algo exterior. Algo que quemase todo lo que se pusiese a su alcance, algo que concentrase todas sus energías y las expulsase lejos, muy

lejos de sí mismo. Ese algo se llamaba rabia. Para cuando acabó, para cuando la rabia había cumplido su tarea, se encontró rodeado de cenizas, y la vida que había conocido había acabado para siempre.

La introspección era un acto de valor supremo, uno que pocos podían llevar a cabo. Pero cuando todo lo que le quedaba a uno eran un puñado de huesos desmenuzados, poco más quedaba por hacer. Huir de aquel lugar no haría más que prolongar su sufrimiento. Los recuerdos se aferraban al horror que le acompañaba, y no había más escapatoria que zambullirse en la locura. La locura no era una cosa que uno decidiese por sí mismo. Eso más bien era la compasión. No, cuando más escarpado fuese el paisaje del alma, más fiera sería la cordura.

Creía que su nombre era Veed. Había sido un gral, un guerrero, un marido. Había hecho cosas terribles. En sus manos había sangre y en su lengua residía el amargo y salado sabor de las mentiras. El hedor a ropas chamuscadas aún llenaba su cabeza.

He matado. Aquella admisión era un buen punto donde empezar.

A partir de ahí, las demás verdades se unían hasta formar el marco de su futuro hasta llegar al siguiente pensamiento:

Volveré a matar.

Ni una de sus presas podía albergar esperanza alguna de oponerle resistencia. Su ridículo reino no era más imponente que un nido de termitas, por más que para los propios insectos significase majestad y permanencia y la prueba de que en su propio reino eran gigantes. Veed era la bota, el dedo envuelto en bronce que derribaba los muros y portaba la ruina definitiva. *Es lo que se supone que debo hacer*.

No cabía error alguno en su camino. Entró en el pozo y cruzó la entrada hasta encontrarse en una cámara repleta

de cadáveres reptilianos llenos de gusanos y orthens. Atravesó la estancia y se detuvo ante el portal interior.

Se encontraban en algún sitio más elevado. Le habían visto, de eso estaba seguro. Le vieron desde los ojos o la boca del dragón. No sabían quién era, así que no tenían razón alguna para temerle. Aun así, supo que extremarían las precauciones. Si se limitaba a caer sobre ellos puñal en mano, cabía la posibilidad de que alguno consiguiese escapar. Quizá presentarían batalla, y bastaría un golpe con suerte... no, necesitaba usar sus encantos, su habilidad de calmarlos a todos. *Es posible que esto no pueda ser precipitado. Ahora lo veo. Pero, ya he demostrado mi paciencia en el pasado, ¿verdad? He demostrado tener verdadero talento para el engaño*.

Mi legado es algo más que un puñado de cabañas vacías, a fin de cuentas.

Envainó las armas.

Se escupió en las manos y se atusó el cabello en la nuca. Entonces echó a andar el largo camino ascendente.

Podría lanzarles aullidos a la cara, y no oirían nada. Podría cerrar manos invisibles en sus gargantas y ni siquiera se encogerían de hombros. ¡El asesino ha llegado! Aquel que vive abajo quiere mataros a todos, y yo he navegado largo tiempo la tormenta de sus deseos.

Su miserable familia permanecía ignorante. Sí, habían visto al desconocido. Había visto su camino deliberado hacia el enorme edificio de piedra que habían conquistado. Y había reanudado sus actividades mundanas como si su sufrimiento estuviese cautivo bajo un encantamiento de indiferencia.

Taxilian, Rautos y Aliento siguieron a Sulkit. El zángano k’chain operaba entre incontables mecanismos. La criatura

parecía inmune al cansancio, como si el propósito que la guiaba superase las necesidades de la carne. Ni siquiera Taxilian podía determinar si los esfuerzos del zángano tenían algún tipo de efecto medible. Nada cobró vida de pronto. No hubo engranajes que empezasen a girar con un murmullo. La oscuridad seguía siendo dueña de todos los corredores. Criaturas feroces seguían recorriendo las cámaras y anidando entre la basura.

Último y Asane se ocupaban de construir su propio nido. Eso cuando no estaban cazando orthens o sacando agua de las tuberías goteantes. Sheb montaba guardia sobre aquellos desechos vacíos desde un saliente que él denominaba la Corona, mientras que Nappet daba vueltas sin el menor objetivo y murmuraba por lo bajo y maldecía la mala suerte de encontrarse en aquella situación con tan patética compañía.

¡Menudo hatajo de ciegos y necios!

El fantasma, que en su día se vanaglorió de su omnisciencia, abandonó la mente de aquel gral llamado Veed y se lanzó a buscar a los que acompañaban a Sulkit. La bruja Aliento era una adepta, sensible a la hechicería. Si había uno de ellos que pudiera ser alcanzado para advertirlos del extremo peligro que corrían, era ella.

Los encontró en una cámara circular detrás de Ojos, pero el vasto hogar de la ya difunta matrona estaba totalmente transformado. Una baba agria rezumaba del techo y las paredes. Charcos viscosos cubrían el suelo hasta más allá de la tarima elevada, y el aire bullía con penetrantes vapores. Aquel enorme lecho que había ocupado la tarima ahora tenía un aspecto enfermizo, retorcido como las raíces de un árbol caído. Los tentáculos colgaban lacios, los extremos, goteantes, y el aire que rodeaba la pesadilla deforme que era la tarima estaba tan cargado y denso que todo alrededor

se volvía borroso, incierto, como si la realidad misma estuviera manchada.

Sulkit permaneció inmóvil como una estatua frente a la tarima. De sus escamas brotaban fluidos, como si se estuviese derritiendo ante sus ojos, y extraños sonidos guturales surgían de su garganta.

—... despertando tras cada muro —decía en aquel momento Taxilian—. Estoy seguro de ello.

—¡Pero no de esta manera! —Rautos gesticuló hacia Sulkit—. Por los dioses del Abismo, este aire... ¡casi no puedo respirar!

—Sois los dos unos necios —espetó Aliento—. Esto es un ritual. Es la hechicería más antigua de todas, magia de sudor y esencias y lágrimas. Contra esto estamos tan indefensos como niños. ¡Yo digo que acabéis con esta criatura! Clavad un cuchillo en su espalda, rajadle el gaznate. ¡Rápido, antes de que sea tarde!

—¡No! —replicó Taxilian—. Debemos dejar que suceda. Lo siento. Nuestra salvación depende de lo que sea que esté haciendo el zángano.

—¡Eso no son más que ilusiones tuyas!

Rautos se había colocado entre ellos dos, pero su semblante estaba manchado de miedo y confusión.

—Hay un patrón —dijo a ninguno de ellos en particular—. Todo lo que el zángano ha hecho hasta ahora, todo lo que ha hecho antes, nos ha llevado a este momento. Casi puedo ver el patrón. Quiero... querría...

Pero en realidad no sabía lo que quería. El fantasma nada en las corrientes de los inefables deseos de aquel hombre.

—Las respuestas llegarán —dijo Taxilian.

¡Sí!, pensó el fantasma. ¡Y vendrán empuñando puñales!

¡Vienen a mataros a todos!

Bajo el nivel de la Matriz, Nappet estaba plantado junto a una extraña tubería que recorría toda la longitud del corredor. La llevaba siguiendo un rato, cuando de pronto se había dado cuenta de que aquella vaina de bronce a la altura de la cintura había empezado a emanar algún tipo de calor. Entre sudores, la duda lo asaltó. ¿Quizá debería volver por donde había venido? Cabía dentro de lo posible que acabase derritiéndose antes de llegar a las escaleras que había descendido con anterioridad. Tampoco había nada en la penumbra más adelante que indicase la presencia de pasadizos laterales. Aquel aire caliente y crispado le quemaba en los pulmones. Empezó a entrar en pánico.

Algo recorrió el interior de la tubería a toda prisa. Se le escapó un gemido. ¡Podía morir allí dentro!

—Muévete, imbécil. Pero, ¿por qué camino voy? Date prisa, ¡piensa!

Por fin se decidió por avanzar a trompicones. La salvación estaría ahí delante. Tenía que estar. Estaba seguro de ello.

El aire crujió. De la superficie de la tubería se desprendían chispas. Soltó un grito y empezó a correr. Relampagueos de luz lo cegaron, rayos que iluminaron el corredor. De pronto, raíces argénteas surgieron de algún lugar y lo atravesaron por varias partes. El dolor encendió sus terminaciones nerviosas. Un grito brotó de su pecho y le destrozó la garganta. Sus manos se agitaron. De entre sus dedos brotaban pequeños arcos eléctricos. Más adelante, algo atronaba con el fulgor del fuego.

¡Me he equivocado! ¡Me he equivocado de c…!

De repente, oscuridad. Silencio.

Nappet se detuvo y ahogó un jadeo. Inspiró hondo y contuvo el aliento.

De la tubería llegaban repiqueteos esporádicos.

Su respiración se volvió irregular.

En el aire reinaba un hedor extraño y agrio que hacía llorar los ojos. ¿Qué acababa de pasar? Había estado convencido de que iba a morir, cocido en sus propios jugos como un perro alcanzado por un rayo. Había notado esa energía recorriéndole como si sus venas se hubieran llenado de ácido. Un reguero de sudor frío le recorrió la espalda. Se estremeció.

Oyó pasos a su espalda y se volvió. Alguien se le acercaba. No había quinqué alguno que iluminase el corredor. Escuchó hierro raspando contra la piedra.

—¿Sheb? ¿Eres tú? ¿Último? ¡Maldito zoquete, enciende un quinqué!

La silueta no dijo nada.

Nappet se lamió los labios.

—¿Quién eres? ¡Di algo!

El fantasma contempló con horror cómo Veed se acercaba a Nappet. Un hacha de una sola cabeza trazó un salvaje arco que terminó en el cuello de Nappet. Un reguero de baba salpicó de la boca del hombre. Se tambaleó como única respuesta al hachazo. Veed extrajo el arma de un tirón; el hueso crujió y rechinó. De la herida manó la sangre. Nappet intentó taponar la herida del cuello con la mano, aún con los ojos desorbitados, llenos de incredulidad.

El segundo hachazo vino del lado opuesto. La cabeza de Nappet cayó a un lado en un ángulo imposible, se apoyó levemente en su hombro y terminó por rodar espalda abajo. El cuerpo sin cabeza se desplomó.

—No tiene sentido ir malgastando el tiempo —murmuró Veed. Se agachó para limpiar la hoja, y cuando se levantó, miró directamente al fantasma—. Deja de gritar. ¿Quién crees que ha sido quien me ha invocado?

El fantasma retrocedió. *Yo no… yo no te he*…

—Llévame donde están los demás, Robavida.

El fantasma emitió un aullido horrorizado y huyó de aquella abominación. ¡Tenía que advertir a los otros!

Veed hizo una mueca y fue tras él.

Al acercarse, aplastó con el pie los últimos rescoldos de aquella tierra insignificante. Notó cómo las pepitas se retorcían bajo su talón, y luego se volvió hacia aquella bruja sin vida. Contempló su espalda escamosa, como si su muda acusación pudiese aniquilarla allí donde estaba. Pero Torrente sabía que su voluntad era tan débil como la lluvia.

—He ahí las espigas de las leyendas de mi pueblo. Los colmillos de las Tierras Yermas. Has robado las estrellas, bruja. Me has engañado…

Olar Ethil resopló, pero no llegó a volverse hacia él. Oteaba hacia el sur, o al menos él pensó que era el sur, aunque aquellas certezas, que en su día pensó inamovibles, habían demostrado ser tan vulnerables a la magia de aquella mujer venida de más allá de la muerte como las mismas piedras a las que ella prendía fuego cada noche. Tan vulnerables como los matojos de hierba muerta que ella convertía en jugosos pedazos de carne fresca, y como el terreno pedregoso del que hacía brotar agua con solo mover uno de aquellos dedos huesudos.

Torrente se rascó la escasa barba. Había gastado hasta la última gota de los aceites que los jóvenes guerreros lezna usaban para requemarse la pelusilla hasta que estaban en posición de dejarse crecer una barba de verdad. Debía de tener pinta de idiota, pero no había nada que pudiese remediarlo. Tampoco había nadie a quien le importase un pimiento, por otro lado. Allí no había risitas de doncellas de ojos velados, ni bailes coquetos a su alrededor cuando caminaba por la aldea. Todas aquellas viejas costumbres se

habían acabado, al igual que las nuevas que le habían prometido.

Se imaginó a un soldado letherii de pie sobre una montaña de huesos, aquel promontorio blanco era todo lo que quedaba del pueblo de Torrente. Bajo el borde del yelmo se veía que el rostro del soldado no era más que una calavera, con una sonrisa que jamás palidecía.

Torrente se había dado cuenta de que había encontrado un fiel amante, y su nombre era odio. Los detalles del letherii eran irrelevantes; podía ser cualquier soldado, cualquier desconocido. Un símbolo de codicia y opresión. La mano ávida, el resplandor de la avaricia hambrienta en los ojos, el espíritu que acaparaba todo lo que podía en virtud de la fuerza y el poder que poseía.

Torrente soñaba con la destrucción. Una destrucción vasta, que lo barriese todo y no dejase a su paso más que huesos.

Volvió a mirar a Olar Ethil. ¿Qué quieres de mí, bruja? ¿Qué me darás a cambio? Estamos en una era de promesas, ¿no es así? Así debe de ser, o de lo contrario no hay razón para que yo exista.

—Cuando vuelvas a encontrar tu voz —dijo aún sin volverse—, habla conmigo, guerrero.

—¿Para qué? ¿Cuál será tu respuesta?

Su risa fue un graznido hueco.

—Cuando llegue mi respuesta, las montañas se derrumbarán. Los mares hervirán. El aire se preñará de veneno. Mi respuesta, guerrero, ensordecerá a los mismos cielos. —Soltó un escupitajo entre sus harapos colgantes—. ¿No lo sientes? La puerta se está abriendo y el camino le dará la bienvenida a aquello que la atraviese. ¡Y qué camino!

Volvió a reírse.

—Mi odio es silencioso —dijo Torrente—. Nada tiene que decir.

—Y aun así lo he ido alimentando.

Sus ojos se desorbitaron.

—¿Esta fiebre que siento es obra tuya, bruja?

—No, siempre acechó tu alma, como una víbora en la noche. Yo me he encargado de despertarla.

—¿Por qué?

—Porque me divierte. Ensilla tu caballo, guerrero. Cabalgaremos hacia esas espigas de las que hablan tus leyendas.

—Leyendas que han sobrevivido a los que las contaban. —Ella volvió la cabeza hacia él—. Aún no. Aún no.

Y ella volvió a reírse.

—¿Dónde está? —chilló Stavi, los puños diminutos en alto, como si fuera a darle un puñetazo en cualquier momento.

Setoc se mantuvo firme.

—No lo sé —replicó con tranquilidad—. Hasta ahora siempre ha vuelto.

—¡Pero han pasado días! ¿Dónde está? ¿Dónde está Toc?

—Toc sirve a más de un señor, Stavi. Ha sido un milagro que pudiera quedarse tanto tiempo con nosotras.

La hermana de Stavi parecía a punto de echarse a llorar, aunque aún no había pronunciado palabra alguna. El niño se sentaba con la espalda apoyada en el costado muerto de Baaljagg. La enorme bestia yacía en un remedo de sueño, con el hocico enterrado entre sus patas delanteras. El niño jugaba con un puñado de piedras, ajeno a la angustia que asolaba a sus hermanas. Setoc se preguntó si quizás el niño sería retrasado. Soltó un suspiro y dijo:

—Nos dijo que fuéramos hacia el este, así que allá es donde hemos de…

—¡Pero allí no hay nada!

—Ya lo sé, Stavi. No sé por qué quiere que vayamos en esa dirección. No me lo explicó. Pero, ¿seguro que quieres ir en contra de sus indicaciones?

Aquello era jugar sucio, Setoc lo sabía, el tipo de jugarreta que solo buscaba que las niñas obedecieran sin rechistar.

Al final dio resultado, pero como cualquier adulto sabía, no sería por mucho tiempo.

Setoc hizo un gesto. El ay se levantó y empezó a trotar. Setoc cogió en brazos al niño y engatusó a las niñas para que la siguieran. Echaron a andar, y tras ellas no quedó más que aquel exiguo campamento. Se preguntó si Toc volvería. Se preguntó si había algún motivo oculto en la ayuda que les había prestado. ¿O quizás había sido un residuo de culpabilidad o de sentido de la responsabilidad por los hijos de su amigo? Toc estaba más allá de la vida mortal, y por lo tanto no se regía por sus reglas o las obligaciones de un alma mortal. No, no debía de haber ninguna motivación humana en las cosas que hacía una criatura como él.

Y el ojo que había clavado en ella era un ojo lobuno. Pero incluso entre lobos, la pertenencia a una manada suponía un tenso juego entre sumisión y dominio. La aparente dicha de semejante hermandad escondía maquinaciones políticas y juicios despiadados. A la crueldad solo le hacía falta que se le abriese una oportunidad. Así que Toc había abandonado aquella irrisoria manada, aunque su liderazgo no había encontrado desafío. ¿Quién podría desafiarlo? A fin de cuentas, no se le podía amenazar de muerte, ¿verdad?

Setoc entendía por fin que no se podía confiar en él, y que su alivio cuando Toc asumió el mando no era sino una reacción pueril, la respuesta de una niña ansiosa por

esconderse bajo la sombra de un adulto, de suplicar protección, dispuesta a negar la posibilidad de que la verdadera amenaza viniese de aquel hombre, o mujer, frente a ella. Por supuesto, las gemelas lo habían perdido todo. Su desesperada lealtad para con aquel hombre muerto, que en su día había sido amigo de su padre, era hasta cierto punto razonable, dadas las circunstancias. Stavi y Storii querían que Toc volviera. Por supuesto que lo querían, y había empezado a mirar a Setoc con resentimiento, como si la ausencia de Toc fuese de alguna manera culpa suya.

Aquello era ridículo, pero las gemelas no veían en Setoc la menor oportunidad de salvación. No veían en ella a alguien que pudiera protegerlas. Habrían preferido de buena gana que hubiese sido Setoc quien hubiera desaparecido.

El niño, en cambio, tenía a su lobo gigante. ¿Las protegería a ellas aquella criatura? No se podía estar segura.

Yo tengo alguna clase de poder, pero aún no puedo abarcarlo todo o entender su propósito. ¿Hay alguien que no sea omnipotente en sueños? Aunque sea capaz de hacer que broten alas de mi espalda y volar sobre la tierra cuando sueño, eso no significa que vaya a despertar envuelta en plumas. En nuestros sueños, somos dioses. El verdadero desastre llega cuando creemos que lo mismo es cierto en nuestras vidas reales.

Ojalá estuviera aquí Torrente. Ojalá nunca me hubiese abandonado. Incluso ahora lo veo en mi mente. Lo veo de pie sobre una montaña de huesos, los ojos oscuros bajo el borde de su yelmo.

Torrente, ¿dónde estás?

—Parecían a punto de morir —dijo Yedan Derryg.

Yan Tovis, a caballo junto a su hermano, hizo una mueca.

—Deben de haber despertado algo. Les dije que se protegieran, pero ahora creo que mi consejo puede haberlas matado a las dos.

—Puede que tuviesen la actitud y el aspecto de dos chiquillas, Crepúsculo, pero no lo son. Tú no has matado a nadie.

Ella se giró en su silla y echó un vistazo al camino a su espalda. Las luces de antorchas y quinqués formaban una isla refulgente entre los edificios en el lejano confín de la ciudad.

La luz parecía una herida. Yan Tovis volvió a mirar hacia delante. Oscuridad, y sin embargo, una oscuridad a través de la cual podía ver. Cada detalle, cada trazo de color y cada tono tenían un aspecto extrañamente opaco, sólido ante sus ojos. Como si la visión que había poseído toda su vida, en aquel mundo ahora distante y remoto, no fuese más que algo débil y truncado. Y sin embargo, aquello estaba lejos de ser un don. Una suerte de presión iba aumentando poco a poco tras sus ojos.

—Además —añadió Yedan—, aún no han muerto.

Cabalgaban a galope sostenido. El camino ascendía fuera del valle y dejaba atrás los campos enmarañados de hierbajos y de granjas apelotonadas. Frente a ellos se levantaba el muro de árboles que daba inicio al bosque llamado Ashayn. Si lo que se contaba era cierto, hasta el último árbol de Ashayn había caído víctima de la demencial industria de la ciudad, y el fuego había acabado de destruir el bosque en las leguas más allá del erial resultante. Sin embargo, el bosque había vuelto a crecer, y los troncos eran tan gruesos que ni doce hombres podían abarcarlos con las manos unidas. No había el menor rastro de sendero o camino, pero el suelo bajo aquel dosel frondoso estaba libre de matojos y arbustos.

La penumbra se espesó en cuanto se internaron bajo aquellos hercúleos árboles. Yan Tovis distinguió varias especies de árboles, todos gruesos, de cortezas suaves y raíces serpentinas. Sobre sus cabezas, algún tipo de planta parasitaria había creado islas de musgo, hierbas aserradas y flores negruzcas, como nidos enormes, que pendían de gruesas marañas de vides. El aire era fresco y húmedo, y estaba preñado del olor del carboncillo y la savia.

Un tercio de legua, luego media legua, el retumbar de los cascos de los caballos, el crujido de las cotas de malla y el repiqueteo de los cierres y hebillas.

La presión era tan penetrante que llegaba a causar dolor, como si un clavo se le hubiese clavado en la frente. El bamboleo del caballo le estaba dando náuseas. Yan Tovis refrenó el caballo entre jadeos y náuseas. Se llevó una mano al rostro y la descubrió cubierta de sangre de la nariz.

—Yedan…

—Ya lo sé —dijo él con un gruñido—. No te preocupes. Los recuerdos están volviendo. Algo aguarda más adelante en el camino.

—No creo que…

—Dijiste que querías ver la Primera Orilla.

—¡Y quería, pero no a costa de que me explote la cabeza!

—Retroceder no es posible —dijo él, y soltó un escupitajo a un lado—. Lo que nos está asaltando no viene de aquello que nos aguarda, Yan.

—¿Qué? —Yan Tovis se las arregló para alzar la cabeza y lanzarle una mirada.

Su hermano lloraba sangre. Volvió a escupir, un grumo de un rojo brillante, y dijo:

—Kharkanas… la oscuridad vacía. —La miró a los ojos—. Ya no está vacía.

Ella volvió a pensar en aquellas brujas inconscientes que habían dejado en la ciudad tras ellos. *No sobrevivirán. Es*

imposible que lo hagan. Las he traído todo el camino conmigo, solo para matarlas aquí.

—Tengo que volver…

—No. Aún no. Si regresas por ese camino, morirás, Crepúsculo. —Espoleó a su caballo hacia delante.

Tras un instante, ella lo siguió.

Diosa de las tinieblas, ¿has regresado? ¿Te has despertado en pleno ataque de furia? ¿Destruirás todo aquello que toques?

Dejaban atrás aquellos pilares negros, una catedral abandonada en un reino sin edad, y ahora podían oír un sonido que llegaba justo al otro lado del muro negro frente a ellos, algo que parecían olas al restallar.

La Primera Orilla. De donde todos nosotros venimos.

Hubo un destello entre los troncos, un relámpago blanco…

Los dos hermanos salieron del bosque al galope. Sus monturas aminoraron la marcha en cuanto sus riendas cayeron, sin vida.

Ambos contemplaron sin entender lo que había ante ellos, la visión empañada de rojo, el silencio como una herida.

La Primera Orilla.

Las nubes al oeste se habían ennegrecido hasta formar un muro impenetrable. El suelo se había vuelto argénteo con el beso del hielo, y las hierbas crujían y se rompían bajo los pies. Agazapado bajo mantos de piel, Strahl contemplaba cómo las huestes enemigas formaban alrededor de la suave ladera del valle frente a ellos. A doscientos pasos de él, Maral Eb encabezaba la vanguardia formada por lo más selecto de sus guerreros barahn. A su espalda se repartían unidades mixtas de clanes menores. Maral Eb había asumido

el mando de todos aquellos guerreros que habían saboreado la humillación de la derrota. Una decisión valiente, lo suficiente como para despejar muchas de las preocupaciones de Strahl. Muchas, pero no todas.

Los alientos ascendían en penachos blanquecinos. Los guerreros pateaban el suelo para devolver la circulación a sus piernas, se echaban el aliento en las manos con las que enarbolaban las armas. Al otro lado del camino, los caballos corcoveaban y relinchaban entre las filas de lanceros y arqueros montados. Los pendones colgaban grises y tristes, los estandartes enhiestos como tableros alisados.

El sabor ferroso del pánico se percibía en el aire amargo, los ojos se elevaban una y otra vez hacia aquel cielo terrorífico. Al oeste, aquel muro de nubes negras y furiosas. Al este, el azul cerúleo, cristalino y reluciente y el sol blanco como nieve, flanqueado por siniestros parhelios. Sobre sus cabezas, una costura ajada los separaba a ambos en el cielo. La oscuridad iba ganando la batalla. Strahl podía ver cómo se extendían tentáculos de oscuridad que se iban esparciendo y contaminando la mañana.

Ahora, las falanges de los saphii protegidos por escudos de lágrima se disponían en el centro del valle, las lanzas sujetas en los agarres abisagrados de los cintos. Avanzadillas d’ras rodeaban las tropas encrespadas, y entre ellas se repartían los arqueros, con flechas listas y cada vez más cercanos. La caballería akrynnai se mantenía cerca de sus tropas, tirando de las riendas para contener a sus monturas y mantener la formación que marcaba el ritmo de la infantería a pie.

El Cetro Irkullas no perdía el tiempo. No lanzó una arenga a sus tropas ni se entregó a desafíos personales en el campo. Los akrynnai querían una batalla compacta, que se desatase la matanza como si el coro de armas en pleno choque y los gritos de los muertos tuvieran la capacidad de devolver al

mundo a su estado normal, arreglar aquel cielo torcido sobre ellos y expulsar para siempre aquel frío y aquella oscuridad.

Un tributo de sangre que apacigüe a los dioses. ¿Eso es lo que crees, akrynnai?

Strahl se puso en movimiento. Avanzó hasta estar cinco pasos más adelantado que el resto de la fila de los senan. Giró sobre sus talones y escrutó los rostros más cercanos.

Contempló la capa de agresividad que manchaba aquellos rostros como si de un moratón se tratase, uno que escondiese el lustre del miedo. Ojos duros que se clavaban en los suyos, luego se apartaban, y luego volvían a él. Caras pintadas de blanco, agrietadas por el frío. En cambio, sus oficiales le clavaban la vista, como si aguardasen ansiosos el primer signo de inseguridad, el primer titubeo en su rostro. Que esperasen. Strahl no les dio ese gusto.

Del cielo plateado llegaban crujidos extraños, como los de un lago helado que se agrieta con el rocío mañanero. Muchos guerreros se agacharon como si pensasen que estuviera a punto de llover esquirlas de hielo. Sin embargo, nada acompañó a aquellos sonidos fantasmagóricos. *Los puños de los dioses impactan contra el cristal del cielo. Esos crujidos están enloqueciendo a los soldados. Todo está a punto de hacerse pedazos. Está bien, amigos míos, agachaos si queréis. No os servirá de nada.*

—Bakal —dijo Strahl, lo bastante alto como para sobresaltar a aquellos que tenía más cerca. Comprobó que esa sola palabra reverberaba entre las filas y los devolvía a la vida—. Y antes de Bakal, Onos Toolan. Y antes, Humbrall Taur. Vinimos aquí en busca de un enemigo. Vinimos aquí en busca de una guerra.

Esperó unos instantes y atisbó en las caras más cercanas una hueste de guerras privadas que se desencadenaban. Reconoció en aquellas expresiones las más duras batallas de

la voluntad. Vio cómo se extendía la mancha de la vergüenza. Y asintió.

—Aquí estamos, hermanos senan. —Tras él, percibió el repentino trueno de los soldados en pleno avance, de las oleadas de jinetes que echaban a galopar desde los flancos —. Yo estoy aquí, frente a vosotros, solo. Y habré de pronunciar las palabras de aquellos que estuvieron aquí antes que yo.

Levantó el tulwar que empuñaba en la mano derecha y la vaina en la mano izquierda.

—¡Ni este es nuestro enemigo, ni esta nuestra guerra!

Strahl envainó la espada con fuerza y la sostuvo con ambas manos.

Muchos soldados lo imitaron. El hierro de desvaneció. Se oyeron órdenes secas desde la retaguardia. Las fuerzas de los senan empezaron a voltearse.

Y ahora, nos marchamos.

¿Esta es la guerra que querías, Maral Eb? Aquí la tienes.

Alguien gritaba, pero los ojos de Maral Eb seguían fijos en el avance del enemigo. Las primeras flechas atravesaron el aire rutilante con un siseo, apenas visibles en la penumbra creciente. Las falanges estaban listas para cargar, las tres primeras filas dispusieron sus largas lanzas. En las alas laterales, los jinetes arqueros se acercaban, a punto de soltar sus flechas y voltearse para volver a barrer las líneas de ataque de los barghastianos con subsecuentes salvas.

Aquellos bastardos luchaban como bebés. En cuanto los saphii entraran en combate, todo cambiaría.

Los gritos aumentaron, y de pronto una mano lo agarró por el hombro y lo obligó a dar media vuelta. Maral Eb vio la cara de uno de sus guardaespaldas. El soldado señalaba con

el dedo y chillaba entre esputos de saliva. ¿Qué estaba diciendo aquel maldito idiota? ¿Qué…?

Entonces Maral Eb atisbó el vacío cada vez mayor en el centro de su línea de ataque. ¿Qué había pasado? ¿Habían decidido cargar por cuenta propia? *No, no veo nada… creo*…

—¡Se retiran, caudillo! ¡Los senan se retiran!

—¡Calla, necio! —Se abrió paso entre la hilera de guardias hasta que pudo ver con claridad. Los senan se habían ido. Los más poderosos de los barghastianos rostros blancos… ¡se habían marchado!

—¡Haced que vuelvan! —chilló—. ¡Haced que vuelvan!

El Cetro Irkullas detuvo al caballo. Un profundo fruncimiento asomó a sus facciones bajo el brillante borde del yelmo. ¿Qué estaba haciendo el centro de su ejército? ¿Nos estáis invitando a marchar directamente a vuestras fauces? ¿De verdad creéis que una maniobra así va a funcionar? Malditos bárbaros, ¿no os habéis enfrentado antes a una falange?

—¡Jinete! Dile al comandante saphii que se asegure de mantener su posición. Si los barghastianos tienen ganas de mascar un poco de nuestras picas, son más que bienvenidos. —Se giró hasta dar con otro mensajero—. Que los lanceros se acerquen al centro de nuestra columna y esperen mis órdenes. ¡Vamos!

Se acercó otro mensajero desde la avanzadilla. Hizo un saludo.

—¡Cetro! ¡El centro de sus tropas se retira de la batalla!

—Es una finta.

—Perdonadme, Cetro, pero se ha visto a su líder hablando con sus guerreros. Envainó su arma y la sostuvo en alto. Todos ellos le respondieron con el mismo gesto y se marcharon de su puesto en la línea.

¡Por las jugarretas del Errante!

—Ordenad a los saphii que avancen hasta ellos antes de que esos bastardos encuentren la manera de cerrar ese hueco. ¡Vamos, soldado! ¡Señalizadores! ¡A mí!

Sekara la Vil se abrió camino a codazos para tener una mejor panorámica de aquella traición. Estaba al mando de la retaguardia, los viejos, los niños imberbes y sus madres, así como de ochocientos guerreros que aún se recuperaban de sus heridas. Su misión era mantener la línea de los carromatos en caso de que los akrynnai los rodearan o intentaran atacarles desde atrás. Pero ahora que el centro se había ido, lo único que encontrarían a su espalda sería a más enemigos.

Escupió una retahíla de maldiciones dedicadas a los guerreros en retirada.

—¡Cobardes! ¡Os estaré esperando en la Puerta, a cada uno de vosotros!

Dio una media docena de zancadas, intentando alcanzar a los más rezagados de los senan, que aún estaban a la vista. Por supuesto, no con las uñas, cosa que sería demasiado arriesgada. Pero sí que podía escupirles con tanta pericia como cualquier mujer barghastiana.

Alguien se movió cerca de ella. Sekara se giró, enseñando los dientes.

Una mano envuelta en un guantelete se estrelló contra su rostro. Explosiones de luz detrás de sus ojos. Sus piernas cedieron y cayó hecha un ovillo, la boca llena de dientes hechos pedazos.

La voz de Strahl sonó directamente sobre ella.

—Puedes esperar en la Puerta todo lo que quieras, Sekara. Pero recuerda que tu marido ya está allí. Y él sí que

te está esperando. Los muertos dicen lo que en vida no se atrevieron a decir. No te olvides de traerte provisiones.

Oyó cómo sus mocasines aplastaban la hierba al alejarse en pos de su clan.

¿Mi esposo? ¿Acaso hubo alguna ocasión en que no se acobardase ante mí? Soltó un esputo de sangre pegajosa. *Mi esposo estará a mi lado y los dos te daremos la bienvenida, Strahl, ¡y te haremos pedazos! ¡Cree lo que quieras, pero no verás los colmillos hasta que sea demasiado tarde!*

El suelo se sacudió. Una onda de choque retumbó por entre los barghastianos. Se oyeron gritos en el aire helado. La batalla acababa de comenzar.

Sekara se levantó, el rostro caliente e hinchado.

—¡Al otro lado de los carromatos! —gritó—. ¡Todo el mundo, al otro lado! ¡Y empezad a formar filas!

Vio cómo se ponían en movimiento.

Eso es, mantened la posición. Lo suficiente como para que yo pueda escaparme. ¡Qué bendición esta oscuridad!

Se tambaleó en dirección a los carromatos.

Sagal se agachó detrás de su escudo ante otra salva de flechas. Hubo dos golpes secos contra los juncos apretados que formaban el escudo. Sintió una punzada en el brazo y dio un respingo. Un hilo de sangre templada corrió por su avambrazo. Soltó una maldición. Su hermano había elegido la mejor posición posible, pero para enfrentarse en condiciones a aquellos jinetes arqueros akrynnai deberían haber estado más bien en terreno escarpado, una buena hilera de colinas, muchos peñascos y hondonadas.

En cambio, aquellos bastardos no tenían ni que acercarse, al menos mientras contasen con flechas. El paso retumbante de los caballos continuaba su marcha mortal.

En su próxima pasada, Sagal se erguiría y lideraría una carga directamente en el camino de los jinetes. ¡A ver cómo

lidiáis con tres mil rostros blancos en medio de todos vosotros!

La lluvia de flechas volvió a caer sobre ellos y Sagal esperó un poco más. Todavía podía oír el ruido de los cascos, aunque el sonido hacía extraños quiebros aquella mañana. Ahora parecían… más pesados que antes, de alguna manera. Sagal bajó el escudo y se irguió. Parpadeó para intentar comprender todos los detalles de lo que contemplaban sus ojos en aquella penumbra infernal.

Algo se acercaba a una velocidad enloquecida desde el valle. Toda la ladera temblaba.

Tres escuadras de lanceros en formación de galón se habían unido a la barrera de arqueros y ahora cargaban hacia ellos. No había tiempo de ponerse en formación ni de posicionar las picas. Sagal contempló la carga, furioso, y desenvainó el tulwar.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Todos los barghastianos parecieron lanzar un único gruñido como una bestia gigantesca que despertase. Miles de lanzas en posición se abalanzaban sobre ellos por la ladera. Los guerreros barghastianos respondieron con un rugido. En el último instante, la masa de los guerreros barahn se lanzó sobre aquellos colmillos de hierro. Las líneas de batalla se emborronaron, algunos se agacharon ante las lanzas, las hojas pesadas cercenaron patas de caballo. Las bestias chillaron, cayeron, y de pronto todo el terreno en el que se desarrollaba la carga se convirtió en un espeso muro de carnicería pura, las puntas de los lanceros en galón se deshicieron en un torbellino salvaje y despiadado.

Sagal, cubierto por los fluidos de un caballo destripado, acertó a ponerse en pie. Aulló como un demonio. ¡Era hora de empezar la matanza! Aquellos idiotas se acercaron. ¡Estaban cargando! Podían haber aguardado todo el día con la misma maniobra hasta que los barahn no fueran más que

un montón de carne ensartada en flechas, pero su impaciencia los había traicionado. Sagal soltó una risa y empezó a cortar todo lo que se puso a su alcance. Su hoja se hundió en caderas, cercenó muñecas, cortó las patas en movimiento de los caballos.

Notaba cómo la caballería intentaba retirarse como si de un arma encallada en un cuerpo se tratase, con los bordes mellados y romos. Soltó un rugido y siguió avanzando, consciente de que sus compañeros de armas harían lo mismo. No les permitirían escapar tan fácilmente. No, ni hablar.

¡La mitad de las Ciudades Libres de Genabackis intentó lanzar sus caballerías contra nosotros... y a todas las destruimos!

El Cetro Irkullas contempló cómo los lanceros pesados intentaban separarse de los flancos exteriores del ejército barghastiano. Hileras de excelentes guerreros y caballos de un entrenamiento soberbio iban cayendo con cada bocanada de aire que entraba en sus pulmones doloridos, pero no había manera de evitarlo. Necesitaba que la retirada pintase tan desagradable como fuera posible, que pareciese lo bastante lenta y deslavazada como para atraer al enemigo a la ladera. Necesitaba que todo aquel flanco se entregase a la matanza, antes de enviar a los jinetes arqueros tras los barghastianos y luego una falange de saphii para asegurarse de dejar el flanco cercenado y expuesto en la ladera. Entonces enviaría al grueso de sus jinetes lanceros y hacheros, que serían el martillo contra el yunque de los saphii.

Irkullas comprobó que las cosas no iban tan bien en el otro flanco. El comandante de los barghastianos había conseguido que sus soldados clavaran los escudos y alzaran

las picas para repeler la carga de la caballería. Ahora los jinetes arqueros volvían a descargar sus flechas sobre la línea del frente. Era aquel un juego de desgaste que había dado excelentes resultados para los akrynnai, pero que no duraría mucho. ¿Cuántas flechas podían resistir los barghastianos?

Echó una última mirada al centro, y una ola de placer barrió los escalofríos que había ido acumulando durante el día. Las falanges saphii habían ocupado la mayor parte del hueco en el centro y habían dividido efectivamente las tropas enemigas. La mitad más lejana había quedado aislada en una retirada sangrienta en pos del flanco exterior. Aquellos barghastianos sabían luchar a pie, mucho mejor que cualquier otro soldado que Irkullas hubiera visto, pero iban perdiendo cohesión poco a poco, abriéndose paso a espadazos a medida que las lanzas saphii los obligaban a retroceder más y más. Los saphii kaesanderai, pendencieros escuadrones armados con jalaks, se lanzaban como una jauría a mandobles y tajos de sus pequeñas espadas curvas.

Parte de la falange más adelantada había llegado hasta la retaguardia. Ahora se veían fuegos brotando de los carromatos, probablemente iniciados por los propios barghastianos al romper la barrera para huir. Aquella falange se replegaba en espiral para cerrar cualquier vía de escape del flanco más alejado.

A aquellos salvajes les había llegado su último día, y lo aceptaban de buen grado.

Irkullas alzó la mirada y escrutó el cielo. La mera visión lo horrorizó. El día moría ante sus ojos. Arterias negras e irregulares, como rayos lentos, se extendían por el cielo diurno hasta que solo parecían quedar fragmentos de azul. *Se está rompiendo. ¡El día se está rompiendo*!

Ahora podía ver algo, una especie de oscuridad que descendía sobre ellos, que caía y caía cada vez más cerca.

¿Qué está pasando? El aire está tan vacío, tan gélido... ¡que el Errante nos proteja! ¿Qué...?

Kashat se llevó la mano al hombro y se arrancó la flecha que se le había clavado. Alguien gritaba a su espalda, pero no tenía tiempo de ayudarle.

—¡Mantened la posición! —gritó, y entonces un reguero de sangre tibia fluyó por su espalda. Su brazo derecho quedó inservible y colgó a un lado. La pierna sobre la que golpeaba el brazo inerte se le volvió insensible. *Por todos los espíritus del Abismo, si solo ha sido un pinchazo, una mandita flecha diminuta... no lo entiendo*.

—¡Mantened la posición! —el grito llenó su mente, pero de sus labios no salió más que un débil susurro.

El ejército estaba dividido en dos. Estaba claro que el Cetro pensaba que aquello supondría la muerte de los barghastianos. Aquel necio se iba a llevar una buena sorpresa. Los rostros blancos habían luchado en clanes durante generaciones. Cada una de las familias podría resistir como un ejército entero. El verdadero baño de sangre estaba aún por comenzar.

Kashat se levantó con esfuerzo.

—Estúpida flecha. Estúpido cabrón...

Una segunda flecha se le clavó en la mejilla izquierda, penetró justo bajo el pómulo y atravesó el tabique nasal. El impacto impulsó su cabeza hacia atrás. La visión se le llenó de sangre.

Un reguero rojo le caía por la garganta. Se palpó el rostro con la mano que aún le funcionaba y se arrancó el proyectil de la cara.

—¡... tas flechas! —su voz era una carraspera densa y burbujeante.

Consiguió cubrirse tras el escudo en el momento en que más flechas cayeron sobre ellos. El suelo a sus pies estaba encharcado de sangre, de su propia sangre. Se quedó mirando aquel estanque negro. Hizo un esfuerzo para tragar aquello que le iba llenando poco a poco la boca, pero estaba empezando a ahogarse, y sentía la barriga pesada como un saco de grano.

Atreveos a cargar de nuevo, hatajo de cobardes. Nuestras fauces se cerrarán sobre vuestras gargantas. Os arrancaremos la vida. Al final de este día nos alzaremos en la montaña que formarán vuestros cadáveres.

Una flecha impactó en el yelmo de un guerrero, tan cerca que casi podía tocarlo. Kashat vio cómo el proyectil se hacía añicos como si fuese una esquirla de hielo. Entonces el yelmo se abrió limpiamente en dos mitades en la cabeza del guerrero. Este se quedó mirando perplejo a Kashat, los ojos enloquecidos e hinchados por la mordedura del frío, y entonces se desplomó.

A su alrededor más flechas explotaban. Los gritos de los guerreros se mezclaron con una urgencia que envolvió el alma de Kashat en puro horror. Otra flecha impactó en su escudo, y el mimbre tras la piel delantera se rompió como si estuviera hecho de cristal.

¿Qué está pasando? Sus heridas habían dejado de dolerle de pronto.

Sintió un calor extraño, una especie de sensación que lo llenó de euforia.

Los caballos caían justo delante de la línea de soldados. Las cuerdas de los arcos se estremecían en el polvo resplandeciente, las costillas laminadas de las armas se rompían. Vio a los soldados akrynnai caer de sus monturas, los rostros congestionados y retorcidos. La confusión se extendía por el enemigo.

¡A la carga! ¡Tenemos que cargar! Kashat se obligó a levantarse. Tiró a un lado los restos del escudo y agarró la espada con la mano izquierda. Empezó a avanzar como si atravesase una corriente mortal. Levantó el arma.

A su espalda, cientos de guerreros lo siguieron con pasos lentos como si se desplazaran en sueños.

Maral Eb, con la masiva mezcolanza de clanes a su espalda, lideró una nueva carga contra el espeso muro que eran los saphii. Podía ver el terror en sus ojos, su incredulidad ante la pura ferocidad de los rostros blancos. Los muñones de las lanzas rotas habían mermado su flanco, pero hasta ahora seguían resistiendo, magullados y en ocasiones a punto de romperse ante el salvajismo de los ataques del caudillo, que caían sobre ellos como un puño blindado.

El aire estaba extrañamente denso, inflexible, y la noche empezaba a caer. ¿Tanto tiempo llevaban luchando? No era imposible, desde luego. Solo había que ver los muertos acumulados en cada lado. Cadáveres de saphii y barghastianos por igual, y ahí, en la loma, promontorios enteros de jinetes y caballos muertos. ¿Acaso habían regresado los senan? ¡Sin duda era eso lo que había pasado!

¡Qué magnífica matanza!

La feroz carga se estrelló contra el muro de carne, cuero, madera y hierro con un crujido carnoso bajo los mangos de las lanzas. Maral Eb arremetió, tulwar en mano. Vio un rostro de piel oscura ante él, contempló la máscara helada del coraje quebrado de aquel necio, y soltó una risa mientras lanzaba un mandoble. La hoja impactó en el centro mismo del yelmo picudo.

Espada, yelmo y cabeza explotaron a la vez. Maral Eb se tambaleó. El brazo de la espada salió despedido a un lado,

imposiblemente ligero. Sus ojos se quedaron mirando el muñón en el que ahora terminaba su muñeca izquierda, del que brotaban lágrimas heladas de sangre como semillas. Algo golpeó su hombro, se escoró y de pronto dos cuerpos entrelazados se desplomaron en el suelo frente a él. El impacto los había lanzado uno contra otro, y Maral Eb contempló confundido la piel fusionada de los dos cuerpos, las raíces de músculo y sangre unidas bajo la carne expuesta.

Oía gemidos de puro pavor por todas partes, aderezados por breves chillidos.

El caudillo intentó alzarse, pero el frío había soldado las junturas metálicas de sus grebas al suelo. Las hebillas de cuero se rompieron como ramitas. Maral Eb levantó la cabeza. Una niebla rojiza se había tragado el mundo. ¿Qué estaba pasando? ¿Era cosa de hechicería? ¿Algún vapor venenoso que estuviese robando toda su fuerza?

Por todos los espíritus, no. *Es sangre. Es sangre de los cuerpos abiertos en canal, de los globos oculares rotos*…

Comprendió de pronto. El muñón en su muñeca, la completa ausencia de dolor, incluso la respiración que entraba en sus pulmones… aquel frío, aquella oscuridad…

Lo habían tirado al suelo. Un caballo, el estampido de una pata delantera, los huesos que atravesaban justo sobre el espolón, dos puntas gemelas de hueso astillado que entraban por su cota de malla y se adentraban en su pecho, que lo tiraban al suelo. La enorme bestia cayó entre berridos al suelo. Lanzó la mole sin vida que era su jinete de la silla. El cuerpo del hombre impactó contra la tierra y se rompió como porcelana.

La pata delantera empujó a Sagal un par de pasos atrás, y volvió a impactar contra el suelo. Notó cómo su cadera se

contraía como si no fuera más que una cesta de mimbre. Sagal parpadeó y contempló cómo el frío abrasaba el pellejo destrozado del animal enceguecido. Al principio su confusión le pareció divertida, pero entonces lo embargó la tristeza, no por el pobre animal, pues la verdad era que los caballos nunca habían sido de su agrado, sino por todos los que luchaban en aquella ladera. Habían sido traicionados en aquella batalla, se les había arrebatado la gloria de una victoria justa, el honor de una noble derrota.

Los dioses eran crueles, pero eso era algo que Sagal ya sabía.

Apoyó la cabeza en la tierra y contempló aquella oscuridad salpicada de rojo. Una suerte de presión comenzaba a descender, la sentía en el pecho, en el cráneo. El Embozado estaba ante él, y su tacón se apretaba contra su cuerpo. Lo único que Sagal acertó a hacer fue soltar un gruñido cuando sus costillas se rompieron y sus extremidades se colapsaron entre espasmos.

La piedra de honda alcanzó a la liebre y la hizo voltearse en el aire. El corazón se me subió a la garganta. Eché a correr, tan ligero como un suspiro, hacia las hierbas detrás de las que había caído. Me planté allí y contemplé a la criatura, el jadeo acelerado en su pecho, las gotitas de sangre en su nariz. Le había roto la columna, y las patas traseras estaban totalmente inmóviles. Sin embargo, las delanteras se sacudían.

Mi primera presa.

Me quedé allí, de pie, como un gigante, viendo cómo la vida abandonaba el cuerpo de la liebre. Contemplé cómo la profundidad en sus ojos se aclaraba y volvían a ser apenas unas superficies muertas.

Mi madre se acercó. En su rostro no asomaba el placer que yo había esperado, ni el orgullo. Le hablé de lo que había visto en los ojos de la liebre. Ella dijo:

—Fácil es pensar que el pozo de la vida no tiene fondo, y que no hay espíritu que pueda atisbar por el lejano extremo de los ojos. El extremo lejano que es el alma. Y sin embargo, pasamos toda la vida intentando asomarnos al otro lado. Pero pronto descubrimos que cuando el alma abandona la carne, se lleva toda la profundidad con ella. En esta criatura, Sagal, no has hecho más que contemplar la verdad. Y volverás a verla una y otra vez. En cada bestia que mates. En los ojos de cada enemigo con el que acabes.

Su voz sonaba plana y cruel, y solía ser parca en palabras. En realidad era parca con casi todas las cosas, como si no valiera la pena hablar de aquello que tuviera algo de valor en el mundo. Sagal había olvidado que le había hablado aquel día, y que había sido su maestra en la caza.

Se dio cuenta de que seguía sin entenderla.

No importaba. La falta de profundidad en los ojos de la liebre venía ahora a asomarse a sus propios ojos.

El Cetro Irkullas se alejó del cadáver de su caballo a gatas, arrastrando una pierna. Ya no era capaz de seguir soportando sus chillidos, así que le acababa de abrir la garganta con su cuchillo. Por supuesto, debería haber hecho aquello antes de desmontar, en lugar de limitarse a inclinarse sobre la silla y hacerlo. Su mente estaba ofuscada, indolente, estúpida.

Y ahora se arrastraba, el extremo astillado de su fémur asomando a través del cuero de su pantalón. Al menos no sentía el menor dolor. «Lústrate los labios con tus bendiciones», como decía el refrán. Irkullas solía odiar los refranes. *Y sigo odiándolos, sobre todo cuando se ajustan perfectamente a la situación*.

Pero eso solo sirve para recordarnos que el camino que recorremos viene de lejos.

Toda novedad no es más que el estandarte de nuestra propia ignorancia. Mira cómo lo ondeamos, mira cómo brilla con el lustre de las profundas revelaciones. Ja.

Ahora casi nada se movía en el campo de batalla. Miles de guerreros yacían congelados en las garras de la muerte, como si un artista demente hubiese intentado pintar la rabia en aquel lugar con todos sus mantos de destrucción sin sentido.

Irkullas volvió a pensar en aquella hercúlea torre de arrogancias que se había construido, cada una de las cuales lo había conducido hasta aquella batalla. Ahora esa torre se agrietaba, se inclinaba y por fin se entregaba a una caída caótica. Irkullas quería reír, pero le resultaba difícil respirar. El aire mordía su garganta como una serpiente.

Se tropezó con otro caballo muerto e intentó subirse encima de la frágil y encrespada bestia. Quería dar un último vistazo a aquel desastrado paisaje. El valle se encerraba en aquella oscuridad preternatural, el cielo cada vez más bajo amenazaba con terminar de aplastar todo lo que se encontrase a la vista.

Con una mueca, se esforzó por sentarse, una de sus piernas colgaba rígida y muerta.

Y contempló la escena.

Decenas de miles de cuerpos, un bosque podrido de tocones deformes, todos cubiertos por una mortal capa de hielo. Nada se movía, nada en absoluto. Copos de ceniza caían de aquel cielo impenetrable y sin estrellas.

—Acabadlo ya —graznó—. Están todos muertos… todos menos yo. Acabad conmigo ya, os lo ruego.

Se deslizó hacia el suelo, incapaz de seguir sosteniéndose. Cerró los ojos.

¿Se acercaba alguien? ¿Sería el frío recolector de almas? ¿Acaso oía el crujir de botas, pasos solitarios que se acercaban? ¿Acababa de surgir una figura de las tinieblas o era solo su mente? *Mis ojos están cerrados. Eso debería darme una pista*.

¿Se acercaba algo? Irkullas no se atrevía a mirar.

Hacía mucho tiempo, había sido granjero. De eso estaba seguro, y creía recordar que había tenido algún tipo de problema. ¿Deudas, quizá? Podía ser, aunque la misma palabra carecía de importancia para Último; lo cual significaba que tampoco le era algo que le quitase el sueño. Cuando los recuerdos eran tan escasos y borrosos como los suyos, al menos tenían esa ventaja.

En lugar de recuerdos tenía varios fragmentos: el hedor de las hogueras, la mancha cenicienta de la tierra recién allanada, cada tocón y peñasco talado y arrancado de su sitio. Altas ramas apiladas en montones caóticos, el beso del musgo en cada ramita rota. Raíces invertidas y goteantes, enormes troncos caídos y pelados, franjas de corteza arrancada. Madera tintada de rojo y negras rocas arrancadas al suelo moteado.

La tierra era capaz de sacudirse y crear un desastre similar, pero en aquella ocasión no había sido así. No había hecho más que temblar, pero no a causa de ningún desvelo y profundo malestar, sino por la caída de los árboles, por los barritos de los bueyes que desenterraban peñascos atados a cuerdas, por las pisadas de aquellos hombres concienzudos.

Haz pedazos todo aquello que veas. Eso es lo que te hace sentir... lo que te hace sentir.

Recordó de pronto sus manos hundidas en la rica tierra. Recordó cerrar los ojos por un momento y sentir el pulso de la vida, la promesa de propósito. Allí se plantarían cultivos,

crianza y abundancia para sus futuras vidas. Aquello era justo. Aquello era honrado. La mano que da forma es la mano que recoge. Aquello, se dijo a sí mismo, era puro. Tras un suspiro, una sonrisa reconfortante asomó a sus labios y abrió de nuevo los ojos. Vio humo, penachos de bruma aquí y allá en medio de la ruina absoluta. Sin perder la sonrisa, extrajo las manos de la tierra.

Y las encontró cubiertas de sangre.

Nunca se había considerado a sí mismo un hombre inteligente. Sabía lo bastante, y no mucho más. Pero el mundo tenía diferentes capas. Ofrecía simpleza a los simples y profundidad a los sabios. Y la única medida de coraje que tenía algún valor residía en reconocer el lugar que a cada uno le había tocado en aquel sistema. Una honestidad dura, inquebrantable a pesar de lo humillante que pudiera ser.

Se miró las manos y reconoció que aquello no era un recuerdo propio. De hecho, todo era una invención, la imposición burda y casi torpe de algo que pretendía ser profundo. Carente de sutileza y orgulloso de su condición, lo cual lo volvía todo más complicado de lo que parecía en un primer momento.

Incluso aquellos pensamientos le eran ajenos. Último no era un hombre reflexivo.

El corazón conoce el anhelo, y la mente encuentra razones para justificarlo. La mente dice: la destrucción conduce a la creación; eso nos demuestra el mundo. Pero el mundo nos enseña algo mucho más importante. A veces, la destrucción conduce al olvido. A la extinción. Pero en ese caso, ¿hay algo de malo en ella? Si la estupidez no merece ser extinguida, ¿hay algo que lo merezca? Nunca es tan diestra la mente en el engaño y la mentira como cuando se trata de engañarse y mentirse a sí misma.

Último decidió que la justicia no lo asustaba, así que se quedó inmóvil, estólido, cuando el asesino apareció al fondo

del corredor. Los chillidos de Asane se habían disipado en el silencio. Último sabía que estaba muerta. Todos los miedos de Asane habían acabado por cumplirse, y el olvido le deparaba, por fin, el alivio y la paz que buscaba.

El asesinato podía llevar máscaras agradables.

El asesino lo miró a los ojos, y en aquel momento final hubo una chispa de entendimiento entre ambos hombres. La necesidad de las cosas. Último cayó bajo su filo sin emitir sonido alguno.

Había habido sangre en sus manos. Aquello era motivo suficiente.

La justicia había sido servida.

¿Me perdonáis?

Sheb no recordaba quién había sido. Endeudado, prisionero, un hombre que despreciaba la ley… todo eso lo sabía, pero, ¿qué pasaba con los detalles? Todo había volado en medio de su creciente pánico. Había oído los ecos del grito de muerte de Asane a través del corredor. Sabía que el asesino ahora venía a por él. No había motivo alguno. No había hecho nada para merecer aquello.

A menos, claro está, que uno tuviese en consideración una vida entera de traiciones. Pero siempre había habido una buena razón para las cosas que hacía Sheb. Estaba seguro de ello. ¿Escaparse de la cárcel? Bueno, ¿había alguien que quisiera que le privasen de su libertad? Solo un idiota querría algo así, y Sheb no era ningún idiota. ¿Evitar todo tipo de responsabilidad? Por supuesto. Los abusones no recibían jamás un resquicio de compasión, mientras que a las víctimas se las mimaba y se las arrullaba en todo momento. Era mejor ser la víctima que abusón, al menos cuando todo el embrollo se acababa, el peligro desaparecía y llegaba la hora de las explicaciones, las historias de

autodefensa y las excusas. La verdad era que nada de aquello importaba, y si uno podía convencerse a sí mismo de sus propias excusas, mejor que mejor. Era más fácil dormir por las noches y más fácil aún elevarse por encima de la indignación de los justos. Nadie había más piadoso que los culpables. *Si lo sabré yo*.

No había mayores mentirosos que los culpables. Así que no, Sheb no había hecho nada para merecer aquello. Solo había hecho lo necesario para ir tirando, para buscarse la vida y escabullirse cuando hacía falta. Para seguir viviendo, en definitiva, alimentando todas sus costumbres, sus deseos y sus necesidades. ¡El asesino no tenía el menor motivo!

Corrió entre los pasillos, jadeando, a través de extrañas habitaciones, por cuestas en espirales ascendentes o descendentes. Se dijo a sí mismo que estaba tan perdido que nadie podría encontrarlo jamás.

Estoy perdido, sí, en mi laberinto de excusas. ¡Espera! Eso no lo he pensado yo. Yo nunca he dicho algo así. ¿Me ha encontrado? ¿Me ha encontrado ese bastardo?

De algún modo, había perdido sus armas, todas y cada una de ellas. ¿Cómo había podido ocurrir semejante cosa? Sheb siguió corriendo entre gemidos. Más adelante había una especie de puente que cruzaba un abismo cavernoso que parecía lleno de nubes.

Durante toda mi vida he intentado no destacar. Nunca he querido llamar la atención. Solo he pretendido coger lo que he podido y largarme, salir libre hasta que surgiese la siguiente oportunidad. Una vida simple. Una vida con sentido. Nadie debería matarme por ello.

No tenía ni idea de por qué pensar lo cansaba tanto. Se tambaleó por el puente, el hierro raspaba bajo sus botas. ¿Qué pasaba con aquella madera? Se detuvo, tosiendo por los vapores nauseabundos de aquellas masas nubosas. Los ojos le lloraban y la nariz le picaba.

Ya había ido demasiado lejos. Todo lo que había hecho, lo había hecho por una razón. Así de simple.

Pero le has hecho daño a tanta gente, Sheb.

—No es culpa mía que no supieran apartarse de mi camino. Si hubieran tenido dos dedos de frente, habrían adivinado mis intenciones.

Tu modo de vida condenó a otros a vivir penurias, Sheb.

—¡No es culpa mía que no supieran buscarse mejor la vida!

No, no sabían. Ni siquiera eran personas para ti.

—¿Qué? —Sheb alzó la vista, a los ojos del asesino—. No, eso no es justo.

—Tienes razón, Sheb. No es justo. Nunca lo ha sido.

La hoja cayó.

El fantasma soltó un chillido. De pronto se encontraba atrapado dentro de la cámara de la matrona. Las brumas se arrastraban. Rautos estaba de rodillas y lloraba sin consuelo. Aliento lanzaba las Losas de adivinación una y otra vez, aunque ya no eran losas sino monedas brillantes, relucientes. Cada nueva disposición que lograba solo le arrancaba un gruñido, y volvía a desordenarlas todas. El tintineo demente de las monedas llenaba el aire.

—Aquí no hay respuestas —siseó Aliento—. ¡No hay respuesta! ¡No las hay!

Taxilian estaba delante del enorme trono. Susurraba para sí:

—Sulkit lo ha transformado, y ahora aguarda… todo aguarda… no lo entiendo.

Sulkit estaba cerca de ellos. Todo su cuerpo se había trasfigurado. Se había alargado, los hombros se habían hundido, y ahora su hocico era más corto y ancho. Los colmillos rezumaban un aceite reluciente. Sus ojos

reptilianos mantenían una mirada fija en el fantasma, sin parpadear. Ya no era un zángano; se había convertido en un centinela j'an.

Aquella mirada inhumana era insoportable.

Veed entró en la cámara y se detuvo. Su espada goteaba grumos sanguinolentos. La parte delantera de su chaleco tachonado estaba llena de salpicones y manchas. Su expresión estaba muerta, sus ojos eran los ojos de un ciego.

—Hola, viejo amigo —dijo—. ¿Por dónde empiezo?

El fantasma retrocedió.

Rautos estaba delante de su esposa. Otra velada en completo silencio, aunque ahora había algo truculento en el aire. Ella buscaba su mirada, y en su expresión había algo extraño y lúgubre.

—¿Acaso no tienes piedad, esposo?

—Piedad —replicó él—. Es todo lo que tengo.

Ella apartó la vista.

—Ya veo.

—Te rendiste hace mucho tiempo —dijo—. Nunca lo entendí.

—No todo el mundo se rinde de buena gana, Rautos.

Él la escrutó.

—Pero, ¿dónde encontraste la alegría de vivir, Eskil? Día tras día, noche tras noche, ¿no había espacio para el júbilo?

—Tú mismo dejaste de buscarlo hace tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú te búscate pasatiempos, y solo con ellos regresaba la vida a tus ojos. Mi alegría, esposo, eras tú. Hasta que te marchaste.

Era verdad, ahora se acordaba. Una noche, solo una noche.

—Eso no estuvo bien —dijo, la voz ronca—. Echarte todo eso en cara.

El encogimiento de hombros de su mujer lo horrorizó.

—¿Te sientes abrumado, esposo? Pero, Rautos, no deberías sentirte así. A fin de cuentas, uno no puede sentirse abrumado por aquello a lo que apenas presta atención, ¿verdad?

—Sí que presto atención.

—Sí, por eso te apartaste de mí. Y aquí estas ahora, como bien dices, con nada en tu corazón más que compasión. En su día juraste que me amabas.

—Y te amé.

—Rautos, ¿qué son todas estas cosas que estás sacando del lecho del río?

—Mecanismos, creo.

—¿Y qué encuentras tan fascinante en ellos?

—No lo sé. No consigo discernir su propósito, su función… ¿por qué estamos hablando de esto?

—Escúchame, Rautos. Solo son piezas. La máquina, sea lo que sea, sirviera para lo que sirviese, está rota.

—Vete a dormir, Eskil.

Ella obedeció, y aquel fue el final de la última conversación real que tuvieron los dos. Rautos recordaba estar sentado, las manos en el rostro, visiblemente inmóvil y callado aunque destrozado y sollozante por dentro. Sí, la máquina estaba rota. Eso ya lo sabía. No quedaba una sola pieza que tuviera el menor sentido. Y toda su compasión… en fin, resultó que era lo único que sentía hacia sí mismo.

Rautos sintió la mordedura de la hoja. En el mismo momento en que el dolor lo embargó, esbozó una sonrisa.

Veed, de pie sobre el cadáver, apuntó con la espada a Taxilian. La mantuvo ahí por un momento, antes de que su

atención se desviara a Aliento. Ella estaba de rodillas, manoseando las monedas.

—No hay soluciones. No hay respuestas. ¡Deberían estar aquí, en estas monedas! ¡Estas monedas deberían arreglarlo todo, todo el mundo lo sabe! ¿Dónde está la magia?

—Querrás decir las ilusiones —dijo Veed con una mueca.

—¡Ese es el mejor tipo de magia! El nivel de agua está subiendo, ¡no puedo respirar!

—Nunca debería haberte aceptado, Bruja de la Pluma. Eso lo entiendes, ¿verdad? Por supuesto que cometió errores, todos los fragmentos de vidas que absorbió dentro de sí como si fuera humo y polvo. Pero de entre todos, tú eras la peor. El Errante te ahogó y se alejó de tu alma. No debería haberlo hecho, pues eras demasiado poderosa, demasiado peligrosa. Fuiste tú quien devoró su maldito ojo.

La cabeza de Aliento se volvió hacia él de un latigazo. Una mueca demente cruzó su rostro.

—¡Sangre ancestral! ¡Aún está en deuda conmigo!

Veed miró al fantasma.

—Solo intentó hacer lo que K’rul hizo largo tiempo atrás —dijo—. Pero Icarium no es un dios ancestral. —Volvió a mirar a la Bruja de la Pluma—. Quería un Dominio propio, tanto como para quedar atrapado en el sitio como si de una tela de araña se tratase. Atrapado en el espacio, y atrapado en el tiempo.

—¡La deuda es mía! —chilló la Bruja de la Pluma.

—Ya no —dijo Veed—. Ahora pertenece a Icarium Robavida.

—¡Icarium está roto por dentro!

—Así es.

—¡Pero no es culpa suya!

—No, no lo es. Y no, no es justo. Pero hay sangre en sus manos y terror en su corazón. Parece que todos hemos de alimentarlo con algo, ¿verdad? O quizás es justo al revés. En

cualquier caso, su fantasma se encuentra aquí ahora, con nosotros. Icarium está aquí. Es hora de morir, Bruja de la Pluma. Taxilian.

—¿Y tú? —preguntó Taxilian.

Veed sonrió.

—Para mí también es la hora.

—¿Por qué? —preguntó Taxilian—. ¿Por qué ahora?

—Porque Robavida está donde debe estar. Ahora mismo se encuentra en su lugar. Y todos los demás hemos de apartarnos. —Veed se volvió hacia el fantasma—. El centinela j'an solo te ve a ti, Icarium. El Nido está listo, sus sabores se han adaptado a tus… gustos.

Veed le hizo un gesto, y el fantasma vio que tanto la Bruja de la Pluma como Taxilian habían desaparecido.

—No creas que te has librado de nosotros. Solo volvemos a estar dentro de ti, viejo amigo. Somos las manchas en tu alma.

El fantasma bajó la vista y vio piel verde grisácea, manos sarmentosas de dedos largos. Las alzó para tocarse la cara. Sus dedos se deslizaron sobre los colmillos protuberantes en su mandíbula inferior.

—¿Qué he de hacer?

Pero Veed había desaparecido. Estaba solo en la cámara.

El centinela j'an, Sulkit, estaba de pie ante él. Lo contemplaba, a la espera. Icarium se volvió hacia el trono. Una máquina, pero hecha de venas y arterias y amargos linimentos. Una sujeción en el tiempo, una creadora de certeza.

Los sabores giraban a su alrededor. La hercúlea ciudad de piedra y hierro tembló al completo.

Estoy despierto… no… no es eso… he… he renacido.

Icarium Robavida fue a tomar posesión de su trono.

La orilla formaba una línea deslavazada, las lúgubres ondas de oscuridad se manifestaban de todas las formas naturales, en el césped que llegaba hasta la ladera que luego caía hasta la propia playa, en el cielo de ónice sobre ella con una noche sin estrellas aunque constelada de nubes plateadas… el reino tras ellos era, pues, una vasta promesa de pureza a su espalda. Pero la playa brillaba, y Yan Tovis desmontó y caminó hasta ella hasta que sus botas se hundieron en la arena refulgente. Se agachó para tomar un puñado de arena; aún no estaba lista para contemplar lo que se atisbaba más allá de la orilla. Era sorprendentemente ligera y fría. Yan Tovis entrecerró los ojos. Aquello no era coral molido, no piedra.

—Está hecha de hueso —dijo Yedan Derryg, un par de pasos detrás de ella—. ¿Ves aquellos restos amontonados por la marea? Son huesos largos, en su mayor parte. Y aquellos cantos, también son…

—Sí —espetó ella—. Ya lo sé.

Lanzó lejos de sí el puñado de polvo de huesos.

—Ahí atrás era más fácil —continuó él—. Estamos muy cerca.

—Haz el favor de callarte, ¿quieres?

Con la voluntad nacida del desafío, Yan Tovis se obligó a mirar más allá de la orilla… y retrocedió un paso. El aliento se escapó de entre sus dientes apretados.

Era un mar, de eso no había duda, y sin embargo un mar que se alzaba como un muro. Las olas se convertían en espuma en la rompiente. Yan Tovis gruñó. Aquello no era agua en absoluto. Estaba hecho de… luz.

A su espalda, Yan Derryg dijo:

—Estoy empezando a recordar. Cuando emergieron de la Luz, su pureza nos cegó. Pensamos que era una bendición,

cuando en verdad se trataba de un ataque. Cuando escudamos nuestros ojos, les dimos libertad para ejercer sus traiciones a placer.

—Yedan, esa historia la conozco…

—De otra manera.

Yan Tovis casi soltó un jadeo de alivio. Le dio la espalda a aquel inabarcable muro para encarar a su hermano.

—¿Qué quieres decir?

—La Guardia sirve a la Orilla en sus propios términos.

—En ese caso, en justa correspondencia, yo habría de poseer un conocimiento que a ti te estaría vedado. ¿Eso es lo que quieres decir, hermano?

—La reina es Crepúsculo, pues no puede ser otra. Suya es la potestad de la caída de la noche. Ella es la primera defensora ante las legiones de la luz que destruirían la oscuridad misma. Pero esta es una gracia que no hemos pedido. Madre Noche se rindió, y para marcar esa rendición, el Crepúsculo la revive una y otra vez.

—Una y otra vez —repitió ella—. Para siempre.

Las mandíbulas cubiertas de barba de Yedan se apretaron. Su rostro estaba manchado de sangre. Negó con la cabeza.

—Nada es para siempre, hermana.

—¿Tan poco sofisticados éramos por aquel entonces, Yedan? ¿De verdad éramos tan supersticiosos, tan ignorantes?

Su hermano alzó las cejas.

Yan Tovis abarcó con un gesto aquel tumultuoso reino a su espalda.

—Esta es el auténtico confín de Thyrllan. Eso es, y nada más. La Primera Orilla es la orilla entre la Luz y la Oscuridad. Creímos haber nacido aquí mismo, en esta orilla, ¡pero eso no puede ser verdad! Esta orilla está hecha para destruir,

¿acaso no lo sientes? ¿De dónde crees que han salido todos estos huesos?

—Esto era un regalo para nadie en absoluto —replicó Yedan—. Contempla el agua, hermana. Contémplala con toda tu atención.

Pero Yan Tovis no quería hacerlo. Ya había visto lo que tenía que ver.

—No puede ser que se estén ahogando, no importa lo que parezca.

—Te equivocas. Dime, ¿por qué quedan tan pocos liosan? ¿Cómo es que el poder de la luz es tan débil en todos los demás mundos?

—Si no fuera así, todos moriríamos. ¡No habría vida alguna en ningún lugar!

Él se encogió de hombros.

—No sé qué decir a eso, hermana. Pero creo que Madre Noche y Padre Luz, al unirse la una al otro, también sellaron sus destinos. Y cuando ella se marchó, lo mismo hizo él. No le quedó alternativa, ambos se habían convertido en fuerzas convergentes, reflejos perfectos. Padre Luz abandonó a sus hijos, que se convirtieron en un pueblo perdido, que perdido sigue.

Yan Tovis temblaba. La visión que describía su hermano era monstruosa.

—No puede ser. Los tiste andii no quedaron atrapados. Se escaparon.

—Encontraron una salida, así es.

—Pero, ¿cómo?

Él agitó la cabeza.

—A través de nosotros, por supuesto.

—Fue el Crepúsculo quien dio vida a la Sombra.

—¡Nadie me dijo nada de todo esto! ¡No te creo! Nada de lo que dices tiene el menor sentido, Yedan. La Sombra es el

retoño bastardo de la Luz y la Oscuridad, y ninguno de los dos tiene el menor control sobre ella.

—Crepúsculo, ninguno de nosotros ha experimentado nada más que la Sombra. Es lo único que nos rodea. Está por todas partes.

—¡Pero si fue destruida!

—Hecha pedazos, quizá. Pero mira la playa. Esos huesos pertenecen a los temblor. Nos atacaron desde ambos lados. No teníamos la menor oportunidad. Es un milagro que algunos de nosotros consiguieran sobrevivir. Las legiones de andii y de liosan destrozaron a la Sombra. Ante los ojos de la pureza, se convirtió en una abominación.

Yan Tovis no dejaba de negar con la cabeza.

—La Sombra es el reino de los edur. No tiene nada que ver con nosotros, los temblor.

Yedan sonrió. Yan Tovis no recordaba la última vez que lo había visto sonreír, y la visión la sobresaltó. Yedan asintió.

—En ese caso, es nuestro propio retoño bastardo.

Ella cayó de rodillas sobre el lecho de hueso pulverizado. Ahora oía el mar, el suave mecer de las olas, y bajo aquel murmullo, las voces ahogadas de los condenados atrapados bajo su superficie. *Padre Luz nos abandonó al mismo tiempo que Madre Noche. Pero sus hijos no tenían la menor escapatoria. Nosotros resistimos aquí frente a ellos. Resistimos y morimos defendiendo nuestro reino*.

—Nuestra sangre pertenecía en verdad a la realeza —susurró.

Su hermano se le acercó y apoyó una mano en su hombro.

—Scar Bandaris, el último príncipe de los edur. Supongo que para entonces ya era rey. Vio en nosotros los pecados del padre, pero no de la madre. Nos dejó aquí y se llevó a todos los edur consigo. Nos dijo que defendiésemos esta posición, que asegurásemos su huida. Y dijo que nada más

merecíamos, puesto que éramos hijos de nuestra madre, y, ¿acaso no era nuestra madre quien había seducido a nuestro padre?

Por unos instantes Yedan permaneció en silencio. Al cabo, dijo:

—Me pregunto si los que quedaron de nosotros abandonaron este lugar con ansias de venganza en sus corazones, o simplemente porque no tenían otro lugar al que ir. A fin de cuentas, para aquel entonces la Sombra ya se había convertido en el campo de batalla de todas las fuerzas ancestrales, no solo de los tiste. La estaban haciendo pedazos entre fuerzas ensangrentadas que dividían todos y cada uno de los restos, todos y cada uno de sus territorios… ¿cómo era que los denominaban? Ah, sí, Dominios. Cada uno de los mundos se convirtió en una isla flotando en un océano de caos.

Yan Tovis sentía los ojos hinchados, pero ni una sola lágrima brotó de ellos.

—Es imposible que sobreviviéramos a lo que describes —dijo—. Ese asalto del que hablas. Dices que fue un milagro que sobreviviéramos. Imagino cómo lo hicimos, aunque nunca llegué a entenderlo, al menos no hasta oír tus palabras hoy.

Yedan dijo:

—La Guardia comandó las legiones, y mantuvimos la posición hasta que se nos dio la orden de retirada. Se dice que para entonces solo quedaba un puñado de nosotros, todos oficiales de élite. Ellos eran la Guardia. El Camino estaba abierto, así que nos limitamos a marchar.

—Estaba abierto a causa de Ciego Gallan.

—Sí.

—Lo abrió porque le dijeron que nos salvara.

Ella miró a su hermano.

—Gallan era un poeta.

—Un senescal de la corte de magos de Kharkanas.

Él meditó sus palabras por un momento, apartó la mirada y volvió a escrutar los remolinos de aquel muro de luz, y la constante marea de figuras retorcidas en sus profundidades, caras estiradas en gritos mudos. Una civilización entera atrapada en un tormento eterno. Sin embargo, Yan Tovis se dio cuenta de que al rostro de su hermano no asomó ni un rastro de emoción.

—Tenía un gran poder, pues.

—Así es.

—Había una guerra civil. ¿Quién podría haberle ordenado que hiciera tal cosa?

—Alguien que poseyese la sangre de T’iam. El príncipe de los Kharkanas.

Yan Tovis vio cómo los ojos de su hermano se ensanchaban lentamente, aunque siguió con la vista clavada en el muro.

—Pero —dijo—, ¿por qué haría un príncipe andii tal cosa?

Yan Tovis negó con la cabeza.

—Se dice que recorrió todo el camino hasta la Primera Orilla entre terribles heridas, cubierto de sangre. Se dice que contempló a los temblor, a los pocos de nosotros que quedaban, y a la ruina que nos rodeaba, la muerte de los bosques, los restos abrasados de nuestros hogares. En la mano llevaba una espada Hust, y todos vieron cómo caía de su mano. Allí la dejó.

—¿Eso es todo? Entonces, ¿cómo sabes que le dio alguna orden a Gallan?

—Cuando Gallan llegó, se lo dijo al Crepúsculo. Para entonces ya se había arrancado sus propios ojos. Lo acompañaba una mujer andii que lo llevó del brazo a través del bosque destrozado. Llegó consumido por la fiebre, pero cuando habló, su voz era clara y pura como música. Estas fueron las palabras que le dijo:

«No hay duelo en la Oscuridad.
Ha partido hacia el cielo.
Y deja tras de sí un mundo de cenizas y fracasos.
Se marcha en busca de nuevos mundos, como todo duelo acaba haciendo.
El duelo alado me ordena:
Haz un camino para que los supervivientes de la Orilla
Puedan atravesar las sendas de la pena
Y carguen con ellos el recuerdo
De este día roto
Tal y como se verá algún día:
Como el nacimiento de infinitos mundos
Donde el duelo nos espera a todos
En el alma de la oscuridad».

Yan Tovis se apartó de su hermano, de su mano en el hombro, y se irguió. Se sacudió el polvo de hueso de las rodillas.

—Entonces le preguntaron quién era aquel Duelo Alado al que se refería. Y Gallan respondió: Solo hay uno que se atreve a darme órdenes. Uno incapaz de llorar, y que sin embargo ha aceptado la carga de las penurias de un pueblo entero, de todo un reino. Su nombre es Silchas Ruina.

Yedan escrutó la playa.

—¿Qué pasó con la espada rota?

Ella se sobresaltó. ¿Cómo era posible que su hermano aún fuera capaz de sorprenderla, después de tanto tiempo?

—La mujer que acompañaba a Gallan la tomó en sus manos y la lanzó al mar.

Yedan giró la cabeza de un latigazo.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Yan Tovis alzó las manos.

—Jamás compartió sus motivos con nadie.

Yedan contempló de nuevo aquel muro brillante, como si intentase penetrar sus profundidades con la mirada, como si así pudiese dar con aquella maldita espada.

—No era más que una espada rota…

—Una espada Hust. Tú misma lo has dicho.

—Ni siquiera sé qué significa eso, aparte de que es el nombre de la espada de Ruina.

Él compuso una mueca.

—Ya debería haberse curado del todo —murmuró, y se acercó a la orilla. Sus ojos recorrían la pálida playa—. La luz debería rechazarla, apartarla.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Cómo que curado? ¡Yedan!

Él miró hacia atrás.

—¿Qué?

—No podemos vivir aquí.

—No, por supuesto que no podemos.

—Pero algo está pasando en Kharkanas. Ni siquiera sé si seré capaz de volver allí.

—En cuanto ella haya vuelto del todo —dijo Yedan, y se volvió—, el poder en el aire debería suavizarse.

—¿Ella? ¿Quién?

—No seas obtusa, hermana. Madre Noche. ¿Quién si no ella llegaría como si de un puñetazo dentro de nuestras cabezas se tratase?

Dicho lo cual, volvió a buscar por la Primera Orilla.

—Errastas —susurró—, ¿qué piensas hacer?

Torrente le dedicó un fruncimiento de ceño a la bruja.

—¿Me estás escuchando?

Olar Ethil se irguió y se envolvió en su podrida capa de pelambrera animal y pellejo escamoso.

—¡Qué hermosa alfombra, qué frenesí de riqueza, tantos colores exquisitos!

La nuez podrida de su cerebro de bruja se ha quebrado por fin.

—Te estaba diciendo que estas huellas de carromato son recientes. Probablemente tengan menos de un día.

Olar Ethil había alzado una mano como si quisiera saludar a alguien que la mirase desde el horizonte. En lugar de hacerlo, un dedo que más bien era una garra empezó a trazar un dibujo en el aire.

—Girad sobre vueltos talones, amigos míos, frenad vuestra marcha. Esperad a que pase quien ha de pasar, a través, fuera, adelante. No tiene sentido enfrentar vuestra voluntad a la suya, si no hay propósito para ello. ¡Qué planicie tan bulliciosa! No importa, si alguien tiene motivo para hacerla temblar, no soy yo. ¡Ja!

—Debía de ser un carromato grande —prosiguió Torrente —. Bien cargado. Pero aunque eso de por sí sea interesante, lo raro es que las huellas empiezan de pronto, como si hubieran surgido de la nada. Mira las grietas del suelo al principio, como si el maldito carro hubiese caído del cielo con caballos y todo. ¿Esto no te despierta la más mínima curiosidad?

—¿Eh? Sí, bueno, dentro de poco, dentro de poco. —Dejó caer el brazo, y luego lo apuntó con el mismo dedo que había trazado el dibujo—. El primer templo está hecho un desastre. Lo asaltaron hace una década y dejaron poco más que una cáscara requemada. No perdonaron ni una vida. La matrona tardó semanas en morir. Matarlos no es cosa fácil, ¿sabes? Tenemos que continuar, buscar otra.

Torrente soltó un gruñido. Montó en su caballo y echó mano de las riendas.

—¿Se te da bien correr, bruja? Lástima. —Espoleó al caballo y salió al galope por el rastro que había dejado el carromato. Que los huesos de aquella bruja se volvieran polvo al intentar seguirlo. Aquel sería el remedio a todos sus males. O que se quedase allí y contemplase el horizonte en todas las direcciones, una tras otra, y balbuceara y soltara su cháchara furiosa tanto como quisiera. Ni que el cielo fuese a responderle.

Un carromato. Gente. Gente viva. Eso era lo que Torrente necesitaba ahora mismo. Regresar a la cordura… *bueno, un momento, aquel carromato había caído del cielo, no te olvides. ¿Qué hay de normal en eso*?

—Da igual —murmuró—, al menos están vivos.

Sandalath llegó al puente antes de derrumbarse. Asimismo soltó una maldición y se arrodilló a su lado. Sujetó su cabeza y se la apoyó en el regazo. Un reguero de sangre caía por su nariz, por sus orejas y por las comisuras de sus ojos. Le brillaban los labios como si se los hubiera pintado.

Los tres nachts, o comoquiera que se llamasen en aquel reino, habían desaparecido de la vista. Asimismo supuso que habían huido de la fuerza que estaba asaltando a su esposa. Sin embargo, él no sentía nada en absoluto. Aquel mundo era un erial desolado y muerto, probablemente estaban a leguas de una masa de agua medio decente. Sin embargo, deseó poder navegar con ella lejos de toda aquella locura.

En lugar de eso, parecía que lo que iba a pasar era que su esposa iba a morir.

Una espuma carmesí le brotaba de la boca. Estaba intentando murmurar algo. Asimismo se acercó… sí, eran palabras, un intento de conversación. Asimismo se apartó y gruñó. Cuando ella pensaba que estaba dormido, decía aquella misma frase una y otra vez. Como si fuera una plegaria, o al menos el inicio.

—*Lo que está roto no puede volver a arreglarse. Tú nos has roto por dentro, pero no te has limitado a eso. Mira lo que has hecho*.

Había un matiz de lamento en su tono, pero tan vacío de sentimiento que le cortó como si de una daga se tratase. Era un lamento, sí, pero imbuido de un odio escalofriante, con un núcleo coriáceo de hielo.

Aquello era muy complejo, con múltiples significados. A no ser que estuviera imaginando cosas. La verdad podía ser tan sencilla como una canción infantil cantada a una muñeca rota, con la cabeza colgando en un ángulo imposible y sus estúpidos ojos colgando bajo la nariz y la boca como una herida en la frente…

Asimismo se estremeció. Los recuerdos más viejos podían ser olores, sabores o imágenes aisladas, o a veces los tres a la vez, al menos según Asimismo sabía por su experiencia. En su cabeza se apilaban todo tipo de imágenes en una amalgama caótica tan apretada que todos los muebles estaban destrozados. Adentrarse ahí significaba regresar con un montón de piezas que nada significaban…

Dioses, qué cansado estaba. Su esposa lo había arrastrado por todo aquel camino solo parar morirse en su regazo y abandonarlo a las puertas de aquella ciudad muerta.

—*… mira lo que has hecho*…

Su respiración se había vuelto más profunda. La sangre había dejado de manar. Él le limpió la sangre con una manga mugrienta. De pronto, ella soltó un suspiro. Se le acercó.

—¿Sand? ¿Puedes oírme?

—Buena almohada… ojalá no oliese tan mal…

—¿No te estás muriendo?

—No… ya ha pasado —dijo, y abrió los ojos, aunque solo por un momento. Emitió un jadeo y volvió a cerrarlos—. Au. Eso ha dolido.

—Puedo ir a buscar agua a aquel río.

—Sí, ve.

Asimismo la apartó de su regazo y apoyó su cabeza en el suelo.

—Me alegro de que se te haya pasado, Sand. Por cierto, ¿qué es lo que se te ha pasado?

—Madre Oscuridad. Ha vuelto a Kharkanas.

—Vaya, qué alegría.

Mientras descendía hasta la orilla repleta de desechos, con ambos pellejos casi vacíos colgados de su hombro, Asimismo se permitió esbozar una mueca salvaje.

—Ah, hola, Madre Oscuridad. Me alegro de que hayáis venido, tú y el resto de los dioses y diosas. Habéis vuelto para joder la vida de mil millones de seres, ¿verdad? Pues tengo una sugerencia para todos vosotros. Vaya si la tengo: largaos. Las cosas van mejor cuando no os tenemos a mano para echaros la culpa de nuestros desastres. ¿Me entiendes, Madre Oscuridad?

Se agachó al borde del agua negra e introdujo el primer pellejo bajo su superficie. Se empezó a llenar con un gorjeo.

—En cuanto a mi esposa, ¿no te parece que ya ha sufrido bastante?

Una voz llenó su cabeza:

—Sí.

El río siguió fluyendo, las burbujas ascendieron a la superficie hasta que dejaron de hacerlo. Sin embargo, Asimismo continuó sujetando el pellejo como si estuviera ahogando a un perro tullido. No estaba seguro de si volvería a ser capaz de moverse.

El descenso de las tinieblas rompió la carne y los huesos helados por todo el ancho del valle. Se extendió hacia el filo norte y a su paso devoró las últimas llamas temblorosas de lo que antes fueron los carromatos barghastianos. El vasto campo de batalla brillaba y chispeaba a medida que los cadáveres perdían humedad. Los cuerpos se estremecían y la misma tierra temblaba con pequeñas erupciones de arcilla dura como la piedra que empujaba a los muertos. El hierro humeaba y resplandecía entre los restos.

El cielo estaba desprovisto de toda luz, pero las cenizas que caían aún eran visibles, como si cada copo de ceniza estuviese iluminado por dentro. La presión continuaba empujando todo contra el suelo, hasta que tanto los caballos como los hombres en sus armaduras quedaron reducidos a formas planas y arrugadas. Las armas estallaban de repente entre esquirlas siseantes al rojo vivo.

Las laderas de las colinas gemían, visiblemente contraídas como si algo se revolviera en el centro del valle, una oscuridad tan profunda que parecía ser sólida.

Una de las colinas se partió en dos con una detonación atronadora.

El mismo aire pareció romperse en pedazos.

Una figura emergió de aquel miasma arremolinado, primero una bota, luego otra. Pisoteó carne desecada, pellejo, hueso, pasos pesados como piedras.

La oscuridad se espesó, pulsante. La figura se detuvo y alargó una mano enguantada.

Un rayo espantó a las tinieblas, el redoble de un millar de tambores. El mismo aire lanzó un aullido, y la oscuridad fluyó como un río. Surgieron como si renacieran colmillares ajados que en su día estuvieron vivos, solo para liberarse del suelo y salir volando como hojas de otoño podridas.

El chillido del viento, pendones destrozados de pura oscuridad en una espiral que se devoraba a sí misma, dentro, más adentro, girando, torciéndose, uniéndose. El aire frío fluyó como una inundación que rompiese una presa, y todo arrastró una marea de polvo que siguió salvaje aquella turbia estela.

Golpes martilleantes sacudieron las colinas, promontorios esquilados que apenas dejaban escarpados precipicios, peñascos que se tambaleaban y rodaban sobre los restos de la matanza. Y la oscuridad seguía fluyendo, convergiendo,

desembocando en un alargado rayo que terminaba en la mano de aquella figura enhiesta.

Hubo un último estruendo, como si la columna de un dragón se partiese en dos, y luego un súbito silencio.

Una espada, oscuridad sangrante, gotas de frío. Y ahí arriba, un sol de media tarde que quemaba el cielo.

La figura escrutó el suelo. De pronto, trozos desecados de piel y carne empezaron a caer del cielo. Dio un paso al frente y se agachó para agarrar una vaina abollada. Introdujo su espada.

Un viento sofocante sopló por el valle entre serpentinas de vapor.

Él se dedicó a estudiar la escena a su alrededor, inmóvil.

—Ah, amor mío. Perdóname.

Se alejó, con las botas crujiendo contra los muertos. Así regresó al mundo.

Draconus.

LIBRO CUARTO

El camino interminable

Cuando tu penar acabe
ven a buscarme
cuando todos los jueces embozados en piedra
aparten la mirada
busca el arroyuelo entre los claros y las hileras
de elegantes perlas
bajo la falta de colinas sagradas
entre los olmos
donde encuentran refugio animales y pájaros
ven a buscarme
anido entre hierbas nunca holladas
por caballeros desengañados y hermanos de reyes
ni una sola raíz arrancada
la pena temblorosa del bardo
busca aquello que se otorga libremente
ven a buscarme
en la estela que deja el paso del invierno
y llévate lo que quieras
de entre estas flores
mis colores yacen a la espera
de que tú, y nadie más, vengas
a buscarme

Ven a buscarme
Pescador

Capítulo 19

En plena huida de un enemigo oculto
oí los vacuos horrores de sus presas destrozadas
reunimos nuestros jadeos
para hacernos con ellos una canción
¡Que nuestros últimos pasos sean un baile!
Antes de que las lanzas se claven y las espadas corten
correremos con antorchas y escribiremos en la noche
con indulgencias saciadas
nuestras preciadas guirnaldas valientes risas se harán
que ahoguen la matanza en los establos de los pobres y lamentables
¡Unid las manos y cantad al cielo!
Nadie oirá los gemidos muertos
de vuestro sufrimiento
ni lustrará con brillantes puntas
las mejillas apesadumbradas
de los rostros inmóviles bajo nosotros
huyamos en esta gozosa locura
el enemigo oculto se acerca
por detrás y por delante
y nadie oirá la llamada del heraldo
pues, mientras seamos capaces de correr en perfectos círculos
¡Que los hados confundan a todos los sagaces asesinos!
¡Estoy con vosotros!

El enemigo oculto
Eflit Tarn

Rilmandaros se levantó del suelo despacio, a rachas, como alguien a quien hubiesen dado una paliza.

Se echó a un lado y escupió una flema roja. Miró por encima de su hombro y vio a Errastas, hecho un ovillo sobre la hierba muerta, tan inmóvil como un ternero mortinato. A

su lado estaba Sechul Lath, abrazándose con fuerza a sí mismo, la cara desprovista de todo color.

—Es él —volvió a escupir Kilmandaros.

—La invocación ha ido mucho más lejos de lo esperado —dijo Sechul—. Qué extraño, Errastas no parece muy contento con su propia eficacia.

Kilmandaros se irguió a duras penas, casi incapaz de aguantar el equilibrio.

—Draconus sabe ser sutil cuando quiere —dijo en tono irritado—, pero se ha asegurado de que nos demos cuenta de su presencia.

—No solo nosotros —replicó Sechul—. Aunque no creo que haya sido tan potente, ni tan descuidado.

—¿Crees que ha sido un acto de pura rabia?

Sechul se restregó el rostro con ambas manos.

—La última vez que Draconus se despertó con rabia, no quedó nada intacto, Madre. Nada. —Dudó un instante y luego negó con la cabeza—. De todos modos, no creo que haya rabia en él, o al menos aún no. Solo quería que todo el mundo supiese de su presencia. No quería dejar a nadie indiferente.

—Cabrón maleducado —gruñó Kilmandaros.

Estaban de pie junto a una alargada hilera de menhires que los había guiado por un antiguo sendero ancho y extenso. El camino se abría ante ellos, con rocas de menor tamaño que se repartían en una espiral que desembocaba en un altar plano de superficie negruzca. De todo aquello quedaba poco en el mundo real, por supuesto. Un par de menhires tumbados, matojos de hierba arrugada y surcos hechos por las huellas de bhederin desnortados. Errastas los había llevado a un lugar donde el mismo tiempo se disolvía en un maremagno de pura confusión. Incluso el suelo bajo sus pies parecía poroso, a punto de derrumbarse bajo su

peso a causa del asalto continuo del caos y las amenazas del olvido.

Hacía tiempo que los constructores de aquel sepulcro habían desaparecido de la faz del mundo. Sin embargo, aún permanecía cierta resonancia, un cosquilleo en su piel como un picor que no había manera de rascar. Aquella incómoda sensación terminó de agriar el humor de Kilmandaros. Echó una mirada a Errastas y preguntó:

—¿Nos recuperaremos, o tendremos que ir arrastrando a nuestro querido Errastas de un pie?

—Qué imagen tan satisfactoria —concedió Sechul—, pero creo que ya se está recuperando. La mente se apresura a levantarse tras el impacto. —Se acercó al lugar donde yacía el Errante—. Ya está bien, Errastas. Arriba, vamos. Tenemos una misión que completar, y ahora es más necesaria que nunca.

—Ella me arrancó un ojo —carraspeó la figura tendida sobre la hierba—. Si tuviera mi ojo, habría visto…

—No habrías visto más que lo que quieres ver —completó Sechul—. Pero no te preocupes por eso. Ya no hay vuelta atrás. No sabremos las intenciones de Draconus hasta que sea él mismo quien nos las muestre. O, el Abismo no lo permita, hasta que nos encuentre. —Se encogió de hombros —. Nos ha lanzado un guante.

—¿Un guante? —Errastas resopló—. Setch, ese guante que dices llevaba dentro un puño.

—Pues habrá que devolverle el puñetazo —espetó Sechul.

Kilmandaros soltó una risa.

—Le he enseñado bien, ¿verdad?

El Errante estiró el cuerpo y se irguió, aún en el suelo. Echó una mirada lúgubre al altar.

—No podemos ignorar a Draconus, hemos de atender al significado de su llegada. Ha sido liberado. La espada

Dragnipur debe de haber sido hecha pedazos; de otro modo no habría podido escapar. Y si la espada está rota, eso significa…

—Que Rake ha muerto —dijo Kilmandaros.

Durante un momento no hubo más que silencio. Al considerar el hecho de que Anomander Rake hubiera muerto, una cascada de emociones atravesó los rostros de los dos hombres, incredulidad, negación, asombro, satisfacción y placer. Y por último… miedo.

—Pues sí —añadió Kilmandaros—. Grandes cambios. Terribles, de hecho.

—Pero, ¿cómo es posible? —Errastas le dedicó una mirada —. ¿Quién ha sido capaz de semejante cosa? ¿Puede ser que Osserc haya regresado…? No, no puede ser, lo habríamos sentido. —Se puso de pie—. Algo ha salido mal, lo presiento.

Sechul se volvió hacia él.

—Bueno, Señor de los Dominios, enséñanos tu maestría. Solo tienes que mirar tus propias manos, y el poder que atesora.

—Hazle caso a mi hijo —dijo Kilmandaros—. Busca la respuesta en los Dominios, Errastas. Hemos de saber cómo están las cosas. ¿Quién ha matado a Rake? ¿Y por qué? ¿Cómo se rompió la espada?

—Qué ironía —dijo Sechul con una sonrisa sardónica—. La desaparición de Anomander Rake es como si se derribase una puerta de golpe. De pronto el camino ante nosotros está libre y claro… solo que ahora lo ocupa Draconus. Es tan mortífero como en su día lo fue Rake, pero mucho más cruel y con más querencia por el caos. Su aparición presagia la locura que está por abatirse sobre todos nosotros. Aguza el ojo, Errastas, y dime si ves algo más que ruina en nuestro futuro.

El Errante negaba con la cabeza.

—Te puedo decir ahora mismo quién ha destruido la espada Dragnipur. No puede ser más que uno: el caudillo.

—Brood —dijo Kilmandaros tras un siseo—. Sí, veo verdad en tus palabras. Es el arma que blandía, no puede ser otra. Pero eso no hace más que aumentar la confusión. Rake jamás habría rendido su arma a Caladan Brood. —Miró a los otros dos a los ojos—. ¿Estamos de acuerdo en que el Hijo de la Oscuridad ha muerto? Y aun así, su asesino no se llevó a Dragnipur. ¿Puede ser que el caudillo lo haya matado?

—Llevamos siglos preguntándonos quién era el más peligroso de los dos —resopló Sechul Lath—. ¿Tenemos ya nuestra respuesta? Todo esto es absurdo, ¿podéis pensar en un solo motivo que los separase a ambos? ¿Teniendo en cuenta todo lo que compartían?

—Quizá la causa haya sido la misma Dragnipur.

—Haz el favor de pensar con claridad, Errastas —gruñó Kilmandaros—. Brood debía de saber que romper la espada liberaría a Draconus y a un millar de sus ancestros. —Sus manos se convirtieron en puños—, incluyendo a Eleint. No lo habría hecho si hubiera tenido alternativa. Nada podría haber roto una alianza tan antigua. Era prácticamente una amistad. —Emitió un profundo suspiro y apartó la mirada—. Anomander y yo nos enfrentamos en el pasado, pero ni siquiera yo lo habría matado de haber tenido la oportunidad. Jamás se me habría ocurrido. Su existencia... tenía un propósito. Se podía confiar en él cuando la justicia andaba necesitada del filo de una espada. —Se pasó una mano por los ojos—. Creo que el mundo ha perdido parte de sus colores.

—Te equivocas —dijo Sechul—. Draconus ha regresado, y sin embargo míranos a los tres: no hacemos más que dar vueltas y vueltas a ese horrendo hecho. Errastas, ¿piensas quedarte aquí, paralizado como una liebre? ¿Acaso no crees que el Señor de la Baraja estará sangrando por los oídos

ahora mismo? Más te vale atacar rápido, amigo mío. Ahora no estará en condiciones de detener tu golpe. De hecho, haz que piense que esto, todo esto, lo hemos planeado nosotros. Que piense que hemos propiciado la huida del consorte de las entrañas de Dragnipur.

Kilmandaros contempló a su hijo con los ojos desorbitados.

Errastas asintió, despacio.

—Algo así como un desvío. Uno pequeño, por suerte. ¿Me acompañaréis?

—Yo me quedaré aquí —anunció Kilmandaros, y alzó los puños al ver la sorpresa y la suspicacia en los ojos del Errante—. Pude haber perdido el control, sobre todo tan cerca del Eleint. Supongo que no esperarás que me una a ti para cruzar la última puerta. Será mejor que me quede aquí. Vosotros volved cuando hayáis concluido vuestra misión.

Errastas echó un vistazo al santuario de piedras.

—No me parece este un sitio adecuado para ti, Kilmandaros.

—El tejido aquí es débil, y mi presencia no hace sino debilitarlo. Es algo que me agrada.

—¿Por qué odias tanto a los humanos, Kilmandaros?

Las cejas de Kilmandaros se alzaron.

—Errastas, por favor. ¿Qué otra raza se apresura más a la hora de reclamar su derecho a dictar sentencia sobre todas las cosas? ¿Qué otra raza afirma que ese es su derecho de nacimiento y de nadie más? Un leñador se adentra en el bosque y lo ataca un depredador felino. ¿Qué dicen sus compañeros? Te diré yo lo que dicen: «Este felino es malvado y debe ser castigado. Debe responder por su crimen, y toda su raza debe pagar por nuestro odio». Poco después, ya no quedan felinos en el bosque. Y los humanos consideran que semejante aberración es justa. Honrada. Si pudiera, Errastas, reuniría a todos y cada uno de los

humanos del mundo y les otorgaría el regalo de mi propia justicia. Una justicia que está aquí mismo, en estos dos puños.

Errastas se toqueteó el hueco del ojo. Se las arregló para componer una débil sonrisa.

—Buena respuesta, Kilmandaros. —Se volvió hacia Sechul Lath—. Prepara tus armas, amigo. Los Dominios se han vuelto muy feroces.

—¿Cuál visitaremos primero?

—El que se esconde bajo una piedra jaghut, por supuesto.

Kilmandaros los vio desaparecer en una nebulosa oscuridad. Tras la partida del Errante, la efímera fragilidad de aquel templo antiguo se disolvió poco a poco, para revelar las estólidas ruinas de su abandono. Apenas un puñado de piedras tumbadas y agrietadas, de lados picoteados y descascarillados, las tallas erosionadas. Kilmandaros se acercó a la piedra que hacía las veces de altar. La habían partido en dos a golpe de cincel. Respiraciones agitadas y sudor corriendo por los músculos. Había habido una seria determinación en destrozar aquel lugar.

Kilmandaros conocía bien la profanación. A fin de cuentas era su afición, una atracción obsesiva que la arrastraba una y otra vez con el poder insensible de un imán.

Hacía algunos miles de años, la gente se había reunido allí para construir un santuario. Alguien había ascendido hasta alcanzar el glorioso rango de tirano, con potestad para amenazar las vidas y las almas, y por lo tanto con el poder para obligar a cientos de personas a cumplir su voluntad. Se excavaron enormes peñascos y se transportaron a rastras hasta aquel lugar. Fueron levantados, enhiestos como si fueran malditos manubrios. ¿Cuántos de aquellos seguidores creían realmente que la voz del tirano era la voz de los

dioses en las alturas, los lamentos de las perras de la tierra, los cascos de los caballos de los cielos en su carrera a través de las estaciones? Tantos engaños, tantas mentiras. La gente del pasado no era más ni menos tonta que la del presente, y la ignorancia nunca era un estado mental agradable.

Así que construyeron aquel templo, equipos enteros de cínicos de ojos límpidos que ofrecían su trabajo en sacrificio a la gloria de los dioses, aunque no eran los dioses quienes disfrutaban de esa gloria. No era más que el maldito tirano, que necesitaba demostrar su poder para seguir obligando al pueblo, que ansiaba simbolizar dicho poder para toda la eternidad.

Bien entendía Kilmandaros la rabia colectiva que había destruido aquel lugar. No había tirano que no acabase acercándose al mismo precipicio, envejecido, débil, atento a los pavoneos de sus herederos y reconociendo el hambre en su mirada. Aquel precipicio era la muerte, y con ella toda la gloria se convertía en polvo. Ni siquiera la roca podía resistir la furia de los mortales cuando venía avivada por la abnegación.

Poco importaban los templos o los sitios sagrados a la naturaleza. Nada había allí que la hiciera refrenar sus vientos aullantes o sus incesantes lluvias. La naturaleza devoraba aquellos lugares con la misma ausencia de remordimiento con la que aniquilaba palacios, ciudades amuralladas, escuálidas cabañas o vastos acueductos. Tallar un rostro en una piedra solo aseguraba que tarde o temprano alguien lo destruiría antes de que la naturaleza lo borrase para siempre con su erosión.

Kilmandaros entendía aquella compulsión, la amarga necesidad de refutar hazañas monumentales, ya estuvieran vestidas de piedra o con los ornamentos de la poesía. El poder podía poseer un millar de rostros, mas no era tarea fácil encontrar uno solo que fuese hermoso. No, todos y cada

uno de ellos era feo, y si de alguna manera se las apañaban para crear algo asombroso, el recuerdo de su creador había de ser condenado a sufrir aún más por ello.

Una voz a su espalda dijo:

—Por cada alma que se pierde en el polvo, hay un millar que lo esparce a puñados.

Kilmandaros no se volvió, aunque una mueca de dientes feroces asomó a su rostro.

—Ya me estaba impacientando.

—Hace tiempo que no llueve aquí. Solo queda humedad en las raíces de las piedras. He seguido vuestro camino entre las nieblas de la mañana, en el aliento empantanado de las bestias. —Tras un momento, Mael se acercó y se detuvo junto a ella, los ojos fijos en aquel altar profanado—. Veo que esto no es obra tuya. ¿Te sientes engañada?

—No soporto la arrogancia.

—Por eso ansías aplastar cada una de las creaciones de los mortales bajo tus puños. Sí, los delirios de grandeza de todos estos necios.

—¿Sabes adónde han ido, Mael?

Él emitió un suspiro.

—Los Dominios ya no son lo que eran. ¿Has considerado la posibilidad de que no vuelvan?

—Errastas es el Señor de los Dominios…

—O lo era, más bien. Los Dominios no han tenido señor desde hace decenas de miles de años, Kilmandaros. ¿Sabías que tú fuiste la razón por la que se apartó al Errante de los dominios? Temía que vinieras a por él y lo destruyeras tanto a él como a sus preciadas creaciones.

—Tenía razón. Es lo que me proponía hacer.

—Pues mira cómo han salido las cosas. Su invocación no nos ha convencido a ninguno de nosotros; al menos eso deberás admitirlo.

—Eso no imp…

—No importa porque seguir engañándolo sirve a tus propósitos. Y ahora Nudillos lo acompaña en su camino. O mejor dicho, lo sigue un paso por detrás. ¿Cuándo tienes planeado que el cuchillo caiga sobre él?

—Mi hijo entiende el arte de la sutileza.

—La sutileza no es un arte, Kilmandaros, es solo una de las muchas tácticas que existen para hacerte con aquello que deseas. La mejor sutileza es cuando nadie, jamás, se da cuenta de lo que has hecho. ¿Será capaz Sechul Lath de conseguir algo así?

—¿Lo eres tú?

Mael sonrió.

—Conozco a pocos que lo sean. Uno de ellos es mortal, y uno de mis mejores amigos. El otro no era mortal, pero está muerto igualmente. Y por supuesto, está Draconus.

Ella le clavó la mirada.

—¿Draconus? Debes de haber perdido el juicio.

Mael se encogió de hombros.

—Intenta considerar una cosa: Draconus necesitaba que sucediese algo. Y ahora ese algo ha sucedido, por lo que parece. Ni siquiera ha tenido que mover una mano. Nadie se ha dado cuenta de su implicación en todo el asunto. Solo hubo un hombre capaz de derrotarlo. Solo un hombre fue capaz de poseer a Dragnipur y a la vez nunca arrodillarse ante ella. Solo un hombre pudo propiciar la destrucción del arma, fuera cual fuese el precio. Solo un hombre pudo acabar con el rechazo de Madre Oscuridad. Y solo un hombre pudo plantarse ante el mismo rostro del caos y ni siquiera parpadear.

El aliento salió de las fauces de Kilmandaros acompañado de un gruñido.

—Y ahora ese hombre está muerto.

—Y Draconus es libre de nuevo. Ha sido capaz de romper la maldición que le lanzó Kallor. Esgrime una espada de

aniquilación hecha de Oscuridad. Ya no está preso, ya no necesita huir, ya no lo persigue el terrible error de juicio que fue Dragnipur.

—¿Dices que todo ha sido obra suya? No me lo creo, Mael.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo, Kilmandaros. Sutileza absoluta. ¿Llegaremos a saber si el consorte está detrás de todo lo que te acabo de decir? No.

—A no ser que lo admita.

—Pero, ¿quién no lo admitiría?

—No soporto tus palabras, Mael. No hacen más que roer y roer la superficie como esas olas que tanto te gustan.

—Todos somos vulnerables, Kilmandaros. No creas que Draconus pretende construirse una pequeña granja en algún valle olvidado y pasar el resto de sus días tallando silbatos mientras los pajarillos anidan en su barba. Sabe que estamos aquí. Sabe que tramamos algo. Puede que ya lo haya averiguado, en cuyo caso vendrá a por nosotros, o bien se está preparando para descubrir todas nuestras ambiciones secretas.

—¿Quién mató a Anomander Rake?

—Fue Dessembrae, con una espada forjada por el propio Rake.

Aquella revelación la impactó. Sus pensamientos volaron.

—¿Te refieres a Venganza?

—¿A qué si no?

—Ese arma siempre me despertó pavor —dijo ella—. Jamás pude entender por qué Rake la dejó escondida.

—¿En serio no lo entiendes? La mano que la empuñe ha de ser pura en sus anhelos, Kilmandaros. Rake la rindió ante su hermano porque su corazón ya estaba roto. Por otro lado, Andarist… en fin, esa historia ya la conoces.

Kilmandaros se descubrió temblando ante lo que implicaban las palabras de Mael.

—Andarist —susurró—… ese… ese… —le faltaban las palabras para describir lo que sentía. En lugar de eso, se llevó las manos al rostro una vez más—. Ha muerto —volvió a decir en un sollozo—. ¡Anomander Rake ha muerto!

Mael volvió a hablar, en un tono de pronto duro:

—Deja en paz a Dessembrae. En cierto modo ha sido tan víctima como todos los demás. Quizá peor, porque fue engañado y utilizado, y ahora su sufrimiento es inabarcable.

Kilmandaros negó con la cabeza. Los músculos de su mandíbula chirriaron.

—No estaba pensando en Dessembrae.

—Escúchame con atención, Kilmandaros. Mis sospechas con respecto a Draconus, mis reflexiones sobre su posible culpabilidad, carecen de fundamento. No son más que especulaciones. Si intentas enfrentarte a Draconus, si buscas venganza, morirás. Y quizá mueras por nada, pues es posible que Draconus sea inocente de todos los cargos.

—Tú no piensas eso.

—Lo único que hacía era recordarte el peligro que Draconus representa para todos nosotros. ¿Cuánto tiempo llevaba atrapado dentro de Dragnipur? ¿Qué ha supuesto para él todo ese tiempo? ¿Qué le ha hecho a su mente? ¿Estará siquiera cuerdo? Y otra cosa, Kilmandaros, para que reflexiones con atención: ¿podría ser que Rake hubiese liberado premeditadamente a un Draconus demente? ¿Alguna vez ha tomado decisiones impulsivas? ¿Cuándo?

Los ojos de Kilmandaros se estrecharon.

—Tenía una razón para hacerlo.

Mael esbozó una sonrisa sardónica.

—A pesar de haber muerto, seguimos teniendo fe en él. Qué extraordinario, ¿no te parece?

—Madre Oscuridad…

—Ha dejado de apartar la mirada. Y lo que sucede con la Oscuridad, también sucede con…

—La Luz. Por los dioses del Abismo, Mael. ¿Qué ha desatado Rake sobre nosotros?

—El ajuste de cuentas definitivo, diría yo. El fin último de todos estos estúpidos juegos. Es como si nos hubiera encerrado a todos en una habitación y no dejase salir a nadie hasta que hayamos resuelto todas nuestras cuitas de una vez por todas.

—¡Bastardo!

—Parece que tu duelo no ha durado mucho, Kilmandaros.

—Porque lo que dices parece verdad. Sí, es justo el tipo de idea que tendría Rake, ¿verdad?

—De otro modo no toleraría su propia muerte. Jamás accedería a ser eliminado del tablero. No es solo que acabe con el escandaloso resentimiento de Madre Oscuridad, sino que ahora nos obliga a tomar posiciones. Nos ha despertado a todos de un cañonazo, ancestrales y sus hijos, mortales e inmortales.

—Pero, ¿con qué propósito? —preguntó ella—. ¿Más sangre? ¿Un océano lleno de ella?

—Si hay un modo de evitarlo, no —replicó Mael—. Preguntas con qué propósito, y creo saberlo: quiere que nos enfrentemos al Dios Tullido.

—¿A esa patética criatura? No puedes estar hablándome en serio, Mael.

—Las heridas se infectan, el veneno se expande. Ese dios ajeno es anatema para todos nosotros. Necesitamos acabar con él antes de que resolvamos cualquier otra cosa. De lo contrario nos arriesgamos a perder el don de K’rul para siempre.

—Errastas tenía algo distinto en mente.

—Igual que tú y Setch. Igual que Olar Ethil, y Ardata.

—Y Draconus, diría yo.

—No sabemos si Anomander Rake y Draconus llegaron a hablar. ¿Quizá llegaron a un acuerdo desde dentro de

Dragnipur? «Te liberaré, Draconus, pero a cambio…».

—Es imposible que llegasen a hablar —dijo Kilmandaros —, puesto que Rake murió por el filo de Venganza. Tú mismo lo has dicho.

Mael se acercó a uno de los dos bloques del altar y se sentó sobre él.

—Bueno, hay mucho que añadir sobre eso. Entre otras cosas. Dime, Kilmandaros, ¿qué Dominio ha elegido Errastas?

Ella parpadeó.

—Pues el más obvio, claro. La Muerte.

—Entonces déjame comentarte un detalle curioso, pues quisiera saber tu opinión sobre sus implicaciones. —La miró y algo destelló en sus ojos—. Antes de que Rake se encontrase con Dessembrae, su camino se cruzó con el Embozado. Ambos se enfrentaron y Rake lo mató. Con Dragnipur.

Ella se lo quedó mirando.

—Hasta donde yo sé, dos dioses presenciaron la lucha.

—¿Quiénes? —la palabra salió con un crujido seco.

—Tronosombrío y Cotillion.

Oh, cómo le habría gustado tener a mano uno de aquellos menhires enhiestos, imponentes, uno de aquellos orgullosos pináculos de arrogancia, ahí mismo, al alcance de su puño, para poder hacerlo pedazos de un feroz golpe.

—¡Ellos!

Mael la contempló sacudirse y patear contra el suelo, la vio abalanzarse sobre aquellos menhires caídos, uno tras otro, y convertirlos en poco más que un puñado de escombros. Se rascó la pelambrera en su mentón.

Oh, qué lista eres, Kilmandaros. Aunque supongo que está en la familia, ¿verdad?

Está todo en la familia.

Había querido que considerase las implicaciones. En fin, se acabó la sutileza.

El sufrimiento podía soportarse. Cuando la sangre era pura, purgada de injusticias. Brayderal no era como los demás, como Rutt, o como la perniciosa Badalle, siempre con Saddic a su lado. Ella era la única que poseía el legado de los Inquisidores; brillaba en ella bajo su piel casi transparente. De entre todos los otros, solo Badalle sospechaba la verdad. *Soy hija de los Quisidores. Estoy aquí para completar su misión*. Por fin había visto a los suyos tras su rastro, y ahora se preguntaba por qué no se limitaban a cabalgar en medio de los Chal Managal y acabar con sus patéticas vidas.

Quiero irme a casa. Quiero volver a Estobanse. Por favor, venid a por mí antes de que sea demasiado tarde.

El sufrimiento podía soportarse, pero incluso su piel inhumana se estaba descomponiendo. Cada mañana contemplaba a los que habían sobrevivido a otra noche y temblaba de incredulidad. Los veía agarrar los cuerpos y deshuesarlos y hasta romper los huesos para sorber con ansia el tuétano.

—Los niños son los que se rinden antes a la necesidad. Son capaces de normalizar cualquier situación. Cuidado con esos humanos, hija. Harán lo que sea con tal de sobrevivir.

Le bastaba una mirada al mundo de Rutt para ver la verdad en las palabras de su padre. Con Contenido en sus brazos, llamaba a los más fuertes para que se acercasen y examinaba las blandas bolsas de piel humana con las que ahora atrapaban esquirlas cada vez que la serpiente de las costillas se encontraba con un enjambre. Aquellos cuerpos deshuesados y sin carne en el aire atraían a las langostas

como el fuego a las polillas cuando los agitaban en el aire. Cuando aquella masa furiosa impactaba contra el suelo, los niños saltaban sobre ellas y se llevaban a la boca las que podían agarrar a puñados. Rutt había encontrado así la manera de darle la vuelta a aquella guerra de abrasión, de cazar a los cazadores en aquel yermo de cristal.

Ahora sus seguidores se habían endurecido. Se habían vuelto angulosos y de ojos vacíos. Los poemas de Badalle se habían vuelto crueles, salvajes. El abandono pulía las aristas más firmes, el sol y el calor y aquel horizonte de cristal habían forjado un arma terrible. Brayderal quería gritar a su gente, que seguía avanzando en la emborronada neblina de su estela. Quería advertirles. Quería decirles: ¡daos prisa! ¡Mirad en qué se están convirtiendo estos supervivientes! ¡Rápido! ¡Antes de que sea tarde!

Sin embargo, no se atrevía a escabullirse, ni siquiera en lo más oscuro de la noche bajo aquellas estrellas de jade. La descubrirían. Badalle se había asegurado de que la tuvieran vigilada. Badalle lo sabía.

Debe morir. Tengo que matarla. Resultaría muy fácil. Soy mucho más fuerte que ellos. Podría simplemente romperle el cuello. Podría liberar mi Voz Sagrada por primera vez en mi vida y obligar a mi gente a venir en mi ayuda, en caso de que Rutt y Saddic y los otros se abalancen sobre mí. Podría acabar con esto, con todo.

Y sin embargo, los Inquisidores mantenían la distancia. Debían de tener una razón para ello. Cualquier acto precipitado por parte de Brayderal podía dar al traste con todo. Tenía que ser paciente.

Embutida bajo capas y capas de harapos, con cuidado de no interponerse en el camino de los humanos, tan limitados, tan prisioneros de sus imperfecciones físicas, contemplaba a Rutt caminar al frente de la cabeza de la serpiente. Lo que Badalle llamaría la lengua viperina, antes de abrir la boca y

absorber un puñado de moscas, que mascaba con un evidente gozo.

La ciudad frente a ellos ni siquiera parecía real. Cada ángulo y cada arista resplandeciente parecían herir los ojos de Brayderal. Apenas podía mirar en aquella dirección, la embargaba una sensación de angustia. ¿Estaba en ruinas? No lo parecía. ¿Estaba abandonada? Debía de estarlo. No había granjas, ni árboles, ni ríos. El cielo sobre ella estaba despejado, sin polvo ni humo. ¿Por qué entonces sentía aquel horror y aquel pánico?

Aquellos humanos no sentían lo mismo que ella. En lugar de eso, contemplaban las torres lejanas y las fachadas de los edificios como si aguardasen la llegada de un nuevo tormento, diamantes y rubíes y gemas y esquirlas. Podía ver la tensión en sus miradas, como si se preguntasen: ¿nos atacará? ¿Se puede comer? ¿Está más necesitada que nosotros? ¿Hay alguien más necesitado que nosotros?

Asqueada, Brayderal vio cómo Rutt se acercaba al débil camino que circundaba la ciudad sin amurallar. *Ya lo ha decidido. Vamos a entrar. Y no hay nada que pueda hacer para evitarlo*.

—Lo sé —susurró Badalle—. Vaya si lo sé. ¿La ves, Saddic? Odia todo esto. Tiene miedo. No somos tan débiles como ella esperaba. Escúchame, Saddic, tenemos una prisionera en la serpiente de las costillas. Está encadenada a nosotros, aunque vista esa apariencia de libertad bajo esos harapos. Mira cómo se abraza a sí misma. Está perdiendo el control. La quisidora despierta.

Entonces, mátala, dijeron los ojos de Saddic.

Badalle negó con la cabeza.

—Se las arreglaría pata matar a demasiados de entre nosotros. Y los demás la ayudarían. ¿No te acuerdas de cómo

dan las órdenes los Quisidores? ¿Esa voz que puede postrar a cualquier humano? No, que el desierto se encargue de ella. Y la ciudad, sí, la ciudad. *Pero, ¿es todo de verdad como yo pienso? Podría… quizá yo podría*… Badalle había escapado de los Quisidores, los había relegado a su pasado, y el pasado siempre estaba muerto. Y sin embargo, todo eso había demostrado no ser cierto. Su pasado la había perseguido. Su pasado se estaba acercando.

Por su mente flotaban fragmentos rotos, islas de recuerdos rodeados de la inmensidad de los mares del miedo. Figuras altas y demacradas, palabras de muerte, los gritos de la matanza. *Quisidores*.

Atrapó una mosca y la aplastó.

—El secreto está en los brazos de Rutt —dijo—. Contenido. Contenido es el secreto. Llegará el día en que todos comprendan. ¿Crees que importa lo más mínimo, Saddic? Las cosas nacen, la vida se abre paso.

Badalle veía que no la estaba entendiendo, al menos aún no. Pero Saddic era como todos los demás. Su hora se acercaba. *La ciudad nos ha llamado. Solo aquellos que elige son capaces de encontrarla. Hace mucho tiempo, este mundo fue habitado por gigantes, los rayos de sol atrapados en sus ojos. Encontraron esta ciudad y la convirtieron en un templo. No es lugar en el que vivir. Se creó para existir por sí misma*.

Badalle había aprendido tantísimo cuando tuvo alas y había atravesado el mundo en pleno vuelo. Había robado pensamientos, escamoteado ideas. La locura era un don, incluso a pesar de que los recuerdos fuesen una maldición. Necesitaba encontrar poder, pero todo lo que podía extraer de sí misma estaba atado en un manojo anudado de palabras. Los poemas no eran espadas. ¿Verdad?

—¿Te acuerdas de cómo eran los templos? —le preguntó al chico que caminaba junto a ella—. Padres cubiertos por

túnicas, cuencos llenos de monedas que no se podían comer. Y en las paredes, gemas que pestañeaban como lágrimas de sangre. Aquellos templos eran como puños gigantes creados para aporrearnos, para atrapar nuestros espíritus y encadenarlos a miedos terrenales. Se esperaba de nosotros que despellejásemos nuestras propias almas y aceptáramos el dolor y el castigo como si fuese justo. Los templos nos decían que estábamos llenos de taras, y luego nos prometían enmendarnos. Todo lo que debíamos hacer era rezar y pagar. Monedas a cambio de absolución y callos en las rodillas. Pero, ¡qué espléndidas eran aquellas túnicas! Eso es lo que estábamos pagando.

Y entonces llegaron los Quisidores hasta nosotros desde el norte. Tenían los andares de los desahuciados, y cuando hablaban, las almas se hacían pedazos como cáscaras de huevo. Vinieron con manos blancas, que se volvieron rojas para cuando se fueron.

Las palabras tienen poder.

Alzó una mano y señaló a la ciudad.

—Pero ese templo es diferente. No lo construyeron para la adoración. Lo construyeron para advertirnos. ¿Te acuerdas de las ciudades, Saddic? Las ciudades existían para aglomerar el sufrimiento bajo la espada del asesino. Más espadas de las que uno podría contar. Tantas, tantas espadas. Espadas en las manos de los sacerdotes y de los Quisidores y de las casas mercantes y de guerreros nobles y esclavistas y usureros y dueños de agua y comida. Tantísimas espadas. Las ciudades con bocas, Saddic, bocas repletas de dientes afilados.

Atrapó otra mosca del aire. Masticó. Tragó.

—Guíalos —le dijo al chico a su lado—. Sigue a Rutt, y ten un ojo puesto en Brayderal. El peligro se acerca. La hora de los Quisidores ha llegado. Ve, rápido, guíalos tras Rutt. ¡Vete!

Él la miró con una cierta alarma, pero Badalle le hizo un gesto para que avanzase y se encaminó hacia la cola de la desharrapada serpiente de las costillas.

Los Quisidores se acercaban. Su última matanza estaba a punto de comenzar.

La inquisidora Tajo contemplaba el cuerpo del hermano Hostiga. Por primera vez lo veía como una parodia demacrada del joven que en su día había conocido y amado tanto. A su izquierda, el hermano Sagaz desgranaba una respiración agitada, encorvado y arruinado a causa de sus temblores. Los huesos de su columna y de sus hombros se inclinaban como los de un anciano, lo cual era herencia directa de las penurias que habían pasado durante aquel viaje. La herida en la nariz se le estaba pudriendo, ahora no era más que una cosa cruda y brillante cubierta de moscas.

A su derecha se encontraba la hermana Condena, su cara macilenta tan fina como el filo de un hacha, sus secos ojos enrojecidos y apagados. Apenas le quedaba pelo, su lustrosa melena se le había caído, y con ella se había llevado los últimos vestigios de belleza que pudiera haber conservado.

La hermana Desdén había recogido el cayado de Hostiga y ahora se apoyaba en él como lo haría un tullido. Las articulaciones de sus brazos estaban inflamadas e hinchadas por fluidos acumulados, aunque Tajo sabía que aún le restaban fuerzas. Desdén era la última sentencia que quedaba entre ellos.

Cuando habían partido para poner paz entre las pueriles cuitas de los habitantes del sur, habían sido doce. Tres de las cinco mujeres que partieron aún vivían, y solo uno de los siete hombres. La inquisidora Tajo asumía toda la responsabilidad por aquel trágico error de juicio. ¿Quién podía haber imaginado que miles de niños indefensos serían

capaces de marchar legua tras legua a través de aquella tierra torturada, desprovista de refugio, con las manos vacías?

Habían sobrevivido a perros salvajes, a los saqueadores caníbales entre los últimos adultos vivos, a los desastrosos enjambres que atravesaban los cielos sobre sus cabezas. No, ni un solo inquisidor podría haber previsto aquella terrible voluntad de supervivencia.

La opción más sencilla habría sido rendirse, la decisión más fácil de todas. Deberían haberse rendido hace mucho tiempo.

Si lo hubieran hecho, ya estaríamos en casa. Y mi compañero podría plantarse ante su hija y henchirse de orgullo por su coraje y pureza, por haber elegido caminar junto a esos niños humanos, por haber elegido guiar a los suyos hasta el momento en que pudieran traer la paz a aquellos desgraciados.

Si lo hubiera hecho, ahora yo no estaría de pie frente al cadáver de mi hijo.

Se sabía, se había sabido siempre, que ningún humano era rival para un forkrul assail. Aquello era una verdad que quedaba demostrada un millar de veces al día, y diez mil veces más a medida que la pacificación de los reinos sureños llegó a su bendita conclusión. Ni una sola vez se habían revelado los confesos, ni una sola patética cabeza humana se había alzado en desafío. Su jerarquía era algo inamovible.

Y sin embargo, aquellos niños no aceptaban aquella justa verdad. Su fortaleza nacía de la ignorancia. Y de su estupidez, su desafío.

—La ciudad —dijo Desdén, con la voz rota—. No podemos permitirlo.

Tajo asintió.

—El recubrimiento es absoluto, sí. Jamás conseguiremos atravesarlo.

—Tiene una belleza particular —dijo Sagaz—. Desafiarla sería un suicidio.

Las tres mujeres se volvieron hacia él, lo cual le hizo retroceder un paso.

—¿Me ponéis en duda? ¿Ponéis en duda la claridad de mi visión?

Tajo soltó un suspiro, y su mirada descendió hacia su hijo muerto.

—No podemos. Es absoluta. Resplandece.

—Y ahora ese chico que sostiene al bebé los guía directos hacia ella —dijo la hermana Condena—. Inaceptable.

—Concuerdo —dijo Tajo—. Quizá no consigamos regresar, pero no hemos de fallar en el empeño que nos ha traído hasta aquí. Sentencia, ¿nos guiarás hasta traerles la paz?

—Lista estoy —dijo Desdén, que se irguió y le tendió el cayado—. Sujeta esto, inquisidora, no habré de necesitarlo más.

Tajo deseó poder negarse, rechazar aquello que Desdén le ofrecía. *El arma de mi hijo. Yo misma la moldeé con mis manos y se la entregué. No debería haber vuelto a tocarla, jamás*.

—Honra su memoria —dijo Desdén.

—Así habré de hacerlo. —Cogió el bastón de punta herrada y se volvió a los otros—. Reunid vuestras fuerzas restantes. Estimo en cuatro mil los que quedan. Nos aguarda un día de larga matanza.

—Desarmados —dijo Condena—. Débiles.

—Así es. Se lo recordaremos al traerles la paz.

Desdén abrió la marcha. Tajo y los demás siguieron a la Sentencia. Cuando estuviesen cerca se abrirían en formación de abanico para dar espacio a la violencia que estaban a punto de desencadenar.

Ni uno de los confesos habría de poner pie en la ciudad. Y el chico que sostenía al bebé habría de morir el último. *Morirá por mano de mi hija. Porque ella vive, ella aún vive*.

Algo parecido al pánico poseyó a los niños. Brayderal se vio arrastrada por una marea agitada. Intentó librarse entre maldiciones, pero un millar de manos la agarraron, la sujetaron, tiraron de ella hacia delante. Debería haber podido quitárselos de encima, pero evidentemente había sobrestimado las fuerzas que le quedaban. Estaba más destrozada de lo que había pensado en un primer momento.

Vio a Saddic al frente de aquella carrera enloquecida. El chico corría flechado hacia Rutt, que ya casi se encontraba ante el umbral de la ciudad. De Badalle, en cambio, no había rastro. Aquello la asustó. *Algo le sucede. Está como transformada, pero no sé cómo lo ha hecho. De algún modo se ha vuelto... más rápida*.

Su gente por fin había comprendido el peligro. La espera había terminado.

Entre tirones, empujones y arañazos, esperó a oír los primeros gritos tras ella.

Palabras. No tengo más que palabras. He rechazado muchas de ellas, solo para que otras vengan a buscarme. ¿Qué pueden lograr las palabras? ¿Qué pueden conseguir aquí, en este lugar tan duro, tan real? Pero incluso las dudas no son más que palabras, una canción turbulenta en mi cabeza. Cuando yo hablo, las serpientes escuchan con ojos desorbitados. Pero, ¿qué les sucede a las cosas que digo cuando entran en su interior? Alquimias. A veces, la mezcla de espumas y burbujas. A veces algo hierve. A veces nada sucede y la poción yace muerta, fría y gris como el barro. ¿Quién puede saberlo? ¿Quién puede predecirlo?

Hablo con dulzura, pero todo lo que digo es un aullido. Golpeo el hueso con mis puños, y nada oyen ellos sino suspiros. Palabras salvajes impactan contra la carne muerta. Pero el suave goteo de la sangre, ah, eso les place como un arroyo a un gato.

Badalle se apresuró. Parecía que la serpiente se rompía, como si su recorrido la estuviese partiendo en dos. Vio caras esqueléticas, ojos brillantes, brazos y piernas de piel tan seca como el cuero. Vio fémures recogidos a lo largo del camino, enarbolados como armas, aunque, ¿de qué servirían contra los Quisidores?

No tengo más que palabras. E incluso en estas palabras carezco de fe. No son capaces de derribar muros. No pueden convertir montañas enteras en polvo. Las caras pasaban a la carrera junto a ella. Los conocía a todos, pero no eran más que rostros emborronados, cada uno envuelto en lágrimas.

Pero, ¿con qué más cuento? ¿Qué más puedo usar contra ellos? Son Quisidores. Su voz está preñada de poder. Las islas en su mente se anegaban.

Yo también busco el poder en mis palabras.

¿He aprendido de ellos? Tal parece. ¿Es en verdad así?

Los rezagados pasaron junto a ella, los enfermos, los débiles. Cuando hubieron pasado, se quedó sola en la planicie de cristal. El sol blanqueaba el mundo, los llenaba de pura pureza amarga. Era aquella la perfección que buscaban los Quisidores. *Pero no han sido los Quisidores quienes han asolado nuestro mundo. Su llegada fue solo la respuesta a la muerte de nuestros dioses, de nuestra fe, cuando las lluvias cesaron y el último verdor se marchitó y murió. Vinieron como respuesta a nuestras plegarias. ¡Salvadnos! ¡Salvadnos de nosotros mismos*!

De las ondas de calor surgieron cuatro figuras. Se acercaban a gran velocidad. Parecían marionetas sacudidas

por el viento, con cada extremidad doblada hasta romperse y aleteando enloquecida. Una muerte en forma de torbellinos los rodeaba. Eran monstruos que emergían de sus recuerdos. Espirales de puro poder. Los vio abrir la boca y…

—¡RENDÍOS!

La orden atravesó a Badalle y clavó a varios niños en el suelo tras ella. Oyó sus llantos llenos de un pavor desconsolado. Notó la furia de la orden contra su propia voluntad. Sus rodillas flaquearon. De pronto notó un chasquido, como si se hubiera roto una correa, y de improviso se irguió, libre de su yugo. Vio la serpiente de las costillas, su sinuoso recorrido estirado casi con ansia. Y sin embargo, segmento tras segmento, retorcido de puro dolor.

La orden reverberaba entre todos sus huesos, y de pronto la voz regresó a ella. *Hay poder en su voz, pero yo puedo contestar con el mío*.

«… al asalto de la maravilla
la humildad te toma de la mano…».

Se agachó para cubrirse tras el velo de sus propios ojos.

Vio remolinos de energía que chispeaban y ardían.

—¡DETENTE!

Se agrietaba como un puño. Le sangraban los labios y la sangre goteaba por su mentón. Escupió y continuó adelante. Solo un paso más, uno más.

«… en el más suave de los silencios
Se abraza la duda artera…».

Vio cómo las palabras la golpeaban. La epataban. Los Quisidores estaban tan cerca como para ver sus rostros

desastrados, la incredulidad, el desconcierto, la creciente ansiedad. La indignación. Y, por supuesto, Badalle comprendió. Juegos de significados y evasiones. Engaños en un juego de manos.

Badalle dio otro paso.

«Entrega estos destinos
Mueve voluntariamente tus huesos
Detente en la sombra arrojada
Bajo el yugo del desaliento...».

Sintió fuego en sus brazos, vio cómo una incandescencia cegadora brotaba de sus manos. La verdad era un arma extraña, y precisamente por eso tan mortal.

«¡No me entreguéis vuestras palabras!
Están muertas con la mugre
de vuestras vacías virtudes
¡RENDÍOS a vuestras propias mentiras!
¡DETENEOS en el momento sin aliento
en que vuestros pulmones gritan
Y el silencio responde
Vuestro corazón tamborilea
Y las superficies quebradizas
SANGRAN!».

Se tambalearon hacia atrás como si algo los hubiera cegado. Fluidos azulados brotaron de articulaciones rotas, se derramaron de sus bocas abiertas. La agonía retorció sus rostros angulosos. Uno de ellos cayó despatarrado en el suelo. Otra, una mujer que se encontraba más cerca de Badalle que los demás, cayó de rodillas, y el impacto contra el suelo cristalino se rubricó con dos salpicones de sangre azulada. La quisidora chilló. Los otros dos, una mujer y un hombre, retrocedieron como si un puño invisible los hubiera

abofeteado. Empezaron a retirarse entre tambaleos y torpes carreras.

Los fuegos dentro de Badalle llamearon y luego se apagaron.

Los Quisidores se merecían un destino mucho peor que aquel, pero un castigo tan duro simplemente no estaba en su naturaleza. Apenas le habían lanzado dos palabras, y no habían sido suficiente. Dos palabras. Obediencia para con el privilegio de morir. Aceptación de su destino. *Pero no, no moriremos. Nos negamos. Largo tiempo llevamos negándonos. Creemos con fervor en la negación*.

Ahora no se volverán a acercar. Al menos, tardarán mucho en volver a intentarlo. Quizá no vuelvan, al menos estos. Les he hecho daño. Tomé sus palabras y las convertí en las mías. Hice que su poder se volviera contra ellos en sus manos y les cortase. Con eso deberá bastar.

Giró sobre sus talones. La serpiente de las costillas había empezado a moverse de nuevo, de un modo extrañamente inconsciente, como si la estuvieran pastoreando, tan insensible como un rebaño de reses que cruzase un… ¿un río? *Pero, ¿cuándo he visto yo un río*?

Parpadeó. Se lamió la sangre de los labios. Las moscas danzaban a su alrededor.

La ciudad los aguardaba.

—Es lo que podemos soportar —susurró—, pero en la vida hay algo más que sufrimiento.

Ahora hemos de encontrar ese algo.

La oscuridad pasó, y aun así continuaba. Una astilla pura que encerraba la promesa de la aniquilación. Onos Toolan podía sentirlo, en algún sitio más adelante en el camino, el parpadeo de una presencia ondeante. Su paso, que tanto tiempo se había mantenido estable, ahora flaqueó. La

amarga rabia en su interior pareció disminuir, de pronto desprovista de fuerza. La depresión se apoderó de él como las aguas de una riada y ahogó cualquier sensación de propósito. La punta de su espada tocó el suelo.

Nada significaba la venganza, a pesar de que el impulso lo consumía por dentro. Era un camino que, una vez comenzado, bien capaz era de alargarse hasta el infinito. El culpable podía estar al final de una línea que se alargase más allá del horizonte. El camino de la venganza no tenía fin. Así había sido con la venganza contra los jaghut, una venganza cuya futilidad Onos Toolan siempre había reconocido. ¿Acaso él no era más que un autómata puesto en movimiento sin esperanza de parar jamás?

Una repentina presión se apoderó de él desde su espalda.

Desconcertado y asustado a la vez, con la punta de la espada trazando un surco en el suelo seco, el primera espada giró lentamente sobre sus talones.

Podía negarse. Podía rechazar su destino. Pero aquellas decisiones no lo llevarían hasta el conocimiento que ansiaba. Había sido obligado a volver desde los reinos de la muerte. Los vínculos de sangre que había elegido habían sido cercenados. Ya no era un marido, ni un padre, ni un hermano. Le habían otorgado la venganza, pero, ¿qué venganza podía buscar en un valle repleto de cadáveres? Había otros propósitos, otras razones para caminar por aquel patético mundo una vez más. A Onos Toolan le había sido negada su muerte por derecho, y pretendía averiguar por qué.

Ni uno solo de los escasos mil t’lan imass que se acercaban a él había pasado por sus pensamientos. Caminaban envueltos en silencio, como fantasmas; un pueblo, su pueblo, reducido a desconocidos.

Onos Toolan aguardó.

Parecían hijos del ritual, sí, pero algo en muchos de ellos le dijo que no era el caso en todos ellos. Aquello era un misterio. Eran t'lan imass, y sin embargo…

Cuando todos se detuvieron, seis Invocahuesos se abrieron paso entre las filas y siguieron acercándose.

Conocía a tres de ellos. Brolos Haran, Ulag Togtil, Ilm Absimos. Invocahuesos de los t'lan imass orshayn. Los orshayn no habían conseguido estar presentes en el encuentro de Zorraplateada. Aquella ausencia llevaba a pensar que se habían perdido irremediablemente. Que habían sido erradicados, extinguidos. Un destino equiparable al de los ifayle, los bentract, los kerlhum. Aquella asunción había demostrado ser errónea.

En los otros tres había algo mal, aunque de otra manera. Vestían pieles de oso blanco, una bestia que había llegado al mundo mucho después del tiempo de los imass, y sus rostros eran más planos, con una estructura más delicada que la de un imass. Sus armas estaban hechas mayormente de hueso, marfil, colmillo o asta; eran de construcción intrincada, aunque la violencia que presagiaban prometía ser de lo más primitivo y brutal.

El Invocahuesos Ulag Togtil habló:

—Primera espada. ¿Quién iba a pensar que el polvo fuera a ser tan interesante?

Brolos Haran emitió un siseo de pura frustración.

—Ulag insiste en hablar por todos nosotros, aunque nunca dice lo que queremos que diga. Es un misterio que se lo sigamos consintiendo.

—Yo tengo mis propios caminos —dijo Ulag con despreocupación—, y no imagino que el primera espada ande escaso de paciencia.

—Puede que de paciencia no —espetó Brolos—, pero quizá sí de tolerancia.

—El hueso se dobla antes de romperse, Brolos Haran. Me gustaría decirle algo más al primera espada mientras todos aguardamos la profundidad de sus palabras. ¿Te importa?

Brolos Haran se volvió hacia Ilm Absinos, la mano alzada en un gesto que al principio desconcertó a Onos Toolan, pero que acabó reconociendo.

Impotencia.

—Primera espada —prosiguió Ulag—, no nos presentamos ante ti según las costumbres de los tellann, porque nada de ti requerimos. Hemos sido invocados, sí, pero creemos que no ha sido tu mano la que está detrás de la invocación. Puedes rechazarnos, pues no está en nuestro ánimo obligarte a liderarnos en contra de tu voluntad.

—¿Quiénes son estos desconocidos? —preguntó Onos Toolan.

—Unas palabras muy profundas —dijo Ulag—. Primera espada, son t’lan imass del segundo ritual. Son los descendientes de aquellos que siguieron a Kilava Onass cuando se negó a seguir el primer ritual. Sin embargo, cuando no hay más que un agujero en el hielo, todos hemos de usarlo para respirar.

—Mi hermana no invitó a nadie.

—¡Lástima! En cualquier caso, aquí estamos. Estos tres son los Invocahuesos de los t’lan imass brold. Lid Ger, Lera Epar y Nom Kala. Los brold suman dos mil setecientos siete en número. La mayoría de ellos sigue de camino hasta nosotros. Nuestros orshayn alcanzan un número de seiscientos doce leales. Aquí los ves a todos. Si nos necesitas, estamos aquí para servirte.

Nom Kala escrutó al primera espada, aquel guerrero que en su día pensó que era poco más que una invención, un mito. Debería haber seguido así, concluyó. Sus huesos

estaban agrietados como si lo hubieran reducido a pedazos y vuelto a montar. De hecho, algunos de aquellos huesos ni siquiera eran suyos.

El primera espada no era el gigante que decían las leyendas. No vestía un manto de hielo. De su cabeza no surgían astas de caribú. No poseía un aliento capaz de prender fuego, ni tampoco parecía un guerrero capaz de contar hazañas durante tres días y cuatro noches hasta que los más aguerridos se avergonzaran. Nom Kala empezó a pensar que ninguna de aquellas leyendas pertenecía a aquel hombre en absoluto. ¿Atravesar el mar saltando entre los lomos de innumerables ballenas? ¿Enfrentándose con su espada a morsas demonio en torres subacuáticas? ¿El seductor de un ejército de viudas que había acabado por abandonar en mitad de la noche?

¿Cuántos de los niños de su clan, generación tras generación, llevaban alguna variante del nombre Onos, como muestra de tantos embarazos imposibles?

El sonido que hizo al tragar saliva llamó la atención de todos los presentes.

Brolos Haran había estado hablando, aunque Nom Kala no tenía ni idea de sobre qué. Su interrupción no le hizo la menor gracia.

—Nom Kala, ¿qué es lo que te hace tanta gracia sobre la caída de las espigas rojas?

—Nada —replicó ella—. A no ser que fuese un chiste. Te pido perdón, Brolos Haran. Me he distraído. Me he distraído largo rato.

Los otros esperaron.

Ella decidió no seguir explicándolo.

El viento gemía y agitaba la pelambrera de sus vestimentas.

Fue Onos Toolan quien tomó la palabra:

—Orshayn. Brold. He renunciado a las guerras jaghut. No es una batalla lo que busco. No os invito a uniros a mí, pues lo que persigo es ajustar cuentas. Como vosotros, he sido invocado desde el polvo, y es al polvo a lo que espero regresar. Pero primero habré de encontrar a quien me ha otorgado el castigo de la resurrección: la Invocahuesos de los t'lan imass logros, Olar Ethil.

Ulag dijo:

—¿Estás seguro de que ha sido ella, primera espada?

Onos Toolan asintió.

—Ulag Togtil, después de todo este tiempo, ¿aún posees la virtud de la certeza?

—No luchamos ninguna guerra contra los jaghut —dijo Nom Jala.

Un escalofrío de desaprobación recorrió a los Invocahuesos orshayn. Ella se limitó a ignorarlos.

Onos Toolan dijo:

—Ulag, veo al caudillo de los orshayin entre los vuestros. ¿Por qué no se acerca Inistral Ovan?

—Está avergonzado, primera espada. Las pérdidas en la espiga roja…

—Nom Kala —llamó entonces Onos—, ¿acaso el clan brold carece de caudillo?

—Nosotros somos los únicos que los comandan —replicó ella—. Ni siquiera la guerra que luchamos contra los humanos fue una guerra declarada por un caudillo. Estaba claro que no podíamos derrotarlos en el campo de batalla. Había demasiados.

—Entonces, ¿cómo luchasteis?

—Nuestra lucha consistió en mantener vivas nuestras historias, nuestro modo de vivir. Y en escondernos, pues al escondernos, sobrevivimos. Continuamos vivos. Eso es una victoria en sí misma.

—Y sin embargo —intervino Ilm Absinos—. Acabasteis perdiendo. De otro modo no habríais intentado hacer el ritual de Tellann.

—Eso es cierto —replicó ella—. Se nos acabaron los sitios donde escondernos.

Ulag dijo:

—Primera espada, en cualquier caso, nos gustaría acompañarte. Al igual que tú, todos ansiamos saber el motivo de nuestro regreso.

—Si os unís a mi misión —dijo Onos Toolan—, os estaréis doblegando ante los deseos de Olar Ethil.

—Quizás eso la vuelva descuidada —replicó Ulag.

De pie entre el resto de los t'lan imass, Rystalle Ev veía, oía, e intentaba imaginar un mundo lleno de propósito. El mundo había sido así en su día, tanto para ella como para el resto de su gente. Pero aquello se había perdido hacía mucho tiempo. Quizás el primera espada pudiera atarlos a todos ellos a su misión. Quizá las respuestas aliviaran la carga de la desesperación. Razones a favor y razones en contra.

Pero el polvo los llamaba con su promesa de olvido. El rastro hasta el fin de todas las cosas estaba allanado, limpio. Rystalle Ev ansiaba recorrerlo.

A su lado, Kalt Urmanal dijo:

—Mira la espada que lleva. Mira cómo la punta se clava en la tierra. He aquí a Onos Toolan. Las poses heroicas no podrían importarle menos. Nunca lo han hecho. Recuerdo la última vez que lo vi. Alguien lo acababa de desafiar, y había sufrido una tremenda derrota. Onos demostró tal pericia en el combate que diez mil imass no hicieron más que contemplarlo mudos de asombro. Y sin embargo, a él también acabaron derrotándolo.

—Exhausto —murmuró Rystalle.

—Puede, pero no de tanta lucha. Estaba exhausto, Rystalle Ev, pero a causa de su necesidad.

Ella reflexionó sobre sus palabras y acabó asintiendo. Kalt añadió:

—A este guerrero yo sí lo seguiré.

—Sí.

Se sentaba sobre la pirámide de tres lienzos apilados, con la capucha sobre la cabeza. El escalofrío que la recorría se resistía a desaparecer. Contempló las brasas brillantes en la punta de su cigarro, agitándose como una libélula cerca de la punta de sus dedos. La atri-ceda Aranoche atendía a los sonidos mudos del campamento malazano. Trémulos, apagados, exhaustos. Bien lo entendía ella. Aquellos soldados habían quedado desgajados de su columna, tambaleantes como si una lluvia de golpes se hubiera abatido sobre ellos. Se habían desmayado, sin sentido, o habían caído sobre sus rodillas entre esputos de sangre. El pánico corría entre las filas. ¿Los estaban atacando?

En realidad, no.

Aquellos soldados atacados habían sido única y exclusivamente magos.

Y el enemigo, ciego, indiferente, no había sido otra cosa que el poder mismo.

Se le estaban pasando las náuseas. Su mente despertaba poco a poco. Sus pensamientos deambularon como un juerguista en plena resaca, alejándose de vez en cuando de las cenizas… pensó en su primer encuentro con el mago Ben Adaephon Delat. Se había sentido patética. Por si no fuera lo bastante malo que se hubiera desmayado en frente del comandante Brys Beddict, encima la habían llevado ante la

presencia de Ben el Rápido apenas se hubo recuperado un poco.

Y ahora, semanas después, apenas podía recordar algunos fragmentos de la conversación que habían tenido. Ben era un hombre distraído, pero cuando vio la tierra animada en la palma de la mano de Aranoche, sus ojos oscuros se habían afilado, endurecidos como si se hubieran transformado en cuentas de ónice.

Había soldado una maldición. Una maldición que Aranoche recordaba bien:

Por las frenéticas pelotas de fuego del Embozado.

Aranoche había descubierto que el Embozado era el dios de la muerte. Si había un dios que mereciera el regalo de las maldiciones más amargas, era él. En aquel momento, sin embargo, Aranoche se había tomado el exabrupto del mago supremo de un modo un poco más literal.

Fuego, había pensado. *Sí, fuego en la tierra, calor en mi mano*.

Había mirado al mago supremo con ojos desorbitados, asombrada por su perspicacia casi instantánea, en aquel mismo momento convencida de su profunda genialidad. No merecía estar a su lado. Su mente se arrastró poco a poco hacia épocas mejores, en concreto aquella mañana temprana en la que había encendido su primer cigarro. Un pensamiento rápido, y de ahí supuso que venía el apodo de Ben, era en sí mismo un tipo de magia, una hechicería sutil, que Aranoche solo podía contemplar con un asombro casi supersticioso.

Una opinión tan elevada solo podía persistir en el reino del misterio, en cualquier caso, y el misterio jamás sobrevivía a la familiaridad. El mago supremo había solicitado oficialmente que Aranoche fuese trasladada temporalmente a su cuadro. Desde entonces, había oído bastantes de las maldiciones que de vez en cuando soltaba

Ben Adaephon Delat, y había llegado a la conclusión de que su rapidez no respondía tanto a un talento para la hechicería como a una vena creativa.

Es decir, sí que Ben era brillante, pero también tenía la costumbre de murmurar para sí mismo en un puñado de voces completamente diferentes. Y de jugar con marionetas atadas a cordeles. Y en cuanto a la gente de la que se rodeaba…

Aranoche dio una calada honda a su cigarro. Una figura se le aproximaba con andares de borracho, con una ropa baratucha y poco adecuada cubierta de una costra de polvo. La cara extrañamente infantil de Botella parecía hinchada, casi disoluta.

Ya estamos otra vez. Se acercaba otra de sus incomprensibles conversaciones. *Ah, y a él tampoco le gusta hablar conmigo. Ya somos dos*.

—¿Todavía respira? —preguntó el soldado malazano, y se detuvo en la puerta de la tienda.

Ella echó un vistazo a la cortinilla corrida a su izquierda.

—Me ha dicho que aguarde aquí —dijo.

—Le interesará verme.

—Quiere saber qué tal le ha ido a Violín.

Botella compuso una mueca, apartó la mirada por un momento y volvió a fijarla en ella, como si la estudiase.

—Eres una persona sensible, atri-ceda. Un trago de ron te vendría de maravilla para calmar los nervios.

—Ya me he tomado uno.

Él asintió, como si aquello no le sorprendiera en absoluto.

—Violín sigue perdiendo lo que le queda de cena. Le va a hacer falta una tienda nueva.

—Pero si ni siquiera es mago.

—No, no lo es.

Aranoche fijó la vista en él.

—¿Tenéis todos los malazanos la misma querencia por el secretismo?

—Todos y cada uno. —Sonrió—. Y no hacemos más que empeorar.

—¿Y eso por qué?

La sonrisa desapareció de un plumazo, como si nunca hubiera estado ahí en primer lugar.

—No es difícil de imaginar. Cuando menos sabemos, menos revelamos. Sospecho que dentro de poco nos habremos convertido en un ejército de mudos.

Ojalá sea pronto. Aranoche suspiró y tiró el cigarro. Se irguió, despacio.

Las estrellas volvían al cielo por el noreste. Eso al menos era algo. *Aunque ahí fuera hay alguien. Alguien armado. Dioses, y qué arma*.

—Por el ojo saltarín del Errante —dijo—, Ben es el mago supremo. No puede esconderse ahí dentro para siempre.

Botella la miró con ojos bien abiertos.

—Nunca había oído esa maldición antes —dijo.

—Me la acabo de inventar.

—Suena muy irreverente cuando la pronuncia una letherii. De hecho, estoy un tanto escandalizado.

—Se me han pegado vuestras malas costumbres, supongo. —Se plantó ante la tienda y echó a un lado la cortinilla con los dedos—. Vamos a entrar.

—¡Bien! —fue la cortante respuesta.

El estrecho interior estaba atestado del humo que surgía de las velas aromáticas que formaban un círculo alrededor de Ben. El mago, con las piernas cruzadas, chorreaba de sudor.

—Ese bastardo está intentando contactarme —dijo con voz rasposa—. Pero, ¿quiero permitir que me contacte? Anomander mató al Embozado, Dassem mató a Anomander, Brood destrozó Dragnipur, y ahora Draconus está libre.

Ascua tiembla, el fuego consume la puerta de Starvald Demelain, y dominios crueles y retorcidos que jamás había pensado que existieran aguardan la hora de despertar. Pero, ¿cuándo llegará esa hora? ¿Y qué sucederá cuando lo hagan? Y hay más. ¿Os dais cuenta? Están pasando muchas más cosas. Dejad de mirarme embobados y escuchad. ¿Quién ha propiciado todo este desastre? ¿Qué dices tú, Botella?

—Perdón, estaba ocupado escuchando y no me ha dado tiempo a pensar. ¿Yo qué sé? A ver, espera…

—Han sido Tronosombrío y Cotillion, por desgracia. ¿De verdad cree la consejera que es la dueña de su propio destino? ¿Del nuestro? Esta marcha nos está destrozando, desde que dejamos las barcazas. Es un problema de logística, por supuesto. No es que los mercaderes de Akryn nos entreguen de buena gana todo lo que tienen, ¿verdad? No es que las cosas no vayan a empeorar cuanto más viajemos al este. Desde luego, quien bautizó estas tierras como las Tierras Yermas no se equivocaba.

—Ben…

—¡Por supuesto que estoy divagando! ¡Escuchadme! ¡Los t’lan imass están ahí fuera! —Su mirada enloquecida se clavó de repente en Aranoche—. ¡El polvo danzará! ¿Quién los lidera? ¿Qué es lo que quieren? ¿Sabes lo que quiero hacer con ese montón de tierra animada? Quiero tirarlo lejos de mí. ¿Quién quiere saber? ¡Yo no!

—Los t’lan imass —dijo Botella—, se arrodillaban ante el emperador. Él tomó el primer trono, y jamás lo rindió a nadie.

—¡Exacto!

—Nos están tendiendo una trampa. Tenemos que hablar con Tavore. Ahora.

Sin embargo, el mago supremo negó con la cabeza.

—No servirá de nada. Está decidida.

—¿Decidida a qué? —preguntó Botella en voz demasiado alta.

—Cree que puede engañarlos. ¿Sabías que fue una académica de gran erudición sobre las vidas de Kellanved, Danzante y Dassem? No lo sabíais, ¿verdad? Fue antes de que la hicieran consejera. Antes incluso de que heredara el liderazgo de la Casa Paran. Una estudiosa de la guerra, de la guerra imperial. Sus conquistas, no solo las tácticas de campo, sino también las motivaciones del emperador y sus cohortes dementes. Las vidas de todos ellos. Costra, Toc el Viejo, Ameron, el almirante Nok, Torva… hasta de Tayschrenn. ¿Por qué creéis si no que sigue consintiendo la presencia de Banaschar? En caso de que Tayschrenn decida hacer un movimiento, ese necio borracho será su emisario potencial ante él.

Botella había quedado visiblemente afectado por la revelación de Ben el Rápido y la seguía rumiando.

—¿Cómo que engañarlos? ¿Engañar a los señores de Sombra? ¿Engañarlos cómo?

Los dientes de Ben el Rápido resplandecieron como el oro en la luz trémula de las velas.

—No me atrevo a decirlo.

—¿Es que no confías en que tengamos la boca cerrada?

—No. ¿Por qué habría de confiar en vosotros? —Señaló a Botella con un dedo largo—. Tú serías el primero que saldría corriendo a ponerse a salvo.

—Y si la situación pinta tan mal, ¿por qué sigues aquí?

—Porque la presencia de Draconus lo va a cambiar todo, y yo soy el único que puede enfrentarse a él.

Botella lo miró boquiabierto. Por fin una palabra salió débilmente de su boca:

—¿Tú?

—Pero no penséis que voy a hacerlo por Tronosombrío o Cotillion. Y ni se os ocurra pensar que voy a hacerlo por la

consejera. Todo este tiempo dentro de Dragnipur ha cambiado a Draconus. No es que fuera muy sutil antes, pero ahora ha enviado una agradable invitación para que conversemos con él. ¡Ni que fuéramos idiotas! Pero, un momento. —Agitó las manos en el aire—. ¡Solo sería sutil si no fuera tan obvio! ¿Por qué no se nos ocurrió antes?

—¡Porque nada de lo que dices tiene sentido, pedazo de imbécil!

El mago supremo no reaccionó al exabrupto de Botella.

—No, ¡realmente quiere que hablemos! ¡Eso sí que es sutileza! Bueno, desde luego somos capaces de estar a la altura, ¿verdad? ¿Hablar? ¡Ni en un millón de años! No aceptaremos, y ya veremos cómo reacciona. ¡Ya veremos!

Aranoche se pasó las manos por su densa mata de pelo, y volvió a hurgar en la doblez de su cinto en busca de otro cigarro. Se agachó y agarró una de las velas de Ben el Rápido. Mientras la encendía, vio por el rabillo del ojo que el mago supremo le clavaba la mirada con el semblante petrificado.

Botella soltó una risa que era más un gruñido.

—Ya no es tan tímida como antes, ¿eh? Muy bien. Ahora conoceremos a la verdadera atri-ceda, justo como quería Brys.

La mirada de Aranoche se clavó en Ben el Rápido a través del denso velo de humo. Despacio, depositó la vela en su charco de cera derretida sobre el suelo. ¿Brys? ¿De eso va todo esto?

El mago supremo le lanzó una mirada remota a Botella.

—No son agallas, es ignorancia.

—Las agallas no suelen ser más que ignorancia —espetó Botella.

—En eso tienes razón —concordó Ben el Rápido, y añadió con un suspiro—: Y también la tienes cuando dices que podríamos hacer algo más que seguir aquí, tan imperturbables.

—¿Imperturbable? —Aranoche soltó un resoplido—. Desde luego esa palabra no vale para describirme.

—Puede que no —replicó el mago supremo—, pero te las arreglas para que no se note. Al coger esa vela del círculo de protección has abierto un camino a Draconus. Lo ha percibido al instante. Y sin embargo…

—No lo ha aprovechado —dijo Botella

—No, no lo ha aprovechado.

—Qué sutil.

—Ja, ja, ja, Botella, tienes toda la razón. En cualquier caso, Aranoche ha hecho que nos enfrentemos a esta cuestión tan candente.

—Sin darse cuenta.

Ben el Rápido la miró, entre curioso y pensativo. Aranoche se encogió.

—Necesitaba lumbre.

La respuesta pareció satisfacer a los dos hombres, cada uno a su manera. Aranoche decidió dejarlo ahí. ¿Qué sentido tenía explicar que no tenía ni idea de lo que hablaban? Todos aquellos nombres que Ben el Rápido había mencionado, incluido Draconus, no tenían el menor significado para ella. Bueno, o no mucho. *Draconus*. *Es el que ha llegado en las tinieblas, el que creó una puerta que ocupó la mitad del cielo, quien empuña una espada de oscuridad y frío, hecha del hielo más oscuro*.

Y Ben el Rápido pretende interponerse en su camino.

Por las entrañas rotas del Errante, yo solo me uní a esta causa porque quería encamarme con Brys Beddict. Bueno, tanto yo como otras mil mujeres.

Ben el Rápido dijo:

—Atri-ceda, tu comandante, Brys. —Ella lo miró con un asomo de culpabilidad. ¿Le había leído los pensamientos?—. Ya murió una vez, ¿me equivoco?

—¿Cómo? Bueno, sí, eso se dice. Quiero decir, sí, murió.

El mago supremo hizo un gesto de asentimiento.

—Será mejor que vayas a verle. Puede que te necesite ahora mismo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque el Embozado ha muerto —dijo Botella.

—¿Y eso qué tiene que ver con el comandante Beddict? —preguntó ella.

Vio cómo Botella y Ben el Rápido intercambiaban una mirada. El soldado asintió y dijo:

—Los muertos nunca regresan del todo, Aranoche. Al menos mientras existía el dios de la muerte. Puede ser que ahora Brys haya… despertado. Que haya vuelto del todo, a todo lo que fue una vez. Quizá tenga cosas que decirle a su atri-ceda.

—No te preocupes, volveremos a vernos —añadió Ben el Rápido—. O quizá no.

Me están despachando. Pues bueno. Dio media vuelta y salió de la tienda. Se detuvo un instante ante el bochorno de la oscuridad del exterior del campamento. Dio una honda calada a su cigarro y se encaminó hacia el lejano campamento letherii.

Brys quiere verme. Qué idea tan agradable.

Sonrisa se dejó caer junto al fuego.

—Estúpidas patrullas —dijo—. Ahí fuera no hay nadie. Esos mercaderes de Akryn no son más que un hatajo de viejos y de mocosos. —Dedicó una mirada a los demás soldados que se sentaban al fuego—. ¿Visteis la aldea por la que pasamos ayer? Parecía medio vacía.

—No había guerreros —dijo Sepia—. Están todos luchando contra los rostros blancos. Akryn no puede mantener el control sobre su Tratado de Comercio Libre con Kryn, lo cual también explicaría la presencia de esos comerciantes d’ras que vienen del sur.

Chapapote gruñó.

—Unos colonos me comentaron que se habían cruzado con un campamento barghastiano, donde había tenido lugar una batalla enorme. Por lo que parece, los rostros blancos resultaron barridos. A lo mejor han salido corriendo, tal y como dicen los de akryn.

—Difícil de creer —replicó Sepia—. He luchado contra ellos y sé que los barghastianos no son cosa de risa, y se dice que los rostros blancos son los más duros de todos.

Sonrisas se desató el yelmo y se lo quitó.

—¿Dónde está Koryk?

—Se ha ido a dar una vuelta. —Chapapote echó otro trocito de madera al fuego—. Otra vez.

Sonrisas soltó un siseo.

—Esa fiebre le ha afectado a la cabeza.

—Solo le hace falta un buen meneo —aventuró Sepia—. Eso le quitará las tonterías.

—Pues va a tener que esperar sentado —dijo Chapapote —. Nos quedan semanas y semanas de viaje, la mayor parte a través de territorio vacío. Es verdad que estamos avanzando a una velocidad endiablada, pero una vez que atravesemos los territorios de estas tribus, nos encontraremos en las Tierras Yermas. Nadie se pone de acuerdo en cuanto a su tamaño, o a qué se encuentra al otro lado. —Se encogió de hombros—. El enemigo más mortífero de un ejército es el aburrimiento. Y ahora mismo nos tiene sitiados.

—¿Corabb no ha vuelto aún? —Sonrisas negó con la cabeza—. Le tocaba patrulla con dos de la infantería pesada.

Puede que se hayan perdido.

—Ya los encontrarán —dijo Sepia, y se puso de pie—. Voy a ver otra vez cómo está el sargento.

Sonrisas lo contempló alejarse de la hoguera. Suspiró.

—Hace meses que no tengo una buena pelea a cuchillo. El tiempo que hemos pasado en Letheras nos ha vuelto débiles, y con las barcazas ha sido mucho peor. —Acercó las botas al fuego—. La marcha no me importa; ya se me han secado las ampollas. Al menos volvemos a estar con nuestros escuadrones.

—Necesitamos montarnos otro chanchullo —dijo Chapapote—. ¿Has visto algún escorpión?

—Claro —respondió Sonrisas—. A montones. Pero solo de dos clases: los pequeños hijos de puta y los negros y gordos. Pero si lo intentamos de nuevo, despertaremos sospechas entre la gente, por más bueno que sea el chanchullo que nos inventemos.

Se quedó un rato rumiando la idea y al final sacudió la cabeza.

—No hay nada que hacer, Chapapote. Los ánimos tampoco están muy allá.

Él bizqueó en su dirección.

—Qué lista. Por desgracia, tienes razón. Es como si ya estuviéramos mayores para chanchullos, como si esa época no fuera a volver. Resulta alucinante que de pronto me sienta nostálgico por Siete Ciudades y la marcha penosa e inútil que llevamos por aquel entonces. Estábamos verdes, es verdad, pero lo que pretendíamos hacer tenía sentido. Esa es la diferencia. Tenía sentido.

Sonrisas soltó un resoplido.

—Por el aliento del Embozado, Chapapote.

—¿Qué?

—Sepia tiene razón. Nada de esto tiene sentido. Nunca lo tuvo, y nunca lo tendrá. Míranos. No hacemos más que

marchar y rajar a la gente, gente que nos hace lo mismo a nosotros, cuando pueden. Fíjate en Lether. Puede que ahora tenga un rey decente y que la gente pueda volver a respirar con calma y seguir tirando con sus vidas como buenamente puedan, pero, ¿qué hay en esas vidas? Poco más que peleas para conseguir otra bolsa de monedas, otra comida. Rebañar cuencos, rezar a los malditos dioses por que la siguiente pesca sea copiosa y los mares se mantengan en calma. Nada sale nunca gratis, Chapapote; esa es la verdad. Nunca. Nada.

—Esa aldea de pescadores de la que provienes debía de ser un auténtico estercolero, ¿eh?

—Déjame en paz.

—No soy yo quien ha sacado el tema, soldado. Has sido tú.

—No era tan distinta de cualquier otra, eso es lo que te quiero decir. Apuesto lo que quieras a que a ti tampoco te dolió marcharte de donde sea que provengas. Si aquello hubiese sido lo único que querías en la vida, no estarías aquí. ¿Me equivoco?

—Hay gente que no se pasa la vida buscando, Sonrisas. Yo, por ejemplo. Nada busco porque nada espero encontrar. ¿Quieres que tu vida tenga propósito? Invéntate uno. ¿Quieres la verdad? Invéntatela. No cambia nada. El sol sale y vuelve a esconderse. Lo vemos salir, pero a veces no lo vemos ponerse, pero eso al sol le da igual, ¿verdad?

—Verdad —dijo ella—. Resulta que estamos de acuerdo.

—Más o menos. No digo que no valga la pena. De hecho digo justo lo contrario. Uno se inventa mundos, mundos en su cabeza y fuera de ella, pero solo el mundo interior vale la pena. Es ahí donde vas a encontrar paz, aceptación. Valor. Tú, en cambio, dices que todo es inútil, empezando por ti misma. Esa es una actitud muy mala, Sonrisas. Peor que la de Sepia.

—¿Y entonces hacia dónde estamos marchando?

—El destino tiene una cara, y tarde o temprano todos nos la encontramos de frente. El resto me da igual.

—Así que te limitas a seguir a la consejera. Allá donde vaya. Como un perro sigue el rastro que dejan los talones de su amo.

—¿Y por qué no? En mi opinión, todo resulta más o menos lo mismo.

—No te entiendo.

—Nada hay que entender. Soy soldado, y tú también. ¿Qué más quieres?

—¡Quiero una maldita guerra!

—No te preocupes. Ya se acerca una.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

—El hecho de que seamos un ejército en plena marcha. Si la consejera no necesitase un ejército, habría disuelto todo esto en Lether.

—Puede. Puede que no.

—¿De qué hablas? —preguntó él.

—Hablo de que a lo mejor la consejera solo está siendo egoísta.

El fuego reducía el estiércol de la hoguera a pequeños fragmentos incandescentes. Las polillas volaban alrededor de las llamas vivas. El silencio descendió entre los dos soldados, que no tenían nada más que decirse. Al menos por aquella noche.

Sepia encontró al sargento tirado en el suelo. A su lado había un jarro vacío de ron. Aquel reducido espacio apestaba a vómitos mezclados con el pesado aroma del ron.

—Maldita sea, Vin. Eso te va a hacer polvo las tripas.

—Ya no me quedan tipas —se las arregló para mascullar Violín—. Las vomité hace un ggato.

—Cuando llegue la mañana se te va a romper el cráneo por dentro.

—Ya e tade pa eso. Lággate, Hepia.

El zapador tiró del borde del catre para acercárselo y se desplomó sobre él.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Tdo ha c'mbiao, Hepia. Va tdo mal.

—¿Y se supone que eso debería ser una novedad? A ver, escucha, esta marcha tan rápida, tanto que ya he gastado dos pares de botas, debería significar algo. La consejera tiene mejor hocico que tú para husmear las cosas. Desde que dejamos las barcazas casi caminamos a la carrera. Y tú ya estabas afligido por tus propios fantasmas, mucho antes de lo que ha pasado esta noche. —Se rascó las cerdas de su barba—. Yo te sigo, Vin, eso ya lo sabes. Puedes contar conmigo para vigilarte la espalda.

—No te pocupes por mí, Hepia. Los más jóvienes, es su espalda la que tienes que vigibar, no la mía.

—Estás viendo un montón de caras muertas, ¿verdad?

—No soy vidnte.

—Es un día precioso, aunque no quieras hablar claro. No dejas de decirle al escuadrón que son lo más importante. El soldado al lado de cada uno, ese cuya peste a sudor tiene que tragarse su compañero cada día. Dices que somos una familia. Sargento, nos estás poniendo nerviosos.

Violín se irguió en el catre, la cabeza entre las manos.

—Peccar —dijo.

—¿Qué?

—Hay un demonio en la pofundidaes. Ojos atutos… que contempan el cebo, ¿lo entiendes? Lo contempan. Ben el Ggápido… tiene que revelase. Po fin. Lo necesitamos. Los nececitamos a todos.

—Vin, estás borracho.

—La oscudidad tiene filo, el hielo má nego, má frío de lo que jamás podrías imginar. Tú no lo entendes. Ahí etaba él, bailando y satando, pero ahora el lobo má grande de todo lo lobos ha reggesado. Se acabaron los juguecitos, Sepia.

—¿Y qué pasa con la consejera, Vin?

Él lo miró con ojos hinchados e inyectados en sangre.

—No tien la meno opottunida. Por tos lo dioses del Abismo, ni la meno oporunidad.

—¿Aquello es el campamento? Sí, tiene que serlo. —Corabb miró a sus compañeros. Tres caras de expresión ausente le devolvieron la mirada—. Tiene demasiada luz para ser solo una caravana. Vamos.

Abrió camino a través de la ladera cubierta de hierba. Una nube de mosquitos se alzó para rodearlos, y Corabb los espantó a manotazos.

—Nunca debimos haber seguido a aquel conejo. Este no es sitio para perderse. ¿Acaso no lo dije? La tierra es demasiado accidentada. En estos valles se podrían esconder ejércitos enteros.

—Quizás es lo que hayan hecho —dijo Lametazo de Sal—. Oye, Corabb, ¿se te ha ocurrido pensar eso? *Sus* están haciendo una jugarreta.

—¿Quién? ¿El ejército Cazahuesos al completo? Qué estupidez.

—Era un conejo muy grande —intervino Sacaprimero.

—No era un conejo en absoluto —insistió Lametazo de Sal —. Era un lobo. Los conejos no tienen ojos que brillen en la oscuridad, ni un hocico lleno de sangre, ni tampoco gruñen.

—Se le llenó el hocico de sangre cuando te mordió —señaló Sacaprimero.

—Pasó justo a mi lado, ¿quién no saltaría sobre él al verlo tan cerca? Aquí fuera está muy oscuro, ¿sabéis? Pero no es

la primera vez que salto sobre un conejo, así que sé que eso no era ningún conejo.

—Los animales son diferentes aquí —dijo Sacaprimero—. No dejamos de oír aullidos, pero podría ser de conejo. ¿Cómo podríamos saberlo? ¿Acaso no visteis los pellejos de lagarto que vendían los d'ras? Esos lagartos eran *muy* más grandes que los que *sus* visteis desde las barcazas. Esos lagartos serían capaces de comerse un caballo.

—Así es como los pescan en el sur, o al menos eso es lo que dijo el comerciante. Ensartan un anzuelo bien grandote en un caballo y lo tiran al río…

—Eso solo funciona si atas una maroma al anzuelo.

—La verdad es que no dijo nada de maromas, pero tiene sentido.

Se estaban acercando al vasto mar de hogueras… bueno, se corrigió Corabb, no era exactamente un mar. Más bien un lago grande. Pero tremendamente grande. Miró hacia Destello de Ingenio, que estaba muy callada, aunque en realidad siempre lo estaba. Todo lo que hacía era sonreír, y, ¿acaso no tenía una sonrisa preciosa? La tenía.

—Si ensartáramos un conejo en un anzuelo —dijo Lametazo de Sal.

—Apuesto a que si ensartas mejor un caballo tendremos lobos más grandes.

—También tenemos caballos. La verdad es que no es mala idea, Sacaprimero, no lo es en absoluto. Oye, Corabb, vamos a abalanzarnos sobre el próximo lagarto grande que veamos. Por su piel. ¿Te interesa?

—No.

Se oyó un aullido lejano que vagaba como un lamento a través de la noche.

—¿Oís eso? —preguntó Lametazo de Sal—. Más conejos. Estate atenta, Sacaprimero. Y tú también, Destello de Ingenio.

—Eso sonaba más bien como un caballo ensartado en un anzuelo —murmuró Sacaprimero.

Corabb se detuvo.

—Dejadlo ya, todos vosotros. Soy de la infantería pesada de Violín, ¿verdad? Estoy aquí igual que todos vosotros. —Señaló con el dedo a Destello de Ingenio—. Ni se te ocurra guiñar un ojo. He pasado la mitad de mi vida cometiendo errores de juicio sobre la gente, y he jurado no volver a hacerlo. Así que procuro mantener vuestro paso y prestar atención. Yo también soy de la infantería pesada. Así que dejadlo ya.

—Solo estábamos divirtiéndonos, Corabb —dijo Lametazo de Sal—. Te *pudieras* haber unido a la diversión.

—No creo en la diversión. Y ahora, se acabó, ya hemos andado lo suficiente.

Caminaron otros veinte pasos hasta oír el ladrido de un centinela en la oscuridad, hablando en letherii.

—Por el aliento del Embozado —siseó Corabb—. Pues ya hemos encontrado al otro ejército.

—Nadie se esconde de los Cazahuesos —entonó Sacaprimero.

Koryk estaba de pie en la oscuridad, a un centenar de pasos de la estaca más cercana. Tenía un recuerdo que podía ser real o inventado, no estaba seguro. Una docena de jovenzuelos habían sido reclutados para cavar una letrina para alguna tropa de guarnición en plenas maniobras. Eran todos seti, o al menos mestizos seti, en aquella edad en la que aún no se apreciaba la diferencia entre los dos tipos, aún sin razón alguna para el rencor, la envidia y todo lo demás.

Él había sido uno de aquellos renacuajos, y sus amigos lo habían llevado hasta un pedrusco al otro lado del pozo, donde uno podía trastabillar y sudar y caer. Las manos llenas de ampollas se esforzaban con un pico demasiado grande. Había pasado toda la mañana trabajando para sacar aquel maldito pedrusco, mientras los otros lo vigilaban de vez en cuando entre risas y abucheos.

El fracaso no era una opción agradable. De hecho, picaba. Abrasaba como el ácido. Había sido en aquel día, pensaba ahora, en que el joven Koryk había decidido que jamás de los jamases volvería a aceptar el fracaso. Finalmente había conseguido extraer el pedrusco, en las postrimerías del día, al borde del ocaso. Los otros chicos se habían ido hacía ya bastante tiempo, e incluso una tropa de jinetes había pasado a su lado tras terminar un pequeño gesto de independencia en el que se habían alejado sin que nadie los controlase, volvían a casa en medio de una nube que colgaba sobre ellos como el aliento de un dios burlón hecho de polvo dorado.

Aquella roca había estado enterrada firmemente en su lugar. Debajo de ella había descubierto un puñado de monedas. A medida que el crepúsculo se abría paso casi a rastras, se encontró de rodillas a un lado de su tienda, sosteniendo un tesoro inimaginable entre las manos. La mayoría de las monedas eran de plata, más algunas de oro un poco más pequeñas. Ninguna de ellas era reconocible como moneda de algún imperio, al menos en la patética y reducida experiencia de Koryk.

Aquel debía de ser el botín de un espíritu, venido directamente de las leyendas seti.

—Lo puedes encontrar debajo de cualquier piedra, chico…

Sí, las meretrices que lo habían criado no andaban escasas de cuentos. Quizás aquel recuerdo no era sino

alguno de aquellos cuentos. Una historia patética, pero…

Había encontrado un tesoro. Eso era lo que aquel recuerdo significaba.

Algo precioso, maravilloso, raro.

¿Y qué es lo que hizo con aquel botín del espíritu?

Malgastarlo, por supuesto. Malgastarlo hasta la última puta moneda. Se lo gastó todo, y, ¿qué le quedó para presumir?

Las meretrices suelen estar templadas al tacto, pero también esconden sus almas en una fortaleza hecha de puro frío. Es cuando uno se rinde a ese mundo cuando se sabe que se está perdido para siempre, que uno está finalmente… solo.

Todo está frío al tacto en estos días. Absolutamente todo. Y ahora yo paso el resto de mis años echándole la culpa a cada una de aquellas malditas monedas.

Pero no engaño a nadie. Excepto a mí. Siempre a mí. A mí, para siempre.

Ansiaba sacar la espada y perderse para siempre en el caos de la batalla. Entonces podría cortar en dos cada una de las caras de aquellas monedas, entre aullidos que proclamaran que por supuesto había marcado la diferencia, que la vida no estaba vacía cuando estaba llena de detritos. Podía gritar y maldecir y no ver ni un solo amigo, solo enemigos. Justificar cada tajo, cada salpicadura de sangre. Y al final de todo, se juró a sí mismo, sería el último hombre que quedaría en pie.

Sonrisas decía que la fiebre lo había afectado profundamente. Quizá tenía razón. O quizá sería así a partir de ahora. Lo que estaba claro era que la fiebre había hecho una cosa: le había enseñado la verdad que residía en la soledad. Y ahora aquella verdad estaba sellada en su alma. Había oído la diatriba interminable de Violín sobre aquello que él denominaba familia de compañeros, y no se había

creído ni una sola palabra. Cada recodo del futuro estaba lleno de traiciones, lo sentía en todos sus huesos. Se acercaba un tiempo en el que todo sería revelado, y él podría plantarse ante todos ellos y hablar alto y claro sobre toda la medida de su desconfianza. *Todos nosotros estamos solos. Siempre lo hemos estado. Ya estoy harto de vuestras mentiras. Ahora, intentad salvaros. Es lo que pretendo hacer yo*.

No tenía el menor interés en un último combate. La consejera les pedía fe y lealtad. Les pedía honestidad, no importaba cómo fuera de brutal ni a quién incriminara. Demasiado, eso era lo que pedía. Además, tampoco es que les ofreciese algo a cambio, ¿verdad?

Koryk siguió de pie, de cara a aquella tierra vacía en la vacía noche, y contempló la idea de desertar.

No hay nada que me hayan dado que no haya sido una mentira, una traición. Es por culpa del botín del espíritu, está claro. Aquellas monedas. Alguien las puso ahí para engatusarme, para atraparme. Me envenenaron, pero no fue culpa mía. ¿Cómo podría serlo?

—¡Mirad a Koryk debajo de ese pedrusco! ¡Ten cuidado, si juegas ahí abajo puedes acabar aplastado!

Demasiado tarde. Han sido todas aquellas putas monedas las que me la han jugado. No puedes llenar las manos de un chico con tesoros así, sin más. No se puede.

Era un recuerdo. Quizás era real, quizá no. Las meretrices no hacen otra cosa más que guiñar el ojo.

La ágil silueta de Skanarow entre las sombras era como si alguien pasase por una tienda con un quinqué en la mano. La luz que llegaba desde el otro lado del lienzo era fresca y le daba a su silueta dormida una tonalidad mortal. La visión

le dio a Ruthan Gudd un escalofrío. Apartó la mirada. Se irguió en la cama con cuidado de no despertarla.

El sudor que había envuelto su cuerpo hacía un rato ahora se secaba sobre su piel.

No tenía el menor interés en reflexionar sobre la causa de aquella agitación que lo poseía. No había sido por hacer el amor, bien lo sabía el Embozado. Por muy placentera que fuera, Skanarow no tenía el don de hacer que el corazón de Ruthan retumbase tal y como lo había hecho hacía un rato. Podía ser deliciosa, podía incluso apartarlo de sus pensamientos, de los recuerdos de su lúgubre y accidentada vida. Podía incluso devolverle la vida en pequeños y resplandecientes estallidos.

Pero aquella noche la oscuridad se había abierto como una flor provista de un aroma que podía helar el alma de un dios. ¿Sigues con vida, Melena Gris? ¿Lo sientes tú también? Creo que aunque tus huesos se estuvieran pudriendo bajo el suelo a estas alturas, viejo amigo, serías capaz de sentirlo.

Draconus. Mierda.

Se dobló sobre la maraña húmeda de su barba.

El mundo entero se sacudió. Del cielo llovieron bolas de fuego, una terrible luz llenó el firmamento. Puños que golpeaban al mundo.

Ojalá hubiera podido verlo.

Pero lo que sí recordaba era el rito de muerte de Azath. Recordaba los árboles retorcidos, envueltos en columnas de llamas, el calor agrio del suelo a través del cual se arrastraba como podía. Recordaba haberse liberado bajo un cielo demente lleno de un horripilante humo, rayos y una inundación de cenizas. Recordaba su primer pensamiento, que surgió a lomos de un aliento de imposible libertad.

Jacuruku, mucho has cambiado.

La lealtad se encontraba en las circunstancias más extrañas. La penitencia y la gratitud entrelazaban los

brazos, y la exaltación lujuriante de un momento podía confundirse con devoción. Su mirada se volvió hacia Skanarow. Las sombras y aquel tono mortífero habían desaparecido. Ahora dormía, su belleza en reposo. La inocencia era un bien de lo más preciado. *Pero no pienses en mí con amor, mujer. No me empujes hasta un momento de confesión, a la verdad tras los estúpidos juramentos murmurados hace una vida*.

Juguemos a este juego de dichoso olvido un poco más.

—Será mejor así, Draconus.

—Este es el imperio de Kallor, amigo. ¿Querrás por favor pensártelo mejor?

Pensárselo mejor. Sí, por supuesto, ahí estaba.

—La orilla parece ser lo bastante acogedora. Si me metiese en mis propios asuntos…

Draconus sonrió ante aquello. Y yo le devolví la sonrisa.

Volvió a aquel continente. Sentí sus pisadas, dentro de mi aparentemente eterna prisión. Volvió para presenciar por sí mismo la locura de Kallor.

Estabas en lo cierto, Draconus. Debería haberme metido en mis propios asuntos. Por una vez.

¿Puedes oírme ahora, Draconus? ¿Estás escuchando?

Me lo he pensado mejor. Por fin. Y esta es mi respuesta.

Si vienes a buscarme, uno de los dos morirá.

—Es la espiral en el rabo del perro.

Bálsamo se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lea la fortuna o no?

—Ya no estoy seguro, la verdad.

El mago miró a la criatura sarnosa que agarraba por el cogote, resopló y la arrojó lejos de él por el aire.

Oloramuerto y Rebanagaznates vieron cómo aquella cosita se retorcía con pericia en el aire y se las arreglaba para aterrizar sobre las cuatro patas en el suelo, de donde salió disparada con un meneo de su profusa cola y se desvaneció en la noche.

—Como si fuera un maldito gato —dijo Rebanagaznates.

—Eso ni siquiera era un perro —dijo Oloramuerto.

Contramano desechó sus opiniones con un gesto.

—Un perro, un zorro, ¿qué diferencia hay? Ahora voy a tener que buscarme otra cosa.

—¿Qué tal una piel de oveja? —preguntó Bálsamo.

—¿Una piel de oveja que esté viva? Eso no funcionará. Necesito algo que respire.

—Porque la respiración avienta los remolinos —dijo Bálsamo, y asintió—. Ya lo entiendo.

Contramano echó una mirada impotente a Oloramuerto. Este se encogió de hombros y dijo:

—De todos modos, todo esto no es más que una pérdida de tiempo. Cada uno de los adivinos y videntes de todo el mundo tiene el cerebro pasado por agua ahora mismo. —Se llevó la mano al cuello con cautela—. Os juro que noté el tajo de la espada. ¿En qué demonios estaba pensando el Embozado? Todo lo que ha pasado…

—Olvídate del Embozado —espetó Contratiempo—. No ha sido él quien ha hecho que me cague en los pantalones.

Bálsamo los miró a todos con los ojos desorbitados.

—¿De verdad te cagaste en los pantalones? Por todos los dioses del Abismo.

Rebanagaznates prorrumpió en una risa aguda y repentina. Luego se encogió.

—Perdón. Ha sido… da igual.

Contramano escupió en el suelo.

—Nada de esto tiene la menor gracia, Rebanagaznates. No lo estás entendiendo. Esa… esa cosa. No es que haya

aparecido al otro lado del mundo. Ha aparecido aquí.

Bálsamo los atravesó con los ojos y luego miró alrededor.

—¿Dónde? Traedme la armadura… quién… qué…

—Relájate, sargento —dijo Oloramuerto—. No quiere decir aquí, aquí. Lo que quiere decir es… ¿qué es lo que quieres decir?

—¿Os dejáis de bromas? Eres peor que Rebanagaznates. No sé por qué me molesto en hablar con ninguno de vosotros.

—Queríamos que nos leyeras el futuro —dijo Rebanagaznates.

—Pues he cambiado de opinión. Ha sido una idea estúpida. ¿Acaso creéis que Violín está jugando con la baraja ahora mismo? Ni hablar. Da igual, olvidadlo todo, me voy a la cama. Aunque no creo que consiga dormir ni un poco. De hecho…

Bálsamo se puso en pie y le dio un puñetazo a Contramano. El hombre cayó hecho un guiñapo.

Rebanagaznates emitió un gañido.

—¡Sargento! ¿Por qué has hecho eso?

Bálsamo se acarició los nudillos, el ceño fruncido.

—Ha dicho que no iba a conseguir dormir. Bueno, pues ahora está dormido. Vosotros dos, llevadlo a su tienda. Ya va siendo hora de encargarse de las cosas, y eso es precisamente lo que estoy haciendo. En cuanto lo pongáis en el catre, podemos ir a buscar a Ebron. Esta noche nos van a leer el futuro aunque sea lo último que hagamos.

—Necesito más cabos —anunció Hellian al cielo nocturno. Había estado sentada frente a la hoguera, contemplando las llamas, pero ahora se había dado la vuelta para mirar las estrellas. El mundo era bien capaz de cambiar en un instante. ¿Quién decidía semejantes cosas?

—No me basta con uno. Atamachos, a partir de ahora eres cabo. Y tú también, Seguramente.

—Mi nombre es Quizás.

—No, ya lo he decidido.

—El mío es Artachos.

—Eso es lo que he dicho. Nos pondremos a ello en cuanto pase el terremoto. ¿Quién me falta? ¿Cuántos soldados hay en mi escuadrón? Sois cuatro, ¿verdad? Tú, el que queda, también eres cabo. Quiero cuatro cabos para que cumplan *toas* mis órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Todas las que se me ocurran. *Pa* empezar, quedáis nombrados mis guardaespaldas, ya estoy harta de Tontocalavera. *Asegurarse* de que no se me acerque.

—Está convencido de que sois de la realeza, sargento.

—*Po* es verdad que lo soy, Dudoso, *asín* que tenéis que hacer lo que diga. ¿*Ande* anda mi primer cabo, Aliento tocón? ¿Está por aquí?

—Sí, sargento.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Ya estoy harta de todo este desorden. *Llevarme* a mi tienda… no, *dejarme* en paz, no hace falta que me ayudéis a levantarme, idiotas. *Cogerme* de los pies. Así, despacito… ay, ¿quién ha puesto estas piedras aquí *endebajo*? Cabo Marmol, ya te estás limpiando estas piedras. Por los dioses, ¿dónde está mi tienda, en Letheras?

—La estamos buscando, sargento. ¿No llegó usted a montarla?

—¿Que la monte yo? ¡Vosotros sois mis cabos! ¡Es vuestro trabajo!

—Espere un momento, sargento. Usted descanse aquí, ya nos ponemos nosotros.

—Y que sea rapidito. Negligencia en el deber. *Darme* cera y un palito, tengo *de que* escribir una amonestación *pa tos*

vosotros. Quedáis relegados a... yo qué sé... ¡subcabos! ¿Qué son esos golpes que suenan?

—Estamos clavando las estacas para la tienda, sargento. Ya no queda mucho.

—¡Eh! ¿Habéis visto esas cosas verdes en el cielo? ¿Quién ha puesto esas cosas ahí arriba! ¡*Quitarlas* de ahí!

—Ojalá pudiéramos, sargento.

—Acabas de ser degradado a subsubcabo, por *desbeceder* órdenes. *Desebecer*. *Desbebecer*. *Desobecer*. Un momento. —Se echó a un lado y vomitó un poco, pero sin muchas ganas—. Desobedecer. Ja. ¿Eh, adónde me lleváis? ¡Aún no he terminado! Hay algo en el cielo, lo he visto, *hacer* el favor de cortar esas cosas verdes. ¿Cabos, me queréis *de* hacer caso? Tienen alas grandes, he visto... yo qué sé. Alguien está en *poblemas*, pero no soy yo. Mirad la tienda, no se admiten arañas... estúpidas estrellas, ¿quién las ha puesto ahí arriba?

Gesler acercó la linterna.

—Échale un vistazo a esto. Me apuesto lo que quieras a que esto lo ha hecho una de las ratas de Botella. Que el Embozado se la lleve, ha roído toda la maldita correa. Le voy a arrancar esa diminuta cabeza que tiene sobre los hombros.

—¿A la rata o a Botella? —preguntó Tormenta.

—A cualquiera de los dos, o a los dos. Sabía que colgaba de un modo muy raro, como de un hombro.

—Así es —dijo Tormenta—. Tenías un aspecto un tanto ridículo. Como torcido. Como un recluta novato que aún no ha aprendido cómo se lleva el cabestrillo.

Gesler le echó una mirada a su cabo.

—Y no me dijiste nada en todo el día. Vaya amigo que estás hecho. ¿Y si se me hubieran caído los mocos por toda la cara? ¿Te habrías limitado a quedarte cruzado de brazos?

—Y tanto —dijo Tormenta—. Al menos si hubiera podido mantener el rostro serio.

—La próxima vez que vuelvas de cagar con un trozo de corteza que has usado para limpiarte colgando de los pantalones, no te pienso decir ni media.

—Vale la pena mirar dos veces después de cagar. Es una lección que he aprendido con el tiempo. ¿Crees que deberíamos ir a buscar a Destello de Ingenio? Ya debería haber terminado su ronda hace tiempo.

—Que vayan a buscarla Cachipolla y Narizcorta.

—Debes de estar de broma.

Gesler dejó de aflojar la correa mordisqueada.

—Eh… está bien. Entonces ve tú.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—No, ya has ayudado bastante.

—Tienes razón, Ges, estoy hecho polvo. Soy demasiado viejo para mantener este ritmo de marcha. Si seguimos así mucho tiempo voy a terminar marchando sobre mis propios muñones.

—Así estarás a la altura de tu intelecto. ¿Sabes cuál es tu problema, Tormenta? Tienes los nervios a flor de piel.

El gigantesco falari resopló.

—Ges, acabamos de ver cómo un centenar largo de magos de tropa se desgajaban de la fila y empezaban a chorrear por todos los agujeros del cuerpo, con los ojos vueltos y dando patadas entre arcadas. Nuestro temido mago supremo se tambaleó como un maldito borracho y casi se abre la cabeza contra el borde de un carromato. Vin se ha saltado las últimas cinco comidas.

—Nada de eso tiene que ver con tus cuentos sobre que alguien no está espiando, Tormenta.

—Lo único que he hecho es contarte lo que presiento, nada más. Es como un picor entre mis omoplatos, ya sabes a

qué me refiero. Y no ha hecho más que empeorar desde que sucedió… bueno, lo que sea que haya sucedido.

—Vin dice que te estás imaginando cosas…

—No ha dicho tal cosa. No ha dicho nada, bien lo sabes, que estabas allí. Ni siquiera me miró a los ojos.

—Está bien, puede que no haya dicho nada, pero tampoco hacía falta.

—Hace tiempo que tengo unos sueños tremendamente extraños, Ges.

—¿Y qué?

—Sueño con cosas que caen del cielo. Miro hacia arriba y algo cae en mi dirección y no hay forma de escapar. No puedo correr ni lo bastante rápido ni lo bastante lejos. No puedo hacer nada aparte de contemplar cómo cae en mi dirección. —Se inclinó y dio un palmetazo en el suelo. Gesler saltó medio palmo—. Tal que así. Uno pensaría que ese sería el momento de despertarme, pero no. Solo me quedó ahí, aplastado, sintiendo todo ese peso. Sin poder mover un músculo y sin poder respirar.

Gesler se desprendió de la cota de malla y el arnés.

—Levántate, Tormenta. Te vienes conmigo.

—¿Adónde?

—Muévete, cabo. Es una orden.

Gesler guio a Tormenta a través del campamento. Pasaron junto a varias hogueras, cada una con su grupo de soldados apiñados y en plena charla a susurros. Bordearon el hospital de campaña, donde sanadores exhaustos curaban a soldados con ampollas en los pies, tobillos torcidos y demás, y siguieron hacia las caballerizas. Frente a ellos había un trio de carromatos cargados, un carruaje demasiado grande, y quince o más tiendas de campaña.

Gesler alzó el vozarrón una vez que estuvieron lo bastante cerca:

—¿Seto?

Una figura salió de un lado del carruaje y se les acercó.

—¿Gesler? ¿Ya habéis desertado de los Cazahuesos? ¿Venís a uniros a los Abrasapuentes? Chicos listos. La leyenda se fraguará aquí, y en ningún otro sitio. Mis soldados son avispados, pero de vosotros dos podrían aprender un par de cosas, eso es por descontado.

—Déjate de estupideces —dijo Gesler—. ¿Dónde están las dos bellezas?

—Ay, Gesler, están hechas polvo, la verdad…

—Pues que se espabilen, las dos. Tormenta anda necesitado.

—No será que quien anda necesitado eres tú…

—No, las dos para él. Para cuando vuelva a buscarlo, quiero la maroma de mi cabo tan estirada que tenga que atársela a los tobillos. Quiero verle en esos ojillos azules una alegría baqueteada. Quiero que vuelva con la barba llena de pelos rizados y negros. Dile a las dos ricuras que les pagaré el triple de lo que estén cobrando ahora.

—Vale, pero solo si consideras de verdad lo que te he dicho. Lo de desertar, quiero decir.

—Ofensa capital, Seto.

—Transferencia extraoficial, pues.

—Keneb no lo permitirá jamás.

—Está bien, entonces limítate a marchar al lado de mis tropas por una semanita, ¿vale? Dales un par de consejos y tal…

—¿Consejos? —Gesler resopló—. ¿De qué tipo? «Que no os maten, soldados». «En cuanto veáis un atisbo de problemas, apretaos el cinturón y preparaos». «Vuestra arma es esa cosa que cuelga de vuestro cinturón». ¿Qué te parecen mis consejos?

—Me parecen perfectos.

—Seto, ¿me quieres decir, en el nombre del Embozado, qué estás haciendo aquí?

El zapador echó una mirada alrededor, y entonces agarró a Tormenta del brazo.

—¿Ves esas tiendas, las grandes de ahí atrás? Ve allí, cabo, y diles que eres un pedido especial.

Tormenta miró a Gesler con el ceño fruncido, el cual le devolvió a su vez un fruncimiento de ceño.

—Nunca me he encamado con mujeres gordas…

—No hay nada comparable —dijo Seto—. Ponte una debajo y otra arriba y te sentirás como si estuvieras entre almohadas. Ve tirando, Tormenta, Ges y yo tenemos mucho de que hablar.

—Así que como almohadas, ¿eh?

—Así es. Almohadas calientes y agradables. Venga, cabo, al paso.

El falari se alejó al trote. Seto lo vio marchar con una mirada suspicaz, y luego le hizo un gesto a Gesler para que lo siguiera.

—Botella está usando murciélagos —murmuró Seto cuando se hubieron alejado de las luces del campamento—. Casi ensarto a una de sus ratas, así que ahora ha adoptado tácticas más ladinas.

—¿Y en qué andas metido para haber despertado tanto su curiosidad, Seto?

—En nada. Te lo juro.

—Por los dioses del Abismo, eres el peor mentiroso del mundo.

—Toda esa ansia tanto por espiarme como por adularme viene de ser una leyenda, Ges. Uno se acostumbra, así que el ser precavido acaba saliendo de forma natural. Bueno, aquí mismo servirá.

Se habían alejado una docena de pasos del florido carruaje, más allá de las luces de las hogueras. Desde ahí Seto había llegado a un círculo de piedras pequeñas que

Gesler supuso que era un círculo tipi. Ahora estaban justo en su centro.

—Botella podría usar cualquier cosa que encuentre, Seto…

—No, no podría. He hecho que el mago de mi compañía selle este círculo. Lo usamos cada noche para las reuniones de mi equipo.

—¿Qué equipo?

—Yo mismo, mis sargentos, cabos y Bavedicto. Informes diarios, ¿entiendes? Para tener controladas las cosas.

—¿Qué cosas?

—Yo qué sé. Las cosas. Escucha, ¿te has enterado de lo que ha pasado antes?

Gesler se encogió de hombros.

—Alguna cosa he oído. Se ha abierto una puerta, y alguien la ha cruzado. Alguien podrido de poder.

El asentimiento de Seto se convirtió de repente de una negación.

—Eso no es lo más grave. Alguien muy desagradable acaba de aparecer, pues vale. Eso significa que está aquí, en el mundo real, y cualquiera que esté en el mundo real puede morirse por un diente podrido, o a cuchillo, o lo que sea. No seré yo quien se eche a temblar por eso. Si llega el momento, besaré la punta de una flecha y le susurraré el nombre del desgraciado. Un flechazo en el ojo es capaz de joderle el día incluso al dios más pintado. No, lo verdaderamente importante es lo que ha pasado justo antes de que apareciese.

—Dime.

—Se trata del Embozado.

—¿Qué pasa con el Embozado? Ah, sí, olvidaba que sois los mejores amigos, o quizá los peores enemigos, no lo recuerdo. ¿Qué le parece que hayas regresado?

—Probablemente no le haya hecho gracia, pero eso ya da igual. He ganado.

—¿Cómo que has ganado?

—¡Te digo que he ganado! ¡El Torturador ha sido asesinado, ya no está! ¡El Dios de la Muerte ha muerto! ¡Le cortaron la cabeza de un tajo! Un cadáver sin mueca, un rebote colina abajo, una cabeza rodando, tambaleándose y guiñando, un movimiento de boca. Su cuerpo ya no sirve ni de perchero…

—¡Un momento, Seto, un momento! ¿Qué… quién…? ¡Eso que dices no tiene el menor sentido! ¿Cómo…!

—¡Ni lo sé ni me importa! ¿Quieres detalles? ¡A la mierda los detalles! ¡El Embozado ha muerto! ¡Ya no está!

—Pero entonces, ¿quién ocupa el trono?

—¡Nadie! ¡Todo el mundo!

La mano de Gesler se contrajo en un espasmo. Dioses, ¡qué ganas tenía de darle un puñetazo en pleno semblante a aquel necio! Pero aquella nariz ya había sido rota un par de docenas de veces, dudaba de que Seto se diera ni cuenta.

—Seto —pronunció muy despacio—, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que hay un montón de seres que mantienen la puerta. Nada se ha precipitado afuera aún. Todo es muy confuso aún. Pero una cosa sí puedo decirte, y puedes preguntarle a Vin también, si quieres, no te responderá nada distinto a no ser que te mienta. Una cosa te digo, Ges: los siento. Los siento a ellos y lo siento a él.

Gesler contempló los ojos afiebrados de Seto.

—¿A quién?

—A los Abrasapuentes caídos, Ges. Y también a Whiskeyjack, así es. Es él, reconocería esa mirada amarga en cualquier lugar, no importa cuánta oscuridad la envuelva. Va montado en un caballo. Está en la puerta, Gesler.

—Espera. ¿Es él quien ha pasado al otro lado?

—No, de ese ni te preocupes. Ese otro no tiene ni una sola idea que no lleve un desfase de diez mil años. Y de todos modos, ese ha pasado por otra puerta. Te hablo de Whiskeyjack. Si mueres, Ges, ¿a quién preferirías encontrarte en la puerta? ¿Al Embozado o a Whiskeyjack?

—Y si tan emocionado estás, ¿cómo es que no te has rajado ya la garganta?

Seto frunció el ceño.

—No hay razón para ponerse así. Acuérdate de que fui zapador. Los zapadores entendemos la importancia de la paciencia.

Gesler soltó una risa ahogada. Desde las tiendas llegó un gritito, aunque no llegó a reconocer a quién pertenecía.

—Ríete todo lo que quieras. Ya me lo agradecerás cuando sea tu cabeza la que ruede hasta esa puerta.

—Creía que no soportabas adorar a dios alguno, Seto.

—Esto es muy diferente.

—Si tú lo dices... bueno, ¿hay algo más de lo que me quieras hablar?

—Nada que te fuera a importar. De todos modos, me puedes ir pagando ya. Hemos quedado en que el triple de lo que cobran ahora, ¿no? Venga, afloja, que se hace tarde.

El comandante Brys se echó la capa por encima y se ajustó el cierre del pecho.

—Suelo darme una vuelta por el campamento antes de dormir, atri-ceda. Si te place, acompáñame.

—Será un honor, mi príncipe.

Brys salió de la tienda de mando. Ella lo siguió.

Se encaminaron hacia la hilera más cercana de tiendas de legionarios.

—Ese título no me sienta muy bien, atri-ceda —dijo tras un momento—. Comandante o señor servirá. De hecho,

cuando estemos solos los dos, puedes llamarme Brys.

Aranoche se preguntó si él se había percatado del leve jadeo que había soltado, o si había notado el temblor en sus rodillas mientras caminaba a su lado.

—Eso suponiendo —continuó él—, que me permitas llamarte Aranoche.

—Por supuesto, señor —dudó, a sabiendas de que él aguardaba, y entonces dijo—: Brys.

Un mareo la embargó como una ola, como si se acabase de tragar un vaso de brandy. Su mente dio vueltas por un momento. Respiró hondo para intentar calmarse.

Aquello era ridículo. Vergonzoso. Exasperante. Estaba loca por encender un cigarro, pero sospechaba que aquello iba contra el protocolo.

—Rompa filas, Aranoche.

—¿Señor?

—Que te relajes. Por favor, me estás poniendo de los nervios. No muerdo.

Empieza por el pezón derecho. Oh, cállate, mujer, por todos los dioses.

—Perdón.

—Esperaba que tu estancia con el mago supremo malazano te habría calmado un poco.

—Oh, sí que me ha calmado, señor. Quiero decir, me siento mucho mejor.

—¿No más desmayos?

—No. Bueno, solo una vez estuve a punto.

—¿Qué sucedió?

—Cometí el error de encontrarme en su tienda cuando se quitó las botas.

—Ah. —Le lanzó una mirada sorprendida y su rostro se iluminó de pronto con una sonrisa—. Recuérdame que te mande fuera de la tienda antes de hacer lo mismo.

—Oh, señor, no creo que sea el caso… quiero decir, no será el mismo…

Pero él se reía. Aranoche vio cómo se volvían hacia ellos. Hubo un par de bromas entre susurros, y muecas y asentimientos. Su rostro se volvió rojo como carbones ardiendo.

—Aranoche, te aseguro que después de un día de marchar al ritmo que llevamos, mis calcetines serían capaces de aturdir a un caballo. Ninguno de nosotros es diferente a los demás en estos temas.

—Eso es porque habéis decidido marchar junto a vuestros soldados, Brys. Podríais ir a caballo o sentaros en uno de los grandes carruajes, y nadie pensaría mal de vos…

—En eso te equivocas, Aranoche. Por supuesto, no se apreciaría diferencia alguna en las formas. Me seguirían saludando con diligencia y todo lo demás. Por supuesto, seguirían cualquier orden que yo diese. Pero dentro de cada uno de ellos hay una piedra hecha de lealtad pura, y cuando se trata de aquellos que les dan órdenes, esa piedra siempre está suave, nada se pega, todo resbala. Eso pasaría conmigo también, si me decidiera a tomar otro camino distinto al que ellos recorren. Pero, verás, puede que llegue el día en que les pida a mis soldados algo… imposible. Si esa piedra siguiese tan suave, si mi nombre no hubiera sido tallado profundamente en ella, probablemente los perdería.

—No se atreverían a amotinarse, señor…

—Seguramente no. Pero al pedirles lo imposible, mi intención sería que consiguieran lo imposible. Lo imposible no es lo mismo que enviarlos a la muerte. Eso yo no lo haría nunca. Pero si llego a pedirles más de lo que cualquier comandante les ha pedido nunca a sus soldados, entonces tengo que estar con ellos, tengo que ser visto a su lado. Esta noche —prosiguió—, habrás de convertirte en mi atri-ceda una vez más, y yo en tu comandante, cuando hablemos con

nuestros soldados. Cuando les preguntemos cómo llevan la marcha de este día. Cuando emprendamos la gesta de responder a sus preguntas y atender sus preocupaciones lo mejor que podamos.

Sus pasos disminuyeron hasta que se detuvo. Estaban en una zona de oscuridad entre el fuego de dos hogueras.

—Especialmente esta noche —dijo en tono bajo—. Están muy agitados. Se habla de algún tipo de aflicción que afecta a los magos malazanos.

—Sí, mi comandante. Lo comprendo. De hecho, el mago supremo se preguntaba… o bueno, más bien me preguntó a mí. Sobre vos. Afirmaba que ahora parecéis… diferente, señor.

—¿Y qué le dirás la próxima vez que os veáis?

—No… no estoy segura, señor. Creo que… quizá…

—Ben es un hombre inteligente —dijo Brys—. Esta misma velada, Aranoche, sentí… bueno, sentí como si acabase de despertar, como si hubiese salido de un lugar frío y oscuro. Un lugar que yo pensaba que era el mundo real, un mundo honesto, pero frío. Pensé que era aquello de lo que nunca me había percatado antes… antes de mi muerte y mi resurrección, quiero decir. Pero ahora comprendo que ese frío y esa oscuridad están en mi interior, que son el mismo toque de la muerte en mi alma.

Ella se lo quedó mirando con devoción, los ojos brillantes.

—¿Y ese frío y esa oscuridad se han ido ahora, señor?

La sonrisa que él le devolvió era la única respuesta que necesitaba.

—Vamos a hablar con nuestros soldados, atri-ceda.

—Tallemos la piedra, señor.

—Exacto.

No te preocupes por la piedra en mi interior. Soy tuya. Esa piedra en mí se ha derretido, ha cambiado de forma y

ahora, que el Errante me ayude, remeda tu rostro. Y por cierto, en cuanto a eso que decías de morder…

Cuando se acercaron a la primera hoguera, Brys pudo ver por el rabillo del ojo la expresión de su atri-ceda, y lo que en ella vio, por más que ella intentase ocultarlo, aunque no con la suficiente rapidez, casi lo dejó sin respiración.

Era un ansia lasciva, una media sonrisa asomada a sus labios, una atracción oculta en las llamas que reflejaban sus ojos. Por un instante, Brys se quedó sin palabras, y solo pudo esbozar una sonrisa a modo de saludo para los soldados que ya se volvían hacia ellos entre sinceras bienvenidas.

Aranoche. Realmente estuve medio muerto por dentro; por eso se me ha escapado lo que ahora es tremendamente obvio. La pregunta ahora es, ¿qué hago? ¿Qué hago contigo?

Esa mirada… había oscuridad en esa mirada, no tan fría como la que anidaba en mi interior, sino ardiente como un ascia. No me extraña que te vea tan a menudo rodeada por anillos de humo.

¿Qué voy a hacer contigo, atri-ceda?

Pero Brys sabía que carecía de respuesta para aquella pregunta, al menos hasta que estuviera seguro de sus propios sentimientos. Todo parecía demasiado nuevo, peculiar, desacostumbrado. Todo a la vez. Brys casi podía sentir cómo algo cambiaba entre chirridos; era ella quien seguía ensimismada y satisfecha con las visiones de su mundo interior, fueran cuales fuesen, mientras que él seguía torpemente a su lado, aturullado y confuso.

Esto es ridículo. Déjalo para más tarde, Brys.

El oficio de soldado cada vez le parecía más sencillo a Alborada. Muchas horas de marchar, y de marchar rápido,

pero las plantas de sus pies se habían endurecido y había recuperado el aliento, e incluso cargar con la armadura, las armas y el escudo había demostrado no ser para tanto. Incluso había encontrado tiempo para practicar un poco con la espada. Esquivar, clavar, esquivar, clavar. ¡Escudo arriba, soldado! Mantened la fila; nadie rompe la línea de los Abrasapuentes. Hinca el pie, aguanta el impacto, un paso al frente. Hinca, aguanta, paso. Es como talar un bosque, soldados, un árbol cada vez. ¡Esquiva! ¡Clava!

Era imposible que estar a la altura de la leyenda que eran los Abrasapuentes no presentara al menos un poco de desafío, pero siempre tenían a uno de los Abrasapuentes auténticos echándoles un ojo, con la mirada aguda y severa, lo cual hizo que todo el mundo se siguiera esforzando más y más. El listón estaba alto, así era. Tan alto como era posible.

Los Abrasapuentes habían ganado ellos solos la campaña de Perronegro. Habían puesto en retirada a la guardia carmesí, y a las legiones de Mott y de Genabaris. Habían echado abajo las puertas de una docena de ciudades de Nathilog a Gatotuerto. E incluso antes de eso, habían conquistado Siete Ciudades al completo. Alborada nunca había oído hablar de ninguno de aquellos lugares, pero a buen seguro le gustaban los nombres. Siete Ciudades sonaba sencillo y obvio. ¿Un sitio con siete ciudades? Pues lo llamamos Siete Ciudades. Eso era pensamiento directo, sin ambages. Y todo eso de los genabackanos y tal, bueno, todos eran nombres asombrosos y exóticos. Ciudades llamadas Pale y Perrogrís, Tulipanes y Bulto. Incluso había bestias de lo más fantástico en aquellas tierras lejanas. Libélulas tan grandes que uno podía montar en ellas, ¡imagínate volar zumbando entre las nubes y contemplar el mundo desde arriba! Ver la belleza de todo el mundo ahí abajo, y luego soltar cientos de bombas sobre él.

Los Abrasapuentes habían hecho todo aquello y, mucho más importante, aún no habían terminado. Quedaban muchas más aventuras. Defensas gloriosas y heroicas, monstruos en el cielo y desiertos inundados y fantasmas con afiladas espadas y guerreros hechos de polvo. Moranthianos y barghastianos y tiste andii y tiranos jaghut y todo lo demás.

Alborada no podía esperar, no podía esperar a que empezasen las cosas legendarias. Era aquello para lo que había nacido, hacia lo que se dirigía toda su vida, como si solo hubiera estado esperando a que llegaran aquellos soldados extranjeros, que se lo llevaran con ellos y lo convirtieran en uno de sus hermanos. Y bien sabía que los demás sentían lo mismo. *Ahora todos somos Abrasapuentes. La gente nos buscará cuando la situación se vuelva desesperada, demasiado desesperada para que otros la solucionen. Nosotros daremos un paso al frente, con los escudos prestos, los rostros fríos y los corazones de hierro. Demostraremos que somos dignos de nuestra leyenda*.

Ya veréis. Esperad y veréis.

Dos mujeres esperaban a una tercera, lejos de los fuegos de las hogueras.

No había nada seguro en aquello. De hecho, Toba se recordó a sí misma, estaba casi garantizado que se meterían en problemas. No había mucha hermandad entre las dalhonesias, y en realidad tampoco entre los dalhonesios, ahora que lo pensaba. Las tribus quedaban atrás, y con ellas se abandonaban los lazos de sangre, las rencillas y todo lo demás. Así debía ser, y la mayoría se comportaba en consecuencia, puesto que actuar de otra manera podría acabar con toda la compañía. El escuadrón era la nueva

familia, la compañía era la tribu, el ejército era el pueblo. El reino, el maldito imperio. ¿Qué eres, soldado?

Marinero, cuarto escuadrón, compañía tercera, Cazahuesos, señor.

¿*No eres dalhonesiana*?

No, señor.

¿*Malazana*?

No, señor. Cazahuesos, señor.

Ojalá pudiera creer en todo aquello, ojalá hubiera fe en aquel paraje retorcido y duro que era el centro de todos sus seres. *Muévete y demuéstralo con todas las actitudes correctas: diligencia, disciplina, lealtad. No se te ocurra ni parpadear ante las órdenes recibidas, no importa lo estúpidas o absurdas que sean.* Las tribus vivían para perpetuarse a sí mismas, y perpetuarse significaba asegurarse de que todo estaba en orden y que funcionaba del modo correcto. Aquello tenía sentido para ella. Valía la pena, lo bastante para creer en ello, especialmente cuando no había alternativa alguna que fuera mejor.

Así que sí, quería creer. Por ella y por su díscola hermana. Necesitaba una creencia firme para ambas, así era. Besadónde volvía a apartarse del camino, así era ella, estaba en su naturaleza. La gente como ella necesitaba una familia comprensiva, el tipo de familia que se inmiscuiría para limpiarlo todo y arreglar lo que necesitara ser arreglado. Toba siempre había adoptado ese papel. *Besadónde se dobla, yo me mantengo firme. Ella se escapa, yo ocupo su lugar. Ella monta algún desastre, yo limpio y lo arreglo. Ella decepciona a la gente, yo los consuelo.*

A veces, sin embargo, a Toba le irritaba ser aquella en la que siempre se podía confiar, sólida, práctica. Le irritaba ser tan absolutamente capaz. Por una vez, Besadónde podía ponerse el manto de Toba y aguantar, mientras que Toba podría ponerse el de su hermana y salir a jugar un poco.

Robar maridos, abandonar amantes, cantar, follar y olvidar. ¿Por qué no? ¿Por qué todas las expectativas tenían que recaer en sus hombros, cada maldita vez?

Toba estaba, y se daba cuenta de ello, esperando para poder empezar a vivir.

Badan Gruk la deseaba, la amaba. Pero ella… no estaba segura. Quería ser amada, incluso perseguida. Lo interpretaba todo como si en verdad fuese real. Incluso se llevó algún tiempo diciéndose a sí misma que tenía toda la pinta de ser así. Pero la verdad era que no sabía lo que sentía, ni por él ni por nada. ¿Y acaso no estaba aquello cargado de ironía? Todo el mundo la veía como una persona tremendamente capaz, y mientras tanto ella se preguntaba a sí misma: ¿capaz de qué? ¿Llegaré a descubrirlo algún día?

¿Cuándo me tocará a mí?

No tenía ni idea de en qué andaba metido aquel ejército, y eso la asustaba. Por supuesto, jamás se le ocurriría demostrar semejantes sentimientos. Toba sabía que los otros dependían de ella. Incluso otros sargentos. Remilgo, Badan Gruk, incluso aquel idiota de ojos vacunos, Urb. No, era necesario que siguiera interpretando el papel de soldado carente de imaginación, que siguiera mordiéndose la lengua, con dureza en los ojos y sin flaquear una sola vez. No podía permitirse dar a entender la tormenta procelosa que se abatía en su cabeza.

Necesitaba ayuda. Estaban marchando en dirección a las tinieblas, hacia un futuro tremendamente incierto, exceptuando la sencilla y cruda certeza de que en algún momento tendrían que sacar sus armas, todos ellos, y enfrentarse a un enemigo cuyo objetivo no era otro que su total aniquilación. Entonces les ordenarían que lucharan, que mataran. *Pero, ¿lo haremos? ¿Seremos capaces? Si solo pudieses decirnos el motivo, consejera. Una razón, un*

puñado de propósito, haríamos todo lo que nos dijeras. Sé que lo haríamos.

Le echó un vistazo a su hermana. Besadónde estaba de pie, con una débil sonrisa en su rostro que rubricaba aquel tipo de paz y satisfacción a la que le costaba tan poco entregarse, los ojos fijos en las nebulosas estrellas del cielo norteño. Paciencia divertida y la promesa de burla; esa era su expresión favorita, la que siempre asomaba a aquellas facciones engañosamente dulces e inocentes. Por supuesto que tenía una belleza y un encanto arrebatadores, pero también poseía un filo salvaje, tan pegajoso como la miel, que atraía sin remedio a los hombres más cabales. Besadónde era capaz de helar vidas y amores en ámbar, y su colección era en verdad inabarcable.

¿Podría yo ser como ella? ¿Podría vivir del modo en que ella vive? Fíjate en esa media sonrisa, tan satisfecha. Oh, dioses, cómo desearía…

Tenía que haber un modo de escapar de aquello, y más valía que su hermana lo encontrase pronto. De lo contrario, Besadónde estaba segura de que se acabaría volviendo loca. Se había unido a los marineros malazanos, por el amor del Embozado, no a un ejército de renegados que marchaba derecho al culo de algún dios maldito. Se había unido a sabiendas de que podía abandonar una vez que el aburrimiento se apoderase de la situación y de ella misma. Probablemente no estarían contentos con su decisión de abandonar, por supuesto, pero desaparecer no era tan difícil, al menos no en una tierra civilizada como el Imperio Malazano, donde había demasiada gente y demasiados sitios a los que ir, demasiadas vidas posibles que asumir. Incluso dentro del ejército, ¿a quién le importaba la cara que se escondía bajo el borde de un yelmo? Podía ser cualquiera,

mientras fuera capaz de obedecer órdenes y marchar al paso.

Podría haberse acostado con los oficiales adecuados para que la mandaran a un emplazamiento más agradable. A Unta, o Li Heng, o al mismísimo Quon. Genabackis tampoco habría estado mal. Pero por supuesto, su hermana había tenido que meter la narizota en sus asuntos. Siempre intentando estar al mando de todo, siempre interponiéndose en el camino de Besadónde, una fuente inagotable de penurias. Toba lo complicaba todo; aquel había sido siempre el problema. Su hermana aún no se había dado cuenta, pero la verdad era que Besadónde se había visto obligada a alistarse en los marineros para escapar de la exasperante interferencia de Toba en su vida. Entre otras cosas.

Pero, por supuesto, Toba había tenido que acompañarla, ¿verdad? Tanto ella como Badan Gruk. *Eso no ha sido elección mía, no es culpa mía en absoluto. No soy responsable de ellos. Ya son mayorcitos, ¿verdad*?

Así que, si ahora se me antoja desertar, antes de que nos metamos de lleno en un sitio donde me sea imposible hacerlo, bueno, es asunto mío, ¿no?

Pero ahora Toba la había alejado casi a rastras del agradable fuego de la hoguera, y allí estaban las dos, a la espera de uno de los soldados de Urb. ¿De qué iba toda aquella historia?

Quizá vamos a escapar. ¿Será eso, por fin? Espero que sea así, hermana. Espero que por fin hayas entrado en razón. Esta vez estoy contigo.

Aunque, ¿por qué vamos con esta mujer a la que apenas conocemos? ¿Por qué no está aquí Badan Gruk?

Tenemos que largarnos de aquí y tiene que ser ya. Yo tengo que largarme de aquí. No me hace falta la ayuda de nadie para hacerlo. Puedo colarme de polizona con un comerciante d'ras. Sería muy sencillo hacerlo. Incluso las

dos juntas lo conseguiríamos, y con suerte hasta tres. Pero, ¿cuatro? Bueno, eso sería estirar mucho la cuerda. Todo se reduce a la logística, hermana, tan sencillo como eso. Esa palabra que tanto te gusta. Así de simple. Si somos muchas nos atraparán. Seguro que quieres que Badan venga también. Y cuatro desertores es demasiado.

En cualquier caso, iba a esperar. Al menos hasta ver lo que Toba tenía en mente, de qué iba aquel encuentro nocturno. Ya la convencería más tarde, aunque no directamente, porque ya sabía que eso no funcionaba. Toba era muy testaruda. Era capaz de mantener una postura sin moverse un centímetro más tiempo que nadie que ella conociese. No, Besadónde tendría que retorcerla poco a poco, con cuidado, para que la decisión, cuando realmente se produjese, pareciese haber surgido de la mente de la propia Toba.

No era tarea fácil, pero Besadónde ya acumulaba una vida entera de práctica. Sabía bien cómo hacerlo.

Toba soltó un leve gruñido. Atisbaron una silueta que se les acercaba desde el campamento. Caderas en pleno contoneo, y mucho de todo lo que los hombres tanto apreciaban. Sin duda era una dalhonesiana, lo cual debía de ser la razón por la que Toba la había invitado a aquel encuentro. Pero, ¿desde cuándo conseguían tres mujeres dalhonesianas ponerse de acuerdo en algo?

Vaya locura. Toba, sea lo que sea esto, no va a funcionar. Ya conoces las historias. La mayoría de las guerras las empezamos las mujeres. Engatusamos a los hombres equivocados, los exprimimos, los humillamos. Los lanzamos unos contra otros. Les metemos en los oídos susurros de venganza y sangre, bajo las sábanas, en la noche. Un comentario taimado aquí, una mirada allá. Las mujeres de Dan Hon llevamos mucho tiempo al mando de todas las cosas, y no traemos más que problemas.

Masan Gilani era de una tribu de la sabana. Era alta, lo cual hacía que su rostro curvo tuviera un aspecto aún más intimidatorio. Tenía aspecto de ser demasiada mujer para cualquier hombre, y aunque algún hombre la consiguiese, se pasaría el resto de su vida pensando que jamás conseguiría retenerla a su lado. Era un monstruo de pura sensualidad, y si se hubiera quedado en su tribu, probablemente la mitad norte de Dan Hon seguiría ahora sumergida en varias décadas de guerra civil. Parecía que todos los dioses dalhonesianos y sus espíritus del barro habían puesto un trocito de sí en ella. Aquella mujer exudaba divinidad.

Y hay quien piensa que yo soy peligrosa.

—Toba —le dijo en voz baja—. Debes de haber perdido el juicio.

Su hermana la oyó.

—Esta se encuentra muy cerca del núcleo duro, Besa. Mucho más que cualquiera que conozcamos.

—¿Del núcleo duro de qué?

Toba no contestó. Masan Gilani ya estaba demasiado cerca como para que siguieran hablando, aunque fuera en susurros.

Sus ojos alargados rebotaron entre las dos hermanas, primero con curiosidad, y luego divertidos.

Zorra. La acabo de conocer y ya la odio.

—Sureñas —dijo—. Siempre me han gustado las sureñas. Os huele el sudor a jungla. Y nunca sois tan larguiruchas y destartaladas como nosotras las norteñas. ¿Sabéis que tengo que pedir mis ropas y armadura a medida? No quepo en ninguno de los tamaños establecidos, quizá con la excepción de los fenn, y eso da igual, porque se han extinguido.

Besadónde resopló.

—Tampoco eres tan grande —dijo, y apartó la mirada, consciente de hasta qué punto sonaban frívolas sus

palabras.

Sin embargo, la sonrisa de Gilani se limitó a ensancharse.

—El verdadero problema de las sureñas es que apenas valéis un pimiento sobre un caballo. Jamás podré contar con que vosotras cabalguéis como yo. En fin, menos mal que sois marineras. Yo, en cambio, podría ser las dos cosas, aunque para ser sincera, hace tiempo que me habría unido de buena gana a los exploradores…

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó Besadónde.

Ella se encogió de hombros.

—Explorar es un aburrimiento. Además, tampoco me apetece ser la que siempre trae las malas noticias.

—¿Acaso esperas que haya malas noticias?

—Siempre. —Mostró sus brillantes dientes.

Besadónde giró sobre sus talones. Ya estaba harta de aquella conversación. Que siguiera Toba si le apetecía.

—Bueno —dijo Masan Gilani tras un momento—. Sargento Toba. Se comenta que tienes un talento natural. Dime si es cierto o no, pues es la única razón de mi presencia aquí. Quiero decir, la posibilidad de que así sea. Si no es el caso, puedes dar este encuentro por terminado.

—¿La has oído? —dijo Besadónde con desprecio—. ¡La emperatriz te ha dado una orden directa!

Masan parpadeó.

—¿Aún sigues aquí? Creía que te habías ido a recoger florecillas.

La mano de Besadónde fue a la vaina de su cuchillo, pero Toba la sujetó de la muñeca. Besadónde cedió con un siseo, aunque sus ojos siguieron fijos en los de Gilani.

—Te hace todo mucha gracia, ¿verdad?

—Besadónde, ¿verdad? ¿Ese es tu nombre? Te lo voy a decir una vez: no sé qué mosca te ha picado, pues hasta donde yo sé, jamás te he hecho insulto alguno. No me queda más opción que pensar que tu comportamiento se debe a

algún tipo de mojigatería. ¿Qué ha pasado, perdiste un amor a causa de una grácil norteña? Bueno, pues no era yo. Así que, ¿qué tal si entierras el hacha? ¿Servirá esto para calmarte? —Sacó una bota de vino dalhonesiano—. No es vid salvaje como el de tu tierra, por desgracia…

—No serán esos meados de arroz que se beben en Lether, ¿verdad?

—No. Es Rosazul. Un cultivo original andii, o al menos eso me dijo el comerciante que me lo vendió. —Se encogió de hombros y tendió el pellejo—. Al menos se puede beber.

Besadónde aceptó la bota. Sabía reconocer una propuesta, y era consciente de que Masan le había propuesto una vía de escape que no dañase mucho su orgullo. Sería una estupidez no aceptarla. Quitó el tapón y dio un trago. Soltó un jadeo.

—Servirá —dijo con voz repentinamente ronca.

Toba habló por fin:

—¿Ya habéis escondido las garras? Bien. Masan, quieres saber si tengo el talento. Bueno, no se manifiesta como lo hace con las brujas dalhonesianas, pero supongo que sí tengo algo.

—Está bien, ¿y qué es lo que te dice ese «algo»?

Toba vaciló, y entonces echó mano a la bota de vino. Dio dos tragos hondos.

—Puede que seas norteña y lo que tú quieras, pero todas seguimos siendo dalhonesianas. Nos entendemos las unas a las otras, así que cuando te digo que voy a darte algo, no creo que haga falta añadir que espero algo a cambio.

Masan Gilani soltó una risa, pero no era una risa burlona.

No mucho.

—Acabas de hacerlo.

—Llevas más tiempo que yo siendo soldado —replicó Toba—, así que prefiero recordarte costumbres que quizás

hayas olvidado, o al menos no empleado desde hace mucho tiempo.

—Pues adelante.

—A veces tengo presentimientos sobre cosas que están a punto de suceder, o que podrían suceder, si no hacemos algo para evitarlas.

—Eres vidente.

Toba negó con la cabeza.

—No exactamente, al menos no de manera tan clara.

—¿Y qué está a punto de pasarnos, sargento?

—Nos van a abandonar.

Tanto Besadónde como Masan Gilani le dedicaron una mirada de alarma a Toba. ¿De qué estaba hablando?

—Hermana —dijo Besadónde—, ¿qué quiere decir eso? ¿Cómo que abandonar? ¿Quién nos va a abandonar? ¿Te refieres a nosotras tres? ¿O a todos los Cazahuesos?

—Sí —dijo Toba—. A los Cazahuesos. A todos nosotros, incluida la consejera.

Un fruncimiento dominaba las facciones de Masan Gilani.

—¿Te refieres a los lágrimas quemadas? ¿A los perecederos? ¿O a la escolta letherii?

—No estoy segura. Puede que a todos.

—Así que, vayamos adonde vayamos —dijo Masan, despacio—, acabaremos luchando nosotros solos. No habrá nadie que nos vigile las espaldas o los flancos. ¿Eso es lo que dices?

—Eso creo.

Masan se restregó la mano contra el cuello. Besadónde le tendió el pellejo, pero ella lo rechazó.

—Toba, me cuesta decidir hasta dónde debería helárseme la sangre, teniendo en cuenta que nadie sabe contra quién vamos a luchar. ¿Y si se trata de un puñado de salvajes escondidos detrás de una empalizada de bambú y

tirándonos piedras? Poca ayuda nos haría falta para pasarles por encima, ¿no?

—Bien sabes que no nos encaminamos hacia algo tan fácil —dijo Toba.

Los ojos hechiceros de Masan se estrecharon.

—¿Eso es lo que quieres de mí en justo pago? ¿Crees que tengo la orejita pegada a la tienda de la consejera?

—Sé que sabes más que nosotras.

—¿Y qué si es así? ¿Qué diferencia os supone a vosotras?

La respiración de Besadónde se aceleró al ver que los puños de su hermana se apretaban.

—Necesito al menos un motivo, Masan Gilani. Necesito saber si esto vale la pena.

—¿Y crees que entre lo poco que sé se encuentra eso? Debes de estar muy desesperada.

—¡Pues sí, lo estoy!

—¿Por qué?

Toba cerró la boca, la mandíbula apretada.

Masan Gilani miró a Besadónde, como si quisiera preguntar cuál era el problema, qué le resultaba tan difícil de decir. Pero Besadónde no tenía respuesta alguna. Al menos, ninguna satisfactoria.

—Mi hermana —dijo— es una mujer muy leal. Pero tiene en altísima consideración su lealtad. Quiero decir que solo se la concede…

—Pero —interrumpió Masan Gilani—, quienquiera que la reciba debe ser merecedor de ella. Lo entiendo. Creo que empiezo a comprender lo que está pasando aquí. Aunque a lo mejor deberías examinar tus propios sentimientos al respecto, Besadónde.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay una gran amargura en tus palabras, como si la lealtad fuese una maldición, una de la que no quieres tomar parte alguna. Me apuesto a que tu

hermana te ha traído aquí para convencerte tanto como para convencerme a mí. ¿Me equivoco, Toba?

—Eso es algo entre mi hermana y yo —replicó Toba. Besadónde se quedó mirando a su hermana.

—Está bien —dijo Masan Gilani—. Te diré lo poco que sé, lo que Ebron, Botella, Oloramuerto y Contramano han conseguido averiguar. Quizá sirva de algo, quizá no, eso tienes que decidirlo tú. Esto es lo que yo creo.

Hizo una pausa y echó mano a la bota. Besadónde se la tendió.

Masan bebió y se agachó frente ellas, con la postura de los cuentacuentos, una pose que conocían muy bien. Ambas hermanas la imitaron.

—Él no pidió esto, pero ha traído una gran turbación desde el principio. Ben el Rápido se enfrentó a él cara a cara. También lo hizo el herrero meckros, Asimismo, o al menos eso hemos averiguado. Es veneno puro, y lo sabe, y no puede evitarlo, porque no es aquí donde pertenece. Hay trozos de él esparcidos por medio mundo, pero el mayor de ellos aguarda en un lugar llamado Kolanse… y alguien lo está usando.

—Vamos a matar al Dios Tullido.

Besadónde le lanzó una mirada alarmada a su hermana.

—Pero, ¿quién querría evitar que lo hiciéramos?

Toba negó con la cabeza. Tenía el rostro congestionado por la confusión.

Masan las miraba a ambas, y cuando habló, su voz era plana, dura.

—Has dado un salto al lugar equivocado, Toba, como si fueras una mangosta tuerta. —Dio otro trago, apuró la bota hasta acabarla y frunció el ceño—. Debería haber traído dos. En fin, no creemos que matar al Encadenado sea nuestro objetivo. De hecho, lo que perseguimos son sus cadenas. O, mejor dicho, lo que persigue la consejera. —Levantó la

cabeza y miró alternativamente a Toba y Besadónde—. Vamos a liberar a ese bastardo.

Besadónde soltó una risa salvaje.

—¡No me extraña que nos vayan a abandonar todos! ¡Y yo seré la primera que salga corriendo a su lado!

—Silencio —dijo Toba a través de las manos con las que se había cubierto el rostro. Estaba temblando, o no, más bien se sacudía. Besadónde vio el brillo de las lágrimas que corrían por las manos de su hermana.

La cara de Masan Gilani había adoptado una expresión grave y paciente.

Besadónde se dirigió a Toba:

—¡No puedes hacer esto! ¡No! ¡Es imposible! ¿Y si se equivocan? Deben de estar equivocados… ¡la consejera no puede ser tan estúpida! ¡Cada dios y cada ascendente de este mundo vendrán a por nosotros, sin mencionar a los idiotas de Kolanse! ¡Ha perdido la cabeza! ¡Nuestra comandante está loca, y no hay una maldita ley en ningún lugar que diga que tenemos que seguirla en su locura!

Sinter inspiró hondo y bajó las manos. Había una suerte de dureza en su rostro, como si los suaves tejidos bajo su piel de ónice hubiesen sido reemplazados por una roca implacable.

El tono lúgubre abandonó sus ojos cuando miró a Besadónde.

—Supongo que eso servirá —dijo—. Creo. Imagino que nada más habría servido.

—¿Qué…?

—Es una causa justa, hermana. Un propósito.

—Todos nos darán la espalda —gimió Besadónde—. Tú misma lo has dicho.

—Así será, si no hacemos nada. Nos darán la espalda, y cualquier posibilidad de triunfar que tengamos se irá con ellos. Tenemos que hacerles cambiar de idea.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Masan Gilani.

—Yo te diré cómo —dijo Toba—. Tú eres el primer paso, Besadónde.

—No he dicho que os vaya a ayudar…

—Lo que vas a hacer es desertar.

—¿Cómo… qué…?

—Así es como ha de empezar. Es el único camino. Es lo que quieres hacer, y no me digas que no es así. Vas a desertar de los Cazahuesos, y lo vas a hacer esta noche, montada en el caballo más rápido que Masan Gilani pueda encontrar para ti.

Pero Masan Gilani acababa de levantar una mano firme.

—Un momento. Necesito discutir esto con…

—Por supuesto —la interrumpió Toba—, pero eso no cambia nada. Tienes que oír el resto, porque necesito que hagas lo mismo…

—¿Desertar? ¿Yo?

Toba asintió.

—Pero tú cabalgarás en otra dirección distinta a la de Besadónde, Masan Gilani. Si tenéis suerte, ambas regresaréis.

—Sí, ¿y que nos cuelguen? No, gracias, hermana…

—No os colgarán. La consejera es más fría que el hierro, la más fría que jamás ha existido. Ella lo arreglará para que no os cuelguen, en un chasquear de dedos.

—Y entonces, ¿por qué no vamos directamente a hablar con ella? —preguntó Masan Gilani—. Ya lo sabemos todo, pero solo hay un problema: tú eres la única que tiene una cierta idea de cómo arreglarlo.

Toba sonrió, una sonrisa que bien podría haber asomado a la cara de la consejera.

—Arreglar las cosas es precisamente lo que voy a hacer… una vez que hayáis vuelto.

—Puede que simplemente se decida a darnos caza.

—No lo hará. Ya os he dicho que es muy sagaz.

—Y entonces, ¿por qué quieres esperar hasta que nos vayamos?

Toba se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas.

—No lo entendéis. Está encerrada en una habitación, una prisión propia. Ahí dentro no oye nada, nada ve. Ahí dentro está completamente sola. Se limita a aguardar, los nudillos blancos. Esa es su carga, y no la dejará caer sobre nadie más, ni siquiera sobre sus puños. Ni siquiera sobre su mago supremo, aunque probablemente Ben ya lo haya averiguado todo por sí mismo. La consejera se ha interpuesto entre nosotros y la verdad, y eso la está matando.

—Entonces —dijo Masan Gilani—, lo que vas a hacer es demostrarle que no está sola, y que no todos nosotros somos un hatajo de imbéciles, y que quizá sí estamos preparados para saber la verdad. No solo la hemos averiguado solos, sino que seguimos a su lado. Estamos aquí para ayudar, no importa que no quiera nuestra ayuda.

—Exacto —dijo Toba.

Masan Gilani suspiró, y le mostró una mueca a Besadónde.

—Que tú desertes no será una sorpresa para nadie. Lo mío, en cambio, será harina de otro costal.

—Algo se inventará la consejera para reparar tu reputación —dijo Toba—. De lo contrario, pondrás en peligro la moral de un montón de soldados indecisos entre las tropas. En cambio contigo, hermana, bueno, digamos que no será un impacto para nadie, ¿verdad?

—Gracias. Mientras la gente entienda que no soy una cobarde…

Masan Gilani soltó un gruñido.

—Así es como lo verán. Tampoco hay nada que puedas hacer al respecto, Besadónde. Estamos marchando hacia una guerra, y tú vas y te escapas. Y yo también. Toba y la consejera tendrán que hacer que parezca que me han enviado a algún tipo de misión…

—Lo cual es cierto —intervino Toba.

—Así es, y eso ayuda. Lo que pasa es que para la gente que ya está pensando en desertar, esto podría ser el empujón definitivo. Ese es el riesgo que la Consejera puede considerar inaceptable, no importa lo que digas, Toba.

—No soy ninguna cobarde —repitió Besadónde—. Simplemente, no estoy hecha para esto de la familia de soldados. Los ejércitos no son familias, no importa cuánto repitáis que lo son. Todo eso no es más que basura. Es la mentira que los comandantes y los reyes necesitan contar para que hagamos alegremente cualquier tipo de mierda por ellos.

—Está bien —dijo Masan Gilani—, y supongo que en esa peligrosa jungla en la que creciste nunca oíste historias de lo que pasa cuando los ejércitos se amotinan. Suelen asesinar a sus comandantes, deponer a sus gobernantes, y tomar el…

—¿Y eso qué tiene que ver con toda esta cantinela de «somos una familia»?

—Solo digo que hay gente que manda, y el resto de nosotros deberíamos mantenernos al margen. Eso es todo. Como una familia. Hay alguien al mando, pero no todo el mundo. Los usurpadores no suelen ser mejores, ni diferentes, de aquellos a quienes asesinan. Normalmente, solo empeoran las cosas. Toda esta cantinela de la familia, como tú dices, tiene que ver con sobrevivir. Todos estamos dispuestos a defender a los nuestros, no a los desconocidos. ¿Acaso no lo entiendes?

—Y los que están al mando se aprovechan. Nos exprimen. No les interesa ser nuestra familia, eso debes de saberlo.

—Podéis seguir discutiendo el tema toda la noche —dijo Toba—, pero no nos queda tiempo. Besadónde, ¿desde cuándo te importa lo que piensen de ti aquellos que abandonas? A menos, por supuesto, que hayas conocido el orgullo de ser una Cazahuesos.

—¿Quieres que te ayude o no?

—Está bien. Que haya paz. Lo importante es que solo parezca que has desertado, como lo que hizo Faradan Sort a las afueras de Y'Ghatan.

—Yo cabalgaré hacia el sur.

Toba asintió.

—Y yo iré a buscar a los perecederos y a los khundryl.

—Sí.

—¿Y qué les digo?

—Tienes que convencerlos de que no nos abandonen.

—¿Y cómo, en el nombre del Embozado, voy a hacer eso?

Toba le mostró una mueca burlona.

—Intenta poner en práctica tus encantos, hermana.

Masan Gilani dijo:

—Sargento, si ella va a buscarlos a los dos, ¿adónde voy yo?

—Difícil de decir —admitió Toba en tono vacilante.

Masan resopló.

—Pues piénsalo bien, Toba. Entretanto, vamos a robar un par de caballos.

—Ah, teniente, por fin os encuentro.

—Ahora soy gran sargento, señor.

—Por supuesto. Y, ¿dónde están los soldados a vuestro cargo, gran sargento?

—Los he dispensado, señor.

—¿Perdón?

—Más bien los he dispersado, señor. Los he insertado convenientemente entre las tropas, ni una sola puntada fuera de lugar.

—Bueno, eso es maravilloso, gran sargento. Merecéis una mención sobre todas las cosas. Por desgracia, tras leer con atención los últimos informes que listan los soldados, me he tropezado con sorpresa con la constatación de que dichos soldados no constan en ningún registro del ejército.

—Así es, señor, están bien entrenados.

—¿Bien entrenados para qué, gran sargento? ¿Para desaparecer?

—Bueno, señor, vuestras palabras me recuerdan a una historia de mi juventud. ¿Me permitís que os participe de ella?

—Participad, os lo ruego.

—Gracias, señor. Ah, mi juventud. Un entusiasmo repentino embargó al joven Aramstos Poros…

—¿Aramstos?

—Así es, señor.

—¿Ese es vuestro nombre de pila?

—Lo es, señor. ¿Os importa si reemprendo mi relato, señor?

—Reemprended, os lo ruego.

—Un repentino entusiasmo, señor, ante la idea de cavarme un estanque.

—Un estanque.

—Justo detrás de un montículo de ladrillos rotos, señor, junto al muro trasero de un solar en el que solía jugar cuando mis padres pasaban de los duelos verbales a los duelos a puñaladas, o bien cuando nuestra choza prendía fuego, como por otro lado solía hacer. De rodillas me hallaba entre trozos de cazos rotos y dientes de perro hechos pedazos…

—Dientes de perro.

—Debidos a los sucesivos fallos de mi padre en cuanto a la crianza de mascotas, señor, aunque eso es otra historia, quizá para otro momento. Un estanque, señor, donde trasplantar los diminutos piscardos que iba rescatando del fétido río más allá de los desagües de las alcantarillas, donde solíamos nadar en los días fríos, señor. Piscardos, por lo tanto, en el estanque. Imaginad por un momento mi emoción…

—La recreo con viveza en el ojo de mi mente, gran sargento.

—Maravilloso. Y sin embargo, tras haber depositado no menos de, oh, cincuenta de aquellas criaturillas plateadas el día anterior, imaginad mi horror y pasmo cuando, al regresar la mañana siguiente, ni un solo piscardo aparecía a la vista en mi estanque. ¿Qué podía haberles sucedido? ¿Algún pájaro particularmente voraz, quizá? ¿Acaso aquella anciana mujer en uno de los callejones, la que mantenía su cabellera presa por una redecilla? ¿Quizás habían querido los hados que los relucientes piscardos adornasen ahora su pelo? ¿Insectos? ¿Ratas? Era poco probable que la explicación se debiese a estos dos últimos, pues normalmente se daban su buen festín en los restos de nuestra mesa de la cena y solían desaparecer de nuestro hogar. Pues bien, señor, a día de hoy, la desaparición de los piscardos continúa siendo el misterio que en su momento fue. Hasta este mismo día presente y, seguro estoy de ello, hasta el fin de mis días. Cincuenta piscardos, ¡puf! Desaparecidos. Es difícil de creer, y sobre todo resultó devastador para aquel chico de ojos brillantes y emoción embargada.

—Y si he de entenderos bien, gran sargento, de nuevo os halláis siendo víctima de un misterio semejante e inexplicable.

—Todos esos reclutas, señor. Dispersados entre las tropas, y de pronto…

—Puf.

—Decís bien, señor.

—¿Qué sucedió al final con vuestro estanque, gran sargento?

—Bueno, mi serpiente de agua dulce medró en él por un tiempo, hasta que se secó. Los niños siempre tienen sueños enormes, ¿no lo creéis?

—Sí que los tienen, gran sargento. Hasta que se hacen pedazos.

—Así es, señor.

—Hasta que nos volvamos a ver, gran sargento Poros.

—Y que tenga usted una buena noche, capitán Generoso.

Era él. Ha sido una tontería por mi parte pensar de otro modo. Sea como sea, ¿quién es capaz de explicar el amor? Devolvió el puñal a su vaina y apartó las cortinillas sueltas de la tienda. Salió afuera y, de repente, la recorrió un escalofrío como si algo frío se hubiese colado entre la débil brisa.

El norte oscuro chasquea la lengua. Llegan ecos de un nacimiento no deseado. Menos mal que no soy maga. Esta tarde les ha traído poco que celebrar.

Lostara se apartó de la tienda de mando. Resultaba desacostumbrado que la consejera la mandase fuera tan tarde. *Ya estaba lista para irme a dormir, maldita sea*. Sin embargo, hacer que los guardias sacaran a empujones a un Banaschar tremendamente ebrio era más que un entretenimiento ligero. En cierto modo, también era alarmante.

¿Qué es lo que te han dicho Botella y Ben el Rápido esta noche, Tavore? ¿Llegará algún día en que no guardes más secretos? ¿Será posible abrir una brecha diminuta en el muro de tu privacidad? ¿Qué placer encuentras en estar tan

sola? Tu amor no es más que un fantasma. El imperio al que servías te ha traicionado. Tus oficiales han dejado de hablar incluso entre ellos.

Oh, serpiente del norte, tu lengua no miente. Acércate. Apenas podemos respirar.

Banaschar le salió al paso y se vio obligada a detenerse. Al verla, Banaschar se esforzó por mantenerse erguido tras un breve tambaleo.

—Capitana Yil —dijo con cordialidad. Dio una profunda inspiración y volvió a soltar el aire, como hacían los borrachos cuando rumiaban sus ideas pantanosas—. Qué noche tan agradable, ¿no es cierto?

—No. Hace frío. Estoy cansada. No sé por qué la consejera ha mandado fuera a todo el mundo. No es que ande escasa de espacio. ¿Por qué lo habrá hecho?

—Por qué lo habrá hecho, exacto —concordó él, y compuso una sonrisa como si cargase toda una bolsa llena de secretos—. Es por el guardarropa, ¿sabéis?

Él agitó la mano.

—El guardarropa. Sí, ¿se dice así? Eso creo. No hace nada fácil el viaje. Lo hace difícil, más bien, diría. Pero… a veces… ¿por dónde iba? Oh, a veces el guardarropa es tan grande que la chica, la chica se limita a salir corriendo, a alejarse de él y dejarlo atrás tan rápido y tan lejos como puede. ¿A eso me refiero? ¿Lo he dicho bien?

—Guardarropa.

Banaschar la señaló y asintió.

—Exacto.

—¿Quién huye de un guardarropa? Las chicas no hacen eso.

—Pero las mujeres hechas y derechas sí.

—No os comprendo.

—Son demasiadas opciones, ¿verdad? Qué ponerse, qué no ponerse. Y cuándo, y cuándo no. Si esto va bien con esto

otro o no. Qué ponerse, capitán Yil. Opciones. Opciones por doquier. Opciones que se acercan, que nos rodean. Claro que la chica sale corriendo. Ojalá no la alcancen.

Lestara sorbió por la nariz y pasó junto a aquel necio en dirección a las hileras de tiendas.

Era él. Pero le dejaste marchar. A lo mejor es que pensaste que regresaría, o que lo volverías a encontrar. Pensabas que tenías tiempo. Pero el mundo siempre está armado, y todo lo que hace falta es un paso en falso, una mala decisión. Y de pronto, te han cortado, estás sangrando, desangrándote. De pronto a él no le queda más que su último aliento y lo único que puedes hacer es dejarlo atrás, cerrar su recuerdo, como si fuera un pergamino que porta malas noticias.

¿Qué otra cosa se puede hacer?

Era él, pero ahora ya no está. Y no va a volver.

Sus pasos se ralentizaron. Frunció el ceño. ¿Adónde iba? Ah, sí. Necesito una nueva piedra de afilar. Eso es.

El mundo está armado, consejera, así que ten cuidado. Más vale que abras ese guardarropa de una patada, chica, y que te pongas la armadura. Los días de fiesta se han terminado, así como todas esas noches de sonrisillas brillantes y privilegio y mayorazgo.

—Serás idiota, Banaschar. Solo hay una cosa en su guardarropa. ¿Qué opciones va a tener?

Casi podía oír su respuesta:

—Y sin embargo, está corriendo.

No, aquella conversación no era real, y de todos modos carecía completamente de sentido. Reanudó la marcha hacia la tienda del herrero. Se encontró con una marinera que venía en dirección contraria. Un rápido intercambio de saludos, y siguió adelante.

Una sargento. Marinera. Dalhonesiana. ¿Adónde, en el nombre del Embozado, se dirige a esta hora de la noche? Da

igual. Piedra de afilar. No dejan de gastarse. Y el sonido del hierro al ser golpeado una y otra vez es el perfecto eco de esa frase en mi cabeza. Genial. Perfecto.

Era él. Era él. Era él.

La mayor parte de los nudos y correas de su armadura estaban flojos o directamente se habían desatado. Las pesadas placas delantera y trasera de escamas de dragón colgaban ladeadas de sus anchos hombros. Las rodilleras rematadas por garras en sus piernas descansaban sobre el suelo, ahora que se acababa de arrodillar entre la hierba húmeda. Se había quitado a tirones los guanteletes de tiras de hueso para poder limpiarse las lágrimas de las mejillas y las gruesas velas de mocos que le caían de la nariz. La enorme hacha de batalla de mango de hueso descansaba en el suelo a su lado.

Se había pasado media noche llorando, hasta que se había desgañitado la garganta. Sentía la cabeza como si la tuviera llena de arena. ¿Dónde estaba todo el mundo? Estaba solo, y parecía que llevaba años así, dando tumbos completamente solo en aquella tierra vacía. Había visto campamentos viejos, aldeas abandonadas. Había visto un valle lleno de huesos y escombros. Había visto un cuervo cojo que se reía de él a carcajadas, aunque terminó suplicando piedad cuando lo alcanzó. ¡Qué estúpido había sido! Se le había ablandado el corazón y había sido tan imbécil como para dejarlo escapar. Aquella horrible criatura empezó enseguida a reírse de él otra vez y se alejó a saltitos con su cojera. No dejó de reírse hasta que el pedrusco se estrelló contra su cabeza. Y ahora echaba de menos a aquel cuervo y sus saltitos. Al menos le había hecho compañía. ¡Estúpido pedrusco!

El día se había escapado para luego volver, aunque hacía tanto frío como antes. El fantasma del viejo Joroba Arbat se había desvanecido como el polvo. ¿Acaso aquello era justo? No, no lo era. Así que estaba perdido; había venido en busca de algo, pero ahora no recordaba lo que era, y todo lo que ansiaba era volver a estar en su casa, en Letheras, divirtiéndose con el rey Tehol y encamado con Shurq Elalle o rompiéndoles los brazos a sus compañeros de guardia en el palacio. Oh, ¿dónde estaban todos sus amigos?

Sus ojos, empañados e hinchados, se posaron sobre el hacha. Frunció el ceño. Ni siquiera era un hacha bonita, ¿Verdad?

—Destroza —murmuró—. Aplasta. Su nombre es Rilk, pero nunca dice nada. ¿Cómo le va a decir a nadie su nombre? Estoy solo. Todo el mundo debe de haber muerto. Lo siento, cuervo, tú eras el único que quedaba con vida aparte de mí.

—Siento habérmelo perdido —dijo una voz a su espalda.

Ublaba Pung se levantó y giró sobre sus talones.

—¡Vida!

—Me permito compartir tu alegría, amigo.

—Todo a tu alrededor está frío —dijo Ublala.

—Ya se pasará.

—¿Eres un dios?

—Más o menos, toblakai. ¿Acaso te asusta la idea?

Ublala Pung negó con la cabeza.

—Ya me he encontrado con dioses antes. Les gusta reunir gallinas.

—Es cierto que nuestros caminos son inescrutables.

—Y que lo diga. —Ublaba Pung se removió, inquieto, y luego dijo—: Se supone que tengo que salvar el mundo.

El extraño ladeó la cabeza.

—Y yo que me estaba planteando destruirlo.

—¡Entonces volverá a estar solo! —se lamentó Ublaba, una vez más con lágrimas a flor de sus ojos hinchados.

—Tranquilo, toblakai. Me has recordado que hay cosas en este mundo que aún valen la pena. Si salvar el mundo es tu objetivo, amigo mío, esa armadura draconiana no es mal equipo, como tampoco lo es ese arma a tus pies. De hecho, creo reconocerlas a ambas.

—No sé —dijo Ublaba—. No sé adónde ir para salvar el mundo. No sé nada.

—En ese caso, compartamos el camino.

—Los dioses suelen ser buenos amigos. —Ublala Pung asintió. Aquel giro de los acontecimientos lo complacía.

—Y vengativos enemigos —dijo el desconocido—, pero no habremos de ser enemigos tú y yo, así que eso poco importa. Esgrimidor de Rilk, portador de Dra Alkeleint, ¿cuál es tu nombre?

Él hinchó el pecho. Le gustaba que le llamasen esgrimidor y portador de cosas.

—Ublala Pung. ¿Tú quién eres?

El desconocido esbozó una sonrisa.

—Viajaremos hacia el oeste, Ublala Pung. Me llaman Draconus.

—Ah, qué curioso.

—Curioso, ¿el qué?

—Ese es el nombre que el fantasma del viejo Joroba Arbat gritó antes de que un viento negro lo hiciera pedazos.

—Deberías decirme cómo has llegado hasta aquí, Ublaba Pung.

—Ese tipo de preguntas no son mi fuerte, Draconus.

El dios suspiró.

—Entonces ya tenemos algo en común, amigo. Ahora, recoge a Rilk del suelo y permíteme que te ate las correas de nuevo.

—Oh, gracias, pero no me gustan las ataduras.

—Diría que a nadie le gustan.

—Pero no son tan malas como las cadenas.

Las manos del desconocido vacilaron un segundo sobre las cuerdas, y luego retomó su tarea.

—Tienes mucha razón, amigo.

Ublaba Pung se limpió el rostro de lágrimas con el dorso de la mano. Sentía las rodillas algo débiles, pero el sol ya asomaba por el horizonte y decidió que en realidad se sentía bien de nuevo.

Todo el mundo necesita un amigo.

Capítulo 20

Que el sol caliente el día
si la luz contiene todos los colores
ved su unión como pura
y libre de compromisos.
Caminad por la piedra y la carga de la tierra
con sus melenas como gatos que aguardan tumbados
mientas el viento se escurre sedoso
y se desliza en espiral
por el rabillo de vuestros ojos seguros.

Que el sol caliente este día
protegido contra toda discusión
sólido en su santidad contra cualquier opinión
la tintura no engaña
y el borrón no esconde pensamiento algo
que tome parte en las grises nubes
que se arremolinan en el bajo horizonte del cielo
donde cada paso encuentra su equilibrio
en la alborada.

Despertad al calor del sol.
Ya conoció otros amantes en el pasado
y robó los colores de las promesas eternas.
El polvo solo fluye hacia la vida
en los tesoros perdidos de la luz dorada.
No os apeguéis a nada nuevo
pues hasta lo nuevo es viejo y desgastado
dejad que el sol traiga la mañana.
Esta senda ya la habéis recorrido
junto a cazadores entre la hierba
y amantes circulares de la muerte
que coronan cada cielo.
Los ejércitos ansían el anonimato
con jinetes en pie ante el precipicio
damas y cortesanas se esconden
en las perfectas sombras del futuro
hasta que lo perdido regresa una vez más.

El yacer del amor herido
Pescador

o resulta fácil de comprender —dijo, el ceño fruncido con el discurrir de sus pensamientos—, pero en el mundo, entre su gente, lo es. La sociedad, la cultura, las naciones... en el mundo, en definitiva, hay quien ataca y quien defiende. La mayoría de nosotros somos un poco de los dos tipos, atacamos y defendemos, pero en general, una persona es una cosa o bien la otra, como nuestra naturaleza manda.

El viento soplaba alrededor de la roca cincelada. El poco guano que aún manchaba su superficie oscura y agujereada había sido pulido hasta casi desaparecer; apenas quedaban un par de manchas como débiles salpicaduras de pintura vieja. El calor que emanaba de la roca los rodeaba con un aroma tórrido que ascendía, se retorcía y por fin se alejaba a lomos de la brisa. El sol no suavizaba en absoluto aquella batalla, por lo cual Ryadd Eleis no podía estar más agradecido.

Los ojos de Silchas Ruina estaban fijos en el noroeste, pero un afloramiento rocoso bloqueaba la vista de Ryadd en aquella dirección. Le despertaba algo de curiosidad, pero tampoco demasiada, así que esperó a que Silchas siguiera hablando, a sabiendas de que al pálido tiste andii a veces le costaba encontrar las palabras justas. Cuando las encontraba, en cambio, solían brotar en un torrente razonado y detallado que Ryadd recibía casi siempre en silencio. Había mucho que aprender de él.

—Aunque por supuesto, no es que la agresión sea un derecho solo de los que atacan —continuó Silchas—. De hecho, nada más lejos de la verdad. Por ejemplo, en mi habilidad con la espada, me considero sobre todo defensor. Me apoyo sobre todo en el ritmo y la oportunidad para contraatacar, aprovechando las predilecciones más evidentes del atacante, la singularidad de su intención. El

contraataque, a su modo, es una agresión, por supuesto. ¿Entiendes la distinción?

Ryadd asintió.

—Creo que sí.

—La agresión adopta muchas formas. Activa, pasiva, directa, indirecta. Puede ser repentina como un golpe, o sostenida como un asedio a la voluntad. A veces se niega a mantenerse en posición, y prefiere lanzarse sobre el oponente desde todos los lados posibles. Si una táctica falla, se intenta otra, etcétera.

Ryadd sonrió y dijo:

—Así es. He jugado lo bastante con niños imass como para saber que lo que describes es el modo en que cada niño aprende frente al abusón y al rival.

—Excelente. Por supuesto, tienes razón. Pero ten en cuenta que nada de esto pertenece solo al reino de la infancia. Es algo que persiste y pervive en la sociedad de los adultos. Una cosa debe ser entendida: quienes atacan lo hacen como forma de defensa. Es su respuesta instintiva a una amenaza, ya sea real o simplemente percibida. Puede ser un ataque desesperado o bien surgido de un hábito, o ambos, si es que la desesperación se convierte en una forma de vida. Detrás de cada asalto se esconde una persona frágil.

Entonces guardó silencio, y Ryadd comprendió que Silchas le invitaba a reflexionar sobre las palabras que acababa de pronunciar. Quizá reflexionar sobre sí mismo, incluso. ¿Tendía Ryadd más al ataque o a la defensa? Era consciente de que había hecho ambas cosas, e incluso había habido ocasiones en las que había atacado cuando lo más sabio habría sido defender, y también justo lo contrario.

No sé cuál de los dos tipos soy. Aún no, al menos. Pero diría que al menos esto lo sé: cuando me siento amenazado, ataco.

—Las culturas tienden a favorecer uno de los dos tipos sobre el otro, y a entenderlos como el modo en que el individuo avanza y tiene éxito o, de modo análogo, fracasa y termina por caer. Una cultura en la que domina el ataque, una que admira las cualidades del ataque, e incluso las alienta, tiende a producir individuos duros, lo cual sirve para proteger un yo más frágil. Así, las heridas sangran pero permanecen ocultas para la superficie. En cambio, las culturas que favorecen la defensa promueven individuos no tan duros y la rapidez a la hora de ofenderse, lo cual es una forma de agresión en sí mismo, como estoy seguro de que comprenderás. La cultura del ataque persigue la sumisión y exige pruebas de dicha sumisión, como evidencia de la superioridad sobre los sumisos. La cultura de la defensa busca la obediencia a través de la conformidad, y castiga a los disidentes para acabar ganando una superioridad engreída a través de la obligación al silencio y, por ende, la complicidad.

La pausa que siguió fue larga, lo cual complació a Ryadd, puesto que Silchas le había dado mucho sobre lo que reflexionar. ¿Los imass? Defensores, creo. Sí. Siempre con excepciones, aunque él mismo ha dicho que las hay. Existen ejemplos de ambos tipos, pero en general… defensores, sí. No hay más que pensar en, por ejemplo, el destino de Onrack, su amor por Kilava, los crímenes que ese amor le obligó a cometer. Se rebeló contra el conformismo. Y fue castigado.

Le era más difícil pensar en una cultura dominada por el ataque. ¿Quizá los letherii? Pensó en su padre, Udinaas. *Se defiende cuando se encierra en sí mismo. Pero ataca con burlas, e incluso entonces, no llega a esconder su vulnerabilidad.*

—¿Y no existe un tercer modo de ser, Silchas?

El guerrero sonrió.

—En toda mi larga vida, Ryadd, he contemplado muchas variaciones, configuraciones, tanto de comportamiento como de actitud, y he visto a personas que cambiaban de una a otra, cuando la experiencia demostraba ser lo bastante dolorosa, o cuando se reconocían las inherentes debilidades interiores que llevaban a rechazarlas de plano. Sin embargo, a cambio, en otras existe toda una pléyade de debilidades, y muchas veces dichas debilidades se revelan como verdaderos pozos sin fondo. En verdad somos criaturas complejas. La clave, en mi opinión, es ser honestos con nuestra propia estética, con aquellos que valoramos, y no ceder ante presión alguna a la hora de ser árbitros de nuestros propios deseos. Debemos aprender a desarrollar estrategias que mantengan a raya tanto a atacantes como a defensores. Aprovecharnos de la agresión, pero solo en cuanto autodefensa, el tipo de autodefensa que proclama la implacabilidad de nuestra armadura, de nuestra seguridad en nosotros mismos, y que reafirma la santidad de nuestra autoestima. Hemos de atacar cuando debamos, pero exentos de arrogancia. Defender también debemos, cuando nuestros valores sean desafiados, pero nunca en el fuego salvaje de la ira. Contra los atacantes, la más segura de las defensas es el frío hierro. Contra los defensores, la mejor táctica suele ser envainar el arma y rechazar entrar incluso en el juego. Hemos de guardar el rencor para aquellos que realmente lo merecen, pero que el rencor que nos permitamos sentir no se convierta en arma, sino en armadura contra sus asaltos. Finalmente, hemos de estar preparados para desarmar con una sonrisa, incluso aunque nuestras palabras tengan filos cortantes.

—Pasivo.

—Algo así, sí. Tiene más que ver con la posibilidad de desmoralizar a adversarios potenciales con una simple advertencia. Efectivamente, lo que decimos es: cuidado con

acercaros. No podéis herirme, pero si se me obliga, yo sí os habré de herir. En ciertos asuntos uno no debe ceder jamás, pero incluso estos asuntos no permanecen imperturbables para siempre o explícitamente inflexibles. De hecho, la elección sobre su inmutabilidad es nuestra, y nuestra la potestad de alterarnos si es que lo consideramos prudente. Pero han de ser inmunes a la presión externa, aunque no indiferentes a los argumentos. Sopesemos y estimemos siempre, pero decidamos por nosotros mismo el precio y el valor de las cosas. Pues cuando notemos que otra persona ha cruzado una línea que no ha de ser cruzada, cuando sintamos que lo que se encuentra bajo ataque es, de hecho, nuestra autoestima, entonces estamos en posición de atarnos los machos y mantenernos firmes.

Ryadd se atusó la fina barba que cubría sus mejillas.

—¿Habría sido capaz mi padre de pronunciar semejantes palabras, de haberme quedado en casa?

—Probablemente sí, a su modo. Udinaas es un hombre de gran fortaleza.

—Pero…

—De gran fortaleza, Ryadd. Es lo bastante fuerte para permitirse estar expuesto, para revelar todo lo que es vulnerable en él. Es lo suficientemente valiente para invitarte a acercarte. Si le haces daño, se retirará, como es lógico, y dicho camino hasta él te será negado para siempre. Pero tu padre comienza siempre con el regalo de sí mismo. Lo que el otro hace de dicho regalo define el resto de su relación personal.

—¿Y qué pasa con la confianza?

Sus ojos rojos volaron hacia él y de nuevo se apartaron.

—Conseguí mantenerlos a salvo durante un tiempo —dijo en voz baja—. Evitamos a los magos y soldados letherii. Nada de lo que pasó era necesario.

—Mi padre lo sabía.

—Creo que Temor Sengar también.

—Así que ninguno de los dos confiaba en ti.

—Al contrario. Confiaban en que sería consecuente con mi decisión.

Ahora le tocó el turno a Ryadd de apartar la mirada.

—¿De verdad tenía ella que morir?

—Nunca estuvo realmente viva, Ryadd. Fue enviada por su potencial. Yo me aseguré de que alcanzase el máximo de ese potencial. ¿No están todas las semillas llenas de esperanza? Eso habríamos de pensar, pero, en verdad, la esperanza solo anida en el creador de la semilla y en aquello que deciden plantarla.

—Aún era una niña a ojos de todo el mundo.

—Los azathanos usaron lo que encontraron.

—Entonces, ¿sigue viva?

Silchas Ruina se encogió de hombros.

—Quizás esté más viva ahora de lo que estuvo antes. Viva, pero joven. Y muy vulnerable.

—Entonces, ahora —dijo Ryadd—, mi padre ansía la supervivencia del Azath, y espera que tú continúes siendo fiel a tu decisión. Pero quizás «esperanza» aquí no es la palabra adecuada. Debería ser «confianza».

—Si ese es el caso, entonces tú mismo has respondido a tu pregunta.

Pero, ¿qué pasa con mi propia decisión? ¿Confías tú en ella, Silchas Ruina?

—Se están acercando —dijo el tiste andii, y se levantó del saliente de roca en el que se había apoyado. Hizo una pausa antes de decir—: Sé cauteloso, Ryadd, ella es un adversario de lo más formidable. No soy capaz de predecir el resultado de este parlamento.

—¿Qué crees que pensará de mí? —preguntó Ryadd, irguiéndose a su vez.

—Eso es lo que estamos a punto de descubrir.

Su caballo pisó un cactus particularmente dañino. Torrente desmontó con una maldición a flor de labios. Fue hasta los cuartos traseros del animal y le levantó el casco. Empezó a arrancar espinas.

Olar Ethil lo contemplaba, echada a un lado.

Había resultado que escapar de aquella bruja vieja y canosa no era solo cuestión de echar a cabalgar y dejarla atrás. No dejaba de reaparecer entre remolinos de polvo, con una mueca de calavera que no necesitaba la menor risa para acentuar su cariz sardónico.

Torrente había seguido el rastro de las pesadas huellas de carromato. Había pasado otras dos torres dragón, ambas tan ruinosas y carentes de vida como la primera. Y ahora estaban los dos ahí, a punto de llegar a una cuarta. Por todo el camino yacían desparramados restos de maquinaria arcana que asomaban entre las rocas y se extendían un centenar de pasos en todas direcciones desde la construcción. Entre aquel desguace descansaban también piezas de armaduras hendidas y armas rotas, así como tiras grises y trozos de pellejo escamoso. La violencia que se había desatado a los pies de aquella torre seguía latente, intrusiva como humo amargo.

Torrente arrancó la última espina y volvió a tomar las riendas. Adelantó el caballo un par de pasos.

—Esas malditas cosas no estarían envenenadas, ¿verdad? —dijo.

—Creo que no —dijo Olar Ethil—. Solo duelen. Los bhederin que moran aquí saben cómo evitar pisarlas.

—Aquí no mora ningún bhederin —espetó Torrente—. Esto son las Tierras Yermas, y desde luego el nombre les sienta como un guante.

—Hace mucho tiempo, los espíritus de la tierra y el viento habitaban en este lugar.

—¿Y qué pasó?

El cráneo de la vieja soltó un chirrido.

—Cuando es fácil alimentarse, uno se vuelve gordo.

¿*Y eso qué cojones significa*? Se volvió hacia la torre.

—Caminaremos hacia el…

Un movimiento en el cielo atrajo su atención. Dos formas gigantescas se alzaron desde la enorme cabeza de dragón que remataba la torre.

—¡Por todos los espíritus del Abismo!

Se trataba de un par de dragones, de los de verdad. El de la derecha era del color del hueso, con brillantes ojos rojos, y aunque era de mayor tamaño que su compañero, también estaba más delgado; puede que más viejo. El otro dragón era de un tono blanco asombroso, que se convertía en dorado en sus hombros y su espalda aserrada. Con un aleteo, trazaron una curva descendente y aterrizaron directamente a mitad de camino entre ellos dos y la torre. La tierra se sacudió con el estrépito de ambos impactos gemelos.

Torrente le lanzó una mirada a Olar Ethil. Estaba inmóvil como una estatua. *Creía que lo sabías todo, bruja, y ahora compruebo que tú creías exactamente lo mismo. Mírate, vuelves a ser una liebre ante los ojos de un gato.*

Volvió a contemplar aquellas bestias justo a tiempo de verlas desaparecer en un borrón brillante, como si no fueran más que espejismos. Un momento después, había dos hombres en el lugar que ocupaban las criaturas. Ninguno de los dos se movió.

Incluso a aquella distancia, Torrente veía que los dragones expresaban a la perfección la esencia de aquellas dos figuras. El de la derecha era alto y demacrado, con la piel del color del hueso blanqueado, mientras que el otro era

sensiblemente más joven, de músculos fuertes y casi de la altura de su compañero. Su pelo, que colgaba suelto, era del color del bronce y el oro, y su piel estaba bruñida por el sol. Tenía el aire relajado de la inocencia.

Sin mediar palabra alguna, Olar Ethil echó a caminar hacia ellos. A los ojos de Torrente, de pronto parecía haber menguado, el talante primitivo de su silueta de pronto se revelaba torpe y burdo. El pellejo escamoso que era su manto ahora parecía un complemento falso y vagamente sórdido.

Torrente dio un tirón a las riendas y obligó a su caballo a seguirlo. No había manera de escapar de aquellos dos guerreros en caso de que su intención fuese hacerle daño. Si Olar Ethil estaba dispuesta a hacerles frente, entonces no le quedaría más remedio que seguirla. *Pero este día he presenciado auténtico poder. Y ahora voy a enfrentarme a él cara a cara*.

He hecho un largo viaje desde mi aldea. Si el mundo de mi gente era pequeño, cada vez empequeñece más y más.

Al acercarse, le sorprendió comprobar que las dos espadas que colgaban del cinturón del guerrero más viejo eran de factura letherii. *Acero azul. Recuerdo haber visto en cierta ocasión un puñal de ese material, creo que lo había adquirido el jefe de la aldea de manos de un comerciante. Qué hermosa canción emitía al golpear*. El más joven llevaba armas de piedra laminada. Vestía pieles extrañas, bastas.

—Aquí no eres bienvenido, Silchas —dijo Olar Ethil, y le clavó un dedo nudoso al hombre más joven—. Y este de aquí, cuya sola presencia es una burla para mi gente. Este no es su mundo. Silchas Ruina, ¿has hecho un trato para que te abran la puerta al Dominio de Starvald Demelain?

—Es el hijo de Menandore —replicó el guerrero de piel blancuzca—. Bien sabes el precio de semejante trato, Olar

Ethil. ¿De verdad crees que estoy dispuesto a pagarlo?

—Desconozco lo que estás dispuesto a hacer, Silchas. Siempre ha sido así.

—Se llama Ryadd Eleis, y está bajo mi protección.

Ella resopló.

—En mucha estima te tienes si piensas que necesita tu protección. —Negó con la cabeza—. No, ya veo la verdad. Lo mantienes cerca de ti para controlarlo. Pero fallarás, puesto que es el retoño de Menandore. Jamás aprenderás, Silchas Ruina. La sangre de los eleint no puede correr cerca de sus congéneres. Siempre sobreviene una traición. Siempre sucede. ¿Por qué crees que ella posee un centenar de cabezas? Es para reírse de vuestras imposibles ansias de control. —Se volvió levemente hacia Ryadd Eleis—. Si puede, te atacará primero. En cuanto vea que lo sobrepasas, intentará aniquilarte.

El guerrero joven y dorado pareció ignorar por completo su advertencia.

—No sucederá tal cosa, Invocahuesos.

Ella dio un respingo, y soltó un siseo.

—Valiente afirmación. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque ya lo he hecho —respondió Ryadd.

De pronto, todo se puso en movimiento. Torrente vio cómo Silchas Ruina se apartaba de su compañero, ambas manos cerca de los mangos de sus espadas.

Olar Ethil soltó una carcajada.

—Invocahuesos —dijo Ryadd, y añadió una pequeña inclinación—. Sé tu nombre. Sé que eres la artífice del ritual de Tellann. Que sin ti la voluntad de los imass no habría conseguido nada. La Voz Única te pertenecía. Tomaste a un pueblo entero y se lo arrebataste a la misma muerte.

—¿Has morado entre los t’lan imass?

Él negó con la cabeza.

—Entre los imass. Pero conocí a uno que fue t'lan imass en su día. Onrack el Fracturado. Y también conozco a su esposa, Kilava.

—Kilava, qué dulce perra. ¿Ahora es su esposa? Casi consiguió acabar conmigo. ¿Se encuentra bien? Dile que la perdono. Y háblale a Onrack el Fracturado del clan logros que no reclamaré su vida. Es suya, le pertenece ahora y para siempre.

—Me alegro de que lo digas —dijo Ryadd—, pues les he jurado que nadie habrá de hacerles daño alguno.

—Ryad Eleis, he tomado una decisión. No soy tu enemiga, y más vale que te alegres de ello. Si hubiese tomado la decisión contraria, una afirmación tan temeraria te habría costado la vida.

Él se encogió de hombros.

—Es posible que en una lucha entre los dos fueses tú la vencedora. Pero si Kilava se uniese a la lucha, el resultado podría ser bien distinto.

—¿Acaso está cerca de aquí? ¡No! ¡No presiento nada!

—Es la auténtica Invocahuesos de más antigüedad, Olar Ethil. Los demás dejaron de crecer en el momento en que se entregaron al ritual. Y lo mismo se puede decir de ti, no tienes más que mirarte. Solo eres lo que ya fuiste en el pasado, y nada más. Si Kilava quiere que no se la detecte, así habrá de ser. Tú no eres dueña y señora de este mundo, Olar Ethil. Hace tiempo que desdeñaste ese privilegio con tu propio ritual.

Olar Ethil se volvió hacia Silchas Ruina.

—¿Ves lo que has traído bajo tu sombra? ¡Necio! Más te vale suplicar una alianza conmigo, y rápido.

Sin embargo, las manos de Silchas Ruina se apartaron de sus armas.

—Quizá lo haya mantenido cerca de mí por las razones que comentas, Olar Ethil, pero hay más razones aparte, y

están demostrando ser de lo más poderosas cuanto más conozco a este hijo de Menandore. Si me ha sobrepasado, le entregaré sin dudarlo el liderazgo de esta pareja que hemos formado. En cuanto a aliarme contigo, francamente, preferiría encamarme con un enkar'al.

Torrente se rio, tanto para liberar la tensión y el miedo que habían ido creciendo en él como por la idea de aquel guerrero encamado con algo que portase el desagradable nombre de enkar'al. Su risa, por desgracia, atrajo la atención de todos los presentes.

—Guerrero, ¿estás en deuda con esta Invocahuesos?

Él frunció el entrecejo.

—No lo había pensado. Probablemente, aunque no sé a cuánto asciende el pago. Soy Torrente de los lezna, aunque los lezna ya no existen. En lugar de estar con ellos, acompaño a este saco de huesos.

El joven sonrió, como si aquella respuesta le sorprendiese y complaciese a partes iguales.

Silchas dijo:

—Torrente de los lezna, lamento mucho la desaparición de tu pueblo. Su memoria descansa contigo. Apréciala, pero no permitas que te destruya.

—Interesante distinción —dijo Torrente tras un momento de reflexión—. Pero semejantes cosas ya las he dejado atrás. Ahora todo lo que ansío es la destrucción. Quiero destruir a los que nos destruyeron. Quiero acabar con la vida de aquellos que han acabado con la mía. —Echó una mirada a Olar Ethil—. Puede que esa sea la deuda a pagar con esta bruja no muerta.

La pena manchó las facciones de Ruina, pero nada dijo.

La sonrisa de Ryadd había desaparecido.

—En ese caso, mira a tu alrededor, guerrero. Este es el hogar que le depararías a tus enemigos y a ti mismo. ¿Acaso te complace?

—Creo que sí, Ryadd Eleis.

La decepción y el disgusto del joven ante aquella respuesta fueron evidentes.

Siguieron unos segundos de silencios, y luego Olar Ethil habló.

—Mucho habéis aguardado para tendernos esta emboscada, Silchas Ruina. ¿Son las palabras que hemos intercambiado todo lo que buscabas, o hay algo más que persigas?

—Mi curiosidad está satisfecha —le dijo Silchas a la Invocahuesos—. Pero esto te daré, como un gesto o, si a bien tienes, como prueba de que no deseo enemistad entre nosotros: dos dragones no muertos os buscan. Los conozco desde hace mucho. Se inclinarán ante vosotros y se rebajarán y os jurarán vasallaje, pero en su corazón anida la maldad.

Olar Ethil husmeó en el aire.

—Ya me pareció haber sentido… algo. Tras nosotros. Dices que los conoces, aunque yo no. Me parece extraño, dado el mundo que tú y yo compartimos en su día.

—Vienen del tiempo en que los eleint fueron liberados, cuando atravesaron la puerta e intentaron reclamar para sí los reinos que quedaban entre las ruinas destrozadas de Kural Emurlahn. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Solo me he encontrado con ellos una vez, y aunque breve, fue violenta. Son los auténticos retoños de T’iam.

—Y sin embargo, viajan juntos. ¿Por qué no se han traicionado el uno al otro?

—Creo que son gemelos, Olar Ethil, surgidos del mismo huevo, por así decir. De todos los eleint que participaron en las Guerras de Sombra, son los que más cerca estuvieron de la victoria. Fue la última vez que luché junto a mi hermano, la última vez que guardé su flanco y él el mío. Al menos

durante un tiempo… —su voz disminuyó y acabó por desaparecer—… fuimos felices.

Aunque Torrente nunca había oído hablar de eso de las Guerras de Sombra, o de cualquiera de las partes involucradas, no pudo evitar percibir la pena en la voz de Ruina, lo cual lo conmovió sobremanera. *Malditos remordimientos. Todos los tenemos, ¿verdad? Si uno vive lo suficiente, es lo único que le queda, todo lo que sigue vivo en nuestras mentes. Por todos los dioses del Abismo, qué idea tan deprimente*.

Sin embargo, Olar Ethil no tenía ni un rincón en aquel saco de huesos que era su cuerpo para sentimiento alguno. Soltó una risotada.

—¡Felices! ¡Fuisteis felices repartiendo muerte! ¡Oh, desde luego todos erais un hatajo de necios que se creían muy justos, por aquel entonces! ¡Y ahora tú eres el único que queda de todos tus hermanos, como una espina que nadie es capaz de arrancar! Cuéntame esa gran causa a la que te has encadenado ahora, Silchas Ruina. Háblame de todas esas lamentables pero necesarias muertes que vas apilando en este horrible camino que recorres. Pero no creas que te daré palmaditas en la espalda, ni yo ni este mortal que me acompaña, si comprendes la verdad tras sus palabras. ¡Bienvenido seas al caos, Silchas Ruina! ¡Tú y este niñato tarado que te acompaña, y ya que estamos, Kilava!

Silchas frunció el ceño ante el exabrupto de Olar Ethil.

—Di lo que tramas, Invocahuesos.

—Ah, ¿un gesto de paz por otro? Está bien. Errastas ha invocado a los ancestrales. Sechul Lath, Kilmandaros, Mael, y ahora, Draconus. Así es. Os habéis escondido tan bien que habéis perdido el contacto con este tembloroso mundo nuestro. Os habéis quedado ciegos. Tu hermano ha muerto, Silchas Ruina. Dragnipur ha sido hecha pedazos. Draconus camina libre por el reino, Oscuridad está en su mano. ¿Y qué

crees que ve su vieja amante cuando posa sus ojos sobre todos nosotros de nuevo? ¿Le has dado ya la bienvenida a tu madre, Silchas? ¿Has sentido ya el contacto de su mano sobre tu hombro? Por supuesto que no, eso pensaba. Supongo que está de luto por el hijo que más quería, el hijo en el que las llamas negras de su amor ardían con más fuerza. Está reservando el verdadero rencor y odio para…

El revés que le dio Torrente la impactó en pleno rostro, tan fuerte que la lanzó al suelo con un chasquido de huesos. Cuando se inclinó hacia ella, se dio cuenta de que había sacado la espada de su vaina sin darse cuenta.

—¿Rencor, bruja? Tú de eso sabes más que nadie. Ahora cierra esa mandíbula huesuda que tienes y déjala cerrada.

Los pozos negros que eran los ojos de Olar Ethil se clavaron en los suyos como si estuvieran provistos de garras. Torrente no se amilanó. ¿Destrucción? Maldito esqueleto con piel de bruja, lo único que temo es perdérmela. Retrocedió un paso y le lanzó una mirada a Silchas.

Tenía un aspecto tan maltrecho que parecía mentira que pudiera seguir en pie. Se abrazaba a sí mismo, todo encorvado y disminuido. Aquello que fluía de sus ojos trazaba destellos carmesíes por sus mejillas hundidas. Torrente miró a Ryadd; su rostro estaba devastado por la angustia. El chico dio un paso hacia su compañero, e hizo ademán de abalanzarse sobre Olar Ethil.

Torrente le cortó el paso.

—Retrocede —dijo—. Ahora no es el momento. Consuela a tu amigo. Yo me la llevaré de aquí.

El joven guerrero temblaba, los ojos incandescentes de pura furia.

—No consentirá…

—¿Que me la lleve? Lo hará, Ryadd. Se acabaron los ataques.

Los ojos del chico se ensancharon.

—Ataques —repitió, e hizo un asentimiento—. Sí. Sí… ya veo.

Volvió a asentir y se dio la vuelta, para prestar su fuerza a aquel viejo que de pronto parecía roto por dentro.

Y así es como lo ha dejado atrás, así es como se ha hecho con el liderazgo. Así de simple. Torrente devolvió su espada a la vaina y se subió al caballo. Tomó las riendas, le echó una mirada envenenada a Olar Ethil, que seguía inmóvil, y espoleó a su montura.

Seguiremos el rastro de los carromatos, al este y al sur. No miró atrás, pero poco después atisbó un remolino de polvo que se elevaba desde un promontorio cercano. Olar Ethil seguía a su lado. *Te veo, bruja, tan dulce como una infección en la entrepierna*. *¿Serás capaz de admitir que puede que acabe de salvar ese asqueroso pellejo tuyo*?

Ya me parecía que no.

Mientras el sol pintaba de oro la brutal fachada de la torre de piedra, una figura dorada y broncínea estaba de pie frente a otra arrodillada, la espalda doblada, el rostro hundido entre las manos.

Ninguna de las dos se movió hasta mucho después de que el sol se ocultó y la oscuridad se hizo dueña del cielo.

Entre los barghastianos hubo una vez un viejo chocho que solía echarse sobre los hombros una piel de lobo harapienta y sarnosa para luego ponerse a cuatro patas como si por fin hubiese descubierto la verdadera naturaleza de su ser. Se comportaba entonces como una bestia incapaz de comunicarse con otra cosa que no fueran aullidos y ladriditos. Gustaba de abalanzarse sobre los perros del campamento entre gruñidos hasta que no había animal que no se sometía acobardado a él. E incluso había ido más lejos,

pero aquellos recuerdos le resultaban tan patéticos y dolorosos a Setoc que prefería no volver a ellos.

El lobo gigante, Baaljagg, le recordaba a aquel viejo. Su piel medio podrida y parcheada colgaba a tiras destrozadas en diferentes partes. Su hocico, siempre retirado, revelaba una hilera de enormes dientes y colmillos del color del roble, como si mostrase un desafío eterno a todo el mundo. Los profundos agujeros negros donde deberían estar sus ojos no dejaban de seguirla, casi le hablaban con su elocuente silencio. Soy la muerte, es lo que decían. Soy el destino que te aguarda a ti y a todos los seres vivos. Soy lo último que queda. Cuando partas del mundo, soy lo único que quedará.

Setoc se preguntó qué le habría pasado a aquel anciano para que quisiera ser un lobo. ¿Qué había impactado tanto en su mente como para querer perder cualquier noción de sí mismo? ¿Y por qué no había posibilidad de regresar, de volver a encontrarse a uno mismo? La mente albergaba demasiados secretos. El cerebro era un saco de verdades cuyo poder, escondido en su interior, era absoluto. Una verdad se retorcía hasta convertirse en mentira, y de pronto un hombre se creía un lobo. Su carne y sus huesos no podían sino seguir el mandato de la mente, en una agónica lucha por transformarse ellos también. De dos patas se pasa a cuatro, de dientes, a colmillos: nuevas formas y nuevos propósitos para apuntalar una falacia.

Aun así, dichas falacias no tenían por qué ser tan evidentes como las de aquel hombre y su mente rota, ¿verdad? ¿Acaso no podía uno perderse de maneras mucho más sutiles? *Hoy soy esta persona. Mañana soy esta otra. ¿Ves las verdades en mi interior? Ni una sola de ellas está atada. No me limito a un solo ser, sino que albergo multitudes en mi interior. ¿Significa eso que estoy enferma? ¿Rota por dentro*?

¿Será esa la razón de que sea incapaz de encontrar la paz?

Las gemelas caminaban a cinco pasos de ella. Era un solo ser separado en dos mitades, dos caras redondas de ojos afilados reflejadas en un espejo, donde nada podía ocultarse. Las verdades podían doblarse, pero no retorcerse hasta el final.

Seguí a Toc Anaster por mi propia voluntad, aunque haya acabado arrepintiéndome de ello. Yo también soy adicta, y mi adicción se llama insatisfacción. Y cada vez que vuelve a mí, todo el mundo acaba pagando. Cafal, te dejé en la estacada. Al manifestar mi propia falta de fe acabé alejándote de mí. ¿Dónde estás ahora, mi querido sacerdote de ojos tiernos?

Los ojos muertos de Baaljagg no dejaban de clavarse en ella mientras caminaban. Setoc caminaba rezagada tras las gemelas. El peso del niño hacía que los músculos de los brazos le quemasen. No tendría más remedio que volver a dejarlo en el suelo, pero entonces su paso se vería reducido a lo poco que el chico pudiera gatear. Todos estaban hambrientos, ni siquiera el lobo no muerto podía encontrar algo que cazar en aquel paraje. Hacía tiempo que habían dejado atrás las marchitas hierbas de las praderas. La tierra se había convertido en una alfombra de roca y arcilla reseca. Arbustos llenos de espinas salpicaban el terreno aquí y allá, troncos antiguos que se levantaban sobre un lecho de cactus. Caudales desgastados revelaban trozos de madera secos, poco más sólidos que sus propios huesos. Ocasionalmente se cruzaban con árboles de mayor tamaño, largos y espigados como una pata, y aunque Setoc no estaba segura, creía intuir que alguien había grabado señales en ellos. Había agujeros lo bastante grandes como para meter el pulgar, aunque meterlo podía significar llevarse la picadura de una araña o de un escorpión, y

también el leve recuerdo de las marcas que hace una azuela. Ninguno de aquellos arroyos ancestrales tenía el suficiente caudal para llevar una barca, no importa lo pequeña que fuese, ni siquiera un esquife o una balsa. Setoc no entendía nada.

En el horizonte al norte se adivinaban altas torres de piedra, como montañas roídas desde ambos lados hasta dejar solo los picos sobre columnas estrechas. Verlas la ponía nerviosa, como si aquella visión fuese una advertencia. *Te encuentras en una tierra que no hace concesiones. Te devorará, pues no hay fin para este hambre inabarcable*.

Habían cometido un terrible error. No, era ella quien lo había cometido. *Toc nos llevaba hacia el este, así que seguiremos al este. ¿Por qué nos llevaba en esa dirección? No lo sé, Stavi. Pero he aquí una de las verdades que he encontrado en mi interior: toda mi insatisfacción no proviene de Toc, ni de nadie en absoluto. Solo proviene de mí. De mi incapacidad para encontrar la paz, para confiar en ella cuando la encuentre, para aferrarme a ella*.

Esta adicción se alimenta de sí misma. Probablemente sea incurable.

Se acercaban a otro arroyo medio reseco… no, esta vez eran dos arroyos. Setoc estrechó los ojos. Eran dos surcos en los que se apreciaban huellas de cascos de caballo. Era un camino. Las gemelas también debían de haberlo visto, porque de pronto echaron a correr hacia allá. Se detuvieron en el camino y contemplaron las huellas. Setoc no entendió lo que dijeron, pero ambas se volvieron hacia ella en cuanto las alcanzó. En sus rostros asomaba una dura determinación.

Storii señaló.

—Va en esa dirección. En esa dirección, Setoc.

—Y nosotros también lo haremos —dijo Stavi.

Hacia el sureste, vio Setoc, aunque se curvaba ligeramente hacia el este. ¿Qué hay ahí fuera? ¿Qué es lo que se supone que tenemos que encontrar?

—¡Blablablablabla! —gritó el niño. Su tono agudo, tan cerca de su propia oreja, le hizo dar un respingo.

Baaljagg se acercó al trote y husmeó en el camino, quizá por puro instinto. *A esta maldita bestia ni siquiera le funciona la nariz... ¿verdad? O quizás huele cosas diferentes. Quizás huele la vida, o algo parecido*.

Las gemelas se lanzaron camino abajo, y la enorme bestia las siguió. El niño se removió en los brazos de Setoc, que lo dejó en el suelo. Salió corriendo en pos de sus hermanas.

Valiente líder estoy hecha.

En un recodo del camino que marcaba el rastro, descubrió huellas de derrape, un lugar donde las ruedas del carromato debían de haberse trabado. El vehículo parecía haberse volcado a un lado y caído contra el suelo. Ahí las marcas de los cascos eran más profundas. Sin embargo, Setoc no veía obstáculo alguno que pudiera haber provocado una maniobra semejante. El rastro seguía recto por un centenar más de pasos antes de volver a virar hacia el sur, para luego cambiar otra vez al este y luego al nordeste.

Setoc resopló.

—Iban fuera de control —dijo—. Se limitaban a ir adonde les llevaban los caballos. Esto no tiene ningún sentido.

Stavi se dio la vuelta.

—¡No nos importa adónde fuera! —gritó—. ¡Da lo mismo!

—Pero, ¿cómo van a ayudarnos si ni siquiera pudieron ayudarse a sí mismos? —preguntó Setoc.

—¿Y qué diferencia hay?

Aquella perra mocosa tenía razón.

—Fíjate en las huellas. Iban como locos, sin control, muy rápido. ¿De verdad crees que podremos darles alcance?

—Porque los caballos se cansan.

Prosiguieron el camino tras aquellas huellas sin sentido. *Esto es casi lo mismo que hacerse adulto*.

Las piedras se aplastaban bajo sus pies. Aquel calor abrasador hacía crujir los retorcidos tallos de los arbustos. Apenas les quedaba agua. La carne de los lagartos que habían comido aquella mañana había dejado una sensación reseca y amarga en el estómago de Setoc. En el cielo no había una sola nube que fuera a darles un momento de respiro. No recordaba la última vez que había visto un pájaro.

El mediodía pasó, y la tarde se estiró tan indiferente como aquel erial que se extendía en todas direcciones. Por fin el rastro se estabilizaba y se dirigía hacia el este. Incluso las gemelas caminaban más lentas. Sus sombras habían empezado a alargarse, cuando Stori dio un grito y señaló.

Un caballo solitario. A doscientos pasos más o menos al sur del rastro. De su cabeza colgaban los restos de unos correajes. Se mantenía en pie sobre cuatro débiles patas. Hocicaba contra aquel suelo sin vida, y una costra blancuzca cubría sus flancos negros como el ébano.

Setoc vaciló, y luego dijo:

—Mantened a Baaljagg aquí. Voy a ver si puedo atraparlo.

Por una vez, las gemelas no se quejaron.

El animal miraba en otra dirección, pero debió de captar algún sonido u olor cuando Setoc se encontraba aún a cien pasos. Entonces movió la cabeza para mirarla de frente. Sus ojos, vio Setoc, eran extraños, como si estuvieran sumergidos en algo oscuro y espeluznante. Pero al menos el animal no salió corriendo.

Lobos fantasmales, no os acerquéis a mí ahora. Necesitamos a esta bestia.

Se acercó, con cautela.

El caballo la contemplaba. Vio que había estado masticando un cactus, y tenía el hocico lleno de espinas y gotas de sangre.

Está muerto de hambre. Se dirigió a él en tono bajo y reconfortante:

—¿Cuánto llevas aquí fuera, amigo? Tan solo, sin todos tus compañeros. ¿Te apetece acompañarnos? Seguro que sí. Y en cuanto a esas espinas, nosotros nos ocuparemos de ellas. Te lo prometo.

Ya estaba lo bastante cerca como para alargar la mano y tocar al animal. Pero algo en sus ojos la retuvo. No eran ojos de caballo. Más bien parecían… demoniacos.

Ha estado comiendo cactus… pero, ¿cuántos? Miró hacia donde lo había visto mordisqueando el suelo. *Oh, por todos los espíritus del Abismo. Si todo lo que falta ahí está ahora en tu estómago, estás en serios problemas.* ¿Tenía pinta de sentir dolor? ¿Cómo podía estar segura? Desde luego estaba agotado, pero su respiración era constante y profunda, y sus orejas estaban enhiestas de pura curiosidad mientras la escrutaba. Por fin, Setoc alargó la mano para quitarle las correas de cuero gastado. Cuando las cogió, el animal levantó la cabeza, como si estuviera a punto de darle un empellón con su hocico herido.

Setoc enrolló las riendas en su mano izquierda e intentó coger una de las espinas con cautela. La arrancó. El caballo dio un respingo, y nada más. Setoc suspiró y empezó a arrancar espinas.

¿Y si lamiese la sangre de las espinas? ¿Qué pensaría el animal? Decidió no averiguarlo. *Oh, pero me apetece tanto lamer su sangre. Mi boca está ansiosa por saborearla. Puedo oler su caliente vida*.

Viejo, dame esa piel de lobo.

Cuando hubo arrancado la última espina, levantó la mano y la puso en su frente moteada.

—¿Mejor? Eso espero, amigo.

—Compasión —dijo una vocecita con acento de la lengua de los comerciantes—. Ya me había olvidado de cómo era.

Setoc miró al otro lado del caballo y vio un cuerpo tendido despreocupadamente en el suelo. Por un momento, se le aceleró la respiración.

—¿Toc?

—¿Quién? No. No soy yo. Pero sí que le vi, hace tiempo. Qué ojos tan raros.

—Pero, ¿es que no hay nada por aquí que se muera y se quede muerto? —preguntó Setoc, su miedo de pronto reemplazado por la rabia.

—No sabría decirte, pero, ¿llegas a imaginarte la angustia que la gente como yo siente cuando vemos a alguien como tú? Joven, sonrosada, con esos ojos claros y brillantes. Me hace sentir muy desgraciado.

Setoc le dio la vuelta al caballo.

—¡Espera! ¿Puedes ayudarme? Estoy atorado aquí. No me importa sentirme desgraciado si tengo a alguien con quien charlar. Es mucho peor sentirse desgraciado sin nadie cerca.

En serio. Setoc se acercó y escrutó el cadáver.

—Tienes una estaca que te atraviesa el pecho —dijo.

—¿Una estaca? Ah, te refieres al radio de una rueda. Eso lo explica todo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, en realidad no. Las cosas se pusieron muy confusas. Sin embargo, estoy tendido sobre un trozo de la rueda del carromato, y probablemente haya otro fragmento de radio clavado en la tierra. Estas cosas pasan cuando algo enorme agarra un carromato y lo tira contra el suelo. Me pregunto si los caballos tendrán mucha memoria.

Probablemente no, de lo contrario, este ya habría puesto pies en polvorosa. Así que, bella dama, ¿puedes ayudarme?

Ella le tendió la mano.

—Agárrate a mi brazo, ¿puedes hacer al menos eso? Bien, ahora aguanta un segundo mientras intento liberarte.

Resultó más fácil de lo que había pensado. A fin de cuentas, huesos y piel no pesan tanto, ¿verdad?

—Me llaman Cartógrafo —dijo el cadáver, intentando sin éxito sacudirse el polvo de los harapos que lo cubrían.

—Setoc.

—Encantado de conocerte.

—Pensaba que hacía que te sintieras desgraciado.

—La desgracia me resulta deliciosa.

Ella gruñó.

—Entonces aquí te sentirás como en casa. Sígueme.

—Estupendo, ¿adónde vamos?

—Vamos en pos de tu carromato. Dime, ¿están todos muertos como tú?

Cartógrafo pareció ponderar la cuestión, y finalmente dijo:

—Probablemente, pero será mejor que lo averigüemos. ¿Vamos?

Las hijas de Onos Toolan y Hetan no parecieron muy afectadas por la llegada de otro cadáver animado. Cuando Cartógrafo vio a Baaljagg, se detuvo y lo señaló, pero no dijo nada.

Setoc cogió al niño de la mano y lo acercó al caballo. Saltó a la grupa del animal y se inclinó para subir al chico.

Las gemelas volvieron a echar a andar siguiendo el rastro. Baaljagg las siguió.

—¿Sabías que los muertos también sueñan? —dijo Cartógrafo.

—No —dijo Setoc—. No lo sabía.

—Yo a veces sueño que me encontrará un perro.

—¿Un perro?

—Sí. Uno grande. Tan grande como ese.

—Bueno, parece que tu sueño se ha hecho realidad.

—Espero que no.

Ella le miró. Cartógrafo marchaba al lado del caballo.

—¿Por qué?

—Porque, en mi sueño, el perro me entierra.

Setoc volvió a pensar en aquella visión que había tenido, en la que Baaljagg escarbaba el suelo hasta sacarla, y sonrió.

—No creo que debas preocuparte por eso, al menos no con este perro.

—Espero que tengas razón. Sea como sea, tengo una pregunta.

Ella suspiró. *Un cadáver incapaz de tener la boca cerrada*.

—Adelante.

—¿Dónde estamos?

—En las Tierras Yermas.

—Ah, eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explica?

—Bueno, todo este… yermo.

—¿Habías oído hablar antes de las Tierra Yermas, Cartógrafo?

—No.

—Entonces, deja que te haga una pregunta. ¿De dónde venía tu carromato, y cómo es que no sabíais ni por qué tierra estabais viajando?

—Dado mi nombre, resulta bastante patético lo poco que sé. Por supuesto, esta tierra fue antaño un mar interior, pero lo mismo puede decirse de incontables cuencas en varios continentes. Así que esto no se puede considerar una brillante constatación de mi profesión. Por desgracia, desde

que morí, me he visto obligado a reevaluar incluso mis conocimientos más preciados.

—¿Llegarás alguna vez a contestar a mis preguntas?

—Nuestra llegada aquí fue repentina, pero maese Quell la juzgó propicia. El cliente expresó satisfacción y desde luego no poco asombro. Era preferible este reino echado a perder que cualquier tierra dentro de una espada maldita, y desde luego yo no seré quien ponga tal afirmación en duda, ¿verdad? Teniendo en cuenta lo que son los mapas, etcétera. Por supuesto, era inevitable que acabásemos bajando la guardia. Ah, mira ahí delante. Hay una amplia evidencia de ello.

Las huellas se desvanecían por unos quince o veinte pasos. Más adelante volvían a aparecer, rodeadas de un montón de desperdicios repartidos por todas partes, incluyendo la mitad de un eje.

Un caballo perdido y una rueda perdida tras ellos, medio eje por aquí… ¿cómo se las había arreglado el carromato para seguir adelante? ¿Y qué hacía? ¿Volar?

—Por todos los espíritus del Abismo, Cartógrafo… —Setoc se detuvo. Desde su altura en el caballo podía atisbar algo más adelante. La luz del día disminuía. *Y sin embargo*…— Lo veo.

Había dos tramos más sin huellas, y luego volvían a reanudarse en un lugar donde yacían varios trozos de un elegante carruaje. Vio un pedazo alargado de madera pintada, probablemente del techo. Lo recorrían varias hendiduras profundas, como si una mano imposible hubiese intentado hacer pedazos el carromato. El propio vehículo descansaba un poco más adelante, o al menos lo que quedaba de él. Las siluetas jorobadas de varios caballos muertos yacían a los lados del rastro.

—Cartógrafo…

—Nos atacó desde el cielo —replicó el cadáver—. ¿Era un dragón? Absolutamente no. ¿Un enkar'al? ¿Qué enkar'al sería capaz de levantar sin pestañear un carromato al completo con todos sus caballos? No, no era un enkar'al. En realidad yo solo presencié el primer ataque, pero dime, Setoc, ¿ves a alguien por aquí?

—Aún no —dijo ella—. ¡Stavi, Storii! No os alejéis. —Sujetó al chico y lo depositó sobre el suelo—. Voy a adelantarme un poco. Sé que está oscureciendo, pero mantén los ojos en el cielo. Ahí arriba hay algo.

En algún lugar, aunque esperemos que no muy cerca.

Notaba al caballo nervioso, reticente a acercarse al carruaje, aunque consiguió hacerlo obedecer.

Los otros animales habían sido hechos pedazos, los huesos astillados, tiras enteras de carne arrancadas. Los cubrían los mismos cortes pequeños pero profundos. *Garras. Enormes y mortalmente afiladas*.

Setoc encontró el primer cadáver. Era un hombre. Se había liado los extremos de las riendas a los antebrazos, y ahora sus brazos aparecían horriblemente dislocados, casi separados de los hombros. Algo le había hecho un tajo diagonal en la cabeza, Setoc supuso que desde arriba. Había atravesado su yelmo, llegado hasta un lado de la nariz y había vuelto a salir bajo la mandíbula. Solo le había dejado media cara. Justo detrás de él había otro hombre, limpiamente decapitado. Setoc no alcanzaba a ver su cabeza por ninguna parte.

Detuvo a la montura a un par de pasos del carruaje destruido. Era enorme, de seis ruedas, como si hubiera dado cobijo a la yurta de un clan con toda la familia dentro. El atacante había desmantelado sistemáticamente uno de los lados, como si no pudiese contener el ansia por entrar. Había manchas de sangre en los bordes del agujero que había abierto.

Setoc se encaramó para echar un vistazo dentro. Nadie. Pero había una masa húmeda amontonada en lo que ahora era el suelo del carro. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, y en cuanto lo hicieron, se echó hacia atrás ahogando un vómito. Eran entrañas. Uno de los ocupantes había sido destripado. ¿Dónde estaba el resto de la pobre víctima? Trepó a lo alto del carruaje y escrutó el resto del lugar.

Ahí. *Por lo menos la mitad superior del cuerpo*.

Entonces vio huellas, marcas en el suelo, tres o cuatro caminos que se unían hasta formar uno más ancho. Ese camino se alejaba de aquel desastre en dirección este. *Supervivientes*. *Sean quienes sean, ellos también deben de haber estado en plena huida; de lo contrario habrían hecho algo por los muertos. En cualquier caso, hubo algunos supervivientes... al menos durante algo más de tiempo*.

Se bajó del carruaje y se montó en el caballo.

—Lo siento, amigo, pero parece que eres el último.

Hizo que su montura girase y cabalgó de vuelta hacia los otros.

—¿Cuántos cuerpos? —preguntó Cartógrafo al verla llegar.

—Tres seguros. Hay huellas que se alejan.

—¿Tres, dices?

—Al menos que yo viera. Dos en el suelo y uno dentro del carruaje. O, mejor dicho, parte de él en el carruaje.

—¿Un hombre? ¿Un hombre dentro del carruaje?

—Sí.

—Oh, vaya. Eso es muy, pero que muy malo.

Reanudaron la marcha. Al pasar junto a los restos del carruaje, Cartógrafo se detuvo delante de cada una de las víctimas, y cada vez negó con la cabeza y murmuró algo en tono bajo, probablemente una plegaria. Setoc no estaba lo

bastante cerca como para oír lo que decía. Volvió junto a ella una vez que dejaron los restos tras ellos.

—Me encuentro en una suerte de encrucijada —dijo—. Por un lado, desearía haber presenciado esa pavorosa batalla, para haber tenido la oportunidad de ver la espada mortal de Trake en toda su magnificencia. Para haber visto la furia surgir desde las más profundas simas del alma del trell. Por otro lado, presenciar la muerte horrible de aquellos a los que había llegado a considerar amigos, bueno, habría sido horrible. Por más que me apene reconocerlo, conseguir lo que uno quiere no acarrea más que confusión. Resulta que lo que uno quiere no es de hecho en absoluto lo que uno quiere. Y es mucho peor cuando uno simplemente no sabe lo que quiere. Uno pensaría que a la muerte no han de importarle estas cuitas. Ojalá fuera así.

—Hay sangre entre estas huellas —dijo Setoc.

—No puedo decir que sea una sorpresa. Sin embargo, los supervivientes deben de haber conseguido ahuyentar al demonio, lo cual es una admirable gesta.

—¿Cuánto hace que pasó todo esto?

—No hace mucho. Yo llevaba en el suelo desde media mañana. Me imagino que los encontraremos…

—Ya los hemos encontrado —dijo ella—. Han acampado ahí.

Setoc podía ver el débil resplandor de un pequeño fuego. Varias figuras se pusieron de pie y miraron en su dirección. El sol estaba prácticamente a la espalda de Setoc y sus compañeros, así que imaginó que los desconocidos no veían más que siluetas. Levantó una mano en señal de saludo, y azuzó a su caballo con un suave toque de talones.

Dos de las figuras eran imponentes: una era ancha, bestial, con la piel de un lustroso tono caoba, su pelo recogido en trenzas aceitadas que caían sobre sus hombros. Enarbolaba una maza a dos manos. El otro era más alto, con

la piel tatuada a modo de las rayas de un tigre. Al acercarse, Setoc advirtió una mirada felina en su semblante, incluyendo dos ojos ambarinos divididos por pupilas verticales. Las dos pesadas espadas en sus manos estaban decoradas con las mismas líneas que su piel.

Los demás estaban a la vista, dos mujeres y un hombre joven y alto, de facciones alargadas, cuello estirado y cabellos rojizos. Un fruncimiento marcaba su alta frente sobre unos ojos oscuros y hostiles. Se mantenía ligeramente apartado de los demás.

Los ojos de Setoc volvieron a centrarse en las dos mujeres. Ambas eran pequeñas y orondas. No eran mucho mayores que la propia Setoc, aunque sus ojos se veían envejecidos, lúgubres y apagados a causa del trauma.

Otros dos supervivientes yacían cerca del fuego, bien dormidos o bien inconscientes.

El hombre más ancho fue el primero en hablar. Se dirigió a Cartógrafo en una lengua que Setoc no reconoció. El no muerto replicó en la misma lengua, y se volvió hacia Setoc.

—Mappo Runt te da un saludo y una advertencia. Alguien los está persiguiendo.

—Ya lo sé —dijo ella—. Cartógrafo, parece que tienes talento para los idiomas.

—Un don otorgado por el Embozado, para las tareas que me ha encomendado. Mappo me habla en dialecto daru, jerga de comerciantes. Lo hace para que sus compañeros comprendan sus palabras, puesto que son genabackan, aunque él no.

—¿Qué es él, pues?

—Es trell, Setoc.

—Y el de las rayas, ¿qué tipo de criatura es?

—Es la espada mortal de Trake.

—¿Y eso qué significa?

—Ah. Trake es el Tigre del Verano, un dios extranjero. Rezongo es el arma mortal elegida por el dios.

Aquel a quien Cartógrafo se había referido como Rezongo habló ahora, con sus fantasmagóricos ojos fijos en Setoc. Ella se dio cuenta de que no había guardado aún sus espadas, mientras que el trell sí que había bajado la maza.

—Setoc —dijo Cartógrafo después de que Rezongo terminara—. La espada mortal dice que eres la destriant de Fanderay y Togg, los Lobos de Invierno. En cierto modo, sois familia. Otro servidor de la guerra. Pero, aunque Trake te vea a ti y a tus señores como enemigos, no es el caso de Rezongo. De hecho, según dice, no tiene a su propio dios en muy alta estima, ni tampoco le place... bueno, lo que él denomina «maldición». En consecuencia, te da la bienvenida y te asegura que nada has de temer de él. Del mismo modo —añadió entonces Cartógrafo—, si es violencia lo que deseas, afirma que te concederá gustoso esos deseos.

El corazón de Setoc galopaba con fuerza en su pecho. De pronto notaba la boca seca. *Destriant. ¿He oído antes esa palabra? ¿No fue Toc quien me llamó así? ¿O fue alguien más*?

—No me interesa la violencia.

Cuando Cartógrafo tradujo su respuesta, Rezongo le echó una mirada al lobo no muerto que aguardaba entre las gemelas; el tupido lomo de Baaljagg era inconfundible. La espada mortal mostró por un momento unos colmillos impresionantes. Luego hizo un asentimiento y guardó sus armas. Entonces se quedó paralizado: el hermano de las gemelas había salido corriendo a trompicones directamente hacia él.

—¡Klavklavklavklavklav!

Setoc vio cómo el trell daba un respingo. Se volvió a mirar al chico, que ahora estaba plantado ante Rezongo con los brazos abiertos.

—Quiere que Rezongo lo coja en brazos —dijo Setoc.

—Estoy seguro de que Rezongo lo ha entendido —dijo Cartógrafo—. Desde luego es un chico valiente. La palabra que intenta pronunciar es imass. No sabía que semejantes cosas existían siquiera. Me refiero a niños imass.

Rezongo cogió al chico, que soltó un gritito de puro placer. Su risa llenó la noche. Setoc oyó el gruñido bajo de Baaljagg y lo miró por encima del hombro. Aunque la bestia no muerta no se había movido, las cuencas negras de sus ojos estaban clavadas, o al menos así parecía, en la espada mortal y el chico que sostenía.

—¿No te ha bastado morir una vez? —le preguntó al lobo gigante—. El cachorro no necesita ayuda.

Las gemelas se habían acercado a Setoc, quien ahora desmontó.

—No os preocupéis —les dijo.

—Madre decía que los gatos son uñas y dientes sin cerebro —dijo Storii, y apuntó a Rezongo con un dedo—. Tiene pinta de que su madre se acostó con un gato.

—A tu hermano no le da miedo.

—Es demasiado estúpido para tener miedo.

—Esta gente —dijo Setoc— ahuyentó al demonio del cielo, pero no lo mató. De haber sido así, habríamos encontrado su cadáver. ¿Qué sería más seguro, seguir con ellos o sin ellos?

—Ojalá estuviera aquí Toc.

—A mí también me gustaría, Storii.

—De todos modos, ¿adónde se dirigían? No hay nada en las Tierras Yermas.

Como toda respuesta a la pregunta de Storii, Setoc se encogió de hombros.

—Aún no lo sé, pero seguiré intentando averiguarlo.

Las dos mujeres se habían vuelto para seguir atendiendo a sus compañeros heridos. El hombre joven y alto

permaneció alejado, con aspecto nervioso. Setoc se acercó a Cartógrafo.

—¿Qué le pasa a ese hombre?

—Según me han dicho, siempre es un error de juicio contemplar a un tronco de los irregulares de Mott con desprecio. Amby está furioso, y su furia no es algo que desaparezca con rapidez. Su hermano está gravemente herido. De hecho, está cerca de la muerte.

—¿Y le echa la culpa a Rezongo o a Mappo por ello?

—No lo creo. Estoy seguro de que los dos que has mencionado lucharon con valentía contra el demonio del cielo. A buen seguro, la espada mortal ha nacido para ese tipo de encuentros. Pero ni Rezongo ni Mappo consiguieron alejar a la criatura. Los tronco desprecian todo lo que tenga que ver con demonios. Y una vez despierta su ira, resultan mortales para ese tipo de enemigos. Preciosa Dedal dice que es como una fiebre. Pero maese Quell sugiere que los tronco son ellos mismos fruto de la hechicería, quizás una creación jaghut que no salió como debía. ¿Explicaría eso el extravagante odio que sienten los tronco por los jaghut? Posiblemente. Sea como sea, fueron Amby y Jula Tronco quienes ahuyentaron al demonio. Sin embargo, el residuo de esa furia sigue ardiente en Amby, lo cual sugiere que se mantiene alerta en caso de que el demonio sea lo bastante necio como para pensar en volver.

Setoc escrutó al hombre con renovado interés y algo más que un poco de incredulidad. ¿Qué le había hecho al demonio, darle un mordisco con esas enormes paletas?

Entonces Cartógrafo dijo:

—Hace un rato mencionaste a Toc. Todos nosotros lo conocemos. De hecho, fue Toc el que nos guio desde el reino de Dragnipur. Y Regonzo, bueno, en su día se emborrachó junto a Toc Anaster, aunque es de suponer que eso fue antes de que a Toc lo matasen.

Las gemelas escuchaban con atención, y Setoc vio alivio en sus ojos. Más amigos de Toc. ¿Os basta con esto, niñas? Eso parece.

—Cartógrafo, ¿qué es una destriant?

—Bueno… destriant es aquel mortal que es elegido para llevar la piel de un dios.

—La… ¿la piel?

—¿Te parece demasiado poético? A ver, deja que piense… mira en los ojos de un millar de sacerdotes. Si entre esos mil hay un o una destriant, lo habrás de encontrar. ¿Cómo? La verdad está en sus ojos, puesto que al mirarlos, así contemplarás también los propios ojos del dios.

—Toc lleva el ojo de un lobo.

—Porque es el heraldo de la guerra.

Aquel nombre le dio escalofríos.

—¿Y por qué su otro ojo no es también el de un lobo?

—Era humano, estoy seguro.

—Exacto. ¿Por qué?

Cartógrafo cometió el error de rascarse la sien, y se llevó un buen trozo de piel arrugada debajo de las uñas. Agitó los dedos para lanzarla lejos, para dispersarla en la noche.

—Porque me imagino que los humanos son los verdaderos heraldos de la guerra, ¿no te parece?

—Puede. —Aunque no estaba segura—. Toc nos guiaba al este. Si es el heraldo de la guerra, como tú dices, entonces…

Cartógrafo asintió.

—Eso creo, Setoc. Te llevaba hasta un lugar y un momento en el que harás falta.

Como destriant de los Lobos de Invierno. Los dioses de la guerra. Miró hacia el lugar donde Baaljagg aguardaba, justo fuera del resplandor de la hoguera. Mortal, y mortalmente inmóvil, aquellos enormes dientes apenas asomaban, los ojos seguían para siempre vacíos.

La piel de la guerra.

Seré yo quien haya de llevarla. Su atención se centró en Rezongo.

—Cartógrafo.

—¿Sí?

—Rezongo dijo que no tiene a su dios en muy alta estima. Dice que define lo que es como una maldición.

—Cierto.

—Tengo que hablar con él.

—Por supuesto, Setoc.

La espada mortal se había sentado junto a la hoguera, con el chico encaramado a una de sus rodillas, sobre la que no dejaba de botar. Los tatuajes puntiagudos parecían haberse desvanecido levemente, al igual que las facciones felinas en su semblante. Ahora parecía casi humano, exceptuando los ojos. Su rostro evidenciaba un regocijo silencioso.

¿Qué pensaría Onos Toolan de todo esto? Toc, ¿nos estaban llevando hasta esta gente? Setoc suspiró. *La piel de la guerra. Los Lobos quieren que la lleve*.

Pero yo no quiero.

—Llévame con él, por favor.

Mappo echó una mirada y vio a aquella muchacha agacharse delante de Rezongo. Cartógrafo empezó a traducir. A buen seguro tenían mucho que discutir. Estaba a punto de estallar una guerra desconocida, un enfrentamiento de mortales desesperados y, quizá dioses desesperados a su vez. *¿Y qué pasa con Icarium? Viejo amigo, no debes tener lugar alguno en lo que está por venir. Si mueren miles de personas por tu mano, ¿qué funesto equilibrio quedaría destrozado? ¿Qué cruel destino acontecería? No. He de encontrarte y de llevarte lejos de aquí. Ya hay demasiados muertos en tu camino*.

Oyó un suspiro desastrado a su izquierda. Se inclinó y contempló a la mujer que yacía en uno de los sacos.

—Saldrás de esta, Vahído —dijo.

—Entonces… entonces…

—No le alcanzaste a tiempo. De haberlo hecho, ahora tú serías quien habría muerto, en lugar de maese Quell.

Ella se llevó su propia mano al rostro y se rascó la costra de sangre en las comisuras de la boca con las uñas.

—Habría sido mejor que hubiera muerto yo. Ahora no estaríamos perdidos.

Él pudo haber replicado algo. *Pero ahora estamos tan cerca… puedo sentirlo. Estamos casi ahí.* Aunque aquel era un pensamiento egoísta. Entregar a Mappo no era más que la mitad de la misión. *Estos pobres implicados necesitaban encontrar un camino que los lleve a casa, y ahora han perdido al único capaz de conseguir tal cosa*. Por eso no tuvo nada que decir ante la afirmación de Vahído.

—Me duele el pecho —dijo ella.

—El che’malle te clavó las garras muy profundo. Te he dado al menos trescientos puntos, desde el hombro derecho hasta tu costillar izquierdo.

Ella pareció reflexionar sobre aquello durante un momento, y entonces dijo:

—Entonces se acabaron las tetas saltarinas de Vahído.

—No las has perdido, si eso es lo que temes. Seguirán saltando, aunque quizás, eh… no a la par.

—Entonces es cierto que los dioses existen. Escucha… Preciosa Dedal, ¿sigue viva?

—Sí.

—Entonces aún tenemos una oportunidad.

Mappo hizo un gesto de dolor.

—Es joven, Vahído. Aún necesita entrenamiento…

—Hay una oportunidad —insistió Vahído—. Por los pezones negros de Beru, esto duele.

—Intentará usar sus poderes curativos dentro de un rato —dijo Mappo—. Mantener viva a Jula le ha costado toda su fuerza.

Vahído gruñó, y luego soltó un jadeo. Recuperándose, había dicho.

—Es lo que tiene la culpa.

Mappo asintió. Los hermanos tronco habían seguido a Preciosa Dedal hasta aquel grupo. Ella se había unido por puro capricho, o más bien, para ver hasta dónde llegarían sus dos futuros amantes por ella. Cuando el amor era un juego, la gente terminaba haciéndose daño; Preciosa Dedal había empezado a comprender hasta qué punto. *Los has llevado hasta el extremo, ¿verdad*?

Al mismo tiempo, sin los tronco ninguno de ellos seguiría vivo ahora. A Mappo todavía le costaba creer que los puños de un mortal pudieran hacer el daño que había visto infligir a Jula y Amby Tronco. Los dos se habían lanzado sobre el che'malle alado, y esos enormes nudillos lo habían golpeado con más fuerza que la propia maza de Mappo. Había oído cómo se partían los huesos bajo el impacto de esos golpes, y los jadeos de dolor y sorpresa del che'malle. Cuando atacó con las garras, lo hizo con una desesperación nacida de la mera autodefensa, un pánico ciego que buscaba alejar de él a sus frenéticos atacantes. Las garras de la criatura, cada una tan larga como una cimitarra semk, se habían hundido en la espalda de Jula. Lo habían atravesado y las puntas habían acabado saliendo por su pecho. El che'malle había lanzado lejos de sí a Jula, en el preciso momento en el que los puños de Amby restallaban contra su garganta. Aquellos golpes habrían podido aplastar el cuello de un caballo, y al che'malle le hicieron el suficiente daño como para que se alejase por el aire con un atronador batir de alas. Aún tuvo tiempo la criatura de un último tajo antes de elevarse, que le hizo un arañazo a Amby.

Rezongo, que parecía haber sido el objetivo principal del che'malle, había quedado rezagado en su primer ataque, y los demás lo habían dado por muerto. En aquel momento regresó como una aparición envuelta en la ira de su dios. Su cuerpo adoptó la forma de un enorme tigre, su figura extrañamente emborronada excepto las líneas que se retorcían como lenguas de fuego negro, y se lanzó por el aire en un esfuerzo por atrapar al che'malle y obligarlo a descender. Sin embargo, la criatura lo esquivó y se alejó por el cielo.

En cuanto la furia de Rezongo se aplacó y recuperó más o menos su forma humana, Mappo le oyó decir que su primera batalla había tenido lugar en el cielo sobre las Tierras Yermas. El che'malle no había conseguido matarlo, así que lo arrojó desde las alturas. Rezongo había vuelto a su forma soletaken en plena caída. Ahora tenía moratones y articulaciones doloridas, pero Mappo sabía que la caída debía de haberlo matado. *Se salvó por intervención de Trake. No hay otra explicación posible*.

Volvió a pensar en aquella horrible criatura. Estaba seguro de que era algún tipo de creación de los k'chain che'malle, aunque nada que él o aquellos con mayor conocimiento sobre aquella raza ancestral hubiese visto antes. Tenía el doble del tamaño de un cazador k'ell, aunque era más escuálido. La magnitud de sus alas rivalizaba con la de un eleint de mediana edad, aunque los dragones usaban esas alas para impulsarse y maniobrar en el aire a través de su hechicería, que era lo que efectivamente cargaba con el peso del dragón. En cambio, el che'malle las usaba para elevarse en el aire, y su peso no era más que una fracción del peso de un eleint. Dioses, qué rápido era. ¡Y qué fuerza! En su segundo ataque, con Rezongo fuera de combate, el che'malle se había limitado a levantar todo el carruaje en el aire, caballos incluidos. Si el techo del carruaje no se

hubiera hecho pedazos entre sus garras, la bestia los habría arrastrado por el cielo hasta que hubiera podido soltarlos desde una altura mortal. Simple y efectivo. El che'malle había intentado aquella maniobra otro par de veces antes de lanzarse sobre ellos.

Por desgracia para él.

Y para nosotros, hay que admitirlo. Glanno Lona había muerto, como también lo había hecho Reccanto Índole. Y, por supuesto, maese Quell. Cuando Mappo se había subido al carruaje para sacar a Preciosa Dedal, había visto que estaba presa de la histeria. Quell se había interpuesto entre ella y el ataque del che'malle, que se había limitado a destriparlo. Si los tronco no hubieran saltado sobre su lomo en aquel momento, también la habría muerto. Mappo aún tenía arañazos en las muñecas y las manos, fruto del terror ciego de la mujer.

El carruaje había quedado en un estado más allá de toda reparación posible. No les había quedado más opción que seguir a pie y llevarse a los heridos, la amenaza de otro ataque pendiendo sobre sus cabezas.

Aun así, creo que los tronco le hicieron mucho daño.

Ese che'malle no nos estaba esperando a nosotros. Su ataque fue oportunista, ¿qué otra cosa si no? No, a la criatura le esperan otras tareas. Por lo que sé, podría incluso estar buscando a Icarium, lo cual es una posibilidad demasiado terrible para considerarla incluso. Sea como sea, esperemos que haya llegado a la conclusión de que somos unas presas demasiado difíciles. Sus ojos vagaron hasta su maza, que yacía en el suelo cerca de su mano. Había conseguido darle un buen golpe al che'malle, tan fuerte como para hacerlo retroceder un paso. Había sentido como si hubiese golpeado un obelisco de hierro. Todavía le dolían los hombros. *El ojo siempre sigue avanzando más allá del objetivo del golpe. Cuando fallas, la sorpresa te recorre todo*

el cuerpo, por cada músculo y cada hueso. No recuerdo la última vez que sentí un fracaso más atroz.

—¿Quiénes son esos desconocidos? —preguntó Vahído.

—No estoy seguro —suspiró Mappo—. Los acompaña un ay no muerto.

—¿Un qué?

—Un lobo de antaño, de la era de los imass. Su linaje se remonta a la creación de los Mastines de Sombra… pero no de los Mastines de Oscuridad. Aquellos venían de un linaje de osos de las llanuras. Lo que los imass bentract llamaban Ty'nath okral.

—¿Un lobo no muerto?

—¿Disculpa? Ah, sí. Cuando vivía lo denominaban ay. ¿Y ahora? Quizás maeth ay, un nombre de podredumbre y putrefacción. O podrías llamarlo oth ay, en referencia a su estado esquelético. Yo, en cambio, prefiero llamarlo T'ay, que vendría a significar ay roto…

—Mappo, me da igual cómo lo llames. Es un lobo no muerto. Podría ser la mascota de Cartógrafo. Ha vuelto, ¿verdad? Estoy segura de haberle oído…

—Sí. Ha sido él quien ha traído a los otros hasta aquí. Ahora hace las veces de traductor.

—¿No hablan daru? Bárbaros…

—Y sin embargo, dos de ellos, dos niñas gemelas, poseen sangre daru. Estoy casi seguro de ello. Y ese niño colgado de Rezongo tiene algo de imass en él. Más de la mitad, diría. Así que o bien su madre o su padre eran barghastianos. Y su líder, cuyo nombre es Setoc, y a quien Rezongo ha denominado destriant de los lobos, me recuerda a una kanesiana, aunque no lo sea. Hay frescos en las tumbas más antiguas de la costa norte de Siete Ciudades que representan gente con facciones muy parecidas a la suya, de la época en la que las tribus salieron del desierto, diría.

—Estás intentando mantenerme despierta, ¿verdad?

—Caíste sobre la cabeza, Vahído. Has pasado un tiempo hablando en idiomas desconocidos.

—¿Que hice qué?

—Bueno, hablabas con una mezcla de idiomas. Pude identificar unos dieciséis, y algunos que no fui capaz de entender. Una demostración extraordinaria, Vahído. Hay una erudita que afirma que poseemos todos los idiomas dentro de nuestra mente, y que tenemos un potencial que puede abarcar unos diez mil idiomas. Habría estado encantada de presenciar tu exhibición. Conozco a un estudioso del cuerpo humano que vive en Ehrlitan y gusta de diseccionar cadáveres, que afirma que el cerebro no es más que una masa enmarañada de cadenas. La mayoría de los eslabones están sellados, pero otros no. Algunos pueden abrirse y volver a ajustarse. Una herida grave en la cabeza, según afirma él, puede dar como resultado que uno de esos eslabones se rompa, lo cual suele ser permanente, aunque en raras ocasiones se cierra un nuevo eslabón. Cadenas, Vahído, atrapadas en nuestros cráneos.

—Aunque supongo que no tienen aspecto de cadenas, ¿verdad?

—No, por desgracia, no. Esa es la maldición de la teoría que no está apegada a la observación física. Por supuesto, Icarium diría que no siempre ha de probarse la teoría únicamente en términos de la mera observación pragmática. A veces, diría Icarium, la teoría ha de ser interpretada de un modo más poético, quizá como una metáfora.

—Tengo una metáfora para ti, Mappo.

—¿Ah, sí?

—Una mujer yace en el suelo con el cerebro atontado, mientras un trell peludo y colmilludo a su lado le habla de posibles interpretaciones de teorías. ¿Qué significa la metáfora?

—No lo sé, pero sea lo que sea, creo que no cuenta como metáfora.

—Seguro que tienes razón, porque ni siquiera sé qué significa la palabra metáfora, a decir verdad. Intentemos otra cosa: la mujer escucha toda la cháchara, pero sabe que su cerebro está atontado. Pero, ¿cómo de atontado está su cerebro? ¿Estará quizá tan atontado que solo cree estar oyendo a un trell peludo hablar de filosofía?

—Ah, te refieres a una tautología, entonces. Un tipo de verdad imposible de probar, aunque en puridad podría ser algo completamente diferente. Es cierto que a veces me pongo filosófico, pero no me llamaría a mí mismo filósofo. La distinción, estoy seguro, es importante.

—Si de verdad quieres mantenerme despierta, Mappo, búscate otro tema.

—¿Crees que Preciosa Dedal es capaz de llevarte de vuelta a Darujhistan?

—Si no lo es, estamos atrapados aquí, así que más nos vale ir aprendiendo el idioma de Setoc. Aunque supongo que ella tampoco es de aquí, ¿verdad? Esta tierra está maldita. Quell dice que ha sido desangrada, agotada. Nadie puede vivir aquí.

—La ropa que lleva Setoc es barghastiana —dijo Mappo. Se rascó la pelambrera de la barba—. Y dado que ese chico tiene, según creo, sangre barghastiana… —Mappo alzó la voz y llamó a Setoc en barghastiano—. ¿Compartimos este idioma, destriant Setoc?

Los cuatro recién llegados se giraron ante su pregunta, y Setoc dijo:

—Eso parece.

—Buena suposición —dijo Vahído.

—Observación y teoría —replicó Mappo—. Ahora, será mejor que descanses un rato. Voy a enterarme de la historia de estos desconocidos. Pronto volveré para despertarte.

—Me muero de ganas —murmuró Vahído.

—Si no hay otra solución —aventuró el yunque del escudo Tanakalian—, ¿qué nos queda, entonces? Hemos de continuar por la senda que conocemos, al menos hasta que se presente otra alternativa.

Fijó la mirada en el séquito de la reina Abrastal. Se acercaban a lomos de una docena de caballos, en un galope sostenido a través del terreno accidentado. Los pendones sobre los jinetes se agitaban como aves empaladas.

A su lado, la espada mortal Krughava cambió de posición sobre su silla de montar. El cuero crujió, y el hierro hizo un chirridito.

—Esta ausencia es desasosegante —dijo—. Se inclina hacia nosotros, sire.

—Entonces haced vuestra elección, espada mortal. Acabad con esto.

Su expresión se oscureció bajo el borde del yelmo.

—¿De verdad es ese vuestro consejo, yunque del escudo? ¿Así de desesperada y descuidada he de actuar, según vos? ¿Habré de tragarme mi insatisfacción? Ya he hecho esto una vez, sire, y empiezo a arrepentirme de ello.

¿Una vez? Maldita bruja despreciable. Pensé que esa máscara amargada que llevas era tu rostro verdadero. Ahora me dices que fui una decisión tomada sin confianza. ¿Acaso te convenció aquel anciano? Pero, entre tú y yo, mujer, solo yo fui testigo de su amargo pesar al final. Así que, en tu mente, él sigue apoyándome. Pues que así sea.

—Espada mortal, me apena oíros hablar así. No sé en qué os he fallado, ni qué modo de compensaros habré de tener disponible.

—Mi indecisión, sire, os empuja a la impaciencia. Me instáis a actuar sin reflexionar, pero si la elección de una

nueva destriant no requiere reflexión, ¿qué la requiere? Parece que, para vos, no se trata más que de un título, responsabilidades a las que uno se acostumbra, por así decir. Pero la realidad es bien distinta: el título solo aguarda a aquellos que se hayan convertido en personas dignas de responsabilidad. De vos recibo únicamente la irritación de un hombre joven convencido de estar en lo cierto, como lo suelen estar la mayoría de los hombres jóvenes, una convicción que normalmente os empuja a sufrir impulsos poco meditados y a seguir malos consejos. Ahora os pido que guardéis silencio. La reina está llegando.

Tanakalian se esforzó por ocultar su furia. Puso todo su empeño en mantener un semblante carente de expresión frente a los jinetes bolkando. *Me atacas justo antes de este parlamento para probar mi autocontrol. Ya me conozco todas tus tácticas, espada mortal. No habrás de derrotarme.*

La reina Abrastal no quiso perder tiempo:

—Nos hemos reunido con un emisario saphii. Me complace informaros que llegan nuevos suministros, y a un precio razonable, me permito añadir. Han sido muy generosos considerando la situación.

—Muy cierto, majestad —dijo Krughava.

—Aún más —continuó Abrastal—, los saphii han avistado las columnas del ejército malazano, casi en el extremo norte de las montañas saphii, de camino al borde de las Tierras Yermas. Han llegado a buena velocidad. Una escolta curiosa acompaña a vuestros aliados, nada menos que el príncipe Brys Beddict al mando de un ejército letherii.

—Ya veo —dijo Krughava—. Y ese ejército letherii ahora marcha mucho más allá de las fronteras de Lether, lo cual sugiere que los mueve algo más que la mera precaución.

Los ojos de la reina se estrecharon.

—Como he dicho, es una escolta de lo más curioso, espada mortal. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Me

resulta obvio que, de todas las lumbreras involucradas en esta aventura, soy la única que sigue sumida en la ignorancia.

—¿Majestad?

—Bueno, todos estáis marchando a algún sitio, ¿sí? Nada menos que hacia las Tierras Yermas. O mejor dicho, a través de ellas y hacia Kolanse. Las advertencias que os he hecho acerca de la lúgubre, no, mejor dicho, terrorífica situación de ese lejano país parecen haber caído en saco roto.

—Al contrario, reina Abrastal —dijo Krughava—. No hacemos más que tenerlas en cuenta. Tenemos en gran estima vuestras advertencias.

—En ese caso, respondedme: ¿vuestra marcha responde a un ansia de conseguiros un imperio? Ahora que Kolanse está debilitado por rencillas internas, hambrunas y sequías, no debe de ser una conquista difícil. Con toda seguridad no consideráis que un pueblo tan atribulado sea el mayor de vuestros enemigos. Ni siquiera habéis estado antes allí. En caso de que os preguntéis —añadió—, qué hago aún con vosotros y los khundryl, tan lejos de mi propio reino y aún a semanas de vuestro gran parlamento con la consejera, quizás ahora podáis presuponer cuáles son mis razones.

—¿Curiosidad? —preguntó Krughava, las cejas alzadas.

Un relámpago de irritación cruzó las facciones de Abrastal. *Sí, reina, sé cómo os sentís*.

—Inquietud sería una palabra más adecuada. Como corregente de Bolkando, me compete la responsabilidad de tener sujetas las riendas de mi pueblo. Soy muy consciente de la tendencia humana hacia el caos y la crueldad. El propósito último del gobierno, tal y como yo lo entiendo, es forzar al pueblo a la civilidad. Para conseguir esto, he de empezar yo misma a comportarme así. ¿Quizá me inquieta la posibilidad de estar ayudando a una horda de rabiosos

conquistadores? ¿Está mi conciencia tranquila sabiendo que estoy ayudando a la invasión de un país lejano?

—A cambio de enormes beneficios de nuestra parte —dijo Krughava—. Se podría decir que habéis adquirido mucha civilidad, para vos y para vuestra gente. Y añadiría que lo habéis hecho sin el menor coste o carga para vos.

Ahora Tanakalian podía ver que la reina estaba genuinamente enfadada. Aquella mujer dura y de ojos claros, sentada a horcajadas en su caballo como si de un soldado más se tratase. Una verdadera gobernante de su pueblo. Una verdadera servidora, también.

—Espada mortal, de lo que hablo es de mi conciencia.

—Yo pensaba, majestad, que una suficiente cantidad del pago acordado puede salvar lo que sea. ¿Acaso no es esa la creencia que domina en Lether y Saphinand, así como en Bolkando?

—Entonces, ¿es cierto que ansías atacar al pobre pueblo de Kolanse?

—Si así fuera, majestad, ¿no sería acaso un alivio para vos? A fin de cuentas, incluso sin los malazanos, somos un ejército a los mismos pies de vuestra capital. Si quisiéramos conquistar un reino... bueno, el vuestro estaba completamente a nuestro alcance, sin necesidad de continuar la marcha ni las incomodidades que acarrea. Y en cuanto a los malazanos, bueno, acaban de concluir con éxito la conquista del Imperio de Lether. Si quisieran habitarlo, sería un nido de lo más opulento.

—¡A eso precisamente me refiero! —espetó Abrastal. Se arrancó el yelmo, y una cascada de pelo rojo y sudado cayó sobre sus hombros—. ¿Por qué Kolanse? ¿Qué hay en Kolanse, en el nombre del Errante, que os interese?

—Majestad —dijo Krughava, impertérrita ante el desacostumbrado exabrupto de la Reina—, la respuesta a esa pregunta os pondría en una situación difícil.

—¿Por qué?

—Porque me habláis de conciencia. Al no aclararos el motivo que nos mueve, majestad, os dejamos el consuelo de la consideración única y principal para con vuestro pueblo. Sois su reina, a fin de cuentas, y ahí reside la diferencia crucial entre nosotros. Los perecederos no tenemos más responsabilidad que para con nosotros mismos y para con el propósito de nuestra existencia. Lo mismo pasa con el caudillo Hiel y los lágrimas quemadas. Y por último y más importante, los Cazahuesos se encuentran en la misma circunstancia. —Ladeó un poco la cabeza—. El príncipe Brys, sin embargo, puede encontrarse pronto ante una decisión difícil: volver a Lether o continuar acompañando a la consejera y sus aliados.

—Así que —replicó Abrastal—, al serviros a vosotros mismos y a nadie más, ¿estáis preparados para llevar la penuria y el sufrimiento a un pueblo que ya está roto?

—Aunque no es ese nuestro deseo, majestad, puede que acabe siendo el caso.

En el tenso silencio que siguió, Tanakalian vio cómo los ojos de la reina perdían toda expresión. Lentamente, un fruncimiento anudó su ceño. Nubes de una incerteza escurridiza cubrieron su semblante.

—No me vas a dar ninguna explicación, ¿verdad, espada mortal?

—Decís verdad, majestad.

—Y tú dices que no servís a nadie más que a vosotros mismos. Semejante afirmación se me antoja falsa.

—Siento que penséis así —replicó Krughava.

—De hecho —prosiguió Abrastal—, empiezo a pensar que se trata justo de lo opuesto.

La espada mortal no dijo nada.

Decís verdad, majestad, respondió Tanakalian en una burla silenciosa de las palabras de Krughava. *Lo que*

hacemos no sirve a nuestros propósitos, sino al de todos vosotros. ¿Cabe algo más glorioso? Y si hemos de caer, si hemos de fallar, como estoy convencido de que sucederá, ¿qué final hay más dulce que ese? El fracaso más grande que el mundo haya visto jamás.

Sí, todos hemos oído hablar de la caída de Coltaine a las afueras de Aren. Pero lo que nos aguarda al final de nuestros días hará empalidecer esa historia. Pretendemos salvar el mundo, y el mundo piensa hacer todo lo que esté en su mano para detenernos. Mirad cómo perdemos. ¡Mirad cómo estrujamos la sangre de vuestro pétreo corazón!

Pero no. No habrá de haber testigos. Si la misma existencia puede tildarse de poética, habremos de mantenernos en silencio, siervos inquebrantables del anonimato. Nadie nos verá, nadie sabrá nunca. No habrá ninguna tumba, ni se levantará lápida alguna que arroje sombra sobre nuestros huesos desparramados, ni colina, ni tumba. Habremos de descansar en el vacío, nunca olvidados, pues el olvido es una prerrogativa del recuerdo, y no habrá habido nunca recuerdo de nosotros.

Su corazón atronaba con la deliciosa belleza de toda la situación. *El héroe perfecto es aquel cuyo heroísmo nadie ve. La gloria más preciosa es aquella que se pierde en vientos sin sentido. La virtud más grande es aquella que permanece para siempre oculta en sí misma. ¿Lo comprendes, espada mortal? No, por supuesto que no.*

Se ruborizó de pura satisfacción al ver a la reina Abrastal coger sus riendas y girar el caballo de un violento tirón. Todo su séquito se apresuró a seguirla. El suave galope fue reemplazado por un atropello deslavazado que retorció a sus tropas como una mano que doblase un trozo de tela. Todos se apresuraron a seguir a su reina.

—Concededme vuestra sabiduría, yunque del escudo.

Aquella seca petición le hizo dar un respingo. El golpe de calor en su cara alimentó de repente sentimientos oscuros.

—Nos van a dejar, espada mortal. Los bolkando han terminado con nosotros.

—¿Cuánto he de esperar? —resopló ella.

—¿Para qué, espada mortal?

—Para que mi yunque del escudo demuestre algo de sabiduría.

Estaban completamente solos.

El campamento perecedero se abría a su espalda.

—Parece que soy incapaz de decir algo que os plazca, espada mortal.

—La reina Abrastal necesita conocer nuestras intenciones. No puede simplemente dejarlo correr. Seguirá en sus trece, a la espera de que la consejera Tavore satisfaga sus deseos.

—¿Y lo hará?

—¿Vos qué pensáis, yunque del escudo?

—Creo que la reina Abrastal se va a sentir muy frustrada.

—Por fin. Así es.

—La consejera es muy egoísta —dijo Tanakalian.

La cabeza de Krughava se volvió hacia él de un latigazo.

—¿Perdón?

—Podría invitar a otros a compartir esta gloria. La legión Puaeterna de la reina parece ser un ejército formidable. Están bien entrenados y parecen capaces de seguirnos el paso… no como los soldados del conquistador Avalt. Si estuvieran a nuestro lado en Kolanse…

—Sire —interrumpió la espada mortal—. Si la consejera es egoísta, por lo que evidentemente pensáis que es un éxito heroico, quizás os vendría bien considerar su egoísmo como parte de una compasión sin precedentes.

—Soy consciente del más que probable resultado de esta empresa, espada mortal. Quizá más incluso que vos. Sé de

las almas que me esperan, veo sus caras mortales todos los días. Veo la esperanza que han depositado en mí. Tampoco me preocupa que lo que vamos a hacer no sea presenciado por nadie, puesto que yo mismo seré testigo junto con nuestros hermanos y hermanas. Cuando hablaba del egoísmo de la consejera, no lo decía como una crítica; al contrario; me refería a que es un privilegio que nos permita a los yelmos grises compartir su destino.

Los ojos azul claro de Krughava estaban fijos en él, calculadores, pensativos.

—Ya os entiendo, sire. Auguráis la muerte de los yelmos grises. Cuando los miráis y nada veis más que sus almas a punto de seros entregadas, ¿qué creéis que ven ellos al mirar en los ojos de su yunque del escudo?

—A todos ellos habré de honrar —replicó Tanakalian.

—¿Lo haréis?

—Por supuesto. Soy el yunque del escudo…

—¿Abrazaréis el alma de cada uno de vuestros hermanos y hermanas? ¿Sin juicio alguno? ¿Y qué pasa con vuestros enemigos, sire? ¿También los habréis de tomar en vuestros brazos? ¿Aceptaréis que el sufrimiento desafía todas las barreras y que el dolor no marca línea alguna en la arena?

Él se había quedado en silencio. ¿Qué iba a responderle? Vería enseguida la mentira. Apartó la mirada.

—Soy el yunque del escudo de los yelmos grises perecederos. Sirvo a los Lobos de Invierno. Soy la carne mortal de la guerra, no la espada en su mano. —Le echó una mirada por encima del hombro—. ¿Creéis que amenazo vuestro trono, espada mortal? ¿Se trata de eso?

Los ojos de ella se ensancharon.

—Me habéis dado mucho para considerar, yunque del escudo. Ahora, dejadme.

Tanakalian caminó de vuelta al campamento. Dio una honda inspiración y la dejó salir entre temblores. Era

peligrosa, pero eso era algo que él siempre había sabido. *Está convencida de que podemos ganar. Bueno, supongo que eso es lo que debe pensar la espada mortal. Bien puede hacerse ilusiones, a buen seguro les vendrá bien a nuestros hermanos y hermanas cuando los lobos aúllen. Yo, por mi parte, no puedo ser tan ciego, ni desafiar voluntariamente la realidad*.

Podemos soportar esta rivalidad entre los dos, espada mortal. Acataré tu parecer en cuanto a no elegir a ninguna destriant. ¿Por qué habría de compartir la gloria? ¿Para qué embrollarlo todo?

La conversación había sido difícil y agotadora, pero había sobrevivido.

Sí, ahora nos comprendemos el uno a la otra.

Todo va bien.

Después de que el yunque del escudo se hubiera ido, la espada mortal se quedó en el sitio durante un rato, los ojos fijos en la claridad que se asomaba en el cielo al este. Entonces se volvió e hizo un gesto con una mano embutida en un guantelete. Un mensajero se acercó a toda prisa.

—Envía este mensaje al caudillo Hiel: voy a visitarlo esta noche, una campanada después de la cena.

El soldado hizo una reverencia y se alejó.

Ella volvió a contemplar el horizonte al este. Las montañas que rodeaban el reino de Saphinand formaban un muro escarpado al norte, pero en el lugar donde nacía la oscuridad no se atisbaba más que planicie. Las Tierras Yermas.

Le sugeriría a Hiel que aumentasen el ritmo de la marcha, y que fueran tomando suministros de los comerciantes saphii a medida que avanzasen. Era perentorio que llegasen

a la consejera lo antes posible. Aquel era uno de los temas que quería discutir con Hiel. Había otros.

Le esperaba una noche larga y desvelada.

El caudillo gilk hizo una mueca al ver a la reina Abrastal cabalgando hacia el campamento. Pelofuego, no había duda. Las llamas parecían listas para brotar de ella de cualquier sitio que un hombre con algo de imaginación pudiese pensar. Y por supuesto, él era un hombre con imaginación. Pero una mujer como aquella, bueno, estaba demasiado lejos de su alcance, lo cual era una pena, en su opinión.

Spultatha había salido de la tienda a su espalda y ahora se asomó a su derecha. Sus ojos, tan parecidos a los de su madre, se estrecharon al contemplar el avance de la mujer.

—Problemas —dijo—. No te acerques a ella, Spax, al menos por esta noche.

La mueca de él se acentuó.

—No creo que sea posible, gata salvaje.

—En ese caso eres un necio.

—Mantén las pieles calientes —dijo, y echó a andar hacia el pabellón de la reina. Soldados de la legión Puaeterna lo vieron pasar desde sus puestos. Él se encontró pensando en un cachorro de león que había visto una vez en el campamento de otro clan. Había disfrutado de la libertad del clan, y estaba habituado a menearse por entre las jaulas llenas de perros de caza. Aquello volvía locas a las bestias, que se abalanzaban con un ansia estúpida contra los barrotes de hierro. Spax siempre había admirado a aquel león, aquel trote desenfadado, aquella lengua colgante y aquel picor que siempre lo hacía detenerse justo delante de las jaulas para rascarse a gusto y soltar un largo bostezo.

Que los ojos lo siguieran, que resplandecieran bajo los bordes de los yelmos. Sabía que aquellos soldados querían

medirse contra los rostros blancos barghastianos. Contra los gilk, que no tenían rival entre ninguna infantería pesada en todo el mundo civilizado. Sin embargo, había pocas posibilidades de que lo consiguieran. Lo único con lo que podían conformarse era con caminar a su lado, lo cual daba pie a una competición que los gilk entendían a la perfección.

Ahora veremos qué es lo que acontecerá. ¿Marcharemos todos hacia un campo de batalla contra un enemigo? ¿Quién será el más rápido? ¿Puaeternas, yelmos grises, khundryl o gilk? Ja. Spax llegó al cordón interior y emitió un gruñido cuando el último de los guardias del exterior del pabellón se apartó a un lado. Se acercó al corredor de muros de seda con sus tonos pálidos y sus quinqués. Como siempre le pasaba, le pareció que estaba atravesando el propio color, suave y seco y extrañamente fresco, un sabor detrás de otro.

Uno de sus tenientes de confianza aguardaba de pie junto a la última puerta. Spax se acercó y el teniente meneó la cabeza.

—Sea lo que sea, ¿no puede esperar, caudillo?

—No, Gaedis. ¿Qué pasa, se está dando un baño?

—Si lo está, el agua debe de haberse evaporado hace rato.

¿Qué le había dicho aquella mujer de hierro a Abrastal?

—¿Tienes las suficientes agallas para anunciarme, Gaedis?

—No son las agallas las que me hacen decir que sí, caudillo, pero la estupidez me ha mantenido vivo hasta ahora, y soy hombre conservador.

—Mi oferta sigue en pie —dijo Spax.

—Dudo que mi reina apreciase que uno de sus lugartenientes despreciase todo esto y lo cambiase por llevar conchas de tortuga y bailar desnudo a la luz de la luna.

Spax sonrió.

—Nos has visto hacerlo, ¿verdad?

Gaedis asintió.

—Era todo un espectáculo. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué queréis decir, caudillo?

—La patulea de eruditos de la reina. Nos inventamos un baile para darles algo sobre lo que escribir y debatir su significado durante el resto de sus huecas e inservibles vidas. Por todos los espíritus del Abismo, las pelotas se le ponen a uno del tamaño de uvas en el frío de la noche. ¿Por qué creías que dábamos esos saltos sobre el fuego?

Después de perforarlo con la mirada por unos momentos, Gaedis se dio media vuelta y desapareció tras el visillo.

Spax se rio para sí.

La voz amortiguada de Gaedis lo invitó a pasar en presencia de su majestad. ¿Estará desnuda en un barreño?, se preguntó Spax. *Bah. Los dioses nunca se muestran tan favorables*.

Se la encontró de pie, sin armadura, con el largo pelo aún enmarañado del camino. Sus ropajes acolchados se apretaban contra sus curvas

—Si los ojos fueran de pintura —dijo Abrastal—, ahora mismo estaría chorreando. Bárbaro bastardo. ¿Qué es tan importante que te atreves a importunarme?

—Solo una cosa, majestad —replicó Spax—. Esa mujer ha arrancado chispas de voz y quiero saber cómo lo ha hecho, y por qué.

—Ah, tenéis curiosidad, entonces.

—Así es, Pelofuego.

—Si no fuera porque vuestros guerreros rabiosos se me quejarían, haría que os estrangularan con vuestras propias entrañas, y quizá, solo quizás, eso satisfaría lo que me apetece hacer en este momento. La arrogancia es muy extraña, Spax. Cuando no alcanza, divierte, y cuando lo

hace, pincha. En el nombre del Errante, ¿qué te ha hecho pensar que satisfaría tu mierda de curiosidad?

Spax echó una mirada a Gaedis, vio la cara del hombre y aquella expresión que parecía tallada en piedra. Cobarde.

—Majestad, soy el caudillo de los gilk. Cada día soporto el asedio de los líderes de los demás clanes, por no mencionar la osadía de los guerreros más jóvenes, que le declararían la guerra al viento si tuvieran la menor oportunidad de ganar. No se quejan del pago, majestad, pero quieren pelea.

—Bolkando está en paz —replicó Abrastal—. Por fin, lo estaba cuando os contratamos y ahora lo vuelve a estar. Si era guerra lo que queríais, Spax, deberíais haberos quedado con los otros rostros blancos, ya que se les ocurrió saltar con los dos pies sobre un avispero. —Se le puso delante, y Spax vio todos los lugares donde le gustaría poner las manos, si pudiera. La expresión de la reina se oscureció—. Eres un caudillo, como dices. Un título orgulloso, cargado de responsabilidad, o al menos eso se diría. ¿Te sientes asediado, Spax? Asúmelo.

—No me quedan muchas flechas en el carcaj, majestad.

—¿Y yo te parezco un flechero?

—Parecéis alguien que tiene algo en la mente. —Spax abrió sus anchas y callosas manos—. No sé nada de esos yelmos grises perecederos, pero sí sé de la orden, majestad…

—¿De qué orden?

—El culto guerrero de los lobos. Un capítulo de ese culto defendió el asedio de Capustan. Los llamaban los espadas grises.

Abrastal lo escrutó por unos momentos, y luego suspiró.

—Gaedis, abre un jarro de vino, pero ni se te ocurra servirte a ti. Aún estoy enfadada contigo por permitir que este perro ovejero te haya convencido con sus lloriqueos de que lo dejes pasar a mi presencia.

El teniente hizo un saludo y se acercó al mueble de madera profusamente decorada que contenía una docena de ánforas. Sacó un pequeño cuchillo y estudió las marcas anotadas en los cuellos polvorientos de las botellas.

—Cultos, espadas mortales, yunques del escudo y dioses lobo —murmuró Abrastal, y negó con la cabeza—. Todo esto apesta a fanatismo, y bien que se ajusta a mis impresiones tras el parlamento de esta tarde. ¿Es la guerra lo único que buscan, Spax? ¿Una guerra contra quien sea?

El caudillo observaba mientras Gaedis seleccionó un jarro y, con un movimiento experto del cuchillo, le sacó el corcho.

—Impresionante, teniente. ¿Os enseñan esas cosas entre las prácticas de esgrima sin manos y las de cabalgar hacia atrás?

—¡Préstame atención! —ladró Abrastal—. ¡Te he hecho una pregunta, miserable isla de garrapatas!

Spax volvió la cabeza con una mezcla de deferencia y divertida insolencia. Cuando vio el fuego que ardía en sus ojos, mostró los dientes y soltó:

—Mientras sigáis empeñada en escupir insultos, majestad, seguiré siendo una isla y nada más. Que los mares lancen cuantas olas quieran, las piedras no se inmutarán.

—Por el cagadero del Errante, ¡échame vino, Gaedis!

El vino fluyó.

Abrastal fue hasta su catre y se sentó sobre él. Se restregó los ojos con las palmas de las manos, y levanto la vista justo a tiempo de aceptar el cáliz. Dio un hondo trago.

—Otra, maldita sea.

Gaedis se las arregló para dejar el segundo cáliz en las manos de Spax antes de volver sobre sus pasos.

—Olvídate de los perecederos por ahora. Dices que conoces a estos malazanos, Spax. ¿Qué puedes decirme de esa tal consejera Tavore?

—¿En concreto? Prácticamente nada, majestad. Nunca nos hemos encontrado, y los barghastianos nunca se han interpuesto en su camino. De lo que sí puedo hablaros es de la palabrería del ejército malazano, puesto que se formó en manos de Dassem Ultor, y del modo en que cambió su estructura.

—No es mal comienzo, pero antes, dime: ¿qué significa su título? ¿Consejera? ¿A quién aconseja? ¿Sobre qué?

—De eso no estoy seguro —admitió el caudillo tras ingerir un trago de vino—. A fin de cuentas, son un ejército renegado. ¿Por qué mantener su antiguo título? Supongo que porque es a lo que los soldados están acostumbrados. ¿O quizás haya algo más? La consejera, majestad, era la mano que blandía el arma de la emperatriz, al menos hasta donde yo sé. Su asesina, si preferís. De los rivales dentro del imperio y de los enemigos fuera de él. Asesina de hechiceros. Lleva un arma de otataral, inmune a cualquier tipo de magia.

Abrastal permaneció sentada ante la diatriba de Spax. Se irguió cuando el caudillo se detuvo. Le tendió el cáliz vacío a Gaedis, quien lo volvió a llenar.

—Élite, pues, una elegida especial. ¿Con cuántos de estos consejeros contaba la emperatriz en un momento dado?

Spax frunció el ceño.

—Diría que… una.

La reina se detuvo.

—Y este Imperio Malazano… ¿se extiende por tres continentes?

—Y más aún, majestad.

—Y sin embargo Tavore es una renegada. La magnitud de semejante traición… —Negó con la cabeza, despacio—. ¿Cómo se puede confiar en esta consejera? Es imposible. Me pregunto una cosa: ¿intentó la consejera usurpar a la emperatriz? ¿La están persiguiendo al menos? ¿No será ese

enemigo contra el que marcha más que los cazadores malazanos enviados tras ella?

Spax se encogió de hombros.

—Dudo que a los yelmos grises les importe lo más mínimo. Es una guerra. Como vos bien decís, cualquier rostro servirá como enemigo. En cuanto a los khundryl, bueno, han sido juramentados por la consejera en persona. La seguirán a cualquier parte.

—Sí, pero, ¿por qué seguiría nadie a un traidor?

—Majestad, eso no es asunto nuestro —dijo Spax—. Por más que mis guerreros ansíen la lucha, hemos caído en una desventaja táctica. A fin de cuentas, habría sido más conveniente encargarnos de los khundryl y los perecederos en Bolkando, y luego enfrentarnos a los Cazahuesos. Tened en cuenta que aún es posible. Un emisario secreto a los saphii, un par de decenas de miles de monedas… Podríamos pillarnos por sorpresa…

—No. A fin de cuentas, Spax, si como dices nada de esto es asunto nuestro, ¿por qué habríamos de atacarlos?

—Es justo lo que estoy diciendo yo, majestad. Me limitaba a señalar que la oportunidad que tengamos para obtener una ventaja táctica se desvanecerá pronto. Eso suponiendo que tenemos una causa, lo cual no es cierto.

—No estoy preparada para suponer nada, caudillo. De ahí mi dilema. Es exactamente como tú dices. Ninguno de los tres ejércitos representa una amenaza para nosotros de momento. Han explicitado su deseo de desaparecer de nuestra vista en dirección este. ¿Ha llegado el momento de sacudirnos las manos y volver a nuestra querida tierra?

—Es posible, majestad.

—Pero en ese caso… —Su ceño ya fruncido se acentuó—. Muy bien —dijo—. He mandado a una de mis hijas hacia el este, Spax, por mar. Una de mis hijas más preciadas. Parece que tanto tú como yo padecemos la misma maldición: la

curiosidad. Kolanse ha caído en el silencio. Nuestras naves comerciantes no encuentran más que puertos vacíos y aldeas abandonadas. No hay tráfico marítimo en el mar Pelasiar. Incluso los grandes pesqueros se han esfumado. Y sin embargo… sin embargo… hay algo ahí… quizás tierra adentro. Algún tipo de poder que no deja de crecer.

Spax escrutó a la reina. No estaba fingiendo, realmente temía por su hija (*por los dioses, mujer, tienes un montón de hijas, ¿qué más da perder una*?), *un miedo genuino. ¿Acaso es tu heredera? ¿Así funcionan las cosas en Bolkando? ¿Cómo voy a saberlo, si ni siquiera me importa?*

—Ordenad a vuestra hija que regrese, majestad.

—Ya es tarde para eso, Spax. Muy tarde.

—Majestad —dijo el caudillo—. ¿Me estáis diciendo que vamos a acompañar a estos extranjeros? ¿A través de las Tierras Yermas?

Gaedis se había quedado petrificado en el sitio, a dos zancadas de ellos, en el lugar donde se disponía a abrir otro jarro. Los ojos del teniente estaban fijos en su reina.

—No lo sé —dijo al cabo Abrastal—. No, la verdad es que no estamos equipados para semejante empresa, y tampoco creo que fuésemos bienvenidos entre ellos. Sin embargo… me reuniré con la tal consejera. —Clavó en Spax una mirada que dejaba claro que su tolerancia por aquella noche se había acabado, y dijo—: Rumia cuanto quieras todo lo que has oído esta noche, caudillo, y si te sigue rugiendo el estómago, no vuelvas a venir a mi tienda con quejas.

Spax hundió la cabeza y le pasó el cáliz a Gaedis.

—Puedo oír cómo vuestras doncellas os están preparando el baño, majestad. Un cierre de lo más reparador para esta noche, a buen seguro. Que tengáis buena noche, majestad, teniente.

Una vez fuera de la tienda, Spax no se dirigió de vuelta a sus clanes, sino al campamento de los lágrimas quemadas.

Al pensar en el gran parlamento que se avecinaba se le había ocurrido que él mismo y Hiel serían con toda probabilidad los únicos hombres presentes. Una idea emocionante, aunque, por supuesto, no estaba seguro de que le pareciese lo mismo a Hiel, si los rumores que había oído eran ciertos. Sin embargo, había por ahí otro rumor que, de ser verdad, podría suponer un terreno común para los dos hombres. *El tal Hiel no gusta de vinos elegantes. No, prefiere a buen seguro una cerveza en su mano, y si la hombría tiene alguna medida es esa*.

Por supuesto, no es más que mi opinión. Vamos a comprobar si el caudillo Hiel la comparte.

Spax se detuvo más allá de la hilera de tiendas de la legión. Soltó un escupitajo para quitarse aquel sabor nauseabundo de la boca. *El vino es para las mujeres. Gaedis, apostaría a que ese truquito que haces para sacar el corcho ha abierto un millar de tiernas piernas ante ti. Algún día tendrás que enseñarme a hacerlo*.

Se sentía como si le hubiesen atado un barril de cerveza a la barriga. Tenía la espalda encorvada, y cada vez que apoyaba el peso en otra posición le crujían los huesos. Algunos músculos le temblaban, mientras que otros estaban postrados de puro cansancio. Sus pechos, que jamás habían sido modestos o vivaces, ahora descansaban intranquilos en los altos de aquel maldito barril.

Tenía todo hinchado, demasiado grande. ¿Cómo era posible que nunca se acordase? Por supuesto, entre todos aquellos quejidos y resoplidos y gruñidos, sus pensamientos flotaban en pura miel. Un ahogamiento de lo más dulce. El mundo resplandecía. La vida alzaba la voz. Cantaba.

—Viejas brujas de antaño —murmuró en voz baja—. Tenéis muchas cuentas que pagar.

No había posición alguna en la que se encontrase cómoda, así que Hanavat, esposa de Hiel, había adoptado la costumbre de darse una vuelta por el campamento cada noche. Era la luna errante de las leyendas de su pueblo, venida de eras pasadas antes de la traición de su hermana, cuando el amor aún era puro y la Noche yacía en los brazos de la Oscuridad. Oh, las leyendas eran evocadoras, si bien cubiertas de una pátina de tristeza y de la inevitable caída en desgracia. Hanavat se preguntó si aquellas creaciones, las leyendas de tiempos pretéritos, no serían más que el abrazo de rencor de algún alma rota.

La caída era una cuestión de sensibilidad, demasiado tarde para hacer nada al respecto, pero esto... no hay más que mirar alrededor, mira en lo que nos hemos convertido.

La luna había dejado de deambular. Atrapada en las redes del engaño, no hacía más que dar vueltas y vueltas alrededor del mundo del que se había enamorado, incapaz de tocarlo, condenada a tirar de las lágrimas de su amante y nada más. Hasta que, algún día, el amor muriese y con él todos los pálidos fuegos de la maravilla, y por fin la Noche se reuniese con su amante y la Oscuridad la devorase por completo. Y aquel sería el final de toda existencia.

Hanavat podía alzar la mirada y contemplar una vista que no se correspondía con la profecía de la leyenda. No, un golpe mortal había golpeado a la luna. Se estaba muriendo. Y sin embargo las redes no la soltaban, y mientras tanto, su hermana luna, fría, distante, se limitaba a observarla. ¿Había sido ella quien había asesinado a su rival? ¿Le complacía acaso contemplar los estertores de muerte de su hermana? La mirada de Hanavath vagó hacia el sur, a las lanzas de jade que se acercaban en el cielo. Bien cierto era que había una guerra en las alturas.

—¿Un té, Hanavath?

Su atención se desvió del cielo y se encontró con dos mujeres sentadas junto a una pequeña hoguera sobre la que ardía una cazuela humeante.

—Shelemasa. Rafala.

Rafala, que había sido la que le había ofrecido la bebida, levantó una tercera taza.

—Te vemos pasar todas las noches, mahib. Tu incomodidad es evidente a nuestros ojos. ¿Quieres unirte a nosotras? Descansa los pies.

—Me estaba escondiendo de las matronas —dijo Hanavath. Dudó un segundo, y luego se acercó con andares torpes—. Las Despiertasemillas son crueles. ¿Qué tiene de malo un solo embrión? Nos las arreglaríamos a la perfección con uno del tamaño de una nuez de palma.

Shelemasa soltó una risa grave e irónica.

—Aunque no tan duro, espero.

—Ni tan peludo —añadió Rafala.

Las dos mujeres guerreras rieron.

Entre gruñidos y movimientos lentos, Hanavath se sentó en el tercer vértice del triángulo que rodeaba el fuego. Aceptó la taza que le tendían y la estudió a la tenue luz. Peltre bolkando.

—Parece que no les habéis vendido todo.

—Solo las cosas inútiles —dijo Rafala—. De esas tenían suficientes.

—Eso es lo que nos diferencia de ellos —señaló Shelemasa—. Nosotros no inventamos cosas inútiles, o necesidades que no existen. Si la civilización, como la llaman, se puede definir de alguna manera, es esa. ¿No te parece, mahib?

La antigua denominación honorífica que se les daba a las embarazadas complacía a Hanavath. Aquellas dos mujeres eran jóvenes pero recordaban las tradiciones y el respeto que dedicaban a la gente.

—Puede que tengas razón, Shelemasa. Pero quizá no sean los objetos lo que definen a una civilización. Quizá sea la actitud que está detrás de su creación, y el ansioso y extraño valor que se les concede. Lo que importa es el privilegio de poder hacer cosas inútiles, pues implica riqueza y abundancia, ocio y todo lo demás.

—Sabias palabras —murmuró Rafala.

—El té está muy dulce —replicó Hanavath.

La mujer sonrió, aceptando la suave reprimenda con buen talante.

—El bebé da patadas —dijo Hanavath—, lo cual da la idea de cómo serán los años que nos aguardan. Debo de estar loca. —Volvió a dar un sorbo al té—. ¿Qué infusión es?

—Una saphii —respondió Shelemasa—. Se dice que calma el estómago, y dada la comida extranjera que estamos comiendo últimamente, esa calma habrá de ser un respiro totalmente bienvenido.

—Quizás —añadió Rafala— calme al bebé también.

—O quizá lo mate directamente. A estas alturas ya no me importa. Oíd la advertencia de esta pobre mahib: haced esto una vez, para saber lo que es, pero no más. No permitáis que las serpientes de las ensoñaciones aniden en vuestros pensamientos y os siseen las bendiciones del embarazo. La serpiente miente para ablandar vuestros recuerdos hasta que en vuestra cabeza no hay más que el aroma de las flores, y antes de que os deis cuenta, os habéis vuelto a preñar.

—¿Por qué habrían de mentir las serpientes, mahib? ¿No son los niños el mayor regalo de las mujeres?

—Eso es lo que no dejamos de decirnos a nosotras mismas, y las unas a las otras. —Dio otro sorbito de té. La lengua se le irritó levemente, como si hubiese lamido una bolita de pimienta—. Pero hace poco, mi esposo y yo invitamos a nuestros hijos a un banquete familiar, y vaya

banquete que fue. Éramos como lobos intentando decidir quién de nosotros haría el papel de cría de bhederin extraviada. Nuestros hijos se pasaron aquel maldito pellejo de uno a otro, toda la noche; cada uno juraba que se lo pondría al menos una vez, y finalmente decidieron envolver a dos de ellos en aquella piel nauseabunda. En pocas palabras, fue una reunión de lo más memorable.

Las dos mujeres jóvenes no dijeron nada.

—Puede que los padres —prosiguió Hanavath—, decidan tener hijos, pero no deciden qué hijos tienen. Tampoco los hijos pueden elegir a sus padres. Así que hay amor, por supuesto, pero también guerra. Hay compasión, pero también el veneno de la envidia. Hay paz, pero esa paz es la calma agotada entre dos luchas por el poder. Hay, en contadas ocasiones, alegría, pero en cada ocasión ese sentimiento termina menguando, y una ve en cada rostro un cariz apenado, como si lo que se acabase de encontrar fuera a ser recordado para siempre como algo que se ha perdido. ¿Se puede sentir nostalgia por el instante que acaba de pasar? La respuesta es sí, y su sabor es de lo más amargo. —Se acabó el té—. Esa serpiente susurrante me ha inoculado la última de sus mentiras. La he estrangulado, a la muy perra. He atado su cuello y su cola a dos caballos. He recogido cada uno de sus huesos y los he aplastado hasta convertirlos en polvo, y luego los he esparcido a vientos que soplan en direcciones contrarias. Con su pie he hecho una bragueta para el perro más feo del campamento. Y he cogido a ese perro…

Rafala y Shelemasa se reían, risas cada vez más fuertes con cada nuevo absurdo acto de venganza que Hanavath describía.

Otros guerreros las miraban desde sus propias hogueras, sonriendo al ver a aquella vieja embarazada de Hanavath divirtiendo a las dos mujeres jóvenes. Entre aquellos hombres había retazos de curiosidad y quizás algo de inquietud, pues las mujeres poseían poderosos secretos, y ningún secreto era tan poderoso como los que poseían las embarazadas. Solo había que contemplar el rostro de una mahib para darse cuenta. Las otras mujeres, también contemplándolas como sus compañeros, pero demasiado lejanas para entender las palabras de Hanavath, también sonreían. ¿Lo hacían quizá para calmar a los hombres en su compañía? Posiblemente, pero de ser así, lo hacían por instinto, una engañifa nacida de la costumbre.

Pero no, sonreían a causa de los ansiosos susurros de las serpientes en sus cabezas. *Un niño. Tener un niño dentro. ¡Qué gozo! ¡Qué placer! Deja la espada, bella criatura, y entona tu canción para las Despiertasemillas. Mira a tu hombre a los ojos y prepara su caída, ¡la oscuridad invita y la noche es caliente*!

¿Flotaba un aroma en el aire? ¿Se extendía por todo el campamento de los lágrimas quemadas khundryl?

En la tienda de campaña del caudillo, Hiel se sentaba con la barriga llena de cerveza, tan pesada como un barril y colgando de su cinturón. Observaba a la mujer de pelo de hierro ante él. A su lado se sentaba el barghastiano gilk, Spax, todavía más borracho que Hiel. Sus ojos empañados, también inyectados en sangre, recorrían a la espada mortal mientras esta intentaba sonsacarle a Hiel hasta el último detalle que supiera sobre los malazanos. ¿De dónde había salido aquella repentina incertidumbre? ¿Acaso no habían jurado los perecederos servir a la consejera? ¡Ah, si la reina Abrastal pudiese contemplar lo que él contemplaba ahora!

Aunque probablemente se interesase por los detalles menos importantes, ¿verdad? Intentaría averiguar si aquella gran alianza se estaba debilitando… y todas esas tonterías.

Lo cual haría que no se enterase de nada; pues los detalles verdaderamente interesantes y relevantes de aquella escena estaban delante de él.

La esposa del caudillo no aparecía por ninguna parte, y a Spax ya se le había pasado por la cabeza que quizá debería marcharse. ¿Quién sabía si Krughava se daría cuenta de la mirada en los ojos de Hiel, ni cuándo pasaría, ni si haría algo al respecto? Sin embargo, Spax continuaba despatarrado sobre el asiento de cuero de su silla de tres patas, demasiado cómodo para moverse y, a decir verdad, demasiado fascinado por las preguntas que ella iba disparando una tras otra a la diana cada vez más inconsciente que era Hiel. ¿Se daría cuenta en algún momento de que Hiel había dejado de responder, que mientras ella atacaba y atacaba, él había abandonado toda defensa? Nada apetecía más a Spax que presenciar aquel momento, y la expresión de la Espada mortal, una que podría llevarse con él y recordar el resto de su vida.

¿Qué haría falta para que se diera cuenta? ¿Que Hiel se sacara el cuello de ganso y la apuntase con él? ¿Eso serviría? ¿O que le hiciese pedazos la ropa? Desde luego todas las babas que está soltando no la han hecho percatarse.

Spax debería irse, pero seguramente tendrían que arrastrarlo fuera de la tienda. *Vamos, Krughava, tú puedes. Échale otro vistazo al hombre con el que hablas*. No, decididamente Spax no se iba a ninguna parte.

Ah, pero qué nerviosa estaba aquella mujer. Estaba diciendo algo de una débil resolución, o una falta de confianza surgida de una amenaza entre las tropas de los mismos yelmos grises. Alguien que se había apartado de la

línea de mando, y de pronto todo el equilibrio se había puesto en peligro. Un jovenzuelo de peligrosas ambiciones… ¡malditos fueran los espíritus del pantano! ¡Spax estaba demasiado borracho para entender nada de todo aquello!

¿Por qué sigo aquí sentado?

¿Qué está diciendo ahora? ¡Presta atención, Krughava! No le hagas caso a él, fíjate en el bulto entre sus piernas. ¡Nadie quiere que ese ganso grazne, haz el favor de estrangularlo, mujer! Yo me encargaré de tu nerviosismo. Si todas las mujeres fueseis capaces de entender. Todas las respuestas que necesitas las tengo aquí, entre las piernas.

¡*Medio mundo está sumido en la ignorancia*!

Medio mundo…

Cuello de ganso.

Capítulo 21

Escuchadme, pues estos son los encantos
y yo me encargaré de alargar vuestro deleite
doce son los que atestan la tumba
a los muertos en doce caras podéis escrutar
pues los meses de invierno largos son

Los golpes que astillan los escudos
marcando el ritmo de una guerra que jamás sonará honesta
los necios se agitan en sus criptas contando muescas
y la nieve que cae oculta toda huella
los cuervos se desparraman por el cielo como tinta derramada

Los bebés se arrastran hasta la línea del frente
brazos rollizos que se muestran ajenos al daño
los yelmos cuelgan doblados en agudo tumulto
y la sangre más brillante es la más fresca
junto al pozo cargado y disputado

Los cadáveres buscan la solitaria compañía de la vigilia
los muros de la tumba anuncian sus fracasos
vestidos de triunfos y de las filas de gloria
y los caídos son atados en sus tumbas subterráneas
cada año la primavera nace muerta

Escuchadme pues estos son los encantos
la historia se escribe para los cuervos
por mano de niños de labios rojos y ojos parpadeantes
en las puntas de sus lenguas
y parece que el verano no habrá de acabar jamás.

Salve, estación de guerra
Gallan

iudad de tinieblas, mira cómo la oscuridad oculta tu feo rostro.

CSe encontraban sobre el puente. Ella apoyaba su peso en el hombro de su marido, tan aliviada por su imperturbable fortaleza como irritada por la misma razón.

—Pero, no lo ves, ¿verdad?

—¿Sand?

Ella negó con la cabeza.

—No importa. El aire está vivo. ¿Puedes sentirlo? Asimismo, ¿siento eso al menos?

—Tu diosa —dijo él—. Está viva, sí. Viva y entre lágrimas.

Tenía razón. Madre Oscuridad había regresado envuelta en un manto de pena y duelo. La Oscuridad apretaba los puños, como una viuda que intentase aferrarse a aquello que ya había perdido. *Perdido, sí. Algo se ha perdido. Madre Oscuridad ya no está ausente, solo de duelo. Sus ojos están apartados, bajos. Está aquí, aunque continúa detrás del velo. Madre, has convertido todo esto en el más amargo de los regalos*.

Su fuerza regresaba poco a poco. Los recuerdos eran como lobos, la asaltaban desde todas partes. *Kharkanas*. Sandalath se aferró al brazo derecho de Asimismo, sintió sus duro músculos, los cordones de su voluntad. Asimismo era uno de esos hombres que eran como una espada bien hecha, embutido en una vaina de dura piel, con un núcleo capaz de doblarse cuando era necesario. Sandalath no lo merecía. Aquello resultaba brutalmente obvio. *Llévame de rehén, eso lo entenderé. Con eso puedo vivir, aunque también acabe por romperse al final... no, deja de pensar así. Eso es un recuerdo que nadie merece*.

—Hay fuegos en la ciudad.

—Sí, está… ocupada.

—¿Hay salvajes entre las ruinas?

—Por supuesto que no. Se trata de los temblor. Los hemos encontrado.

—Así que lo han conseguido.

Ella asintió.

Asimismo la obligó a detenerse a diez pasos del final del puente.

—Sand, explícame otra vez por qué quieres darles alcance. Lo que pretendes es advertirles, ¿vedad? ¿Advertirles de qué?

—Ya es demasiado tarde para eso. Gallan los ha enviado, y ahora es su fantasma el que tira de ellos. Los ha maldecido. Les dijo que podían marcharse, pero les ha hecho recordar lo suficiente, justo lo suficiente, para que tengan que regresar.

Asimismo suspiró. Su expresión delataba que no estaba convencido.

—La gente necesita conocer sus orígenes, Sand. Especialmente si llevan generaciones en la ignorancia. Era un pueblo implacable, ¿verdad? ¿De dónde crees que viene esa implacabilidad?

—En ese caso, todos lo somos, Asimismo, porque muy dentro de nosotros, ninguno sabemos de dónde venimos realmente. O adónde vamos.

Él compuso una mueca.

—La verdad es que no le importa a casi nadie. Pero bueno, como tú quieras. Los temblor están malditos. No has llegado hasta ellos a tiempo. Y ahora, ¿qué?

—No lo sé. La poca sangre andii que les quede está ahogada en sangre humana. Entre ellos te encontrarás como en casa, lo cual ya es algo.

—En ti tengo toda la compañía que necesito.

Ella resopló.

—Bonito, pero absurdo. Míralo de esta manera: yo pertenezco a la tierra; a esta tierra. Tú perteneces al mar, un mar lejano. ¿Y los temblor? Ellos pertenecen a la orilla. Y ahora estamos aquí, los dos, sobre el puente. —Hizo una pausa y compuso una mueca—. Casi puedo ver la cara del

poeta ciego. Casi puedo ver cómo asiente. Cuando el dolor nos sobrepasaba, Asimismo, teníamos la costumbre de arrancarnos los ojos. ¿Qué tipo de pueblo haría una cosa así?

Él se encogió de hombros.

—No te sigo, Sand. Tendrás que contarme pensamientos más sencillos.

—Los temblor están en casa, y sin embargo más perdidos de lo que nunca han estado. ¿Los ha perdonado Madre Oscuridad? ¿Les dará su ciudad para que se la queden? ¿Les otorgará el legado de los tiste andii?

—Entonces puede que sí tengas un propósito aquí, Sand.

Ella escrutó sus ojos, aturdida de pura compasión.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que convencer a Madre Oscuridad de que haga todas esas cosas. Por los temblor.

Oh, esposo. Fui una rehén, nada más. Y entonces, entonces, incluso eso lo perdí.

—Madre Oscuridad no tiene tiempo para gente de mi calaña.

—Dime, ¿cuál es el propósito de ser una rehén?

Había captado sus pensamientos. Ella desvió la vista y contempló aquel río atiborrado de deshechos que se deslizaban lentamente bajo el puente. *Aguas oscuras*…

—Las Primeras Familias no hacían otra cosa que pelearse. El poder es como una marea díscola. Las monedas que se intercambiaban éramos nosotros mismos. Mientras que no nos gastasen, mientras que —*permaneciéramos inmaculados*— permaneciéramos como éramos, apenas se derramaba sangre. Nos convertimos en la moneda del poder.

Pero el oro no tiene sentimientos. El oro no sueña. El oro no ansía el contacto de la mano de un hombre. Se nos podía ganar y perder, pero no comer. Se nos podía ocultar. Se nos podía pulir hasta que brillásemos, y colgarnos de una cadena alrededor del cuello. Incluso se nos podía enterrar, o

tallar la efigie de un rostro en nosotros. Y sin embargo, la siguiente vez que el fuego se levante, todo rastro de nuestros dueños quedaba consumido.

No se nos puede comer, ni se nos puede follar. Eso no.

—¿Sand?

—¿Qué?

—¿Mataban alguna vez a los rehenes?

Ella negó con la cabeza.

—Hasta el final, no. Solo cuando todo… se desmoronó. Lo único que hace falta —añadió, con una nube de recuerdos en la mente—, era romper una regla, una ley. Una ruptura con la que nadie cuenta. Una vez que sucede, una vez que pasa el impacto, cada una de las demás leyes se hace trizas. Cada regla de conducta, cada comportamiento adecuado, todo se desvanece. Entonces se liberan los mastines que cada uno de nosotros lleva dentro. En ese momento, Asimismo —lo miró a los ojos con un desafío enfrentado a la angustia que veía en él—, en ese momento somos nosotros mismos. No somos bestias, somos algo mucho peor. Ahí, dentro de nosotros. Lo ves, el vacío tras los ojos, mientras los horrores se suceden uno tras otro y nadie siente lo más mínimo. Nadie siente nada.

Ahora temblaba en sus brazos, y él la abrazaba con fuerza para que no cayese de rodillas. Sandalath apretó el rostro contra la curva de su hombro y su cuello. Con palabras amortiguadas, dijo:

—Debería haber seguido de espaldas a nosotros. Le diré que se vaya, que entonces no valíamos la pena y que seguimos sin valerla. A ti te diré, igual que a ella…

—Sand…

—No. Le suplicaré. Por favor, vete. Te lo suplico, mi amor, vete.

—Sand, los temblor…

El puente bajo sus pies pareció mecerse. Ella se abrazó a él con tanta fuerza como fue capaz.

—Son los temblor, mi amor. Nos han encontrado.

Cerró los ojos. *Ya lo sé. Ya lo sé*.

—¿Y bien?

Brevedad se ajustó el cinturón de la espada.

—Y bien, ¿qué?

—¿Deberíamos acercarnos a hablar con ellos, amor?

—No, quedémonos aquí. Quizá se marchen.

Sucinta resopló y echó a andar.

—Oscuro, oscuro, oscuro —murmuró—, todo está oscuro. Estoy harta de esta oscuridad. Voy a prenderle fuego al bosque, o quizás a un par de edificios. La solución está en el fuego. Quinqués. Quinqués gigantes. Antorchas. Lámparas de aceite. Pintura blanca.

—¿Vas a seguir diciendo esas cosas todo el camino hasta ellos? —preguntó Brevedad, un paso por detrás de ella.

—Esa mujer tiene pinta de haber salido de uno de los murales del templo.

—A lo mejor lo ha hecho.

—Y entonces, ¿qué? ¿Se ha perdido? Nuestros vigías los han visto acercarse por el camino. No, lo que pasa es que su gente construyó esta ciudad. Tiene más derecho a ella que los temblor. Y eso es un problema.

—¿Dices que no le agradarán sus nuevos vecinos? Lástima. Solo tiene a un hombre con ella. Además, parece que está enferma.

Su conversación se cortó en el momento en que se acercaron a los dos desconocidos.

El hombre les clavó la vista, aunque seguía sujetando a la mujer en sus brazos.

—Hola —dijo.

Lengua de comerciantes. Sucinta asintió.

—Igualmente. ¿Meckros?

—Bien visto —replicó él—. Me llamo Asimismo. Vosotras sois letherii, no temblor.

—Bien visto —replicó Sucinta—. Somos la guardia de honor de la reina. Yo soy la capitana Sucinta, y esta es la capitana Brevedad. ¿Tu compañera está enferma?

—Es una tiste andii —dijo él—. Nació en esta ciudad.

—Oh —dijo Sucinta, y le lanzó a su compañera una mirada que venía a decir: ¿y ahora, qué?

Brevedad se aclaró la garganta.

—Bueno, si se trata de un regreso al hogar, más vale que le demos la bienvenida.

Tras sus palabras, la mujer por fin alzó la vista.

La respiración de Sucinta se agitó, y Brevedad, a su lado, dio un salto.

—Gracias —dijo la tiste andii. Le caían lágrimas por el rostro.

—¿Necesitas apoyarte en otro hombro? —preguntó Sucinta.

—No —dijo, y se apartó de los brazos de Asimismo. Se irguió y contempló la puerta—. Estoy lista.

Sucinta y Brevedad dejaron que ella y Asimismo se adelantaran, al paso que ellos quisieran. En cuanto se hubieron alejado media docena de zancadas, Brevedad se volvió y tironeó de la manga de Sucinta.

—¿Has visto su cara? —susurró.

Sucinta asintió.

—No es solo que se parezca a la gente de los murales, ¡es que es una de ellos! ¡Te lo juro!

—En la habitación lateral, la primera a la izquierda en la sala del altar, la única que no tiene tumbas. Aparece en los murales de esa sala. Ella y quizás otras diez. Tienen grilletes en las muñecas.

—¡Eso es! ¡Es una de ellos!

No me extraña que no parezca muy contenta de volver a casa.

Sucinta dijo:

—Cuando entremos, ve a buscar a las brujas y tráetelas. A no ser que Tovis o Yedan ya hayan vuelto, en cuyo caso tráelos a ellos.

—Esa sería mejor opción —replicó Brevedad—. Las brujas siguen borrachas.

—No están borrachas de verdad.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tienen ojos de anguila. Calientes. El tipo de borrachera que hace que una mujer termine avergonzada de ser una mujer.

—No están borrachas, ya te lo he dicho. Así que ve a por ellas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero deberíamos haberlas enterrado cuando tuvimos la oportunidad.

La sombra más oscura del arco de la puerta cayó sobre ellos como un mantón. Sandalath dejó escapar poco a poco el aire. La presencia omnipresente de Madre Oscuridad llenaba la ciudad. Sintió cómo el poder de la diosa la tocaba y drenaba su cansancio, aunque su bendición tenía un cariz… de indiferencia. El duelo seguía ahí, fresco como una herida reabierta… ¿o como algo más? No podía estar segura. *Así que el dolor no tiene fin. Y si tú no eres capaz de sobreponerte a él, Madre, ¿qué esperanza puedo tener yo*?

Algo acarició su mente. Un reconocimiento, una suerte de identificación. ¿Compasión, quizá? Soltó un suspiro.

—Asimismo, ¿caminarás a mi lado?

—Por supuesto. Es lo que estoy haciendo ahora mismo, Sandalath.

—No. Me refiero al templo, al Terondai. —Lo miró a los ojos—. Kurald Galain. A los mismos pies de Madre Oscuridad.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó él, escrutando su semblante.

Ella se volvió hacia las dos mujeres letherii que se mantenían varios pasos por detrás de ellos.

—Mencionasteis una reina —dijo.

—Crepúsculo —dijo Sucinta—. Yan Tovis.

—Y su hermano —añadió Brevedad—. Yedan Derryg, la Guardia.

—He de ir al templo —dijo Sandalath.

—Te hemos oído.

—Pero me gustaría hablar con ella.

—Nos dejaron aquí hace poco —dijo Sucinta—. Se adentraron en el bosque. Cuando las brujas atendieron por fin a razones dijeron que los dos, Tovis y su hermano, habían ido con toda probabilidad hasta la Primera Orilla. Eso fue después de que fueran al templo; la reina y el príncipe, quiero decir. Las brujas no se acercan siquiera; al templo, quiero decir.

Sandalath ladeó la cabeza.

—¿Por qué te pongo tan nerviosa, capitana?

—No pareces muy cambiada —barbotó Brevedad.

—Que no… ah. En el Skeral, la Cámara de los Rehenes.

Sucinta asintió.

—Es solo que las brujas dijeron que esta ciudad lleva muerta mucho, mucho tiempo.

—No —dijo Brevedad—. Más bien mucho tiempo.

—Eso es lo que yo he dicho —replicó Sucinta con un fruncimiento de ceño.

—Es que no lo has dicho bien. Mucho. Mucho.

Sandalath se volvió hacia su esposo.

—Este mundo ha nacido de nuevo —dijo—. Madre Oscuridad ha regresado, y ahora está frente a nosotros. Los temblor también han regresado. ¿Quién falta? Los tiste andii. Mi pueblo. Quiero saber por qué.

—¿Y crees que te responderá? —preguntó Asimismo, aunque era una pregunta con poco fundamento, lo cual despertó la curiosidad de Sandalath.

—Esposo, ¿acaso ha hablado contigo?

Él mostró una mueca. Y, de manera reticente, asintió.

Pero conmigo no. Madre Oscuridad, ¿tan fallida parezco a tus ojos ahora?

No hubo réplica silenciosa alguna a su pregunta. La presencia siguió imperturbable, como si no oyese a Sandalath. Ni tampoco la viese, por pura voluntad. *No es justo. ¡No es justo*!

—¿Sand?

Ella soltó un bajo siseo.

—Al Terondai. Ahora.

Más allá de la hilera de edificios que ahora ocupaban los temblor y los isleños refugiados, Kharkanas seguía siendo lugar de fantasmas. Las brujas habían decidido que eso les complacía. Habían encontrado una finca situada en un terraplén que daba a un parque en estado salvaje. La puerta principal de la muralla exterior había sido quemada; apenas quedaba de ella las manchas de hollín en la estructura de mármol y profundas grietas provocadas por el calor que cubrían todo el dintel. El jardín que flanqueaba la entrada principal era ahora una maraña de árboles atrofiados a ambos lados, las raíces asomando por entre los adoquines del camino.

Al final de una escalinata de cuatro anchos escalones, unas puertas dobles marcaban la entrada de la residencia. Las habían destrozado desde dentro. A ambos lados de la escalinata se alineaban estatuas de bronce, cada una sobre un ornamentado pedestal de mármol. Si es que habían sido moldeadas en la forma de alguna criatura viviente, decidió

Tirón, entonces el mundo era en verdad un lugar más extraño de lo que se había imaginado. Las enormes estatuas representaban guerreros, humanos de cuello para abajo, mientras que sus cabezas eran de perro. Ambos centinelas pétreos enarbolaban armas. Un hacha de cabeza doble para el de la derecha, una espada a dos manos para el de la izquierda.

Los detalles de las caras animales estaban emborronados por el verdín, pero se veía lo suficiente para darse cuenta de que no eran idénticos. El de la espada exhibía una horrible cicatriz, un tajo que le había atravesado el ojo tan profundamente como para llegar al hueso.

Con un zumbido bajo, Tirón apoyó una rodilla en el pene de la estatua de la cicatriz y se aupó para echar un vistazo más de cerca de su cara.

—Eso sí que son dientes grandes. Y bonitos, además.

Chapoteo había entrado, y seguramente ya estaba pintando una gruesa y roja línea trasversal que marcase la mitad de la casa que le pertenecía. Tirón había olvidado lo competitiva que era aquella cabra loca en su juventud, pero ahora volvían las viejas costumbres. ¡*Fuera las arrugas, volvió la perra*! ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, que la amargura es costumbre, Chapoteo. La amargura es costumbre. Bah, daba igual. Que Chapoteo se quedase con su mitad de casa, y con la mitad de cada habitación. Quizá podrían vivir allí, pero aquel lugar nunca les pertenecería.

Bajó de la estatua, se sacudió el polvo de las manos, subió los escalones de la puerta y entró al trote. A ocho pasos de ella había un muro del que colgaba una especie de escudo de armas, una heráldica arcana que proclamaba a la familia a la que había pertenecido aquel lugar, o eso supuso ella. Aun así, bastó un olisqueo para saber que aquel sello poseía una magia latente, probablemente un hechizo de protección, aunque demasiado viejo para aguantar mucho.

Tirón oía a Chapoteo revolviéndolo todo en una habitación del corredor de la derecha. *No se ha activado trampa alguna. El sello de protección está muerto, o casi. ¿Es que ni siquiera te has dado cuenta, hermana*?

Había una cosa imposible de ignorar. Ambas habían sentido la presencia de la diosa desde que salieron casi a rastras de aquel sueño mortal. Madre Oscuridad las había contemplado a ambas y había cogido sus almas entre los dedos como un par de nudillos de juego. Las había sacudido un poco, dedos curiosos que habían explorado cada detalle de ellas, cada depresión y cada grieta en su interior. Y luego las había lanzado. Displicente, perdido todo el interés. Aquello era tremendamente insultante, sí. Irritante. ¿Quién se creía que era aquella vieja bruja? Tirón dio un resoplido, con los ojos aún en el escudo tallado en mármol. Había algo ahí que la inquietaba.

—Da igual —murmuró, y luego alzó la voz—. ¡Chapoteo!

—¡Qué!

—Aquí no *nus* podemos quedar.

Chapoteo apareció entre la penumbra del corredor.

—La reina se va quedar con el palacio, *pa* ella y *pa* Matabrujas. No queremos estar ni una *miaja* cerca *d'ellos*. Aquí hay poder, Tirón. Podemos usarlo, alimentarnos *d'él*.

—Muy arriesgado. Esto no está tan tranquilo como debería.

—No son más que recuerdos.

—¿Qué hablas tú?

Chapoteo puso los ojos en blanco y se le acercó. Se detuvo justo delante del blasón.

—Símbolos viejos —dijo, y señaló al escudo—. ¿Ves esto? Es un Terondai. Y eso de ahí es el símbolo de Madre Oscuridad.

—¡Por el trono vacío! Esto no será una casa de la realeza, ¿no?

—No, pero casi. ¿Ves esa marca? La del centro. Es la del consorte. No *t'ha* interesado nunca aprender de las cosas viejas. Esta casa perteneció a un amante *d'alguna* princesa o de la misma reina. ¿Ves? Eso de ahí es su nombre.

—¿Y qué nombre es?

—Draconus, o algo así.

Oyeron que alguien se acercaba por el patio. Al volverse, vieron a la capitana Brevedad subir los escalones.

—¿Qué? —preguntó Tirón, con una voz dura que sobresaltó a la letherii.

—Os estaba buscando —dijo Brevedad, la respiración alterada.

—¿*Pa* qué? —preguntó Chapoteo.

—Visitantes.

—¿De *adónde*?

—Será mejor que vengáis las dos conmigo. Hay una mujer. Tiste andii.

—¿Rosazul?

—¿Qué? No. Nació aquí.

Tirón y Chapoteo intercambiaron una mirada. Fue Tirón quien frunció el ceño. *Malas noticias. Competencia. Rival*.

—¿Y está acompañada?

—Con ella venía un hombre. Un meckros.

—¿De *adónde* han salido? Antes no estaban aquí; lo *hubiéramos* sentido. La ciudad estaba vacía.

—Venían del camino, Tirón —dijo Brevedad—, igual que nosotros.

—Nosotros hemos llegado primero —gruñó Chapoteo.

Brevedad parpadeó.

—La ciudad es grande, bruja. A ver, ¿me acompañáis?

—¿Dónde está?

—En el templo.

Malas noticias. Las peores.

—Está bien —espetó.

Yedan Derryg había recorrido mil pasos o más de aquella etérea Primera Orilla, pero ahora por fin regresaba. Yan Tovis vio que en una mano blandía una espada. El arma emitía un resplandor verdoso en la incandescente cascada de luz líquida. La hoja era tan larga como la pierna de un hombre, aunque más fina que el grosor de una mano. Una guarda de alambre protegía la empuñadura. Cuando Yedan se acercó, Yan Tovis vio que algo iluminaba sus ojos.

—Una espada Hust, hermana.

—Y ya no está rota.

—Así es.

—Pero, ¿cómo puede volver a crecer una espada rota?

—Fue forjada con sangre de dragón —replicó él—. Las espadas Hust son inmortales, inmunes a la descomposición. Son capaces de cortar en dos cualquier otra hoja. —Enarboló en alto la espada—. Esta es una espada de cinco hojas; se probó contra cinco espadas y las atravesó todas. Crepúsculo, no hay espada de mejor factura que la que ves ante ti ahora. Perteneció a una Hustas, una de los mismísimos Maestros de la Casa. Solo las hijas de la Forja eran capaces de poseer semejantes armas.

—Y la tiró.

—Es un misterio —dijo Yedan Derryg—. Era la escolta de Gallan.

—No me refiero a eso, sino a cómo pudo romperse un arma así.

—Ah. Ya veo lo que quieres decir. —Echó un vistazo alrededor—. El tiempo lo disuelve todo, sobre todo a tan poca distancia del Mar de Luz. Nuestra gente lleva demasiado tiempo lejos de aquí…

—Eso no es culpa mía —dijo ella.

—Cierto, es culpa mía. Pero eso ya no importa. Es hora de volver.

Yan Tovis suspiró.

—¿Y yo qué he de hacer? —preguntó—. ¿Buscar el palacio y hundirme en el primer trono que encuentre?

Los músculos en la mandíbula de Yedan se endurecieron. Apartó la mirada.

—Hay cosas que tenemos que organizar —dijo al fin—. Personal para el palacio, oficiales para la guardia. Equipos de trabajo. ¿Hay muchos peces en el río? Si no, tenemos serios problemas, apenas nos quedan suministros. ¿Crecerán aquí los cultivos? Parece que la oscuridad alimenta a los árboles y demás, pero aun así, nos espera al menos una estación pasando hambre antes de que algo crezca.

Solo la lista de todo lo que había que hacer ya la agotaba.

—Yo me encargaré —dijo Yedan.

—Indolencia para la reina… me volveré loca de aburrimiento.

—Has de volver al templo, hermana. Ya no está vacío. Ha de ser santificado de nuevo.

—No soy ninguna sacerdotisa.

—Pero tienes sangre real; eso habrá de bastar.

Ella le clavó la mirada.

—Así habrá de ser, pero, ¿cuánta sangre?

Yedan se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánta sed tenga ella.

—Si me deja seca…

—No tendrás que preocuparte por el aburrimiento.

El muy bastardo volvía a ser él mismo. Un ingenio tan seco como un oasis muerto, con hojas tan marchitas como la risa de las langostas. Maldita espada Hust y malditas ideas

ilusorias de retornar al hogar. Hermano. Príncipe. Matabrujas. Llevaba toda la vida esperando aquello, mientras que ella no. *Yo no creía nada de todo esto. Incluso en mi desesperación, me mantenía fría como un fantasma condenado a repetir en la muerte el camino hacia el fracaso que siguió en vida. Y mi sangre… por los dioses del Abismo, mi sangre. Este reino exige demasiado de mí*.

Yedan volvió a mirarla.

—Hermana, no tenemos mucho tiempo.

Ella se sobresaltó.

—¿De qué hablas?

—Los temblor, el propio impulso que nos llevó a atravesar el Camino de Gallan, todo estaba destinado a traernos hasta aquí. A Kharkanas, a la Primera Orilla. Hemos de averiguar por qué. Hemos de descubrir qué es lo que quiere la diosa de nosotros.

Una oleada de terror puro recorrió a Yan Tovis. *No*. Sus ojos se apartaron de Yedan y recorrieron la Primera Orilla, aquel tumultuoso muro de luz y las vagas figuras que se atisbaban bajo su velo. *No, por favor. Otra vez no*.

—Vuelve a tu montura, hermana. Es hora de regresar.

Con el suficiente tiempo mediante, una concatenación fantasmagórica de eras, las vidas acababan por comprimirse, aplastadas bajo capas y capas. Los detalles se emborronaban hasta el infinito. Las grandes gestas se erosionaban como burbujas en piedra pómez. Los sueños se aplanaban, se convertían en pendientes de arenas de color que se desmenuzaban al tacto. El recuerdo era desagradable, y cuanto más vasta se volvía aquella capa de sedimento, más lúgubre se tornaba el paisaje. Sechul Lath había colocado los legados de su interminable existencia en una estructura ensortijada y vencida. En su opinión,

después de todo lo que había hecho, la belleza del reposo era un acto demasiado hipócrita para poder soportarla. No, él prefería buscar justicia, el aspecto físico del castigo. Aquello era lo que envenenaba de ira a Errastas. Sechul sentía la tentación de volver a buscar aquella estructura hundida por sí mismo. El mundo recibía aquellos sedimentos planos y los retorcía hasta convertirlos en formas torturadas. Él entendía aquello. Aquella presión, y los rostros cicatrizados que dibujaba en la piedra y la carne, le complacía.

El cielo despejado tenía el tono rojo de la sangre, el paisaje estaba marcado por las estrías minerales de tono naranja y amarillo que recorrían el suelo rocoso. Altiplanos tallados por el viento ceñían el horizonte y circundaban la planicie. Aquel dominio carecía de nombre, al menos que él supiera. Tanto daba; había sido destruido por completo hacía mucho.

Kilmandaros avanzaba a su lado con un paso medio deslavazado para no dejarlos atrás a Errastas y a él mismo. Había asumido su forma preferida, bestial y masiva, mucho más grande que sus dos acompañantes. Sechul Lath oía su aliento al entrar y salir de sus pulmones, en un ritmo tan discordante con el suyo propio que de pronto le costó respirar. Fuera o no su madre, su presencia jamás era reconfortante. Kilmandaros llevaba la violencia con ella como si fuese una capa de pelo animal que colgase de sus hombros, una sensación que fluía de ella y lo acariciaba una y otra vez.

Sechul sabía que era una fuerza singular de equilibrio. Siempre lo había sabido. La creación era su enemigo mortal, en sus manos la única respuesta era la destrucción. No veía ningún valor en el orden, al menos en el tipo de orden que imponía una voluntad consciente. Semejantes esfuerzos eran una afrenta para ella.

Kilmandaros seguía siendo venerada en incontables culturas, pero era aquella una sensibilidad en la que no anidaba nada benigno. Tenía un millar de nombres, un millar de caras, y cada una de ellas era fuente de pavor mortal. Destructora, aniquiladora, devoradora. Sus puños hablaban en la cruel fuerza de la naturaleza, en montañas desgarradas e inundaciones incontenibles, en las grietas que abrían la tierra y en los ríos de lava derretida. Sus cielos siempre eran negros, furiosos e hinchados. Su lluvia, la lluvia de cenizas y ascuas. Su sombra destruía vidas.

Las articulaciones forkrulianas de sus extremidades solían ser vistas como evidencia física de hasta qué punto podía la naturaleza crear aberraciones. Huesos rotos que sin embargo golpeaban con un poder vasto e implacable. Un cuerpo que podía retorcerse hasta la locura. Para sus creyentes, Kilmandaros personificaba la furia desatada, el fallo de la razón y el rechazo del autocontrol. Su culto se escribía en sangre derramada, en desfiguración y en la virtud de la violencia.

Madre querida, ¿qué enseñanzas tienes para tu hijo?

Errastas caminaba al frente, como un hombre convencido de saber adónde se dirige. Los mundos aguardaban su mandato, esa pulsión que a menudo empujaba a Kilmandaros a una orgía de destrucción descerebrada. Entre ellos estaba Sechul Lath, el dios de la buena y la mala suerte, el que lanza los nudillos. Era capaz de sonreír ante la burla de la compasión, y también era capaz de escupir al suelo y dar la espalda. Podía dar forma a cualquier momento de violencia de su madre. ¿Quién vivía? ¿Quién moría? La decisión era suya.

Como suyo era también la más pura de las adoraciones. Así había sido siempre y así seguiría siendo. No importa a qué dios rezaran los necios mortales, era el arbitrio de Sechul Lath el que siempre buscaban. «Sálvame».

«Sálvanos». «Haznos ricos». «Haznos fructíferos». Los dioses ni siquiera oían aquellas súplicas de sus adoradores, jamás. La necesidad y el deseo que atrapaban cada plegaria los empujaba al dominio de Sechul.

Era capaz de abrirse, incluso ahora, a los llantos de incontables mortales. Cada uno de ellos elevaba una plegaria para que le concediese un instante de su tiempo, de su mirada. Su bendición.

Pero hacía tiempo que había dejado de oírlos. Había creado a los Gemelos y les había dado en herencia aquel patético juego. ¿Cómo no acabar exhausto de aquella letanía de plegarias? Todos y cada uno de los deseos, por más que fueran sinceros, quedaban reducidos invariablemente a un montón de sordidez. Para que uno pudiera ganar, otro debía perder. La dicha se compraba en los reinos de la miseria. Los triunfos siempre se elevaban sobre un montículo de huesos. ¿Salvar a mi hijo? Otro hijo debe morir.

¡*El equilibrio! ¡Todo debe estar en equilibrio! ¿Existe ley natural más cruel? ¿Existe justicia más vacía? Para bendecirte con buena suerte, debo maldecir a alguien con mala suerte. Incluso los dioses deben doblegarse ante esta ley. La creación, la destrucción, la vida, la muerte... estoy harto de todo. ¡Harto de todo esto*!

Que se encarguen mis oponnai. Los Gemelos deben permanecer uno frente a otro por toda la eternidad, para que la existencia se desarrolle. Que les vaya bien.

Él no. Él ya estaba harto de sangre mortal.

Pero de sangre inmortal… ah, eso era distinto. Con ella, él podría… podría… ¿qué? *Podría romper el punto de apoyo, derribar todas las balanzas. Nada tiene sentido, igualmente. Los che'malle se aseguraron de ello. Nos alzamos y volvemos a caer, pero cada vez que vuelve a empezar el ciclo, nos alzamos un poco menos que la vez anterior, y en*

cambio caemos más bajo. Los mortales siguen ciegos a esta espiral. Todo ha de acabar. Las energías perderán su agarre, y todo se desvanecerá.

Lo he visto. Sé lo que se acerca.

Errastas ansiaba una resurrección, pero sabía que lo que ansiaba era imposible. Cada generación de dioses era más y más débil. Oh, por supuesto que aparecían envueltos en un poder llameante, pero aquello solo era el brillo de la juventud, que tan rápido se acababa. Incluso los seguidores mortales, en sus pequeñas y reducidas vidas, se dejaban arrastrar a una cínica indiferencia, y aquellos que realmente tenían fe se veían irremediablemente acorralados, con una mueca salvaje de fervor, de ciego fanatismo, en donde la ceguera era una virtud y el tiempo podía ser sujetado hasta detenerse y volver atrás. Locura. Estupidez.

Ninguno de nosotros puede volver atrás. Errastas, lo que ansías no hará más que adelantar tu caída final, y bien estará que así sea. Sigue guiándonos, viejo amigo. Llévanos al sitio donde llevaré a cabo lo que ha de hacerse. Donde le pondré fin… a todo.

Un poco más adelante, Errastas se detuvo y giró sobre sus talones para esperarlos. Su único ojo los escrutó, saltando de uno a otro.

—Estamos cerca —dijo—. Casi hemos llegado al portal que buscamos.

—¿Y ella está encadenada bajo ese portal? —preguntó Kilmandaros.

—Así es.

Sechul Lath se restregó la parte de atrás del cuello y apartó la vista. En la lejanía se repartía una línea antinaturalmente equidistante de colmillos de piedra. Entre ellos se podían ver los restos de montañas que habían sido arrancadas de cuajo de la sólida tierra. *Los construyeron aquí. Acabaron con este mundo. Devoraron toda criatura*

viviente en él. Qué confianza, qué atrevimiento. Echó una mirada a Errastas.

—Tendrá protección.

—Protección de Demelain, sí.

Kilmandaros respondió a eso con un gruñido.

Háblale de los dragones, Errastas. Ya está lista. Siempre lo ha estado.

—Hemos de estar preparados —prosiguió Errastas—. Kilmandaros, debes esforzarte por contenerte. No nos hará ningún bien si te limitas a romper sus protecciones y la matas.

—Si supiéramos por qué la han aprisionado en primer lugar —dijo Sechul—, podríamos tener algo para negociar con ella.

Errastas se encogió de hombros con displicencia.

—Eso es obvio, Nudillos. Era incontrolable. Para ellos era veneno.

Era lo que traía el equilibrio, el peso en la balanza opuesto a todos ellos. Por el caos interior, ¿estamos haciendo una locura?

—Quizás haya otra manera.

Errastas frunció el ceño.

—Oigámosla, pues —dijo, y se cruzó de brazos.

—K’rul debió de participar. Debe de haber desempeñado un papel en el encadenamiento. A fin de cuentas, era quien más tenía que perder. Ella era tan venenosa como dices, pero ese veneno era una amenaza para los suyos solo de manera accidental. Su verdadero veneno surgía cuando campaba por la sangre de K’rul, en sus sendas. Tenía que encadenarla. Anularla. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza —. ¿No os parece curioso que sea el Dios Tullido quien haya tomado su lugar? ¿Que sea él quien está envenenando ahora a K’rul?

—Ambos venenos no tienen relación alguna —dijo Errastas—. Dices que puede haber otro modo. Sigo esperando a que digas cuál, Nudillos.

—No sé si hay otro modo, pero esto podría ser un error fatal por nuestra parte, Errastas.

Él rechazó sus palabras con un gesto.

—Si ella se niega a cooperar, entonces Kilmandaros puede hacer eso que se le da tan bien. Matar a esa perra, aquí y ahora. ¿Sigues pensando que soy un idiota? He dedicado mucho tiempo a pensar en esto, Sechul. Nosotros tres nos bastamos, aquí y ahora, para hacer lo que haga falta. Le ofreceremos la libertad. ¿Crees que será capaz de negarse?

—¿Qué te hace pensar que honrará cualquier trato al que acceda?

Errastas sonrió.

—Eso no me preocupa. Tendrás que confiar en mí, Nudillos. Ahora, ya he sido lo bastante paciente. ¿Continuamos? Sí, creo que es lo que deberíamos hacer.

Dio un paso atrás y Kilmandaros se adelantó.

—¿Aquí?

—Sí, aquí está bien.

Sus puños golpearon el suelo. Un trueno hueco resonó bajo la planicie y reverberó por todos los huesos de Sechul. Los puños empezaron a descender sin descanso sobre el suelo, golpeando con una fuerza inmortal. El polvo se levantó poco a poco hasta oscurecer el horizonte. La roca bajo la ceniza aplastada no era sedimentaria; era la espuma endurecida de la piedra pómez, sin edad alguna, atrapada en la memoria de un único instante de destrucción. Nada sabía de eternidades.

Sechul Lath se puso de cuclillas. Aquello podía llevar algún tiempo. *Hermana, ¿nos oyes? Estamos llamando a tu puerta*.

—¿Qué? —preguntó Torrente—. ¿Qué has dicho?

La demacrada bruja se encogió de hombros con un chirriar de huesos.

—Me he cansado de mantener la ilusión.

Torrente volvió a mirar alrededor. El rastro del carromato había desaparecido. Se había esfumado. Incluso el que habían seguido hasta ahí ya no estaba.

—Pero… pero si estaba siguiendo… si había visto…

—Déjate de estupideces —espetó Olar Ethil—. Me escurrí en tu mente y te hice ver cosas que no estaban ahí. Ibas por el camino equivocado. ¿A quién le importa un maldito carromato trygalle? Seguramente están todos muertos a estas alturas. —Hizo un gesto hacia delante—. Te he hecho desviarte del rastro, eso es todo. Porque lo que buscamos está ahí mismo.

—Si pudiera matarte, lo haría en un segundo —dijo Torrente.

—Eres tan estúpido como solo saben serlo los jóvenes —replicó ella con un resoplido—. Lo único que los jóvenes son capaces de aprender es el remordimiento. Esa es la razón de que tantos acaben muertos, para remordimiento eterno de sus padres. Así que, si ya has acabado con el drama, podemos seguir, ¿sí?

—No soy ningún niño.

—Eso es lo que todos los niños dicen, más pronto o más tarde.

Y con eso, echó a andar. Dejó a Torrente atrás en pleno trote. El caballo se encogió cuando la Invocahuesos pasó a su lado.

Torrente tranquilizó al animal, contemplando la espalda escamosa de Olar Ethil.

—*… lo que buscamos está ahí mismo*.

Levantó la mirada. Otra de aquellas malditas torres dragón se elevaba lúgubre en medio de la llanura. La Invocahuesos caminaba hacia ella como si fuese capaz de derrumbarla de una sola patada. *No hay nadie más implacable que una mujer muerta. Después de todas las vidas que he conocido, no debería sorprenderme*. La torre desolada estaba aún a una liga o más de distancia. No le apetecía mucho visitarla, y menos después del inexplicable interés de Olar Ethil en ella, aunque también debido a su tamaño. Era una ciudad de piedra, construida a lo alto en lugar de a lo ancho. ¿A quién se le había ocurrido algo así?

Bueno. Autodefensa, supongo. Pero ya hemos visto que eso no funcionó. ¿Y si la parte de abajo salía ardiendo? No habría escape posible para la gente atrapada arriba. No, aquellas construcciones eran estúpidas, y Torrente no quería tener nada que ver con ellas. ¿Qué tendrá de malo una choza? Una tienda anillada de pieles, que uno pueda llevarse consigo a cualquier lugar. Sin dejar nada atrás. Que tu descanso sobre el suelo sea ligero; eso decían siempre los mayores.

Pero, ¿por qué decían algo así? Porque así huir era más fácil. Hasta que nos quedamos sin lugares a los que huir. Si hubiéramos construido ciudades, como los letherii, bueno, habrían tenido que respetar nuestro derecho sobre las tierras en las que vivíamos.

Habríamos tenido derechos. Pero con nuestras chozas, con tanto descanso ligero, nunca nos tomaron en serio, lo cual hizo que les resultara mucho más fácil matarnos.

Torrente espoleó a su caballo y miró la torre desastrada. Quizá las ciudades no fueran solo lugares en los que vivir. Quizás otorgaban además el derecho a vivir en algún lugar. El derecho a tomar de la tierra circundante todo lo necesario para vivir. *Como una garrapata gigante que chupa tanta sangre como es capaz, con la cabeza hundida hasta el*

fondo, antes de soltarse y marcharse a buscar otra piel fresca, una nueva tierra de la que tendría derecho a beber.

Para Torrente, el mejor modo de matar a una garrapata era cortarla en dos con la uña del dedo pulgar sobre la superficie plana de una roca. Recordaba una vez que había visto a un perro intentando comerse una. La había tenido que escupir. Las garrapatas tenían un sabor horrendo, demasiado nauseabundo hasta para los perros, lo cual le parecía imposible a Torrente. Las ciudades debían de saber aún peor.

Mira qué cosas pienso. Estoy perdiendo el juicio. Maldita bruja, ¿sigues por aquí? ¿Dentro de mi cabeza? ¿Estás haciendo que mis pensamientos den vueltas y vueltas, atrapados en estas ideas inútiles?

Adelantó al caballo para colocarse a su lado.

—Déjame en paz.

—No es que hayas sido muy interesante nunca —replicó ella.

—Qué gracia, hace tiempo que me he dado cuenta de lo mismo con respecto a ti —dijo Torrente—, pero aquí sigues.

Ella se detuvo y se dio la vuelta hacia él.

—Eso bastará. Estamos a punto de recibir compañía, guerrero.

Él se removió en su silla y estudió el cielo despejado.

—¿Son aquellos de los que habló Silchas Ruina? No veo nada…

—Ya vienen.

—¿Buscan pelea?

—No. En su día fueron unos necios, pero es de asumir que la muerte les habrá enseñado una o dos cosas. —Hizo una pausa, y añadió—. O no.

Un movimiento entre las nervudas hierbas captó su atención. Un lagarto. O quizá…

—Bruja, ¿qué es eso?

Los esqueletos de dos criaturas, quizá pájaros, aparecieron ante ellos, las cabezas en movimiento, al igual que las colas. Caminaban sobre sus patas traseras. Eran poco más grandes que la línea de hierbajos. Lo único que mantenía los huesos juntos era piel muerta y tiras de entrañas.

Cuando el primero de ellos habló, una voz formó palabras en la cabeza de Torrente.

—Gran señora, somos despreciables. Nos refocilamos en nuestra servidumbre…

El otro intervino:

—¿Se lo está creyendo? ¡Sigue probando!

—¡Silencio, Telorast! ¿Cómo quieres que me concentre en nuestras mentiras si no paras de interrumpir todo el tiempo? Ahora, ¡chsss! Ah, da igual, ya es demasiado tarde. Míralos, nos están oyendo. Te están oyendo a ti, sobre todo.

La criatura llamada Telorast se había acercado a Olar Ethil casi a cuatro patas.

—¡Servidumbre! Lo que ha dicho mi hermana. Nada de mentiras, solo una… ¡una verdad temporal! Lealtad por conveniencia, duradera mientras convenga. ¿Qué podría ser más honesto?

Olar Ethil soltó un gruñido y dijo:

—No necesito aliados entre los eleint.

—¡Falso! —gimió Telorast.

—Haz el favor de calmarte —siseó el otro—. Esto es lo que llaman negociar. Ella dice que no le somos de utilidad. Nosotros decimos que en realidad no necesitamos su ayuda. Ella dice que… bueno, algo dice. Esperemos a oír lo que diga, y entonces le decimos algo nosotros. Con el tiempo llegamos a un acuerdo. ¿Ves? Es sencillo.

—¡No se me ocurre nada! —se quejó Telorast—. ¡Tengo demasiado miedo! ¡Encárgate tú, Cuajo, antes de que se me caigan todos los huesos!

La llamada Cuajo movió la cabeza adelante y atrás, como si buscase un sitio en el que esconderse.

—No me engañáis —dijo Olar Ethil—. Vosotros dos casi conseguisteis el trono de Sombra. Matásteis a una docena de los vuestros para llegar hasta él. ¿Quién os detuvo? ¿Anomander? ¿Trotafilos? ¿Kilmandaros?

Los dos esqueletos se encogieron tras cada nuevo nombre.

—¿Qué andáis buscando ahora? —preguntó la Invocahuesos.

—Poder —dijo Telorast.

—Riqueza —dijo Cuajo.

—Supervivencia —dijo Telorast.

Cuajo asintió, con la cabeza temblona.

—Se acercan tiempos terribles. Mucha muerte.

—Muchísima muerte —añadió Telorast—. Pero bajo tu sombra estaremos seguras, gran señora.

—¡Sí! —dijo Cuajo—. ¡Seguras!

—A cambio, vigilaremos tu espalda.

—¡Sí! ¡Eso es lo que haremos!

—Hasta que os parezca adecuado traicionarme —dijo Olar Ethil—. ¿Entendéis mi dilema? Prometéis vigilar mi espalda de otras amenazas, pero, ¿quién vigilará mi espalda de vosotros?

—En Cuajo no se puede confiar —dijo Telorast—. Yo te protegeré de ella, ¡lo juro!

—¡Y yo te protegeré de mi hermana! —Cuajo se plantó de un salto frente a Telorast y cerró sus diminutas fauces en el aire. *Clac, clac, clac*.

Telorast le respondió con un siseo.

Olar Ethil se volvió hacia Torrente.

—Eleint —dijo.

¿Eleint?¿Dragones? ¿Estas dos?

—Me los había imaginado más grandes.

—Son soletaken —dijo Olar Ethil, y volvió a echar un vistazo a las dos criaturas—. O quizá d'ivers, ¿no? Nacieron tiste andii, una mujer, pero dos dragones.

—¡Sandeces!

—¡Locuras!

—¡Ridículo!

—¡Imposible!

—Imposible —concedió Olar Ethil—, para la mayoría de la gente, incluso entre los andii. Y sin embargo, encontrasteis la manera de hacerlo, ¿me equivoco? ¿Cómo lo hicisteis? La sangre de los eleint resiste la fiebre de los d'ivers. Debió de hacer falta un ritual, pero, ¿de qué tipo? No fue Kurald Galain, ni Kurald Emurlahn. Ahora me habéis despertado la curiosidad. Quiero saber la respuesta. Este es el trato que os ofrezco: me contaréis vuestro secreto y os concederé mi protección. Si me traicionáis, os destruiré a ambas.

Cuajo se volvió hacia su compañera.

—¡Si se lo contamos, estamos acabadas!

—Ya estamos acabadas, idiota. Nunca debimos ser soletaken, ¡simplemente sucedió!

—Pero éramos eleints verdaderas.

—¡Que te calles!

Olar Eleint se echó de pronto hacia delante.

—¿Eleints verdaderas? ¡Eso no tiene sentido! ¿Dos que se convierten en una? ¿Soletaken? ¿Una tiste andii soletaken? No, no hacéis más que retorcer la verdad, no me creo una sola palabra de lo que decís.

—¡Mira lo que has hecho, Cuajo! Ahora tenemos... ¡aaaah!

El grito de Telorast surgió cuando la mano huesuda de Olar Ethil salió disparada y la agarró. Se revolvió y retorció bajo su agarre. Ella se la acercó, como si estuviera a punto de arrancarle la cabeza de un mordisco.

—¡Cuéntaselo! —chilló Telorast—. ¡Cuajo! ¡Cuéntaselo todo!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Te lo prometo! ¡Gran señora, escucha! ¡Te contaré la verdad!

—Adelante —dijo Olar Ethil. Telorast colgaba lacia de su mano, como si estuviera muerta, pero Torrente veía cómo la punta de su cola se estremecía cada pocos instantes.

Cuajo saltó a un claro de tierra polvorienta. Una de sus garras trazó un círculo.

—Estábamos encadenadas, señora ancestral. Cadenas terribles, crueles. En un fragmento de Emurlahn. Ante nosotras se abría un aprisionamiento eterno. ¡No puedes imaginar el tormento, la tortura que suponía aquello! ¡Habíamos estado tan cerca de nuestro preciado premio! Pero entonces ellos tres aparecieron ante nosotras, entre nosotras y el trono. Aquella zorra con sus puños. Aquel bastardo con su pavorosa espada. Trotafilos nos dio a elegir. Kilmandaros y sus cadenas, o Anomander y Dragnipur. ¡Dragnipur! Nosotras ya sabíamos lo que Draconus había hecho, ¿entiendes? Sabíamos lo que nos haría el mordisco de aquella espada. ¡Se tragaría nuestras almas! —El esqueleto tembló visiblemente—. No, optamos por Kilmandaros.

—Dos eleint —dijo Olar Ethil.

—¡Sí! Hermanas…

—O amantes —dijo Telorast, todavía haciéndose la muerta.

—O eso, sí. No nos acordamos. Hace mucho tiempo, demasiados siglos encadenadas. ¡Ah, la locura! ¡Qué locura! Pero entonces, un desconocido nos encontró.

—¿Quién? —ladró Olar Ethil.

—Dessimbelackis —dijo Cuajo—. Portaba el Caos en las manos. Nos contó su secreto, lo que él había entendido de él. Estaba desesperado. Su pueblo, los humanos, estaban

causando un desastre tras otro. Se creían por encima del resto de los animales del mundo. Se habían creído los señores de la naturaleza. Y su tiranía era cruel, tan cruel. Despedazaban a los animales, convertían la tierra fértil en áridos desiertos, los cielos vacíos excepto para los buitres.

—Soletaken —dijo Olar Ethil—. D'ivers. Creó un ritual de caos para atar a los humanos a las bestias, para obligarlos a enfrentarse a su naturaleza animal. Quería darles una lección sobre ellos mismos.

—Así es, señora ancestral. Todo lo que decís sucedió así. Llevó el ritual a su gente… oh, era un ritual antiguo, mucho más antiguo que Dessimbelackis, mucho más antiguo que este mundo. Lo desató sobre todos los humanos.

—Ya me conozco esta historia —dijo Olar Ethil—. Yo estuve allí, cuando se le hizo pagar por lo que había hecho. Las espadas de los t'lan imass chorrearon durante días. Pero allí no había dragones. Ni en aquel lugar ni en aquel momento.

—Ya habíais comenzado la matanza —dijo Cuajo—. Él había huido antes de eso, adoptando su forma d'ivers…

—Los deragoth.

—Así es. Sabía que ibais a por él. Necesitaba aliados. Pero nosotras estábamos encadenadas, y no éramos capaces de romper nuestras cadenas. Así que nos propuso tomar nuestras almas, y nos trajo un cadáver. Una mujer tiste andii.

—¿De dónde la sacó? —preguntó Olar Ethil—. ¿Quién era?

—Nunca llegó a decírnoslo. Pero cuando ató nuestras almas a ella, nuestras cadenas desaparecieron. Pensamos que éramos libres. Juramos servirle.

—Pero no lo hicisteis, ¿verdad? —Cuajo dudó—. Lo traicionasteis.

—¡No! ¡No fue así! ¡Cada vez que intentábamos volver a nuestra verdadera forma, las cadenas volvían! ¡Cada vez, nos volvíamos a encontrar dentro de Emurlahn! Para él éramos inútiles, ¿no lo entiendes?

—Y sin embargo —dijo Olar Ethil—, ahora sí que podéis adoptar vuestra verdadera forma.

—Pero no por mucho tiempo. Nunca por mucho tiempo —dijo Cuajo—. Si mantenemos nuestra forma eleint, las cadenas nos dan alcance. Nos vuelven a llevar con ellas. Estos huesos que aquí ves es lo poco que podemos hacer. Podemos tomar un cuerpo o dos y existir en su interior. Pero nada más. ¡Si pudiéramos llegar al trono, podríamos acabar con nuestras ataduras! ¡Podríamos escapar de nuestra prisión!

—Jamás conseguiréis ese trono —dijo Olar Ethil—. Y, bajo esta forma, bueno, a mí también me resultáis inútiles.

—¡Gran señora ancestral! ¡Tú podrías romper esas cadenas!

—Sí que podría —replicó ella—, pero no tengo motivo alguno. A fin de cuentas, ¿por qué habría de arriesgarme a enemistarme con Trotafilos o con Kilmandaros? Os encadenaron por una razón. Si no hubieseis ansiado el trono, habríais vivido libremente.

—Pero, ¿quién se merece el castigo eterno? —preguntó Cuajo.

Olar Ethil se rio.

—No me habléis de castigo eterno. Yo he caminado junto a los t’lan imass.

Aquello sobresaltó a Torrente. Se volvió hacia ella, con la boca torcida.

—Tú les hiciste lo que son, Invocahuesos. ¿Y a eso lo llamas castigo? ¿Qué te habían hecho esos imass para castigarlos por toda la eternidad?

Ella le dio la espalda.

Él se la quedó mirando.

—¡Por todos los espíritus de la tierra! ¡En verdad era un castigo! Olar Ethil, con aquel ritual… *¡los estabas maldiciendo*! Mírate…

Ella se giró.

—Sí, mírame. ¿Acaso no he elegido portar conmigo esa maldición? ¡En mi propio cuerpo, en mi propia carne! ¿Qué más he de hacer…?

—¿… aparte de llevar también tu remordimiento? —La escrutó con horror—. Maldita bruja miserable y patética. ¿Qué te hicieron? ¿Fue algún insulto casual? ¿Te dio calabazas algún amor? ¿Tu hombre se encamó con otra mujer? ¿Por qué los maldeciste por toda la eternidad, Olar Ethil? ¿Por qué?

—No lo entiendes…

Telorast eligió aquel momento para liberarse de un salto de su agarre. Aterrizó levemente en el suelo y echó a correr media docena de pasos, donde Cuajo se reunió con ella. Olar Ethil contempló a las dos criaturas por un momento, o al menos pareció que lo hacía.

—¿Por qué no los liberas? —preguntó Torrente.

—Invocahuesos. Libéralos a todos.

—¡No! No tengo elección alguna en este asunto. ¡Ninguna! Los mortales sois unos necios, simplemente no lo veis, ¡no veis nada!

—¿Qué se supone que tengo que ver? —gritó Torrente a su vez.

—¡Que estoy intentando salvar vuestras patéticas vidas! ¡Todas vuestras vidas!

Torrente guardó silencio por un largo momento. Las manos nudosas de Olar Ethil se cerraron en sendos puños. Entonces él dijo:

—Si salvarnos implica aprisionar las almas de los t’lan imass, Olar Ethil, como patético mortal, te lo digo: es un

precio demasiado alto. Libéralos. Deja que muramos.

Ella resopló, aunque Torrente vio que sus palabras la había afectado.

—¿Te atreves a hablar en nombre de toda la humanidad, Torrente, último de los lezna? ¿Tú, que nada ansías más que tu propio final?

—Dime que todo tiene un sentido y no habré de quejarme.

—Eso es lo que todos desearíamos —dijo con voz rasposa.

—Además —dijo Torrente—, no es su lucha. No es responsabilidad suya. Ni tuya tampoco. ¿Buscas redención, Invocahuesos? Búscala de otro modo, uno que no devore almas. Uno que no encadene a un pueblo entero.

—Qué poco sabes —dijo ella, su voz llena de desdén—. ¿Sabes siquiera lo que son los t'lan imass? ¿Mis t'lan imass?

—La verdad es que no, pero algo he ido entendiendo de todas tus conversaciones con desconocidos y de lo que hablas con la oscuridad de la noche cuando piensas que estoy dormido. Tú lideras un ejército, uno que no está lejos de nosotros. Están atrapados en ese ritual tuyo, Olar Ethil. Los tratas como esclavos.

—Los necesito.

—Pero ellos a ti no, ¿verdad?

—¡Yo los he invocado! ¡Sin mí, no serían más que polvo!

—Quizás eso es lo que quieran ser —replicó él.

—No. ¡Aún no!

Torrente agarró sus riendas.

—Vosotras dos —les dijo a los esqueletos—, aquí va mi oferta: nadie, no importa lo venal que sea, se merece un castigo eterno. Intentaré encontrar el modo de liberar vuestras almas. Vosotras, a cambio, vigilaréis mi espalda.

Cuajo dio un salto adelante.

—¿De quién?

Torrente le echó un vistazo a Olar Ethil.

—De ella, para empezar.

—¡Podemos hacerlo! —exclamó Telorast—. ¡Somos más fuertes de lo que ella piensa!

Cuajo brincó junto al caballo de Torrente.

—¿Adónde nos dirigimos, señor?

—Llámame Torrente, no soy tu señor. No tengo ninguna intención de poseeros. Parece que nos dirigimos hacia esa torre.

—¡Enraizado! —graznó Telorast—, pero, ¿cuál de ellos, Cuajo? ¿Cuál de ellos es?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? Nunca he estado aquí antes.

—¡Mentirosa!

—¡Y tú más!

La riña continuó. Torrente azuzó a su caballo a seguir adelante. Un rato después, miró por encima del hombro y vio que Olar Ethil trotaba tras él. *Es irrompible, y sin embargo está rota. Maldita vieja amargada. Ríndete ya*.

Kebralle Korish lideraba un clan de cuatro hombres y tres mujeres, todo lo que quedaba de los t’lan imass b’ehn aralack orshayn. No hacía mucho tiempo, el clan de los Cenizas de Cobre contaba con tres mil ciento dieciséis miembros. Había recuerdos de vida y había recuerdos de muerte, como los que quedaban después del ritual. En sus recuerdos de muerte, la batalla final contra la Orden de las Espirarrojas seguía ardiendo en su mente, un grito congelado, el aullido abrupto de la aniquilación. Se había detenido al pie del abismo, ansiosa por unirse a su pueblo caído, pero atrapada por el deber de su cargo. Era la caudilla del clan, y mientras le quedara voluntad, sería la última de los Cenizas de Cobre en caer.

Y ese momento aún no había llegado. La estela de las Espirarrojas se alargaba a su espalda, sin vida, desolada, los

ecos de su grito como una mano esquelética en su espalda.

El primera espada había decidido mantener su forma corpórea y caminar perversamente con el peso de una piedra por aquella tierra baldía mientras su espada trazaba un surco despreocupado a su paso. Por su parte, los guerreros orshayn y brold se habían rendido a la dicha del polvo y ahora caminaban tras él en una masa uniforme. Ella caminaba entre sus filas, con sus siete guerreros dispuestos a su alrededor. Estaban vapuleados, permanentemente heridos por la hechicería de los Tres. Los jirones de piel que les quedaban estaban abrasados, ennegrecidos. Segmentos de hueso expuesto estaban quemados y cubiertos de grietas. Las armas de piedra que enarbolaban habían perdido su tono sepia, el pardo rojizo reemplazado por motas de malva y colores gris-azulados. Las pieles, el cuero y los mantos de pelo animal habían desaparecido.

De entre todos los de su clan, solo Kebralle Korish había conseguido acercarse lo bastante a los Tres como para lanzarles un tajo. Recordaba con vívida claridad la sorpresa en el rostro del Barbudo cuando el filo de su arma se clavó en su carne trazando un profundo surco a lo largo de su pecho. Sangre, el resplandor de las costillas astilladas, una lluvia de anillas de armadura contra las piedras del parapeto. El Barbudo había retrocedido a trompicones, pero ella no estaba dispuesta a rendirse.

Los compañeros del Barbudo la habían obligado a retroceder con una concatenación de hechizos que se abatieron sobre ella desde la cornisa. Envuelta en aquella hechicería iracunda, no había tenido más remedio que retroceder hasta los pies del muro. Todo debería haber acabado ahí, pero Kebralle era la caudilla. Acababa de presenciar la carnicería que había terminado con casi todo su clan. No, no pensaba rendirse en brazos del olvido. Cuando se irguió, apartándose de encima las caóticas

llamas, llegó a atisbar a dos de los Tres. Ellos también la miraban. En sus caras había una incredulidad manchada de miedo.

Entonces Inistral Ovan dio la orden de retirada. Kebralle podría haberlo desafiado, pero acabó obedeciendo. Por los siete que seguían de pie. Por los últimos de su pueblo.

Y sin embargo, incluso ahora, su recuerdo del mordisco de su hoja era el néctar más dulce en la carcasa vacía de su alma. *Kebralle Korish se mantuvo inquebrantable ante el muro. Llegó a herir a uno de los Tres, la única t'lan imass que consiguió tal hazaña. Si hubiera estado solo, lo habría matado. El Barbudo habría caído, habría sido la primera brecha en las defensas de los Tres. Kebralle Korish, que había hecho la hoja curva que enarbolaba su mano, y la había llamado Brol, Ojo frío. ¿Véis esta mancha? Es su sangre, negra como la noche. Y en el mismo momento en que cambiaron las tornas de la guerra, la obligaron a retirarse*.

Los Cenizas de Cobre habían caído por nada. No había ganado terreno, no habían alcanzado la victoria. Los habían desechado. Algún día Inistral Ovan pagaría por ello.

Aquel juramento secreto era razón más que suficiente para continuar. El primera espada podría tener su guerra, su búsqueda de respuestas, sus ansias de ajustar cuentas con Olar Ethil. Kebralle Korish tenía sus propias razones para continuar. Olar Ethil, que los había invocado a todos ellos, bien podía tener sus motivos secretos. A Kebralle le daba igual. Además, Olar Ethil le había dado otra oportunidad, y solo por eso, Kebralle haría lo que le pidiera. Hasta que se presentase la ocasión de tomarse venganza.

Inistral Ovan cargaba con la vergüenza de la derrota, y lo hacía sin disimulo. Pero aquello no bastaba. Ni siquiera se acercaba. *Lo castigaré. Encontraré para él una eternidad de sufrimiento. Lo juro por las vidas perdidas de mi pueblo*.

No se trataba de un olor, él era incapaz de captar aroma alguno en el aire, aunque a veces algo así llegaba a su mente, penetrante, fragante de recuerdos que Kalt Urmanal erosionaba como un viento invernal haría con una espiga de hielo. Estaba recocido en su locura, pulido y reluciente de pura demencia. Todo conflicto en su interior se había desvanecido, hasta dejarlo convertido en el propósito más puro.

Los k'chain che'malle campaban por aquella tierra. Los asesinos de su mujer, de sus hijos. Sus viles aceites empantanaban aquel suelo polvoriento, sus escamas susurraban por el aire seco. Estaban cerca.

El odio había muerto con el ritual de Tellann. Eso era lo que todos los t'lan imass mantenían y creían a pies juntillas. Incluso la guerra contra los jaghut había quedado reducida a un proceso insensible y frío. El alma de Kalt Urmanal temblaba con la certeza de que el odio seguía vivo en su interior. Un odio abrasador. Sentía como si todos sus músculos estuvieran apretados en un puño gigantesco, tan duro como la piedra, un puño que aguardaba a sus víctimas.

Y él se encargaría de encontrarlas.

Nada más importaba. El primera espada no había atado a su gente con juramento alguno. Un grave error, pues Kalt bien sabía lo que alimentaba todos y cada uno de los fuegos de la guerra. Se podían percibir remolinos de deseos enfrentados, hambres y necesidades desencadenadas. Sin pleitesía, cada guerrero se encontraba solo, sin ataduras, y al primer atisbo de conflicto cada uno buscaría su propio camino. Con su rechazo a liderarlos, el primera espada había perdido a su ejército.

No era más que un necio. Había olvidado lo que significaba gobernar. Buscara lo que buscase, encontrara lo

que encontrase, acabaría dándose cuenta de que estaba solo.

Primera espada. ¿Qué significaba aquel título? Habilidad con el arma. Bien, nadie podía negar que Onos Toolan la tenía, de lo contrario jamás se habría ganado aquel título. Pero tenía que haber algo más. La fuerza de imponer su voluntad. Las cualidades del verdadero liderazgo. La arrogancia de quien comanda y la expectativa de que sus órdenes fuesen obedecidas sin cuestionarlas. Onos Toolan no poseía ninguna de aquellas cualidades. Ya había fallado una vez, ¿no? Y ahora, volvería a fallar.

Kalt Urmanal caminaría por la estela del primera espada, pero no le seguiría.

Los jaghut jugaron con nosotros. Se ocultaron tras disfraces de dioses. Aquello les divertía. Nuestra indignación despertó a la vida y se convirtió en una furia de determinación inquebrantable. Sin embargo, era un sentimiento equivocado. Al descubrir sus jugarretas, los jaghut no tuvieron más opción que retirarse. El secreto descubierto acabó con sus juegos. Las guerras no eran necesarias. Nuestro objetivo adquirió aspecto de auténtica locura, y al asumirlo nos condenamos a perdernos... para toda la eternidad.

Los jaghut no eran el enemigo adecuado. El ritual debió haber sido puesto en práctica en el nombre de la guerra contra los k'chain che'malle. Ellos eran los que nos perseguían. Para alimentarse. Por deporte. Ellos eran los que nos veían como poco más que carne. Se abatían sobre nuestros campamentos, relucientes con sus crueles aceites, para desatar su carnicería sin sentido, y nuestros seres queridos morían.

¿Indignación? Esa palabra es demasiado débil para describir cómo me siento. Por todos los que fuimos víctimas de los k'chain che'malle.

Primera espada, nos guías hacia ninguna parte. Ya hemos terminado con los jaghut. Ya no nos importan. Nuestra causa está muerta, y los inútiles huesos del cadáver que ha dejado son patentes para todos nosotros. Los hemos apartado a patadas y ahora el camino se presenta claro, aunque no es un camino que compartamos con nuestro pueblo.

Así que, ¿por qué te seguimos aquí, ahora? ¿Por qué avanzamos a tu paso? Nada nos has dicho. Ni siquiera te percatas de nuestra existencia. Eres mucho peor que los jaghut.

Kalt conocía a Olar Ethil, la Invocahuesos que los había condenado a todos al sufrimiento eterno. No sentía nada con respecto a ella. Era tan estúpida como el resto. Tan ciega, tan equivocada como todos los demás Invocahuesos que doblegaron su poder ante el ritual. ¿*Lucharás por ella, primera espada? Si lo haces, habrás de hacerlo solo. Nada somos para ti, y tú nada eres para nosotros*.

Que no engañen los ojos. No somos un ejército.

No somos un ejército.

Nom Kala se fijó en que el Invocahuesos Ulag Togtil caminaba a su lado. Ulag era, con diferencia, el guerrero más grande que habían visto los imass. Tenía sangre trell. Se preguntó qué aspecto habría tenido cuando aún había carne sobre aquel cuerpo. Imponente, no cabía duda, brusco y pendenciero, con los diminutos ojos de un jabalí de los hielos. Albergaba pocos recuerdos de los trell; en su época ya habían desaparecido, habían sido de los primeros en ser erradicados de la faz de la tierra por los humanos. De hecho, ni siquiera estaba segura de que sus recuerdos fuesen verdaderos y no algo que le hubieran inoculado los orshayn.

Qué mala sangre era aquella. Un aluvión de sentimientos nauseabundos, deseos confusos, desesperación incesante y rabia inútil. Se sentía asaltada; aquellos orshayn eran en verdad almas torturadas, espiritualmente destruidos. Pero ni ella ni los suyos tenían la menor capacidad de eludir aquella inundación sin fin.

Del primera espada, en cambio, no recibía nada. No se le escapaba ni un jirón de pensamiento. ¿Acaso su alma estaba simplemente carente de vida? ¿O tenía un autocontrol tan absoluto que hasta sus asaltos más decididos resbalaban sobre él, tan débiles como lluvia sobre la piedra? Aquel misterio que era Onos Toolan la esquivaba.

—Medida de misericordia. —Las palabras de Ulag se entrometieron en sus pensamientos.

—¿A qué te refieres, Invocahuesos?

—Tú también sangras, Nom Kala. Todos nos hemos apartado del camino. Los huesos tiemblan, la oscuridad gira en lo que queda de nuestros ojos. Creemos que somos el origen de nuestros propios pensamientos, de nuestros sentimientos, pero yo creo que no es así.

—Ah, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—No hacemos más que desplazarnos tras su estela. Toda esta violencia, esta furia. Nos devora a cada uno de nosotros y engorda con lo que nos arranca. Así que creemos que cada uno de nosotros se encuentra solo en este propósito. Pero lo más preocupante, Nom Kala, es esto: ¿cuánto tiempo pasará antes de que empecemos a volvernos los unos contra los otros?

—Así que no hay medida de misericoria —replicó ella.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De cuán sutil sea Onos Toolan.

—Por favor, explícate.

—Nom Kala, Onos Toolan ha dicho que no nos obligará a obedecerle. No será como un t'lan imass. Eso es crucial. ¿Es siquiera consciente del caos que trae consigo? Yo creo que sí.

—Y entonces, ¿cuál es su propósito?

—Ya veremos.

—Eso si tienes razón, y si el primera espada es capaz de arrastrarnos a todos con él, antes de que sea demasiado tarde. Lo que describes alberga un gran riesgo, y cuanto más aguarda, menos probable es que sea capaz de reunirnos.

—Eso es cierto —retumbó su voz al replicar.

—Tú le crees, ¿verdad?

—La fe es algo muy extraño. Entre los t'lan imass, es poco más que el pálido fantasma de un recuerdo. Quizá, Nom Kala, lo que quiere el primera espada es que vuelva a despertar la fe en nosotros. Para que seamos más que t'lan imass. Por lo tanto, no nos comanda. En lugar de eso, nos muestra la libertad de la mortalidad; algo que pensábamos haber perdido hace largo tiempo. ¿Cómo mandan los vivos sobre los suyos? ¿Cómo es capaz de funcionar un ejército mortal, teniendo en cuenta el caos que vive dentro de cada soldado, sus disparatados deseos?

—¿Y qué valor tendría enseñarnos semejantes cosas? —preguntó Nom Kala—. No somos mortales. Somos t'lan imass.

Él se encogió de hombros.

—Para eso no tengo respuesta aún. Pero creo que nos lo hará saber.

—Más le vale que no espere mucho tiempo, Invocahuesos.

—Nom Kala —Ulag la miraba—. Me parece que fuiste hermosa en el pasado.

—Lo fui. En el pasado.

—Si te hubiera visto entonces…

Ella negó con la cabeza.

—Imagina el dolor que sentirías ahora, si me hubieras visto entonces.

—Ah, es cierto. Lo siento.

—Y yo también, Invocahuesos.

—¿Hemos llegado ya? Me duelen los pies.

Draconus se detuvo y miró al toblakai mestizo.

—Sí, quizá podríamos descansar un rato. ¿Tienes hambre?

Ublaba asintió.

—Y sueño. Y esta armadura me está chafando los hombros. Y el hacha es demasiado pesada. Y echo de menos a mis amigos.

—Tienes un arnés con un soporte para el hacha —dijo Draconus—. No hace falta que la lleves en las manos. Como puedes ver, no se nos ha acercado nadie que no hayamos visto desde la distancia.

—Pero si veo un conejo o una gallina, puedo lanzarme sobre él y entonces podremos comer.

—Eso no será necesario. Ya has visto que soy capaz de conjurar comida y agua.

Ublala frunció el ceño.

—Yo también quiero contribuir.

—Ya veo. Estoy seguro de que más temprano que tarde podrás hacerlo.

—¿Ves algo? —Ublaba se irguió y miró alrededor—. ¿Un conejo? ¿Una vaca? ¿O te refieres a esas dos mujeres de ahí?

Draconus miró hasta que dio con las dos siluetas. Se acercaban a ellos pero aún estaban a trescientos pasos más o menos. Venían ambas del sur, a pie.

—Esperaremos a que lleguen —dijo tras un momento—, aunque no creo que haya necesidad de luchar, Ublala.

—No, no, el sexo es mucho mejor. Con mujeres, quiero decir. Nunca llegué a tocar aquella mula. Eso es de enfermos, y me da igual lo que vayan contando. ¿Comemos ya?

—Haznos un fuego —dijo Draconus—. Usa la madera que reunimos ayer.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

Draconus señaló y una modesta pila de ramas rotas apareció a los pies de Ublala.

—¡Ah, aquí está! No te preocupes, Draconus, ya he encontrado la madera.

La mujer que avanzaba primera era joven, de porte inequívocamente bárbaro. Sus ojos estaban circundados de una línea de color negro que posiblemente denotaba luto, mientras que el resto de su rostro estaba pintado de blanco a modo de calavera. Tenía un cuerpo musculado, con un pelo del color del óxido recogido en trenzas. Tres pasos tras ella avanzaba una anciana descalza, vestida con una túnica de piel cubierta de mugre. En sus dedos ennegrecidos brillaban varios anillos, un detalle desconcertante en medio de su estado desaliñado.

Las dos se detuvieron a diez pasos de Draconus y Ublala.

Fue la más joven quien habló:

Ublaba alzó la vista del fuego que acababa de encender.

—Lengua comerciante. Puedo entenderte. Draconus, tienen hambre y sed.

—Ya lo sé, Kublala. En ese bolso encontrarás comida, y un barrilete de cerveza.

—¿De veras? ¿Qué bolso es ese? Bueno, no importa. Dile a la guapita que quiero acostarme con ella. Pero si puedes, díselo de un modo más agradable.

—Ublala, tanto tú como yo solemos hablar en lengua comerciante. De hecho, lo estamos haciendo ahora mismo. —Dio un paso al frente—. Bienvenidas. Compartiremos lo poco que tengamos con vosotras.

La mujer joven, que se había llevado la mano a la daga de su cinto cuando Ublala mencionó lo que deseaba, centró su atención en Draconus.

—Soy Ralata, una tajopiel de los barghastianos rostros blancos ahkrata.

—Estás muy lejos de tu casa, Ralata.

—Sí.

Draconus miró por encima del hombro de la mujer.

—¿Y tú, compañera?

—La encontré vagando a solas. Su nombre es Sekara, de una casta superior de los rostros blancos. Su mente está destrozada casi por completo.

—Tiene los dedos gangrenados —señaló Draconus—. Hay que cortárselos, o la infección se extenderá.

—Ya lo sé —dijo Ralata—, pero se niega a que la atienda. Creo que es por los anillos. Son lo último que queda de su riqueza.

La tajopiel dudó, y luego dijo:

—Mi pueblo ha muerto. Todos. Ya no existen los barghastianos rostros blancos. Mi clan. El de Sekara. Todos. No sé qué ha pasado…

—¡Muertos! —gritó Sekara, y levantó sus manos podridas —. ¡Congelados! ¡Congelados hasta morir!

Ublala dio un salto ante los lamentos de la mujer. Se acercó a Draconus.

—Esa huele mal —dijo—. Y esos dedos no funcionan. Alguien va a tener que darle de comer. Yo no quiero. Dice cosas horribles.

Ralata siguió hablando:

—Me cuenta esto unas cien veces al día. No dudo de la verdad de lo que cuenta. No podría; veo la matanza en sus ojos. Y en mi corazón, sé que nos hemos quedado solas.

—La infección le ha llegado al cerebro —dijo Draconus—. Sería mejor que la matases, Ralata.

—¿Y ser yo la última de los rostros blancos? Me falta valor para eso.

—¿Me das tu venia para encargarme yo? —preguntó Draconus.

Ralata se encogió.

—Ralata —dijo Draconus—. Vosotras dos no sois las últimas de vuestro pueblo. Aún quedan otros.

Los ojos de ella se estrecharon.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Los he visto, desde lejos. Vestían ropas no muy distintas a las tuyas. Mismas armas. Su número alcanzaba los cinco o seis mil, quizá más.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Draconus le lanzó una mirada a Ublala.

—Antes de encontrar a mi amigo toblakai, aquí presente. Hará unos seis o siete días, creo, aunque mi sentido del tiempo no es lo que era. Todavía me sobresalto cuando la luz cambia. Día, noche... hay tantas cosas que había olvidado. —Se pasó la mano por el rostro y suspiró—. Ratala, ¿me concedes tu venia? Será un acto de misericordia, y lo haré rápido. No sufrirá.

La anciana aún se miraba las manos ennegrecidas, como si quisiera moverlas, aunque los dedos estaban hinchados hasta parecer más bien diez garfios sin vida. Su cara estaba retorcida de pura frustración.

—¿Me ayudarás a levantar un túmulo para ella?

—Por supuesto.

Ralata acabó por asentir.

Draconus se acercó a Sekara. Bajó con delicadeza las manos de la mujer y acercó las suyas a su rostro. Sus ojos dementes se clavaron de pronto en los suyos. En el último instante, Draconus vio en ellos algo parecido al reconocimiento. La voz de Sekara se abrió en una mueca de terror…

Un giro rápido hacia un lado rompió el cuello. La mujer se desplomó, aún con la boca abierta y los ojos clavados en los suyos incluso desde el suelo. Un par de alientos más tarde, la vida abandonó aquella mirada horrorizada y acusadora. Draconus se irguió, retrocedió un paso y se giró hacia los otros.

—Ya está.

—Irá a buscar algunas piedras —dijo Ublala—. Las tumbas y tal se me dan bien. Y luego, Ralata, te enseñaré el caballo. Verás qué contenta te pones.

La mujer frunció el ceño.

—¿Caballo? ¿Qué caballo?

—Es como la ramera Mierdecitas llama a esta cosa que tengo entre las piernas. Mi caballo trotón. La anguila tuerta. El sueño de las mujeres listas, lo llama Shurq Elalle. Las mujeres lo llaman de un montón de formas, pero todas sonríen al llamarlo. Tú puedes inventarte el nombre que quieras. Ya verás como tú también sonríes.

Ralata contempló al toblakai alejarse en busca de piedras. Se volvió hacia Draconus.

—No es más que un niño.

—Solo tiene la mente de un niño. Le he visto desnudo.

—Si lo intenta… si alguno de los dos intenta violarme, os mataré.

—No lo hará. Y yo tampoco. Eres bienvenida a acompañarnos en nuestro viaje. Viajamos hacia el este, la misma dirección que llevaban los barghastianos que vi.

Quizá consigamos alcanzarlos, o al menos cruzarnos con su rastro una vez más.

—¿Qué es esa carne que estás asando al fuego?

—Bhederin.

—No hay bhederin en las Tierras Yermas.

Draconus se encogió de hombros. Ella vaciló, y entonces dijo:

—Ando a la caza de un demonio alado. Mató a mis amigos.

—¿Y cómo puedes seguirle la pista a un demonio alado, Ralata?

—Mata todo lo que se cruza en su camino. Ese es el rastro que voy siguiendo.

—No he visto tal rastro hasta ahora.

—Yo hace tiempo que tampoco —admitió ella—. En los últimos dos días, desde que encontré a Sekara, de hecho. Pero el rastro parecía apuntar hacia el este, así que seguiré en esa dirección. Si llego a encontrar a esos barghastianos, mejor. Si no, mi caza continuará.

—Comprendo —replicó él—. Ahora, ¿te apetece tomar una cerveza conmigo?

Draconus se agachó a echar un poco de líquido ambarino en dos jarras de peltre. Ella habló a su espalda:

—Pienso enterrarla con esos anillos, Draconus.

—No somos ladrones —replicó él.

—Bien.

Aceptó la jarra que le tendía. Ublala volvió con un montón de pedruscos entre los brazos.

—Ublala —dijo Draconus—, ahórrate lo del caballo para más tarde.

La expresión del gigantesco toblakai se hundió, para volver a iluminarse al instante.

—Está bien. De todos modos, es mucho más emocionante en la oscuridad.

Strahl nunca había ansiado ser el caudillo de los senan. Había sido más sencillo alimentar ambiciones que bien sabía fuera de su alcance, una simple e inofensiva manera de hinchar su ego que le otorgaba una posición entre los demás guerreros que se oponían a Onos Toolan, uno más entre la patulea poderosa e influyente de barghastianos de alto rango. Había disfrutado del poder y los privilegios que aquella posición le daba. Sobre todo se había refocilado en su acopio de odio, una moneda de valor infinito cuyo gasto no costaba nada, no importa cuán prolijo fuera. Había sido un guerrero henchido, protegido tras un escudo de rencor. Y cuando los escudos se alzaban, el muro era impenetrable.

Pero ahora se encontraba solo. Aquel acopio de rencor había desaparecido. Ni siquiera había visto los supuestos montones de manos acercándose a él por la espalda. La única riqueza de un Caudillo era el valor de su palabra. Las mentiras succionaban el color del oro. La verdad era el metal más duro, puro y raro de todos.

Había habido un instante, un único y cegador instante, en el que se había plantado frente a su tribu y había elevado al cielo esa verdad, forjada por manos que se habían vuelto frías. Había reclamado esa verdad como propia, y su pueblo había correspondido mirándolo a los ojos y respondiendo con complacencia. Pero ni siquiera entonces se había librado del sabor a ceniza que tenía en la boca. ¿Acaso era él poco más que la voz de los muertos? ¿De guerreros caídos que habían sido, todos y cada uno, mucho más grandes de lo que Strahl jamás sería? Podía ponerles voz a sus deseos, y eso era exactamente lo que había hecho, pero no podía pensar sus pensamientos, así que poco podían ayudarle, ni aquí, ni ahora. Lo habían dejado con la patética confusión de su propia mente, lo cual no era ni de lejos suficiente.

Sus guerreros no habían tardado mucho en darse cuenta. A fin de cuentas, ¿adónde los iba a guiar? La gente de las tierras asentadas quería derramar su sangre. La senda ante ellos estaba destrozada y muerta. Y, por más arrojado que hubiera parecido el gesto, la verdad era que los senan habían huido de la batalla, habían dejado morir a sus aliados. Nadie quería aceptar la culpa de aquello. Se la otorgaban entera a Strahl. ¿Acaso él no los había liderado? ¿No había sido él quien había ordenado la retirada?

Le era imposible rebatir aquel argumento. No podía defenderse contra las verdades que susurraban sus guerreros. *Esto me pertenece. Este es mi crimen. Los otros murieron para otorgármelo a mí, porque en su día estuvieron exactamente donde yo estoy ahora. Su valor era más puro. Sabían liderar. Yo solo sé seguir. Si hubiera sido de otro modo, podría haber sido su igual*.

Se puso en cuclillas, de espaldas a las pocas hogueras que quedaban en el campamento que había dispuesto de cualquier manera a su espalda. Las estrellas desplegaban un paisaje lejano en aquel cielo cuajado de jade. Los mismos espolones parecían estar mucho más cerca, como si estuvieran a punto de desprenderse del cielo y precipitarse sobre la tierra. No había manera de imaginar un augurio más funesto. *La muerte se acerca. Termina una era, y con ella se extinguen los barghastianos rostros blancos, y también sus dioses, que fueron liberados solo para ser abandonados luego, a quienes se les concedió vida solo para dejarlos morir. Pues muy bien, bastardos, ya sabéis lo que se siente*.

Casi no les quedaba agua. Los cargadores y brujas habían intentado extraer agua de aquella tierra baldía hasta la extenuación. Pronto el esfuerzo acabaría con ellos, uno por uno. La retirada ya se había cobrado la vida de los más viejos y débiles de los senan. *Marchamos hacia el este. ¿Por qué? Allí no nos espera enemigo alguno. La guerra que*

buscábamos no es la que acabamos por encontrar, y ahora la gloria nos ha esquivado.

Donde sea que esté esa gran batalla, allá deberían ir los rostros blancos. A interceptar el destino, a cortarlo por las rodillas. Eso es lo que pretendió Humbrall Taur. Eso es lo que pretendió Onos Toolan. Pero la gran alianza ha muerto. Solo quedamos los senan. Y nosotros mismos nos doblegamos y pronto desapareceremos. Sangre a la madera, madera al polvo. Huesos a la piedra, piedra al polvo. Los barghastianos nos habremos de tornar en desierto, solo entonces habremos encontrado una tierra en la que asentarnos. Estas Tierras Yermas, quizá. Cuando el viento nos sacuda hasta despertarnos al alba.

Strahl sabía que no tardaría mucho en ser derrocado. A veces, a fin de cuentas, había que extraer la culpa a cuchillo. No se resistiría. Por supuesto, cuando los últimos senan supervivientes se tambaleasen y cayesen por fin, la última maldición en sus labios contendría su nombre. *Strahl, que nos apartó de la gloria*. No mucha gloria, a buen seguro. Maral Eb había sido un necio, y Strahl bien podía sacudirse todo su veneno en cuanto al fiasco que había supuesto. *Sin embargo, tuvimos la oportunidad de morir blandiendo nuestras armas. Eso habría supuesto algo. Como escupir para aclararse la boca. Quizá la siguiente bocanada de penurias no supiera tan mal. Tal que así, nada más que un gesto simbólico*.

Hacia el este, pues. Cada paso más lento que el anterior.

Suicidio era una palabra muy fea. Pero una persona podía decantarse por ello. Cuando se trataba de un pueblo entero… bueno, era un asunto diferente. ¿O no? *Nos guiaré hasta que sea otro quien lo haga. Nada habré de pedir. Marchamos hacia nuestra muerte. Es lo que siempre hemos hecho todos*. Aquel último pensamiento le complació.

Esbozó una sonrisa en la macabra oscuridad. Contra la futilidad, la culpa palidecía.

La vida es un desierto, pero, amigos, entre mis piernas se encuentra el más dulce de los oasis. Al estar muerta, puedo decir esto sin un ápice de ironía. Si estuvierais en mi posición lo entenderíais.

—Tenéis una curiosa expresión en vuestro rostro pintado, capitana. ¿En qué pensáis?

Shurq Elalle alzó la mirada del desolado vaivén de taciturnas olas grises y miró a Felash, la decimocuarta hija el rey Tarkulf y la reina Abrastal de Bolkando.

—Mi primer oficial se ha estado quejando, princesa.

—Hasta ahora este viaje ha sido agradable, si bien algo tedioso. ¿A qué se debían sus quejas?

—A que es tuerto, manco, cojo, medio sordo y no tiene nariz. Y le apesta la boca. Sin embargo, estoy de acuerdo con vos, princesa. No importa lo mal que pinten las cosas, siempre pueden empeorar. Así es la vida.

—Parece haber anhelo en vuestra voz, capitana.

Shurq Elalle se encogió de hombros.

—Seréis joven, pero no hay quien os engañe, princesa. Confío en que comprendáis mis circunstancias particulares.

Felash frunció sus gruesos labios y desechó sus palabras con un aleteo de sus dedos.

—Me ha costado un poco, a decir verdad. De hecho fue mi criada quien mencionó la posibilidad. Se os da bien disimular vuestra situación, capitana. Un logro de lo más admirable.

—Gracias, alteza.

—Aun así, me pregunto qué es lo que ocupa vuestros pensamientos. Según he oído, las quejas de Skorgen Kaban

no tienen fin, como tampoco lo tiene la plaga de supersticiones que lo asolan.

—No está en su mejor momento —admitió Shurq—. De hecho, está así desde que adquiristeis esta extensión. Llegan un millar de rumores desde Kolanse, y ni uno de ellos es agradable. La tropa se siente desgraciada, y en cuanto a mi primer oficial, su desdicha da pábulo a todos los miedos posibles.

—Confío en que se comprenda que la mayor parte de la flota de perecederos nos ha precedido ya —dijo Felash—. ¿Habéis visto algún indicio de que su marcha haya acabado en desastre?

—Eso depende —replicó Shurq—. La ausencia de indicios de cualquier tipo es lo bastante ominosa, especialmente para los marinos…

—No hay manera de que estén contentos, ¿verdad?

—Ninguna. Por eso los adoro.

—¿Capitana?

Ella le mostró una sonrisa a la princesa.

—Tampoco hay manera de que yo esté contenta. Os preguntabais en qué estaba pensando; aquí tenéis mi respuesta.

—Ya veo.

No, niñita, no veis nada. Pero no os preocupéis. Ya lo haréis.

Felash prosiguió:

—¡Debéis de estar muy frustrada!

—Si es frustración lo que siento, es una frustración de lo más deliciosa.

—Me fascináis, capitana.

La rolliza princesa llevaba un mato con ribetes de pelo de animal. Se había subido la capucha para protegerse de aquel afilado viento costero. Su cara redonda y profusamente maquillada tenía un aspecto empolvado y

perfecto. Estaba claro que se esforzaba por parecer mayor de lo que era, pero el efecto le recordaba a Shurq a ese tipo de muñecas de porcelana que a veces los temblor encontraban abandonadas en las playas, las que se desechaban como si estuvieran malditas. Tan perfectas que resultaban inhumanas, pero que en realidad escondían profundos defectos.

—Vos me interesáis, alteza. ¿Es el privilegio de la realeza lo que os permite mandar un barco extranjero, capitán y tripulación incluidos, y enviarlo hacia lo desconocido?

—¿Privilegio, capitana? Por mi vida, no. Es una carga, de hecho. El conocimiento es esencial. Lo único que asegura la supervivencia continuada del reino es la acumulación de información. No somos una gran potencia militar, como por ejemplo los letherii, que pueden mantener su abuso insensible como si fuese una franca virtud exenta de complejidad. Una actitud de falso provincianismo bien sirve para afilar la sospecha en los demás. «Tratadme con honestidad y sinceridad y habré de ser vuestro amigo. Tratadme injustamente y os destruiré». Así funciona el discurso del diplomático. Por supuesto, una aprende enseguida que todas esas poses de justa honestidad no son sino una apariencia bajo la que se esconde la más egoísta de las avaricias.

—Supongo —dijo Shurq—, que los hijos y las hijas del rey y la reina de Bolkando están bien entrenados en semejantes teorías de la diplomacia.

—Casi desde el día en que vinimos al mundo, capitana.

Shurq sonrió ante su exageración.

—Parece que vuestra visión de Lether está un poco anticuada, si me permitís que os dé mi opinión al respecto.

Felash negó con la cabeza.

—Quizás el rey Tehol sea más sutil que sus predecesores. Su tremendo encanto esconde una mente de lo más ladina.

—¿Ladina? Oh, sí, alteza. Completamente.

—Naturalmente —prosiguió Felash—, habría que estar loco para confiar en él. O para creerse cualquier cosa que diga. Yo diría que lo mismo sucede con su reina.

—¿Eso pensáis? Considerad esto, princesa: resulta que dos gobernantes de un vasto imperio desprecian todas y cada una de las cualidades de dicho imperio. La desigualdad, la cruel expresión del privilegio y la opresión de los desposeídos. La pura estupidez de un sistema de valores que favorece metales inútiles y manuscritos absurdos por encima de la humanidad y la simple decencia. Considerad a dos gobernantes atrapados en un mundo así… por supuesto, lo desmontarían todo si pudieran. Pero, ¿cómo? Imaginad la oposición que encontrarían. Todas las élites, tan cómodas con sus elevadas posiciones de poder. ¿Creéis que semejante gente entregaría sus privilegios voluntariamente?

Shurq se apoyó en la barandilla y estudió a Felash, cuyos ojos estaban desorbitados.

—¿Y bien, alteza? De hecho, imaginad que arremetieran contra vos y vuestra gente con un ataque diplomático de emancipación. El fin de la nobleza, de todos sus privilegios y rangos hereditarios. Vos y vuestra familia, princesa, reducidos a cenizas. El fin del dinero y de sus falsas estructuras. ¿Oro? Sí, bonitos anillos y fruslerías, pero nada más. Valdría lo mismo que un montón de rocas apiladas en una orilla. ¿La riqueza como prueba de superioridad? Paparruchas. Nada más que la prueba del poder para aplicar violencia. Por vuestra expresión sorprendida, alteza, veo que empezáis a comprender, así que nada más habré de añadir.

—Pero, ¡todo eso es una locura!

Shurq se encogió de hombros.

—Como vos habéis dicho, princesa, no es privilegio, es una carga.

—¿Estáis diciendo que Tehol y su mujer denigran su propio derecho al poder?

—Probablemente.

—¿Y eso significa que albergan los mismos sentimientos hacia la gente como yo?

—¿En confianza? Lo dudo. Creo que en realidad solo cuestionan vuestro derecho a dictaminar las vidas de la gente de vuestro reino. A todas luces, vuestra familia pone en práctica ese derecho, y poseéis el poder militar suficiente para hacer que se cumpla. No habré de hablar con total certeza de Tehol y Janath, alteza, pero sospecho que tratan con vos con la misma contención que con cualquier otro dignatario de cualquier otro reino o lo que sea. Es el sistema lo que está…

—¡Alguien tiene que gobernar!

—Y sin embargo, la mayoría de los gobernantes gobierna de manera que ellos sean quienes se perpetúan en el gobierno, y no les importa anexionar y explotar naciones enteras para que siga siendo así. Generación tras generación, para siempre. Sea como sea, alteza, os conmino a debatir este asunto con Tehol o Janath si alguna vez volvéis a Letheras. Eso les encanta. Yo, por mi parte, solo respondo en calidad de capitana de este barco…

—¡Exacto! No hay barco que funcione sin jerarquía.

—Eso es muy cierto. Me limitaba a compartir con vos una visión de la posición de Tehol y Janath contraria a la que os han enseñado a creer. Estas filosofías tan complicadas están más allá de mi entendimiento. Además, tampoco es que me importe. Yo trabajo dentro del sistema porque resulta una opción conveniente, un modo de evitar el aburrimiento, de hecho. También me encargo de hacer a mi tripulación más rica de lo que serían de otro modo, lo cual me complace. En cuanto a mí misma, por supuesto, no puedo ni deciros si creo en algo, en lo que sea. ¿Por qué debería? ¿Qué me

aportarían tales creencias? ¿Una conciencia limpia? Mi conciencia ya lo está. ¿Un futuro asegurado? ¿Desde cuándo ha sido el futuro seguro? ¿Objetivos que valgan la pena? ¿Quién decide qué vale la pena y qué no? Creedme, alteza, no soy la persona más adecuada para tener esta conversación.

—Que el Errante me confunda, capitana, me habéis sacudido hasta lo más hondo. Me siento tan ligera y asaltada desde tantos flancos que casi estoy mareada.

—¿Queréis que llame a vuestra criada, alteza?

—Por mi vida, no. A la pobre aún no se le han pasado los mareos.

—Tenemos medicinas…

—Ninguna de las cuales le hará el menor bien. ¿Por qué creéis que estoy aquí arriba con vos, capitana? No soporto más sus lamentos. Y aún peor, no pasa mucho tiempo cuando estamos las dos en el camarote hasta que soy yo quien tiene que atenderla a ella, en vez de al revés. Es tan inapropiado que resulta intolerable.

Shurq Elalle asintió.

—Inapropiado, sí, ya veo. Deberíais haber discutido el asunto conmigo mucho antes, alteza. Con gusto asignaré a algún miembro de mi tripulación al cuidado de vuestra criada. Quizás podamos transferirla a otra litera…

—No, no, no os preocupéis, capitana. Os agradezco tan generosa oferta. Mi frustración ha sido efímera. Además, ¿qué mejor manera de recordarme a mí misma que los privilegios de rango no son más que falsas invenciones, que la humanidad y la simple decencia requieren olvidarse de semejantes ideas?

—Bien dicho, alteza.

Los dedos de Felash aletearon.

—Y con esto, más vale que vuelva abajo a ver cómo le va a esa desdichada. —Le dedicó a Shurq una sonrisa de

muñeca—. Gracias por una conversación de lo más reconfortante, capitana.

—Yo también la he disfrutado, princesa.

Felash se alejó con paso admirablemente seguro en la cubierta cimbreante. Shurq apoyó los antebrazos en la barandilla y escrutó la distante línea de costa del puerto. Hacía días que la jungla que los había rodeado había dado paso a colinas parduzcas. Los únicos árboles que había visto desde entonces habían sido troncos descuajaringados, amontonados en la fina línea de playa. Árboles enormes. ¿Quién arrancaba árboles milenarios tan indiscriminadamente para luego dejarlos tirados? *Kolanse, ¿en qué andáis metidos*?

Lo averiguaremos pronto.

Felash entró en el camarote.

—¿Y bien?

Su criada alzó la mirada hacia ella desde donde se sentaba con las piernas cruzadas frente a un pequeño brasero de carbón.

—Es justo lo que temíamos, alteza. Nos aguarda un vacío inabarcable, una desolación más allá de toda magnitud. Cuando toquemos tierra, habremos de viajar al norte, muy al norte, hasta la provincia de Estobanse.

—Prepárame el cuenco —dijo Felash. Se deshizo del manto y lo dejó caer al suelo. Se derrumbó sobre su pila de almohadas—. No pueden ir a ningún otro sitio, ¿verdad?

La corpulenta mujer se levantó y fue hasta la mesa baja sobre la que descansaba un elegante narguile de cristal con incrustaciones de plata. Echó una copa de vino especiado y llenó el cuenco. Entonces extrajo el cenicero de plata y sacudió las cenizas en una bandeja de peltre.

—Si os referís a los perecederos, alteza, no andáis desencaminada.

Felash echó mano bajo su blusa de seda y desató los cordones de su camisola interior.

—Mi hermana mayor llevó esto puesto demasiado tiempo —dijo—, y ahora le cuelgan las tetas sobre la barriga como si fueran las alforjas de un comerciante sobre la grupa de una mula. Malditas sean estas tetas. ¿Por qué no podré ser más como Hethry?

—Hay hierbas que…

—Así no centrarían la mirada ahí, ¿verdad? No, estas malditas tetas son mis principales dones de diplomacia. Ver cómo se les dilatan las pupilas ya es una victoria.

La criada le trajo el narguile. Ya lo había encendido, y un humo aromático se esparcía por el camarote. Llevaba ya cuatro años haciendo aquello por su señora, y cada vez, el ritual precedía un intenso periodo de discusión entre ella y la princesa. Se trazaban planes, se los cuestionaba, ambas amartillaban cada detalle en su justo lugar como si estuviesen creando un cuenco de cobre.

—Hethry os ve con gran envidia, alteza.

—Bueno, no me sorprende; es una idiota. ¿Tenemos noticias de los cedas de Madre?

—Todavía no. Las Tierras Yermas hierven con terribles poderes, alteza. Está claro que la reina piensa quedarse allí. Al igual que nosotras, ella también busca respuestas.

—Entonces todas somos unas necias. Estamos tan lejos de las fronteras de Bolkando que sería difícil sonsacarnos una sola razón legítima de que sigamos en esta senda. ¿De qué manera ha contribuido Kolanse a nuestro reino?

—Miel negra, maderas duras, tejidos de calidad, pergamino, papel…

—¿Y en los últimos cinco años? —Los ojos de Felash brillaron tras el velo del humo.

—Nada.

—Exacto. De hecho, mi pregunta era retórica. El contacto se ha roto. En cualquier caso, jamás hemos adquirido de ellos suministros básicos. Y en cuanto a las Tierras Yermas y los surtidos ejércitos que las atraviesan, bueno, también ellos se han alejado de nuestro territorio. Me da que los seguimos por nuestra cuenta y riesgo.

—La reina marcha junto a alguno de esos ejércitos, alteza. Hemos de asumir que ha descubierto algo, lo cual le ha dado una razón poderosa para seguir en su compañía.

—Se dirigen a Kolanse.

—Así es.

—Y no sabemos por qué.

La criada no dijo nada.

Felash expulsó un reguero de humo hacia el techo.

—Vuelve a hablarme de los no muertos de las Tierras Yermas.

—¿Cuáles, señora?

—Los que se mueven como polvo al viento.

La criada frunció el ceño.

—Al principio pensé que eran los únicos responsables de la nube impenetrable que nubla mis esfuerzos. Su número alcanza varios miles, a fin de cuentas, y el que los guía emana un poder tan cegador que no me atrevo a mirarlo directamente. Pero ahora… alteza, hay otros. No están muertos, de eso estoy segura, pero incluso así… uno está hecho de oscuridad y frío. Otro de fuego ardiente en el cielo. Y hay otro a su lado, un nudo alado de puro dolor, tan duro y cruel como el diamante mejor cortado. E incluso hay otros que se esconden en el aullido de los lobos…

—¿Lobos? —la interrumpió Felash—. ¿Te refieres a los perecederos?

—Sí y no, alteza. No puedo ser más clara al respecto.

—Estupendo. Continúa.

—Hay otro más, más fiero y salvaje que el resto. Está escondido en piedra. Nada en un mar denso y apretado con los penetrantes humores de las serpientes. Aguarda el momento justo mientras su poder crece, y frente a él… alteza, lo que hay frente a él me despierta un pavor insoportable.

—El enfrentamiento… ¿tendrá lugar en las Tierras Yermas?

—Eso creo, sí.

—¿Crees que mi madre lo sabe?

La criada vaciló, y entonces dijo:

—Alteza, creo que sus cedas están totalmente ciegos y por lo tanto ignorantes a esta amenaza. Yo misma he conseguido ver tanto solo porque lo contemplo todo desde la distancia, desde fuera, por así decirlo.

—En ese caso, Madre está en apuros.

—Sí. Eso mismo pienso yo, alteza.

—Has de encontrar el modo de llegar hasta ella —dijo Felash.

—Alteza. Existe un modo, pero es muy arriesgado.

—¿Arriesgado para quién?

—Para todos los que viajan en esta nave.

Felash se quitó la boquilla de un tirón, expulsó un par de anillos de humo que flotaron, vagaron por el aire y se aplanaron hasta formar una cadena en el aire. Al verlo, sus ojos se ensancharon.

La criada se limitó a asentir.

—Está cerca. Mi mente ya ha pronunciado su nombre.

—¿Y qué hay de este augurio que acaba de pasar ante nosotras?

—Alteza, no se trata con un dios ancestral sin que haya peligro. Hemos de hacer un pago en sangre.

—¿Con la sangre de quién?

La criada negó con la cabeza.

Felash se golpeteó los dientes con el tubo ambarino mientras elucubraba.

—¿Por qué es el mar tan salado?

De nuevo, no había respuesta posible a aquella pregunta.

—¿Alteza?

—¿Tiene nombre esa maldita cosa? ¿Lo sabes?

—Muchos nombres, por supuesto. Cuando los colonos del primer imperio llegaron, hicieron sacrificios a los mares salados en el nombre de Jhistal. Los tiste edur en sus grandes canoas de guerra rasgaron venas para alimentar las aguas, y a aquella espuma roja la llamaron Melenasangre, que en idioma edur se traduce como *Mael*. Los jheck que viven en el hielo tienen un nombre para las aguas oscuras bajo el hielo: la Señora de la Paciencia, *Barutalan*. Los temblor se refieren a él como Neral, el Devorador.

—Y la lista sigue.

—Y la lista sigue, alteza.

Felash suspiró.

—Invócalo, y habremos de ver el coste de un trato con él.

—Como ordenéis, alteza.

En cubierta, Shurq Elalle se irguió ante el grito del vigía. Oteó el mar al frente. *Es una borrasca, y parece de las malas. En el nombre del ojete del Errante, ¿de dónde ha salido*?

—¡Guapo!

Skorgen Kaban se plantó ante ella de dos zancadas desde el centro de la nave.

—¡La he visto, capitana!

—Échala al frente, Guapo. Si va a morder, más vale que mordamos nosotros también.

La idea de que aquella tormenta arrojase a Gratitud Imperecedera contra aquella orilla cuajada de troncos

arrancados no era nada agradable. En absoluto.

Aquellos remolinos negros parecían venir directos hacia ellos.

—Por todos los tacones meados, este baile no va a ser divertido.

Capítulo 22

Esto es una antigua paciencia
bocabajo en el lodo
en la orilla repleta de lianas
todos han de cruzar
ríos crecidos
flores brillantes flotan
en su camino
hacia manglares serpenteantes
que desembocan en el caliente mar.
Pero nada se desliza tranquilamente
en las aguas turbulentas
que dan caza a su belleza atrevida.
Molemos en nuestra inquietud
desde el borde que aguarda
los paroxismos de la necesidad
el súbito impulso de cruzar
hacia el futuro.
Ríos crecidos sueñan
con pasajes rojos
y los lagartos han de alimentarse
como siempre han hecho.
Nos reunimos, numerosos,
el caótico tumulto
el camino frenético en las espaldas
de los seres queridos,
padres y madres, los chupatintas que
escriben listas de vidas:
esta sólida resistencia, este deseo escurrido.
La antigua paciencia hincha la lengua
todos los nombres escritos
en mandíbulas dentadas
surgimos, trepamos con los ojos vueltos
y la distante orilla nos llama
el futuro costilludo
nos reserva un lugar en la espera.
Pero el río sigue pasando
crecido en hambre, y los lagartos engordan
en el sol de la tarde.
Miradme ahora en una mota
de su perezosa mirada
y ahora espero con ellos

a que lleguen las lluvias que se acercan.

La época de la gran inundación
Gamas Enictedon

Los niños deambulan. Caminan como si el futuro no existiera. Entre los adultos, los años pasados fuerzan a centrar la mirada en lo que aguarda más adelante, pero con los niños no es así. El pasado no era más que un borrón aturdido de sensaciones, y el futuro tan blanco como la cara del sol. Saber esto no reportaba consuelo alguno. Según quién viese a Badalle bien podía pensar que no era más que una niña, pero caminaba como una anciana, entre cambaleos y renqueos. Hasta su voz era la de una vieja. Las nubes tras sus ojos jamás se aclararían.

Tenía un recuerdo vago, memoria o imaginación, de estar mirando a una anciana, quizás una abuela, o una tía abuela. Yacía sobre una cama, cubierta por mantas de lana. Aún respiraba y parpadeaba. Aún escuchaba. Y sin embargo, aquellos ojos con su mirada quieta, con su observación granulosa, no mostraban nada. La mirada de una moribunda. Ojos que se abrían a un abismo y poco a poco perdían el agarre con el mundo a este lado del precipicio, que pronto cederían y se dejarían caer al otro lado de la muerte. ¿Había algún pensamiento tras aquellos ojos? ¿O quizá se había reducido todo a meras impresiones, manchas informes de color, movimientos borrosos, como si en la proximidad de la muerte uno volviese a ser poco más que un recién nacido? Badalle pensaba en los ojos de un bebé en los segundos o días después de llegar al mundo. Viendo sin ver, un rostro de sonrisas falsas, la inocencia de la ignorancia.

Se había arrodillado junto al niño sin nombre, en el mismo borde de la Ciudad de Cristal, y lo había mirado a los ojos, a sabiendas de que él la veía, pero sin saber nada más.

No tenía expresión, el horror de ver una cara humana sin expresión, preguntarse qué había atrapado dentro, por qué había dejado de salir al exterior. Él la contempló a su vez, de eso se daba cuenta, y mantuvo su mirada, como si quisiera compañía en sus últimos instantes de vida. Ella siguió ahí, no se habría apartado por nada del mundo. Aquello era un regalo que a ella le suponía poco esfuerzo, mientras que para él podría significarlo todo. ¿Así de simple era todo? ¿Le regalaba aquel niño al morir una pizarra en blanco en sus ojos? ¿Una pizarra donde ella podría escribir lo que quisiera, cualquier cosa que calmase su propio tormento?

Hallaría las respuestas a esas preguntas cuando su propia muerte se acercase. Y sabía que ella también se quedaría en silencio, alerta, sin revelar el más mínimo detalle. Y sus ojos parecían estar mirando más allá y al mismo tiempo vueltos hacia el interior, y al mirar al interior habría de encontrar todas sus verdades privadas. Verdades que le pertenecían a ella y a nadie más.

¿Quién se preocupaba de ser generoso en aquellos momentos finales? Ya no le importaría calmar el dolor ajeno.

Y aquel era el miedo más profundo de Badalle. Ser así de egoísta en el acto de morir.

Ni siquiera había visto el momento en que la luz se apagó en los ojos del niño. De alguna manera, aquel momento era en sí mismo una revelación privada. El reconocimiento era lento, la incertidumbre se volvía de plomo al darse cuenta de que los ojos a los que se asomaba no le devolvían ni el más mínimo destello de luz. *Muerto. Ha muerto*. La luz trazaba líneas a través de los prismas de los muros de cristal, lo cual daba a su rostro una máscara de arcoíris.

No debía de contar más de diez años. Había llegado tan lejos solo para caer en el mismo umbral de la salvación. ¿Qué sabremos los vivos de la verdadera ironía? Su rostro no era más que piel coriácea, estirada y tirante sobre sus

huesos. Aquellos ojos enormes pertenecían a otra persona. Había perdido las pestañas, las cejas. ¿Sería capaz de recordar algo de antes de su marcha? ¿Aquel otro mundo? Badalle lo dudaba. Ella era mayor, y era muy poco lo que recordaba. Imágenes sueltas, sueños manidos llenos de cosas imposibles. Hojas gruesas y verdes, ¿quizás un jardín? Ánforas de lados resplandecientes, algo maravilloso en su boca. Una lengua sin ampollas, labios sin heridas, una sonrisa brillante. ¿Había algo de real en todas aquellas imágenes? ¿O quizá pertenecían a los fantásticos sueños que la perseguían día y noche?

Me salen alas. Vuelo por todo el mundo, por muchos mundos. Vuelo hasta el paraíso y no dejo más que la desolación en mi estela, porque me alimento de todo aquello que veo. Lo devoro todo. Soy tan descubridora como destructora. En algún lugar aguarda una gran tumba, la última morada de mi alma. He de encontrarla. Tumba, palacio, ¿cuál es la diferencia cuando estás muerto? Ahí habré de residir para siempre, abrazada por mi hambre insaciable.

Había soñado con niños. Niños a los que veía desde una gran altura. Los veía marchar, decenas de miles. Tenía ganado, mulas y bueyes. Muchos cabalgaban a la grupa de caballos. Brillaban, cegadores, bajo la dura luz del sol, como si llevaran a la espalda todos los tesoros del mundo. Eran niños, pero no sus niños.

Y entonces el día murió y la oscuridad se desangró sobre la tierra, y soñó que ya era hora de descender, en espiral, arrancando lamentos al viento. Atacaría rápido, a ser posible sin ser vista. Ahí abajo, en aquel campamento de muchos brazos, había magia. A aquellos era mejor evitarlos. Si era necesario, mataría para silenciarlos, pero aquella no era su misión principal.

Soñó que sus ojos, que eran más de los que debería tener, aunque tanto daba, estaban clavados en los dos puntos ardientes que buscaba. Dos brillantes llamas doradas; los había estado siguiendo desde hacía tiempo, según las órdenes que le habían dado.

Descendía sobre niños. Para robar fuego.

Extraños sueños, sí, pero parecían existir por una razón. Las hazañas que se conseguían en ellos tenían un propósito, y aquello era mucho más de lo que cualquier cosa pudiera reportarle en el mundo real.

Los Quisidores habían huido. Con su canción, sus poemas, sus palabras. Brayderal, la traidora entre ellos, había desaparecido dentro de la ciudad. Rutt cuidaba de los esqueléticos supervivientes, y todo el mundo dormía en habitaciones frescas que daban a una ancha fuente en cuyo centro descansaba una estatua de cristal que lloraba la más dulce de las aguas. No era suficiente, al menos no para todos ellos, y la depresión de la fuente estaba llena de grietas que no dejaban de beber con sed infinita. Pero al menos se las arreglaban para beber lo justo para seguir vivos.

Tras un edificio resplandeciente encontraron un huerto, con un tipo de árboles que nadie había visto antes. De las ramas colgaban frutos largos y cubiertos con una piel gruesa del color de la mugre. La pulpa del interior era blanda e inconcebiblemente deliciosa. Llenaba el estómago y no causaba dolores. Se los comieron todos, pero al día siguiente Saddic encontró otro huerto, más grande que el primero, y luego otro. Habían dado esquinazo a la inanición. Por ahora.

Por supuesto, siguieron devorando a aquellos niños que morían por la razón que fuera. Nadie podía siquiera pensar en dejar que algo se echara a perder. Nunca más.

Badalle caminó por las calles cercanas al corazón de la ciudad.

Un palacio ocupaba el centro, la única estructura en la ciudad que había sido sistemáticamente destruida, como si la hubieran echado abajo con martillos y mazos gigantescos. De los montones de cristales hechos pedazos, Badalle cogió una esquirla tan larga como su antebrazo. Lio un par de harapos en un extremo, y ahora se encontraba blandiendo un arma improvisada.

Brayderal seguía viva. Brayderal aún quería verlos muertos a todos. Badalle la iba a encontrar, y luego la iba a matar.

Mientras caminaba, empezó a susurrar su poema especial. El poema de Brayderal. Su poema asesino.

«¿Dónde está mi retoño de la justicia?
Tengo un cuchillo que dirá verdades
Al mismísimo corazón
¿Dónde está mi retoño de la justicia?
Escupido tan honestamente
A un mundo creado para arrodillarse
En su esclavitud
¿Dónde está mi retoño de la justicia?
Quiero leer tu prueba
De que mereces lo que dices
Veré tu cuchillo
¿Dónde está mi retoño de la justicia?
Entrecrucemos las espadas
Tú reclama lo que desees
Yo no reclamo más derecho que el que tengo sobre ti».

Se abstrajo hasta que sus sueños se la llevaron de nuevo. Había robado el fuego. No había derramado sangre alguna, ninguna magia se había despertado. Los niños seguían durmiendo, sin ver nada, en paz e ignorancia. Cuando despertasen, verían salir el sol y empezarían la marcha de aquel día.

Solo por ese detalle, ella sabía que los niños eran de verdad desconocidos.

Había mirado al chico hasta que la vida lo abandonó. Entonces, junto con Rutt, Saddic y una docena de los otros, se lo había comido. Mientras mascaba las tiras de carne ensangrentada se encontró pensando en aquellos ojos. Sabios, calmados, que nada revelaban.

Una mirada vacía no puede acusar. Pero el vacío era en sí una acusación.

¿Verdad?

Cuando Saddic contempló la ciudad que habían encontrado en el corazón del Desierto de Cristal, pensó que estaba viendo la estructura de su propia mente, un escrito estampado a escala colosal, pero con una forma cristalina idéntica a la que albergaba su propia cabeza. Para encontrar la prueba de aquella impresión, dejó a los demás atrás, incluso a Badalle, y se fue a explorar, no de calle en calle, sino hacia abajo.

Pronto descubrió que la mayor parte de la ciudad estaba bajo tierra. Los cristales habían asentado profundas raíces, y la luz que quedaba atrapada en los prismas de sus muros en las alturas llegaba reflectada hasta muy abajo en tonos suaves que fluían como agua. El aire era fresco, sin sabor alguno, ni seco ni húmedo. Se sintió como si caminase por un mundo entre dos alientos, como si se moviese a través de una pausa momentánea que pendía, inmóvil por todos lados. Ni siquiera el mudo rumor de sus pies desnudos podía romper aquella sensación de vacilación eterna.

En la misma base aguardaban vastas cavernas, una docena o más de niveles bajo la superficie. Muros de cristal y techos abombados. A medida que Saddic se adentraba en el primero, comprendió el propósito secreto de aquella ciudad. No bastaba con construir un lugar donde vivir, un lugar junto a la multitud reconfortante del propio pueblo. Ni

siquiera bastaba moldear cosas bellas a partir de la necesidad más mundana, las hermosas fuentes, los huertos perfectos con sus hileras perfectas de antiguos árboles, las salas de luz sobrecogedora en las que la luz del sol quedaba atrapada y adquiría nuevos sabores, las altas estatuas de demonios colmilludos con expresiones testarudas y resueltas, así como ese modo mágico en que el sol hacía brillar pupilas verticales en aquellos ojos resplandecientes, como si las estatuas siguieran vigilantes, todavía vivas dentro de los precisos ángulos de piedra traslúcida. Nada de todo lo anterior era razón suficiente para construir aquella ciudad. La revelación del secreto verdadero estaba allí abajo, encerrada y destinada a sobrevivir hasta que el mismo olvido viniera a devorar el sol.

Arriba, en la superficie, los edificios, las cúpulas y los chapiteles y las torres inclinadas; las estancias y las plazas y las escaleras en espiral: cada una de ellas marcaba el perfecto emplazamiento de una única y enorme máquina. Una máquina de luces y colores. Pero no solo luces, y no solo colores.

Saddic se adentró en la caverna, sin aliento, embargado por la maravilla. Cada día, cada momento en que tuvo la oportunidad, Saddic escuchaba las palabras de Badalle. Escuchaba y miraba y todo lo que oía y todo lo que veía pasaba a través de su superficie, reverberaba y rebotaba, se retorcía y doblaba hasta llegar a las cavernas de su memoria, donde volvía a tomar forma, preciso, exacto, destinado a vivir por siempre, seguro en su perfección mientras Saddic siguiera con vida.

Pero aquella ciudad había derrotado a la moralidad y, Saddic se daba cuenta ahora, también había derrotado al tiempo. En las alturas, la luz del sol alimentaba los recuerdos de la ciudad, toda la vida que albergó en su día en sus cámaras y salones, en sus calles y en las plazas con

sus fuentes. Los caóticos ángulos a su alrededor fluían con escenas turbias y fantasmales, no de Rutt y los niños que ahora habitaban arriba, sino de los habitantes de antaño, hacía mucho tiempo, que pervivían aquí por toda la eternidad.

Eran altos, con la piel del color del liquen. De sus mandíbulas surgían colmillos que enmarcaban sus bocas de finos labios. Tanto hombres como mujeres vestían ropas alargadas y sueltas, teñidas de colores profundos pero vibrantes. Llevaban cinturones trenzados de cuero gris, sin armas, y Saddic no llegó a ver armaduras por ninguna parte. Era aquella una ciudad de paz, y había agua por todas partes. Corría por los muros de los edificios, se arremolinaba en los estanques que rodeaban las fuentes. Jardines llenos de flores sangraban colores lujuriantes en estancias y por galerías rodeadas de columnas. Saddic atravesó caverna tras caverna; contemplaba todo lo que había existido en el pasado, pero no era capaz de encontrar los momentos que debían de haber precedido a la muerte de la ciudad o, mejor dicho, a la caída de aquella gente colmilluda y su rica cultura. ¿Habían sido invasores? ¿Salvajes del desierto? Nada podía encontrar más que una sucesión infinita de días de perfección y tranquilidad.

Las escenas parecían hundirse en su mente, como si se estuviesen plasmando ellas mismas en su propio cerebro cristalino. Empezó a comprender detalles que no tenía manera de saber. Llegó a descubrir el nombre de la ciudad. Vio la similitud en las estatuas y comprendió que pertenecían al mismo individuo, y que las variaciones solo surgían de los ojos de los escultores y la habilidad de los artistas. Y, a medida que se acercaba a lo que sabía que era el centro de la ciudad, a su corazón más preciado, ahora vio a otras criaturas. En lo que parecía una coexistencia

pacífica, vio a reptiles bípedos que empezaban a aparecer en las escenas.

Badalle había hablado de ellos. Eran los que habían encontrado la ciudad, pero ahora Saddic sabía más que ella. La habían encontrado, sí, pero no había estado vacía. Al encontrarla, encontraron también a los que vivían en ella, aquellos que la llamaban hogar.

Se trataba de los jaghut. Habían regresado a sus antiguas costumbres, a las ciudades que abandonaron en el pasado. Los trajo un hombre humilde, un mestizo. Fueron atraídos a su gran máquina de recuerdos, a este lugar que construyó con sus propias manos. Lo que no tenía en su interior, lo construyó a su alrededor, para atrapar todo su ser.

Esta ciudad se llama Icarias.

Dejó la caverna y caminó por un pasadizo retorcido, turbio y con tonos oscuros. Llegó al corazón enterrado de la ciudad.

Saddic soltó un chillido.

Ante él, en una cámara mucho más vasta que cualquiera de las otras… *Oscuridad. Destrucción*. Las raíces estaban muertas; la luz exterior no llegaba a alimentarlas. Los cristales estaban llenos de fisuras.

Roto. Su corazón está roto.

Brayderal se sentaba, las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándolas, en la esquina de una pequeña habitación en el cuarto piso de una torre. Había escapado de sus perseguidores, que la habían dejado sola con su pena y su tormento. Había llevado a sus congéneres hasta la muerte. Debería haber matado a Badalle hacía mucho, en el mismo momento en que sintió el poder que tenía la chica.

Badalle había destrozado a los Inquisidores. Había tomado sus propias palabras y se las había lanzado, y su preciosa sangre se había derramado en aquel suelo alfombrado de esquirlas. Al menos dos de ellos habían muerto, mientras que los otros dos se habían batido en retirada a causa de sus terribles heridas. Si seguían respirando en algún lugar ahí fuera, no sería por mucho más tiempo. No tenían comida, ni agua, ni refugio, y cada día el sol incendiaba el cielo.

Badalle tenía que morir. Brayderal había saqueado un huerto que los otros aún no habían encontrado. Podía sentir cómo sus fuerzas volvían poco a poco; tenía la barriga llena por primera vez en meses. Pero la culpa y la soledad se habían llevado toda su voluntad. Aún peor, era la propia ciudad lo que la asaltaba. Fuera cual fuese el poder que aún pervivía allí, era perjudicial para los forkrul assail. Un poder que despreciaba la justicia; Brayderal casi podía sentir cómo la despreciaba.

¿La estaban buscando los otros? Ella creía que sí. Y si la encontraban, la matarían. Arrancarían la carne de sus huesos y se la comerían hasta llenar sus estómagos. Quizás aquello era lo más adecuado. Quizá, de hecho, servía a algún tipo de justicia, el tipo de justicia que reconocía el valor del fracaso.

Aun así, todavía podía matar a Badalle... Rutt no sería rival para ella. Saddic era poco más que la mascota de Badalle. Cuando se alzase sobre el cadáver de Badalle, podría obligar a los demás a obedecerla. Rendíos, arrodillaos... morid. ¿Acaso no era eso lo que querían? La paz más pura de todas.

Se envaró, la respiración alterada. Acababa de oír un sonido proveniente de algún lugar fuera. Se acercó encorvada a la ventana que daba a las ruinas del exterior del palacio y se asomó.

Badalle. Enarbolaba una espada de cristal, pero no un fragmento cualquiera; uno de su palacio. Brillaba en la mano de la chica, lo bastante cegador como para que Brayderal echara la cabeza hacia atrás de puro dolor. El palacio estaba destruido, y sin embargo sobrevivía, de algún modo.

Brayderal odiaba aquella ciudad.

Y ahora quien me persigue es Badalle. Pretende clavarme esa esquirla en el pecho y dejar que beba toda mi sangre.

Tenía que esconderse.

Al oír un ruido de arañazos desde una de las torres, Badalle se giró. Captó el atisbo de un rostro que retrocedía en una ventana de los pisos intermedios. ¿Ya había llegado la hora, pues? ¿Tan pronto?

Podía liberar el poder de su voz. Podía, estaba segura, obligar a Brayderal a venir hasta ella. Había sido capaz de aturdir a cuatro Quisidores adultos. Una de sus retoños, débil y sola, no debería ser capaz de defenderse.

Pero Badalle quería que la muerte de Brayderal fuera silenciosa. A fin de cuentas, la batalla entre aquellas dos fuerzas de la justicia ya había sido decidida. La paz de la muerte había sido rechazada. *Pero, por supuesto que llevamos luchando en esta guerra desde su mismo inicio. Luchamos, y ahora hemos ganado. Se acabó*.

Entonces, ¿vivirían todos allí para siempre? ¿Podrían mantenerlos los huertos? ¿Qué harían? ¿Era la supervivencia razón suficiente para seguir viviendo? ¿Qué pasaba con los sueños? ¿Con los deseos? ¿Qué tipo de sociedad crearían?

No, esto no basta. No podemos quedarnos aquí. No es suficiente.

Matar a Brayderal no conseguirá nada. No. Tengo una idea mejor.

Alzó la voz:

—¡Retoño de la justicia! ¡Esta ciudad no es para ti! ¡Quedas expulsada! ¡Vuelve con los tuyos, si puedes! ¡VETE!

Oyó un gemido débil desde la torre. Los Quisidores los habían expulsado de sus casas, alejado de sus familias. Era adecuado, por lo tanto, que ahora ella expulsase a una quisidora de su casa.

Mi casa. Mi familia. No es la suya. Nunca ha sido la suya. Esta familia es mía. Y allá donde estén, son mi hogar.

Habían terminado con Brayderal.

Badalle se alejó para reunirse con Rutt, Contenido y Saddic. Tenían mucho que discutir. Tenían que encontrar un nuevo propósito. Algo más allá de la supervivencia. *Algo que nos merezcamos. Porque nos hemos ganado la libertad de elegir*.

Su mirada bajó hasta la espada improvisada. Parecía demasiado brillante, como si acumulase toda la luz que era capaz de absorber. Llamas doradas parecían resplandecer en su corazón. Era hermosa, sí, pero había algo más. Algo que hablaba de poder… de un poder terrible.

Un recuerdo venido de algún lugar llegó hasta Badalle. Historias sobre armas, armas que recibían nombres. Así que decidió llamar a la suya Fuego.

¡Mierda! Violín les dio la espalda a los tres rostros preocupados, a los ojos asustados, los tics de pánico incipiente. Escrutó el terreno.

—Quedaos donde estáis —dijo a los soldados de infantería pesada—. No, esperad. Narizcorta, ve a buscar a Botella. Destello de ingenio, tú y Cachipolla formad un

cordón de seguridad aquí, especialmente en su tienda. Que no entre nadie, ¿entendido?

Asentimientos solemnes de sus soldados. Narizcorta se lanzó en una torpe carrera.

El campamento se hacía pedazos por todas partes. Las tiendas se caían, las estacas se salían del suelo rocoso donde estaban clavadas. Los soldados gritaban, se quejaban y discutían. El olor de la comida picante de las tiendas de las cocinas flotaba en el frío aire de la mañana. Cerca de ellos, otros dos escuadrones se asomaban, inquietos, sin la menor respuesta. Habían dormido bien, decían. No habían oído nada.

La mirada de Violín volvió a la tienda. Estaba hecha pedazos a base de tajos. En el interior, lo que quedaba del interior, los catres estaban revueltos. Pero no había sangre. *Mierda. Mierda, mierda y fuego*. Soltó el aliento en un siseo y siguió escrutando el terreno en busca de huellas, señales de una reyerta, lo que fuera. Nada llamó su atención. *Demasiado asustado para concentrarme. ¿Dónde está Botella, en el nombre de Embozado*?

Destello de Ingenio había venido a él con el último tañido de campana. Apenas había salido a rastras de su tienda y se la había encontrado de frente, con el semblante teñido por el pavor.

—Han desaparecido, Sargento.

—¿Qué? ¿Quién ha desaparecido?

—Su tienda está cortada, pero no hay cuerpos…

—Destello de Ingenio, ¿de qué me estás hablando? ¿La tienda de quién? ¿Quién ha desaparecido?

—Nuestro sargento y nuestro cabo.

—¿Gesler? ¿Tormenta?

—Su tienda está cortada.

No, cortada no, como descubrió Violín al seguir a Destello de Ingenio hasta el campamento del quinto escuadrón.

Reducida a jirones. El grueso lienzo estaba destrozado por todas partes en lo que debía de haber sido un ataque en pleno frenesí. Y no había señal alguna de Gesler y Tormenta. Sus armas y armaduras también habían desaparecido. *Y había infantería pesada en las tiendas adyacentes; apenas espacio para pasar entre ellas, y en aquella oscuridad con todas las cuerdas y estacas. No, esto no tiene sentido*.

Se volvió y vio a Narizcorta y Botella al trote hacia donde se encontraba Cachipolla, que abría sus gruesos brazos como si fuera a bloquearles el paso.

—Deja que se acerquen, Cachipolla. Pero nadie más. Por lo menos de momento. Botella, ven aquí.

—¿Qué es eso que he oído de que Gesler y Tormenta han desertado?

Violín casi lo mandó esposar, pero en lugar de eso, siseó:

—Aquí no ha desertado nadie, pero ahora todo el mundo va a empezar a comentar precisamente eso, ¿verdad? Idiota.

—Perdón, sargento, es demasiado temprano para pensar con claridad.

—Pues más te vale despertarte rápido —espetó Violín y señaló a la tienda—. Busca señales, por todos lados. Alguien ha tenido que entrar en el campamento para acercarse tanto. Si encuentras aunque sea una gota de sangre, avísame, pero con discreción, ¿entendido?

Botella se lamió los labios y contempló la tienda destrozada. Asintió y pasó junto a su sargento.

Violín se desabrochó el yelmo y se lo quitó. Se enjugó el sudor de la frente. Miró a los escuadrones cercanos.

—Despertad a vuestros sargentos, ¡y aseguraos de que montáis un cordón completo!

Los soldados dieron un salto. Violín sabía que entre las tropas corrían comentarios acerca de la enfermedad que había sufrido. Había pasado días en cama, preso de una apestosa fiebre. Recordaba las penurias de estar cerca de

Anomander Rake, pero aquello era mucho peor. No necesitaba la Baraja de Dragones para saberlo. Además, en la baraja no había ninguna carta llamada Consorte de Oscuridad. Al menos, no que él supiera, aunque a veces los poderes eran tan enormes, tan insistentes, que podían desangrar la tinta de una carta y usurparla. Quizás eso era lo que había pasado con su baraja, aunque no le apetecía echarle un vistazo. En cualquier caso, el tiempo que había pasado postrado había asustado a la gente. Aquello era condenadamente injusto, pero tampoco era que Violín pudiera hacer algo al respecto. Y ahora que volvía a estar en pie, bueno, veía demasiado alivio poco disimulado en demasiados ojos.

Se daba cuenta de que cuanto más viejo se hacía, más sensible se volvía su talento, si es que podía llamarse talento. Él prefería denominarlo maldición.

Y ahora Rake ha conseguido que lo maten. Increíble. De locos. Dragnipur está hecha pedazos. Oh, por supuesto que Rake y el Embozado se aseguraron de acabar con la mayoría de los monstruos encadenados en su interior. Bonito acuerdo el suyo. Almas encadenadas y el ajuar privado de los enemigos de Hood, todos alimentando el caos. «Los muertos duermen y por siempre jamás lo harán». Amén.

Se atusó la barba. Apenas llevaba en pie tres días; todavía sentía las rodillas débiles. Y ahora, aquello. *Se los han llevado. Oh, no seas obtuso, Vin. Del mismo corazón de todo el maldito ejército. Gesler. Tormenta. ¿Por qué se los iban a llevar? Ambos habían sido creados en la Forja de Thyrllan. Ambos eran ascendentes.*

Así que dale una vueltecita a esa idea. Ahora Gesler es capaz de dar un puñetazo lo bastante fuerte como para hacer tambalearse a un dios. Tormenta puede atravesar a

tres hombres con un golpe de espada si se cabrea lo bastante. Y sin embargo... ni una gota de sangre.

—He encontrado una gota de sangre, sargento.

Botella acababa de aparecer a su lado, la cabeza gacha y la voz apenas un susurro.

—¿Solo una?

—Podrían ser dos gotas unidas. Una... ¿cucharadita? Es densa, y apesta.

Violín frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Cómo que apesta?

—No es sangre humana.

—Oh, estupendo. ¿Demoniaca?

—Más bien... rhizan.

¿Rhizan?

—No es momento para bromas, Botella.

—No estoy bromeando. Escucha. No hay ni una huella, ni una sola pisada más que las normales que hace cualquier soldado; y ambos sabemos que lo que ha destrozado la tienda y se ha llevado a los dos hombres de dentro no han sido soldados. A no ser que tuvieran garras tan largas como espadas, porque lo que ha destrozado la tienda son garras, garras que pertenecían a unas manos enormes. Y todavía no le he contado lo más extraño, sargento.

—Espera, deja que piense un momento.

¿Rhizan? Revoloteando por la noche, comiendo insectos y pequeños murciélagos... con alas... ¡Les han salido dos putas alas!

—Bajó del cielo, claro, joder, ahora lo veo claro. Por eso no hay huellas. Cayó en picado sobre la tienda.

—Pero entonces alguien lo habría oído. Como mínimo, Ges y Tormenta habrían gritado.

—Así es, esa es la parte que aún no me cuadra.

—Déjeme examinar la tienda, sargento. Desmontarla, quiero decir.

—Adelante. —Violín se acercó a Narizcorta—. Te tengo otro viaje preparado. Ve a buscar a la capitana Faradan Sort, y quizá también al puño Keneb. Y a Ben el Rápido, sí, primero a Ben el Rápido. Dile que venga aquí. Y óyeme bien, Narizcorta, ni una palabra de deserciones. De esas ya tenemos bastantes. Gesler y Tormenta no han desertado; los han raptado.

Narizcorta negó con la cabeza.

—No hemos visto ni oído nada, sargento. Y yo tengo el sueño muy ligero. Ligero hasta el absurdo, de hecho.

—Creo que algún tipo de hechicería silenció toda la operación. Y el demonio tenía alas. Los agarró a ambos y salió volando hasta perderse en la noche. Y ahora, lárgate, Narizcorta.

—Está bien. Ben, Sort y Keneb.

—Eso.

Giró sobre sus talones y vio a Botella a cuatro patas, cogiendo jirones de lienzo. El soldado levantó la vista y le hizo un asentimiento para que se acercase.

Violín fue has él y se agachó a su lado.

—¿Qué pasa?

—Todo esto apesta, Sargento. Toque esta tela, está empapada en aceites.

—Eso es lo que hace que las tiendas sean impermeables.

—No, esto no. Esto huele a sobaco de lagarto.

Violín contempló a Botella. Se preguntó cuándo fue la última vez que aquel imbécil había hundido la nariz en el sobaco de un lagarto, y entonces decidió que había preguntas que jamás deberían formularse.

—¿Un enkar’al? Podría ser, pero tiene que haber sido uno grande, viejo, probablemente hembra. Se las arregló para taparles la boca con las manos, o al menos para cogerlos del cuello.

—En ese caso, Ges y Tormenta están muertos —susurró Botella.

—Silencio, aún le estoy dando vueltas a esto. No recuerdo haber visto un enkar'al lo bastante grande como para cargar con dos hombres adultos. ¿Quizá se trate de un locqui wyval? ¿O de perritos falderos draconianos? Ni hablar. Un enkar'al toro pesa más que un wyval. Sin embargo, los wyval vuelan en manada... en nubes, creo que se dice. Así que, si fue una docena de wyval lo que atacó... quizá. Pero tantos aleteos... no, alguien habría oído la escandalera. Así que ni wyval ni enkar'al. ¿Qué nos deja eso?

Botella se lo quedó mirando.

—Dragón.

—¿Los dragones huelen como sobacos de rhizan?

—¿Cómo voy a saberlo, en el nombre del Embozado? —preguntó Botella.

—Cálmate. Disculpa la pregunta.

—De todos modos, la teoría del dragón tampoco funciona —dijo Botella después de un momento—. Los cortes en la tienda no son lo bastante grandes para que los hayan hecho las garras o los dientes de un dragón. Si de verdad un dragón atacó desde el aire, ¿por qué no iba a agarrar la tienda entera? Tienda, gente, catres, todo a la vez.

—Bien visto. Entonces, ¿volvemos a la teoría del rhizan gigante?

—Yo solo le he dicho a lo que huele, sargento. No me refería a un rhizan de verdad, ni siquiera a esos más grandes que se ven por aquí.

—Si no fuera por las alas —murmuró Violín—, podría tratarse de un k'chain che'malle.

—Desaparecieron hace cien mil años, sargento. Quizás incluso más. Aquellos que se enfrentaron a Seto en Coral Negro eran no muertos, así que probablemente olían a cripta, no a aceites.

Ben el Rápido llegó y se abrió paso a empujones entre la multitud que se había agrupado alrededor.

—Narizcorta me ha dicho algo de... joder, ¿ha habido una pelea de gatos aquí o qué?

—Algo se los ha llevado —dijo Violín—. Algo con alas, lo bastante grande para cogerlos y dejarlos mudos. No hubo ruido algo. Fue rápido. Esto me huele a magia…

—Más bien a lagarto —cortó Botella—. Mira esto, mago supremo.

Ben el Rápido extendió una mano y Botella le dio el jirón de lienzo.

—¿Lagarto, Botella?

—¿No hueles el aceite?

—Esto es k'chain che'malle.

—No tienen alas —objetó Violín.

Pero Ben el Rápido ya oteaba el cielo. En voz baja, dijo:

—Algunos sí.

—Pero nadie ha oído ni un maldito ruido, Rápido.

—El aceite es como el aliento de un dragón, Vin, solo que no tan virulento. Bajó en picado, roció la tienda y volvió a ascender. El aceite empampó la tienda e impregnó el aire del interior. Podrías haberles chocado las cabezas entre ellas y no se habrían despertado. Así que el bicho bajó, rajó la tienda, dejó las estacas y cuerdas en su sitio, y se los llevó a los dos.

—Es imposible que sepas todo eso solo con… —empezó a deir Botella, pero una mirada de Violín le cerró la boca.

Ben el Rápido. Maldito bastardo sabelotodo de ojos de serpiente venido del estercolero de Siete Ciudades. Nunca me has gustado. Nunca he confiado en ti; ni siquiera cuando no me quedaba otra. Con esas cosas que sabes…

Botella balbuceó:

—¡Rápido! ¡Los cordeles que ataste! No están rotos, ¿no? Eso quiere decir que siguen con vida, ¿verdad? Ataste

cordeles a Gesler y a Tormenta, ¿a que sí?

—Ahí estuve perezoso —dijo Ben el Rápido con un lento parpadeo—. Tenía demasiados, y se me hacía difícil concentrarme, Botella. Así que reduje el número. Ni siquiera se me ocurrió pensar en Ges y Tormenta.

—Eso es mentira.

—Vuélvete al escuadrón, Botella —dijo Violín—. Ayuda a Chapapote a preparar la marcha.

—Sargento…

—Lárgate de aquí, soldado.

Botella dudó, pero terminó marchándose, no antes de señalar a Ben el Rápido con el dedo en un gesto admonitorio.

—¿Todavía zumban los cordeles de Ges y Tormenta, Rápido?

—Los he cortado, Vin, hazme caso. Se lo acabo de decir a Botella…

—Ni lo intentes.

—Ya, bueno, tú no eres Whiskeyjack, ¿verdad? No sé qué decirte. Ahora soy mago supremo, así que…

—¿Así que tendré que hablar directamente con la consejera? ¿O piensas seguir dando vueltas como una veleta? ¿Cuánto tiempo puedes mantener el culo apretado, Rápido?

—Está bien, está bien. Siguen vivos. Eso al menos lo sé.

—¿Están cerca?

—No. Un asesino shi’gal puede volar doscientas leguas en una sola noche.

¿*Un qué? Bueno, da igual*.

—¿Por qué a ellos?

—Ni idea.

—He oído que hasta la consejera es un maldito dragón últimamente…

—Pues muy bien. Imagino que alguien debe de necesitar a esos dos.

—¿Un asesino shigral k'chain che'malle necesita a Gesler y a Tormenta?

—Shi'gal. Aunque no, los shi'gal no actúan por cuenta propia, lo cual significa que alguien lo envió. Para buscarlos a ellos.

—¿Quién?

Ben el Rápido se pasó la lengua por los labios, apartó la vista y se encogió de hombros.

—Una matrona, evidentemente.

—¿Una matrona? —*¿Una matrona k'chain che'malle? ¿Una auténtica matrona k'chain che'malle, viva, de verdad*?

—Baja la voz, ¿quieres? Nos están mirando. Podemos…

El yelmo de Violín impactó contra un lado de la cabeza del mago supremo. Contemplar cómo el mago caía redondo al suelo fue una de las experiencias más satisfactorias que Violín había tenido en años.

Dio un paso atrás y echó un vistazo alrededor.

—¡El mago supremo Ben el Rápido necesita estar en comunión con sus dioses por el momento! ¡Vosotros, ya estáis desmontando vuestros campamentos, partimos en media campana! ¡Vamos!

Violín aguardó a que llegase el capitán puño Keneb. Sus amenazas contra la consejera acababan de volver para morderle el culo. Tendrían que hablar con ella, una vez que Ben el Rápido se levantara y Violín lo arrinconara sin escape posible. Ya le tocaría a ella el turno de evitar responder directamente, igual que aquel bastardo engreído. En cuanto a él… echó una mirada al mago inconsciente… ya había tenido bastante.

Nunca me ha gustado. Le he necesitado, he contado con él, he rezado por él, le he querido, así es. Pero, ¿gustarme? Ni un poquito. Pinchacabras, montamuñecos, comealmas.

Seguramente sea soletaken o d'ivers también, si mi juicio no me falla.

Whiskeyjack, ¿has oído el ruido que ha hecho este viejo yelmo mío al darle en la cabeza? ¿Ha revuelto a todos los muertos a tu alrededor? ¿Os habéis erguido en vuestras tumbas de la sorpresa y habéis salido corriendo hacia la Puerta? ¿Nos estás mirando ahora mismo, Sarge? Hola, Abrasapuentes. ¿Qué tal lo he hecho?

El puño Keneb se había alejado en un caballo antes del alba. Había dejado atrás las soñolientas picas y se había dirigido al este hasta que el sol rompió la línea lejana del horizonte. Frenó sobre un pequeño promontorio y descansó sobre la silla de montar. De los flancos de su caballo ascendían vaharadas de vapor. Jirones de niebla se arrastraban por el suelo roto a medida que el aire se iba calentando.

Las Tierras Yermas se abrían ante él. A su derecha, ahora un poco por detrás de él, el vago borrón de las montañas saphii arrugaba el paisaje al sur. A pesar de su cansancio, el insomnio asediaba a Keneb. Había estado más o menos al mando de los Cazahuesos desde que abandonaron Lether. El puño Blistig había hecho todo lo que estaba en su mano para eludir las responsabilidades del mando. Tenía la costumbre de deambular entre los soldados por la noche, ansioso por contar historias sobre la cadena de perros y la caída en Aren, como si no las hubieran oído ya una docena de veces. Solía beber con ellos y lanzar risotadas demasiado altas, jugando a ser un camarada más sin rango distintivo. Como consecuencia, sus propios soldados lo veían con una suerte de divertido desdén. Ellos ya tenían suficientes amigos. No necesitaban que el puño apareciese para colocar los jamones en sus fuegos ni para ir pasando la jarra a sus

compañeros. Noches así deberían ser ocasiones raras, quizás en la víspera de la batalla, pero incluso entonces a nadie debería permitírsele olvidar el rango de un oficial.

Blistig quería ser uno de los muchachos. Pero tenía el cargo de puño, y eso significaba que tenía que mantenerse al margen de sus soldados. También vigilante, por supuesto, pero listo para dar órdenes y seguro de que esas órdenes serían obedecidas. Se suponía que tenía que *liderar*, maldito fuera. En las reuniones matutinas Blistig siempre se sentaba con el ceño fruncido, resacoso, balbuceante y aburrido. Jamás tenía la menor propuesta, y recibía cada sugerencia con una mezcla de incredulidad y mofa.

Necesitamos algo mejor. Yo necesito algo mejor.

La consejera tenía derecho a esperar que sus puños fueran capaces de manejar el ejército durante la marcha. Ella tenía otros huesos que morder, fueran los que fuesen, cosa que Keneb no llegaba ni a imaginar. De hecho, ni él ni nadie, ni siquiera Lostara Yil.

Había dos subpuños, cada uno de los cuales comandaba los soldados rasos, a pie, avanzadillas, exploradores y arqueros. Keneb tenía la impresión de que empezaba a depender demasiado de ellos en cuestiones de logística. A fin de cuentas, ellos tenían ya demasiadas preocupaciones que atender. Pero ambos eran oficiales veteranos, con experiencia en muchas campañas, y Keneb podía extraer muchas lecciones de su experiencia, aunque a veces se sentía como cuando era un joven capitán bajo el ala peluda de un sargento.

Así es, esa es la verdad. Como capitán apenas podía arreglármelas. Esta situación sobrepasa con creces mi nivel de competencia. Y se nota.

Las Tierras Yermas tenían un aspecto prohibitivo, quizás incluso más carentes de vida que los peores tramos de Siete Ciudades, entre Aren y Raraku, o aquella zona al norte de los

muros de Y'Ghatan. Keneb se las había arreglado para hacerse con una lista más o menos completa de los brujos y brujas entre las tropas, aquellos que poseían magia capaz de conjurar plantas comestibles, pequeños mamíferos, insectos y cosas semejantes en las tierras más lamentables. Y agua, por supuesto. Para alargar los suministros que portaban, llevaba a rajatabla el racionamiento de las comidas diarias que se permitían a cada escuadrón.

Pero las quejas no habían hecho más que empezar.

—*Estas Tierras Yermas hacen honor a su nombre, puño. Les han absorbido la vida hasta las mismas raíces. Encontrar vida aquí está empezando a costar sudor y sangre*.

Haced lo que podáis. No pido más que eso.

No podía imaginar una respuesta más inútil por parte de un oficial, y lo que más lo amargaba era el recuerdo de haber recibido él mismo otras réplicas inanes por parte de sus comandantes en el pasado. Finalmente comprendía la frustración que sufrían a veces cuando intentaban solucionar algo imposible de solucionar; cuando se encontraban con fuerzas y elementos más allá de cualquier esperanza de control. *Tú solo di lo que puedas, pero dilo con confianza y seguridad cuando lo hagas. Nadie se lo tragará, y ambas partes lo sabrán, así que lo único que se demuestra son los procesos por los que ambas partes pasamos*.

De hecho, estaba empezado a comprender de verdad las cargas del mando, una frase que solía vilipendiar y de la que se burlaba a veces. ¿Carga, señor? Intente cargar con este petate en los hombros todo el día, colina arriba y colina abajo, y por terrenos peores. ¿Qué sabe usted de las cargas? Déjese de lloriqueos, señor, antes de que le rebane ese flacucho gaznate con mi cuchillo.

¿Qué sabía Blistig del Torbellino? Había estado muy cómodo tras las murallas de Aren, al mando de una guarnición muerta de aburrimiento. *Pero a mí me tocó estar en todo el meollo. Medio muerto a causa de no sé cuántas heridas antes de que Kalam Mekhar apareciese. Hermana, ¿dónde estás ahora? ¿Valió la pena darle la espalda?* Keneb negó con la cabeza. Sus pensamientos vagaban, el cansancio aflojaba las ataduras. ¿Qué sombra me persigue ahora? Ah, sí, ahora lo recuerdo. El ejército.

Sin odio, ¿qué ejército sería capaz de funcionar? Indudablemente hacían falta otras cosas: respeto, deber, conceptos escurridizos como honor y coraje y, sobre todas las cosas, la camaradería entre soldados y las responsabilidades que dicha camaradería conllevaba. Pero el odio tenía un papel importante, ¿verdad? Oficiales inútiles, órdenes poco razonables, el penetrante convencimiento de que todos los que estaban arriba en la cadena de mando eran unos completos idiotas. *Sin embargo, todo eso significa que estamos todos juntos en esto, estamos todos atrapados en esta familia hinchada de locos donde cada una de las reglas de comportamiento está tan tensa que queda poco para que se rompa*.

Y somos una familia criada para responder a todo con violencia. ¿Acaso es una sorpresa que estemos todos tan dañados por dentro?

Oyó el retumbe de cascos de caballo. Se giró en la silla y vio aproximarse a un soldado de su equipo.

¿Qué pasa ahora?

La verdad era que no quería saberlo. Más deserciones, reales o no, y se empezaría a oír cómo se rompía la columna vertebral del ejército. Keneb temía ese sonido más que ningún otro, porque significaría que había fracasado completamente. La consejera le había encomendado aquella tarea, y él había demostrado no estar a la altura. Como

consecuencia, todo el ejército de los Cazahuesos se estaba haciendo pedazos.

Había que apartar a Blistig. Se le ocurría un puñado de oficiales lo bastante listos como para recibir el cargo de puño.

Faradan Sort, Raband, Ruthan Gudd. Generoso. *Generoso, no es mala idea. Tiene experiencia. Inspira una buena dosis de terror entre sus soldados. Está brillantemente falto de raciocinio. Sí, Generoso. Ahora todo lo que tengo que hacer es convencer a la consejera*.

El jinete detuvo la montura.

—Puño, la consejera reclama vuestra presencia en el subcampamento del quinto escuadrón, compañía novena, octava legión. Ha tenido lugar un incidente.

—¿Qué tipo de incidente?

—No lo sé, señor. La capitana Yil no me lo ha dicho.

Keneb contempló aquel sol recién nacido, y el terreno que se alargaba bajo él. *Tierras Yermas. Hasta el nombre hace que se me agrien las entrañas*.

—Entonces vamos, Bulto. De camino puedes entretenerme con otra de tus historias sobre el gran sargento Poros.

El rostro picado de aquel hombre baqueteado en mil batallas se rompió en dos en una sonrisa.

—Sí, señor. Tengo montones.

Azuzaron a sus monturas en un vivo trote.

Tras comunicar las órdenes de Violín al escuadrón, Botella volvió al campamento del quinto escuadrón. Encontró un sólido cordón alrededor, y tuvo que usar su rango para que le dejaran pasar. Tres soldados de infantería pesada se sentaban junto a una hoguera medio extinguida, con aspecto taciturno. Violín estaba de pie junto al cuerpo

inmóvil y postrado de Ben el Rápido. Alarmado, Botella se apresuró a llegar hasta ellos.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha intentado localizarlos con su magia?

—¿Otra vez aquí? ¿No te he dicho que te vayas, soldado?

—No ha sido buena idea, capitán. No debió usted dejar que Rápido intentase nada.

—¿Por qué?

Botella señaló al cuerpo.

—Por esto. Sigue vivo, ¿verdad? Más le vale.

—Así es. ¿Qué es eso que dices de evitar usar la magia, Botella?

—Con cosas pequeñas no hay problema. Invocar comida, agua, todo eso está bien. Pero no se me ocurriría intentar algo más grande. Para empezar, las Tierras Yermas pueden estar espolvoreadas con otataral. Intentar alguna hechicería aquí es como sacarse un diente. O sea, en algunos sitios sí. Pero hay otros… eh… sitios, donde es todo lo contrario.

—Espera un momento, soldado. ¿Dices que hay áreas ahí fuera donde la magia funciona más fácilmente? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Nuestros brujos y brujas ya están medio sordos…

—No, no, no es eso, sargento. No se trata de áreas, sino de personas. O, mejor dicho, de cosas. Ascendentes que exudan poder. —Botella agitó una mano en dirección este—. Están por ahí… no sé, deambulando. Y sangran… eh… energía pura. Por supuesto, podríamos alimentarnos de ellas, sargento, pero eso significaría acercarnos a ellos, sargento, y eso es probablemente una mala idea.

Ben el Rápido soltó un gimoteo.

Botella miró al mago supremo y frunció el ceño.

—¿Eso de ahí es un chichón?

—¿A cuánto está de nosotros la más cercana de esas cosas, Botella?

—Reconozco el olor de una de ellas. T’lan imass.

—En serio —dos palabras romas, peligrosas.

—Aún están lejos —añadió rápidamente Botella—. No hay nada a veinte leguas de nosotros, que yo sepa, aunque algunos ascendentes se esconden bien.

—¿Estás aleteando por ahí fuera, Botella? ¿Cada cuánto te asomas?

—Casi nada, sargento. Da mucho miedo ahí fuera. En la oscuridad, digo.

Botella empezaba a arrepentirse de haber vuelto. *¿Qué me pasa? ¿Por qué tengo que meter las narices en cada maldito asunto? ¿Qué hago si empieza a oler mal de verdad? Nada más que buscar otro donde meter las narices de nuevo. Y no hay asunto por aquí que no apeste. Casi se diría que es una mala costumbre, ¿verdad? Pero no, claro que no. Por los dioses, Botella, ¿tú te has oído a ti mismo*?

Ben el Rápido se irguió de pronto, meciendo la cabeza.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué?

—Te has caído, mago supremo —dijo Violín.

—¿Caído?

—Así es. Me imagino que alguna idea profunda debe de haberte golpeado.

Ben el Rápido escupió y se palpó la sien con amargura.

—Debe de haber sido toda una idea —murmuró—. Me dio tan fuerte que ni la recuerdo.

—A veces pasa —dijo Violín—. Oye, Botella, ¿no habrá sido un t’lan imass quien ha raptado a Gesler y Tormenta? Era lo que dijisteis antes: k’chain che’malle.

—Un momento —dijo Ben el Rápido—. ¿Quién ha dicho nada de t’lan imass?

—Yo —dijo Botella—. Tú eras el que hablaba de k’chain che’malle alados.

Violín resopló.

—Está claro que cuando hablemos con la consejera pensará que ha sido un puto forkrul assail. ¿Quién queda? Ah, claro, los jaghut.

—Están a días de distancia —dijeron Botella y Ben el Rápido al unísono, y ambos se miraron el uno al otro.

La cara de Violín se congestionó.

—Seréis cabrones —siseó en voz baja—. ¡Cabrones! ¿Nos está siguiendo un jaghut?

—Uno, no —admitió Botella—. Yo he contado catorce. Cada uno es poco más que una armería con patas. Pero no creo que nos estén siguiendo a nosotros, sargento, a menos que nuestro mago supremo sepa más al respecto, lo cual es posible.

Los dedos de la mano de Violín estaban hundidos en su barba y parecía listo para empezar a arrancarse mechones.

—¿Has informado de esto a la consejera, Rápido?

El mago supremo frunció el ceño y apartó la mirada.

—He tirado la toalla. No hay nada que la sorprenda, Vin. Es como si ya lo supiera todo.

—Botella, ¿notas algún rastro de k’chain che’malle? ¿Hasta dónde llegan tus exploraciones nocturnas?

—Depende de lo concurrido que esté el terreno —admitió Botella—, pero, ahora que lo pienso, la situación está bastante agitada, sobre todo entre los seres alados, como los rhinazan o las poliñeras. Las ratas escamadas no dejan de agruparse y atravesar caminos salvajes, como si estuvieran siguiendo algo. Ah, y de tanto en tanto he captado algún aroma particular en el viento, pero pensé que pertenecía a algún dragón. No sé cómo huele un k’chain che’malle.

Ben el Rápido le lanzó el jirón de lienzo a Botella.

—Sí que lo sabes.

El lienzo cayó a los pies de Botella.

—Cierto —dijo, mirando a sus pies—. Lagartos aceitados.

—Draconianos —dijo Violín—. Olvidémonos de ellos. ¿Hay alguien que conozcamos, Rápido?

—¿Me preguntas a mí? El que los huele es Botella.

—Te pregunto a ti. ¿Y bien?

El mago vaciló, y luego dijo:

—Sí, le hicimos sangrar en Letheras.

—No se puede obligar a una mosca a que no zumbe sobre tu mierda —dijo Botella, lo cual le granjeó sendas miradas duras por parte de los otros dos—. Sargento, puede que las Tierras Yermas estén yermas, pero desde luego no están vacías. Apostaría a que el mago supremo aquí presente tiene una teoría sobre por qué hay tanta gente aquí. Esa lectura de mierda que hizo usted, y lo que sufrió hace algunos días... alguien apareció, y usted probablemente sabe quién.

—Botella —interrumpió Violín—. ¿Cuánto quieres saber de verdad? Te dije que te mantuviese al margen, ¿verdad? Y sin embargo, aquí estás, y por ahí vienen la consejera y Yil. Te dije que volvieras con la tropa por una razón, soldado. Deberías haberme hecho caso, pero ahora ya es tarde.

Keneb mandó a Bulto a desmontar su tienda de mando y cabalgó a través del campamento de la novena compañía. Los soldados interrumpían sus conversaciones para verlo pasar. No se apreciaba la cháchara acostumbrada, lo cual hizo a Keneb pensar que el cuento de lo que había sucedido en el campamento de Gesler ya había corrido por todas las tropas. Fuera lo que fuese lo que había pasado, pintaba mal.

Estaría bien recibir buenas noticias. Para variar. «El mago supremo ha abierto una senda que nos llevará directos adonde sea que la consejera quiere que vayamos. Una senda preciosa, campos cubiertos de flores y ciervos saltarines que caen muertos a nuestros pies en cuanto nos

entra el hambre. ¿Agua? No, los ríos son ríos de vino. El suelo es tan blando como una almohada de noche. ¡Es estupendo! Oh, y cuando lleguemos, el enemigo depondrá las armas nada más vernos y enviará carromatos cargados del botín de las arcas de un rey! ¡Y las mujeres! Las...

—¡Keneb!

Se dio la vuelta en la silla de montar y vio a Blistig. Se acercaba a caballo por una callejuela lateral. Llegó hasta él.

—La mañana está más oscura que el culo del Embozado, Keneb. ¿Qué has oído tú?

—¿Sobre qué? Me han llamado a la novena, escuadrón quinto. Eso es todo lo que sé.

—Gesler y Tormenta han desertado. —Los ojos de Blistig brillaban.

—Eso es ridículo.

—Lo está comentando todo el mundo. Ya lo sabe todo el maldito ejército. La consejera está perdiendo el juicio, Keneb, y mucho está tardando en mi opinión. No aguantaremos este ritmo de marcha a través de todas las Tierras Yermas. Tendrá que disgregarnos. A mí me gustó la pinta de Letheras. ¿Y a ti?

—Blistig, Gesler y Tormenta no han desertado.

—Pero si has dicho que no sabías nada…

—No me hace falta. Los conozco a los dos. Son sólidos como montañas.

—Se han ido, Keneb. Así, sin más.

—¿Te han convocado a esta reunión?

—Oficialmente, no. Pero parece que es un asunto de suma importancia del ejército.

—Le incumbe a un escuadrón de una de mis compañías, Blistig. Hazme un puto favor y vuélvete con tu legión. Pon un poco de control. Si llegan nuevas órdenes, que vengan de la consejera. Si quisiera que estuvieras te habría invitado.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Te has convertido en un pedazo de mierda, Keneb. No te asientes en Letheras, la ciudad no es lo bastante grande para los dos.

—Lárgate, Blistig.

—En cuanto el ejército se desbande, voy a ir a por ti, Keneb.

—El día en que eso suceda, Blistig, no llegarás a dar ni dos pasos fuera del campamento de tu legión. Te rajarán a menos de dos pasos de tu tienda.

—Eso demuestra lo poco que sabes. Mis soldados y yo estamos muy compenetrados. Estarán a mi lado cuando vaya a por ti.

Keneb lo miró con las cejas alzadas.

—¿Compenetrados? Eres un chiste, Blistig. Eres su chiste. Haz el favor de quitarte de en medio…

—Ni hablar. Voy a hablar con la consejera.

—¿Hablar? ¿De qué?

—Eso es asunto mío.

Los dos se acercaron al cordón de soldados. Se apartaron para dejarlos pasar.

Una reunión ominosa tenía lugar en el interior. Keneb vio a Tavore junto con Yil, Ben el Rápido, Violín y Botella. Su mirada tropezó con la tienda destrozada. *Esto no pinta bien*. Frenó el caballo y desmontó. Un soldado del escuadrón decimoctavo vino hacia él y cogió sus riendas.

—Gracias, cabo Costilla. —Hizo una pausa—. ¿Crees que aún necesitamos el cordón?

—Solo el anillo interior, puño —replicó Costilla—. Los demás no hacen más que mirar.

—Tráeme a tu sargento —dijo Keneb.

—Sí, señor.

Blistig pasó a su lado con una sonrisilla y fue directo hacia la consejera.

El sargento del decimoctavo se abrió paso hasta él.

—Puño. Malas noticias.

—Eso he oído, Ojoflaco. Reúne a todos los demás sargentos que comandan a estos soldados. Quiero verlos por aquí. Quiero que preparen a todo el mundo para la marcha de hoy. Diles que, si en cien latidos alzo la mirada y sigo viendo a toda esta patulea, el talón del Embozado los aplastará. ¿Entendido, sargento?

El genabackano parpadeó.

—Sí, puño.

Hizo el saludo y se zambulló entre la multitud. Empezó a ladrar órdenes casi al instante.

El cabo Costilla hizo una mueca.

—No necesita a los demás sargentos, puño. No he conocido en mi vida a sargento con peor carácter.

—Prosiga con lo que estaba haciendo, cabo.

—Sí, puño.

Keneb se acercó a la florida reunión, con todas aquellas caras tan conocidas, aquellas expresiones dolosas, los ojos huecos y finos de la consejera, la línea de sus labios mientras escuchaba lo que fuera que Blistig le estaba contando. Cuando Keneb llegó hasta ellos, Tavore levantó una mano enguantada y cortó las palabras de Blistig.

—Puño Blistig —dijo—, ¿seguro que este es el momento adecuado para solicitar que aumentemos las raciones de ron?

—Consejera, la moral de la octava legión parece a punto de desmoronarse. Solo quiero asegurarme de que mi propia legión…

—Suficiente, Blistig. Vuelva con su legión de inmediato.

—Muy bien, consejera. En cualquier caso, quién iba a pensar que esos dos desertarían.

Hizo el saludo, y se vio obligado a mantenerlo mientas Tavore seguía inmóvil, con la mirada perdida, muerta. Cuando el momento se volvió demasiado incómodo, la

consejera le devolvió el saludo. Al bajar la mano lo azuzó para que se fuera, como si se limpiase una pelusa del manto.

Con la cara empalidecida, Blistig giró sobre sus talones y regresó a su caballo. El animal, por desgracia, se había alejado solo. Nadie se había ocupado de tomar las riendas por él.

Al verlo dudar, Keneb gruñó y dijo:

—Muy compenetrados, sí.

—Esta no es mi legión —espetó él—. Quizá te convenga darles una charla sobre cortesía a tus soldados, Keneb.

—El ejército malazano primero pide cortesía y luego exige respeto. En cuanto el respeto se pierde, la cortesía no tarda en acompañarlo.

—Acuérdate, vendré a por ti.

—Más te vale que primero encuentres tu caballo, Blistig.

La consejera le hizo un gesto a Keneb para que se acercase.

—¿Realmente han desaparecido, consejera?

Ella asintió.

—No comprendo cómo alguien ha podido penetrar tan hondo en nuestro campamento —dijo Keneb—. A no ser que los culpables estén entre nosotros, pero, en ese caso, ¿dónde están los cuerpos? No lo entiendo.

—El mago supremo sugiere que el atacante es un shi’gal k’chain che’malle.

—¿Un qué?

—A veces —dijo Ben el Rápido—, les salen alas. Son los asesinos privados de la matrona, puño. Uno de ellos se abatió sobre nuestro campamento de noche y se los llevó a los dos.

—¿Y qué pretendía hacer con ellos? ¿Comérselos? ¿Por qué ninguno de los dos emitió el menor sonido?

—Fueron elegidos —dijo el mago supremo—. Y no, no tengo ni idea de por qué.

Keneb intentaba encontrar el sentido de todo aquello. Miró a Violín. El sargento tenía el rostro apenado. *Tampoco es que sea una novedad*.

—Gesler y Tormenta —aventuró, despacio—, no eran precisamente marineros mediocres.

—Estaban más cerca del poder de un ascendente —dijo Ben el Rápido— que cualquiera de este ejército.

—¿Volverá este asesino alado a por más de nosotros? —preguntó Keneb, a cualquier de los cinco soldados frente a él que quisiera responder.

Violín gruñó.

—Maldita sea, nadie se había preguntado eso hasta ahora. Tienes razón, ¿por qué habría de detenerse con ellos dos?

—El problema es —dijo Ben el Rápido—, que no tenemos ni idea de qué quieren los che'malle de Gesler y Tormenta.

—Y tampoco tenemos modo de averiguarlo —añadió Botella.

—Ya veo —dijo Keneb—. Bien, ¿cómo podríamos defendernos de ataques futuros? ¿Mago supremo?

—Veré lo que se me ocurre, puño.

—Que haya un miembro del escuadrón despierto a todas horas de la noche y armado con una ballesta —dijo Keneb—. Quizá no sirva de nada, pero es un comienzo. Consejera, si los soldados empiezan a pensar que la gente puede desaparecer en cualquier momento y no hay nada que podamos hacer, acabaremos enfrentándonos a un motín.

—Tenéis razón, puño. Me aseguraré de que vuestra orden se cumple. —Se dio la vuelta—. Capitana Yil, cabalgad hacia el campamento letherii e informad de nuestras bajas. Nada tenéis que ocultarle al comandante Brys Beddict. Incluid nuestras conjeturas en vuestro informe.

Antes de que Lostara se fuera, Ben el Rápido dijo:

—Asegúrate de que la atri-ceda Aranoche está presente.

Ella asintió y partió.

La consejera se acercó a Keneb.

—Puño. Esto representa una herida para nosotros, puede que más grave y profunda de lo que ninguno imaginamos ahora. Le aseguro que haré todo lo que esté en mi poder para encontrar y recuperar a Gesler y Tormenta, pero quiero que entienda que hemos de continuar la marcha. Hemos de mantener el ejército unido.

—Lo entiendo, consejera. En ese sentido también tenemos un problema. Un problema que ha estado aquí mismo hace un momento, de hecho.

Ella le mantuvo la mirada.

—Soy consciente de ello, puño. Y también sé de las cargas adicionales que ha tenido usted que soportar como consecuencia. Me encargaré del problema en breve. Mientras tanto, hemos de asegurarnos de que el rumor de la deserción de Gesler y Tormenta se extingue. La verdad es lo bastante desagradable por sí sola como para que nadie piense que nos estamos disgregando. Convoque a sus oficiales, puño. —Se giró hacia su mago supremo—. Haz lo que puedas para protegernos.

—Así lo haré, consejera.

—Y encuéntralos, Ben.

—Como decía, haré todo lo que esté en mi mano.

—No podemos perder a más veteranos.

No hizo falta que añadiera que sin ellos las cadenas que contenían al ejército se romperían con el primer atisbo de problemas. *Incluso ahora, un viento demasiado fuerte podría acabar con nosotros*.

Gesler, Tormenta, pedazo de idiotas. Probablemente estábais jugando a los dados en esa tienda que compartís, o cosiendo un muro nuevo en medio para no hablar más el uno con el otro a causa de una pelea. Erais peor que hermanos. Y ahora habéis desaparecido y hay un agujero

enorme en mi compañía de marineros, uno que espero poder llenar.

La consejera y el mago supremo se retiraron. Violín y Botella se acercaron a su puño.

—Fuego, señor.

Keneb frunció el ceño ante Violín.

—¿Disculpa?

—Es por el fuego. El que los dos atravesaron. Ahora que lo pienso, dudo que ese lagarto alado vaya a regresar. No estoy seguro, pero me da que no lo volveremos a ver. Ni a ellos tampoco.

—¿Esto se lo has dicho a la consejera?

—Es solo un pálpito, señor. Voy a mandar a Botella a explorar esta noche, a ver qué encuentra.

Botella parecía emocionado ante la perspectiva.

—Infórmame de lo que descubras, Sargento. Inmediatamente. No esperes a la mañana. De todos modos no estoy durmiendo nada.

—Sé cómo se siente, señor. En cuanto encontremos algo, le informaré.

—Bien. Ahora, proseguid. Yo me encargaré de dispersar el escuadrón de Gesler… un momento, podríamos elegir uno ahora. Elige uno, Vin.

—Narizcorta servirá. Debajo de todos esos huesos nudosos y demás tiene hasta cerebro.

—¿Estás seguro? —preguntó Keneb.

—Le he mandado a buscar gente en un orden específico. No me hizo falta repetirme, señor.

—¿Y es de la infantería pesada?

—Así es. A veces las cosas no son lo que parecen, ¿verdad?

—Tendré que darle vueltas a eso, Violín. Está bien, coge a Narizcorta y ponte manos a la obra.

El explorador Henar Vygulf caminaba por la avenida principal que formaban las ordenadas hileras de tiendas del campamento letherii. Aunque era un experimentado jinete, el suelo temblaba con cada nuevo paso que daba. Poco debate había sobre quién era el soldado más alto y grande en todo el ejército de Brys. En su camino al cuartel general atraía todo tipo de miradas curiosas. No estaba a horcajadas en su enorme caballo, a fin de cuentas, ni cabalgando en un ardiente galope que hiciera a la gente apartarse a toda prisa, como tenía por costumbre. Verlo sobre sus dos piernas ya era bastante sorprendente, por no mencionar el hecho de que caminaba flechado hacia el corazón del campamento. Henar Vygulf odiaba las multitudes. Probablemente odiaba también a la gente. Incluso podía ser que odiase al mundo entero.

Dos pasos por detrás de él avanzaba el sargento lancero Odenid, quien formaba parte del personal del comandante en calidad de mensajero. Esa era su única tarea en aquellos días: encontrar a distintos soldados y llevarlos ante la presencia de Brys Beddict. El comandante llevaba a cabo entrevistas tan extensas como intensas, y parecía que pretendía hacerlas con todo el ejército. Odenid había oído que sobre todo Brys preguntaba por las Tierras Yermas. Acumulaba rumores, viejas historias, escasas leyendas. Lo más extraordinario de todas aquellas entrevistas era la habilidad de Brys Beddict para recordar rostros y nombres. Al final del día, llamaba a una escriba y le relataba una lista completa y detallada de todos los soldados y personal de apoyo con los que había hablado en la jornada. Le daba edades, lugares de nacimiento, historia militar e incluso detalles familiares, y añadía notas sobre lo que cualquier soldado sabía acerca de las Tierras Yermas.

Los hermanos Beddict, Odenid incluido, ni siquiera parecían humanos. Probablemente habían sido tocados por los dioses. ¿No había Brys regresado de entre los muertos? ¿No había sido el único que había derrotado al Emperador de las Mil Muertes, al menos hasta que llegó aquel tarthenal?

Habían convocado a Henar Vygulf para una entrevista, pero esta vez había otra razón, o al menos Odenid sospechaba que la había. Una oficial de los Cazahuesos había entrado a caballo en el campamento aquella mañana, temprano. Algo había sucedido. Odenid no tenía suficiente rango para ir rodando cerca de la tienda del cuartel principal, y el círculo interno del comandante no solía caer en chismorreos. Fueran cuales fuesen las noticias, habían pospuesto la marcha, probablemente hasta mediodía. Y los malazanos seguían allí, en una reunión privada con Brys y su ceda; Odenid los había visto cuando lo habían convocado y le habían dicho que fuese donde los exploradores y trajese a Henar Vygulf. *Creo que ese es su nombre*, había dicho Brys. *El alto, el que tiene ancestros rosazules. Cuenta con al menos diez caballos especialmente criados, lo bastante fuertes para cargar con él. Son una familia de criadores de caballos, si mal no recuerdo*…

Además dormía sobre el lado derecho y meaba a la pata coja, sí, a ese me refiero.

Aquella frase añadida dibujó una sonrisa en el rostro de Odenid. Tocado por los dioses.

Brys ni siquiera había podido entrevistarse aún con Henar.

Llegaron al frente de la tienda de campaña de mando. Henar se detuvo. Ignoró al solitario guardia de pie junto al visillo y se volvió hacia Odenid.

—¿Tienes que anunciarme?

—No. Tú entra y ya está, explorador.

Henar tuvo que agacharse para entrar, cosa que nunca lo ponía de buen humor. Tenía buenas razones para vivir a la intemperie, e incluso aquellos enclenques muros de lienzo y seda parecían aplastarlo. Tuvo que respirar profundamente para controlar el pánico que amenazaba con apoderarse de él.

Otros dos ayudantes le hicieron señas para que se acercara a las cámaras interiores. Intentó no mirarlos una vez que le hubieron señalado el camino. Si los muros eran deprimentes, la gente que se acumulaba dentro de aquellos espacios artificiales, tan atrapados dentro de ellos como Henar ahora mismo, era peores. Respiraban su mismo aire. Hizo todo lo que pudo para no romperles el cuello.

Ese era el problema de los ejércitos. Había demasiada gente. Incluso en un campamento relativamente abierto con sus terraplenes y sus garitas esquinadas y sus espaciosas hileras de tiendas, la desesperación más salvaje se apoderaba de él. Cuando tenía que entregar despachos de guerra en aquellos campamentos, cabalgaba como un loco, lo bastante rápido como para entregar el mensaje enseguida y salir de allí lo antes posible.

Cruzó un corredor demasiado estrecho y atravesó un tajo entre las sedas. Al otro lado había una habitación alargada, de techo picudo. La luz diurna hacía brillar el mismo aire. El comandante Brys se sentaba en una silla plegable, con la atri-ceda Aranoche de pie a su izquierda. Sentada en otra silla estaba la oficial malzana, las piernas cruzadas hasta mostrar una cadera musculosa y sólida. Sus ojos siguieron la curva de su trasero y su respiración se aplacó. Un momento después su mirada se alzó hasta su rostro.

Brys aguardó a que el enorme jinete volviese su atención hacia él. No lo hizo. Henar Vygulf miraba a Lostara Yil como

si nunca hubiese visto una mujer, en aquel caso una mujer muy hermosa. Pero aun así… se aclaró la garganta.

—Explorador Henar Vygulf, gracias por venir.

Los ojos de Henar volaron hacia Brys y luego volvieron adonde estaban.

—A sus órdenes, señor.

—¿Te importa prestarme atención? Bien. Estabas destinado a la guarnición de Drene durante el conflicto lezna, ¿correcto?

—Sí, señor.

—Eras el enlace con la compañía de lanceros rosazules, a la que perteneciste en su día.

—Sí, señor.

Brys frunció el ceño.

—Esto no funciona. Explorador, te presento a la capitana Lostara Yil, segunda de la consejera Tavore de los Cazahuesos. Capitana, este es el explorador Henar Vygulf.

Siguiendo la etiqueta cortesana rosazul, Henar hincó una rodilla y agarró la cabeza.

—Es un placer, capitana.

Yil miró a Brys con las cejas enarcadas.

Él negó con la cabeza, igual de pasmado. Hasta donde él sabía, la capitana no era de la nobleza, ni mucho menos de sangre real.

Ella vaciló, a todas luces incómoda, y dijo:

—Por favor, alzaos, Henar. La próxima vez bastará con el saludo militar corriente.

Él se irguió.

—Como ordenéis, señora.

—Bueno —dijo Brys—, ¿podemos continuar?

Henar despegó los ojos de Lostara, no sin esfuerzo, y asintió.

—Por supuesto, señor.

—En la campaña más reciente, un lezna renegado llamado Mascararroja se infiltró en Drene. Se derramó sangre, y en la persecución que siguió, varios soldados de la guarnición cayeron en una emboscada. ¿Estoy en lo cierto hasta ahora?

—Sí, señor.

—Siguieron informes de dos criaturas demoniacas que servían como guardaespaldas del tal Mascararroja.

—Sí, señor. Lagartos que corrían sobre dos patas, rápidos como caballos, señor. Se los avistó y se informó de ello durante la propia campaña. La atri-preda incluyó descripciones en sus despachos, incluyendo los de la primera batalla significativa. Después de eso, no regresó mensajero alguno.

—¿Conoces a un soldado llamado Orgullo?

—No, señor.

—Era lezna de nacimiento, pero fue criado por una familia en Drene. Cuando fue capturado ya era lo bastante mayor para recordar varias leyendas lezna, la mayoría sobre una guerra antigua por sus tierras contra un ejército de demonios similares a esa descripción. Los lezna no resultaron victoriosos, pero la guerra terminó cuando los demonios emigraron hacia las Tierras Yermas. ¿Acaso los enemigos se volvieron aliados? Podría ser. ¿Sabemos lo que le pasó a Mascararroja? ¿Sigue vivo?

—Señor, se le presume muerto, dado que los lezna han desaparecido.

—Pero no hay pruebas fehacientes.

—No, señor.

—Gracias, Henar Vygulf. Puedes retirarte.

El explorador saludó, echó una última mirada a Lostara Yil, y salió.

La capitana malazana soltó el aliento.

—Bueno…

—Por favor, aceptad mis disculpas —dijo Brys—. Mi ejército cuenta con algo menos de mujeres que el vuestro, aunque por supuesto no por reglamento, sino porque las mujeres letherii se inclinan más hacia otro tipo de profesiones. Es posible que Henar no esté acostumbrado…

—Lo comprendo perfectamente, comandante. Disculpad que os interrumpa. Además, es cierto que se trata de un hombre imponente, así que no hay razón alguna para que os disculpéis.

Yil descruzó las piernas y se levantó.

—En cualquier caso, señor, esos lagartos que menciona parecen encajar en la descripción de un k’chain che’malle. ¿Se trataba de especímenes vivos? ¿No de no muertos?

—Ninguna evidencia sugería que no estuviesen vivos. En la primera batalla recibieron heridas.

Lostara asintió.

—En ese caso, Ben el Rápido debe de estar en lo cierto.

—Así es. —Brys se echó hacia atrás, contempló a la mujer por unos instante y luego dijo—: Hubo una vez un dios… conozco su nombre, aunque eso no es relevante en este momento. Lo que sí es relevante es dónde moraba: vivía en lo que ahora llamamos Tierras Yermas. Allí vivía y allí murió. Su vida fue absorbida por una fuerza, una suerte de poder que venía de los k’chain che’malle. Una civilización, por cierto, de la que nunca había oído hablar, pero cuyo nombre pervivía en los recuerdos de aquel dios, y que despertaba… imágenes. —Sacudió la cabeza y continuó tras un momento —. Quizás este poder. —Y echó un vistazo a Aranoche—, sea una de esas sendas que los malazanos nos habéis traído. O pudo haber sido un ritual de alguna clase. Su nombre era Ahkrast Korvalain. Lo que hizo, capitana, fue robar la fuerza vital de la propia tierra. De hecho, bien podría haber sido quien creó las Tierras Yermas, y al hacerlo acabó con los

espíritus y dioses que aquí moraban, y por supuesto con sus creyentes.

—Interesante. He de contarle todo esto a la consejera.

—Sí, hemos de aunar tantos conocimientos como podamos. Por favor, capitana, ¿podéis ir con la consejera e informarle de que le haremos una visita?

—Por supuesto, comandante. ¿Cuándo será?

—Digamos que a la hora del almuerzo.

—Entonces más vale que me ponga en camino. —Hizo el saludo.

Brys sonrió.

—No hay necesidad de esas formalidades aquí dentro, capitana. Oh, cuando salgáis, ¿os importa decirle a alguno de mis asistentes que entre?

—Por supuesto. Hasta el almuerzo, pues, comandante.

Cuando la capitana hubo abandonado la cámara, Brys hizo un gesto hacia la silla vacía.

—Siéntate, atri-ceda. Pareces algo pálida.

Ella vaciló y acabó obedeciendo. Él la vio sentarse con nerviosismo en el borde de la silla. *Bueno, algo es algo*.

Hubo un sonido rasposo y el visillo de la puerta se apartó. El cabo Ginast entró y se cuadró.

—Cabo, que Henar Vygulf se una a mi equipo inmediatamente. De hecho, va a acompañar a mi séquito cuando vaya hoy a almorzar al campamento malazano. Proporciónale un manto apropiado e infórmale de que ahora es cabo lancero.

—Eh… perdonadme, señor, pero, ¿Vygulf no es rosazul?

—Lo es. ¿Y qué?

—Bueno, las regulaciones estipulan que ningún nacido rosazul puede tener rango de oficial en las fuerzas regulares letherii, señor. Un nacido rosazul solo puede ascender entre los lanceros rosazules, e incluso entre ellos solo puede

alcanzar el rango máximo de teniente. Así fue escrito en el tratado de capitulación tras la conquista de Rosazul, señor.

—¿El mismo tratado que exigía caballos y estribos de los rosazules, por no mencionar la creación de los propios lanceros?

—Sí, señor.

—Y los estribos que nos mandaron eran una basura, ¿verdad?

—Aquella fue una jugarreta asquerosa, señor. Me sorprende que el rey no haya exigido las satisfacciones correspondientes.

—Disfruta de tu sorpresa, Ginast, pero elimina ese tono de desaprobación. En cuanto a esos estribos, no puedo sino aplaudir el engaño de los rosazules. Una venganza de lo más merecida. Y en cuanto al techo de cristal en el ejército letherii, esto es lo que te diré: a partir de ahora, todos y cada uno de los soldados del ejército letherii, no importa dónde hayan nacido, tienen las mismas oportunidades de avanzar en el escalafón, basadas en méritos y servicio ejemplar al reino. Trae a un escriba y lo pondremos ahora mismo sobre el papel. Por tu parte, Ginast, deberías apresurarte, porque tienes que encontrar a Henar y traerlo aquí a tiempo, sobre su montura y listo para escoltarme. ¿Entendido?

—Señor, a los oficiales de buena cuna no les gustará…

—Tengo entendido que la emperatriz malazana llevó a cabo una campaña que purgó sus ejércitos de rangos comprados a base de privilegios. ¿Sabes cómo lo logró, cabo? Arrestó a los oficiales y o bien los ejecutó o los mandó a trabajar a las minas durante el resto de su vida. Una solución encantadora, diría, y si los soldados de noble cuna de mi ejército empiezan a causar problemas, quizá le aconseje a mi hermano que adopte medidas similares. Ahora, puedes retirarte.

El asistente hizo el saludo y huyó.

Brys miró por el rabillo del ojo a Aranoche. Había sorpresa en su rostro.

—Vamos, atri-ceda, no creerás que le aconsejaría semejante cosa en serio, ¿no?

—¿Sire? No, claro que no. Quiero decir, no era por eso. Bueno, mis disculpas, sire, perdón. Lo siento.

Brys ladeó la cabeza y la contempló por un momento.

—Entonces, ¿qué? ¿Te sorprende que consienta que se hagan parejitas entre mis soldados, atri-ceda?

—Sí, sire. Un poco.

—Hoy ha sido la primera vez que he visto un atisbo de vida en los ojos de la capitana Yil desde que la conozco. En cuanto a Henar, bueno, parece ser hombre de sobra para ella, ¿no crees?

—¡Oh, sí! O sea, quiero decir…

—Está claro que tiene tendencia por lo exótico. ¿Crees que tiene alguna oportunidad?

—No sabría decirle, sire.

—¿Qué piensas tú, como mujer?

Los ojos de Aranoche saltaban a todas partes. Se le estaban subiendo los colores.

—Vio cómo Heran admiraba sus piernas, sire.

—Y no hizo ademán de cubrirse.

—Me di cuenta, sire.

—Y yo.

Se hizo el silencio en la cámara. Brys escrutó a Aranoche, mientras ella se devanaba en mirar a cualquier lugar menos a su comandante.

—Por el amor del Errante, atri-ceda, haz el favor de usar el resto de la silla, ¿quieres? Siéntate bien.

—Sí, sire.

La aguda risa de Rebanagaznates resonó desde detrás de la tienda del capitán. Volvió a repetirse. Doblado de dolor, Sepia se echó a un lado y tironeó de su armadura tachonada hacia sí. No tenía sentido meterse dentro de aquella cosa hasta que estuviesen listos para marchar. Pero estaba empezando a ablandarse en algunas partes, necesitaba algo de grasa.

—¿Dónde está el cubo?

—Aquí. —Chapapote cogió el pequeño recipiente y se lo tendió—. No cojas mucho, se nos está acabando y ahora que Poros está a cargo de intendencia…

—Ese bastardo no está a cargo de una mierda —espetó sepia—. Solo se ha puesto de intermediario, y ahora tenemos que partirnos la cara con él para conseguir algo. El intendente está la mar de contento, porque ahora la mayoría de las peticiones no le llega, así que entre los dos se están poniendo las botas con las provisiones. Alguien debería decírselo a Sort, para que se lo diga a Generoso, para que…

—Generoso ya no tiene nada que ver con Poros, Sepia.

—Entonces, ¿quién?

—Que yo *saba*, nadie.

Sonrisas y Koryk se abrieron paso con fatiga en el campamento, aunque en realidad de campamento ya quedaba poco más que una hoguera encendida y un círculo de petates y equipo.

—A la primera campanada de la tarde —dijo Sonrisas—, y ni un minuto antes.

—¿Hay noticias de Ges y Tormenta? —le preguntó Sepia.

—Vin puede decir lo que quiera —dijo Koryk—, y lo mismo pueden los otros. Probablemente se hayan pirado.

—No seas idiota —replicó Sepia—. Los veteranos no abandonan. Por eso son veteranos.

—Hasta que deciden que ya han tenido bastante.

—Vé a preguntarle a Botella —dijo Chapapote, el rostro ensombrecido al ver a Koryk—, y seguro que te dirá lo mismo. Se los han llevado.

—Muy bien, se los han llevado. Lo importante es que han desaparecido, y que probablemente ya estén muertos a estas alturas. ¿Quién será el siguiente?

—Si tenemos suerte —dijo Sonrisas, y se repantigó sobre su petate—, serás tú, Koryk. —Miró a Chapapote y añadió—: Se le han fundido los sesos. Este Koryk no es el Koryk que yo conocía, y apuesto a que todos pensáis lo mismo. —Volvió a ponerse de pie—. A la mierda, me voy a dar una vuelta.

—Tómate tu tiempo —dijo Koryk.

Rebanagaznates soltó otra risita aguda. Sepia frunció el entrecejo.

—¿De qué mierda te ríes?

Corabb había estado durmiendo o quizá fingiendo que lo hacía, pero ahora se levantó.

—Voy a ir a enterarme, Sepia. Me estoy poniendo de los nervios.

—Si se está portando como un cabrón, pártele la boca, Corabb.

—Así lo haré, Sepia, cuenta con ello.

Sepia lo miró mientras se alejaba a trompicones. Le hizo una mueca a Chapapote.

—¿Has visto eso?

—Estoy sentado aquí mismo.

—Ya no está fuera del grupo, ¿verdad? Es nuestra infantería pesada. Eso es bueno.

—Sí que lo es —dijo Chapapote.

—Yo soy la infantería pesada de este escuadrón —dijo Koryk.

Chapapote volvió a la tarea de atarse las botas. Sepia apartó la mirada y se pasó la mano por lo poco que le

quedaba de pelo. Entonces se dio cuenta de que lo tenía lleno de grasa.

—¡Por el aliento del Embozado!

Chapapote lo miró y soltó un ronquido divertido.

—No va a evitar que se te rompa —dijo.

—¿El qué?

—La cabeza.

—Qué gracioso.

Koryk estaba de pie, con pinta de no saber adónde ir, como si ya no perteneciese a ningún sitio. Tras un momento se alejó en dirección opuesta a la que Sonrisas había tomado.

Sepia volvió a untar su armadura. Cuando se le acabó la grasa, se la rebañó de lo alto de la cabeza.

—Quizá deserte, ¿sabes?

—No lo hará —replicó Chapapote.

—Gesler y Tormenta son excusa suficiente. Y también Besadónde.

—Besadónde solo se preocupaba por Besadónde.

—¿Y acaso no hace lo mismo Koryk? Quizás antes no, pero ahora lleva tiempo absorto en sus pensamientos, y no tiene ni uno que no esté quemado, como dice Sonrisas. Nada más que brasas.

—No va a desertar.

—¿Por qué estás tan seguro, Chapapote?

—Porque entre todas esas cenizas y brasas que dices, algo sigue ardiendo. Todavía tiene que demostrar algo. No demostrárselo a sí mismo, a sí mismo puede convencerse de cualquier cosa, sino a nosotros. Le guste o no, lo admita o no, está atrapado.

—Supongo que veremos si tienes razón.

Chapapote alargó la mano y cogió un poco de grasa de la sien de Sepia. Empezó a untarla en sus propias botas.

—Qué gracioso —dijo Sepia.

Corabb se acercó a la tienda de mando. Allí estaban Rebanagaznates, Contramano y Oloramuerto, todos juntos ya agachados justo detrás de la trinchera letrina. Se acercó a ellos.

—A ver si cortas esa risita, Rebanagaznates, o te voy a tener que partir la cara.

Los tres hombres lo miraron con aire culpable. Rebanagaznates frunció el ceño y dijo:

—¿Ah, sí? ¿Por qué no lo intentas, soldado?

—A lo mejor lo hago. ¿Qué hacéis vosotros?

—Estamos jugando con ratas escamosas, ¿a ti qué te importa?

Corabb se acercó y miró hacia abajo. Tres de aquellos flacuchos animalillos se intentaban arrastrar por la hierba, las colas atadas entre ellas.

—Eso no está bien.

—Idiota —dijo Contramano—, nos las vamos a comer para el almuerzo. Solo nos estamos asegurando de que no se escapan.

—Las estáis torturando.

—Lárgate, Corabb —dijo Rebanagaznates.

—No me voy hasta que no les soltéis las colas o les partáis el cuello.

Rebanagaznates suspiró.

—Explícaselo, Oloramuerto.

—No tienen sesos, Corabb. Dentro de esas cabecitas no tienen más que un liquidito, como pus. Son como termitas, o como hormigas. Solo consiguen algo cuando se reúnen montones, y ahora parece que no hay suficientes. Además, apestan a algo raro. Como a magia, pero con más aceite. Contra y yo estamos intentando averiguarlo, así que déjanos en paz, ¿quieres?

—¿Vamos a comer magia grasienta? —preguntó Corabb —. Eso suena muy mal. No pienso volver a comer esas cosas.

—Pues te vas a morir de hambre dentro de poco —dijo Contramano, y le dio la vuelta a una de las ratas y la puso bocarriba. Las otras dos intentaron arrastrarla, pero cada una en dirección opuesta—. Hay millones de estos bichos aquí fuera, el Embozado sabrá cómo sobreviven. Esta mañana vimos un enjambre entero de ellas, como un río resplandeciente. Matamos a unas cincuenta antes de que el resto escapara.

La rata vuelta del revés se las arregló para ponerse al derecho. Ahora las tres ratas tiraban, cada una en una dirección.

—Cada día hay más y más de ellas. Como si nos estuvieran siguiendo.

La mera idea provocó un escalofrío en Corabb, aunque no estuvo seguro de por qué. No es que las ratas fueran a hacerles nada. Ni siquiera parecían atacar sus suministros de comida.

—He oído que su mordedura es nauseabunda.

—Si las dejas morderte, sí —dijo Oloramuerto.

—Entonces, ¿te siguen haciendo gracia, Rebanagaznates?

—No. Y ahora, lárgate.

—Como vuelva a oír esa risa tuya, voy a venir otra vez y vamos a tener una charla.

—No es más que risa, Corabb. La gente se ríe, ¿no? De todas las maneras posible.

—Pero la tuya me da escalofríos.

—Muy bien. También sueno así cuando le corto la garganta a algún pobre bastardo.

Corabb se metió entre Contramano y Oloramuerto, alargó la mano y atrapó las tres ratas. Les rompió el cuello a las tres

con rapidez y volvió a soltar los cuerpos exánimes entre los tres hombres.

—La próxima vez que me oigas reír… —gruñó Rebanagaznates.

—Muy bien —replicó Corabb—, aunque a mí no me hace falta tomar aire para cortarte la puta cabeza, Rebanagaznates, así que esa risa será la última.

Dio media vuelta y se alejó. La situación cada vez estaba peor. ¿Qué había pasado con la gloria? Por más penurias que pasase, aquel ejército siempre había tenido algo de dignidad. Ser un Cazahuesos significaba algo, algo valioso. Pero últimamente no eran más que una patulea de abusones y matones aburridos.

—Corabb.

Alzó la vista y vio a Faradan Sort en su camino.

—¿Capitana?

—¿Ha regresado Violín con vosotros?

—No creo. Todavía no estaba hace un cuarto de campanada.

—¿Dónde está tu escuadrón?

—No se han movido, señora. —Señaló hacia atrás con el pulgar—. Siguen ahí atrás.

—Y entonces, ¿adónde vas tú?

—A algún sitio, o a ninguno, señora.

La capitana frunció el ceño y se alejó de él. Corabb se preguntó si esperaba que la siguiese. A fin de cuentas, se dirigía a sus compañeros de escuadrón. Pero como no había dicho nada y había seguido andando, se encogió de hombros y siguió con su deambular sin rumbo. *Quizá debería volver con los pesados. Tirar algunos huesos. Pero, ¿para qué? Siempre pierdo. La famosa suerte de Corabb no se aplica a los dedos. Típico. Nunca funciona con las cosas importantes.* Apoyó la mano en el pomo de su nueva espada letherii, solo para confirmar que aún la tenía. *Y no pienso*

perderla. Esta, no. Es mi espada, y a partir de ahora la pienso usar.

Últimamente había estado pensando en Leoman, por ninguna razón en particular, al menos ninguna consciente, excepto quizá que Leoman sabía comandar a los soldados e incluso convertirlos en seguidores fanáticos. Hubo un tiempo en que pensó que aquello era un don, un talento. Sin embargo, ahora ya no estaba tan seguro. De alguna manera, aquel era el don que volvía a un hombre peligroso. Seguir era arriesgado, especialmente cuando se descubría la verdad, que solía ser que quien lideraba no se preocupaba lo más mínimo por sus seguidores. Leoman, y la gente como él, coleccionaban las vidas de sus fanáticos del mismo modo con que un rico comerciante coleccionaba monedas, y ambos disponían de ellas sin dudarlo un segundo.

No, la consejera era mejor, no importaba lo que dijeran los demás. Hablaban como si a quien quisiesen fuese a Leoman, pero Corabb sabía cómo funcionaban las cosas. Si tuvieran a Leoman, cada uno de ellos acabaría muerto. Estaba convencido de que la consejera se preocupaba por ellos, quizás incluso demasiado. Pero entre los dos, él la prefería a ella sin la menor duda.

La insatisfacción era una enfermedad. Era lo que había incendiado el Torbellino, y cientos de miles habían acabado muriendo. ¿Quién había encontrado satisfacción alguna, sobre fosas de cadáveres? Nadie. Aquello había lanzado a los malazanos a devorar a sus semejantes. Si ahora todos los wickanos estaban muertos, ¿quién sería tan idiota como para pensar que la nueva tierra que los colonos habían reclamado para sí no pondría en práctica su justa venganza? Más pronto o más tarde, los convertiría en polvo y el viento se limitaría a esparcirlos por el aire.

Incluso allí, en aquel campamento, entre los Cazahuesos, la insatisfacción se esparcía como una infección. Las únicas

razones eran la incertidumbre y el aburrimiento. ¿Qué había de malo en ello? El aburrimiento significaba que nadie estaba siendo cortado en pedazos. La incertidumbre era la única y auténtica certeza de la vida. Su corazón podía estallar al siguiente paso que diera, o un caballo desbocado podría pisotearlo en la encrucijada a la que se acercaba ahora. Podía estallarle un vaso comunicante en el cerebro. Podía caer una roca del cielo justo encima de él. Todo, absolutamente todo era incertidumbre, todo el futuro, y, ¿quién podía extraer conclusiones del pasado para pensar que lo sabían todo y, al saber todo, saber también lo que estaba por venir?

¿Estás insatisfecho? *A ver si este puñetazo en plena cara hace que te sientas mejor*. Sí, Sepia estaba amargado, pero Corabb empezaba a tenerle cariño. Quizá se quejaba mucho, pero eso no era lo mismo que estar insatisfecho. Claramente, a Sepia le gustaba poder quejarse. Sin esa potestad estaría perdido. Por eso, no importaba lo que pasara, se le veía cómodo. Untando grasa en cuero hervido, aceitando su espada corta y las cabezas de los proyectiles de la ballesta. Contando una y otra vez su pequeña colección de pipas y afiladores, su único petardo, los ojos fijos en el petate de Vin que tenía al menos un maldito. Aquel hombre era feliz, se notaba en cómo fruncía el ceño.

Me gusta Sepia. Sé lo que esperar de él. No está hecho de hierro al rojo, ni tampoco de hierro frío. Es hierro amargo. Y yo también. Más y más amargo. Así que, cuando quieras, atrévete, Rebanagaznates.

El capitán Generoso se pasó la mano por los pocos mechones de pelo que le quedaban en la cabeza y se echó hacia atrás en la silla plegable.

—Skanarow, ¿en qué puedo ayudarte?

—Se trata de Ruthan.

—Por supuesto que se trata de Ruthan. Es un secreto a voces, Skanarow.

—No, eso no. Bueno, un poco. Lo que pasa es que no es quien creo que es.

—Pasa siempre al principio, ¿no?

—Creo que no está usando su nombre real.

—¿Alguien lo hace? Mírame a mí. Me gané el mío tras años de diligente deliberación. Hasta «Skanarow» no es lo que piensa todo el mundo, ¿verdad? Significa algo como perra de las colinas en kanesiano antiguo, creo.

—No es eso, Generoso. Está ocultando algo. Su historia cuadra, al menos superficialmente. Quiero decir, la cronología tiene sentido…

—Perdona, ¿la qué?

—Las cosas que hizo y cuándo las hizo. La sucesión de acontecimientos es correcta, aunque me imagino que se la ha trabajado para que suene plausible.

—O bien suena plausible porque es de hecho lo que pasó.

—No lo creo. Simplemente no lo creo, Generoso. Creo que miente.

—Aunque así sea, Skanarow, mentir no es ni de lejos un crimen en el ejército malazano.

—Lo es si han puesto precio a su cabeza. Si, por ejemplo, la garra tiene sueños húmedos pensando en matarle, o si la emperatriz ha enviado a un millar de espías a que lo encuentren.

—¿A Ruthan Gudd?

—A quienquiera que sea realmente.

—Bueno, y si es así, ¿qué? ¿Acaso importa ahora, Skanarow? Todos somos renegados estos días.

—Larga es la memoria de la garra.

—De lo que queda de ellos, después de Ciudad Malaz. Diría que prefieren reservar todo su veneno para la

consejera y todos los oficiales traidores destacados. Para veteranos heroicos como yo mismo, por no mencionar a los puños, exceptuando quizás a Blistig. Probablemente —prosiguió—, estás pensando a largo plazo. Cuando los dos os asentéis en algún lugar, quizás en una casa cerca de las playas kanesianas, humo saliendo de la chimenea y una manada de retoños barbudos jugando con hormigas de fuego y toda la pesca. En mi opinión, Skanarow, no te va a resultar difícil dormir tranquila por la noche.

—Estoy empezando a entender cómo se sentía el teniente Poros cuando sirvió bajo tu mando, Generoso. Todo te resbala, ¿verdad?

—No estoy seguro de entenderte.

—Claro —dijo, arrastrando las palabras—. Pero piensa una cosa: Ruthan se está poniendo nervioso. Y está empeorando. Casi se ha arrancado toda la barba de la cara. Tiene sueños atribulados, habla cuando duerme, en idiomas que nunca he oído antes.

—Qué curioso.

—Por ejemplo, ¿has oído hablar de Ahkrast Korvalain?

Generoso frunció el ceño.

—La verdad es que no, pero suena tiste. Por ejemplo, como las Sendas ancestrales de Kurald Kalain y Emurlahn. Una estructura parecida, diría yo. Puedes mencionárselo al mago supremo.

Ella suspiró y apartó la mirada.

—Claro. Bueno, será mejor que vuelva con mis escuadrones. La pérdida de Gesler y Tormenta, tan poco tiempo después de que Masan y esa otra se largaran… bueno, digamos que las cosas están un poco frágiles de momento.

—Sí que lo están, Skanarow. Cuando salgas, dile al cabo Músculos que me traiga mi colección.

—¿Tu colección?

—De peines, Skanarow. De peines.

El gran sargento Poros se irguió y se limpió la sangre de la nariz. Ante sus ojos aún flotaban extrañas manchas, pero alcanzaba a ver que su carromato de suministros personales había sido saqueado. Los dos bueyes de delante lo observaban mientras rumiaban. Se preguntó por un momento si sería posible entrenar bueyes como perros guardianes, pero la imagen de aquellas bestias gruñendo amenazadoras y enseñando sus enormes dientes cuadrados no le pareció amenazadora en absoluto.

Se levantó y se sacudió mugre y hierbajos de la ropa. El sonido de unos pasos que se acercaban lo hizo girarse de un sobresalto y envararse. Levantó las manos en un gesto inconsciente de defensa.

Pero no había necesidad alguna. Los recién llegados no parecían particularmente amenazadores. Se trataba de Seto, y otros cuatro de sus Abrasapuentes tras él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Seto.

—Me temo que no estoy seguro. Vino alguien con una solicitud que, digamos, no fui capaz de rellenar.

—¿Se habían equivocado de sello de cera en la petición?

—Sí, algo parecido.

Seto miró el carromato.

—Parece que cogieron lo que les dio la gana igualmente.

—Pena capital —dijo uno de los cabos de Seto, y acompañó su fruncimiento de ceño de un meneo incrédulo de cabeza—. A los Cazahuesos os falta disciplina, gran sargento.

Poros miró a aquel flacucho letherii.

—¿Sabes qué, cabo? Estaba pensando justo lo mismo. Aquí reina prácticamente la anarquía. En verdad que me siento bajo asedio, una solitaria isla de razón y orden en

medio de la tormenta de furioso caos. —Hizo un gesto hacia su espalda y le dijo a Seto—. Si habéis venido a solicitar algo, como comprenderéis tendrá que esperar hasta que reorganice todo un poco. Además, estrictamente hablando, mis propios suministros no están disponibles para restitución oficial. Sin embargo, sí que puedo proporcionaros un escrito que os garantice audiencia con el oficial de intendencia.

—Qué amable por tu parte —dijo Seto—, pero ya he hablado con él.

—¿Sin escrito? Debe de haber sido un trago amargo, ¿no?

—Parece que los únicos escritos que recibe son los tuyos.

—Por supuesto —dijo Poros—. Como imaginarás, comandante… eres comandante, ¿verdad? Como imaginarás, en medio del caos que tu cabo ha señalado con tanta diligencia, ha sido necesario que asuma estas responsabilidades para asegurar una cierta cantidad de control sobre nuestras cada vez más menguantes provisiones.

Seto asentía, con los ojos aún en el carromato.

—Lo cierto es, gran sargento, que no dejamos de oír que todo este caos proviene del hecho de que todo el mundo tiene que pasar por ti. Me pregunto si el puño Keneb es consciente de la situación. Como comandante, entenderás que simplemente puedo ir a hablar con él, como iguales, quiero decir. Sin ninguno de tus amigotes que nos entorpezca el camino. Sí, me fijé en quiénes eran cuando alzaron el cordón alrededor del cuartel general. Te has montado toda una organización, gran sargento. Me pregunto quién se habrá atrevido a dejarte esa nariz nueva.

—Si tuviese el más mínimo recuerdo del incidente, comandante, te lo diría; al menos después de dar caza a ese desgraciado y crucificarlo por saqueo.

—Bueno —dijo Seto—, me ha llegado un rumor, a menos de cincuenta pasos de aquí. Tan fresco como esa plasta que

hay detrás de los bueyes

—Espléndido. —Poros aguardó.

—Primero, el escrito —dijo Seto.

—Ahora mismo, déjame que busque una tabla de cera limpia.

—¿No usas pergamino? No, por supuesto que no. El pergamino no se derrite, ¿verdad? La cera, sí. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas? Muy inteligente, gran sargento.

Poros dio con una tabla de cera y un punzón en su pequeño escritorio portátil junto a la silla plegable, donde seguramente había estado sentado antes. Trazó su símbolo en un rápido movimiento y los miró, paciente.

—¿Qué es exactamente lo que necesitáis?

—¿Exactamente? Lo que quiera que nos haga falta.

—Claro. Excelente. Eso mismo escribiré aquí.

—Escríbelo con letra legible.

—Naturalmente.

Poros les tendió la tabla y aguardó mientras Seto la ojeaba.

Por fin, el bastardo alzó la mirada y sonrió.

—Se comenta que quien te ha hecho esa cara nueva ha sido Neffarias Bredd.

—Ah, ese. Claro, ¿quién si no? Qué tonto he sido. Supongo que no sabes qué aspecto tiene, ¿verdad?

Seto se encogió de hombros.

—Dicen que es grandote. Tiene una frente como un arrecife y ojillos de hámster, una nariz que llega de aquí a Isla Malaz y es capaz de machacar rocas con los dientes. Es más peludo que los huevos de un bhederin toro. Con nudillos bien capaces de romperle la nariz a un gran sargento.

—Ya, ya, no me digas más —dijo Poros—. Tengo una imagen tremendamente precisa en mi cabeza, gracias.

—Cachipolla dice que el rumor no es cierto, en cambio —añadió Seto—. Dice que Bredd es alto, pero flacucho, y que su cara es diminuta, como el capullito de una flor. Que tiene ojillos dulces y agradables y labios reventones…

—… y Cachipolla sueña con él cada noche, imagino. Bueno, me ha encantado esta conversación, comandante. ¿Hemos terminado? Como ves, tengo trabajo que hacer aquí.

—Sí que lo tienes, sí.

Él y los bueyes contemplaron cómo se marchaban. Poros suspiró.

—Por los dioses, desde luego son Abrasapuentes. —Miró a los bueyes—. Seguid mascando, malditos patanes.

Muertecalavera, el último príncipe superviviente de alguna tribu del desierto de Siete Ciudades y el asesino en combate directo más mortífero que la sargento Toba hubiera visto en su vida, le estaba haciendo las trenzas a Fruncido. El estilo era rematadamente diferente de lo que se llevaba en las tribus dalhonesianas, pero en la cabeza algo pequeña y redonda de Fruncido, el efecto quedaba, a ojos de Toba, en algún punto entre funcional y terrorífico.

—Miri —murmuró Nep Furrow. Su frente moteada y arrugada le daba aspecto de tortuga—. ¡C’ascazo!

—No sé —intervino Remilgo—. Esos bucles son el único relleno que necesita bajo el yelmo. La mantendrán más fresca que el resto de nosotros.

—‘Nabit, furl! Skeendath, rap izzee, a gurl?

—Bonito pareado —concedió Bajío desde donde estaba tumbado, las piernas estiradas y las botas casi sobre los carbones encendidos de la hoguera. Las manos del pesado estaban entrelazadas tras su cabeza, y tenía los ojos cerrados.

Toba y otra media docena de soldados se sentaban cerca. Miraban de vez en cuando a ver cómo progresaba la operación. Se había desplegado toda una serie de apuestas a base de mudas señales para ver cuándo se daría cuenta Bajío de que se estaba quemando los pies. El cabo Borde iba contando con los dedos, y ya iba por sesenta.

La curiosa pipa de Fruncido soltaba nubecillas de humo a los ojos de Muertecalavera, que tenía que irlas apartando mientras ensartaba trenzas de pelo en un gancho de hueso y un palito de madera.

Resultaba extraño, pensó Toba, cómo los desahuciados terminaban encontrándose unos a otros en cualquier multitud o, en ese caso, en plena naturaleza. Como las arañas de hierba de la sabana que desplegaban sus antenas en la época de apareamiento. Se dio cuenta de que volvía a pensar en arañas, quizá por quinta vez desde aquella mañana. Le echó un vistazo a la figura reclinada e inmóvil de la sargento Hellian, que se había tropezado con su campamento al pensar que era el de su propio escuadrón. Estaba tan borracha que Borde tuvo que impedir que se acercase demasiado al fuego, para que el mismo aire a su alrededor no saliera ardiendo. Decía venir huyendo de las arañas. ¿De qué arañas? No quiso explicarlo. En lugar de eso, prefirió caer cuan larga era.

Muertecalavera la vigiló durante un rato. Le acarició el pelo y se aseguró de que ninguna de sus extremidades acabase doblada en algún ángulo extraño, y cuando por fin se quedó dormido, acabó abrazado a ella. *La madre que nunca tuvo. O la madre que nunca abandonó. Pero, todos esos príncipes de los cuentos de hadas no están ni la mitad de perdidos que el amigo Muertecalavera. Qué historia tan triste y confusa haría este chiquillo nuestro*.

Toba se restregó la cara. No se sentía muy diferente de Hellian, aunque la noche anterior no había bebido más que

cerveza aguada. Sentía la mente hinchada, magullada hasta la insensibilidad. Sus presentimientos fantasmagóricos se habían esfumado, y ahora se sentía medio sorda. *Creo que estoy… abrumada*.

Algo me abruma. Algo que se acerca. Más y más. ¿Se trata de eso?

Se preguntó dónde estaría ahora mismo su hermana, cuán lejos estaban los perecederos y los khundryl. Ya deberían haberlos alcanzado, ¿no?

Sus pensamientos volaron a su fatídica audiencia con la consejera. Recordó la fiera expresión en el rostro de Masan Gilani un momento antes de que la consejera le ordenase que se fuera. No había habido duda alguna en la respuesta de Tavore a lo que Toba le había dicho que era necesario hacer, y ni un solo pero a todas sus sugerencias. Su única reacción visible había sucedido antes de todo eso. *Traición. Sí, esa palabra sí le hizo daño. Es lo único a lo que no sabe enfrentarse. Lo único, creo, capaz de devorar su valor. ¿Qué te ha sucedido, Tavore Paran? ¿Pasó algo en tu infancia, un terrible rechazo, una traición que te apuñaló en lo más hondo de la niña inocente que fuiste*?

¿Cuándo suceden estas cosas? Estas heridas que acaban formando a los adultos que somos. Un niño que pasaba hambre nunca llegaba a crecer fuerte y alto. Un niño sin amor jamás encontraría el amor de adulto. Un niño sin risa nunca encontraría algo en el mundo de lo que reírse. Un niño con una herida lo bastante profunda pasará el resto de su vida rascando la costra de esa herida. Toba pensó en todos los actos insensibles, en los gestos impacientes e indiferentes que había visto en padres de sitios civilizados, como si no tuvieran tiempo para sus propios hijos. Demasiado ocupados, demasiado obsesionados consigo mismos; un sentimiento que pasaba de generación a generación, una y otra vez.

Entre los dalhonesianos, en las aldeas tanto del norte como del sur, la paciencia era un regalo que se le otorgaba al niño, que en sí también era un regalo. La paciencia, el peso absoluto de la atención, la disponibilidad de escuchar y la tendencia a enseñar. ¿Acaso no eran aquellas las responsabilidades de la paternidad? ¿Qué civilización podría desarrollarse si destruía sistemáticamente aquella preciada relación?

¿Tiempo para tus hijos? No había tiempo. Trabajar para alimentarlos, sí, esa también es tu responsabilidad. Pero tu lealtad y tu fuerza y tu energía, eso nos pertenece.

Y nosotros, ¿quiénes somos nosotros? Somos los saqueadores del mundo.

¿El mundo de quién? El vuestro. El suyo. El de la consejera, sí. Incluso el mundo de Muertecalavera. Pobre niño perdido.

Y Hellian, bañada para siempre en el cálido abrazo del alcohol. Tú y tus exsacerdotes ambulantes con sus sonrisillas y sus ojos rotos. Tus enemigos, tus reyes y reinas, tus dioses y, sobre todo, tus niños.

Matamos su mundo antes de que lleguen siquiera a heredarlo. Lo matamos antes de que lleguen a crecer lo bastante para reconocerlo.

Volvió a restregarse la cara. La consejera estaba sola, así era. *Pero yo lo he intentado. Al menos, eso creo. No estás tan sola como crees, Tavore Paran. ¿Al menos te he dejado esa impresión? Cuando me fui, cuando te quedaste ahí en tu tienda, en el silencio, cuando Lostara Yil se fue y no había siquiera un par de ojos fijos en ti... ¿qué es lo que hiciste? ¿Qué desataste de las cadenas de tu interior?*

Si Botella te hubiera espiado desde los ojos de sus ratas, ¿qué habría visto? ¿Qué habría descubierto en tu rostro?

¿Habría visto algo? ¿Lo más mínimo?

—Se quema algo.

—Sí, Bajío: tú.

El pesado no hizo movimiento alguno. De sus botas surgían hilillos de humo.

—¿Y cómo estoy de hecho, Remilgo?

—Diría que como beicon crujiente.

—Oh, dioses, me encanta el beicon.

—¿Vas a apartar los pies o no, Bajío? —preguntó Mulvan Pavor.

—¿Estáis apostando, cabrones?

—Por supuesto —dijo Pravalak Borde.

—¿Y quién está contando?

—Yo —dijo Borde—. Voy contando rondas. Tenemos diez en total, incluyendo a Muertecalavera y Fruncido, aunque nadie más está contando; están demasiado ocupados.

—¿Toba ha apostado?

—Así es.

—¿Qué número?

—Siete.

—¿Y por dónde vas ahora, Borde?

—Tres.

—Cuenta en voz alta.

—Cinco, seis, sie…

Bajío quitó los pies del fuego y se irguió.

—Eso sí que es lealtad —dijo Toba con una mueca.

—¡Nosusto! ¡Nosusto! ¡Meposposto hinco! ¡Hinco! ¡Nosusto!

—Son los pies de Bajío —dijo Mulvan—, él sabrá lo que hace con ellos. Toba gana el bote, por guapa, ¿no, Bajío?

Él sonrió.

—Eso es lo que hay. ¿Ahora te gusto más, Tob?

—Medio, medio —dijo ella.

—Me vale. Nep Furrow, ¿cuánto me costaría una curación rápida?

—¡Ja! ¡Mitatú! ¡Mitatú! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—La mitad de la mitad…

—¡Nei! ¡Nei!

—O lo tomas, o le digo al sargento que te ordene curarme y entonces ganas cero.

—Bien visto —dijo Toba, y le echó una mirada a Badan Gruk—. Necesito a tu sanador, Badan. ¿Te parece bien?

—Claro —dijo él.

—Lo teníais todo preparado —dijo Remilgo—. Aquí huele a algo más que a beicon.

—¡Tormporcul! ¡Blíjio! ¡Tormporcul!

—No seas malo con él y te hará un buen trabajo. Bajío.

—Sí, sargento Toba. La mitad de la mitad, ¿de acuerdo? ¿Dónde está el bote?

—Venga, todo el mundo a apoquinar —dijo Rim, y echó mano de un yelmo—. Aquí, idlo pasando.

—Vaya timo —dijo Sacaprimero.

—Miratrás, hemos caído todos.

—¿Y eso es una novedad? Los marineros nunca juegan limpio…

—… solo juegan para ganar —completó Sacaprimero, el ceño fruncido ente el viejo dicho de los Abrasapuentes.

Toba se levantó y se alejó del campamento. Se sentía agitada e insensible al mismo tiempo. ¿Qué sensaciones eran aquellas? Tras un par de zancadas se dio cuenta de que tenía compañía; se giró y vio a Badan Gruk.

—Toba, pareces… diferente. ¿Estás enferma? Mira, Besadónde…

—Deja en paz a mi hermana, Badan. Yo soy quien mejor la conoce, no lo olvides.

—Exacto. Todos sabíamos que iba a salir corriendo. Tú también debías de saberlo. Lo que no entiendo es por qué no intentó convencernos de que nos fuésemos con ella.

Toba le echó una mirada.

—¿Habría conseguido convencerte, Badan?

—Puede.

—Y entonces los dos habríais centrado vuestros esfuerzos en mí, hasta que yo también hubiera cedido.

—Así podría haber sido, sí. Pero lo cierto es que no sucedió así. Y ahora ella está en alguna parte y nosotros seguimos atrapados aquí.

—Yo no pienso desertar, Badan.

—¿Ni siquiera lo has pensado? ¿No has pensado en ir tras Besadónde?

—No.

—¿En serio?

—Ya es mayorcita. Debería haberme dado cuenta hace tiempo, ¿no crees? Ya no tengo que cuidar de ella. Ojalá lo hubiera tenido en mente el día que se alistó.

Él compuso una mueca.

—No eres la única, Toba.

Ay, Badan, ¿qué voy a hacer contigo? No dejas de romperme el corazón. Pero la lástima y el amor no casan bien juntos, ¿verdad?

¿Era lástima? La verdad era que no lo sabía. Se limitó a tomarlo de la mano. Se alejaron juntos.

Le despertó el viento en la cara. Confundido, con la lengua hinchada y la boca seca, Gesler abrió los ojos. Cielo azul, sin pájaros, sin nada. Soltó un gemido mientras intentaba recordar lo último que había pasado. El campamento, sí, alguna maldita discusión con Tormenta. El muy bastardo había estado soñado otra vez, algo de un puño demoniaco que caía sobre él desde el cielo. Se le habían puesto los ojos como a una liebre recién cazada.

¿Habían estado bebiendo? ¿O quizás habían fumado algo? O simplemente habían caído redondos de sueño en la tienda, él en un lado, Tormenta en el otro, un lado ordenado

y limpio, el lecho una cochambre apestosa. ¿Se había estado quejando? No podía recordar ni una maldita cosa.

Daba igual. Por alguna razón, el campamento no se movía aún. Estaba todo extrañamente tranquilo. Además, ¿qué demonios hacía Gesler a la intemperie? Se irguió poco a poco.

—Por los dioses del Abismo, nos han dejado atrás.

Un trecho de terreno roto, promontorios lejanos en la lejanía… ¿allí era donde habían estado anoche? ¿Y dónde estaban los restos de las hogueras, las bermas improvisadas?

Oyó un sonido de arañazos a su espalda. Se giró, tan rápido que el cerebro se le movió dentro del cráneo y le arrancó un jadeo.

Había una mujer desconocida agachada frente a un pequeño fuego. A su derecha estaba Tormenta, aún dormido. Sus armas y su equipo se amontonaban detrás de él.

Gesler observó a la desconocida. Vestía como una maldita salvaje, pellejos medio mascados de ciervo y cuero de Lether. No es que fuera joven, quizá en la cuarentena, pero era difícil acertar la edad de los habitantes de las planicies, porque estaba claro que eso es lo que era, como una seti anticuada. Sus facciones eran lo bastante anodinas; probablemente hubiese sido atractiva en el pasado, pero los años no la habían tratado bien. Cuando su mirada escrutadora llegó hasta aquellos ojos marrón oscuro, se dio cuenta de que ella también lo contemplaba a él con algo parecido a la pena.

—Más te vale que empieces a hablar —dijo Gesler.

Vio un pellejo de agua y lo señaló.

Ella asintió.

Gesler lo agarró, quitó el tapón y bebió tres largos tragos. Un sabor extraño le llenó la boca, y la cabeza le dio vueltas por un momento.

—Por el cimbrel del Embozado, ¿qué es lo que hice anoche? —miró a la mujer—. ¿Tú comprende mí?

—Lengua comerciante —dijo ella.

Gesler tardó un momento en entender sus palabras. Jamás había oído un acento parecido.

—Bueno, al menos servirá. ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Dónde está mi condenado ejército?

Ella hizo un gesto. *Se han ido*. Y entonces dijo:

—Tú estás para mí, con mí. ¿Por mí? —Negó con la cabeza, claramente frustrada con su conocimiento limitado del idioma—. Kalyth mi nombre. —Sus ojos se apartaron—. Destriant.

—¿Destriant? No es un título que la gente se vaya poniendo alegremente. Si estás mintiendo, tanto tú como todo tu linaje seréis malditos. Para siempre. Ese título no se usa así como así. Si eres destriant, ¿de qué dios?

—Dios no. No dios. K’chain che’malle. Nido Acyl. Matrona Gunth’an Acyl. Elan…

Él alzó una mano.

—Espera, espera, no he entendido una palabra de todo eso. A ver. K’chain che’malle, sí. Eres una destriant de los k’chain che’malle. Pero eso no puede ser. No lo has entendido…

—Entendido sí. Ojalá no. —Se giró un poco y señaló a Tormenta—. Él, yunque del escudo. —Luego señaló a Gesler —. Tú, espada mortal.

—Nosotros no… —entonces los ojos de Gesler deambularon hasta Tormenta—. Alguien le llamó yunque del escudo hace mucho tiempo. Creo. Aunque no recuerdo quién fue. Ahora que lo pienso, quizá fue espada mortal. —Se la quedó mirando—. Quienquiera que fuera, no era ningún k’chain che’malle.

Ella se encogió de hombros.

—Guerra hay. Tú lideras. Él y tú. Gunth'an Acyl envía mí a encontrar vos. Yo encuentra vos. Vos sois fuego. Gu'Rull veros, llena cabeza mí de vos. Ardiente. Tú y él, faros. Cegar. Gu'Rull trae vos.

¿Trae? Gesler se puso en pie de golpe, y de nuevo soltó un jadeo ante una nueva punzada en su cabeza.

—¡Nos has secuestrado!

—No yo, yo no. Gu'Rull.

—¿Quién es Gu'Rull? ¿Dónde está el muy cabrón? Le voy a cortar el gaznate, y a ti probablemente también. Luego nos pondremos a buscar a nuestro ejército…

—Marchado. Ejército ti, muchas leguas lejos. Gu'Rull vuela toda noche. Con vos. Toda noche. Tú lideras ejército k'chain che'malle. Ocho Furias, vienen. Cerca. Guerra hay.

Gesler se acercó a Tormenta y le dio una patada.

El grandullón soltó un gruñido y se agarró los lados de la cabeza.

—Veta a la mierda, Ges —murmuró—. Todavía no ha amanecido.

—¿Ah, no? —Tormenta le había hablado en falari, así que Gesler hizo lo mismo.

—Bulto me despierta siempre, ya lo sabes. Pedazo de m…

—¡Arriba, soldado! ¡En pie de una maldita vez!

Tormenta intentó darle una patada, lo que hizo que Gesler retrocediera un paso. Ya se había llevado alguna coz suya antes. Tormenta se irguió, y entonces desorbitó los ojos y miró alrededor.

—¿Qué me has hecho, Ges? ¿Dónde… dónde está *todo*?

—Nos secuestraron anoche, Tormenta.

Los ojos azul claro de Tormenta se centraron en Kalyth.

—¿Ella? Debe de ser más fuerte de lo que aparenta…

—Por el amor de Fener, Tormenta. Tuvo ayuda. Alguien llamado Gu'Rull, que sea quien sea, parece que tiene alas. Y

además es lo bastante fuerte como para haber cargado con nosotros dos toda la noche.

Los ojos de Tormenta brillaron.

—¿Qué es lo que te había dicho, Gesler? ¡Mis sueños! ¡Lo que vi…!

—Lo que dijiste no tenía el menor sentido. ¡Y sigue sin tenerlo! Lo importante es que esta mujer dice que es una destriant de los k’chain che’malle, y por si eso no fuera suficiente oscuro, dice que yo soy su espada mortal y tú su yunque del escudo.

Tormenta dio un respingo y se cubrió el rostro con las manos Habló entre los dedos:

—¿Dónde está mi espada? ¿Dónde están mis botas? ¿Dónde cojones está el desayuno?

—¿Es que no me has oído?

—Claro que te he oído, Gesler. Sueños. Es por esas malditas ratas escamosas. Cada vez que veía una me entraban escalofríos.

—Las ratas no son k’chain che’malle. Si tuvieras aunque fuera medio cerebro podrías haber entendido lo que significaban tus sueños y ahora no estaríamos metidos en este maldito lío.

Tormenta bajó las manos y sacudió la cabeza en dirección a Kalyth.

—Mírala —murmuró.

—¿Qué quieres que mire?

—Me recuerda a mi madre.

Las manos de Gesler se sacudieron y se transformaron en puños.

—No empieces, Tormenta…

—No puedo evitarlo. De verdad que se parece.

—No, no se parece. Tu madre era pelirroja.

—Eso es irrelevante. Son los ojos, ¿no lo ves? Tú deberías saberlo, Ges, bien que te encamaste con ella varias veces…

—Eso fue un accidente.

—¿Un qué?

—Quiero decir, ¿cómo iba yo a saber que le gustaba seducir a tus amigos?

—No le gustaba eso. Solo le gustaba seducirte a ti.

—Pero tú dijiste…

—¡Era mentira! ¡Solo intentaba que te sintieras mejor! No, a la mierda, en realidad lo que intentaba es que te sintieras como un don nadie. Ya tienes la cabeza llena de pájaros sin ayuda. Pero da igual, eso ya no importa, ¿verdad? Olvídalo. Ya te perdoné, ¿te acuerdas?

—Estabas borracho, y acabábamos de caernos en medio de un callejón en plena pelea, intentando matarnos el uno al otro.

—Y entonces fue cuando te perdoné. Te he dicho que lo olvides.

—¡Ojalá pudiera! Pero ahora vas y dices que esta te recuerda a…

—¡Es que me recuerda!

—¡Ya sé que te recuerda! ¡Y ahora, cierra la puta boca! No podemos… no somos…

—Sí, sí que somos. Sabes que sí, Ges. No te gusta un pelo, pero sabes que es cierto. Nos han liberado. El destino tiene algo reservado para nosotros. Aquí. Ahora. Ella es una destriant, y tú eres el yunque del escudo y yo el espada mortal.

—Al revés —ladró Gesler—. El espada mortal soy yo.

—Bien. Me alegro de que lo hayamos aclarado. Ahora, haz que nos cocine algo.

—Claro, porque eso es lo que hacen las destriants, ¿verdad? ¿Cocinar para nosotros?

—¡Tengo hambre y no veo comida!

—Pues pregúntale. Pero con educación. —Tormenta miró a Kalyth—. En lengua comerciante.

En lugar de hablar, Tormenta se apuntó a la boca y se palmeó el estómago.

Kalyth dijo:

—Comer.

—Hambre, sí.

—Comida —dijo ella. Asintió y señaló a un pequeño bolso de cuero que había en un aparte.

Gesler se rio.

Entonces Kalyth se puso en pie.

—Vienen.

—¿Quién viene? —preguntó Gesler.

—K’chain che’malle. Ejército. Guerra… pronto.

En ese momento, Gesler notó el temblor del suelo. Tormenta también lo notó. Ambos se giraron al unísono hacia el norte.

Por la entrepierna bendita de Fener.

Capítulo 23

Soy el rostro que no posees
aunque excaves un nicho para ti
escondido en la multitud
mías son las facciones que no viste
cuando introdujiste tus finos días
en la punta de la brizna de esta noche
mi legión es lo inesperado
un bosque que se convierte en mástiles
un hermano con malas noticias
escondido en la multitud

Heraldo
Pescador

Había tenido un tío, un príncipe en el más alto escalafón, aunque por desgracia en la escalera equivocada. Había intentado dar un golpe, y solo entonces descubrió que sus agentes eran los agentes de otro. ¿Fue semejante arrogancia lo que lo llevó a la muerte? ¿Cuál fue la decisión que lo volvió todo inevitable? La reina Abrastal pensaba a menudo en el destino de aquel hombre. Lo más curioso era que se las había arreglado para escapar de la ciudad, y de hecho llegó hasta la frontera este. Sin embargo, en la última jornada de su huida, un granjero se despertó a causa del terrible reúma que atrofiaba sus piernas. Un hombre de cincuenta y siete años, que durante treinta y muchos no había hecho más que llevar su cosecha y la de su familia hasta la aldea a legua y media de distancia, cada verano y cada otoño. Lo había hecho tirando de su carromato de dos ruedas.

Aquella mañana debió de despertarse envuelto en el miasma turgente de su propia mortalidad, desgastado, agotado. Y al estudiar las nieblas que coronaban las colinas

bajas y los claros al borde de sus campos, un silencio debió de anidar entre sus manos, en su corazón. Todo prosigue. Lo que en su día se hizo con esfuerzo acababa convirtiéndose en una tortura, aunque la mente seguía lúcida, atrapada en un cuerpo en franca decadencia. A pesar de que la mañana prometía un día agradable, la fría oscuridad de la noche seguía atrapada dentro de él.

Tenía tres hijos, pero todos habían sido llamados a filas, quién sabía dónde estarían luchando ahora. Había rumores de un alzamiento; poco sabía aquel anciano de todas aquellas cosas, y menos aún le importaban. Excepto por el hecho de que sus hijos no estaban con él. Con movimientos agónicos, entumecido por el dolor, había atado la mula a un desvencijado carromato de plataforma. Podría haber elegido la carreta, pero su única mula lo bastante joven o despierta tenía el cuerpo extrañamente alargado, demasiado para el yugo de la carreta.

Se le fue la mañana en preparar la plataforma y prepararse, incluso con la ayuda de su esposa medio ciega. Cuando azuzó a la bestia para que echase a andar camino abajo, las nieblas se habían disipado y el sol abrasaba en lo alto. El camino empedrado que llevaba hasta la calzada más amplia era más adecuado para la carreta que para aquel carromato, así que tenían que ir despacio. Para cuando se acercó al camino principal, ya tenía el sol en los ojos. Aquel día, en un montículo de piedras sobre un sembrado cerca del camino principal, acababa de estallar una guerra civil en una colmena. La colmena entera hervía de actividad momentos antes de que el granjero se acercase.

El anciano había oído cómo se aproximaba con rapidez un jinete. Se echó a un lado, aunque había espacio de sobra en el camino, que a fin de cuentas había sido construido para que lo atravesasen ejércitos desde y hacia la frontera. No le preocupaba demasiado el sonido de los cascos

acercándose. Sí, el jinete venía rápido. Probablemente era un mensajero de alguna guarnición que traía funestas noticias, como funestas solían ser todas las noticias, en opinión del granjero. Sintió un aleteo de preocupación por sus hijos, y entonces el enjambre de abejas irrumpió en el camino y formó una nube enloquecida alrededor de su mula.

La criatura entró en pánico y echó a correr con un berrido. La fuerza surgida del terror hizo que el anciano saliera despedido hacia atrás y perdiese el agarre de las riendas. El carromato saltó bajo sus posaderas y se inclinó hacia un lado. El anciano cayó y dio contra el suelo en medio de una nube de polvo y abejas rabiosas.

En aquel preciso momento llegó el jinete sobre el tercer caballo que montaba desde que había abandonado la ciudad. Su habilidad y su instinto le permitieron esquivar a la mula y al carro, pero la súbita aparición del granjero, justo en el camino del caballo, sucedió tan rápida e inesperadamente que ni él ni su montura tuvieron tiempo de reaccionar. Las patas delanteras impactaron contra el granjero, le rompieron la columna y chocaron contra la cabeza del hombre con una terrible fuerza. El caballo tropezó y cayó de pecho. El jinete resultó catapultado hacia delante.

Un poco antes aquel día, su tío se había quitado el yelmo, pues el calor era abrasador, y aunque podía debatirse si el resultado habría sido diferente de haberlo llevado puesto, Abrastal sospechaba, o más bien prefería creer, que si lo hubiera tenido en la cabeza, habría acabado sobreviviendo a aquella fatídica caída.

Sin embargo, no lo llevaba, y el cuello se le partió en dos.

Había estudiado aquellos sucesos con una obsesión rayana en el fanatismo. Había enviado a sus agentes a aquella remota región del reino. Se habían entrevistado con hijos y familiares y, de hecho, con el propio granjero, que por

milagro había sobrevivido al impacto, aunque había terminado postrado debido a la caída. Todo en un intento de comprender con precisión cuál había sido la secuencia de acontecimientos.

En realidad, poco le había importado el destino de su tío. El pobre desgraciado había sido un necio. No, lo que la fascinaba y de hecho la obsesionaba era la convergencia de tantos sucesos aleatorios que habían acabado con la vida de un hombre como si de una conspiración se tratase. De aquel ejemplo, Abrastal había dilucidado que semejantes patrones se repetían por todas partes, y que un razonamiento similar podía ser armado en virtualmente cada muerte accidental.

La gente solía hablar de mala suerte. Desgracia. Hablaban de espíritus rebeldes y dioses vengativos. Y algunos mencionaban incluso la mayor y más terrible de las verdades, que el mundo y la vida sobre él no era más que una ciega concatenación de sucesos aleatorios. Causa y efecto no conseguían en absoluto contener en un sentido racional la absurdez de la vida, ante la cual incluso los dioses quedaban desamparados.

Algunas verdades pervivían como fantasmas, pero mucho más frías y crueles. Algunas verdades tomaban forma en una boca abierta de puro horror.

Cuando salió a trompicones de su tienda, sus guardias y asistentes se abalanzaron sobre ella. No había tiempo para contemplaciones, no había tiempo para pensamientos y obsesiones pasadas. Nada había más que el momento en sí mismo, rojo como sangre en los ojos, ensordecedor como un aullido atrapado dentro de su cabeza.

Su hija la había encontrado. Felash, perdida en medio de una tormenta salvaje en medio del mar, había hecho un trato con un dios para que abriese un camino entre los ecos de los gritos de los marineros ahogados, débiles y vacíos ante el chillido de los vientos. Un camino ancestral,

espantoso, brutal como una violación. Entre las lágrimas que anegaban los ojos de Abrastal se formó el rostro de su decimocuarta hija, como si surgiese de las profundidades más insondables. Abrastal sintió el sabor del mar salado en su boca, experimentó el frío insensible de su hambre inmortal.

Madre. Recuerda la historia de tu tío. El carromato se arrastra, la cabeza de la mula desciende. Truenos en la distancia. Recuerda la historia tal y como me la contaste, como la vives cada día que pasa. Madre, ese camino principal son las Tierras Yermas. Y puedo oír cómo se acerca el enjambre... ¡puedo oírlo!

Los dioses ancestrales eran oráculos beligerantes y a la vez reticentes. Ante semejante poder, ningún mortal se atrevería a hablar libremente. La claridad quedaba desafiada, negada la precisión. Solo palabras retorcidas e imágenes podían surgir. Solo el engaño se revelaba verdadero.

Pero Felash era lista, la más lista de todas sus queridas hijas. Así que Abrastal comprendió. Comprendió la advertencia.

El momento pasó, pero el dolor del asalto permaneció. Llorando lágrimas nebulosas de sangre, se abrió paso a empujones entre sus aterrorizados sirvientes y guardias, salió a trompicones, desnuda de cintura para arriba, con la feroz melena empapada de sudor. En su cuerpo ya aparecía un cerco de sal, y apestaba como lo hacen los cuerpos que se rescatan del fondo del mar.

Alzó los brazos para mantener a todos a raya. Se irguió entre jadeos, con la cabeza colgando, intentando por todos los medios posibles recuperar el aliento. Se las arregló para decir:

—Spax. Traedme a Spax. Ahora.

Los guerreros gilk se reunieron en grupos y empezaron a comprobar sus armas y equipo. El caudillo Spax los observaba mientras se rascaba la barba. La amarga cerveza del barril de la noche anterior se arremolinaba ominosamente en su estómago. O quizá tenía que ver con el muslo de cabra que se había comido, o con aquel trozo de chocolate amargo del tamaño de un adoquín, cosa que nunca había probado antes de llegar a Bolkando, aunque si los dioses cagaban, debía de ser chocolate.

Vio al mensajero de Pelofuego mucho antes de que llegase hasta él. Era uno de aquellos flacuchos ratoncillos de la corte, con el rostro congestionado por el esfuerzo, el temblor de su labio inferior visible desde varios pasos de distancia. Sus propios exploradores ya le habían informado de que no estaban a más de un día de los Cazahuesos; llevaban muy buen ritmo, aunque casi habían arruinado a los comerciantes de Saphinand en el proceso. Por más baladronadas que lanzase, Spax tenía que admitir que aquellos lágrimas quemadas khundryl y los perecederos eran duros como la lengua de un comedor de cactus. Casi tan duros como sus propios barghastianos. La opinión generalizada era que los ejércitos con carromatos eran bestias lentas incluso en terreno plano, pero estaba claro que ni Hiel de los lágrimas quemadas ni Krughava de los perecederos compartían dicha opinión.

Echó un vistazo a sus propios guerreros otra vez, antes de que el mensajero llegase. Vio que empezaban a mostrar signos de fatiga, aunque no tanto como para que Spax se preocupase, por supuesto. A fin de cuentas, solo faltaba un día más, y luego Abrastal podría tener su parlamento con los malazanos y luego todos podrían darse media vuelta y enfilar hacia casa a un ritmo mucho más razonable.

—¡Caudillo!

—¿Qué mosca le ha picado ahora? —preguntó Spax, siempre contento de chinchar un poco a aquellos petimetres, pero en aquella ocasión el mensajero no reaccionó con la sorpresa esperada por su exceso de familiaridad. De hecho, siguió hablando como si ni siquiera hubiera oído a Spax.

—La reina requiere vuestra presencia. Inmediatamente.

Normalmente, incluso aquella orden le habría sacado uno o dos comentarios sarcásticos, pero a Spax no se le escapó el miedo del mensajero.

—Está bien, llévame —replicó con un gruñido.

Ahora con la armadura puesta, la reina Abrastal no estaba de humor para chácharas. Además, ya le había contado lo bastante al caudillo gilk como para dejarlo en silencio. Ahora ambos cabalgaban hacia el campamento de los perecederos. La luz de la mañana afilaba los detalles del paisaje escarpado de las montañas al este. El polvo flotaba sobre los burdos caminos que llevaban hasta el borde de Saphinand. De los campamentos ya brotaban filas de carruajes y carromatos, con lechos vacíos excepto por arcones de monedas, guardias mercantes y prostitutas. Volverían a esperar a la legión Puaeterna, estaba segura de ello.

Puede que se cansen de esperar.

Había hecho a Spax partícipe del mensaje, y se había dado cuenta sin demasiada sorpresa de cómo fruncía el ceño. Los barghastianos no solían albergar duda alguna acerca de semejantes cosas. Spax había comentado incluso que sus brujos y brujas llevaban tiempo quejándose de debilidad y hasta ceguera, como si los dioses barghastianos

les hubieran dado la espalda, o no tuvieran la fuerza suficiente para manifestarse en las Tierras Yermas.

Se estaban preparando los caballos. Spax le habló de su creencia en la convergencia. La reina se sorprendió de ver que detrás de aquel rostro pintado de blanco y aquella armadura de conchas de tortuga, aquel bárbaro conocía el mundo más allá de su tribu y su propio pueblo. La idea de que el poder atraía al poder, sin embargo, ni siquiera se acercaba a lo que Abrastal sentía que estaba sucediendo.

—Dices que tales fuerzas están destinadas a reunirse, Spax, pero… esto es diferentes.

—¿Qué queréis decir, Majestad?

—¿Es el azar el arma del destino? Imagino que podría decirse que sí, pero lo que se acerca a nosotros, Spax, es algo mucho más cruel. Aleatorio, impredecible. De hecho, incluso estúpido. Es la maldición de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Spax meditó sobre aquello por un momento, y finalmente dijo:

—¿Preferirías que se dieran la vuelta? Pelofuego, esta tal Krughava es sólida como una montaña. Su camino es el río que emana de su corona derretida. Si intentáis convencerla, me temo que fracasaréis.

—Lo sé, Spax, lo cual me obliga a tomar una decisión aún más funesta, ¿verdad?

Pero él no estaba muy convencido de ello. Ella lo sabía, aunque él no dijo nada, y ahora ya les habían traído los caballos. Montaron y espolearon a los animales en un rápido trote, que se convirtió en galope en cuanto dejaron atrás las estacas del campamento Puaeterna. La velocidad que llevaba no permitía conversación alguna, más que un par de palabras sucintas como mucho. Ninguno de ellos se molestó en intentar más.

Las estacas de los perecederos y su estandarte aparecieron ante Abrastal. Llegaron con rapidez al centro del campamento, galopando por el camino principal entre tiendas de oficiales. Abrastal y Spax se encontraron siendo objeto del creciente interés de los soldados que se apiñaban a ambos lados para verlos pasar. Había momentos, tensos y apelotonados, capaces de contagiar un escalofrío febril.

Poco después se detuvieron delate del cuartel general de los yelmos grises. La espada mortal Krughava y el yunque del escudo Tanakalian los esperaban de pie ante la tienda, ambos en armadura completa, como era costumbre entre ellos.

Abrastal fue la primera en saltar de su exhausta montura. El gilk la imitó un momento después.

Krughava saludó con una inclinación de cabeza.

—Reina, bienvenida seáis entre los perecederos…

—Olvidaos de formalidades y mierdas —la interrumpió Abrastal—. A la tienda, por favor.

Algo aleteó tras los ojos de la mujer, y luego hizo un gesto hacia la tienda tras ella.

—Quizá deberíamos convocar a Hiel —dijo Spax.

—Ya lo hemos hecho —replicó Tanakalian con media sonrisa de lo más inadecuada en aquel momento—. Debería llegar en cualquier momento.

Abrastal frunció el ceño ante el yunque del escudo. Pasó a su lado y lo dejó atrás junto a la espada mortal. Spax fue tras ella. Un momento más tarde, los cuatro se encontraban en la cámara principal de la tienda. Krughava despachó a sus asistentes con un gesto y envió a sus guardias a vigilar el perímetro exterior de la tienda.

La espada mortal se quitó los guanteletes y se encaró con Abrastal.

—Majestad, vos tenéis la palabra. ¿Hemos de esperar al caudillo Hiel antes de empezar?

—No. Es un hombre listo. No se perderá. Espada mortal, nos encontramos dentro de una tormenta que solo puede ser percibida desde el exterior. Por ahora nosotros no notamos nada, pues nos encontramos muy cerca de su corazón. —Echó una mirada al yunque del escudo y luego volvió a mirar a Krughava—. Vuestros sacerdotes y sacerdotisas se encuentran en dificultades, ¿o acaso lo negáis?

—No lo niego —replicó Krughava.

—Bien. Vuestros aliados están a poco más de un día de distancia.

—Medio día, si fuera necesario —dijo Krughava.

—Como digáis —Abrastal vaciló.

En ese momento, el caudillo Hiel llegó. Apartó las cortinas de la entrada y pasó. Tenía la respiración alterada, y el rostro cubierto de sudor.

—Pretendéis abandonarnos este mismo día —dijo Tanakalian, mirando a la reina.

Abrastal volvió a fruncir el ceño.

—Yo no he dicho tal cosa, yunque del escudo.

—Disculpad a mi hermano, majestad —dijo Krughava—. Suele precipitarse. ¿Contra qué queréis advertirnos?

—Habré de usar el término que Spax me ha proporcionado, uno que todos entenderéis al momento, o al menos eso creo. El término es «convergencia».

Algo se encendió en los ojos de Krughava, y Abrastal casi pudo ver cómo la mujer se envaraba, casi henchida para recibir aquel momento.

—Que así sea.

—¡Un momento! —dijo Tanakalian, con los ojos desorbitados—. Majestad, este no es el lugar adecuado. O, mejor dicho, debéis de estar equivocada. Ese momento aún está por llegar. De hecho, falta mucho para que llegue. No veo cómo podría…

—Ya basta —interrumpió Krughava con el rostro ensombrecido—. A menos, señor, que podáis hablar con un conocimiento que solo vos poseéis. En ese caso, bienvenida sea vuestra explicación.

—No, no comprendéis…

—Correcto.

El pánico parecía irse apoderando del yunque del escudo. Al mirar a Tanakalian, la inquietud de Abrastal no hizo más que acentuarse. ¿Qué estaba escondiendo aquel joven sacerdote soldado? Parecía que lo hubiese torcido de un golpe.

El yunque del escudo inspiró profundamente, y entonces dijo:

—Mi visión es tan clara como la de todos los demás, al menos aquí, en este lugar. Pero todo lo que presiento en cuanto a la inminente convergencia me dice que no habrá de tener lugar en las Tierras Yermas.

Krughava parecía estar ardiendo de ira; era la primera vez que Abrastal veía algo así en una espada mortal.

—Hermano Tanakalian, vos no sois el árbitro del destino, no importa cuánto abarque vuestra ambición. En este día, y en el asunto que nos ocupa, bien haríais en guardar silencio y no ser más que testigo. Carecemos de destriant, así que no podemos sino asumir que estamos ciegos ante el futuro. —Se volvió hacia Abrastal—. Los yelmos grises nos dirigiremos hacia los Cazahuesos. En este mismo día habremos de reunirnos con ellos. Puede ser que necesitemos su ayuda, o puede ser que ellos necesiten la nuestra. A fin de cuentas, encontrarse en el corazón de la tormenta es ser ciego a todos los peligros pero a salvo de ninguno de ellos.

Hiel abrió la boca por primera vez:

—Los khundryl serán la punta de lanza, espada mortal. Enviaremos a nuestros jinetes más rápidos los primeros, para que sean los primeros en avistar a nuestros aliados. Si se

hayan en peligro, las noticias habrán de volar de vuelta hacia nosotros con la mayor rapidez.

—Eso me place, y os lo agradezco, caudillo —dijo Krughava—. Majestad, gracias por vuestra advertencia…

—Nosotros también os acompañaremos.

Spax se volvió hacia ella con una expresión de sorpresa en el semblante.

La espada mortal, en cambio, asintió.

—La gloria que anida en vos, majestad, rechaza todo tipo de disfraz. Sin embargo, humildemente os sugiero que cambiéis de opinión, y que prestéis oídos a las objeciones que vuestro comandante gilk está tan ansioso por formular. Este no es vuestro destino, a fin de cuentas. Pertenece a los Cazahuesos, a los khundryl y a los yelmos grises perecederos.

—Los gilk —replicó Abrastal—, se encuentran bajo mi mando. Creo que habéis malinterpretado la expresión del caudillo Spax. Está sorprendido, así es, pero mientras él y sus barghastianos disfruten del pago que se les ha hecho, sujetos están a mi voluntad.

—Así es —dijo Spax—. Espada mortal, en verdad me habéis malinterpretado. Los gilk carecen de miedo. Somos el puño de los barghastianos rostros blancos.

—¿Y si ese puño se hunde en un nido de avispas? —preguntó Tanakalian.

Abrastal dio un respingo.

Spax mostró los dientes en una mueca.

—No somos niños que mueran de una picadura, yunque del escudo. Si sacudimos este nido de un puñetazo, preocupaos por vos mismo.

—Estáis cometiendo un error…

—¡Basta! —espetó Krughava—. Yunque del escudo, preparaos para recibir a todos los que caigan este día. Esa es vuestra tarea, vuestra responsabilidad. Si tanto apreciáis el

fulgor de la política, deberíais haberos quedado en las orillas del reino de los perecederos. Los que nos encontramos aquí rechazamos de plano semejantes jueguecitos. Hemos dejado nuestras casas, nuestro lugar de nacimiento. Hemos dejado a nuestras familias y a nuestros seres queridos. Atrás dejamos las intrigas y el engaño, y los bailes cortesanos de la muerte. ¿Suponéis que ahora es un buen momento para traer a colación semejante amargura? Marchaos, sire, acumulad fuerzas.

Con el rostro pálido, Tanakalian hizo una reverencia ante Abrastal, Spax y Gall, y se marchó.

—Majestad —dijo Krughava—. Mucho arriesgáis.

—Ya lo sé.

—¿Y sin embargo proseguiréis?

Ella asintió.

—Y sin embargo, proseguiré.

¡*Malditas mujeres! ¡Siempre son las mujeres*!

Detuvo su montura sobre una colina baja y escrutó el terreno en dirección sur. ¿Había polvo en el horizonte? Posiblemente. Besadónde se inclinó para calmar el dolor en la base de la columna. Le ardían las caderas, como si las hubieran sumergido en ácido. Apenas le quedaba agua, y el caballo bajo sus piernas estaba medio muerto.

Puta consejera. Lostara Yil. La puerca de mi hermana. ¡No es justo! No había estado muy convencida, pero ahora sí. Claro que encontraría a aquellos idiotas, a aquellos pomposos perecederos y aquellos khundryl capaces de llorar por una cazuela rota. Recitaría todas y cada una de las súplicas de ayuda posibles a Krughava, otra maldita mujer, y con eso habría terminado. *No voy a volver. He desertado, ¿no? Pienso cabalgar a través de todo el campamento y enfilar hacia Saphinand. Allí bien puedo perderme, está*

circundada de montañas. No me importa lo pobre que sea, pienso hacerlo.

¿Qué más esperaban de ella? ¿Una especie de regreso heroico a la cabeza de dos ejércitos? ¿Cabalgar al rescate, y salvarlos a todos en el último minuto ante las mismísimas puertas del Embozado? Ese tipo de bazofia era propia de Toba, o incluso de Masan Gilani, que ahora mismo debía de estar cabalgando hacia un aliado que igual ni siquiera existía. Sí, que aquella zorra norteña se quedase con la leyenda; a fin de cuentas, tenía todos los requisitos para ello.

Besadónde estaba hecha de un material más blando. Ni siquiera bronce, sino más bien cera. Y el mundo no hacía otra cosa más que calentarse. Le habían hecho el saludo cuando se alejó. Habían decidido poner toda su confianza en ella. *Y yo los voy a encontrar. Eso de ahí es una nube de polvo. Ahora lo veo. Puedo llegar hasta ellos, decir lo que tenga que decir. La consejera dice, oh espada mortal, que tamaña traición no es propia de los perecederos. Ni de los khundryl. Os solicita que os reunáis con ella*.

La consejera dice que la espada es para llevarla y blandirla, no para sentarse sobre ella. Es un arma, mas no es valor, no importa lo tieso que te sostenga. La consejera dice que hay un traidor entre vosotros, y que las palabras de ese traidor han de condenar a los Cazahuesos. La consejera dice que tenéis sangre en las manos, maldita zorra frígida.

Encuentra el modo de convencerlos, había dicho Toba. Emplea lo que tengas que emplear. Avergüénzalos, cágate en ellos, escúpeles. O vuélvete ladina y aviva los fuegos hasta que les ardan las botas. Ciégalos con el reflejo del brillante sol de sus propios egos. Suplica, jura, híncate de rodillas y chúpales todo lo que puedas hasta dejarlos secos. *Usa tus artimañas, Besadónde. Es lo que mejor se te da*.

Por los dioses, cómo los odiaba a todos. Esa mirada resabiada en sus ojos, la aceptación de todo lo que no era bueno en su interior. Claro que sabían que no iba a volver. Y no les importaba. Era prescindible, se la podía usar como una flecha y, una vez lanzada, darla por perdida, poco más que un objeto roto en el suelo.

Así que habría de ser una flecha rota. Bien. ¿Por qué no? Tampoco es que esperasen nada más de ella, ¿verdad?

Besadónde espoleó al caballo. Este se movió con reticencia.

—Ya no queda mucho —le dijo, mientras lo azuzaba hasta alcanzar un trote deslavazado—. ¿Ves aquellos jinetes? Son khundryl. Ya casi estamos ahí.

No necesito convencerles de nada. Ya vienen ellos solos Solo necesito darles un par de espolones nuevos a sus botas. Quién sabe, quizás es lo que le gusta a Krughava. Desde luego tienen pinta de eso.

Aquí estoy, cariño. Te traigo pinchos y látigos...

Rafala, la comandante de los jinetes rápidos vedith, fijó los ojos en aquella soldado solitaria que se acercaba a ellos. Se veía que era malazana, eso era seguro. Iba sobre un caballo exhausto. Sintió el gusto de la emoción, la prueba más que suficiente de que algo estaba sucediendo, otro mordisco de las mandíbulas de la historia, uno del que nadie podría liberarse. Hiel la había mandado a la avanzadilla, a cabalgar tan rápido como fuera posible. A encontrar a los Cazahuesos. Cabalgar hasta sus tropas y hablar con la consejera. Decirle que esperase, o al menos que virase la marcha hacia el sur.

Los dioses terribles se estaban reuniendo, podía verlo en aquellas altas nubes que se arremolinaban al sudoeste, soltando su carga sobre las montañas. Los ejércitos debían

unirse como si fueran uno solo para enfrentarse a esos dioses. ¡Qué formidable momento les aguardaba! La consejera Tavore, comandante de los Cazahuesos; Hiel, el caudillo de los lágrimas quemadas khundryl; Krughava, espada mortal de los lobos; y Abrastal, reina bolkando y comandante de la legión Puaeterna. *Oh, y los gilk, por supuesto. Aquellos barghastianos saben cómo plantar batalla, ¿eh? No habré de temblar si los tengo a mi lado, de eso estoy segura*.

¿Qué era lo que los buscaba en las Tierras Yermas? Debía de ser alguna patética tribu, sin duda. No había mucho más que pudiera sobrevivir aquí; ningún imperio ni reino secreto, eso por descontado. Aquella tierra estaba muerta, a fin de cuentas. En fin, no tendrían más remedio que aplastar a aquellos necios, fueran quienes fueran, y luego continuar la marcha en pos del destino que la consejera sabía que les aguardaba en la lejana Kolanse. Rafala solo esperaba tener la oportunidad de bañar su espada en un poco de sangre.

La soldado malazana aminoraba a su cansada montura, como si se conformase con que los jinetes khundryl hicieran todo el trabajo. No había problema. La dalhonesiana no parecía muy cómoda sobre la silla de montar. Durante décadas, los malazanos habían demostrado una gran inteligencia a la hora de construir sus ejércitos. Usaban tribus de jinetes para la caballería, montañeses como exploradores y vanguardia, y granjeros para la infantería. Los habitantes de las ciudades eran zapadores y los costeros eran marineros y soldados navales. Pero últimamente las cosas se habían embrollado. Los dalhonesianos no tenían la menor destreza a caballo.

No importa. Me acuerdo de los wickanos. Me había llevado algo menos de un mes sangrando, pero los vi. Nos pusieron a todos en nuestro lugar.

Y ahora nos toca a los khundryl hacer lo mismo.

Hizo un gesto para que los jinetes a su espalda se detuvieran y continuó sola hasta detenerse frente a la malazana.

—Soy Rafala…

—Me alegro por ti —respondió la mujer—. Tú llévame con Hiel y Krughava. Y dame un caballo más rápido, este está acabado.

—¿A cuántos días estáis? —preguntó Rafala, mientras uno de sus cabos se encargaba de cambiar monturas.

La malazana saltó de su caballo con cierta dificultad.

—¿Quiénes? Ah, no muy lejos, creo. Me perdí en algún momento de la primera noche, aunque veía montañas a mi derecha. Resultó que eran nubes. Llevo dos días cabalgando al sur y al oeste. ¿Le falta mucho a ese idiota?

Rafala frunció el ceño.

—Ese idiota te va a dar su mejor caballo de batalla, soldado.

—Pues no pienso pagarle. —La mujer hizo un gesto de dolor y se retrepó en la silla—. Dioses, ¿no podíais almohadillar mejor estas cosas? Parece que estoy sentada sobre un montón de huesos.

—No es culpa mía —espetó Rafala—, que hayas dejado que tus músculos se vuelvan débiles. Cabalguemos, soldado.

Ya veremos si eres capaz de mantenerte a mi altura.

A sus jinetes les dijo:

—Vosotros proseguid. Yo la escoltaré y luego volveré con vosotros.

Las dos mujeres cabalgaron. Los jinetes rápidos continuaron hacia el norte; Rafala y la malazana enfilaron hacia el sur. Y, a cada vez más distancia de ellas dos, el cabo las siguió en aquel caballo exhausto.

Bueno, pensó Besadónde cuando Rafala y ella se aproximaron a la vanguardia, *esto va a ser fácil*. Un bosque de estandartes delimitaba la presencia de lo que un viejo chiste de Isla Malaz denominaría una «bronca» de comandantes. Allí Besadónde podría decir lo que había venido a decir y acabar con todo aquello.

Para ella era obvio que a todos los aguardaba el mayor de los desastres. *Aquí hay demasiadas mujeres empuñando la sartén.* Ella siempre había preferido a los hombres que a las mujeres. Como amigos, como amantes y como oficiales. A los hombres les gustaban las cosas sencillas. Nada de sensibilidades exageradas y absurdas, nada de reaccionar a cada maldita expresión, o mirada, o gesto. Nada de enfadarse por cualquier comentario dicho de pasada. Y, sobre todo, nada de malignas puñaladas en la espalda y copas envenenadas ofrecidas con una sonrisa. No, ella ya había aprendido todas las lecciones asquerosas que se podían aprender de su sexo; había visto suficientes ojos arrastrándose por su cuerpo, juzgando sus ropas, su corte de pelo, el hombre a su lado. Había visto a mujeres despedazar a otras cuando aquellas no miraban, con los ojos como espadas, tajo, corte, tajo. ¿Y no era menos cierto, más allá de toda duda, que las mujeres que preferían la compañía de hombres eran las más odiadas de todas?

Allí había demasiados comandantes con tetas. *Fíjate en Hiel; debajo de esas orejas tatuadas seguro que se siente bajo asedio. Y el barghastiano, no me extraña que esconda el rostro bajo toda esa capa de pintura*.

—Ya puedes irte, Rafala —dijo Besadónde—. No me perderé.

—Necesito tu caballo, malazana.

—¿Y se supone que tengo que seguir a pie?

La joven khundryl pareció sorprendida.

—¿Ir a pie adónde?

Atravesaron la línea dispersa de exploradores y se detuvieron ante la vanguardia. Los comandantes a caballo no acusaron su llegada en absoluto; siguieron al trote vivo. Rafala y Besadónde tuvieron que girarse y ponerse a su altura. Aquella actitud molestó sobremanera a Besadónde. ¿Cuándo era la última vez que siquiera se habían visto las caras?

Rafala dijo:

—Caudillo Hiel, te traigo una mensajera malazana —y entonces le dijo a Besadónde—. Voy a buscarte otro caballo.

—Estupendo. No tardes.

Rafala le lanzó una mirada hueca. Viró el caballo y se encaminó hacia la retaguardia.

La primera en dirigirse a ella fue una mujer pelirroja que Besadónde no había visto antes. Lo hizo en lengua comerciante:

—Malazana, ¿dónde está tu gente?

—¿Mi gente?

—Tus compañeros soldados.

—No muy lejos, creo. Si seguís a este paso, deberíais alcanzarlos hoy.

—Marinera —dijo Krughava—. ¿Qué noticias nos traes?

Besadónde miró alrededor. Se fijó en los numerosos oficiales y seguidores que rodeaban a los comandantes.

—¿Podemos tener un poco más de intimidad, espada mortal? O sea, con vos y el caudillo Hiel…

—La reina Abrastal de Bolkando y el caudillo Spax de los rostros blancos gilk han unido fuerzas con nosotros, soldado. Dicho lo cual, no me importa ordenar a nuestro personal que se aleje un poco. —Se volvió hacia la reina—. ¿Os parece aceptable, majestad?

Un cierto disgusto asomó a las facciones de Abrastal.

—Por supuesto, son un engorro mayor que un enjambre de moscas. ¡Largaos! ¡Todos!

Veintitantos jinetes se desgajaron de la vanguardia y dejaron solos a Krughava, Tanakalian, Hiel, la reina y Spax.

—¿Mejor así? —preguntó Krughava.

Besadónde inspiró hondo. Se sentía demasiado cansada para tener que hacer aquello ahora.

—Entre los videntes que sirven a la consejera… Espada mortal, no hay otro modo de decir esto: se estimó que existía una amenaza muy real de traición. Me han enviado para confirmar la alianza.

La espada mortal se puso muy pálida. Besadónde captó que la reina extranjera lanzaba una mirada afilada al yunque del escudo, Tanakalian.

¿Qué? Joder, saben más que yo misma de este asunto. Parece que la amenaza de verdad es real. Hermana, tienes ojos que ven lo que otros no atisban. No es de extrañar que yo siempre esté huyendo de ti.

El caudillo Hiel fue el primero en responder:

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Besadónde. Décimo escuadrón, tercera compañía, octava legión.

—Besadónde. Por todos los espíritus del Abismo, la habilidad que tenéis los malazanos para convertir un nombre en una invitación nunca dejará de deleitarme. Permíteme que responda a los temores de la consejera como solo pueden hacerlo los khundryl. Habremos de continuar adelante y cabalgar con la mayor premura, y así reunirnos con los Cazahuesos lo antes posible.

—Señora —dijo Krughava—, no habrá traición por parte de los perecederos. Contempla el paso al que marchamos. Somos conscientes del inminente peligro, y por ellos nos estamos apresurando para alcanzar al ejército de la consejera. Por suerte para todos, la reina bolkando con su

legión Puaeterna y sus gilk ha jurado préstanos toda la ayuda que necesitemos. Dime, ¿acaso están siendo atacados los Cazahuesos? ¿Qué enemigo ha aparecido en las Tierras Yermas que tan urgentemente los asedia?

¿Y ahora me lo preguntas?

—Hasta hace dos días, espada mortal, nuestro único enemigo era las nubes de moscas y sus picaduras —replicó Besadónde.

—Y sin embargo te han enviado a buscarnos —observó Krughava.

—Así fue.

—Por lo tanto —prosiguió la espada mortal—, más allá de una posible traición, debe de existir el temor de un gran peligro que justifique semejante urgencia.

Besadónde se encogió de hombros.

—Poco más hay que pueda deciros, espada mortal.

—¿Habéis cabalgado todo este trecho solo para confirmar que seguimos aquí?

Besadónde desvió la mirada por un momento ante la pregunta de Hiel.

—Así es, y entiendo que os resulte extraño a todos vosotros. No tengo respuesta. Se estimó que la alianza estaba en peligro, y eso es todo lo que sé al respecto.

Ninguno de ellos pareció satisfecho. *Peor para vosotros. ¿Qué queréis que diga? Mi hermana tenía un mal presentimiento, Vin no dejaba de vomitar y el único sacerdote supremo que acompaña a Tavore lleva borracho desde Letheras. Y sí, las picaduras de esas moscas son un engorro*.

Rafala regresó tirando de una montura ensillada, una yegua baya de mirada bovina. Llevó al animal hasta el costado de Besadónde.

—Súbete si puedes.

Besadónde frunció el ceño, sacó las botas de los estribos y echó la pierna derecha hacia arriba. Rafala tironeó de la yegua hacia delante y la malazana metió el pie en el estribo, se aupó, agarró el pomo de la silla de montar hecha en Siete Ciudades, y se dejó caer en la ancha espalda del animal.

El cambio de una montura a otra fue de lo más fluido, y los labios de Rafala se estiraron, como si la misma idea de hacer un cumplido le diera náuseas. Se bajó de su propia montura para coger el caballo de guerra que había montado Besadónde. Agarró las riendas. Un momento después se lo llevaba con ella.

Besadónde vio la mueca que le dedicaba Hiel.

—Se me ocurre el lugar perfecto para ti —dijo.

Los barghastianos soltaron una risotada.

—Cabalga con los khundryl, pues —le dijo Krughava—. Llévalos hasta los Cazahuesos.

Por los dioses del Abismo. ¿Cómo podía librarse de aquello?

—Me temo que no haría más que retrasarlos, espada mortal. Puede que esta montura esté fresca, pero yo por desgracia no lo estoy.

—¿Nunca has dormido entre dos caballos? —preguntó Hiel.

—¿Perdón?

—Una hamaca colgada, Besadónde, con postes de tienda de campaña para mantener a las bestias a la distancia justa. Así es como llevamos a los heridos cuando estamos en movimiento.

Todas las mujeres presentes le clavaban la mirada. Todas lo sabían, veían lo que aquellos hombres no eran capaces de ver. *Estáis enseñando vuestros afilados dientecitos, ¿verdad? Os encanta verme atrapada*. A Hiel le dijo:

—Si llego a necesitar algo así, caudillo, os lo haré saber.

—Muy bien —replicó el guerrero—. Entonces, cabalguemos hasta mis lágrimas quemadas. Majestad, espada mortal, la próxima vez que nos encontremos habrá de ser en la tienda de campaña de la consejera. Hasta entonces, cabalgad seguras y que el polvo que levantéis ciegue a los dioses.

Besadónde echó a cabalgar con el caudillo. Ambos enfilaron hacia el este y se retrasaron hasta el lugar donde la masa principal de los guerreros jinetes cabalgaba en formaciones disipadas. Una vez lejos de la vanguardia, Hiel dijo:

—Mis disculpas, soldado. Veo que te has deshecho de tu uniforme, y que lo último que se te ocurriría hacer es volver allá de donde viniste. Sin embargo, la espada mortal es una mujer testaruda. Ni uno solo de los yelmos grises perecederos ha desertado jamás, y si se le llega a ocurrir hacerlo, dudo de que llegasen a vivir mucho. De buen grado habría actuado en nombre de la consejera, sin importar las consecuencias. En todo ejército imaginable, y estoy seguro de que los Cazahuesos no son una excepción, la deserción acarrea pena de muerte.

Desde luego no es tan estúpido.

—Me ordenaron que no delatase mi procedencia mientras cabalgase sola, caudillo, así que no llevé nada que pudiese asemejarse a un uniforme.

—Ah, ya veo. Entonces he de disculparme por segunda vez, Besadónde.

Ella se encogió de hombros.

—Mi hermana está en ese ejército, caudillo. ¿Cómo podría no querer volver tan rápido como sea posible?

—Por supuesto. Ahora comprendo.

Cayó en algo parecido a un silencio amistoso. Se aproximaron a los lágrimas quemadas. Ella se preguntó si había conseguido engañar a Hiel. Es verdad que sencillo no

era necesariamente lo mismo que estúpido, a fin de cuentas. Había dado respuestas razonables, con solo un ápice de desafío. *Sí señor, un poco de dignidad antes del insulto, como decía mi madre, se convierte en el arma más mortífera*.

—Estará encantada de volver a veros, estoy seguro —Besadónde escrutó al caudillo con la mirada, pero no dijo nada.

Columnas de nubes se acumulaban en el horizonte al oeste. Masan Gilani sentía una brisa fresca contra su rostro. Se había detenido cada tres leguas o así para que su caballo reposase, pero incluso así el animal estaba exhausto. Sabía que aquel era el detalle que acababa con la mayoría de los desertores. La tropa que fuese tras ella iría cambiando de monturas, mientras que el necio que huía no tenía más que la bestia que cabalgaba.

Pero, por supuesto, nadie la perseguía, lo cual, extrañamente, no calmaba la sensación de culpa que la embargaba. Ella pertenecía por entero a su escuadrón, compartía las bocanadas del mismo polvo, maldecía a las mismas moscas zumbonas. Por eso, si las cosas se ponían tan mal como ya muchos anticipaban, quería estar allí, junto a sus amigos, para enfrentarse a lo que quiera que llegase. En lugar de eso, se encontraba allí, a la búsqueda de... ¿de qué? Por décima vez aquel día, echó mano del pequeño saquito que colgaba de su cinto para confirmar que seguía allí. Si lo perdía, sabía que toda aquella misión terminaría en desastre.

Probablemente así ha sido ya, de todos modos. No puedo encontrar lo que no puedo ver, con o sin saquito.

Veía la lluvia más adelante, y poco más, láminas verde-grisáceas que caían en la dirección que marcaba el viento,

una cortina que velaba la tierra entera. Más penurias para acabar desbordando aquel bote. *Todo esto es inútil. Voy en busca de fantasmas. ¿De fantasmas reales? Puede. Puede que no. Quizá solo los fantasmas que viven en la cabeza de la consejera, esas viejas brujas pellejas de alianzas perdidas y promesas olvidadas. Tavore, esperas demasiado. Siempre lo has hecho*.

La lluvia le escupía en el rostro y anegaba el suelo hasta que parecía que el polvo bailaba como un montón de hormigas enloquecidas. Había momentos en los que toda visibilidad más allá de doce pasos en cualquier dirección se desvanecía. Ahora sí que estaba ciega a lo que buscaba, mucho más que antes.

El mundo se burlaba de ella.

Inútil. Voy a volver...

Cinco figuras se plantaron ante ella, tan grises como la lluvia, tan apagadas como el polvo embarrado, tan repentinas como un sueño. Ella frenó a su montura, con una maldición en los labios, luchó para controlar a su caballo aterrado. La grava se desperdigó. El animal soltó un ronquido; los cascos golpeaban los canalillos y los charcos.

—Somos aquellos a quienes buscas.

No fue capaz de decir de dónde venía la voz. Agarró el saquito que contenía aquella tierra animada, regalo de la atri-ceda Aranoche. El repentino calor que despedía la hizo soltar un jadeo.

Eran cadáveres, todos y cada uno de ellos. T’lan imass. Vapuleados, rotos, les faltaban brazos, sus armas colgaban de manos aparentemente insensibles envueltas en piel renegrida. El pelo largo, de un rubio sucio o un rojizo parecido al óxido, se pegaba a sus rostros desecados, por los que corría el agua de lluvia como lágrimas eternas.

Con la respiración alterada, Masan Gilani los escrutó durante un tiempo, y entonces dijo:

—¿Solo sois cinco? ¿No hay más?

—Somos los que quedan.

Le pareció que el que hablaba era el que tenía más cerca, pero no estaba segura. La lluvia a su alrededor era un rugido, el lamento del viento sonaba como si estuviera atrapado en una enorme caverna.

—Debería haber… más —insistió ella—. Hubo una visión…

—Somos los que buscas.

—¿Os han invocado, pues?

—Así es —y el t'lan imass señaló al saquito en su cadera —. Thenik está incompleto.

—¿Cuál de vosotros es Thenik?

La criatura a la derecha del todo dio un paso al frente. Cada uno de sus huesos parecía estar hecho pedazos, le faltaban astillas y trozos. Bajo el yelmo, hecho con el cráneo de alguna bestia desconocida, se adivinaba la demencial red de grietas que cubría todo su rostro.

Masan toqueteó las ataduras del saquito hasta que consiguió desatarlo del cinto. Se lo lanzó. Thenik no hizo el menor movimiento para atraparlo. El saquito aterrizó a sus pies y se hundió en un charco.

—Thenik te da las gracias —dijo el que hablaba—. Yo soy Urugal, de los tejidos. Me acompañan Thenik, de los fragmentados, Beroke Suavevoz, Kahlb el Cazador silencioso y Halad el Gigante. Somos los no vinculados, y en su día fuimos siete. Ahora somos cinco. Pronto habremos de ser siete de nuevo, pues hay congéneres nuestros caídos en estas tierras. Algunos de ellos rechazan al enemigo. Algunos no seguirán a aquel que los guía a ninguna parte.

Masan Gilani frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Me he perdido, pero no importa. Me han enviado a buscaros. Ahora debemos volver con los Cazahuesos, mi ejército. Con ellos…

—Sí, en verdad ella es la cazadora de huesos —dijo Urugal—. Su caza pronto habrá terminado. Cabalga sobre tu animal; nosotros habremos de seguirte.

Ella se apartó el agua de los ojos.

—De verdad pensé que seríais más —murmuró. Agarró las riendas e hizo virar al caballo—. ¿Podréis seguirme? —preguntó por encima del hombro.

—Eres nuestro estandarte, mortal.

El ceño de Masan Gilani se frunció aún más. Había oído algo parecido… en alguna parte.

Cuatro leguas al noroeste, Onos Toolan se detuvo de pronto, por primera vez en días. Algo no muy lejano había sacudido sus sentidos, pero ahora se había desvanecido. *T'lan imass. Desconocidos*. Vaciló. Aquel impulso lejano y totalmente diferente volvió a él como una ola, insistente, desesperado. Conocía aquel sabor, lo llevaba paladeando desde hacía semanas. Aquello era lo que había buscado Toc el Joven, lo que le había pedido al primera espada.

Pero ya no era el amigo que Toc conoció en su día, del mismo modo que el propio Toc no era el amigo que Tool recordaba. El pasado podía estar a la vez vivo y muerto, pero el que había entre ellos solo estaba muerto.

Los invocados eran malazanos. Aquella era la alianza que se había forjado hacía mucho entre el emperador y los t'lan imass logros. En algún lugar al este aguardaba un ejército malazano. Se aproximaba el peligro, y los t'lan imass debían unirse a antiguos aliados. Así era el deber. Así era la tinta del honor, que se escribía con trazos tan profundos que podían manchar un alma inmortal.

Él había desafiado a ese mando. El deber estaba muerto. El honor era una mentira, no había más que ver lo que los senan le habían hecho a su mujer y a sus hijos. La

mortalidad era el reino del engaño, la sórdida estancia del horror que se escondía en la casa de los vivos, con muros encostrados y sucios, manchas oscuras en el suelo deforme. Las esquinas estaban cubiertas de polvo, polvo hecho de copos de piel y jirones de pelo, de uñas arrancadas y grumos de flema. Cada casa tenía una habitación secreta, en la que los recuerdos aullaban en el espeso silencio.

En su día, él había pertenecido a los logros. Pero ya no. Ahora solo tenía un deber, uno realmente carente de vida. Nada lo apartaría de él, ni los deseos de Toc el Joven ni las dementes aspiraciones de Olar Ethil. Oh, sí, Tool sabía que andaba cerca, demasiado lista como para ponerse a su alcance, a sabiendas de que la mataría, la destruiría por completo. Las exigencias y expectativas llovían sobre él como aquel chaparrón distante al sudoeste, pero todas resbalaban por él y no dejaban huella alguna.

Hubo un tiempo en el que Onos Toolan eligió ponerse del lado de los humanos mortales, en el que le dio la espalda a los suyos, y al hacerlo descubrió las maravillas de las emociones más tiernas, los sensuales placeres de la camaradería y la amistad. El regalo del humor y del amor. Y luego, por fin, había conseguido el renacer de su vida, de una vida auténtica.

El hombre que fue había cogido aquella vida, por razones que apenas había podido entender, quizás una oleada de empatía, el mayor de los costes de la humanidad que terminó pagando en la hoja que penetró en su pecho. Le falló la fuerza, se perdió en una dirección distinta a la que eligió su cuerpo flácido para caer. Contempló el mundo hasta que todo fue privado de color.

Le habían hecho cosas terribles a su cuerpo. La profanación era la herida que se destinaba a los muertos, y los vivos la llevaban a cabo con despreocupada arrogancia, pues ellos nunca yacerían inermes en el suelo. Nunca se

alzarían de su carne y huesos fríos para presenciar todo lo que se le había hecho a aquellos cuerpos que eran el único hogar que habían conocido. Ni siquiera se les ocurría que el alma podía sufrir una agonía fantasmal, sentir todo el cuerpo como una mano cercenada.

Su familia adoptiva lo había contemplado todo, petrificada. Habían tenido que decirse a sí mismas que el alma de Tool ya había abandonado aquella cosa desmembrada sobre las hierbas ensangrentadas, que la burla y la risa no podía alcanzar oídos invisibles.

¿Podrían haber imaginado siquiera que el amor era tan fuerte en el alma de Tool que había llegado a presenciar la sanguaza de su mujer, y las repetidas violaciones que siguieron? ¿Que, incapaz de encontrar a sus hijos, había tenido que encaminarse al inframundo, en busca de su amada Hetan, de su familia, para escapar finalmente de las crueles picas del reino mortal?

Y tú me rechazaste. Toc. Mi amigo. Me obligaste a regresar… a esto.

Ya no era aquel hombre. Ya no. Tampoco era ya el primera espada. No era un guerrero de los logros. No era ninguna de esas cosas.

Era un arma.

Onos Toolan reanudó la marcha. Aquella invocación no significaba nada. Al menos no para él, en absoluto. Además, dentro de poco dejaría de existir. Para siempre.

No había camino que los guiara a través de las Tierras Yermas, ningún camino que los llevase a su destino, fuera cual fuese aquel destino. Por lo tanto, las compañías marchaban en unidades disipadas de seis escuadrones. Cada compañía estaba separada de las demás, pero lo bastante cerca de sus propias legiones si surgía la necesidad

de agruparse. Los grupos de seis escuadrones estaban estructurados según su función: los marineros en el centro, luego las unidades mixtas de infantería pesada, y en el exterior la infantería regular media, más una última capa para la vanguardia.

La enorme columna de carromatos de suministros trazaba su propia ruta, cientos de carros tirados por bueyes y ruidosos rebaños de cabras, ovejas y rodaras que pronto empezarían a morir de hambre en aquella tierra sin vida. Los perros pastores correteaban arriba y abajo, y tras ellos, los jinetes encargados de manejar a las bestias se aseguraban de que ninguna descarriada esquivase a los perros, aunque ninguna llegaba a hacerlo.

Los flancos estaban ocupados por tropas de lanceros y jinetes arqueros que protegían los lados de la columna. Unidades de exploradores cabalgaban mucho más delante de la vanguardia mientras otros se dirigían al flanco sur y a la retaguardia, mas no al norte. Allí marchaban las legiones y brigadas bajo el mando de Brys Beddict. Sus columnas estaban dispuestas en una formación más reducida, complementadas por sus propios carros de suministros, casi tantos como los del ejército malazano. La caballería rosazul cabalgaba en amplia formación, sus exploradores se internaban en los eriales en un ciclo constante de jinetes y caballos.

Montado, el comandante Brys Beddict cabalgaba en el centro de su columna, cerca del frente. A su derecha, a una distancia de unos doscientos pasos, estaban los malazanos. A su izquierda cabalgaba Aranoche. Media docena de mensajeros iba y venía entre ellos. El calor era asfixiante, y las reservas de los carros de agua se iban vaciando a gran velocidad. Los rebaños letherii de myrids y rodaras se las podían arreglar en aquella tierra, mucho mejor que el ganado y las ovejas, pero incluso ellos tardarían poco en

empezar a pasarlo mal. Las comidas al principio de aquella travesía por las Tierras Yermas serían ricas en carne, Brys estuvo seguro de ello, pero eventualmente la situación cambiaría.

¿Qué les aguardaba más allá de aquel inhóspito trecho de tierra muerta? Por lo que había podido averiguar, y tenía que echar mano de rumores a falta de conocimiento directo, había un desierto de algún tipo, uno provisto sin embargo de caminos para caravanas. Más allá de él, las planicies del pueblo de los elan, posiblemente descendientes de los lezna. Las planicies Elan colindaban al este con los reinos y ciudades-estado de Kolanse y la confederación Pelasiar.

La mera idea de llevar un ejército a través de las Tierras Yermas primero y luego a través de un desierto se le antojaba a Brys una pura locura. Y sin embargo, por alguna razón, la misma imposibilidad de la gesta lo atraía de un modo perverso, y de haber estado en guerra con aquellos lejanos reinos, aquello habría supuesto una audaz invasión que a buen seguro alcanzaría el estatus de leyenda. Pero, por supuesto, hasta donde él sabía, ni había guerra ni motivo para ella. De Kolanse no llegaba más que un ominoso silencio. Puede que aquello sí que fuera una invasión después de todo, pero de ser así, no era una invasión justa. No había atrocidades por las que nadie tuviera que responder, ni una declaración de hostilidades por parte de un imperio al que oponerse. *No sabemos nada*.

¿Qué le sucede al alma de un o una soldado cuando sabe que está en el bando equivocado, que está de parte de los agresores, de los que traen salvajismo y violencia? La idea preocupaba a Brys, puesto que solo tenía respuestas lúgubres para aquella pregunta. *Algo se debe de romper por dentro. Algo aúlla. Algo sueña con el suicidio*. Y, como comandante, la culpa sería suya. Tan suya como de su hermano, Tehol, puesto que ellos eran los líderes, los que

estaban al mando, los que usaban las vidas de miles de personas como meras piezas en un tablero manchado.

Una cosa es llevar a los soldados a la guerra. Una cosa es enviarlos a guerrear. Pero me parece que es otra bien distinta llevarlos y enviarlos a una guerra que en sí misma es un crimen. ¿Tan indiferentes seremos al sufrimiento que infringiremos a nuestra propia gente, por no mencionar a víctimas inocentes en tierras desconocidas?

Los nombres de incontables dioses olvidados anidaban en su corazón. Muchos de ellos habían roto las almas de sus adoradores. Muchos otros habían quedado hechos pedazos por la locura mortal de guerras sin sentido, de matanzas y aniquilaciones absurdas. De los dos, los últimos habían sufrido un tormento de proporciones descorazonadoras. Al final, siempre había un juicio, siempre tenía que haberlo. No para con los caídos, no para con las víctimas, sino para con aquellos que orquestaron sus destinos.

Por supuesto, Brys no sabía si aquello era cierto. Sí, podía sentir el sufrimiento de aquellos dioses cuyos nombres tenía en su interior, pero quizás aquella angustia germinaba de su propio conocimiento, y aquella angustia no pertenecía más que a su propia alma, condenada a marchitarse en una jaula de empatía. Quizá no hacía más que aplicar a la fuerza su propio sentido del castigo justo en aquellos dioses muertos largo tiempo atrás. Si así era, ¿qué derecho tenía a hacer semejante cosa?

Qué pensamientos tan desasosegantes. Y sin embargo, allá que marchaban sus legiones. En busca de respuestas a preguntas que solo conocía la consejera. Aquello iba más allá de la confianza, más allá incluso que la fe. Aquello era locura compartida, y todos ellos estaban atrapados en aquel torbellino. Daba igual qué destino les aguardase.

Debería estar por encima de esto, ¿no? Yo les lidero, pero, ¿soy capaz de protegerlos? ¿Cómo hacerlo si no sé

qué es lo que nos espera?

—Comandante.

La voz lo sacó de sus oscuros pensamientos con un respingo. Se irguió en la silla de montar y miró a su atriceda.

—Mis disculpas. ¿Decíais?

Aranoche se secó el sudor de la cara extrañamente pálida, y vaciló.

—Creo que os ha dado un golpe de calor. Desmontad; yo me encargaré de que…

—No, sire.

—Atri-ceda…

Brys vio la oleada de terror y pánico que asomaba a su rostro.

—¡Estamos en el lugar equivocado! ¡Comandante Brys! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que… *estamos en el lugar equivocado*!

En ese momento, un trueno sacudió la tierra entera, un redoble que siguió y siguió…

¿Era una tormenta de arena u otro ejército? Keneb entrecerró los ojos para otear en medio de la claridad del día.

—Cabo.

—Señor.

—Cabalga hacia la vanguardia. Creo que tenemos a los khundryl y a los perecederos a la vista.

—¡Sí, señor!

El jinete se alejó al trote, y Keneb miró a su izquierda. Las tropas de Brys habían tomado una ligera ventaja; los malazanos no habían estado particularmente vivaces aquel día. La moral estaba baja, los ánimos, amargados, la disciplina se hacía pedazos. Aquella mañana se había

despertado con punzadas de ácido en el estómago, tan fuertes que se le llenaron los ojos de lágrimas. Ya había pasado lo peor, pero sabía que tenía que encontrar a un sanador competente lo antes posible.

Un viento repentino le sopló en la cara. Traía un olor amargo.

Vio a Blistig adelantarse a su legión y cabalgar derecho hacia él. ¿Qué pasaba ahora?

Con el corazón al galope, Banaschar avanzó a trompicones por el carromato cargado hasta los topes. Se sentía reseco por dentro, tan reseco como aquella tierra desastrada. Centró la vista en los bueyes que se afanaban en sus yugos, en sus colas cimbreantes, en los enjambres de moscas y el fino manto de polvo que cubría sus costados y caderas. Sus cascos repiqueteaban contra el duro suelo.

Oyó murmullos de entre las tropas que marchaban a pocos pasos a su derecha. Alzó la vista. El cielo había adoptado un color enfermizo. El viento lo abofeteó con un sabor a mugre que hizo que los ojos le llorasen.

Maldita tormenta de polvo. Va a tener que ordenar que nos detengamos. Tendrá que...

No, aquel color estaba mal. Con la boca seca como piedra, Banaschar sintió que la garganta se le cerraba, que el pecho le daba una punzada.

Oh, dioses, no. Ese viento es el aliento de una Senda. Es... oh, por la Sanguijuela del Otoño, no.

Se tambaleó. Las convulsiones se apoderaron de él. Medio ciego de dolor, cayó de rodillas.

El sargento Alborada dejó caer el petate y corrió a socorrer al sacerdote caído.

—¡Garrafones! ¡Trae a Bavedicto! ¡Este no tiene buen aspecto!

—Está borracho —espetó Mantequitas.

—No, no tiene aspecto de borracho, sino de algo peor. Garrafones…

—Ya voy.

Un trueno sacudió el suelo bajo sus pies. Se oyeron los lamentos de incontables animales. Algo pareció extenderse por la soldadesca, una suerte de inquietud, un instante de inseguridad que despertaba en ellos. Muchas voces se alzaron con preguntas para las que nadie tenía respuesta. La confusión aumentó todavía más.

Mantequitas se tambaleó hacia Alborada. Casi hizo que cayese sobre el sacerdote. Podía oír cómo murmuraba el anciano, vio su cabeza sacudirse como si le estuvieran dando bofetadas invisibles. Algo salpicó el dorso de la mano de Alborada, y al mirarla vio gotas de sangre.

—¡Por el empellón del Errante! ¿Quién lo ha apuñalado? No he visto nada…

—¿Lo han acuchillado? —preguntó Mantequitas.

—No sé… no entien… venga, ayúdame a darle la vuelta.

El trueno volvió a sonar. Los bueyes gimieron. Las ruedas se tambalearon de un lado a otro en medio de alarmantes crujidos. Alborada miró al cielo y no vio nada más que un velo dorado de polvo.

—Estamos en medio de una maldita tormenta. ¿Dónde está Bavedicto? Quitas, ve a buscarlo, ¿quieres?

—¡Pensaba que querías que te ayudase!

—Espera, ve a buscar a Seto. Trae al comandante. ¡Este tipo está sudando sangre por todos los poros! ¡Date prisa!

—Algo pasa —dijo Mantequitas, ahora de pie directamente sobre él.

El tono en que habló hizo que un escalofrío recorriera a Alborada hasta lo más hondo.

El capitán Ruthan Gudd inspiró una bocanada de aquel aire agrio, reprimiendo las náuseas, y el terror que lo recorría lo impulsó a echar mano de la espada.

Por las raíces de Azath, ¿qué ha sido eso? Pero no veía nada, el polvo había desplegado un toldo ocre sobre el cielo, y por todas partes los soldados chocaban unos con otros, como si de pronto hubieran perdido la orientación. Pero ante ellos no había nada, solo trechos vacíos de tierra. Con los dientes apretados, Ruthan Gudd espoleó a su inquieto caballo hacia delante. Se irguió apoyándose en los estribos. Tenía la espada en la mano. De su hoja blanca y extrañamente traslúcida surgía vapor; lo vio por el rabillo del ojo. ¡Por el puño del Embozado! Las madejas de hechicería que habían disfrazado el arma en capas enmarañadas de siglos de magia acababan de desaparecer. Un frío mortal le quemaba en la mano. *Está respondiendo... pero, ¿respondiendo a qué*?

Se apartó de la columna.

Una línea retorcida había aparecido sobre la cresta de unas colinas al sureste.

El trueno volvió a retumbar, cada vez más cerca. El hierro resplandecía como si estuviese constelado de esquirlas de diamantes, como dientes que mascaran las cumbres de aquellas colinas. Aquel movimiento de enjambre le hizo daño en los ojos.

Vio a jinetes que se desgajaban de la vanguardia. Banderas de parlamento ondeaban en lanzas alzadas. Soldados de a pie, más cercanos, lo contemplaban a él y a su espada; otros se tropezaban por la amarga estela de frío que dejaba a su paso. Las propias placas de cadera de su armadura, así como el costado y los cuartos traseros de su caballo, estaban cubiertos de escarcha.

Está respondiendo, como nunca antes ha respondido. Por los dioses del Abismo, semilla de los Azath... ese olor... oh, dioses, no...

—¡En formación! ¡Marineros, en formación! La primera línea a la cresta... ¡vanguardia! ¡Salid de ahí, retirada!

Violín no esperaba a nada en absoluto. No veía al capitán, pero tanto daba. Se sentía como si se hubiera tragado un centenar de abrojos. El aire hedía. Pasó junto a un confundido Koryk y a una Sonrisas con el rostro blanco, y atisbó al escuadrón justo delante del suyo.

—¡Bálsamo! ¡Oloramuerto! ¡Despertad vuestras sendas! ¡Contramano, tú también! ¿Dónde está Cuerda? ¡Traed a Ebron!

—¡Sargento!

Giró sobre sus talones y vio a Faradan Sort avanzar como podía con su caballo entre los confusos soldados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¡Eso de ahí es un ejército desconocido! Hemos mandado emisarios. Estás haciendo cundir el pánico entre los soldados...

Violín captó la mirada de Chapapote.

—Que se preparen para formar. Corre la voz lo más rápido que puedas, ¿me entiendes, Cabo?

—Sí, señor...

—¡Sargento!

Violín se abrió paso a empujones hasta la capitana, la agarró y la bajó de un tirón del caballo. Ella cayó, el equilibrio perdido, con una maldición. Cayó con todo su peso sobre Violín, que cayó a su vez, incapaz de soportarlo, con Sort encima. En su oído, le dijo.

—Bájate de ese puto caballo y mantente lejos de él. Esos emisarios ya están muertos, aunque no lo sepan. Tenemos que atacar, capitana, y tenemos que hacerlo ahora.

Ella se irguió, el rostro ensombrecido de pura ira, y entonces lo miró a los ojos. Lo que había en ellos era duro y afilado como una bofetada. Sort se echó a un lado y dijo:

—Que alguien se lleve a este caballo de aquí. ¿Dónde está nuestro señalador? Banderas arriba: preparaos para la batalla. Montad un anillo de defensa. En pie para atacar, municiones alrededor de la segunda trinchera... ¡poneos en marcha, malditos seáis!

La mayor parte de aquellos malditos soldados no hacía más que estorbar. Entre maldiciones y rugidos, Botella se abrió camino a empujones hasta uno de los carromatos de suministros. Se aupó al interior como pudo, ayudándose de la red de cuerdas que sujetaban las lonas hasta que estuvo en lo alto. Entonces se irguió.

Media docena de los emisarios de la consejera cabalgaba hacia aquel ejército lejano.

El cielo sobre aquellos desconocidos estaba preñado de... ¿eran pájaros? No. *Son rhinazan... y cosas aún más grandes. Más grandes... ¿enkar'al*? Una enfermiza sensación lo embargaba, tanto como para vaciar las tripas. Conocía aquel olor. Le había empapado el cerebro en el mismo momento en que atravesó la tienda destrozada. *Ese ejército no es humano. Consejera, tus emisarios*...

Algo surgió de una de las lejanas líneas de vanguardia del ejército con una velocidad cegadora. Trazó una línea deslavazada sobre el suelo hasta impactar directamente contra los emisarios a caballo. Sus cuerpos estallaron en llamas. Los caballos, envueltos en fuego, se tambalearon y terminaron cayendo entre nubes de ceniza.

Botella se quedó mirando la escena. *Por el puto Embozado*.

Toba corría tan rápido como podía entre las filas de soldados. Por fin iban a entrar en combate. Los carros de suministros, aquellos vagones apiñados como enormes bestias entre los jinetes arqueros y los lanceros, habían virado hacia el norte, lo cual obligó a las fuerzas letherii a dividirse casi en dos para permitir su retirada a través de sus tropas.

Aquello no iba bien. Toba veía cómo se desataba el caos entre los vagones que se internaban en el estrecho pasillo que habían abierto las tropas letherii. Las picas ondeaban y reculaban a ambos lados, la presión hacía que varias figuras tropezaran y cayeran.

Daba igual, no era problema suyo. Volvió a mirar hacia delante y vio la vanguardia. Vio a la consejera, a la capitana Yil, a los puños Blistig y Keneb y a un puñado de soldados de la guardia de honor y demás personal a caballo.

Tavore daba órdenes y los jinetes se alejaban hacia las diferentes unidades. No había mucho tiempo. Las colinas lejanas estaban atestadas con falanges en plena marcha, al menos una docena a la vista y probablemente más de camino. Cada formación se veía enorme. ¿Cinco mil? ¿Seis? Aquel tronar era la medida de sus zancadas, constantes, incesantes. El cielo tras ellos era del color de la bilis. Incontables criaturas aladas atravesaban la nube de polvo que levantaban.

Esos soldados. No son personas. No son ni siquiera humanos. Por los dioses del Abismo, son gigantescos.

Toba llegó hasta la vanguardia.

—¡Consejera!

El yelmo de Tavore se volvió de un latigazo.

—¡Consejera, tenemos que retirarnos! ¡Estamos cayendo en un error! ¡Esto no es…!

—Sargento —la voz de Tavore la cortó como el filo de una hoja—. No hay tiempo. Además, el camino más obvio de retirada está bloqueado por las legiones letherii.

—Enviadle un jinete a Brys…

—Ya lo hemos hecho, sargento.

—¡No son humanos!

Unos ojos vacíos la contemplaron.

—No, no lo son. Son k’chain…

—¡No vienen a por nosotros! ¡*Solo estamos en medio de su puto camino*!

Sin acusar la menor expresión, la consejera dijo:

—Es evidente que tienen intención de entrar en combate con nosotros, sargento.

Toba se giró de improviso hacia Keneb.

—¡Por favor, puño! Tenéis que explicar…

—Toba —dijo Tavore—. Son k’chain nah’ruk.

El rostro de Keneb había adoptado el tono de aquel cielo enfermizo.

—Vuelva a su escuadrón, sargento.

Ben el Rápido estaba de pie, envuelto en su manto de cuero, a treinta pasos de la vanguardia malazana. Se encontraba solo. A trescientos pasos a su espalda, las compañías letherii giraban para adoptar una formación defensiva envolvente a lo largo del borde por el que la columna había estado marchando. Habían unido sus carros de suministros a los de los Cazahuesos, y ahora parecía que una ciudad entera viraba hacia el norte en una desesperada huida. Brys pretendía proteger la retirada. El mago supremo entendía la lógica detrás de su movimiento. Aquel fue, quizás, el último momento racional de aquella jornada.

Mala suerte. Un azar estúpido, patético, penoso. Aquello era absurdo, nauseabundo más allá de toda creencia. ¿Qué

dioses se habían conchabado para concitar aquella locura? Ben le había dicho a la consejera todo lo que sabía. En el mismo momento en que la boca de la Senda se había abierto, en cuanto la tierra tembló hasta el primer pie del primer soldado de infantería pesado de la primera falange en marcha. *Vimos sus fortalezas celestiales. Sabíamos que no habían desaparecido. Sabíamos que se estaban agrupando*.

Pero aquello resultaba tan lejano, y pasó hace ya tanto, tanto tiempo.

El hedor de sus aceites pesaba en el viento que seguía soplando desde la Senda. Más allá del velo ocre, Ben podía ver una profundidad, una oscuridad ultraterrena.

Han venido aquí, a las Tierras Yermas. Ya han pasado por aquí antes.

Las ambiciones y deseos salieron volando como cenizas de una pira incendiaria. De pronto fue evidente que nada importaba, nada más allá de aquel momento y lo que estaba a punto de suceder. ¿Podía haber predicho alguien aquello? ¿Podría alguien haber penetrado la barrera desconocida del futuro hasta llegar a aquella escena?

Había momentos, Ben lo sabía bien, en que los dioses daban un paso atrás, en que reculaban con los rostros ensangrentados.

No, los dioses no han hecho esto. Es imposible que supieran lo que la consejera albergaba en su corazón, en esa fuente ahíta de secretos que a nadie pretendía revelar. Nadie lo sabía. Nadie podía siquiera haber soñado...

Ben seguía solo, las sendas desatadas y furiosas en su interior. Haría lo que pudiera, durante tanto tiempo como fuera capaz. Y luego caería, y ya no habría nadie que comandase a los escuadrones de magos y a la atri-ceda.

En este día habremos de presenciar la muerte de muchos amigos. En este día, es posible que nos unamos a ellos.

El mago supremo Adaephon Ben Delat sacó un puñado de bellotas de un saquito y los esparció por el suelo. Echó un último vistazo a la oscuridad más allá del velo, y luego a los regios nah’ruk, monstruosos en su implacabilidad. *Si atrapas a uno, casi no demuestra tener cerebro. Pero si se reúnen varios miles, su voluntad se hace una... y esa voluntad es... oh, dioses del Abismo... tan, tan gélida*...

Los nah’ruk eran tan altos como un hombre y medio, y quizás el doble de pesados. Casi no se veía la parte superior de sus cuerpos, ni siquiera cuando estuvieron a doscientos pasos de distancia, puesto que estaban embutidos en vainas esmaltadas y armaduras de cuero hervido que se extendían hasta los brazos superiores y llegaban hasta proteger sus pungentes caderas. La punta de sus colas llevaba una armadura similar, pero hecha de escamas más delicadas. Anchos yelmos cubrían sus cabezas, de los que surgían hocicos cortos entre protecciones laterales ornamentadas. Los que se encontraban en la vanguardia enarbolaban algún tipo de mazas ignotas, de cabeza roma y envueltas en jirones de lo que parecía alambre. Entre cada docena de ellos había un guerrero que soportaba la enorme carga de un contenedor de cerámica sobre los hombros.

Tras aquella primera línea de guerreros, los demás soldados blandían alabardas de mango corto o bracamartes que sostenían en vertical. Cada una de las falanges tenía una anchura de al menos cien guerreros, todos marchando en perfecta sincronía, la parte superior de sus cuerpos echada hacia delante sobre sus musculosas patas reptilianas. No había estandartes, ni pendones, ni siquiera una vanguardia visible de comandantes. Hasta donde Ruthan Gudd podía ver, no se diferenciaban en nada, con

excepción de los que cargaban con aquellos extraños petates.

Ahora todo su cuerpo relucía de escarcha, y una capa de hielo se había extendido hasta cubrir a su caballo, tan dura y gruesa como una armadura. Su montura estaba ya muerta, lo sabía, pero el hielo era capaz de responder a sus órdenes. Trotó una docena de pasos más allá de la línea de malazanos, a sabiendas de los incontables ojos que se posaban sobre él, consciente de que intentaban comprender lo que veían, no solo aquel ejército extraño y preso de la absoluta determinación de aniquilarlos, sino también al propio Ruthan Gudd, ahí delante a horcajadas sobre un caballo de hielo, un hielo empañado con atisbos de la figura que había cubierto.

Alzó la espada Trotatormentas como si de una extensión de su propio brazo se tratase. El hielo le llegaba hasta el hombro, reluciente y al mismo tiempo fluido como el agua.

Clavó la vista en los nah’ruk y murmuró en voz baja:

—Sí, podéis verme. Marcadme. Mandad toda vuestra furia en mi dirección. Del primero al último, atacadme…

A su espalda, de las trincheras deslavazadas llegó un ominoso siseo. Los Cazahuesos se agachaban como si los hubieran clavado al suelo, cogidos desprevenidos, tan sacudidos por la inesperada imposibilidad de aquella situación que se vieron incapaces de proclamar un solo grito de desafío. Ni una sola arma golpeó el borde de su escudo. Aunque Ruthan no se giró, sabía que todo movimiento había cesado. Ya no se daban órdenes. En realidad, ninguna era ya necesaria.

A ojo de buen cubero, debía de haber unos cuarenta mil nah’ruk marchando hacia ellos. Casi captaba el eco de la cacofonía que se desataría en unos momentos, como si las murallas del futuro fueran a hacerse pedazos y lanzar su

horror hacia el pasado, a aquel momento, para que sonase ensordecedor dentro de su cabeza.

—Qué lástima —murmuró—. El día estaba precioso.

—Por el aliento del Embozado, ¿ese quién es?

Los ojos de la consejera Tavore se estrecharon.

—Es el capitán Ruthan Gudd.

—Eso pensaba yo —replicó Lostara Yil—. ¿Qué le ha pasado?

Por toda respuesta, la consejera solo pudo negar con la cabeza.

Lostara se removió en su caballo. Su mano fue hasta el cuchillo que llevaba al cinto, y luego se apartó, crispada. *La espada, idiota. El cuchillo, no. La estúpida espada*. Un rostro se coló en sus pensamientos. Henar Vygulf. Ahora estaría con Brys, listo para partir con sus órdenes. Los letherii estaban retrasados, formando dos flancos exteriores separados, como los extremos de un arco. Presenciarían la colisión de las líneas frontales y entonces, esperaba Lostara, comprenderían la locura suicida que era enfrentarse a aquellos malditos lagartos, y Brys tomaría la decisión de dispersar a su ejército. *Por el amor del Embozado, salid de aquí, dejad todo el equipo y limitaos a huir. No muráis como nosotros, no os quedéis solo porque nosotros nos quedamos. Tú lárgate, Brys, Henar, os lo imploro. Os lo suplico*.

Oyó el sonido de cascos y vio por el rabillo del ojo al puño Keneb cabalgar por el abultado promontorio entre las filas de sus hundidos soldados. ¿Qué está haciendo?

Estaba cabalgando hacia el capitán Ruthan Gudd.

—Que suene el cuerno, señalador —dijo Tavore—. Ordenad al puño Keneb que no se acerque.

Una salva de cuerno atravesó el aire.

—No está haciendo caso —dijo Lostara—. ¡Maldito necio!

Ben el Rápido captó con la mirada a Ruthan Gudd y soltó un gruñido. *Que me aspen. Una Trotatormentas, que Mael la maldiga y Nerruse la eche por el coño. ¿Quién lo iba a pensar*?

Pero, ¿qué hacía ahí, tan adelantado? Tras un momento, el mago supremo soltó una maldición entre dientes. *Quieres que te cojan a ti primero. Quieres atraerlos hacia ti. Les estás dando a los Cazahuesos una docena de latidos de ventaja para que se den cuenta de a qué se enfrentan. Capitán Ruthan Gudd, o quienquiera que seas... dioses, ¿qué se puede decir? Que te vaya bien, capitán*.

Que te vaya bien.

Con una maldición, Keneb hundió las espuelas salvajemente en los flancos de su montura. Aquel de ahí era Ruthan Gudd, y si el muy necio no era quien decía ser, entonces los malazanos lo necesitaban más que nunca. *Puede que sea incluso un maldito dios, pero si carga él solo contra esas cosas, igualmente lo veremos hecho pedazos. ¡Ruthan! Te necesitamos, seas quien seas o seas lo que seas... ¡te necesitamos vivo*!

¿Llegaría a alcanzarlo a tiempo?

La capitana Skanarow le dio una patada a uno de sus soldados para que volviese a hundirse en la trinchera, por poco profunda que fuera.

—¡Seguid cavando! —rugió, y volvió su atención a la figura brillante que cabalgaba hacia los lagartos. ¡Estúpido bastardo mentiroso! ¿Una Trotatormentas? Es imposible, habitan en los malditos mares.

Por favor, Ruthan, ¿qué estás haciendo?

Al ver que la primera línea de la falange más cercana preparaba aquellas estrambóticas mazas, Ruthan Gudd rechinó los dientes. *Más vale que esta mierda de Trotatormentas funcione. Dioses del Abismo, cómo duele blandirla.* Enfiló hacia los nah'ruk con su montura y levantó la espada.

La luz del sol resplandeció a través del hielo.

Un jinete se acercaba a él por su retaguardia derecha. *Pobre bastardo. Esto te pasa por obedecer las órdenes.* Sin volver la mirada, clavó las espuelas en los flancos de su caballo. El hielo desprendió chispas y la montura se lanzó hacia delante.

Malazanos desgraciados. Miradme y entonces preguntaos: ¿hasta dónde podréis penetrar en sus líneas?

Violín amartilló la ballesta y metió el pivote de punta afilada con cuidado. Ahora que todo estaba en marcha, se sentía bien. No queda más por hacer, ¿verdad? Todo estaba iluminado, claro, los colores del mundo se habían saturado de pronto, tan hermosos que costaba creerlo. Podía saborearlo. Podía saborearlo todo.

—¿Todo el mundo ha cargado?

Le llegaron asentimientos y gruñidos de su escuadrón, todos ellos agachados en la trinchera.

—Mantened las cabezas bajas —volvió a decirles—. No os preocupéis, cuando carguen nos enteraremos. Que nadie se asome a mirar hasta que yo lo diga, ¿entendido?

A un par de escuadrones de distancia, vio a Baldrig asomarse a mirar. El sanador gritó:

—¡Gudd está cargando contra ellos!

Por toda la línea de marineros empezaron a brotar yelmos como si fueran setas.

¡Mierda!

Crujido estaba a cuatro patas, con un puñado de fulleros repartidos como si fueran huevos de tortuga negra sobre el poco profundo suelo de piedra de la trinchera.

Ebron la miró con horror.

—¿Tú has perdido el juicio? ¡Repártelos por el borde, idiota!

Crujido lo miró con ojos desorbitados.

—No puedo hacer eso, mago. ¡Son míos! ¡Son todo lo que me queda!

—¡Alguien podría tropezarse con ellos!

Pero Crujido negaba con la cabeza.

—¡Yo los protejo, mago!

Ebron se dio media vuelta.

—¡Cordón! ¡Sargento! ¡Crujido está…!

Las mazas enrolladas en alambre de la línea del frente parecieron incendiarse como si de antorchas se tratase. De las cabezas romas surgieron sendos rayos como tentáculos serpentinos que se retorcieron por el aire. De cada una de las armas, uno de los rayos atravesó el aire hasta impactar contra aquellos extraños petates de cerámicas, dos rayos por petate. Las segundas lenguas de luz crujiente parecieron latir por un segundo y luego se lanzaron todas a la vez, convergiendo sobre el jinete y el caballo envueltos en hielo. La detonación devoró a Ruthan Gudd y a su montura y arrancó pedazos de tierra y piedra del suelo en un cráter ancho y agrietado.

Un instante después de la explosión, el resto de las líneas del frente ya había preparado sus armas. Cientos de rayos cayeron sobre las trincheras del frente.

Botella salió volando a causa de un impacto que le hizo expulsar todo el aire de los pulmones. Aterrizó en la trinchera. Con la boca desencajada y la cabeza lanzada hacia un lado, vio una hilera de cuerpos salir volando por los aires por toda la longitud del borde de la trinchera; eran todos los que se habían asomado a ver la carga de Ruthan. Los cuerpos de los marines, la mayoría descabezados o simplemente sin nada de pecho para arriba, cayeron entre la mugre, las rocas y los restos de armas y armaduras.

Aún sin poder respirar, vio una nueva oleada de hechicería pura caer directamente sobre su trinchera. El suelo tembló. Las tropas a su espalda recibieron el impacto. El cielo azul se desvaneció, oculto por espesas nubes de polvo. Los cuerpos caían de aquellas nubes revueltas.

Botella se retorció, sordo, los pulmones aullando. Sentía los mudos impactos de los fulleros, demasiado cerca, demasiado aleatorios…

Una mano surgió de aquel repentino resplandor y se cerró sobre el arnés en su pecho. Tiraron de él para sacarlo de la pared medio derrumbada de la trinchera hundida.

Botella tosió un montón de tierra y se las arregló para encadenar dos o tres inspiraciones agónicas. Su garganta era un incendio. La cara sucia de Chapapote apareció sobre él, con un grito que Botella fue incapaz de oír. Da igual, apartó a Chapapote hacia atrás de un empujón y asintió. *Estoy bien. No, en serio. Estoy bien. ¿Dónde está mi ballesta*?

Keneb se había acercado demasiado. La detonación lo pilló tanto a él como a su caballo y literalmente los hizo pedazos a ambos. Trozos de carne llovieron por todas partes. Ebron, asomado por el borde de la trinchera, vio la parte superior del torso del puño, un hombro, el muñón de un

brazo y un par de costillas expuestas, todo volando hacia el cielo en medio de una columna de tierra.

Mientras el mago contemplaba la escena con incredulidad, un rayo lo alcanzó justo en el esternón. Lo atravesó y desintegró su pecho, sus hombros, su cabeza. Uno de los brazos de Ebron cayó sobre el regazo de Cojo. El soldado empezó a gritar.

Pero nadie le oyó.

Habían visto a Ben el Rápido, pero habían decidido ignorarlo. Las primeras oleadas de rayos hendieron las defensas por todo el borde. Ben dio un respingo. El trueno hacía temblar el suelo y toda la línea del frente del ejército Cazahuesos se desvaneció entre turbias nubes de barro, piedra y cuerpos desmembrados.

Ben vio cómo los nodos se recargaban sobre los hombros de los zánganos. ¿Cuánto tardarían?

—Ni idea —susurró—. Escuchad, pequeñas bellotas. Id a por los zánganos… los que llevan esos petates. Olvidaos del resto… por ahora.

Entonces empezó a andar en dirección a la falange más cercana.

La vanguardia de los nah’ruk estaba a menos de cien pasos de distancia.

Le había visto, y había tomado buena nota. Los rayos abrasaban la línea del frente.

El caballo trepó a duras penas por el borde del cráter. Ruthan Gudd sacudió la cabeza y preparó su resplandeciente arma. Chorros de tierra caían de su espalda tras su armadura humeante. Soltó un esputo de barro.

Tampoco ha sido para tanto.

Justo frente a él, a veinte pasos, surgía la enorme línea del frente. Sus ojos destellaban como diamantes entre las sombras de los bordes ornamentados de los yelmos. Los colmillos que surgían de sus hocicos brillaban como esquirlas de hierro.

Tuvo la impresión de que no esperaban volverlo a ver, así que decidió acercarse a saludar.

—¡Ballestas preparadas! —chilló Violín—. ¡Apuntad a los nodos!

—¿A los qué?

—¡A los jorobados! ¡De ahí es de donde viene la magia!

Koryk se arrastró hasta situarse junto a Violín. Estaba cubierto de barro ensangrentado.

—¿Quién se asoma a mirar, Vin?

—Yo —dijo Corabb, y se aupó a rastras hasta el borde de la trinchera—. ¡Por todos los dioses del Abismo! ¡El capitán sigue vivo! ¡Acaba de chocar contra sus filas…!

Corabb hizo ademán de salir de la trinchera con la clara intención de unirse a Gudd y cargar él solito contra toda la maldita falange, pero Chapapote lo agarró y volvió a meterlo en la trinchera de un tirón.

—¡Quédate donde estás, soldado! ¡Coge esa ballesta… no, esa no, la otra! ¡Ya la estás cargando, cabrón!

—¿A qué distancia los tenemos, Corabb? —preguntó Violín.

—A cuarenta, y lentos, sargento. ¡El capitán está penetrando en sus filas!

—Eso da igual. No me importa si tiene la jugada de Oponn en el culo, no es más que un hombre.

—¡Deberíamos ayudarle!

—No podemos, Corabb —dijo Violín—. Además, es lo último que él querría. ¿Por qué crees que se ha ido para

delante él solo? Déjalo, soldado. Bastantes problemas vienen ya en nuestra dirección. Koryk, el siguiente en asomarse eres tú, a la de diez. Nueve, ocho, siete…

—¡No pienso asomarme para que me vuelen la cabeza!

Violín apuntó con la ballesta al pecho de Koryk.

—Cuatro, tres, dos, uno… ¡arriba!

Koryk dio un rugido y se arrastró hacia arriba. Casi al instante ya estaba debajo de nuevo.

—Mierda. ¡Veinticinco y acelerando!

Violín alzó la voz:

—¡Todo el mundo listo! ¡A los nodos! Esperad… esperad… ¡AHORA!

Seto llevó a sus Abrasapuentes justo hasta la parte trasera de las últimas trincheras.

—No me importa lo que piense Rápido, no va a ir solo, no se va a quedar sin apoyo. Su apoyo somos nosotros, soldados. ¡Tranquilízate, Mantequitas! Mira a Garrafones, ni siquiera se le ha alterado la respiración.

—¡Eso es porque ya no se acuerda de cómo se respira! —jadeó Mantequitas.

—Acordaos de lo que os he dicho —les recordó Seto—. Los Abrasapuentes se han enfrentado a cosas mucho peores que un manojo de retacos lagartos. Esto es pan comido, ¿a que sí?

—¿Vamos a ganar, comandante?

Seto miró a Alborada y le mostró una mueca.

—Cuenta con ello, sargento. Ahora, todos vosotros, comprobad las municiones y acordaos de apuntar a los achaparrados. Estamos a punto de salir…

Un impacto sacudió el aire; proveniente de las líneas nah’ruk. Una nube negra subió como una oleada de tinta derramada.

—Por los dioses, ¿qué ha sido eso?

La mueca de Seto se acentuó.

—Eso, soldados, ha sido Ben el Rápido.

Los rayos brotaban de cientos de mazas, desde las múltiples falanges a ambos lados de la que él había atacado. Los rayos cayeron sobre él, pero Bel los apartó con un gesto. *Y yo no soy Tayschrenn, y esto no es Pale. No tengo a nadie tras de mí, así que seguid lanzando vuestros rayos en mi dirección, condenadas salamanquesas. ¡Agotad vuestras reservas*!

La primera docena de filas de la falange que Ben había golpeado estaba fuera de combate; apenas un par de ellos aún se retorcían o intentaban alzarse aturdidos, con las extremidades aplastadas y los huesos rotos. La mayor parte estaba inmóvil, con los cuerpos hervidos por dentro. Ben se acercó a los que quedaban, que se estaban reagrupando. Formaban una línea para enfrentarse a él de nuevo.

Los gigantescos bracamartes y alabardas se prepararon.

Ben extendió sus sentidos hasta que pudo notar el mismo aire alrededor de las criaturas. Sentía las corrientes de aire que entraban y salían de aquellos pulmones reptilianos. Extendió su poder hasta abarcar a tantos de ellos como fuera posible.

Y luego prendió fuego a ese mismo aire.

Los rayos rebotaban en el mago supremo y se arqueaban hacia los lados o hacia el cielo.

El sargento Alborada lanzó un chillido al ver un rayo dirigiéndose en línea recta hacia Seto. Se lanzó hacia delante, apenas tres pasos que parecieron combar cada uno de los músculos de su espalda y sus piernas. Era un Abrasapuentes. Era el hombre que siempre había querido ser; nunca había volado tan alto, nunca había caminado más erguido.

Y todo por Seto.

¿Me veis? Soy yo, Alborada.

Tenía una sonrisa en el rostro cuando se interpuso en el camino del rayo.

El sargento de Seto estalló en una explosión de cegadora luz blanca. Donde había estado no quedó más que un remolino de cenizas. Sus soldados chillaban a su espalda. Seto se giró y gritó:

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Esperaremos a que cesen! ¡Esperaremos a que cesen!

Vete a la mierda, Rápido. Esto no es Pale. ¡Y tú no eres Tayschrenn!

Ruthan Gudd lanzaba mandobles a ambos lados, pero aquellas malditas cosas no dejaban de presionar. Habían frenado su avance. Pesadas hojas de hierro se estrellaban e impactaban contra su caballo, contra sus caderas. La armadura estaba agrietada, pero las fisuras se cerraban tras cada golpe. Su espada hendía yelmos y cráneos, cuellos y extremidades, pero los nah’ruk no retrocedían. Cada vez cerraban más el cerco a su alrededor.

Oyó golpes en algún punto de su izquierda, y captó el hedor de sendas aullantes obligadas a realizar actos inenarrables. *Ben el Rápido, ¿cuánto tiempo más te vas a esconder?* Bueno, Ruthan sabía que ya no estaría por allí cuando llegase el momento, ni podría presenciar revelación alguna. Estaban a punto de derribarlo solo con la presión de su peso. Su caballo se tambaleó, la cabeza impulsada hacia un lado y otro tras cada salvaje golpe de los bracamartes.

El resto de la falange había seguido avanzando más allá del nudo que lo rodeaba a él. Estaban a pocos momentos de llegar a la primera trinchera. Le llegaron atisbos de otras falanges que avanzaban a su vez.

Cuatro hojas le golpearon al mismo tiempo. El impacto lo levantó de la silla con una explosión de esquirlas de hielo. Lanzó una maldición y se giró en el aire. Empezó a lanzar estocadas incluso antes de caer en medio de aquel maremágnum de brazos reptilianos y armas de hierro. Y de pronto, patas rematadas por garras que lo cortaron y lo pisotearon. Un golpe en pleno rostro lo aturdió. Blancura, y por fin la bendita oscuridad.

Doce pasos. Los marineros supervivientes se alzaron a una de las trincheras más adelantadas. Las ballestas dispararon. Los fulleros exploraron y las mechas prendieron. Violín vio cómo el proyectil que había disparado se incrustaba en un nodo y luego explotaba detrás de la cabeza del lagarto que tenía delante. El yelmo giró sobre sí mismo y expulsó fragmentos de cráneo y cerebro en una lluvia salvaje y asquerosa. El nodo se ennegreció, y luego explotó.

El impacto lanzó a Violín de espaldas. Aterrizó dentro de la trinchera. Llovieron sobre él trozos de pellejo y carne.

Medio mareado, intentó como pudo recargar su arma. Le quedaba un último maldito. *Tengo que librarme de él antes de que estalle como los fulleros. Por los dioses, nos han pasado por encima*.

Una línea de sombras cubrió la trinchera. Violín alzó la mirada.

Los nah’ruk habían llegado.

Corabb se las arregló para recargar. Levantó la cabeza y vio a un lagarto gigante en lo alto del borde de la trinchera, con las mandíbulas curvadas hacia abajo como si le hiciera una mueca.

Le hundió el proyectil dentro de aquella tierna garganta. La punta salió por la parte trasera del cráneo. La criatura se estremeció. Corabb lanzó a un lado la ballesta, sacó la espada y retrocedió a trompicones. Le lanzó un mandoble al que tenía más cerca. El impacto casi le rompió la muñeca. El filo de la espada se hundió en el hueso y se quedó trabado allí.

Sin embargo, la criatura no cayó. Incontables espasmos recorrieron su enorme cuerpo.

Corabb intentó sacar como pudo el arma.

A ambos lados, los nah'ruk treparon al borde de la trinchera y saltaron adentro.

El revés hizo volar al sargento Remilgo por los aires. Su sangre se derramó como si la volcasen desde un cubo. Neller lanzó un chillido y saltó sobre el brazo izquierdo del lagarto. Se aupó a la cabeza y metió el fullero entre la placa de protección del pecho y el pellejo grasiento de la criatura. Unas mandíbulas se cerraron sobre su cara. Flema ácida le salpicó los ojos y la piel. Neller aulló, sujetó el fullero con toda la fuerza que pudo y lanzó un puñetazo con la otra mano sobre la placa de la armadura, justo sobre el explosivo.

Mulvan Pavor clavó la lanza en el vientre de la bestia, pero la explosión del explosivo en su pecho lo alcanzó. Trozos de cerámica despedazaron su cuello y llenaron el aire alrededor de sangre y vísceras. Neller salió volando hacia atrás. Ya no tenía brazo derecho, y su cara era un horror lacerado y derretido.

El cuerpo de Remilgo aterrizó a cinco pasos, apenas un pellejo flácido pintado de carmesí.

El lagarto cayó.

Otros dos aparecieron tras él, con los bracamartes prestos.

Sacaprimero se tambaleó en su dirección, el escudo en alto y la espada lista. Muertecalavera dio un salto más allá de la posición de Sacaprimero y aterrizó justo entre los dos nah’ruk.

Un relámpago pasó cerca de la cabeza de su caballo. Sus crines y hocico se prendieron fuego. Piel chamuscada y agrietada desde la boca a los hombros. El animal se derrumbó, pero Lostara Yil se las arregló para rodar a un lado. El calor le había golpeado el rostro, y podía oler el hedor a chamusquina en el aire. Se puso de pie entre tambaleos. Vio a una docena de jinetes del círculo de la consejera, caídos, asados dentro de sus armaduras. La propia consejera acababa de ponerse en pie en medio de la carnicería, con una espada de otataral en la mano.

—Traedme a Keneb…

—Keneb está muerto, consejera —replicó Lostara, y avanzó a trompicones hasta ella.

El mundo daba vueltas. Tardó un poco en centrar la vista.

—¿Dónde…?

Lostara agarró a la mujer y la obligó a tirarse al suelo con ella.

—Ni siquiera deberíais seguir viva, Tavore. Quedaos aquí, estáis en shock. Quedaos aquí; yo buscaré ayuda…

—Ben el Rápido… el mago supremo…

—De acuerdo —Lostara se puso en pie junto a la consejera, que estaba sentada como una niña. La capitana lanzó la mirada hacia el lugar donde había visto a Ben por última vez.

El mago supremo había aniquilado una falange entera. Fogatas de carne incendiada, pellejo y hueso aún ardían en un infierno salvaje en el lugar que había ocupado la falange.

Lo vio caminar en dirección a otra falange. El cielo sobre él temblaba y se ennegrecía como un moratón.

Del mago supremo brotó un chorro de magia que impactó contra la falange. Cuerpos incendiados salieron volando por los aires.

—Ya lo veo. Consejera, no puedo…

Un repentino brillo de la oscuridad del cielo, un resplandor cegador del que de pronto surgió la enorme lanza de un relámpago. Lostara vio al mago supremo mirar hacia arriba, lo vio levantar los brazos… y entonces el relámpago lo alcanzó. La expresión podría haber reducido un edificio entero a escombros. Incluso los nah’ruk a treinta o más pasos de distancia quedaron cercenadas como espigas de trigo. Las unidades adyacentes de desplomaron a ambos lados.

La onda expansiva casi derribó a Lostara, la dejó sin aliento, ensordecida. Se llevó las manos a la cara y cayó cuan larga era sobre el suelo.

¿Perla?

Skanarow se lanzó al interior de la segunda trencha, donde aguardaba la infantería pesada.

—¡Han pasado por encima de los marineros! ¡Señalizad la estrategia alternativa y haced hueco para los supervivientes! ¡Dejad que pasen! ¡Preparaos para mantener la posición!

Vio a un mensajero, sin caballo, agazapado bajo el cuerpo descabezado de un pesado.

—Tú, ve a buscar al capitán Generoso. Acabo de ver cómo caía la vanguardia y no sé dónde está Blistig, así que en lo que a mí respecta, Generoso es el nuevo comandante. Dile que tenemos que ordenar la retirada. No podremos aguantar. ¿Entendido? —El muchacho asintió—. Corre.

Brys se encogió al ver cómo las filas de los nah’ruk chocaban contra las defensas malazanas. Vio descender aquellos pesados bracamartes. La primera trinchera apenas consiguió ralentizar un poco a los lagartos. Pasaron por encima de ella y se acercaban ya a la segunda.

—Aranoche…

—Creo que la consejera sigue con vida, comandante.

Brys se giró sobre su silla y miró a sus exploradores.

—Tenemos que traer aquí a la consejera. Solo voluntarios.

Un jinete se abrió paso entre los demás. Henar Vygulf. Brys asintió.

—Preparad los caballos de repuesto, teniente.

El gigantesco rosazul hizo el saludo.

—Cuando las encuentres —le dijo Brys antes de que se diese la vuelta—, llévalas a los carromatos de suministros.

El soldado frunció el ceño.

Brys rechinó los dientes.

—No pienso quedarme aquí contemplando toda esta carnicería. Vamos a entrar en batalla.

Vieron cómo caía aquel relámpago imposiblemente grueso de la mancha en el cielo. La onda expansiva hizo temblar el suelo. El caudillo Hiel alzó el brazo para señalizar el alto. Se volvió hacia Besadónde con el rostro ceniciento.

—Voy a enviarte a la espada mortal Krughava. Dile que los malazanos están bajo asedio, y que los khundryl acuden en su auxilio.

Ella se limitó a contemplar al guerrero.

—Caudillo…

—Vete, soldado. Tú no eres khundryl. No sabes luchar a caballo. Dile a Krughava que los dioses han sido crueles en este día, pues no le dará tiempo a llegar hasta los malazanos.

—¿Contra quién luchan? —preguntó Besadónde—. Tus chamanes…

—Están ciegos. Aún sabemos menos de lo que sabes tú. Vete, Besadónde.

Ella hizo girar al caballo.

Hiel se levantó sobre los estribos y miró a sus hombres. Sacó el tulwar y lo mantuvo en alto. Nada dijo.

Como toda respuesta, seis mil armas salieron de sus fundas y se alzaron al cielo.

Hiel enfiló el caballo hacia delante.

—Ve primero, Rafala. Cabalga hasta que veas al enemigo.

La mujer espoleó al caballo y se lanzó al galope.

Un momento después, Hiel guio a su ejército tras ella, en un rápido galope. El sonido del trueno aumentó, y aquel cielo amarillo se tornó en ocre. En él empezaron a brotar relámpagos como heridas.

Hiel se preguntó qué andaría haciendo su esposa.

Aquello era más difícil que talar un árbol. Violín abandonó la idea de cortarles las patas y empezó a desjarretar a aquellos bastardos, mientras esquivaba los golpes de aquellas armas aserradas y se zambullía para evitar los tajos. Los malazanos supervivientes habían sido empujados más allá de la primera trinchera, y ahora intentaban por todos los medios retroceder en medio de mandobles y estocadas los diez pasos que los separaban de la trinchera de la infantería pesada.

De las tropas dispuestas tras los pesados llovían flechas y proyectiles de ballesta, que atravesaban el aire a una altura misericordiosa para las cabezas de los soldados en su desesperada retirada. La mayor parte de los proyectiles impactaban contra las armaduras esmaltadas, pero algunos se las arreglaban para penetrar y clavarse en los huecos de

las armaduras de los nah’ruk. Varias bestias se desplomaban aquí y allá.

Pero no era suficiente. La falange era una máquina que devoraba todo a su paso.

Violín había perdido el maldito en la primera trinchera. La espada corta en su mano parecía ridícula como una espina. Un golpe de lado le había arrancado el yelmo, y ahora la sangre le chorreaba por el lado derecho de la cabeza.

Vio cómo Koryk le clavaba la espada en el cuello a un nah’ruk, y vio asimismo a otro lagarto acercarse a su compañero, la alabarda en alto. Varias flechas se clavaron en sus brazos. La criatura cayó hacia delante y se llevó a Koryk con ella. Sonrisas se abalanzó sobre él. Se lanzó al suelo y rodó para evitar el mandoble de un falción.

Sepia chocó contra Violín.

—¡Han dado la retirada!

—¡Lo he oído!

—Ben el Rápido ha acabado como Ranal, Vin. Ha sido ese rayo gigantesco.

—Ya lo sé. Olvídate de él. Ayúdame a reunir al escuadrón. La infantería pesada aguantará, al menos lo bastante como para reagruparnos. Vamos, no veo a Corabb ni a Botella…

Botella estaba medio enterrado bajo cadáveres nah’ruk y humanos, pero tampoco tenía prisa por moverse. Vio a más lagartos pasar marchando a ambos lados.

Ni siquiera los hemos ralentizado.

Rápido, ¿qué ha sido de la sutileza?

Veía una franja de cielo. Allí arriba se estaban agrupando los wyval, ansiosos por abatirse sobre ellos y alimentarse. *Abuela, siempre me dijiste que quien mucho abarca poco aprieta. Cierra ahora tus ojos muertos, y acuérdate de lo mucho que te quise*.

Abandonó su cuerpo y ascendió.

Corabb dio un brutal tirón y sacó la espada de la cuenca del ojo del nah’ruk. Echó mano abajo para agarrar a Bajío del tobillo, pero se dio cuenta de que su compañero había dejado de gritar, y al mirar su rostro no vio más que la opacidad de unos ojos apagados.

Una fila de nah’ruk se acercaba. Ya estaban a pocos pasos de distancia.

Corabb emitió un exabrupto. Soltó a Bajío y dio media vuelta.

La trinchera de la infantería pesada estaba justo enfrente. Vio caras debajo de yelmos, armas preparadas. Flechas y proyectiles siseaban sobre ellos, y los sonidos sordos de sus impactos llovían tras él como un torrente. Corabb se apresuró hasta la trinchera.

Sepia apareció justo a su lado.

—¿Has visto a Chapapote?

—Lo he visto caer.

—¿Y Botella?

Corabb negó con la cabeza.

—¿Sonrisas? ¿Koryk?

—Están con Vin.

—¡Violín! ¡Sigue…!

La primera trinchera justo tras los marineros explosionó.

Las tropas de nah’ruk se desvanecieron entre nubes azules.

—¿Qué…?

—¡Algún bastardo ha debido de pisar el maldito! —dijo Sepia.

—¡Les está bien empleado! ¡Vamos!

Caras pálidas bajo los bordes de los yelmos. La infantería pesada mantenía posiciones, listos para la batalla. Dos de

ellos se apartaron y los dejaron entrar.

Uno de ellos gritó a Sepia:

—¡Estas mazas…!

—¡Neutralizadas, soldado! —Sepia le devolvió el grito—. ¡Ahora no son más que hierro!

De pronto, un grito se oyó por todo lo largo de la trinchera:

—¡SALVE, MARINEROS!

Y los rostros alrededor de Corabb se ensombrecieron, todos dientes rechinantes. Aquella transformación repentina lo dejó sin respiración. *Hierro, así es. Ya conocéis bien el hierro*.

Los nah’ruk estaban a cinco pasos de ellos.

La infantería pesada les salió al encuentro.

Seto vio cómo los lagartos emergían del enorme cráter que había dejado Ben el Rápido, los vio reagruparse y volver a formar. Prosiguieron su avance. Giró sobre sí mismo en el lugar donde estaba tumbado y se volvió para escrutar las legiones letherii. Se acercaban a un medio trote constante, con las picas prestas en diferentes ángulos.

Seto gruñó. *Son buenas armas para esto*.

—¡Abrasapuentes! ¡Escuchad! Olvidaos del mago supremo. Ya no es más que cenizas al viento. Vamos a ablandarles estos lagartos a los letherii. Preparad las municiones. Una salva cuando yo os diga, y luego retirada. ¡Si los letherii tienen algo en la mollera, nos abrirán paso! ¡Y si no es así, virad a la derecha! A la derecha, ¿entendido? ¡Y entonces corred como si tuvierais al mismísimo Embozado en los talones!

—¡Comandante! —gritó alguien.

—¿Qué?

—¿Quién es el Embozado?

Por todos los dioses del Abismo.

—Un tipo que no queréis tener en los talones, ¿de acuerdo?

—Oh. De acuerdo.

Seto levantó la cabeza. *Mierda, esos tienen mazas y nodos*.

—¡Preparad las municiones! Usad las azules, ¿me oís? ¡Las azules! ¡Y apuntad a la línea del frente! ¡A los nodos, nenes y nenas, a esas jorobas blancas!

—¡Comandante! ¡El Embozado es…!

—¡Oigo caballos! Vienen del sureste, creo… ¿eso son caballos?

Seto alzó un poco más la cabeza. Vio cómo dos de las falanges de lagartos se giraban, con buen criterio. *Oh, dioses*…

Los khundryl cargaban. Hiel se echó hacia delante en su caballo. Típico de los malazanos, toparse con los enemigos más feos que había en el mundo. Y los más pavorosos. Pero aquellas tropas carecían de picas que contuvieran una carga de caballería. Un error que pagarían caro.

Cuando su ejército llegó hasta el lugar donde Rafala había detenido al caballo, Hiel había visto todo lo que necesitaba ver en menos de una docena de latidos.

El enemigo devoraba al ejército malazano. Los obligaban a retroceder. Cortaban en dos a cientos de soldados como si no fueran más que chiquillos. Aquello era una matanza, y apenas un tercio de aquellas falanges había entrado en batalla con los Cazahuesos.

Los letherii avanzaban por ambos flancos para formar letales muros de picas en formación dentada, pero aún no habían chocado contra el enemigo. Las tropas montadas se

agrupaban en los flancos exteriores, pero aún estaban lejos, lo cual para Hiel resultaba inexplicable.

Dos falanges empezaban a apiñarse para hacer frente a la carga de los khundryl con una sólida línea defensiva, lo cual privaba a los lágrimas quemadas de cabalgar entre los bloques y disparar flechas a ambos lados. Hiel no tenía necesidad de hacer gestos ni gritar órdenes. Sus líderes guerreros sabían cuándo desenvainar en cuanto soltaran las flechas. Sabían bien cómo abrir caminos para que pasasen los lanceros y penetrasen profundamente en las filas heridas del enemigo. Atacar, penetrar, retirarse. No había otra manera de destrozar las falanges; aquellos demonios eran demasiado grandes y tenían demasiadas armaduras. Solo una carga rompería sus filas.

Este es el último día de los lágrimas quemadas khundryl. Hijos míos, ¿cabalgáis a mi lado? Sé que así es. Hijos míos, sed valientes en este día. Mirad a vuestro padre, y sabed que está orgulloso de todos vosotros.

La línea delantera de demonios empezó a preparar aquellas extrañas mazas.

Seto vio los relámpagos brotar de las filas de los nah’ruk, y vio los rayos impactar contra la masa de guerreros khundryl. La carga pareció desintegrarse en medio de una horrible nube de niebla roja.

Embargado por las náuseas, se puso boca arriba. Contempló el cielo. No parecía un cielo en absoluto.

—¡Abrasapuentes, preparaos! ¡Municiones a mano! Uno… dos… tres… ¡ARRIBA!

Brys había pensado que los cuerpos tendidos en el suelo más adelante eran cadáveres, pero se pusieron de pie repentinamente. En total eran cuarenta o cincuenta. Empezaron a tirar objetos hacia la línea de los nah’ruk. Las

pequeñas granadas oscuras se disolvieron al impactar contra los guerreros enemigos. Un instante más tarde, los nah’ruk en los que habían impactado empezaron a retorcerse; el líquido consumía sus armaduras para luego consumir sus pieles.

Uno de los nodos explotó. Varios cuerpos se desplomaron. Luego más, y más. De repente, la línea del frente de la falange estaba sumida en el caos.

Brys se volvió hacia su señalador:

—¡Da la señal de carga! ¡La señal de carga!

Los cuernos sonaron.

Las legiones prorrumpieron en un trote ligero, las picas aprestadas.

Los zapadores corrían. De pronto viraron a la izquierda en dirección al hueco entre los dos ejércitos. Con suerte podrían conseguirlo a tiempo.

A seis pasos, las tropas letherii cargaron hacia delante. Sus voces se elevaron en un rugido salvaje.

Los dientes de la sierra devoraron una fila, tres, cuatro. La falange nah’ruk se tambaleó. Y entonces las dos fuerzas se equilibraron. Las picas se mantuvieron en posición, los guerreros a corta distancia armados con hachas y espadas empezaron a empujar la línea del frente para empezar con su letal tarea. Los bracamartes se alzaron y luego descendieron.

Brys hizo un gesto. Otro de los mensajeros se acercó.

—Que las unidades de onagros y arbalestas retrocedan hacia la colina en el este. Empezad la disposición en enfilada. Que la caballería les dé cobertura inicial hasta que empiecen a disparar.

El mensajero hizo el saludo y se alejó.

Brys miró al sureste. De puro milagro, algunos de los jinetes guerreros habían sobrevivido a la salva mortal de rayos. Veía varios jinetes emerger de la nube de humo y

polvo. Se lazaron con furia sobre la línea frontal de los nah’ruk. Atacaron con ferocidad inhumana, cosa que no sorprendió a Brys. Sobrevivir a aquello le arrancaría la cordura a cualquier guerrero.

Murmuró una breve plegaria por ellos en el nombre de una docena de dioses olvidados largo tiempo atrás.

Un mensajero detuvo a su montura a su derecha.

—¡Comandante! ¡Las legiones del oeste han entrado en batalla contra el enemigo!

—¿Y?

El hombre se secó el sudor de la cara.

—Consiguieron hacerlos retroceder un par de pasos, pero ahora…

Al ver que era incapaz de continuar, al ver que casi había empezado a llorar, Brys se limitó a asentir. Se volvió a escrutar lo poco que podía ver de la posición de los malazanos.

Nada más que lagartos acorazados, armas que ascendían y volvían a descender, y una niebla de sangre.

Sin embargo, se dio cuenta de algo más. Los nah’ruk ya no avanzaban.

¿Los habéis detenido? Por la sangre de los dioses, ¿qué clase de soldados sois?

La infantería pesada aguantaba. La infantería pesada mantenía la posición en la trinchera. Incluso al morir, no retrocedían ni un solo paso. Los nah’ruk intentaban encontrar agarre en el barro anegado de sangre del borde de la trinchera. El hierro los mordía. Las alabardas descendían y chocaban contra los escudos. Los cuerpos reptilianos retrocedían y bloqueaban el avance de las tropas que tenían detrás. Sobre el enemigo llovían flechas y proyectiles venidos de las posiciones traseras de la trinchera.

Desde las alturas, los locqui wyval descendían en bandadas, en medio de un frenesí. Desgarraban y hendían las cabezas de los guerreros lagartos. Otros se dedicaban a luchar contra sus propios congéneres. Del cielo llovía sangre.

El alma de Botella saltaba de un cuerpo a otro; se agarraba con fuerza a las almas de los locqui wyval y los lanzaba contra los nah'ruk. En cuanto conseguía lanzar a uno de ellos a la matanza, se liberaba y apresaba a otro. Había alcanzado ya a docenas de criaturas, tantas como era capaz. El hedor de la sangre las volvía locas. Solo tenía que romper sus ataduras, lanzarlas sobre cualquier criatura cercana que no fuese otro wyval.

Cuando otros wyvals le atacaban, no se resistía. *Cuantos más wyvals muertos, mejor*.

Pero sentía cómo lo hacían pedazos. Sentía cómo su mente se desgajaba. No podría hacer mucho más. Y aun así, no se contuvo.

Chapapote se topó con un puñado de marineros. Los miró.

—Cojo, ¿dónde está tu…?

—Muerto.

—Solo quedamos Crujido y yo.

—¿Y Fruncido?

La mujer de rostro redondeado negó con la cabeza.

—Nos *separemos*. Solo llegamos a ver cómo mataban a Roce.

—¿Y qué hacéis sentados aquí? De pie, marineros. Están matando a la infantería pesada en el sitio. Vamos a unirnos a ellos. ¡Tú, Reliko! ¡Levanta a Inmenso, os venís conmigo!

En silencio, sin una sola voz de protesta, los marineros se pusieron en pie. Estaban exhaustos. Sangraban.

Reunieron sus armas y, con Chapapote al frente, echaron a andar hacia la trinchera.

No lejos, Urb tiró a un lado los fragmentos destrozados de su escudo. Hellian estaba agachada a su lado, la respiración alterada y el rostro cubierto de sangre y vómito. Más de ambos líquidos le empapaba el pecho. Había dicho que no sabía de quién era la sangre. Al mirarla, Urb vio sus ojos duros, como dura era su expresión. Otros soldados estaban agrupados a su espalda.

Urb se giró hacia ellos.

—Haremos lo que dice Chapapote, soldados. Volvamos. Ahora.

Hellian casi lo apartó de un empujón de camino a la trinchera.

Henar Vygulf frenó el caballo bajo la colina. Podía ver caballos caídos y cuerpos abrasados y esparcidos por todas partes allá donde había estado el puesto de mando de la consejera. Bajó de su montura, sacó sus dos espadas y subió la ladera de la colina al trote.

Al llegar arriba, vio que cuatro nah’ruk llegaban a la cumbre adyacente.

Allí estaban Lostara Yil y la consejera. Yacían casi codo con codo. Seguramente estaban muertas, pero necesitaba asegurarse.

Cargó hacia delante.

El sonido del hierro la despertó. Lostara parpadeó y contempló el cielo. Intentó recordar qué había pasado. Le dolía la cabeza y notaba una costra de sangre reseca que le

obturaba la nariz y que crepitaba en sus oídos. Miró hacia delante y vio a la consejera tumbada junto a ella.

Su pecho subía y bajaba con lentitud.

Oh, bien.

Alguien gruñó de dolor.

Lostara se irguió justo a tiempo de ver a Henar Vygulf retroceder a trompicones, con sangre saliendo a borbotones de una herida en el pecho. Tres nah’ruk se acercaban a él.

Henar cayó de espaldas casi a los pies de Lostara. Ella se levantó y sacó las espadas.

Él la vio, y la angustia en sus ojos la dejó sin respiración.

—Lo siento…

—Vas a vivir —le dijo, y se colocó frente a él—. Tapónate esa herida, soldado. ¡Es una orden!

Él se las arregló para levantarse apoyado en un codo.

—Capitana…

Ella miró a los nah’ruk. Casi estaban sobre ella. Iban lentos, a causa de sus heridas. Tras ellos apareció una docena más de lagartos.

—Ten una cosa en mente, Henar. Esto no lo hago por cualquiera.

—¿Hacer qué?

Ella dio un paso al frente y alzó las espadas.

—Danzar.

Las viejas costumbres regresaron, como si solo la hubieran estado esperando. Como si hubieran aguardado a aquel momento, el momento en que por fin despertó, posiblemente por última vez. Tanto daba. *Por ti, Henar. Por ti*.

Para eso era la Danza de Sombras.

Aquí. Ahora.

Henar la contempló, y sus ojos se desorbitaron.

Una legua al sureste, Besadónde se arrastró lejos de su caballo caído. Había tropezado con la madriguera de un tejón, o de un zorro, o de algo. El caballo había caído, las piernas delanteras destrozadas. Sus agudos chillidos de dolor hirieron el aire.

La pierna izquierda de Besadónde estaba rota en cuatro partes. La punta de un hueso roto le asomaba por la piel. Sacó un cuchillo, y se dio la vuelta para mirar al caballo, los ojos fijos en la arteria pulsante de su cuello.

Daba igual. Estaban todos muertos. Incluso si hubiese conseguido llegar a la espada mortal y a aquella reina loca de pelo rojo, habría dado igual.

Miró arriba. El cielo era de carne, una carne que se pudría ante sus ojos.

Toba. Badan.

Cazahuesos... ¿Estás contenta, consejera? Los has matado a todos.

Nos has matado a todos.

Capítulo 24

En este día alinearon los bancos del antiguo río, una ciudad entera se reunió. El sol se elevó sobre casi cien mil almas en la desembocadura que se abría a la profunda bahía. ¿Qué los había llevado allí? ¿Qué hace que las multitudes se reúnan en un momento, en un lugar, en un instante que aúna cien mil cuerpos en uno solo?

Cuando las rojas aguas fluyeron en las lágrimas saladas de la bahía, todos contemplaron, sin decir apenas nada, y la gran pira incendiaria en la nave se encendió, y el viento se extendió a las velas empapadas, y la gran columna de humo negro ascendió al cielo.

El gran rey de Ehrlitan había muerto, el último del linaje Dessimb. El futuro traía el soplo de las arenas, el susurro de la tormenta no era más que un rugido descontento que sonaba misericordiosamente lejano, una promesa que se acercaba poco a poco.

Vinieron a llorar. Vinieron en busca de salvación, pues al final, incluso el duelo no enmascara más que la autocompasión. Lloramos en vida por aquello que hemos perdido, por los mundos acabados. Un gran hombre había muerto, pero no podíamos seguirlo, no nos atrevíamos, pues la muerte encuentra un camino distinto para cada uno de nosotros.

Había muerto una era. La nueva era pertenecía a las generaciones por venir. En los puestos de los mercados los alfareros cocían cuencos con la cara del rey muerto, con escenas de sus glorias pasadas que giraban una y otra vez en el torno, siempre congeladas más allá del tiempo. Aquel era el auténtico deseo de las multitudes.

Parad. Parad ahora mismo. Rezad para que este día nunca termine. Rezad para que las cenizas revoloteen por siempre. Rezad para que no llegue el mañana. Era un deseo natural, un anhelo honesto.

El relato muere, pero esta muerte aún tardará un poco. Se dice que mientras el rey yacía postrado, casi sin respiración, la gente se reunió cada día a las puertas del palacio, para llorar, para soñar con otros finales, con destinos denegados.

El relato muere, pero esta muerte aún tardará un poco.

Y la lengua roja del río fluye sin fin. Y el espíritu del rey dijo: *Os veo. Os veo a todos*. ¿No lo oís? ¿Aún podéis oírlo?

La muerte de la edad de oro
Thenys Bule

Nom Kala estaba de pie junto a los demás, una silenciosa multitud de guerreros que habían olvidado lo que era vivir. El viento tironeaba de sus capas podridas, de tiras de piel y mechones resecos de pelo. Armas toscas y erosionadas colgaban de manos retorcidas como la sombra de un pensamiento. El viento atravesaba las cuencas oculares vacías con un lamento. Podrían pasar por estatuas desgastadas por la edad, marchitas en el mismo lugar donde estaban, frente a los vientos sin fin, las lluvias insensibles, las absurdas olas de frío y de calor.

No había nada útil en aquello, y ella bien sabía que no era la única en sentir aquella inquietud. Onos Toolan, el primera espada, estaba agachado, apoyado en una rodilla a diez pasos de distancia de todos ellos, las manos cerradas sobre el mango de su espada de piedra. La punta del arma estaba enterrada en el suelo rocoso. La cabeza gacha, como si rindiera pleitesía a algún señor invisible, con poco más que un manojo de obligaciones descartadas, aunque la sombra de lo que había sido lo mantenía en el sitio; una sombra que solo Onos Toolan era capaz de ver. Llevaba un tiempo sin moverse.

La paciencia no era un juicio, pero Nom Kala sentía que el caos se iba apoderando de sus congéneres. El discurso y la palabrería de unos terribles deseos, los cimbreantes rechazos de una venganza a la espera. Era solo cuestión de tiempo hasta que uno de ellos rompiese dicha espera, hasta que desafiaran aquella servidumbre, aquella proclama de justo mando. Onos Toolan no intentaría alcanzarlos. No lo había hecho hasta ahora, por qué pensar que de pronto cambiaría…

El primera espada se levantó y los miró.

—Soy Onos Toolan. Soy el primera espada de Tellann. Rechazo vuestras necesidades.

El lamento del viento continuó como una corriente de dolor.

—Vosotros, en cambio, habréis de someteros a las mías.

Sintió como si aquellas palabras acabasen de abofetearla. *Esto es pues lo que significa someterse al primera espada. No podemos negarnos, no podemos desafiarle.* Sentía su voluntad alrededor de ella como un puño cerrado. *Hemos tenido nuestra oportunidad, pero ahora se acabó. Podríamos habernos marchado. Bastante tiempo nos dio*. Pero ninguno de los t'lan imass había hecho tal cosa. *En lugar de eso, preferimos encerrarnos en nosotros mismos, cada vez más profundamente, en un eterno reconcomernos y escupirnos y volver a reconcomernos para escupirnos una vez más. He aquí la seductiva pervivencia del odio y el rencor, de la rabia y la venganza.*

Onos Toolan podría habernos guiado hasta saltar por un precipicio y ni cuenta nos habríamos dado.

Los tres Invocahuesos orshayn dieron un paso al frente. Ulag Togtil habló:

—Primera espada, aguardamos tus órdenes.

Onos Toolan se volvió lentamente hacia el sur. El cielo sobre el horizonte parecía hervir como alquitrán. Luego miró hacia el norte, donde una nube lejana enturbiaba la luz mortecina del ocaso.

—No iremos más lejos —dijo el primera espada—. Habremos de ser polvo.

¿Y qué pasa con nuestros sueños, primera espada?

Tal era su poder, que oyó su pensamiento, y se volvió hacia ella.

—Nom Kala, no dejes escapar tus sueños. Las respuestas llegarán. T'lan imass, se acerca el tiempo de matar.

Las estatuas de movieron. Algunas se envararon, otras se agacharon como si soportaran cargas terribles. Las estatuas... *mi gente. Mis hermanas. Mis hermanos. No hay*

nadie que nos cuide, nadie que nos vea, nadie que se pregunte quiénes fuimos, quién nos dio forma con manos... cariñosas. Nom Kala vio cómo, uno por uno, se fueron convirtiendo en polvo.

Nadie queda para presenciar esto. *Polvo de sueños, polvo de todo lo que nunca conseguimos. Polvo de lo que podríamos haber sido y de lo que no podemos evitar ser*.

Las estatuas nunca están mudas. Su silencio es un rugido de palabras. ¿Las oiréis? ¿Las escucharéis?

Ella fue la última. Se quedó sola con el propio Onos Toolan.

—No hay rabia en ti, Nom Kala.

—No, primera espada, no la hay.

—¿Qué has de usar en su lugar?

—No lo sé. Los humanos nos derrotaron. Eran mejores que nosotros, tan sencillo como eso. No siento más que pena, primera espada.

—¿Y acaso no hay rabia en la pena, Nom Kala?

Sí. Quizá la haya. Pero si he de buscarla...

—Ha llegado la hora —dijo Onos Toolan.

Ella le hizo una reverencia y se dejó ir.

Onos Toolan vio a Nom Kala disolverse en una nube de polvo. Una silueta se aproximaba en su mente, las manos extendidas como en una plegaria. Conocía aquel rostro atormentado, aquel único ojo resplandeciente. ¿Qué podía decirle a aquel extraño que había conocido hacía tanto tiempo? Él también era un extraño, a fin de cuentas. Sí, se habían conocido en el pasado. *Pero ahora, míranos, ambos tan apegados al polvo*.

La angustia de Nom Kala volvió a él. De sus pensamientos había rezumado un poder pavoroso. Era joven, y de hecho, Onos Toolan se dio cuenta de que era lo que los imass

podrían haber sido, si no se los hubiera llevado el ritual, si no hubiera robado su futuro. *Un futuro de puro patetismo. Una sórdida rendición. La pérdida de la dignidad. Una muerte lenta, lenta*.

No, Toc el Joven. Nada te doy más que silencio y esta tórrida guerra.

¿Oiréis? ¿Escucharéis? ¿Alguno de vosotros lo hará?

Había morado como un parásito en sus entrañas. Había visto, por todo alrededor, los restos quebrados de una promesa abandonada largo tiempo atrás, los escombros rotos, los fluidos derramados. Pero también había habido calor, una presencia pulsante, como si la propia piedra estuviese viva. Debería haber entendido el significado de aquellos signos, pero su mente había estado sumida en su propia oscuridad, un lugar muerto de remordimientos absurdos.

De pie a menos de seis pasos de aquellos extranjeros de piel dorada, se había girado y había contemplado, como ellos, con maravilla e incredulidad.

Ampelas Enraizado.

O más bien Ampelas Desraizado. La ciudad entera, su enorme y montañosa masa, ocupaba todo el cielo al norte. Su parte inferior era un bosque de retorcidas raíces de metal, de las que caía una lluvia de arcoíris, como si incluso en su dolor fuese incapaz de sangrar algo que no fuese un regalo a la vista. Y sin embargo, Kalyth veía su agonía. Estaba inclinada hacia un lado, rodeada de humo y polvo. De su base surgían fisuras, como los nudillos rotos de un dios momentos antes de volver a golpear la tierra.

Kalyth sentía… algo, un núcleo de voluntad llameante atada por un dolor descorazonador. ¿Se trataba de la Matrona? ¿Podría ser alguien distinto? Su sangre fluía por la

roca. Sus pulmones aullaban, vientos que lanzaban su chillido al atravesar cavernas. Su sudor resplandecía y corría como lágrimas. Sangraba por mil heridas, huesos rotos que creaban enormes y cada vez más crecientes puntos de presión.

Sí, era la Matrona, pero… ya no quedaba mente alguna dentro de aquella pesadilla de carne rezumante.

Había sido *desraizada*, aquella cosa muerta largo tiempo atrás. *Desraizada*, tras un millar de generaciones de creencia, fe, y el sólido hierro de unas leyes que fueron inmutables en su día.

Ella desafía cada certeza. Insufla vida en un cadáver, y ahora este se arrastra por el cielo.

—Es una fortaleza aérea —dijo el llamado Gesler—. Engendro de luna…

—Pero esta es más grande —dijo Tormenta, que se atusaba la barba—. Si Tayschrenn pudiera verla…

—Si Rake hubiese comandado una de estas…

—Pues sí —gruñó Tormenta—, habría aplastado al mago supremo como un pulgar aplasta una cucaracha. Y luego habría hecho lo mismo con todo el maldito Imperio Malazano.

—Pero, mira —dijo Gesler—, no está en buena forma. No es tan fea como la piedra de Rake, pero tiene pinta de estar a punto de venirse abajo.

Ahora Kalyth podía ver a los furias que marchaban bajo la Torre del Dragón. *Un buen nombre para una fortaleza aérea, sí*. Miles de soldados ve’gath. Bastante más adelantados, cazadores k’ell abrían el paso de las legiones a ambos lados en formaciones relajadas. Más allá de las tropas de furias, numerosos zánganos se esforzaban para tirar enormes carromatos que chirriaban bajo el peso de sus inconcebibles cargas.

—Fijaos en los grandes —dijo Gesler—. La infantería pesada. Por los dioses del Abismo, esos son capaces de cortar en dos a un demonio kenryll'ah.

—Espada mortal —dijo Kalyth—, son ve'gath, los soldados de los k'chain che'malle. Jamás una matrona ha engendrado a tantos a la vez. Siempre se consideró que un centenar era más que suficiente. Ahora Gunth'an Acyl ha engendrado más de quince mil.

Los ojos ambarinos del hombre se fijaron en ella.

—Si las matronas podían hacer eso, ¿por qué no lo hicieron nunca? A estas alturas podrían dominar el mundo.

—El proceso causaba un horrible… dolor —vaciló un momento, y luego dijo—: se solía perder la cordura.

—Con soldados como esos —murmuró Tormenta—, ¿qué gobernante necesita cordura?

Kalyth compuso una mueca. Aquellos dos hombres eran muy irreverentes. No parecían tener miedo alguno. *Son los elegidos. Pero no había nada que indicase que me tengan que gustar, o incluso que pueda llegar a entenderlos. No, me dan tanto miedo como los k'chain che'malle*.

—Se está muriendo.

Gesler se restregó la cara.

—¿Sin heredera?

—Sí, hay una. —Señaló—. Allí, los dos que se mantienen alejados. Gunth Mach, la Hija Única. Y Sag'Churok, su guardián k'ell. —De pronto su respiración se agitó al ver quién los acompañaba con movimientos suaves como el aceite—. El que está junto a ellos es Bre'nigan, el propio centinela j'an de la Matrona. Aquí hay algo raro, no debería estar aquí. Debería estar junto a ella.

—¿Y qué hay de esos asesinos? —preguntó Tormenta, mirando al cielo—. ¿Por qué no han dado la cara? El que nos raptó…

—No lo sé, yunque del escudo.

Aquí hay algo muy raro.

Aquellos dos extranjeros, que se llamaban a sí mismos malazanos, retrocedieron cuando Gunth Mach y Sag'Churok se acercaron.

—Ges, ¿y si no les gusta la pinta que tenemos?

—¿Tú qué crees? —espetó Gesler—. Si no les gustamos, estamos muertos.

—No hay peligro —les aseguró Kalyth.

Aunque estoy segura de que Mascararroja pensó lo mismo.

Sag'Churok habló en su mente:

—*Destriant. La Matrona está encadenada*.

¿Qué?

—*Los dos shi'gal que quedaban en el Nido formaron una alianza. Han devorado su cerebro frontal y ahora dominan lo que queda de ella. Han usado su cuerpo para desenraizar Ampelas. Pero su carne está débil; Ampelas no tardará en caer. Hemos de encontrar al enemigo. Hemos de encontrar nuestra guerra*.

Kalyth miró a Gunth Mach.

¿Ella se encuentra a salvo?

—*Así es*.

—Pero… ¿por qué?

—*Los shi'gal no ven futuro alguno. La batalla es el final. No hay futuro. La Hija Única es irrelevante*.

—¿Y Gu'Rull?

—*Renegado. Desaparecido. Seguramente ya esté muerto. Intentó regresar, desafiarnos, pero lo expulsamos. Con heridas*.

Gesler interrumpió:

—Estás hablando con estas cosas, ¿verdad?

—Sí. Disculpad. Hay poderes que han despertado… sabores, en mi interior. La Hija Única… es un don.

—Si vamos a comandar este ejército de violadores de elefantes… —empezó Tormenta.

—¡Tormenta, contén tu lengua! —Gesler fue hasta su compañero, y los dos se enzarzaron en una contienda dialéctica de protestas en su lengua.

A Kalyth no le hizo falta entender lo que decían. Tormenta tenía obvios reparos, con la cara colorada como si formulase una mortal advertencia. Aquel hombre era testarudo, era evidente, mucho más que el espada mortal. Gesler empezó a despotricar contra su amigo, pero nada de lo que dijo cambió el ánimo de Tormenta. *Dice que ha tenido sueños. Ha aceptado lo que está pasando*.

—Si es necesario —les dijo a los dos hombres—, ella compartirá sus sabores con vosotros.

Tormenta se encaró con ella.

—¿Cómo de rápidos son esos ve’gath? ¿Cómo de listos? ¿Son capaces de obedecer órdenes? ¿Son disciplinados? ¿A qué tipo de señales responden? Y, en nombre del Embozado, ¿quién es el enemigo?

Kalyth negó con la cabeza ante sus preguntas.

—No tengo respuestas. No lo sé. Nada puedo decir.

—¿Y quién puede?

—¡Maldito seas, Tormenta!

El hombretón pelirrojo se volvió hacia su compañero.

—¡Tú eres el espada mortal, tú eres quien debería estar haciendo estas preguntas, no yo! ¿Aquí quién está al mando? ¡Tú, pedazo de montón de mierda de dhenrabi! ¡Así que deja ya de hacer el perrito faldero y empieza a comportarte como debes!

Las manos de Gesler se convirtieron en puños y dio medio paso en dirección a Tormenta.

—Se acabó —gruñó—. Te voy a hundir esa gorda cabeza que tienes, Tormenta, y luego me voy a dar media vuelta y me voy a largar de aquí.

Tormenta enseñó los dientes y se preparó para recibir el ataque de Gesler.

Sag'Churok irrumpió entre los dos hombres. Abrió en abanico las hojas de sus brazos y los obligó a apartarse uno del otro, si no querían que aquellos filos los mordiesen. Gesler soltó un rugido, giró sobre sus talones y se alejó una docena de pasos más o menos.

Tormenta arrugó el rostro y se envaró.

—Adelante con esos sabores, lagarto. Tenemos que hablar.

—Con él no —señaló Kalyth—. Gunth Mach es la que no tiene espadas. Esa… no, el j'an no, la otra. Ve hasta ella.

—Está bien. ¿Y luego qué?

—Y luego… nada. Ya lo verás.

Tormenta caminó hasta plantarse delante de Gunth Mach. *Valiente o estúpido, aunque imagino por cuál de las dos optaría Gesler*. Vio que Gesler se había vuelto a mirar, los brazos cruzados.

—¿Y bien? Por los dioses, qué peste suelta… —De pronto, se echó hacia atrás—. Perdón, señora lagarto —murmuró—. No pretendía insultar.

Se pasó la mano por la cara y se la miró, el ceño fruncido.

—Estoy cubierto de algo.

—Sabor —dijo Kalyth.

—¿Ese lagarto está ahora en tu cabeza, Tormenta? —Gesler resopló—. No me lo creo. Si se hubiese metido en tu mollera, ahora estaría corriendo hacia el precipicio más cercano.

—Yo no soy el que se empeña en comportarse como un estúpido, Ges.

Gesler echó una mirada a las legiones cada vez más cercanas.

—Está bien. Dime lo que pueden hacer.

—No. Averígualo por ti mismo.

—Yo no voy a ser el espada mortal de nadie.

—Lo que tú digas. Así que te vas a quedar aquí y ya está, ¿no?

El soldado se acercó a Gunth Mach con una maldición a flor de labios.

—Está bien, haz esa cosa del sudor. Total, no es que acabe de venir de nadar ni nad… —En cuanto se acercó, echó la cabeza hacia atrás y se restregó los ojos—. Oh.

Kalyth sintió una presencia a su lado.

Bre'nigan. Los ojos lechosos del centinela j'an captaron el azul oscuro del ocaso.

—*Contra dos shi'gal, poco pude hacer*.

La voz en su cabeza la sorprendió. Aquel che'malle ancestral no parecía haber dado muestras de percatarse de su presencia hasta entonces. La voz temblaba.

—*He fallado*.

Tú mismo lo has dicho, Bre'nigan. Contra dos shi'gal, poco pudiste hacer.

—*La Matrona ha dejado de existir*.

Eso es verdad, por ahora.

—*Destriant, la sabiduría en tus palabras es amarga, pero no puedo negar lo que dices. Dime, estos dos humanos parecen… problemáticos. Sin embargo, poco conozco de tu gente*.

—¿Problemáticos? Así es. No sé nada de estos malazanos, jamás he oído hablar de tribu alguna con ese nombre. Solo sé que son… incontrolables.

—*Eso no importa. La batalla será el punto final igualmente*.

—Tú también piensas que todo está perdido. Si tienes razón, ¿por qué luchar? ¿Por qué me obligáis a mí y a estos dos a marchar hacia la muerte? ¡Dejad que nos vayamos!

—*No es posible. Tú, destriant, y el espada mortal y el yunque del escudo, sois lo que queda de la voluntad de*

Gunth'an Acyl. Sois el legado de su mente. Incluso ahora, ¿quién podría decir que estaba equivocada?

—Es una carga demasiado pesada para nosotros.

—*Sí*.

Tormenta y Gesler ya se estaban peleando otra vez en su lengua. Los furias estaban cada vez más cerca, y ahora un par de ve'gath se desgajaron de los demás y se adelantaron. Sus espaldas tenían una forma extraña.

—Ahí vienen vuestras monturas —dijo Kalyth para llamar la atención de los dos malazanos.

—¿Vamos a montar en esas cosas?

—Sí, espada mortal. Fueron engendrados para ti y para el yunque del escudo.

—El de Tormenta tiene la silla de montar al revés. Así no va a poder meter la cabeza en el culo del ve'gath, ni podrá sentirse como en casa allí dentro.

Los ojos de Kalyth se ensancharon.

Tormenta soltó una risotada.

—Si tú estás al mando, Gesler, cualquier escondite me vale. Te las has visto y te las has deseado para comandar una mierda de escuadrón, y ahora tienes que comandar a treinta mil lagartos.

A Gesler se le cambió la cara.

—¿No tendrás hueco en el culo del lagarto, Tormenta?

—Te lo digo en cuanto lo vea, pero que quede claro: si cierro la puerta, se queda cerrada.

—Valiente bastardo egoísta estás hecho. No sé por qué nos hemos hecho amigos.

Los ve'gath llegaron hasta ellos.

Gesler le echó una mirada a Tormenta y habló en falari.

—Bueno, supongo que ha llegado el momento.

—Puedo saborear sus pensamientos —dijo Tormenta—. Todos sus pensamientos, hasta los de estos dos.

—Así es.

—Gesler, estos ve’gath son más que dos monturas feas. Son inteligentes. Nosotros somos aquí las bestias de carga.

—Y se supone que tenemos que liderarlos. La Matrona esa se equivocó en todo, ¿no?

Tormenta negó con la cabeza.

—Tampoco tiene mucho sentido discutir con ellos. La Hija Única me ha dicho…

—Sí, a mí también. Un maldito golpe de estado. Supongo que esos asesinos se han dado cuenta, y con razón, lo inútiles que somos. Nosotros dos y Kalyth. Tormenta, puedo oírlos a todos. Puedo ver a través de sus ojos. De todos, menos de Gunth Mach.

—Sí, se ha parapetado tras unos muros gruesos. Me pregunto por qué. Escucha, Ges, en realidad no tengo ni idea de lo que se supone que tiene que hacer un yunque del escudo.

—Eres el pozo sin fondo en el que todo el mundo sangra, Tormenta. Qué curioso que tus sueños no te mencionasen ese detalle. Sin embargo, para esta batalla voy a necesitar que lideres directamente a los ve’gath.

—¿Yo? ¿Y tú, qué?

—Yo lideraré a los cazadores k’ell. Son rápidos, pueden entrar y salir con una velocidad que los convertirá en la fuerza más mortífera del campo de batalla.

—Ges, esta guerra es una estupidez, ¿sabes? ¿Acaso el mundo no es lo bastante grande para los colaslargas y los colascortas? Qué tontería. Casi no queda nada de cómo eran las cosas antes. Es como si dos escorpiones se entretuvieran en matarse el uno al otro, mientras el desierto a su alrededor se come todo el maldito continente.

—Los esclavos se han liberado —dijo Gesler—. Y tienen un odio acumulado de un par de cientos de generaciones para alimentarse. No estarán satisfechos hasta que el último che’malle no sea un cadáver despedazado.

—¿Y luego qué?

Gesler lo miró a los ojos.

—Eso es lo que me da miedo.

—Quieres decir que nosotros seremos los siguientes.

—¿Por qué no habríamos de serlo? ¿Qué los va a detener? Se reproducen más que putas hormigas. Están consumiendo las Sendas. Por los dioses del Abismo, están cazando y aniquilando dragones. Escucha, Tormenta, esta es nuestra oportunidad. Tenemos que detener a los nah’ruk. No por los che’malle, los che’malle me importan un pimiento, sino por todo el resto del mundo.

Tormenta echó una mirada a los che’malle.

—No esperan sobrevivir a esta batalla.

—Así es. Mala actitud.

—Pues corrígesela.

Gesler los contempló, y luego apartó la mirada.

Los dos ve’gath aguardaban. Sus espaldas estaban deformadas, huesos torcidos y elevados bajo el pellejo para formar sillas. Algo parecido a dedos alargados o a las alas extendidas de un murciélago colgaba de los flancos de las bestias. Los dedos y garras se curvaban para formar estribos. Placas de armadura cubrían los hombros. Escamas de cola de langosta envolvían los cuellos echados hacia delante. Sus yelmos se extendían sobre las cabezas planas y solo dejaban a la vista los hocicos. Eran más altos que un toblakai. Y aquellas malditas bestias contemplaban a sus jinetes con una mueca feroz.

Gesler miró a Gunth Mach.

—Hija Única. El último asesino, el que escapó… tengo que encontrarlo.

—No sabemos si Gu’Rull sigue vivo —dijo Kalyth.

Los ojos de Gesler no se apartaron de Gunth Mach.

—Ella sí lo sabe. Hija Única, no pienso empezar una batalla que no pueda ganar. Si quieres que lideremos tu ejército, bueno, hay una cosa que los humanos no entendemos, y es rendirse. Luchamos incluso cuando nos muelen a palos para que dejemos de luchar. Nos rebelamos incluso cuando lo único que no tenemos encadenado son los pensamientos. Lanzamos nuestro desafío, incluso ante la muerte. Y sí, he visto gente agachar la cabeza a la espera del beso del hacha. He visto a gente de pie ante una hilera de cincuenta ballestas, sin hacer nada. Pero todos habían hecho de la muerte su arma, la última disponible, para habitar los sueños de sus verdugos por siempre jamás. ¿Puedes entenderlo? No me van las mierdas inspiradoras. Necesito a ese asesino, Gunth Mach, porque necesito sus ojos. Allí arriba, sobre mi cabeza. Con esos ojos puedo ganar la batalla.

Dices que las matronas nunca producen más que un centenar de ve’gath. Pero tu madre engendró a quince mil. ¿Crees que los nah’ruk tienen la menor idea de dónde se están metiendo? Me has llenado la cabeza de batallas pasadas, de todas vuestras patéticas derrotas, y no me extraña que estéis listos para rendiros. Pero os equivocáis. ¿Acaso estaba loca la Matrona? Quizá. Sí, lo bastante loca para pensar que podía ganar. Y para planear su victoria. ¿Loca? Brillante, más bien. Gunth Mach, Hija Única, invoca a tu shi’gal, pues ahora es tuyo, ¿verdad? No está listo para rendirse, no está listo para ceder al fatalismo de sus hermanos. Invócalo.

Silencio.

Gesler contempló los ojos de las che’malle. *Es como mirar a los ojos de un cocodrilo. El juego de verlo todo pero no reaccionar ante nada, hasta que la necesidad obliga a*

actuar. Un juego de pensamientos fríos, si es que hay pensamientos ahí dentro. Es lo que hace que las pelotas de un hombre se peguen al cuerpo en busca de algún lugar donde esconderse.

Ella habló en su mente.

—*Espada mortal, tus palabras han sido oídas. Todos las hemos oído. Habremos de obedecer*.

—Por los dioses del Abismo —murmuró Tormenta.

Kalyth se acercó a Gesler, con los ojos desorbitados.

—Se está elevando una oscuridad entre los k'chain che'malle.

Pero en aquellos ojos, más allá de la maravilla, Gesler vio miedo. *Ve cómo alimento una falsa esperanza. Por los dioses, mujer, ¿qué pensabas que hacía si no un comandante*? Fue hasta a uno de los ve'gath, se agarró a lo que parecía el cuerno de la silla, puso una bota en el estribo, que de pronto se cerró sobre su pie, y se subió de un salto a la grupa de la bestia.

—Listos para marchar —dijo, a sabiendas de que todos oirían su voz—. Nos vamos a esperar a que los nah'ruk vengan a por nosotros. Iremos directos hacia ellos, directos a sus malditas gargantas. ¡Kalyth! ¿Sabe alguien si esa fortaleza flotante nos seguirá? ¿Entrarán en batalla junto a nosotros?

—No lo sabemos, espada mortal. Creemos que sí. ¿Qué otra opción queda?

Tormenta batallaba por subirse a su montura.

—¡Está intentando hacerme pulpa el pie!

—Relájate y se relajará —le aconsejó Gesler.

La Hija Única habló de nuevo en su mente:

—*El shi'gal se acerca*.

—Bien. Que dé comienzo todo este lío.

Gu’Rull agitó las alas y planeó cerca del precipicio que era el lateral de Ampelas Desenraizado. En su interior no queda más que un shi’gal, él se había encargado de infligir heridas mortales al otro antes de que lo expulsaran del Nido y luego de la ciudad. Cortes Profundos lloraba chorros de sangre por su pecho, pero ninguno de ellos era fatal. Ya había empezado a curarse.

Ante él, en la planicie, los furias habían reanudado su marcha. Miles de cazadores k’ell se abrían en formación de media luna a medida que avanzaban hacia el sur. Nubes negras hervían en el horizonte. El ocaso las iba devorando poco a poco; el sol desaparecería en breve tras las colinas del oeste. Los nah’ruk se habían alimentado en aquel día, pero su presa había demostrado ser más letal de lo que habían anticipado.

Aquel espada mortal había impresionado a Gu’Rull con sus palabras, tanto como eran capaces de impresionarlo aquellos débiles humanos, aunque era cierto que ni el llamado Gesler ni el llamado Tormenta eran verdaderamente humanos. Ya no. El aura de su presencia casi cegaba al shi’gal. Habían sido forjados en fuegos ancestrales. Thyrllan, Tellann, quizás incluso en el aliento y la sangre de los eleint.

Los k’chain che’malle no rendían pleitesía a nadie, pero cuando se trataba de los eleint, su resolución se debilitaba. *Hijos de los eleint. Aunque nosotros no somos nada de eso. Solo nos atribuimos ese honor. Aunque, ¿acaso no es eso lo que hacen todos los mortales al aferrarse a sus dioses, al tallar en piedra sus malignas leyes de adoración y obediencia? Hijos de los eleint. Llamamos a nuestras ciudades con los nombres de los Primeros Dragones Nacidos, aquellos que en su día atravesaron los cielos de este mundo*.

Como si les importase.

Como si se dieran cuenta siquiera.

Aquel espada mortal había hablado de rechazo, de desafío ante el destino que los aguardaba. Tenía valor, y una voluntad testaruda. Loable vanidad. *Responderé a su invocación. Le daré mis ojos mientras surque los cielos. Mas no le habré de advertir que mi deferencia no pasará del inicio de la batalla. Ya se encargarán los nah'ruk de que así sea.*

Aun así, en memoria de Gunth'an Acyl, habré de obedecer.

Las dudas se arremolinaban alrededor del de la barba pelirroja, el yunque del escudo. Su corazón era grande, aquello era verdad. Tenía sentimientos, compasión, opuestos a su apariencia bestial, a aquel fuego de simio. Pero aquel tipo de criatura solía ser vulnerable. Sus corazones sangraban con mucha facilidad, y las cicatrices nunca terminaban de sanar. Era una locura abrazar el dolor y el sufrimiento de los k'chain che'malle; ni siquiera una matrona accedería a hacerlo. Cualquier mente aullaría. Cualquier mente moriría.

Daba igual, no era más que un mortal, un humano. Resistiría tanto como pudiera, y fracasaría. Los bracamartes descenderían, en un instante de la más pura misericordia…

—Basta de estupideces. Tus lastimeros pensamientos me importan un carajo vendado. Asesino, soy Gesler. Tu espada mortal. Cuando llegue el alba, al comienzo de la batalla, serás mis ojos. No huirás. No me importa lo feas que pinten las cosas desde ahí arriba. Si para cuando acabemos no tienes el aspecto de un pajarito que ha pasado a través de un molino de viento, me habrás fallado. A mí y a los tuyos. Así que ni se te ocurra…

—Oigo tus palabras, espada mortal. Cuenta con mis ojos, peor para ti.

—Me parece bien, siempre que me hayas entendido. ¿Qué hemos de esperar cuando avistemos a los nah'ruk?

Gu'Rull se lo contó. El humano no dejó de interrumpirlo una y otra vez con preguntas pertinentes y agudas. Y así, a medida que disminuía la sorpresa por su poder, que había derribado sin dificultad las defensas de Gu'Rull y había irrumpido en su mente, esta se iba convirtiendo en indignación, también la estima del shi'gal por el espada mortal se tornó en una mezcla de incredulidad y resentimiento. El asesino no podía permitirse la ilusión de la esperanza. Y sin embargo, aquel hombre era un guerrero en su sentido más estricto.

¿Y qué sentido estricto era ese? Bueno, era la locura de la fe. Ahora has hecho que tengamos fe. Fe en ti. Fe contigo. Fe en esa locura que te empeñas en compartir con nosotros.

Tienes un sabor amargo, humano. Tienes contigo el sabor de tu mundo.

Entre maldiciones, Tormenta obligó a su montura a mantener el paso de Gesler.

—Estoy empezando a captar un hedor particular. Se esconde en pensamientos subrepticios, en el fondo de oscuras simas…

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber de qué estás hablando? —preguntó Gesler—. Y dímelo rápido; ese asesino está volando ya hacia el enemigo. Han acampanado, puedo ver varias hogueras pequeñas y una pira enorme. Hay montones de humo. Dioses, me va a estallar la cabeza…

—No me estás escuchando —dijo Tormenta—. Ese hedor significa que saben algo. Gunth Mach sabe algo y nos lo está ocultando. Tengo la sensación de que…

Gesler alzó de pronto la mano, y Tormenta pudo ver la mirada lejana en el rostro baqueteado de su amigo. Vio

cómo los ojos de Gesler se llenaban de terror.

—Que Beru nos asista, Tormenta… veo los restos… montones de armas y armaduras… Tormenta…

—Los nah’ruk… han…

—Han acabado con los Cazahuesos. Dieron con ellos, y… dioses, ¡hay montañas de huesos! ¡Los cabrones se los han comido!

Gesler estuvo a punto de caerse de la montura, pero Tormenta lo sujetó.

—¡Ges! ¡Dime lo que ves!

—¿Qué crees que estoy haciendo? ¡Por todos los dioses del Abismo!

Sin embargo, las palabras se secaron en su garganta, y lo único que Gesler pudo hacer fue contemplar desde los ojos del asesino, que ahora planeaba sobre el campo de batalla y aquel enorme campamento. Vio un cráter en el que cabría un palacio entero, y la gigantesca mancha de lo que parecían carbones entre troncos comidos por las llamas. No, no eran troncos... eran extremidades. Eran nah’ruk abrasados, que aún ardían. ¿Eso lo había hecho la magia? A Gesler le resultaba difícil de creer. ¿Un único golpe de una senda, capaz de prender fuego a miles de ellos? *Y ese cráter... quizá podría causarlo un centenar de malditos... pero desde luego no teníamos un centenar de malditos*.

Podía oír cómo Tormenta lo llamaba a gritos, pero su voz parecía muy lejana, demasiado para que le importase. Las trincheras salpicaban una colina, algunas de ellas llenas de armaduras y armas. Cráteres más pequeños salpicaban el promontorio, todos llenos de huesos. A un lado, cientos de nah’ruk se movían entre caballos muertos y cuerpos ennegrecidos. Enormes carromatos cargaban con montones

de carne. Docenas de nah’ruk tiraban de ellos con arneses sujetos a sus cuerpos.

Así ha acabado la carga de los khundryl. Los han barrido. Al menos algunos de los aliados llegaron a tiempo, pero, ¿a tiempo de qué? De morir. Dioses, aquel era el revés más cruel que los dioses hubieran podido darles. Ni siquiera querían entrar en batalla, al menos no con aquellos malditos lagartos. Allí no, en medio de las Tierras Yermas.

La voz del asesino shi’gal se introdujo en el hilo de sus pensamientos:

—Tu gente les ha hecho daño a los nah’ruk. Esta cosecha que contemplas ha tenido un precio, espada mortal. Al menos tres furias han sido destruidos.

Esos de ahí abajo eran mis amigos. Esta lucha no era la suya.

—Fueron valientes. No se rindieron.

Gesler frunció el ceño.

¿Acaso era una opción?

—No lo sé. Lo dudo. Eso es irrelevante. Contra nosotros, mañana, no habrá cuartel.

Tienes toda la razón, dijo Gesler con un gruñido.

—¡Gesler!

Parpadeó y la escena se desvaneció de su mente. Se volvió hacia Tormenta.

—Pinta muy mal —dijo, y se restregó los ojos—. Todo ha salido mal. Los nah’ruk iban de camino a enfrentarse con los k’chain che’malle. Golpearon a los Cazahuesos como un puño. Ha habido una matanza, Tormenta. Solo queda un ejército en pie.

Gu’Rull volvió a hablar en su mente:

—He encontrado un rastro, espada mortal. Signos de retirada. ¿Deberíamos seguirlo? Los nah’ruk sienten que nos aproximamos. Nuestros ve’gath hacen tronar la tierra. Están preparando la marcha para encontrarse con nosotros. Este

cielo está falto de luz, preñado de vientos ajenos... no puedo...

Al sur restalló un relámpago, una grieta de luz en la noche. Un golpe reverberó en su mente. Gesler gruñó.

¿Asesino? Contéstame. ¿Qué ha pasado?

Pero no era capaz de alcanzar la mente del lagarto alado. No podía encontrar a Gu'Rull en ninguna parte. *Mierda*.

—¿Eso de ahí delante es un condenado frente de tormenta, Gesler? ¿Eso que tienes en la cara es sangre? Por el Embozado, ¡dime qué sucede!

—¿De verdad lo quieres saber? —dijo Gesler, con una mueca que era toda dientes. Escupió—. Los nah'ruk lo han dejado todo. Vienen a por nosotros. Estamos solos.

—¿Y los Cazahuesos?

—He dicho que estamos solos.

Los exploradores emergieron de la implacable oscuridad. Las estrellas se habían desvanecido aquella noche; el resplandor de jade había desaparecido. Ni siquiera aquel miasma hinchado que era la luna se atrevía a asomarse al cielo. El caudillo Strahl se estremeció por un súbito escalofrío. Aguardó a que los exploradores llegaran hasta él.

Los dos guerreros senan estaban encorvados, como si los consumiera el terror o bien estuvieran heridos. Se detuvieron ante él y ambos se arrodillaron. Comprobó que estaban exhaustos; sus pechos subían y bajaban.

Míralos. Mira esta oscuridad. ¿Habrá acabado el mundo esta noche?

No pensaba meterles prisa ni exigirles palabras que intentasen formular con rapidez. Bastante pavor había ya en sus respiraciones alteradas.

El resto de los barghastianos senan aguardaban detrás del caudillo. Algunos dormían, pero la mayoría estaban

desvelados. Hambre. Sed. La consunción de la pérdida, una débil canción de llanto. Sentía montones de ojos fijos en él, ojos que apenas veían más que una silueta vaga y difusa, como él bien sabía. Veían la verdad en él; ante ellos no tenía dónde esconderse.

Uno de los exploradores había recobrado el aliento.

—Caudillo, hay dos ejércitos en la planicie.

—Los malazanos.

—No, caudillo. Se trata de demonios.

El otro siseó:

—¡Hay miles de ellos!

—Dos ejércitos, decís.

—Marchan el uno contra el otro, en plena noche. ¡Estamos casi en medio de los dos! Caudillo, hemos de retirarnos. ¡Tenemos que huir de aquí!

—Volved al campamento, los dos. Descansad. Dejadme aquí. No digáis nada.

Una vez que se hubieron alejado, Strahl se ajustó las pieles sobre los hombros. Aquel ocaso, habían atisbado un engendro de luna, uno de ángulos duros y superficies planas. Sus guerreros de vista más aguda afirmaron que estaba tallado en forma de dragón. *Dos ejércitos de demonios. ¿Qué mejor lugar para enfrentarse que las Tierras Yermas? Vuestra guerra no es la nuestra; nosotros no pretendemos más que dar caza a los malazanos, ¿no es así? Nuestros antiguos enemigos. Unos enemigos dignos*.

¿Acaso no habían traicionado la alianza en Coral? ¿Acaso no habían intentado engañar a Caladan Brood y arrebatarle la ciudad en el nombre de su emperatriz, maldita fuera? Si no hubiera sido por Anomander Rake, habrían tenido éxito. *Aquellos Cazahuesos decían ser renegados, pero, ¿no había dicho lo mismo Dujek Unbrazo? No, esta es la típica sarta de mentiras. Busquen lo que busquen, conquisten lo que conquisten, lo reclamarán para la emperatriz*.

Onos Toolan, ¿qué otro enemigo existía? ¿A quién más podías esperar encontrar? ¿Quién era un digno enemigo si no los malazanos, conquistadores, devoradores de historia? Onos, dijiste que una vez les serviste. Pero los abandonaste. Llegaste a liderar a los rostros blancos. Conocías a este enemigo, nos dijiste tantas cosas que ahora nos hacen falta. Qué idiotas fuimos; no llegamos a verlo.

Pero yo ahora lo veo.

Aquellos demonios podían quedarse con su batalla.

Sí, los senan se retirarían. Strahl se dio media vuelta.

El polvo flotaba por el campamento senan, plateado como la luz de la luna, en espirales que ascendían por todas partes. Alguien lanzó un chillido.

Guerreros fantasmales, el brillo del hueso, hojas onduladas de sílex y pedernal…

Strahl contempló la escena, sin llegar a comprender. Brotaron gritos, aquellas terribles armas golpearon, atravesaron carne y huesos mortales. Los gritos de guerra de los barghastianos resonaron, el hierro chocó contra la piedra. Caras podridas, ojos que eran pozos negros.

Una figura ciclópea apareció justo delante de Strahl. Los ojos del caudillo se salieron de sus órbitas al ver a la luz de las hogueras la espada que la criatura sostenía en sus manos huesudas. *No. ¡No*!

—¡Te vengamos! ¡Onos Toolan, los vengamos a todos! ¡No lo hagas… no puedes…!

La espada trazó un tajo en diagonal que cercenó ambas piernas de Strahl, desde su cadera derecha hasta debajo de su rodilla izquierda. Se deslizó en la misma dirección que la hoja y se encontró en el suelo. Sobre él, nada más que oscuridad. Un frío enfermizo lo embargó. *Hicimos todo lo que pudimos. Es nuestra vergüenza. Nuestra culpa. Caudillo, por favor. Aquí hay niños. Hay inocentes*…

El tajo descendente hizo pedazos su cráneo.

Los senan murieron. Los barghastianos rostros blancos murieron. Nom Kala no participó en la matanza. Los t'lan imass no tenían piedad, y si ella hubiera tenido corazón, se le habría crispado ante aquel horror sin remordimiento.

Se pagó con creces a los asesinos de su mujer y de sus hijos. Los cortaron con implacable eficiencia. Nom Kala oyó a madres suplicando por las vidas de sus hijos. Y oyó sus aullidos de muerte. Oyó el llanto de pequeñas voces, que de pronto se quedaron en silencio.

Era aquel un crimen capaz de envenenar cualquier alma. Casi podía sentir la tierra quebrarse y sangrar bajo sus pies, como si los mismos espíritus se retorcieran, como si los dioses se tambalearan. La rabia que manaba de Onos Toolan era más oscura que el cielo, más densa que ninguna nube. Brotaba en oleadas de su propio reconocimiento horrorizado. Lo sabía, podía verse a sí mismo como si lo hubiesen arrancado de su propio cuerpo y alejado lejos. Lo vio todo, y la mera visión de lo que estaba haciendo lo acercaba a la locura.

A él y a todos nosotros. Oh, dadme de nuevo el polvo. Dadme una mañana nacida en el olvido, nacida en el eterno y bendito olvido.

Había miles. Huían a puñados en la noche, pero muchos de ellos ya estaban muertos. *Esto es lo que fue una vez. Terribles ejércitos de t'lan imass. Así cazamos a los jaghut. Les trajimos lo mismo que estoy viendo ahora. Por todos los espíritus, ¿es esta la única voz que poseemos*?

Un terrible lamento surgía de la nauseabunda estela de las últimas estocadas mortales, un lamento que parecía girar y arremolinarse. Venía de los t'lan imass, de cada guerrero bañado en sangre y vísceras, con armas chorreantes en las manos. Era un sonido que atravesó a Nom Kala. La hizo

retroceder a trompicones, como si suplicase a la oscuridad que se la tragase entera.

Onos T'oolan. Has cumplido tu venganza, pero lo has hecho sobre nosotros, tus patéticos seguidores. Seguimos tu mando. Hicimos lo que ordenaste. Rompimos nuestras cadenas. Nos desatamos... ¿cuántos milenios llevaba esta rabia dentro de nosotros? Desencadenados, desencadenados y lanzados de vuelta a la vida.

Ahora nos hemos convertido en asesinos de niños. Hemos entrado en el mundo, otra vez, después de pasar tanto tiempo... libres de sus crímenes. Onos Toolan, ¿es que no lo ves? ¿Es que no lo entiendes?

Ahora, una vez más, hemos entrado en la historia.

Si esto es lo que siente un yunque del escudo, no quiero el cargo, ¿me oís? ¡No lo quiero! Tormenta conocía a Gesler, sabía lo que significaba su rechazo. Había visto los cadáveres a través de los ojos de aquel maldito rhizan. La matanza que había acabado con los Cazahuesos y los letherii. Habían marchado con ellos hacía dos días. Todos esos rostros que conocía, todos esos soldados a los que le gustaba gritar… todos habían desaparecido. Muertos.

Todo aquello estaba mal. Él y Ges deberían haber muerto con ellos. Deberían haber muerto luchando a su lado. La hermandad solo encuentra sentido a las puertas de la muerte, en caer uno junto a otro, en la oscuridad y el súbito despertar ante la Puerta del Embozado. *Sí, somos familia cuando luchamos hasta el último hombre, pero la verdadera familia reside en los muertos. ¿Por qué si no nos tambaleamos medio ciegos después de cada batalla? ¿Por qué miramos si no a nuestros congéneres muertos y nos sentimos tan abandonados? Porque se han ido sin nosotros; por eso*.

Esto lo sabe un soldado. Y un soldado que diga lo contrario, el Embozado lo maldiga, no es más que una mentira.

Faltaba poco para el alba. El último día se acercaba. *Pero esta no es la familia que yo conocí. No es la familia que yo quería. Todo lo que tengo es Gesler. Lo hemos pasado todo juntos, cierto, así que al menos podemos morir juntos. Al menos eso tiene sentido. Todo lo hemos hecho juntos. Falar… ¡dioses, qué jóvenes éramos! Y qué malditos necios, sí. Escapamos, nos juramentamos en el culto a Fener, aunque lo hicimos por los rumores de las orgías. ¿Qué niñato mocoso no saltaría ante la mera idea*?

Malditas orgías, vaya que sí. Pero deberíamos habernos dado cuenta solos. Si era un dios de la guerra, ¿cómo iban a ser las orgías? Eran orgías, claro, pero orgías de sangre, no de sexo. Estábamos pensando con el órgano equivocado. Pero claro, a esa edad, ¿con qué íbamos a pensar?

Solo que nunca salimos, ni nos hicimos más listos, ¿verdad? Nos metimos en una alcantarilla y pasamos los siguientes veinte años diciéndonos el uno al otro que tampoco olía tan mal, que en realidad el olor era tan dulce como el de la lluvia. Los k'chain che'malle iban a morir. Iban a derramar su sangre sobre él almas atestadas en busca de su abrazo, significara lo que significase aquello. La Matrona que había querido que las cosas fueran así estaba muerta, pero por otro lado… ¿no es morir el camino primero y principal para ascender, para convertirse en una deidad?

Aunque comerse la parte delantera de su cráneo es algo enfermizo. Ya se encargará ella de hacerles pagar por lo que habían hecho, ahora que es una diosa o lo que sea.

Bueno, Tormenta mantendría la puerta bloqueada hasta el último momento. Tenía que comandar un ejército, a fin de cuentas. Una patulea de pesados que serían capaces de tirar de la crin de un caballo sin pensarlo un segundo. *Imagínate*

lo que Coltaine habría hecho con estas legiones. Si hubiera contado con ellas, Korbolo Dom no estaría meneando en dedo dentro del trasero de Laseen ahora mismo. De hecho…

—¡Por el aliento del Embozado, Tormenta, no dejan de escapársete los pensamientos más desagradables!

—¡Pues sal de mi cabeza!

—He dicho que se te escapan, pedazo de zoquete. No estoy dentro de tu cabeza. Escucha, deja de pensar en que nos vamos a convertir en mierda de buitre, ¿de acuerdo? No sé si estos bichos tienen algo parecido a la moral, pero si la tienen, te la acabas de cargar.

—¡Eran mis pensamientos!

—Entonces invéntate el modo de que se te queden dentro de la cabeza. Imagínate esa cabezota tan dura tuya. Tiene agujeros, ¿verdad? Los ojos, la nariz, lo que sea. Imagínate que están bloqueados. Así estarás a salvo. Ahora podrás pensar en todas las estupideces que se te antoje.

—¿Por eso no recibo nada de ti?

—No, es que ahora mismo estoy demasiado aturdido para pensar. El cielo se ilumina; mira aquella nube al sur. No es una nube, es un agujero en el cielo. Es una senda bien abierta. Nada más con mirarla ya se me pone la piel como una sanguijuela bajo una piedra.

—Ges, esas legiones…

—Los furias.

—No están preparados para la batalla, a no ser que simplemente quieras marchar directo hacia ellos, como solían hacer en Quon.

—Tienes razón, los de Quon tenían tropas muy mal entrenadas, pero eran un montón. Con tanta gente, ¿quién necesita tácticas?

—Nosotros.

—Exacto. Veamos si podemos hacer que se dispongan en formación de sierra…

Se detuvo de pronto.

En aquel mismo instante, algo pasó a través de Tormenta. Soltó un gruñido y giró sobre sus talones.

La enorme caravana de equipajes se había detenido. Los zánganos, criaturas más pequeñas, no mucho mayores que un humano, atestaban las plataformas, se dedicaban a sacar de ellas planchas rectangulares de hierro.

—Gesler, ¿eso son escudos?

Gesler había detenido su montura y acababa de girarla.

—Sí, eso creo. Me preguntaba qué pasaba con esas hachas de cabeza y media que llevaban los ve’gath. Parece que esa es la verdadera infantería pesada.

—Yo no sería capaz de levantar uno de esos escudos, y de sostenerlo en un brazo ni hablamos. ¿Los nah’ruk tienen proyectiles?

—Desatasca tu cabeza —dijo Gesler—, y tendrás la respuesta. Otra invención de la Matrona. Debe de haber sido brillante, diría.

—Se trataba de un lagarto hembra bien gordo.

—Sí, y también rompió con una tradición inmutable de diez mil años. Y los che’malle dicen que jamás han tenido una religión.

Tormenta gruñó, sin entender mucho de lo que había querido decir Gesler. Miró alrededor en busca de la destriant.

A veinte pasos al oeste, Kalyth estaba a horcajadas sobre la espalda de Sag’Churok, pero no contemplaba el rápido reparto de aquellos escudos gigantescos entre las ropas ve’gath. En lugar de eso, miraba al sur. Tormenta siguió su mirada.

—Ges, ya los veo. Es una línea de legiones.

—Furias —dijo Gesler.

—La delantera está compuesta de cinco. Y quizá tres de profundidad. Por el aliento del Embozado, tiene pinta de que nos sobrepasan en número por mucho. Estoy pensando que

cada legión debería tener tres dientes, con tropas de no más de treinta de profundidad. Podríamos alcanzar aquel promontorio más adelante y hacernos fuertes ahí, plantar los escudos.

—Entonces tú desplegarás a mis k'ell, Tormenta. Enséñales los dientes, que los nah'ruk se enzarcen con ellos. ¿Cuánto crees que puedes mantener la posición en aquella cresta?

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Quiero que la mayoría de los furias enemigos se dediquen a sacaros de aquella cresta. Quiero que los destrocéis, lo bastante para que agachen la cabeza y no tengan en mente nada más que dar un paso más adelante. No quiero que miren ni a izquierda ni a derecha.

—Y mientras sucede todo eso, ¿qué va a hacer Ampelas Desenraizado? —preguntó Tormenta.

—Desatasca la cabeza.

—No, prefiero hablar.

Kalyth se acercó a caballo.

—Usan hechicería. Defensas, armas.

Había algo que Tormenta no entendía. Sabía que lo haría si tumbaba los muros que había levantado alrededor de sus pensamientos, pero no quería hacerlo. Se trataba de Ampelas Desenraizado. Gesler no lo tenía en cuenta para sus tácticas. ¿Por qué? *Da igual*.

—Ges, cuando ya no tengamos que mantener la posición, ¿qué quieres que hagamos?

—Posición simple, avance a pie. Cortad a esos bastardos en dos, Tormenta. Un ala estará en mejores condiciones que la otra. A esa hay que bloquearla, a la más débil, la aniquilaremos. Entonces podemos girar y acabar con la otra mitad.

—Ges, estos ve'gath nunca han luchado así antes. Los k'chain che'malle no tenían tácticas de este tipo, por lo que

puedo ver en mi cabeza.

—Por eso mismo nos necesitaban a los humanos —dijo Kalyth—. Ella lo comprendió. Vosotros dos… —negó con la cabeza—. Los k'chain che'malle consumen vuestra confianza. Están saciados. Os oyen discutir la batalla, y vuestras palabras los llenan de asombro. Y de… fe.

Tormenta frunció el ceño. *Mujer, si pudieras leer mis pensamientos ahora, saldrías corriendo entre gritos. Por supuesto que ahora decimos que haremos esto y luego aquello y luego aquello otro, y que todo suena perfectamente lógico. Pero sabemos que no es más que una broma. Cuando empieza la batalla, todo se convierte en la vieja cesta de picnic del Embozado*.

Ges y yo no somos más que amateurs. Dujek sí que era bueno en esto, pero Dassem Ultor, ah, él era el mejor de todos. Podía plantarse delante de diez mil soldados y relatarles cada uno de los mandobles que iban a dar durante la batalla. Para cuando acababa con tanto girar aquí, presionar allá, romper defensas acullá, todos asentíamos medio aburridos y listos para empezar con el trámite. Para nosotros ya estaba hecho, y el primera espada, bueno, se limitaba a mirarnos a todos y asentir una única vez.

El día continuaba y el caos era un campo de flores. Para cuando llegaba el ocaso, el enemigo ya estaba muerto o a la huida.

Oigo ecos suyos en ti, Ges. Te veo hablar en ese tono suyo de hechos probados, y esa cara de hierro calentado al sol, que todos sabíamos que se volvería de hielo cuando llegase el momento. Una cosa te concederé, amigo, al menos copias al mejor de todos, y lo haces bien.

Se tironeó de la barba.

—¿Alguien tiene una jarra de cerveza? No me acuerdo de la última vez que entré en batalla sin un solo eructo ácido.

—Escrutó el rostro de Kalyth por un momento y suspiró—. Da igual. Venga, Ges, ve a esconder a tus k'ell. Yo me encargo de todo aquí.

—Te veo cuando todo acabe, yunque del escudo.

—Así será, espada mortal.

La temperatura aumentaba bajo Kalyth. Sag'Churok estaba empapado de sabores de violencia. Ella se sentaba, encorvada, estremecida. Sentía los huesos como si fueran ramas atrapadas en un lago helado. Aquellos dos soldados le causaban un enorme rechazo. Su confianza era demencial. La tranquilidad con la que habían asumido el mando, y la displicencia con la que intercambiaron sus títulos momentos antes de separarse la dejó aturdida.

Su gente se había cruzado con comerciantes de Kolanse. Había visto caravanas custodiadas por guardias armados, que mantenían el tipo aburridos mientras los comerciantes regateaban con los ancianos elan. Los niños se les habían acercado, los ojos brillantes, pero ninguno se atrevió a acercarse tanto como para tocarlos, por más ganas que tuvieran. Aquellos asesinos eran imanes. Su silencio y sus ojos vacíos avivaban algo en los niños y niñas, Kalyth podía ver su anhelo pueril, el susurro del romance de los horizontes que aquellos guerreros habían visto. Semejantes escenas la habían asustado, y había rezado a los espíritus para que aquellos extranjeros se fueran, para que se llevasen con ellos sus peligrosas tentaciones.

Al mirar a los ojos de Gesler hacía un momento, había visto la misma terrible promesa. El mundo era demasiado pequeño para él. El horizonte lo encadenaba, y el tirón de aquella cadena era implacable. No le importaba lo que quedaba atrás en su estela. Los de su calaña jamás se preocupaban por esas cosas.

Y sin embargo, yo lo sabía. Gu'Rull vio la verdad. Estos son los que andaba buscando. Estos dos hombres son la respuesta a la visión de Gunth'an Acyl. Un futuro vivo con esperanza.

Pero a ellos no les importa. Nos llevarán a la batalla, y si todos nosotros morimos, o bien escaparán en el último momento o bien caerán a su vez. No les importa. No son tan diferentes de Mascararroja.

Aquellos guardias de las caravanas que aún poblaban sus recuerdos estaban muertos y lo sabían. Aquel conocimiento era la única amante que compartían todos los guerreros y soldados, una ramera de proporciones monstruosas. Una ramera que se cobraba en sangre, cuyos chulos eran reyes, generales y profetas fanáticos. *Y todo está al revés; es la ramera la que viola*.

Uno no podría alcanzarla ni en un millar de años.

Una vez, dos jóvenes valientes habían desaparecido tras la partida de una de las caravanas. Ancianos y padres se reunieron para discutir si debían partir en su busca para traerlos de nuevo a rastras hasta la aldea. Al final, los ancianos rechazaron el asunto, y las madres no tuvieron más opción que desgranar un quedo llanto mientras sus esposos las contemplaban.

Se pusieron cadenas y lo llamaron libertad. La ramera los secuestró.

Kalyth quería que Gesler y Tormenta murieran. Lo deseaba con todo su corazón. No había razón alguna detrás de su anhelo. No habían hecho nada mal. De hecho, estaban a punto de hacer precisamente aquello que debían. Y no pensaban escaquearse de su destino. *Mi odio y mi miedo no es culpa suya*.

Pero quiero un mundo sin soldados. Quiero ver cómo se matan unos a otros. Quiero ver reyes y generales de pie, solos, sin una sola alma a la que aferrarse con sus garras,

sin ninguna espada que respalde su voluntad. Que se vean por fin como las miserables criaturas que en realidad son.

¿Qué puede hacer que suceda? ¿Cómo podría crear un mundo así? Espíritus que bendecís a mis ancestros, ojalá lo supiera.

Había perdido a su Mahybe, el recipiente de cerámica que aguardaba su alma. Para ella, la muerte era una pesadilla que se acercaba irremediablemente. No tenía razón alguna para soñar con el futuro. De algún modo, ¿eso no la emparentaba con aquellos guardias de las caravanas? ¿No era al fin y al cabo lo mismo que Gesler y Tormenta? ¿Qué veían ellos en los ojos de Kalyth?

Soy una destriant. Y sin embargo, en mis sueños anida la traición. Cuando contempló a los ve'gath, el eco de su agonía volvió a ella, los horrores de la Matriz. No se merecían lo que estaba a punto de sucederles, y sin embargo ansiaban que sucediera. Si Kalyth pudiese ahorrarles aquel día de muerte, lo haría. En cambio, los estaba guiando contra su propio pueblo. Una guerra santa contra los soldados del mundo y sus señores.

Solo dejaría pastores y granjeros y pescadores. Artistas y alfareros y curtidores. Cuentacuentos y poetas y músicos. *Un mundo para ellos y para nadie más. Un mundo de paz*.

Los furias nah'ruk parecían devorar la planicie en su avance. El este brillaba con el nacimiento del sol, pero el cielo sobre las legiones enemigas era una enorme mancha, un moratón, un hocico a través del cual brillaba el viento.

Tormenta desenvainó la espada. Veía a las líneas delanteras del enemigo preparar sus mazas. Eran armas de hechicería: las visiones o recuerdos robados destellaron con escenas de una magia devastadora en su mente. *Preparad los escudos y rezad por que el hierro aguante*.

Miró por encima del hombro hacia Ampelas Desenraizado. Un velo de humo blanco envolvía la fortaleza aérea. ¿Nubes? Tormenta frunció el cejo y centró su atención en los ve'gath. Estaban dispuestos sobre la cresta como si los hubiese colocado ahí su propia mente; ahora que había derribado los muros de sus pensamientos sabían a la perfección lo que se esperaba y necesitaba de ellos. *Y no piensan ceder, a no ser que el pánico me domine, y bien sabe el Embozado que, con toda la mierda que he visto en mi vida, eso nunca ha pasado. Y no va a pasar hoy*.

—Mantengamos la posición, lagartos. Mantengamos la posición.

Un súbito crujido recorrió las filas de lagartos a medida que alzaban las cabezas. Tormenta se volvió en la dirección en la que miraban.

Varias figuras emergían de aquel agujero en el cielo mañanero. Enormes, negras, se abrían paso en un oscuro parto a través del remolino espumoso que era la entrada a la senda.

Fortalezas aéreas. Ninguna era tan grande como la que había a su espalda, quizá tenían dos tercios de su tamaño, y ninguna estaba tallada más allá de angulosas planicies de piedra negra. Y sin embargo…

Trees… cinco… ocho.

—*¡Que Beru nos asista*!

Ampelas Desenraizado empezó a arder como una estrella tras él.

La ensordecedora y cegadora salva de hechicería crepitó a través del cielo. Enormes trozos de piedra ardiente se desprendieron, arrancados de las tres fortalezas aéreas nah'ruk más cercanas. Fragmentos de piedra destrozada del tamaño de edificios cayeron hacia la tierra en medio de

columnas de una humareda turbia. Se estrellaron contra el suelo en medio de la retaguardia de los nah’ruk.

Con los oídos ensordecidos a causa del estruendo, Gesler se aupó en los estribos. Ampelas Desenraizado se había desplazado en el aire, y ahora flotaba casi sobre sus cabezas.

—¡Por el aliento del Embozado! ¡Cazadores k’ell, apartaos de su sombra! ¡Salid de debajo de ella! ¡Por el este y por el oeste, corred!

Cargó hacia delante con sus ve’gath. ¡Tormenta! ¡Al carajo el plan! ¡A la carga! ¿Me oyes? ¡Cargad y penetrad sus líneas!

Había oído las historias sobre el asedio de Pale. La lluvia de escombros que llovió desde Engendro de Luna rompió la espalda de los defensores. Aquella mortífera lluvia de residuos era capaz de hacer pedazos su ejército entero.

De la herida en el cielo emergieron más fortalezas aéreas nah’ruk.

Varios relámpagos crepitaron y surgieron salvajemente desde media docena de fortalezas aéreas. Todos convergieron en Ampelas Desenraizado.

Las explosiones retumbaron. Y dio comienzo la lluvia de pura masacre.

Los enormes carromatos con su desbandada de zánganos desaparecieron bajo una avalancha que hizo que los cazadores k’ell salieran volando por los aires con las colas cimbreado en busca de equilibrio entre pataleos. Una monstruosa ola de polvo se expandió y devoró aquel horror. Más trozos gigantescos de piedra se descuajaringaron de Desenraizado y cayeron.

En medio del torrente de humo y escombros, Ampelas volvió a atacar.

La línea de sierra de los ve’gath voló por los aires como si la misma cresta se los hubiera sacudido de encima. Los enormes guerreros se lanzaron ladera abajo hacia la línea de las tropas nah’ruk.

La magia emergió de las mazas alambradas y chocaron contra el muro de los escudos de hierro. Los ve’gath se tambalearon, pero ni uno solo de ellos cayó.

No hubo tiempo para una segunda salva.

La línea aserrada que formaban los ve’gath se hundió en la de los nah’ruk. El impacto de la carga hizo pedazos dos y hasta tres de las filas de los colascortas. Las armas descendieron. Los ve’gath pisotearon a los enemigos caídos y se abalanzaron sobre las hileras interiores, que aún se intentaban reponer del impacto.

Tormenta se encontraba en el mismísimo corazón del ataque. Había lanzado dos mandobles, y los dos se habían hundido profundamente en sendas armaduras, aunque sus objetivos ya se morían por sí solos, pues se habían interpuesto en el camino de su montura. No tuvo oportunidad de cruzarse con nada que valiese la pena rajar. Soltó un rugido de frustración.

Los guerreros nah’ruk no eran rivales para los ve’gath. No llevaban escudos. Los ve’gath se limitaron a pasarles por encima.

Del cielo cayeron rayos que impactaron en la retaguardia de los ve’gath y volatilizaron a cientos de ellos en un instante ardiente y sangriento.

Tormenta rugió, sacudido por aquellas terribles y repentinas muertes.

¡Romped la formación! ¡A por el enemigo!

Otra descarga de magia cercenó la vida de varios cientos más. ¡Adelante!

Ampelas Desenraizado ardía por una docena de fisuras abiertas. Trozos gigantescos se habían desprendido. Bajo ellos, las entrañas de la ciudad estaban expuestas, las heridas supuraban humo negro. Ataque tras ataque se estrellaba contra la fortaleza aérea, que se estremecía. El edificio había dejado de avanzar, y ahora empezaba a retroceder a base de golpes. Y aun así, no dejaba de vomitar su propia furia en forma de rayos. Gesler vio una de las fortalezas nah'ruk inclinada hacia un lado en medio de una columna de llamas y humo. De aquella ya no salían rayos.

Sin embargo, había demasiadas de aquellas malditas cosas. Tres de ellas se habían desplazado al este y ahora avanzaban para asaltar a Ampelas Desenraizado desde atrás, por la parte donde no había placas de hierro que protegieran la fortaleza, pues habían sido usadas para crear los escudos de los ve'gath. En pocos momentos lanzarían su ataque sobre el flanco desprotegido.

Eso acabará con Ampelas Desenraizado. Como un cuchillo que se clava por la espalda.

Cuando Ampelas caiga, esas fortalezas se centrarán en nosotros. Si pueden.

No pienso permitirlo.

—¡Cazadores k'ell! ¡Carga lateral desde ambos flancos! ¡Atravesad el contacto, dejad vacías esas legiones adyacentes! ¡No os meéis en los calzones, malditos seáis! ¡A la carga!

Tres de las fortalezas nah'ruk soltaron furiosos rayos. Kalyth contempló el espectáculo con horror. La parte inferior de Ampelas Desenraizado pareció hincharse con un resplandor rojizo. El impacto de la explosión lanzó a Sag'Churok y a Gunth Mach al suelo. Kalyth cayó al suelo no

lejos de las dos bestias. Una lluvia de piedras le hirió el rostro y el hombro. Se puso bocabajo para protegerse. El cielo ardía. Llovían piedras en llamas.

Kalyth chilló y se cubrió los ojos.

La ráfaga de aire caliente hizo que Tormenta se volviese. El tercio inferior de Ampelas Desenraizado había desaparecido, y lo que quedaba vaciaba sus tripas sobre el suelo. Absolutamente todo en la fortaleza ardía, y poco a poco iba cayendo hacia abajo. El impacto había torcido la fortaleza hacia un lado, o hacia atrás. Se veían las fauces abiertas en la parte inferior.

Tormenta soltó una maldición. Ampelas Desenraizado se las arregló para volver a disparar sus rayos, dos serpientes de luz que se retorcieron a su espalda.

Debieron de acertar, aunque no pudo ver lo que sucedía detrás de la fortaleza che’malle, aunque el estruendo de los impactos sacudió toda la tierra. Entonces vio que una de las fortalezas nah’ruk se elevaba detrás de Ampelas Desenraizado, por encima de las hileras de humo.

Aquella cosa empezó a coger velocidad en su ascenso. Los ojos de Tormenta se salieron de sus órbitas. Con lenguas de humo que emergían de sus flancos, dañada más allá de todo control, la fortaleza pareció embestir el mismo cielo. No dejaba de ascender.

Las otras dos fortalezas que quedaban se iluminaron al volver a lanzar su ataque mágico. La luz envolvió a Ampelas Desenraizado.

Los cazadores k’ell se zambulleron contra las filas de los furias nah’ruk que ya se enfrentaban contra los ve’gath. Sus enormes hojas se abrieron paso y apresaron entre las dos

fuerzas a sus enemigos. Su alcance y su velocidad era demasiado para los nah’ruk. El ataque pareció derretirlos.

En su mente, Gesler no dejaba de gritar las mismas palabras una y otra vez, como un mantra de pura desesperación.

Atacad atacad atacad atacad atacad. Si entráis en rango corto no podrán dispa…

Dos fortalezas que flotaban justo sobre la batalla lanzaron sendas lanzas de luz retorcidas. Los cuerpos de nah’ruk, ve’gath y k’ell volaron por los aires, ennegrecidos en medio de una masa de hierro destrozado.

¡Malditos pedazos de mierda!

Todo estaba perdido. Se dio cuenta en aquel mismo instante.

Las fortalezas arrasarían toda la planicie bajo ellas, y si tenían que destruir a su propio ejército…

Por el oeste, otras dos fortalezas flotantes se acercaban a la batalla.

Gesler se las quedó mirando. Y entonces las dos explotaron.

Mi carne es piedra. Mi sangre bulle, tan caliente como el hierro derretido. Tengo un millar de ojos. Un millar de espadas. Y una mente.

He oído su aullido de muerte. ¿Era ella parte de mi gente? Eso dijo cuando me alcanzó por primera vez. Estábamos en tierra. Ella se encontraba lejos de mí, y sin embargo éramos lo mismo.

La oí morir.

Y así viví mi duelo por ella. Llegué a encontrar su cuerpo, su tumba silenciosa.

Pero sigue muriendo. No lo entiendo. Sigue muriendo, y aquí hay desconocidos. Desconocidos crueles. Les conocí hace tiempo. Les conozco ahora. Y sé, además, que no se rendirán.

¿Qué soy?

Pero ya sé la respuesta a esa pregunta. Al menos, eso creo.

Desconocidos, traéis dolor. Traéis sufrimiento. Traéis a tantos sueños el polvo de la muerte.

Pero, extranjeros, yo soy Icarium. Y traigo algo mucho peor.

Kalyth abrió los ojos en una escena atropellada de caos y humo. Gunth Mach la sujetaba en sus garras como si fuera una niña. Sag'Churok se encontraba a la derecha de la Hija Única, y Bre'nigan a su izquierda. Los tres corrían en un trote sostenido a través del valle.

Más allá del centinela j'an, la batalla rugía. Los cazadores k'ell habían llegado hasta la vanguardia de los ve'gath, pero ahora el enemigo había empezado a rodearlos.

Las fortalezas sobre la batalla seguían vomitando rayos que marcaban profundos trazos de destrucción entre las tropas.

A su derecha se oía lo que parecía el redoble de enormes tambores. Se volvió para mirar en aquella dirección. Dos fortalezas nah'ruk se hacían pedazos. El fuego en su interior ardía con tanta fuerza que acertó a ver cómo la piedra se derretía como cera y se derramaba por entre aquellos huesos de hierro. La fortaleza al norte descendía hacia la tierra como si se hundiese en el agua. Múltiples explosiones las sacudían a ambas.

Detrás de ellas asomó una figura entre densos pilares de humo negro. Otro Desenraizado.

¿Qué? ¿Quién? Sag'Churok…

—Es Kalse Desenraizado, destriant. Pero no hay matrona alguna en su interior. Quien lo comanda… ha pasado mucho

tiempo desde la última vez que caminó entre los k’chain che’malle y los nah’ruk.

Oleadas de hechicería recorrían la mole de Kalse, ráfagas verdes, azules y blancas, un tipo de magia que Kalyth nunca había visto. De repente, saltó hacia delante en una onda furiosa. La magia atravesó las dos fortalezas ya moribundas. De las fisuras ya abiertas en la piedra negra y destrozada brotó una erupción de hielo. Kalyth soltó un jadeo. La onda cortó las dos fortalezas. A la del sur se le desprendió su parte inferior y cayó como una montaña. La parte superior empezó a dar vueltas y a subir entre remolinos de humo, escombros y hielo. El tercio superior del otro se desintegró en una nube blanca, y el resto se desplomó a tierra.

El estruendo de los dos impactos sacudió la tierra. Las colinas al oeste quedaron aplanadas. Los restos de las fortalezas explotaron en nubes de polvo y rocas.

En aquel mismo momento, la onda expansiva alcanzó a Kalyth y a los tres k’chain che’malle con un aire tan frío que les congeló los pulmones. Kalyth jadeó del dolor que sacudió su pecho; no llegó a ver cómo la onda alcanzaba a las otras tres fortalezas que flotaban sobre el campo de batalla. Tres nuevas explosiones la alcanzaron. La oscuridad lo envolvió todo. Gunth Mach se tambaleó.

La llegada de la segunda fortaleza che’malle llenó el cielo con una tormenta de violencia pura. Sobre sus cabezas, Gesler no acertaba a ver más que turbias nubes y mortales resplandores. Incluso las masas de las tres fortalezas habían desaparecido. Parecía como si el mismo cielo ardiese. Llovían piedras al rojo vivo que estallaban al caer en medio de aquel aire helado. Una nieve imposible se arremolinaba entre las cenizas y los escombros.

Más fortalezas nah’ruk se arremolinaban en la boca de la senda, como si intentasen acudir en auxilio de sus compañeras moribundas antes del ataque de aquella nueva fortaleza desconocida. Sin embargo, no dejaban de caer ráfagas y más ráfagas sobre ellas, y el nuevo Desenraizado se les acercaba cada vez más, como si se propusiera entrar por la garganta de la senda. Varios relámpagos impactaron en él, y arrancaron enormes esquirlas de sus flancos. La muerte se derramaba desde el cielo.

La montura de Gesler sobresalía entre los cazadores k’ell que se apelotonaban a ambos lados. Sabía que los k’ell estaban formando un cordón alrededor de ellos, aunque nadie podía defenderlos de aquella mortal lluvia de escombros. Podía ver a los furias nah’ruk más cercanos, enzarzados en la lucha. Habían sido diezmados por la lluvia de pedruscos, y lo seguían siendo. Aun así, la superioridad numérica empezaba a ser decisiva.

Los ve’gath de Tormenta habían cesado en su avance, aunque Gesler podía ver a su amigo, las ansias de batalla en él, el rostro tan rojo como su barba y los ojos ardiendo de pura locura.

¡Tormenta! ¡Tormenta! ¡Androjan Rojpel, maldito bastardo descerebrado! Su cabeza se volvió en su dirección. Le sonrió.

Por todos los dioses, Tormenta.

—¡Estamos rodeados! ¡Y los estamos haciendo pedazos!

—¡Tenemos que salir del cerco! ¡El cielo está acabando con nosotros!

—¡Retira a tus k’ell! ¡Reagrupaos y volved a la carga!

—¿Por qué flanco?

—¡Por el flanco que esté detrás de Kalse!

Kalse. No me había dado cuenta.

—¿Y tú?

—¡Maniobras en cuña con las espaldas pegadas! ¡Vamos a romper por los dos putos lados! ¡Cuando veas que rellenan el hueco que dejemos, carga! ¡Giraremos sobre nuestros talones y cerraremos nuestro propio cerco!

Tormenta, eres un maldito genio.

—¡Lo sé!

El dolor era abrumador. Todo su cuerpo estaba cubierto de heridas sangrantes. No dejaban de caer rayos sobre él. Ciego, sordo, devolvía las ráfagas, sin saber siquiera si su magia alcanzaba al enemigo. Sintió cómo estaba a punto de desgajarse el contacto con Kalse. Quedaba poco para que su carne se apartase de la piedra agrietada, de los torturados huesos de hierro.

Volveré a convertirme en un fantasma. Perdido. ¿Dónde están mis niños? Me habéis abandonado. Hay demasiados, me rodean como lobos. Mis niños… ayudadme…

—Tienes que cerrar la puerta.

¿Aliento?

—Sí. Soy la Bruja de la Pluma. El Errante me ahogó. Me llevé su ojo y él se llevó mi vida. Nunca hagas tratos con dioses. Te regalo su ojo, Robavida. ¿Ves la puerta? Estás cada vez más cerca. No te pares, Robavida.

Otra voz habló:

—Mataron a un dragón para hacerse con este poder, Icarium.

¿Taxilian?

—Su sangre quemó esa abertura. Si fallas, las máquinas enemigas llenarán el cielo, y los nah'ruk triunfarán en este día. ¿Ves a los k'chain che'malle, Icarium? Pueden ganar esta batalla, si tú detienes a las ciudadelas Gath'Ran, si impides que entren en este reino. ¡Sella la puerta!

Ahora lo veía. Tenía el ojo de un dios ancestral en la mano. Resbaladizo, blando, empapado en sangre.

La herida entre ambos reinos era enorme. Ni siquiera Kalse Desenraizado podría…

—*Tienes que construir un muro*.

—*¡Una prisión*!

La Bruja de la Pluma siseó:

—*¡Raíz y Hierroañil, Robavida! ¡El Encantamiento del Hielo no bastará! ¡Has de despertar las sendas dentro de ti! Raíz para la tierra y la roca. Hierroañil para otorgar vida a tus máquinas. ¡Hazte dueño de la brecha*!

—No podré aguantar. Me estoy muriendo.

—*Hay niños en el mundo, Icarium*.

—¿Asane? Tú no lo entiendes. No eres lo bastante…

—*Hay niños en el mundo. Las sendas que has hecho con tu propia sangre*…

—*¡Con nuestra sangre*! —ladró la Bruja de la Pluma.

—*Y con nuestra sangre, sí. Icarium, ¿creías que las sendas te pertenecían a ti y a nadie más? Ya es tarde para eso. Este es el día del fuego, Icarium. Los niños esperan. Los niños oyen*.

Antes de que su mente se derrumbase por completo, pudo oír una nueva voz, una voz dulce, una que nunca había oído antes.

Soñé que somos tres
Rutt, que no es Rutt, y Contenido
A quien no se puede contener
La chica sabe que el silencio
Es un juego
El chico conoce el beso
De Eres’al
La madre de estrellas arremolinadas
A través de mí oyen vuestra necesidad
Yo soy la voz de los nonatos
En el cristal veo el fuego y
Veo humo y veo lagartos y padre

En el cristal veo al chico y a la chica.
Cierra la herida, Dios
Tus niños están cerca.

Rautos suspiró las últimas palabras que llegaría a recordar:

—*Icarium, en el nombre de una bendita esposa… ten fe*.

Fe. Se aferró a aquella palabra.

Su mano se cerró sobre el ojo y oyó el chillido del dios ancestral. Transformó el ojo en aquello que necesitaba. Por Raíz.

Una semilla.

Un finnest.

Kalyth vio a Kalse Desenraizado zambullirse en las fauces de la senda. La recibió una tormenta de relámpagos. El mismo cielo pareció temblar, y entonces la tierra empezó a sacudirse. Vio pedazos de tierra que se desprendían del suelo y ascendían desde la planicie, justo debajo de Kalse. El suelo se elevó como brazos estirados, como si un enorme árbol del revés estirase sus raíces hacia el aire.

Raíces que ascendieron y ascendieron, tocaron la base de Kalse Desenraizado y se esparcieron con frenéticos movimientos. Ramas hechas de roca se retorcieron alrededor de los bordes de la puerta. Se alzaron fuegos, solo para extinguirse al momento. Una capa de ceniza pareció cubrir todas las Tierras Yermas, como si las últimas gotas de su fuerza vital se hubiesen gastado en aquel crecimiento salvaje.

Las cuatro fortalezas nah’ruk que sobrevivieron de este lado del portal lanzaron un frenético asalto sobre Kalse. La piedra explotó. Aparecieron grietas por todas partes, la piedra fundida se derramó. Toda la ciudad estaba a punto de estallar en pedazos.

El desconocido va a caer, pero, ¡qué gloria! ¡Qué privilegio presenciar semejante valor!

El árbol de piedra, si es que eso es lo que era, no cesaba en su crecimiento demencial. Kalyth vio cómo las raíces cubrían las heridas en los flancos de la ciudad. En los lugares donde los rayos impactaban contra la roca retorcida, el sonido retumbaba más fuerte que ningún relámpago, pero todos los lugares donde se abrían nuevas heridas se veían inundados por la piedra que curaba el daño.

De repente, todos los ataques cesaron. Una repentina ola de calor descendió sobre Kalyth. Gritó de dolor. Las llamas devoraban las cuatro fortalezas nah'ruk. Retrocedían, se alejaban de la puerta. Los fuegos brillaban, y entonces, un relámpago de fuego incandescente en sus mismos centros. Kalyth vio con un asombro teñido de horror cómo las fortalezas parecían volatilizarse ante sus ojos. Las columnas de fuego turbio se lanzaron hacia el este y dejaron tras ellas una huella chamuscada y renegrida en el suelo.

Gunth Mach habló en su mente:

—*Destriant. Mira a través de mis ojos. ¿Puedes ver*?

—Sí —susurró ella.

Había dos figuras de pie sobre un promontorio destrozado al nordeste. La magia surgía de ellos en terribles ondas.

Un niño. Una niña.

Le daba igual. El mundo podía estar a punto de ser tragado por el propio Abismo, pero Tormenta se encontraba por fin en medio de una de las certezas más claras de la guerra, y nada más importaba. Nada. Soltó una risotada y lanzó mandobles a distro y siniestro a los nah'ruk. Los lagartos de ojos muertos mantenían la presión, intentaban pasar por encima de los ve'gath. Intentaban vencer solo por

su superioridad numérica, abrumar su salvaje muro de negación.

La carga de Gesler desde el hueco había penetrado en aquellos bastardos como una lanza para cazar jabalíes. Los habían forzado a replegarse en el estrecho espacio entre los frenéticos k'ell y los escudos de los ve'gath. Luchaban con imponente ferocidad y morían en un silencio escalofriante.

Su montura estaba herida. Su montura estaba probablemente moribunda. ¿Quién podía saberlo? Todos aquellos lagartos luchaban hasta su último aliento. Pero sus defensas se habían ralentizado, debilitado. Había sangre por todas partes, y Tormenta podía sentir la pesada cadencia con la que ascendía y descendía su pecho.

Un hocico corto acabado en unas fauces se cernió sobre su cara.

Profirió una maldición y echó la cabeza hacia atrás para evitar la mordedura de aquellos dientes como puñales. Se esforzó por interponer su hacha de mano, pero el condenado nah'ruk no le dejaba espacio para maniobrar. Clavó las garras en los hombros del ve'gath; la montura se tambaleó…

Dio un tajo con el hacha, pero el ángulo era demasiado corto, y aunque el filo se clavó en la cabeza del lagarto, la herida no era lo bastante seria como para que la criatura se apartase. Las fauces se abrieron. La cabeza de nah'ruk se lanzó hacia delante…

Algo impactó en el nah'ruk con un rugido, una nervuda masa de pellejo manchado y cubierto de cicatrices y músculo. Unos caninos salvajes se clavaron profundamente en el cuello del lagarto.

Tormenta liberó los pies de los estribos y rodó lejos de la contienda.

¿Un puto perro? ¿Torcido?

¿Eres tú?

Oh, pues claro que lo era.

Un chorro de sangre verdosa se derramó de la boca del nah’ruk. Los ojos se volvieron opacos, y un latido más tarde tanto perro como lagarto se desplomaron de lo alto del ve’gath.

En ese momento Tormenta vio cómo ardían las fortalezas aéreas.

La tormenta había pasado, el trueno se había desvanecido, y el mundo se llenaba con el sonido del hierro, la carne y el hueso. La canción de decenas de miles de batallas, con un tinte surrealista al no ir acompañada de un solo grito, de un solo aullido de agonía o el chillido de quien suplica misericordia.

Los nah’ruk caían.

La batalla terminó. Comenzó la matanza. No hay canción que sobrepase una única nota.

Pero para un soldado que se había enfrentado a la muerte durante una eternidad de ocasiones desde el alma, aquella lúgubre música era la más dulce.

¡Matanza! ¡Por mis valientes ve’gath! ¡Por Gesler y sus k’ell! ¡Matanza, por mis amigos los Cazahuesos! *¡MATANZA*!

Como si se hubiese roto irremediablemente algún punto de apoyo, Ampelas Desenraizado empezó a virar poco a poco hasta ponerse bocabajo. Toda su masa ardía ahora, chorros de aceite en llamas que brillaban sobre los escombros, los cadáveres y los zánganos heridos que se encontraban justo debajo.

Gesler supo que la ciudad había muerto por fin, poco más que una masa de piedra inerte que flotaba en el cielo.

Detrás de ella, el fuego aún consumía a otras dos fortalezas aéreas. Se tambaleaban como borrachos; estaban a punto de chocar una contra la otra. Los vientos dispersaban la columna de humo que ascendía desde una

tercera, pero en la propia fortaleza no se advertía movimiento alguno. El resto no eran más que cenizas al viento negro.

Ante ellos se veía una montaña de roca retorcida que rodeaba los restos de lo que había sido Kalse Desenraizado, incrustada en ella como si fuera una gema como un ojo gigante y hecho pedazos. Había algo familiar en aquella piedra, aunque no fue capaz de ubicarlo en el momento. Aquella montaña se alzaba entre los restos de polvo y humo, tan alto que daba vértigo.

Tormenta había tomado a unos mil ve'gath y había perseguido al resto de los nah'ruk en su huida más allá de las colinas al sureste.

Exhausto, insensible más allá de toda razón, Gesler se echó hacia atrás en su extraña silla de montar. Un maldito perro gimoteaba junto a los tobillos de su montura.

Vio a Kalyth, Sag'Churok, Gunth Mach y al centinela j'an. Más allá de ellos, dos niños se acercaban.

Larva. Peccado.

Gesler se inclinó hacia delante y contempló al perro gimoteante.

—Por todos los dioses, Cucaracha —dijo con voz bronca—. ¿Me estás devolviendo el favor? —Inspiró hondo entre temblores—. Escúchame, maldita rata, porque solo te lo voy a decir una vez, te lo garantizo: ahora mismo, tu voz es la cosa más bonita que he oído en mi vida.

Aquel miserable bicho le lanzó un ladrido. Nunca había aprendido a sonreír.

Gesler se deslizó por el ve'gath hasta el suelo y se sostuvo en sus doloridas piernas. Kalyth se arrodillaba en la dirección de la que venían Peccado y Larva.

—Levántate, destriant —le dijo, apoyando la espalda en la cadera del ve’gath—. Esos dos tienen el ego tan subido a la cabeza que es un milagro que hayan podido salir de entre las piernas de una mujer.

Ella le miró, y Gesler pudo ver los surcos que dejaban las lágrimas en la mugre que cubría las mejillas de la mujer.

—Ella tenía… fe. En los humanos. —Negó con la cabeza —. Yo no.

Los dos niños se acercaron.

Gesler frunció el ceño.

—No pongas esa cara de engreída, Peccado. Estáis metidos los dos en un buen lío.

—Torcido y Cucaracha nos encontraron —dijo Larva. Se rascó el mechón rebelde de su cabeza. Parecía que ninguno de los dos se había bañado desde hacía meses—. Estábamos a salvo, sargento Gesler.

—Me alegro por vosotros —dijo con un gruñido—. Pero os necesitaban. A los dos. Los Cazahuesos se cruzaron en el camino de los nah’ruk. ¿Qué creéis que les pasó?

Los ojos de Larva se ensancharon.

Peccado se acercó al ve’gath y puso la mano en su costado.

—Quiero uno de estos para mí —dijo.

—¿Es que no me has oído, Peccado? Tu hermano…

—… debe de estar muerto. Estábamos en las sendas. En las nuevas sendas. Estábamos en el camino, podíamos sentir la sangre, tan fresca, tan fuerte. —Miró a Gesler con ojos lúgubres—. El Azath ha sellado la herida.

—¿El Azath?

Ella se encogió de hombros y se volvió hacia el árbol de roca, aquel nudo férreo que sujetaba Kalse Desenraizado. Mostró los dientes en algo que podría haber pasado por una sonrisa.

—¿Quién está ahí dentro, Peccado?

—Ya no está ahí dentro.

—La piedra muerta no puede sellar una puerta, al menos no por mucho. Hasta un Azath necesita fuerza vital, un alma viva.

Ella le lanzó una rápida mirada.

—Tienes razón.

—Entonces, lo que sella la puerta, si él ya no está…

—Es un ojo.

—¿Un qué?

Kalyth habló en lengua comerciante.

—Espada mortal, la Hija Única es ahora la Matrona del Nido Mach. Bre'nigan es su centinela j'an. Sag'Churok es el portador de la semilla. Ella quiere hablar contigo ahora.

Gesler se volvió a mirar a los k'chain che'malle.

—Espada mortal. El yunque del escudo regresa. ¿Deberíamos esperarle?

No hace falta, Matrona. No es que sea muy espabilado.

—Incluso desde la distancia, puedo romper las defensas que ha levantado.

Hazlo. Se merece un buen dolor de cabeza.

—Espada mortal. Yunque del escudo. Destriant. Los tres habéis vencido. Los tres sois la prueba mortal de la fe de mi madre. Nacen nuevas creencias. ¿Qué es una eternidad pasada entre sueños? ¿Qué es esta mañana de nuestro primer despertar? Honramos la sangre de nuestro pueblo derramada hoy aquí. Honramos a los nah'ruk caídos y rezamos por que un día conozcan el don del perdón.

Debes de haberlo visto por ti misma, Matrona, dijo Gesler*. Esos nah'ruk habían sido engendrados para esta tarea; estaban más allá de cualquier pensamiento independiente. Esas fortalezas flotantes eran antiguas. Pueden reparar cosas, pero no pueden crear nada nuevo. Son muertos andantes, Matrona. Puedo verlo en sus ojos*.

—Creí haber visto lo mismo en tus ojos, espada mortal —dijo Kalyth.

Él gruñó y profirió un suspiro. *Estoy muy cansado para hacer esto. Me queda aún mucho duelo por delante*.

—Puede que tuvieras razón, destriant. Pero esas cosas mudan como la piel de una serpiente. Uno lleva encima lo que necesita para sobrevivir, eso es todo.

—Entonces quizás haya esperanza para los nah’ruk.

—Ten toda la esperanza que quieras. Peccado, ¿son capaces de volver a abrir otra puerta?

—Tardarán mucho en conseguirlo —replicó ella, y se agachó para coger a Cucaracha. Acunó a aquel bicho asqueroso en sus brazos, le rascó detrás de las orejas.

La lengua rosada del desagradable animal asomó entre sus jadeos. Tenía ojos demoniacos, de una malicia descerebrada.

Gesler se estremeció.

La Matrona dijo:

—Carecemos de Nido. Pero nuestra necesidad ha de esperar. Las heridas deben curarse, la carne debe reponerse. Espada mortal, ahora nosotros te juramos lealtad a ti. Ahora, servimos. Habrá supervivientes entre tus amigos. Habremos de encontrarlos.

Gesler negó con la cabeza.

—Hemos liderado a tu ejército, Matrona. Tuvimos nuestra batalla, pero ya ha terminado. No nos debes nada. Y creyera lo que creyese tu madre, tampoco nos consultó, ¿verdad? Tormenta y yo no somos sacerdotes. Somos soldados, y nada más. Esos títulos que nos has dado… bueno, digamos que son otra piel más que vamos a mudar.

La voz de Tormenta retumbó en su cerebro.

—Lo mismo por mi parte, Matrona. Buscaremos a nuestros amigos por nuestra cuenta. Tú tienes que construir una ciudad, o al menos encontrar otro Enraizado. Además,

tenemos a Larva y Peccado, y aquí conmigo está Torcido... dioses, está meneando esa cola de mierda que tiene. Nunca lo he visto hacer eso. Debe de ser por todas las vísceras que le cubren la cara.

Kalyth se rio, aunque las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

—Vosotros... no podéis mudar vuestros títulos. Están sellados en vuestras almas. ¿De verdad me vais a dejar aquí?

—Puedes acompañarnos, si quieres.

—¿Adónde?

—Creo que al este.

La mujer dio un respingo.

—Tú eres de por aquí, ¿verdad, Kalyth?

—Sí —susurró ella—. Soy elan. Pero ya no queda elan alguno. Soy la última. Espada mortal, no debéis ir en esa dirección. Moriréis, todos vosotros. —Señaló a Larva y Peccado—, incluso ellos morirán.

—Entonces ya vemos el camino ante nosotros —dijo la Matrona—. Habremos de protegeros a todos. Ve'gath. K'ell. J'an. Gu'Rull, que sigue vivo y aún obedece. Habremos de ser vuestros guardianes. Este es el nuevo camino que nuestra madre previó. El camino de nuestro renacimiento.

—Humanos, dadnos la bienvenida. Los k'chain che'malle han regresado al mundo.

Sulkit oyó sus palabras y algo se removió dentro de ella. Había sido centinela j'an cuando le hizo falta a su señor, pero ahora su señor había desaparecido y ella era matrona por derecho propio. Aún no había llegado el momento de darse a conocer. Dentro de ella crecían viejas semillas: los primeros nacidos serían débiles, pero eso era inevitable. Con el tiempo regresaría el vigor.

Su señor ya no estaba. El trono estaba vacío excepto por un ojo solitario incrustado en el cabezal. Estaba sola dentro de Kalse.

La vida se derramaba poco a poco dentro del Enraizado. Una vida extraña, alienígena. Su carne y huesos estaban hechos de roca. Su mente y su alma eran la imposición singular de la creencia. *Sin embargo, ¿qué somos si no cualquiera de nosotros?* Ya pensaría en ello en otro momento.

Él se había ido. Estaba sola. Pero todo estaba bien.

—Lo he perdido. Otra vez. Estábamos muy cerca, pero ahora... lo he perdido.

Aquellas tres palabras detuvieron la marcha, como si la pérdida privada de Mappo hubiese marchitado los deseos de los demás, como si se los hubiese llevado con ella.

Las gemelas caminaban pegadas al lobo no muerto. Vahído temía que la muerte las hubiese vuelto adictas a su vieja promesa. Hablaban de Toc. Cerraban sus pequeños dedos en la pelambrera desgastada de Baaljagg. El chico dormía en brazos de Rezongo; ¿quién podría haber previsto el vínculo que se había establecido entre ellos? Tanto daba, en aquel hombretón había algo que la hacía pensar que debería haber sido padre cien veces a aquellas alturas; lo cual era una pena, porque no era el caso.

No, en la estela de Rezongo se acumulaban los amores rotos. En eso no era distinto del resto, por supuesto, pero al tratarse de ese hombre, todos salían perdiendo.

Ah, creo que lo que me pasa es que estoy loca por sus huesos. Al igual que la mitad de las zagalas aquí presentes. En fin. Qué tonta eres, Vahído.

Setoc, que había estado conversando con Cartógrafo, se le acercó.

—La tormenta al sur no se acerca. Al menos en eso salimos ganando.

Vahído se restregó la nuca e hizo una mueca a causa de la presión.

—No nos habría venido mal la lluvia.

—Si es que es lluvia.

Ella le lanzó una mirada a la chica.

—He visto cómo mirabas a los ojos a Rezongo hace un rato. Entre los dos hubo una mirada mientras hablabais de la tormenta. Desembucha.

—No es una tormenta, es una batalla. Hechicería y cosas peores. Pero ahora se ha terminado.

—¿Y quién luchaba, Setoc?

Ella negó con la cabeza.

—Está muy lejos. No hace falta que vayamos hacia allá.

—Parece que ahora mismo no vamos a ningún lado.

—Ya lo haremos. Por ahora, dejémoslo tranquilo —dijo, los ojos fijos en Mappo, que estaba plantado a poca distancia, inmóvil como una estatua. Llevaba ya un rato así.

Amby había estado caminando junto al travois tirado por caballos que cargaba con su hermano. Jula seguía al borde de la muerte. Los poderes curativos de Preciosa Dedal habían resultado ridículos. Ella decía que las Tierras Yermas no conseguían alimentar su magia. La posibilidad de que Jula muriese era muy real. Amby se arrodilló y cubrió con la sombra de su mano la cara de Jula. De pronto parecía muy joven.

Setoc volvió al caballo. Vahído suspiró y miró alrededor.

Vio que un jinete se aproximaba.

—Tenemos compañía —dijo, lo bastante alto para captar la atención de todo el mundo. Todos menos Mappo reaccionaron, se giraron o se pusieron en pie. Siguieron su mirada.

Más almas perdidas en esta patética fiesta. Bienvenido.

El crepitante fuego de una única hoguera marcaba el campamento. Ocasionalmente, alguna figura pasaba por delante de él. El viento no arrastraba sonido alguno de aquellos que allí se habían reunido. Entre los viajeros, pena y alegría, dolor y la tierna calidez de un amor recién nacido. Pocos mortales, y sin embargo toda la vida estaba contenida ahí, alrededor del fuego.

Un débil resplandor de jade iluminaba el suelo quebrado, como si la propia oscuridad pudiera pintarse como una parodia de vida. El jinete, sentado sobre un caballo inmóvil, estaba en silencio. Se sentía como una criatura demasiado grande para acercarse a cualquier orilla. Podía mirar con un ojo muerto o con el otro ojo muerto. Podía recordar qué se sentía al ser un ser vivo entre otros seres vivos.

El calor, la promesa, las incertezas y todas las esperanzas que endulzaban los amargos mares.

Pero aquella orilla ya estaba para siempre más allá de él.

Ellos podían sentir el calor de aquel fuego. Él no. Nunca más podría.

La figura que se alzó desde el polvo a su lado no dijo nada durante un rato, y cuando habló, lo hizo en el idioma de los espíritus, su voz más allá de los oídos de los vivos.

—Hemos de hacer lo que debemos, Heraldo.

—Lo que tú has hecho, Olar Ethil…

—Se olvida con facilidad.

—¿Olvidar qué?

—La verdad de los t’lan imass. ¿Sabías que una vez un necio lloró por ellos?

—Estuve allí. Vi el túmulo en el que descansó… los regalos…

—Las más horribles de las criaturas, humanas o no, son fáciles de volver a moldear sin esfuerzo. Asesinos locos se

convierten en héroes. Los dementes llevan la corona del genio. Los necios abonan incontables terrenos, heraldo, allá por donde la historia ha pasado.

—¿Y qué quieres decir, Invocahuesos?

—Los t'lan imass han sido siempre asesinos de niños. Fácil de olvidar. Incluso los mismos imass, hasta el propio primera espada, necesitaban que se lo recordase. Todos necesitabais recordarlo.

—¿Con qué fin?

—¿Por qué no vas con ellos, Toc el Joven?

—No puedo.

—No —ella asintió—. No puedes. Tu dolor es demasiado grande. Tu pérdida.

—Así es —susurró.

—Y tampoco deberían entregarte su amor, ¿verdad? Ninguno de ellos. Ni las niñas…

—No. No deberían.

—Porque tú, Toc el Joven, eres el hermano de Onos Toolan. Ahora eres su hermano verdadero. Y de toda la misericordia que en su día anidó en tu corazón mortal, ahora no quedan más que fantasmas. No deben amarte. No deben creerte, pues no eres el hombre que una vez fuiste.

—¿Pensabas que también necesito que me lo recuerden, Olar Ethil?

—Creo que… sí.

Tenía razón. Le apenaba el dolor que pensaba, que creía, que había vivido con él durante tanto tiempo. Como si «vivido» fuese siquiera la palabra correcta. Cuando lo encontró, vio por fin la terrible verdad que escondía. *No es más que un fantasma. Un recuerdo. Yo no hice más que llevarlo conmigo*.

Los muertos me han encontrado. Yo he encontrado a los muertos.

Y todos somos lo mismo.

—¿Adónde irás ahora, Toc el Joven?

Él agarró las riendas de su caballo y miró hacia aquel lejano fuero. Era poco más que una chispa. No duraría toda la noche.

—Me iré muy lejos.

La nieve caía. El cielo estaba en paz.

La figura sobre el trono había estado congelada, muerta, durante mucho, mucho tiempo.

Una fina capa de polvo que se desprendió del cadáver indicaba que algo había cambiado. El hielo se agrietó. De la carne surgió un vapor que se volvió denso con la caricia de la vida. Las manos, aferradas a los brazos del trono, de pronto se crisparon. Los dedos se estiraron.

La luz parpadeó en aquellos ojos profundos como pozos.

El Embozado, que había sido el Señor de la Muerte, volvió a mirar desde ojos mortales, y frente a él contempló a catorce guerreros jaghut. Estaban de pie entre multitud de cadáveres, las armas fuera, pero bajas, o bien apoyadas en sus hombros.

Uno de ellos habló:

—¿De qué guerra hablábamos?

Los otros rieron.

—¿Quién era el enemigo ahora? —prosiguió el primero.

La risa esta vez fue más alta, duró más tiempo.

—¿Quién dijimos que era nuestro comandante?

Las cabezas cimbrearon y los otros trece rugieron de puro júbilo.

—¿Está vivo? —gritó el primer jaghut—. ¿Y nosotros?

Despacio, el Embozado se alzó del trono. De su piel ennegrecida chorreaba hielo recién derretido. Se puso de pie, y al cabo la risa murió. Dio un paso al frente, y luego otro.

Los catorce guerreros no se movieron.

El Embozado hincó una rodilla y agachó la cabeza.

—Yo… busco… penitencia.

El guerrero a la derecha del todo dijo:

—Gathras, busca penitencia, ¿lo has oído?

El primero que había hablado replicó:

—Ya lo creo, Sanad.

—¿Se la otorgamos, Gathras? —preguntó otro.

—Varandas, creo que deberíamos hacerlo.

—Gathras.

—¿Sí, Haut?

—¿De qué guerra hablábamos?

Los jaghut aullaron.

El Errante yacía sobre una roca húmeda, de espaldas, inconsciente. La cuenca de un ojo era un charco de sangre.

Kilmandaros se acercó y lo miró, la respiración agitada.

—¿Vivirá?

Sechul Lath guardó silencio por un momento, y luego suspiró.

—«Vivir» es una palabra extraña. A fin de cuentas, no conocemos nada más. En verdad, no. O no… de manera íntima.

—¿Pero vivirá o no?

Sechul se dio la vuelta.

—Supongo. —Se detuvo de pronto, ladeó la cabeza y soltó un resoplido—, es lo que siempre ha querido.

—¿Qué quieres decir?

—Uno de sus ojos está en una puerta.

La risa de Kilmandaros resonó en la caverna. Cuando se apagó, se volvió hacia Sechul y dijo:

—Estoy lista para liberar a la perra. Mi querido hijo, ¿ha llegado la hora de destruir el mundo?

Con el rostro oculto a su vista, Sechul Lath cerró los ojos.

Y entonces dijo:

—¿Por qué no?

Aquí termina
el noveno relato de Malaz:
El libro de los caídos

Lectulandia

Agradecimientos

Comentar la primera mitad de una larguísima novela no es tarea sencilla. Estoy muy agradecido a William Hunter, Hazel Kendall, Bowen Thomas-Lundin y Aidan-Paul Canavan por su perspicacia y paciencia. También agradezco al equipo de The Black Stilt y Café Macchiato en Victoria, ya que fueron muy comprensivos con mi debilidad por el café descafeinado. También agradezco a Clare Thomas; y en especial a mis estudiantes del taller de escritura que he dado durante los últimos meses. Shannon, Margaret, Shigenori, Brenda, Jade y Lenore: me habéis ayudado a recordar de qué va esto de escribir ficción.